

ELENA GARRO

Novelas escogidas (1981-1998)

Compilación y prólogo
de Geney Beltrán Félix



ELENA GARRO

Novelas escogidas (1981-1998)

Compilación y prólogo
de Geney Beltrán Félix



LETRAS MEXICANAS



Fotografía: Archivo de Jesús Garro

Elena Garro (Puebla de los Ángeles, 1916 - Cuernavaca, 1998) fue dramaturga, novelista, cuentista, guionista y coreógrafa. Por su obra, compleja y extensa, en la que rompe con la continuidad del realismo, se le considera una de las escritoras mexicanas más relevantes del siglo XX. A lo largo de su vida recibió varios galardones, entre los que destacan el Xavier Villaurrutia, en 1963; el Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón, en 1994; el Nacional de Narrativa Colima y el Sor Juana Inés de la Cruz, ambos en 1996. Algunas de sus novelas más emblemáticas son *Los recuerdos del porvenir* (1963), *Testimonios sobre Mariana* (1981), *Y Matarazo no llamó...* (1991), *Inés* (1991), *Busca mi esquila* (1998) y *Mi hermanita Magdalena* (1998). El FCE publicó entre 2006 y 2010 sus *Obras reunidas* en tres volúmenes que abarcan cuento, teatro y novela.

LETRAS MEXICANAS

Novelas escogidas

ELENA GARRO

**Novelas escogidas
(1981-1998)**

Compilación y prólogo

GENEY BELTRÁN FÉLIX



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2016

Primera edición electrónica, 2016

D. R. © 2016, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-4649-1 (ePub)

Hecho en México - *Made in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo, Geney Beltrán Félix

Reencuentro de personajes (1982)

Mi hermanita Magdalena (1998)

Testimonios sobre Mariana (1981)

La casa junto al río (1983)

Y Matarazo no llamó... (1991)

Busca mi esquila (1996)

Prólogo

Su deslumbrante irrupción literaria se dio en tres géneros distintos. Esto ocurrió entre 1958 y 1964, con la publicación de las piezas dramáticas de *Un hogar sólido*, la novela *Los recuerdos del porvenir* y los cuentos de *La semana de colores*. Luego de este triple debut, señalado por la madurez técnica y una osada imaginación, Elena Garro (1916-1998) no volvió a los estantes de las librerías sino hasta 1980, con la compilación de relatos titulada *Andamos huyendo Lola*. Lo que viene a partir de entonces —la segunda etapa en el devenir creativo de Garro— ha sido menos difundido. Este tomo incluye una selección de novelas y *nouvelles* dadas a conocer entre 1981 y 1998. De *Testimonios sobre Mariana* a *Mi hermanita Magdalena*, Garro dio forma a un territorio ficcional en que puede apreciarse una variedad y evolución tanto en el plano estilístico como en el de la construcción dramática. Por un lado, la prosa se vuelve más veloz, de una delgada audacia lírica, con un temple más inclinado por la fluidez y la caracterización a través del diálogo y, por otra parte, Garro ofrece una diversidad de soluciones y estrategias que van desde el narrador testigo hasta la disección psicológica, y que ratifican el manejo consciente de una fabuladora de dotes notables que se interesa por los ires y venires del difícil vínculo mujer-hombre y en general ciertas franjas íntimas de los conflictos sociales y políticos, con una aguda aprehensión de las formas de la misoginia y la paranoia, tamizado todo esto por una visión en mucho pesimista de la condición humana.

LA DESTRUCCIÓN DE (LA IMAGEN DE) LA MUJER

Farsante, frívola, parásito, arribista, desclasada. Imprudente y patológica; enferma mental, simuladora, artista de la mentira. Advenediza, insensata, egoísta, inestable, irreductible; embustera, prostituta, desquiciada, abyecta, peligrosa...

He aquí una lista —incompleta— de los términos con que, en las páginas de *Testimonios sobre Mariana* (1981), algún personaje se refiere a la protagonista. Esto se registra en conversaciones informales, en reuniones, cenas, fiestas, a lo largo de los años, esté la propia Mariana presente o no. Su nombre viene acompañado de un epíteto atroz en labios de un hombre o una mujer, el esposo, un amigo o amiga, un conocido, un amante... Para una mayor precisión, esta novela casi podría haberse llamado, mejor, *Adjetivos contra Mariana*.

Eso no es todo. El libro es un ejercicio reiterado de la aprehensión de una mujer en voz de los varones. El narrador del primer testimonio, Vicente, describe a Mariana en las primeras páginas ya como “una modesta enfermera inglesa” o como “una campesina”. También la dibuja así: “Tenía el aire inocente de las puritanas, pero bajo ese aspecto sano y limpio se ocultaba una vida dislocada”. Uno de los escasos momentos en que el esposo, Augusto, se permite dejar de lado los insultos al hablar de su mujer es éste: “Mire, Gabrielle, Mariana es como un reloj finísimo de precisión, el menor golpe puede alterar su funcionamiento, por eso me preocupa”. En otro momento, se cuenta cómo, durante sus tertulias, “Augusto escogía a su mujer para ilustrar los temas. En presencia de la muchacha se discutía su educación, sus tendencias autodestructivas, su frigidez sexual, su lesbianismo latente, su rechazo a la sociedad y su esquizofrenia, su falta de responsabilidad que la imposibilitaba para educar a su hija”. El libro con el que Elena Garro regresó al terreno de la novela después de la fulgurante *Los recuerdos del porvenir* (1963) es un profuso desfile de adjetivos, definiciones y metáforas con que se estigmatiza a un personaje femenino.

Y, sin embargo, mientras más se habla de Mariana, su historia resulta

más y más escurridiza.

Ella es una joven latinoamericana, rubia y esbelta, que vive en París casada con un joven y ambicioso arqueólogo, madre de una pequeña de nombre Natalia. Fuera de estos datos elementales, se vuelve arduo cumplir con una sinopsis lineal en que se glosen los hechos principales en la vida de Mariana. La misma estructura participa de esta complejidad, pues se forma con tres monólogos de distinta extensión y naturaleza. La primera parte es el testimonio de Vicente, el rico amante sudamericano de Mariana. La segunda tiene como narradora a Gabrielle, la pobre amiga francesa de inclinaciones comunistas. Y la tercera nace de la voz de André, un joven parisino de familia pudiente que de una forma obsesiva se enamora de la protagonista. Aunque coinciden en el relato de algunos sucesos, los tres tienen un grado dispar de cercanía con Mariana y se ocupan de momentos diferentes. Eso sí: el marco temporal abarca la década posterior al fin de la segunda Guerra Mundial, en Francia, sobre todo en París.

Lo que pone en movimiento la trama es el perpetuo desencuentro de Mariana y su esposo. La novela se detiene más de una vez en capítulos de pleito, rispidez, infidelidad entre los dos elementos de la pareja. Aun así, no convendría que nos apresuráramos en concluir que el asunto medular de *Testimonios sobre Mariana* sea el de un vínculo matrimonial fallido, pues muchos de esos episodios de confrontación se cuentan parcial u oblicuamente, desde la perspectiva de testigos falibles o prejuiciados. Estos hechos, conjeturo, tienen la función no de hacernos centrar la mirada en la confrontación cotidiana de una pareja, sino de, teniendo como punto de partida las cimas y abismos de este vínculo, exhibir los modos adversos en que una mujer de comportamiento “díscolo” o “evasivo” es discernida por la sociedad.

A diferencia de lo que puede verse en *Reencuentro de personajes* (1982), donde la trama sigue desde adentro la historia de una relación conflictiva de pareja, en *Testimonios sobre Mariana* la visión truncada de los hechos propicia que nunca esté clara la verdad sobre Augusto y su esposa: ¿quién es la víctima y quién el verdugo? ¿Es él un patán que esconde repugnantes delitos o un hombre que genuinamente sufre el

abuso de su mujer frívola y desequilibrada? ¿Es ella una muchacha demasiado sensible víctima de un marido autoritario o una paranoica que se inventa un papel sufriente para cada circunstancia? Por otro lado, la misma protagonista parece rehusarse en la mayoría de los casos a hacer la defensa de sí; como cuenta Gabrielle: “Su problema era que nunca hablaba de lo que le ocurría. Estaba amurallada y si alguien intentaba hacerla hablar o se reía o decía impertinencias”. En una obra donde la sabemos protagonista, Mariana —casi anulada por la unanimidad de los dictámenes ajenos— no ejerce una vehemente apología de sí, una afirmación del derecho a seguir las veredas de su temperamento.

En términos generales, los tres narradores —Vicente, Gabrielle y André— tienen una aprehensión favorable de Mariana. Los dos primeros conocieron afectos profundos por ella; el tercero, más distante pero no menos interesado y hasta irracionalmente prendido, sirve de complemento al concierto de voces con el registro del embeleso que Mariana era capaz de hacer nacer en aquellos a quienes apenas conocía (“aunque era difícil entenderla era muy fácil amarla”). Si bien los tres afirman haber querido a la joven, sus testimonios pasan por disímiles etapas y humores, y por eso también incurren en el odio, la desconfianza y hasta la traición y la agresión. En una muy dramática instancia, Vicente intenta asfixiar a su amante en un hotelucho en Nueva York. Gabrielle, quien se sabe no del todo leal, pues trabaja en la oficina de Augusto, no se ahorra descalificar a su amiga con el siguiente juicio: “Mariana misma era un error. Un grave error histórico. Vivía en una dimensión imaginaria, se negaba a ver la realidad y ahora huía como una colegiala en vez de afrontar los hechos”. Como resultado de este contradictorio mosaico, *Testimonios sobre Mariana* deviene algo más punzante que sólo una sesgada narración en torno de los amores tempestuosos de una pareja, sino la obra en que más penetrantemente desmenuzó Elena Garro las muy variadas formas de la misoginia en las sociedades occidentales, en el contexto de la modernidad. Es éste un catálogo incisivo sobre los modos en que la palabra de, sobre todo, los varones busca aprehender, para destruir, la imagen de una mujer: “Cambiar la memoria para destruir una imagen es tarea más ardua que destruir a una persona”, reflexiona

Gabrielle.

Esta representación de la misoginia tiene sus riesgos. Uno de ellos, el de la saturación ocasionada por el abundamiento de los epítetos contrarios a Mariana, se resuelve bajo una luz insospechada cuando advertimos que la novela no es lo que su título anuncia y su estructura aparenta: la palabra “testimonios” es engañosa, la partición en tres secciones un artificio al pie de la letra, esto es, incluso al interior del libro. “Fue entonces cuando se me ocurrió escribir una novela sobre su vida, recordé que la naturaleza imita al arte y decidí darle un final feliz, que cambiaría su destino. Me encerré a escribir, mi personaje era complejo, su vida era un inexplicable laberinto, pero yo la conduciría a través de aquellos vericuetos tenebrosos a una salida inesperadamente luminosa”. Lo anterior lo escribe Gabrielle hacia la mitad de su testimonio. Y añade: “Era lo menos que podía hacer por la pobre Mariana: un conjunto, una obra mágica, una pieza maestra”.

La novela confiesa así tener entre su repertorio de personajes no sólo a una amiga de la protagonista, una sombra fácilmente atemorizable y de conducta equívoca, sino a su “autora”. Gabrielle es la clave para leer *Testimonios sobre Mariana* como una puesta en abismo: es una novela que exhibe su propia naturaleza ficcional. “Escribí muchas cuartillas, modifiqué algunas de las situaciones que había vivido con ella para poder llegar al final feliz que me proponía”. Ante esta manifestación, habría que preguntarse: ¿qué es “lo real” de lo que se ha contado? ¿Las voces de Vicente y André son entonces imposturas de esta inesperada moldeadora de la trama? Resulta sintomático que ante las exigencias de una conducta racional y pragmática que constantemente lanzan los varones, sea una mujer quien se plantee recuperar las numerosas aristas, contrapuestas y huidizas, oníricas e inexplicables, de Mariana. En el recurso de Gabrielle se dejaría ver una declaración de principios de Elena Garro: ante la animadversión verbal de los varones, sólo una mujer muestra solidaridad, pues su tarea de escritura implica enfrentar el apabullante veredicto adverso sobre su amiga y personaje, apropiándose por su cuenta, desde la ficción, de la herramienta que durante milenios ha usado el hombre para denigrar a la mujer: la palabra. Al mismo tiempo,

Gabrielle le concede a su Mariana un final liberador: el que consigna desde la voz de André, ya en clave fantástica, hacia el final del libro. La veracidad en torno a la Mariana real, biográfica, no importa; la vida de ningún ser humano es rectamente aprehensible por el lenguaje pues de forma inevitable se mezclan las veleidades de la memoria y la tendencia a juzgar las conductas ajenas. “Mariana sólo fue un sueño que soñamos entre todos”, escribe Gabrielle.

Testimonios sobre Mariana es un ingenioso artefacto novelístico que se mueve por dos vías complementarias: es una exhibición de la misoginia, del esmerado proceso de destrucción de la imagen femenina y, no menos que eso, una obra de ficción consciente de sus derivas y falibilidad, que así cuestiona el dominio del sexo masculino sobre la palabra al tiempo que se la apropia y la subvierte.

LA DEGRADACIÓN DEL SER AMADO

Sí es en cambio *Reencuentro de personajes*, la tercera novela de Elena Garro, el estudio de caso de un amor violento, quiero decir, de un vínculo mujer-hombre señalado totalmente por el conflicto. Frank y Verónica viven una situación irregular: ésta abandonó su país y a su marido para huir a Europa con aquél, su amante, quien pronto deja ver una conducta fincada en las normas del abuso: “Para Frank”, se percata la mujer, “el amor era la degradación del ser amado, ni siquiera era la destrucción”. Vencida por el miedo y la culpa, ella se paraliza: tolera la violencia, se permite experimentar la vergüenza y el odio, hasta volverse poco menos que una nulidad humana. Son, así, ella y él una pareja de temperamentos incompatibles a quienes lo peor de cada quien mantiene juntos: él se afirma en el dominio sobre un cuerpo temeroso e indefenso, y ella se niega a sí misma por el aislamiento al que es llevada y la conciencia de lo erróneo en sus decisiones pretéritas. El despotismo y la manipulación por un lado; la autoconmiseración y la inmovilidad por el otro.

Reencuentro de personajes tiene una voz narrativa omnisciente que se

afinca, aunque no sólo, en la percepción de Verónica. Ficción dotada de un lúcido bisturí psicológico, esta novela es también un acelerado recuento de episodios de pugna y rudeza que parecen ir escalando hasta alcanzar, cada uno, un punto definitivo que es, con todo, superado pronto por un suceso más áspero y más lacerante. Sorprende cómo Garro favorece un eje dramático unitario, determinado por la inestable guerra en el vínculo de Verónica y Frank, sin que esto le limite el mirador de los copiosos hechos que relata ni le reduzca la amplia galería de personajes secundarios a los que da vida.

Como Mariana, y como varias otras de las protagonistas femeninas en la obra de Elena Garro, Verónica vive en un momento histórico, las décadas de 1940 a 1960, entre dos derivas: ha recibido de su familia una educación progresista e ilustrada, resultado de una visión de igualdad entre los sexos, pero la sociedad en que se mueve sigue viéndose dominada por los moldes del imperio patriarcal. Esto se manifiesta en la sujeción económica ante el varón. Para Verónica es un recordatorio frecuente el hecho de que no tiene ni para comprarse un boleto de tren que le permita escapar de la esfera en que la tiene sometida Frank.

Es ésta, pues, una obra de lectura fluida y veloz pero de sustancia incómoda, a ratos claustrofóbica, que difícilmente permite a quien la lee tomar partido por un personaje sobre otro: la forma corrosiva en que se exhiben las fallas y desatinos, los arranques e iniquidades de Frank y Verónica otorgan a esta novela un cariz ambivalente, no menos que descarnado. Garro evita el maniqueísmo, pues, si bien el hombre cae a menudo en la patanería, no logra esconder el drama interior que lo signa, fijado por la visión edípica ante su madre y su no aceptada homosexualidad, mientras que Verónica, con todo y que es mayormente la víctima de una relación abusiva, también se ve llevada a las respuestas irascibles, amén de que tiene unos desplantes clasistas, paranoicos y poco solidarios que la vuelven un ente de claroscuros.

Reencuentro de personajes es el gran logro de Elena Garro en los asfixiantes terrenos de la ficción psicológica y es, también, la obra con la que asedió desde adentro, y agotó abrumadoramente, el asunto de los conflictivos vínculos mujerhombre. En las letras mexicanas, nadie había

descrito así, con este talante tan sombrío, duro y terminal, las provincias del desamor y su violencia.

EN BUSCA DE SUS MUERTOS

En 1982 Elena Garro publica una novela corta de título *La casa junto al río*. Es ésta, la *nouvelle*, una forma que se volverá hospitalaria y asidua en las publicaciones de la autora a lo largo de la próxima década y media. En general, son obras que dan pie a una mayor concentración dramática, desde la perspectiva de un personaje cuyo devenir asume rasgos progresivamente hostiles y pesarosos. *La casa junto al río* tiene como protagonista a Consuelo, una mujer joven nacida en España y quien, luego de vivir desde la infancia en México, vuelve a su patria, poco después de la muerte de Francisco Franco, en busca de su antigua familia, los Veronda, a un pueblo en el norte de la península. Aislada, casi sin dinero, proclive al fácil temor, Consuelo se enfrenta a una espesa mezcla de mentiras, medias verdades, rumores y confusiones, en voz de una variada cantidad de lugareños que, quien más, quien menos, parecen tener móviles para ocultar o tergiversar los hechos pasados.

Como en *Reencuentro de personajes*, la prosa en este breve libro carece de holguras líricas como las que vuelven rutilantes las páginas de *Los recuerdos del porvenir* o *La semana de colores*. Garro otorga al fraseo de *La casa junto al río* una tonalidad opaca y un ritmo entrecortado, de la mano de un uso prominente del diálogo y la enjuta caracterización de los personajes secundarios. Hay, digamos, una suerte de asepsia verbal que parecería subrayar así, orgánicamente, el desamparo familiar y social de Consuelo. Por otro lado, la conjura que se va formando en torno de la mujer con el propósito de despojarla de una herencia se da a conocer de manera paulatina, a través de conversaciones contradictorias y confesiones y rumores sueltos a cuentagotas. Estos retazos de información los descubre Consuelo a la par de quien lee su historia, con lo que el efecto dramático deviene más turbiamente amenazante.

La casa junto al río podría ser vista, en primer término, como el estudio de caso de un personaje paranoico a quien le sobran razones para serlo. La paranoia es un rasgo reiterado en no pocas de las creaciones de Garro, enfrentadas a escenarios de opresión y persecución de varones con dinero y poder, y ante quienes prueban distintas formas de resistencia y escape. El devenir de Consuelo es distinto: no hay en esta historia una relación de pareja, ni la indefensión viene del aislamiento y la violencia fomentados por un varón, sino por toda una comunidad.

Sabemos poco de la vida anterior de Consuelo, salvo que tuvo una hermana, ya fallecida, y que vive con diezmados recursos económicos. Esta elisión de su travesía vital previa es significativa, pues lo que se consigue es dar un mayor relieve a los dos momentos que definen sus relaciones con los habitantes del pueblo: la infancia y el presente. El movimiento de Consuelo no es de huida sino de retorno. Concretamente, vuelve a sus orígenes en busca de la verdad sobre su familia. Ella parecería cumplir una ambición discernible en, por dar uno entre varios posibles ejemplos, las dos protagonistas de varios de los relatos incluidos en *Andamos huyendo Lola*: atosigada, junto a su hija, por un curso de hambre y miseria, la emigrante Lelínca tiene el ensueño de regresar, niña, a la cocina en la casa de sus padres, para evadirse de un momento actual en que no hay horizontes.

La vuelta al origen se descubre siempre ilusoria. Entre los hechos confusos de que se entera, Consuelo escucha nombres y memorias de supuestos miembros de su familia de quienes nunca había sabido nada y que supone convenencieramente inventados por los vecinos. La simulación de los vínculos sanguíneos, la alteración del árbol genealógico, manifiesta cómo ese Paraíso infantil ha sido distorsionado por la palabra. La casa del título, un sitio cercano pero esquivo, se vuelve la metáfora de cuanto le ha sido arrebatado de su identidad: “A ella la habían expulsado de todo lo que amaba: familia, casa, pueblo. Sólo le interesaban las sombras luminosas y trágicas de sus tíos [...] Asida a las rejas contempló la casa inaccesible y lejana, tan lejana como el Paraíso”.

Novela pesimista y enrarecida, *La casa junto al río* se abre, sin embargo, a una solución fantástica de signo liberador, pues el ansiado

retorno a la raíz se ve cumplido tal cual... no sabemos si en el plano “real” de la trama pero sí en el de la percepción de la protagonista:

Consuelo se hallaba dentro del corazón tibio del oro, levantando apenas la cortina de muselina blanca, y desde allí vio a Ramona de pie, debajo de un manzano plantado a la orilla del río. Era una sombra oscura y sólo eran visibles sus ardientes ojos afiebrados. [...] Consuelo sonrió, ahora más nunca aquella mujer oscura y terrible le haría daño, estaba dentro de la casa junto al río, a su lado se hallaban sus tíos y la casa resplandecía como un arco iris. ¡Estaba a salvo! ¿Acaso no había venido a España en busca de sus muertos...?

Con este elocuente episodio de salvación sobrenatural, *La casa junto al río* vuelve a una muy acendrada deriva en la obra de Garro, en cualquiera de los géneros que invadió: la intuición enfática del papel más alto que tiene la imaginación de cara a las sordideces de la vida real.

LOS HOMBRES NO LLORAN

“De pronto se dio cuenta de que se hallaba entre sus iguales, los desheredados. Y el hecho de beber con ellos un café caliente en una noche de lluvia, en el corazón de la ciudad ajena a sus pesares, lo llenó de cordialidad hacia sus compañeros. El poder le pareció absurdo, inhumano y alejado para siempre de ese instante inefable...” No han avanzado muchas páginas de *Y Matarazo no llamó...* (1989), cuando el personaje principal, un oficinista llamado Eugenio Yáñez, hombre casi anestesiado por una vida de rutina y medianía, conoce una forma de la redención: ha decidido regalar cigarros a un grupo de huelguistas a quienes las fuerzas del gobierno vigilan y hostigan. Se trata de una redención mínima en los hechos pero intensamente significativa para Eugenio: soltero, sin hijos, detenido en la estreñida escala de la burocracia, la existencia le ha cerrado, hasta ese instante, los caminos que podrían haberle otorgado un sentido más profundo a sus días.

Escrita casi 30 años antes de su publicación, *Y Matarazo no llamó...* retrata una esquirla de las luchas obreras de los años cincuenta en la

Ciudad de México, a través de la percepción de un ciudadano de a pie, un ser externo a los sucesos que se involucra desde la solidaridad aunque sus recursos sean pobres y su poder nulo. No hay manera de negar que Elena Garro toma partido en *Y Matarazo no llamó...* y reivindica a las víctimas mediante una crítica de la represión que las estructuras oficiales ponen en marcha. Los obreros en huelga son “sus iguales, los desheredados”, descubre Yáñez, porque, aunque él tenga un empleo estable y una vida, con sus estrecheces, resuelta, también ha sido testigo de los modos aviesos que asume la corrupción gubernamental en su misma oficina, pues ahí rigen la ineptitud, el servilismo, la mendacidad moral y la mentira. El conflicto de Eugenio Yáñez es así el de la víctima que, al descubrirse en esa condición, decide no replegarse ni resignarse sino enfrentar al poder.

Y Matarazo no llamó... tiene un eje unitario, basado en la percepción de su protagonista y en los movimientos de su vida interior. Narrada en tercera persona, la *nouvelle* hace uso del discurso indirecto libre para dotar de cercanía y fuerza el periplo emocional de su personaje. En este sentido, no resulta menor el acento con que esta novela corta, si bien afinada en el tratamiento ficcional de un asunto político, se acerca puntillosamente a las manifestaciones de la virilidad.

El sitio de la víctima es ocupado en casi toda la obra de Garro por personajes femeninos. Las repercusiones que sus desafíos a la autoridad viril tienen son usualmente íntimas: la paranoia, el pánico y la parálisis. Aunque vive en diferentes estaciones de su itinerario dramático algunas de esas pulsiones, Eugenio Yáñez reconoce, de forma más que crucial, el llanto. “Se sentó en la orilla de la cama y de pronto supo que unas lágrimas ardientes corrían por sus mejillas fatigadas. El llanto silencioso le produjo un bienestar”. La revelación del cariz salvador que tiene el llanto se confronta con la educación masculina que Yáñez recibió en su familia y en la sociedad: “ ‘Los hombres no lloran’, le repetía su padre. ¿Y por qué los hombres no podían llorar? Alguna vez debía romper las normas impuestas y con decisión se lanzó sobre su cama y sollozó sobre la almohada de borra. La almohada parecía estar llena de piedrecitas duras y compactas”.

Con el devenir dramático de un varón común y corriente, Garro hace en *Y Matarazo no llamó...* no sólo una crítica de la represión y la corrupción en los momentos más álgidos del régimen priista, sino también demuestra cómo la represión del Estado descansa en formas patriarcales que exigen un modelo de conducta masculina que privilegia la traición, el oportunismo y la violencia. Hacia el final, Yáñez es detenido al intentar huir, con la ayuda de un sacerdote, de Coahuila a Durango. Cuando es transportado de forma degradante por sus captores, una escena revela cómo la represión política habría de sostenerse en la obliteración de las fibras sensibles: “Aquellos hombres existían para que existiera el acto prodigioso del crimen, y nuestro tiempo era sólo eso: el crimen. Le subieron a los ojos unas lágrimas de fuego, que le abrasaban por dentro todo el rostro. Llorar le hacía daño, la cabeza parecía romperse a medida que subían los sollozos. ‘—No llores... ¿Qué, no eres hombre?’ ”

Aniquilado hasta en su buen nombre por la maquinaria político-policíaca, Eugenio Yáñez se une a la galería de personajes derrotados que Elena Garro presentó en una generosa franja de su obra. Es un personaje derrotado, sí, pero irreductible, insobornable en su dignidad, redimido por su gesto solidario y, sobre todo, por su conversión a una forma sensible de la virilidad, a la que se llega con la manumisión de las emociones.

EL AMOR SE ACABA

Publicada en 1996 en un solo tomo con *Primer amor*, la novela corta *Busca mi esquila* tiene como protagonista a Miguel, un hombre casado y de familia acomodada de la Ciudad de México, quien por el mero azar llega a conocer a Irene, una muchacha que aparece y desaparece de su vida no sin dejarlo obnubilado por su belleza y su elusivo temperamento. Ella y él son, sin embargo, una pareja imposible. Él vive en un matrimonio desangelado, con una mujer a la que no ama y con quien

evita ya casi el menor roce (“Enriqueta era quejumbrosa y ahora estaría indignada; [Miguel] no se sintió capaz de hacerle frente. ‘No puedo’, se dijo, y pasó de largo frente a la puerta cerrada de la habitación de su mujer”), pero con quien ha de seguir una existencia fijada por las prioridades económicas y las convenciones de clase: “¿Por qué se había casado? Era víctima de un destino fatal. Lo supo desde que su madre se empeñó en obligarlo a aquel matrimonio de razón o conveniencia”.

No es difícil ver en la historia de Miguel e Irene un parentesco con el tercero de los *Testimonios sobre Mariana*, el de André, un joven que se obsesiona con la protagonista a quien, sin embargo, ve muy pocas veces. En ambos casos se trata de improntas perturbadoras, insistentes, que trastocan la estabilidad y llevan a los varones a pautas de conducta fuera de lo acostumbrado en sus rutinas. Los desencuentros y las fugas marcan los advenimientos de Irene en los días del hombre, quien así, al tener esas oblicuas cercanías con una muchacha hermosa, dotada de frescura y libertad, no puede sino caer en el descubrimiento de cuán frustrante y vacía es la vida que lleva.

Si bien *Busca mi esquila* carece de una lectura crítica sobre la clase social a la que pertenece Miguel y los privilegios que ésta le otorga, sí descansa en un cuestionamiento del matrimonio como una institución burguesa contraria a los sentimientos y que deseca la comunicación y la empatía: “El matrimonio es una sociedad, el amor se acaba [...] le había repetido [su madre] una y otra vez”.

Aunque mayormente centrado en la percepción del varón, el hilo narrativo de *Busca mi esquila* establece un paralelismo entre los destinos de sus dos personajes. En un diálogo, Irene aspira a que esta correspondencia se registre en la vida ultraterrena: “—Alguna vez seremos uno y entraremos por esa puerta abierta para nosotros en el cielo —dijo la joven”. Esto es recibido con desagrado por el hombre: “Sus palabras lo irritaron; para ella es fácil consolarse con un encuentro imaginario en el cielo, en cambio él debía volver a su casa al lado de Enriqueta que sólo le producía tedio. ‘La veo y me parece que me entra arena en los ojos’...”

El paralelismo se deja ver por el hecho de que Irene se encuentra

condenada a repetir el mismo camino vivencial de Miguel. La esquila que ella, antes de desaparecer finalmente, le pide a Miguel buscar los días siguientes en los periódicos no está en la sección de obituarios, sino en la página de sociales: presionada por sus parientes, ella hubo de dar el sí a un matrimonio detestado pero, eso sí, beneficioso para su familia. “¡Allí la descubrió! Estaba vestida de novia, tenía la cara muy seria, llevaba las manos juntas y entre ellas sostenía un pequeño ramo de azahares”.

Tímida en sus alcances dramáticos, sin la vehemencia de otras páginas en que Garro escarba en los mundos del amor y la pareja, *Busca mi esquila* es con todo una fabulación orgánica en la que Garro se vuelve a acercar, desde otra distancia, con un mirador romántico, al infortunio de las relaciones mujerhombre en la sociedad mexicana.

UNA HEROÍNA DE PELÍCULA

Mi hermanita Magdalena apareció en noviembre de 1998, no muchos meses después de la muerte de su autora. Poco menos que sintomático resulta que la última novela de Elena Garro —la pesimista autora de *Andamos huyendo Lola* y *Reencuentro de personajes*, la vehementemente crítica fabuladora de *Los recuerdos del porvenir* y de *Y Matarazo no llamó...*— sea un mosaico de jovialidad, humor, luz vitalista y juego. Aunque en un punto inicial de la trama la narradora define la vida como “un laberinto oscuro poblado de asechanzas que no podíamos prevenir”, *Mi hermanita Magdalena* es de hecho el testamento gozoso de una autora de perfiles, por si alguna duda cabía, diversos.

La obra tiene una voz narrativa, la de una jovencita de nombre Estefanía, hija de una prolífica familia de Chihuahua residente en la Ciudad de México. El entorno en que Estefanía y sus hermanas crecen, y la educación que reciben, son convencionales, los propios de un clan de clase media regido con cierta laxitud por la moral católica, hacia la mitad del siglo xx.

Una primera sección de la novela se pone en marcha a partir de que la

Magdalena del título desaparece del hogar; es llevada a la fuerza por un hombre joven, Enrique, quien alega haberse casado con ella en secreto. La trama sigue las repercusiones, que van de lo pesadoso a lo espeluznante, que este hecho tiene en la familia; resalta en este recuento la figura, pintada con rasgos esperpénticos, de doña Justa, la supuesta madre de Enrique. Como en *Reencuentro de personajes*, donde se establece un nexo intertextual con una obra de F. Scott Fitzgerald y con otra de Evelyn Waugh, en los primeros capítulos de *Mi hermanita Magdalena* Estefanía y su hermana Rosa, metidas a detectives en busca de las huellas de su hermana, leen *Crimen y castigo*, de Dostoievski, y se sienten impelidas a emular el asesinato cometido por Raskolnikov para hacer justicia: “*Crimen y castigo* era alucinante. Nunca imaginamos un libro parecido. Era tan verdadero que no era novela”. Hay que decir, sin embargo, que este vínculo con Dostoievski se matiza con un dejo decididamente humorístico. A como elucubran asesinar a la insoportable doña Justa, Estefanía se enfrenta a una dificultad impensada: “Y ahora, ¿qué hago con el cuerpo?... ésa es la lata de matar, queda el cuerpo y ya no se levanta nunca”.

La segunda sección se abre cuando la narradora es enviada a París en busca de Magdalena; las dos hermanas se encuentran y conocen a una diversidad de personajes secundarios, algunos involucrados en los conflictos políticos derivados de la guerra de Argelia. El apartado más luminoso del libro ocurre en Ascona, en Suiza, donde Magdalena y Estefanía pasan el verano, en medio de romances, trajes de baño, fiestas y coqueteos. La novela cierra con el regreso, en el otoño, a París, y el reencuentro con el ominoso marido de Magdalena, así como con la aparición de una misteriosa caja incriminatoria en el departamento al que las chicas acaban de mudarse. El cuadro general conforma una novela escrita con carisma, fluidez y velocidad, numerosa en pormenores, historias y personajes, que hace un retrato variopinto de los primeros años de la década de 1960 en México y Francia.

Si bien las dos muchachas enfrentan situaciones de pánico, paranoia y peligro, destaca en el libro la figuración de un modo femenino de ser y comportarse con atrevimiento y picardía: el de la protagonista del título.

Dos declaraciones trazan con nitidez el temperamento de Magdalena. Uno sale de su boca: “¡Estoy harta de que me den consejos! Y basta que alguien me diga que no haga tal cosa, para que me empeñe en hacerla. ¿A qué se deberá?” El otro lo resume Estefanía: “Mi hermanita tenía razón: había que ser vertiginosa, rápida, ir a todas partes, tomar riesgos, conquistar, conocer gente, países, en fin, ser algo así como una heroína de película”.

Si bien Garro privilegió la construcción de personajes femeninos en un estado de rebeldía contra las imposiciones patriarcales, no hay en su obra —fuera de Julia, en *Los recuerdos del porvenir*— un ejemplo cabal de una protagonista que a la disidencia permanente aúne la coquetería y la buena fortuna, como Magdalena. En Ascona, la joven se las arregla para tener amoríos con tres chicos diferentes. “Los tres novios lo ignoran. ¡Qué talento! ¡La verdadera mujer moderna, joven, bella y libre!”, resume un amigo.

Mientras la narradora acata en más de una ocasión los prejuicios y las reconvenciones de su familia, Magdalena da el ejemplo opuesto. Contraria a la tendencia a la inmovilidad que tienen muchos personajes de Garro, Magdalena, admiradora de Napoleón, muestra osadía y astucia maquiavélica:

“—¡Carajo! Te juro que a ese notario me lo echo al plato —le dije a mi hermanita.

”Mi hermanita me detuvo en seco.

”—Espera. Tú arreglas siempre las cosas queriéndote echar al plato a medio mundo. Yo creo en la táctica. Mira, voy a hablar con Armaignac, él se puso a mi disposición. A ver si como ronca duerme.”

Como en *Testimonios sobre Mariana y Reencuentro de personajes*, el punto de partida de *Mi hermanita Magdalena* es un desastrado vínculo mujer-hombre. Sin embargo, en esta instancia Elena Garro escamotea la narración de los episodios que señalen los altibajos del nexo entre Magdalena y Enrique; algunos detalles nos son reportados por la primera, pero son más bien poquísimos. La clave en este caso se halla en el temperamento desafiante de Magdalena, quien, al huir de su marido, le arrebató —y este detalle no es menor— una buena cantidad de dinero, con

la que adquiere una libertad impensada en Mariana o Verónica. Este viraje otorga a la relación de pareja otro tenor, uno marcado por la igualdad de fuerzas, y que, aunado a un episodio cruelmente afortunado, libera finalmente a Magdalena de esa unión conyugal para elegir, sin presiones, a su futuro marido.

En las últimas páginas, en uno de los pocos sucesos de rispidez entre los dos esposos que se nos narra, mientras él quiere forzar a Magdalena a acompañarlo, Estefanía se interpone (“—Enrique, deja a Magdalena o doy de gritos. Aquí no estamos en México...”), y él hace una declaración que se demuestra falsa: “—¡Cállate, imbécil! ¿Qué quieres decir con eso de que aquí no estamos en México? ¡Pendeja! El mundo entero es México, Magdalena es imi mujer! ¿No te has enterado?”

En casi cualquier otra obra de Garro, la afirmación “El mundo entero es México” habría sido verdadera con el sentido de “en cualquier parte del mundo se permiten conductas abusivas del varón hacia su mujer”. Digamos que Enrique llegó tarde a las páginas de Elena Garro. Es un vestigio del patriarcado hispánico que a otras mujeres en la obra de Garro arruinó cualquier asomo de dicha o siquiera tranquilidad, pero que en *Mi hermanita Magdalena*, una de las novelas más luminosamente placenteras y audazmente desfachatadas de la literatura mexicana, ya no tiene sitio.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

REENCUENTRO
DE PERSONAJES
(1982)

Verónica se miró en el espejo del retrovisor colocado arriba del parabrisas y tuvo la certeza de que al final de esa noche iba a saber. Cuando el auto entró en la carretera que bordeaba el Lago Mayor sintió que cruzaba una frontera, un límite invisible que le permitía verse como un personaje ajeno a ella misma. El mundo se volvió irreal como el de una película y su rostro se agrandó como el de una estrella de cine. Sintió alivio al saber que al final de esa noche aparecería la palabra “fin”. Lloró como en las películas. Era el principio del otoño y la humedad que se levantaba del lago la hacía tiritar de frío. En la oscuridad, las playas vacías se alejaban hasta confundirse con el agua sombría de las olas aún más sombrías. Apenas distinguía sus perfiles movedizos barridos por la lluvia. Las colinas y la interminable fila de hoteles apagados pasaban de derecha a izquierda según fueran los recodos del camino. La temporada había terminado. En la carretera no había nadie. Las terrazas vacías eran una interminable colección de cráneos inmóviles. El mañana no existía ya, todo era el pasado.

Detrás de ella se alzaba su vida extraña e impenetrable. No sabía por qué iba corriendo esa noche a la orilla del Lago Mayor. Nadie podía darle la respuesta. Decir: “el destino”, le pareció una banalidad. Sin embargo, cada paso, cada vuelta del camino, cada minuto de su vida, la había llevado a ese momento en el que corría a la orilla del Lago Mayor. Corría en un tiempo imprevisto y lo que sucediera a partir de esos instantes no era su tiempo ni era su vida; por eso tuvo la seguridad de asistir a la proyección de una película. Miró a Frank, su perfil estaba fijo en la

carretera; no le quedaba ni una palabra. El automóvil lo apaciguaba, era su manera tranquila de ser. En cuanto bajaba a tierra sus silencios se volvían peligrosos, tomaba su maleta y resignado a su cólera, se recogía en el cuarto que le tocaba en suerte. Desde el retrovisor sus ojos muy abiertos la miraban con asombro. Por el espejo que se agrandó como una pantalla vio a Frank avanzando, impasible, con el nudo de la corbata muy pequeño, la piel oscura y los ojos verdosos. De repente, junto a un piano, sentada en el taburete, estaba ella, tostada por el sol y metida en un traje de seda amarillo muy diferente del que ahora llevaba. Un hombre gordo se acercó a ella y miró con gula sus piernas, después se inclinó y con la punta del dedo índice le acarició una rodilla desnuda. Desde una esquina del salón de los Verdía, Frank vio el gesto y sonrió. Una mujer vestida de blanco avanzó hasta ella y Verónica pensó que era un ángel cansado. En su mano delicada llevaba una copa de champagne que parecía un cáliz. Su traje blanco flotaba alrededor de la fragilidad de sus huesos pálidos. Verónica la miró deslumbrada.

—Verónica, es usted muy despreocupada, no tiene experiencia...

Verónica la miró sorprendida. La mujer alta y rubia estaba frente a ella con su copa luminosa en la mano, inclinó el cuello.

—Frank es muy diabólico... —agregó.

Verónica vio los ojos trágicos y la piel disecada, como una rosa presa entre las páginas de un libro, de la mujer de blanco, y no supo qué decir.

—Usted no lo conoce... es muy diabólico —repitió.

La mujer se alejó dejando tras de sí un perfume que se disolvió en la fiesta después de unos segundos.

—¿Qué te dijo la Chachis? Después de su fracasado suicidio se quedó muy neurótica... —le murmuró Frank, que se había acercado a ella.

—No me dijo nada.

En el momento en el que abandonaba la fiesta coincidió con la Chachis. Avanzaron juntas por un sendero del jardín buscando las rejas frente a las cuales se hallaban estacionados los automóviles. Detrás de ellas venía el marido de Verónica, hablando con alguien. La Chachis iba sola, estaba divorciada.

—Tal vez hice mal en prevenirla, pero parece usted muy inexperta y le

aseguro que Frank es muy diabólico —insistió la Chachis.

La vio abordar su automóvil y partir sola. ¿Qué había querido decirle?

—Esa mujer lleva el traje blanco de su última comunión —comentó Ted, el acompañante de su marido, y éste se echó a reír. Verónica tuvo una desagradable premonición, quiso decir algo, Ted se inclinó para preguntar qué le sucedía.

—¡Déjala! No te preocupes por Verónica. ¿No sabes que es Circe y convierte en cerdos a los hombres? —exclamó su marido, disgustado, apartando a Ted y tomándola a ella con violencia...

Una multitud de cuartos de hotel desfilaron por el espejo del retrovisor. Verónica cruzaba los vestíbulos iluminados de los hoteles, iba desaliñada, con su vestido de verano que despertaba la curiosidad de los empleados, mientras Frank permanecía esperando en el automóvil.

—Dos cuartos con baño —pedía.

—¿Comunicantes?

—No, separados...

Frank tomaba su maleta y entraba en el cuarto que le tocaba en suerte. En el maletín de Verónica ya no quedaba ropa. Buscaba algo que ponerse, se miraba al espejo y encontraba una cara cada vez más extraña. Casi no se reconocía en los ojos aterrados y los cabellos en desorden que encontraba en los espejos. Tiritando de cansancio entraba en las tinas que le parecían ser la misma bañera. A veces los baños eran blancos, a veces verdes o amarillos, algunos eran negros; pero todos eran inhóspitos y silenciosos. A fuerza de jabón y ausencia de cremas, la piel se le secaba como un papel mojado puesto al sol.

—Qué graciosa te ves, pareces vaguito —repetía Frank, echándose a reír.

Así iba ahora, con la piel tirante y los ojos desvelados corriendo a la orilla del Lago Mayor. No sentía cólera. Tuvo la seguridad de que no era ella la que viajaba junto a Frank. Ella estaba en un punto del espacio escrutando el perfil del hombre que avanzaba alerta hacia un peligro próximo. Algo se conjuraba esa noche, algo extraño que anunciaba la llegada al centro de la pesadilla. Los hoteles apagados se sucedían unos a otros con sus balaustradas y sus columnas batidas por la lluvia. Las filas

de cipreses miraban pasar al automóvil. De cuando en cuando Frank le echaba ojeadas.

—¿Por qué no te detienes frente a ningún hotel? —preguntó Verónica.

Frank no contestó. “Quisiera salir de esta película sin sentido”, se dijo ella y agregó en voz alta:

—Ya terminó la temporada. Va a ser difícil encontrar cuarto —quería romper el silencio que surgía de la oscuridad húmeda que la rodeaba.

Frank no contestó, parecía dirigirse a un lugar preciso, como si alguien desde lo oscuro lo guiara con firmeza. Verónica sintió miedo. Había vivido con él unos meses y apenas si lo conocía, ignoraba sus motivos, y a qué se debía su conducta singular. Pensó que estaba loco, o que quizás guardaba algún secreto. Había convivido con él en una región solitaria en donde nada tenía sentido y en donde las palabras no correspondían a los hechos. Había descubierto que para Frank el amor era la degradación del ser amado, ni siquiera era la destrucción. Se volvió a mirar a los cipreses que desfilaban como sombras frente a los hoteles apagados. Continuaba lloviendo. Se sintió terriblemente sola, sin pasado y con el futuro abolido. En el retrovisor se reflejó una Verónica sentada en un rincón de un cuarto vacío, sola, despeinada y mal vestida. “¿Y ahora qué?”, le preguntó su imagen desde el espejo. Los hoteles empezaron a escasear: se separaban, dejaban claros negros en las colinas. ¿Cuántos cientos de cuartos habían pasado? Pensó que ya había dormido en todos ellos y que en cada uno había perdido una parte de ella misma. Los días eran siempre el mismo día junto a aquel desconocido que llevaba el volante. Frank se inclinaba, se acercaba al parabrisas para distinguir mejor entre la lluvia; se diría que se acercaba al final de aquel viaje, parecía emocionado. Pasaron frente a un hotel como los anteriores, blanco, de construcción reciente, situado lejos de la carretera, en la profundidad de un jardín de arbustos recortados. Algo en la inmovilidad del edificio llamó la atención de Verónica: el edificio existía más que los anteriores, les hacía señas. Frank pasó de largo. Al cabo de unos instantes detuvo el automóvil y luego le metió reversa. Avanzó reculando hasta el frente del hotel y detuvo el coche con decisión.

—Baja y pregunta si hay cuartos —le ordenó a Verónica, según era la

costumbre.

Frank se recargó sobre el volante para mirar con atención el hotel elegido. Verónica bajó del auto, para ella era penoso entrar en los hoteles a pedir cuarto. Cruzó el jardín oscuro y silencioso. La lluvia arreciaba y ella no tenía impermeable. Con el cabello y el traje empapados, llegó frente a la puerta de cristal, sintió vergüenza, trataría de no fijar la mirada en ningún sitio, recordó que cada vez que le concedían habitación se desconcertaba, ya que iba segura de que la rechazarían. En general los empleados la miraban con benevolencia. Se decidió a cruzar la puerta. Entró a un vestíbulo amplísimo, amueblado con sillones de colores vivos. El vestíbulo yacía quieto, encerrado por ventanales y la gran puerta de cristal. De pronto se sintió muy sola en ese recinto silencioso y abandonado. Guiada por la luz que se filtraba de la terraza buscó la recepción: no había nadie. El hotel respiraba silencio.

—¿No hay nadie? —gritó.

Su voz sonó extraña en el hotel vacío. Se asustó de sus palabras, que rebotaron contra los muros de mármol y luego vibraron inútiles sobre los pisos.

—¿No hay nadie? —gritó con más fuerza y empezó a dar palmadas que resonaron rápidas y huecas. Nadie acudió a su llamado. Era absurdo que el hotel estuviera clausurado y con la puerta abierta. Siguió llamando a voces.

—¿No hay nadie?... ¿No hay nadie?...

De pronto calló. ¿Y si Frank hubiera hecho este viaje extraño para dejarla en ese hotel abandonado? Buscó a través de los vidrios de los ventanales empañados por la lluvia la carretera y la mancha clara del coche de Frank. Allí estaba, esperando, con los faros apagados. Una luz blanca iluminó de golpe el vestíbulo del hotel y una voz de hombre surgió sin ruido a sus espaldas.

—¿Busca algo?

Se volvió estremecida: un hombre vestido de negro sonreía untuoso.

—Dos cuartos con baño.

—¿Comunicantes?...

—No, separados... Sólo para esta noche...

El hombre se dirigió con ceremonia hacia el mostrador de la recepción, se colocó detrás y sin una palabra le tendió las fichas para la policía. La miraba con fijeza, sus ojos oscuros se volvían más oscuros con las sombras del pelo y el traje también negro. Verónica miró las largas manos del desconocido, con dedos finos que contrastaban con el pulgar grueso y redondo como un malleto. Turbada buscó su pasaporte en el fondo del bolso. La mirada imperturbable del desconocido le impedía encontrarlo: tenía las pupilas dilatadas y fijas como si quisiera hipnotizarla. Se le cayeron unos papeles del bolso, se inclinó a recogerlos y salió corriendo en busca de Frank. El hombre permaneció inmóvil detrás del mostrador. Verónica llegó corriendo al automóvil.

—Vamos a buscar otro hotel, hay un hombre horrible...

A lo lejos, detrás de los vidrios de la puerta de entrada, el hombre los miraba. Frank le lanzó una mirada de desprecio:

—¡Loca!...

Encendió el motor del coche y arrancó para conducirlo a un lugar seguro. Verónica lo vio entrar por un camino del jardín y perderse en una curva. Había decidido pasar la noche allí y Verónica no tuvo más remedio que volver al hotel. Vio al hombre salir del vestíbulo provisto de un enorme paraguas para dirigirse hacia el lugar en donde Frank había guardado el auto. Entró en el vestíbulo y se dejó caer en un amplio sillón de cuero rojo. Estaba cansada. Esperó largo rato. El vestíbulo era amplio y de forma irregular; un bar de bambú envejecía en una esquina. A un lado del bar, un jardincillo de plantas de sombra crecía carnoso al amparo de la luz blanca de neón. El jardín estaba quieto y tenía la tristeza sórdida, casi indecente, de los jardines interiores de los edificios modernos. Todo el hotel vivía alrededor de aquellas hojas gruesas y malolientes. Los pisos de linóleo, los muros de colores brillantes, el bar, los ventanales, estaban en contacto con el jardincillo pornográfico y de acuerdo con los materiales groseros y chillones. Verónica sintió náuseas. Se volvió a mirar la noche y la lluvia. A través del jardín, Frank y el empleado avanzaban con lentitud amparados por el enorme paraguas negro. Le pareció que al cruzar la puerta interrumpieron una confidencia, pues penetraron graves, como si fueran más extraños el uno al otro de lo

que en realidad eran. Era como si fingieran... La miraron con fijeza. Verónica se dirigió a Frank, mientras el hombre se fue a la recepción y les tendió las llaves.

—Yo haré sus fichas. Dejen aquí sus pasaportes —dijo.

Verónica tendió el suyo y Frank la detuvo con un gesto.

—Vamos a llenarlas ahora —dijo Frank, lanzando una mirada viva al empleado.

Éste sostuvo imperturbable su mirada y les tendió las hojas sin agregar una palabra. Frank llenó su fórmula y miró con atención la de su amante.

—¿Cuáles son los números de los cuartos?

—El mío es el 8-7 —contestó Verónica, mirando la placa de metal que pendía de la llave.

—El suyo es el 8-10 —dijo el hombre, mirando a Frank con intensidad.

Frank se inclinó sobre su ficha y escribió en ella el número de su habitación. Verónica lo imitó. El hombre recogió las boletas y las colocó en el escritorio. Salió de detrás del mostrador y recogió las maletas. Escondida por unas columnas cuadradas se hallaba la puerta del ascensor. Subieron los tres en silencio y salieron a un largo pasillo estrecho, con ventanas al lago. Frente a las ventanas estaban las puertas de los cuartos. El linóleo rojo apagaba los pasos. La habitación 8-7 estaba antes que la 8-10, perteneciente a Frank. El hombre se detuvo frente a la 8-7, la abrió y les cedió el paso con gesto grave. El cuarto era un cuarto más de hotel: dos camas iguales formaban una enorme cama. Una puerta negra comunicaba con un cuarto de baño intacto. Un enorme ventanal de cortinas abiertas daba a una terraza.

—Ésa es mi maleta —dijo Verónica.

El hombre la colocó sobre el maletero.

—Vamos a la otra habitación —pidió Frank.

Salieron los tres al pasillo. Tres puertas más adelante estaba la número 8-10. La habitación era exactamente igual a la otra. Frank la contempló distraído, mientras el hombre colocaba su exiguo equipaje. El empleado los miró de arriba abajo y permaneció quieto, esperando órdenes.

—¿Quieres un café?... Anda, chiquita, ¿quieres un café?

Verónica iba a rehusar, pero la inesperada amabilidad de su amante la

conmovió.

—¿Es posible?...

—Lo subo en diez minutos —contestó el empleado.

—No, no. Nosotros bajaremos a tomarlo —declaró Frank, con una voz que a Verónica le resultó extraña.

El hombre hizo una reverencia y salió sin ruido. Frank se dejó caer en la cama, se aflojó la corbata y miró con ojos extraviados a Verónica.

—¡Ven!...

La mujer se acercó, él la tomó de una mano y con fuerza la arrojó en la cama. Le acarició las piernas, estaba concentrado y pálido, reconociendo el cuerpo conocido de su amante. Ella cerró los ojos. De pronto Frank interrumpió las caricias íntimas y se levantó de un salto.

—Vamos, nos debe estar esperando.

Verónica aceptó sin protestar, estaba acostumbrada a aquellas interrupciones en el acto amoroso. Se diría que Frank era un experto en provocar su sensualidad y luego detenerse. Salieron juntos al pasillo y tomaron el elevador. “Siempre que hace esto desaparece...”, se dijo Verónica, mientras descendían. Contempló a Frank, tranquilo, ausente, ocupado en pensamientos extraños. Al llegar al vestíbulo lo encontraron apagado. Sólo una luz verdosa salía del bar de bambú. Allí estaba esperándolos el hombre, Frank se sentó en un taburete justamente frente a él y lo contempló con ojos fijos. Con mano segura el empleado preparó el café, les tendió las tazas y desapareció. Frank lo buscó un rato con la mirada, pero él parecía haberse esfumado definitivamente.

—¡Qué extraño!... Es joven y la primera impresión que me dio era que tenía mucha más edad —dijo en voz baja Verónica.

Frank la miró con los ojos turbios, colocó una mano sobre uno de sus muslos desnudos y la acarició con aire ausente. Necesitaba tocarla siempre, se diría que un impulso extraño lo movía ciegamente hacia su cuerpo, aunque luego dejara los actos inconclusos. Bebieron el café absurdo y volvieron a sus habitaciones. En el ascensor, Frank se colocó a buena distancia de Verónica, él siempre prefería acariciarla casi en público.

Afuera continuaba la lluvia. Por las ventanas del pasillo contemplaron

el lago negro y móvil. Verónica se hallaba muy cansada, entró en su cuarto y vio que Frank entraba tras ella. La mujer cogió su maletín de viaje y se dirigió al cuarto de baño, sacó una pastilla de jabón, luego se lavó los dientes. Pensaba tomar una ducha, pero vio a Frank recargado contra la puerta mirándola. Tenía los ojos vidriosos, avanzó hasta ella, la tomó por las caderas.

—¡Ven!

Le besó la nuca y le acarició los muslos. Ella se echó a reír y trató de apartarse, pero Frank avanzaba tras ella sin cejar en el abrazo. Sin que ella se diera cuenta Frank la condujo al pasillo. Salieron.

—¡Estás loco, nos van a ver!

—Vamos a mi cuarto... —suspiró Frank.

Empujándola y acariciándole los muslos llegaron hasta la puerta del cuarto de Frank. Él abrió la puerta y entraron danzando aquel baile erótico. Verónica vio de pronto su traje en el suelo, lo miró casi a pesar suyo, una de sus sandalias estaba junto a la pata de una silla, la otra cerca de la puerta. No sabía cómo había perdido las prendas de vestir. Frank la recostó sobre la cama.

—Adoro este cuerpecito...

La voz de Frank estaba rota y su rostro descompuesto en una mueca. De pronto se sentó en la orilla de la cama y cesó en las caricias. Se cogió la cabeza entre las manos; entonces Verónica vio que estaba completamente vestido y sintió que sufría intensamente.

—Se me cierran los ojos de sueño... —dijo Verónica.

Cerró los ojos y permaneció quieta sintiendo cómo se alejaba sin ruido la tormenta en la que su amante la había hundido unos momentos antes. Se volvió a la ventana, pues sintió que alguien la miraba, abrió los ojos y miró la noche húmeda y llena de viento sobre la terraza de su habitación.

—¡Alguien nos miraba!... ¡No corrimos las cortinas!... —gritó Verónica, levantándose de un salto y corriendo hacia la ventana para correrlas. Las manos veloces de Frank la detuvieron. Las mismas manos volvieron a jugar sobre su cuerpo y luego la llevaron a la cama.

—Duerme aquí... Mañana yo te traigo tu maletín. ¡Mira qué carita tienes!...

La metió bajo las mantas y la miró con tristeza. Verónica se sintió aliviada, le agradeció que durmiera con ella en aquel hotel enorme y vacío.

—Cierra las cortinas... —suplicó.

Frank se dirigió a la ventana, antes de tirar del cordón contempló la noche con melancolía. Después se dirigió a su maletín abierto y sacó varios cepillos de dientes. Siempre tenía dos en uso y los demás en reserva. Cogió dos y el tubo de dentífrico y se acercó a la cama.

—Sueñe con los ángeles —le dijo, inclinándose para verle los ojos de cerca.

Verónica observó el rostro extraño que la contemplaba con fijeza. Estaba exhausta, le pareció que el cuarto se llenaba de niebla y que el cuerpo le pesaba como si llevara auestas un cuerpo que no era el suyo. Frank introdujo la mano por debajo de las mantas y la pasó por todo su cuerpo desnudo, luego, con velocidad, se dirigió a la puerta. Verónica lo vio alejarse, alto, con espaldas de deportista y la nuca llena de pensamientos indescifrables.

—¿Por qué no te quedas a dormir aquí?

Frank pareció muy acongojado. Afuera la lluvia continuaba cayendo. Se diría que la congoja de Frank se extendía por toda la habitación e invadía la noche. Verónica sintió que el sueño pesado se quedaba a la mitad de su ascensión. Tenía el cuerpo profundamente dormido y un pensamiento seco y preciso le hacía aparecer una vez tras otra la pregunta, que siempre era la misma, y para la cual no había respuesta. La pregunta era tan seca que bebía toda la humedad de la noche. Estaba aislada, vivía momentos aislados de la realidad. Nada se concluía, nada tenía fin, nada terminaba, ni siquiera hacer el amor. Un espacio vacío se formaba alrededor de ella y de Frank, y en ese espacio todo carecía de continuidad. La lluvia tenaz seguía cayendo detrás de las cortinas de la ventana. Afuera estaban los hoteles apagados, uno detrás del otro, como un pesado indescifrable y sin mañana.

—Mañana todo habrá terminado...

Vio salir a Frank de su habitación como si saliera de una película. Se vio a ella misma saliendo a una calle iluminada.

—¿Entendiste la película, Verónica? —le preguntaba alguien.

—No, no la entendí, pero era terrible... —contestaba ella, apresurando el paso en una acera llena de espectadores que se cerraban los cuellos de los abrigos y sacaban los llavines de sus automóviles. Verónica vio la puerta cerrada por Frank, en la que se escribía la palabra “fin”. Quiso dormir. Se volvió en la cama, dentro de su cerebro se abrían corredores vacíos, en ellos no llovía ni había películas absurdas. Se volvió otra vez para dar la espalda a la ventana. Muy lejos, entre la bruma de la habitación, estaba la puerta que daba al pasillo. “Allí está la puerta”, se dijo y se le cerraron los ojos. La puerta se abrió de golpe. Contra la luz de la noche que se filtraba a través del ventanal del pasillo de linóleo rojo, Verónica vio la silueta del hombre del hotel.

—¿Qué quiere?... —preguntó ella, sin levantar la cabeza de la almohada. El hombre permaneció inmóvil en la puerta y no contestó.

—¿Qué quiere? —repitió ella, sin saber si el hombre estaba allí o lo soñaba.

El hombre avanzó un poco, cerró la puerta y encendió la luz con gesto decidido. El fogonazo de la luz la hizo enderezarse de un salto. El hombre estaba muy pálido, la miró directamente y detuvo los ojos sobre sus senos pequeños y desnudos.

—Nada. No quiero nada. Usted me llamó con el timbre... —dijo el hombre, sin levantar los ojos de los pechos desnudos.

—¿Yo?... Yo no llamé —exclamó ella, irguiéndose aún más hasta ponerse de rodillas sobre la cama. Tenía tanto miedo que olvidaba que se hallaba desnuda. Quería gritar, pero la voz no le salía, tampoco podía correr, sentía su cuerpo ligero extrañamente pesado.

—Sí llamó. Tal vez me llamó en sueños. ¿Duerme usted sola?...

—Sí...

—Sentiría algún peligro —dejó caer el hombre con voz fría.

—¿Qué peligro? —preguntó ella aterrada y sintiéndose en el rincón más oscuro de la sala del cine en que veía la película que había vuelto a correr.

—Nunca se sabe. Las mujeres desnudas siempre están en peligro.

—Las mujeres desnudas... —repitió Verónica, tiritando de miedo.

—Desnudas se ponen nerviosas —agregó el hombre, con la voz aún más

fría.

—Yo no llamé...

—Perdone, buenas noches.

Se acercó a ella, se inclinó, alargó la mano y sacó de debajo de la almohada un timbre que colocó sobre la mesita de noche. La miró imperturbable.

—Buenas noches.

Apagó la luz, salió y cerró la puerta con sigilo. Verónica permaneció arrodillada sobre la cama. La cara del hombre, brillante y untuosa, seguía llenándola de grasa. Hizo un esfuerzo y saltó de la cama. Se acercó a la puerta y temblorosa hizo girar la manecilla de la cerradura, estaba abierta. La cerradura era moderna. Verónica le dio varias vueltas y no supo si la cerraba o si la abría. Ensayó muchas veces y al final volvió a la cama vencida por un sueño extraño. Ignoraba si el hombre volvería más tarde. Tenía miedo, el hotel estaba demasiado solo y afuera continuaba lloviendo. “No me dormiré”, se dijo medio dormida y dormida siguió vigilando la puerta. La despertaron unos quejidos prolongados, se quedó quieta. No pudo mover la cabeza, el cuerpo lo tenía pegado a las sábanas. Nunca había tenido tanto sueño. A través de los muros le llegaron alaridos que cesaron de pronto. Algo le sucedía a Frank. Quiso levantarse, las sábanas se habían vuelto tan pesadas que la derribaron sobre las almohadas. “El café... el café tenía algo...”, se dijo. Quizás Frank sólo tenía una pesadilla producida por el café con “algo”... Se quedó tendida sobre la cama esperando. Poco a poco se encendió una luz débil detrás de las cortinas de la ventana y la tela empezó a volverse transparente. Llamaron a la puerta.

—¿Quién?

—Abre, chiquita...

Asombrada, escuchó la voz de Frank. Se levantó dando traspiés, volvía el personaje solo, fuera de la historia banal del cine. Entró. Estaba muy pálido, con los ojos apagados y la boca colgante. Traía la maleta de ella en la mano.

—Coge mi maleta... ¡No, vístete!... ¡Vístete! —ordenó súbitamente y con furia.

—Apenas está amaneciendo... —replicó Verónica.

La mirada de odio de Frank la hizo vestirse con precipitación. La prisa de su amante no le permitió pasarse un peine por los cabellos. Se metió el vestido amarillo, se calzó las sandalias, cogió el maletín y la maleta de su amigo y juntos salieron al pasillo que se hallaba abandonado y silencioso. Al pasar frente a la puerta de su cuarto, la 8-7, Verónica se preguntó si no había soñado los alaridos. Quiso detenerse, entrar y ver si no había olvidado algo, pero Frank con una orden detuvo su gesto.

—¡Loca! ¿Adónde vas? ¡Camina!

La puerta del cuarto 8-7 estaba tan cerrada como si ocultara algo terrible. Frank apresuró el paso y esperó frente al ascensor. Ella lo miró interrogante. Dentro del aparato que descendía con lentitud Frank miró al techo con desesperación, Verónica descubrió un arañazo, una herida sobre el labio superior de su amante, como si una uña o un colmillo se hubiera insertado con ferocidad en ese lugar.

—¿Qué me ves?

—Nada...

Salieron al vestíbulo. Frank se dirigió con paso rápido a la recepción. Todavía estaban encendidas las luces de la terraza y la luz verdosa del bar de bambú. Frank no llamó a nadie. Decidido entró con rapidez detrás del mostrador, abrió el cajón del escritorio y tomó una llave de entre un manojo de ellas que llevaba en la mano; enseguida buscó las fichas que ambos habían llenado unas horas antes para la policía. Las examinó con detenimiento, se las echó a la bolsa de la americana y se volvió junto a su amiga, que lo miraba atónita.

—¿Y el hombre?...

Verónica lo vio colocar el llavero sobre el tablero, y sin una palabra Frank se dirigió a la puerta de salida. Ella lo siguió. Tenía el cuerpo dolorido y el aire húmedo de la mañana le hizo bien al soplar sobre sus ojos. Casi corrió detrás de Frank que avanzaba de prisa, rodeando el edificio, para llegar a los garajes del hotel. Al dar vuelta a una terraza, vio venir, ya en automóvil, a Frank, que sin detener la marcha abrió la portezuela para darle paso. Verónica se acomodó a su lado y salieron a la carretera. Frank dio vuelta para retomar el camino que ya habían

recorrido la noche anterior. Imprimiendo velocidad al automóvil. Verónica no quiso preguntarle por qué no iban ahora a la frontera. Sucedió algo más grave de lo que habían anunciado los hoteles apagados de la noche anterior. Ahora Verónica volvía a pasar frente a ellos, entraba otra vez a la película que proyectaban del final al principio. Del final partían otra vez hacia adelante y las imágenes presentadas a la inversa se volvían ininteligibles. Frank imprimía cada vez mayor velocidad al automóvil y los hoteles se sucedían unos a otros con una velocidad aterradora. Ritz... Gran Hotel... Europa... Hotel del..., apenas si tenía tiempo para leer sus nombres escritos con enormes letras sobre las balaustradas o los arcos. La mañana violeta se abrió paso entre la lluvia que había amainado y las olas vertiginosas. Los cipreses se volvieron uno solo en la carretera. Frank, inclinado sobre el volante, miraba atento la ruta resbaladiza. Parecía otra vez seguro de sí mismo, tranquilo, impasible. El volante giraba entre sus manos como un juguete. La herida sobre su labio superior parecía crecer con cada mirada de Verónica. Se sintió observado; entonces extendió una mano, la puso sobre la rodilla desnuda de Verónica y ordenó:

—¡Péinate!

Verónica buscó un peine, pero no lo encontró en su bolso revuelto. Frank buscó en el bolsillo interior de su americana. No disminuyó la velocidad del automóvil, que giraba zumbando sobre el pavimento mojado.

—Busca mi peine —ordenó, asido otra vez al volante con las dos manos.

Verónica buscó con mano insegura, no quería distraer al hombre en su carrera. No quiso ver el velocímetro, que pasaba de los ciento cuarenta. La aguja temblorosa saltaba entre dos cifras, indecisa. Afuera el mismo ciprés seguía delante del motor del coche. También seguía la misma balaustrada. “Hot...”, no alcanzó a ver más letras. Junto al poderoso corazón de Frank estaba el peine. Detuvo la mano para oírlo, no corría, iba al paso, sonoro, acompasado como una campana.

—¡Péinate!

Se peinó sin chistar. Trató de arreglar las mechas que le caían en desorden, luego buscó su lápiz labial y con dificultad lo pasó por sus

labios. Se volvió a mirar a Frank, y sin saber por qué escribió sobre el parabrisas la palabra “FIN”. Frank vio las enormes letras rojas y sin decir una palabra imprimió más velocidad al automóvil, que rugió como si fuera a estallar. Al cabo de unos instantes ordenó.

—¡Borra eso!

Verónica no llevaba pañuelo y buscó uno en los bolsillos de su amante. El corazón de Frank continuaba latiendo como una campana. Despacio, abrió el botón de la camisa y metió la mano para acariciar la piel del hombre y luego hundió las uñas en el pecho. Frank, al sentir el dolor, volvió el cuerpo con violencia y ella se irguió en el asiento. Estaba harta de aquel juego interminable.

—¡Putá! —rugió Frank.

Nadie antes la había llamado puta. Frank lo hacía siempre que fallaba en algo o siempre que algo lo violentaba. Verónica sintió que dentro de ella la palabra “puta” abría la espita del odio y se volvió a ver a aquel hombre de piel oscura, labios gruesos y ojos verdosos que conducía sentado junto a ella. “Es un salvaje, un infeliz salvaje. Cuando pueda tomaré venganza, ¡me lo juro!”, se dijo.

—¡Borra esa palabra! —volvió a ordenar Frank.

¿Y por qué Frank? Se llamaba Francisco, sólo que su familia lo había enviado a estudiar a un colegio inglés y él había guardado aquella traducción: ¡Frank! Cogió el pañuelo de su amigo y con ira borró la palabra escrita en el parabrisas. Sobre el vidrio quedó un vapor grasiento y rojizo. Devolvió la prenda al bolsillo del hombre y mirándolo con descaro volvió a introducir la mano por la abertura de la camisa y a arañar el pecho del hombre. Ahora el corazón de Frank iba tan de prisa como el del automóvil. Verónica sonrió satisfecha. Los muros de piedra se acercaban y huían de la trompa del coche. Ya casi habían rodeado el lago. Verónica se acercó a él como una gata.

—¿Qué muro te gusta? —le dijo con voz infame.

—Cualquiera es bueno —respondió él sin mirarla. Sabía que de la decisión de su mano dependía la suerte de la mano que continuaba arañándole el pecho hasta hacerlo sangrar.

—Para mí también cualquiera es bueno— respondió ella, arañando la

piel con ferocidad.

Los muros de piedra rozaban silbantes el auto. Era verdad que cualquier muro era bueno como final. Había que escribir la palabra con grandes letras rojas.

—¿Llegaré al final sin saber qué querías de mí? —preguntó ella con ira, haciendo sangrar con odio la piel de él.

Francisco miró con rapidez las rodillas desnudas de Verónica. Un golpe las destruiría para siempre. Los muros y los postes de cemento armado se sucedían unos a otros. ¿Cuál? ¿Cuál? ¿Cuál? Las rodillas de Verónica permanecían intactas.

—¡Putá! —volvió a repetir con ira.

Detuvo el coche en seco, miró a Verónica, ansioso, se derribó sobre el volante y se echó a llorar. Ella lo miró sacudida por los sollozos. Así estuvieron largo rato. Frente a ellos un hotel mostraba las persianas blancas bajadas y las hortensias solitarias; estaba cerrado. Ya había pasado el tiempo de habitarlo. Ya no quedaba ningún cuarto para ellos, los habían visitado todos. Ya no había nadie que contemplara la derrota de Verónica ni el llanto de Frank.

La mañana avanzaba con rapidez sobre el lago. La quietud del automóvil dejaba correr de prisa a la luz. Verónica se contempló la mano con curiosidad, para ver si guardaba un trozo de la piel que había desgarrado antes. De pronto se preguntó asombrada: “¿Por qué hice eso?”, y sin querer recordó los alaridos nocturnos en el hotel abandonado donde pasó la noche. No quiso repetirse lo que había imaginado mientras rasgaba la piel de Frank: “Es un asesino”. Prefirió mirar el lago y la lluvia imperturbable. La magnitud de la palabra “asesino” era tan aterradora que no quiso entender su contenido. Se enderezó para mirarse en el espejo retrovisor. Frank la tomó por el talle y alzó los ojos hacia ella; tenía el rostro bañado en lágrimas. Ella le lanzó una mirada desde arriba, estaba de rodillas sobre el asiento y el hombre apoyó la cabeza sobre su pecho.

—Le diste cita...

Verónica se soltó de sus manos y se recargó sobre la portezuela para mirarlo con fijeza.

—¿Y lo mataste? —preguntó con ira.

—No lo sé...

“No lo sé”, “no lo sé”, “no lo sé”, la frase se hundió en el cerebro de Verónica, como una respuesta inesperada que la dejó aturdida. Era un final con el que no contaba. ¿Qué quería decir Frank? Ella le hizo la pregunta con la seguridad de que él respondería indignado: “¡No! ¡Tú estás loca!” La figura impasible del empleado del hotel se instaló en el parabrisas, negra, como su aparición contra la luz de la ventana del pasillo. “Las mujeres desnudas siempre están en peligro.” La voz del hombre había pronunciado esas palabras en el cuarto 8-10, que era el de Frank. Después el hombre se había ido al 8-7 que era el cuarto de ella; pero era Frank el que había dormido allí. ¿Y a qué fue allí ese hombre?

—Lo sabía y lo esperé... —contestó Frank a la pregunta que ella misma se formulaba.

“Las mujeres desnudas siempre están en peligro.” El hombre había dicho esas palabras en el cuarto de Frank. Luego fue a que lo mataran o a “No lo sé...” Observó a Frank, aterrada. ¿Decía la verdad? Recordó aquella especie de baile erótico con el cual Frank la había sacado de su habitación para llevarla a la de él, recordó que mientras ella estaba desnuda entre sus manos alguien observaba desde la oscuridad de la terraza. Frank se había opuesto a que ella corriera las cortinas, la había atrapado al vuelo, del fondo de su conciencia surgió una seguridad: sí, Frank había matado al hombre. ¿Por qué? Frank mentía, ella no había citado al hombre, él lo sabía. Frank, como ya había ocurrido muchas veces, iniciaba el amor para cortarlo súbitamente y desaparecer. Ahora había matado a aquel desconocido en la habitación registrada a su nombre. Guardó la cabeza fría en medio de aquel horror terrible, de aquella enorme confusión provocada por Frank y su mentira premeditada. “¡Premeditada!”, se dijo y lo miró con miedo.

—Vamos a la frontera —ordenó Verónica.

Frank se enderezó; puso los codos sobre el volante y permaneció inmóvil.

—Vamos a la frontera —repitió ella.

—Saldremos por otra frontera— contestó Frank, con desgana.

Unos minutos después, sin ganas también, echó a andar el automóvil. Se encontraron otra vez en la carretera a ciento cuarenta kilómetros por hora. Los postes y los muros continuaron durante largo rato. Cualquiera serviría en cualquier instante. Esa seguridad los dejó quietos.

Por la noche continuaban corriendo, cruzando carreteras, ciudades y pueblos. Muy tarde, Frank detuvo el automóvil frente a un hotel elegante, en una ciudad bastante iluminada. Se recargó en el volante, la miró con tedio y le ordenó:

—Ve a ver si hay cuartos.

Entró en el hotel iluminado por grandes candiles de cristal cortado; los espejos reflejaron sus sandalias gastadas y su traje amarillo arrugado. Trató de no ver su imagen reflejada, esta vez no sólo tenía vergüenza, también se sintió asfixiada por un pánico desconocido, pues recordó la noche anterior, cuando le pidió habitaciones a aquel hombre vestido de negro en aquel hotel abandonado. Frank se negó durante el largo día a comprar los periódicos “Tal vez ya apareció...” se dijo y sintió que iba a desmayarse. Los empleados la observaron con una curiosidad alegre.

—Dos cuartos con baño...

—¿Comunicantes?

—No. Separados...

El hombre pareció reflexionar, consultó sus registros, la observó un largo rato.

—Lo siento, no tenemos nada libre —contestó con pedantería.

Esa noche bajó en diferentes hoteles y cruzó diferentes vestíbulos sin encontrar cuartos. Frank estaba iracundo. Se encaminaron a un hotel viejo: Hotel del Comercio, utilizado precisamente por viajantes de comercio; allí encontraron dos habitaciones separadas. Cruzaron los pasillos pesados, que desembocaban en una escalera de madera que olía a los remiendos de pintura verde. Verónica ocupó su cuarto y Frank siguió de largo hasta el suyo. Se desvistió despacio, mareada por el olor a pintura, y examinó con atención los muebles viejos. Eran muebles pesados, cubiertos de polvo y olorosos a humores humanos. Se dejó caer en la cama, se hallaba confusa y los ruidos que venían de fuera la sobresaltaban. En el cuarto vecino dormía un hombre que roncaba con

estrépito. Sus ronquidos atravesaban la puerta de madera que comunicaba las dos habitaciones y que estaba cerrada con llave. Los ronquidos cesaron de pronto y Verónica sintió que alguien la observaba, paralizada por el miedo no se atrevió a apagar la luz. Una voz poderosa y baja la llamó por el agujero de la cerradura.

—Monina, ¿quieres que vaya a hacerte compañía?

Aterrada, escuchó la voz sin aliento que salía por el enorme agujero de la cerradura de la puerta situada justamente frente a su cama.

—¿Voy, monina?... ¿Voy?... —repetía la poderosa voz, inundando su cuarto de pavor. Verónica se quedó quieta, mientras la voz del hombre repetía su ofrecimiento una y otra vez. Recordó lo sucedido la noche anterior y empujada por el miedo, se levantó de un salto, llegó corriendo hasta la puerta del cuarto de Frank. Éste apareció soñoliento en el dintel.

—¿Qué quieres?

—Hay un hombre que me llama por el agujero de la cerradura...

—¿Un hombre?... di que quieres que te haga el amor... di que estás...

Verónica permaneció muda de asombro. Quiso explicarle que después de lo sucedido la noche anterior tenía miedo y la voz aguardentosa del vecino de cuarto la aterraba. “Las mujeres desnudas siempre están en peligro”, le había dicho el hombre del hotel del lago y ahora una voz extraña salía de las tinieblas y la espiaba. Frank se echó a reír, divertido.

—Es inútil. No pongas esa carita, no te voy a tocar.

Cerró la puerta de su cuarto de golpe y la dejó en el pasillo. Apesadumbrada por el miedo regresó a su cuarto y apagó la luz. El hombre de la cerradura continuó llamándola mientras arañaba la madera de la puerta. Verónica no durmió escuchando aquella voz que parecía salida del fondo del infierno y que se mezclaba pegajosa al olor de los remiendos de pintura verde. No podía explicarse su presencia en una habitación de hotel de cuarta clase en aquella ciudad desconocida. Sabía muy poco de Frank, no entendía su conducta aterradora. ¿Qué se proponía? ¿Por qué aquella carrera por los hoteles de Europa? Recordó de nuevo lo sucedido la noche anterior y el silencio total del hombre que viajaba con ella respecto al empleado de aquel hotel del lago. Se había negado a detenerse a comprar los diarios. Ella quería ver, deseaba leer si

la noticia de la muerte ya estaba impresa.

—Estás salpicado de sangre —le dijo la víspera, mientras corrían a gran velocidad por una carretera desconocida.

—¡Mientes! ¡Es imposible, yo estaba desnudo!... me vestí después... — contestó él con tranquilidad. “Se vistió después”, se repitió sentada en la cama del cuarto verde, mientras esperaba a que Frank la llamara. La frase la dejó inmóvil; entonces: ¿era un asesino? El hombre de la habitación de al lado había cesado de llamarla hacía ya un buen rato, debería ser tarde pues escuchaba movimiento en los pasillos del hotel y Frank continuaba durmiendo o a lo mejor había salido y volvería unos días más tarde, como acostumbraba hacerlo, si esta vez volvía... “Se ha escapado... me ha dejado sola para enfrentarme a la policía”, se dijo, pensando que podía caer fulminada allí mismo. No tenía ningún dinero en su bolso, Frank se cuidaba de que jamás lo tuviera. Era curioso, en ese aspecto y en otros muchos, se parecía a su marido, tal vez por eso eran tan amigos. “¿Qué voy a hacer?”. “¿Con qué voy a pagar la cuenta?”.. se repitió, sintiéndose asfixiada entre los muros viejos de aquel hotel enorme pintado de verde. Estaba vestida, necesitaba un café para reconfortarse; pero no tuvo valor para salir del cuarto o para llamar a un criado para pedirle un café. “Si se fue no tendré con qué pagarlo”, se dijo, dejándose caer sobre la cama deshecha. Permaneció echada mirando el techo de la habitación hasta muy tarde. Una mujer gorda y sucia vino a hacer el cuarto, parecía estar de mal humor y ella no quiso preguntarle por Frank, aunque deseaba saber si ya había salido o simplemente continuaba durmiendo. Se sintió muy cansada, la noche anterior creyó que iba a liberarse de Frank, que algo importante sucedería y que ella iba a saber el porqué de su desenfrenada carrera por los hoteles de Europa... “No he sabido nada, nada, nada, excepto que tal vez mató a aquel empleado...” Hasta ese momento el verbo “matar” le había parecido el más grave de los verbos, el único imperdonable; y la palabra “asesino”, una palabra literaria, útil únicamente en las novelas o en los diarios. En cambio, ahora esas palabras le resultaban casi familiares y no podía separarlas del rostro oscuro y salvaje de Frank. “Es un salvaje que pretende tener buenas maneras”, se dijo. Quería no tenerle tanto miedo, pues una voz pequeña y

a la que no deseaba escuchar le repetía una y otra vez: “Eres su cómplice... Te trae como cómplice, ¡es un cobarde!” No, ella no podía ser cómplice de un asesino. Temblorosa se levantó de la cama; en ese cuarto interior ninguna luz podía darle indicios de la hora: podía ser muy tarde o muy temprano, aunque ella sentía que era demasiado tarde. “Sí, demasiado tarde para todo”, se dijo, al tiempo que paseaba por el cuarto de paredes verdes. Ya ni siquiera sentía hambre, había olvidado la existencia del café y sólo deseaba romper aquel silencio atroz que la aturdió. “¿Dónde está ese canalla?”, se repitió muchas veces; luego agregó: “Esto debe terminar. ¡Terminar!” ¿Y si saliera a la calle corriendo y pidiendo auxilio, qué sucedería? “Quizás alguna persona caritativa podría ayudarme”, pensó consolada a sabiendas de que esa persona caritativa no existía. “Lo más probable es que me lleve a un manicomio o que llame a la policía”, se dijo, sintiéndose perdida.

“En la pendiente del mal sólo cuesta dar el primer paso”, le habían repetido en su casa. Era verdad. Su primer mal paso había sido desobedecer a su padre y casarse sin su consentimiento; después había caído sobre ella el diluvio y desde ese día el terror se apoderó de ella. El miedo la había llevado a huir de su marido, más tarde de Frank, que luego le dio alcance, y ahora debía huir nuevamente. ¿Adónde? Era tarde, ni siquiera podía huir, la detendría la policía.

Al oscurecer la despertaron unos golpes discretos en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó aterrada.

—Abre, chiquita —contestó la voz de Frank.

Su amante entró con paso tranquilo, la miró y se echó a reír.

—¡Qué graciosa te ves! Pareces un vaguito.

Ella observó su corbata impecable, su camisa hecha a la medida, su traje de verano y sus zapatos lustrosos. El hombre respiraba riqueza y orden. Se apoderó de ella un odio implacable y trató de componer sus gestos y sus palabras.

—Frank, no sé qué hacemos juntos. Yo necesito irme. No quiero continuar contigo y te suplico que me facilites el dinero para irme.

Frank permaneció quieto, luego estalló en palabras y gestos soeces; se diría que un ser extraño lo habitaba cuando se enfurecía. Su furor era

espantoso y a ella había logrado aterrarla; sin embargo, en esta ocasión se mostró firme y repitió.

—Necesito irme.

—¡Perra!... ¡Putas!... —gritó Frank, acercándose a ella para golpearla.

Verónica alcanzó la puerta y salió al pasillo. El hombre la alcanzó en la escalera.

—Recoge tu maleta. Nos vamos ahora mismo —le ordenó.

En el vestíbulo enorme y maloliente, Verónica sintió que los empleados de la administración la miraban con recelo mientras Frank pagaba la cuenta. Hubiera deseado saber si la “noticia” se hallaba en los periódicos y si ello era el motivo de los ojos desconfiados de los hombres de la administración. Se sintió aliviada cuando se vio nuevamente en una carretera corriendo a gran velocidad. Ya era de noche y hasta ella llegó el olor a mar. Se volvió a Frank, que conducía con gran placer.

—El Adriático... —dijo él con simpleza.

No entendió aquella vuelta o quizás la entendió muy bien: Frank trataba de borrar la pista. Corrieron en silencio. A media noche llegaron a Rimini, un mundo que le pareció gigantesco y horrible. El lugar los esperaba con sus enormes edificios turísticos y apretujados los unos contra los otros. Frank detuvo el automóvil.

—Vamos a comer algo —dijo, sin más explicaciones. Caminaron por calles fabricadas para el turismo, que se abrían entre los conjuntos de edificios modernos e iguales como colmenas. Algunos jóvenes rubios, tostados por el sol, caminaban solitarios por las calles estrechas y extrañas. Eran los últimos turistas alemanes. El bullicio veraniego había terminado y quedaban únicamente aquellos rezagados. Un pequeñísimo restaurante de hot dogs se mantenía abierto. Allí, bajo sus luces anaranjadas, comieron una salchicha y bebieron un café. Verónica sintió terror cuando Frank empezó la búsqueda de un hotel para pasar la noche.

—¡No!... ¡no!... Otra vez un hotel vacío... ¡no! —gritó.

—¡Calla, estúpida! —contestó Frank, y ella reconoció que tenía miedo de ella.

Salió del enjambre turístico y decidió entrar en la ciudad. Detuvo el auto frente a un hotel céntrico.

Verónica bajó a pedir cuartos.

—Dos habitaciones con baño.

—¿Comunicantes?

—No. Separados.

Subieron en silencio. Verónica se encerró en su cuarto, no deseaba saber nada del hombre que viajaba con ella. Contempló en el espejo sus cabellos rubios desordenados y sus ojos sumidos en cercos profundos. Tenía la piel reseca, le pareció que iba a caérsele a trozos. Se echó sobre la cama con intenciones de llorar, pero no pudo, ninguna lágrima se asomó, ni corrió por sus mejillas. Dormirse también le producía pánico, temía las pesadillas nocturnas después de las pesadillas diurnas.

Despertó llena de rencor y en el automóvil no le dirigió la palabra a Frank. En Venecia tomaron habitaciones en el hotel más elegante de la ciudad. Los brocados, los candelabros, los muebles antiguos y magníficos la hicieron avergonzarse de su traje amarillo arrugado y de sus cabellos en desorden. El lujoso comedor los acogió para la cena y Frank pidió una mesa en la terraza para contemplar el mar y los barcos anclados junto al mismo hotel. El espectáculo era magnífico. Junto a la nitidez del mantel, las rosas y la elegancia de los candelabros, ella resultaba extravagante. Los criados la miraban como un objeto desplazado. Frank la observó divertido y luego contempló a los comensales, elegantes y frívolos.

—Pareces un vaguito...

A Verónica le temblaron las manos y perdió los cubiertos. La riqueza que emanaba de la persona de Frank lo protegía de las miradas impertinentes de los comensales y de la curiosidad de los camareros. Turbada, derramó su copa de vino y la mancha se extendió vertiginosa en el mantel. Frank se inclinó con curiosidad y se echó a reír con carcajadas bajas y breves.

—¿De qué te ríes?

—No sé, no sé, te ves tan graciosa...

Un camarero alto y hermoso se acercó a enjugar el vino derramado. Verónica le sonrió y el hombre admiró sin pudor el escote veraniego que descubría a medias los pechos de la mujer.

—Usted parece irlandés... —dijo ella, por decir algo.

El camarero guardó silencio y se entretuvo más de la cuenta en colocar la servilleta debajo del mantel manchado. Frank la contempló con ira y miró en derredor suyo hasta abarcar el interior del comedor cubierto de espejos, de cortinajes rojos y de plantas. Apenas se alejó el camarero, Frank exclamó en voz muy alta.

—¡Putá!

Los comensales se volvieron asustados hacia el lugar que ocupaba la pareja. Frank se levantó, arrojó sobre el mantel un puñado de billetes y salió con precipitación. Los comensales contemplaron la escena en silencio. Verónica, impasible, fijó los ojos en el *filet de sole*. “Humillación inesperada. Humillación inesperada”, se repitió mientras mascaba la carne incolora del pescado. Sintió que todos los comensales la miraban desde sus mesas silenciosas y que el *maître d’hôtel* iba hacia ella. Le lanzó una mirada suplicante y el hombre se detuvo a observarla desde una cortina de damasco. Los demás comensales dejaron de mirarla, estaban incómodos. Ella lanzó una mirada alrededor suyo, esperó unos segundos y salió de la terraza; luego cruzó el comedor pisando apenas las alfombras con sus sandalias gastadas, columpiando su falda amarilla y arrugada. Se dirigió a la administración a pedir la llave de su habitación.

—Hubo un error, señorita. Su cuarto estaba reservado, el nuevo huésped llega dentro de dos horas.

—¿Señorita? —repitió maquinalmente, mientras escuchaba aterrada al hombre de la administración, que la contemplaba impecable desde su bien cortado jaquet.

La cara del hombre y la palabra “señorita” eran irrevocables. Su pasaporte decía “casada”. Subió a su habitación, recogió sus cosas y se detuvo a mirar por la ventana el Gran Canal. Mujeres impasibles vestidas de muselinas claras se deslizaban en las góndolas negras; grupos anónimos de turistas pasaban en los vaporetos rumbo a la terminal de los autobuses; los motoscafos llevaban casi por los aires a los dueños de los palacios. En otro tiempo había cenado con ellos en sus palacios y algunas de las mujeres de las góndolas habían sido sus amigas. Ahora no reconocía a nadie y nadie la reconocía. Al principio se comentó el escándalo de su matrimonio, después se olvidó y ella cayó en el

anonimato. Frank la escondía o se perdía durante días enteros. Verónica pensaba que él frecuentaba a algunas amistades mientras ella, aterrada, lo esperaba en el hotel. Pensó que lo que le acababa de suceder era más de lo que podía soportar. “Si supieran que él es un asesino...”, se dijo al recordar al hombre de la administración que le había pedido el cuarto, y dejó de sentir pena por el otro, el hombre de la administración del Hotel del Lago. Era para echarse a reír. Reconfortada con este pensamiento bajó al vestíbulo a buscar a Frank y se encontró con un grupo elegante de viejos amigos, que la miraron fijamente para no reconocerla, dejándole la sonrisa del saludo entre los labios. Desconcertada volvió a su cuarto y se dejó caer sobre la cama; después de un salto se colocó junto al reglamento que marcaba los precios y la hora de abandonar el cuarto. “¿Cómo voy a pagar la cuenta?” Revisó nerviosa su cartera y se sentó a esperar. Oyó que alguien llamaba con los nudillos y luego introducía la llave maestra. Entró un camarero con sábanas limpias, que la vio en silencio.

—¿Sí?...

—El cuarto está dado, señorita...

Detrás de él entraron dos hombres más que recogieron su escaso equipaje y lo bajaron al vestíbulo. Verónica los siguió sumisa. Los hombres depositaron su maleta frente al mostrador y el elegante administrador la miró con despego. Verónica se dirigió a un sillón sin atreverse a preguntar si Frank ya había abandonado el hotel. Estaba aterrada. Esperó un largo rato tratando de abstraerse o de parecer indiferente. El elegante vestíbulo empezó a llenarse de personas que acudían a citas mundanas y que al pasar junto a ella le lanzaban una mirada sorprendida. De pronto vio entrar a Frank acompañado de dos jovencitos elegantes. Verónica no se movió. Frank al verla pareció recordar algo y se dirigió al administrador; habló con él unos minutos y firmó un cheque. Permaneció quieta, viendo cómo Frank desaparecía en el suntuoso bar del hotel. Un mozo se acercó a ella.

—El señor pagó su cuenta. Dice que puede usted ir al hotel Minerva.

El nuevo hotel era de tercera clase. Se encerró en su habitación a esperar y a pensar en lo que debía hacer. Como siempre, no podía hacer nada, absolutamente nada. No durmió, tenía la certeza de que Frank

había abandonado la ciudad esa noche y que era ella la que debía afrontar el crimen del Lago. Nadie le creería que no era ella la que había dormido en la habitación en donde yacía el cuerpo del hombre asesinado; además, la escena atroz que Frank había preparado en el hotel elegante la privaba de dignidad y credibilidad delante de los ojos, no sólo de la sociedad, sino también de la policía. Pasó la noche sin dormir; por la mañana una criada entró con la bandeja del desayuno. La mujer parecía querer ignorarla mientras colocaba la bandeja sobre una mesita; se diría que no deseaba darse cuenta de que la muchacha no se había desvestido, pues la servía sin verla. Cuando se halló otra vez a solas bebió un poco de café y para ocultar su angustia se asomó a la ventana a contemplar la mañana húmeda. Afuera, el cielo transcurría apacible, escuchó el arrullo de las palomas y voces lejanas. Estaba perdida, corrió a la cama y se dejó caer ocultando el rostro en la almohada. “¿Qué haré?”... “¿Con qué voy a pagar la cuenta?”, se repitió durante todo el día. Así le había sucedido muchas veces: Frank desaparecía y ella lo esperaba aterrada. Cuando reaparecía no debía decir nada. Un “¿Qué hiciste, Frank?”, provocaba siempre la violencia. El hombre levantaba los puños, gritaba, hacía gestos soeces y después durante varios días no le dirigía la palabra, ni siquiera la veía. Ella ignoraba si continuaba en el hotel. Encerrada en su cuarto esperaba su reaparición. “¿Qué haré?” “¿Con qué pagaré la cuenta?” Comía en la habitación, sin atreverse a preguntarles a los criados si el señor continuaba en el hotel. Los camareros la servían sin verla, como si les apenara su situación. Ella trataba de mirar por la ventana mientras los criados preparaban la cama y limpiaban la habitación. “¿Qué haré?” “¿Con qué voy a pagar la cuenta?”, se repetía como un reloj que da la hora. Los canales negros y rosas de Venecia, los canales blancos y azules de Estocolmo, los relojes de Berna, el lago de Ginebra, las calles de París, las plazas de Roma, la llevaban siempre a la misma pregunta: “¿Qué haré?”... “¿Con qué voy a pagar la cuenta?” Se despertaba en camas anchas o en camas estrechas, en verano y en invierno, sola, preguntándose, siempre: “¿Qué haré?”... ¿Con qué voy a pagar la cuenta? Y Frank, ¿qué hacía? ¿Para qué o por qué había inventado ese amor inexistente? Había gritado: ¡Amo a Verónica! El escándalo se agitó con

ferocidad a su alrededor, ella salió huyendo, él la siguió al extranjero y luego empezó aquel loco correr por todos los hoteles de Europa. Había un error, el gran amor de Frank era un error y ahora el error se complicaba con el crimen del lago... Se enderezó en la cama, estaba sudando frío; a través de la ventana vio que empezaba a amanecer. Alguien llamó a la puerta, se levantó para entreabrir la y entró Frank, muy pálido. Tambaleante, se dejó caer en una silla.

—Chiquita, tú no conoces el asco... la vida es un asco...

La miró con tristeza y se quejó de un fuerte dolor en la nuca. Hablaba interrumpiéndose, era como si sólo le quedaran frases sueltas o comentarios amargos sobre sucesos que había olvidado.

—Tú no crees en lo que te digo, porque tienes un cuerpecito inteligente. Los cuerpos inteligentes no conocen la pesadez de la carne...

La miró con tristeza y ella pensó que hablaba para evitar hablar de lo que le sucedía. La mañana avanzaba y él continuaba allí, como si quisiera decirle algo que no se atrevía a nombrar.

—¿Qué hiciste anoche? —preguntó haciendo un esfuerzo.

—Nada —contestó con rencor.

—¿Estuviste sola?

Verónica se volvió a la pared y colérica cerró los ojos, era capaz de matar a aquel sujeto que la atormentaba sin ninguna razón. Adivinó la ira que se posesionó de él y guardó silencio en espera de sus injurias. Lo escuchó levantarse, dirigirse a la puerta, abrirla y desde el dintel escupir su palabra favorita:

—¡Putá!

Se enderezó en la cama para contestar; pero no tuvo tiempo, pues Frank cerró la puerta de golpe. Ahora sólo le quedaba aguardar su regreso. Pasó el resto del día encerrada en el hotel, tratando de adivinar lo que había sucedido con el hombre del hotel del lago. Por la noche no logró conciliar el sueño, no entendía a Frank, ni entendía su tranquilidad después de lo sucedido. Si pudiera comprar un periódico sabría al menos si la noticia de la muerte de aquel desconocido se había hecho pública. Por la mañana su angustia aumentó, tuvo la sensación de que el agua que salía de los grifos del baño tenía un sonido extraño y que de la bañera se

levantaba un vapor azufroso. Salió del agua, se envolvió en una toalla y corrió a su habitación. Frank entró casi al mismo tiempo que ella, se detuvo para contemplarla detenidamente, se diría que gozaba con su desasosiego y su ruina visible.

—¿Cuándo va a terminar esto? —preguntó Verónica, con ira.

El rostro de Frank no dio ninguna respuesta. El espejo le devolvió a ella una cara despavorida con los cabellos en desorden y chorreando agua. Se asustó de sí misma.

—¡Quiero ir a peinarme!

—Las mujeres son despreciables, sólo piensan en componerse para atrapar macho.

—¡Estúpido! Y tú ¿por qué vas al peluquero?

—Es distinto, por higiene —contestó Frank, y se dejó caer en la cama, para lamentarse de dolores en la nuca y de la perversidad de los seres humanos a los que sólo mueven intereses mezquinos y personales.

“No, no existen actos desinteresados”, repitió una y otra vez. Verónica lo dejó hablar, como siempre sus palabras eran incoherentes. Debía estar muy cansado, pues de pronto se quedó dormido. Entonces, se le acercó, buscó su cartera, sacó dinero y abandonó la habitación de puntillas. Una vez en la calle buscó un salón de belleza. Sentada frente al gran espejo del peinador trató de no mirar al rostro lívido que era el suyo y que la observaba aterrado. Apenas habló, se diría que había olvidado el arte de sostener una conversación banal con sus semejantes. De vuelta al hotel compró los diarios y buscó afanosamente la noticia temida. Allí estaba: “Sin huellas de los asesinos”. Las rodillas le temblaron y corrió a refugiarse en el hotel, Frank continuaba dormido, lo sacudió con ira.

—¡Lee esto!

El hombre le arrebató el diario, le lanzó una mirada furiosa y señaló su peinado.

—¿Fuiste a peinarte?

—Eso ya no importa. Lee el diario.

Frank arrugó con rabia el periódico y lo arrojó lejos.

—No necesito leer estupideces, yo no estoy en la lista de los sospechosos.

Frank se dirigió al espejo, rehízo el nudo de su corbata, se alisó los cabellos que comenzaban a escasear y más calmado anunció:

—Vamos a comer con la señora Dupuy. Le dije que eras mi secretaria. Lo hice por ti, no lo olvides.

Al mediodía se encontró sentada en una terraza en compañía de la señora Dupuy, alguien a quien jamás había visto y que quizás Frank había conocido por casualidad. La mujer era de edad madura y procuraba tener buenas maneras; tan buenas que resultaban equívocas. Verónica ignoraba quién era ni qué deseaba, pero era evidente que gozaba de algún poder sobre Frank. ¿Cuál poder? Con Frank todo era extravagante. La señora se levantó unos instantes y Verónica se inclinó para preguntar:

—¿Quién es?

Él miró hacia los naranjos colocados en macetones enormes y no contestó.

—A ti sólo te gusta el hampa —dijo ella.

—Contigo sólo puedo frecuentar el hampa —contestó él.

Luego, se inclinó a mirarla con sus ojos verdosos, y agregó:

—Chiquita, ya no eres lo que crees. Ahora sólo eres una mujer dudosa.

Verónica cogió su copa de vino y tuvo la intención de arrojarla a la cara del hombre, pero se contuvo.

—Así es la sociedad —terminó Frank, con frialdad.

La señora Dupuy volvió satisfecha y Verónica la observó sin saber en qué nivel social colocarla.

Quiso hacerle una pregunta, pero Frank la interrumpió con violencia.

—¿Que le parecería, señora Dupuy, que alguien que trabaja para usted le robe dinero de su cartera?

La señora Dupuy se echó a reír; ella enrojeció de ira, mientras pensaba que Frank obedecía los mandatos de un demonio. El hombre continuó.

—¿Y con lo robado se fuera a un peluquero de moda?

Verónica se dejó insultar poseída de un odio desconocido. La señora Dupuy la miró con benevolencia, era vieja, levantaba mucho la cabeza para obtener un aire de distinción y luego se hurgaba los dientes con las uñas. A partir de ese instante, Verónica sintió que su vida alcanzaba la verdadera infamia. Nunca perdonaría esa afrenta y, sin embargo,

continuaba allí sentada, rodeada de personajes desconocidos, escuchando la voz hueca de Frank, que ahora hablaba de su madre.

—Recibí carta de mamá... cree que viajo solo, por eso me escribe.

En efecto, en cada pueblo, en cada ciudad, lo esperaban cartas y telegramas de su madre. La invitada pareció interesarse en la correspondencia de Frank, mientras que Verónica evitó escuchar las frases hirientes que antes provocaban escenas violentas. Ahora, por miedo a las cóleras de Frank, se dejaba insultar, poseída por un odio creciente, que la dejaba atónita, incapaz de moverse o de pronunciar una palabra. ¿Por qué no se iba el maldito? ¿Por qué permanecía a su lado? ¿Qué buscaba cerca de ella? Sentada en las terrazas elegantes, bebía aperitivos y cafés para mantenerse despierta. Estaba cansada y podía quedarse dormida en cualquier rincón. Le era indiferente su aspecto y su traje arrugado. “¿Por qué fui a peinarme?”, se preguntó con rabia.

Abandonaron la terraza y los tres se dirigieron a un lugar de moda a tomar un café especial; las mujeres la miraron con malicia y los hombres con curiosidad. Luego continuaron la ronda por los lugares de moda, cuyos espejos le devolvían su imagen cada vez más degradada. La vista de un policía la llenó de ánimos. “Iré a decirle: nosotros somos los asesinos”, se dijo y miró triunfante a Frank, que, al sentir el peligro, con una extrema cordialidad se despidió de la señora Dupuy.

—Chiquita, me voy a mudar a tu hotel —le dijo, pasándole el brazo alrededor del talle.

Verónica guardó silencio, era evidente que la vista del agente de policía le había avisado su decisión de entregarlo y entregarse a la justicia. Una vez en el cuarto del hotel, Frank se volvió a ella como una fiera.

—¡Loca maldita! —gritó.

Cuando tenía accesos de cólera Frank se convertía en un extraño demonio; gesticulaba, hacía señas soeces, cambiaba de voz, sacudía los muebles, se ponía en jarras. Se convertía en algo indescriptiblemente bajo y temible, por lo que Verónica prefería guardar silencio para contemplar aquel horrible espectáculo. Cuando le pasó la crisis, anunció:

—Voy a buscar mi equipaje. Vuelvo enseguida.

Verónica lo vio marcharse en silencio. Esperó largo rato. Al oscurecer

decidió salir a ver la ciudad. La Plaza de San Marcos brillaba en todo su esplendor; las palomas ya se habían recogido y en las mesas de los cafés había pocos clientes, la temporada estaba terminada y la humedad empezaba a subir de los canales. Se sentó en una mesa a reflexionar sobre su situación, le quedaban algunas liras y podía permitirse el lujo de tomar un café. Cerca del campanile vio la figura gruesa y llamativa de la señora Dupuy, enfundada en un traje de ramos rojos. Llamó al camarero, tal vez él sabía quién era esa mujer. El camarero la miró con asombro, después de haber observado a la señora Dupuy.

—Es una... digamos... alcahueta... No la frecuente, señorita. No, no la frecuente... aquí en Venecia la conocemos muy bien...

A Verónica no le asombraron sus palabras, le dio las gracias y permaneció cavilando. Una mano pesada cayó sobre su hombro.

—¿Nos vamos? Mis maletas están listas...

Era Frank. El camarero se acercó y Verónica notó su sorpresa. “Lo conoce...”, se dijo preocupada. Sabía que Frank frecuentaba grupos de amigos mientras la dejaba encerrada en los hoteles. Se levantó y ambos se alejaron de la Plaza San Marcos. Una hora después viajaban en el automóvil sin rumbo fijo.

—¡No quiero ir a Florencia!... ¿Me oyes?

Frank, impasible, encendió la radio del automóvil y una música de jazz apagó la voz de Verónica. Rencorosa miró su perfil imperturbable.

—¡No quiero ir a Florencia! —le gritó a través de la música.

Los postes indicadores de la carretera anunciaban con letras cada vez mayores: “Firenze”, “Firenze”, “Firenze”. Frank imprimió velocidad al automóvil y Verónica se hundió en el asiento para no ver la tierra rosada, ni las casas de muros ocres que el auto dejaba atrás. “Me vengaré”, se repitió siguiendo el ritmo del jazz que milagroso brotaba frente a ella. Afuera de la música, las casas y los olivos desaparecían vertiginosamente en la solitaria luz del crepúsculo. “Parecen chiricos”, se dijo casi a pesar suyo. Europa siempre era una sorpresa y ella la miraba desde afuera como si hojeara un libro de reproducciones.

Cuando entraron en Florencia ya había oscurecido. Se encontraron sentados frente a frente, en una mesa al aire libre, extraños y silenciosos. La Plaza de la Señoría estaba casi desierta. Verónica levantó la vista y contempló la cara mestiza de Frank; su mirada furtiva era la de un salvaje y la huella profunda del arañazo o mordisco dejados en el labio superior por el hombre del hotel del lago todavía era muy visible. La cara del hombre estaba tan cerca que bastaba extender una mano para tocarla y, sin embargo, se hallaba separada de ella por barreras infranqueables. Algo que venía del fondo de los siglos lo empujaba a conducirse de una manera bárbara y lo dejaba solo, en posesión de un universo ajeno al suyo, en el que tenían sucesos oscuros, olvidados hacía ya mucho tiempo.

Lo observó comer: manejaba el tenedor y la cuchara con habilidad y comía los tallarines con decisión. Verónica dio unas palmadas y se acercó el camarero.

—Vino rojo —ordenó.

—¿Vino? —Frank levantó la cabeza sobresaltado, ya que él sólo bebía agua.

—¡Vino! —repitió.

La vista de aquel salvaje vestido a la inglesa le resultaba insoportable, sólo bebiendo podía continuar en aquella mesa. Él la miró sombrío, los menores deseos suyos lo volvían rencoroso.

—¡Perra! —le dijo en voz baja.

El camarero trajo una jarrita de Chianti que ella bebió mientras contemplaba la plaza a esas horas casi vacía. Un viento frío barría al Palazzo Vecchio. Detrás de la cabeza de Frank, blanco y gigantesco, se elevaba el David de Miguel Ángel. El vino le subió a la garganta, a los ojos, le corrió por el cuerpo esparciendo dulzura. A un lado estaba la Loggia oscura, con sus estatuas inmóviles y frías mirando al tiempo con sus ojos sin ojos.

—Todos están muertos, también Verónica... —dijo.

Frank no contestó, continuó comiendo. Los palillos dorados de pan hacían un ruido de arenilla adentro de su boca; ella escuchó con atención aquel ruido que de repente pareció crecer hasta inundar toda la plaza. Se volvió al David y lo contempló con una sonrisa despectiva.

—Es maravilloso... —comentó Frank, volviéndose a mirarlo.

Verónica hizo un gesto de desprecio. ¿Qué le importaban a ella las opiniones de aquel salvaje? Hacía ya mucho tiempo que la voz del salvaje interrumpía sus pensamientos. Lo vio llegar, enemigo y oscuro, siguiéndola por los vericuetos de un salón y de unas conversaciones, después estaba siempre al lado espiándole los pasos, las comidas, las palabras y ahora los sueños, interrumpiendo su vida, separándola del mundo, de las fiestas, de las calles, de los amigos, encerrándola en su automóvil y en los cuartos de los hoteles. Lo vio comer un pastel, levantarse, caminar y acercarse al David de Miguel Ángel. Se quedó un buen rato mirando a aquel joven blanco y gigantesco que se dejaba

contemplar desnudo en el aire frío de la plaza. Después regresó pensativo, se sentó y pidió la cuenta.

—El cuerpo masculino es más perfecto que el cuerpo femenino — comentó con seguridad.

Verónica se echó a reír y recordó que su marido afirmaba lo mismo.

—Es mucho más hermoso —insistió Frank, con aire ofendido.

Verónica miró al David con aire divertido.

—¡Puaf! Es un atleta de feria... —exclamó, sacudida por la risa producida por el vino.

—¡Estúpida!

La palabra le produjo un cansancio enorme, vivía en el desorden de la injuria. Cuando era niña, en su casa de niña las palabras, el pan y los gestos tenían un lugar exacto y los efectos eran tan permanentes como los colores de Fra Angélico, las Puertas del Paraíso de Gluberti o la música de Mozart. Ahora no tenía casa, sus hermanos se hallaban perdidos entre cuñados y cuñadas extrañas, la selva había invadido a su familia. Sintió que iba a ponerse a llorar y se sirvió más vino. El Palazzo Vecchio la miró desde la noche, como la había mirado su padre antes de morir. Frank la observaba muy de cerca, como si estuviera en una cacería.

—Joseph Conrad tiene razón... la selva devora...

Frank la miró con despego.

—¡Vámonos! —ordenó.

Caminaron por la ciudad, se detuvieron frente a las Puertas del Paraíso. “Un día las cruzaré y entonces todo esto habrá terminado”, se dijo ella con alivio. La Torre del Giotto, translúcida como la torre vista en sueños, parecía la torre de la Letanía: “Torre de marfil”... “Torre de marfil”, se repitió mientras buscaban un hotel. En todos los espejos de los hoteles estaba ella con los cabellos rubios en desorden y el traje amarillo y arrugado. Se dejó caer en un sillón mientras Frank llenaba las fichas. El joven de la recepción la miró con simpatía y ella le regaló una sonrisa.

—Mañana por la mañana —escuchó decir a Frank.

Se levantó de un salto y se colocó junto a él.

—¿Mañana qué? —preguntó.

—Nos vamos —contestó Frank, con sequedad.

Verónica apoyó los codos sobre el mostrador de la recepción y movió negativamente la cabeza.

—Eso sí que no. Eso sí que no...

Frank recogió las llaves de las habitaciones y se alejó, mientras ella permanecía con los codos apoyados sobre el mostrador contemplando al joven que le sonreía. “No se parece en nada a aquel hombre siniestro”, pensó. Frank volvió junto a ella, la tomó con violencia por el brazo y juntos entraron en el ascensor. Salieron a un pasillo lujoso y sin adornos. El cuarto de Frank estaba al principio del pasillo, el de Verónica al final. La acompañó hasta su puerta, metió la llave en la cerradura y le cedió el paso. El mozo depositó el pequeño equipaje y se alejó.

—Buenas noches, chiquita.

La habitación era interior, ni siquiera podía contemplar la plaza. Se tiró sobre la cama y observó sus pies dorados por el sol. Sus sandalias estaban muy gastadas. ¿De verdad estaba en Florencia? “Soy como Dios, estoy en todas partes.” Las paredes forradas de seda blanca giraron despacio. “Me estoy volviendo loca”, se dijo. Se miró las palmas de las manos. “Buscaré la estrella de la locura.” La lámpara de la mesita de noche daba una luz tan blanca como los pétalos de una camelia, sus manos brillaban casi anaranjadas, una pelusa rubia cubría sus brazos. Se olvidó de buscar la estrella de la locura, para mirarse la piel cubierta de pequeños puntos dorados. “Son pecas”, se dijo aburrida y volvió a pensar en la locura y volvió a mirarse las palmas de las manos; estaban llenas de rayas. ¿Adónde conducían esos caminos rosados? Al cuarto del hotel Diana, de Florencia. Cuántos vericuetos, cuántos senderos estrechos y misteriosos. ¿Cuál era el camino de su casa? El que partía de la base de su dedo pulgar hacía una hermosa curva, se dividía en caminillos y desembocaba en su muñeca. “Es la línea de la vida, mi casa está al final, con mi padre y mis hermanos y mi madre...” Verónica se tiró sobre la almohada y escondió el rostro. “¿Por cuál camino salí de mi casa?” Se enderezó con violencia para buscar el camino que la llevó al hotel Diana, de Florencia. Un reloj la sobresaltó, dio una media pero ¿de qué hora? “La Leona tiene la raya de la suerte”, había dicho su abuelo. Volvió a mirarse las líneas de la mano, ya no la tenía. “¡Ése me la borró!” Agitada, se dirigió al cuarto de baño,

llenó la bañera y desde la tibieza del agua volvió a escuchar el mismo reloj. Eran las once de la noche y Frank ya la había encerrado en un hotel, y ella ignoraba cuándo volvería a salir a la calle. Saltó de la bañera, se vistió, salió al pasillo y llamó a la puerta de su amigo.

—Pasa, chiquita.

Frank se colocó un dedo sobre los labios y la llevó hasta la ventana. Abajo había un patio perfumado, una fuente de piedra, unos claustros y un grupo de frailes girando en silencio.

—Mira...

Verónica miró un largo rato a los monjes girando en la noche fría y olvidó su cólera. El espectáculo era de una belleza increíble, olvidado en el diario trajín de automóviles, ruidos y gentes caminando por las calles sin ningún fin aparente.

—Ahí quisiera estar... —murmuró Frank, en voz baja.

Verónica no contestó, fascinada se inclinó a mirar aquel mundo apacible y recogido que se movía en silencio bajo la ventana.

—Ahí... —insistió Frank, mientras sus manos empezaran a girar alrededor del talle y las caderas de Verónica.

—¡Farsante!... ¡Miserable! —exclamó ella volviéndose a mirarlo.

Forcejearon un rato y la lucha terminó sobre la cama.

—Eres muy hombrecito —dijo la voz de Frank, con un tono admirativo.

Verónica se arrancó el vestido.

—Pareces un muchachito...

Se quedó quieta; observó al hombre sumiso y se echó a reír. Alargó la mano y le torció la boca, mientras él se dejó dominar. “Tal vez lo que fascina a los homosexuales es que los posean”, le había dicho Frank alguna vez. ¿Por qué recordaba esa frase ahora? Saltó de la cama, se acercó a la ventana, cogió un cigarrillo y lo encendió. Desnuda, se inclinó a ver a los monjes que continuaban girando en silencio.

—Chiquita... no me dejes...

Verónica se acercó al borde de la cama y observó a su amante con frialdad.

—Después. Vamos a dar una vuelta.

Buscó su vestido y se lo puso.

—Ven ahora...

—¡Después! —le dijo, dándole un puntapié en el pecho.

Ante su asombro, Frank se levantó con docilidad y aceptó el paseo que ella proponía. Caminaron largo rato por la ciudad. Las cúpulas brillaban blancas y rosas en la noche fría. Frank la llevaba cogida por el talle, iba sumiso, aceptaba las vueltas y se detenía donde ella lo deseaba. Ella lo guiaba sin dirigirle la palabra. “Huye, huye, huye...”, se repetía buscando la manera de hacerlo.

—Tú puedes hacerlo, tú puedes salvarme... —susurró Frank.

—No digas tonterías. ¡Salvarte!... ¿De qué?

Cuando volvieron al hotel, Frank continuaba acariciándola.

—Mi muchachito... —suspiró frente a la puerta del cuarto de Verónica.

—Estoy muy cansada.

Verónica cerró la puerta de golpe y echó doble llave. Afuera quedó Frank. Oyó que la llamaba. La salud no estaba en Frank, como tampoco había estado en su marido, sino más allá; pero más allá ¿de qué? “Sólo en su madre puede confiar el hombre”, decía Frank, con seriedad, Verónica se echó a reír al recordar sus palabras.

Al despertar descubrió que se había quedado dormida con la ropa puesta. Su traje estaba tan arrugado que no podía salir. Llamó y se presentó un criado.

—Plánchelo, por favor.

Ordenó a aquel criado que parecía un millonario. El mozo cogió el vestido con el mismo respeto con el que antes los criados recogían sus trajes de sedas y de gasas y salió haciendo una reverencia. Se sintió humillada. ¿Cómo era posible que no tuviera otro traje con el que cubrirse? Se metió a la bañera a esperar la devolución de su vestido. Desde allí escuchó las llamadas del teléfono, pero no se molestó en contestarlo. “Debe ser Frank”, pensó. Más tarde llamaron a la puerta. Abandonó el agua de mal talante. Frank estaba en la puerta.

—¿Todavía no estás lista?

Verónica se ajustó la toalla.

—No. No estoy lista. Además, no quiero irme hoy de Florencia.

Frank cerró la puerta tras de sí, parecía asombrado. Los dos quedaron

frente a frente y de pronto, poseída por la cólera, le dio un empujón que lo hizo perder el equilibrio. Cayó sentado en el borde de la cama y guardó silencio, atónito. Verónica levantó el pie y le propinó una lluvia de patadas; había perdido las maneras. Al darse cuenta de que el hombre aceptaba los golpes, le dio nuevas patadas cegada por la ira. En unos segundos le había perdido el miedo.

—Chiquita, haremos lo que quieras; pero ven aquí...

Lo miró con frialdad, con gesto despectivo; arrojó la toalla y subió a la cama donde la esperaba Frank, con ojos lastimeros.

—Mi muchachito...

A partir de esa mañana Frank se volvió humilde y sumiso. Recorrían juntos la ciudad, entraban en los museos, las librerías, los cafés. Después, en su habitación ella leía un libro sobre la ciudad mientras Frank la llamaba por teléfono para rogarle que le permitiera entrar en su cuarto. Luego se acercaba a su puerta una y otra vez.

—Entra, pero te quedas quieto.

Salieron a recorrer la ciudad. Atraída por el oro de la vitrina de un joyero, Verónica se detuvo a contemplar las joyas guardadas en la pequeña vitrina. Frank las contemplaba por encima de su hombro, con su cuerpo pegado al de ella, pues cualquier pretexto le servía para estar en contacto con las espaldas de su amante. Sobre el terciopelo azul oscuro brillaban los brazaletes de piedras de reflejos graves.

—Quiero verlas de cerca.

Frank entró con ella sin soltarla del talle, y ella se probó los brazaletes más pesados.

—Quiero estos tres.

El joyero la miró con simpatía. Por la noche el ruido de los dijes de oro los acompañó en la cama. Pasaron dos días más caminando y durmiendo noches agitadas. Al amanecer Frank se enderezó en la cama.

—¿Por qué te gustan tanto las Puertas del Paraíso?

Verónica calló, miró su perfil oscuro, recortado sobre los muros de seda blanca: había cosas indecibles y entre ellas estaban las puertas de Ghiberti, que pertenecían al mundo que no podía compartir con él y se empeñó en guardar silencio. Frank miró con hostilidad el techo de la

habitación y cruzó los brazos sobre la nuca. De pronto le dio un empujón.

—¡Lárgate a tu cuarto!

Verónica salió sin decir una palabra. “¿Acaso volvía a empezar el ciclo de locura de Frank?” No le importaba, dormiría como si nada hubiera sucedido, aunque el terror se instaló nuevamente en su pecho. Por la mañana ella llamó al cuarto de Frank y éste apareció sombrío. Juntos visitaron las tumbas de los Médicis y él, en actitud arisca, contempló largo rato las estatuas de Lorenzo y de Julián. Se diría que no pensaba moverse de aquel lugar; cuando por fin lo hizo, llamado por Verónica, su gesto cobró una inusitada violencia. Frente al Palacio de los Médicis, Frank se detuvo en seco y se negó a entrar.

—Entra tú... —le dijo, lanzándole una mirada despectiva.

Se fue directamente a la capilla, quería contemplar otra vez los frescos de Benozzo Gozzoli. Se quedó triste frente al luminoso cortejo de los reyes y los ángeles. Ese mundo de gracia alejado del mal, la dejó melancólica. Ella vivía en la oscuridad de la violencia, lejos de aquellos caminos transitados por príncipes angélicos y arcángeles principescos. “Hemos expulsado a los ángeles”, se dijo, y pensó en la miseria de su vida, en el hotel y en la cama que cada noche se volvía más sórdida. “Los hemos olvidado”, añadió, y estuvo segura de que ellos se habían alejado de los hombres para dar paso al crimen y al fango. Alrededor de ella no flotaba ninguna palabra de amor, sino frases y exclamaciones encarnizadas y violentas, al gusto del demonio. La cara oscura de Frank le producía miedo. ¿Por qué la miraba de aquella manera extraña? Recordó a la señora vestida de blanco en aquel salón: “Frank es diabólico”, era verdad, cerca de él el aire se cargaba de miasmas y la luz se convertía en reflejos nublados por las tinieblas. El recuerdo del hombre del hotel del lago le produjo escalofríos; quizás no sabría nunca lo ocurrido en aquella habitación destinada a servirle de albergue aquella noche. El pensamiento de que tal vez Frank tenía planeado asesinarla no la conmovió, hacía ya mucho tiempo que lo había pensado y de hecho trataba de hacerlo todos los días. El cortejo de los reyes continuaba fluyendo en los muros como una constante corriente de inocencia.

—La signorina es un ángel, por eso los visita con frecuencia —escuchó

decir.

Se volvió para encontrarse con el guardián de la capilla, que la observaba con una sonrisa rubia. Nunca había estado tan lejos de los ángeles como ahora con los brazaletes resplandecientes, el traje amarillo y las noches sombrías. “Cuando vi a Scott Fitzgerald, Eddy me dijo, ‘Míralo es la idea que tengo de los ángeles...’ pero Scott era ya un ángel caído, destruido por un demonio. Tenía el pelo rubio sin color y la cara rubia sin color...” Hacía ya mucho tiempo que Frank le había dicho eso. Después, cuando ella le preguntó quién era Eddy y en dónde había conocido a Scott Fitzgerald, Frank había contestado: “Yo no tengo una memoria tan exacta como la tuya; fue hace tiempo, en Lausanne...” Se diría que toda la vida de Frank había transcurrido en Lausanne. ¿Cuándo? Hacía ya veinte años que Scott Fitzgerald estaba muerto. ¿Cómo había podido Frank conocerlo? El guardián de la capilla del Palacio de los Médicis continuaba observándola y sonriéndole; tenía el cabello rubio y liso y el uniforme azul gastado en las bocamangas, se diría uno de los personajes del muro de Benozzo Gozzoli, pobre y cansado. Salió de prisa. “No volveré”, se dijo y se sintió avergonzada bajo la mirada dulce del guardián.

Frank la esperaba sentado en la banca de piedra adosada al muro del Palacio. Tenía la actitud ausente del que observa sin que lo observen, parecía muy extraño, hundido en un mundo oculto. Lo vio sombrío, con la piel amarillenta, cerca del agente que dirigía el tránsito desde una especie de nicho instalado en una esquina del Palacio de los Médicis. Parecía aburrido y sin su actitud alerta se veía muy viejo, tenía algo de un objeto muy usado tirado en una calle cualquiera. Sintió compasión y asco. Un asco violento delante de su rostro verdoso y su mirada apagada. Era ajeno a la ciudad y ajeno a ella, le asustó su vejez que respiraba corrupción.

—¡Frank!

Levantó la vista molesto por haberse dejado sorprender en aquella actitud y se puso de pie para seguirla. En el camino le preguntaría en que año había conocido a Scott Fitzgerald. En lugar de eso y al comprobar que sobre la cabeza de Frank se formaban nubarrones violentos le propuso:

—Si quieres nos vamos de Florencia...

Frank no contestó, la dejó en la puerta del hotel y se alejó sin decir una palabra. Descorazonada entró a su habitación, tomó un baño y esperó la vuelta de Frank. Pasó un gran rato y nadie llamó a su puerta. Permaneció absorta, oyendo al tiempo que entraba girando en su habitación, era milagroso estar en Florencia, el tiempo estaba intacto, los personajes de la ciudad pasaron rozándola, vivos, en un esplendor de cenizas en el que ella participaba activamente. El pasado, el presente y el futuro eran al mismo tiempo indivisibles y esa noche la única noche. Frank estaba en otro día, escondido y escondiendo algo. ¿Qué escondía? ¿Cuál verdad ocultaba? Un pensamiento la puso alerta: ella era la pieza viva de la mentira de Frank. Con ella se escondía de los demás, le servía de escudo, de disfraz y de careta. Se puso de pie, se metió el vestido y se amarró las sandalias. “Tal vez ya se fue.” Sabía que alguna vez, cuando ya no la necesitara, lo haría. “¿Por qué no hoy?” Llamó al cuarto de su amante, nadie contestó. Insistió varias veces, el silencio y la ausencia venían del interior de la habitación. Despacio bajó las escaleras y salió al hall del hotel, que en aquel momento estaba iluminado por una luz blanquísima. La escalera se hallaba situada al fondo, oculta de la administración por la irregularidad de los muros. Trató de tranquilizar el gesto antes de enfrentarse a los empleados. El joven de la administración sonrió al verla. No podía rebajarse y preguntar si Frank había abandonado el hotel. Se acercó al mostrador para mirar con atención forzada las tarjetas postales con ángeles translúcidos de Fra Angélico y los gestos imperceptibles y frágiles de Simoneta Vespucci.

—El señor está en la cabina hablando a Londres. La comunicación telefónica tardó dos horas; parecía muy impaciente...

El joven la miró con simpatía y le dijo las frases al mismo tiempo que le pasaba las tarjetas. Verónica contempló las diminutas imágenes sin mirarlo, sólo veía las manos rubias que le pasaban las estampas.

—Me pidió la llamada con mucha reserva...

Verónica sintió que el miedo le enfriaba los labios y las ventanillas de la nariz. Los demás empleados hablaban entre ellos. Miró a su interlocutor: su rostro era un portal abierto a la tibieza, la amparaba de las corrientes

de aire frío que le paralizaban la nariz y los labios. El joven cerró los ojos un instante, como si no quisiera ver el pánico reflejado en los ojos de Verónica. La cabina se abrió y el joven se lo dijo con los ojos.

—Adoro Florencia... —dijo Verónica, reconfortada por el ángel rosa y oro que el joven le tendía.

—Un ángel florentino para otro ángel —le dijo el muchacho, al mismo tiempo que una mano conocida la tomaba por el talle.

—¿Qué haces aquí, chiquita?

Verónica se alejó del mostrador con rapidez para evitar que le mintiera delante de aquel joven que la miraba con tristeza.

—Nada... —y Verónica se concentró en el ángel de Fra Angélico.

—Yo llamando a tu puerta y tú aquí... —le reprochó Frank.

En la calle buscaron un restaurante. A Verónica le daba vergüenza que Frank mintiera con tanto descaro, para no ver el rostro impasible de su amante colocó sobre el mantel la tarjeta del ángel y la miró con fijeza.

—No fuiste a mi cuarto —le dijo sin verlo.

—Me quedé dormido y cuando fui a llamarte ya habías volado. ¿Y ese ángel?

—Me lo regaló el joven de la administración: “un ángel florentino para otro ángel”, me dijo. Frank se echó a reír a carcajadas y la miró divertido: “Un ángel... un ángel...” Ella se alisó los cabellos, se sintió desamparada bajo la mirada burlona de su amante y sus comentarios irónicos.

—Tengo hambre —anunció Frank, con alegría.

En el camino de regreso al hotel iban separados y mudos. Al llegar a la plaza vacía Frank la tomó por las caderas, a unos metros brillaba la luz blanca de la puerta del hotel y Frank la detuvo con fuerza contra el muro para acariciarla como si estuvieran en la intimidad de su habitación,

—¡Déjame entrar! —gritó ella.

Su amante no la escuchó y en cambio aumentó las caricias. La torre de la iglesia dio las doce de la noche. La mano que sostenía el ángel de Fra Angélico le dijo que el joven de la administración terminaba su turno a media noche y que Frank deseaba que la sorprendiera en aquella actitud indecente. Se escapó de sus manos con violencia y corriendo se dirigió a la entrada del hotel. Al llegar se volvió para ver a Frank de pie haciéndole

señas obscenas. El joven empleado se cruzó con ella.

—Buenas noches. ¿Sola?...

Frank avanzó abrochándose el pantalón.

Subieron juntos en el elevador y Frank la hizo entrar en su habitación. Ella deseaba saber con quién había hablado por teléfono a Londres, aunque no tenía esperanzas de que él dijera la verdad. Lo vio echarse sobre la cama y hundirse en el mundo remoto del que parecía no poder escapar; había vuelto a la mentira. Pasó la noche sin que lograra saber a quién había llamado por teléfono y sin obtener ninguna respuesta a sus preguntas acerca del empleado del hotel del lago. Por la ventana abierta llegaron los ruidos del convento y las primeras luces del amanecer. Frank estaba otra vez sumiso y ella se fue a su cuarto sabiendo que sólo había pasado otra noche sombría. Perpleja se dejó caer en su cama. No entendía, pero sabía que la acechaba un peligro. Se despertó muy tarde, la llamaban por teléfono.

—Te estoy esperando, chiquita...

—¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde...

Mientras se bañaba sintió que iba a llorar: el agua no la limpiaba de la noche pasada y el día se presentaba tarde e impenetrable. Lo encontró en el hall, elegante, tranquilo. Él le echó una ojeada rápida y se soltó riendo, no cabía duda de que Verónica tenía algo que le divertía y cuanto más afligida se hallaba, más divertida le resultaba a su amante. No comieron, pasearon por los alrededores de la ciudad. A medida que la tarde avanzaba ambos se hundían en un mutismo sombrío. La piel oscura de Frank adquiría reflejos enfermizos, sólo la noche lo animaba con una extraña energía que atemorizaba a Verónica.

—Si quieres nos vamos de Florencia...

Frank, con el perfil petrificado junto al parabrisas, no contestó. Alargó una mano y le acarició los muslos desnudos sin mirarla. Se diría muy afligido.

—¿Qué te pasa?

Detuvo el automóvil y permaneció silencioso y abatido. Al cabo de unos minutos preguntó:

—¿Crees que puedo escapar?

Verónica recordó al empleado del hotel del Lago Mayor: recordó la noche lluviosa, los alaridos sofocados y luego el viaje precipitado y no supo qué decir. Una barrera que se erguía entre Frank y lo demás se espesó en unos instantes y ella se sintió más lejos que nunca de aquel hombre extraño.

—Aunque sea lo peor... ¡dímelo!

Volvió los ojos a ella, la miró largo rato como si buscara palabras para expresarse, estaba oscureciendo y la media luz favorecía las confidencias. Su mano se quedó quieta sobre las piernas de Verónica. Necesitaba tocar algún cuerpo, era el único puente entre él y el mundo; cuando interrumpía el contacto físico se encerraba en un mundo peligroso.

—¿Conoces el Beau-Rivage de Lausanne?...

—No —contestó ella.

—Qué raro que no lo conozcas. A veces íbamos a Ginebra y en las noches aparecía Kat... Yo sólo la veía de noche...

—¿Quién es Kat?

—Una loca guapísima... —contestó él, sonriendo.

La noche cayó sobre el automóvil. Un frío delicado se instaló en el campo, sobre las copas de los árboles esparcidos en grupos pequeños. La mano de Frank continuó acariciando los muslos de la mujer.

—Dime ¿qué pasó en el hotel del Lago Mayor?

Sintió que la mano de Frank escribía algo sobre su piel, como si la acariciara con un mensaje que ella no entendió. Se puso alerta, descubriría las letras que se encimaban las unas sobre las otras. El hombre sintió que ella trataba de leer su respuesta y la miró a los ojos con fijeza. Después, con el brazo libre la tomó por el cuello y la besó. A través de los besos Verónica se puso a contemplar el cielo: “Tengo que irme... tengo que irme”, se repitió. Quería encontrar la salida de aquel laberinto pero ¿cómo irse y dónde refugiarse? Frank estaba agitado, complacido con aquella situación, tratando de prolongarla y olvidado de la pena que lo había embargado un rato antes. La noche avanzaba en ondas cada vez más frías, el aire helado se detuvo en los brazaletes y en las piedras de sus dijes y de allí corrió al brazo y al pecho de Verónica. Miró la mano que

jugaba con la piel de sus piernas, los números verdosos del reloj pulsera de Frank marcaban las nueve y catorce minutos de la noche. Enseguida el hombre le bajó la falda con esmero, le dio golpecitos sobre las rodillas, se enderezó y se dispuso a echar a andar el automóvil.

—Vamos al cine —dijo con aire grave.

Una vez en la ciudad no dudó ni un instante, con mano segura se dirigió a un cinematógrafo y detuvo el auto. Verónica tuvo la certeza de que antes de abandonar el hotel tenía premeditado ir justamente a ese cine y sintió miedo.

—Creía que me ibas a decir... —dijo ella, mientras él trataba de estacionar el coche cerca de la acera.

—Ya se lo dije, chiquita. ¿No entendió? Se lo escribí aquí —dijo, tocándole con brusquedad las piernas.

Se echó a reír y se bajó del auto. Cerró la portezuela de un golpe y la miró con astucia. En el cine se condujo con gravedad y aire enigmático. Apenas vieron la película, ambos sabían que estaba sucediendo algo y Verónica en vano trataba de adivinarlo. Salieron en silencio, ella adelante, él caminando detrás, pegado a su cuerpo, casi impidiéndole avanzar.

—¡Frank! ¿Qué haces aquí?

Sorprendido, buscó con la mirada la voz que lo llamaba, Verónica se dio vuelta y vio a Frank tendiéndole la mano a un hombre alto de edad mediana, vestido con el mismo cuidado que Frank. Se diría que casi con el mismo traje, la misma camisa, la misma corbata y las mismas maneras.

—¡Beto, qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —exclamó Frank, entusiasmado.

—Ya ves, dando una vueltecita por Europa...

—¿De dónde vienes?

—De Venecia. La misma gente...

—Beto, te presento a la señora Arias.

Beto le tendió una mano floja, la examinó con frialdad y pronunció su nombre casi con disgusto.

—Alberto Rayón.

El cine se quedó vacío. Salieron juntos a la calle y buscaron uno de los

últimos cafés que permanecían abiertos. Los dos hombres hablaron de gentes conocidas y comentaron los chismes sobresalientes de la temporada, sin prestar ninguna atención a Verónica; era como si ella no estuviera presente. Beto tenía algo extraño, una especie de idiotez que lo obligaba a moverse como un maniquí, a mirar con los ojos vacíos y a pronunciar las palabras con suma lentitud.

—¿Cómo está tu mamá?

—Muy bien, la pobre no pudo acompañarme en este viaje —contestó Beto.

—¿No es casado? —preguntó Verónica.

Frank se echó a reír y Beto se volvió a mirarla con ojos ofendidos. ¿Quién era esa mujer para preguntarle nada?

—No. No puedo dejar sola a mi mamá —contestó con su tono de voz aburrido. Después clavó la vista en su taza y bebió el chocolate a pequeños sorbos.

La pregunta de Verónica cortó la conversación entre los dos amigos, se diría que ambos habían perdido el entusiasmo del encuentro.

—¿En qué hotel estás?

—¿Y tú? —preguntó elusivo Beto.

—En el Diana.

—Te llamaré —prometió Beto.

Lo dejaron en una esquina, pues no quiso que lo llevaran hasta su hotel. Bajó del automóvil con torpeza y Verónica lo vio alejarse con pasos inseguros y sin volver la cabeza. De alguna manera se sentía ofendido o tal vez ella no le había sido simpática. Volvieron al hotel en silencio y cada uno se encerró en su habitación. Durante la noche se hizo el propósito de hablar con Frank en términos de dinero; le exigiría que le pagara su billete de regreso a México. Buscó las palabras, imaginó la actitud que debería tomar para hablar de ese tema y trató de dormir. Estaba muy cansada y pensó “muy humillada”. Al despertar, la luz que entraba por la ventana le indicó que era tarde. Se bañó y se sentó a esperar; el teléfono permaneció mudo. Oyó que un reloj daba las cuatro de la tarde, trató de no asustarse y se puso a leer el libro sobre los Médicis; pero no logró pasar de la primera línea. Empezó a oscurecer.

Sintió náuseas, no sabía si de hambre o de miedo, se acurrucó en una esquina de la cama y a oscuras lloró largo rato. ¿Por qué estaba allí? ¿Quién la había empujado con aquel hombre aterrador? Desde luego no había sido ella, recordó que se había enamorado de otro y a partir de entonces su vida se había convertido en un espantoso laberinto. Nadie entendería su problema, nadie comprendería su estúpida debilidad, su miedo que la había conducido a aquel cuarto de hotel en el que se hallaba a merced de ese hombre extraño. Entró la doncella que preparaba las camas de la noche.

—Deje... deje...

Avergonzada escondió la cara en las almohadas. La criada salió de puntillas. “Ni siquiera tengo dinero para suicidarme...”, se dijo, sintiendo que estaba en una orilla y que del otro lado la locura le hacía gestos. Se quedó quieta, no encendió la luz; las tinieblas la cobijaban, sentía vergüenza de ser mirada y de mirarse a sí misma. El tiempo no pasaba. El teléfono llamó.

—¿Ya cenaste? Yo voy a cenar con Beto. Espérame, no tardo. ¿Sabes, chiquita?, adoro tu cuerpecito inteligente. ¿No me dices nada? —preguntó Frank,

—¿De qué?

—De amor...

—Ah... —y aburrida colgó el teléfono.

Frank no llegó. Durante tres días Verónica no abandonó su habitación en espera de que Frank la llamara o regresara al hotel. Ni siquiera sabía si continuaba en Florencia. No se atrevía a salir a la calle para no pasar frente a los empleados de la administración. “Si no salgo, si no reacciono me va a pasar algo...” Decidió salir. Se bañó, se vistió y se acercó al espejo: estaba muy pálida y tenía los párpados hinchados. “Necesito aire.” Se sobrepuso al temor y a la vergüenza que la embargaban y salió al pasillo; pasó frente a la puerta del cuarto de Frank sin detenerse aunque deseaba saber lo que sucedía detrás de aquella puerta cerrada. Para Frank todo era fácil, la había perseguido hasta Europa sin arriesgar nada; en cambio, ella lo había perdido todo. Tuvo la certeza de que el hombre se escondía en su habitación. Llamó al ascensor y el jovencito que lo manejaba la

observó con curiosidad. “Abajo deben comentar acerca de mí”, pensó. Entregó su llave en la recepción, sin querer mirar al joven rubio que le había regalado el ángel de Fra Angélico. Sintió en las “Buenas tardes” que le regaló el empleado una especie de compasión, y con la cabeza erguida y sin volverse salió a la calle sin saber adónde dirigirse. El coche de Frank no estaba estacionado frente al hotel y, sin embargo, en el casillero de las llaves tampoco se hallaba la llave del cuarto de su amante.

Ya era tarde y los museos estaban cerrados; pero aunque hubieran estado abiertos, ella no tenía dinero para pagar la entrada. Tampoco podía sentarse en un café. Caminó sin rumbo por las calles iluminadas; luego, para fijarse una meta, preguntó por la estación nueva y dirigió sus pasos hacia allí. Sentía que todos los transeúntes la miraban. Poseída por el terror avanzó olvidando su traje escotado y el viento frío que corría por la ciudad. Se encontró frente a la estación, de allí salían los trenes. ¿Adónde iría? No recordaba a nadie. Había tenido amigos. Ahora su pasado se deshacía en una sombra informe, ya no era ella y su imagen antigua le resultaba tan desconocida como la de cualquier mujer que pasara a su lado. Se detuvo a leer los horarios, la palabra “Suiza” la dejó atónita “Yo estuve allí..”, se dijo con incredulidad y recordó la nieve, los trineos, los pinos y las tabernas humeantes de té y de kirsch. Los viajeros, con maletas y abrigos de pieles, la observaban con curiosidad. Se acercó a una ventanilla y preguntó a qué hora salían los trenes para Lausanne. Había uno que partía de la estación a las once y once minutos de la noche. Se alejó de la ventanilla y se sentó en una banca sin saber qué hacer, a sabiendas de que lo único que le quedaba era volver al hotel. Willy Weisberg vivía en Lausanne y era muy amigo de ella. Su nombre le llegó con tal sonoridad, que vio la cara rubia de Willy diciendo palabras divertidas, y sin querer sonrió al recordar a su amigo. ¿Cómo estaría? Volvió a la calle, algunos hombres la siguieron haciéndole proposiciones. “Si tuviera valor me iría con alguno de ellos y le cobraría, con eso podría tomar el tren”, se dijo; pero el miedo la paralizó. No, no era capaz de entrar en un cuarto con un desconocido. “Las prostitutas deben tener un valor excepcional”, se dijo con admiración y apretó el paso. La puerta del hotel estaba iluminada. Era tarde y el turno del joven que le sonreía había

terminado. En su lugar estaba un velador viejo y enrojecido por el vino. Pidió su llave sin preguntar por Frank. La llave de la habitación de su amante todavía no estaba en el tablero. Pasó frente a la puerta del cuarto de Frank sin atreverse a llamar. “Tal vez se llevó la llave y no está”, se dijo. Tenía que pensar en lo que debía hacer, se tendió en su cama y trató de ordenar su cabeza embrollada; no había probado bocado y quizás eso le impedía ordenar sus pensamientos. Esperó un largo rato y descolgó el teléfono para pedir que la comunicaran con Frank. Al cabo de un rato el viejo velador le anunció:

—No contesta.

—Insista.

—No contesta, quizás está fuera —dijo el hombre, apenado.

Trató de dormir. “Algún día acabará como un perro”, se repitió mirando el techo blanco de su cuarto. Con Frank, la espera, la comida, el amor, la charla eran sólo una larga humillación, Verónica había entrado en su juego y mientras más cedía, él la ofendía más gravemente. La había dejado sola, aislada del mundo; la tenía en sus manos y se vengaba, ¿de qué? Sólo matándolo se liberaría de ese demonio de destrucción que era Frank. Recordó con pavor lo sucedido en el hotel del lago, durante muchos días siguió el caso en los diarios, esa misma noche había leído en un kiosko de periódicos, en letras muy pequeñas, que no existía ninguna huella que condujera a los asesinos del empleado. La palabra “asesinos” la había petrificado de horror. Su desdichada vida no le permitía reflexionar, apenas le restaban fuerzas para sobrevivir. Le hubiera gustado llamar al hotel del Lago Mayor; pero Frank revisaba las cuentas con ferocidad y si sorprendía su llamado era capaz de matarla en el momento y el lugar más inesperados. Antes de dormir pensó que la policía era estúpida. ¿Por qué no sospechaban de Frank? Simplemente porque se trataba de un turista rico que se hospedaba en hoteles elegantes. ¡Sería tan fácil dar con él! Imaginó que antes del crimen del hotel del lago, Frank ya había matado, de otra manera no lo hubiera hecho con tanta frialdad, ni se hallaría tan seguro de sí mismo. ¿Por qué los empleados del hotel no daban cuenta a las autoridades de la pareja irregular que hospedaban? La conducta de Frank era criminal ante los

ojos de las personas normales. En cuanto a ella, siempre encerrada en los cuartos, también resultaba sospechosa. No pudo dormir. Las primeras luces del amanecer la encontraron despierta, luego cayó dormida por agotamiento. Se despertó sobresaltada y llamó con urgencia al camarero; era la una y media del día. Se bañó de prisa y se dirigió al cuarto de Frank. Llamó, pero no recibió ninguna respuesta. Descorazonada bajó y entregó su llave. Ahora la llave de Frank tampoco estaba en el tablero y su automóvil tampoco aparecía frente al hotel. ¿Se escondía en su cuarto? ¿A sangre fría la condenaba a la angustia y al hambre? Le avergonzaba pedir algún sándwich al bar del hotel y comerlo encerrada en su habitación. Caminó las calles mirando con atención el interior de los cafés y de los restaurantes y volvió descorazonada al hotel. ¡Frank se había esfumado! El joven de la recepción le tendió su llave con afecto. Ella vio que la de Frank estaba en el tablero.

—El señor salió hace unos minutos...

Verónica subió a su cuarto a esperar. Al cabo de un rato volvió a salir, la habitación con sus muros tapizados de seda blanca le producía miedo. Si tuviera dinero iría a una cabina pública y llamaría a todos los hoteles de Florencia para localizar a Beto, pues estaba segura de que Frank se encontraba con él. Desde su habitación no quería llamar, se sentía humillada, los empleados observaban sus movimientos con lástima. Volvió a recorrer los cafés, de pronto le pareció descubrir el automóvil de Frank cruzando un puente. Echó a correr a lo largo del Arno, cruzó el puente y al poco rato se halló en una hermosa plaza en la que se erguía un hotel elegante. Estaba oscureciendo y desde lejos contempló la escalinata y las columnas del edificio, solitarias y exclusivas. Entre los automóviles estacionados estaba el de Frank. No tuvo valor para subir la escalinata y preguntar por él o por su amigo Beto. Regresó a su hotel y se encerró en su habitación sin decidirse a llamarlo, pues temía su cólera y su acusación de que se dedicaba a espiarlo. Bajó a la administración y se dirigió al joven rubio.

—Comuníqueme con el Excelsior —le pidió en voz baja. El joven le indicó la cabina y temblorosa descolgó el auricular. —¡Pronto! —contestó una voz masculina.

—Con el señor Rayón —pidió en italiano.

Escuchó mientras llamaban a la habitación de Beto. Le contestó una voz de hombre desdeñosa e italiana.

—Momento... ¡Beto!... ¡Beto!...

Escuchó varias voces de hombre, daban órdenes, contraórdenes, como si el llamado hubiera producido una gran confusión; alguien tapó el teléfono... Por fin la misma voz volvió a hablar.

—¿Dijo el señor Rayón?

—Sí...

—Se ha equivocado —y el hombre colgó el aparato.

Verónica se puso pálida, se detuvo unos instantes en la cabina para reponerse. ¿Por qué la habían comunicado con su habitación y luego lo negaban? Le había parecido escuchar las voces de Frank y Beto junto a la voz italiana. Al salir de la cabina vio que el empleado la miraba con pena. Subió a su cuarto y se cubrió los ojos con las manos. De pronto el teléfono sonó con insistencia. Era la voz del empleado.

—Señora, el señor la llama. Me preguntó si había usted telefoneado, dije que usted no había llamado a nadie. La comunico con el señor — agregó antes de que ella le pudiera dar las gracias.

—Chiquita, ¿todavía no quieres verme?

—¿Yo? —Verónica se mordió la boca con ira.

—Necesito verte ¿no crees que ya es bastante castigo?

—No lo sé...

—Te espero abajo.

—¿Estás ahí? —preguntó asombrada, ante su capacidad para mentir.

—Sí, chiquita, esperando que salgas...

—Bajo en un cuarto de hora.

Colgó el teléfono y bajó de prisa. Sabía que Frank no estaba en el hotel, pero hubiera deseado que estuviera para perderle el terror que le inspiraba desde hacía tiempo. Si bajaba después nunca sabría si era capaz de una mentira tan inútil. ¿Por qué y para qué le mentía? Pero Frank no se hallaba en el vestíbulo.

—Llamó del Excélsior —le confió el empleado, mientras recibía la llave.

Verónica se sentó a esperarlo. Ahora no le cabía duda de que Frank le

mentía hasta en los detalles más pequeños. Un grupo de turistas tomaba *dry martinis* en el bar y hasta ella llegaron sus conversaciones despreocupadas. Era increíble que todavía existieran gentes que vivieran fuera del infierno. Entró Frank y se detuvo frente a ella grave, amarillento, como si hubiera asistido a un duelo.

—Te pareces a Kat cuando aparecía de rubia...

No se inclinó para besarla, parecía desconcertado con sus palabras.

—Como tardabas salí a comprar unos cigarrillos —agregó.

Enseguida pareció darse cuenta de la estupidez de su afirmación, ya que el bar del hotel estaba lleno de cigarrillos de todas clases. La tomó del brazo y salió a la calle con ella. Iba muy de prisa.

—Frank, necesito irme.

La detuvo en seco y la miró con ira.

—¿Adónde?

—No lo sé, quiero irme. No deseo verte nunca más.

El hombre no contestó, la miró con una desesperación profunda. Era difícil fingir el espanto que reflejaban los ojos de Frank cuando Verónica le pedía la separación.

—¿Irte?... ¿Dejarme?... ¿Qué hago? ¿Has pensando qué haría sin ti?

Su voz aumentó como si pidiera auxilio y algunos paseantes se volvieron a verlos.

—¡Sí! Irme, necesito irme. Dame cien dólares y adiós —afirmó Verónica, con voz decidida.

Frank la miró con alegría y lanzó una carcajada salvaje.

—¡Te doy esto! —gritó, al tiempo que le hacía una seña terriblemente obscena. Verónica permaneció inmóvil de pie junto a la portezuela del coche. Frank abrió la puerta y ella entró en el auto maquinalmente.

—Me iré de cualquier manera —dijo cuando el hombre tomó el volante.

—¿Cuándo? —preguntó él, tembloroso de ira y dando un arrancón violento al automóvil.

—No lo sé.

Dieron varias vueltas por la ciudad sin dirigirse la palabra. De cuando en cuando Verónica miraba el perfil encolerizado y obtuso de Frank. “Es curioso odiar a alguien”, se dijo.

—Beto nos invitó a cenar —anunció él mientras detenía el automóvil en una calle estrecha y elegante.

En el interior del restaurante iluminado por lámparas de luz rosada estaba Beto esperándolos en una mesa de cuatro cubiertos. A su lado un joven vestido con elegancia hablaba en voz muy alta, parecía fuera de lugar e incómodo, veía hacia todas partes y se diría que no sabía dónde colocar las manos. Verónica no lo conocía, se lo presentaron simplemente como Jaime.

—Mi ahijado... —agregó Beto.

La conversación se inició entre Beto y Frank. Ni el joven ni Verónica tomaron parte, era como si no estuvieran allí. Beto ignoraba deliberadamente la presencia de ella en la mesa. Se acercó el camarero y Verónica ordenó su cena en italiano, Frank en francés y Beto y Jaime en inglés.

—¿No hablan italiano? —preguntó Verónica sonriendo.

—¿Italiano? Si acabamos de llegar de Londres hace cuatro días —exclamó Jaime, soltando una carcajada estrepitosa.

Beto y Frank se cruzaron miradas rápidas.

—¿De Londres?... Creía que de Venecia —contestó Verónica.

—Jaime estaba en Londres con sus padres, yo en Venecia y Frank aquí... el mundo es un pañuelo —dijo Beto, con una expresión estúpida.

—Sí, un pañuelo... —afirmó Verónica.

La cara de Frank permaneció impasible. Verónica observó sus ojos verdosos, su piel oscura brillante bajo la luz rosada de las lámparas y sus labios gruesos inmóviles. “¿Quién contestó en italiano?”, se preguntó mientras comía el salmón ahumado y escuchaba trozos de la conversación. Los dos amigos sacaban nombres de mujeres elegantes y les colocaban un adjetivo, un traje, una fiesta, un hombre y desaparecían con el siguiente bocado. De cuando en cuando Jaime levantaba los ojos al techo, como si buscara una escapatoria. Comía con evidente desgano y se aburría profundamente. Sus maneras eran forzadas, esperaba a que los otros empuñaran un tenedor para tomarlo él y lo manejaba con evidente cuidado. No escuchaba la conversación, de pronto se quedaba con la boca abierta, como si también él estuviera idiotizado como su padrino. Su tez

lívida y sus cabellos envaselinados lo convertían en un personaje mortuorio; se diría que al igual que Frank y su padrino no tomaba nunca el sol y que su vida se reducía a habitaciones cerradas y a la luz eléctrica.

—Entonces ¿no vienes con nosotros? —preguntó Beto.

—Depende de Verónica... —contestó Frank, sonriente.

Beto invitaba a Frank a ir a Londres, repetía la invitación una y otra vez para obligar a Verónica a aceptarla; pero ella se empeñó en guardar silencio.

—Para mí sería maravilloso. ¡Hace tantos años que no voy! —suspiró Frank.

Verónica continuó bebiendo su café sin darse por aludida.

—La madre de Jaime me espera en Londres —dijo Beto, mirándola con sus ojos vacíos en los que una rabia súbita apareció repentinamente.

—¿Su madre? —pregunto ella al joven que permanecía indiferente a las palabras de todos.

—¡Ah!... Sí, mi mamá...

En la calle, Frank se acercó a su amiga y con aire confidencial le confió al oído.

—La madre de Jaime es el gran amor de Beto... Quiere que lo acompañemos para disimular delante del chico...

—¡Ah!...

Se unieron a ellos los otros dos.

—Vamos a dar una vuelta a pie, estoy entumido de tanto encierro —propuso Jaime. Beto y Frank se separaron de ellos un poco, parecía que querían decirse algo.

—¿Su padrino no sale? —preguntó Verónica.

—Es un viejo idiota y no me deja salir. Estamos en el mismo cuarto ¿sabe?

Verónica le advirtió en voz baja que podían oírlo llamándolo “viejo idiota”.

—¡Qué me importa! Me aguantará todo... Además, desde que tuvo el accidente de caballo dice que no oye bien o finge que no oye —contestó Jaime, con cinismo.

Frank se volvió y la tomó del brazo para cruzar la calle. Beto se acercó a

ella procurando no rozarla. Su traje inglés, su corbata gris clara, sus maneras de autómatas y sus ojos apagados le repugnaban. Sintió que la repugnancia era mutua. Sentía la alevosía y la desconfianza de aquel hombre y pensó que era asombroso que el destino los hubiera puesto cerca el uno del otro, aunque sólo fuera por unos minutos. Era un encuentro que no debería haberse efectuado nunca. Volvieron tarde al hotel y Frank la hizo entrar a su cuarto, se tiró sobre la cama y la miró divertido.

—¿Qué? ¿Me vas a hacer un juicio sumario?

—No. Solamente te voy a pedir que me prestes o regales cien dólares.

—Ya te dije lo que te doy —contestó él con ira.

Se enderezó en la cama y repitió el gesto obsceno.

—¡Y ahora, lárgate a tu cuarto!

Se levantó de un brinco y abrió la puerta enfurecido.

—¡Fuera!... ¡Fuera!... ¡Loca! ¡Todas las mujeres son unas locas!

Cuando ella cruzó la puerta le dio un empujón que la hizo rebotar contra el muro del pasillo. Verónica no quiso volver los ojos. Le pareció que si lo hacía la afrenta era completa. Lo escuchó reír a carcajadas a sus espaldas.

En la mañana no se movió de su habitación. “No puede dejarme ir, tiene miedo de que diga algo sobre lo ocurrido en el hotel del Lago Mayor”, se dijo. Luego se preguntó: “¿Cuántas veces habrá ocurrido algo parecido?”, y tuvo miedo. Al final, el golpe sería contra ella, era muy fácil, en cualquier camino solitario se podría deshacer de su presencia inoportuna. Recordó el asco profundo que sentía por su mujer: “Cuando entraba en el baño dejaba un olor espantoso. El hedor a mujer sucia...”, repetía una y otra vez. A ella le aterraba oírlo hablar así de ella, o bien: “Se compró un liguero negro, y entró en mi habitación a provocarme. ¿Sabes lo que le dije? Mira, chiquita, Su Santidad dice que sólo se pueden tener relaciones sexuales para procrear”, y se echaba a reír con cinismo. “Pero, si tú no crees en nada”, le reclamó Verónica. “En nada. Pero ¿cómo querías que me deshiciera de una mujer ávida de sexo?”, y continuaba riendo. Ahora, en la habitación del hotel le pareció escuchar sus confidencias y permaneció quieta y aterrada... Frank no la llamó. Esperó

la tarde, bajó a la recepción, entregó su llave y salió a la calle. En el casillero estaba la llave de Frank. ¡Así era mejor! Afuera hacía frío y cuando entró en la joyería donde compró los brazaletes, tiritaba. El joyero la vio entrar con alegría. Al saber que no iba a comprar joyas sino a venderle las que había comprado unos días antes la miró con desconfianza y le ofreció una suma ridícula. Ella lo miró con asombro.

—¿El señor ya se marchó de Florencia?

—No, no... —contestó ella enrojeciendo.

—Entonces, ni ese precio puedo darle.

Salió de la joyería avergonzada. Decididamente Frank tenía razón y ella no conocía el mundo. “Estoy perdida, perdida, perdida”, se repitió una y otra vez. “Si se deshace de mí nadie lo sabrá, nadie preguntará...”, y recordó al empleado del hotel del lago. Caminó en círculo, sin saber adónde dirigirse. Debía irse antes de que Frank desapareciera, que era otra posibilidad, y la dejara con la enorme cuenta de las dos habitaciones. Volvió al hotel. El joven rubio le sonrió con afecto y le entregó su llave. La llave de Frank continuaba colgada en el tablero. Verónica subió, era menos difícil afrontar la voz separada de la persona. Temblorosa, descolgó el teléfono.

—¿Puede apartarme un billete para el expreso a Montreux de las once y once minutos?

—Enseguida, señora.

Cuando colgó el teléfono apenas podía respirar. Si el joven rubio conseguía el billete se iría esa misma noche. Se sentó a esperar, no tenía equipaje. “La dignidad es irrecuperable...”, se repitió y supo que la había perdido en el mismo momento en el que se casó. “¿Por qué se parecerán tanto los dos?”, se preguntó asombrada. Los vidrios se ahumaron con las primeras sombras de la noche. Sonó el teléfono.

—Su billete está listo, señora. Saqué coche cama. ¿Hice bien?

—Sí, muy bien.

—Lo puse en la cuenta del señor Frank. ¿Está bien?

—Sí, muy bien, gracias...

Deberían ser las siete de la noche, sólo le quedaban cuatro horas de espera. A las nueve saldría del hotel para llegar a buen paso a la estación.

Llenó la tina y se dio un baño largo. Se puso compresas calientes sobre los ojos. ¿Qué diría Willy Weisberg cuando la viera llegar en esas trazas? Trataría de explicarle lo que le había ocurrido, aunque era inútil, corría el riesgo de que la tomara por una embustera. Sería mejor inventar una mentira, siempre las mentiras eran más creíbles. Tenía vergüenza. ¿Había cambiado tanto? Se acercó a mirarse a un espejo, ya no recordaba cómo era antes de la catástrofe. Ahora pertenecía a una especie nueva, no parecía una señora ni una obrera ni una prostituta. No sabía de qué tenía tipo. Cuando encontraba amigos en las playas o en los hoteles se detenían unos segundos: “Yo he visto esta cara”, se decían y se marchaban desconcertados. Cogió su bolso, revisó su pasaporte, y se pasó por la boca el rojo de labios. Dejaría el maletín con la ropa interior que le quedaba. No valía la pena arriesgarse a encontrar a Frank y que éste la sorprendiera en su fuga. Era curioso: había perdido todo huyendo de aquel hombre. La primera vez, para escaparse, dejó su casa, la segunda su equipaje y ahora, la tercera, hasta su ropa interior. “La tercera es la vencida”, se dijo, y salió al pasillo. “Así la quiero, toda mía, sin nada que recuerde tu pasado”, le decía Frank cuando ella se quejaba de haber perdido todo. Le pareció que iba a echarse a reír. En el vestíbulo del hotel se encontró con los empleados. Su amigo se colocó en un extremo del mostrador para poder hablar con libertad.

—Aquí está todo —le dijo, entregándole un sobre cerrado.

Verónica iba a abrirlo, pero el joven pareció inquietarse, miró a sus compañeros de trabajo.

—Buen viaje, señora —le dijo en voz muy baja.

Verónica salió a la plaza oscura y se alejó a buen paso del hotel. Se sintió perdida en la mitad del mundo. En el hotel quedaba el único amigo que había hecho en este viaje a Europa. ¿Qué pensaría de ella? “Buen viaje, señora”, en la voz del joven había afecto. Se pasó a las aceras más oscuras; no quería que los paseantes vieran que lloraba. ¿Por qué lloraba? No entendía lo que había ocurrido en su vida ni por qué caminaba llorando por las calles de Lorenzo el Magnífico. Llegó a la estación. En la cafetería las gentes bebían bebidas calientes y comían bocadillos. “Mi reino por un café”, se dijo a sabiendas de que no tenía reino y volvió al

gran vestíbulo de la estación a buscar una banca. “La vida de los pobres es atroz”, pensó asombrada. Se le ocurrió mirar el billete y acercarse a la ventanilla para preguntar la hora exacta de la salida de su tren. Abrió el sobre y encontró el billete y la reservación del coche cama. Adentro del sobre había otro sobre, lo rasgó asombrada y encontró una carta. Al abrirla halló dos billetes de diez dólares. “Perdone esta ofensa, tal vez le sean útiles. ¡Es usted tan bonita! Carlo Cerruti.”

¡Carlo Cerruti!, así se llamaba su amigo de Florencia. Anonadada por el descubrimiento miró en derredor suyo. Le dio miedo que alguien la viera con aquel dinero; pero nadie se ocupaba de ella. Se levantó de allí para no despertar sospechas, se dirigió a la ventanilla; el tren salía a las once y once minutos. Podía tomarse un café. Al entrar en el café sintió que alguien la miraba con intensidad; se volvió para encontrar los ojos que la veían, pero no vio a nadie. Incomodada, pidió un café, la seguían viendo no sabía quién ni desde dónde, pero la veían. Miró los ventanales cubiertos por cortinas de hilo. Tal vez la miraban desde la calle. Pidió unos cigarrillos, fumó haciéndose la desentendida, pagó y salió veloz; no había nadie y, sin embargo, la miraban. Caminó hacia la derecha y entró otra vez en la estación, busco por los andenes y volvió a salir. La seguían mirando. Con precaución entró en las vías de los trenes y buscó el andén número cinco. Lo localizó desde lejos y permaneció quieta, no quería acercarse; de esa manera, si alguien la seguía, no podía saber el andén que buscaba. Trató de perderse entre los viajeros, correría hacia su andén cuando sólo faltaran unos minutos para la salida del tren. Miró el reloj con avidez, faltaban cuatro minutos y echó a correr. Pensó que era igual subir en cualquier vagón, pero el hombre que revisaba los billetes al pie del tren le ordenó:

—¡Dos vagones atrás!

Volvió corriendo. De pie en el estribo echó una última mirada a la estación. Desde el andén número seis, Frank la miraba con fijeza. Si no era él, sombrío, con el mismo abrigo largo de tweed, era su doble o una alucinación. Asustada, se metió en el vagón sin querer mirar una segunda vez. El tren se iría en unos segundos más y Frank se quedaría allí para siempre, mirándola partir desde el andén número seis. Encontró su

compartimento, se sintió aliviada; el tren estaba tibio y ordenado. Por la puerta abierta del compartimento veía pasar a las viajeras de narices largas y ojos maquillados. Detrás de ellas, los hombres, como lacayos, les cuidaban las espaldas. Sólo ella era un ser aparte, metida en su viejo traje amarillo de verano, sin medias, calzada con las sandalias de playa y los pesados brazaletes. Se alisó los cabellos. “¡Qué graciosa te ves, pareces un vaguito!”, y Frank se echaba a reír a carcajadas. Sintió que odiaba su voz y su risa. El tren arrancó suavemente y en unos minutos se alejó de la ciudad de Lorenzo, y lejos de las Puertas del Paraíso. Suiza no era un paraíso, apenas era un hospital.

—¡A las ocho de la mañana cambio en Montreux! —anunció el revisor.

A medida que el tren se fue alejando de Florencia, Verónica entró en calma. “No siento nada”, se dijo, y se tiró boca abajo en la cama, de frente al paisaje invisible. Se entretuvo en mirar, su cara reflejada en el vidrio de la ventanilla. No sabía adónde iba ni le importaba. A lo mejor el tren correría para siempre, tal vez era un tren mágico. “Para siempre” y volvió a mirar el reflejo de su cara. Aliviada se metió en la cama, cada vez que huía de Frank sentía el mismo sosiego. Cayó dormida profundamente. Llamaron a su puerta con energía.

—¡Montreux en diez minutos!

El revisor le devolvió su pasaporte. Se vistió de prisa y a través de la ventanilla miró las casas de techos agudos y persianas cerradas. Las últimas hojas amarillas temblaban suspendidas en la niebla. Afuera hacía frío, de la tierra salía un humo oscuro que se extendía como una ligera mancha de tinta diluida. Salió al pasillo del tren; un hombre elegante fumaba apoyado en la barra de la ventanilla, pareció sorprenderse al verla con su traje amarillo arrugado y sus sandalias de verano. El tren se detuvo y Verónica se encontró de pie en el andén helado. La estación estaba solitaria, fija en un aire duro. Permaneció de pie, desorientada. Del otro lado del andén se encontraba el café de la estación, iría allí a esperar el cambio de trenes para Lausanne. El frío le subía por las sandalias, por los brazos desnudos, por la espalda, pero su tren estaba siempre frente a ella, en cuanto dejara la vía libre iría a resguardarse al café. Levantó la vista para echar una última ojeada al tren que la había traído de

Florescia. Se iba. En la primera ventanilla del vagón inmediato al suyo, estaba la cara de Frank mirándola aterrado. Pero el tren ya corría a gran velocidad. Asustada por la aparición, se quedó quieta mucho rato, luego se echó a reír. “No contó con que bajara en Montreaux”, se dijo riendo. Riéndose todavía entró al cafetín que olía a todos los cafetines suizos, continuó riendo al recordar la cara asustada de Frank. En el café no había nadie y la mujer que le sirvió un chocolate caliente le anunció que debía esperar cuarenta y siete minutos el tren para Lausanne. No podía evitar dejar de reír. La camarera la miró con disgusto. “Si supieras de qué me río te enfadarías mucho más”, y continuó riendo. “¡Se lo contaré a Willy!” Después pensó, “¿Para qué?... No entendería a ese pobre salvaje”. Debía llamar a Willy Weisberg, a lo mejor ni siquiera se encontraba en Lausanne. Se le cortó la risa. Buscó en su bolso el libro de direcciones y se dirigió a la cabina telefónica.

—No importa que duerma, ¡despiértelo! —le ordenó al criado que contestó el aparato.

Willy Weisberg se alegró al oír su voz. Su sorpresa no era fingida, continuaba fiel a su vieja amistad.

—¿En dónde estás?

—En Montreaux... —y se echó a reír.

Le contagió la risa a través de los hilos telefónicos.

—¡Eres una loca!

—¿Puedo pasar unos días en tu casa?

—¡Claro! Ven enseguida. Aunque conociéndote, sé que no llegarás nunca a casa. De todas maneras estaré en la estación.

—No, no, soy capaz de perder el tren, yo llego sola...

Willy Weisberg volvió a reír y Verónica volvió a su mesa. Todo había salido bien. Por lo pronto tenía dónde pasar la noche. Se sintió muy cansada. Apoyó los brazos sobre la mesa y recostó la cabeza. Adormilada por el calor que regalaba la salamandra del cafetín vio entrar a dos campesinos que pidieron una bebida caliente y la miraron curiosos. Uno le guiñó un ojo y ella recostada en la mesa le sonrió mecánicamente. Tenía sueño y el tren para Lausanne tardaba mucho. “Debería morirme antes de que llegue”, le pareció una solución sórdida pero aceptable.

Cerró los ojos con la esperanza de que se cumpliera su deseo. Oyó que la puerta del cafetín se abría de golpe, una ráfaga de aire helado le llegó a las rodillas desnudas. “Voy a pescar una pulmonía” pensó, y siguió quieta, entregada sólo al deseo de la casa de Weisberg con baños y con criados. ¡Qué descanso, volver al orden! Recordó la casa de Willy como un sueño, hacía ya muchos meses que no entraba en ninguna casa, sólo entraba en hoteles que parecían el mismo. Con Frank se había quedado fuera, como los criminales. Así se deberían sentir, desplazados, señalados, igual a ella. Tuvo ganas de llorar por los delincuentes. “Los pobres siempre en los hoteles y en las aceras.” ¿Cómo era posible que antes no lo hubiera pensado? Ni siquiera los había visto. Ahora, en cuanto entraba en un café reconocía a los culpables. También los reconocía en las aceras, en los trenes, en los hoteles. Eran como ella, rodeados de soledad, estigmatizados por el error. Había faltas y había errores. Las faltas las compartían todos, lo imperdonable era el error. Weisberg, por ejemplo, cometía una falta cada semana; pero ningún error. En cambio, los adolescentes que entraban en su casa cometían el error de entrar y salir sin nada o con algo robado. Quizás ahora ya no podría soportar a Weisberg. Quizás ya no podría soportar a nadie que no se hubiera equivocado. Ella se había equivocado al fugarse la primera vez, no con Frank, sino de Frank. Un adulterio discreto era tolerado e incluso bien visto; pero ella salió huyendo, abandonó todo: casa, marido, posición, amante. Por eso estaba en el café de la estación, vestida de amarillo, dormitando. Comprendió que su situación era irremediable: se había convertido en culpable, se había degradado, se había equivocado. “No, Verónica, tú no conoces el mundo. Una cosa es Verónica con una posición y otra cosa es Verónica en mitad de la acera”, le repetía Frank cuando ella quería irse y contaba con sus amigos. Willy Weisberg no le perdonaría el error, nadie se lo había perdonado. Ni siquiera creían lo que decía. ¿Por qué había sido tan estúpida? Las Puertas del Paraíso de este mundo estaban definitivamente cerradas para ella. ¿Y las otras? Quiso imaginar a Dios, verlo, para que él la contemplara vencida en la estación de Montreaux, para obtener su perdón. El esfuerzo que hizo para verlo provocó que le lloraran los ojos. Los abrió para reconocer el mundo

peligroso en el que se encontraba y que jamás la perdonaría. En la mesa vecina, sin mantel, había un hombre corpulento que la observaba sin cambiar de postura. Verónica continuó mirando aquella figura conocida. El hombre estaba demacrado, se llamaba Frank.

—¿A dónde vas, chiquita?

—A Lausanne —contestó ella, sin cambiar de postura.

—¿A Lausanne? —preguntó sobresaltado.

Se acercó a ella y le acarició los cabellos esparcidos sobre la mesa.

—A Lausanne... —repitió incrédulo.

Llamó a la sirvienta y pagó los cafés.

—El tren llega dentro de unos minutos.

Salieron al andén. Frank la abrazó para protegerla del humo helado que escapaba de las vías. Bajaron en Lausanne. La ciudad subía frente a la estación y las gentes cubiertas con gruesos abrigos la miraron con asombro. Una señora envuelta en un abrigo de pieles magníficas la observó con ojos compasivos. Nadie llevaba sandalias ni vestía un traje amarillo de verano y Verónica tiritaba de frío.

—¿Tienes frío, chiquita?

Lo miró con ira. Su pregunta le encendió las mejillas, en verdad se sintió indignada.

—Me voy... ¡Adiós!

Frank la detuvo por los hombros. Le aterraba la idea de que ella lo abandonara. ¿Por qué? Verónica lo ignoraba. Agitado llamó a un taxi y la obligó a subir. Ordenó al chofer que diera vueltas por la ciudad, quería organizar sus pensamientos y coordinar sus acciones y gestos. De pronto dictó una orden precisa y volvieron al centro de la ciudad. Se bajaron en una callecita empinada y entraron en una boutique pequeña y lujosa. En la vitrina había un abrigo de visón.

—El visón para la señora... —dijo Frank al empleado.

—¡No! Un abrigo de pantera —ordenó Verónica.

—Es un Dior —dijo complacido el empleado al contemplarla adentro del abrigo de pantera. Frank pagó el precio exigido casi sin darse cuenta y ambos salieron en unos minutos de aquella boutique elegante y escondida. Era distinto caminar adentro de la pantera. Verónica se sintió

alimentada por el calor del animal. Los amarillos y los negros de las manchas la llenaron de energías. Tuvo la sensación de estar invadida por jugos de hojas verdes, ríos salvajes y soles ardientes. “Ahora o lo dejo o lo mato”, se dijo, deteniéndose en la acera.

—¡Vete! No quiero que me sigas nunca más. ¡Nunca más! —y echó a correr calle abajo, escurriéndose entre la gente que la veía pasar como a un animal salvaje.

Frank la alcanzó cerca de un zaguán abierto.

—No camino más hasta que te largues para siempre —gritó Verónica.

Frank miró en derredor suyo, estaba sofocado por la carrera y en sus ojos el asombro se fue diluyendo en terror. Así estuvieron mucho tiempo hasta que Verónica se sentó en el quicio del zaguán a esperar que Frank se marchara. Él, de pie, la miraba suplicante. Verónica empezó a dormitar adentro del calor de la pantera. Él se inclinó y la tomó por los hombros.

—Ven, estás muy cansada, me iré más tarde...

Tomaron un taxi y Frank ordenó al chofer:

—¡Al Beau-Rivage!

¡El Beau-Rivage! ¿Cuántas veces Frank le había preguntado si conocía el hotel Beau-Rivage? Se volvió a mirarlo. La llevaba abrazada y en su rostro había una expresión concentrada, como si mirara un punto fijo o retrocediera a un tiempo remoto en el cual ni ella ni nadie conocido tomara parte. Verónica miró sus ojos verdosos sin lograr ver nada en ellos; el miedo, el amor, todo había desaparecido. La abrazaba como si fuera un objeto inerte que hubiera caído en sus brazos. Asustada por la actitud extraña de su amante no se dio cuenta cuando el taxi se detuvo a la entrada del hotel Beau-Rivage, tampoco Frank se dio cuenta.

—Aquí es, señor... —dijo extrañado el chofer.

—¿Aquí?... —preguntó sonámbulo Frank, haciendo un esfuerzo para mirar el lugar sin lograr verlo.

—¿Aquí?... —repitió después de unos instantes.

Sus brazos resbalaron sobre el cuerpo de Verónica y sin decir una palabra salió del taxi y permaneció de pie frente a la fachada de piedra del hotel. Verónica salió a la mañana fría, que se levantaba del lago llenando el aire de colores delicados. Sus pasos hicieron un ruido ensordecedor

sobre la grava. Frank se volvió a ella y luego hacia el chofer, quien lo observaba con atención. Pagó la carrera sin una palabra. El taxi se alejó y ellos permanecieron quietos y separados. Un criado de librea miraba a la pareja sin dirigirles la palabra.

—Volví... es increíble... increíble...

No quiso entrar, salió del jardincillo y bajó de prisa la calle para contemplar la fachada posterior, la que da sobre el lago. Verónica lo siguió desconcertada. Se detuvo desolado al ver la carretera que divide el jardín que cae sobre el lago.

—Lo dividieron... ¡Lo cortaron!... No estaba así..., llegábamos al agua sin cruzar la carretera.

Permaneció un largo rato contemplando aquel desperfecto, parecía anonadado.

—Por ese jardín se asomó la carita...

—¿Qué carita?... —preguntó Verónica.

—La carita... Yo estaba en el salón con mis padres, la vi detrás del vidrio, mirándome. Cuando salí no había nada. Después... ¡Ven, vamos! —ordenó con decisión.

La tomó del brazo y regresaron al jardincillo con caminos de grava. El mismo criado esperaba de pie a la entrada del hotel. Subieron las gradas de piedra y entraron en el vestíbulo. Frank parecía posesionado por una especie de ira impotente, de desesperación súbita, casi de locura. De prisa echó a andar por los vestíbulos largos y vacíos flanqueados por muros de piedra de los que colgaban tapicerías desteñidas. Los candiles de cristal estaban apagados y todo parecía haber caído en desuso. Las grandes puertas de cristales biselados que daban a las galerías estaban cerradas, detrás aparecían los salones pálidos y vacíos, con los techos dorados y los muebles quietos. Al fondo de la galería principal se encontraba el bar, oscuro, enorme y abandonado. Frank se detuvo antes de entrar; luego, haciendo un esfuerzo, cogió a Verónica de la mano y se lanzó a recorrerlo. Se detuvo cerca de una ventana, junto a un sillón enorme.

—Desde aquí observaba... Ahora mira, no queda nada... ¡nada!

—¿Quién observaba? —preguntó ella, alarmada.

—Yo...

Frank se dejó caer en el sillón y miró con expresión extraña hacia la barra abandonada.

—No hay nadie... en estos años todos han muerto o desaparecido...

Se levantó con aire trágico y se acercó al bar.

—Aquí se sentaba Scott Fitzgerald... No me gustó que lo compararan con un ángel... ¡Ésta es la idea que yo tengo de un hombre guapo! —me dijo Kat...

Verónica ocupó un sillón, mientras Frank iba y venía en sus recuerdos inconexos. La sorprendía que todo lo que él recordaba hubiera sucedido hacía tantos años. ¿Veinte años?, quizás más. Lo vio ir y venir, excitado, de la barra al sillón, desde el que observaba algo en aquel pasado suyo tan desconocido.

—¿Hace veinte años? —preguntó ella, con cuidado, para no interrumpir sus confidencias.

—No lo sé... creo que más, mucho más... —respondió Frank, con voz vacilante.

Permanecieron en silencio un largo rato. De pronto Frank se acercó a ella, la tomó por un brazo y volvieron a la galería para recorrerla en sentido inverso. Disminuyeron el paso, Frank se detuvo frente a una puerta muy alta de cristales biselados que conducía al comedor, y melancólico se acercó a mirar, con la frente apoyada en uno de los cristales, las mesas redondas cubiertas por manteles blancos y adornadas con claveles también blancos.

—¡Mira!, ¿ves la mesa en aquel ángulo?... Era la nuestra. ¿Cómo es posible que yo comiera ahí? ¿Ves la ventana?... Ahí estaba la carita —dijo, mirando internamente la ventana que se encontraba al otro lado del comedor que daba al jardín situado en la parte posterior del hotel y desde donde se divisaba la línea acero del lago.

Verónica no dijo nada, su recuerdo era tan intenso que podía producir la aparición de la carita. No sabía de quién era la carita, ni qué quería decir Frank, pero el fantasma evocado era tan poderoso que su amante parecía transportado a otra dimensión y no se daba cuenta de lo que hacía ni de lo que decía. Hasta ella llegaba la magia maléfica de aquella carita contemplada a través de la ventana y ahora iluminada por un sol

pálido de otoño. Permanecieron allí un tiempo, inmóviles, poseídos por la invocación extraña y poderosa. Se les acercó un empleado vestido de jaquet.

—Perdón... —Frank se volvió sobresaltado.

—¿Sí...? —preguntó con aire extraño.

—Desean... —empezó el empleado, también con desconcierto.

—Habitaciones... —pidió Frank.

El empleado echó a andar, ceremonioso, mostrándoles el camino hacia la recepción. Poco después se encontraban instalados en unas habitaciones lujosas y mullidas. Frank pidió para él una suite amplia y espaciosa y para ella una habitación con las paredes forradas de seda azul, situada en el segundo piso. Había ordenado las habitaciones con la seguridad de quien las conoce de antemano, y el director accedió a su demanda observándolo atentamente; se diría que trataba de recordarlo como a un antiguo cliente de calidad.

Verónica se recostó en la cama, sin desvestirse; estaba confundida por las evocaciones de Frank, que permanecían intactas en su memoria. Frank desapareció de su presencia sin hacer ruido. Recordó lo hablado en el bar, la carita, Scott Fitzgerald, Frank, sus padres, todo pertenecía a un pasado remoto y presente en su amigo. ¿Qué había en aquel pasado doloroso? Hizo una hipótesis tras otra, sin acertar a llenar aquella página en blanco en el pasado de su amante; luego se quedó dormida. Al despertar vio que la tarde había cambiado las luces en las aguas del lago. Un silencio agobiante reinaba en su habitación, aislada del mundo, suspendida en una realidad fantástica, en la que personajes extraños se movían para mirarla a través de las luces violetas filtradas a través de las ventanas. ¿Cuántas personas habían dormido en aquel cuarto de muros de seda? ¿Cuántos amores? ¿Cuántos momentos indecibles se habían quedado suspendidos entre sus cortinajes de brocado riquísimo? Invasada por una súbita melancolía, se recordó a sí misma adentro de un pasado que no era el suyo, durmiendo en aquella misma cama y esperando a un Frank distinto, “antes de que se deformara”. ¿Cómo se había convertido en aquel ser extraño? Trató de imaginar aquellos días que no conocía, presididos por “la carita” que aparecía detrás de los

cristales de la ventana, mientras Frank cenaba con sus padres en el comedor de claveles blancos. Debía ser algo tan grave que Frank se sentía incapaz de formularlo. ¿Y Scott Fitzgerald, qué hacía en aquellos recuerdos? Se diría que sólo lo había visto de lejos, ya que siempre aparecía en el mismo lugar, presidido por la misma frase sobre su belleza, sólo que una vez era Eddy y otra vez una mujer de nombre Kat, los que hablaban del escritor como el ideal de la belleza masculina. De cualquier manera, era extraño que Scott Fitzgerald hubiera presidido la vida de Frank hacía más de veinte años en el hotel Beau-Rivage. La tarde se hundió con rapidez en las aguas del lago y su habitación quedó sumergida en recuerdos ajenos, que la dejaron perpleja. Frank no había dado señales de vida. Encendió las luces y se miró al espejo, tenía el rostro apaciguado por el recuerdo de una vida que no era la suya, pensó que pronto descubriría el secreto de Frank y recordó el hotel del Lago Mayor. La presencia del hombre vestido de negro le llegó amenazadora, se sintió atrapada entre las sedas azules de su nueva habitación y sintió que iba a pedir auxilio. Frank tenía algo terriblemente inquietante, no era normal, amaba la degradación y la violencia. “Aquí estoy segura, en recepción tienen nuestros nombres y los números de nuestros pasaportes”, se repitió, aterrada. Sintió frío en la nariz y se dio cuenta de que sudaba unas minúsculas gotas heladas. Trató de olvidar la sangre seca y espesa pegada a los zapatos de Frank, así como la herida en el labio superior de su amigo. “No me dejará nunca, teme que hable...”, se dijo desconsolada, y miró el abrigo de pantera. Era evidente que se lo había comprado para convencerla de quedarse junto a él. Debía llamarlo, separarlo de aquel pasado peligroso. “¿Por qué peligroso?”, se preguntó asustada. Dio varias vueltas por la habitación y al final decidió comunicarse con Frank. “Sube”, le ordenó la voz de su amigo por el teléfono. Se alisó los cabellos y llamó a un criado para que la guiara hasta la suite de Frank. Acompañada por un criado silencioso, subió hasta el cuarto piso y se encontró frente a una puerta enorme y cerrada. Llamaron repetidas veces, al final llegó hasta ellos la voz apagada de Frank:

—Pasa...

El criado abrió la puerta y le cedió el paso. Cruzó un salón amplísimo

de espesos cortinajes y con las luces apagadas. Se detuvo a tientas ante una puerta que le pareció ser la que conducía al dormitorio y llamó con los nudillos. Nadie contestó. Empujó la puerta con suavidad y entró. Frank estaba tendido sobre la enorme cama deshecha, con la luz apagada y las cortinas corridas. No se movió cuando ella encendió una lámpara pequeña que encontró encima de un mueble de maderas preciosas. Contempló largo rato al hombre, que permaneció con los ojos cerrados.

—Frank...

A su llamado abrió los ojos y le lanzó una mirada cargada de hostilidad. Parecía que había llorado. Tenía la cara llena de sombras y la barba crecida, no se había afeitado desde la víspera y la víspera, ahora tan lejana, estaban en Florencia...

—Frank, ya oscureció...

Él la llamó con un gesto. Sintió miedo de acercarse a él y repitió el gesto con aire fastidiado. Avanzó hasta el borde del lecho amplio y magnífico y quedó sorprendida ante los visibles estragos en el rostro de Frank.

—Siempre somos el mismo, nunca logramos ser otra persona... Eso tú lo sabes, nunca has deseado ser otra persona, ¿verdad? —preguntó él, con voz indiferente.

Se enderezó ligeramente en la cama, la atrajo hacia sí y la guardó contra su pecho. Al poco rato Verónica sintió que lloraba sobre sus cabellos. No hizo nada para consolarlo, ni se atrevió a preguntarle el porqué de sus lágrimas. No supo cuánto tiempo estuvo recibiendo su llanto sobre los cabellos como un extraño bautizo.

—¿Qué te sucede? —preguntó al fin, cuando los sollozos de Frank se calmaron.

—No me pasa nada... Las mujeres son unas pobres putas.

Se levantó exaltado, soltando opiniones bajas sobre las mujeres, paseando por la habitación como una fiera enjaulada; tenía los cabellos en desorden y sus movimientos eran inconexos. Empezaba una de sus crisis de histeria, cuando algún personaje ajeno se posesionaba de él y perdía el sentido y el control de sus actos. La enorme habitación resultaba reducida para su ira. Su voz cambiaba, remedaba la voz de una mujer

vieja, mientras gritaba: “¡Viejas calientes!”, y amenazaba con demoler el teléfono. Verónica permaneció quieta, invadida por un terror nuevo. No sabía por qué aquella voz le recordó la voz nocturna del hotel del Lago Mayor y no pudo apartar la vista de los zapatos del hombre en los que aquella mañana había descubierto las manchas de sangre. También el Beau-Rivage estaba solo, abandonado; se diría que únicamente ella y él lo habitaban. De pronto lo vio derrumbarse en un sillón dorado y luego mirarla con aire burlón.

—Ahora, como eres muy desgraciada, vete a una iglesia a pedirle ayuda a Dios... ¡Vete! Anda, vete como lo hacía doña Mercedes...

Verónica lo contempló asombrada, pues doña Mercedes era la madre de Frank.

—Te pareces a ella. Así me veía desde esa misma cama. Vino esa noche a mirarme.

Lo escuchó hablar. Realmente Frank era el enviado de la nada, sus palabras enigmáticas y su rostro obtuso no daban ninguna respuesta. Ahora la comparaba con su madre. Le recordó en un restaurante comiendo con ella, eran dos versiones del mismo texto, aunque doña Mercedes era bajita y siempre andaba excesivamente maquillada. La comparación le resultó absurda; la madre de Frank tenía la tez muy oscura y ella, en cambio, era muy alta y rubia. La señora poseía una nariz muy pronunciada y ella era más bien chata. Lo miró con asombro y descubrió en sus ojos un odio concentrado desde hacía muchas generaciones. La veía como si fuera la causa de los grandes daños que lo aquejaban. Trató de conservar la serenidad.

—No me parezco en nada a tu madre —le dijo con voz fría.

Él, con la barba crecida y la mirada fija, parecía estar en otro tiempo, con una herida antigua recién abierta, confundiendo los días, reconociéndolos sólo a través de aquel rencor que no había cesado nunca y que ahora crecía multiplicado por los días hasta llevarlo a una irrealidad peligrosa. Su vida entera estaba rota ante sus ojos y ya todo era irremediable. “Veinte años o más” habían pasado inútilmente. Su memoria lo devolvía al mismo instante con la violencia de lo irreparable.

—Ahí se sentó... —dijo Frank, sin cambiar de actitud y mirándola con el

mismo odio.

—Es absurdo que me compares con tu madre, si me comparas con tu mujer...

Frank la interrumpió de un manotazo.

—Mi mujer huele a obrera —dijo, y se echó a reír.

—¡No hables así! Es más guapa que tú.

—Doña Mercedes tiene ahora cuatro nietos de los que ocuparse — contestó él. Su rencor brotaba con ferocidad, como si la terquedad de doña Mercedes para contrariarlo hubiera provocado en él una tragedia irrevocable que de pronto se presentaba ante sus ojos con la misma violencia con la que se había producido. ¿Pero, qué era lo que en realidad había sucedido? A Verónica le pareció que el momento encerraba un peligro desconocido; el miedo le provocó cólera.

—No sé cómo se te ocurre compararme con tu madre. ¡Esa vieja dominante y llena de amantes! ¡Hipócrita!

Sin poder contenerse repitió todo lo que la ciudad decía sobre doña Mercedes, y de pronto se dio cuenta de que Frank la escuchaba fascinado. Sus palabras parecían aliviarle de un gran peso; las acusaciones de Verónica lo descargaban poco a poco del odio que lo había poseído unos instantes atrás.

—Es terrible. En efecto, así es la señora... —sentenció y se quedó quieto—. ¿Sabes, chiquita?, cuando vino a visitarme al colegio, los chicos dijeron: “La madre de Frank es una puta”.

—¡Qué majaderos! —exclamó Verónica.

—No. Iba muy maquillada, llena de alhajas, en un Rolls Royce. Tenía metida aquí —dijo, golpeándose la frente— a Dolores del Río.

A Verónica le pareció absurdo que aquella viejecita a la que había visto de lejos en un restaurante imitara en algún tiempo a Dolores del Río. Dolores era mucho más joven, además era actriz y una belleza. Le pareció patético el mundo de Frank, imitando a los ingleses, para luego tratar de parecerse a una actriz de moda opuesta al tipo inglés. Se echó a reír y Frank la acompañó en la risa.

—Haces bien. Somos de risa —dijo divertido.

Guardaron silencio un gran rato. Ella sentada en el borde de la cama, él

quieto en el sillón dorado.

—Vivir con ellos era el infierno. Se peleaban en cualquier lugar y frente a cualquier persona...

—¿Quiénes? —preguntó Verónica.

—Ellos, papá y mamá... Yo prefería a mamá. Él era un pobre salvaje, siempre me tuvo envidia. En cambio, mamá era comprensiva y tenía que defenderme de sus ataques de ira. Mamá era muy elegante, hacía un gran papel en todas partes; él era un desastre, carecía de maneras. Tuvimos un poco de dicha cuando se volvió loco y mamá lo encerró en un hospital durante varios meses. Yo lo hubiera dejado allí para siempre. Pero ¿cómo iba a volver mamá sin su marido? Su familia se hubiera escandalizado... en este tiempo mamá iba a la iglesia a rogarle a Dios todos los días...

—¿Y tú?... —preguntó Verónica, asombrada por el giro de ciento ochenta grados que había hecho Frank en favor de su madre.

—¿Yo?... —Frank sonrió con malicia y agregó—: Yo volví al Beau-Rivage sin el viejo imbécil. Casi sin proponérselo, Frank se miró en el espejo de cuerpo entero que se hallaba colocado frente a él.

—¡Qué cara tengo! Hay veces en las que yo mismo me doy asco —dijo, pasándose la mano por el rostro.

Se levantó para contemplarse en el espejo. Su corbata estaba tan arrugada que se la arrancó de un tirón y se la echó al bolsillo de la americana. Se abrió el primer botón de la camisa y sacó un poco las puntas del cuello sobre la americana. Se volvió a mirar a Verónica.

—Dije abajo que hoy nos llegaría el equipaje... ¿Salimos a comer en estas trazas o pedimos algo aquí?

—Salimos —pidió Verónica, aliviada.

Al cruzar el vestíbulo, los empleados los miraron con reprobación.

—Más de veinte años después todavía los escandalizo —dijo Frank, echándose a reír como un loco.

Comieron en silencio en un cafetín cercano al hotel y de pronto Frank declaró que se sentía incapaz de volver al Beau-Rivage.

—¿No puedes?... ¿Y qué hacemos? Casi son las once de la noche... —exclamó Verónica, aterrada.

—Vámonos, chiquita, vámonos de Lausanne —suplicó Frank, con gesto

trágico.

Combinaron la partida: Verónica iría a pagar el hotel mientras Frank iba a la estación a buscar un tren que los condujera a otro lugar. Se encontrarían en el café de primera clase de la estación. Verónica sintió que era necesario huir de Lausanne. ¿Por qué? Lo ignoraba, pero la actitud extraña de Frank lo decía a voces.

—Dentro de media hora en el café de la estación.

Se dirigió al Beau-Rivage, iba preocupada, además temía enfrentarse a los empleados. ¿Qué había hecho Frank veinte años atrás para escandalizarlos? Se armó de valor y pagó la cuenta. Pidió un taxi y angustiada llegó al lugar de la cita. Buscó a Frank sin hallarlo. “¡Se fue!” Pensó. Y salió a buscarlo en los cafés de segunda clase y de tercera, cada vez más asustada. No encontró huellas de Frank. La gente la observaba, la seguía con la mirada como si fuera una persona sospechosa. Recordó al hombre del hotel del Lago Mayor. “Tal vez la policía descubrió el caso.” Las rodillas le temblaron, necesitaba huir, esconderse, desaparecer. De pronto distinguió a Frank abandonado sobre una banca de la sala de espera de tercera clase. Con la cabeza colgante y los ojos hinchados por las lágrimas parecía un vagabundo en ruinas. Se le plantó delante.

—Frank...

Él levantó la cabeza y la miró con agradecimiento, le tomó las manos y se las besó.

—Creía que me habías abandonado... soy una tal porquería... —dijo él.

Verónica se sentó a su lado, consciente de que los honestos viajeros que esperaban apacibles sus trenes los miraban como a dos culpables. La falta de corbata, la barba crecida, el abrigo de pantera y los cabellos en desorden, los convertían en personajes extravagantes y sospechosos. “Y lo somos”, se dijo ella humillada. ¿Por qué vivían así? Recordó a Willy Weisberg y pensó que en adelante no contaría con él. Miró con miedo a Frank, ¿hasta cuándo duraría aquella carrera?

—¿Adónde vamos? —preguntó sin ánimos.

Frank le mostró los billetes: eran para París. Todo se terminaba siempre en París. Era la ciudad irremediable; cuando ya no queda nada por hacer, los desesperados buscan siempre a París. Se encerraron en el

compartimiento del tren y pasaron la noche fumando y mirando la ventanilla oscura que ocultaba el campo. En la mañana se encontraron en la Gare de Lyon, mezclados con un grupo de personas que en fila esperaba un taxi. Sólo ellos carecían de equipaje. Una señora elegante se acercó a ella, dudó y se retiró después de decir:

—¡Verónica!... perdón, perdón, la confundí con una amiga.

Verónica se hundió en una desesperación callada: “No me reconoció Renata...”, se dijo, y una oleada de odio hacia Frank la invadió hasta hacerla enrojecer. Lo miró de reojo y vio que sonreía complacido.

—Hotel Continental —pidió Frank al chofer del taxi. Cruzaron juntos los grandes vestíbulos cubiertos de palmas de sombra y de espejos.

—Dos cuartos con baño.

—¿Comunicantes?

—No, separados.

Los miraron con curiosidad. Uno de los empleados ya los conocía: había trabajado en un hotel en el que ellos habían vivido hacía unos meses. Los saludó con cortesía y sonrió importante delante de sus compañeros.

—El equipaje llega mañana —anunció Verónica.

Sus habitaciones estaban en pisos separados. Se despidieron en el ascensor. Tenían pocas ganas de estar en París; no sólo les incomodaba conocer tan bien la ciudad sino que la ciudad los conociera tan bien a ellos.

En París escogieron un gran hotel para pasar inadvertidos. Sólo se reunían al atardecer, en uno de los salones dorados donde las señoras tomaban el té y se miraban aburridas. Después de su visita al Beau-Rivage tenían poco que decirse, más bien casi evitaban el diálogo. Los dos trataban de olvidar las extrañas horas pasadas en Lausanne. Tal vez el tiempo pudiera borrar la diferencia entre sus dos pasados que ahora se proyectaba en su presente y los hacía vivir días y futuros diferentes. Ambos sabían que sus futuros no iban a tocarse nunca más y que si forzaban el impulso que guiaba a cada uno a encontrarse aunque fuera momentáneamente se produciría la catástrofe. Por eso evitaban la proximidad. Atravesaban la rue de Rivoli, miraban distraídos los escaparates y de vez en cuando encontraban caras que se volvían a mirar los pies descalzos dentro de las sandalias de Verónica y luego el abrigo de piel de pantera.

—¿Por qué te miró así esa mujer?

—No lo sé... He visto su cara en alguna parte —contestaba ella sin ocuparse de situar la cara o bien sin querer confesar que recordaba perfectamente su nombre y su antigua amistad. La persona encontrada en la calle pertenecía a un pasado remoto, casi a la prehistoria y en el presente resultaba tan anacrónica como la vista de un mamut en los jardines de Versalles. Frank no insistió, extendió la mano y acarició a Verónica ante los ojos escandalizados de su antigua amiga. Siempre era igual: Frank sólo existía poseyendo. Era curioso oírlo hablar de su infancia, aunque Verónica era incapaz de imaginarlo de niño. Se diría que

una de las cualidades de los salvajes era haber sido siempre adultos, Frank carecía de la facultad infantil de proyectarse en los objetos y, como los salvajes, sólo conocía su posesión. La idea de perder algo lo aterraba, por eso era un cobarde. Su infancia era su automóvil, sus ventanas, sus trajes, sus caballos que excluían a todos los otros caballos del mundo. Necesitaba tocarlos, y la posibilidad de que tuvieran vida propia lo llenaba de resentimiento. Verónica pertenecía a sus posesiones y el simple hecho de que aquella mujer la mirara lo puso en guardia. Deambularon por los cafés de Saint Germain. Las terrazas cubiertas por los vidrios de invierno encerraban a una clientela sucia y mal vestida. Las barbas descuidadas de los hombres y los cabellos largos y grasientos de las mujeres se agrupaban alrededor de las mesas para beber un café amargo.

—No entiendo que la mugre sea una forma de protesta en un país que practica poco el baño —dijo ella malhumorada.

Frank se echó a reír.

—La fealdad es más contagiosa que la belleza —agregó enfadada.

Frank hizo como si no la hubiera escuchado, le tomó las manos entre las suyas y la miró a los ojos. Verónica lo observó con tedio, eran los ojos invariables que la miraban desde hacía tiempo. Desvió la mirada con disgusto. En la mesa vecina un hombre de chaleco rojo los observaba. El hombre se levantó de su asiento y se dirigió a Frank.

—¿Me recuerdas?... Soy Alex Lenz.

Frank lo miró sin sobresalto y se puso de pie para saludar. Alex Lenz se veía minúsculo junto a la figura alta y corpulenta de Frank.

—No has cambiado —dijo Frank, con despego.

En unos instantes, Alex acompañado de un jovencito amigo suyo, se instaló en la mesa de la pareja.

—Guy... —presentó Alex.

—Guy ¿qué? —preguntó Verónica, divertida por las cejas espesas que cubrían los ojos fugitivos del jovenzuelo.

—Solamente Guy. ¡Una criatura llamada Guy! —insistió Alex, con una sonrisa enfática que lo volvió antipático.

La criatura se inclinó para mirar a Verónica. No llevaba abrigo y se

defendía del invierno con un tricot negro de cuello de tortuga. Frank apenas se fijó en él, prefirió encerrarse en un silencio distraído. El jovencito aprovechó la pausa para lanzarse en una conversación desenfrenada, que Alex apoyaba con una sonrisa invariable y que resultaba demasiado grande para la pequeñez de su cuerpo.

De cuando en cuando Alex hacía alusión a sus obras literarias publicadas en editoriales inexistentes. Guy interrumpía sus frases, de vanguardia treinta años atrás, con gestos y palabras desordenadas; parecía agitado por el pánico y su desorden dejaba ver el mundo peligroso y miserable en el que vivía. Era obvio que el jovencito sacaba sus recursos de encuentros fugaces con los viejos pederastas. Verónica se volvió a Alex, que explotaba su miseria, y lo encontró absorto en admirar la opulencia de Frank. Alex Lenz enrojeció como si lo hubieran sorprendido en flagrante delito.

—Usted me recuerda a mi madre... era una loca encantadora que transportaba piano en avión —Alex Lenz se inventaba pasados fastuosos para disimular su miseria. Las mangas de su americana estaban raídas y el chaleco rojo brillaba por el desgaste, bajo la luz blanca del Café de Flore. Verónica se sintió emparejada a él en la desdicha. Hubiera querido decirle que era inútil su amabilidad para con Frank, ya que éste sólo amaba degradar a la gente. Se hizo tarde y el solitario boulevard, envuelto en una bruma gris, adquirió un aspecto andrajoso. Los homosexuales desaparecieron de la terraza como barridos por el aire helado de la noche. Sólo Guy permaneció junto a Verónica igual a un náufrago junto a una barca en mitad del océano.

—¡Es usted fascinante! —le gritó en el momento en que ella subió al taxi.

—Espero que no le hayas dicho en qué hotel estamos —dijo Frank.

—¿Hace mucho tiempo que eres amigo de Alex?

—No es un amigo, lo conozco vagamente.

Verónica le lanzó una mirada de reproche; había adivinado que Frank se sentía reconfortado al acercarse al mundo miserable en el que vivían Alex y Guy, como si la fealdad de los dos hombres disminuyera la suya, menos aparente, pero más acentuada que la de aquellos dos personajes.

En el ascensor del hotel se dieron las buenas noches con indiferencia. Verónica no conocía la habitación de Frank y éste desconocía la de su amiga. Los días pasaban sin eco, como una repetición monótona de un pasado de hoteles y una confusión de pasillos, de cóleras y de terrores.

La agenda de direcciones de Verónica yacía sobre su mesilla de noche, aunque los nombres, las direcciones y los teléfonos resultaran inútiles. A veces la revisaba con esmero para recordar que había tenido un pasado. Casi sin darse cuenta encontró el número de Geneviève, lo marcó y, sorprendida, escuchó la voz de su vieja amiga, que pareció sobresaltarse de curiosidad. Geneviève había escuchado las historias que circulaban acerca de ella y procuró llegar a la cita con puntualidad. Se besaron con efusión y rieron a carcajadas ante el imprevisto encuentro y lo extraño de la situación. Geneviève admiró el abrigo de pantera de Verónica y el lujo del hotel, era sensible al dinero y apreciaba la riqueza.

—¡Querida, este loco debe ser riquísimo! —exclamó con alegría.

—No olvides, Geneviève, que lo único que dan los ricos son ganas de poseer lo que no se tiene —le contestó Verónica, riendo.

Frank se enteró de la presencia de Geneviève en el hotel y llamó de inmediato a la habitación de Verónica para invitarla a cenar con su amiga. En el restaurante, Geneviève admiró la perfección de su corbata italiana, el corte del cuello de su camisa y la calidad de su traje inglés. Frank la observó con simpatía. Durante la cena se inclinó solícito sobre las dos mujeres, ordenó los vinos, los postres y habló con suavidad de sus problemas. Al final la miró a los ojos como si le pidiera piedad, extendió una mano y tomó la de Geneviève mientras suspiraba.

—Geneviève... estamos gastadísimos...

—Es una locura vivir en este lujo. Ya le dije a Verónica que era necesario buscar un piso, la vida resulta mucho más barata —afirmó Geneviève, sin darse cuenta de que contrariaba a Frank. Frank disimuló su disgusto, fingió apreciar la comprensión de la amiga de Verónica y estableció con ella una complicidad inmediata. Sin ningún pudor y en tono confidencial le expuso sus temores: si su madre se enteraba de que continuaba viajando con Verónica, suspendería sus envíos de dinero.

—Mamá es muy estricta. Su moral es rígida. Para ella los lazos

matrimoniales son sagrados —Verónica quedó excluida de la conversación y Geneviève pareció sentirse incómoda ante ella y comprensiva con Frank. Su instinto le dijo que no debía cejar en su empeño de encontrar un piso para la pareja.

—¿Estás gastando el capital o las rentas? —preguntó Verónica.

—¿Estás loca? ¡Las rentas! Me debo a mi esposa y a mis hijos.

Deseaba dejar establecido frente a Geneviève que Verónica no significaba nada serio para él. Geneviève enrojeció con violencia e insistió en la necesidad de alquilar un piso, ya que era la única manera de evitar gastos excesivos.

—¿Qué piensas de Geneviève, chiquita? —le preguntó Frank, una vez que se encontró a solas con Verónica.

—Nada. Es una amiga a la que quiero mucho.

—Cuídate de ella, tiene un ojito con el que te ve a los ojos y otro con el que te ve al sexo.

—¡Frank, no digas que te hizo insinuaciones porque no te lo creo!

—A mí no me ve el sexo, te lo ve a ti, chiquita —dijo él, echándose a reír.

Verónica lo miró con sorpresa. ¿Cómo era capaz de decir cosas semejantes?

—No te hagas la niña. Está enamorada de ti. Te desnuda con los ojos y tú te dejas admirar y desear. Observé bien cómo te besó al despedirse.

Verónica pensó que bromeaba; pero los ojos repentinamente sombríos de Frank no mentían, creía en sus palabras absurdas. Vio que se acercaba a ella poseído por unos celos extravagantes, arrodillarse frente a ella y besarla.

—Esto es lo que Geneviève quiere de ti...

A los pocos días Geneviève los llamó para avisarles que había encontrado un piso en la margen derecha del Sena, próximo a la avenida Victor Hugo.

Verónica tenía la certeza de que la visita de Geneviève había provocado una actitud premeditada en la repentina pasión de Frank. Con los ojos entrecerrados observaba sus arrebatos amorosos y escuchaba atenta sus palabras entrecortadas: “Es mejor que no la veas, chiquita”, repetía sin

aliento. Apesadumbrado, se dejó conducir al apartamento propuesto por Geneviève. La calle era agradable y el edificio de piedra constaba de seis pisos, el último de los cuales estaba habitado por el propietario. Un criado solemne abrió la puerta de la sexta planta y los condujo al salón en donde los esperaba el dueño: Pierre Perrin.

—Geneviève es un amor —dijo al verlos.

Se diría un gran amigo de ella aunque ambos tenían poco en común. Perrin los condujo a su salón acompañando sus palabras con gestos dislocados. Algunas mechaz ligeras y rojizas caían sobre su frente, comparables a manchas de sangre disecada. Sus ojos brillaban secos. Todo él era rígido, a pesar de que los ademanes trataran de darle una apariencia de movilidad y ligereza.

—Sí, es un amor... —insistió sin convicción.

La mirada de Perrin cayó sobre un muñeco ahorcado adentro de una jaula negra de bambú. El ahorcado trágico y desnudo presidía su salón tapizado en terciopelo rojo. Las vitrinas estaban atestadas de objetos eróticos, estatuillas en posturas soeces y ediciones lujosas de los libros del Marqués de Sade. Las litografías suspendidas en los muros rojos representaban a parejas y a grupos de personas y animales fornicando. En París existían salones decorados con objetos y libros eróticos, pero ninguno era tan mortuorio como el de Pierre Perrin. En él morían los gestos amorosos para dar paso a la presencia de una muerte obscena. Verónica se sintió asfixiada en esa especie de sarcófago poblado de amenazas. Perrin había creado el clima propicio para el crimen y ella no se sorprendería si alguna vez aparecía en los periódicos el asesinato crapuloso del dueño del apartamento que iba a alquilar.

—Es un consolador extraordinario —dijo Perrin, mostrando un objeto oscuro que había extraído de una vitrina negra.

Frank levantó la vista y miró con disgusto al hombre de pelo rojo. Luego guardó un silencio agresivo que invadió la penumbra sepulcral del salón. Perrin no sólo permaneció impasible a su silencio grosero sino que pareció apreciar su mirada cortante y la perfección de su desprecio. La conversación no decayó. Perrin tenía la facultad de producir palabras, aunque él no estuviera en ninguna parte, ni se reconociera en su

interlocutor. Era como si por su boca hablara un tercero. Sólo la palabra “dollar” le prestaba una vivacidad efímera para volver inmediatamente a su inmovilidad cadavérica. Habló mecánicamente de los encantos de una conocida condesa italiana, y ante la indiferencia de los dos extranjeros, se contuvo, llamó a su criado y los envió a visitar el apartamento que tenía en alquiler en el mismo edificio. El piso era amplio, constaba de dos dormitorios, baño, excusado, un gran salón, pasillo, cocina y un pequeño vestíbulo. Sus muros eran blancos, los muebles y las cortinas eran de seda verde helado. En unos minutos se encontraron nuevamente frente a Perrin para firmar un contrato por tres meses. El propietario, sentado en una *chaise longue* de terciopelo roja, contó el dinero del alquiler y los contempló con sus ojos secos, que Frank trataba de evitar.

Desde el marco labrado de su puerta, Perrin los vio esperar el ascensor. Una sonrisa disecada se dibujaba apenas en sus labios. Verónica se sintió inquieta. “Es extraño que sea amigo de Geneviève”, se dijo. Su amiga había sido siempre pobrísima, apenas ahora parecía haber logrado un desahogo; en cambio Perrin era muy rico, pertenecía a una familia burguesa y toda su postura era la de un esnob incorregible. ¿Por qué eran amigos? ¿Qué lazos los unían? Verónica no encontró la respuesta.

A partir del día en el que se instalaron en el apartamento, Verónica vivió encerrada con Frank en las habitaciones de muros blancos y cortinas verdes. Un silencio frío la rodeaba. Frank producía soledad. Se movía en un mundo aislado y a donde él llegaba se producía la soledad absoluta. Su persona misma alejaba a los demás. Existía en un espacio que sólo lo reflejaba a él mismo. En el amor también estaba solo y se entregaba al placer con el frenesí del solitario que no se reconoce en la pareja. En sus manos, Verónica se convertía en objeto y el acto amoroso en una mecánica erótica. Estar con él era cometer un crimen en un paraje solitario. La cama de dosel verde helado la asustaba. Frank vivía bajo el influjo que a través de los muros ejercía el maniático de pelo rojo del último piso, rodeado de maniqués y de cuadros muertos. Cuando salían a la calle no establecían ningún contacto con los transeúntes y ella continuaba en la dimensión solitaria, inaccesible a la realidad apacible del mundo. Frank caminaba por paisajes abandonados iguales al pasillo

helado que corría detrás de las habitaciones del piso. Salían muy tarde, las noches eran frías y estaban desprovistas de hojas. Pasaban el día en la cama de dosel verde o dando vueltas por las habitaciones provistas de ecos desconocidos. Las chimeneas de mármol blanco estaban apagadas y los muebles de seda eran inhospitalarios. El cuarto de Verónica ocupaba el fondo de la casa; cerca de la cama se hallaba la puerta que conducía al baño negro. Detrás de las habitaciones corría el pasillo que llevaba a la cocina y al excusado rojo. Verónica no recordaba cómo era la cocina. De ese piso de techos altos y muros blancos sólo recordaba el aire frío que corría por las cortinas y soplaba sobre su cama de dosel. Había una presencia opresora en el apartamento. Cuando abría las puertas altas del salón, sentía que entre sus muros se acumulaban formas amenazadoras que la obligaban a retroceder. “Aquí hay un maleficio”, se decía, y volvía a ver en el rostro de Frank el mismo gesto de burla que cuando visitaron el piso en compañía de Geneviève. Astuto, Frank ofreció asiento a las dos mujeres y él ocupó un sillón de respaldo alto forrado de seda verde.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con malignidad y observando a las mujeres con cuidado. Por el tono de voz Verónica supo que se preparaba a decir algo hiriente. Miró a su amiga y le indicó silencio. Frank se contestó a sí mismo.

—Mi madre no piensa mandarme más dinero; le dijeron que estás conmigo —agregó con voz clara. Verónica encendió un cigarrillo para darse tiempo a encajar la ofensa. Guardó silencio; quería saber hasta dónde deseaba llegar su amigo delante de Geneviève. ¿Acaso no pagaba para tener una víctima a la que ofender? Frank creía devotamente en el dinero, su actitud en esta materia era tan grotesca que parecía ser el origen de los eslóganes comunistas: “El cerdo sanguinario capitalista”, “El bulto caído del carro de la historia”. Hacía años que había leído aquellas frases en una revista dirigida por Sartre; le habían parecido estúpidas y he aquí que de pronto “el cerdo sanguinario” y “el bulto caído del carro de la historia” tomaban cuerpo y voz en Frank. Vio al “cerdo” que le tendía una carta.

—Qué relación tan curiosa... —comentó al terminar de leer el texto plagado de adjetivos grandilocuentes y escrito con una letra llena de

garfios, de faltas de sintaxis y de ortografía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Frank, sobresaltado.

—Que son unas relaciones muy encarnizadas —le dijo con frialdad, devolviéndole la carta.

El hombre la miró con odio y Geneviève se sintió incómoda.

—Mi madre desprecia a las mujeres. Sólo respeta a la esposa, o sea, a la madre. Mire, Geneviève, mi pobre mujer se ofendió cuando mi madre le explicó que yo me había casado para tener hijos...

Verónica pensó: “Es un original”. En Lausanne había maldecido a su madre y ahora repetía sus opiniones con una pedantería que rayaba en la imbecilidad. Utilizaba las opiniones de su madre como armas mortales contra ella, su enemiga. Verónica se puso de pie y su amiga la imitó; era preferible salir a la calle que continuar escuchándolo, Frank trató de continuar en sus lamentaciones y al ver la actitud resuelta de Verónica, se puso de pie de mala gana y salió con las mujeres. “Estúpida” se repitió varias veces. “Cree que me tiene dominado...” Geneviève los abandonó en la esquina, le disgustaba Frank. “Miserable, es riquísimo. Si Verónica supiera la verdad... aunque es mejor que la ignore”, pensó mientras aceleraba el paso para alejarse de la pareja. Caminó de prisa pensando en Frank y en el error que había cometido su amiga. “Frívola, frívola... la pagaré...”

Esa misma tarde, Verónica y Frank se mudaron al apartamento, Geneviève no asistió a la mudanza, había decidido alejarse de la pareja. Su amiga era una inconsciente y no era ella, Geneviève, la indicada para sacarla de su error, un error que podía ser fatal para Verónica. Sintió remordimientos por su amiga, quizá debería prevenirla.

En el piso inhóspito Verónica se sintió presa de un peligro inminente, con cautela se encerró en su habitación y trató de esquivar a Frank; al oscurecer, éste entró, la miró largo rato y se dejó caer en la orilla de la cama.

—¿Qué vamos a hacer, chiquita?...

Verónica no supo si su pánico era fingido. Su piel oscura se volvió verdosa. Se echó boca arriba en la cama y miró a Verónica con ojos opacos.

—Tú no la conoces... ¡Es infernal!... ¿No se morirá nunca?

Frank se cubrió la cara con las manos como si no quisiera ver la imagen de su vida inútil poseída por la voluntad tiránica de su madre, que lo perseguía a través del tiempo y la distancia con una precisión matemática. Verónica volvió a invocarla, sentada en un restaurante de moda, inclinada sobre Frank y buscando actitudes para llamar la atención de su interlocutor. Ella, Verónica, cenaba en una mesa vecina y no podía dejar de asombrarse ante el ardor de aquella anciana de uñas enormes pintadas de rojo sangre. Llevaba el cabello teñido de rubio y un maquillaje llamativo. Debería contar con mucho más de setenta años. A pesar del tinte rubio, su parecido con Frank era extraordinario. Un potencial histérico volvía eléctrica su mesa; ambos escondían bajo su piel oscura una voluntad incalculable de exterminio. Ahora, Verónica se sintió perdida en medio de aquellos dos seres peligrosos por su unión indisoluble. Quiso irse al cuarto vecino, la premonición de que no saldría con bien por haberse interpuesto entre la madre y el hijo la hizo sentirse mal. Necesitaba planear su fuga antes de que se desatara una tragedia.

—¡No me dejes, chiquita!

Lo miró tratando de ser cordial, pero una violenta repulsión física se apoderó de ella. Frank era malsano.

—Siempre los escándalos, las persecuciones. Mi infancia fue un infierno —exclamó el hombre.

—¡No exageres!

—Tuvimos unos meses de calma cuando recluimos a papá en la Malmaison. era una casa de salud preciosa. Lo íbamos a visitar y él parecía contento... ¡El pobre se casó con mamá por su dinero!... Quiso encerrarme a mí, ¿sabes? Me tenía envidia, él era viejo y yo tenía más éxito. Mamá echó al psiquiatra que trajo...

Guardó silencio, pareció arrepentirse de sus palabras.

Verónica se marchó al cuarto inmediato. Al día siguiente, mientras Frank dormía, se presentó Geneviève: estaba sofocada, no aceptó sentarse, permaneció en la puerta.

—No, no, no. No quiero verlo. Sólo deseo decirle, querida Verónica, que Frank recibió una muy fuerte cantidad de dinero, de manera que no crea

en sus historias de miseria —le dijo de prisa.

—¿Y cómo se enteró? —preguntó Verónica, sorprendida.

—Hablé con el conserje del hotel... —le confió Geneviève, dándole palmaditas en los hombros. Esa mañana Frank le escribió a su madre para obtener su perdón. En su carta renegaba de Verónica y juzgó conveniente leerle la misiva. Ella supo que cumpliría su promesa y se sintió aliviada. Debía encontrar una solución. Se hallaba en un callejón sin salida, buscando una salida. Sintió que acabaría tirándose por un balcón si continuaba en aquella inmovilidad. Sin embargo, moverse le producía pánico, ¿a dónde dirigirse?, ¿a quién acudir? Frank la observaba de cerca, perdido en sus problemas cada vez más pequeños, como gastar o no gastar en una botella de vino, comer carne o alimentarse de sándwiches. Dormía con la cartera bajo la almohada y cuando se bañaba se la llevaba al baño. El robo estaba descartado. ¡El robo!, se dijo asustada de sus propias intenciones. “¿Qué vas a hacer?”, le repetía Geneviève, inclinándose sobre ella. “No lo sé...” Geneviève estaba consciente de la gravedad de su situación: era extranjera, carecía de permiso de trabajo y no tenía dinero. Además, con Frank aturdiéndola todo el día era imposible buscar una solución a sus problemas. Necesitaba tiempo para arreglar sus papeles y dinero para sobrevivir unos días.

—¿Por qué no me dijiste que tenías dinero? —le preguntó una noche.

Frank dejó caer la revista que intentaba leer, se bajó las gafas que usaba en la intimidad y la miró con burla.

—Se me olvidó. A usted estas pequeñeces no le interesan. Usted vive en la dimensión de los ángeles.

Su respuesta la llenó de fatiga. Aquel hombre no tenía más inteligencia que la astucia. A sus palabras directas contestaba con perfidias o con palabras y gestos obscenos. Guardó silencio. ¿Cómo preguntarle por el hombre del hotel del Lago Mayor?, ¿cómo preguntarle lo que había sucedido con el automóvil que había abandonado en Florencia en su afán de perseguirla? Se sintió culpable por haber aceptado la compañía de aquel hombre extraño; a su lado había olvidado todo, había cerrado sus puertas interiores, por las que antes transitaban los ángeles, los hechos y

las palabras milagrosas. Ahora vivía encerrada en un ámbito en el cual los crímenes y las cuentas bancarias se mezclaban sin ningún pudor. El aire fresco no corría y la fragancia perdida de los jardines y los campos yacía en algún rincón oscuro de su memoria como una evocación del paraíso perdido. Estaba maldita. “Lo difícil es dar el primer paso”, le había dicho su padre muchas veces. Ella había bajado hasta el fondo de la aridez y se había topado con el infierno del cual no escaparía. “Tendré que subir y subir para volver a encontrar la luz y la pureza del viento”, se dijo en aquella habitación cerrada y sucia de crímenes.

—Vamos a dar una vuelta... —lo escuchó decir.

Se encontró caminando por la rue de Varenne al lado de Frank, que parecía que buscaba algo. Los magníficos patios de los palacios se hallaban quietos, algunos tenían los gigantescos portones cerrados. Era una calle hermosa y Verónica se preguntó qué buscaría a aquella hora en aquella calle. Decepcionado, decidió dirigirse al inevitable Café de Flore. Buscaron con la mirada a Alex Lenz y a Guy, pero esa noche no se hallaban allí. Sentados en una mesa anodina observaron a los clientes, entre los que había jóvenes pederastas a la caza de hombres mayores. Uno de ellos levantó su copa y brindó con ellos. Verónica sonrió y correspondió a su gesto.

—¡Estúpida!... ¿no te das cuenta de que es un homosexual asqueroso? —le dijo con violencia y acto seguido decidió abandonar el café.

Un taxi los llevó al edificio de piedra gris donde vivían. Subieron la escalera cubierta de tapiz rojo y alcanzaron la puerta de su apartamento con la certeza de que detrás de su apariencia inocente se ocultaba un crimen. No sabía si el crimen pertenecía al pasado o los aguardaba en el futuro.

—Es una casa fuera de la ley... como nosotros.

Frank la escuchó con disgusto y ella se encontró sola en su habitación desordenada. La cama estaba revuelta y las puertas abiertas del armario dejaban ver la colcha verde, intacta e inútil. “Un día de éstos habrá que hacer la cama”, se dijo mientras se arrancaba el traje y se metía en la cama deshecha. Apagó la luz, no quería ver el lugar en el que se encontraba. Avanzaba en el desorden, su pasado de camas intactas se

había esfumado y los rincones fríos del cuarto le dieron miedo. Se levantó a encender la luz del baño negro, dejó la puerta entreabierta para iluminar las esquinas temibles de la habitación. Estaría allí tres meses ¿y después?... No había mañana, su vida había llegado frente a un paredón alto y sin salida. Estaba presa en una red invisible y no encontraba la manera de escapar. Frank apareció en la mitad del cuarto, lo vio avanzar alto y negro acariciándose el sexo.

—¿Quieres huir conmigo, chiquita?

Verónica sintió miedo. A veces Frank se convertía en un desconocido.

—¿Adónde?

—A un lugar donde sólo yo pueda verte. Quiero llevar una vida santa...

Frank se deslizó en la cama. A mitad de las caricias se detuvo, le buscaba los ojos con astucia. Verónica descubrió sus ojos verdosos en la semioscuridad del cuarto.

—Verónica, júrame que nunca más verás a Alex.

La muchacha se enderezó, la voz y los ademanes de Frank venían llenos de intenciones extrañas. ¿Qué se proponía? Sus ojos opacos brillaban malignamente iluminados por la rendija de luz que escapaba del baño negro. Sintió miedo.

—Tengo miedo... —dijo a pesar suyo.

—¿Miedo?... La noche es muy hermosa. En la noche somos libres.

Verónica no entendió, miró su boca entreabierta, sus manos inertes y sus ojos preocupados con una idea confusa. Se deslizaba en la crueldad de un mundo de sensaciones en el cual los sentimientos y las ideas han sido abolidos. Vio a Frank acariciarse el sexo. Esa noche, en la cama de dosel verde, la pasión helada de Frank la asustó. Tuvo la impresión de hallarse entre las manos de un lunático o en las de un cirujano poseído de una locura operatoria. Con miedo pensó que al salir a la calle no establecía contacto con los transeúntes o con los escaparates; continuaba presa en una dimensión solitaria, inaccesible a la realidad mágica del mundo. Las gentes la miraban y lo miraban como a seres extraños. No era el amor lo que los separaba de los otros, sino el desamor, el carácter extraño de sus relaciones, impenetrables para los demás y para ella misma. Frank ofrecía en público una sonrisa forzada de salvaje vestido a la inglesa. En

la cama se manejaba como un técnico y convertía a Verónica en un objeto inanimado. Quiso escapar del lecho, pero él la detuvo con decisión.

—¿Por qué?... ¿Mi amor no es mágico?... —le preguntó con ironía.

Verónica miró sus ojos que reflejaban un mundo informe y desvió la mirada. La tumbó en la cama, mientras él continuaba acariciándose el sexo.

Los despertó el timbre del teléfono. Era Geneviève, Verónica miró el reloj pulsera que Frank había dejado en la mesita de noche: marcaba las tres de la tarde. “Me quedé dormida ya muy entrada la mañana”, se dijo. Geneviève le recomendaba una sirvienta.

—¿Una sirvienta?

Le pareció absurdo tener a una sirvienta que presenciara su vida criminal. Geneviève insistió. Desorientada, no supo qué contestar a la voz que le hablaba desde el mundo irreal de las sirvientas. Tuvo ganas de reír. “Te conviene gozar de alguna compañía... Frank es un hombre tan extraño...” Temió que el hombre escuchara el comentario de su amiga. “¿A qué hora te la mando?”, preguntó despreocupada la voz de Geneviève.

—Mañana a las seis de la tarde —pidió Verónica.

Colgó el aparato y miró asombrada a Frank.

—Geneviève nos manda una sirvienta...

—¿Una sirvienta?... ¡Te quiere espiar, está enamorada de ti!

La sirvienta llegó puntualmente. Se llamaba Ivette y tenía aspecto de partera arruinada. No se sorprendió de la soledad de la pareja ni del abandono del apartamento. Frank se escondió en su habitación y Verónica acompañó a la mujer a la cocina. Ivette, mientras manejaba los trastos, le explicó a Verónica que no podía quedarse a dormir porque ella tenía su casa.

—Como usted prefiera —le contestó ella, entregándole las llaves de la entrada del piso. Más tarde, Frank cerró con llave las puertas de su habitación.

—Así somos libres —le explicó a Verónica, que lo miraba. Sin embargo, la perspectiva de la llegada matinal de la intrusa lo dejó preocupado y decidió permanecer en su propia habitación. En cuartos separados los

unía el mismo pensamiento: ¿qué hacían, qué esperaban en aquel apartamento? Separados bajo el mismo techo, su situación se volvía casi grotesca y los convencía de que estaban alejados del mundo, proscritos, que eran incompatibles con la sociedad. Se habían vuelto peligrosos como los criminales. ¿Qué habían hecho para lograr aquella unión y aquella separación definitiva? Desde la oscuridad de su habitación, Verónica escuchó que Frank no dormía; pero no quiso llamarlo. Le pareció que abría la puerta de la salida del piso y guardó silencio. ¿Adónde podía ir a aquella hora? Le dio miedo sentirse tan sola en la habitación de rincones helados. A medida que el tiempo transcurría su miedo aumentaba. “¿Habrá cerrado la puerta o la habrá dejado abierta?” El miedo le impedía levantarse de la cama y cruzar la habitación de Frank para llegar a la puerta de salida y comprobar si ésta había quedado abierta. No podía salir por el pasillo, pues Frank había echado llave a las puertas que comunicaban con esa parte oscura y larga de la casa y había guardado las llaves. Tampoco se atrevió a llamarlo, si estaba en su cuarto podía enfurecerse. Pensó que la presencia diurna de la criada había vuelto más profundo el foso que la separaba de Frank; foso que lograba vadear alguna vez durante unos segundos si imaginaba estar junto a otro hombre. Sólo yéndose a caminar durante muchos años por bosques perfumados olvidaría la agobiante presencia de aquel cuerpo ávido que se acercaba a ella tan extrañamente. Ahora la soledad peligrosa de aquel piso le hacía desear la presencia amenazadora de Frank. Carecía de reloj y el tiempo pasaba con una lentitud aterradora; se diría que había dejado de correr. Le pareció escuchar que un automóvil se detenía frente al edificio. “Tal vez ha vuelto...”, se dijo con alivio, pues calculó que empezaba a amanecer. Mientras duraba el día, Frank era un ser exasperado de fatiga, en cambio, en la oscuridad o de noche se cargaba de una energía casi sobrenatural que lo empujaba a vivir una vida artificial de cuyos artificios se nutría. Por la noche jamás tenía sueño. La puerta que comunicaba con el cuarto de Frank se entreabrió; lo vio aparecer alto y oscuro, acariciándose el sexo, y sintió que se introducía en su cama.

Acababa de dormirse cuando llamaron a la puerta del pasillo:

—El desayuno, señora.

Frank despertó sobresaltado y huyó a su habitación. Verónica corrió tras él para obtener la llave de la puerta del pasillo. Cuando la abrió entró Ivette, con la bandeja del café humeante.

—Debía dejar abierta la puerta y así no la molestaría —dijo la sirvienta en tono de reproche.

—La prefiero cerrada... deje dormir al señor...

Lo oyó dormir y aprovechó esto para salir a la calle. Enfrente del portón del edificio estaba estacionado el automóvil claro de Frank. ¿Cómo había llegado a París? Preocupada con esta aparición, se enfrentó a las vitrinas de la avenida, que mostraban un mundo que tejía suéteres y combinaba hermosos ramos de flores. Entró en el mercado que se movía adentro de sus cestos de legumbres y de frutas, hasta los carniceros que antes le producían tanta repugnancia le parecieron seres inocentes, con sus uniformes blancos manchados de sangre. Todos vivían una vida compartida, sólo ella seguía presa en unas sábanas ajenas, en la penumbra de una habitación ajena. Se sentó en una terraza y pidió café para mirar aquel mundo del cual estaba separada. ¿Qué podía hacer para volver a él? Algo se había roto adentro de ella, no se podían cometer los actos por ella cometidos y quedar intacto. Había perdido la alegría. Nada justificaba su presencia en el cuarto de aquel apartamento. Pensó en un futuro sin Frank, y se llenó de pánico. ¿Cómo volver a su país? ¿Cómo sobrevivir? Pensó en el futuro con Frank, y también la invadió el pánico. ¿Cómo soportar su presencia, su ausencia y extrañezas? Recordó la inesperada aparición del automóvil abandonado en Florencia; nunca sabría cómo había llegado hasta su puerta. La avenida se volvió hostil. “La libertad se compra con dinero”, se dijo con amargura, ya que ella carecía por completo de dinero y de posibilidades de ganarlo. Se sintió culpable: su abrigo de piel de pantera y sus cabellos revueltos despertaban la curiosidad pública. Trató de esconder bajo la mesa del café sus pies desnudos calzados por aquellas esparciatas gastadas. En las vitrinas empezaban a aparecer los primeros adornos navideños. “Quizás me deba suicidar”, se dijo convencida. Una mujer cruzaba la calle; ella nunca más cruzaría una calle con aquel paso inocente. Recordó la habitación de persianas echadas en la que vivía como el ahorcado del

salón de Pierre Perrin. Había una similitud entre la necrofilia de Perrin y el amor de Frank.

Abandonó el café. Al entrar en el apartamento sorprendió a Frank sentado frente a una de las ventanas blancas del salón en la actitud de un convaleciente, junto a él, de rodillas, Ivette le hablaba en voz muy baja. Al verla aparecer la mujer huyó a la cocina. Miró con fijeza a Frank: no cambiaría nunca, estaba segura de que buscaba la complicidad de la criada, siempre se aliaba con los inferiores. ¿Para qué buscaba las alianzas con los porteros, los camareros, los vagos y las prostitutas? Oyó la voz de Frank recitar una tirada de Shakespeare en inglés, frente a los vidrios de las ventanas, como si se dirigiera a un público oculto en la niebla de la calle.

—En el colegio me consideraban dotado para la poesía —explicó complacido.

Había pronunciado la misma frase la primera tarde que se presentó en su casa. Verónica recordó el ventanal y los muebles flotando en esa luz de incendio. “En la escuela de Inglaterra me consideraban el ‘evil boy with olive skin’...” La voz impostada de Frank bajó de tono, llena de autocompasión, para explicar cómo los prejuicios de raza estaban vigentes y eran ofensivos entre los pueblos rubios. Aquella tarde terminó riendo y relató que los “prefects” de su colegio lo llevaban a un salón, le bajaban los pantalones y le azotaban las nalgas con unas varas largas, mientras él aullaba de dolor. En seguida continuó recitando en inglés.

—Frank, tu automóvil está frente al edificio —le dijo, sin importarle la repentina inspiración del hombre.

—Ya lo sé... lo dejé allí —contestó de mala gana. Y sin cambiar de postura, continuó recitando frente a los vidrios de la ventana. Las piernas las tenía envueltas en una manta y el gesto de la mano era de una gran fatiga.

Verónica se retiró a su habitación. “Parece que ha entrado en una nueva etapa”, se dijo cansada. Escuchó el timbre del teléfono y oyó también cuando Frank se lanzó sobre el aparato con la velocidad de una fiera sobre su presa. Habló en voz muy baja, colgó el aparato y volvió a su lugar frente a la ventana. Ella decidió dormir, aprovechar la racha

“poética” de Frank. El cuarto estaba helado, Pierre Perrin no daba apenas calefacción y el frío se acumulaba en los rincones y descendía por la chimenea apagada. “No, nada de leña ni de fuego”, ordenaba Frank cuando ella intentaba encender su chimenea. Se acurrucó en la cama y dormitó apesadumbrada. Ivette entró a llamarla: era hora de la comida.

—No tengo hambre. Sírvale al señor.

—Pobre señor, está muy triste, yo diría que le ha sucedido algo, no quiere vestirse, ni comer... —se quejó la sirvienta.

Verónica dio media vuelta en la cama, no le interesaba la “tristeza del señor”. Al oscurecer la despertaron la risa estridente de Alex y la voz impostada de Frank; ambos hablaban en voz baja. Verónica se enderezó para escuchar, “la muerte de Bruno ha causado revuelo...”, dijo la voz de Alex y añadió: “Todos estamos aterrados... ¿Crees que fue una venganza o represión policiaca?”

—Querido Alexito, el asunto no me interesa. ¿Quién era Bruno? ¡Nadie! Un tipo de baja estofa. Su mundo no tiene conexión con el mío —contestó Frank.

La risa entrecortada por hipos de Alex Lenz rompió el frío y el silencio del apartamento.

—¿Estás seguro?... Sí, sí, sí, tú te mueves en niveles muy altos... —y continuó riendo histéricamente.

—No te rías de esa manera. ¡Me repugna! Deja la histeria para las mujerzuelas de clase baja. A ti, querido Alexito, no te tolerarían en Inglaterra...

—A ti sí te toleraron, a ti sí... —exclamó Alex, riendo convulsivamente.

—Calla o lograrás despertar a la señora. ¡Es tan exquisita, tan encantadora!... Lástima que no tenga en qué caerse muerta. Querido Alexito, para mí es un descanso cuando ella duerme, me da libertad y no escucho sus quejas. ¡Oh, loneliness!... ¡Oh, loneliness! Lujo perdido —suspiró Frank.

A Verónica le pareció que Alex hablaba al oído de Frank. Las palabras de este último no la habían asombrado.

—Alexito, no me hables del encanto de la señora. El encanto es el arma de los mediocres, de los estafadores, de la clase media... También lo

utilizan los aristócratas arruinados, ¡qué quieres!, es una manera de engañar al prójimo y cuando te acercas a ellos, los encantadores, son de una grosería y una vulgaridad aplastante. No me mires así, la conozco, conozco a los vividores “finolis” o con buenas maneras. ¡Artificio maléfico, Alexito! En Inglaterra ya fui víctima del encanto y puedo decirte que me costó mucho dinero y muchos disgustos. Es una forma de la hipocresía y de la soberbia, la más temible, Alexito. ¡Si supieras la verdad sobre la señora!... Es una putita cualquiera; pero ¡qué soberbia!, ¡y cuánto encanto!... Mira, sigo siendo piadoso, callaré, aunque debo prevenirte: ¡cuídate de ella!, aunque en realidad no le interesas. Desea no verte, evitar tus corbatas raídas y tu chaleco fantasía... No puedes ni imaginarte la manera como se condujo con el pobre Beto Rayón. La pobre se enamoró de Jaime, lo tomó por un millonario y empezó a perseguirlo...

Frank se echó a reír a carcajadas. Alex lo escuchó en silencio, después de unos minutos lo contradijo:

—Puedes decir lo que quieras, pero ¡sí existen las personas encantadoras! El encanto es una especie de sortilegio, del que tú careces, viejo Francisco, o viejo Frank... —y se echó a reír ruidosamente.

Verónica abrió la puerta y saludó a los dos hombres. Alex se ruborizó con violencia y Frank empezó a reír ruidosamente.

—Le decía a nuestro terrible amigo que el pobre Guy carece de cuarto para dormir y esto le produce risa. Le pedí que le cedieran el cuarto de criados... —dijo Alex, en voz baja.

—¿El cuarto de criados?... —preguntó Verónica, sorprendida.

En ese instante entró Ivette con la bandeja de té.

—Té para el señor —dijo la sirvienta, con respeto—. Y ahora, si me lo permiten, les diré que no me molestaría en nada ese joven. El cuarto es independiente y yo no lo ocupo.

Verónica la observó con curiosidad. La sirvienta parecía estar al corriente de la situación. Frank no se dignó escuchar las palabras de la criada, había adoptado una actitud de desdén y la decisión dependía de Verónica.

—Al chico le fascina usted, Verónica. Los adolescentes siempre se enamoran de las mujeres hermosas. ¡Es la regla! Claro que jamás se

propasará —aclaró Alex, con ademanes casuales.

—Alexito, Alexito, no digas tonterías —gritó Frank.

Verónica permaneció perpleja. ¿Qué se proponían? La conversación de unos minutos atrás no correspondía con la petición de Alex. Frank notó su sorpresa, se levantó y se abalanzó a besarla.

—Alexito, la pequeña Verónica debía ir al kindergarten. ¡Ah! esta niña es demasiada preocupación para mí y ahora quieres traerme a un niño. Dios mío, nunca me vi como tutor de menores...

Quedó establecido que Guy se mudaría al cuarto de criados. Al día siguiente, por primera vez Frank se levantó temprano y salió a comprar sábanas, fundas, cama, almohadas, colchón y toallas para el invitado. Se diría que la generosidad era la fuente de la dicha. Él mismo subió con Ivette a inspeccionar la habitación y a ayudarla a preparar la cama. Bajó desconcertado, el cuarto estaba en la buhardilla y para llegar a él había que atravesar el patio de atrás del edificio y subir por la escalera sucia de los criados.

—¡Es terrible el lugar que se les da a los pobres! —exclamó.

—Eres muy bueno... —le dijo Verónica.

Como si estas palabras simples implicaran un sentido oculto, Frank se volvió a mirarla con ira; luego se contempló las manos de palmas cuadradas y se dejó caer, impotente, en el sillón colocado cerca de la ventana. Se quedó postrado. Verónica dio un paso, pensó que quizás la presencia invisible del jovenzuelo le recordaba su propia adolescencia, tan distinta de la de aquel miserable mendigo.

—Si Guy te hace recordar tu propia juventud...

No pudo terminar la frase. Frank se levantó de un salto, poseído de una rabia súbita. Se acercó a ella y la tomó por los hombros con violencia.

—¿Qué dices, perra?

Levantó el puño dispuesto a descargarlo sobre su rostro y ella descubrió en los ojos del hombre algo más que la ira: un impulso asesino que la obligó a debatirse para desprenderse de la mano que la sujetaba por el hombro. Aterrada llamó a Ivette, a gritos. La entrada de la sirvienta no contuvo el torrente incontenible de injurias que brotaba de los labios distorsionados de Frank: “¡Perra maldita! ¡Putá!”, rugía, mientras daba

zancadas dislocadas por el salón, acompañadas de gestos obscenos. Verónica huyó a la calle. Caminó largo rato antes de que lograra controlar el temblor nervioso que la embargaba. “¿Qué dije?, ¿qué dije?”, se preguntaba asustada. Volvió de noche y al entrar en el salón encontró a Alex, a Frank y a Guy charlando animadamente. Frank hablaba de sus viejos amigos europeos, todos ellos pertenecientes a la nobleza y a la Banca. “Ahora, desgraciadamente no puedo frecuentarlos”, dijo, mirándola con fijeza.

Guy al escuchar la afirmación de su huésped, se precipitó a besar la mano de Verónica.

—Querida, la echábamos de menos... —ella sonrió y ocupó un lugar cerca de la chimenea. El chico le alargó una copa de vino blanco e inmediatamente continuó escuchando a Frank.

—Wallis y Edward estuvieron de acuerdo conmigo. ¡Oh dear, puritans stink! —dijo Frank, con voz impostada. “Pobre diablo, ha visto a los duques de Windsor en el cine, ¡igual que yo!”, se dijo Verónica, mirándolo con ironía.

—¡Natürlich! La parejita está con Wagner y su abominable desbordamiento... —comentó Alex.

—Poor old dear Edward, siempre fue racista y ¡encantador! Te hubiera fascinado, Alexito, tú que eres partidario del “charme”... y Frank se echó a reír.

“También a ti te hubiera fascinado, pobre esnob”, se dijo Verónica, tratando de no reír.

—Los dos aman París. En Francia es donde se encuentra un equilibrio, digamos... metafísico —gritó Guy, con exaltación— la cocina francesa es una prueba de ese equilibrio... —alcanzó a decir el joven antes de que lo interrumpieran.

—My dear boy, el nazismo de Wallis y de Edward se esfuma cuando se trata de menús o de amoríos. Lo sabemos bien los que nos educamos entre los nombres de la realeza. Our dear old England carece de prejuicios cuando se trata de acostarse, por ejemplo, con negros —dijo Frank, tratando de ser irónico.

—Los negros les ofrecen sensaciones nuevas... —comentó Guy, con

pedantería—. Sin embargo, creo que un pato a la naranja es mucho más excitante que ningún negro. Sí, mucho más erótico...

—Very witty, very witty indeed —dijo Frank, echándose a reír y tratando de ignorar la mirada burlona de Verónica, que no lo perdía de vista.

—No sé, no estoy muy seguro de que no prefieran unas salchichas gruesas, son tan evidentes que uno tiene reparo, en meterles el cuchillo... —agregó Alex, soltando una carcajada convulsiva.

—¿Reparos? ¡Ninguno! Love and cannibalism van juntos, querido Alexito, y mis viejos amigos están tan fatigados que no dudo que alguna vez lo practiquen...

Verónica escuchaba las mentiras de Frank y movía la cabeza despectivamente, “nuestros viejos amigos”, era terrible ser famoso, se estaba a la merced de cualquier advenedizo con pretensiones. El duque de Windsor ¿Cómo iba a suponer que en un miserable salón alquilado de París se hablaba en ese instante de él? ¿Cómo iba a sospechar la existencia de aquel miserable Frank que pretendía ser amigo suyo? “Es un truhán”, se dijo disgustada y sintió que con el disgusto la vencía el sueño. “Poor Edward, tuvo que conformarse con Wallis; sólo ella fue capaz de provocarle un orgasmo...” escuchó decir a Frank, que no cejaba en hablar de la notable pareja.

—¡Es increíble! ¡Un hombre como él, el príncipe más codiciado de Europa! —dijo Guy, con los ojos abiertos por la sorpresa. El pobre chico creía todas las fábulas que Frank inventaba esa noche para deslumbrar a su modesto auditorio. Verónica apuró el vino que le quedaba.

—Has vivido tan intensamente, Frank, y te has movido entre gente tan importante, que me asombra que estés con nosotros, simples mortales —le dijo Verónica, con suavidad.

—This little girl ignora lo que es un orgasmo, aunque los practique con tenacidad sin que sepa, por supuesto, lo que eso significa. ¿Verdad, darling? —preguntó Frank, mirándola con odio.

—Verdad. Desconozco los términos técnicos —confesó ella con voz helada.

Guy y Alex la contemplaron con pena, no estaban de acuerdo con

Frank.

—Me voy a dormir. Estoy muy cansada —dijo Verónica, antes de retirarse.

En su habitación se sintió confortada: Frank tenía compañía, los amigos se quedarían lo menos hasta las cinco de la mañana y Frank no vendría a despertarla. Hacía tanto tiempo que no se dormía temprano que agradeció la presencia de los “truhanes” en el piso.

Se despertó sobresaltada: le pareció escuchar un ruido en la puerta principal. El apartamento estaba sumido en la oscuridad. Oyó con atención: inada! y, sin embargo, tuvo la certeza de que alguien se movía con cautela entre las sombras.

—¡Frank! —gritó casi a pesar suyo.

En la oscuridad del marco de la puerta apareció Frank, se acercó a su cama, se inclinó buscándole la cara, Verónica escuchó su respiración agitada.

—¡Me espías!

La mano de Frank cayó furiosa sobre los ojos de Verónica y ésta oyó un estrépito de cristales rotos adentro de su cabeza. El cuarto entero cayó hecho añicos. Aterrada se refugió de un salto en el baño negro; cerró la puerta con llave y encendió la luz. “¿Qué estoy haciendo aquí?”, se preguntó atontada, mirando los pelos negros que se habían quedado untados a las paredes negras y secas de la bañera. Tiritó de miedo y de frío, estaba desnuda. Pierre Perrin, el dueño de la casa, apenas daba calefacción. “Un pelo negro” decían en su casa y sabían que pertenecía a un extraño, ya que en su familia todos eran rubios. La presencia de un pelo negro siempre era una amenaza. Afuera del baño Frank daba voces, se acercó a la puerta a escuchar y sin querer miró a una imagen en el espejo colocado arriba del lavabo: una cara pálida con una mancha roja cubriéndole los ojos y unas mechass amarillas sobre la frente, que escuchaba junto a la puerta negra. “¡Qué cara tengo!” La mujer del espejo parecía tan aterrada que Verónica sintió aún más miedo. ¿Qué había sucedido? Estaba escondida en el baño negro del apartamento desconocido.

—El apartamento está recién decorado, tiene todo el confort... —había

dicho Geneviève, en el bar del gran hotel.

Un aire nefando envolvía aquel baño negro, era como si el hombre del último piso estuviera en el marco de la puerta que ella había cerrado para evitar la histeria de Frank, que recorría las habitaciones gritando palabras incoherentes. Se acurrucó en el suelo y esperó. ¿Qué más le daba estar encerrada en ese baño? En ese momento Frank daba gritos por el pasillo helado que conducía al excusado rojo. Se abrazó las rodillas para darse algún calor; si la gente la viera sentada en el suelo del baño negro a aquella hora de la madrugada tal vez no se sorprendería, quizás ni siquiera pudieran verla, pues había dejado de ser alguien real para transformarse en otro ser: la antigua Verónica era invisible hasta para ella misma. No le interesaba saber lo que había enloquecido de rabia a Frank. ¿Qué hora sería? Las horas ya no significaban nada. Escuchó los alaridos de Frank, que le llegaban a través de la puerta y las paredes del baño, como los quejidos quebrados de una mujer histérica que llora a gritos la pérdida de algún ser amado. Lo escuchó acercarse, caminar por la habitación y colocarse junto a la puerta.

—¡Abre!... ¡Abre!... —aulló la voz de Frank.

Verónica se recogió cerca de la tina y casi no se atrevió a respirar. Si el hombre trataba de echar la puerta abajo pediría auxilio. ¿A quién? El baño estaba incrustado en el centro de la casa y carecía de ventana. “Mañana iré a ver a Geneviève”, se prometió temblando de miedo. ¿Dónde andarían Alex y Guy?, se preguntó mientras Frank empujaba la puerta con ira. No sabía lo que había sucedido, pero sabía que se hallaba en un nuevo círculo, y que Frank se había convertido en alguien profundamente peligroso. ¿A qué hora llegará Ivette?...

—¡Abre!... ¡Maldita!... ¡Abre!...

Se diría que en medio de su ira ciega el hombre lloraba. Ella, acurrucada en el suelo, se dijo: “Me va a dar una pulmonía”.

—Si no abres derribo la puerta —dijo, dando puntapiés contra la madera.

Verónica miró los cabellos negros pegados a las paredes de la bañera, que parecían grises por la huella seca del jabón. El intruso se hallaba del otro lado de la puerta, lo había dejado entrar muy adentro de su vida y de

la casa. “Al final tendré que suicidarme”, se dijo. Apagó la luz para no ver aquellos pelos que la aterraban y el cuarto quedó en tinieblas. “Si muero, ¿adónde iré, a las tinieblas o a la luz?”, se preguntó. Dos lágrimas hirvientes saltaron de sus ojos secos produciéndole dolor. Apoyó la cabeza sobre las rodillas y esperó.

—¡Perra!... Bitch!... Harlot!... —aulló Frank.

De pronto cesó todo. Un gran silencio llegó hasta las tinieblas del baño; entonces le pareció escuchar que alguien llamaba a la puerta de su habitación desde el pasillo. “¿Será una trampa suya para hacerme salir?” Esperó. No. Le llegó la voz de Ivette: “Señora, señora...” Se levantó, las rodillas se le habían vuelto de madera. Abrió la puerta y entró en la habitación. El hombre surgió a sus espaldas, se había escondido entre los pliegues del dosel verde. La tomó por los hombros y ella lanzó un alarido agudo.

—¿Qué pasa, señora? —gritó la voz de Ivette, atrás de la puerta que comunicaba con el pasillo.

—Nada... nada... Un mal sueño...

Frank la arrastró hasta su cuarto.

—Chiquita... tengo miedo...

Ocupada en disimular su propio pánico, no pudo preguntarle de qué tenía miedo ni quién lo había asustado. Temblando de frío lo vio meterse en su cama y se alejó de aquel cuerpo húmedo y oscuro que, inmóvil bajo las mantas, miraba con los ojos muy abiertos.

—Tenía cientos de camisas de seda, rosas, grises, blancas... Era curioso ser joven.

—¿En el Beau-Rivage? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y Scott Fitzgerald, cómo andaba vestido? —le preguntó por decir algo.

—No lo recuerdo, creo que de gris... Era un ser viscoso... ¡Sí, viscoso!

De repente Frank se echó a reír a carcajadas, el adjetivo “viscoso” le pareció muy adecuado. Ella lo miró con repugnancia. ¿Cómo podía hablar así de Scott? Nunca lo había leído. El único libro que citaba Frank era *Brideshead Revisited* de Evelyn Waugh. El mundo de Frank era un

mundo del cual ella no había sospechado la existencia. Con él había cruzado un umbral que conducía a una realidad en la que el pensamiento todavía no establecía los valores y en el que sólo existía la presencia de una materia agresiva en la que todo estaba permitido, hasta el crimen. Era el mundo de los impulsos y de las sensaciones antes de pasar por la conciencia; gozaba de la libertad de los caníbales. Durante el día Frank aceptaba algunas convenciones y mostraba una actitud irónica, como si lo que sucedía a su alrededor fueran gestos banales que ocultaban el mundo oscuro en el que él se movía. Verónica descendía poco a poco por esa oscuridad y se llenaba de terror. Había olvidado las normas y las ideas y tenía la impresión de que sólo las vísceras cobraban realidad. “Me vengaré de ti”, se repitió. Hacía ya tanto tiempo que se repetía esas palabras que olvidaba que existían otras opuestas al odio. No podía preguntarle nada ni tampoco deseaba saber nada. Se retiró a su habitación, pensando que el origen de su histeria le era indiferente. Verónica tomó el café que le sirvió Ivette, se vistió, esperó a que Frank cayera dormido y se marchó a la calle.

Quería reflexionar, tomar aire fresco. Al pasar frente a la logia de la portera vio que ésta la miraba con malignidad. La cara astuta de la vieja la dejó indiferente; todo le era igual, ya no buscaba la aprobación de los demás, buscaba simplemente una puerta de escape. Caminó por la avenida fría e indiferente, observando a los camareros que colocaban las mesas de los cafés y a los que arreglaban los puestos de ostras. Todo sucedía lejos de la angustia de ella. Decidió ir a visitar a Geneviève y pedirle ayuda. Su desesperación había llegado a un punto fijo e inamovible.

—Necesito irme, no puedo estar ni un solo día más con Frank...

Geneviève se sobresaltó, se alisó los cabellos grises y pidió permiso para ir a la cocina a preparar un café. El apartamento de Geneviève era lujoso y Verónica se sorprendió ante la bonanza de su amiga. La había conocido pobre y desesperada. ¿Cómo había logrado situarse en aquel barrio elegante? Geneviève volvió al salón con una bandeja, cuidadosamente servida. Verónica contempló sus espaldas curvadas y su paso vacilante; era como si sus piernas gruesas se enredaran en los

pliegues de su bata color grosella. La vio depositar la bandeja en una mesilla y pensó que sólo ella carecía de un lugar donde guarecerse y recordó la buhardilla habitada por Geneviève años atrás. “Para mí ahora sería un oasis”, se dijo con amargura. Verónica repitió:

—No puedo seguir con él...

Geneviève la miró con pena, ninguna de las dos se sentía capaz de convencer a Frank de que le proporcionara a Verónica algún dinero para que pudiera separarse de él. Su situación era complicada y Verónica tuvo la impresión de que su amiga prefería no intervenir en el asunto. Admiró el abrigo de pantera y los brazaletes, era sensible al dinero.

—Querida, puedo ayudarla a vender esas joyas y el abrigo... —le dijo Geneviève, con voz rápida. Era evidente que la abandonaba y ella no se atrevió a insinuar que la recibiera por unos días en su piso pequeño y lujoso. Con indiferencia se despidió de su amiga para volver al apartamento que compartía con Frank. Caminó largo rato, pues carecía de dinero para tomar un autobús.

Ivette le dijo que Frank la esperaba. Lo encontró en pijama en un desorden de sábanas y periódicos revueltos; eran las dos de la tarde y la bandeja con el desayuno estaba todavía sobre la cama.

A esas horas del día, la inercia y la inutilidad de la vida de Frank tomaba cuerpo en aquella bandeja con restos de café frío y trozos mordisqueados de pan. Le ofreció asiento en el borde de la cama y la miró con astucia. Verónica pensó que iba a empezar su juego perverso. ¿Qué pretendía ahora?

—No me dejes, chiquita... sin ti todo yo huelo a cadáver.

La miró tratando de despertar su compasión. Una violenta repugnancia física se apoderó de ella. Pensó que preparaba una catástrofe y recordó a Geneviève: “Frank es riquísimo ¿verdad?”, había repetido varias veces con los ojos llenos de codicia y como si el dinero de Frank pudiera ser compartido o arrebatado de alguna manera que Geneviève todavía no había planeado lo suficientemente bien. ¡Pobre Geneviève!, no sabía que lo único que vigilaba Frank con esmero era su billetera.

—Chiquita, ¿en qué piensas? —lo escuchó decir.

—Quiero ir a peinarme... —contestó, aunque en realidad no lo deseaba.

—Tienes una extraña manía de lavarte el cabello. ¿Sabes que doña Mercedes se lo lava y peina una vez al año? —comentó con calma.

—¿Qué dices? ¿Una vez al año? Pues así lo tendrá de sucio —exclamó ella.

—No, te equivocas. Mi madre no suda; además la doncella le limpia el cabello con talco, se lo peina durante horas y su cabello queda fresco y perfumado —aseguró Frank, con suficiencia.

—¿Con talco? Nunca he oído algo tan extraño.

—Por eso lo conserva tan sedoso.

Verónica se echó a reír, en el restaurante donde había visto a doña Mercedes le había llamado la atención su cabello reseco y quebradizo por el tinte. Miró a Frank con curiosidad y a pesar suyo le dio asco aquella anciana que se lavaba el cabello una vez al año. Todos los días Frank le descubría algo nuevo y... repugnante. Pensó que se burlaba de ella y salió de su habitación. Se dejó caer en un sillón que se encontraba junto a la chimenea apagada del salón. ¡Estaba presa!

Se sorprendió al escuchar que el timbre llamaba con insistencia. ¿Quién podía venir a visitarla? El tiempo de las visitas y del mundo compartido había pasado. Se alisó los cabellos para recibir a los visitantes. Ivette hizo pasar al salón a un personaje desconocido que se precipitó a besarla en ambas mejillas.

—¡Verónica! ¿No me recuerda?... Soy Rory Casas Grandes —exclamó el desconocido.

Verónica lo miró con asombro, nunca lo había visto aunque el hombre afirmaba lo contrario con una tranquilidad abrumadora.

—Siéntate... —dijo Verónica.

Rory Casas Grandes era un hombre sin edad, de piel rojiza y porosa, ojos saltones, boca gruesa y manos temblorosas. Vestía una americana sport y unos pantalones de franela; se movía de una manera extraña, como si no pudiera controlar sus movimientos.

—Tengo sed... mucha sed... esta ciudad maldita me está volviendo loco... —dijo.

Miró en derredor suyo, descubrió las botellas colocadas en un nicho desnudo y se precipitó sobre ellas. Verónica llamó a Ivette para que

trajera un vaso para el huésped y éste se sirvió un enorme trago de whisky; sacó de su americana un tubo de pastillas, se sirvió en la palma de la mano un gran número de ellas y las tragó con ayuda del whisky. Después lanzó un suspiro.

—Así está mejor. ¿No te parece, bonita?

—Sí, mejor...

Rory Casas Grandes se echó sobre un canapé y trató de calmar el movimiento desordenado de sus manos y pies. Verónica le miró los dedos de uñas roídas y yemas rojizas reventadas por una especie de eczema. El hombre tenía acento sudamericano, se veía usado hasta en la piel, respiraba enfermedades y tenía el aire de un perseguido.

—Soy escritor. Escritor de éxito —dijo riendo con suavidad.

Verónica se limitó a observarlo desde el lugar apartado que ocupaba en el salón.

—Sos muy linda... —afirmó el intruso, sin convicción, y tratando de establecer una familiaridad que no existía.

—No sabía que pensaba venir hoy... —repuso ella con frialdad.

—¿No te lo dijo el loco de Frank?... Veo que se parece a mí hasta en esto. Yo tampoco me acuerdo de avisarle a mi mujer la llegada de los amigos; pero mirá, mi caso es distinto, yo estoy casado con una fiera vieja, fea y con furor uterino, linda. La vieja me persigue de día y de noche... ¡Infierno espantoso que es el mío!... ¡Sí, infierno espantoso! Yo necesito reposar un poco, ¿comprendés?... ¡Ah!... ¡Qué furia!... —el hombre se cubrió los ojos de párpados caídos con los dedos de ambas manos y guardó silencio.

—¿Vive usted en París? —preguntó Verónica.

—Sí, mirá, en la avenue de Wagram, no muy lejos de aquí... Bueno, relativamente. Allí eligió la vieja histérica un piso y, qué querés, lo alquilamos...

—¿Cómo se llama su mujer? —preguntó Verónica, con recelo.

—¿Mi mujer?... ¿Mi mujer?... ¡Florence! Imagínate, para colmo es norteamericana. ¡Malditos imperialistas! Linda, te digo que esto no puede seguir así: o me mato o la mato. ¿Ves?, sólo puedo soportar su nombre con calmantes... dame más whisky, linda.

Rory Casas Grandes alargó la mano temblorosa en busca del whisky, su gesto era tan imperativo que Verónica se puso de pie para alcanzar la botella y servirle a aquel demente que apuró la bebida acompañada de más píldoras calmantes.

—Eres muy buenita... No te inspiro desconfianza, ¿verdad? —preguntó Rory, entrecerrando los ojos.

—Sí. Claro que me inspira usted desconfianza. Todos los hombres que hablan mal de una mujer con la que tienen o han tenido relaciones me la inspiran. Por regla general son... ¡unos bellacos! —exclamó Verónica, con calma.

Rory se sentó de un golpe en el canapé, la miró con los ojos muy abiertos y enrojecidos, movió la cabeza y el estupor hizo que los labios gruesos le colgaran.

—Pero ¿qué decís?... Te abrí mi corazón, te dije que es una arpía... lúbrica, seca, malvada, me devora, me destroza y yo sólo intento vivir tranquilo, escribiendo. ¡Ah!, sería tan feliz en una buhardilla... ¡Solo! No verla nunca más a ella ni a su maldito gato de mierdoles. ¿Sabés?, la histérica tiene un gato, se llama Daisy. No, ni siquiera es gato, ¡es gata! Pero no me digás que este loco de Frank no te ha contado mi caso. ¡Pero si está electrizado! Mirá, vio a Florence y salió corriendo de casa... como me oís, ¡electrizado! Él me conoció antes... sí, mucho antes de que la arpía apareciera en mi vida. Yo también fui joven... ¿sabés? Joven, rico y despreocupado. Ahora soy escritor y soy víctima... ¡víctima de una loca histérica, frígida y caliente!... Padece fiebre uterina... ¡Asco infernal!... Los escritores somos muy vulnerables, muy indefensos, muy tiernos...

—¿Y tiene usted algún libro publicado? —preguntó Verónica, con incredulidad.

—¡Bonita!, ¿qué decís? Tengo cuatro libros publicados en París.

Verónica se echó a reír. ¿De qué podía escribir aquel hombre de baja estofa, aquel hombre desafortunado?

—Veo que no me crees. ¡Me voy! Volveré más tarde y mirá, para que no dudés jamás de mi palabra, te traeré mis volúmenes —exclamó Rory, poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta del salón, desde allí gritó:

—Dile al loco de Frank que volveré más tarde... Veo que sigue siendo el

niño mimado, el caprichoso. Se levanta muy tarde, ¿verdad?... Igual a sí mismo.

Y, antes de dar tiempo a una respuesta, Rory Casas Grandes salió del apartamento, dejando tras de sí una estela de “podredumbre”. Entró Ivette a recoger el vaso abandonado por Rory. Unos minutos después volvió para tenderle en silencio sus gafas de sol.

—Póngaselos, señora —dijo con voz grave.

—¿Por qué?

—Tiene cercos morados —explicó Ivette, bajando los ojos.

Verónica se colocó las gafas oscuras. Se sentía profundamente humillada frente a Ivette.

—Estuve en casa de la señorita Geneviève... tiene un piso muy bonito —dijo para cambiar el tema.

—Sí... El mundo es una porquería, la señorita Geneviève le sacó el piso a Jean François... —explicó Ivette, en voz baja.

—¿Un amante suyo? —preguntó Verónica, sorprendida.

—No. A Jean François Bonai... ¿No lo conoce? Su familia es riquísima y él es homosexual. Geneviève le arreglaba las citas en su casa y yo iba al día siguiente a hacer la limpieza... Cuando sobrevino el escándalo Geneviève exigió el piso a cambio de su silencio.

—¿El piso donde vive? —preguntó alarmada Verónica.

—¡Claro! Era el de Jean François, la familia cedió, no deseaba cargar con el muerto.

—¿Cuál muerto? —preguntó Verónica, asustada.

—El joven que murió por exceso de drogas. Apareció muerto allí y Jean François se marchó a Grecia. Geneviève y yo atestiguamos: el piso era de ella, dijimos, y el chico un conocido suyo que llegó de visita. La familia aceptó el trato. Señora, el dinero no tiene olor... —afirmó Ivette.

Verónica se rehusó a continuar escuchando, se levantó y salió a la calle, estaba saturada de infamia. Caminó sin rumbo fijo, ahora en verdad no tenía adónde dirigir sus pasos; sintió que la malla de acero en la que se sentía aprisionada se estrechaba cada vez más. Se encaminó al Bois de Boulogne, el aire helado detenido entre los árboles negros del invierno la reconfortó. Se sentó en una banca abandonada y trató de pensar, era

evidente que Rory, Alex y Frank eran viejos amigos. Recordó la conversación escuchada a pesar suyo: “La muerte de Bruno ha causado revuelo... todos estamos aterrados... ¿crees que fue una venganza o represión policiaca?”, había comentado Alex, en voz muy baja. ¿Quién era Bruno? Recordó al italiano del hotel del Lago Mayor... “Dios mío, no debo preguntar nada”, se dijo con terror, Bruno podía ser aquel hombre, quizás Alex estaba al corriente de su paso por aquel hotel. Nerviosa, se puso de pie y echó a andar de prisa; la marcha le calmaba la angustia. Estaba tan confusa que no lograba entender quién era Frank, ni quiénes eran su amigos. La escena espantosa de la noche anterior le volvió a la memoria en toda su amplitud. “Trató de matarme...”, se dijo y corrió a refugiarse en una iglesia. Atardecía cuando se encontró en las naves pequeñas de una iglesia de Neully. El olor a santidad y a incienso la reconfortaron, a pesar de sentirse separada de aquel grupo de creyentes que rezaban con fervor el rosario. Si pudiera recobrar su lucidez, encontraría la solución para su vida. Para ello era necesario perder el miedo. Sin miedo sería nuevamente lúcida. Pero ¿cómo aliviarse del terror que le invadía, le nublabla la vista y le llenaba el pensamiento de confusión? Se hallaba en un medio ajeno a ella, tenía la impresión de que a su alrededor surgían seres cada vez más tenebrosos, seres salidos del subsuelo, informes, practicantes del mal inútil. ¿Acaso el mal podía ser útil alguna vez? ¿Qué se proponían aquellos hombres que aparecían uno tras otro en su vida? No lo sabía. Sus conversaciones obtusas, sus gestos, su postura ante la vida, pertenecían a un desorden nuevo que sólo conducía a la destrucción de la alegría de cada día. Con ellos no había atardeceres, ni soles, ni flores, ni amores, ni meses ni estaciones. Vivían en la oscuridad lívida del amanecer, sin que eso implicara el nacimiento de la luz, sino la acumulación de las tinieblas. Buscaban lo oscuro, lo nefando. Los cirios encendidos en la iglesia la aliviaron; ella debía buscar dentro de sí misma una llama pequeña y alentadora para salir de aquel laberinto. “No puedo rendirme... debo salir victoriosa de este extraño combate”, se dijo al abandonar la iglesia. Caminó con lentitud buscando la estrategia para liberarse de aquel grupo maléfico. Recordó que el automóvil de Frank había vuelto a desaparecer. Sucédían cosas que ella era incapaz de

descifrar. La dignidad le impedía hacer preguntas.

Abrió la puerta del piso con desesperanza. En el salón helado encontró a Frank en compañía de Geneviève y de una desconocida. Su amiga corrió a besarla en ambas mejillas, luego hizo las presentaciones:

—Verónica... Lena Lecock... —dijo Geneviève, con voz risueña.

La nueva conocida vestía como una obrera. “Obrero”, rectificó Verónica mentalmente. También su cuerpo chato y sus manos rojizas de dedos cortos y gruesos parecían las de un hombre de la clase trabajadora. Lena, sentada a horcajadas en una silla frágil, actuaba con gran decisión y hablaba con la pedantería propia de una intelectual.

—Lena es poetisa —explicó Geneviève.

Verónica aceptó el hecho con resignación. ¿Cómo podía Geneviève calificar de “poetisa” a aquel ser cargado de hombros, de piernas cortas y cabellos cortados a tijeretazos? Si le hubiera dicho “un poeta de la clase trabajadora”, Verónica habría aceptado el hecho con beneplácito. En verdad se hallaba en un mundo informe “y deforme”, se dijo alarmada, al ver que la desconocida la examinaba con ojos agresivos.

—¡Ah! ¡Toda piernas!... ¡Toda piernas! —exclamó, haciendo alusión a sus piernas largas y cruzadas.

Frank se echó a reír.

—En efecto, querida Lena, Verónica es itoda piernas! Además le gusta lucirlas, es de una gran vanidad. “Piernas arias, de rodilla recogida”, me ha dicho muchas veces... La banalidad es su fuerte. ¿No es verdad, darling? —preguntó, dirigiéndose a Verónica.

—Es verdad. No tengo piernas de enano —contestó Verónica, con frialdad.

Lena guardó silencio, se volvió a Frank y le alcanzó un cigarrillo negro. Geneviève le hizo guiños a Verónica, guiños que ésta no comprendió. Lena retomó la palabra, hablaba de su desdichada *liaison* con un pintor de moda, huraño y maléfico, que había turbado su paz interior; la había arrojado de su lado y ella —transida por la desdicha— se había refugiado en las montañas, en donde estaba construyendo con sus propias manos “una guarida”. Frank la escuchó con atención. La poetisa hablaba ahora de la pureza, de la vida natural alejada de la vida artificial de la ciudad.

—En mi cabaña de la Saboya vivo como un anacoreta. Corto la leña, enciendo el fuego y contemplo la naturaleza. Querido Frank, qué abandono el suyo; veo que ni siquiera “Miss legs” ha sido capaz de ordenar un fuego en esta chimenea apagada. ¡Todo un símbolo!

Frank inclinó la cabeza con aire resignado y sumiso.

—Miss legs no ama el fuego... ama sólo el dinero y los caprichos que pueda obtener —dijo con humildad.

Verónica no se tomó el trabajo de contestar, permaneció impasible fumando un cigarrillo. En cambio, Geneviève se turbó, miró a su amiga y exclamó con vehemencia.

—¡Verónica, quería decirle que Lena es un ser puro! ¡Purísimo! Vive alejada de cualquier banalidad.

—Es admirable... admirable —contestó Verónica.

La interrumpió la entrada de Ivette, que portaba una bandeja llena de golosinas y licores. La sirvienta se sentó con familiaridad en una esquina del salón para participar en la charla. Conocía bien a Lena. De la conversación se dedujo que ambas habían trabajado con Claude, un amigo común de Verónica y de Geneviève. Verónica escuchó el nombre de su antiguo amigo y recordó su pesarosa vida de homosexual vergonzante. Claude ocupaba puestos públicos, era un hombre distinguido y apreciado por su cultura y la diversidad de sus capacidades. Ivette había sido su cocinera y Lena su secretaria. Geneviève las había colocado a las dos y ambas se unían en un desprecio extravagante por su antiguo patrón. Verónica permaneció muda de asombro ante la promiscuidad que estableció Ivette y que los demás aceptaron con naturalidad.

—Si se siente usted muy desdichado, Frank, puede usted venir a compartir el campo conmigo. Siento que su sensibilidad está amenazada por la ciudad —dijo Lena.

Frank sonrió complacido, parecía un hombre poseído por la virtud de la humildad.

—Ahora estoy colocando el techo de la estancia. Lo hago yo misma. Usted podría ser una gran ayuda. Veo en usted la necesidad que padece toda persona humilde de hacer algo con sus manos. ¡Ése es el artesano, el

santo, el purificador de este mundo contaminado!

—No se precipite, querida Lena, primero necesita usted buscar los pocos miles de francos que faltan para comprar los materiales — interrumpió Geneviève, con calor.

Lena hizo un gesto de disgusto. En efecto, el costo de las vigas, la cal, el cemento y demás materiales necesarios para terminar el techo, era altísimo y el precio de la vida continuaba en aumento.

—Sobre todo que no se trata de una cabaña, sino de la restauración de un castillo —agregó Ivette, también acalorada.

—¿Un castillo? —preguntó Frank, con entusiasmo.

Los ojos del hombre se animaron, todo lo que significara dinero lo ponía alerta, le producía júbilo o admiración. En ese momento Frank sintió una sincera admiración por aquella mujer que con sus propias manos reconstruía un castillo en Saboya, para retirarse del mundo.

—¡Iré! ¡Iré a Saboya! Necesito reposo, necesito pureza... —dijo, tomándose la cabeza entre las manos y mirando agradecido a la poetisa.

Lena y Geneviève sonrieron con satisfacción. Verónica insistió para que se quedaran a cenar, pero Lena rehusó la invitación con gesto severo.

—Hasta pronto, Miss legs —le dijo Lena al despedirse.

Apenas se fueron, Verónica guardó silencio, el pensamiento de que su amiga Geneviève, llevada de su propio interés, se hubiera precipitado a ir a visitarla la dejó perpleja. No podía admitirlo. “Pero es verdad, verdad”, se repitió. Frank, como de costumbre, había tenido un gran éxito. Su técnica consistía en ofrecer dinero a los vividores; dinero que casi nunca se volvía real, pero que Frank dejaba tintinear cerca de los oídos de los pedigüños a fin de tener una pequeña corte de aduladores que solicitaban su compañía.

—Cuando dormías vino a buscarte un hombre llamado Rory...

—¿Se atrevió?... He wants money. ¡Poor devil! —explicó Frank, con disgusto.

—Dijo que tú lo habías invitado...

—Dijo, dijo, dijo... —contestó Frank, imitando su voz y añadió—: Me voy. Necesito tomar aire —Verónica lo vio marcharse sin abrigo. Afuera el frío era húmedo y violento y a ella no le importaba que pescara una

pulmonía. Ivette entró después de la partida de Frank.

—¿Ha visto qué descaro de Lena?... ¡Quiere dinero! Y Geneviève también...

Verónica se rehusó a contestar. La sirvienta le daba miedo. ¡Era tan amiga de las dos visitantes! La intromisión de la sirvienta le molestó. Todo lo que sucedía ahora en su vida era irregular y alcanzaba proporciones grotescas. Hasta el hecho de tener una criada se convertía en algo anormal. Ivette sintió su repulsión.

—Son las nueve, la mesa está servida. Me voy. Hasta mañana.

Verónica apenas contestó. Oyó cuando la sirvienta abandonaba el piso y se sintió muy sola en aquel apartamento destartado. El silencio completo y la inmovilidad de los muebles le produjeron miedo.

Debería haber detenido a Ivette; el ruido de sus palabras ahuyentaba el aire morboso que reinaba entre aquellas paredes. Su soberbia la perdía: creía en la distancia entre una nueva sirvienta desconocida y ella. “Si hubiera sido de confianza... pero una advenediza”, se dijo, invadida de pánico. Sintió que la acechaba un asesino. Se levantó y fue a inspeccionar si estaba bien cerrada la puerta de servicio. La miseria de la cocina mal iluminada por un foco amarillento apareció en todo su esplendor. La puerta que estaba junto al lavadero improvisado era de cristal y la cerradura estaba rota. “Esto es nuevo”, se dijo, aterrada. “¿Quién lo habrá hecho?” Afuera, un patio lúgubre se dibujaba en sombras húmedas. Recordó a Guy. ¿Estaría en el cuarto de criados? ¿Cómo cruzar aquel patio siniestro, subir las escaleras que desconocía y encontrar el cuarto del jovencuelo? Petrificada, contempló el asado cocinado por Ivette y huyó de la cocina. No tenía apetito a pesar de no haber comido nada durante el día. Al pasar junto al excusado pintado de rojo sangre, pensó que era igual a un infierno estrecho y tenebroso “o a un matadero”. ¿Por qué Perrin lo había pintado de aquel color que a ella siempre le había repugnado? Volvió al salón y se sentó a espiar los ruidos de la casa. El piso entero crujía como si amenazara con venirse abajo. Las cortinas estaban echadas y el tiempo no pasaba. Verónica sintió que envejecía con una velocidad aterradora; tal vez esa misma noche podía llegar al final de su vida. Alguien llamó a la puerta de entrada y por primera vez pensó en

Frank con un sentimiento de consuelo. Corrió hacia el pequeño vestíbulo y abrió la puerta de golpe. No era Frank, era Rory. Desconoció su talla mediana, sus ojos saltones y su piel rojiza.

—¿Qué desea...?

—Rory... Rory... espero que no me haya olvidado tan pronto, bonita.

—¡Ah!... Rory, pase.

—¿No ha llegado Alex? —preguntó el recién llegado.

—¿Alex?

—Sí. Me citó aquí.

Rory se instaló con naturalidad en el salón. Había comprendido el terror de Verónica y esto pareció complacerlo, ya que su llegada era bienvenida.

—No sabía que Alex pensara venir hoy —dijo Verónica.

—¡Qué loco que es! —comentó Rory.

Verónica tuvo la impresión de que Rory, con su sonrisa cínica y corrupta, abría las puertas a un infierno nuevo, desconocido; no al infierno de su infancia devorado por las llamas, sino al infierno de los seres pálidos e informes que acechaban a las víctimas antes de que el asesino cometa el crimen. Seres sin conciencia, dotados únicamente del deseo de poseer un placer que jamás alcanzarían. “El espejismo de la técnica erótica”, se dijo al verlo devorado por vicios indecibles e inimaginables, que excluían la conciencia cristiana en la que ella había sido educada. “Es un hombre monstruoso.”

—Me voy. Veo que no le resulto agradable...

—¿Agradable?... pero ¿a alguien le puede interesar ser agradable? —preguntó Verónica.

—¡Qué inteligente que sos! No me interesa ser agradable. Me interesa que me escuchen y esta mañana me escuchaste, bonita, y no te gusté. Helas! Resulta que no tengo adonde ir. Alex y los demás me han plantado

—Rory dio vuelta a los bolsillos de su pantalón para mostrar que carecía de dinero para ir a algún café.

—¿Ya cenó?

—Yo nunca como —afirmó Rory, y se dirigió al nicho en donde brillaban las botellas para servirse un trago. Permaneció con la botella en

la mano, dudando.

—Iré por un vaso... —dijo Verónica.

—¡No, bonita! Iré yo, conozco el camino —dijo, dirigiéndose a la cocina.

Verónica se preguntó asombrada cómo sabía en dónde estaba situada la cocina. No encontró la respuesta, estaba atontada. Lo vio llegar con dos vasos y llenarlos de whisky. Le ofreció uno a ella.

—No, gracias.

—Bueno, bonita, los beberé yo...

Se tendió en el canapé y bebió de prisa el whisky. Sacó su frasco de píldoras y apuró un puñado de ellas con el segundo vaso. Sus manos dejaron de temblar.

—Así está mejor... mucho mejor... —repitió el hombre, entrecerrando los ojos.

Transcurrió un gran rato durante el cual Verónica examinó con atención aquel desecho humano tumbado en el canapé. El hombre se sintió observado, se puso de pie y corrió al vestíbulo en donde había dejado su vieja gabardina. Revisó los bolsillos con ansias y sacó tres libros pequeños. Volvió al salón.

—¡Aquí están tres de mis obras! Mañana te traeré la cuarta. Soy hombre de palabra. En mi familia me enseñaron a cumplir con la palabra de honor... Somos nobles, viejos nobles de la Colonia —explicó con petulancia y agregó—: Por eso no puedo entenderme con la vieja puta, con la norteamericana que me pescó. Dime, bonita, ¿sería muy malo estrangularla? —al decir esto sus ojos saltones cobraron un aire vago, como si hablara de algún placer desconocido.

—¿Estrangularla? —gritó Verónica, aterrada.

—¿Por qué no? ¿A quién le es útil una histérica?... No te asustes, bonita, no lo haré; es una manera de pasar el tiempo...

Verónica no contestó.

—Bonita, ¿quién rompió la cerradura de la puerta de la cocina?

—No lo sé... —contestó Verónica, sintiendo que perdía toda la fuerza de su cuerpo.

—¿Y para qué la rompieron?... ¡Cuidado, bonita!... Mucho cuidado... —comentó el hombre, dirigiéndose nuevamente hacia el vestíbulo. Se iba.

—¿Sabe la hora? —le preguntó Verónica, para calcular cuánto tiempo faltaba para que amaneciera.

—No lo sé... Calculo que debe ser la una de la madrugada. ¡Qué ambiente extraño el de esta casa! —exclamó, mirando el vestíbulo vacío.

—Es muy fría. El dueño casi no da calefacción —replicó Verónica.

—Sí. Es fría, pero es más extraña que fría. O tal vez se deba sólo a su leyenda; usted sabe que Pierre Perrin es muy sospechoso.

Rory abrió la puerta y salió. Verónica, fascinada, lo vio desaparecer tragado por las sombras del cubo de la escalera; luego cerró la puerta. El miedo se apoderó de ella, las últimas palabras del visitante la dejaron aterrada. ¿Por qué Rory conocía a Pierre Perrin? Sintió toda la fuerza del terror que se desprendía de aquellos muros y la completa soledad de las habitaciones. ¿Quién era Rory? Su vida estaba invadida por personajes inmundos y hasta la casa en la que vivía tenía un pasado inmundo. A fuerza de pensar, los oídos se le llenaron de ruidos gigantescos. “Debo huir, debo suicidarme”, se repitió. Afuera, los ruidos de la calle habían cesado. Ya no pasaban automóviles. Pensó en llamar a Geneviève, pero era inútil, desde la tibieza de su sueño no entendería su terror. Además, Geneviève estaba ahora interesada en Frank y su fortuna. Sintió que estaba amaneciendo. ¿Y si Frank se hubiera ido para siempre? Este pensamiento la reconfortó. Con su desaparición, desaparecerían también los seres lívidos de dedos raídos y ojos vagos. Los nombres, las frases entrecortadas, los chalecos rojos, se le confundieron en una sensación de vértigo. Escuchó un ruido y junto a ella apareció Frank. La miró sin reconocerla, cruzó el salón y se dirigió a su cuarto. ¿Por dónde había entrado? Pensó que era imposible que hubiera pasado a través de la puerta. De pronto recordó la cocina y la puerta con la cerradura rota, que comunicaba con el lúgubre patio trasero. Escuchó que Frank revolvía sus maletas. Al cabo de un rato lo vio reaparecer con una cartulina en la mano... Era una fotografía. Se dirigió a los nichos vacíos y la colocó con cuidado. Verónica distinguió a dos hombres en traje de montar, los dos bien parecidos y de edades diferentes.

—Somos mi padre y yo... ¿Por qué no te conocí entonces?

Frank se acercó a mirar la cara de Verónica y ésta sintió el olor de su

piel sudada y su aliento amargo.

—Allí estoy antes de ir a Lausanne...

Verónica apenas lo escuchó. No le interesaba Lausanne, ni Frank, ni su padre. Frank se dirigió a su habitación y se acostó de cara a la pared. Verónica permaneció un largo rato en el salón, después se fue a su cuarto. Rayaba el día cuando se quedó dormida. No había hallado respuesta para el horror que vivía. Desayunó en la cama y escuchó los pasos recios de Ivette, por el pasillo. Al mediodía se quedó dormida. La despertó la voz alarmada de Ivette.

—¡Es Lena! ¡Señora, es Lena!

Se levantó maquinalmente y se dirigió al espejo. Sus párpados morados parecían dos papeles quemados. Se pintó la boca, se alisó los cabellos, se colocó las gafas de sol y se dirigió al salón. Al entrar vio los cabellos recortados de Lena y a Frank, de rodillas, frente a la mujer.

—¡Frank!... —llamó, para no sorprender aquella escena íntima.

El hombre se puso de pie con serenidad. No le quedaba ninguna huella de la noche pasada. Estaba otra vez intacto, con la piel oscura restirada, el traje inglés azul y la camisa impecable. Acercó un taburete con naturalidad y se sentó frente a Lena, en actitud de admiración. Verónica ocupó un lugar vecino y la conversación se volvió penosa.

—Lena me hablaba de su poesía...

—¡Frank!, por favor, eso queda entre usted y yo —exclamó la poetisa.

—Hace frío en esta casa... —comentó Verónica.

Entró Ivette con una bandeja surtida con ostras, vinos y golosinas.

—¡Brindo por la pureza! —exclamó Frank, levantando su copa y dirigiéndola a Lena.

El timbre de la entrada lo sobresaltó. Casi inmediatamente entró Alex. Su presencia dejó turbado a Frank, que permaneció con la copa llena de vino de Alsacia en alto.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bien! qué grupo tan íntimo, tan agradable —dijo Alex con voz pedante, mientras miraba a Lena con repugnancia.

Verónica le ofreció asiento, sorprendida ante su visible molestia por la presencia de Lena. Verónica no entendía nada: observaba las miradas, los gestos de disgusto de aquellos tres personajes enigmáticos y continuaba

tranquila, perdida en sus meditaciones habituales: “¿Cómo escaparé a esto?”. Escuchó reír a Frank. Vio que Alex se dirigía al vestíbulo y que desde allí le hacía señas para que se acercara. Mecánicamente se puso de pie y fue a su encuentro.

—¿Qué hace esta ninfomaniaca aquí? —le preguntó Alex.

—No lo sé. Es amiga de Geneviève —contestó ella.

Alex movió la cabeza con disgusto.

—Querida, eres una simple de espíritu. Esta bruja viene a hacerte daño. Sólo le interesa el dinero. ¡Échala!...

—No puedo...

Alex volvió al salón, adoptó una actitud elegante y observó atento a Lena y a Frank. De pronto exclamó en voz muy alta:

—¡Me voy! Tengo una cita con un idiota... Eddy Carril.

Frank se volvió a él, sorprendido.

—¿Eddy Carril?, ¿Eddy Carril? —gritó, poniéndose de pie.

—Sí, Eddy Carril, esa vieja basura. Está en París por unos días —contestó Alex, con tranquilidad.

—Pero... ¿tú lo has visto? —preguntó Frank, como si nadie pudiera ver a ese personaje.

—¡Claro! Y voy a ver a ese tonto ahora mismo —afirmó Alex, y se echó a reír enseñando sus dientes afilados.

—Verónica, ¡Eddy es un amigo del Beau-Rivage! —aclaró Frank.

Verónica lo miró con asombro. ¿Entonces existía alguien real perteneciente a aquel pasado fantasmal? Frank, preso de una agitación extraña, no dejó partir a Alex y éste aceptó cenar con ellos. La conversación giró alrededor de Eddy. Al parecer Eddy había sido terrible, un joven cubierto de riqueza, de amigos extraordinarios y de escándalos. Lena guardó silencio, se sintió desplazada y perdió el apetito. Después de la cena Alex invitó:

—Ven conmigo si te divierte volver a verlo.

—¡No! Quizás ni siquiera me recuerde. Yo era tan insignificante... tan joven, y todos ellos tan mundanos —dijo Frank, con modestia.

Verónica sintió lástima por él, ya que ni siquiera había tomado parte en aquella vida fastuosa que todavía lo tenía deslumbrado. Quizás sólo los

había visto de lejos; era el espectador anónimo y modesto de la vida brillante de un grupo de libertinos que corrían desenfrenados en sus automóviles para ir a bailar a Genève en compañía de aquella mitológica Kat, “la carita más preciosa que jamás había visto Frank”. Lena, fuera de aquel pasado esplendoroso, había pasado a segundo plano y callaba, Alex la había nulificado.

—Yo la llevo a su casa —afirmó Alex, con decisión, en el momento de irse.

Lena lo miró ofendida, no tenía intenciones de marcharse todavía.

—¡No! Me llevará Frank —afirmó con descaro.

—La llevo yo. Frank no sale jamás de noche sin Verónica y me parece una grave descortesía imponerse —insistió Alex, con mayor severidad.

Asombrada por su decisión, Verónica lo vio dirigirse hacia el sillón donde se hallaba el abrigo de casimir de Lena, tomarlo y ofrecérselo a su dueña. Resuelto, el pequeño Alex se lo echó sobre los hombros y la condujo a la puerta. Frank lo dejó hacer.

—¿Tienes algún recado para Eddy?

—Si me recuerda... dile que estoy por aquí... —dijo Frank, con humildad.

—Está cambiadísimo, ya no es el sudamericano más seductor de Europa —dijo Alex, soltando una carcajada que rodó por el vestíbulo vacío.

Alex abrió la puerta y dio paso a Lena. Se detuvo y preguntó con voz casual.

—¿Y el pequeño Guy, no les da mucha guerra?

—Desde anteanoche que cenó aquí contigo no lo hemos visto —contestó Verónica, asombrada por haber olvidado a su huésped.

Alex hizo un guiño malicioso, se echó a reír y comentó alegre:

—Entonces todo va bien. ¡Magnífico!

Lena, de pie, con el abrigo sobre los hombros y el gesto sombrío, se dirigió a Frank:

—¡Prométame que sólo usted leerá mis poemas!

—Sí, sí, Lena, no se preocupe; sólo yo los leeré.

Cuando ya se habían ido las visitas, Verónica recordó que había

olvidado comentarle a Alex la visita de Rory Casas Grandes la noche anterior. Vio los ojos apagados de Frank y pensó que tampoco valía la pena decírselo a él. Se fue a su cuarto y oyó que Frank apagaba las luces de toda la casa. El gesto la sorprendió, ¿qué pensaría hacer? Se mantuvo quieta. La casa quedó en completo silencio y sumida en la oscuridad. Permaneció largo rato sin moverse, quería saber qué intentaba Frank; lo escuchó deslizarse entre las sombras, aunque no podía precisar hacia dónde se dirigía. “Va a salir”, se dijo. Los pasos de Frank cesaron. Verónica permaneció alerta un gran rato, de pronto le pareció que alguien abría un cajón metálico en la cocina, se enderezó en la cama y escuchó con atención, no cabía duda, alguien trajinaba con sigilio en la cocina. Se levantó y con infinita cautela salió al pasillo helado, torvamente iluminado por la luz que salía de la cocina. Avanzó, untándose a la pared para evitar el ruido de sus pasos sobre las duelas secas, hasta llegar a la puerta iluminada de la cocina; se asomó temerosa. Frank colocaba con cuidado los cuchillos sobre la mesa metálica; estaba de espaldas a ella y de todo él se desprendía un aire extraviado, parecía tan abstraído en su tarea de examinar el filo de los cuchillos que a Verónica le produjo miedo y casi risa. ¿Quería asustarla? ¿Quería que lo creyera loco? Lo observó unos segundos y volvió a su habitación, avanzando hacia atrás, para estar segura de que Frank no la había visto. Cerró la puerta de su cuarto con cuidado y continuó esperando. Al cabo de unos minutos el ruido en la cocina cesó. Después volvió a escuchar sus pasos y a los pocos minutos apareció su silueta oscura en el marco de la puerta.

—Verónica... ¿estás dormida?

No contestó, quería que la creyera dormida. El hombre avanzó hasta el borde de la cama, se inclinó.

—¿Estás dormida?

Verónica tenía los ojos entrecerrados y a través de la espesa oscuridad provocada por las cortinas, trató de ver si Frank llevaba algún cuchillo en la mano, pero no logró ver absolutamente nada. Sólo sentía la proximidad del hombre; su aliento le barría la cara.

—Verónica, sería bueno matarte y luego matarme. Así acabaría este descenso...

La voz de Frank sonaba muy baja. Verónica continuó inmóvil, tratando de fingir la indiferencia del sueño, aunque su corazón latía con tal violencia que temió que el hombre lo escuchara. Él repitió: “Sería bueno matarte...”, después se enderezó y abandonó la habitación. Lo oyó transitar por la casa y luego volvió el silencio absoluto. Esperó un rato. “Frank está loco”, se dijo, “hace demasiadas extravagancias”. A tientas buscó sus sandalias, su vestido y su abrigo, se vistió y se escurrió hasta la puerta, la abrió y salió huyendo a la calle. Le pareció que Alex y Rory bajaban de un taxi. La niebla le impidió ver sus rostros, pero sus siluetas disparejas le parecieron inconfundibles. Ella estaba en la contraesquina y no podía estar completamente segura. “Todas estas gentes circulan en la noche”, se dijo, asustada. Vagabundeo por las calles húmedas, los cafés estaban cerrados, no tenía adonde dirigirse; sin embargo, era mejor pasar la noche fuera, que esperar a que amaneciera adentro de esa casa, en la que Frank rumiaba su locura. Recordó la dentellada que Frank tenía en el labio superior, aquella mañana en el hotel del Lago Mayor, y se aterrorizó. “¿Y si fuera en verdad un asesino?” El París nocturno y silencioso se llenó de fantasmas que surgían de los postes de luz y de las esquinas brumosas, en donde la humedad parecía concentrarse. Tuvo ganas de llorar; nunca antes se había sentido tan desdichada en aquella ciudad familiar y luminosa. Pensó que sólo Dickens sería capaz de entenderla, porque él entendía a los proscritos y a los huérfanos. “Frank debe ser muy viejo... conoció a Scott Fitzgerald, y sus amigos son todos viejos”, se dijo sorprendida. Recordó a Rory, casado con aquella arpía norteamericana. Le había dado su dirección en la avenue de Wagram, hacia allí dirigió sus pasos. Encontró fácilmente el edificio donde vivía Casas Grandes. En el piso bajo las ventanas estaban iluminadas. Se puso de puntillas y atisbó al interior de una habitación: sentada sobre una cama, una mujer rubia entrada en años miraba al vacío con ojos atontados. Su camisa de noche era blanca y de manga larga y el cabello lo llevaba recogido en dos trenzas pequeñísimas. “Debe ser ella”, se dijo Verónica, y con los nudillos llamó a los vidrios de la ventana. La mujer se sobresaltó. Verónica llamó con más fuerza en los vidrios al mismo tiempo que decía: “¡Abra, Florence, abra!” La vio saltar de la cama y acercarse a

la ventana para echar las cortinas; entonces insistió con más fuerza en sus llamados y gritos. A través del vidrio, la mujer clavó en ella sus ojos extraviados por el miedo, pareció calmarse, dudó y después entreabrió la ventana.

—¿Quién es usted?

—Soy Verónica... Abra, tengo miedo.

—Un momento...

En pocos minutos Verónica se encontró sentada en el borde de la cama de la mujer de Rory, que la miraba con sorpresa.

—¡Qué joven!... ¡Qué pena!... —dijo Florence, moviendo la cabeza.

—No tenía adónde ir y estoy tan asustada... Frank entró en mi cuarto con un cuchillo...

—Lo sé, lo sé... They are evil. Just evil! —afirmó Florence.

—No entiendo nada... Son tan extraños.

—¿No lo sabe?

—No sé nada, estoy sumida en una gran confusión —contestó Verónica.

—Comprendo, tampoco yo entendía nada. Ahora Rory me ha dejado en la calle. En unos días debo abandonar este piso amueblado y no puedo volver a mi país, no tengo dinero para comprar el billete de vuelta, no tengo absolutamente nada. Oh, my God!... Rory vendió mi casa en Cape Cod. Me la dejó mi primer marido; soy viuda, ¿sabe? Y ahora la casa vale una fortuna... Rory se gastó todo el dinero y sólo se ocupa en golpearme. ¡Mire!

Florence mostró en todo el cuerpo marcas de golpes brutales. Unas lágrimas pequeñas y ardientes corrieron por sus mejillas hundidas y Verónica tuvo la impresión de contemplarse a sí misma en un espejo. Sobre la almohada había un gato blanco, tan asustado como su dueña.

—Qué bonito gato... —dijo Verónica, con voz distraída.

Florence lo tomó en sus brazos y permaneció quieta, reflexionando. Sus manos gastadas eran las de una persona honrada. Llevaba las uñas recortadas con cuidado. ¿Qué hacían aquellas manos de ama de casa en aquel piso amueblado? Sus cabellos rubios estaban mezclados con una infinidad de cabellos blancos que, de lejos, la volvían más rubia. Era una mujer vieja y sin lugar en el mundo. Mientras acariciaba a su gato

pasaron por su cabeza recuerdos de jardines perdidos, gestos de familiares lejanos, perfumes olvidados; una vida perdida en otra orilla distinta de aquella orilla de la cama abandonada y ajena. Era una vieja huérfana de dicha, barrida por un viento impío y caída por azar en aquel apartamento destartado.

—¿No tiene usted hijos? —le preguntó Verónica.

—No. No tengo a nadie. Mi hermana murió el año pasado en un convento en Canadá... Dear, tenga cuidado. Le aconsejo que huya de ese demonio. Sé que no tiene dinero, Rory me lo dijo. También sé que una vez que una ha caído en manos de ellos no hay escapatoria. Están en todas partes y se conocen todos... Son como una secta. ¡No!, son una secta y usted y yo estamos marcadas por la infamia... Dear, no tenemos porvenir...

Florence guardó silencio, se quedó mirando al muro, como si en él terminara su vida.

—Se pasarán la voz y adonde usted vaya encontrará la leyenda infame que tejen contra usted. Esto lo he sufrido yo...

—Puedo ir a la policía a pedir socorro... —murmuró Verónica, aterrada.

—Logrará que la encierren en un manicomio. ¿Qué argumentos puede dar a la policía?

—Algo extraño, algo espantoso que me persigue de día y de noche, un hotel en...

—El Lago Mayor... —la interrumpió Florence.

Verónica la miró aterrada. ¡Lo sabía! ¿Quién era Florence? Temió haber hablado de un tema prohibido con una extraña. Se mordió la boca y trató de calmarse.

—Ese asunto ya está olvidado, pero si usted dice una palabra la matarán. ¡Sí, la matarán sin ningún remordimiento! Escuche, ellos andan con el hampa, ¡el hampa!, y usted y yo no tenemos a nadie. Yo me iré de aquí ¿adónde? No lo sé. Tal vez tenga que pedir ayuda a alguno de ellos, nadie más me tenderá una mano. Si me ayudan será para evitar que hable, aunque no pienso hacerlo...

Florence depositó a su gato sobre la cama y recorrió su habitación con pasos vacilantes; después se dejó caer en un sillón y se tomó la cabeza

entre las manos.

—Hace siete años se presentó Rory en Cape Cod, era verano... Era un caballero, pertenecía a una gran familia... —al decir esto Florence se echó a reír con sarcasmo; luego repitió como para sí misma—: ¡un caballero!, ¡una gran familia! De los Conquistadores, por supuesto... No sé a quién estafaría para mandarme flores... —agregó y volvió a reír—. Nos casamos, pero él no podía vivir en América, su educación refinada no soportaba la comida americana y contra mi voluntad vendió mi casa para poder vivir en Europa, en donde se había educado. No sólo era un caballero, sino que además era un artista, ¡un escritor! ¿Ha leído usted sus libros? ¡No valen nada! Sin embargo, aquí uno de ellos se los publicó... Pasaron sin pena ni gloria, pero son su tarjeta de presentación, la justificación de sus crímenes y de sus vicios. Todos lo saben y todos lo callan, de manera que es inútil que yo, Florence, quiera alguna vez decir la verdad. Sería inútil y me costaría la vida... Creo, Verónica, que mi única solución es el suicidio...

Verónica guardó silencio. Florence se puso de pie de un salto, movió los hombros como para acomodarse interiormente y dijo con voz resuelta.

—Prepararé alguna bebida caliente. ¿Ya cenó usted?

—No... pero no es hora de cenar, creo que deben ser las tres de la mañana.

Sin escucharla, Florence salió de la habitación para volver al poco rato con una bandeja con sándwiches y café caliente.

—Tampoco yo he cenado, vamos a comer lo último que queda en la despensa. Mañana el caballero no tendrá desayuno. ¡Es espléndido! Cuenta las rebanadas de pan, de jamón y mide el azúcar —explicó Florence, con rencor.

El café caliente estableció una intimidad más entrañable entre las dos mujeres; pero una intimidad muda, sin palabras y sin explicaciones, la intimidad que sólo proporciona la desdicha compartida. Verónica no quiso preguntar nada sobre aquella secta maldita; tenía miedo de saber. Sintió que ya sabía demasiado y que su vida estaba en peligro, al igual que la de Florence. Tampoco ésta trató de dar más explicaciones. Sus grandes ojos azules se habían quedado fijos en un instante de horror, ahora

parecía arrepentida de sus palabras anteriores. Tácitamente quedó establecido que no podían ayudarse mutuamente, ya que eso significaba un riesgo, una complicidad que ellos no perdonarían jamás. Ni siquiera debían saber que habían pasado la noche juntas. Lo más conveniente era callar y hacerse alguna señal en caso de peligro. Intercambiaron los teléfonos, cuidando de aprenderlos de memoria, para no dejar ninguna huella escrita, y cuando las primeras luces oscuras del amanecer se reflejaron sobre los vidrios lívidos de la ventana, decidieron separarse.

—Ahora se separarán los vampiros —dijo Florence, refiriéndose a la próxima llegada de Rory.

Verónica salió a la calle oscura. No deseaba volver al piso amueblado y caminó sin rumbo fijo en espera de la mañana. El único peligro deseado por ella era que la detuviera un agente de la policía. Se cruzó con algunos; les dio las buenas noches en espera de que la detuvieran para preguntarle por qué circulaba sola a esas horas, pero los agentes la dejaron ir sin hacerle ningún comentario o pregunta. Llegó a Neuilly, los árboles desnudos de algunos jardines desprendían una fragancia invernal que la revitalizó. El frío le quitaba el enorme cansancio que pesaba sobre ella como una gran losa. Recordó con nostalgia sus días en Austria. “Había cascabeles, villancicos y olor a pino”, se dijo con lágrimas nuevas en los ojos. Era un beneficio poder llorar con un llanto recién nacido, limpio de impurezas y de miedo. Sintió que ya no estaba sola en el mundo. Florence, aquel despojo humano, era su amiga. “¡Qué horror, es una anciana prematura!” Pensó y se reconoció en ella.

Volvió al piso hacia las nueve de la mañana. Ivette le abrió la puerta para anunciarle que el señor dormía. Agradecida por la nueva, Verónica se dirigió a su cuarto y trató de dormir un rato. La despertó el teléfono. Era Lena, que pedía con urgencia hablar con Frank.

—Está dormido...

—¡Llámelo! —ordenó con autoridad.

Verónica se volvió para encontrarse frente a Frank, que le arrebató el teléfono.

—¡Interceptando mis llamadas! —dijo con ira.

Se sentó en el borde de la cama y habló largo rato con Lena. Contestaba

con monosílabos o con “ya ve usted”, “no me diga”, “así son las cosas”, “tendrá usted el coche”, “no lo sabía”. Cuando colgó el teléfono, miró a Verónica con odio; ésta permaneció indiferente.

—¿Y se puede saber qué hiciste con tu automóvil? —preguntó ella, pues durante la conversación con Lena le había parecido que hablaba de su coche.

—Está en reparación... te advierto que esto no va a durar mucho. ¡Perra caliente!

—¿Por qué insultas siempre? —preguntó ella con voz aburrida.

—¿Por qué insultas siempre?... ¿Por qué insultas siempre?... ¿Por qué insultas siempre? —repitió él, imitando una voz de mujer.

Verónica lo escuchó con asco, no podía escuchar la degradación de aquella voz ni contemplar aquellos gestos que crecían en obscenidad a medida que el hombre se exaltaba, daba zancadas por la habitación, gritaba, se agitaba como una loca y repetía palabras soeces. Verónica se acercó a él y le dió una bofetada.

—¡Cálmate, loco!

Frank la miró con asombro durante instantes, después la cogió por las muñecas y la arrastró hasta el salón.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Verónica pensó que era lo mejor que podía sucederle, iría a ver a un sacerdote a pedirle auxilio. Repentinamente, y como si le hubiera leído el pensamiento, Frank cambió de idea y la arrastró nuevamente hasta su habitación.

—¡Ah!, creías que ibas a salirte con la tuya. ¡Pues no! No sales de aquí.

Y se colocó en la puerta para impedirle el paso. Se insultaron durante dos horas. Algo irremediable se había producido en aquella situación irremediable. Ahora todo sucedía con una velocidad vertiginosa y Verónica supo que llegaban al final; aunque desconocía cuál era el desenlace. Se encerró en su habitación y escuchó que Frank recitaba en voz alta a Shakespeare. Se levantó para ver a quién dirigía aquellos versos; lo vio colocado en su lugar favorito, frente a la ventana del salón, con las piernas envueltas en una manta, sentado en una poltrona. Ivette entró, se colocó de rodillas junto a él y ambos cuchichearon con una

intimidad desconcertante. Quería irse, no volver a ver aquella degradación, no tomar parte nunca más en aquella fealdad.

Por la tarde trató de alcanzar la puerta de salida. Frank le saltó por la espalda.

—Si sales te desbarato la cara.

Verónica dio media vuelta, llamó a Ivette y le pidió que le preparara la bañera. Temía encontrarse con los pelos negros de Frank. Éste tomó a Verónica de la mano y la condujo cerca de la poltrona donde unos minutos antes recitaba a Shakespeare.

—Debes estar muy sucia por dentro y por fuera para necesitar bañarte tanto —le dijo con malignidad.

Ella guardó silencio. ¿Para qué discutir con aquel loco?

Se resignó a escucharlo. Frank llamó a Ivette.

—Pequeña Ivette, prepáreme una tisana para mi “tummy”, ya sabe, los disgustos no me gustan. No puedo desalojar el intestino...

Verónica procuró no escuchar su queja acerca de su estreñimiento. “¡Qué falta de pudor!”, se dijo por centésima vez. Quiso recordar el jardín de su casa de infancia para olvidar aquel detalle repugnante. “Yo me subía a los árboles”, se dijo, tratando de recobrar el perfume de las hojas perdidas en aquella vida encerrada entre cuatro paredes indiferentes y ajenas a lo verde. Lo escuchó hablar. “¡Qué tipo, me arrebató el árbol!”, se dijo, furiosa por la interrupción de su recuerdo.

—... Es curioso, muy curioso, que necesite usted tanto baño. Doña Mercedes es estreñida y sólo puede descansar su “tummy” en una bañera de agua caliente. ¿A ti te sucede lo mismo?

—¿A mí?... ¡Qué horror! No me cuentes esas porquerías... ¡No!... ¡No!... ¡No!... —gritó ella.

—¿Porquerías? Doña Mercedes tiene un intestino muy terco, es como yo, por eso necesita el agua caliente, sólo puede hacer esa necesidad en la bañera.

Verónica se puso de pie y huyó a su habitación. Frank decía siempre las cosas más desagradables e inauditas. Lo vio entrar tras ella.

—¡Vaya, qué delicada la señora! Los excrementos de doña Mercedes son inoloros —afirmó.

—Sal de mi cuarto. ¡Sal de mi cuarto!

Frank soltó una carcajada, se alejó y antes de cerrar la puerta se volvió para anunciarle:

—Después de que te bañes veré cómo dejas el agua —y volvió a reír con una carcajada estentórea.

Verónica tuvo miedo de bañarse. La imagen de doña Mercedes dentro de una bañera de agua caliente revuelta con excrementos la dejó asqueada. Nunca olvidaría esa imagen. “Nunca podré bañarme”, se dijo, al tiempo que se dejaba caer sobre una silla.

La tarde avanzó con rapidez, anochecía y dentro del apartamento soplaba un viento de desesperación. Nadie había pensado en la comida y Verónica no pensó en pedirle nada a Ivette. “Iré a ver a Florence esta noche”, se dijo, consolada. Ella le daría un sándwich. Escuchó que alguien llamaba a la puerta de entrada y la voz pedante de Alex llegó hasta ella.

—Frank, ¿qué tal pasaste la noche? No creo que te divirtieras mucho... Espero que no me guardes rencor porque me llevé a la poetisa —y Alex soltó una risa estridente y convulsiva.

Se diría que hablaba a voces para que Verónica lo escuchara. Después bajó la voz y hasta ella sólo llegaron murmullos. Se echó a dormir, esperaba a que se marcharan para salir de la casa. Debía descubrir la secta a la que pertenecían aquellos depravados. Saber exactamente qué terreno pisaba y cuáles riesgos corría. Tal vez Florence había exagerado, tal vez estaba demasiado aterrada. Recordó la frase: “¡Es el hampa!”, y se asustó. No vio entrar a Ivette; su voz la sobresaltó:

—Dice el señor Alex que quiere saludarla.

—Estoy muy cansada...

Ivette se alejó para volver al cabo de unos minutos.

—Será mejor que venga la señora, el señor se ha descompuesto de ira...

Se levantó con esfuerzo, se miró un instante en el espejo y salió al encuentro de Alex. Lo encontró inquieto. Él cruzó el salón casi en una carrera y se precipitó a besar la mano de Verónica.

—¿Pasa algo, pequeña Verónica?

—Nada...

De pie, en medio del salón, miró con frialdad a los dos hombres.

—Alexito, las mujeres tienen un sexote ¡así! —dijo Frank, haciendo una seña atroz.

Alex pareció horrorizarse. Miró a Verónica, que se dejó caer en un sillón y que con gesto apático se empezaba a servir un whisky, y para disimular la ofensa declaró:

—¡Te lo quería advertir! Lena es una ninfómana conocida. ¡No te fíes de ella! El otro día la encontré en una galería de pintura acompañada de un joven guapo y... evasivo —Alex había recuperado su tono pedante.

Lena iba a las galerías, vivía, se mezclaba con las gentes, estaba integrada en el mundo. “No quiero vivir en esta degradación”, se dijo Verónica. Las gentes que la rodeaban eran seres degradados, pertenecían al subsuelo que antes ella había contemplado desde lejos. Ignoraba que los chalecos fantasía y los jovenzuelos que ocupaban las mesas del Café de Flore eran desechos de la prostitución. Antes creía que eran “bohemos” y vagamente imaginaba que la bohemia era la rebeldía; ahora tenía la certeza de que sólo era la aceptación total de las lacras de la sociedad burguesa. Habían renunciado a su calidad de individuos para convertirse en objetos más o menos caros y más o menos abyectos. Miró a Alex con horror y éste sintió la súbita repugnancia de Verónica y se echó a reír sin convicción. Alex Lenz ocultaba la frialdad de sus manos y la crueldad de sus encías desprovistas de alma, con aquella risa simulada. Bergson hablaba de la risa como de una cualidad propia del hombre. Y Alex se disfrazaba con la risa. ¿A qué zoológico pertenecía? Frank también gozaba de una risa sospechosa; siempre reía de las cosas que degradaban a las gentes que se hallaban a su alrededor.

—Me marcharé enseguida, Eddy vendrá a buscarme. Iremos a visitar a algunos viejos amigos... —explicó Alex, a manera de excusa, sintiéndose en un terreno inseguro.

Frank permaneció quieto, le lanzó una mirada rápida a Verónica, cuyo rostro lívido y su traje arrugado permanecieron inmóviles. Se volvió entonces a Alex.

— Alexito, ¿viene Eddy a buscarte a la puerta? —preguntó.

—Sí, debo bajar a encontrarme con él. Me llamará con el claxon de tu coche. Lo trae... —Alex se interrumpió ante las señas que le hacía Frank

con desesperación para que guardara silencio.

Los interrumpió la campanilla de entrada. Ivette abrió la puerta en medio de la expectación general y una risa alegre llegó del vestíbulo: era Eddy. Frank trató de huir, Alex lo detuvo con firmeza y Verónica lo vio perder el color. Con la boca abierta observó cómo avanzaba el visitante.

—¡Frankie! —y Eddy se echó a reír nuevamente.

—¡Eddy... Eddy... Eddy... no me veas! ¡Por favor, no me veas! Eddy, estoy muy viejo... ¡Qué horror que me veas!... ¡Siempre quise evitarlo! —gritó Frank, cubriéndose el rostro con las manos, y hecho un ovillo en el sofá en el que se había dejado caer con violencia.

Eddy, de pie, continuó riendo. Era un hombre muy mayor, de cabello liso, delgado y con modales infantiles. La actitud de Frank le producía verdadero gozo y la risa ponía en peligro su equilibrio.

—¡Basta!... ¡Basta! Esto empieza a convertirse en histeria —gritó Alex.

Sus órdenes cayeron en el vacío, ya que Frank continuaba aullando como un loco:

—¡Eddy, no quiero que me veas! ¡No, no, no!... ¡Estoy muy viejo!

La risa de Eddy se redobló; señalaba a Frank con el dedo y se estremecía con sus propias carcajadas.

—¡Lo mereces, niño perverso, niño terrible! —gritó Eddy, en el colmo de la alegría.

—¡Basta!... ¡Basta! —repitió Alex, haciendo un gesto de disgusto.

Eddy paró de reír a carcajadas, miró con sus ojos maliciosos a Verónica y le tendió la mano.

—Soy Eddy Carril, linda.

—Verónica... —contestó ella, asombrada todavía ante el efecto que su presencia había provocado en Frank.

Eddy, entonces, volvió a reír y su risa se llenó de hipos. Se dejó caer en el sofá al lado de Frank.

—¡Quítate las manos de la cara! ¡No seas ridículo! —le ordenó.

Frank se descubrió el rostro poco a poco y permaneció inmóvil, dispuesto a dejarse contemplar. Eddy lo miró, se quedó quieto, con el rostro vacío de risa, súbitamente trágico. Por sus ojos pasaron nubes melancólicas, como si hubiera retrocedido al tiempo de su infancia

irrecuperable. Verónica pensó que iba a llorar; Frank, a su lado, respiraba con agitación, poseído por una angustia desconocida, como si la presencia de su amigo le trajera de un golpe la certeza de que los años habían pasado con una violencia devastadora para desfigurarle el rostro. Alex Lenz los observaba divertido, mientras se preparaba un whisky.

—Estoy muy viejo... muy viejo... —volvió a repetir Frank, ocultándose el rostro.

—Ya te dije que lo mereces. ¿Te acuerdas de nuestro viaje a Oriente?... ¡Cuántos chinos, qué horror! Y qué guerra me diste, Frankie. ¡Eras terrible y yo iba de luna de miel! No volvería a hacerlo Frankie... eras un demonio. ¿Te acuerdas? Cambiaste mi vida...

—¿Sigues casado? —preguntó Frank, interrumpiéndolo.

—¡Niño farsante! Mira qué cosas preguntas. Sabes muy bien que mi matrimonio es ¡in-di-so-lu-ble! Además, los dos somos felices casados...

Eddy hablaba como un niño: las eses las pronunciaba como zetas y el ceceo lo acompañaba con gestos circunspectos y bien educados. Era como si repitiera una lección, que a ratos le producía risa. Aprovechaba esos momentos de hilaridad para observar a sus interlocutores con el rabillo del ojo, para ver el efecto que producían sus palabras. De toda su persona se desprendía un aire melancólico, se diría que a su alrededor flotaba una niebla y que Eddy andaba perdido en un bosque adusto. Dejó caer las manos y contempló el vacío unos segundos, perdido en algún recuerdo doloroso.

Miró a Frank con malicia y volvió a reír.

—Frankie, dicen que el tiempo todo lo arregla; pero al verte se diría que sólo lo desarregla. Bueno, ahora ya no podrás ser tan demonio como fuiste. Nadie podrá fiarse de tu cara... Mi mujer sigue riquísima, igual que tú. En cambio, yo estoy arruinado; pero me parece encantador no tener ya una fortuna. ¿No opinas lo mismo, linda? —preguntó, dirigiéndose a Verónica.

—Sí... es realmente encantador... —contestó ella, desconcertada.

—¿Es tu mujer? —le preguntó Eddy a Frank, con aire infantil.

—¡No! Es sólo una amiga. Yo también me casé, Eddy, y tengo cuatro niños.

Eddy depositó su vaso de whisky sobre la mesilla y miró a su amigo con severidad.

—¡Qué criatura terrible eres!... Siempre lo fuiste. ¿Te acuerdas de tu padre? ¡Pobre viejo, qué disgustos le diste! Te reprocho que hayas tenido hijos. Es ¡terrible!, ¡terrible! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué trajiste desdichados a este mundo?

—Mamá, la pobre, deseaba tanto tener nietos... —contestó Frank, con humildad.

—¡Ah!, mamá... ¿Y cómo está tu mamá? ¿Siempre tan llena de alhajas?

—Siempre, tú conoces su debilidad por los diamantes.

—¡Que si la conozco! Por esa manía estamos donde estamos... Bueno, ¿y tu padre? Todavía lo veo en aquellos días terribles...

—No hablemos de eso ahora —pidió Frank.

—Ahora es cuando tenemos que hablar, ya que yo me voy mañana de París. Esta ciudad me ahoga, nunca soporté que me llamaran meteco. ¡Nunca! Los pobres pastores suizos son menos majaderos...

—¿Qué dices? —protestó Alex, indignado.

—Lo que oyes, aunque a ti te hayan expulsado de Ginebra. Te advertí que anduvieras con cuidado y no organizaras esa fiesta —protestó Eddy, con gesto impertinente.

—Dices estupideces. Los suizos son calvinistas, puritanos y ¡odiosos! —gritó Alex.

—Déjalo que chille. Nosotros hablaremos de lo nuestro: “Ah, juventud divino tesoro, te vas para no volver, cuando quiero llorar no lloro y a veces lloro sin querer”... Rubén Darío. No está de moda, ¿y eso a mí que me importa? Tampoco está de moda Scott Fitzgerald... ¡Ah!, no pongas esa cara, Frank. Yo le agradezco a Scott que nos haya incluido en esa magnífica novela. ¡Nos inmortalizó!

—Entonces ¿es verdad que lo conocieron? —preguntó Verónica, ansiosa.

—¡Claro, niña! Lo conocimos muy bien. Era guapísimo, un poco pálido, pero la palidez le sentaba bien, con los cabellos tan rubios que tenía. Estaba loco por su mujer, también iguapísima! y loquísima. Yo lo conocí en la Riviera, en plena gloria, y lo encontré más tarde, ya derrotado, en el

Beau-Rivage de Lausanne. ¡Pobre Scott! Estaba deshecho, la locura de Zelda empeoraba. Era una verdadera tragedia, criatura. Este buen Dios que nos protege a todos, como dice la inocente, pero insoportable de mi madre, castiga siempre a los bellos. Pienso que les tiene envidia. ¿Por qué condenó a Zelda a la locura y a Scott a la tragedia?

—No hables más de Fitzgerald —gritó Frank.

—¡Déjame hablar de quien me dé la gana! ¿Te da miedo aparecer en su novela? Pues yo estoy muy orgulloso, nos hizo un favor. Cuando nos hayamos muerto seguiremos vivos en ese libro. ¿Qué más puedes pedir si eres un mediocre? Por tus actos, viejo demonio, merecerías estar en el libro de la infamia. Scott era adorable. ¿Ya olvidaste la lata que le daba tu padre?

—Me marchó. ¿Vienes o te quedas? —preguntó Alex, interrumpiendo a Eddy.

—¡Quédate, Alexito! —pidió Frank.

—Yo me quedaré un rato para darle gusto a esta niña; así podrá decir que conoció a dos personajes de Scott Fitzgerald —anunció Eddy, señalando con un gesto a Verónica.

Alex se retiró molesto. Se sintió incómodo en el momento en que Eddy habló de su expulsión de Suiza, y ahora temía que durante su ausencia volviera a hablar de aquel enojoso asunto. Antes de retirarse, Alex besó la mano a Verónica y les lanzó una mirada fulminante a sus amigos.

—Ahora que se fue ese pequeño judío hablaremos con tranquilidad. ¡Imagínate, está furioso porque lo expulsaron de Suiza! Cree que es una medida antisemita... —Eddy se echó a reír—... Cambia el tema Eddy... —suplicó Frank.

—¡No lo cambio! En alguna ocasión a mí también me expulsaron de un país y a ti, criatura perversa, te echaron de Inglaterra. ¡Dios mío, los países son insoportables! ¡Tanto lío por unas cartas! ¿Te acuerdas, Frankie?

—No me acuerdo de nada... No tengo tu memoria.

—Mira, linda, este grosero no quiere acordarse de cuando lo expulsaron del colegio, en Inglaterra. Son incidentes divertidos, pecadillos de juventud, travesuras; pero los mayores no comprenden a los niños malos.

¿Verdad, Frankie?

Frank, enojado, no contestó. Le disgustaba que Eddy hablara de aquellas cosas dirigiéndose a Verónica y se lamentó de haberlo retenido. Era capaz de hablar más de la cuenta. Debería haberse ido con él y con Alex; pero en el momento en que se marchó su amigo, no pensó que Verónica iba a ser un estorbo. La había olvidado.

—Me gustaría que ahora mismo apareciera aquí tu padre, verías qué bien te acordabas de todo. ¿Sabes que nunca lo olvidé? Era un hombre muy guapo; claro que me odiaba... Estaba loco, creía que yo era el culpable de tus fechorías. ¡Si el pobre señor supiera la verdad! Dime, ¿lo supo alguna vez? —preguntó Eddy, mirando a Frank con rencor.

Frank no contestó, se limitó a inclinar la cabeza y a mirar el suelo con recato, como si pidiera perdón. En el gesto y en las palabras de Eddy había una animosidad que sorprendió a Verónica. También los ojos del visitante se habían cargado de ira; era como si repentinamente hubiese recordado algo que lo lastimaba o que lo había lastimado en el pasado. Dejó caer sus manos delgadas e inútiles y se quedó abstraído en algún recuerdo terrible, que pareció paralizarlo. Luego, poco a poco, miró a Frank, con miedo. Su euforia y su seguridad de unos minutos antes desaparecieron para convertirlo en una especie de huérfano aterrado.

—Sí... tu padre me culpaba de tus faltas... Dime, ¿está vivo?... —preguntó con voz lenta.

—Murió el año pasado —aseguró Frank, con frialdad.

Verónica pensó que no olvidaría nunca a Eddy. En adelante diría: “Eso ocurrió antes de conocer a Eddy” o “eso ocurrió después de conocer a Eddy”. El personaje despedía un aire trágico casi insoportable, que la sumió en una melancolía desconocida. Hubiera querido adivinar su pasado, que de alguna manera misteriosa era ahora su presente. Eddy se volvió a ella y le acarició una mano. Se diría que había sentido que una corriente secreta los unía a los dos.

—¿Y Kat?... —preguntó Verónica, con ánimo de animar la conversación.

Eddy se volvió a mirarla con aire inquisitivo. Frank se revolvió, inquieto, en el sillón.

—Todavía me acuerdo de ella, Eddy... ¿Sabes?

—¡Cómo!, si dices que es la mujer más bella que has visto en tu vida — exclamó Verónica.

—¿Más bella que Zelda? —preguntó Eddy, con ironía.

—¡Mucho más! —afirmó Frank.

—¡Qué exagerado! —exclamó Eddy con aire divertido.

Frank se apresuró a servirle un whisky muy cargado. Se lo tendió con aire solícito.

—Bebe, Eddy, bebe por los buenos tiempos. Tú sabes que Kat fue mi gran amor. No la olvido; no la olvidaré nunca. Sé honrado, tampoco tú olvidas las fugas nocturnas a Ginebra... —le dijo con una voz tan humilde que Verónica lo miró asombrada.

—Sí, criatura, sí, Kat era una chica muy bonita, la más sexy y la más puta. Nunca olvidaré cómo caías delante de ella de rodillas. ¡Perverso!, lo que te excitaba no eran las fugas sino los regresos a Lausanne —dijo Eddy, apurando el whisky.

A partir de ese instante, Frank se dedicó a llenarle constantemente el vaso de whisky a Eddy, de manera que éste siempre lo tenía lleno. Acompañaba su gesto apurándolo: “Bebe, Eddy, por los viejos tiempos”. Eddy bebía un vaso tras otro, hasta que Verónica vio que le costaba trabajo mantener la copa en la mano.

—Eddy, eres muy cruel conmigo. Yo estaba loco por Kat. La veo siempre que me acuesto con otra mujer, pero no es ella. ¡No, nunca es ella! —gimió Frank.

—¡Criatura, lo tuyo sólo era carne, carne, carne! Has sido tan perverso que merecías el castigo que te impuso Kat: cortar las relaciones contigo. ¡Pobre Kat, fue una de tus víctimas; quizás la más castigada!

Eddy se interrumpió, un hipo nervioso le impidió continuar hablando, Verónica lo vio encogido por las contracciones y quiso hacer algo por él, pero Eddy movió sus manos débiles en señal de que todo sería inútil, mientras Frank contemplaba su agonía con indiferencia. Cuando logró calmarse anunció:

—¡Me voy, linda!

—¡Quédate!... ¡Quédate! —suplicó Frank. Corrió al rincón donde se

hallaban las botellas de licor y le sirvió otro vaso colmado de whisky—: Esto te aliviará. ¡Bébelo! —ordenó.

Eddy bebió el vaso entero, sin respirar. “Qué hombre tan débil”, pensó Verónica, al verlo hundido en el sofá. Frank desde su gran estatura parecía dominarlo por completo. Eddy parecía un niño asustado que se intoxicaba a gran velocidad.

Verónica se sintió aturdida. Eddy era un personaje inesperado, un hombre roto, una víctima terrible de alguna catástrofe secreta. Aprovechó el momento en que lo vio cerrar los ojos, para retirarse a dormir. Era mejor dejar solos a los dos amigos. “O a los dos enemigos”, se dijo, mirando la actitud insolente de Frank, frente a aquel hombre vencido, hecho un delgado ovillo sobre el diván. Frank no hizo ningún gesto para retenerla. Su piel parecía muy oscura y sus labios más abultados, se diría poseído por una dicha cruel y vengativa. “Pobre Eddy... pobre, pobre...”, se dijo antes de caer dormida. Entre sueños, en su cama de dosel verde, recordó Lausanne, el Beau-Rivage, la ventana del comedor y la carita pegada a los vidrios. “Creo que estoy en un círculo de locos” y el sueño pesado se apoderó de ella.

La despertó Ivette, que le traía la bandeja con el desayuno.

—¿Ya vio el salón la señora? —preguntó con disgusto.

—No...

—¿Puede venir?...

Verónica se levantó atontada, cruzó la habitación de Frank y vio que la cama estaba intacta.

—El señor no ha vuelto —comentó Ivette, con gesto adusto.

Al entrar en el salón la hizo retroceder un olor agrio y podrido. Los sillones, la moqueta, los muros, estaban salpicados de vómitos. Los vasos yacían por tierra y los muebles en desorden. Permaneció mirando aquel desastre, muda e inmóvil; se diría que una multitud de borrachos había cometido aquellos destrozos. Ivette la miraba atónita.

—¡Abra usted las ventanas! —ordenó.

El aire invernal entró como una bocanada de vida nueva en aquel salón cargado de olores irrespirables. Sintió vergüenza delante de la criada; tal vez pensaba que también ella había tomado parte en la borrachera

nocturna.

—No entiendo... —dijo con timidez.

¿Por qué sus días debían estar marcados por la infamia? El aire frío le trajo la presencia de la casa en que había transcurrido su infancia. En esos días ordenados ignoraba la existencia de los vicios, las borracheras, los escándalos; su casa era un jardín tapiado en el que no se manifestaba nada que no fuera la inocencia de la dicha. Recordó el cielo azul, el perfume de la madre selva y la frescura de las rosas, y pensó que iba a llorar. “¿En dónde están ahora mis hermanos?”, se preguntó, y no quiso imaginar que los había perdido. Sus ojos nublados por las lágrimas cayeron sobre el teléfono descolgado a un lado de la chimenea. Corrió a colocarlo en su sitio. “Alguien lo descolgó para que yo no pudiera comunicarme con el exterior”, pensó asustada. “Antes nunca tuve miedo, pisaba tierra firme...”

—La conserje me dijo que al amanecer llegaron varios amigos, después salieron con el señor —explicó Ivette, con voz rencorosa.

—No los vi, no supe nada; yo estaba durmiendo...

Volvió a su habitación. “¡Ojalá que no vuelvan jamás!”, se dijo. El olor del salón le produjo náuseas, se sintió presa en una red cada vez más estrecha, ¿qué podía hacer? Tomar un baño para deshacerse de aquel olor putrefacto y después salir a respirar el aire de la mañana fría. Sin más comentarios, abandonó la casa y temerosa se encaminó rumbo al piso de Florence; ella le daría la respuesta, quizás hasta aceptara escaparse con ella. Se acercó con cautela a las ventanas bajas, se puso de puntillas y espió el cuarto de su amiga, le pareció que se hallaba vacío; el colchón de la cama lucía sus rayas azules y blancas y el armario tenía las dos puertas abiertas. Casi sin respiración llamó a la portería.

—¿Qué desea? —le preguntó el conserje, enfundado en una vieja y estrecha americana gris.

—La señora Casas Grandes... —contestó ella, con temor.

—Se mudaron hoy. ¡Valiente gentuza!

—¿Sabe usted su nueva dirección?

—Gente como ellos nunca dejan la nueva dirección. Un automóvil elegante pasó a recogerlos a las diez de la mañana —contestó el hombre,

con gesto despectivo.

—¿Un Mercedes claro? —preguntó ella, pensando en el coche de Frank.

—¡Eso es! Un Mercedes claro.

—Gracias...

Verónica se alejó del edificio seguida por la mirada vigilante del conserje. Caminó todo el día. Necesitaba reflexionar y el aire frío le prestaba fuerzas. No sabía qué hacer ni hacia dónde dirigirse. Pensó en Geneviève, pero desechó la idea. “Es inútil, ella no me dirá nada.” Observó que empezaban a quitar los adornos de Navidad de los escaparates, habían pasado las fiestas y su amiga Geneviève no había dado señales de vida. “Muy derrotada debe verme” y este pensamiento la hizo reír. Al oscurecer regresó al piso. Ivette, desgredada por el trabajo, le abrió la puerta.

—He limpiado lo mejor que se pudo. ¿La señora no vio el retrete? ¡Qué asco!...

El piso se encontraba quieto y su inmovilidad le produjo terror. Debía irse de allí, ¿dónde? Aniquilada se retiró a su habitación; quizás llamaría a Geneviève. Contempló las cortinas verdes silenciosas y los rincones helados. Se hacía tarde; Ivette se marcharía en unos minutos y ella debía pasar la noche sola en aquel piso inhóspito.

—La cena está lista en la cocina. ¿Puedo retirarme? Estoy muy cansada —dijo la vieja Ivette.

—Sí, márchese...

La escuchó partir. Salió de su cuarto y recorrió la casa de puntillas. El pasillo helado la dejó sin respiración, no se atrevió a entrar en el retrete de muros, muebles y piso rojo, tuvo la certeza de que algún ser demoniaco se ocultaba en aquel recinto estrecho. No quiso llegar a la cocina y regresó de prisa a su cuarto. Temblorosa repasó su carnet. “¿A quién podré llamar?”, se preguntó angustiada. “A nadie.” Estaba sola en la ciudad, podía ocurrirle cualquier cosa y nadie se preocuparía de su suerte. “Tal vez Geneviève...” Desechó la idea. La seguridad de hallarse en un grave peligro la hizo reaccionar, debía superar el miedo. “Comeré algo...”, y decidió entrar en la cocina. Rehízo el camino del pasillo, cruzó el umbral, nunca se había fijado en los sucios muros de azulejos de la

cocina ni en el techo manchado de humedad. Sobre la estufa había una cacerola que contenía un asado con patatas. Se sirvió las patatas, cogió un trozo de pan y antes de volver al salón miró por la puerta de hierro y vidrios hacia el patio interior. Le pareció que alguien la observaba desde las sombras y se quedó quieta. No podía asegurar la puerta, no sólo la cerradura estaba rota sino que faltaban dos vidrios. Con las rodillas flojas por el miedo volvió a cruzar el pasillo. “Despacio, no corras...”, se dijo mientras avanzaba por las sombras heladas. Una vez en su habitación comió las patatas y el pan. “Esto no puede continuar así”, se repitió. Debía esperar despierta el nuevo día, no iba a dormirse. En el piso no había libros, ni siquiera un periódico que la ayudara a soportar las largas horas de la noche. “¿Dónde estará Florence?”... Imposible cerrar las puertas de su habitación, Frank guardaba las llaves. Sentada en el borde de la cama esperó a que amaneciera espiando los ruidos extraños que producía aquel piso remodelado. Pensó en subir a visitar a Pierre Perrin y enseguida renunció a la idea, era absurda. Con el paso de las horas se le llenaron los ojos de arena y las piernas le pesaron como si llevara grillos; la noche no terminaba nunca. Tarde, muy tarde, escuchó que alguien daba vuelta a la cerradura de la puerta de entrada.

—Qué mala cara tiene la señora —exclamó Ivette, cuando ella salió a su encuentro.

—Ivette, voy a dormir un rato...

Aliviada por la presencia de la sirvienta, durmió hasta las cuatro de la tarde. Frank no dio señales de vida. Salió a caminar un rato, debía poner orden en su vida, tenía que arreglar sus papeles, conseguir la *carte de séjour*; entonces podría trabajar y perderse en la gran ciudad o emigrar a la provincia para evitar que Frank volviera a encontrarla. Necesitaba un poco de tiempo y de dinero. Más segura de sí misma regresó al piso, ya que carecía de otro lugar donde pasar la noche. Ivette la recibió conciliadora.

—Le serviré un café caliente. Viene usted helada...

Bebió el café en el salón, avergonzada frente a Ivette, que la contemplaba con pena.

—Es extraño cómo ha desaparecido el señor... —aventuró la criada.

—Muy extraño... —se sentía incapaz de entablar un diálogo con la vieja que, de pie frente a ella, la contemplaba en silencio.

La noche transcurrió otra vez lenta y aterradora. Tenía la certeza de que alguien la espiaba desde las sombras del patio interior cuando iba a la cocina a servirse la cena y esta certeza le impidió dormir durante las noches siguientes. “Puede ser un gato...”, se dijo al final, para consolarse. ¿Por qué la habían dejado sola todos al mismo tiempo? Se preguntó qué sería de Frank, de Alex, de Geneviève, de Lena, de Rory y de Eddy, y se quedó perpleja. No dormía y la llegada de Ivette la consolaba de su terror nocturno.

Durante el día, después de dormir un rato, dedicaba el tiempo a arreglar sus papeles. No era nada fácil conseguir *carte de séjour* a pesar de la amabilidad de los funcionarios, que la trataban con consideración, como si continuara siendo la persona que había sido en otro tiempo. La consolaba la belleza de la ciudad. Empezaba a admirar la nobleza de sus piedras y la hermosura de sus plazas desnudas de hojas. Rondaba los alrededores del Palais de Justice y se detenía largo rato ante los puestos de sellos y de pájaros. Era misterioso el invierno. ¿Adónde se iba lo verde? Recordaba las hojas que caían en otoño y dibujaban trazos misteriosos en el aire hasta alcanzar el suelo para sembrar a las calzadas de rumores dorados. De los troncos negros de los árboles brotaba una humedad purificadora y ella sabía que preparaban el milagro de los retoños tiernos. Imaginaba los jugos que subían de la tierra para esparcirse desde el tronco hasta las ramas más delgadas preparando la milagrosa alquimia verde de la primavera. “Cuando florezca el primer castaño en las Tullerías tendré mi *carte de séjour*, y entonces le daré un nuevo rumbo a mi vida.” Debía ser como los árboles que fabrican milagros dentro de su oscura apariencia invernal. El frío la hacía caminar de prisa, era un buen síntoma que tratara de arreglar su vida en vez de pensar en el suicidio. Frank le había hecho un gran favor con su desaparición. “Espero no volver a verlo nunca más”, se dijo al recordarlo. El piso estaba pagado hasta el quince de febrero, tenía pues algunas semanas de ventaja. “Es increíble, la Nochebuena pasó sin que yo la notara.” También habían pasado en silencio las demás fiestas. Frank

había ignorado esas fechas y el terror que el hombre le inspiraba habían provocado que también ella las olvidara. Ahora le quedaban tres semanas. “Veintiún días”, se dijo, aliviada.

En la noche se sirvió la cena y se dirigió a su habitación. El silencio del piso era atronador, detuvo la cuchara que se llevaba a la boca pues sintió que alguien se aproximaba. Esperó tensa, sintiendo que su corazón galopaba desbocado dentro de su pecho. La puerta se entreabrió para dar paso a Guy, cuya presencia en el cuarto de criados había olvidado por completo. El muchacho sonrió al ver su expresión aterrada.

—Verónica, me pregunto si puede obsequiarme un plato de sopa caliente... Allá arriba hace tanto frío... —dijo el muchacho, que continuaba metido en su suéter negro y que tiritaba de nervios.

Lo miró con incredulidad. ¿Por qué se presentaba a romper su calma? Empezaba a vivir en un tiempo nuevo, ya no la aterraba su completa falta de dinero, estaba más tranquila y sólo el pensamiento de que Frank podía reaparecer en cualquier instante la ponía fuera de sí; por eso procuraba imaginar que había desaparecido para siempre. La súbita e inesperada presencia de Guy era el anuncio de nuevas desdichas. Depositó la cuchara en el plato, ya era muy tarde. Ivette se había marchado dos horas antes y la presencia de aquel pequeño homosexual la aterró. No quiso mostrar miedo.

—¿Cómo entró usted a la casa? —le preguntó.

Guy hizo un gesto indicando la cocina.

—Por la puerta de atrás, la cerradura está rota —le dijo sonriendo.

—Lo había olvidado...

—Frank la rompió para que yo pudiera entrar a servirme la comida sin molestar —le aclaró Guy, con la sonrisa en los labios.

Verónica no hizo ningún comentario, juntos se dirigieron a la cocina y ella le sirvió una ración de la comida preparada por Ivette. Volvieron al salón y Guy comió la sopa caliente, el pan y algunos trozos de carne del asado preparado por la criada. El muchacho comía con apetito y de vez en vez le lanzaba miradas maliciosas a la mujer.

—¿Ha visto usted a Frank...? —le preguntó con la boca llena.

—No...

—¿Sabe usted adónde se fue?

—No...

Guy continuó comiendo. Verónica tenía poco que decirle y él pareció darse cuenta de la poca importancia que tenía para ella su presencia en el cuarto de criados. Tal vez debería decirle lo que ella ignoraba de Frank, sería una manera de vengarse de su egoísmo y de su frialdad. Sólo le interesaba ella misma, lo dejaba comer con el mismo gesto con el que dejaría comer a un animal hambriento. Alex le repetía: “Te equivocas, Verónica no tiene un céntimo”. Tal vez Alex estaba equivocado y la mujer escondía una fuerte suma de dinero en algún banco. Él podría despertar en ella un sentimiento que la obligara a gastar un poco de dinero... Le hablaría de Frank.

—Parece que Frank se fue con una amiga. ¿Quiere que lo investigue?

Verónica lo miró con indiferencia y encendió un cigarrillo. Quería explicarle a aquel chico que nada que se refiriera a Frank le interesaba. Lo miró con ironía y sonrió.

—¿Para qué quiere investigarlo? —preguntó.

La campanilla de la puerta de entrada los sobresaltó, “¡Dios mío, es él!”, se dijo Verónica, descorazonada, mientras que Guy saltó para abrir la puerta de entrada. Lo vio reaparecer en el salón acompañado de Alex. El pequeño Alex venía descompuesto, se lanzó sobre ella para besarle la mano...

—Querida. querida Verónica. ¿Qué vamos a hacer? ¡Esa loca!... ¡Esa ninfómana! Yo lo sabía... Ahora hay que librar a Frank de sus garras, lo dejará sin un penique. ¿Sabe que le quitó el automóvil a Beto y a Jaime para irse con ella a la Saboya? —gritó Alex, conmovido.

El nombre de Beto la dejó aturdida. Si Alex no hubiera agregado el de Jaime, no lo hubiera relacionado con aquel imbécil que conoció en Florencia. ¿Y Alex por qué hablaba de ambos con esa familiaridad? Seguramente eran viejos amigos y ella lo ignoraba. Trató de disimular su sorpresa.

—¿Se fue con Lena?, creí que se había marchado con su viejo camarada Eddy —repuso Verónica.

—¡Imposible! Eddy tiene su vida arreglada, no necesita complicársela

con ese histérico —afirmó Alex, con voz severa.

—¿Y Genevieve?... —preguntó Verónica.

—¡Ah!, la vieja alcahueta estará comprando los materiales para terminar el techo del castillo de esa mujerzuela —clamó Alex.

—Terminará mal. ¡Muy mal! Este asunto no me gusta nada. No creo que Frank les haya dado el dinero. ¡Es un tacaño! Lo veremos pronto por aquí —anunció Guy, con ira.

Ante la frialdad de Verónica, Alex trató de arreglar su gesto alarmado, ocupó un sillón cerca de la chimenea y opinó que sería encantador encender un fuego. ¡Era una verdadera lástima que en aquel piso no existiera una reserva de leña! Se puso de pie, se sirvió un whisky y trató de llevar la conversación a terrenos más elevados. ¿Cuáles eran los escritores favoritos de Verónica? La mujer no supo qué contestar. En realidad ignoraba a los pintores, a los músicos y a los escritores de moda.

—Lena tuvo un *affaire* escandaloso con Malthus, un pintor de moda... ¡Muy perverso! En realidad ella era simplemente su criada. Lo chantajeó; por eso posee ese castillo en ruinas. ¿Lo sabía, querida Verónica? —le preguntó Alex.

—No, ignoro todo lo referente a Lena. Ni siquiera sabía de su existencia, aquí Geneviève y Frank dijeron que era el emblema de la pureza —contestó ella, mientras se preguntaba “¿A qué vendrá este teatro montado por los dos?”... y enseguida: “¿A qué hora pensarán marcharse?” Tuvo la impresión de que se hallaban allí por órdenes de Frank y los miró con temor. No diría nada, sería prudente, los dejaría charlar aunque subieran la voz como lo hacía Alex en aquel momento. Pensó que todos habían desaparecido al mismo tiempo que desapareció Frank y que si ahora reaparecían esos dos, pronto vería a Rory, a Beto, a Jaime y a Eddy.

—¡Frank está loco!... ¡Loco!... ¡Loco! —aulló Guy, con un vozarrón inesperado.

—No te excites así. ¡Calla! ¡Calla! —gritó a su vez Alex.

—¡Le quitó el automóvil a Beto para dárselo a esa mujer! —gritó Guy, con más fuerza. Alex se levantó indignado y se dirigió al muchacho. Era la imagen de la ira cuando le plantó dos bofetadas en el rostro. Guy aulló con más fuerza y Alex lanzó su vaso de whisky contra la chimenea.

—Eran dos turistas, Beto y Jaime, se los había dejado por unos días... — rugió Guy.

—¿Y qué saben ese par de imbéciles de Chantilly y de Leonardo? — contestó Alex, levantando la voz hasta alcanzar un volumen impensable en su pequeño cuerpo.

Ante la mirada atónita de Verónica, la riña continuó durante algunos minutos. Espantada vio cómo Guy, de pie, lanzaba un sillón contra uno de los muros y Alex estrellaba la botella de whisky contra la chimenea. Unos campanillazos severos los dejaron quietos. Alex corrió a abrir la puerta.

—Hagan el favor de no armar escándalos. Los vecinos duermen —dijo la voz áspera de la conserje.

Verónica se acercó a la puerta seguida de Guy, que repentinamente había perdido la ira.

—Perdone... perdone... Estábamos jugando... y rompimos una botella —murmuró Verónica.

—Sí, levantábamos con dos dedos un sillón... Era una apuesta —afirmó Guy.

—Señora, perdone usted a estos tres tontos —dijo Alex, depositando en la mano de la mujer un billete de cien francos.

La mujer lo miró sorprendida e hizo el gesto de rehusarlo.

—Por favor, por favor, señora, la he molestado muchas veces al irme de esta casa tan tarde —insistió Guy, con aire mundano. La mujer aceptó la propina.

—Jueguen sin hacer ruido... —les dijo.

—La señora está sola hace ya algunos días y deseábamos divertirla — agregó Alex.

—Sí, sí, ya lo sé que está sola la pequeña señora —dijo enternecida la conserje.

Los tres la vieron bajar las escaleras, luego cerraron la puerta y volvieron al salón.

—¡Vieja bruja! —exclamó Guy.

—¡Cien francos! Alex, usted está loco, creía que la mujer iba a desmayarse. Desde luego no lo olvidará nunca —afirmó Verónica.

Alex, dueño de sí mismo, buscó entre las botellas que Frank había dejado y se sirvió nuevamente un vaso de whisky. Lo bebió con parsimonia y le ordenó a Guy que recogiera los vidrios del vaso y de la botella que él había estrellado un rato antes. Después anunció con calma:

—Ahora que el salón está en calma y en orden, podemos jugar a las cartas rusas.

Con naturalidad se dirigió al cuarto que había sido de Frank y buscó allí papel y lápices. Volvió al salón y con parsimonia repartió las hojas mientras iba explicando el juego. Sólo podía jugarse en pareja, de manera que mientras él y Verónica escribían las preguntas y respuestas, Guy esperaba su turno. Después jugarían Verónica y Guy, Alex y Guy, y así sucesivamente. El juego resultó divertido y sin que se dieran cuenta la noche transcurrió con velocidad. Al amanecer, Guy se dirigió a la cocina para recalentar los restos de la cena que había preparado Ivette. Alex observó con benevolencia a Verónica.

—Querida, ¿ha leído usted a Evelyn Waugh?

—No —contestó Verónica, sorprendida.

—Sería muy conveniente que usted lo leyera, es un escritor magnífico. Se dijo mucho que sus personajes están en clave, aunque en realidad todos los personajes de todas las novelas alguna vez han existido...

—¿Por qué en clave?— preguntó ella.

—Le recomiendo su lectura; después podremos charlar con más facilidad. Es usted la criatura más crédula que jamás he conocido... ¿Sabe?, pienso escribir una novela en que usted sea el personaje. ¡Sería absolutamente delicioso! —afirmó, y se echó a reír con una de aquellas risas suyas tan peculiares e inquietantes.

—¿De qué hablan? —preguntó Guy, volviendo con tres platos servidos.

—De Evelyn Waugh —contestó Alex.

Cenaron la poca comida que restaba y luego permanecieron quietos. Una tristeza colectiva cayó sobre el pequeño grupo. Eran tres fracasados, tres miserables unidos no por la desdicha sino por aquel enigmático personaje llamado Frank. ¿Por qué su ausencia había provocado aquella ira en sus dos amigos? Verónica los contempló en silencio, ella sabía que se trataba del dinero de Frank lo que los había vuelto casi locos. El dinero

no había sido para ellos, sino para aquella extraña mujer llamada Lena, llegada a su casa conducida por Geneviève. ¿Y su amiga, participaría también en la ganancia? Se lo preguntaría a Ivette.

—Geneviève es una mujer que huele el dinero —dijo Alex, interrumpiendo sus pensamientos.

—Vive de los errores de los demás —concluyó Guy, como si conociera a su amiga mejor que ella misma.

—¿Por qué dice eso, Guy?... —preguntó Verónica, asombrada.

—¿No sabe que el chantaje existe? Verdaderamente es usted una niña —exclamó Alex, dando una palmada y poniéndose de pie. Se acercó a la ventana, corrió un poco la cortina y contempló la mañana oscura y húmeda. Se volvió, miró con fijeza a Verónica y exclamó con énfasis:

—Es necesario que lea usted a Evelyn Waugh. Mañana buscaré sus libros, espero que no estén agotados. Hace cinco años los veía en todas las librerías —explicó Alex, y empezó a reír con malicia.

—Frank me hablaba de ese autor, lo citaba con frecuencia, especialmente *Brideshead Revisited* —recordó Verónica.

—¡Qué cínico!... —y Alex rió con más energía.

Verónica se sintió incómoda, tuvo la sensación de que todos la engañaban, hablaban en clave, empezaban una frase y se detenían antes de terminarla para ver el efecto que producía. Recordó a Florence: “Pertenece a una secta perversa”, y deseó que se retiraran sus dos visitantes. Pero ¿cómo decírselo? Alex vio su fatiga; era perspicaz y trataba de no resultar pesado nunca. Se puso de pie y preguntó con cortesía.

—Querida, ¿usted desayuna siempre?

—Sí...

—Entonces invítenos. La buena Ivette no tardará en llegar.

Guy consultó el reloj pulsera de Alex y pareció asombrarse, el día los había sorprendido en el piso de Verónica. Ésta permaneció muda: “Vivo al revés, despierta de noche y dormida de día”, se dijo con indiferencia. Alex volvió a reír con entusiasmo y dio varios paseos por el salón helado. La larga velada le había dado un tinte terroso a su rostro enjuto, de pómulos marcados y ojos azules ligeramente oblícuos. Ninguno de los

tres pareció sorprenderse por la llegada de Ivette, que apareció frente a ellos con aire de asombro.

—Querida Ivette, hemos pasado la noche jugando a las cartas rusas. ¿Sería tan amable de ofrecernos una taza de café? —le preguntó Alex, con voz untuosa.

—Como ordene la señora...

—Por favor, estamos aquí desde...

—Las nueve y media de la noche —terminó Guy.

Alex consultó su reloj y movió la cabeza.

—Hace exactamente once horas. Necesitamos un café.

Apenas hubieron desayunado los dos amigos abandonaron el piso de Verónica. Ésta se dirigió a su cuarto, necesitaba dormir. Se dejó caer en la cama y de pronto las revelaciones de Alex y de Guy la dejaron perpleja: “Frank está con Lena...” Le pareció absurdo que hubiera buscado la compañía de aquel personaje dudoso. “Geneviève es increíble...” Recordó el rostro de su amiga y no encontró ninguna razón para que hubiera llevado a Lena a su casa. “¿Qué se proponía?... ¿Obtener dinero?” Sin atreverse a afirmar que Geneviève perseguía intereses económicos, se quedó dormida. Despertó muy tarde, Ivette ya había partido y la soledad y el silencio de aquel piso hostil le cayó encima llenándola de terror. ¿Qué hago aquí? ¿Cómo he llegado a este cuarto?, se preguntó desesperada. Nadie iba a darle la respuesta y permaneció quieta en la cama, sin atreverse a dirigirse a la cocina. No podía recordar nada; su vida pasada se había esfumado como una voluta de humo y apenas tenía la sensación de haber pertenecido alguna vez a una casa y a una familia. La soledad y el miedo le dejaban la mente en blanco, lista únicamente para escuchar los ruidos de la casa, que crecían a medida que ella agudizaba el oído. Cuando había gente las paredes y los muebles permanecían en silencio; pero apenas se quedaba ella sola, empezaban aquel baile frenético y ruidoso.

Deseó la presencia de Alex y de Guy. Con la frente perlada por un sudor frío que la inmovilizó, esperó en vano su llegada, ya que ninguno de los dos apareció para hacerle compañía. Se reprochó el no haber sido más amable con ellos; mientras, la noche avanzaba con lentitud. Al amanecer

quiso dirigirse a la cocina, pero sus piernas temblorosas no la obedecieron. La seguridad de que algo muy grave sucedía le produjo un dolor en el pecho y trató de no hacer ningún movimiento. Quería caer dormida para que la catástrofe que se aproximaba no la sorprendiera en estado consciente. Su deseo intenso de encontrar el sueño le produjo la sensación de tener arenas adentro de los ojos. “Mañana buscaré *Brideshead Revisited...*” La sorprendió la llegada de Ivette.

—¡Ivette!... ¡Qué alegría verla! —gritó, cuando la criada asomó el rostro por la puerta de su habitación.

La mujer fue a sentarse a la orilla de la cama.

—La señora no ha dormido, debe tratar de dormir de noche. ¿Por qué no se levanta ahora y sale a caminar? El aire frío le hará mucho bien, ahuyenta a los fantasmas —le aconsejó con voz maternal.

Verónica se echó a llorar. Escondió el rostro en las almohadas, ahogada por los sollozos.

—Vamos, la señora está nerviosa, lo comprendo, también yo lo estaría... La señora es muy joven, puede arreglar su vida ahora que ese individuo ha desaparecido —le dijo Ivette, mientras le pasaba la mano por los cabellos revueltos.

—Tiene usted razón... —contestó ella, en medio de los sollozos que la sacudían.

Ivette salió para volver con el desayuno caliente y ambas desayunaron mientras hablaban de cosas triviales, para evitar el tema de la vida rota de Verónica. La cocinera la contemplaba con incredulidad: “¿Cómo ha permitido llegar a esta situación?”, se preguntaba, sorprendida ante la magnitud de la tragedia de Verónica. Le hubiera gustado preguntarle si no podía recurrir a su familia; pero el temor de ser indiscreta la obligó a callar y a compartir el desayuno y la charla intrascendente de su ama. Después la ayudó a tomar un baño caliente y la obligó a salir a la calle.

Verónica deambuló por la avenida, no llevaba ningún rumbo, el aire frío le golpeaba el rostro y la limpiaba del terror pasado la noche anterior. Recordó que de niña, cuando tenía miedo, atravesaba corriendo las habitaciones de su casa para llegar al cuarto de su padre. Una vez allí, se lanzaba a la cama de pilares oscuros y dormía protegida por las espaldas

anchas de su padre, que a ella le parecían el muro de la seguridad perfecta. Ese milagro no se había repetido jamás, ni en su vida de casada ni ahora que vagabundeaba sin rumbo por ciudades extranjeras. “Empecé a tener miedo cuando me casé”, se dijo, recordando aquellas noches interminables en la soledad de la casa de su marido, de muros oscuros y muebles antiguos, en la cual se hallaba extraña y sola. “Eran días horribles...”, se dijo y no sintió haber abandonado el caserón oscuro y la presencia hostil de aquel hombre. Disminuyó el paso, el recuerdo de aquella casa la calmó, era más feliz ahora, sola, que en compañía de su marido. “Tiene razón Ivette, empezaré mi vida...” se dijo, al encaminarse hacia el piso que la llenaba de pavor. La sirvienta la recibió con alegría; comieron juntas en el salón y la criada trató de divertirla imitando a Geneviève. Verónica le preguntó entonces de dónde sacaba el dinero para la comida.

—De mi bolsillo. Ya me lo pagará el señor cuando aparezca o la señora cuando lo tenga —contestó Ivette, con simplicidad.

—Yo no me debería haber casado. Debí continuar mis estudios y trabajar. ¡Fue una locura! —le confió a la criada.

—Por lo general las mujeres se casan jóvenes. Es lo normal... yo no me casé nunca porque no encontré a un hombre que me satisficiera y ahora, al ver a la señora, me felicito de mi soltería.

—Sí, se casan, pero no con maridos como el mío... —murmuró Verónica, en voz baja.

Ambas guardaron silencio, cuando hubieron terminado de comer Ivette le ordenó salir otra vez a la calle y caminar sin descanso, para conciliar el sueño por la noche. Verónica la obedeció en silencio. Estaba acostumbrada a obedecer y caminó otra vez sin rumbo fijo. La belleza de la ciudad la compensaba de su desdicha. Era mejor no recordar absolutamente nada. Llegó al Louvre y contempló la perfección de sus muros de piedra. Tenía frío, los caminillos de las Tullerías estaban cristalizados y el ruido de sus pasos sobre la delgada capa de hielo la hicieron pensar en la fragilidad de las cosas delicadas. Tuvo miedo de haberse convertido en algo tan frágil como aquella delgada capa de hielo. “Me romperé como ella...”, murmuró, sin advertir que algunos paseantes

la miraban con curiosidad. Empezaba a caer la noche cuando decidió volver al piso. Le abrió Ivette, con gesto alarmado.

—Ahí está esa... —le dijo en voz muy baja.

Desconcertada entró en el salón para enfrentarse con una Geneviève aterrorizada, que al verla se puso de pie de un salto y corrió a su encuentro.

—Querida, querida, ¡cómo ha tardado usted! Me estaba volviendo loca... —exclamó, al mismo tiempo que la besaba en ambas mejillas.

—¿Qué sucede? —preguntó Verónica, aterrada.

Geneviève la arrastró hasta el fondo del salón, parecía muy vieja, con las espaldas dobladas y la mirada furtiva.

—¿No ha venido nadie?... —preguntó en voz muy baja.

—No. Nadie.

—Llegarán pronto... A mí me buscaron hoy a la una de la tarde. Debía identificar el cuerpo. ¿Comprende? Me llevaron y lo identifiqué... ¡Ah!, es horrible... Llegará su turno. Le suplico que no trate de esconderse ni de mentir, están al corriente de todo. ¡Absolutamente de todo!

—No entiendo... ¿de cuál cuerpo me habla usted, Geneviève? ¿Qué ha sucedido? —preguntó aterrada.

Geneviève se dejó caer en un sillón, miró al suelo y después de unos instantes musitó:

—De Frank, por supuesto... Lo encontraron esta mañana en el Vallée de Chevreuse. No se sabe si se suicidó o lo mataron. Yo creo que se suicidó. ¡Es increíble, absolutamente increíble! Un hombre tan rico, todavía joven, con la vida por delante... Lena y yo cenamos con él apenas antenoche. Nos invitó a su hotel y estuvo muy amable; después de cenar nos llevó a la casa y luego inada! No supo de él hasta esta mañana. ¡Qué horror, toda la noche tirado en ese bosque y todo el día y otra vez toda una noche! Lena está postrada. Nos había dicho que estaba en el hotel para reflexionar sobre su vida...

—¿Cuál hotel? —preguntó Verónica, asustada.

—El Rafael, querida. Ayer le llamamos por la mañana y nos contestaron que el señor no había regresado. Por la noche tampoco había vuelto, insistimos en llamarlo y de pronto hoy, a la una de la tarde, nos visitó la

policía... No entendemos, no podemos entender lo que le ha sucedido...

—¿Y por qué justamente a usted y a Lena las visitó la policía?... — preguntó Verónica, que no podía dar crédito a las palabras de su amiga.

—La administración del hotel le proporcionó a la policía nuestro número de teléfono. Él nos llamaba todos los días con gran puntualidad. Al ver que no aparecía dieron parte a las autoridades y éstas llegaron a nosotras... ¡Qué horror!

Geneviève hablaba sin levantar la vista del suelo, su rostro envejecido estaba profundamente pálido y su tono de voz era bajo y monótono, como si recitara un cuento de horror que hubiera aprendido de memoria. Verónica la contemplaba con incredulidad: “No, no puedo tener tan mala suerte, sospecharán de mí”, se dijo aterrada, y sintió que el salón hostil giraba en torno suyo amenazándola con sus muros espantosamente blancos.

—¿Cuándo lo vio usted por última vez? —escuchó decir a Geneviève.

—No sé... Creo que hace tres semanas... —contestó con voz temblorosa.

—¿Está usted segura? En estos casos siempre es mejor decir toda la verdad —aconsejó la voz cansada de Geneviève.

—Estoy completamente segura. Ivette lo sabe...

—Sí, pero Ivette se va por las noches —dijo Geneviève, con malevolencia.

—Es verdad... se va por las noches...

—¿Qué le va usted a decir a la policía cuando la lleven a identificar el cadáver?

—No lo sé... Tendré que identificarlo, me supongo —contestó Verónica, tratando de apretar las mandíbulas para dominar el temblor nervioso que se había apoderado de ella.

—Eso mismo. Trate de estar tranquila. Mientras más pronto se resuelva este asunto mejor para todos... aunque me temo que usted es la que corre peligro, ya que él vivía con usted! Lo encontraron rápidamente por el automóvil... Un coche estacionado durante dos días en un camino vecinal llama la atención. Creo que debo irme inmediatamente, no convendría que las autoridades nos encontraran de charla. ¡Dios mío, creo que voy a tener un ataque al hígado!

Geneviève se puso de pie, se calzó los guantes con nerviosismo, se mordió la boca y se acercó a Verónica.

—No le confíe nada a Ivette. Yo no le conté nada. ¡Nada! Espere con serenidad, identifique el cadáver y luego todos trataremos de ayudarla. ¿Comprende, querida?

Se inclinó y besó a Verónica en la frente, al mismo tiempo que le hacía señas para que no se levantara de su asiento. Necesitaba irse sin hacer ruido. Verónica vio su figura alta gris y ligeramente encorvada buscando la puerta de salida con pasos furtivos, y permaneció anonadada en el sillón. Cuando escuchó el ruido de la puerta que se cerraba con suavidad, gritó histérica:

—¡Es el fin! ¡El fin!... ¡Mi fin!

Ivette acudió a su lado, venía trémula.

—¿Qué pasa, señora?

—Frank ha muerto. Lo encontraron muerto, no se sabe si se suicidó o si lo mataron —dijo con voz exasperada.

—¿Muerto?... Suicidio, no. No era el tipo de hombre que se suicida. Lo habrán matado —dijo Ivette, pesando sus palabras.

Verónica la miró aterrada.

—Ivette, si no se mató significa que existe un asesino...

—Sí, señora, eso significa. El asesino debe estarnos vigilando. Es curioso, ayer tuve miedo cuando me dirigí a mi casa. Y esta mañana tenía prisa por llegar aquí; sentía que la señora se hallaba en peligro.

Las dos mujeres callaron unos minutos, después Verónica le narró su conversación con Geneviève. Ivette la escuchó preocupada, extendió una de sus manos gastadas por el trabajo y señaló a su ama.

—¡La han elegido de culpable! Será mejor obedecer sus órdenes, reconocer el cadáver y callar. Esa zorra vino a amenazarla. ¿Cuándo sucedió el crimen? —preguntó excitada.

—Antes de anoche... —contestó Verónica, poseída por un temblor incontrolable.

—Antes de anoche... Vamos a ver, ¿qué no fue cuando estuvieron aquí Alex y Guy?

—Sí, llegaron a las nueve y media de la noche... No, Guy llegó primero

—confirmó Verónica, cada vez más temblorosa.

—Entonces, la señora tiene una coartada. ¡Bendito sea Dios! Ese par de vagabundos ha hecho algo bueno en su perra vida... ¡Ah!, ¿recuerda la señora que por la mañana hicieron hincapié en la hora en la que habían llegado?... Estoy pensando que vinieron con algún propósito, tal vez el de ayudarse o de ayudar a la señora. Este asunto no me gusta... —dijo Ivette, con seriedad.

—¿Usted cree que sabían lo que iba a ocurrir?

—No sé, pero algo sospechaban. No habían vuelto desde que desapareció el señor y de pronto esa visita tan prolongada...

La campanilla de la puerta sobresaltó a las dos mujeres, que se miraron asustadas. Ninguna de las dos se movió. Un nuevo repique más enérgico provocó que Ivette se pusiera de pie para dirigirse a la puerta de entrada. Antes de desaparecer le recomendó a Verónica en voz muy baja:

—Siga las instrucciones de la zorra de Geneviève.

Ivette abrió la puerta, dos hombres le mostraron unas credenciales, la hicieron a un lado y entraron.

—¡Policía! —dijeron a coro.

Verónica se puso de pie, abrió los ojos y perdió el color de una manera alarmante.

—¿Policía? —murmuró.

Ivette entró tras ellos y sin discreción le hizo señas de que se calmara.

—¿La señora Verónica? Necesitamos hablar a solas con usted —dijeron a coro los dos hombres.

—Brigada Criminal —explicó el más joven.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... No entiendo nada... Ivette, déjenos... —ordenó Verónica, con voz débil. La cocinera abandonó el salón con gesto resignado, mientras Verónica les ofrecía, en vano, asiento a sus dos visitantes, que la observaban con fijeza.

—¿Conoce usted al señor Francisco B. Luengo? —preguntó el más alto de los dos hombres. Verónica contempló sus ojos claros, su traje usado cubierto por un abrigo viejo y sus cabellos castaños sembrados de canas. ¿De manera que aquel hombre estaba destinado a castigar el crimen? Bajo su mirada imperturbable, se sintió llena de culpas: iban a detenerla

por su complicidad en el crimen del Lago Mayor. Ella sabía que un crimen no puede quedar impune. Se sintió aliviada.

—Sí, conozco a Francisco B. Luengo. Vivió en esta casa hasta hace tres semanas —contestó.

—¿Amante suyo? —preguntó el otro hombre, aguzando los labios como un animal de caza.

—Sí, aunque reñimos mucho...

—Dijo usted: vivió; entonces, ya no vive aquí —afirmó el primer policía.

—Dije vivía, porque se fue de este piso hace tres semanas.

—¿Qué lo movió a marcharse de aquí? —preguntó el policía más joven.

—Lo ignoro, simplemente cuando desperté ya se había ido...

—¿Lo ha vuelto a ver desde entonces?

—No. Ignoro su paradero... —mintió Verónica, con voz asustada.

—¿Lo ignora? ¿Ignora usted lo sucedido? ¿Está usted segura? —preguntó el viejo policía, con voz severa.

Verónica guardó silencio: “¿Les diré que Geneviève vino a avisarme su muerte?” Se estrechó las manos y notó que las tenía demasiado frías. Escuchó que le repetían la pregunta varias veces: “¿Ignora usted lo sucedido?” “¿Está usted segura?”... “¿Ignora usted lo sucedido?”... La voz del hombre se convirtió en un silbido agudo y se sintió perdida bajo aquellos cuatro ojos que la miraban con dureza.

—No... no lo ignoro. Alguien vino hace un rato a decirme que había muerto...

—¿Quién es ese alguien? —preguntó el hombre más joven, levantando la voz.

—Una amiga, estaba muy asustada, parece que ustedes ya la entrevistaron...

—¡El nombre! ¡El nombre! —exigió el hombre viejo.

—¿Cómo empleó usted la noche antepasada? —saltó el policía joven, sin darle tiempo a contestar la pregunta de su compañero.

—¿Antenoche?... La pasé aquí con dos amigos de Frank.

—Los nombres, el de su amiga y los de los amigos de Frank —exigió el policía viejo.

Verónica guardó silencio, dudaba en dar los nombres de Geneviève,

Alex y Guy. Al final los pronunció en voz baja, estaba aturdida, hubiera deseado que Ivette se hallara a su lado. ¿Qué le había dicho? “Geneviève busca culparla a usted.” No lo entendía.

—¿Trabaja usted? —escuchó la pregunta sin comprenderla.

¿A quién podía importarle que trabajara? Levantó la vista y miró los rostros de los dos hombres que la observaban con ansiedad.

—No... No tengo permiso de trabajo...

Después, las preguntas cayeron sobre ella como una lluvia tupida que la sumergía en un mar de confusiones. No supo lo que contestó, miraba a uno y otro sin descanso, asombrada de su velocidad de palabra y de su sorprendente curiosidad. Recordó: “Los curiosos viven poco” y quiso decírselo, pero guardó silencio. Era mejor contestar a sus preguntas copiosas y adoptar un aire dócil. Se escuchó diciendo:

—Guy vive aquí, en el cuarto de servicio.

—Ve a buscarle —ordenó el policía viejo al hombre más joven.

Verónica lo vio desaparecer, se sintió aterrada.

—¿Puedo fumar?

El policía le ofreció un pitillo y la contempló con curiosidad.

—Vamos a ver. ¿Desde cuándo conoce usted a ese Guy? —preguntó con calma.

—Hace poco tiempo, me lo presentó Alex, el amigo de Frank. Él lo trajo a vivir aquí, pues no tiene casa...

—¿La visita a usted con frecuencia?

—No. Venía cuando estaba aquí Frank... Aunque en verdad vino muy pocas veces y no volvió hasta antenoche...

El policía dio unos pasos por el salón, aspiró el humo de su cigarrillo y preguntó con una nueva inflexión de voz.

—¿Cómo y adónde conoció usted a Frank?

—¿A Frank?... Me lo presentó mi marido, son muy amigos...

—¿Son muy amigos? —preguntó extrañado el policía.

—Sí... Bueno, no sé si últimamente hayan reñido —afirmó con voz débil y asustada de sus palabras.

—¿Qué hacía Frank cuando usted lo conoció?

—A veces vivía con su madre y a veces con su mujer... No estoy muy

segura.

La entrada del policía joven, acompañando a Guy, interrumpió el diálogo. El muchacho venía muy pálido y le lanzó una mirada de complicidad amistosa; ocupó un lugar vecino al de ella y guardó silencio. Los dos policías deliberaron unos minutos y decidieron llevar a Guy a la habitación de Verónica, mientras ella esperó en el salón. Guy contestó con rapidez a su interrogatorio: carecía de trabajo, vivía de sus amigos, no robaba ni hacía contrabando, la noche del crimen la había pasado con Verónica y con Alex.

—¿Por qué justamente esa noche vino usted a visitar a su amiga? —preguntó el más viejo.

—Tenía hambre. Esa noche carecía de dinero. Alex me dijo que si conseguía vender un cuadro vendría a buscarme. Dieron las nueve y como no se había presentado bajé a pedirle un plato de sopa caliente. Eso es todo.

—¿Eso es todo? Y entonces ¿por qué se presentó Alex media hora más tarde?

—Traía el dinero del cuadro. Quería invitarme a cenar. Me encontró con Verónica y decidió acompañarnos. ¡Estaba muy sola y tenía muy mala cara! —afirmó el muchacho.

Los dos policías lo dejaron en la habitación y salieron a la cocina en busca de Ivette. Encontraron a la criada cruzada de brazos frente a la vieja mesa, con aire aburrido. Sus ojos gastados no mostraron absolutamente nada cuando el policía más viejo empezó el interrogatorio. Sí, conoció a la señora por mediación de Geneviève, que la llevó allí de sirvienta. ¿Que cómo era Geneviève? Como cualquier persona, ni mala ni buena, llevaba una vida monótona, tenía muchos amigos y se estaba haciendo un lugar en el mundo. Sí, una de sus amigas predilectas era Lena Lecock... ¿Lena? Era una mujer melancólica y aburrida, por eso bebía demasiado.

—¿Bebe o también se inyecta? —preguntó el más joven.

—No lo sé. Me parece que nada más bebe, nunca oí lo otro...

Ivette dio los nombres de sus antiguos patrones y con mansedumbre se dejó llevar al salón en donde aguardaba la señora Verónica. La encontró

muy abatida, se diría que en esas dos horas había envejecido varios años. No le dijo nada y ocupó el sillón que el viejo policía le indicó. El más joven fue en busca de Guy, que esperaba ansioso en la habitación de su amiga. El miedo le había paralizado las rodillas y, al ver al policía, no pudo ponerse de pie.

—Vamos, vamos, chico. ¿Tienes miedo? —le preguntó el policía.

Guy se sobrepuso, se enderezó y salió acompañado del policía rumbo al salón, en donde lo esperaban los otros. Unos minutos después el pequeño grupo bajó las escaleras. La portera se hallaba en la ventana de su vivienda observando al grupo mientras éste subía a un automóvil. Ivette la sorprendió haciendo una señal afirmativa a los policías y tuvo la certeza de que éstos la habían interrogado antes de subir a la casa. Se sintió manchada, sucia. A ella nunca la había interrogado la policía. “Soy una persona honrada. Geneviève me trajo a esta casa”, y pensó que debería decir la verdad sobre aquella mujer; sin embargo prefirió guardar silencio, podía complicarse en algo aún más tenebroso que la muerte de Frank. Cruzaron la ciudad, salieron al campo y corrieron durante una hora entre sombras, bosquecillos y pueblos apagados, Ivette ignoraba adónde los llevaban, trató de leer algo en los rostros de los dos policías, pero fue inútil. El más joven conducía el vehículo acompañado de Verónica y atrás iba el viejo acompañándolos a ella y a Guy, que no movía un solo músculo de su cuerpo y no parecía tener ningún deseo de charlar. El auto se detuvo frente a la comisaría de una ciudad pequeña. Los policías, ayudados por otra pareja, los condujeron al interior del edificio.

Una vez dentro, les mostraron una banca de madera colocada contra el muro de una oficina y los dejaron esperando.

—¿Y qué hacemos aquí? —preguntó Verónica, temblorosa.

—Me parece que debemos identificar el cuerpo... —murmuró en voz baja Guy.

Hacía frío y los tres sintieron una fuerte corriente de aire helado que los sacudió de su asiento. Un hombre severo apareció frente a ellos. Con un gesto llamó a Ivette. Ésta perdió el color, se puso de pie y sin dejar de mirar a aquel hombre enfundado en un viejo abrigo gris, se dejó conducir por él. Era asombroso, un crimen estaba por encima de aquellas

formalidades burocráticas y, sin embargo, esos hombres efectuaban sus actos banales y rutinarios con una ceremonia repetida mil veces. Era como si de aquella manera absolvieran el crimen. Verónica trató por primera vez de visualizar el asesinato en un bosque imaginario y lluvioso. El asesino, después de cometer el crimen, ¿qué había hecho? Debía ser terrible estar frente a una persona viva, recurrir a la violencia y de pronto descubrir que aquel ser que hablaba, se movía y pensaba, yacía inmóvil y quieto para siempre, frente a su agresor. Aun si éste se arrepentía del crimen, la víctima nunca más volvería a vivir, a verlo o a reprocharle nada. Nunca más. Recordó el terror que le produjo en su infancia el crimen de Caín y el paraje solitario en el que asesinó a su hermano. Ahora ella estaba allí para identificar, como decía Guy, el cuerpo sin vida de Frank. Lo imaginó dormido para siempre, con los ojos cerrados y el gesto apacible de los durmientes, y se volvió a Guy.

—Es terrible, yo lo odiaba, Guy, y ahora que sé que está ahí dentro, dormido para siempre, sólo tengo piedad...

—¿Piedad? ¡No la merece!... Alex lo conoce bien... —contestó el muchacho, en voz muy baja.

—¡Guy!, no diga eso. Un crimen es algo espantoso, no puedo imaginar quién o por qué pudo asesinarlo. Además... ¡era tan fuerte! El hecho debe haber sido brutal... —y al decir esto Verónica se cubrió el rostro con las manos.

Guy no pudo contestar, uno de los gendarmes se acercó a ellos para suplicarles que guardaran silencio y ambos callaron con expresión embrutecida. Los minutos se alargaron antes de que reapareciera Ivette, conducida por el mismo individuo que se la había llevado. La vieron cruzar el cuarto destartado y desaparecer por la puerta de salida. Al pasar cerca de ellos la mujer les hizo una seña afirmativa casi imperceptible, venía descompuesta.

—Dijo que era él... —murmuró Guy.

El hombre del abrigo gris usado volvió a la habitación casi inmediatamente y se llevó a Guy. El muchacho avanzó junto a él y Verónica lo vio salir de allí, tambaleante. Permaneció sola entre aquellos muros pintados de amarillo ocre, provistos de un lambrín color chocolate.

Ése era el lugar en el que se ventilaban los crímenes. Un acto tan trascendental como el matar terminaba en unas diligencias largas y banales, llevadas a efecto en horas disparatadas. Era como si el crimen dejase de ser pecado para convertirse en una falta burocrática. A Frank lo habían asesinado cuarenta y ocho horas antes y desde entonces no se había movido ni había pronunciado una sola palabra. Ni siquiera había respirado. Recordó su voz: “Any boy is your cup of tea, my dear”, acostumbraba decirle cuando ella opinaba que algún conocido era bien parecido, y luego reía con una malevolencia que aún ahora, sabiéndolo muerto, le resultaba insoportable. “Era muy extraño...”, se dijo tratando de descifrar el enigma en la vida de Frank. De pronto recordó el hotel del Lago Mayor, la dentellada en el labio superior de Frank y el hombre enlutado que entró en su habitación y al que jamás volvió a ver. “Salimos huyendo, Frank se llevó nuestras fichas, allí también se cometió un crimen...”, se dijo, y empezó a sudar frío. ¿Quién era Frank? ¿Por qué la buscó a ella? ¿Quiénes eran sus amigos? Ignoraba su vida verdadera, conocía sólo una faceta mundana y extravagante del hombre que yacía asesinado cerca de ella. Temió los interrogatorios, el miedo la haría confesar. ¡No, no sería el miedo! Más bien la curiosidad de saber con quién había vivido aquellos meses infernales. Alguien debía decirle la verdad, ya que andaba a oscuras, ¿y quién mejor que la policía para que le mostrara la verdad? Los hombres que la interrogaron en el piso le dieron la impresión de saber todo, de leer en ella como en un libro abierto. Así leerían en todos lo demás, ellos poseían la respuesta que ella buscaba. “Dios mío, nunca imaginé estar mezclada en un asesinato.” La palabra misma era abominable. Había llegado a una situación límite y ante aquel acto espantoso no tenía defensa. Trató de imaginar cómo habían matado a Frank y recordó el mercado de Les Halles, con sus millares de reses abiertas en canal, colgadas de enormes garfios de hierro. El espectáculo era tan atroz que durante muchos días se sintió abatida. Después de aquella visita le parecieron normales los campos de exterminio. ¿Acaso aquellas galerías colmadas de cadáveres de animales asesinados no justificaban el crimen cometido contra el hombre? “Somos fieras”, se dijo, y agregó: “No, pobres fieras. No existe la palabra que pueda

clasificarnos”. A Frank le gustaba visitar aquel mercado gigantesco y comer después una sopa de cebolla. “¡Eres una sentimental ridícula!”, exclamaba cuando ella se negaba a pisar de nuevo las galerías olorosas a sangre, y ahora era Frank el que colgaba de un garfio de hierro negro.

Se abrió una puerta y sus ojos atontados cayeron sobre la figura maltrecha de Guy que, al igual que Ivette, le hizo una señal imperceptible de afirmación. Lo vio cruzar la oficina en la que ardía una salamandra y desaparecer por la misma puerta por la que había desaparecido Ivette. Unos instantes después, el mismo hombre de abrigo gris se acercó a ella y la invitó a seguirlo. Se puso de pie como una automática y salió acompañada por el desconocido. Éste abrió la puerta y ambos tomaron un pasillo húmedo con ventanas pequeñas a las que faltaban algunos vidrios. Avanzaron de prisa y salieron a un patio de losas de piedra cubiertas de escarcha, al final del cual se hallaba una especie de bodegón con una puerta pequeña de madera. Al llegar allí, el hombre se detuvo y la observó con detenimiento.

—Conserve la sangre fría y trate de decirme si reconoce a Francisco B. Luengo —le ordenó.

Verónica se apoyó sobre el muro helado. Estaba aterrada. “Aquí guardan a los muertos.” Y recordó Les Halles.

—Este mundo es un matadero...

—¿Qué dice usted? —le preguntó el hombre, mientras empujaba la pequeña puerta que cerraba el pabellón.

—No sé por qué estoy aquí... —murmuró Verónica.

Al entrar el hombre encendió la luz de una bujía muy potente que se encontraba colocada en el centro de una gran habitación. La luz iluminó de lleno una mesa sobre la que yacía un bulto cubierto por una sábana blanca. Del fondo del cuarto surgieron los dos policías que se presentaron en su casa a interrogarla. Ambos la vieron avanzar con ojos severos. El frío era intenso y sus piernas se movían con dificultad. El hombre del abrigo gris la condujo con firmeza ante el bulto que yacía sobre la mesa.

Una vez colocada frente a aquel ser cubierto por la sábana hubo un compás de espera en el que nadie dijo una palabra. El silencio era hueco y frío. El policía viejo, sin decir una palabra, levantó la sábana para mostrar

un rostro profundamente oscuro, con los cabellos en desorden, la boca torcida en un gesto de angustia indescriptible, que la miró con los ojos muy abiertos y aterrados por hallarse en su presencia. Verónica reculó, quiso dar un grito y se tapó la boca con las manos. No podía separar sus ojos de aquellos ojos abiertos que la miraban con fijeza desde una dimensión atroz.

—¿Reconoce usted a Francisco B. Luengo? —le preguntó el policía viejo.

—No...

—¿No es Francisco B. Luengo? —insistió el policía joven.

Verónica recordó a Geneviève: “Identificamos el cadáver, eso es lo único que debe hacer usted”. “¿Por qué me dijo eso?... Este hombre no puede ser Frank”, se dijo en un torbellino de pensamientos cruzados y aterrada ante la presencia de aquel muerto agresivo y de sus tres acompañantes.

—Sí... sí... Debe ser él, pero yo lo conocí vivo... Ese gesto...

—¿Qué tiene ese gesto? —le preguntó el hombre del abrigo gris.

—Ese gesto es espantoso...

—Su muerte no fue muy agradable. ¿Reconoce usted en este cadáver a Francisco B. Luengo? —repitió uno de los tres hombres, tirando de la sábana y dejando el cuerpo al descubierto.

Verónica reconoció el traje gris de Frank, es decir, los pantalones, ya que aquel hombre se hallaba en mangas de camisa.

—Sí, lo reconozco —decidió, apartando su vista de los ojos terribles del cadáver.

“¿Por qué tiene la boca torcida?”, se preguntó angustiada. No debía desmayarse, un sudor frío le cubrió el cuerpo y sintió que las piernas le flaqueaban.

—Me siento mal... —murmuró, buscando el apoyo del hombre del abrigo gris.

Unos minutos después volvió a cruzar el patio de losas escarchadas por el frío, luego rehízo el pasillo y entró en la oficina en la que había esperado con Ivette y Guy. El hombre del abrigo gris la llevaba casi en vilo: “¡Ánimo, ánimo!”, le decía maquinalmente. Se encontró en otra

oficina en donde se hallaban Guy e Ivette. La hicieron firmar un documento y le pidieron excusas por haberla llevado hasta aquel lugar tan lejos de París; debía comprender que era absolutamente necesario: un hombre había aparecido muerto. Verónica los escuchaba atontada, le parecía irreal hallarse en medio de policías y que ninguno sospechara que el muerto no era Francisco B. Luengo. Se dejó conducir a un automóvil en el que acomodaron también a Guy y a Ivette, y los tres reanudaron el camino hasta llegar a la puerta del piso alquilado por Frank apenas unas cuantas semanas atrás. Durante el camino nadie pronunció una palabra. De pie, sobre la acera, se despidieron de los dos policías que los habían acompañado hasta la casa.

—No se ausenten de París hasta que el caso quede resuelto —les ordenaron antes de despedirse.

Los tres los vieron partir en el automóvil oscuro y de modelo anticuado. Después entraron en la casa. La portera asomó la cabeza para verlos cruzar el amplio portal. Subieron la escalera con fatiga; eran las seis de la mañana. Una vez en el salón, Ivette propuso:

—Prepararé un café, lo necesitamos. ¡Qué noche! Verónica se dejó caer en un sillón, miró a Guy con terror y murmuró:

—Guy... ese hombre no era Frank.

—¡Calle!... Ese hombre era Frank. La muerte desfigura, pero ese hombre era Frank. Así lo identificamos todos. ¿Acaso no fueron Geneviève y Lena las primeras en reconocerlo? Pequeña Verónica, usted está muy cansada, muy nerviosa y se imagina cosas extrañas. Cuidado, pequeña Verónica, se puede ver acusada de asesinato a pesar de que Alex y yo somos testigos de su inocencia... —el muchacho dio largas zancadas por el salón; estaba preocupado y las palabras de su amiga lo aterraron. También él estaba seguro de que aquel muerto no era Frank, pero ¿cómo decirlo? Él sólo era un pobre diablo. Escuchó repetir a Verónica.

—No, no era Frank y nos vamos a meter en un lío...

—Calle, por favor —suplicó Guy, aterrado.

Ivette volvió con la bandeja en la que humeaba la cafetera; estaba pálida y descompuesta. Sirvió el café con gesto nervioso.

—Pobre hombre... ¡Qué crimen! ¡Qué crimen espantoso!...

—¿Cómo lo mataron? —preguntó Verónica, asustada.

—No lo sé... pero su último gesto era terrible —exclamó Ivette, bebiendo a grandes sorbos el café humeante. De pronto sus ojos cayeron sobre los pies de Verónica, enrojecidos por el frío.

—¡Y la señora sigue con esas sandalias!... Voy a buscarle una manta para envolverla, terminará con una pulmonía —dijo, levantándose y salió apresuradamente para volver a los pocos minutos con una manta de la cama de Frank.

—¡No! ¡No! ¡No! No quiero esa manta, me da miedo... Además puede llegar en cualquier momento, pues no era él el que estaba en la morgue —gritó Verónica.

Al escucharla sus amigos permanecieron inmóviles, intercambiaron miradas y luego ambos avanzaron hacia ella en actitud conciliadora y asustada.

—Por favor, no repita nunca más esa barbaridad. Se lo suplicamos. Sí era él, aunque la muerte lo haya desfigurado tanto. Cúbrase, él no volverá aquí jamás. ¡Jamás! —repetieron ambos.

La llevaron a la habitación, la obligaron a beber el café caliente y la convencieron de dormir un rato; después ambos abandonaron el cuarto y se reunieron en el salón.

—Por supuesto que ése no era el señor Frank —dijo Ivette, en voz muy baja.

—Eso me pareció, que no era; pero si Geneviève lo identificó es mejor estar de acuerdo con ella —afirmó Guy, con voz temblorosa.

—¡Dios mío!, no entiendo nada —suspiró Ivette, con voz lúgubre.

—Tampoco entiendo yo —confirmó Guy, tratando de pensar con frialdad en aquel rompecabezas que amenazaba con hacerles perder la razón.

Ambos guardaron silencio y escucharon la entrada de la mañana fría, acompañada de pequeños copos de nieve que se pegaban a los vidrios de las ventanas altas y elegantes.

—Frank es diabólico... Alex me lo dijo —aseguró Guy, cabizbajo.

Estaba muy cansado y decidió dormir sobre la alfombra del salón, en su cuarto helaba y además tenía miedo, era preferible que los tres

permanecieran juntos.

—Sí, es mejor —afirmó Ivette, trayendo una almohada de la cama de Frank para que el muchacho reposara la cabeza. Lo cubrió con una manta y ella se retiró a la habitación del señor para dormir un rato. No sabían cuál sería el final de aquella tragedia que los tocaba tan de cerca. La policía podía llegar en cualquier instante y juntos se defenderían con más eficacia. “Nunca sabré en qué lío me metió Geneviève. Estoy segura de que actúa por dinero”, y al decirse esto, Ivette recordó los medios empleados por Geneviève para procurarse el piso en que vivía.

Hacia las once de la mañana el teléfono repiqueteó con estrépito. Verónica cogió el aparato sobresaltada, la llamaban de larga distancia desde Nueva York. Escuchó una voz masculina.

—Verónica, acabo de saber lo del pobre Frank. ¡Qué calamidad, quién iba a decirlo! También sé que estuviste muy fuerte durante esa prueba terrible...

—Sí, Fra... —Verónica iba a decir Frank, ya que era su voz la que llamaba.

—No podré asistir a su entierro. Supongo que no lo traerás a América...

—No había pensado en eso —contestó temblorosa y como si actuara en un sueño.

—¡No! ¡No! Sería un disparate. No hay que molestar a los muertos. Déjalo descansar donde murió. ¡Pobre hombre! ¿Me oyes? Sólo te llamaba para darte el pésame y decirte que estoy contigo, chiquita.

—Gracias... ¿Y cuándo te veré?— preguntó incrédula.

—No lo sé... Tal vez cuando vuelvas a tu casa. Vende el automóvil, con ello puedes cubrir los gastos del entierro. Chiquita, esta conferencia me está costando un capital. Adiós y cuídate.

Verónica escuchó cuando Frank colgó el auricular y permaneció inmóvil y aterrada mirando el teléfono con aire estúpido. Junto a ella, de pie, se hallaban Guy y la cocinera, que la observaban anhelantes.

—¿Quién llamó? —preguntó Guy, asustado.

—Frank... Me llamó desde Nueva York. Dijo que lo entierre en el pueblo donde murió...

—¡Qué broma tan de mal gusto! —exclamó Ivette, que tenía los ojos

enrojecidos por la falta de sueño.

—No era broma, era él mismo —aseguró Verónica, con voz sepulcral.

—¡No es posible! ¡No es posible! —gritó Guy, pateando el suelo.

Después los tres quedaron en silencio. Estaban confundidos. ¿Qué podían hacer? Nada, salvo esperar la llegada de la policía. Ahora, a sabiendas de que mentían, deberían seguir diciendo que el muerto era Frank. ¿Por qué? No lo sabían y esto los hundía en el terror.

—Podemos terminar todos en la cárcel —murmuró Ivette.

—¿Por qué no viene Geneviève? ¡Vieja maldita! —gritó exasperado Guy.

Llamaron a la puerta y ellos trataron de componer el gesto. Era la policía. El diagnóstico del médico forense era que la muerte había sido causada por una sobredosis de barbitúricos. Frank B. Luengo, impulsado por motivos desconocidos y provisto de varios tubos de Veronal, que fueron encontrados en el automóvil estacionado cerca del cadáver, se había suicidado. Verónica podía recoger el cuerpo. Cuando terminaran las diligencias policiacas, podía reclamar el automóvil comprado por ella en Italia. “¿Por mí?”, se preguntó asustada. Sólo faltaba reconocer la nota escrita por Frank y hallada en la cajuela del automóvil. En ella Frank explicaba las razones que lo empujaban a tomar esa decisión final. El policía pidió ver algo escrito por Frank.

—¿Algo escrito? —preguntó Verónica, que continuaba presa en aquella pesadilla interminable que cada vez se complicaba más. Miró al hombre y no supo qué papel podía darle.

—Tal vez sirvan las notas que escribía cuando recitaba a Shakespeare —intervino Ivette, nerviosa ante la actitud extraviada de su patrona.

La criada desapareció unos minutos para volver con un montón de trozos de papel garrapateados por Frank. El policía observó la escritura, anunció que necesitaba llevarse las notas manuscritas para que un experto en caligrafía diera su veredicto. Con cuidado, se guardó los papeles en un bolsillo interior de su americana. Después se volvió a Verónica:

—Señora, puede usted recoger el cuerpo para darle sepultura —dijo con voz grave.

Antes de la una de la tarde se presentó Alex, muy excitado, también él

había sido llamado ese amanecer para la identificación del cadáver.

—¡Quedó desfigurado! ¡Muy impresionante! En verdad impresionante —repitió con asombro.

En seguida decidió que debían llamar a Geneviève para que ésta les ayudara con el entierro, ya que ninguno de ellos estaba en condiciones de afrontar los gastos que suponía el entierro de Frank. Fue entonces cuando Verónica le contó la llamada que había recibido desde Nueva York y en la cual el mismo Frank le pedía ser enterrado en el lugar de su muerte. Alex la escuchó con atención.

—¿Está usted segura, Verónica? —preguntó nervioso.

—Sí, muy segura...

—La señora se encuentra muy nerviosa.

—Alex, dile a Verónica que no le cuente nada a Geneviève —suplicó Guy.

—Verónica será una buena chica y no repetirá nunca lo que acaba de decir —afirmó Alex, suavemente.

Geneviève aceptó asistir al entierro y hacerse cargo de los gastos. Los cuatro salieron a buscarla, la encontraron esperando en la acera de su casa; se veía pálida y nerviosa.

—Deben disculpar a Lena, está sumamente afectada —les explicó.

Geneviève ya había alquilado una gran limousine negra que transportó al grupo a la Vallée de Chevreuse. Los trámites para recuperar el cuerpo los hizo ella misma con rapidez y eficacia. Verónica se limitó a firmar algunos documentos y a esperar en la Comisaría a que Geneviève arreglara la tumba en el cementerio. Todo se llevó a efecto con gran rapidez y a las cinco de la tarde, cuando ya empezaba a oscurecer, el pequeño grupo se dirigió al cementerio para dar sepultura a Francisco B. Luengo. “Éste no es el fin. No, no es el fin”, se repitió Verónica, aterrorizada, mientras veía caer la tierra sobre el féretro de pino de aquel desconocido. En el viaje de regreso a París, los amigos de Frank se sintieron en un grave peligro: habían salvado a Francisco de un cargo criminal y ahora quedaban ellos de testigos inoportunos. Verónica observó sus gestos afligidos y se convenció de que la situación no era envidiable. “¿Por qué me llamó desde Nueva York?” La cara aterrada del

muerto se reflejó en la ventanilla del automóvil. ¿Quién era aquel desconocido?, ¿quién lo había matado y por qué? Los ojos del hombre eran atroces. “Nunca más dormiremos tranquilos”, se dijo, mirando a los demás. Había permitido que lo enterraran bajo un nombre falso y seguramente tenía una familia que lo andaría buscando. Verónica se cubrió el rostro con las manos para borrar del cristal del auto aquellos ojos abiertos llenos de reproche. La mujer vestida de blanco que encontró, en el salón de los Verdía durante aquella fiesta, tenía razón: “Frank es diabólico...” En el piso amueblado Guy había repetido la misma frase: “Frank es diabólico...” Miró a sus acompañantes, iban cabizbajos y silenciosos. El grupo era bastante singular: el pequeño Alex, con su chaleco fantasía y su abrigo azul marino con solapas de piel raída, parecía un personaje escapado de una novela de Joseph Conrad, podía ser un conspirador, un terrorista o un blanco perdido durante muchos años en alguna isla tropical. Su regreso a Occidente sin duda se debía a causas turbias. En cuanto a Guy, con la cabellera oscura en desorden y el suéter negro, era probablemente un ladronzuelo moderno, por lo que no le extrañaría verlo aparecer en alguna nota de periódico, acusado de robo. La cabeza perfectamente peinada de Geneviève, la desconcertó. Ella sí era un personaje inquietante, debido a su impecable apariencia. Casi se diría una monja vestida con ropas de lana inglesa y corte francés de primera calidad. ¿Por qué Geneviève gozaba ahora de aquel bienestar económico? La recordó mal vestida, buscando las bondades de los poderosos. En realidad su encuentro con ella había sido fortuito y, sin embargo, se había convertido en su mejor amiga. No sabía quién era, ni de dónde procedía. Ni siquiera estaba segura de que fuera francesa; sus maneras dulzonas, sus palabras zalameras y su paso furtivo eran inquietantes. “Geneviève tiene un ojo con el que te mira el sexo...”, le había repetido Frank, que ahora se encontraba a salvo en Nueva York. Tal vez Ivette era el personaje más corriente en aquel grupo que corría en silencio rumbo a París. Sus facciones toscas y sus viejos ojos cansados producían cierta confianza. Notó que la cocinera llevaba unos guantes de lana grises para defenderse del frío y notó también que evitaba mirar a Geneviève. “No, no es el fin de la película”, se repitió aterrada y ante sus ojos surgió la imagen de aquel

grupo extravagante alrededor de la tumba abierta. De la tierra del cementerio se elevaba una neblina ligera, las ramas de los arbustos, desprovistas de hojas, parecían pequeños esqueletos negros. El pozo abierto en que quedaría escondido el desconocido le pareció la boca del infierno, abierta para tragárselos a todos. Nadie pronunció una sola palabra, la ceremonia se llevó a cabo en el más profundo silencio y, al final, cuando hubo caído toda la tierra sobre el féretro y los dos hombres encargados de aquel menester descansaron sus palas en el suelo, Geneviève, la increíble Geneviève, dio un paso adelante y extrajo de algún lugar oculto un gran ramo de rosas blancas, que depositó con gesto afligido sobre el pequeño cúmulo de tierra negra. “Descansa en paz, querido Frank”, murmuró en voz lo suficientemente alta para ser escuchada por todos. Fue entonces cuando, asombrada ante el gesto piadoso de su amiga, dedicado exclusivamente a los enterradores, Verónica se dio cuenta del hermoso atuendo que llevaba Geneviève: guantes negros de una marca exclusiva, toca de visón negro, pequeña, que dejaba al descubierto sus cabellos cortos y grises, y abrigo de visón negro también, que relucía bajo las luces tenues del crepúsculo, como un hermoso espejo oxidado. Nunca la había visto tan elegante y nunca pensó que Geneviève lograra ropaje tan suntuoso. Quizás a eso se debiera la amabilidad de los policías que la trataban con la deferencia que se usa para una gran dama. “Sí, tu querido Frank descansa ahora en el Hotel Saint Regis, su lugar preferido en Nueva York”, pensó en aquellos instantes, y su amiga le inspiró terror. Ahora, de pronto, Geneviève tomó una de sus manos heladas y murmuró condescendiente:

—Querida, comprendo su agonía, será preferible que no duerma esta noche sola. ¿Le parece que me quede en el piso con usted?

—No es necesario, me quedaré yo con la señora —se precipitó a decir Ivette.

—Como usted prefiera, mi querida Verónica.

Verónica no contestó, estaban ya en la ciudad de París, que ajena a su terror brillaba hecha un mar de luces. Pasaron frente a las fuentes translúcidas del rond-point de Campos Elíseos y Geneviève le dio órdenes al chofer de la limousine de que primero la dejara a ella en su casa. Los

demás aceptaron con un gesto silencioso.

—Todo es bueno cuando termina bien —dijo Geneviève al llegar a la puerta de su edificio. Antes de abandonar la limousine abrazó a Verónica y la besó en ambas mejillas.

—Querida, se encuentra usted bajo los efectos de un gran choque nervioso. Lo comprendo muy bien, así está la pequeña Lena. Yo me ocuparé de las diligencias para que usted recupere el automóvil. Después, si me lo permite, también me ocuparé de su venta. Ahora descanse. Ivette, cuide bien a la señora.

Geneviève se despidió con afabilidad de los demás y entró con paso inseguro a su edificio. Sabía que los amigos la observaban con hostilidad. La limousine los condujo al piso alquilado. Los cuatro dieron las gracias al chofer y subieron de prisa la escalera para evitar comentarios de la portera, que devorada por la curiosidad los contempló pasar con rapidez frente a su alojamiento. Una vez dentro se dejaron caer en los sillones tapizados de verde y se contemplaron atónitos. Fue Alex el que rompió el silencio.

—¡Vaya bruja! ¿Se fijaron en lo elegante que venía? Me pregunto de dónde saca la señorita Geneviève tanto dinero... No me pregunto, sé la respuesta —dijo con amargura.

—Será más conveniente no hacer ningún comentario —aconsejó Ivette, mientras se despojaba de sus viejos guantes de lana y de su abrigo de solapas raídas para dirigirse a la cocina a preparar un café para todos.

—Espero que el muerto no salga de su tumba para meternos a todos en la cárcel —exclamó Guy, tiritando de miedo.

—¡Calla! Tú y Verónica son apenas dos chiquillos —ordenó Alex, con voz repentinamente cansada.

La terrible sorpresa de la muerte de Frank los dejó mudos. Bebieron el café y declararon que tenían hambre, el día había sido largo y atroz. Ivette corrió a la cocina a preparar una sopa caliente, que sacó de un sobre suizo. No había nada más que ofrecerles a los huéspedes y a la señora.

—La policía no puede ser tan estúpida, tarde o temprano averiguará la verdad y entonces, ¿qué haremos? —preguntó Verónica, poniéndose de pie.

—Cuando eso ocurra, si es que ocurre, diremos la verdad. Ahora, usted debe comprarse unos zapatos, no puede continuar llevando esas sandalias en pleno invierno. La hacen sospechosa, querida Verónica —sentenció Alex, contemplando los pies de Verónica enrojecidos por el frío.

—Le pediremos un adelanto a Geneviève —opinó Guy, que, quieto en su sillón, parecía transportado a otro mundo. Sus ojos vagaban por el salón inhóspito y sus palabras no concordaban con su actitud sonámbula.

—Verónica, ¿me puede explicar cómo se dejó engatusar por ese... histérico? —preguntó Alex, exasperado.

—No lo sé...

—¿No se dio cuenta de que estaba loco? Es un histérico, un simulador, siempre sufrió agudos ataques de histeria. ¡Pobre Eddy! Tuvo que sufrirlo una temporada, pero lo apartó de su vida, no deseaba complicaciones desagradables —explicó Alex.

—¿Quién era el muerto? —preguntó Verónica, que no podía olvidar aquel rostro aterrado.

—¿El muerto?... El muerto era Frank. ¡No lo olvide nunca, querida Verónica! —dijo Alex, con voz severa.

Era imposible hablar del tema y Verónica se resignó al silencio. Sabía que la engañaban porque le temían. Los miró sin esperanzas y agachó la cabeza en señal de obediencia.

—Verónica, no se desespere, estamos aquí para ayudarla. Por eso Guy ocupó el cuarto de criados, estaba usted muy sola en manos de ese histérico. Veremos qué hace ahora Perrin; querrá deshacerse de usted, teme el escándalo, ya sabe que la policía visitó su casa. Hay que buscarle otro alojamiento —aconsejó Alex, con voz suave.

—¿Otro alojamiento?... Estoy rendida...

—No ahora, dentro de unos días. El contrato se vence en dos semanas. ¿No es así?

—Así es...

Comieron la sopa caliente y permanecieron inmóviles. Ivette decidió dormir con la señora y Alex y Guy optaron por pasar la noche en el piso. Tenían miedo de encontrarse solos. Ambos se acomodaron en el salón y dejaron que las mujeres ocuparan las habitaciones. Ivette retiró de su

vista todas las huellas dejadas por Frank, la asustaba su recuerdo y temía la aparición de algún enviado suyo. También ella se sentía en peligro. Pensó con miedo en los personajes que dormían en el salón: “Ellos son cómplices, están aquí para controlar a la señora y a mí”, se dijo aterrada. Maldijo a Geneviève, que la había metido en aquel asunto sombrío y la recordó en el salón acompañada de Lena: “Entre las dos fabricaron esta pesadilla. ¡Par de putas!” Y no durmió espionando los ruidos provenientes de los dos hombres refugiados a unos cuantos pasos de ella.

Verónica se tendió en la cama con intenciones de dormir, pero la vista del teléfono y la proximidad del baño negro la hicieron recordar con viveza la presencia amenazadora de Frank y su locura homicida. “Puede volver en cualquier momento o puede enviar a alguien.” Cuando cayó dormida soñó con el muerto, que la miraba acusador y se negaba a revelar su identidad. Despertó bañada en sudor frío. La presencia de Alex y de Guy en el piso la consolaba. Eran sus ángeles guardianes. ¿Qué hubiera hecho si la noche del suicidio de Frank ellos no la hubieran acompañado? Quizás ahora estaría acusada de asesinato. “Eso era lo que deseaba Geneviève.” La conducta de su amiga era aterradora: Geneviève estaba corrompida. ¿Cuándo y cómo se había producido en ella aquel cambio? Llegó a la conclusión de que Geneviève siempre había sido la misma: “Me utilizó. Soy una estúpida, no debo verla nunca más”. La almohada de plumas se había vuelto de piedra, le dolía la cabeza y tenía sed. Nunca amanecía.

Pasaron algunos días de estupor. Geneviève anunciaba por teléfono las nuevas acerca de la recuperación del Mercedes de Frank, único tema que la preocupaba. Ivette, Alex y Guy continuaban durmiendo en el piso y trataban de evitar el tema del suicidio de Frank. Una tarde los dos amigos la llevaron a una zapatería y escogieron para ella unas zapatillas elegantes y unas botas de media caña para la nieve. Más tarde fueron a un salón a merendar chocolate a la vienesa y pastelillos. El trío despertaba curiosidad entre los clientes: Alex no se había desprendido de su chaleco de seda fantasía, llevaba un monóculo que manejaba con ademanes pedantes y hablaba con gestos elocuentes del Bronzino y de Durero, sus pintores favoritos. Había vuelto a reír con sus risas crispadas, y Guy lo

llamaba en voz muy alta “sale boche”.

—En efecto, pequeño impertinente, mi país es Alemania —afirmó Alex, con orgullo.

—Prefiero a Clouet —gritó Guy.

Su afirmación hizo volver la cabeza a las señoras que ocupaban las mesas vecinas. Verónica sonrió. La frivolidad de sus amigos la hizo olvidar la pesadilla que atravesaba, en ese momento era feliz, las botas forradas de piel le producían un bienestar olvidado. Interrumpió la charla de sus amigos para anunciar:

—¿Saben?, estoy feliz por el suicidio de Frank. Si no se mata él, me hubiera matado yo. Su muerte me ha liberado —y por primera vez en mucho tiempo sus palabras le produjeron una risa incontenible.

Alex y Guy la acompañaron en la risa. Ya era tiempo de que ella se diera cuenta de que los malvados como Frank debían morir para dejar tranquilos a sus amigos, y los tres casi se convencieron de que el muerto era Francisco B. Luengo...

—Si sospecharas lo malo que fue no podrías dormir tranquila nunca más —exclamó Alex, volviendo a reír.

—Alcanzar el mal completo es muy difícil, tanto como alcanzar el bien —dijo Verónica.

—Frank lo alcanzó, puedes estar segura —añadió Alex, con voz seria.

Se enfrascaron en una conversación sobre el mal, en verdad era difícil definirlo. ¿Qué era el mal?

—Bernanos dice que es la ausencia del bien —dijo Guy, que en aquellos momentos parecía preocupado.

Al llegar al piso Ivette les anunció que Perrin bajaría a visitar a Verónica.

—El mal también es Perrin —exclamaron Alex y Guy, antes de huir al cuarto de servicio.

Pierre Perrin bajó a los pocos instantes; venía como siempre: impecablemente vestido y con maneras cortantes.

—Señora, usted ha dado el cuarto de servicio a un malviviente, la policía ha entrado en esta casa, no puedo tolerar esta situación. Le ruego que abandone el piso en cuarenta y ocho horas —anunció el dueño del

apartamento, de pie en medio del salón, mientras trataba de encontrar algún desaguisado en sus cortinas de seda verde, en la alfombra o en los muebles; pero Ivette había puesto orden impecable y Perrin no pudo reclamar nada más. Verónica aceptó mudarse.

—Tampoco para mí es agradable permanecer en un piso que me recuerda un drama tan espantoso...

—Mi más sentido pésame, yo no puedo tolerar la presencia de ese jovencuelo. En vida del señor Luengo era distinto, él era una garantía. Ahora, tanto mis otros inquilinos como yo nos sentimos amenazados.

—Guy es un joven intachable...

—No comparto su opinión y no deseo discutir. Sólo le pido que desaloje en cuarenta y ocho horas —pidió Perrin, con voz helada y ojos muertos.

Verónica tuvo la certeza de que el propietario seguía instrucciones de Frank. El hombre la miraba con demasiada seguridad. “Sabe toda la verdad.” Recordó que había sido Geneviève la que la encaminó a aquella dirección, este pensamiento la hizo temblar visiblemente. Perrin observó su rostro súbitamente pálido y sus manos agitadas. Se retiró complacido. Cuando volvió a encontrarse sola olvidó el alivio de las botas de piel. Había recibido una nueva humillación.

Dos días después Alex y Guy la instalaron en una pequeña habitación de un hotel de cuarta categoría, situado en el margen izquierdo del Sena. Ivette llevó en una maleta pequeña sus dos suéteres, el par de zapatillas nuevas, sus pobres objetos de tocador y un viejo camisón. Las maletas de Frank, repletas de camisas de seda, corbatas italianas, trajes ingleses, gabardina y paraguas, pasaron a manos de Guy, que era el más alto de los dos. Ivette, antes de abandonarla en la habitación de muros empapelados, prometió visitarla todos los días. Alex llamó a Geneviève para comunicarle el cambio y apurarla a obtener el automóvil y ponerlo en venta.

—¿Puede decirnos cómo llegó a esta situación increíble? —insistió Alex, al contemplarla entre aquellos muros sucios y evitando mirar el rincón en el que se hallaba el bidé.

—Deberían haber colocado un biombo... —opinó Verónica, enrojeciendo.

—¡No haga caso! Una mujer tan guapa encuentra siempre a un hombre que la salve —gritó Guy, haciendo un gesto de complicidad.

Cenó con ellos en un *bistrot* y por la noche se encontró sola en el cuarto estrecho. La invadió el miedo, volvía a hallarse sola y los ruidos nocturnos la desvelaron. Geneviève le daría su nueva dirección a Frank y éste podía enviar a algún cómplice a matarla. ¿Acaso no era testigo de dos crímenes cometidos por él en el espacio de unas cuantas semanas? Se acercó a examinar la puerta endeble del cuarto. Estaba hecha en madera barata, cubierta por una capa gruesa de pintura color mostaza. El pestillo podía levantarse desde afuera con una cuchilla. Era preferible no dormir. Recordó haber visto por los pasillos oscuros del hotel a varios argelinos que miraron su abrigo de piel de pantera con voracidad. No podía continuar viviendo en medio del terror, podía volverse loca; sus reservas saludables se iban agotando a grandes pasos. Y, sin embargo, así continuó durante varias semanas, hasta que Geneviève se presentó a hacerle las cuentas de la venta del automóvil. Alex y Guy sumaron con la mujer los gastos producidos hasta ese día: la limousine, el entierro, las propinas, el sueldo de Ivette, las comidas, el hotel. Una vez sumados los gastos le quedaban a Verónica dos mil trescientos dólares. La vieja Geneviève parecía satisfecha de su honestidad, Alex y Guy parecían disgustados.

—Permítame, querida Verónica, que le haga un obsequio. Hoy al pasar por la rue Pierre Charron vi un traje absolutamente delicioso. ¡Hecho para usted! ¿Quiere venir a probárselo? —invitó Geneviève, con gesto y voz cordiales.

—¿Un traje?... ¿Cómo es? —preguntó Verónica, atónita.

—De organza de seda, en un color mandarina muy pálido. Sólo una rubia puede llevar esos tonos helados. Es una especie de túnica plisada, sin mangas, naturalmente.

El traje era magnífico, Alex y Guy felicitaron a Geneviève cuando lo vieron sobre el cuerpo de Verónica. La mujer pagó la cuenta y pidió que lo colocaran dentro de una caja, envuelto en papel de seda. Tendió los brazos y le entregó la caja preciosamente adornada a Verónica. Unos momentos más tarde se hallaban reunidos en Fouquet.

—No siempre va a vivir como una bohemia. Las fiestas no han terminado en París —dijo Geneviève con malicia antes de retirarse y dejar a los tres amigos comiendo pastelillos.

Verónica se quedó pensativa ¿para qué le había comprado aquel traje de gala si sabía que estaba apartada del mundo y que se ocultaba en un hotel ínfimo del margen izquierdo del Sena? Escuchó a sus amigos.

—¡No mencionó a Frank ni una sola vez! Eso significa que está en contacto con él.

—Tal vez no debí haber aceptado el regalo —dijo Verónica.

—No, querida, lo que no debe aceptar es la invitación que prepara —exclamó Alex.

Pasearon hasta llegar a los Inválidos, necesitaban charlar para descubrir las intenciones de Geneviève.

—Ninguno de nosotros conoce sus orígenes. ¿De dónde salió? No es francesa, puede ser rumana o de algún país balcánico —dijo Alex, con seriedad.

—¿No será judía? —preguntó Guy, intrigado.

—No, querido, conozco bien a mis congéneres —afirmó Alex.

Verónica sintió el peso de la caja que guardaba el traje de color mandarina tierna y pensó que se trataba de la caja de Pandora, escondite de todos los males. “No la abriré nunca.” Asustada, escuchó a Alex decir:

—Olvidaba decirles que me di una pequeña escapada a la Saboya. Para mi sorpresa vi que le están poniendo los techos al castillo de Lena, lo que indica que los tres tomaron parte en el suicidio de Frank y que es necesario ir con sumo cuidado. Tal vez lo más indicado sería que Verónica desapareciera de París. Las mujeres le perderían la pista.

—¿Y adónde ir? —preguntó ella, asustada.

—Buscaremos algún sitio. Creo que Eddy le daría alojamiento en su piso de Ginebra.

—¿Eddy?... ¿Eddy?... Pero si apenas lo conozco...

—Eso no importa, querida. Eddy conoce bien a Frank y con eso basta.

Verónica comprendió que continuaba aprisionada en la red tendida por Frank y que jamás lograría liberarse de ella. Estaba atrapada. Recordó a Willy Weisberg y una amplia sonrisa le iluminó el rostro. Podía ir a su

casa, tenía dinero, un abrigo de piel de pantera, unas pulseras de oro, botas para la nieve, zapatillas de tacón alto y para la noche el traje de organza de color mandarina. Se compraría un par de suéteres y dos pantalones, y posteriormente tomaría el tren y llegaría a pedirle disculpas a Willy por haberlo dejado plantado unos meses antes. Se sintió salvada. Lausanne gozaba de un aire perfumado, haría largas caminatas, excursiones y repararía sus nervios quebrantados. Después, con la cabeza fría, podría decidir su futuro. Tal vez volvería a ser ella misma. Willy estaría encantado de tenerla, amaba reír y amaba sus locuras. Vio que Alex la contemplaba con afecto y que Guy se mordía los nudillos de las manos con evidente nerviosismo, y les sonrió agradecida. No podía engañarlos y desaparecer; eran sus amigos.

—No se preocupen por mí. Creo que puedo ir a la casa de un amigo en Lausanne —les dijo con voz agradecida.

Alex la detuvo en seco, la miró a través de las primeras sombras de la noche y preguntó:

—¿Cuál amigo? No querrá usted decir con el frívolo de Willy Weisberg...

Verónica abrió la boca, sorprendida; después, con aire incrédulo, le preguntó:

—¿Conoce usted a Willy Weisberg?

—iNatürlich! Willy no es el tipo que quiere complicarse la vida con un asunto tan sórdido como éste. Conoce hace mucho tiempo al grupo de los advenedizos, al que usted acaba de ingresar, y lo evita con cuidado. Willy heredó una fortuna de su padre. Lleva una vida regular y cumple con los requisitos que le impone la sociedad. Jamás querrá verse mezclado en un escándalo. Sus amores clandestinos los maneja con mucha delicadeza. Eddy es distinto, hace mucho tiempo que es un peligro público. Vive como nosotros a salto de mata —y Alex estalló en una carcajada irónica.

Verónica comprendió que Frank la había convertido en una delincuente. El mundo entero se había cerrado para ella. Alex había dicho “el grupo de los advenedizos”, y ella le preguntó qué quería decir con aquella frase.

—Es largo de explicar. Frank decidió hace muchos años pertenecer a un

círculo que no le correspondía. Arrastró a Eddy, que también anhelaba llegar al centro de la sociedad. Usted conoce las ambiciones de los esnobs... Nunca imaginé que Frank llegara a tales extremos y menos que arrastrara al imbécil de Eddy. Lo único que lograron fue quedarse completamente solos... es decir, Eddy, pues Frank volvió a su país y tendió un velo espeso sobre su pasado —Alex estalló en una carcajada irónica.

Verónica comprendió que debía seguir sus consejos y prepararse para ir a Ginebra; pertenecía ahora al grupo de “los advenedizos”. Recordó las maneras de Eddy, su risa extraña y su debilidad, su actitud sumisa frente a Frank y el miedo que creyó adivinar en él. “No podré vivir bajo su techo.”

Una vez a solas en su cuarto, recordó que la policía le recomendó permanecer en París hasta que el caso de Francisco B. Luengo estuviera cerrado. Alex, en su afán de salvarla, olvidaba esa orden. “Si creen que Frank se suicidó ¿por qué el caso continúa abierto?” Se estremeció, tal vez algún empleado del hotel desconoció el cadáver. Nadie había mencionado su pasaporte, cuya fotografía demostraba que el muerto no era Frank. Se sentó en la cama, los pasos del pasillo retumbaban adentro de su cuarto. “Es la policía...”, se dijo, esperando que la puerta se abriera de golpe.

Por la mañana salió en busca del director del hotel en el que Frank se había alojado. Necesitaba saber cuándo se había registrado y si aquél había reconocido el cadáver. En la calle tuvo la desagradable impresión de que alguien la seguía. Decidió entrar en un café y observar a los pasantes. De pronto descubrió entre los clientes a un argelino al que había visto varias veces en los pasillos del hotel. El hombre llevaba un grueso gorro de lana verde y blanco, tenía frente a él una taza de café y leía absorto un diario. Trató de recordar cómo era ella antes, para mantenerse serena; pero su pasado no existía, era otra persona. “He reencarnado en una perseguida.” Pagó la modesta suma del café que había consumido y salió a la calle. No llevaba rumbo, ya no iría al hotel en el que se hospedó Frank. Caminó de prisa. “¿Quién es Frank?... ¿Quién es Frank?”, y trató de que su pregunta se ajustara al ritmo de sus pasos. Lo recordó en el Beau-Rivage encerrado en su lujosa suite, hablando de sus

padres, de la carita de Kat, que lo había trastornado. “¿Por qué no lo dejaron casarse con Kat?” Si eso hubiera sucedido, Verónica no vagaría aterrada por París. “Está loco” y lo vio dando zancadas por las habitaciones, haciendo señas soeces y profiriendo blasfemias. “Me miraba con tal odio que me paralizaba.” Debía encontrar a Florence, que conocía bien a la secta tenebrosa de “los advenedizos”; pero la norteamericana había desaparecido sin dejar huella y Alex decía desconocer su paradero. Decidió ir al encuentro de Ivette, que se hallaba enferma. Subió los seis pisos del edificio, alcanzó las buhardillas y llamó a un cuarto de criados. Encontró a la mujer metida en una cama amplia que ocupaba casi toda la habitación. Ivette estaba envuelta en chales de lana muy viejos.

—Perdone la señora, tengo gripe...

—Necesito hablar con usted. Alex me propone ir a Ginebra a casa de Eddy, para escapar de Geneviève —Ivette la escuchó atenta, se colocó un inhalador en las narices y aspiró con fuerza. Todo el cuarto olía a ungüentos y a eucalipto. Verónica esperó su respuesta.

—La señora no puede ausentarse de París hasta que el caso de Frank quede cerrado. Ayer por la mañana vino Geneviève, estaba preocupada. Me preguntó si Frank no había ido al piso entre las diez y las once de la noche de su suicidio. Le dije que no. Ella desea que otra persona lo hubiera visto. ¿No ve la señora que son Lena y Geneviève las últimas que lo vieron con vida? Eso afirmó el director del hotel, y por eso la policía las interroga con frecuencia.

Ivette calló. También ella estaba nerviosa, la policía podía identificar al muerto y entonces sería el fin para todos. Geneviève no le proporcionaba ningún dato sobre la investigación policiaca. Continuaba fingiendo que el cadáver pertenecía a su “querido Frank”.

—¿Y el pasaporte de Frank? —preguntó Verónica.

—No lo encontraron —respondió Ivette.

—Estoy en un apuro, Geneviève me regaló un traje de organza...

—Si será zorra. Trata de saber si Frank la visitó antes de desaparecer. Tenga cuidado... —Ivette se volvió a la pared, la presencia de Verónica la asustaba. “¿Por qué vino?”, le recordaba el horror que habían pasado

juntas y ese día ella se hallaba muy cansada. Apenas escuchó cuando Verónica le expresó su propósito de hablar con el director del hotel en que se hospedaba Frank.

—¿Señora, no sabe usted que Frank se registró esa mañana? El director no lo recuerda, el administrador tiene una vaga idea, repite que era de piel oscura y corpulento, descripción que concuerda con el muerto...

—Creía que Frank estaba en ese hotel desde que se marchó del piso...

—¡No! Entró ese día a la una y media de la tarde —contestó Ivette.

Continuaban a ciegas, ignoraban los propósitos de Frank. Únicamente sabían que Lena y Geneviève conocían el secreto. Verónica sintió vértigo, delante de ella había una trampa tendida por esas gentes, que estaban dispuestas a aniquilarla. También Ivette lo sabía. ¿Y quiénes eran esas gentes? Frank, el primero, luego sus cómplices, Lena y Geneviève. Se volvió a Ivette, que envuelta en sus chales viejos parecía tan impotente como ella.

—Ivette, ¿qué quieren? —preguntó exasperada.

—No lo sé. Ese hombre odia a la señora, tal vez quiere callarla para siempre. Nunca se librará de él...

—¿Nunca?

—¡Nunca! Geneviève quiere que vaya a trabajar a casa de una millonaria conocida suya: Cora Logan. A mí me da miedo ir y me da más miedo negarme. Ese suicidio me quita el sueño...

—No acepte el trabajo —exclamó Verónica.

Ivette la miró con sus ojos cansados: también ella se hallaba atrapada en la misma red y también ella tenía miedo. ¿Cómo negarse? Quería explicárselo a Verónica; pero la vio tan aterrada que guardó silencio. Jamás se perdonaría el no haber espiado a Frank. Recordó su aire manso cuando se dirigía a ella pidiéndole comprensión, recordó sus falsas confidencias, acostumbraba llamarla para quejarse de Verónica y de sus crueldades para con él, que la amaba ciegamente. Por ella había abandonado a “mis hijos, Ivette, a mi esposa; y ella me engaña con el primer hombre que se le pone enfrente...”, le decía bajando la voz, estremecido por la ira. “En Florencia, se escapó tres días con un jovencito, yo me estaba volviendo loco... en Venecia se mudó de hotel sin

avisarme para pasar dos noches con un turista. ¿Qué hago, Ivette?”... “Anoche subió a buscar a Guy”, le dijo una mañana. Ella permaneció muda, luego preguntó: “¿Acaso Guy no es homosexual?” Frank la miró con ojos inocentes. “¡Y eso qué importa! El chico busca dinero, es joven y se excita con facilidad”, le contestó y agregó: “No puedo darle más dinero a Verónica, me ha arruinado, aceptó fugarse conmigo por dinero, sólo por dinero...” Sus confidencias las acompañaba de lágrimas abundantes y a Ivette le daba pena ver llorar a un hombre. Ahora sabía que le había mentado en todo, hasta en las lágrimas. ¿Por qué? Preparaba algo que ella no previó. Su falta de intuición o quizás su vanidad la hicieron caer en la misma trampa que preparaba para Verónica. Sintió miedo, tampoco ella se salvaría, quizás los únicos que podían aclarar la niebla que los envolvía eran Alex y Guy, que de alguna manera se habían puesto del lado de la señora.

—Dígale a Alex que Geneviève me ofreció trabajo en casa de esa Cora Logan...

—Se lo diré esta misma noche —prometió Verónica.

Por la pequeña ventana del cuarto de Ivette se veía el cielo bajo y gris surcado de matices rosados. Era increíble que hubiera entrado la primavera y que ella tuviera aquel espanto y aquel pesar. “No me volverán loca”, se prometió y recordó a Perséfone, que en esos días abandonaba las tinieblas para reunirse con su madre y hacer florecer los castaños, los prados y los álamos plateados.

Quizás debería llorar un poco sobre sí misma, así tal vez se licuarían las tinieblas que la envolvían.

Contempló el cielo y volvió al lado de Ivette, se sentó en la orilla de su cama y lloró largo rato. La criada la dejó. También ella, si tuviera todavía lágrimas, haría lo mismo; pero los años le habían secado ese pequeño y misterioso manantial que ayuda a lavar las penas. Estaba seca y sin esperanzas, para ella jamás iba a reverdecer la vida.

—Llore la señora, llore —le dijo, convencida de que las lágrimas de Verónica podían producir algún milagro.

Verónica bajó a buscar pan y unas rodajas de salchichón para comer un bocadillo. Una vez de vuelta, preparó con cuidado los emparedados y

ambas comieron en silencio.

—¡Sería tan fácil vivir sencillamente! —exclamó Verónica, con aire de incredulidad.

—¡Sí!, pero estamos entre criminales —Ivette soltó la palabra con valentía. Era necesario decirlo de una vez para que la señora comprendiera su verdadera situación.

—¿Criminales? —saltó Verónica.

—Y de la peor especie, criminales de gran categoría social. Contra ellos no hay defensa, sería su palabra contra la nuestra y nadie nos creería. Nos encerrarían en un manicomio... Geneviève ahora pertenece a su bando. Hoy vino elegantísima, con un abrigo de piel de foca y un traje sastre de Chanel, ¡quién lo creyera! La conocí de institutriz en casa de unos diplomáticos italianos en donde yo servía de cocinera. En aquellos días nos tuteábamos. ¿Sabe?, tenemos la misma edad, sólo que ahora se cuida mucho, frecuenta los mejores salones de belleza... Después sirvió de camarera con unos norteamericanos, pagaban mejor; allí también yo fui la cocinera —confesó Ivette, con rencor.

Verónica la escuchó boquiabierta, nunca había sospechado que Geneviève hubiera sido sirvienta. Ella la conoció con un grupo de artistas fracasados que habían desaparecido. Estaba muy pobre y ella había tratado de ayudarla. No, la había ayudado a colocarse en una oficina internacional. Cuando volvió a Francia, Geneviève ya no trabajaba, vivía en su lujoso estudio y nunca se le ocurrió preguntar cómo lo había adquirido. Fue Ivette la que le contó los orígenes turbios de su actual bienestar.

—Se convirtió en una alcahueta para ricos —agregó Ivette, con voz amarga.

La ventana de la habitación empezó a empañarse con las brumas de la tarde, era mejor despedirse, el recuerdo del argelino del gorro verde y blanco la hizo ponerse de pie. Ambas optaron por obedecer a Geneviève. Verónica prometió consultar con Alex sobre aquella Cora Logan; besó a Ivette y bajó corriendo las escaleras. En la calle se enfrentó al frío y a la niebla espesa que subía del Sena. Ya en el hotel, encontró un recado urgente de Geneviève, que había ido a buscarla esa mañana. Le suplicaba

que la llamara por teléfono. Con la nota en la mano se dirigió a una caseta pública para llamar a Alex, que vivía en un cuartucho próximo a la Sorbonne. Alex estaba todavía en la cama y prometió ir a verla a las nueve de la noche.

—¿Cora Logan?... ¿Cora Logan? Ya apareció el capitán del equipo — exclamó Alex, al enterarse de la proposición que le había hecho Geneviève a Ivette.

Alex se paseó nervioso por la pequeña habitación de Verónica, parecía indeciso, su pequeño chaleco de brocado lanzaba reflejos ardientes y sus ojos azules despedían fulgores chispeantes.

—Querida, tal vez sea más prudente que Ivette trabaje un tiempo en esa casa. Después veremos qué podemos hacer por ella y por usted...

—¿Conoce a esa mujer?

—¡Hélas! La conocí hace mucho tiempo, pero no la frecuento. ¡Es una virago! Será mejor que no vaya usted a Ginebra. Se ve que imaginaron que íbamos a recurrir a Eddy...

Alex guardó silencio. En la pequeña habitación parecía un huérfano castigado. Se diría que tenía miedo. Trató de sonreír y miró a Verónica con afecto, como si le pidiera disculpas.

—¿Por qué me miente? Nadie me dice la verdad —gritó la muchacha.

—Calma, querida, calma. Mientras menos sepa menos peligro corre...

La palabra “peligro” le produjo vértigo. Era verdad que se hallaba en peligro, ¿y por qué? Se lo preguntó a Alex, con temor.

—No lo sé querida. Son cosas irracionales, usted conoce a Frank. Un parecido físico puede ser el origen de su desdicha. Frank odia el *charme*; provoca en él su manía homicida... Si hubiera usted leído *Brideshead Revisited* tal vez entendería. Para él siempre será un placer hundir, aterrar y exterminar lentamente a una persona con encanto. Atribuye su fracaso inicial a una persona encantadora... No sé, todo es muy complejo cuando interviene un tipo como él, con sombras y tinieblas en el cerebro...

Verónica no aceptó la explicación.

—¡Alex, no diga sandeces! Quiero la verdad.

—Yo sabía que era usted muy alegre, que carecía de malicia. ¿Por qué

no trata de ser como era antes? Se ha dejado destrozar por ese simulador. Si la viera llorar estaría satisfecho, usted ha permitido que la degrade... Creo que deberíamos ir a un cine, pequeña, y comer bombones. Usted es la hermana que me faltó. ¿Sabe que mi madre tocaba el clavecín?... (¡Ah!, hubiera sido una gran amiga suya. También ella era amiga de los desvalidos y de los animales, como usted, querida...)

—Alex, tengo la impresión de estar en un círculo de dementes.

—Y lo está. Cuando un demente dirige los destinos de un grupo, éste se convierte también a la demencia.

Alex le contestaba con evasivas y ella se sintió más confusa. Estaba perdida, su amigo parecía estar de acuerdo con ella. Se dejó llevar al cine y comió los bombones que Alex le tendió con gesto cortés y afectuoso. No llamó a Geneviève, ahora sabía que ésta la había engañado desde el principio. ¿Por qué nunca le dijo que había sido sirvienta? La imaginó con un uniforme almidonado y la recordó tomando el té con ella en los salones elegantes. Mientras comía los bocadillos le hablaba de las ediciones agotadas de sus libros. “Estoy tratando de que reediten esa novela mía. ¡Fue un gran éxito, querida Verónica!...” En varias ocasiones había tenido la impresión de que su amiga le mentía, pero había tratado de engañarse y hacer caso omiso de las exageraciones y contradicciones de Geneviève. Su pasado resultaba confuso: a veces, a través de sus charlas parecía pertenecer a principios de siglo, a veces a una casa noble arruinada, y otras a un círculo intelectual muy selecto. Nunca habló con claridad de su familia o de su país. Verónica ignoraba si alguna vez se había casado y cuál era el lugar de su nacimiento. Ahora era muy tarde, Geneviève la tenía en sus manos y ella era impotente para liberarse de su poder.

El conserje nocturno llamó a su cuarto.

—¡La llaman de larga distancia!... ¡Es su hermano!

Con verdadero frenesí se puso el abrigo de pantera y bajó de cuatro en cuatro los escalones hasta llegar a la estrecha recepción del hotel. “¡Mi hermano!... ¡Mi hermano!... ¡Estoy salvada!... ¿Cómo dio conmigo?” Un torrente de recuerdos olvidados de su infancia la llenó de alegría, se había producido un milagro a pesar de que hacía tiempo que no rezaba. La vida

sórdida de Frank y los hoteles le habían cerrado las puertas del paraíso de su niñez. Cogió el aparato y gritó:

—¡Tomás! ¡Tomás! ¿Me oyes?...

—Sí, chiquita, te oigo muy bien —contestó la voz engolada de Frank.

De golpe, la puerta abierta al paraíso se cerró dejando a Verónica más abandonada que antes de que los golpes en la puerta de su cuarto anunciaran la llamada de su hermano. No pudo decir ni una palabra.

—Chiquita, ¿me oyes?, ¿me oyes?...

—Sí...

—Estoy desolado. La vida sin ti es insoportable. Me consuela saber que Geneviève se ocupa de ti. No seas locuela y aprovecha su amistad. Me preocupas, no puedo dormir...

Verónica escuchó sus frases melosas y guardó silencio. “¿Qué desea ahora?”, se preguntó, paralizada por aquella voz lejana que le urgía una respuesta.

—¿Me escuchas, chiquita?... ¿Me escuchas?...

—Sí...

—Promete que vas a ser buena y que no harás ninguna locura. Promete que obedecerás a Geneviève.

—Lo prometo...

—¿Nos veremos alguna vez?... Te empeñas en guardar silencio... Yo ando como un fantasma, me siento muerto, imuerto sin ti!

—¿De dónde llamas?

—De México, chiquita. Eres una ingrata, esta conferencia me cuesta una millonada. Trata de ser buena con la pobre Geneviève. Te quiero, te llamaré un día de estos.

Verónica colgó el aparato. Frank la había llamado para ordenarle que obedeciera a Geneviève. El miedo volvió a embargarla, si pudiera volver a su casa y olvidar que alguna vez salió de ella para enfrentarse al mundo dejaría de estar aterrada. Su madre tenía razón: “El mundo es peligroso, muy peligroso...”, les repetía a ella y a su hermano. Se preguntó cómo había conquistado Frank a Geneviève, el dinero no justificaba la actitud hostil que su amiga había asumido para con ella. “No me gustan las intrigantes...”, le había dicho la última tarde que se vieron. “El pobre

Frank obraba siempre de buena fe”, agregó con dureza. Tal vez había hecho con Geneviève lo que hizo con Ivette: presentarle quejas y calumnias contra ella. “En verdad que Frank es hábil para la intriga.” Lo recordó escabulléndose de los hoteles, hablando con los desconocidos de las playas o de las terrazas de los cafés, que más tarde la evitaban como si fuera una apestada. ¿Qué se proponía? Deseó que amaneciera para correr en busca de Alex. Él era distinto, poseía una pequeña y cálida corriente de afecto, era como estar cerca de un niño abandonado. Alex la quería, recordó su pequeña estatura y su risa pedante. “Esconde su ternura”, se dijo y pensó que Alex había sido más desdichado que ella, tan pequeño, tan inhábil, tan desamparado. Buscaba refugio en Guy, en ella y era él quien los protegía a los dos. En realidad era más fuerte que el enorme Frank, siempre llorando miserias y desdichas, siempre temeroso de ser estafado o de que la gente se acercara a él por su dinero. “Alex es incapaz de matar una mosca.” También le quedaba Ivette.

Al escuchar a Verónica, Ivette decidió aceptar el trabajo en casa de Cora Logan. Era más prudente obedecer, Alex velaba por ambas y sabía mejor que ellas de lo que se trataba. Más tarde ya verían cómo separarse de aquel grupo de “malditos”. Era evidente que Geneviève y Frank estaban en contacto directo. Verónica debía hacer lo que le ordenaran si no deseaba correr un riesgo aún más peligroso del que ya corrían ambas.

—Alex desistió de enviarme a Ginebra...

—Razón de más para que la señora haga lo que Frank y Geneviève desean. Dejaré correr algunos días —afirmó la vieja, envolviéndose en sus chales usados.

Los vapores de eucalipto trajeron a la memoria de Verónica las meriendas familiares en los bosques vecinos de su casa. El aire abanicaba las ramas largas y tristes de los árboles mientras ella y su hermano jugaban en la hierba. Una tarde encontraron una quijada de burro. “Con esta quijada mató Caín a Abel”, le explicó Tomás, examinando aquel hueso largo y blanco en el que se insertaban unos dientes poderosos. La idea del crimen la dejó suspensa y corrió a refugiarse con su madre. Ahora entre Ivette y ella se hallaba aquella arma mitológica autora del primer asesinato. Sintió que iba a correr a refugiarse en los brazos de la

vieja Ivette, que la contemplaba ensimismada, como si ella también hubiera visto el arma de Caín.

—Somos sus cómplices... —dijo Ivette, con voz cansada.

La culpa cayó sobre las dos como una cortina de tinieblas. Ninguna de ellas lograba explicarse cómo habían aceptado aquella situación que las convertía en delincuentes, y optaron por encerrarse en sus pensamientos sombríos.

—Me iré a tomar confesión —anunció Verónica.

—También lo haré yo...

Las dos sabían que no obtendrían la absolución, pero al menos descargarían sus conciencias. Tal vez así ahuyentarían el rostro terrible del cadáver de la Vallée de Chevreuse.

Pocos días después, Geneviève se presentó en el hotel para reclamarle a Verónica que no la hubiera llamado. Venía sonriente, enfundada en su abrigo de visón, con el rostro cuidadosamente maquillado y las manos enguantadas. Besó con efusión a Verónica y la llevó a un salón de té. Se instaló en una mesa y con gesto seguro abordó el tema de su amistad con Cora Logan, una mujer riquísima, viuda de un millonario inglés, que habitaba un palacete en la rue de Varenne. Cora Logan era inteligente, un poco extravagante, escogía a sus amigos con cuidado y ella, Geneviève, había tenido que suplicarle para que invitara a Verónica a un *souper* íntimo que daba el viernes por la noche, después del estreno en un teatro de moda.

—Le hablé de su trágica situación, pequeña Verónica.

—No debió hacerlo...

—¿Qué dice? Cora es una mujer muy importante, puede resolver su situación —replicó Geneviève, con un gesto de disgusto.

Verónica observó sus dientes pequeños, ligeramente encimados. “Mi madre decía que eran dientes de hipócrita”, pensó, sin escuchar el torrente de palabras atropelladas que salían de boca de su amiga para convencerla de la necesidad de asistir a aquel *souper*. “Conozco tu juego, ya no me engañas”, se repitió Verónica.

—La llevaré al peinador para que le arregle esos magníficos cabellos rubios —dijo Geneviève, acariciándole el pelo.

—Detesto que me toquen la cabeza —exclamó Verónica, retirándose con un gesto brusco de rechazo. Antes hubiera creído en el afecto de la mujer metida en un precioso traje negro adornado con un broche de diamante. Sonrió y preguntó con malicia.

—¿Diamantes?...

—No, querida, zircones —respondió Geneviève, soltando una risa discreta.

—¿Y Lena?

—En la Saboya, reponiéndose de la pena que le produjo la muerte de nuestro querido Frank.

—Se hicieron muy amigos, ¿verdad?

—Sí, él era un niño grande y ella no ha crecido, de manera que congeniaron como dos escolares.

—Dos escolares... —repitió Verónica, que empezó a reír a grandes carcajadas.

Geneviève la miró con reproche y se mantuvo seria y severa.

—Perdone, Geneviève, pero no puedo evitar reírme. ¡Frank un escolar! He descubierto que es viejísimo y además muy mala persona...

—No hable mal de un muerto. Es de mal gusto. Tal vez Frank no fuera muy joven, pero todavía le quedaban algunos años por vivir...

—Por eso no se preocupe, los vivirá aunque sea en el infierno —y Verónica continuó riendo.

Le repugnaba que Geneviève insistiera en la muerte de Frank. Ante la mirada de indignación de su amiga, Verónica recordó a Alex y a Ivette y aceptó asistir al *souper* de Cora Logan. No podía volver con su hermano, estaba casado y su cuñada no le perdonaría jamás el escándalo que había provocado al haberse fugado con Frank, fuga que se convirtió en fuga conjunta. Además, el hombre se le había adelantado y temía vivir en la misma ciudad que él. Se iría a Nueva York, ésa era su única salida. Obedecería mientras preparaba su fuga a Norteamérica.

El viernes por la noche se encontró en los suntuosos salones de Cora Logan. El lujo interior del palacete era inesperado: muebles oscuros cubiertos de sedas brillantes, cortinajes espesos, alfombras que apagaban cualquier ruido y que daban la sensación de caminar sobre plumas.

Bargueños incrustados de nácar, objetos de porcelana con aves dibujadas en oro, enormes divanes cubiertos de almohadones de brocado, espejos profundos, oscuros, enmarcados en oro, la dejaron sin habla. En un rincón, en una especie de nicho formado por cortinajes pesados, se hallaba Cora Logan. A su espalda una gran cantidad de candelabros con los cirios encendidos le daban reflejos parpadeantes y dorados. Cora Logan, sentada en una silla de madera negra y patas muy cortas, parecía indiferente al asombro que despertaba. Verónica se dejó examinar por sus pequeños ojos azules. Cora Logan le tendió una mano suntuosamente enjoyada.

—Usted es la pequeña Verónica —dijo con una voz sin modulaciones, como si fuera una voz inmóvil.

—Y usted es Cora Logan... Mucho gusto, señora.

Geneviève hacía las presentaciones y parecía muy agitada, giraba entre los muebles con gran afectación, reía y se inclinaba ante la dueña de la casa, con servilismo. Sólo había otros tres invitados, todos ellos hombres de edad madura, vestidos de esmoquin y que hablaban con aire divertido con la dueña de la casa. En otro extremo del salón había otra mujer solitaria, delgada, con los labios maquillados cuidadosamente y el cabello negro untado a la cabeza como un casco brillante.

—Es Pascaline. Vamos a saludarla —le dijo Geneviève, para apartarla de Cora y de sus invitados. Verónica se dejó conducir. Pascaline, al contrario de Cora, llevaba un traje negro largo y escotado que desnudaba con exageración su espalda, sus hombros y sus brazos largos y angulosos .

—Pascaline, Verónica... —dijo Geneviève, con voz solícita.

La mujer tendió con lentitud una mano larga y huesuda y Verónica notó que su piel era más oscura que la de Cora Logan. La mujer inclinó apenas el cuello, en el que llevaba atada una minúscula cadenilla de plata que hacía juego con los anillos y las pulseras, de plata también, que adornaban sus brazos y sus dedos.

—¿Es esta Verónica?... ¿El gran descubrimiento del pobre Frank? —preguntó la mujer, con aburrimento.

Geneviève optó por reír. En efecto, aquella chica vestida con el traje de organza color mandarina tierna era Verónica.

—¿Se divierte en París, querida? —preguntó la mujer vestida de negro, fijando sus enormes ojos negros en los de Verónica.

Ésta notó el maquillaje pesado que llevaba la mujer en las pestañas y el borde de los párpados.

—No sé... No sé si me divierto —dijo confusa.

—¡Una lástima! ¡Una verdadera lástima!

—Verónica se encuentra un poco fuera de lugar —explicó Geneviève.

—¿Falta de mundo?... —preguntó Pascaline, sin mirarla, y enseguida agregó—: Geneviève, Cora quiere hablar con usted...

Verónica volvió la mirada hacia el otro extremo del salón, en el que se hallaba la dueña de la casa. Desde esa distancia, su traje de brocado rojo con hilos de oro llameaba al resplandor de los candelabros. Geneviève se precipitó a cruzar el salón y acercarse a la anfitriona, que habló con ella unos minutos.

—¿Le gusta Cora? Pobre amiga, es siempre tan melancólica... —suspiró Pascaline.

—¿Por qué?... Bueno, soy una indiscreta —se excusó Verónica.

—No, no se preocupe por su indiscreción. Adoro a los indiscretos, me ponen al corriente de muchas cosas que ignoro.

Verónica se sintió incómoda, la mujer seguía hasta sus menores movimientos con una mirada fija que la llenaba de turbación. Pensó que debía ser italiana o de algún país que no era precisamente Francia.

—¿Es usted italiana? —le preguntó, esbozando una sonrisa.

—No. Soy turca, querida. ¿Sabe dónde está Turquía?

—Más o menos... No tengo talento para la geografía —se excusó Verónica.

—Por ahí, en un lugar del mapa. Si tiene tiempo alguna vez, búsquelo, se divertirá...

Verónica se sintió incómoda bajo la mirada imperturbable de Pascaline, que tensa la miraba sin pestañear. Vio sus uñas teñidas en rojo y observó las arrugas que le rodeaban los ojos. No pudo contestar nada a sus palabras despectivas; su presencia inmóvil la paralizó. A su alrededor se movían algunos lacayos provistos de bandejas enormes en que ofrecían copas de champagne y bocadillos de caviar. Escuchó reír a Geneviève.

—En efecto, los chinos son un pueblo dotado para las artes y el comercio. ¡Extraña combinación! Son deliciosos —escuchó decir con aire declamatorio, que quería ser mundano.

Un hombre grueso de cabello muy rizado rió de su frase, bebió otra copa de champagne y corrió a refugiarse cerca de Cora Logan que se mantenía apartada e impasible como un viejo ídolo. La vio fumar en una boquilla enorme: “Esta mujer parece salir de una película de Hollywood de los años treinta”, se dijo Verónica, observando desde lejos a la dueña de la casa.

—¿No le gusta Cora? —preguntó Pascaline.

—Sí, debe haber sido una belleza...

—¿Una belleza? En efecto, Cora Logan fue una gran belleza y sobre todo una gran cabeza. Su mente es matemática, perfecta, no se equivoca nunca —afirmó Pascaline.

Verónica se vio reflejada en un espejo oscuro y se dio cuenta de que permanecía de pie, nadie le había ofrecido un asiento y se sintió aún más incómoda.

—¿Por qué se ruboriza usted? —preguntó Pascaline.

Geneviève cambiaba de sitio, su traje color avellana barría la alfombra con su pequeña cola. “Me parece que es aquel traje mío que tanto le gustaba”, se dijo Verónica, asombrada por el descubrimiento. Geneviève también llevaba el mismo perfume que ella había usado en el pasado: Carnet de Bal, de Revillon. Observó sus espaldas curvadas y sus cabellos canosos, mientras se acercaba a Pascaline. El nombre de Eddy la hizo sobresaltarse.

—¡Oh, Eddy, sí! Qué ¿no va a venir? —preguntó, inclinándose sobre Pascaline.

—Claro que vendrá. Necesita dinero. Anoche Cora lo llamó por teléfono —dijo Pascaline, con despego.

La mujer se volvió a Verónica, que de pie escuchaba la conversación.

—¿Conoce usted a Eddy?

—Lo vi una vez.

—¿Qué opina de él?

—Nada... Es decir, recuerdo que me habló de Scott Fitzgerald.

—Pobre Eddy, es patético. Conoció a ese escritor de lejos hace muchísimos años. Creo que nunca se lo presentaron, simplemente coincidieron en el mismo hotel..

—¡Es absurdo! —gritó Geneviève, que no tuvo tiempo de agregar ni una palabra más, pues en ese momento aparecieron bajo la alta puerta del salón tres personajes: Alex, con su persistente chaleco de brocado rojo, su monóculo y un gesto despectivo en los labios; Rory, metido en un traje gris raído, con sus ojos saltones inyectados de sangre, y Eddy, que no se había despojado de su enorme abrigo de pelo de camello, con solapas exageradas y de un vuelo tan amplio como si fuera una capa. Verónica los contempló asombrada, resultaban fuera de lugar en aquel lujo de brocados, cortinajes y objetos dorados. Los demás invitados los contemplaron con indiferencia. Verónica tuvo la impresión de hallarse dentro de una opereta. “Opereta de maleantes”, se dijo con malicia.

Eddy se desprendió del grupo, cruzó el salón de prisa, llegó al rincón donde se hallaba Cora Logan, la tomó en brazos y la besó con ostentación en la boca. Cora se dejó besar. Eddy repitió el beso muchas veces, se diría transportado por la pasión. Separaba a Cora, la contemplaba unos instantes y repetía el beso íntimo.

—Darling, darling, te echo tanto de menos... ¡Lástima que seas tan endiablada! —repitió varias veces.

Los invitados contemplaron la escena sin sorpresa. Era visible que Eddy gozaba de privilegios de los que ellos carecían. Alex y Rory no se dignaron saludar a nadie, esperaron con paciencia su turno para saludar a Cora Logan, que los aceptó con condescendencia.

—Sabía que no faltarían a la cita —les dijo con su voz inmóvil.

—¡Me muero de sed!... ¡Me muero! —contestó Rory, echando mano a su marchita corbata negra de mariposa.

Sin ocuparse de los demás, Rory se precipitó sobre un criado, vació varias copas de champagne y lanzó una mirada ansiosa a su alrededor. Alex se acercó a él, se colocó con cuidado su monóculo, miró con desprecio a los escasos invitados y aceptó con gesto glacial una copa de champagne. Verónica corrió a su lado.

—Preciosa, es un placer encontrarte aquí —le dijo, al mismo tiempo

que hacía una inclinación y le besaba la mano.

Rory se dirigió al ángulo que ocupaba Cora Logan, la miró con sus ojos enrojecidos y le gritó:

—¡Qué feliz eres, Cora Logan! Tienes lo que siempre deseaste, creo que debes compartir algo con tus viejos amigos. Recuerda que te sacamos del Soho... ¿Te enfada que te lo recuerde? Sí, veo que te enfurece; pero ¿qué hubieras hecho sin nosotros? Los sudamericanos tenemos ingenio! Eras sólo una ratita mestiza, te tocamos con nuestra varita mágica y mírate ahora: ¡una reina! Lamento que tu Corte no sea todo lo brillante que mereces... —y Rory señaló con un gesto a los tres invitados.

Eddy coreó su discurso con una risa entrecortada y Alex guardó un silencio solemne. Cora Logan permaneció impassible.

—Rory, espero que no objetes mi presencia —dijo Pascaline, sonriendo.

—Tú estás perfecta. Me encanta tu cinismo; aunque yo estoy harto de los cínicos... ¿Quién trajo aquí a la inocente Verónica? ¿Qué hace aquí esta criatura? ¿No sabes, Cora Logan, que Frank B. Luengo murió? Tú nunca olvidarás lo que hizo por ti. ¿Verdad Cora? Frank era una persona que estaba siempre en el lugar exacto. ¡Muy oportuno!, y rico como Cesus... Parece que llegó a arruinarse, pero supo rehacer su fortuna. Su vida fue grandiosa y su muerte demasiado humilde. Verónica, tú que eres su semiviuda ¿qué opinas de él? ¿Qué opinas? —repitió Rory.

—Nada... —contestó Verónica, sorprendida.

—¡Esta criatura es divina! No opina nada de Frank, esa terrible persona, ese chico endiablado, insoportable, caprichoso... —gritó Eddy, sacudido por la risa.

—No hay nada que opinar sobre un difunto —afirmó con seriedad Alex, saliendo en defensa de Verónica, que permanecía silenciosa y atontada.

—Yo sí tengo algo que opinar: ¡Frank era un pequeño monstruo! Me hizo la vida imposible en Lausanne. ¡Qué berrinches! Cora sabe cómo se revolcaba sobre sus cientos de camisas de seda. Ella lo vio, también lo vio en el barco. ¡Qué muchacho más histérico! —y al decir esto Eddy volvió a reír con regocijo.

—Me disgusta que hablen de un pasado tan remoto —sentenció Cora Logan.

Las palabras de Cora amedrentaron a Eddy y a Rory. Verónica vio que sus mejillas pálidas se tornaban encarnadas, ambos tomaron copas de champagne y las bebieron con precipitación. Eddy tropezó con un lacayo y la bandeja que éste llevaba cayó al suelo estrepitosamente.

—¡Eddy, contrólate! —le ordenó Cora Logan.

La cena fue servida en el gran comedor iluminado por varias decenas de candelabros distribuidos con arte sobre las consolas negras y los muros de laca azafranada. Verónica contó a los invitados, eran diez incluyéndose ella misma. Eddy presidía una de las cabeceras y Cora la opuesta. Verónica se hallaba sentada a la derecha de Eddy, que hablaba sin cesar, no para ella sino para toda la mesa. A la derecha de Cora se hallaba el hombre de labios gruesos, cabellos rizados y cuerpo corpulento. Lo observó devorar la comida llena de especias orientales y sudar copiosamente. Geneviève llevaba una conversación ridícula y mundana, se volvía inquieta a sus vecinos esperando su aprobación. Alex no pronunció una sola palabra, se diría aburrido; de vez en cuando le lanzaba una mirada cómplice a través de su monóculo. Pascaline la observaba con terquedad, su rostro de músculos inmóviles estaba cerrado a la conversación. Las imprecaciones de Eddy, a medida que bebía, subían de tono y de volumen. Los cabellos renegridos de Cora Logan, sujetos en un suntuoso peinado, brillaban al otro extremo de la mesa. Sus gestos eran precisos y sus ojos azules a veces se fijaban en Eddy, lo contemplaban unos instantes para apartarse enseguida y volver a su plato.

—¡Por tu primer marido! —le gritó Eddy, levantando su copa.

Cora Logan sonrió, levantó la suya y dio un pequeño sorbo. Los demás imitaron su gesto.

—¡Por tu segundo y actual marido! —gritó Eddy, levantando su copa y riendo estrepitosamente. Cora Logan sonrió con una sonrisa indescifrable y levantó su copa para dar otro pequeño sorbo. Los demás la imitaron. Rory no pudo levantar la suya y cayó de bruces sobre la mesa.

—¿Te encuentras mal? —le preguntó Alex, con aire inquieto.

—Rory siempre se encuentra mal —comentó Cora, con frialdad.

Al terminar los postres Alex ayudó a Rory a llegar al salón de fumar.

Allí le dio varias tazas de café. Verónica lo vio abandonar el salón. Su ausencia la inquietó, no deseaba quedarse sola entre aquellos extraños. Lo vio reaparecer con dos saleros en la mano; vertió sal en una taza de café, y obligó a Rory a beberlo. Dos lacayos lo ayudaron a sacar a Rory del salón. Verónica trató de seguirlo.

—No se mueva, querida, enseguida vuelvo... Ivette está aquí... —le susurró casi al oído.

Cora Logan fingió no darse cuenta de nada; sin embargo, se dirigió por primera vez a Verónica.

—Gracias, Verónica, me ha enviado usted a una cocinera envidiable...

—¿Tienes aquí a la vieja Ivette? Tú, mi amada Cora, no dejas jamás un hilo suelto —le gritó Eddy con alegría.

Pascaline tomó una mano a Verónica.

—Pequeña, como el pobre Frank la dejó a usted sin recursos, queremos que trabaje para nosotros. ¿Qué le parece?

Verónica trató de liberar su mano. ¿Trabajar para ellos? ¡De ninguna manera! Pero debía ser cortés, las mujeres le daban miedo.

—No puedo... No tengo permiso de trabajo... —balbuceó.

—¡Niñerías! Se lo podemos conseguir en dos minutos. Yo tengo una boutique muy selecta. Geneviève tenía razón, usted es la criatura ideal para estar allí, me servirá de adorno. ¡Tiene usted clase, querida!

La repentina amabilidad de Pascaline la intranquilizó. ¿Qué se proponía esa mujer de cabellos untados y mirada fija? Prefirió guardar silencio, ni aceptar ni negar, bajó la cabeza y deseó intensamente que aquella fiesta horrible terminara. Vio entrar a Rory dando traspiés acompañado de Alex, y pensó pedirle a éste que la llevara a su hotel; pero en ese instante Eddy empezó otro discurso disparatado.

—¡Alex!, ¿por qué no trajiste a Guy, tu *valet de chambre*? Estoy seguro de que Cora lo hubiera adorado...

—¿Cómo es? —preguntó Pascaline, con aire divertido.

—¡Encantador! Y además muy útil... —explicó Eddy, con voz tartajeante.

—Era muy amigo de nuestro querido Frank... —agregó Eddy con malicia.

—Alex, tráelo alguna vez —ordenó Cora Logan.

La voz impersonal de la mujer vibró unos segundos en medio del silencio del enorme salón de fumar. Sus invitados permanecieron quietos, parecían personajes surgidos de un pasado reciente. Había algo fantasmal en aquella reunión, algo artificial, como si cada uno de los huéspedes jugara un papel ya representado muchos años antes por los verdaderos protagonistas de alguna comedia que Verónica ignoraba, pero que al mismo tiempo conocía a través de la literatura, del cine y de los periódicos de la década de los años veinte. “Son todos unos impostores”, se dijo, al tiempo que los observaba; sin embargo, cada uno de ellos parecía sumergido en una tragedia personal que los unía para pulverizarlos, ya que era la misma tragedia para todos. ¿Por qué insistían en Scott Fitzgerald? Pascaline había dicho que Eddy apenas había conocido al escritor desde lejos, en cambio Alex la urgía para leerlo. La clave existía en las páginas de *Tender is the Night*, ella había buscado la novela sin hallarla. Decidió ir a la biblioteca pública. “Ahí debo encontrarla”, se dijo, contemplando aquella fiesta fúnebre. Podría decirse que los amos de aquel palacete habían muerto y que ahora eran los criados los que repetían sus gestos, sus palabras, sus maneras. Pascaline estaba a su lado observándola.

—¿Desde cuándo vive Cora en este palacio? —le preguntó Verónica, con aire inocente.

—No lo sé... ¿Le resulta importante saber la fecha exacta? —le preguntó la mujer, mirándola hasta el fondo de los ojos.

—Ya le dije que soy muy indiscreta...

Pascaline no le contestó, en ese momento dos lacayos conducían a Eddy al vestíbulo, seguidos por Alex y Rory.

—Mire borracho... —dijo con tono despectivo Pascaline.

Verónica corrió a unirse con sus amigos. Encontró a Eddy, lívido, poseído por un hipo incontenible que lo sacudía de los pies a la cabeza. Se había saturado de alcohol y se diría moribundo.

—¡Que los lleve el Rolls! —era la voz de Cora Logan.

El grupo salió al patio embaldosado en el que esperaba un enorme automóvil negro. Los criados acomodaron a Eddy y luego ayudaron a

montar a los demás. Alex dio al chofer la dirección del pequeño hotel vecino a la Sorbonne. Eran las dos de la madrugada cuando acomodaron a Eddy en la estrecha cama de Alex. Rory ocupó la única silla y Alex y Verónica se sentaron a los pies de la cama. Ambos estaban abatidos. Eddy vomitó con violencia varias veces, después pareció sentirse mejor, levantó un poco la cabeza y exclamó:

—¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!... El que le da perlas a los cerdos...

—Calla y descansa un rato —le ordenó Alex.

—No descanso. Mañana le sacaré dinero a Cora... Tú sabes, Alex, que me utilizó; lo sabes...

—Sí, sí, sí, lo sé muy bien —contestó el hombrecito, tratando de calmar a Eddy que parecía próximo a un ataque de locura. De pronto se enderezó en la cama y empezó a reír a carcajadas.

—El viaje fue infernal. ¡Qué país espantoso! ¡Qué calor!... Frank y Cora me convencieron... Alex, tú sabes que yo fui siempre un niño obediente. Tienen la culpa mis padres... A los niños hay que educarlos en la desobediencia, sólo así pueden librarse de personajes tan funestos como Cora y Frank; pero lo único que me decían era: “Eddy, obedece; Eddy, obedece”. Yo les tenía pavor. ¡Pobres viejos!, tal vez no eran tan malos, tal vez sólo eran monos amaestrados: mi madre con sus polvos, sus coloretos, sus alhajas y mi padre con sus corbatas y su bastón... —Eddy se echó a reír.

—Duerme y deja tranquilos a tus padres —le ordenó Alex.

—¿Dejarlos tranquilos? ¿No ves adónde me condujo su educación? ¡Al barco! Menos mal que Frank pudo callar el escándalo. El regreso fue aún peor, una cena de negros. Míralos a los dos ahora y mírame a mí, siempre aterrado. ¿Y así quieres que perdone a mis padres? Rabioso tenía que obedecer aún sus órdenes más estúpidas... ¡Hasta que me cansé! Ahora Cora me acusa de despilfarro. ¿Cuál despilfarro? Ella se quedó con la parte del león... Cora me recuerda a una institutriz que me pellizcaba como una bruja cuando la desobedecía. Mis padres nunca me creyeron... Y él, Frank, el gran muchachito, se parece a un chofer de mi padre. ¡Era un perverso!... Nunca pude quejarme, le creían a él. ¿Quién puede creerme, Alex?

—Yo te creo, Eddy, pero trata de dormir —le suplicó Alex.

—Tengo mucho frío, Alex. ¿No tienes algunas pastillas? Me estoy muriendo —murmuró Rory, encogiéndose en la silla como si tuviera calambres.

—No, no tengo ninguna pastilla.

—Dale alguna, ¡canalla! —gritó Eddy.

—¡Sois imposibles! Deberían guardar algún pudor, aquí está Verónica —reclamó Alex, indignado.

—¡Ah!, la viudita del histérico. ¡Pobre, también a ella la acostumbraron a obedecer! —dijo Eddy.

Verónica permaneció muda contemplando aquella escena incomprensible. Eddy se enderezó en la cama y fijó sus ojos asombrados en la muchacha.

—¿Verdad que a ti te acostumbraron a obedecer? Eres una niña muy bien educada —gritó Eddy.

Verónica hizo una señal de asentimiento.

—Te diré algo, pequeña obediente. Había una vez un gran hotel llamado el Beau-Rivage. Allí pasaba yo muchas temporadas, me habían expulsado de Inglaterra. Por desobediente, ¿sabes? Un amigo me siguió; era un pederasta, muy *snob*, muy *chichiteux*, como decía Frank. A mí me gustaba jugar y me iba todas las noches a Ginebra. Mi amigo venía conmigo y bailábamos... ¿Te gusta el cuento? —y Eddy se echó a reír. Alex trató de interrumpirlo, pero lo calló de un manotazo.

—¡Alex!, si el cuento apenas empieza. Una noche me asomé por la ventana del comedor para mirar a un chico más joven que yo. Acababa de llegar y se había hecho amigo de mi amigo. Lo miré durante largo rato, estaba cenando con sus padres. Eran iguales a los míos. Tú sabes que todos los sudamericanos estamos hechos del mismo barro. Su madre era una vieja puta y su padre un viejo cornudo. ¡Qué horror!, mi madre me espera en Ginebra, vino a buscarme, no desiste... Ya le dije que si no se va a casa me suicido. Ella me amenaza con desheredarme; no me extrañaría, ya me desheredó mi padre. “¡Sí, sí, sí, soy maricón!”, le grité en su lecho de muerte. Quería que le constara, pues siempre le tuve miedo. Pero eso sí, nunca tuve hijos, no quise hacer desdichados. Hay que ser honrado.

¿Estás de acuerdo? Cuando Frank me dijo en ese horrible piso en que vivías: “Tengo cuatro hijos”, tuve ganas de matarlo. Me dijo que su madre no quería que su dinero pasara a manos del Estado. “¿Y qué te importa, niño perverso, adónde vaya tu dinero después de muerto?”, le pregunté. “¡Eddy, Eddy, no seas cruel conmigo! Mi pobre madre deseaba nietos, una seguridad...”, sollozó. Frank llora mucho...

Eddy guardó silencio, Verónica lo escuchó aterrada. Después le pidió:

—Eddy, cuéntame de la carita...

—¿Cuál carita?... ¡Ah, la carita! Entonces te contó algo. Él me pidió esa noche en tu piso que nunca te dijera nada. ¡Valiente perjuró! Es un histérico. ¿Verdad, Alex?

—Calla de una vez. Me estás poniendo nervioso y estás asustando a esta chica —gritó Alex.

—Alex, lo único que la puede asustar es la mentira. Déjame que le siga contando el cuento. Mira, Verónica, aquella carita era preciosa. Pertenece a una chica, una *flapper* que se iba a bailar a Ginebra con nosotros. Tenía trajes divinos, era muy coqueta, bailaba el charlestón como una campeona de Norteamérica. Ya no hay chicas como ella, pertenecía a “the lost generation”. ¡La generación perdida! Así la bautizó Scott Fitzgerald. Una noche Kat se asomó por la ventana del comedor del Beau-Rivage para ver a Frank. Todos sabíamos que lo habían expulsado del colegio de Inglaterra por libertino y ella era muy curiosa. Cruzó unas miradas con Frank y luego se fue con nosotros a bailar a Ginebra. Por la noche, al llegar a su habitación, se encontró a Frank, que cayó de rodillas frente a ella, se abrazó a sus piernas y la besó toda la noche... ¡Era un chico muy vicioso! Terrible en verdad. Por la mañana Kat lo echó de su cuarto y desde ese día Frank la espiaba, la perseguía, la acorralaba. ¿Así hizo contigo?...

Verónica asintió.

—Bueno, si Kat iba al bar, él se colocaba detrás a mirarla. En esos días Scott Fitzgerald tenía un drama terrible: acababa de encerrar a Zelda, una mujer ¡divina! y loquísima, en el manicomio. No hablaba con nadie. A Kat le gustaba sentarse a la barra a la hora en la que Scott iba a beber su whisky. Estaba muy pálido y ensimismado en su tragedia. Su hija, Scotty,

lo esperaba en su habitación, era muy chiquita y muy dominante y él sólo pensaba en ella y en Zelda. Imagina cómo sería la persecución de Frank y sus escándalos para que hasta Scott se diera cuenta de la situación. A Frank le daban ataques de histeria, pateaba, desgarraba sus camisas de seda, gritaba. Pobre, tenía celos de Kat...

Te recomendé que leyeras *Tender is the Night*. En ese libro salimos Frank y yo. Por mi parte estoy encantado, Scott me inmortalizó. Frank, por su parte, está furioso. Odia a Scott.

—¿Y qué pasó con Kat? —preguntó Verónica, desconcertada.

—¿Con Kat?... Lo que pasa con todas las chicas malas. Su hada protectora se enfadó con ella por mala y la convirtió en una rana horrible —y Eddy empezó a reír con carcajadas violentas.

—Si ya terminaste el cuento, hazme el favor de dormir un rato. Estoy exhausto —le suplicó Alex.

—Desde que Scott lo puso en la novela, Frank optó por su primer nombre: Arturo, y escogió su segundo apellido.

—¿Oye, Alex, ahora cuál apellido usa? —preguntó Eddy, con voz infantil.

—No estoy seguro, me parece que el de Arturo F. Bartlet —contestó desganado Alex.

—¡Ah!, se quitó el apellido de su madre: ¡Luengo! Qué chico terrible...

Rory se había quedado dormido en el suelo. Verónica se sintió mareada, el pasado de Frank era demasiado extraño y tortuoso para seguirlo en una sola noche inconexa y saturada de alcohol. No entendía nada. Eddy se había dejado caer sobre la almohada para contemplar el techo sucio de la habitación.

—The lost generation... —repitió.

Cerró los ojos y pareció dormir unos minutos, después se volvió a buscar a Alex.

—Alex, mira, tengo la lengua llena de lodo —y la sacó para enseñársela a su amigo. Volvió a cerrar los ojos y murmuró—: Trataré de dormir... Soy una vieja carroña muy cansada...

Sus manos pálidas descansaban sobre las sábanas, inertes, iguales a su rostro, que en esos momentos aparecía terso como el de un niño. Alex

aprovechó aquel momento para conducir a Verónica a su hotel. Caminaron en silencio. La madrugada daba tintes azules y rosados a los perfiles de las casas. Se diría que ambos andaban por una ciudad desconocida y encantada.

—Alex, ¿quiere buscarme *Tender is the Night* y *Brideshead Revisited*?

—Cuando abran las librerías —contestó Alex, con voz metálica.

Al llegar a su cuarto se sintió mal: “Soy una imbécil”, se repitió una y otra vez. ¿La explicación de la conducta despiadada de Frank y sus arranques de histeria se debían a que era homosexual? ¿Era eso lo que Eddy había querido decirle o era simplemente una broma? Se cubrió el rostro con las sábanas. Estaba ofendida y sintió que le ardían las mejillas. Si Frank era homosexual, era diferente de los demás homosexuales, ya que lo consideraban un malvado. Hablaría con Alex, él era distinto, era honesto, serio y le tenía afecto. El mismo Eddy condenaba a Frank. Recordó a Kat. ¿Quién era Kat? ¿Qué hacía aquella Kat entre Frank y Eddy? “Kat era la más puta de todos”, había dicho Eddy la noche en que los visitó en el piso amueblado. Olvidó al inglés que corría tras Eddy, estaba confusa, había caído en un mundo anticuado y fantasmal. Recordó a Cora Logan, otra incógnita. ¿Por qué conocía a Frank? Éste nunca la había mencionado. Tal vez Cora Logan era Kat, en cuyo rostro inmóvil se reflejaba un pasado turbulento. La mujer no sólo era enigmática sino temible. Sus amigos perdían el control frente a ella. Eddy se convertía en un ser desesperado y Rory se llenaba de un odio extravagante: “Eras sólo una pequeña rata mestiza”, le dijo esa noche antes de caer en coma. Debía hablar con Alex, aunque temía que no le dijera nada. “Mientras menos sepas menos peligro corres”, le dijo unos días atrás. Estaba perdida. Recordó a Frank hablando de las mujeres de su pasado con un despego atroz; hablaba de la intimidad de aquellas mujeres con una grosería helada. Sin embargo, en la carrera desenfundada por los hoteles nunca tuvo tiempo para reflexionar en sus palabras. Lo recordó destruyendo teléfonos y haciendo señas obscenas y se cubrió el rostro con las manos. Eddy lo conocía bien: era un histérico, un... homicida, dudó antes de atreverse a decir esa palabra. “Estoy marcada por la infamia.” Escondió la cabeza en la almohada y pensó con gratitud en Eddy. ¿Cómo sabía que a

ella también la habían educado para obedecer? Era Eddy quien le había revelado su verdadera situación y su destino, también él estaba perdido. Lo recordó en casa de Cora Logan, estaba exasperado. El grupo entero pertenecía a un pasado abolido, a una generación desaparecida. La mano feroz de Frank lo había arrastrado a aquel mundo fantasmal. En casa de Cora Logan la atmósfera era tan irrespirable como la de un sepulcro sellado. Los personajes buscaban playas y lugares perdidos, hasta la música era la música con la que habían bailado sus padres: un jazz melancólico que brotaba de los rincones y que hizo que de los ojos enrojecidos de Rory brotaran algunas lágrimas: “Entonces éramos todos tan guapos”, dijo, después de escuchar durante algunos minutos. Por la cara de Cora Logan pasó el esbozo de una sonrisa: “A mí no me interesa ser guapa”, dijo con su voz exacta. “Tú querías ser rica. ¿Verdad, darling?”, preguntó Eddy, que también se había dejado mecer por aquel jazz moribundo. “La belleza sirve para muy poco”, aseguró Cora, fijando sus ojos celestes y ligeramente oblicuos en los de Verónica. “Es un adorno que pocos saben apreciar”, concluyó. “¡Los bellos están malditos!, dice Fitzgerald”, gritó Eddy, con su voz aguda. “¿Lo dices porque la belleza es un crimen o porque incita al crimen?”, preguntó Cora, con indiferencia.

“Por las dos cosas, darling”, contestó Eddy, tirándole un beso con la punta de los dedos. Ahora desde su cuarto de hotel, Verónica reconstruía la parte secreta de la cena de Cora Logan. Supo que aquellos personajes no se habían reunido para conversar, sino por un motivo urgente que ella desconocía. Se trataba de algún asunto grave que los concernía a todos, menos a aquellas tres comparsas que hablaban de Singapur y a Geneviève, que trataba de actuar como si perteneciera al grupo íntimo de amigos. Ella no pertenecía a su pasado. Nunca frecuentó las playas ni los hoteles elegantes; había sido una simple sirvienta. Cora Logan, Alex, Frank, Rory y Eddy habían sido comparsas de personajes desaparecidos. Lo había dicho Pascaline. Husmeaban las vidas brillantes de los astros del cine, los multimillonarios y los escritores de moda. “Merodeaban”, se dijo Verónica. Y sin embargo guardaban una infinita nostalgia por aquellos años dorados de la “generación perdida”. Por eso Eddy amaba a Fitzgerald, el único cronista de su juventud perdida.

A la una de la tarde llegó Geneviève a buscarla. Estaba disgustada con Rory y con Eddy.

—¡Qué manera de comportarse, es increíble! —exclamó, despojándose de sus guantes.

Verónica la escuchó sin ningún respeto: “Habla mal de los invitados, igual que una criada”, se dijo. Le lanzó una mirada a la mujer que sentada a la orilla de la cama parecía haberse posesionado de la habitación.

—Usted, Geneviève, acaba de llegar a ese grupo. ¿Por qué los juzga con tanta dureza?...

Geneviève se irguió airada ¿cómo se atrevía Verónica a corregirla? Se arregló la toca de visón y afirmó con altanería.

—Querida, hace muchos años que conozco a Cora Logan.

—¿Usted?... ¿Antes o después de los diplomáticos italianos? —preguntó Verónica, con gesto desafiante.

—Antes. Cora Logan me recomendó con ellos. Veo que Ivette es una serpiente...

—¿Ivette?... ¿Qué tiene que ver Ivette? Me lo dijo Frank —mintió Verónica.

—Pobre querido Frank, las circunstancias lo obligan a ser desleal —contestó Geneviève, con descaro.

—¿Cuáles circunstancias?

—Su riña con Cora. Tal vez eso fue lo que le provocó el suicidio. Los esfuerzos de la pequeña Lena resultaron inútiles.

Verónica guardó silencio. Ignoraba la amistad entre Frank y Cora Logan. En realidad ignoraba toda la vida crapulosa de Frank. La noche anterior Eddy había tratado de revelar parte de las andanzas de aquel hombre enigmático y sombrío y ella se había llenado de terror. Pensó que ahora Geneviève vería en ella el mismo miedo que vio Eddy.

—¡Me alegra que haya muerto Frank! —dijo con voz cínica.

—¡Verónica!, es usted muy dura. Sí, muy dura. Si el pobre Frank la escuchara —suspiró Geneviève, cambiando de voz.

—No puede oírme, está muerto.

Geneviève se puso de pie, trató de moverse dentro de aquel cuarto estrecho, consultó su reloj pulsera y con un gran sobresalto se volvió a su

amiga.

—¡Dios mío!, olvidé a qué venía. Cora la espera a comer hoy y ya son cerca de las dos de la tarde. Por favor vístase usted de prisa.

—No pienso ir —aseguró Verónica, con firmeza.

—¿Qué dice? Le ruego que venga...

Verónica permaneció inmóvil en su cama. Sus ruegos resultaron inútiles.

—Espero que no se arrepienta de perder esta oportunidad, querida —le dijo Geneviève, antes de partir.

Verónica la vio salir de su cuarto y se puso en pie de un salto: “¡Debo escapar a Nueva York!”, recordó. Se vistió de prisa, iría enseguida a la embajada de los Estados Unidos: “Es tarde, ya debe estar cerrada... ¿Por qué no fui temprano? Iré mañana”. Pensó en Florence, era norteamericana, la buscaría, tal vez ella le diría la verdad sobre su situación. Pero ¿cómo encontrarla? Era necesario recurrir a Alex. Salió de prisa rumbo al hotel de su amigo, se encontró a Guy, los demás habían ido a casa de Cora Logan. Guy se había negado a ir, la mujer le producía miedo.

—¿Miedo por qué, Guy?

—No sé, tal vez por lo que hizo. No quiero que me controle. Alex me ha contado todo...

—¿Y qué hizo?

Guy la tomó del brazo y la sacó del hotelito para llevarla a un cafetín situado a espaldas del Pantheon. Ocuparon una mesa pequeña y Verónica vio en sus ojos unas chispas de malicia dichosa. Parecía feliz, la miraba con regocijo, se frotaba las manos y no cesaba de preguntar.

—¿De verdad no sabe usted quién es Cora Logan? —como si revelarle la identidad de la mujer le produjera una dicha inesperada.

Verónica se limitaba a negar con la cabeza, en espera de la confidencia:

—No sé, no sé...

Guy se echó a reír, dio varias palmadas para llamar al camarero, pidió dos bocadillos de jamón y café caliente. Colocó los codos sobre la mesa, apoyó la barbilla sobre ambas manos y confió en voz muy baja:

—Cora Logan es la esposa de Eddy —hizo una larga pausa para

observar el efecto de sus palabras sobre el rostro de Verónica, sobresaltado por la sorpresa, y sonrió con satisfacción. Había logrado el efecto deseado.

—Se casaron hace muchos años, cuando ella enviudó en Ceylán, es decir, en el barco que la llevaba a Ceylán. Iba con su primer marido, un viejo inglés millonario que había vivido en las Colonias. Ella es mestiza y parece que era muy sexual!, eso me dijo Alex... —Guy se echó a reír con picardía. Verónica lo escuchaba boquiabierta; pero se sentía aliviada, al fin sabría la verdad.

—¿Su marido murió en la travesía?— preguntó.

—¡Calma, Verónica! Su marido murió en la bañera de su cabina de lujo... Se ahogó...

—Se ahogó... —repitió ella, sintiendo que un ser malvado pasaba cerca de ella. Un ser invisible y poderoso.

—Cora heredó su fortuna y luego se casó con Eddy. ¡Pobre Eddy! Había sido muy rico pero su padre lo desheredó. Estaba arruinado. Frank también, su familia había perdido casi todo su dinero. ¿Lo sabía usted?

—No. Yo no sé nada —contestó ella, asombrada de que Frank apareciera mezclado en aquella historia.

—Pues estaba arruinado y no quería volver a su país. El primer marido de Cora le dejó la mitad de su fortuna. Tuvo suerte. ¿Verdad? —y al decir esto Guy dio un gran mordisco a su enorme bocadillo de jamón.

—Rory descubrió a Cora, dice que era muy bella, muy sexual. Eddy dio el dinero para vestirla y cuando lo expulsaron de Inglaterra, la invitó a Francia. Rory y Eddy pensaban casarla con un millonario, sólo encontraron al viejo Logan, que pasaba una temporada en la Riviere. El pobre idiota se había pasado la vida trabajando en las colonias inglesas y estaba viejo y podrido en dinero. Cuando lo descubrieron, Eddy llamó a Frank, que se había instalado modestamente en una ciudad alemana. Éste contaba con su buena presencia y su sangre fría, parece que su papel fue decisivo en la boda de Cora. Le hizo la corte, la perseguía, lloraba, le hacía escenas de celos; al final, muy caballero, aceptó su derrota frente a Logan. ¿Ve usted?, encajó el golpe con nobleza y el viejo le tomó admiración y afecto. Después de todo sólo era un muchacho menor que

Cora...

—¿Y lo nombró su heredero? No lo creo...

—No, Verónica. Él no lo nombró su heredero, fue Cora quien le cedió la mitad de la fortuna en agradecimiento... —Guy fijó sus ojos castaños en Verónica y terminó su bocadillo.

—Perdone, Guy, o me habla usted con claridad o nunca entenderé nada —dijo ella, disgustada.

Guy pidió un vaso de vino y lo bebió con parsimonia. Verónica no se daba cuenta de que lo que tenía que decirle le resultaba muy difícil, las palabras se negaban a salir de su boca. La miró con fijeza, vio sus ojos ansiosos y su actitud de espera y se impacientó con aquella mujer tan increíblemente torpe de entendimiento.

—Usted no es nada lista. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que debe usted obedecer a Cora? ¡Pues bien, la debe obedecer!... Y yo también. Ese canalla de Frank nos ha embarcado en este bote, de la misma manera que embarcó al pobre Logan y luego lo... bueno, se ahogó en la bañera del trasatlántico...

—¿Quiere decir que Frank mató a Logan? —preguntó aterrada Verónica.

—¡Al fin! Sí, él y Eddy embarcaron en el mismo barco, fue Frank quien planeó todo... Al menos eso me ha dicho Alex, y los pocos amigos que conocen el asunto. ¡Eddy es un pobre diablo! ¿Lo imagina usted sumergiendo al viejo Logan en la bañera durante varios minutos? Además de cobarde, Eddy fue siempre muy endeble; en cambio, Frank es atlético, muy fuerte y con gran sangre fría cuando no le dan los ataques de histeria. Logan también era alto, pero estaba viejo. Lo sorprendió en la bañera, charló con él y de pronto ¡paf!, le hundió la cabeza y la mantuvo bajo el agua hasta que dejó de moverse... Salió muy tranquilo. Cora se encargó de dar la versión a las autoridades del barco: ella estaba en el camarote y no escuchó nada, seguramente el viejo sufrió algún vértigo, algún desmayo. Así, ¡paf!, los millones pasaron a sus manos y luego la mitad a las de Frank. El pobre Eddy se casó con ella en Hong Kong, le tocaron migajas...

Verónica escuchó la historia como en un sueño. ¿Guy trataba de

burlarse de ella, de aterrarla? Tal vez sólo le gastaba una broma terrible, lo miró con extrañeza. ¿Por qué le contaba aquel crimen?

—Usted no me cree, Verónica, y alguien tenía que decirle la verdad. ¡Frank es un monstruo! Pobre Eddy, ha sido su víctima, nunca pudo librarse de Cora, tampoco Alex, por ser amigo suyo. Eran ricos, ¿sabe?, y ahora están en manos de la Logan. En cuanto a Rory... el pobre se droga. También Eddy, aunque se controla. No podemos decir que es un adicto, más bien un *dilettanti*... La verdad es que todos ellos se drogaron de jóvenes, fue una ocurrencia de Frank, por eso lo expulsaron del colegio inglés. Frank se cuida mucho. ¿No notó usted que comía demasiados caramelos? —Guy se echó a reír.

Era verdad, Frank llevaba siempre caramelos en los bolsillos de su americana. Verónica recordó que después de una de sus crisis de histeria devoraba dulces con verdadera fruición.

—Tal vez estaba drogado cuando se ponía histérico... —dijo en voz baja.

—No, cuando se le pasa el efecto. Yo le cuento lo que me ha dicho Alex.

—¡Claro!, todo sucedió antes de que usted naciera —contestó ella, vencida por una fatiga desconocida, pues acababa de perder la última esperanza de salvación que le quedaba. La malicia había desaparecido de los ojos del muchacho, que inclinado jugaba con el papel blanco de la mesa y parecía avergonzado de sus revelaciones.

—Lo siento, Verónica. Me indigna que sea usted tan crédula. ¿Cómo no se dio cuenta?

—¿Cuenta de qué?...

—De Frank. Alex y yo nos lo preguntamos todos los días...

—No sé, estaba tan empeñada en sobrevivir a su brutalidad que sólo pensaba en eso. Nunca entendí nada, ahora tampoco; sólo tengo miedo. ¿Sabe que me llamó por teléfono?

—Sí, lo sé. También llamó a Cora para pedirle que se ocupara de usted. No está tranquilo, teme que usted se haya dado cuenta de algo y hable. Cora también le tiene miedo a usted, el secreto hasta ahora había quedado dentro del pequeño círculo de íntimos, ¡y, ya ve, hay rumores! Eddy a veces habla demasiado con sus amigos de aventura y es Cora la que debe callarlos con dinero. Por ejemplo, Bruno. Era un camarero, robó

a Eddy, bueno eso sucedió al final. Eddy no pudo reclamarle nada, le había hecho confidencias y aquél chantajeaba a Cora. Eddy le contó el asunto del viaje a Ceylán y estaba dispuesto a arruinar a Frank. Me pregunto por qué lo haría, tal vez desea que lo maten. Pobre Eddy, está muy cansado, nunca se repuso del disgusto... Yo lo entiendo. ¡Qué estúpido fue Bruno! Digo esto porque usted conoce su final. Él nunca había visto a Frank, pero parece que una vez a solas con él supo quién era. Me imagino que el propio Frank se lo dijo. ¿Usted que opina?

—¿Yo?... No sé de que me habla...

Guy se inclinó sobre la mesa, la miró con seriedad y dijo casi en un susurro:

—Del hotel del Lago Mayor. ¡Pobre Bruno!...

Verónica perdió el color, pensó que iba a desmayarse. El cafetín giró a su alrededor con velocidad.

—Entonces ¿es verdad? —preguntó casi sin voz.

—Es verdad. Morir degollado... ¡Pobre Bruno! —insistió Guy, en voz muy baja, inclinado sobre ella.

¿La estaba acusando de complicidad en el crimen? Lo miró aterrada. Aquella noche ella cayó en un sueño pesado, apenas recordaba unos alaridos, una lucha y el ruido de la lluvia que caía. Antes de llegar al hotel había tenido la seguridad de que esa noche iba a saber la verdad y que su pesadilla tocaría el fin. Fue una noche extraña, creyó vivir dentro de una película, como si ella no fuera ella sino un personaje reflejado en una cinta cinematográfica. Ella no participó en el asesinato.

—Yo... yo sólo escuché algo, por la mañana vi que Frank tenía una herida en el labio. No supe nada...

—Hable en voz baja. Alguien puede oírla y acabará en la cárcel —le dijo Guy, con seriedad. Un silencio sombrío cayó sobre los dos, Guy estaba nervioso, se volvía a cada instante hacia la puerta del cafetín, estaba poseído por el terror, tampoco él podía escapar del círculo de Frank.

—¿Conoció usted a Bruno?...

—Sí, el año pasado. Ya hacía mucho tiempo que había terminado con Eddy. No era joven, tendría unos treinta años, estaba dispuesto a arruinar a Cora. Él me envió con Alex, pero me negué a ayudarlo cuando conocí a

Alex. ¡Estúpido! No le hubiera sucedido nada si Cora no llama urgentemente a Frank. ¿Sabe que nunca había vuelto a Europa?...

Guy calló, por su rostro pasaron ráfagas de miedo. La cara de Bruno pareció surgir sobre la suya como una fotografía superpuesta. Verónica volvió a ver a aquel hombre vestido de negro diciéndole: “Las mujeres desnudas siempre están en peligro”. Hubiera querido preguntarle a Guy acerca de aquellas palabras que la habían sobrecogido de terror. ¿Acaso sólo deseaba asustarla? No dijo nada. “Mientras menos sepa menos peligro corre”, le había dicho Alex. Ahora se hallaba completamente vestida y, sin embargo, se sintió en un peligro peor que aquella noche. ¿Por qué Guy le relataba la serie de crímenes cometidos por Frank? El jovencuelo le despertó sospechas, recordó a Frank reprochándole que le hubiera cedido el cuarto de criados: “¿No sabes que estos delincuentes siempre son soplones de la policía?”, le había gritado furioso una mañana.

—Guy, ¿usted trabaja para la policía? —le preguntó en voz muy baja.

—No... pero creo que desean atraparme desde lo que sucedió en la Vallée de Chevreuse. ¿Por qué?

—No sé, tengo miedo. ¿La policía cree que el muerto es Frank?...

Guy apoyó el rostro sobre ambas manos, reflexionó unos instantes antes de responder; también a él le preocupaba la policía.

—Me parece que por el momento han aceptado que sea Frank el muerto. ¿No recuerda que todos identificamos el cadáver? Frank está ahora muy tranquilo en su país. Parece que allá goza de muy buena reputación. Desde acá no pueden suponer que Arturo F. Bartlet sea Francisco B. Luengo. ¿Comprende? Si hubiera sospechas recaerían sobre nosotros y sobre Lena y Geneviève, que fueron las que le pusieron la celada al amigo de Bruno. También él deseaba dinero, mucho dinero a cambio de su silencio, para eso vino desde Italia. Frank abandonó su piso cuando supo que el hombre estaba en París, y con la ayuda de las dos mujeres se dedicó a cazarlo. Eddy no se mezcló en el asunto. ¡Pobre Eddy!, estaba aterrado por lo del Lago Mayor, trató de disuadir a Frank, pero éste no lo escuchó. Alex, Eddy y yo pensamos en usted y fuimos a hacerle compañía...

—¡Dios mío, que pesadilla interminable! ¡Estoy perdida!...

—¡Calle!...

—Pero... ¿por qué mata? ¿Está loco?...

—Por dinero. Frank es dinero. Su primer crimen lo cometió cuando se vio arruinado. Si usted le estorba la buscará para matarla.

—¿Por qué me buscó antes? —gimió Verónica.

—Necesitaba un motivo para volver a Europa: Inventó el gran amor, el mejor álibi. ¿Ya tiene todo claro?

—Perdone, Guy, pero estoy sumida en una confusión horrible...

Abandonaron el café y caminaron cabizbajos; había oscurecido y ambos tuvieron la certeza de que caminaban en el infierno. “Estoy perdida, perdida...”, se repitió Verónica hasta llegar a la puerta de su hotelucho.

—Es una pena que haya caído usted en este círculo. Yo tampoco sé cómo escapar; deberíamos planear algo juntos. Hoy me negué a ir a casa de Cora Logan, usted sabe que quiere conocerme...

Ella lo escuchó con miedo, podía ser una trampa, no podía confiar en el jovenzuelo que le había revelado el horror. Trató de no mirarlo.

—Sí, sí, habrá que hacer algo... —dijo con voz débil. Recordó que deseaba la dirección de Florence, era mujer y podía ayudarla. Se la pidió al muchacho, éste dudó unos segundos y después con aire decidido le apuntó la dirección de Rory y de Florence en un trozo de papel que arrancó de su agenda. La pareja vivía en el barrio de la Bastilla.

Una vez a solas en su habitación cayó derrumbada sobre la cama. No tenía ninguna esperanza. Le quedaba el recurso de acudir a la policía y revelar aquel secreto que pesaba sobre ella. Pero ¿le creerían? Ivette se había mostrado escéptica: “Es su palabra contra la nuestra”, le había dicho.

¿Acaso Ivette no trabajaba ahora a las órdenes de Cora Logan? La vieja criada había depuesto las armas. “Escuche, la señora, la mayoría de los crímenes quedan impunes, lo leí en una gaceta policiaca”, le había dicho la última vez que se encontraron. En realidad a la policía le interesaban bien poco dos homosexuales chantajistas. ¡Ésa era la verdad! Fijó la vista en el muro sucio del cuarto... ¿y en cuanto a Logan? ¡Bah! Logan había

sido asesinado veinte o treinta años atrás en un barco de lujo en las proximidades de un país oriental. No existía ningún testigo, existían sólo los verdugos: Frank y Cora. Los demás eran sus cómplices y por miedo atestiguarían en su favor. A ella la acusarían de loca, para librarse del escándalo y del peligro. “¡Nada que hacer!... ¡Nada!” ¿Por qué se portó tan estúpida con Guy? Quedaban muchos cabos sueltos, el muchacho sólo quería ayudarla diciéndole la verdad. “¡La verdad fulmina!”, se dijo, paralizada por las palabras de Guy. Sintió que jamás volvería a dormir. Frank era un vampiro que le había secado la fuente del sueño. Temía cerrar los ojos y ser asesinada. Ahora se lo podía confesar a sí misma, no estaba loca, Frank era un homicida. “La he dejado sola, no ofrece peligro”, le había dicho a Geneviève, según le confesó esa tarde Guy. Era verdad, la había dejado absolutamente sola. Únicamente podía recurrir a los cómplices de Frank, que ahora eran los suyos. “Me iré a Nueva York”, decidió. Ignoraba la decisión de Frank.

Al mediodía, en casa de Cora Logan se discutió la suerte de Verónica. La anfitriona escogió para sus invitados un menú especialmente rico en platillos exóticos rociados con tés de aromas distintos y bebidas selectas. El gran comedor presentaba un aspecto solemne y Alex, Eddy y Rory, a pesar de la fatiga de la noche anterior, estaban allí comiendo sin apetito el banquete que les ofrecía Cora para agradecer su obediencia.

Los biombos negros y dorados colocados a espaldas de Cora Logan producían el efecto buscado: lujo solemne y dignidad principesca alrededor del rostro compacto e impasible de Cora Logan, que lucía un tocado hecho con pequeñas placas de oro, algunas de las cuales le cubrían parte de la frente. Un traje de brocado de oro la hacía brillar como a un ídolo. La suntuosidad desplegada impresionó a sus modestos huéspedes. Los lacayos se movían alrededor de Cora, con reverencia, y Geneviève no podía apartar sus ojos de la figura resplandeciente de la mujer que presidía la enorme mesa. En la cabecera opuesta un Eddy maltrecho hablaba poco. Alex y Rory guardaban gestos de ironía.

—Verónica debe quedar en libertad para irse o quedarse en París — opinó Alex, soltando una pequeña risa convulsiva. Los ojos impenetrables de Cora Logan cayeron sobre la figura minúscula de Alex, que con aire

despreocupado manejaba con destreza los palillos de marfil que hacían las veces de cubiertos.

—Creo que la muchacha no vale nada; pero no puedo dejarla ir, se lo prometí a Frank —cortó la voz inmóvil de Cora.

—Querida, yo opino que debemos abandonarla a su suerte. Sola se ocupará en defenderse y nos olvidará. Mientras menos sepa de nosotros será mejor. Es muy astuta y ella misma tendrá que recurrir a nosotros —dijo Geneviève, ansiosa.

—Me parece muy injusto. La muchachita está bajo un choque nervioso, yo podría invitarla a mi casa y convencerla de que no corre ningún peligro —se precipitó a decir Eddy, que deseaba ayudar a Verónica.

—¡Imposible! La discusión está terminada. Pascaline se ocupará de ella —contestó Cora Logan, con su voz inmóvil.

Pascaline se volvió a Cora, hizo un gesto de aprobación y continuó comiendo. Aquel asunto empezaba a aburrirla; Eddy era un viejo sentimental y Geneviève una vieja oportunista. Los miró a ambos con despego y guardó silencio.

—Cora, haces muy mal en retener a Verónica. Acabará enterándose de todo —gritó Rory, empujando con violencia una preciosa escudilla de porcelana de color azafrán con vetas de oro que contenía agua perfumada para enjuagarse.

—¡Rory, cálmate! —le ordenó Alex, con voz despótica.

Nadie hizo caso a las palabras de Rory. Cora inició una conversación banal sobre la primavera que empezaba a entrar en la ciudad con las primeras golondrinas, según había leído en los diarios de la mañana. Sus amigos la escucharon con fingido interés. ¿Qué les importaba a ellos aquel cambio? Sus vidas continuaban suspendidas en el mismo tiempo inmóvil producido por el crimen de Ceylán, y su único interés era sobrevivir a las calamidades económicas producidas por aquel asesinato que había destrozado sus vidas. Una música suave de jazz olvidado se esparcía por el gran comedor de muros tapizados de seda. Habían sido víctimas de un espejismo juvenil: todos ellos habían deseado entrar en el círculo dorado en el que se movían los elegidos de los años veinte y el despertar había sido brutal. Ahora era muy tarde para retroceder:

estaban en las manos de aquella mujer que presidía la mesa. Con voces abatidas comentaron la llegada de las golondrinas, y las aves dibujadas en oro sobre los biombos negros parecieron cobrar vida y agitarse; estaban más vivas que los personajes que se agrupaban alrededor de la mesa suntuosa.

—¿Cuándo vuelves a Ginebra? —preguntó Cora Logan.

—En dos o tres días... —repuso Eddy, con aire vacilante.

—¿Por qué no mañana? París está carísimo para ti —y al decir esto Cora fijó sus ojos azules en la figura patética de Eddy.

—Quisiera ver las golondrinas en las Tullerías, siempre me han dado suerte... Además, no tengo ganas de enfrentarme a mi madre. ¿Les dije que se ha instalado en Ginebra? Pobre mujer, me persigue con sus llantos y he llegado a aborrecer las lágrimas —se apresuró a contestar Eddy, con voz de niño.

—También yo aborrezco las lágrimas, Eddy —advirtió Cora Logan, con severidad.

Eddy la miró durante unos instantes y de pronto rompió a llorar. Todos guardaron silencio, escuchaban sus sollozos con aparente indiferencia; aunque, a decir verdad, Alex y Rory tuvieron que contenerse para no romper a llorar.

—No llores, Eddy... —dijo Alex, tratando de aparecer indiferente.

—Sí lloro... No necesito la compasión de nadie... Yo sólo soy el culpable... —sollozó Eddy, con la voz rota.

Cora lo miró con rabia y los demás callaron. La casa entera parecía un mausoleo fúnebre, cuajado de joyas y de muebles preciosos, que constituían la tumba de la juventud perdida de Eddy y de sus amigos, convertidos todos en fantasmas atrapados por un pasado que habían querido brillante. Su deseo por entrar en el círculo elegido los había marginado para siempre. Estaban más solos que Verónica, cuya suerte dependía de su grupo solitario. Se habían convertido en reliquias de un pasado tumultuoso; giraban sobre ellos mismos repitiendo sus gestos y tratando de sepultar los únicos hechos importantes de sus vidas. Cuando abandonaron la casa de Cora Logan, iban cabizbajos, se enfrentaban otra vez a la calle y a los invisibles testigos de sus crímenes. Ninguno de ellos

estaba de acuerdo en incorporar a Verónica a su círculo cerrado y agónico.

—Es una estupidez de Cora... —exclamó Eddy.

—¡Es una crueldad inútil! —gritó Alex.

—Cora siempre fue malvada y los malvados son estúpidos. ¡Pagará su estupidez! —sentenció Rory, que caminaba con dificultad.

Los tres amigos acababan de deshacerse de Geneviève, que debía comunicarse esa misma noche con Frank. “Está muy inquieto”, les había anunciado Cora, que temía el enojo de su amigo, ya que era susceptible y podía encarnizarse con ella.

Esa noche cenaron con Verónica en La Coupole, y se cuidaron de decirle que su suerte estaba decidida. Eddy trató de animar la charla, quería alegrar a Verónica, que parecía muy abatida.

—¡Alex!, antes despreciábamos este lugar bohemio. ¡Qué chusma! —gritó Eddy, levantando una ceja y lanzando una mirada despectiva a su alrededor.

—Eddy, bájate de las nubes. Eres el mismo inconsciente que conocí, sólo que ya no eres joven —le dijo Alex.

—Los que nacimos jóvenes morimos jóvenes y los que nacieron viejos mueren viejos. ¿Verdad, linda? Tú me comprendes —aseguró Eddy, dirigiéndose a Verónica, que le regaló una sonrisa.

Alex estaba triste, su vida había sido un error permanente y ahora era demasiado tarde para corregirlo. Escuchó con paciencia la charla de Eddy y cuidó de que Rory se mantuviera erguido, ya que a cada instante parecía que iba a caer sobre la mesa.

El aspecto de sus dos amigos acabó por deprimirlo: alguna vez habían sido alegres y cometido locuras inocentes, hasta que se incorporó al grupo Frank. Él era el autor de su ruina. Él y Cora habían planeado el crimen y habían sacado las ventajas, ellos continuaban atados al asesinato como a una maldición. Eddy estaba convertido en un viejo patético, incapaz de deshacerse del glorioso recuerdo de su juventud. Miró a Verónica y pensó: “Le harán lo mismo a esta inconsciente”. Verónica le recordaba en algo a Mikel. La muchacha esparcía un encanto especial, era un ser indefenso e inerme.

—Eddy, ¿a quién te recuerda Verónica? —preguntó Alex, fingiendo indiferencia.

Eddy reflexionó unos instantes, miró con curiosidad a la muchacha y luego exclamó:

—A muchas chicas inglesas...

—O a un chico inglés —le contestó Alex, con una intención maliciosa.

—¡Ya caigo! ¡A Mikel! ¿Cómo no se me ocurrió antes? Tienes muy mala fe, no debes compararla con él. ¡Qué horror! Ese niño terrible de Frank lo llevó al fondo del abismo. Lo que es asombroso es que Mikel no se haya dado cuenta de que era un títere movido por los hilos con los que lo ató nuestro amigo. ¡Muchacho malvado!... Oye, preciosa, no te dejes asustar por este viejo judío. Ya sabes que los judíos siempre están deprimidos, los pobres padecen delirio persecutorio —y Eddy se echó a reír con la animación que sólo le producía el vino.

—¡Por favor, no hablen del pasado! Nos queda un porvenir que puede resultar brillante. Acudiré a mi familia, ella vendrá a rescatarme —afirmó Rory.

—No digas tonterías. Escribe un libro diciendo la verdad en vez de inventarte orígenes aristocráticos. No descienes de los conquistadores. ¡No nos aburras, Rory! —suplicó Eddy.

La luz blanca del restaurante marcaba las arrugas en los rostros de los tres amigos, les volvía el tinte terroso y mostraba con precisión las imperfecciones de sus dientes. Alex era el mejor conservado: no había perdido el cabello y mantenía los dientes intactos, por eso le gustaba reír. Al despedir a Verónica en la puerta de su hotel, no le dijeron que Eddy partía para Ginebra al día siguiente, ni que Cora Logan les había prohibido frecuentarla.

Verónica pasó dos semanas en una soledad completa. No entendía por qué la habían abandonado sus últimos amigos. Varias veces trató de llegar a la embajada norteamericana para pedir un visado, pero la certeza de que la seguían la hizo retroceder. El miedo se fue apoderando de ella hasta inmovilizarla. No dormía, se sentía cercada por enemigos invisibles que podían asesinarla en cualquier momento. Llamaba a Alex y se encontraba con la invariable respuesta: “El señor ha salido”. ¿Por qué se

negaba a verla? Guy también había desaparecido y le era imposible comunicarse con Ivette. Decidió ir en busca de Florence. Llegó de noche al edificio donde vivía la norteamericana. Escogió la oscuridad para evitar a Rory, ya que deseaba hablar a solas con la mujer. La pareja tenía en un apartamento dos cuartos amueblados, interiores y sucios. Florence la recibió con afecto. ¿Cómo había dado con ella? Verónica se dejó caer en una cama y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ayúdeme! Necesito irme de aquí. Alguien me sigue a todas partes, se lo juro, no estoy loca... —Florence la contempló en silencio. Llevaba una bata muy usada, desteñida a fuerza de lavarla. Los cabellos rubios los tenía sembrados de canas, la mirada fija y la boca caída hacían de Florence la imagen viva del estupor y la desolación. Era tímida y la costumbre del rechazo físico constante la había paralizado; temía acercarse a la joven y hacerle un cariño para demostrarle su simpatía, Verónica podía retroceder con un gesto de repugnancia como lo hacía Rory, incluso era capaz de acusarla de sentimientos obscenos. La escuchó repetir:

—¡Ayúdeme! No puedo seguir aquí... Quiero irme a Nueva York. Allí trabajaré, podré perderme entre la multitud...

—¿A Nueva York? —preguntó Florence, decidiéndose a hablar.

—Sí... pero cada vez que me encamino a la embajada se me aparece un argelino con un gorro de lana verde y blanco —sollozó Verónica.

Florence se sentó en el borde opuesto de la cama y reflexionó unos minutos, debía decirle la verdad a aquella chica extraviada, aunque los demás se vengaran de ella.

—Verónica, no le han dicho la verdad. No puede marcharse de París. Si intenta ir a otro país se lo impedirán, usarán cualquier método, cualquier trampa. Es mejor que calle y espere hasta que vayan a buscarla...

—¿Quiénes? —gritó Verónica.

—Ellos, los amigos de Frank, sus guardianes. Si desobedece le sucederá algo grave...

Verónica la escuchó sin dar crédito a sus palabras. ¿Por qué no era libre de ir adonde quisiera? ¿Quiénes eran ellos para impedirselo? “Presentaré una queja ante la policía”, dijo atropelladamente y luego se echó a llorar.

Florence le habló con paciencia. Debía ser sensata, comprender que era testigo de varios crímenes y un testigo es siempre una amenaza para el culpable. Ella, Florence, no podía hacer nada, sólo aconsejarla para que aceptara las condiciones de Cora y de Frank, como lo habían hecho los demás. Verónica seguía sin aceptar su dependencia de aquel grupo.

—Florence, ¿no puede usted decirles que jamás diré nada? Le juro que olvidaré todo lo sucedido, yo sólo quiero vivir tranquila en algún rincón del mundo... ¡Dios mío!... ¿y quién está encargado de vigilarme?

—Cora Logan —contestó Florence, con decisión.

—Cora Logan... La cómplice de Frank. ¿Y los otros, qué dicen? ¿Ninguno está dispuesto a ayudarme?...

—Todos están de su parte, querida Verónica, pero no pueden hacer nada. Son unos pobres cobardes, carecen de independencia, no tienen dinero y además tienen miedo de la policía. Cora Logan goza de poder para acusarlos de cualquier cosa. Ninguno de ellos tiene un pasado limpio, todos han cometido pequeños delitos, se han asociado con chicos del hampa, alguna vez se han drogado. Otros, como Eddy, han seducido a menores. Comprenda que el mundo de los homosexuales es muy doloroso, viven casi fuera de la ley y, claro, temen a Cora Logan y a Frank, que tienen dinero y poder suficiente para eliminarlos...

Florence hablaba con lentitud, estaba muy cansada y ya ni siquiera le guardaba rencor a Rory por haberla engañado y haber vendido su casa sólo para adquirir drogas. Sentada en el cuarto amueblado no esperaba nada, la muerte le resultaba algo tan irreal como su propia vida. La desdicha continua y la degradación constante a la que se hallaba sometida la habían hecho olvidar su pasado. Su juventud y sus ideales políticos le resultaban absurdos. Apenas recordaba los días de sol cuando preparaba tartas de frutas en su casa de madera y cortinillas blancas. Era increíble que alguna vez hubiera sido joven y hubiera tenido una casa. Ahora no comía legumbres, había olvidado su sabor; tampoco probaba la fruta perfumada, se alimentaba apenas de bocadillos de salchichón y de café caliente. No veía nunca las vitrinas en las que se exponían los trajes de la nueva moda, hundida en su viejo abrigo caminaba un rato por cualquier calle y regresaba al cuarto amueblado a no esperar nada. ¡Si ella

podiera huir con Verónica a Nueva York!... Miró a la joven y creyó reconocerse en sus cabellos rubios y sedosos y en sus piernas largas y delgadas; también ella alguna vez fue guapa. El recuerdo de Allan, su marido, le vino a la cabeza. “My Allan”, se dijo en voz alta y recordó su risa, sus pantalones de pana marrón y su entusiasmo por el Partido Comunista. Eran los tiempos heroicos del Partido. Allan venía de la Unión Soviética, lo encontró en una reunión de jóvenes escritores, era un teórico brillante. Más tarde, en los años treinta, se produjeron las escisiones... “Cuando murió ya no tenía esperanzas”, se dijo pensativa. Quizás ahora ella se sentía como él... “¡No, no, no!, Allan nunca se degradó. En la soledad escribió sus reflexiones, lo acompañaban algunos camaradas que al igual que él dudaban”... Escuchó la voz de Verónica.

—¿Por qué se ha quedado usted tan callada, Florence?

—No sé, pensaba en mi marido, era un idealista. ¡Pobre Allan, si me viera! —y Florence dejó correr unas lágrimas amargas que enrojecieron sus ojos apagados. Las lágrimas salían con dificultad y recorrían el camino marcado por ellas en su rostro aterrado.

—Cuénteme algo sobre él...

—Era mucho mayor que yo. Había estado en la Unión Soviética durante la Revolución, después se desilusionó y nunca pudo recobrase, era como si lo hubieran dejado desnudo, sin futuro. Escribía algunos artículos, su último libro fue acogido con violencia por sus antiguos camaradas. Aceptó sus críticas, pero ya no era el mismo, entonces sólo le preocupaba yo. Conocí a muchos escritores mientras viví con él...

—Florence, dígame, ¿conoció usted a Scott Fitzgerald?

—¡Claro! Fuimos a una fiesta y de pronto bajó la escalera la pareja más bella que he visto. ¡Oh, eran irreales! Allan me dijo: “Mira, son Scott y Zelda, su mujer. Lástima que sean tan locos, tan terribles...” Zelda llevaba un traje rojo azafrán y sus cabellos rubios resplandecían. Pensé que eran dos hermanos. Después los dos bailaron y los demás los contemplamos. Sí, eran muy hermosos, ya no existen parejas poseídas por aquel amor contagioso, que invitaba a amar y que contribuía a embellecerlos aún más...

—¿Eddy los conoció?

—¿Eddy? Sí, ¡pobre Eddy!, los conoció desde afuera. Los rondaba, estaba fascinado por ellos; pero nunca perteneció a su círculo, que era muy estrecho. Yo creo que ser bello es una catástrofe, atrae desdichas... Cuando Scott estaba en la derrota, el padre de Frank recurrió a él para que lo ayudara a salvar a su hijo. Scott estaba en contacto con los mejores psiquiatras de Suiza, que tenían en tratamiento a Zelda, y le pidió ayuda. ¡Pobre Zelda, duró lo que dura una bella mariposa! También Scott... Fíjese, querida, que murió antes que Allan, y era mucho más joven...

—Florence, ¿quién era Kat?... ¿Era Zelda o era Cora?

Florence, abrió muchos los ojos, miró a Verónica con incredulidad y movió la cabeza con un gesto de rechazo.

—¿Zelda? —gritó.

—¿O Cora Logan? —preguntó Verónica.

—¿Cora Logan? ¡No, no! Cora Logan todavía andaba en los alrededores del grupo. Eddy trataba apenas de colocarla con un rico. No, Verónica, Kat era Eddy. ¿No lo sabía? Eddy era un frívolo, se disfrazaba de chica, se ponía pelucas y trajes franceses y se iba a bailar a Ginebra con un homosexual riquísimo. Un judío, célebre en Inglaterra por su ingenio y su posición social. El escándalo hizo que expulsaran a Eddy de Inglaterra; se instaló entonces en Lausanne. Lo siguió su amigo y ambos iban a Ginebra. ¿Qué le hizo pensar que fuera Cora Logan? —preguntó asombrada.

—No sé... Frank me repitió muchas veces que la carita que vio en el Beau-Rivage cambió su vida. Fue su gran amor. Afirmaba que era la chica más bonita que jamás había visto; pero nunca me dijo quién era y yo pensé que podía ser Cora, es decir, cuando la conocí y supe que estaban tan ligados... Ahora que usted habló de Zelda y de su belleza se me ocurrió que podía ser ella. Eddy no pudo ser jamás la carita más bella que Frank conoció... —de pronto Verónica se echó a reír...

—¿Por qué se ríe? ¿No cree que Kat fuera Eddy?

—¡Pobre Eddy, nunca pudo ser guapo y menos guapa! —repuso Verónica, tratando de contener la risa y de reponerse de la impresión que le produjo la confidencia de Florence. Recordó el rostro de Eddy y por muchos estragos que le hubiera hecho el tiempo nunca pudo ser

hermoso. Florence la contempló unos segundos y repuso:

—Rory me ha contado que Eddy era muy gracioso, un joven alocado, siempre dispuesto a hacer travesuras. Frank perdió la cabeza por él, le parecía muy a la moda... Cuando Eddy quiso deshacerse de él ya era tarde. Frank posee una inteligencia diabólica, se aprovecha de todos sus amigos, los convierte en sus cómplices y luego los maneja a su voluntad. ¡Pobre Eddy!, cometió el error de llamarlo para que lo ayudara a casar a Cora con un viejo millonario y desde entonces lo controla a distancia. También destruyó a Mikel, que no aceptó ser su amante, vivía en otra dimensión.

—Frank quería introducirse en los altos círculos sociales ingleses gracias a Mikel, pero fracasó y durante años dedicó sus esfuerzos y su dinero a destruirlo. Él lo inició en el alcohol y las drogas, por eso usted debe ir con cuidado. Quizá será mejor que obedezca a Cora Logan, su alma gemela. Ella ha prohibido que la veamos... Ni Alex, ni Rory, ni Eddy se atreven a desobedecerla. ¿Comprende ahora su verdadera situación?

—Empiezo a comprender... —contestó Verónica, en un susurro.

—Sería peor que escapara usted a Nueva York... Aunque ¡cómo me gustaría ir con usted!...

—Podríamos intentarlo.

—Ahora no. Hay que esperar, querida... Las mujeres que no somos como Cora y que entramos en este círculo estamos perdidas... Perdidas para siempre. Dicen que ha cambiado la moral, no es cierto. A las mujeres que se equivocan, como nosotras, nos marcan con la letra escarlata y es inútil huir. Yo no tengo salvación, no la tengo. Tampoco tengo esperanzas... ¿Le parezco muy patética?

Florence dio unos pasos por el cuarto desaliñado, se movía sin rumbo, a nadie le interesaba y nadie sabía de su existencia. Sus conocidos la habían olvidado y sus amigos la despreciaban. Sabía que corrían rumores infamantes acerca de su persona difundidos por Cora Logan y que adonde quiera que fuera la perseguiría su biografía escandalosa. Esperaba que en cualquier momento Rory la echara a la calle; entonces ella iría directamente al Sena, para desaparecer sin dejar huella. Su única ilusión era que nadie nunca más volviera a recordar que alguna vez existió

Florence Newton. En vano había tratado de encontrar un trabajo para rehabilitarse. A las dos o tres semanas era despedida sin ninguna explicación y ella sabía que Frank o Cora habían intervenido. Miró a Verónica con compasión, la muchacha acababa de entrar en aquel círculo y su vida ya estaba amurallada. Quizás hizo mal en hablarle tan brutalmente y, sin embargo, era necesario que supiera la verdad.

—¿No ha visto usted a Guy? —le preguntó a la joven, con voz cordial. Verónica movió la cabeza.

—No, no lo he visto...

—Creo que lo mandan a Perú. Pascaline va a abrir allí una boutique y quiere que él y otro amigo suyo se encarguen de ella. Es un pretexto para alejarlo de París. El muchacho se sentirá allá muy perdido, dependerá sólo de su acompañante y nosotros no sabremos nunca más de él...

—¿Guy en Perú?... No, nunca más sabremos de él —contestó Verónica, que había perdido todo su instinto de conservación.

La atmósfera del cuarto se hallaba cargada de humo y de malos presagios. En ese momento también ella supo que estaba perdida y que era inútil ofrecer resistencia. Decidió abandonar la habitación; pero no quiso dejar sola a Florence.

Las dos mujeres salieron a la calle en busca de un *bistrot*. Ya era tarde y Verónica decidió ir a los Campos Elíseos. Deseaba procurarle algún pequeño placer a aquel desecho humano llamado Florence, en el cual se veía reflejada. Durante la cena hablaron de cosas triviales, tácitamente ambas rehusaron hablar del drama sórdido que vivían. “¿Hasta cuándo romperé el maleficio?”, se preguntó Verónica varias veces. Era muy tarde cuando depositó a Florence en la puerta de su edificio. Ella volvió al hotel en donde la esperaba, rondando los pasillos, el argelino del gorro verde y blanco.

Verónica volvió a su tiempo de soledad y silencio. Sabía que debería esperar a que Cora Logan levantara el castigo. Recordaba como en un sueño maléfico la noche en que corría a la orilla del Lago Mayor en espera de encontrar al final de la carrera la palabra “fin”. En los días incoloros del hotel de la orilla izquierda del Sena no existía ni principio ni final, las semanas eran iguales: el mismo terror presidía sus noches y sus días, su

vida se había quedado fija en un punto inamovible. Olvidó lo que significaba la palabra “dicha” y no era capaz de saber lo que significaba la palabra “desdicha”. En las calles se cruzaba con gentes atareadas en reír, en sentarse en las terrazas de los cafés o en las entradas de los cines. Le parecía irreal que la gente acudiera a ver algo tan banal como una película. En el cinematógrafo los carretes de la película corrían en orden y las acciones se sucedían hasta desembocar en un final dichoso o desdichado; en cambio, su película se había quedado en una foto fija, en la que ella, Verónica, aparecía inmóvil sentada en el borde de una cama de resortes vencidos, esperando. ¿Qué esperaba? Lo ignoraba. ¿Cómo había empezado aquel filme de horror? Le buscaba principios, el más persistente era el de ella abandonando la casa paterna en el día de su boda. “Sí, ahí empezó esta película”, se repetía asombrada. Antes el mundo giraba y la dicha corría por las habitaciones, se asomaba a las ventanas, le ofrecía risas y música y un afecto tibio y envolvente la acompañaba en todas sus andanzas. “Esta chica ve todo color de rosa, se llevará un frentazo”, repetían las hermanas de su madre. El “frentazo” la había paralizado en el borde de aquella cama asquerosa. “Debo provocar a la palabra fin”, se dijo, hundiendo la cabeza en la almohada olorosa a cabezas extrañas. Pero ningún gesto rompía el maleficio y ella no lograba reconocerse en la protagonista del principio del filme. “¿Cómo terminan las historias de delincuentes?”, se preguntó una y otra vez tratando de recordar alguna que se ajustara al guión que alguien había escrito para ella; pero no encontró ningún final que se ajustara al desarrollo de la historia. Esperaba que el rostro atroz del muerto de la Vallée de Chevreuse se levantara de sus sombras para acusar a sus asesinos; era increíble que aceptara su muerte equivocada. ¿Y los otros dos, qué esperaban para decir la verdad de lo ocurrido? Recordaba los zapatos de Frank, manchados de sangre, y trataba de visualizar la bañera del trasatlántico de lujo: “Frank lo mantuvo debajo del agua hasta que dejó de moverse”. En cambio, Frank se movía por todo el mundo. Lo imaginó en los restaurantes de lujo, inclinado sobre su madre, en las salas de los cinematógrafos, en las fiestas, en los trenes de lujo desde donde dirigía su destino. La existencia de la policía le produjo un sobresalto: “¿Para qué

sirve?... Tal vez para castigar a los inocentes”, se dijo con terror. No le gustaba pensar en Geneviève, le resultaba imposible que nadie se preguntara de qué vivía aquella mujer que había sido su amiga y cuyo bienestar era sospechoso. La imagen de Cora Logan se le había vuelto borrosa, era como si la viera a través de un cristal empañado de sangre. A Pascaline la había olvidado y a Ivette no podía llegar. Sintió pena por Eddy, era normal que su conducta resultara tan disparatada, el miedo lo obligaba a beber, a reír y a aquellas crisis de desesperación que él trataba de ocultar bajo una careta, cada vez más constante, de frivolidad. Rory se entregaba con más valor a su situación. Estaba encadenado a varios crímenes y era demasiado débil para destruir aquellos lazos, prefería destruirse a sí mismo y destruir a Florence. Alex era el más valiente. ¿El más valiente? Lo recordó metido en su cama miserable, paralizado por una depresión que jamás lo iba a abandonar. Sólo el miedo los obligaba a dejarla sola. Pobres imbéciles, por jugar una broma y casar a aquella aventurera habían hipotecado sus vidas a un crimen que no cometieron. ¿Y ella?... Cuando Guy llamó con precipitación a la puerta de su cuarto, no se sorprendió. El muchacho traía un traje nuevo, zapatos italianos, camisa impecable y un gesto trágico.

—Verónica, me voy mañana a Perú. No quería ir, pero es absolutamente necesario. ¡Cuento con usted! Le escribiré a lista de correos. Si lo dejo de hacer es que algo malo me ha sucedido, entonces quiero que usted entregue esta libreta a la policía —dijo con nerviosismo.

Sacó de su bolsillo una agenda muy usada y la entregó a Verónica. Ésta la cogió sin saber qué hacer con aquella libreta de tapas de cuero azul.

—¡Guárdela donde nadie la encuentre! Ella es mi tabla de salvación o mi venganza. Si yo caigo, caerán todos conmigo...

Guy ocupó una silla, tenía los ojos abiertos por el espanto, miraba a Verónica suplicante, mientras ésta continuaba atontada con la agenda en la mano y sin saber qué hacer o qué decir.

—No me la puedo llevar, me la encontrarían. Si usted se halla en peligro ¡úsela! —la voz del muchacho temblaba de emoción.

—¿Y Alex, qué dice?...

—Nada, tiene órdenes de no verme. Sé que está demolido, ya no se

levanta... Sólo veo a Jaime, ¿lo recuerda?...

El nombre le recordaba a Verónica algo muy remoto que ya había olvidado.

—No, no lo recuerdo... —contestó.

—¡El amigo del imbécil de Beto! El viejo amigo de Frank, al que usted conoció en Florencia —Verónica recordó sus días italianos y a la pareja que apareció a la salida de un cine. Los había olvidado por completo. “Florence me dijo que pertenecían a una secta”, se dijo sin sorpresa.

—¿Y Jaime, qué hace?

—Volvió a París. Irá conmigo a Perú. No me gusta; parece estúpido, pero es muy astuto. Me parece muy extraño que Beto le haya permitido venir solo. A veces creo que es como yo, un pobre diablo; no sé... Verónica, tengo miedo, me siento en peligro. Si desaparezco nadie preguntará por mí. Le suplico, no olvide entregar mi agenda —repitió Guy, que sudaba copiosamente.

—¿Por qué no la entrega usted mismo? Tal vez entonces no lo enviarían a Perú...

—¿Yo?... ¡Verónica, yo tengo antecedentes en la policía! La agenda me pertenece y yo iría a la cárcel. ¿No me comprende? He cometido pequeños delitos, nada grave, créame.

—¿Y en la agenda está Frank?

—Estamos todos, hasta Bruno y su amigo —afirmó Guy, en voz muy baja.

—Entonces nos detendrán a todos —dijo ella aterrada.

—No, Verónica, no tenga miedo. Prométame que si no le escribo la entregará inmediatamente. ¿No se da cuenta de que le dejo una garantía?

Verónica guardó en su bolso de mano la agenda que le quemaba las manos. El pobre Guy continuaba siendo el mismo, deseaba ayudarla. Unas lágrimas cálidas rodaron por las mejillas de la muchacha y vio que Guy también lloraba. Después de un rato le preguntó por Ivette.

—Está en casa de la Logan, pero no he podido verla —contestó el chico.

Ésa fue la última vez que Verónica vio a Guy. El muchacho no le escribió jamás; pero no tuvo valor para presentarse ante la policía y entregar la agenda.

Esa misma noche, una vez a solas, estudió con detenimiento las páginas de la libreta, en ellas figuraban por orden alfabético los nombres de muchas personas conocidas. Algunos de ellos estaban marcados con un asterisco, otros con dos y pocos con tres. Otros llevaban una pequeña cruz. En vano trató de descifrar lo que significaban aquellas contraseñas, su imaginación se negó a ayudarla a descubrir el misterio. Frank tenía tres asteriscos, Alex dos cruces, Eddy un asterisco, Rory un asterisco. Ella una pequeña cruz inscrita en tinta negra.

Dos años más tarde, cuando ya vivía en un cuarto amueblado de la rue Mont D’Alambert, la agenda de Guy desapareció misteriosamente. Para ocultarla había levantado el fondo de un maletín, la había colocado y luego vuelto a pegar. Su desaparición le produjo un enorme sobresalto y creyó notar en Pascaline una mirada de burla cuando ella envolvía con esmero los regalos de Navidad. La boutique era pequeña y selecta y ella, vestida de negro al igual que Pascaline, la atendía mecánicamente. Observaba a su patrona y de vez en cuando aludía a su posible regreso a su país. Pascaline volvía a ella sus enormes ojos de acerina que la petrificaban y con voz lenta repetía lo mismo.

—Querida, quítese esa idea de la cabeza. ¿Qué puede hacer en un país como ése?

Ella hubiera deseado preguntarle: “¿Cuándo permitirá Frank mi regreso?” La pregunta estaba vedada, ya que Frank había muerto en la Vallée de Chevreuse. Su tiempo continuaba inmóvil y ella continuaba esperando el milagro de que volviera a correr con fluidez. Pascaline guardaba una distancia que ella no trató de franquear jamás. Al contrario, la aceptaba con beneplácito, como aceptaba su frialdad. A veces Geneviève se presentaba en la boutique para comprar algún perfume y charlar con ella unos minutos.

—Querida, está muy pálida, debería tener más cuidado, consultar a un médico —le aconsejaba con voz mimosa.

—Sí, lo intentaré...

—Le vendrían bien unas vacaciones. ¿No cree?

—Sí, me vendrían muy bien.

Geneviève sabía que Verónica ganaba lo justo para pagar el alojamiento

y las comidas en los *bistrots* más baratos de la ciudad y sus comentarios acerca de las vacaciones sólo irritaban a su amiga. “Si yo tuviera las manos manchadas de sangre como las tienes tú, podría ir a todas las playas del mundo”, pensaba Verónica, mirando iracunda a Geneviève. En repetidas ocasiones trató de alternar con las personas que frecuentaban la boutique o con desconocidos que encontraba en los cafés, pero siempre surgía un equívoco, un incidente inesperado o un problema que alejaba para siempre al futuro amigo o amiga. “Ha intervenido Geneviève, o Pascaline...”, se decía, resignada nuevamente a la soledad que la rodeaba. Su única esperanza continuaba siendo la de escapar a Norteamérica. De noche, a solas, recordaba las amplias calles de Nueva York barridas por un viento helado y vivificador. Allí la nieve caía en torbellinos suaves y los hoteles estaban bien calentados. La Quinta Avenida se había convertido para ella en la séptima maravilla: la imaginaba amplísima, como una calzada de luz en donde todos los milagros eran posibles. Varias veces soñó con los leones de piedra de la Biblioteca, estaban espolvoreados de nieve y, sin embargo, los árboles del jardín lucían esplendorosas ramas floridas. Eran como el león de la MGM que aparecía para mostrar después un filme en el que todo, hasta la dicha, era posible. “Debo irme antes de hacerme vieja”, se repitió durante mucho tiempo. Después, cuando descubrió una gran cantidad de canas entre sus cabellos rubios cambió la frase: “Debo ir antes de morirme”. La reconfortó el recuerdo de su padre, que desde muy joven tuvo canas en sus cabellos rubios. “Eso lo hacía aparecer aún más rubio.” Sin embargo el espejo le devolvía una imagen parecida a la ya olvidada imagen de Florence, a la que había perdido de vista cuatro años atrás. Se enteró por Pascaline de que Florence partió para Holanda como institutriz de unos niños ingleses, pero no estaba muy segura de que esa fuera la verdad y perdió su rastro para siempre. Cuando alguna vez se atrevía a preguntarle a Pascaline por ella, la mujer la miraba con severidad.

—Ignoro su suerte. Creo que le dije que alguien me dijo que se fue a Holanda. Yo no la conozco.

Geneviève la reprendió por su curiosidad.

—Verónica, nunca dejará usted de ser una indiscreta. Si Pascaline

conoció alguna vez a esa mujer la ha olvidado. ¿Comprende?

—No, no comprendo nada...

Geneviève, un poco cambiada, había llegado a una edad en la que todos los cambios importantes ya se efectuaron y continuaba siendo una vieja elegante y colmada de pedantería. Su ascensión social era deslumbradora, se codeaba con gentes del “set internacional”, hablaba con más elocuencia, se había mudado a un lujoso piso en la avenida General Monoury y recibía visitas con frecuencia. Sus invitados eran personajes selectos, ante los cuales Geneviève desplegabá anécdotas y nombres de amigos del pasado; entre los que pretendía, figuraban el encantador Evelyn Waugh y el hermoso y malogrado Scott Fitzgerald. Cuando Fitzgerald volvió a figurar entre los escritores de moda, Geneviève relató una y otra vez un episodio de la vida de Scott, del que pretendía haber sido testigo: durante la celebración de una fiesta íntima lo había visto bajar una escalera acompañado de Zelda y había quedado deslumbrada. “Es la pareja más hermosa que jamás he visto. ¡Lástima que se abatiera sobre ellos la tragedia!”, exclamaba. Geneviève, sin ningún pudor, se apoderaba de las memorias de la pobre Florence, así como de los recuerdos de Eddy: “¡Oh, qué bello estaba Scott, tan pálido! Acostumbraba sentarse en el bar del Beau-Rivage, se negaba a hablar con nadie. ¿Sabe, querido?, en esos días Zelda se hallaba en el sanatorio...” Y agregaba de prisa: “Yo pasaba allí una temporada con mis padres, era una niña, por supuesto, pero siempre fui sensible a la belleza”. Verónica no asistía a sus veladas, era Pascaline la que le hacía la crónica de la vida social de Geneviève. Verónica la escuchaba con indiferencia, le molestaba que interrumpieran sus pensamientos que se reducían a uno solo: “¿Habrás guardado mi hermano las fotografías en donde estamos juntos?” Era importante que lo hubiera hecho. Aquellas felices cartulinas blancas con ella y su hermano riendo, significaban algo muy profundo. Nadie pensaba en la importancia de una fotografía, en su misterio. De alguna manera las personas quedaban apresadas para siempre. Así, las fotografías que para la mayoría de la gente eran banales, para ella eran un talismán al que asirse en el naufragio: si estaban juntos en aquellas cartulinas estarían juntos para siempre. Al menos una parte de ellos

mismos que se había fundido en el otro yeso era indestructible. “Por eso nuestros padres nos retrataron siempre juntos”, se repetía por las noches sin mirar los muros extraños de su cuarto amueblado. Tenía la seguridad de que ella, Verónica, había existido hasta que fue tomada la última fotografía con su hermano; después, una sombra producida por la foto y parecida a ella había actuado durante algunos años, había tomado parte en hechos banales y su paso no había dejado ninguna huella en nadie, ni siquiera en ella misma, que sólo se reconocía en las fotografías junto a su hermano. Se guardaba muy bien de confiarle esta convicción a Pascaline, ni siquiera era capaz de decírselo a Alex, cuando éste la visitaba en París, durante sus regresos de Grecia, en donde el viejo pasaba casi todo el año.

—Verónica, todavía no entiendo por qué aceptó ser amiga de Frank. ¿Podría explicármelo ahora que ha pasado el tiempo? —acostumbraba decirle Alex, mirándola con afecto.

—No lo sé... ¿Y ahora para qué saberlo? Es tarde, Alex, y Frank se ha convertido en una sombra...

—Es usted una perdedora nata. No puedo reprocharle nada. Soy como usted. Si alguno de nosotros hubiera sido como Lena, estaríamos en ese castillo en la Saboya al que nunca se ha dignado invitarnos Geneviève, a pesar de que el techo lo sacó de aquel piso en el que usted soportaba a ese ¡histórico!

—¿Ha visto a Lena?...

—La vi este verano en Mikonos. No me reconoció. ¡Claro! Iba con una jovencita rubia, vive con ella. Ya sabe, querida, que Lena es ¡muy espiritual! —y Alex se echó a reír para mostrar sus dientes intactos.

—No me recuerde ese techo, es la prueba de la complicidad de Geneviève en el “suicidio” de Frank —recordó Verónica, que todavía no se acostumbraba a lo que le había sucedido y atendía con impaciencia su liberación para ir a reunirse con su hermano.

—Sí, querida, el suicidado es Frank. ¡Qué ironía! Estamos presos y no seremos libres hasta que Frank haya muerto —dijo Alex, con amargura.

Frank había logrado envejecer con honores. Vivía en su país rodeado de lujo y de respeto. Viajaba continuamente, pero evitaba acercarse a su “vieja y querida Europa... No, no deseo verla sometida al desorden de esta

última generación”, afirmaba con melancolía. Su circuito era América del Sur, Hawái, las islas Filipinas y Australia. Vivía retirado en una enorme casa construida en las afueras de la Ciudad de México. En su soledad lo acompañaban a veces algunos amigos escogidos para los que recitaba a Shakespeare. Era famoso por su brillante pasado; la gente solicitaba su presencia como se solicita un buen diccionario, ya que durante su larga vida se había rodeado de las personas más ilustres de este siglo. Entre sus amigos extranjeros contaba con Greta Garbo, de la que daba detalles extraordinarios, como si la hubiera conocido íntimamente; Alain Rothschild; el pobre Irving Thalberg; Scott Fitzgerald; Hemingway; Ezra Pound; lord Mountbatten, hasta llegar al presidente Kennedy, al que decía haber conocido en Inglaterra, “cuando el viejo Kennedy era un simple embajador de los Estados Unidos perdido en el arduo protocolo inglés”. Sin embargo, Frank era modesto y enemigo irracional de la publicidad. Su colección de pintura era objeto de admiración y de giras artísticas a Buenos Aires, Santiago de Chile, Sidney y algunas ciudades menos famosas. Le sucedía lo que les sucede a los grandes de la tierra, no sólo levantaba admiración, sino también envidias mezquinas. Él conservaba una calma digna y manejaba su prestigio con reserva. Nunca nombró a su amiga Cora Logan, con la que mantenía una comunicación telefónica constante, ya que evitaba escribirle cartas.

—Cuando Frank haya muerto hablaré —dijo Verónica.

—¿Y hablará usted para quién, querida?

Verónica lo miró sobresaltada.

—¿Cómo que para quién? Algún día habrá que decir la verdad, alguien querrá saberla —afirmó.

—Querida, a nadie le interesa la verdad. Nadie desea oírla. ¿Usted cree que si existiera ese alguien no hubiera yo hablado hace muchos años?... ¿O Eddy?... ¿O no lo hubiera hecho el pobre Rory? La gente escucha lo que desea escuchar y cree lo que le conviene creer, ino sea niña!

Tres meses después de aquella entrevista, Alex y Verónica volvieron a reunirse, esta vez en Ginebra, durante los funerales de Eddy. Cora Logan invitó a los sobrevivientes de su grupo a hacer el viaje con ella; Pascaline, Ivette, Geneviève y Verónica partieron en el mismo tren que ella. Cora

Logan iba de riguroso luto; su toca de viuda era fastuosa y a través del espeso velo negro apenas se podían distinguir los estragos causados por esos últimos años. Desde hacía tiempo sufría de depresiones nerviosas, había perdido el gusto por la vida y, según murmuraba Geneviève, se refugiaba en las drogas. Al volver del funeral de su marido, Cora Logan anunció su retirada del mundo. Cerró su palacete de la rue de Varenne y se marchó al Oriente, en busca de un gurú al que había conocido en París. Necesitaba paz y reposo. Ivette quedó al cuidado de la casa cerrada. Cora entonces dedicó sus esfuerzos a enviar cartas enormes en las que predicaba la paz, la serenidad y el amor.

—¡Cora es admirable! —repitió muchas veces Geneviève.

—Ya podía aconsejar menos y pagar más —refunfuñaba Ivette.

Pascaline se instaló en un piso en el Faubourg Saint Honoré, en el que Verónica ocupó nuevamente el cuarto de servicio. Le urgía encontrarse con Alex ahora que Cora Logan había desaparecido de París.

Habían transcurrido trece años y estaba muy cansada. Deseaba ir a la comisaría a denunciar el caso antes de que fuera demasiado tarde. Le escribió una carta urgente a Alex. “Llegaré en noviembre, querida Verónica”, fue la respuesta. Para Verónica unos meses no significaban nada y esperó con paciencia. Mientras menos cosas le sucedían más de prisa corría el tiempo. Una vez reunida con Alex, le expuso su plan: confesar todo. Ivette también lo deseaba. Ella, la encargada del palacete de Cora Logan, tenía cierta autoridad. Alex la escuchó sorprendido.

—Verónica, el suicidio de Francisco B. Luengo está cerrado hace muchos años. Cora Logan le compró a Eddy en sus últimos años todas las cartas y los papeles que podían comprometerla. Una vez muerto revisó el piso y recogió las pocas pruebas que podían perjudicarla. Ya ve que no tenemos nada. Rory ha muerto. Florence ha desaparecido. De Guy no sabemos nada. ¿Podemos ir a la comisaría a atestiguar que Arturo F. Bartlet es Francisco B. Luengo? Se reirían de nosotros. Además, ¿a quién le importa que años atrás se haya suicidado un hombre en la Vallée de Chevreuse? ¡A nadie! Es decir, le importa al suicidado y prefiero no pensar en lo que le sucedería a usted...

—Alex, pero sabemos que fue un asesinato...

—Sí, querida, un asesinato múltiple —y, al afirmar esto, Alex se señaló a sí mismo y señaló a Verónica.

Ambos callaron, debían olvidar para siempre aquel suicidio. Debían olvidar la desaparición de Guy, la de Florence, que jamás regresó a su casa natal. Debían olvidar también la muerte trágica de Rory y la muerte solitaria y miserable de Eddy, para continuar viviendo. Quedaban ellos dos e Ivette. En el otro bando estaban Frank, Pascaline, Geneviève y Cora Logan, que hacía sentir su presencia a través de emisarios extravagantes. Todos ellos gozaban de una gran fortuna y de un gran prestigio. ¿Qué podían hacer Alex y Verónica, dos desclasados cuya inoportuna existencia resultaba sospechosa para las personas de bien? “Esperaré a que muera Frank, entonces seré libre”, se repitió Verónica, durante un tiempo. Estaba acostumbrada a esperar; creía que era posible liberarse y su amiga Ivette compartía la misma ilusión. Cuando un emisario de Cora Logan se presentó para reclamar la presencia de la vieja cocinera cerca de su patrona, Ivette la fue a visitar. Estaba llorando:

—Señora Verónica, yo pensaba morir en Bretaña, en mi país natal... —sollozó Ivette.

A Verónica le dio un vuelco el corazón en el momento de ver desaparecer a la cocinera en compañía de un hombre de espesa barba negra, vestido con una túnica amarillenta con franjas doradas y turbante de brocado. En el aeropuerto nadie prestaba atención a ella y a Geneviève, que contemplaban la partida de la sirvienta.

—Ivette es una ingrata, le debe una lealtad mínima a Cora —murmuró Geneviève.

Verónica tuvo la certeza de que jamás volvería a ver a su vieja cocinera. Ahora quedaba ella sola en manos de las mujeres que la atemorizaban; sólo se le ocurrió escribirle a Alex. Estaba acostumbrada al miedo, se podría decir que era su estado natural. El miedo la obligaba a rebajarse, a tratar de disimular su existencia, a pasar las noches en vela y los días de pie en una boutique que la convertía en autómata. No deseaba nada ni exigía nada tampoco. En sus horas de dicha imaginaba su próxima liberación, pero Alex le rompía en mil pedazos esa imagen feliz. “Verónica, querida, es imposible hacer nada. Lo que sabemos lo sabemos

para siempre. Si hubiéramos actuado a tiempo...” La complicidad en el crimen los había anulado a todos, salvo a los criminales. La vida pequeña y misteriosa de Alex también se había ido apagando. Tampoco él tenía esperanzas, los cuerpos de los asesinados le pesaban y cuando Verónica le proponía denunciar los asesinatos, él reculaba con terror. Terror que no se confesaba ni a sí mismo. Sin embargo, la simple vista de un agente de policía lo hacía perder el color. Verónica se lo reprochó varias veces. “¿Por qué les tiene usted tanto miedo si no cometió los crímenes?”, acostumbraba preguntarle al verlo reaccionar con aquella violencia visible frente a los policías. “Por eso mismo, querida, porque nunca podría probar mi inocencia. ¡Ah!, mi inocencia. No estoy tan seguro de ella, he callado los crímenes y he aceptado dinero por mi silencio. ¡Dinero! ¡Bah!, unas miserables monedas... La verdad es que es el miedo el que me paralizó siempre... Y, querida Verónica, ¿para qué? Si es igual que yo esté vivo o muerto, si el día en el que desaparezca nadie sabrá nunca que existió Alex Lenz... Pobre de mi madre. Ella pensó que yo tenía talento y lo único que he tenido desde que conocí a Francisco ha sido miedo. ¿Sabe que me perdí durante algún tiempo en la América del Sur? Sí, allí empecé a pintar, monté una pequeña exposición. ¡Grave error! Francisco me escribió inmediatamente, es decir, me envió un mensaje y Cora Logan los billetes de regreso a Europa. Entonces estalló la Guerra Mundial y Cora Logan nos recogió a Rory, a Eddy y a mí para llevarnos a Lisboa... pasábamos la mitad del año en Portugal y la otra mitad en Suiza...” Verónica lo escuchaba absorta. “¿Cuál será el final de esta película?”, continuaba preguntándose. En el Lago Mayor creyó que iba a encontrar la palabra “fin”. Se equivocó. La película continuaba rodando en un tiempo cada vez más sin sentido y cada vez más sórdido. Ya no buscaba la palabra “fin”, sólo la esperaba con impaciencia. El recuerdo de su hermano le hablaba de su pasado. ¿Había existido alguna vez su casa? Con la frente pegada a los vidrios del cuarto de servicio, Verónica veía desfilar su infancia. “Ésa era una película distinta, feliz...” Con asombro se daba cuenta de que en ese filme no existía el terror, ni el miedo a un final terrible. Se negó a ver la reposición cinematográfica de *Los hermanos Karamazov* porque en la historia había un asesinato. Tampoco

leía las noticias sobre las mujeres quemadas vivas por los chulos del “milieu”, noticias que la dejaban temblorosa. “Ellas sabían... sabían...”, se repetía colocada en un ángulo de la boutique de Pascaline, o en la humedad de sus sábanas heladas. “Esta película no tiene fin...”, se dijo desesperanzada y después de contemplarse en el espejo de su habitación. De pronto le pareció descubrir detrás de ella el rostro rubio de su hermano. Lo que había esperado durante trece años empezó a suceder en las librerías y en las marquesinas de los cines: el nombre de Scott Fitzgerald invadió la ciudad como un viento primaveral, un viento que la llenó de esperanzas y que le anunció que el fin había llegado. La película esperada por ella llegó con estrépito a París y levantó comentarios favorables. Toda la ciudad hablaba de *El gran Gatsby*. A ella le palpitaba el corazón con violencia, debía ir a verla, era su película. Intentó hablar de ella con Pascaline; pero vio que la mujer se ponía de mal humor, y desistió. Se le ocurrió pedirle a Geneviève que la acompañara al cine, y lo hizo.

—No me interesa ese hombre. ¡Era un pobre diablo! ¡Un burguesito! — contestó Geneviève, con ira. Ella iba a preguntarle “¿Y entonces por qué pretende usted que fue su amigo?” Pero juzgó más prudente guardar silencio. Una noche se arregló lo mejor que pudo y se dirigió a un cine de los Campos Elíseos. Hizo cola con paciencia. Contempló a los jóvenes que la rodeaban y se volvió a repetir que eran muy diferentes de los jóvenes de su generación. Ocupó su butaca y contempló la película con verdadera avidez, esperaba una señal de esperanza, algún gesto de complicidad de alguno de los actores; pero la película estaba equivocada: Daisy no tenía el cabello castaño oscuro y además lloraba. “Yo era tan delgada como ella”, se dijo con disgusto. La película la dejó muy deprimida y abandonó la sala abrumada. Junto a ella salían en tropel los jóvenes comentando a Scott Fitzgerald, a quien acababan de descubrir. No pudo reprimirse y se dirigió a un grupo pequeño de muchachas y muchachos.

—Magnífica película, ¿verdad?; aunque el final es terrible. ¡Dios mío, terrible! Cuánta maldad y siempre queda impune. Fitzgerald lo sabía. Estudió bien a los seres humanos... ¿Saben?, yo conocí a algunos de sus personajes...

Los jóvenes la miraron con curiosidad, uno de ellos preguntó excitado.

—¿A Gatsby?

—No, no...

—¿A Daisy? —preguntó una jovencita que lucía blue jeans.

—No. A personajes secundarios... A Fra... bueno, muy secundarios, eso es lo terrible. Ya ven, un personaje insignificante puede crecer hasta convertirse en un verdugo y deshacer la vida de muchos... —contestó, tratando de hablar con alguien que no fuera ella misma.

Los jóvenes la contemplaron con asombro, no entendían lo que quería decirles la desconocida y ella optó por alejarse de prisa.

—Está chiflada... —comentaron al verla huir entre la gente que caminaba por la gran avenida.

Verónica se escabulló entre los transeúntes, debía controlar el llanto que le subía del pecho como una tempestad. “¡Gatsby!... Si hubiera conocido a Gatsby no tendría que volver a la casa de Pascaline, que me da tanto miedo”, se dijo mientras buscaba un taxi. ¿Por qué si estaba escrito su encuentro con personajes de Fitzgerald debían ser Francisco y Campion? Scott Fitzgerald fue injusto con ella, debió matar a Francisco en su novela. Entonces Frank hubiera muerto y Eddy, Alex, Rory y ella hubieran podido ser felices. Recordó a Ivette, ¿qué culpa podía tener aquella pobre vieja? “Scott lo dejó vivo... vivo...”, se repitió con desesperación. También fue injusto con Gatsby. ¿Por qué eligió matarlo a él? “¡Mató al amor!”, se dijo con tristeza, una tristeza tan profunda que le impidió regresar a su casa en donde la esperaban los libros de Scott Fitzgerald y de Evelyn Waugh. Tenía subrayadas muchas páginas y acostumbraba releerlas. Waugh también había condenado a Sebastián a un final terrible y había dejado intacto a Anthony Blanch, el mestizo sudamericano, judío y alguna otra raza. Los escritores les cambiaban los nombres, buscaban nombres similares para evitarse complicaciones; y aunque todos sabían que Anthony Blanch era Arturo F. Bartlet, se cuidaban de decirlo por escrito. “Mikel, es decir Sebastián, fue la primera víctima de Frank...”, se dijo dando vueltas por el Faubourg Saint Honoré. Recordó, con estremecimiento que Eddy y Alex le habían encontrado parecido con Sebastián. “Los escritores son fatídicos, ellos escribieron mi

destino... No pidieron mi opinión”, se dijo con lágrimas en los ojos. ¿Cómo escapar a Frank si había visto en ella a una nueva encarnación del pobre Mikel? Era demasiado tarde para dirigirse a Evelyn o a Scott y pedirles que cambiaran los destinos de sus personajes. Ahora todo estaba escrito y era inútil rebelarse. “Está escrito, está escrito...”, se repitió. Casi al amanecer subió a su habitación, buscó con ansia los libros de Evelyn Waugh y de Fitzgerald y los hojeó nerviosamente. Quería encontrar algún detalle que le indicara que podía salvarse todavía. Volvió las páginas para buscar al padre de Frank en su encuentro con Fitzgerald, encontró la cita con rapidez:

El señor Pardo y de Ciudad Real, un guapo español de cabello gris y porte noble, con todas las marcas de la riqueza y del poder se paseaba frenético de arriba abajo, en su suite del hotel de Trois Mondes y contó la historia de su hijo con la misma falta de compostura que una mujer borracha.

—Ya no sé qué hacer. Mi hijo es un corrupto. Estaba corrompido en Harrow, en Kings College Cambridge. Está incorregiblemente corrompido. Y ahora que bebe se nota más y más cómo es y provoca escándalos continuos. He ensayado todo. Hice un plan con un amigo doctor, los mandé juntos a una gira por España. Cada noche le inyectaba a Francisco una dosis de cantáridos y los dos se iban juntos a un burdel de categoría. Durante una semana pareció que esto iba a funcionar, pero el resultado fue nulo. Por fin, la semana pasada, en este mismo cuarto, más bien en ese baño —señaló el baño— hice que Francisco se desnudara hasta la cintura y le di de golpes con el rebenque...

Exhausto por sus emociones, se sentó.

—Eso fue una estupidez. El viaje a España resultó inútil también, señor. Debo decirle que en estos casos no podemos prometer nada. Podemos hacer algo en el caso de la borrachera con la cooperación adecuada. Primero tengo que ver al chico y ganarme su confianza, para ver si se da cuenta de su problema.

El chico con el que Dick se sentó en la terraza tenía alrededor de

veinte años, era guapo y estaba siempre alerta.

—Me gustaría conocer su manera de pensar —dijo Dick, y continuó —: ¿Piensa que su situación empeora y desea corregirla?

—Supongo que lo deseo, soy muy desdichado —dijo Francisco.

—¿Piensa que es provocada por la bebida o por la anormalidad?

—Pienso que la bebida es causada por lo otro —se quedó quieto unos momentos. De repente, con una malicia irreprimible, rió diciendo —: No tiene remedio. En Kings College me llamaban la Reina de Chile. Ese viaje a España lo único que logró fue que la vista de una mujer me produzca náuseas.

Dick lo paró en seco.

—Si usted es feliz en medio de este desastre no lo puedo ayudar y estoy perdiendo mi tiempo.

—No. Hablemos, desprecio tanto a los otros —había algo viril en el muchacho pervertido y ese algo se había convertido en una resistencia activa contra su padre. Tenía la mirada típicamente descarada que asumen los homosexuales al discutir el tema.

—Usted gastará su vida en esto y sus consecuencias y no tendrá tiempo ni energía para cualquier otro acto social decente. Si quiere enfrentarse al mundo tiene que empezar por controlar su sensualidad, sobre todo la bebida, que es la que la provoca.

Dick hablaba automáticamente, ya que había abandonado el caso diez minutos antes.

Hablaron amablemente durante una hora acerca de la casa del chico en Chile y sobre sus ambiciones. Fue lo más que Dick pudo entender a una personalidad como la de Francisco, desde un ángulo que no fuera el patológico. Comprendió que el encanto le permitía a Francisco cometer sus delitos y para Dick el encanto tenía una existencia independiente...

Verónica cerró el libro *Tender is the Night*. Conocía esos párrafos de memoria; sin embargo, los releía continuamente en busca de algún indicio que se le hubiera escapado en la lectura previa. El hotel de Trois Mondes era el Beau-Rivage. Por Alex supo que después de esa escena con

Fitzgerald, Francisco convenció a su madre de encerrar a su padre en el manicomio, pues ya preparaban el matrimonio de Cora y el viaje a Oriente. La familia de Francisco se había arruinado, es decir, había perdido parte de su fortuna, así lo confirmaba Evelyn Waugh en *Brideshead Revisited* cuando vuelve a ver a Anthony Blanch empobrecido y apartado de la sociedad. Se repitió la frase de Fitzgerald: “Comprendió que el encanto le permitía a Francisco cometer sus delitos...” Imaginó que Scott no previó la magnitud de los delitos que Francisco preparaba con frialdad. “¿Por qué utilizó justamente la palabra ‘delitos?’”, se preguntó a solas en su habitación. Tal vez los escritores tenían el don de la adivinación. Alex le había contado que en esos días Fitzgerald andaba muy abatido y que carecía de voluntad para redimir a nadie; había gastado demasiadas energías tratando inútilmente de redimir a incurables. El jovencuelo Francisco no le mereció más atención. Las apariciones de Luis Campion, o sea Eddy, eran más frecuentes, Eddy podía darle la pista que buscaba para que el rompecabezas de su vida quedara armado para siempre. Convencida, abrió nuevamente el libro:

Sentado en la veranda en donde estaba Francisco, flotó un fantasma del pasado. Un hombre ondulante y muy alto se desprendió de los arbustos y se acercó a él y a Francisco con una débil resolución. Dick le dio la mano con aire distraído mientras pensaba: “Dios mío, he alborotado a toda una nidada”, y trató de recordar el nombre.

—Es usted el doctor Diver ¿verdad?

—Es usted el señor Dumphrey ¿verdad?

—Sí, Royal Dumphrey. Tuve el placer de cenar en su precioso jardín...

—¡Claro! —y tratando de enfriar el entusiasmo del señor Dumphrey, Dick empezó una cronología impersonal y agregó—: Eso era en mil novecientos veinticuatro o veinticinco...

Royal Dumphrey se dirigió a Francisco de una manera directa e íntima, pero este último, avergonzándose de él, se unió a Dick tratando de cortarlo...

Verónica sabía que Royal Dumphrey era el amante de Eddy, el judío

inglés que lo había seguido hasta la Riviera y más tarde a Lausanne y que llevaba una vida alegre y despreocupada, como la de todos los esnobs mundanos. En ese instante, Verónica descubrió que Francisco siempre había tratado de disimular su homosexualidad frente a las personas a las que le interesaba seducir o convencer de su inocencia o de su impotencia para corregir su conducta sexual. “¡Se avergonzó del amigo de Eddy!... ¡Deseaba causarle buena impresión a Fitzgerald!” Era claro que Dick Diver era el nombre adoptado por el escritor para disfrazarse de médico en la novela. También era claro que Francisco había querido convencerlo de su desdicha. ¿Su desdicha? No. Deseaba borrar pistas, pues ya preparaba su entrada triunfal en el mundo con el crimen de Logan, y necesitaba aparecer como un jovenzuelo desvalido. Con Alex, ella había establecido las fechas exactas y todo coincidía de una manera escalofriante. “Y dicen que el crimen no paga... Yo he visto que el crimen es lo único que paga en este mundo”, se dijo cabizbaja. El mismo Scott era más cruel con el indefenso Eddy. “Era tan terrible, que dejaba de ser terrible para convertirse sólo en alguien deshumanizado”, decía de Eddy. Abrió el libro en un pasaje donde el escritor hablaba de su amigo:

La voz del hombre del monóculo y de la botella surgió de pronto desde el cielo por encima de Rose Marie.

—Es usted una nadadora estupenda.

Ella no contestó.

—¡Jolly good! Mi nombre es Campion. Aquí hay una señora que dice que la vio en Sorrento la semana pasada y quisiera conocerla.

Ella miró a su alrededor tratando de disimular su disgusto. Rose Marie vio que el grupo que no estaba tostado por el sol la estaba esperando. Sin ganas se levantó y fue hacia ellos...

Por Alex sabía que el grupo que no estaba tostado por el sol era el de Eddy y sus amigos, “los advenedizos”, ya que todos los amigos de Scott y Zelda se dedicaban a dorarse bajo el sol de la Riviera. Era un hecho que Fitzgerald había sido el autor de la moda de tostarse bajo el sol. Verónica continuó la lectura:

—¿La conspiración? —preguntó Rose Marie, entendiendo a medias—. ¿Pero hay una conspiración?

—Querida, no lo sabemos —dijo la señora Abrams, con la risa convulsiva de las mujeres gordas.

—Nosotros no estamos en la conspiración. Nosotros somos la galería...

El señor Dumphrey, un joven afeminado de cabello rubio, hizo notar:

—Mamá Abrams es una conspiración.

Campion le sacudió el monóculo diciéndole:

—Royal, no seas terrorífico.

Rose Marie los miró incómoda, deseando haber venido con su madre. No le gustaba ese grupo, especialmente al compararlo con aquel otro que estaba en el otro extremo de la playa...

Verónica sabía que el grupo sentado en el otro extremo de la playa era el de Scott Fitzgerald. Le pareció terrible que por entrar en aquel círculo selecto Eddy se hubiera prestado a convertirse en un juguete en manos de Frank, y en el cómplice de un crimen espantoso. Era un débil y el escritor así lo había descrito en un pasaje que Verónica releyó:

Ella se detuvo al ver a una figura sentada en la gran escalera blanca de la entrada. Entonces se dio cuenta de que era Luis Campion y que estaba llorando. Lloraba con sollozos profundos y ahogados, sacudiéndose como una mujer transida por el llanto.

—¿Lo puedo ayudar?

—Nadie me puede ayudar. Lo sabía. Sólo puedo culparme a mí mismo. Siempre es igual...

Como de costumbre, Eddy no culpaba a nadie sino a sí mismo. Verónica lo había visto llorar algunas veces. Pobre Eddy, ahora era demasiado tarde para decirle el afecto que le había tenido. “Él lo sabía y siempre quiso ayudarme”, se dijo antes de cerrar el libro. Meditó largo rato, Fitzgerald no entendió a Frank, lo juzgó banal e intrascendente, no supo descubrir el mal que yacía activo en aquel jovenzuelo. Buscó

Brideshead Revisited y lo abrió febrilmente.

[...] cuando terminamos la tortilla de huevos y comíamos la langosta Newburg, llegó el último invitado.

—Querido, no pude llegar antes, estaba comiendo con mi absurdo tutor. Le pareció muy extraño que lo dejase, le dije que tenía que cambiarme.

Era alto, delgado, de piel oscura, ojos grandes y descarados. Nosotros íbamos vestidos de tweed y calcetines de lana. Él llevaba un traje untuoso color chocolate a rayas blancas muy vistosas, zapatos de ante, corbata grande de mariposa. Arrojó sus guantes de cuero amarillo al entrar a la habitación. Parecía medio francés, medio americano y medio judío: completamente exótico. Éste era y nadie necesitaba decírmelo: Anthony Blanch, el esteta por excelencia. El modelo perfecto de la iniquidad desde Cherwell Edge hasta Somerville. Me lo habían señalado en la calle muchas veces, cuando caminaba con su manera peculiar: a trancas, como un pavo real.

Verónica visualizó a Frank, era asombroso el parecido físico con Anthony Blanch: “el modelo perfecto de la iniquidad”. Evelyn Waugh lo había conocido mejor que Fitzgerald.

[...] después de la comida se colocó en el balcón con un megáfono que sorprendentemente había aparecido en el *bric a brac* de Sebastián y en tonos lánguidos recitó pasajes de *The Waste Land* a la multitud de estudiantes que iban a las regatas... Después, entrando con ligereza en el cuarto exclamó:

—¡Cómo los he sorprendido! ¡Todos los remeros son Grace Darling para mí!

Al despedirse de Sebastián le dijo:

—Querido, me gustaría clavarte muchas flechas afiladas y dejarte como alfiletero —Dirigiéndose a mí me dijo:

—Me parece perfectamente brillante de Sebastián haberte descubierto. ¿Dónde te escondes? Vendré a tu guarida...

Verónica supo que en ese momento Frank había decidido ponerle el cerco a Sebastián, abordar a todos sus amigos, interponerse entre ellos y el jovencito inglés, hasta llegar a su familia para destruirla. Continuó leyendo:

[...] todo el curso había visto más a Anthony Blanch de lo que deseaba. Vivía ahora entre sus amigos, pero nuestros encuentros se debían más a su deseo que al mío, ya que le tenía bastante horror; era apenas mayor que yo, pero parecía estar cargado con la experiencia del judío errante. En realidad era un nómada sin nacionalidad.

Habían tratado de hacerlo un inglés en su infancia. Estuvo dos años en Eton y durante la primera guerra desafió a los submarinos para alcanzar a su madre en la Argentina... criss cross alrededor del mundo viajaba con su madre, con el valet, con la criada, los dos choferes y el segundo marido. Cuando volvió la paz regresaron a Europa, a hoteles y a villas alquiladas, estaciones termales para tomar las aguas, casinos y playas. A la edad de quince años, lo disfrazaron de chica y lo llevaron a jugar a la gran mesa del Jockey Club de Buenos Aires; él cenaba con Proust y con Gide, era muy amigo de Cocteau y de Diaghilev. Él mismo nos contaba que lo habían curado de la droga en California y de un complejo de Edipo en Viena. A veces parecíamos todos unos niños junto a él... Sus vicios florecían menos para perseguir el placer que para escandalizar y en medio de sus exhibiciones rebuscadas me recordaba a un niño vagabundo al que vi una vez en Nápoles, gesticulando con gestos obscenos y explícitos delante de un grupo de turistas ingleses... Así es que el salvaje que nosotros habíamos domado se hallaba todavía vivo y listo a saltar en él. Era cruel también, a la manera de los niños que dejan baldados a los insectos...

Una noche me invitó a cenar y me desconcertó saber que íbamos a cenar solos...

A Verónica le maravillaba leer estos párrafos. Waugh decía en unas cuantas palabras lo que ella era incapaz de explicar: el salvaje, los gestos obscenos, su necesidad de dejar caer nombres conocidos y pretender que pertenecían a amigos suyos, eran característicos de Frank. Evelyn Waugh

lo situaba en Argentina, a diferencia de Scott, que lo hacía aparecer chileno. Si estos dos escritores se habían ocupado de Frank, significaba que era un personaje fuera de lo normal. ¿Por qué había tenido que encontrarlo en su vida? Verónica continuó leyendo cómo Anthony Blanch bebió cuatro cocktails en el bar para escandalizar a los estudiantes y cómo acercaba su rostro para hablar con el escritor. Recordó la peculiar manera que tenía Frank de acercar su rostro al suyo, cuando decía algo con intención de escandalizarla. ¡Mírame a los ojos!, le ordenaba. Al salir del bar, Anthony Blanch le cuenta al narrador cómo veinte estudiantes ingleses fueron a buscarlo a su cuarto para acusarlo de vicios contra natura. Entre los estudiantes se encontraba uno llamado Bob Mulcaster, un amigo de Sebastián, al que Anthony Blanch acusa:

—Vino a Le Touquet en Pascuas y parece que de alguna manera extraña yo le dije que se quedara. Perdió una suma ridícula en las cartas y como resultado pensó que yo debía pagarle las comidas. Bueno, Mulcaster estaba en este grupo que me puso en “mercury”.

—Querido, podré ser invertido pero no soy insaciable. Vuelve cuando estés solo...

Lo amenazaron con darle una paliza y echarlo a una fuente y Anthony Blanch les contestó:

—Queridos grillos, si supieran algo de la psicología sexual sabrían que nada me daría más placer que ser maltratado por ustedes, niños rollizos. Sería un éxtasis de lo más perverso, si cualquiera de ustedes quiere ser mi socio en el placer vengan y agárrenme; pero si sólo quieren satisfacer algún impulso más oscuro de su libido y desean verme bañar, vengan, queridos bellacos, a la fuente. Entonces, caminé con ellos y ninguno se me acercó. Me metí en la fuente y fue muy refrescante. Adopté algunas posturas hasta que se dieron vuelta y se alejaron cabizbajos. Escuché decir a Mulcaster: “De todas maneras lo pusimos en mercury”. ¿Sabes, Charlie?, eso lo seguirán diciendo dentro de treinta años, cuando todos estén casados con mujeres flacas de pelos lisos como gallinas y tengan hijos cretinos parecidos a los cerdos, como ellos: emborrachándose en la misma mesa del club,

vestidos con los abrigos del mismo color y todavía cuando se mencione mi nombre dirán: ¡Lo pusimos en mercury una noche! Y sus hijas, como aves de corral, se echarán a reír y pensarán que su padre fue imuy hombre!... ¡Oh, la fatigue du Nord!

No era la primera vez que Anthony había sido bañado, yo lo sabía; pero parecía que el incidente lo trabajaba, ya que volvió a hablar de esto durante la cena.

—Bueno, no puedes imaginar que una cosa tan desagradable le suceda a Sebastián. ¿Verdad?

—No, no puedo imaginarlo —le dije.

—No, Sebastián tiene charme! —levantó su copa para verla a la luz de la vela y repitió—: ¡Such charme! ¿Sabes? Sebastián tiene una palabra buena para todos, tiene encanto... Veo que te ha cautivado completamente. Bueno, no me sorprende. Claro que no lo conoces desde hace tanto tiempo como yo. Estuve en la escuela con él, no me creerás pero en ese tiempo la gente decía que era una putita. Bueno, sólo chicos malvados que lo conocían bien; todos los demás lo querían mucho, incluyendo a los maestros, claro. Supongo que los otros le tenían envidia. Él nunca se metía en problemas, a todos los demás nos pegaba de la manera más salvaje, pero nunca a Sebastián. Lo estoy viendo a la edad de quince años, todos los otros chicos tenían granos. Bob Mulcaster estaba verdaderamente escrofuloso, pero no Sebastián. Sólo tenía un grano muy terco en la nuca, Narciso con una pústula. Él y yo éramos católicos, de modo que íbamos juntos a misa. Pasaba tanto tiempo en el confesionario que yo me preguntaba qué tenía que decir, ya que nunca hacía nada malo; nada completamente malo. Por lo menos nunca lo castigaron, tal vez sólo era charming a través de la rejilla del confesionario. Abandoné la escuela bajo un nubarrón, no sé por qué le llaman nubarrón, me parecía a mí más bien una luz inoportuna... Fue desconcertante lo observador que había sido mi tutor. ¡Las cosas que sabía de mí, y que yo pensé que nadie conocía, excepto Sebastián, que estaba al corriente! Fue una lección para mí: no fiarme nunca de los hombres suaves o de los charming niños de escuela. ¿Cuál de los dos me acusó?... Quiero presentarte Charlie con

muchos amigos míos. Le he hablado a Cocteau de ti y está deslumbrado. ¿Ves, mi querido Charles? Tú eres esa cosa única: ¡un artista! ¿Y quién te reconoce? El otro día le dije a Sebastián: Charles es un artista, dibuja como un joven Ingres. ¿Sabes lo que me contestó? Sí, mi oso de peluche también dibuja muy bien, pero, claro, más moderno. ¡Qué encantador, qué divertido! Claro que los que tienen encanto no necesitan cerebro... Te traje aquí, Charles, y me está costando muy caro para hablarte de mí mismo, y resulta que sólo hablo de Sebastián. Es extraño porque no hay ningún misterio en él, excepto el que haya podido nacer en esa familia tan siniestra. No sé si conoces a su familia. Bueno, no creo que te permita jamás conocerla. Es demasiado astuto. Son verdaderamente aterradores. ¿Nunca has sentido algo aterrador en Sebastián?

—No, no...

—Quizás me lo imagino; es que a veces se parece tanto a ellos...

Verónica continuó leyendo la descripción de la familia de Sebastián, que para ella era una escalofriante lección de perfidia. “¿Por qué odiaba así a Sebastián?”, se preguntó pensativa. Estaba decidido a aniquilarlo y empezó a destruirlo con calumnias corrosivas, Alex, Eddy y Rory le repitieron una y otra vez que Sebastián era un ser indefenso, que confió siempre en Frank, como confiaba en todos sus amigos y que jamás sospechó que mientras tanto él dedicaba sus esfuerzos a deshonorarlo. Por eso Eddy le tenía miedo; también él era incapaz de destruir a una persona con la lengua o de hacerle un daño premeditado. Eddy estaba contento consigo mismo y aceptaba sus fracasos con simpleza, era tan distinto de Frank, como puede serlo un alegre perrito de una cobra agazapada bajo un árbol. Con lancetazos de veneno había empezado la destrucción del infeliz Sebastián. Necesitaba leer y releer a Evelyn Waugh para conocer a su indescifrable enemigo. Continuó leyendo la descripción de la familia de Sebastián:

El hermano mayor es algo arcaico, salió de una cueva que ha sido sellada por siglos. Su cara parece la cara de Sebastián esculpida por un azteca... Julia, la hermana, bueno, tú sabes lo que parece. ¿Quién no la

conoce? Su fotografía aparece en los periódicos con la regularidad de los anuncios de las píldoras purgantes. Tiene una cara florentina del cuatrocientos perfecta. No tiene nada de inocente, tan alegre, tan correcta, tan poco afectada. Me pregunto si es incestuosa, aunque lo dudo, sólo quiere ¡poder! Debería existir una inquisición especial para quemarla. Hay otra hermana que todavía está en el colegio. No se sabe nada de ella, excepto que volvió loca a su gobernanta y ésta se tiró al río hace poco. Estoy seguro de que es abominable. Pero cuando llegas a los padres te encuentras ante un pozo sin fondo. ¡Querido, qué pareja!... En Venecia, la madre llegó a todas las fiestas envuelta en una especie de capullo de gasa, como si tomara parte en una obra céltica o fuera una heroína de Maeterlinck; e insistía en ir a la iglesia... Bueno era una figura de risa ese año... tiene alrededor suyo a un grupo de presos esclavizados y flacos para su uso personal y exclusivo. Les chupa la sangre... Nunca escapan una vez que ella les ha hincado los dientes. Es brujería, no existe otra explicación...

—Como ves, no podemos culpar a Sebastián si a veces parece un poco insípido. Tú no lo culpas ¿verdad, Charles? Con esos orígenes pantanosos. ¿Qué puede hacer excepto posar como una criatura sencilla y charming. Sobre todo que tiene el último piso vacío...

Después de releer el enorme párrafo, dedicado a la destrucción de Sebastián, a Verónica no le asombró que Charlie, el narrador, no hubiera dormido esa noche. A ella le parecía escuchar las entonaciones de voz de Frank, sus gestos, sus pausas, sus miradas oblicuas, todo dicho de una manera casual y sibilina. Frank había nacido muy viejo, en su persona no quedaba ninguna huella indicadora de su infancia. “Entonces, ya era viejo y ducho en el mal” se dijo, y compadeció a Charlie, que acababa de conocer a Sebastián. Y de pronto se le apareció Anthony Blanch, para destruir la incipiente amistad entre los dos jovencitos. “Lo dejó solo”, se dijo y recordó que se había jactado con Geneviève de haberla dejado sola a ella. Ésa era la mejor manera de deshacer a una persona. “¿Cómo lo sabía Frank si en aquella época todavía era estudiante?” Se le ocurrió pensar que el mal era una vocación, un conocimiento perverso del

hombre, y sintió que nunca podría romper el hechizo lanzado contra ella como no pudo romperlo Sebastián. Sin embargo, debía encontrar la salida de aquel cuarto estrecho y solitario en el que se hallaba confinada y continuó leyendo:

—Sebastián, ¿Anthony conoce a alguien de tu familia? —preguntó Charlie.

—Charles, qué raro estás hoy. No, no creo que los conozca —contestó Sebastián.

—¿Ni conoció a tu madre en Venecia?

—Creo que lo mencionó alguna vez, pero lo he olvidado. Mamá estaba viviendo en casa de algunos primos nuestros italianos, los Foglieri, y Anthony apareció con su familia en un hotel. Hubo alguna fiesta que dieron los Foglieri a la que Anthony y su familia no fueron invitados. Sé que mamá comentó algo cuando le dije que Anthony era amigo mío. No entiendo por qué quería ser invitado a una fiesta de los Foglieri, la princesa está muy orgullosa de su sangre inglesa y sólo habla de eso. Bueno, nadie objetó a Anthony; bueno, no demasiado. Fue a su madre a la que consideraron difícil... Pero ¿por qué tanto interés?

—Quería saber cuánta verdad había en lo que Anthony me dijo anoche.

—Creo que ni una palabra. Ese es su gran encanto —dijo Sebastián.

—Tú piensas que eso es encantador, yo creo que eso es diabólico. ¿Sabes que pasó toda la noche tratando de ponerme en contra tuya y casi lo logra?

—¡Qué tonto!...

También Charlie consideraba diabólico a Frank. Había pocas personas que merecieran ese adjetivo. Lucifer es la imagen de la soberbia y Frank, llevado por la soberbia herida, decidió la destrucción de Sebastián. Una fiesta que para la víctima carecía de importancia determinó el odio continuado y su pérdida. “¡Ah, si la madre de Sebastián pudiera saber que tuvo que pagar con la sangre de su hijo el hecho de que sus familiares encontraran difícil a la madre de Frank!...”, pensó Verónica, aterrorizada

y buscando cuál era la ofensa mortal que ella le había inferido a su amante. Frank se creía merecedor de gloria, dinero y dueño de las vidas de sus amigos y conocidos, y ¡ay de aquel que osara ignorar sus privilegios! Después de reflexionar sobre Sebastián y la fiesta de los Foglieri, Verónica continuó leyendo *Brideshead Revisited*: “Me escribió, dice Sebastián, parece que Anthony ha tomado un piso en Munich, tiene un *affaire* con un policía”.

Verónica cerró el libro. Sabía que fue entonces cuando Eddy decidió llamarlo para que le hiciera la corte a Cora y lo ayudara a casarla con el millonario. Frank estaba arruinado, su familia había perdido gran parte de su capital y Frank no dudó en matar a Logan para vengar a la fortuna, como antes exterminó a Sebastián para vengar una ofensa social... Amaneció, por la ventana entró la primera luz de la mañana y Verónica todavía ignoraba por qué se hallaba en aquel cuarto de criados, por qué no podía abandonarlo. Era presa de un carcelero invisible que paseaba por las páginas de dos novelas y por las calles de cualquier ciudad, mientras ella debía estar quieta y debía callar. ¿Por qué? Sabía que nunca iba a encontrar la respuesta... A Bob Mulcaster lo había descrito como a un sablista, sólo porque era amigo de Sebastián, “verdaderamente es un bulto caído del carro de la Historia”, se dijo, tratando de encontrar una condena para aquel individuo poderoso que atropellaba a sus semejantes sin ningún escrúpulo. Pero cambió de idea y se echó a reír. ¡Estaba loca! Ella era la que se había caído del tren y permanecía olvidada al lado de las vías férreas. Se dio cuenta de algo que ya sabía: Verónica había dejado de existir. Era apenas un viejo maniquí uniformado de negro colocado detrás de un mostrador y así iba a continuar para siempre... De pronto recordó a un ser vibrante que entraba en los teatros, a los cafés o cruzaba las calles levantando miradas y se dijo “entonces, estaba viva, no había sido tocada por los dedos de la muerte llamada Frank...” Alguna vez vio una película: *La muerte en vacaciones* de Frederick March, era un hombre con una capa negra. El hombre entraba en un salón, cogía una flor y ésta se secaba en su mano; así se había secado Sebastián, Logan, Eddy, Rory, Florence, Guy y ella, y supo que su suerte no iba a cambiar jamás porque se había decidido en el salón de los Verdía. Ésa era la

película que buscaba cuando corría a la orilla del Lago Mayor la noche en la que Frank buscaba a Bruno. Ya no necesitaba hallar la palabra “fin”. Esa palabra estaba en el caminillo del jardín de los Verdía, la mujer vestida de blanco se lo había dicho; pero ella se negó a escucharla y ahora era tarde, demasiado tarde... “Esa mujer lleva el traje de su última comunión”, había dicho Ted y la mujer había desaparecido en su automóvil después de transmitirle su mensaje. Pensó que aquella aparición no era real, se había introducido en la fiesta con el único propósito de anunciarle el peligro que la acechaba. ¿Por qué no la escuchó? “Nadie escucha los presagios y nadie acepta las visiones mágicas” y se dejó caer sobre su cama de sirvienta. Dentro de poco debía presentarse ante Pascaline, colocarse atrás del mostrador y olvidar que alguna vez había sido Verónica... Alex era el último testigo de su existencia, “le escribiré, le escribiré...”, se dijo mientras se lavaba la cara antes de dirigirse al mostrador.

MI HERMANITA
MAGDALENA
(1998)

La desdicha empezó en mi casa con la desaparición de mi hermanita Magdalena. No sé por qué digo desdicha. Es difícil escoger las palabras que definen las vidas y las situaciones, sobre todo cuando la complejidad de los hechos y de los personajes escapan a la imaginación de una mente provinciana y medianamente dotada como es la mía. Quiero decir que no estábamos preparados para la catástrofe que se abatió sobre nosotros. Mi hermanita era lo que se llama “la alegría de la casa” y también “las niñas de los ojos de mi padre”. Fue en la noche de un domingo lluvioso. Se habían ido a Cuernavaca y nosotros nos habíamos quedado en la casa con Marta y con Loreto, las dos muchachas que se criaron en la casa de mi madre, allá en Chihuahua, pues nosotros no éramos de la capital. Éramos nortños.

Desde ese domingo lluvioso los árboles se hicieron menos verdes, el agua menos fresca y el cielo menos azul y más bajo, casi sin nubes. ¡Así sucede cuando nos toca la desdicha!

—¿Por qué nos vinimos a México? Si nos hubiéramos quedado en Chihuahua no habría sucedido esto —decían mis padres.

Hacía casi tres años que vivíamos en la capital y el resultado fue la desaparición de mi hermanita Magdalena. Era la menor de nosotras tres, aunque el menor de la familia, “el benjamín”, como decimos en el Norte, era mi hermano Alvarito.

Conocíamos mal la ciudad. No nos permitían alejarnos del radio de la casa, de las escuelas y de las casas de mis tías.

Mis tías Leticia, Remedios, Hortensia y Antonia eran las hermanas de mi madre. Todas ellas ordenadas, escrupulosas, limpias y morales. Sólo mi tía Leticia rompía las reglas. “¡Esta Leticia siempre tan

independiente!”, se quejaban sus hermanas cuando mi tía hablaba del divorcio y del desnudo en la pintura. ¡La pintura clásica, por supuesto!

Mis tías nos visitaban para comentar las películas que habíamos visto juntas, ya que a todas partes íbamos en grupo. “¿Qué estarán haciendo ahora?”, preguntaba mi tía Remedios con voz soñadora, pensando en lo que les sucedería a los héroes de las películas después de la palabra “Fin”. Sonámbulas, abandonábamos la sala oscura buscando parecidos entre las estrellas de cine y nosotras.

—¿Vendremos al próximo estreno de Doris Day? —le preguntábamos a mi tía Antonia, ya que era ella la que ordenaba las vidas de toda la familia, las idas al cine, las salidas al campo, las fiestas y los estudios de todos los primos.

—Recuerden que la novia del estudiante nunca es la esposa del profesor —nos dijo mi tía cuando Rosa, Magdalena y yo entramos al Bachillerato de Humanidades.

—Nosotras nunca nos vamos a casar —le contestó Magdalena que ya había decidido nuestras vidas.

Magdalena iba a ser artista de cine en Hollywood. Mi hermana Rosa modelo de sombreros y yo modista de alta costura y experta en belleza.

Vivíamos en la avenida Durango. Las mañanas eran claras y los árboles de la avenida muy verdes. Todavía no se inventaba la polución. De manera que teníamos buen aire, mañanas despejadas y tardes altas y gloriosas. La palabra “Durango” nos producía la nostalgia del Norte. Nos gustaba pasear por la avenida, llegar a la calle de Sonora, dar vuelta en la calle de Guadalajara y desembocar en el Parque España. Allí estaba la iglesia de la Coronación. Cuando había boda, de su puerta colgaban guirnaldas de flores blancas y el altar se cubría de ramos de flores perfumadas, salpicados de “nube”, una florecilla menuda como un encaje fino. En esas ocasiones mi tía miraba a sus hijas y luego nos contemplaba preocupada. Mis hermanas y yo teníamos un grave impedimento para lograr una boda: mi padre carecía de una buena fortuna.

—¡Qué lástima! No se casarán nunca —pronosticó mi tía en la iglesia de la Coronación.

—¿Qué dices? Mis hijas no están todavía en edad de casarse, son muy

jovencitas —le contestó mi madre enfadada.

Mi tía Antonia no la escuchó. Se volvió a la hija mayor de mi tía Hortensia para decirle:

—Y tú, Hortensita, a lo más que puedes aspirar es a un empleado modesto —Hortensita se puso a llorar con desconsuelo.

—¡No quiero casarme con un empleaducho...!

—¿Por qué no? Debes ser práctica, hay empleaditos muy decentes —le explicó mi tía para tranquilizarla.

Hortensita no se tranquilizó: “Yo tengo aspiraciones”, dijo en medio de su llanto que todas las primas contemplamos en silencio. Mi tía Hortensia sentenció en voz baja: “¡Qué impertinente es Antonia!”

En la familia estaba prohibido levantar la voz, gesticular y adoptar actitudes descocadas. Las “actitudes” eran muchas: reírse en público, cruzar las piernas, detenerse en la calle para hablar con los conocidos, gesticular, exagerar y usar zapatos de tacones altos.

Puedo afirmar que mi familia era una familia feliz, moderada, discreta, cortés y espartana. “Las buenas costumbres son espartanas”, afirmaban mis tías. ¿Cómo explicar la gran catástrofe de la desaparición de Magdalena? No había explicación y decidimos callar mientras encontrábamos a mi hermanita.

—Hay que ser prácticos, si les decimos a mis hermanas lo que ha sucedido pondrán el grito en el cielo y como de costumbre acusarán a su padre de indulgente, de manera que es mejor callar —ordenó mi madre.

En el idioma familiar la palabra “práctico”, cubría todos los terrenos: amoroso, escolar, literario, moral, afectivo, político, artístico, familiar y público. Mis tías aplicaban el término sin discriminación. Dar limosna no era práctico y cerraban el vidrio de sus automóviles si algún mendigo les tendía la mano diciendo: “¡Por el amor de Dios!” La limosna fomentaba el vicio y la avaricia, los mendigos tenían los colchones repletos de oro. Debíamos estudiar la historia como si nunca hubiera sucedido, era una manera de saber lo que se debía hacer y lo que había que evitar hacer. Por ejemplo, no podíamos ser como Nerón, que incendió Roma para satisfacer su vanidad. “La modestia es la flor más preciada.” A mis tías les preocupaban las lecturas: “La literatura es una distracción. Si se

imaginan que la vida es una novela, acabarán mal”.

En la casa de mi tía Antonia había una hermosa biblioteca italiana con los anaqueles de madera labrada repletos de libros que sólo eran fachadas de cartón forrado en cuero rojo y letras de oro anunciando los títulos de los clásicos. Era una biblioteca práctica cuya misión era la de adornar la casa. Mis tías nos seleccionaban las lecturas. Nos regalaron *Las cuatro hermanitas* de Luisa May Alcott. El libro era un ejemplo para las chicas casaderas, el destino ideal de la mujer era el matrimonio, pero si no lo lograban porque los medios económicos no lo permitían, debían tener una educación práctica, capaz de asegurarles una vida modesta, como la de Jo.

—Tú, Magdalena, no debes ir a la universidad. Debes de ser profesora de gimnasia. Tienes el tipo perfecto: alta, fuerte y limpia. Te inscribiré en una escuela de cultura física —anunció pensativa mi tía Antonia. Luego se volvió a mi hermana Rosa:

—Y tú, Rosa, tampoco debes ir a la universidad. Tienes gustos artísticos, que van bien con la repostería. Podrías organizar banquetes, meriendas, bautizos, desayunos de primera comunión. Esto te dará mucho dinero. Tu físico te ayudará a conseguir encargos.

Yo esperé mi turno.

—Y tú, Estefanía, ¿puedes decirme para qué te inscribiste en la universidad? Debes estudiar taquimecanografía. Tienes dedos de pianista, se te facilitará mucho.

Así, mi tía Antonia arregló nuestras vidas de chicas de clase media.

Nos proponía oficios prácticos. Mi padre no compartió su opinión y continuamos en la universidad. Ahora me pregunto: ¿qué hubiera ocurrido si estuviéramos haciendo gimnasia, desayunos y taquimecanografía? No lo sé. Magdalena no hubiese desaparecido y nosotras no hubiéramos leído a Dostoievski. Y, de haberlo leído, hubiéramos dicho: “Eso sólo pasa en las novelas”.

En el idioma familiar estaban excluidas las interjecciones. Decir: ¡hombre!, ¡caray!, ¡caramba! era blasfemar. Sólo mi tía Leticia se atrevía a decir: ¡carambola! Los dichos populares debían ser escogidos con esmero y repetir sólo los morales o ejemplares: “Cría cuervos y te sacarán

los ojos”, “Quien da pan a perro ajeno pierde pan y pierde perro”, “El pan ajeno hace al hijo bueno”, “El que siembra vientos recoge tempestades”, “El que al cielo escupe a la cara le cae”, aunque el verbo *escupir* era preferible olvidarlo. En general los dichos eran vulgares.

En cierta ocasión mi hermanita se golpeó un codo y exclamó:

—¡Dolor de viuda mucho duele y poco dura!

Mis tías se volvieron a verla:

—¿Qué dices? ¿Dónde aprendes tantas vulgaridades?

Magdalena no pudo recordarlo. Esto no indica que mis tías tuvieran algo contra la viudez. Al contrario, eran partidarias encarnizadas de ella.

—La viudez es el estado perfecto para una malcasada. Si se divorcia la acusarán de casquivana. En cambio, si Dios se acuerda de ella y la deja viuda, todos la compadecerán y tratarán de ayudarla.

—Ustedes deben contar con la infinita bondad de Dios para que las deje viudas en caso de necesidad —aseguró mi tía Remedios.

—En caso de duda, recuerden que más vale vestir santos que desvestir borrachos —terminó mi tía Leticia, provocando el escándalo de sus hermanas.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Por qué dices eso delante de las muchachas? —protestaron a coro las hermanas.

Debíamos excluir del lenguaje las palabras: *pasión, éxtasis, martirio, misticismo, furia, arrebató*, todo lo que significara exaltación o exageración. Las palabras *higiene, progreso y evolución* eran favoritas y ejemplares. No debíamos admirar a héroes que despertaran en nosotros la manía de grandeza, tales como Luis XIV; en general ningún Luis o Napoleón. El héroe favorito de mis tías era Thomas Alva Edison y su fotografía figuraba al lado de las fotos enmarcadas de Ruiz Cortines y de Miguel Alemán, colocadas sobre sus chimeneas de piedra, sin tiro y labradas estilo colonial.

En fin, nuestras vidas debían ser ascéticas, de costumbres sanas, modales comedidos, utilizar un idioma claro, recto y sin exclamaciones ni ditirambos. Un idioma decente, del que procuro no separarme jamás, excepto cuando me parece que no me escuchan y digo: ¡carajo!

Nosotros teníamos una tara congénita e irrevocable: mi familia paterna

era francesa. Francia era “el corazón del vicio” y era obligatorio vigilarnos de muy cerca. Mi abuela paterna, que en paz descanse y en Santa Gloria esté, ya había fallecido en el momento de la desaparición de Magdalena. El detalle francés nos obligaba a ocultar lo sucedido a mi hermanita.

Mi abuelo francés consideraba a la familia de mi madre más protestante que católica. Mi madre guardaba silencio, no quería decirle que ella y sus hermanas consideraban a Francia “la cuna de todos los vicios”.

—Robespierre hacía estatuas de carne humana —nos repetía mi tía Antonia con voz acusadora, como si en nosotros existiera el germen de tan desagradable costumbre.

Era una desdicha que Robespierre hubiera construido esas estatuas y también era una desdicha que le hubieran roto la mandíbula antes de matarlo. Magdalena lloraba al leer ese episodio de Robespierre sosteniéndose la mandíbula rumbo al patíbulo. Pero su pena era secreta. Nunca se la dijimos a mis tías.

El domingo lluvioso en que desapareció Magdalena, hacía pocos días que mi abuelo se había vuelto al Norte con sus otros hijos. Ya dije que mis padres estaban en Cuernavaca. Nos gustaba esa ciudad verde, llena de pájaros y de frondosos laureles de la India. Los amigos y la familia tenían allí casas con piscina y los fines de semana los pasábamos nadando. En ese fin de semana hubo una conjunción desdichada que propició la desaparición de mi hermanita Magdalena.

Recuerdo que ese domingo Magdalena estaba muy preocupada. Se mordía los labios y atisbaba los ruidos como si tuviera miedo. Llovía y los rayos y los relámpagos la hacían saltar en la cama. Rosa y yo nos reíamos. Mi hermanita ya había cumplido diecisiete años y algunas de las primas grandes habíamos cumplido los dieciocho. Pero ninguna tenía novio. Mi tía Antonia organizaba fiestas rumbosas en su casa para invitar a jóvenes formales con la esperanza de que se fijaran en nosotras. En dos años había organizado fiestas de gala, de disfraces, de tarde, campestres, sin lograr ningún resultado.

—No me gusta ir. Me parece que me ponen en un escaparate —protestaba Magdalena.

Las fiestas de mi tía eran brillantes, iluminaba los jardines de su casa, alquilaba una orquesta, abría los salones y se vestía de gala como todas sus hermanas. Sentadas en un estrado entre la biblioteca italiana y el salón Imperio, mi madre y sus hermanas acompañadas de otras señoras nos veían bailar. Magdalena era la más solicitada, bailaba muy bien y una vez en la fiesta olvidaba estar “en un escaparate” y reía con sus múltiples parejas.

—¡Es una coqueta! Debes llamarle la atención —le reprochaban a mi madre.

—Déjala tranquila. Le gusta reír y bailar —intervenía mi tía Leticia.

—Cambia tanto de pareja que no se casará nunca —opinó mi tía Antonia.

—Antonia, acuérdate que matrimonio y mortaja del cielo baja —dijo mi tía Remedios.

“Matrimonio y mortaja del cielo baja”, repetimos en la casa. Era siniestro que compararan el traje de las novias con el sudario de los muertos. Magdalena al escuchar el parentesco entre el matrimonio y la muerte preguntó:

—Entonces, ¿por qué se empeñan en que nos casemos?

Mi hermanita, ayudada por mi tía Leticia, continuaba haciendo planes para su futuro en Hollywood. Mi tía había vivido en Chicago, en Nueva York, en Los Ángeles y en El Paso, Texas. Cuando hablaba de su pasado envolvía de neblina sus palabras, que llegaban hasta nosotras nostálgicas y delicadas.

—Sí, fui muy feliz y quiero que tú lo seas, Magdalena. Este México no es para una chica como tú...

Mis tías se enteraron de los planes de Leticia y Magdalena, y llegaron airadas a la casa.

—¿Cómo permites que Leticia les llene de humo la cabeza a tus hijas? Esta Leticia siempre fue tremenda...

¿Quién iba a decirle a Magdalena que unos domingos después del dicho: “matrimonio y mortaja del cielo baja” se iba a producir su inexistente boda y su total desaparición? El asunto fue completamente inesperado. A Enrique, su marido, apenas si lo conocíamos. Era muy

viejo. Tendría más de treinta años. Mi padre lo vio una sola vez y nos prohibió su amistad. Magdalena protestó: “¿Qué puedo hacer si me sale de todas las esquinas?”

—Pasaré las vacaciones en Chihuahua. Así no me encontrará —decidió.

Mi hermanita tenía la costumbre de irse a Chihuahua en vacaciones, a la casa de mi tía Olimpia. Se divertía mucho con los primos Roberto y Paco. No previó lo que le iba a suceder. No lo previó nadie. Y nos quedamos quietos. El terror avanza a pequeñas dosis y con un ritmo cada vez más acelerado hasta inmovilizarnos.

En unos instantes de ese domingo lluvioso el tiempo se imantó de terror y ya nunca volvimos a ser los mismos. El terror vibra, produce ecos sonoros que surgen del fondo de la catástrofe que nos aguarda, abrir una puerta puede significar encontrarse con la cara del verdugo.

Debo volver a aquel domingo lluvioso. Domingo extraño cuya presencia es permanente en nuestra familia. Un domingo que en apariencia era igual a todos los domingos y que nos fulminó. En él está el secreto de mi hermanita Magdalena, secreto que se apoderó de nosotros para mantenernos en el umbral de lo terrible que va a suceder y que continuamos esperando, mientras el polvo se ha acumulado en nuestra memoria y sobre nuestros muy amados libros.

Cuando desapareció mi hermanita, la veíamos en todos los rincones, recordábamos cada una de sus risas, de sus pleitos. Sí, a Magdalena le gustaba imponer su voluntad y si no lo lograba la emprendía a puñetazos con su adversario. Si en vez de desaparecer se hubiera ido a Chihuahua con Paco y con Roberto, ahora nadie se enfadaría al verlos volver en una fecha muy anticipada a la del regreso previsto. Vendrían como el año pasado, con los rostros alterados por la ira y por los golpes que se habían propinado durante el viaje.

—¡Tía!, Magdalena nos puso en ridículo. Se cree igual a nosotros y nos pegó a los dos. No quería salirse del boliche y quería ir al billar —había dicho Roberto el año pasado.

—¡Por Dios, Magdalena, eres terrible! —exclamó mi madre en la estación.

—Y ¿ellos? ¡Ellos también me pegaron! ¡Qué no se quejen! ¡Mira! —y

mostró moretones en los brazos.

—¡Tía! Mira lo que me hizo —gritó Paco quitándose las gafas oscuras para mostrar las huellas violáceas de un golpe en un ojo.

—¡Calma!, la gente nos está mirando. Me tienen aburrida, éstas serán las últimas vacaciones que pasen juntos —sentenció mi madre, sin saber que decía una triste verdad.

—¡Eso no es justo! ¡No es justo! —protestaron los tres a un tiempo.

No, pobre Magdalena, ahora nadie se hubiera enfadado con ella, pero era imposible que llegara de Chihuahua porque había desaparecido. Era inútil esperar la vuelta del “general Magdalena” como la llamaba mi padre. Tenía razón, mi hermanita tenía voz de mando, le gustaban los libros de táctica militar, atacaba de frente. Su héroe era Napoleón. ¿Cuántas lágrimas derramó por él? Magdalena estudiaba sus batallas y ayudada por mi hermano Alvarito formaba los ejércitos sobre la alfombra de la sala.

—¡Grouchy era un imbécil, igual a Paco y a Roberto! Por su culpa los ingleses derrotaron a Napoleón. ¡Ah!, pero a Wellington lo llegaron a odiar sus compatriotas —afirmaba vengativa.

—Yo prefiero a María Antonieta —la contradecía Rosa.

—¿María Antonieta?... era una débil. Cuando ella y Luis XVI se hallaban presos en las Tullerías, rodeados de una turba de descalzonados, tenían a la Guardia Suiza y cuatro cañones. Napoleón, que entonces era sólo un oficial, estaba oculto en los jardines y dijo: “A esta canalla la barrería con cuatro cañones y un grupo de hombres a mi mando. ¡Sería tan fácil!” ¿Por qué no lo hizo Luis XVI? Porque no quería derramar la sangre de su pueblo y ya ven, los descalzonados degollaron a los guardias suizos y luego al rey le cortaron la cabeza. ¡Qué pueblo tan agradecido! ¡Bah! Hay que matar cuando es necesario o te degüellan.

Magdalena tenía razón. La historia se decide en un instante, con un gesto, una presencia. Si Napoleón hubiera dispuesto de los cañones y de los guardias suizos, la historia hubiera sido diferente y si mi hermanita no se hubiera casado con Enrique, nuestra historia familiar hubiera sido muy distinta. ¿Por qué mi hermanita no fue capaz de impedir lo sucedido con el descalzonado Enrique? Ese domingo lluvioso estábamos

platicando, llamaron a la puerta y abrí. Apareció el rostro lívido de Enrique casi desconocido para nosotros.

—¡Magdalena! —gritó con tal violencia que tembló la casa.

Nos quedamos boquiabiertas y Magdalena se quedó petrificada.

—¡De mí no te burlas! —rugió Enrique.

Y mi hermanita salió de la casa para siempre. Las muchachas Marta y Loreto trataron de detenerlo:

—¡Sus padres no están en México! ¡No se la lleve! —gritaron.

Les dio un empujón, las miró y dijo con voz temible:

—¡Me casé con ella hace tres días! —al decir esto, se le amorató la cara como una berenjena.

—¡Era una broma! ¡Era una broma! —gritó Magdalena.

Llevaba un traje azul de dos piezas, una blusa blanca y zapatos blancos sin tacón. Iba vestida como si fuera a jugar golf, sólo que era de noche y llovía, Magdalena se fue llorando. Su marido la sacó a empujones y nadie pudo impedirselo. No volvimos a verla. El lunes temprano llegaron mis padres. Marta y Loreto con los ojos hinchados por el llanto explicaron lo sucedido. Ellos callaron y Rosa dejó de cantar.

Esperamos en vano una llamada de Magdalena. No llamó nadie. Ignorábamos la dirección de Enrique. El martes, mi madre recordó que un amigo de Chihuahua ocupaba un alto puesto en Hacienda. Mi padre fue a pedirle audiencia, le explicó el caso y solicitó su ayuda. “Magdalena es menor de edad”, le dijo.

—¿Y qué quiere usted hacer? Se casó, se fue con su marido y no lo ha llamado. Estarán en su luna de miel. Nadie tiene culpa. ¡No se puede hacer absolutamente nada! —y el alto empleado miró a mi padre con sorpresa.

—¿Acaso se imagina usted que puede acusar al marido de su hija? ¿Acusarlo de qué? —le preguntó disgustado.

Mi padre volvió a la casa cabizbajo. No tenía otro amarre político.

—¡Me lo temía! Para llegar tan alto tenía que ser otro sinvergüenza —comentó mi madre.

¿Cómo decirles a mis tías lo que había ocurrido? Esas cosas no ocurren en las familias decentes. Era necesario actuar como si el matrimonio de

mi hermanita fuera normal. De otra manera se armaría un escándalo, criticarían a mis padres y ellos ¿qué culpa tenían del salvajismo de aquel desconocido y de la locura de mi hermanita? ¡Parecía tan cristiana, tan cuerda! En las casas de mis tías no ocurrían escándalos semejantes. Todas tenían sus secretos. Nosotros éramos los únicos que nunca habíamos tenido secretos y ahora había que guardar éste celosamente.

—¡Figúrense que Magdalena se casó el viernes pasado! En una ceremonia íntima. Enrique no quiso fiesta... —dijo mi madre enrojando, pues ni siquiera conocía a Enrique.

—¡Qué lástima! Nos lo deberías haber dicho para traerle su regalo —dijeron mis tías, mirándose entre ellas con sorpresa.

Un velo espeso de vergüenza cayó sobre nuestra casa. Mis tías preguntaban: “¿Cómo está Magdalena? ¿Por qué no se deja ver?” “¡Qué chica tan malcriada, no nos ha llamado ni una sola vez!” Y nos miraban con reproche. No podíamos decirles que tampoco nos había llamado a nosotros.

—La creíamos tan alegre, tan risueña, tan bien dispuesta, tan aguerrida... —suspiró mi tía Remedios.

Guardamos silencio. En esos días la buscamos por toda la ciudad y algunas veces pensamos que Enrique la había matado. Las palabras de mi tía nos llenaron de tristeza. Sí, mi hermanita había sido alegre, resuelta y alocada. También era inconsciente y su inconsciencia produjo la ruina de mi casa. Hay muchas maneras de arruinarse y Magdalena nos arruinó casi sin darse cuenta, con su extraño silencio y su aún más extraño desapego.

Desde ese domingo lluvioso la decadencia se amparó de nosotros. La falta de interés invadió nuestra casa, el terror se produjo al abrir la puerta y cerrarla detrás de Magdalena. Un terror que nunca nos ha abandonado. Vivíamos en la espera. ¿Qué importaba Hollywood o la quijada rota de Robespierre? ¿Qué importaban los árboles de la avenida Durango o las fiestas en las casas de mis tías? Pasaba el tiempo y el hueco dejado por mi hermanita crecía para tragarnos a todos. Espiábamos el teléfono y el paso del cartero. Habíamos caído en un terreno pantanoso, en cuyo centro vivía una fuerza maligna que nos arrastraba a sus profundidades. El

matrimonio era tenebroso: detrás del velo y del traje blanco se escondía un demonio, a pesar de que mi hermanita no llevó azahares, ni traje blanco, ni pisó la iglesia, ni tuvo fiesta, su matrimonio fue secreto y quedó en el misterio, atrapada por la malignidad del matrimonio.

—El matrimonio es una puerta negra que se abre y se traga a las novias —dijo Rosa.

—¿Qué hace esa chica? Tengo la impresión de que se ha vuelto loca. Algo muy raro le sucede —dijo mi madre durante la cena.

¿Loca?... nos miramos en silencio. Recordamos a Marta, una de nuestras dos sirvientas que se volvió loca y quiso estrangular a su hermana Loreto en la cocina. Escuchamos los alaridos y el horrible espectáculo no lo olvidamos en mucho tiempo. Mi padre fue incapaz de dominar a Marta y tuvimos que pedir auxilio. Llegaron los vecinos: don Alberto y don Luis y apenas entre los tres hombres pudieron liberar a Loreto. Después vinieron los loqueros para llevarse a Marta al manicomio. Esa noche todos lloramos. Mis padres iban a visitarla al hospital. Cuando la dieron de alta regresó a la casa. Ella temía volver a caer en “las garras del demonio”, como nos decía.

Loreto trajo de la iglesia varios frasquitos de agua bendita que colocó en las habitaciones para tener a mano el agua y rociar con ella a su hermana en el caso de que “el Maligno se asomara a sus ojos”. Marta llevaba un frasquito colgado al cuello con un cordón de seda morada. Las dos se vinieron con nosotras de Chihuahua y lo primero que hicimos al llegar a la capital fue ir a rogar por Marta a la Santísima Virgen de Guadalupe. Entramos de rodillas a la Basílica. La Virgen nos escuchó, ya que Marta al día siguiente se puso a cantar como lo hacía antes de la visita del demonio.

Fue Loreto la que propuso que fuéramos todos a pedirle a la Virgen la reaparición de mi hermanita Magdalena.

—¿Cómo no se nos había ocurrido antes? —gritó Rosa. En la Basílica le pedimos a la Virgen con toda humildad que reapareciera Magdalena. Salimos contritos y apaciguados. En el camino Marta dijo:

—La Santísima Virgen me dijo que busquemos el nombre de ese mal hombre en el directorio de teléfonos...

¡Era increíble que no hubiéramos pensado en algo tan simple! En el directorio había centenares de personas con ese apellido.

—¿Dónde vive? —gritó mi madre exasperada.

—Creo que en Coyoacán o en la colonia San Rafael... —contestó Alvarito. Mi madre tomó las direcciones que le parecieron probables y decidió:

—¡Mañana iré a buscar esas casas que aparecen bajo el apellido! La encontraré. ¡Magdalena me va a oír! No podemos seguir en esta zozobra. ¡Mocosa majadera! ¡Tú vendrás conmigo! —le ordenó a mi hermano Alvarito que en esos días contaba once años de edad.

Por la mañana, mi hermano no fue a la escuela para acompañar a mi madre en la excursión. Loreto y Marta salieron a la calle a bendecirlos. Iban decididos a encontrar la casa de Enrique. Mi padre les deseó suerte y desayunó con Rosa y conmigo. Tampoco nosotras fuimos al colegio. Pusimos en orden los libros y los cuadernos de Magdalena, abandonados en desorden por ella desde aquel domingo lluvioso. Loreto se puso a cantar:

*Tiene los ojos tan zarcos
la norteña de mis amores
que me miro dentro de ellos
como si fueran destellos
de las aguas de colores...*

Hicimos el cuarto de Magdalena. Esponjamos las cortinas de muselina blanca y revisamos su ropa olvidada en el clóset. Tenía pocos vestidos y sólo dos pares de zapatos: unos tenis y otros de fiesta. Todos teníamos zapatos tenis para ir a jugar a la pelota a la casa de mi tía Antonia, que poseía un frontón y dos canchas de tenis. Magdalena olvidó también su abrigo de corte militar color azul de Prusia que le compró mi padre en uno de sus últimos viajes al Paso, Texas. Contemplar su ropa inútil nos hundió en una tristeza desconocida hasta entonces: la certeza de una ausencia irreparable, el final de una vida dichosa y el temor al porvenir nos hizo sentarnos en el borde de la cama, para saber por vez primera que la vida no era ese espejo límpido en el cual nos deslizábamos iguales a

reflejos apacibles, sino un laberinto oscuro poblado de asechanza que no podíamos prevenir. Recuerdo con temor esa tristeza súbita y desconocida. La ausencia de mi madre producía una inquietud amenazadora, sentimos la presencia grisácea del miedo mirándonos desde las cuatro esquinas de la habitación de mi hermanita y corrimos despavoridas a refugiarnos en la cocina cerca de Loreto.

—¿Tienen miedo? Yo también. Marta soñó anoche a la niña Magdalena en tierras muy lejanas, la veía caminar detrás del agua y me dijo: “Magdalena ya se perdió en el mundo”...

La escuchamos religiosamente, pues Marta soñaba siempre la verdad.

—Loreto, no se lo digas a mi mamá.

La mañana nos pareció peligrosa. En los rayos de sol que entraban a la cocina no giraban los puntitos azules, verdes y naranjas. Estaban vacíos y fijos. Quisimos pensar en la escuela. ¿Qué les diríamos a los profesores? Las clases y los compañeros nos parecieron muy remotos. Un muro invisible nos separaba de ellos. Recordamos las palabras de Magdalena: “Al enemigo en derrota hay que perseguirlo hasta exterminarlo. De lo contrario reagrupa fuerzas, vuelve al ataque con más brío y te aniquila”. Esas frases se las repetía a Alvarito durante los combates de soldados sobre la alfombra. Las había sacado de un libro de táctica militar. ¿Quién era el enemigo de Magdalena? Rosa opinó que era Enrique y se había ido con él para aniquilarlo. A ella no podía derrotarla aquel hombre viejo y con tan pocas dotes militares.

Mi padre llegó a la hora de la comida y mi madre todavía andaba fuera. Decidimos esperarla. Los tres mirábamos un pequeño elefante de marfil con la trompa levantada, talismán de buena suerte, colocado sobre un librero. Tuve la impresión de que había bajado la trompa y que sus orejas estaban gachas. Unas sombras ajenas a la tarde invadieron las habitaciones y nos inmovilizaron.

A las siete de la noche llegaron mi madre y Alvarito. Venían rendidos, abatidos y vencidos.

—Ya muy tarde encontramos la casa. Una criada nos gritó desde una terraza que Magdalena se fue de México con Enrique desde hace ya mucho tiempo —explicó mi madre.

—¿Por qué no pidieron hablar con algún familiar de Enrique? Con la madre por ejemplo —preguntó mi padre visiblemente turbado.

—Parece que no tiene hermanos. La señora no estaba... y si hubieras visto a esa criada insolente...

—¡No hay que hablar más del asunto! —decidió mi padre con violencia.

A la madre de Enrique la habíamos visto una vez en una pastelería. Iba acompañada de su hijo, pero la olvidamos. Ni siquiera recordábamos el color de sus cabellos. Después de la desaparición de Magdalena ella no hizo ningún gesto para acercarse a nosotros. Nunca llamó por teléfono ni dio señales de vida. Esa tarde su criada le gritó a mi madre con grosería, la situación no era agradable, mi padre tenía razón: no había que ocuparse más del asunto. Nos fuimos a la cama llenos de pesar. Al día siguiente volvimos a la rutina de la escuela. No nos interesaban los estudios. Evitábamos hablar de la Guerra de los Treinta Años, de Carlos V, de la Reforma, de la Contrarreforma, de Lutero, al que antes odiábamos tanto: “¡Mira qué jeta de cerdo tiene!” decía Magdalena. La familia ignoraba que usábamos la palabra “jeta”. ¿Pero acaso había alguna más adecuada para Lutero? Eran más verdaderos los cuentos de hadas en los que aparecen dragones y desaparecen princesas. Fueron días tristes. Nos consoló saber que Andersen aprendió a leer a los dieciocho años, si perdíamos el año escolar todavía teníamos tiempo de recuperar los estudios.

En la universidad se hablaba mucho de Elvis Presley, pero nosotros ya no escuchábamos sus discos ni mi madre nos llevaba al cine los miércoles. A mis tías las veíamos como si estuvieran colocadas detrás de una cortina de vidrio. ¿Qué podíamos decirles?



Fue en uno de esos días cuando se presentó en la casa la madre de Enrique. Dijo llamarse doña Justa. Estábamos comiendo y Loreto la pasó al comedor. La vimos entrar enorme y enlutada, como una maquinaria implacable que se acerca lenta pero segura para dejar a su paso sólo calcomanías. Ocupó un lugar en la mesa y anunció que ya había comido.

—Perdone, señora, que me presente a esta hora tan inoportuna. Sólo

quiero saber si ha tenido usted noticias de ellos —dijo dando un gran suspiro.

—¿Yo?... yo no sé nada desde aquel domingo en que mi hija se fue con Enrique.

—¡Qué ingratos son los hijos! ¡Qué ingratos! A mí, señora, me tienen con el Jesús en la boca. No sé nada de ellos —afirmó secándose una lágrima con un pañuelo de encaje.

La escuchamos con incredulidad. Tal vez porque no decía la verdad. Su voz era melosa, pero había en ella algo que mentía, una especie de burla grosera. Parecía recitar una lección. La observamos con temor, vestía un traje negro muy ajustado.

—Soy viuda... —explicó con voz temblorosa.

¡Viuda! ¡Qué mala suerte! Debíamos darle trato de favor. ¡Qué lástima que no fuera una simple divorciada! Llevaba pendientes de diamantes, zapatos de tacón muy alto, que parecían incapaces de sostener su enorme corpachón. Un perfume espeso se desprendía de su persona, sus labios estaban cargados de carmín y sus párpados untados de carbón azul. Doña Justa era muy voluminosa. He pensado que quizás no era ni tan alta ni tan gorda, pero daba la impresión de llenar la casa. Se diría una planta carnívora devoradora de sus interlocutores y del aire que respiraban. Cerca de ella nos sentimos minúsculos y estúpidos. Nada de lo que nos ocurría valía la pena de ser mencionado. Con ella todo se reducía a su terrible viudez, que la había dejado en el más total desamparo. Era una mujer especial y nosotros le debíamos reverencia a causa de su desdicha.

—Está hecha con “sobras” —me dijo Rosa al oído.

Era verdad, Dios había cogido las sobras de su almacén donde fabricaba a los seres humanos para hacerla a ella. La extrañeza de doña Justa provenía de ese hecho. Doña Justa no era fea ni guapa, tenía ojos negros de hipnotizadora, dientes preciosos y manos pequeñísimas para su enorme estatura. Su cabellera negra y ensortijada la llevaba suelta y la movía como María Félix.

—¿Por qué no me avisó usted que pensaba ir a visitarme? —le preguntó a mi madre mirándola con fijeza.

—No conocía su dirección. Me costó mucho trabajo encontrar su casa.

Tuve el impulso de ver a mi hija y fui a buscarla...

—Señora, no me diga eso. Magdalena me dijo mil veces que había venido a visitarlos y que ustedes se negaban a conocerme. Además le avisó cuando se fue de México. ¡A mí me consta! —afirmó doña Justa con una tranquilidad pasmosa.

—¿Cómo que a usted le consta? ¡Nunca volví a ver a mi hija! Jamás supe su dirección —protestó mi madre enrojeciendo de ira.

—Bueno, vamos a dejar así las cosas —murmuró molesta doña Justa.

—Perdone que intervenga, señora, pero ignorábamos su dirección y la de Magdalena —intervino mi padre.

La violencia se instaló en la mesa. Doña Justa mentía con descaro. ¿Qué se proponía? Su mentira nos dejó mudos, mis padres guardaron un silencio grave. Ella se sintió victoriosa, encendió un cigarrillo egipcio y lo fumó con deleite. Tal vez fue un error ir a su casa provocando así que ella viniera a la nuestra. No podíamos decirle que no volviera nunca. ¿Qué pasaría con mi hermanita Magdalena? Doña Justa era la única pista que teníamos para seguir sus huellas.

La suegra de mi hermanita se dio cuenta de su poder y decidió ejercerlo. A partir de esa fecha se presentó todos los días a la misma hora. Ella no probaba bocado, se limitaba a observarnos comer y a fumar cigarrillos egipcios. Arrojava el humo entrecerrando los ojos y haciendo volutas azules con la lengua enrollada como una flauta. Nos quitaba el apetito. Hablaba en tono confidencial.

—Yo digo que Magdalena tuvo mucha suerte casándose con Quique. No es porque sea mi hijo, pero es muy trabajador y muy honrado. Algo muy difícil de encontrar en estos días. Además una mujer siempre necesita unos pantaloncitos a su lado. ¿No lo cree usted, señora?

—Yo hubiera preferido que Magdalena no se casara tan joven.

—¡No es tan joven! A su edad yo ya era madre —afirmó con dramatismo.

Por la noche mi padre comentó:

—Si esta mujer tuvo a su hijo a los dieciséis años, el Enrique ese debe de tener no menos de cuarenta y seis años. Ella ya pasó de los sesenta.

Si doña Justa llegaba unos minutos antes de que nos sentáramos a la

mesa corría a la cocina, inspeccionaba los guisos, los probaba, si la sorprendíamos levantando las tapaderas de las ollas ponía los ojos en blanco.

—¡Hum!, qué ricos chiles en nogada —y volvía al comedor con todo su atuendo ruidoso de viuda a ocupar su lugar en la mesa.

Su diaria presencia resultaba insoportable. Ella lo sabía y prolongaba la sobremesa hasta las seis de la tarde. Desesperados mirábamos el mantel lleno de bolas renegridas de migajón, manipuladas por los dedos enjorjados de doña Justa. Nunca dijo una palabra acerca del paradero de mi hermanita Magdalena.

—Señora, no me gusta esta intrusa. Marta se agita mucho cuando entra en la cocina. La mira fijo, con ojos malos y ella lo siente —se quejó Loreto.

—¿Y qué quieres que haga? No le puedo decir que ya no venga. Dile a Marta que voy a impedir que entre en la cocina —prometió mi madre.

Recibimos la consigna de no dejar sola a doña Justa para evitar sus carreras a la cocina. Su presencia diaria se convirtió en una tortura, no podíamos hablar de nada, tampoco podíamos comer, nos sentábamos a la mesa sólo para escucharla y ser observados por ella con malevolencia.

—En su última carta, Enrique me habla de sus asuntos, pero no la nombra a ella ni pregunta por mi salud.

Nunca le dijimos que Magdalena no nos había escrito jamás. Teníamos la certeza de que a doña Justa era lo único que le interesaba saber.

Es difícil explicar la violencia que despedía doña Justa. “Mañana le diré que nos deje comer tranquilos”, prometía mi madre. Pero al día siguiente volvía a callar en su presencia. Doña Justa era un personaje inesperado en nuestras vidas, un elemento paralizante, un cuerpo extraño, una presencia hostil, que provocaba pleitos en la mesa entre nosotros, los hermanos, y ella simulaba querer poner la paz, mientras mis padres permanecían mudos de ira. Muchas veces la sorprendimos lanzándonos miradas de odio, entonces la ira se apagaba en sus ojos y en sus labios aparecía una sonrisa forzada. Con ella descubrimos que el odio paraliza al ser odiado.

—Doña Justa, la invito al cine —le dijo alguna vez Rosa.

—¡Bah! No me gusta el cine. ¿Para qué voy a ir a perder mi tiempo?

No le gustaba el cine, el teatro, la música, el campo. No le gustaba nada, salvo venir a mi casa a impedirnos comer. Si pensaba que nos había ofendido con la grosería de sus respuestas, recurría a las lágrimas.

—He sufrido tanto, que ya no me queda gusto por nada —explicaba llorando. Mi padre aborrecía las escenas y trataba de tranquilizarla. Ella juntaba las manos en señal de súplica:

—¡Le juro, señor, que yo nunca le he hecho un daño a nadie!... ¡Y cómo me han pagado todos!....

—¡Cálmese, señora, se ha ganado usted el cielo!

—¿El cielo? ¡Bah!, el cielo y el infierno están aquí abajo. No creo en el otro mundo. Todo está aquí y depende del dinerito que se tenga.

“¡El dinerito!” La palabra en diminutivo resultó repugnante. Cuando la acompañamos a la puerta murmuró entre dientes:

—¡Hipócritas!

La histeria se posesionó de la casa. “Vieja maldita”, repetíamos Rosa y yo. No hacíamos las tareas y las calificaciones bajaban en la escuela. Mi madre encontró a Marta llorando en la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

—Ya no quiero estar aquí. Cada vez que salgo a la calle a hacer un mandado un hombre me amenaza con llevarme a la cárcel —explicó Marta.

—¿Un hombre? No es posible...

—Sí, señora. Hoy nos correteó cuando fuimos por la leche y casi nos alcanza —declaró Loreto avergonzada.

Las muchachas no mentían. Se habían criado en la casa de mis abuelos y conocían a mi madre desde niña. El miedo de Marta nos intranquilizó. Era nerviosa y cualquier susto la podía hacer volver al manicomio. La queríamos más que a Loreto, era ella la que nos contaba las apariciones de los muertos en la Sierra, cuando caía la nieve y ellos envueltos en sudarios bajaban a las calles de Chihuahua a pedir “una candelita para alumbrarse el camino”. Muchos de ellos le habían contado su triste historia, siempre distinta y siempre escalofriante. También nos contaba los secretos de la familia, si queríamos preguntarles algo a mis tías o a mi madre, sus ojos adquirían una expresión seria para advertirnos: “¡No

pregunten, pues nada les será contestado!”

Al enterarnos de que Marta lloraba en la cocina, dejamos de maldecir a doña Justa y corrimos a verla. Estaba hecha un ovillo, sollozando y ninguna palabra alivió su llanto. Marta presentía la desdicha. A mi padre le preocupó lo que les sucedía a las muchachas.

—¡Eso nos faltaba! ¿Quién puede ser ese hombre? En verdad no sé para qué vinimos a México. Todo ha sido un fracaso. Habrá que dar parte a la policía aunque pienso que será inútil.

Mi madre acompañó a Loreto y a Marta a la comisaría mugrosa para presentar una queja. La escucharon con aire aburrido. El comisario era un viejo malhumorado. Miró a las tres con ironía y se dirigió a mi madre:

—¿Qué pretende usted, señora? ¿Que les ponga una guardia a sus criadas como la que lleva el señor presidente? Me parece que ya están mayorcitas para cuidarse solas. Debe ser algún borracho y yo no puedo arrestar a todos los borrachos que pasen por delante de su casa.

No había nada que hacer y mi madre y las muchachas volvieron a la casa muy enfadadas.

—Aquí hay que dejarse insultar, matar y encima dar las gracias. No sé para qué les pagan a esos sinvergüenzas —dijo mi madre a la hora de la comida. Doña Justa llegó a tiempo para sorprender la conversación desde la puerta del comedor.

—¡Ay!, señora, ¿para qué fueron? Van a decir que usted es una enredadora. Ya se señaló usted, doña Caridad. Debe de haber sido un albañil borracho —opinó la suegra de Magdalena.

¿Un albañil que amenazaba a Marta con meterla a la cárcel? ¡No, un albañil no tenía poder para eso!

Unos días después, doña Justa anunció al oscurecer que se le habían terminado los cigarrillos y le pidió a Loreto que le fuera a comprar una cajetilla. La muchacha tardó mucho en volver a la casa. Empezábamos a inquietarnos cuando alguien llamó a la puerta para avisar que nuestra sirvienta estaba tirada en la calle. Salimos en tropel a buscarla. En efecto, Loreto con la cara bañada en sangre estaba recostada sobre el tronco de un árbol de la avenida Durango. Dimos de gritos y levantamos a Loreto para llevarla a la casa.

—Fue ese hombre... me agarró a golpes —explicó Loreto.

—¿Usted lo conoce? —le preguntó doña Justa muy afligida.

—De vista, es el mismo que nos amenaza... dijo que me golpeaba para quitarme lo chivata.

A partir de ese día, en el camino a la escuela nos volvíamos para ver si “el hombre” no iba siguiéndonos. Sin proponérselo, lo asociábamos a la desaparición de mi hermanita Magdalena.

—¿Te has fijado que doña Justa nunca nos ha invitado a su casa? —me preguntó Rosa en la clase de matemáticas.

—¡Claro que me he fijado! ¿Cómo vivirá? Además no sabemos quién es. A veces me digo que ni siquiera es la mamá de Enrique.

—Te propongo ir a espiar su casa. Debe de estar llena de misterios —me susurró Rosa.

Esa misma tarde en cuanto doña Justa salió de mi casa, nosotras nos fuimos a tomar un autobús que nos llevara a Coyoacán. Nos apeamos en la plaza de la Catedral y buscamos la dirección que nos dio Alvarito. Dimos varias vueltas a una plazoleta sembrada de árboles frondosos antes de atrevernos a tomar la calle de la casa de doña Justa. Pasamos frente al número indicado por mi hermano. La casa era muy grande, estaba defendida por unas rejas verdes muy altas, tras de las cuales se extendía un jardín atravesado por un camino hecho con losas blancas que conducía a las gradas de piedra que subían a una terraza. En ella había macetones con naranjos enanos y un tresillo de mimbre muy antiguo. Un muro encristalado separaba la casa de la terraza. Una gran puerta de cristales daba acceso al interior de la casa.

No vimos a nadie. El lugar parecía abandonado. ¿Quién regaría los naranjos enanos? La casa tenía un aire sombrío, los macizos de flores parecían coronas fúnebres, las sombras violetas de la tarde la envolvían en un aire amenazador. Sabíamos que Magdalena no se encontraba dentro y su ausencia nos produjo miedo. Recordamos a Loreto con el rostro bañado en sangre, deshecho a puñetazos, recargada sobre un árbol. Nos miramos asustadas. Aquella casa parecía deshabitada, a pesar de que los caminillos de alcatraces estaban rigurosamente cuidados. Del jardín venían perfumes mezclados: heliotropos, geranios, violetas, tierra

húmeda, que se confundían en el aire de la tarde con el vapor que se levantaba de las profundidades del jardín. Nos alejamos para volver a pasar desde la acera de enfrente. La calle era estrecha y las aceras angostas. No pasaban coches. De regreso a nuestra casa no mencionamos la excursión.

Unos días después volvimos a rondar la casa de doña Justa que parecía no haberse dado cuenta de nuestro espionaje. Al atardecer pasamos por la acera de enfrente y descubrimos a doña Justa sentada en un diván de mimbre, fumando. A su lado se hallaba un viejo cuya calvicie brillaba entre los naranjos enanos. Nos detuvimos unos instantes a observar a la pareja y nos alejamos de prisa a la plazoleta sembrada de fresnos. Una vez con mis padres, el recuerdo de mi hermanita Magdalena se volvió insoportable. Rosa puso su disco favorito: *Love Letters in the Sand* de Pat Boone.

Debíamos acostumbrarnos a la pérdida de mi hermanita. También en la cocina Marta y Loreto escucharon la música con pena. Unos días más tarde, las dos desaparecieron de la casa. Su ausencia repentina nos dejó anonadados. Alguien maligno nos acechaba. Mi padre fue a la policía a dar parte de su desaparición.

Los policías otra vez no pudieron hacer nada. Un silencio sepulcral cayó sobre la casa. Nadie tenía apetito y por las noches no dormíamos. Las camas se llenaron de arena hirviente y las almohadas de piedras.

—Tengo miedo. No podemos vivir sin Marta y sin Loreto... —nos decíamos en la noche.

La cocina permanecía callada, nadie deseaba frecuentarla. Al volver de la escuela y no encontrarlas sentíamos vértigo, era como enfrentarse al vacío.

—¿Y sus criadas, señor? —preguntó doña Justa.

—Están de vacaciones. Vuelven dentro de unos días.

Mi madre no quería comentar el hecho, como no comentaba la desaparición de Magdalena.

—Yo creía que se habían ido por miedo al hombre que las amenazaba —contestó doña Justa.

La señora sabía todo, adivinaba nuestros pensamientos, nos observaba

con sus ojos enormes después y no podíamos tragar bocado.

Dos semanas después recibimos carta de Marta y Loreto desde El Paso, Texas. Las dos habían huido “al otro lado” por miedo al hombre que las amenazaba y que las había emplazado a abandonar la capital en secreto. Estaban preocupadas y prometían dejar a sus sobrinos que eran dueños de una tienda de licores en cuanto “el aire se aclarara en la ciudad”.

—¡Nos abandonaron!... ¡Qué increíble! —exclamó mi madre.



La sensación de que la gente se apartaba de nosotros para dejarnos solos era angustiada. Sólo doña Justa llegaba con la puntualidad de un castigo inmerecido. A mis tías les pareció “rarísimo” lo que hicieron las muchachas, pero continuaron felices buscando “jóvenes formales” para casarlos con sus hijas y con nosotras. No entendían que nosotros habíamos cruzado una barrera que nos separaba de la gente dichosa, no entendían que sobre nosotros había caído una maldición. Tal vez porque no les dijimos nunca nada. Pasaron las posadas, las navidades y el Año Nuevo y nosotros seguíamos esperando a Magdalena, a Marta y a Loreto.

Doña Justa llegó acompañada de una desconocida alta y gorda que dijo necesitar mucho el trabajo.

—Señora, la casa es muy ingrata, mientras vuelven sus muchachas tome a esta mujer para que la ayude —insistió doña Justa.

La desconocida se llamaba Hermelinda. Permaneció de pie viéndonos comer. Su presencia inmóvil era insoportable. Evitábamos mirar su traje viejo de percal, sus zapatos rotos y sus manos usadas. Pero también era insoportable que aquella intrusa ocupara el lugar de Marta y Loreto.

—Hermelinda trabajó durante muchos años en la casa de Cuca, una amiga mía. Cuca se fue de México y esta pobre se quedó sin trabajo —insistió doña Justa.

Comimos y Hermelinda se precipitó a ir a la cocina a lavar los platos. A las seis de la tarde, cuando doña Justa se fue dejó instalada a Hermelinda. Nos sentíamos incómodos delante de aquella testigo a la que nada nos unía.

Hermelinda era servicial: se precipitaba a contestar el teléfono,

apuntaba los recados y corría a recibir al cartero. Pero no fue ella la que me entregó la carta sin firma que me hizo enmudecer de sorpresa. “Señorita, si quiere usted saber con quién está Magdalena, pase al oscurecer por la calle de Santo Domingo número 14. No diga a nadie lo que le confío. Una amiga.”

¿Quién me había escrito esa carta extraña? Le confié el secreto a Rosa.

—¡Esto es un anónimo! —exclamó alarmada.

Decidió ir a esa calle y guardar el secreto. Conocíamos mal la ciudad, casi nunca íbamos al centro. Un autobús nos dejó en el Zócalo y a pie buscamos la calle de Santo Domingo. Era una calle estrecha, llena de tiendas pequeñas, en cuyas vitrinas se acumulaban ropas baratas, joyas falsas y libros usados. Los números se escondían entre los anuncios. El ruido de los automóviles, los camiones y los transeúntes era atronador. Me detuve incrédula frente a una vitrina minúscula que exhibía un traje de hombre de color mostaza. No fue el traje ni su color lo que me obligó a detenerme, fue doña Justa acodada al mostrador de esa sastrería estrecha como un zaguán. Doña Justa fumaba del cigarrillo de un viejo de cabellos negros y espesos. Seguí de frente.

—¿Viste? —le pregunté a Rosa.

—No, no vi nada...

—El hombre que estaba en la terraza era calvo, pues está ahí dentro con un viejo de pelo negro.

—No es posible. Vamos a regresar.

Rehicimos el camino. Frente a la sastrería Rosa reculó asustada.

—¡Es doña Justa!... se están besando —me dijo casi en secreto.

Nos alejamos de prisa. La gente nos daba empujones porque queríamos avanzar sin detenernos.

—La carta dice que allí está Magdalena. Vamos a regresar —decidió Rosa.

Hicimos marcha atrás, husmeamos a través del escaparate y nos retiramos. ¿Qué podíamos hacer? La tienda vecina a la sastrería era una joyería muy estrecha en la que apenas cabía su propietario. Entramos. Fingimos interés en sus collares de cuentas de vidrio, en sus brazaletes cargados de animalitos, hechos en metal dorado. El viejo dueño nos

seguía con sus ojos saltones muy alertas.

—¿Van a comprar algo o sólo están molestando? —preguntó de mala gana.

—Volveremos, ahora no tenemos dinero —dijo Rosa con la mejor de sus sonrisas.



Nuestra operación no sirvió de nada. En un puesto de libros viejos vimos el título adecuado para nuestra situación: *Crimen y castigo* por F. Dostoievski. Rosa lo compró. Llegamos a la casa con la decisión de volver a la joyería. En la cama hojeamos el libro y empezamos la lectura.

—¡Apaguen esa luz! Son las tres de la mañana. ¿Qué hacen? —gritó mi madre desde su cuarto.

—Estamos estudiando. Doña Justa nos quita la tarde entera.

Crimen y castigo era alucinante. Nunca imaginamos un libro parecido. Era tan verdadero que no era novela.

—¡Vieja repugnante! —repetía Rosa que identificó a la heroína con doña Justa.

—Pobre Raskolnikov... ¿No crees, Rosa, que alguna vez nos puede suceder lo mismo? —le pregunté a mi hermana a las cinco de la mañana.

—Es muy probable...

Por primera vez el homicidio nos pareció normal. Suprimir a un ser malvado era legítimo y la verdadera víctima resultaba el asesino. Nuestra óptica sobre el pecado cambió y nos sentimos dispuestas a ejercer el derecho a matar para salvar a Magdalena. No fuimos a la escuela. Nos instalamos en el Parque España para continuar con la lectura de *Crimen y castigo*. El riesgo de que nos viera alguna de mis tías era muy grande, pero llevábamos de repuesto los libros de la escuela.

A la hora de la comida mirábamos a doña Justa con intención homicida. Ella sintió algo.

—¿Por qué me ven así?

—Es verdad. Parece que tienen fiebre, ¿no se sienten bien? —preguntó mi madre.

—Todo va muy bien. Son los primeros síntomas —afirmé enigmática,

recordando la fiebre de Raskolnikov.

—¿Qué dicen? —preguntó doña Justa.

Guardamos silencio. No queríamos que nos encontraran parecido con Raskolnikov.

—Están muy temblorosas y muy pálidas —insistió mi madre.

Al oscurecer nos encontramos nuevamente en la joyería. El viejo se alegró al vernos. Supimos que se llamaba don Isaac y que había llegado a México después de la guerra europea.

—¿Como los de la sastrería de aquí junto? —preguntó Rosa.

—No. La dueña doña Justa ya estaba aquí cuando yo llegué...

Rosa compró un brazalete cargado de animalitos.

—¡Justa!... Qué nombre tan chistoso —y se echó a reír.

—¿Por qué te ríes? Es un nombre como cualquier otro. Es una mujer que vale oro. Es viuda, su hijo único se casó con una mujer de malos instintos, que lo ha separado de su madre. Todo lo que gana Justa es para ella y su familia. ¿Comprendes? —explicó don Isaac.

Rosa se sonrojó, balbuceó algo, al ver su desconcierto intervine sin saber lo que iba a decir.

—¿Es viuda? Creíamos que su marido era ese señor que está fumando con ella.

—¡Ah! Eres curiosa. Quieres saber quién es su amigo Rosalitos —exclamó don Isaac mirándome con malicia.

—Nos gusta platicar con usted, don Isaac. ¡Platica usted tan sabroso! ¿Quién es Rosalitos?... —le pregunté, mientras pensaba, “viejo malvado, también tú eres matable. ¿Cómo te atreves a hablar así de Magdalena y de nosotros?”

—¿Rosalitos? Un hombre muy bueno. Trabaja en Gobernación y es amigo de todos nosotros. Justita está bien relacionada. Es una mujer que vale mucho. ¡Mucho! Ella defiende a todos los débiles, por ejemplo a su hermano Timo, al que el fisco le ponía icada mordida!... Y ya ven, el sinvergüenza quiso robarla y ahora se está hundiendo.

Don Isaac se aburría en su tienda. Lo visitamos varias tardes, pero no quiso contestar a nuestras preguntas.

—Son demasiado jóvenes para engañarme —y se echó a reír.

—¿Engañar?...

—Sí, sí, lo saben muy bien. ¡Engañar! —y volvió a reír.

Salimos de su tienda en apariencia muy amigos, pero con la intención de no regresar. Era un viejo zarco. Decía que lo engañábamos, se había denunciado, el que nos engañaba era él.

—¡Idiota! Hay que volver. Algo sabe —dijo Rosa abrazándose a *Crimen y castigo*.

Llevábamos el libro a todas partes por temor de que cayera en manos de Hermelinda. Lo habíamos forrado en papel cartoncillo azul cielo, y Rosa con sus mejores letras de molde le había puesto un título escrito con tinta china: “Historia de las civilizaciones comparadas” por W. J. Hohenstein. Así, nadie se interesaría en abrirlo.

Cuando recibí la carta de la desconocida diciéndome: “No vuelva a la tienda de Isaac, mejor vaya a ver la piquera de Timo. Una amiga”. Nos repetimos que el viejo era peligroso. “La amiga” me daba la dirección de Timo. Hicimos una escapada. La taberna se hallaba en una calle atrás de la iglesia de Santo Domingo. Pasamos varias veces para captar el ambiente del antro. El piso era de lodo apisonado, un mostrador seboso rezumaba alcohol barato. Acodados a él, grupos de borrachos en harapos llevaban cuerdas y correas atadas a la cintura; eran los cargadores del mercado. ¿Sería hermano de Justa aquel hombre de mandilón sucio y cabello rubio alborotado en rizos? No se le parecía. Timo era prognata y se agitaba frente a los cargadores hasta ponerse rojo de ira. ¿Y allí guardaban a mi hermanita? Los clientes guardaban silencio. Una mujer bajita, gorda, de piel muy oscura, labios gruesos y ojos redondos y saltones, llegaba a ayudarlo. Se vestía como todas las criadas y reñía a gritos con los clientes.

Una noche decidimos seguir a la mujer. Nos fuimos tras ella. La mujer caminaba despacio, tenía las piernas cortas y muy gruesas. Se detuvo a esperar un autobús. Nos colocamos en la fila y durante el trayecto procuramos no verla, pero notamos que ella nos miraba mucho con sus ojos redondos de córnea amarillenta. Nos dio miedo. Rosa disimuló asomándose por la ventanilla. Para tener más libertad le cedimos nuestro lugar a una pareja de ancianos. La mujer pareció olvidarnos. En la

avenida Insurgentes vimos que se aprestaba a bajar y nosotros nos preparamos también. Nos apeamos antes que ella, para no despertar sospechas. Nos encontramos en la esquina de Londres y de Insurgentes. No sabíamos hacia dónde iba a dirigir sus pasos. Rosa me ordenó: “¡Camina!”, y echamos a andar al azar. La mujer cruzó la avenida sin hacer caso a los autos que nos insultaban con el claxon. Un poco más allá de la esquina, la mujer se detuvo frente a una casa medio en ruinas, sacó una llave y abrió un portón desvencijado.

—¡Aquí vive! —gritamos triunfantes.

El problema era entrar para saber si allí estaba mi hermanita. Raskolnikov se había citado con la vieja y llevaba un arma. Ahora la mujer estaba sola, Timo cuidaba la piquera, miramos la casa con atención, era siniestra, con sus viejos ladrillos y sus ventanas cerradas y sucias.

—¿Nos abrirá la vieja?

—No estamos armadas...

Desde aquel domingo lluvioso nuestra vida no era feliz. Nos rondaba algo indefinible, todo lo que hacíamos resultaba mal, era como si una presencia invisible desbaratara nuestros planes y revolviere la casa durante nuestra ausencia. Los libros, los papeles, las sábanas, los cubiertos, todo desaparecía. “¿Qué sucede en esta casa?”, preguntaba mi madre exasperada.

—Cuando Magdalena estaba aquí no había pleitos ni desapariciones — se quejó.

—No la nombres. Terminará mal. Hubiera sido mejor verla salir muerta de esta casa.

La gravedad de las palabras de mi padre nos paralizó. Y nosotras que estábamos haciendo las investigaciones para encontrarla, ¿deberíamos continuar o quedarnos quietas? “¡Continuar!”, nos dijimos.

Nuestro trabajo se multiplicó: debíamos vigilar la sastrería, la casa de doña Justa, la taberna, la casa de la mujer que vivía en la calle de Londres y a don Isaac. Varios días vimos salir de la casa de Londres a la mujer acompañada de una joven igual a ella, sólo que en rubio. Eran como la fotografía y el negativo. La joven se vestía de terciopelo y el cabello rizado

lo llevaba peinado en multitud de tirabuzones. Nos preguntamos si sería su hija. La lista de los secuestradores de mi hermanita se alargaba. Raskolnikov había tenido más suerte que nosotras. Una nueva carta me llegó: “Cuidado, Olegaria y su hija saben que las siguen. Una amiga”.

—Olegaria debe ser la morena —dijo Rosa.

Decidimos quedarnos quietas y volver a la escuela. Después tendríamos tiempo para hacerle justicia a mi hermanita a la que ya casi dábamos por muerta. Procurábamos no mirar a doña Justa en la mesa.

—¡Qué raras están las muchachas! Las veo muy pálidas, muy nerviosas.

¿Nerviosas? Nerviosas nos pusimos la noche que volvimos del cine con mi madre y con Alvarito para encontrar la puerta de la casa abierta, las cortinas arrancadas y los clósets abiertos. Hermelinda salió medio dormida del fondo de la casa. No había escuchado nada y el espectáculo la dejó atontada. Nos quedamos perplejos. ¿Para qué ir a la policía? Decidimos no decirle lo ocurrido a doña Justa. Y también renovar nuestras investigaciones.

El domingo por la tarde nos encaminamos a Coyoacán. La avenida de los Insurgentes llena de automóviles con gentes felices nos produjo la sensación de estar “fuera de la fiesta”, como si un destino adverso, cuyo rostro era el de doña Justa, nos hubiera marcado para siempre. Nunca volveríamos a ser como los demás. ¿Por qué debíamos ir a Coyoacán a espiar a aquella mujer que se presentaba todos los días en mi casa y que jamás nos había invitado a la suya? No quisimos decirnos que temíamos que hubiera matado a mi hermanita.

Al bajar del autobús caminamos cabizbajas. Íbamos tristes, como si de pronto hubieran abolido el cielo. Llegamos a la casa de doña Justa cuando la tarde empezaba a cambiar de luz. El aire tenía ráfagas moradas y los fresnos de la plaza reflejaban las primeras sombras. Desde la acera de enfrente contemplamos el jardín y la terraza con los naranjos enanos. Una luz discreta venía del interior de la casa. Distinguimos en el sofá de mimbre a doña Justa y al hombre calvo, que fumaban y bebían, soltando risotadas. Él pellizcaba las piernas de Justa, que se convulsionaba de risa. La sorpresa nos dejó plantadas junto al arbolillo de la acera de enfrente.

—¡Miren a la vieja puta! —exclamó una voz femenina a nuestra espalda.

Nos volvimos para encontrarnos frente a una mujer alta, delgada, de rostro maquillado con la cabeza cubierta con una chalina negra. Temblaba de ira y sus ojos negros se clavaron en los nuestros.

—Ustedes son las hermanas de Magdalena. ¿Verdad?

Tomadas por sorpresa, hicimos un gesto afirmativo, ella nos miró, reflexionó y nos tomó por un brazo. Echamos a andar. Iba silenciosa. En la plazoleta nos colocó junto a un fresno para examinarnos. Observó nuestros trajes blancos de algodón, las zapatillas blancas sin tacón y pareció aprobar nuestras crinolinas. La gente pasaba junto a nosotros comiendo cacahuates. La desconocida no los veía, tenía algo desamparado, que evitaba que le tuviéramos miedo. Un aire pobre y desgraciado la envolvía. El barniz rojo de sus uñas estaba roto y su chalina se resbalaba una y otra vez sobre sus cabellos negros y lisos, que brillaban en el atardecer como pedazos de espejo roto.

—Soy la esposa legítima de Luis María...

Un silencio acogió sus palabras, no sabíamos quién era Luis María.

—Luis María es el que está chacoteando con la vieja puta.

Entendimos que su marido era el viejo calvo. ¿Qué podíamos decirle? La miramos con asombro. Queríamos saber por qué nos había dicho que éramos las hermanas de Magdalena. La vimos enjugarse dos lágrimas pequeñas. Era triste ver llorar a alguien que parecía no tener lugar en el mundo.

—La vieja quiere casarse con él...

—¡Pero si las viejas no se casan!... —interrumpió Rosa.

—¿Ves? ¡Hasta tú, niña, que eres la inocencia, sabes que las viejas no se casan y menos con los maridos de las otras! Y yo, ¿qué voy a hacer? —se detuvo para arreglarse la chalina que continuaba resbalando sobre sus cabellos.

—Yo le di los papeles mexicanos cuando me casé con él. ¡Tanto que trabajé para ayudarlo! Y ahora, ¿qué? Me quiere tirar a la basura por el dinero de esa puta... ¡Qué taruga fui! En ese tiempo lo debía yo haber denunciado con Gobernación y lo hubieran echado de México. Ahora no sé qué voy a hacer...

No dijimos nada. Las dos veíamos las tapas azules de *Historia*

comparada de las civilizaciones. Podíamos prestárselo para que viera que hay casos en que las viejas merecen la muerte. Pero Rosa apretó el volumen contra su pecho y vi que no iba a dárselo.

—Me llamo Raquel. Ustedes son Rosa y Estefanía, ¿no es así? Ustedes nunca han oído hablar de mí, en cambio yo sé todo lo de su hermanita. Ya no anden siguiendo a Olegaria, les va a hacer un mal.

—¿Quién es Olegaria?

—¿Ole? Es la mujer de Timo. Los dos fabrican alcohol malo y lo venden en su piquera. ¡Caray, con un poquitito de justicia que hubiera los dos estarían en la cárcel! Si lo sabré yo.

Raquel nos llevó a una banca vacía, nos compró cacahuates y platicó con nosotras largo rato. Ella sabía que se habían llevado a Magdalena, pero ignoraba adónde.

—En qué nidada cayó su hermanita. No podía ser peor. El Enrique se está haciendo muy rico, es socio de su madre.

—¿Y usted cómo sabe tanto?

—No se crean que sé tanto. Pesca algo de lo que traman cuando Luis María habla con la vieja por teléfono. Yo escucho escondida. ¿Comprenden?

—Yo quisiera saber dónde está Magdalena —le dije.

—Lo voy a investigar. Yo sé cómo hacerlo, Luis María es un cobarde. Vengan a visitarme.

Nos apuntó su dirección en el papel que contenía los cacahuates. De su chalina se desprendía un perfume barato. Parecía muy pobre, en cambio Luis María andaba lujosamente vestido. Raquel comió los cacahuates mirando al suelo. “Estoy fregada”, repitió varias veces. “En Sinaloa bien que lloró para que me casara con él. ¡Tanto que lo ayudaron mis hermanos!...”, dijo con voz ronca. En verdad era un desecho humano, escondida entre las sombras de los árboles mientras que su marido pellizcaba las piernas de doña Justa.

—Nos tenemos que ir. No podemos llegar tarde. Mañana iremos a verla.

—Mañana no. Denme unos días.

Nos acompañó al autobús y se lamentó de la mala suerte de mi

hermanita.

—Más le valiera haberse muerto —suspiró.

Era siniestro que mi padre y Raquel pensaran lo mismo de mi hermanita Magdalena.

No pudimos dormir: el recuerdo de doña Justa en la terraza, el de Raquel, el de Luis María riendo a carcajadas y el de Timo y Ole fabricando alcohol malo, nos convencieron de que Magdalena estaba en un peligro inminente. ¿Cómo conjurarlo? A mis padres no les habíamos confiado nada sobre nuestras investigaciones, el secreto nos pesaba, pero tenía que ser así, los dos hubieran puesto el grito en el cielo y nos hubieran impedido continuar con nuestra tarea.

Delante de doña Justa apenas levantábamos la vista. Nos parecía que “la vieja” conocía nuestro secreto, pues nos miraba con fijeza. Pensamos que don Isaac nos había traicionado. Ahora, después de haber hablado con Raquel, teníamos la certeza de que estaba al corriente de nuestros pasos.

—Tal vez nos está preparando una trampa.

Debíamos actuar con precaución. Raquel vivía en una calle vieja de la colonia Roma. El número de su casa correspondía al de una tienda de comestibles muy pobre, con las alacenas casi vacías, el piso sucio, el mostrador grasiento, detrás del cual se hallaba Luis María en mangas de camisa, el chaleco desabrochado y los dedos cubiertos de anillos. Su presencia inesperada nos alarmó, la ventaja era que el hombre no nos conocía.

—¿La señora Raquel no está? —preguntamos.

—¿Qué quieren? Para ustedes no está. ¡A mí no me van a hacer pendejo, ustedes son las hermanas de Magdalena! —gritó.

No contestamos a su ataque intempestivo. En ese momento la cortina de cretona desteñida que separaba la tienda de la trastienda se levantó y apareció Raquel con los cabellos en desorden. Su marido se volvió a ella como si fuera a golpearla, levantó el brazo y gritó:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí, cabrona! —al mismo tiempo que le daba de empujones para llevarla hacia la cortina de cretona.

—¡Señor!... señor, no se ponga usted así! —exclamó Rosa, indignada.

Raquel se puso en jarras.

—¡Padrote! ¡Desgraciado! No me tratabas así delante de mis hermanos. ¿No quieres que les diga que nunca más volverán a ver a Magdalena?...

Un bofetón brutal de Luis María le cerró la boca. El hombre furioso se volvió hacia nosotras:

—¡Fuera de aquí! Y cuidado con decirle nada a Justita. ¡Cuidado! ¿Entendido? Yo tampoco le diré nada.

—¡Canalla! ¡Lo que vas a decirle es que la mate de una vez! —contestó Raquel con una voz terrible.

La magnitud de sus palabras nos dejó en un paraje solitario, donde soplaba el viento homicida de Caín. En un segundo vi a doña Justa con sus ojos aterradores mirando el charco de sangre en el que había caído mi hermanita. Un silencio desconocido reinaba en ese lugar.

—No diremos nada. ¡Se lo juro por Cristo! —escuché decir a Rosa.

Abandonamos la tienda de comestibles. Caminamos por las calles viejas de la colonia Roma. De los automóviles nos miraban con curiosidad. Nadie podía entender nuestra desdicha. El mundo había cambiado, habíamos alcanzado sus confines: la tienda de Luis María, la taberna de Timo, la sastrería de doña Justa y la joyería de don Isaac terminaban en la palabra “crimen”. Rosa llevaba bajo el brazo *Crimen y castigo*. Pero ¿quién iba a castigar a aquellos asesinos?

Una impresión de irrealidad nos hacía ver los muros de las casas separados para mostrar al mundo sus miserias invisibles, sus víctimas y sus verdugos. El sol caía blanco como una espada sobre aquellos muros llenos de pecados.

—¡Ah!, si yo los pudiera matar... —dije a voces.

La calle no se inmutó, continuó destartalada, con el sol blanco partiendo sus paredes.

—¿Qué les sucede? Parecen dos viejas cansadas —dijo mi madre.

Doña Justa nos observó complacida y juzgó conveniente tomar el papel de víctima.

—Qué calladas están... si estorbo me voy —dijo ofendida.

Su actitud vigilante nos obligó a quedarnos quietas y a volver al colegio. Abandonamos el cerco tendido a su casa, a su sastrería, a Timo y a Luis

María. Temíamos que el hombre le hubiera contado nuestra presencia en su tienda de comestibles. Raquel se convirtió en una obsesión: “¿Nos estará esperando?” “¿Habrá descubierto algo?” La diaria presencia de doña Justa era un castigo inmerecido, pero no podíamos quejarnos. En la casa estaba prohibido. “Sólo los culpables se quejan. Quieren justificar sus faltas con la letanía de sus miserias”, nos repetían. “Los cristianos no se quejan, soportan sus pesares en silencio.” En la mesa debíamos callar. ¿Desde cuándo no reíamos? Por la ventana del comedor entraba la noche y su frescura. Tuve la impresión de que mi casa se caía a pedazos: los tres hermanos teníamos notas muy bajas, yo debía repetir un semestre...

—No es que yo quiera meterme, pero las muchachas deberían buscarse un trabajito —opinó doña Justa ante nuestro fracaso en los estudios.

—¡Es mejor buscarse un amante! Así nos dará una chamba de taquígrafas —afirmó Rosa.

—¿Qué dices? —protestó mi madre escandalizada.

—Digo que antes los hombres les regalaban a sus queridas alhajas, casas, dinero y que ahora les buscan un trabajo —repitió Rosa.

—Tiene razón Rosa. ¿Por qué debemos ser taquígrafas? Es como si todos los hombres estuvieran condenados a ser carteros, aunque fueran cojos —dije enfadada.

—Un amante se puede tener cuando se tiene dinero para comprarlo! —añadió Rosa mirando con fijeza a doña Justa.

—No es que yo quiera opinar, pero siempre pensé que las educaban mal, con tantas pretensiones de idiomas y... de bueno, de todo lo que enseñan en la universidad —contestó doña Justa fingiendo no entender la alusión directa de Rosa.

Era costumbre que los lunes llegara doña Justa con bandejas de cartón de La Flor de México en las que figuraban pasteles con la crema marchita. Parecían sobras. “Es lo que le queda de sus encerronas de sábado y domingo con Luis María”, dijo Hermelinda, que seguramente estaba informada por su antigua patrona doña Cuca.

—Perdone, señora, sus pasteles están agrios —dijo Rosa rechazando el pastel.

—Como tú digas. Yo quise hacerles un regalito...

Era apenas lunes y debíamos soportarla hasta el viernes. Los sábados y domingos nos dejaba libres, pero no podíamos ir a nadar o a jugar con mis primas ya que debíamos estudiar las lecciones de la semana.

—¡Malhaya! —jurábamos cuando mis tías se iban disgustadas porque mi madre no nos permitía ir a jugar a sus casas.

Mi tía Remedios, cuya vida estaba cubierta de misterio, según nos había confiado Marta, era la única que lograba convencerla.

—¡Caridad! No sé cómo puedes enfadarte con estas niñas tan poéticas. Me las llevo a mi casa, el día está precioso. ¡Mira qué sol! No es justo que las pobrecitas se queden encerradas en un sábado tan glorioso.

Pero mi madre contestaba: “Sábado glorioso, te lavo, te plancho y te coso...” Mis primas Lucero y Aurelia nos tomaban de la mano y adoptaban una actitud suplicante.

—¡Llévatelas! Pero no van a pasar de año.

La casa de mi tía Remedios era entresolada, blanca y misteriosa. Un patio embaldosado en mármol blanco con una fuente en el centro e hileras de macetones con plantas que subían hasta la terraza de balaustrada de mármol la convertían en un lugar cerrado y sólo abierto al cielo. La terraza cubierta por una marquesina corría a lo largo de la casa. Todas las habitaciones daban a esa terraza. También allí había macetones con flores, alineados como las bailarinas de un ballet clásico. Mi tía Remedios adoraba el teatro.

—¡Qué pena que Magdalena se haya casado! Ella es como yo...

Mi hermanita era su predilecta. Magdalena la visitaba con frecuencia y nos contaba que mi tía le había confiado que en sueños Bécquer le recitaba poemas. A nosotras no nos hacía confidencias. Guardaba un silencio triste. Se diría que se alejaba volando para perderse en un paraíso invisible. A veces era en el salón, donde mi prima Aurelia tocaba el piano y Lucero vestida con su tutú blanco giraba entre los muebles moviendo sus hermosos rizos negros. Seguíamos sus piruetas en los espejos: eran muchas Luceros girando en el salón perfumado. Sí, la casa de mi tía Remedios guardaba un misterio exquisito. Misterio que desconocíamos. Sólo sentíamos que al cruzar el dintel de su casa entrábamos al misterio del blanco silencio. Con mi tía Remedios todo era perfecto. ¡Todo!, menos

su marido. Su llegada provocaba un revuelo cortés, mis primas salían a recibirlo, le besaban la mano y en actitud graciosa esperaban su saludo. Mi tío Bernardo hablaba poco, su reserva nos intimidaba. Sentado a la cabecera de la mesa nos miraba con curiosidad.

—¿Alguna noticia de Magdalena? —el nombre de mi hermanita lo hacía sonreír. Al cabo de unos minutos agregaba: “¡Qué pillá! No nos ha enviado ni una palabra”.

No podíamos confesar que a nosotros tampoco nos había escrito nunca. ¿Y cómo decir que doña Justa nos visitaba todos los días? Nos daba vergüenza. Había algo extraño en sus visitas. Bajábamos los ojos para ocultar el rubor que nos producía mi hermanita y su suegra. Y si mi tía supiera que espiábamos a Justa, a Olegaria, a Timo, a Raquel y a don Isaac ¿continuaría pensando que éramos unas “niñas poéticas”? Al recordar nuestro espionaje se nos iba el apetito. Los métodos los habíamos sacado del cine y de Sherlock Holmes, cuyos libros nos había regalado mi tío Bernardo. Mi tía no sospechó jamás nuestras actividades clandestinas. Dentro del orden de su casa perfecta nuestra conducta resultaba no sólo baja sino criminal.

—Tío, ¿ha oído hablar de un escritor llamado Dostoievski? —preguntó la indiscreta de Rosa.

“¡Que me trague la tierra, ésta ya se echó de cabeza!”, me dije hundiendo la mirada en el puré servido en el plato.

—¿Fedor Dostoievski? Espero que no lo hayan leído.

—¿Leído?... no, nunca —mintió Rosa.

—¿Nunca? Me parece que algo han leído... bueno, qué se va a hacer con las chicas modernas —dijo resignado mi tío Bernardo.

No pude comer. Miré con ira a Rosa. “¿No podrá controlarse?”, me pregunté furiosa.

A la hora de la siesta mi tía nos leyó poemas de San Juan de la Cruz y su voz nos produjo la urgencia de morir para alcanzar la Gloria. Al salir de su casa llevábamos la firme convicción de profesar en un convento. Pero ¿en cuál? “¡En México están perseguidos! Los gobiernos que sufrimos son satánicos. ¿Sabes que los presidentes son masones?”, nos preguntaba mi tía en voz baja.

Ir a misa con mi tía Remedios y con sus hijas era un privilegio. El olor del incienso, el hermoso latín, los monaguillos, el órgano, las campanillas a la hora de la elevación de la misa, nos transportaban a un espacio santo. En esos días el luterano francmasón Juan XXIII ya era papa, pero para fortuna de mi tía y de nosotros todavía no revelaba sus intenciones ni su verdadera identidad. Sólo era gordo, orejón y parecido al diablo. ¡Qué diferencia con Su Santidad Pío XII! Mi padre tenía razón: “No recuerdo que haya habido un papa con tanta panza”, exclamaba disgustado. A pesar de la obesidad del pontífice todavía podíamos confesar, pues no existían los curas de huipil y blue jeans. Me habían dicho que la Iglesia estaba en manos de Lutero. Otros creían que Juan XXIII era el anticristo. ¿Quién iba a decirnos que ese gordo iba a destruir la Iglesia? Yo digo que debería llamarse Lutero II. La desaparición de mi hermanita Magdalena fue un anuncio de lo que pasaría en el mundo. ¡El apocalipsis!, al que todos esperamos con impaciencia.

La conducta de mi hermanita nos afectó tanto porque en aquellos días se acostumbraba obedecer a los padres. Las jovencitas éramos vírgenes, íbamos peinadas y nos cambiábamos de ropa interior todos los días. Bailábamos el rock and roll y usábamos ballerinas. Se consideraba una desdicha padecer acné y era preferible ser alto a ser enano. Los hijos comíamos a la misma hora y respetábamos a los ancianos. Ignorábamos la mariguana, si la gente veía a un soldado con la mirada turbia, se alejaba diciendo: “¡Cuidado!, ese guacho anda mariguano”. Desconocíamos el LSD y no sabíamos que la paz era la panacea de los drogados. Los muchachos se afeitaban. ¿Qué hubiera dicho mi tía Antonia si se le presenta un barbón de pelo largo? Los únicos desfiles eran los del ejército el 16 de septiembre, el de los revolucionarios el 20 de noviembre y el de los obreros el 1 de mayo. En la universidad estudiábamos. En fin, era una vida primitiva y casera. Sólo volviendo a aquellos tiempos prehistóricos podemos entender el impacto que produjo en nosotros la conducta “progre” de mi hermanita Magdalena. Ahora es lo contrario, las familias se enorgullecen de sus desaparecidos. ¡Cómo cambia todo! En aquellos días nuestro secreto era indecible, anormal y nos pesaba como una losa. Una mancha negra había caído sobre mi casa.

Confesar el secreto significaba el fracaso de la educación que nos habían dado mis padres. ¡Qué injusticia! ¿Qué culpa tenían ellos del desconocido Enrique y del capricho de Magdalena? Era mejor callar y que mi tía Remedios continuara pensando que mi hermanita era “una niña encantadora”. Estudiábamos a Raskolnikov. Él llevaba pelos largos y vivía hundido en la miseria y la mugre de una pensión sórdida. Su crimen se justificaba más que la voluntaria desaparición de Magdalena, que ahora nos llevaría al crimen, aunque nos ducháramos todos los días.

—Encantadora. ¿Te das cuenta? ¡Qué sofocón pasé cuando mí tío habló de ella en la mesa! Tengo la impresión de que mi tío lo sabe todo —me dijo Rosa de vuelta de la casa de mi tía Remedios.

—¡Mal rayo me parta! Si mi tío lo sabe ino podemos volver! Creerá que vamos a contagiar a sus hijas.

—Pues a mí me transmitió el pensamiento y sabe hasta lo de Justa, Luis María, Timo, Olegaria y Raquel. ¡Todo! Acuérdate de que es juez.

—¡Carajo! —y hundí la cabeza en las almohadas.



Unos timbrazos despertaron a toda la casa. Era doña Justa. ¡Qué sobresalto! Estuvimos seguros de que venía a anunciar la muerte de mi hermanita. Nosotras teníamos la culpa por blasfemas. Bajamos en tromba.

—¿Qué sucede, doña Justa?

—Tengo que hablar con tu papá. ¡Quédese, señora! Y ustedes también —ordenó con gesto trágico.

Mi padre acudió de prisa: “¿Qué ha sucedido?” Doña Justa sacó su pañuelito de seda y se limpió algunas lágrimas. Mis padres perdieron el color. Nunca olvidaré la ola de perfume que la envolvía ni su traje tan entallado. Tampoco olvidaré la actitud hierática que adoptó esa noche. Cuando el impacto de su presencia inesperada hizo suficiente efecto y todos estábamos graves, callados y listos al llanto, exclamó:

—¡Señor! ¡Estoy muy sola! Nadie puede imaginar lo que yo he sufrido. Todos, todos han sido ingratos conmigo. Desde niña tuve mala suerte. ¡Ay, Dios mío! ¡Tú eres testigo de mis sufrimientos! Ya ve usted, ahora

que estoy cansada, mi hijo, mi único hijo, sangre de mi sangre y carne de mi carne me abandona...

Pronunció la fórmula: “Carne de mi carne y sangre de mi sangre” como un conjuro, que nos estremeció a todos, salvo a mi madre. A doña Justa no le pasó inadvertido su gesto y se apresuró a besar la cruz que hizo con los dedos:

—¡Por éstas, señora! ¡Por éstas, que no sé nada de Magdalena! —los sollozos no la dejaron continuar.

—¡Cálmese, señora! ¡Cálmese! —suplicó mi padre.

—No cuento con nadie... mi hermano me ha traicionado. ¡Estoy sola!...

Rosa y yo cruzamos una mirada: “¿Y Luis María?”... “¿Y Rosalitos?”, nos preguntamos. Además a doña Justa le gustaba sufrir, siempre estaba sufriendo. Hablaba de sus sufrimientos como mis tías de nuestros futuros matrimonios. Mis padres ignoraban la existencia de Timo y nos preguntamos adónde quería llegar doña Justa. Hubo un silencio.

—Soy una pobre viuda... una mujer sola no vale nada. ¡Nada! Usted, señora, no lo sabe, pero una casa sin pantalones, es una casa en descampado. Está usted expuesta a cualquier bandido... —dijo llorando.

—No sé qué decirle, señora. Si se siente usted tan sola y en peligro puede venir aquí. La habitación de Magdalena está vacía —tuvo que decir la tonta de mi madre siempre débil a las lágrimas ajenas.

—¡No! Gracias, señora, ya conoce usted el refrán: el muerto y el arrimado a los tres días apestan. Sin embargo aceptaré venir unos días, si usted, señor, está de acuerdo. Necesito que me aconseje y que me ayude...

—¡Naturalmente! Diga en qué puedo servirla.

—Señor, quisiera casarme. No sé qué opinarán ustedes. Hay un hombre muy bueno, sí, muy bueno, de los que ya no hay. Es honrado, trabajador... —doña Justa hizo una pausa para calcular el efecto de sus palabras.

“¡Hay otro más y no lo hemos visto! ¡Qué increíble!”, nos dijimos Rosa y yo. Doña Justa agregó:

—Es viudo como yo. Vive muy solo y muy triste y me propone casarse conmigo.

“¡Carajo!, tiene tres novios, Rosalitos, Luis María y este pobre viudo... ¿no será don Isaac? ¡Claro! Es él. Nunca nos lo dijo, pero insinuó que

quería ampliar su negocio uniéndolo a la sastrería”, nos dijimos Rosa y yo y sonreímos con satisfacción. No en balde habíamos concertado el cerco de doña Justa con gran orden.

—No quiero dirigirme a mi hermano, es muy anticuado. Me juzgaría muy mal, porque soy viuda. Además tiene hijos y quiere mis favores para ellos. Por eso le pido ayuda a usted. Hoy no quise contestar a la proposición de matrimonio. Le dije: “Mira, Luis María, lo consultaré con el señor...”

“¡Con Luis María!... ¡Pero si es casado!”, íbamos a decir Rosa y yo. Confusas, escuchamos a mi padre: “Si usted lo quiere y él la quiere no veo inconveniente”. ¿Ningún inconveniente? Mi padre se había vuelto un inmoral.

—La gente es mala. Si mis familiares saben que quiero casarme con Luis María lo impedirán. Y si me caso sin nadie de la familia dirán que me junté con él. Esta molestia se la pido por mi hijo. No quiero que tenga nada que reprocharme. Por eso le pido que sea mi padrino de boda y que Luis María le pida mi mano.

Asombradas escuchamos a mi padre aceptar el papelón: ser el padrino del bígamo Luis María. “¡Válgame Dios!, ¿cómo puede ser tan inconsciente?”

Esa misma semana doña Justa se mudó a nuestra casa. Se instaló en la habitación de Magdalena. Comía con nosotros y por las tardes salía a dar una vuelta con su novio.

—Oye tú, ¿quedé bien? —le preguntaba a Rosa antes de salir.

Luis María la esperaba en la esquina. Asombradas la seguíamos por la casa, fascinadas por sus gestos, sus palabras, sus maquillajes y sus ropas. Ya no la espiábamos. La atendíamos como a una privilegiada. La casa se redujo, no dejaba lugar más que para ella, nosotros nos quedábamos en las esquinas de los cuartos, sin espacio para movernos. Doña Justa se comportaba como la propietaria, daba órdenes en la cocina, regañaba a Hermelinda: “¡India pendeja!” La criada aceptaba sus enojos. Exigía platillos que desconocíamos y era imprescindible el diario caldo de gallina, que al comerlo la hacía sudar copiosamente. Sólo ante mi padre adoptaba un aire sumiso e indefenso: “Lo que usted diga, señor” o “como

usted prefiera, yo soy una ignorante”. Por las noches le enseñaba a Rosa a maquillarse: “Mujer compuesta quita al marido de la otra puerta”, le decía dibujándose los ojos hasta hacérselos enormes. La atormentaban los celos. Temía que su novio la engañara.

—¿Con quién? —le preguntamos para saber si conocía la existencia de Raquel.

—¡Con cualquier sinvergüenza!

Convenció a Rosa de ir a espiar el hotel donde se alojaba Luis María. Por la noche las dos con la cabeza cubierta por un rebozo salían por la puertecilla de atrás y volvían hasta muy tarde. Yo esperaba para abrirles la puerta. ¿Doña Justa ignoraba que Rosa y yo sabíamos que su novio estaba casado? Esas expediciones nocturnas empavorecían a Rosa. Pero ¿cómo negarse a su voluntad imperiosa? Sometidas a su mirada de hipnotizadora aceptábamos sus órdenes sin chistar.

—Mañana a las cinco de la tarde viene Luis María a pedir mi mano — anunció durante la cena.

“¿Y si Luis María nos reconoce? ¿Y si nos denuncia con mis padres? Debe recordar nuestra visita a su tienda vacía”, pensamos Rosa y yo asustadas. En la mesa todos parecían tranquilos. Una vez en la cama no pudimos dormir.

—¿Y si llega Raquel?

—¡Qué bárbara! Qué cosas se te ocurren, nos mata mi papá —contestó Rosa.

—¡Qué día tan largo! A cada instante creíamos que llegaba Raquel. Por la tarde esperamos en la habitación de Magdalena la terminación de la conferencia entre mi padre y Luis María.

—¡Ay, Dios mío!, qué tanto hablan éstos... —se quejó doña Justa.

Cuando al final nos dijeron que podíamos bajar, mi padre anunció:

—Doña Justa se casa.

De reojo vimos a Luis María vestido de gris perla, con una corbata de mariposa y varios anillos de diamantes en los dedos. Nos tendió la mano con naturalidad.

—¿Cómo se llaman? —preguntó solícito.

—Rosa y Estefanía —dijo mi madre.

—Los felicito, ¡qué niñas tan bonitas tienen!

El secreto de Raquel nos pesaba como una piedra al cuello. Miramos con pena a mi padre que mantenía una conversación con el novio, ¡aquel bígamo! ¡No! La vida no era como nos la habían contado. La vida era la nota roja de los periódicos que nos prohibían leer. “¡Qué desastre! ¡Con tal de que no corra sangre!” Miramos a doña Justa vestida de encaje negro, la vimos caer al suelo con el pecho atravesado por varias balas y señalando con mano acusadora a Raquel que sostenía un revólver humeante. Pero sólo la vimos en la imaginación, pues Raquel no llegó nunca y todo hubiera salido bien si a la mañana siguiente no se le hubiera ocurrido a Olegaria llamar por teléfono para insultar a mi madre.

—¿No le da vergüenza hacerla de alcahueta? ¿Cuánto le pagan, sinvergüenza? —gritó Olegaria en el teléfono.

Indignada, mi madre colgó el aparato.

—Doña Justa escuchó por la extensión de la cocina y salió corriendo al vestíbulo con los ojos desorbitados.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Ya sabía que iban a perseguirme. ¡Infames! ¡Infames! —gritó con voz potente y enronquecida.

Nos miró, giró en redondo y cayó al suelo. Se arrancó los cabellos y pataleó. Lanzó imprecaciones y dio alaridos terribles.

—¡Estúpidas! No se queden viendo, traigan una jarra de agua fría —ordenó furiosa mi madre.

No nos movimos, la escena nos tenía hipnotizadas. Apareció Hermelinda, enorme, poderosa, se tiró al suelo y sujetó con fuerza a doña Justa. Se colocó a horcajadas sobre ella y le dio de bofetadas. Nos ordenó que buscáramos entre las cosas de tocador de doña Justa un frasco con cápsulas amarillas. Rosa subió la escalera y volvió con el frasco en la mano. Hermelinda le abrió la boca y la hizo tragarse varias píldoras. Mi madre huyó a su cuarto y nosotras la seguimos. Era insoportable el rostro amoratado de doña Justa y sus ojos abiertos con una mirada ¡terrible!

—¡Qué horror! Sólo falta que llegue ahora alguna de mis hermanas —dijo mi madre—. Esa pobre mujer está poseída... —agregó.

Era verdad, doña Justa estaba poseída. Un ser extraño había entrado en la casa y la había vuelto hostil y temible. Cuando cesaron los aullidos

de doña Justa pareció que habíamos caído en el pozo sin fondo del infierno. Se diría que un huracán furioso había deshecho las camas y cuarteado las paredes.

—¡Hay que ver con quién cayó Magdalena! —dijo mi padre al mediodía.

—¡Majadera! No me hables de ella. Ahora todos debemos pagar su desobediencia. Estos pobres hijos ¿qué culpa tienen de su estupidez? —gritó mi madre súbitamente furiosa.

Doña Justa dormía en su habitación cubierta por varias mantas que le había echado encima Hermelinda.

Mi padre decidió apresurar la boda. “¿Pueden decirme quién es doña Justa? No sabemos nada de ella. Ni siquiera si realmente es la madre de Enrique. Nunca nos ha invitado a su casa. Tiene que casarse inmediatamente para alejarla de aquí” dijo preocupado.

—¡Qué fatalidad! No cabe duda que los débiles merecen todos los castigos. ¿Por qué no hemos sido más enérgicos con esta mujer? —se preguntó mi madre. Por la mañana doña Justa apareció sonriente. Ya había olvidado el escándalo de la víspera.

—¡Vamos a desayunar, muchachas! —nos dijo cuando entró a nuestro cuarto.

Nadie hizo la menor alusión a lo sucedido, temíamos desencadenar otra escena parecida. La protagonista parecía no recordarlo. ¿Sería posible su olvido?

—Eso es lo de menos. Así nos evita hacer comentarios enojosos —dijo mi madre que no creía en su falta de memoria.

Mi padre llamó a Luis María para fijar la fecha de la boda.

—¡Yo no me caso por la Iglesia! No creo en los curas —anunció el novio.

—Respeto su decisión —aceptó mi padre.

El día de la boda engalanamos la casa con flores blancas. Pusimos en la mesa la mejor cristalería y esperamos vestidos de gala a que doña Justa terminara de adornarse. Bajó de luto riguroso, con una mantilla negra en la cabeza.

—¡No olviden que soy viuda!

Comeríamos en familia, ella pidió que todo fuera “sencillo” y se empeñó en ir al juzgado. “Teme que venga aquí Raquel”, nos dijimos.

Sin la ceremonia religiosa el matrimonio se redujo a presentarse en el juzgado. A las doce del día mi padre “entregó” a la novia y la ceremonia quedó terminada. Doña Justa sostenía emocionada el ramillete de azahares que Rosa le regaló por la mañana.

—¡Boda horrible! —le dije a mi hermana al salir a la calle.

—Son dos vejetes...

En la mesa nos sentamos lejos del novio. “¿En dónde estará Raquel? ¿Por qué no se presentó a impedir la boda?” “Yo soy la esposa legítima”, nos había repetido varias veces. Luis María con los dedos cargados de anillos de brillantes nos lanzaba miradas cómplices que nos inmovilizaban en la silla. ¡Éramos culpables! “Esto es lo que se llama una situación irregular”, me repetí durante la comida.

A las cinco de la tarde los novios se fueron de viaje de bodas. Doña Justa con gesto teatral le lanzó a Rosa el ramo de azahares como augurio de buena fortuna. Subieron a un taxi y desaparecieron.

—¡Al fin solos! —exclamó mi padre con alivio.

Habíamos cumplido con nuestra misión de casar a una viuda con un casado. Subimos a la habitación de Magdalena para borrar las huellas dejadas por doña Justa. Una vez limpia, colocamos sus fotografías tomadas en Acapulco, en la casa, con Paco y con Roberto en Chihuahua.

—¡Retrátate ahora que eres joven y bonita! Yo no lo hice y ahora nadie cree que fui guapa —le había aconsejado mi tía Remedios.

—Pensé que ayudándola a casarse le ablandaríamos el corazón y nos diría algo sobre Magdalena —dijo mi madre contemplando una foto de mi hermanita con los cabellos revueltos y sonriente.

—Yo nunca conté con ella para nada bueno. Sólo pensé que el matrimonio la alejaría de la casa —le contestó mi padre.

La ausencia de doña Justa le devolvió la ligereza a nuestra casa. El aire circulaba radiante y todos tuvimos ganas de reír. Nos propusimos asistir a las clases con regularidad y recuperar el tiempo perdido en las interminables sobremesas. El jardín empezó a reverdecer. Alvarito formó sus soldados en la sala y tuvimos la ilusión de que la vida volvía a ser como antes de la desaparición de Magdalena.

Mis padres se equivocaron. Antes de cuatro días doña Justa se presentó

a la hora de la comida y ocupó su lugar en la mesa.

—Creíamos que se habían ido a Veracruz...

—¡No! ¿Para qué vamos a gastar dinero? Uno está mejor en su casa. Luis María y yo comemos a las doce y media, mientras él echa su siesta yo aprovecho para venir a visitarlos.

¿Por qué debía venir todos los días a mi casa? Era como si algún maleficio la atrajera fatalmente a aquella silla que ocupaba durante cinco horas diarias. ¿O tal vez ejercíamos sobre ella una fascinación involuntaria? Su terquedad era anormal. Nos colocaba contra el muro; o la aceptábamos o sucedía algo... algo que desconocíamos. Su mirada brillante nos obligaba a continuar sentados en la odiosa mesa cubierta de migajones retorcidos por ella.

A las seis de la tarde un flamante coche verde se detuvo frente a las rejas de la casa. Luis María iba al volante, llamó ruidosamente con el claxon.

—¡Ya llegó por mí!

Se pasó la barrita de carmín por los labios y salió de prisa. Luis María nos hizo un saludo con su mano enjoyada y el automóvil se alejó con el escape abierto. Nos miramos exhaustos, doña Justa continuaba gozando de la facultad de quemar el oxígeno para privar a los otros del aire necesario para respirar.

La rutina continuó implacable: llegaba a la una y media de la tarde, a las seis el auto verde venía a buscarla, Luis María hacía signos iluminando la tarde con el brillo de sus diamantes y ambos desaparecían.

—¡Tiene pacto con el demonio!

—Es una bruja de alta potencia.

Tenía poderes para inmovilizarnos y para hacernos cometer actos infames. ¿Acaso no habíamos organizado su boda a sabiendas de que el novio era casado? Habíamos engañado a nuestros padres. Olvidábamos la horrible suerte de Magdalena. Debíamos romper el pacto tácito con la mujer enlutada. De sus trajes negros emanaban olores desconocidos. Las brujas olían a azufre. Doña Justa no despedía ese olor, sino uno especial, que nos quedaba untado a las narices aunque nos bañáramos. La aceptación de sus actos infames nos sumió en el terror: las aceras se

cubrieron de agujeros, las flores en signos maléficos, las noches en oleadas de sombras, en ráfagas ardientes, en multitud de rosas muertas girando en una corriente de aire. El tic-tac del reloj en pasos enemigos, nunca escuchábamos música, sólo las palabras obtusas de Justa. ¿Cómo combatirla? No lo sabíamos. Justa era un enorme pájaro negro instalado en nuestra mesa y en nuestras mentes para espiarnos de día y de noche.

—¡Raquel! ¡Raquel es el remedio! —me dijo Rosa.

Ella podía ir al juzgado y decir: “Soy la esposa legítima” y el poder de Justa se vería reducido a inada! “¡Claro, la bigamia tiene cárcel! ¿Adónde iríamos a parar si las leyes no protegieran a la institución del matrimonio?”, me contestó el maestro Amezcua cuando le pregunté si la bigamia era castigada.

—¿Oíste? El matrimonio es una institución —le dije a Rosa.

—¡La cárcel! Qué manera más limpia de deshacernos de la pájara negra. Sin derramamiento de sangre, sin crimen. Hay que buscar a Raquel.

Encontramos cerrada la tienda de comestibles. Preguntamos por Raquel en la casa de al lado. La mujer que abrió la puerta nos miró con desconfianza. Sólo aceptó darnos su nueva dirección cuando le dijimos que éramos las hermanas de Magdalena.

Raquel vivía en una vecindad sucia de la colonia Doctores. Nunca habíamos ido a ese barrio, sus calles rotas ofrecían un espectáculo de miseria imprevista. ¿Cómo era posible vivir en aquellas casas roídas por la mugre? Bandas de chiquillos jugaban con huesos de chabacano y se acercaron a pedirnos una limosna. La vecindad era un edificio viejo, su entrada daba a un patio de cemento largo, estrecho y oloroso a orines. Sobre él se abrían a ambos lados muchas puertas despintadas. Una nube de niños nos cayó encima: “Un centavito, señorita”, nos pidieron colgándose de nuestras crinolinas.

—¿Saben dónde vive doña Raquel?

—Sí, señorita, en el 14-M, a la derecha casi al fondo.

Las puertas de las accesorias estaban abiertas y en sus dinteles había mujeres gordas, con los cabellos rizados a la permanente, que nos vieron pasar con curiosidad mal disimulada. Todas vestían trajes de percal

floreado y desteñado iguales a los que vendían los aboneros que circulaban en los mercados y que iban de puerta en puerta. Nos detuvimos frente a la puerta abierta del 14-M y llamamos con los nudillos.

—¡Entren! Ella no puede salir —nos gritó una vecina.

Entramos a una habitación oscura y estrecha, con el suelo de duelas pintadas de anilina amarilla. En un sillón de tule estaba sentada una mujer muy flaca en la que no reconocimos a Raquel. La mujer nos miró con sus enormes ojos afiebrados y su rostro enjuto se animó con una sonrisa.

—¡Ah!, son ustedes. Cuánto tiempo sin verlas. ¡Miren lo que me hizo ese canalla!... Me dejó baldada...

—¿Baldada?... ¿No puede caminar? ¡Qué horror!... ¿Cómo lo hizo? —gritó Rosa reculando.

—A fuerza de palizas. En una de ellas me rompió la espina dorsal.

—¡Hay que ir a la policía! Es un criminal.

—¡La policía!, ¡la policía! ¿Cuál policía? La vieja puta le pagó a un médico. ¿Saben lo que le dijo a la policía? Que yo estaba borracha y que me caí de la escalera. ¿Cuál escalera? Ustedes saben que la casa era de un piso, además nunca he bebido. El que se empuja tragos todo el día es él. Ahora andan los dos paseando en un coche nuevo. Me han dicho que es de color verde y que la puta anda muy alhajada. A él también le compró sus anillos de diamantes. Dicen que vive con ella, pero yo soy su esposa legítima...

Rosa y yo enrojecimos de vergüenza, nos sentimos manchadas, hipócritas. ¿Qué diría Raquel si supiera que la “boda” entre su marido y Justa se había arreglado en nuestra casa? Nuestra deslealtad era inmunda. No nos atrevimos a mirarla a la cara cuando las dos dijimos a coro:

—¡Qué pecado!

—Eso digo yo, ¡qué pecado! —repitió Raquel.

Rosa reaccionó con energía, debíamos reparar nuestra falta.

—Si quiere, Raquel, le buscamos un abogado para que los meta a la cárcel.

—¿Un abogado? Eso no sirve por aquí. De paso todavía me manda matar la vieja. ¿No ven que el abogado me vendería por unos centavos? Ya saben que el que tiene más saliva traga más pinole. Sólo mis hermanos pueden vengarme. Ellos pueden hacerle un daño. Sería cosa de que les mandara yo decir lo que me han hecho...

—¡Escríbalos! —la urgió Rosa.

—Eso pienso hacer, porque sé que los dos están esperando mi muerte...

Al decir esto, rodaron por sus mejillas unas lágrimas viejas y amargas. Rosa y yo bajamos la vista. ¡Lo que habíamos hecho era irreparable! Ese mismo día habíamos visto a Justa subir al auto verde y también habíamos visto los dedos enjoyados de Luis María. Éramos cómplices del crimen que había clavado a Raquel en aquel sillón de tule. “Si pudiéramos pedirle consejo a alguien... tal vez a mi tía Remedios...” ¿Para qué habíamos espiado a Justa, a Timo, a Olegaria y a don Isaac? “Para convertirnos en sus cómplices”, nos contestamos asustadas ante la magnitud de nuestra culpa. “Iré a la iglesia a confesar”, me dije a sabiendas de que no tenía valor de hacerlo. “No, lo haremos después de haber matado a doña Justa.” La vi tendida en tierra, de su cuerpo enorme manaba sangre y sus ojos abiertos y terribles como los puso el día en que le dio el ataque, me miraban fijamente. “Y ahora ¿qué hago con el cuerpo?... ésa es la lata de matar, queda el cuerpo y ya no se levanta nunca.” Escuché la voz de Rosa como si viniera de muy lejos.

—Doña Raquel, díganos en qué podemos ayudarla...

—¿Cómo me van a ayudar si ellos tienen a su hermanita en prendas? —contestó secándose las lágrimas con un paliacate.

—¡Carajo!... no sé... habrá algún modo —contestamos las dos.

Raquel era leal, pensaba en Magdalena y en nosotras, en cambio nosotras éramos dos centuriones romanos frente a una mártir cristiana desgarrada por una fiera.

—Váyanse con cuidado. Son muy jovencitas, no saben en la nidada que han caído. Yo quise prevenirlas, hasta les mandé cartas sin firma...

—Sí, recibimos sus anónimos, pero ya ve, no sirvieron de nada.

—Nada sirve contra los malvados. ¡Nada! Ahora tengo miedo de que alguna de aquí le dé el chivatazo a Luis María de que ustedes estuvieron a

verme... Él me deja algunos centavos con una vecina, para que vaya comiendo, sabe que nadie me ve. Si le dan el chivatazo me mata...

Miramos hacia la puerta abierta y recordamos a las mujeres apostadas en las accesorias. Rosa se puso muy pálida. Inspeccioné con la mirada el cuarto maloliente. Un hornillo de petróleo colocado sobre una mesa medio quemada hacía las veces de cocina. Al fondo, una puerta cubierta con la misma cortina de cretona desteñida ocultaba una azotehuela estrecha, de piso de cemento, en el que se encontraba un excusado sin tapadera y un lavadero. Escuché decir a Raquel:

—Es un malagradecido. Yo le ayudé en todo. ¿Qué culpa tengo de que después le haya caído la Secreta? ¡Y todavía di la cara por él! Mis hermanos salieron garantes suyos y nos vinimos a México...

—¿Por qué no lo matan sus hermanos? Es lo único que se puede hacer con un tipo así —dije convencida.

—Sería bueno, pero la vieja tiene muchos amigos en Gobernación y mucho dinero...

—Doña Raquel, a mí todo esto me da mucho miedo —murmuró Rosa.

—También yo tengo miedo. Por las noches se me figura que rompen la aldaba, entran y me estrangulan. ¿Y qué puedo hacer amarrada a esta silla? Ni siquiera gritar. ¿Quién pide auxilio cuando lo agarran por el pescuezo? Luis María ya ha matado. Su primer crimen lo cometió en Santa Anita cuando todavía era muy joven...

La revelación del crimen nos dejó aturdiditas. Recordamos las manos resacas de Luis María y los anillos que llevaba en los dedos nudosos. “¡Es un homicida!”, nos dijimos y creímos descubrirlo en la puerta de la accesoria envuelto en un vaho de sangre.

—¿Doña Justa lo sabe?

Raquel se sobresaltó al oír aquel “doña Justa”. Fijó sus ojos en los nuestros.

—¡Claro que lo sabe! En ese tiempo andaban enredados. Se dejaron de ver cuando él huyó al Norte. ¿Cómo quieren que no les tenga miedo?

“¡Dios mío, si mi padre supiera esto!”, pensé asustada ante la magnitud del hecho y recordé sus palabras: “Hay cosas que es mejor ignorar”. Los secretos de la familia eran banales: a mi tía Antonia la engañaba su

marido y tenía hijos con sus queridas, mi tía Remedios había estado enamorada de un japonés, por eso su marido los odiaba, pero ¡un homicida! era algo que sólo sucedía en los periódicos. Ya de noche abandonamos a Raquel. Cruzamos las calles sin hablar. “Los homicidas se casan, se pasean en coche” y la justicia no existía. “¿No saben que la vieja es prestamista?”, nos preguntó Raquel poco antes de despedirnos de ella. “Prestamista... prestamista”, nos repetimos en el camino. El caso era peor que el de *Crimen y castigo*. Nos temblaron las piernas y sudamos frío.

—Es como la vieja a la que mató Raskolnikov —me dijo Rosa antes de entrar en la casa.

La novela de Dostoievski cobraba cuerpo. El escritor ruso no había inventado al personaje, existían viejas sórdidas. La verdadera vida la contaba él, no mis padres ni mis tías. Ni siquiera mi abuelo. ¿Qué dirían todos si de pronto dijéramos: doña Justa es prestamista y está casada con un homicida que le rompió la columna vertebral a su esposa legítima? Dirían: “Estas chicas leen demasiadas novelas. Hay que quitarles esos libros malsanos”.

Era mejor callar. Nosotras sabíamos más de la vida que mi familia y los maestros. “Estefanía, usted tiene cosas muy importantes en qué pensar. ¿No es así?”, me preguntó el maestro de historia al día siguiente. “Así es, maestro”, le contesté. “¡Pues salga usted de mi clase!” En un pasillo me encontré con Rosa, a ella también la habían echado de su clase. Nos fuimos a la biblioteca a consultar el diccionario. Buscamos la definición de algunas palabras empleadas por Raquel, entre otras la de “puta”.

Sucedió algo inesperado: doña Justa llegó a la casa acompañada de su sobrina María Ema, la hija de Timo y de Olegaria. Antes la había acusado de haberle robado unas alhajas y una mantilla para ir de reina a una corrida de toros. María Ema era tan bajita que apenas nos llegaba al hombro. Llevaba tirabuzones y se vestía de terciopelo color vino. Se maquillaba como su tía y era callada. Nos vio comer sin pronunciar una sola palabra. ¿Por qué eran tan amigas? La suegra de mi hermanita tenía la costumbre de interrogarnos y de no confiarnos nada. Si alguna vez le preguntamos algo, nos miró con desdén y cambió el tema. La presencia de María Ema en nuestra mesa me impedía pensar. De pronto escuché

decir a doña Justa:

—Las ratas hicieron un agujero en la barda del jardín. Lo descubrí el sábado. ¡Creen que se van a pasear entre mis plantas y a robarme la comida! Rompí unas botellas y las metí en el hoyo con carne envenenada. ¡Tragoras! Las encontré hechas pedazos. Mire, señora, ¡yo odio que se metan en mi casa! ¡Eso hay que hacer con las metiches!

Al decir esto, nos miró a Rosa y a mí con ojos iracundos. Sentimos que alguien le había hablado de nuestra visita a Raquel. “Raquel está en peligro”, me dije.

—Se debía castigar el asesinato —exclamó Rosa.

—¿Qué dices? —preguntó doña Justa.

—De los asesinos —le contestó mi hermana.

María Ema recostó la cabeza en el hombro de su tía, la respuesta de Rosa la hizo sonreír, nos miró como si fuéramos unas extravagantes, no pudimos decir nada porque teníamos tanto que decir que la mesa hubiera saltado en trozos.

A partir de ese día llegaban las dos juntas a vernos comer. La sobrina nos mostraba las fotografías iluminadas que le tomaba Luis María. Nos las pasaba con deleite, una a una y esperaba nuestra admiración. En las fotos aparecía en el suelo casi desnuda, echada sobre una piel de tigre, o acostada sobre una mesa larga con una pierna levantada y los tirabuzones colgando en el aire. Nunca habíamos visto fotos tan raras. Había algunas en las que aparecía vestida de hawaiana con una falda de hula-hula.

—¿En dónde te tomaron estas fotos?

—En la sala de mi tía.

La sala de su tía era un cuarto muy moderno, con un ventanal enmarcado en hierro. El cuarto y la ventana desentonaban con la casa de doña Justa tan antigua. María Ema mentía.

—¿Por qué nos dijo que las fotos se las tomaron en la casa de su tía?

—¡Quién sabe! Ese cuarto no corresponde a la casa de Justa.

—No. Aquí hay otro misterio.

Al oscurecer nos encontramos frente a la casa de doña Justa. La vimos apagada y vacía. El jardín estaba seco, habían arrancado los arbustos y los alcatraces. De la terraza habían desaparecido los muebles de mimbre y

los macetones con los naranjos enanos. En la reja un cartón anunciaba: “Se alquila”.

—¡Te lo dije! Hay otro misterio, ¿en dónde vive Justa? Ya le perdimos la pista y después de tanto trabajo...

—¡Ya sé!, vive con Timo.

La casa vieja de la calle de Londres estaba cerrada. Un cartel anunciaba: “Se alquila”. La taberna de Timo había cambiado de dueño. Un hombre moreno, de bigote, atendía a los borrachos. Decidimos recurrir a don Isaac.

—¡Ah!, curiosas, se han tardado mucho en venir a visitarme —exclamó al vernos entrar en su joyería.

Tratamos de llevar la conversación a doña Justa, pero el viejo zorro se hizo el sordo. Hablaba de cosas sin importancia. Oscurecía y perdí la paciencia.

—La casa de doña Justa es muy antigua, ¿verdad?

—Eres una curiosa. Mira, Justita es muy inteligente. No creas que la puedes engañar. Ya ves, Timo tuvo que ceder y ahora se va a asociar con Luis María en el negocio de los licores. Le conviene, abrirá una taberna en Acapulco. Allí hay muchos turistas, María Ema podría conquistarse a alguno. ¡Eso es lo que tú debes hacer! Pero te gusta meter las narices en donde nadie te llama. ¿Sabes lo que has logrado? ¿No lo sabes?, pues que ¡arruinen a tu padre! Te lo digo para que te vayas calmando.

Don Isaac sabía todo desde un principio. ¡Nos había engañado! Nos había puesto trampas. El viejo nos miró con solicitud.

—Cuenten conmigo para encontrar trabajo, tengo muchos amigos en el comercio.

Volvimos a la casa derrotadas. No teníamos ni ganas de cenar ni ganas de dormir.

—Papá, te van a arruinar. Nos lo dijo don Isaac —le confió Rosa.

—¿Quién es don Isaac y de qué hablas?

Confesamos nuestras correrías y nuestros descubrimientos: la joyería, la sastrería, la taberna de Timo, la casa de Timo, ¡todo!, salvo la existencia de Raquel. Mi padre era capaz de matarnos si se enteraba de que habíamos permitido que fuera perjuro en un juzgado.

—No entiendo nada —dijo mi padre preocupado.

Si don Isaac sabía que mi padre iba a arruinarse, es que alguien tramaba una intriga y ese alguien debía ser doña Justa. “¿O no es así?”, preguntó mi padre.

—¡Mañana volveremos a ver a don Isaac! —gritó Rosa.

—¡No grites! —le ordenó mi padre mirando en dirección de la cocina, en donde se hallaba Hermelinda.

—¿Cómo pudimos aceptar a esa mujer? Hay que echarla a la calle y durante mucho tiempo no tener criada —opinó mi padre.

Me levanté de puntillas y abrí la puerta de resortes para encontrarme con Hermelinda que estaba escuchando lo que se decía en el comedor.

Nos quedamos quietos. Un temor nuevo barrió el comedor y congeló la comida en los platos. ¿Quién era doña Justa y por qué quería destruirnos? Recordamos los días que pasó en la casa. Permanecía quieta, fumando y observándonos. Se diría que caía en letargos extraños, sus ojos estaban al acecho de algo que la perseguía y la obligaba a permanecer en estado de alerta, lista a saltar sobre su enemigo invisible.

—¿No será Luis María el que quiere arruinarte?

—Ese hombre no tiene nada que ver. ¡Está encantado paseando en coche nuevo! Es ella. La tengo bien estudiada. ¡Es el mal! Ningún gesto, ninguna palabra, ningún acto suyo es gratuito o inocente. Todos están provocados por una decisión perversa. Ignoro de dónde salió, ni por qué viene aquí todos los días a sabiendas de que su presencia no es grata. Sólo alguien muy perverso puede ser tan descarado. ¿Saben cómo vive? Alguno de ustedes ha entrado a su casa? ¡Es mala! Y no sabemos qué quiere de nosotros.

Rosa y yo vimos a mi padre desarmado frente a la voluntad destructora de doña Justa. Tuvimos el impulso de protegerlo, pero ¿cómo? Doña Justa parecía inmune a las balas y al cuchillo. ¿Por qué había escogido a mi padre como blanco de su odio?

—Hay que alejarse de ella, una persona que provoca el odio es indeseable y peligrosa —agregó mi padre.

Por la mañana mi madre se armó de valor para echar a Hermelinda de la casa. La mujer se resistió con violencia y antes de irse nos amenazó:

—¡Muertos de hambre! Ya verán lo que les pasa —y se fue dando un portazo.

Nos sentimos libres, habíamos dado el primer paso para deshacernos de doña Justa.

—¿Y Hermelinda? —preguntó María Ema a la hora de comer.

—¡La eché! —contestó mi madre con dureza.

—Hizo usted muy bien. ¡India mugrosa! —afirmó doña Justa.

Por debajo de la mesa la tía y la sobrina se daban pataditas, mientras que sus rostros maquillados permanecían indiferentes. ¿Por quién nos toman estas dos mujeres?, me pregunté furiosa: “Más tarde, cuando se vayan habrá que ventilar la casa, como todos los días”, agregué. ¿Íbamos a seguir así hasta el final de los tiempos?

—¡Re Dios! —juramos Rosa y yo.



Fue entonces cuando se les ocurrió a mis tías la boda de mi prima Hortensita. Llegaron en grupo a anunciar el acontecimiento. Venían muy contentas, formaron un coro en la sala, mi tía Hortensia sacó su cesta de labores y se puso a bordar. Explicaron que ella y mi tía Leticia que fue modelo de sombreros en Chicago “porque tenía muy buenos ángulos” irían al Paso, Texas, a comprar el ajuar de la novia y los trajes de las damas de honor, que seríamos las seis primas grandes. La boda se haría en la Sagrada Familia, para que cupieran los invitados y la familia que vendría completa desde Chihuahua. Íbamos a estar todos reunidos; había llegado el momento de deshacerse de las hijas. “¡Qué inconscientes!”, pensé. Hortensita escuchaba los preparativos sin alterarse. Aceptaba el hecho como si no fuera ella la que fuera a casarse. Conocíamos a Gustavo, su novio que no era un “empleaducho”, como había pronosticado mi tía Antonia. Era ingeniero y muy rico. ¡Pobre Hortensita!, su madre y mis tías querían endulzarle la píldora.

—No te cases. Es terrible —le dijo Rosa.

—Pero si no me caso, ¿qué hago? —le preguntó Hortensita.

—Oye, Caridad, tus hijas dicen muchas tonterías. ¿Por qué no ha de casarse mi hija? —preguntó mi tía Hortensia suspendiendo su bordado.

—No hagas caso. Echan de menos a Magdalena.

—Todas las muchachas tienen la ilusión de casarse, estas chicas son muy pueriles —opinó mi tía Antonia.

No dijimos lo que pensábamos ni lo que sabíamos, pues hubiéramos tenido que divulgar el secreto de mi hermanita Magdalena. No éramos pueriles, ya quisieran mis tías tener nuestra experiencia. Si pudieran sospechar hasta dónde nos habían llevado nuestras investigaciones sabrían que éramos más sabias que ellas ocupadas sólo en organizar matrimonios y fiestas.

—¡Prepárense a pescar algún muchacho guapo en la boda de Hortensita! —nos recomendó mi tía Leticia al despedirse.

Las pobres tías sólo pensaban en el matrimonio.

Sí, la fatalidad nos había caído encima, esta vez llegó en la forma de un citatorio para mi madre de Conciliación y Arbitraje. Así supimos de la existencia de ese organismo encargado de proteger los derechos de los trabajadores. Lo malo era que funcionaba de acuerdo con los intereses personales de sus dirigentes, que eran miembros del gobierno. Si el patrón demandado carecía de conexiones políticas o de una fuerte suma de dinero para dar la “mordida”, se le imponían multas enormes e incluso, en nuestro caso, se le podía embargar la casa. Hermelinda estaba asesorada por un gran “coyote”.

—¿Podrás afirmar que ella abandonó el trabajo? —preguntó mi padre cuando mi madre salió temprano acompañada de Alvarito rumbo a Conciliación y Arbitraje.

—¡Claro que podré! No voy a permitir que la Justa esa te quite la casa. Rosa y yo no fuimos al colegio. Volvimos a faltar. Casi era mejor darse de baja. “¿Saben que están batiendo el récord de ausencias?”, nos preguntó un maestro. “¿Saben que les faltan pocas para quedar excluidas este año de la universidad?” “¡Claro que lo sabemos, maestros!... pero” y no pudimos decir más. Era asfixiante callar. Me pregunto quién podría estudiar en ese remolino sin fondo que se tragaba la casa poco a poco. Todo se deshacía, se desaparecía, salvo la presencia continua y omnipotente de doña Justa.

Preparamos la comida para que todo estuviera listo a la llegada de mi

madre y de Alvarito. Mientras ordenábamos la casa planeamos el crimen perfecto. Recordamos las películas de crímenes que habíamos visto. “¿La tina llena de ácido?”, dije pensando en la conveniencia de hacer desaparecer el cuerpo que tanto me preocupaba y que era lo único que me separaba del asesinato de doña Justa. “¡No! Es una mole. ¿Quién la mete en la tina?” “Es verdad, dicen que los muertos pesan más que los vivos. ¡Imagina lo que pesará esta gigante!”, contesté. “¡Romperle los frenos de su coche!”, dijo Rosa.

—Es una buena solución. Pero el viejo está siempre al volante, además necesitamos una carretera con precipicios y ellos nunca salen de México.

Nos quedaba lo más limpio, lo más americano: la pistola. Teníamos que cazar a Justa y a Luis María una noche, cuando entraran a su casa, tirar el arma y echar a correr. Para ello necesitábamos dos cosas: una pistola y la nueva dirección de doña Justa.

La repentina llegada de Paco y de Roberto nos sorprendió en el momento decisivo de nuestra deliberación. Llegaron ruidosos, metidos en sus suéteres americanos. Venían de Chihuahua para asistir a la boda de Hortensita:

—¿Qué pasa? ¿No nos abrazan? —preguntaron riendo.

Recorrieron el vestíbulo, la sala, el comedor, gritando: “¡Tía!, itía!”

—Salió —dijimos sin atrevernos a decir que había ido a Conciliación y Arbitraje, que sonaba tan mal como ir al boxeo.

Los muchachos se dejaron caer en dos sillones y nos contemplaron sorprendidos.

—¡Andan tristonas! Les falta Magdalena. ¿Quién iba a decirnos que se casaría sin avisarnos? —exclamó Roberto.

—Cambió de idea, iba para estrella de cine —agregó Paco.

—¡Caray!, cómo se enfadaba si el héroe de la película le daba una bofetada a la heroína. ¡Pobre de su marido!, debe de ser un campeón de boxeo —y al decir esto Roberto se echó a reír coreado por Paco.

Sus caras morenas y despreocupadas y sus dientes blancos nos contagiaron la risa.

—El marido de Hortensia va más asegurado. ¡Qué famosa Magdalena! No me permitía decir: “Beethoven es un gigante” porque ella prefería a

Mozart. Pues ahora lo repito: ¡Beethoven es un gigante! —gritó Roberto sacudido por la risa.

—¿Y cuando se enfadó porque dijiste que la mejor novela del mundo era *Lo que el viento se llevó*?

—¡Ah!, pero qué tal cuando la llevamos a ver la película en El Paso, decidió ser Scarlet... ¡caramba, lástima que se casó tan jovencilla!

—¿Y cómo es su marido? Me lo imagino como un Tyrone Power.

—¿Qué te pasa? Dirás un Elvis Presley.

—¡Pónganle un poco de Frankenstein! —dijo Rosa.

Los primos se rieron a carcajadas.

—De acuerdo. ¿Y si lo mezclamos con Drácula?

—¡Mejor! —exclamé entusiasmada.

—¡Caramba! Pues es elegantón el tipo, va bien con la güera. ¿Y mi tía cómo la lleva con el satánico marido? —preguntó Roberto sin dejar de reír.

—Así, así...

No podíamos decirles la verdad, que apenas conocíamos al tipo, que mi madre nunca lo había visto y que ignorábamos el paradero de mi hermanita Magdalena.

Mis primos encendieron cigarrillos.

—¿Ya tienen permiso de fumar?

—¡No!, no lo digas, pero aquí en confianza...

Al irse prometieron venir a buscarnos para ir al cine, a la función de las siete de la noche, así ya se habría ido doña Justa. Ésta llegó, apenas se habían marchado los muchachos.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está tu mamá?

—Salió... —le dije conduciéndola al comedor, en donde Rosa se apresuraba a poner la mesa.

“Tuvimos suerte, los muchachos se fueron antes de que llegara Justa. Hubiera sido una vergüenza”, nos dijimos. Justa no entraba en el cuadro familiar, sus ojos tan maquillados hacían mal efecto. La llegada de mi padre interrumpió el interrogatorio al que se preparaba someternos doña Justa.

—¿No van a comer? Yo gracias a Dios llevo una vida muy tranquila —

dijo.

Vimos entrar a mi madre acompañada de Alvarito y de Hermelinda. Nos quedamos sin habla. Doña Justa escondió una sonrisa de triunfo. En adelante Hermelinda iba a espiar nuestros pasos y a vigilar nuestras palabras con toda inmunidad. Mi madre le había suplicado que volviera a su trabajo para salvar la casa de un remate de Conciliación y Arbitraje. Hermelinda se quedaría todo el tiempo que deseara y nosotros debíamos callar.

Sólo fui testigo de la primera etapa del mando de la criada, ya que a la mitad de las fiestas organizadas para la boda de Hortensita, llegó un telegrama que me apresuré a arrebatarse de las manos de Hermelinda.

“Papá, ruégote mandes inmediatamente París una hermana Stop Hotel Royal Stop tengo miedo Stop no avises a nadie viaje Stop besitos Magdalena”.

Su telegrama cayó como una bomba. Hubiéramos querido gritar y reír a voces, pero la presencia de Hermelinda nos impuso prudencia y silencio.

—Irás tú, Estefanía —decidió mi padre.

La víspera de la boda por la Iglesia de Hortensita abandoné mi casa, nunca pensé que fuera para siempre, y salí rumbo a París a socorrer a mi hermanita Magdalena. En una libreta mis padres apuntaron sus consejos morales y prácticos. Uno muy importante era escribir a lista de correos para impedir que la carta cayera en manos de Hermelinda.

No cerré los ojos durante el viaje. Me dolía no asistir a la boda de Hortensita. Mi traje de dama de honor azul cielo iba en la maleta. ¿Por qué se le ocurrió a Magdalena enviar ese telegrama en el momento de la boda de Hortensita? Me obligó a abandonar la ceremonia religiosa. “No les dije adiós a mis tías.” Las imaginé a todas con sus sombreros con plumas de ave del paraíso... ¡El paraíso! El avión volaba muy cerca del cielo límpido sin una nube. Tuve la impresión de que había muerto y de que con mi equipaje de pecados a costas me dirigía a la presencia de Dios. ¡Mis pecados! Eso era más temible que los microbios que asustaban a mi tía Antonia. “¡Suban!”, ordenaba mi tía cuando le mostrábamos los “abrigo del cine”. En su automóvil cabíamos las seis primas grandes. Extendíamos los abrigos sobre las butacas del cine, antes de instalarnos a ver la película. “¡Cierren los ojos!”, ordenaba mi tía cuando llegaba la hora del beso. Obedecíamos. Mi tía tenía horror al pecado. Nunca supe en qué consistía el pecado. “¿Qué dirán mis tías cuando sepan que viajo sola?”, me pregunté. “Mi tío Bernardo va a juzgar muy mal a mi padre.” ¡Era un fastidio! Mi tío era muy estricto, cuando pregunté: “¿Para qué sirve el ombligo?”, mi tío se alarmó: “¿No te han dicho tus padres que las partes del cuerpo no se nombran? ¿No te han dicho que sólo tenemos cabeza, cuello, cuerpo, brazos, manos, piernas y pies?”, me preguntó irritado. Mi tío Bernardo era libre pensador y jamás pisaba una iglesia.

“Sí, sí, ya lo sé, me lo han dicho muchas veces”, le contesté confusa. “¡Muy bien! Es que tus padres son muy olvidadizos”, terminó mi tío. En el avión podía decir “ombligo”, pero no tuve ganas de romper la reglas de la casa, ni de ofender a mi familia. “No hagan mucho caso de Bernardo”, repetía mi tía Remedios. Se estaba abanicando en una hamaca, pues ese día nos hallábamos en Acapulco y mi pregunta provocó que viera los ombligos de mis primas y el mío, pues todas llevábamos bikinis. Mi tía Remedios vestía un traje de encaje blanco. El traje de novia de Hortensita también era blanco y tenía encajes. “¡Va a estar preciosa!”, me dije sintiéndome muy triste por no asistir a la gran fiesta familiar. Imaginé el frontón y las canchas de tenis iluminadas por reflectores, las mesas puestas y las orquestas para el gran baile que daba esa noche mi tía Antonia para festejar a Hortensita. “¡Qué lección para Antonia! Nunca hay que ser impertinentes con las jóvenes, pues no sabe uno quién será su marido”, había dicho mi tía Leticia. Gustavo era ingeniero y su familia era riquísima. Mi tía Remedios preguntó: “¿Quién vendrá después?”, examinando con sus hermosos ojos a las primas grandes. “¡Pobres criaturas! Casarlas en la flor de la juventud. Los pañales, los biberones, cuando ellas apenas acaban de dejarlos”, protestó mi tía Leticia. Ahora estaban muy abajo mis tíos y las lecturas que nos recomendaban, también había dejado a Dostoievski. “Le diré a Magdalena que lo lea.” El último día que pasé reunida con la familia, Rosa afirmó: “Los rusos son geniales” y en seguida calló para que no nos creyeran comunistas. “El pueblo ruso es un pueblo salvaje” afirmó mi tío Alberto, el marido de mi tía Hortensia. ¿Para qué desafiarlo? Él no desafiaba a nadie, sabíamos que en secreto admiraba los “monotes” de Orozco, pero no lo decía en voz alta. Tampoco nosotras decíamos que nos gustaban los rusos y que pensábamos imitar a Raskolnikov. “Mañana mi tío Alberto estará vestido de jacquet para la boda de su hija”... En el cielo se dibujaron las puertas de la iglesia de la Sagrada Familia, en sus gradas mi familia inmóvil se dejaba fotografiar. Había dos huecos que decían “Magdalena... Estefanía”. Y me sentí muy triste. Un señor sentado en la butaca de al lado insistió: “Coma algo, güerita”. Estábamos a dos dedos de la muerte y en vez de recogerse y pensar en su última hora, el señor insistía en que

comiera. “Se quedaron solos Rosa y Alvarito. Hermelinda estará en la cocina observando a mi mamá.” Tenía que volver pronto a la casa acompañada de Magdalena para restablecer el orden familiar. El avión no debía caerse. “¿Será pecado matar a doña Justa?”, reflexioné unos minutos: “No, no es pecado”, me contesté al recordar a Raquel, de la que tampoco me despedí. Era peligroso, podían enterarse del viaje.

Me encontré en un campo aéreo en donde corrían vientos helados: “¿Dónde va Vicente?... adonde va la gente” y seguí a los viajeros. Pasamos la aduana. En las salas de espera no estaba mi hermanita Magdalena. Me senté a esperarla. “¡Es increíble, estoy en Francia!” Quise visualizar México y no supe de qué lado se encontraba, si a la izquierda o a la derecha. Había gentes elegantes que hablaban un francés perfecto. Esperé mucho tiempo y mi hermanita no apareció. Temí ser presa del pánico y me quedé mirando un reloj.

—¿Espera a alguien? —me dijo un hombre inclinándose ante mí y en un francés tan bueno como el de mi abuelo y que por poco no entiendo.

—A mi hermanita Magdalena —le contesté tendiéndole el telegrama arrugado. El hombre opinó que era más prudente dirigirme a su hotel. Muy cortés, me cargó la maleta y me dijo: “Haga el favor de seguirme”. Me acompañó hasta un taxi, le dio la dirección al chofer y me deseó buena estancia en París. Me gustó que me llamara *mademoiselle*, me sonó más elegante que *señorita* o *miss* como me llamaban en El Paso, Texas. Una vez que el taxi echó a andar me invadió una angustia insoportable: “¿Qué hago aquí?”... “¿Y si Magdalena ha desaparecido otra vez?”... “¿Por qué no vino a esperarme?” La idea de encontrarme sola en aquel taxi que corría en una ciudad extraña me produjo un mareo: “¡Estoy perdida. Hubiera sido mejor que se cayera el avión!”, me dije y noté que sudaba frío. Todo era irreal, la bruma, los muros de piedra gris que se atropellaban uno después del otro. Tuve la impresión de que no tenían ventanas, de que había entrado en una prisión gigantesca, en un laberinto helado del que no saldría jamás. ¿Y ése era París? Había gentes que circulaban con bufandas y abrigos, ninguno tenía una cara familiar. “Creo que estoy soñando, esto es una pesadilla.” Recordé la voz de mi padre: “¡Irás tú, Estefanía!” ¿Por qué yo? ¿Por qué no Rosa o Alvarito?

Llamé al chofer.

—¡Señor!... ¡señor!... ¿qué fecha es hoy?

—El tres de enero de 1961... —contestó sorprendido.

Era la fecha de mi entrada en París. Hortensita se casaba ¿el tres o el cuatro? “¿Qué día salí de México?” Quise contar las horas al revés y me hice un lío. ¿Por qué no era la misma hora en México que en París? Bajé el vidrio de la portezuela y respiré el aire helado. Cerré los ojos: “¡Que se haga la voluntad de Dios!”, me dije dándome por perdida. El taxi se detuvo en una calle solitaria y curva, frente a una gran puerta de cristales.

—¡Voilà! Hotel Royal, mademoiselle —me dijo el chofer.

Un mozo abrió la portezuela y me ayudó a bajar. Su gesto me intimidó. Todo se volvió complicado: pagar al chofer en dólares, que no aceptó. Vi al mozo tenderle unos billetes que parecían acuarelas. El mozo me condujo a un vestíbulo alfombrado en el que los espejos reflejaron mi silueta y los sillones de seda. Me colocaron frente a un mostrador de caoba brillante para inscribirme. Eran formalidades que nunca había hecho sola, mis papeles, mi pasaporte, mi tubo de labios y mi bonete rodaron al suelo. Dos mozos se inclinaron a recoger lo que yo tiraba. Me arrodillé a recoger las fotos de mis padres y de mis hermanos, que sorprendidos me miraban desde la alfombra roja con plumas azules.

—Conduzca a Mademoiselle a la habitación de Madame Magdalena —escuché decir al administrador.

“Menos mal que mis abuelos nos enseñaron el francés desde niñas”, me dije. Tomamos un elevador amplio, con espejos y un banquillo de terciopelo rojo. La puerta era de hierro forjado, como la puerta de entrada a un jardín. Caminamos por un pasillo alfombrado, se abrió la puerta de una habitación y apareció mi hermanita Magdalena. Al verme dio saltos de alegría y se echó a reír como lo hacía antes. Me contagió la risa y riendo entramos a su cuarto.

—¡Estefanía, no has cambiado nada! ¿Y yo?... ¿he cambiado mucho? —me preguntó ansiosa.

No tuve valor para decirle que había cambiado tanto que si la cruzo en la calle no la hubiera reconocido. Llevaba un pijama de seda color lila muy pálido, se había platinado el cabello rubio y lo llevaba cortado a la

Kim Novak. Estaba muy delgada. Encendió un cigarrillo y se dejó caer en la cama.

—¡Se acabó la pesadilla! He pasado tanto miedo, ¡tanto!, que creí que me iba a volver loca...

—¡De qué tienes tanto miedo?...

—No sé. Creo que de Enrique. Es un tipo sombrío, no sé lo que hace ni quién es... Miente siempre y yo no sé nada...

—Es sastre, como doña Justa. Tienen una sastrería...

—¿Sastre?... ¿Cómo que sastre? —me interrumpió Magdalena.

Le expliqué que a raíz de que mi madre la buscó, doña Justa apareció en la casa y se instaló en la mesa todos los días para vernos comer. Rosa y yo decidimos investigar y llegamos a la sastrería, a don Isaac, a Timo, a su taberna, a Olegaria... Mi hermanita interrumpió entusiasmada.

—¡Qué inteligentes son Rosa y tú! Yo ignoraba lo de la sastrería. Sí, lo que he pensado, deben formar una banda y la sastrería la tienen de *cover*...

—¡Ay, Magdalena!, ¿por qué te casaste?...

Magdalena agachó la cabeza, pareció muy avergonzada. Se casó para desafiar a Justa a la que no conocía. Su hijo le confesó que su madre temía que se casara con ella y para burlarse de los dos, le dijo: “No eres un bebé, puedes hacer lo que te dé la gana”. Enrique, sin decirle nada, organizó la boda con testigos parecidos a Timo. Ella no tomó en serio aquella farsa, pero Enrique la tomó muy en serio, se ofendió mucho con ella y esperó al domingo para venir a sacarla de la casa. Si hubieran estado mis padres, tal vez no se hubiera atrevido. Aunque Magdalena no estaba segura, Enrique gozaba de amarres en el gobierno. Una vez en su casa, Olegaria y Justa le advirtieron que Enrique se había casado con ella y no con la familia y le prohibieron comunicarse con nosotros. Le dejaron de guardiana a la criada Hermelinda, una india gigantona y brutal a la que ella temía y que no le permitía moverse. Poco después se fueron de México. En París, Enrique se anunció como aristócrata mexicano. Compró fotografías antiguas, las enmarcó y dijo que eran de su familia. La más elegante era la de una joven de los años veinte fumando, a la cual declaró su madre. Vivían en hoteles de lujo, Enrique derrochaba dinero

en los bares y en los restaurantes. Se hizo de muchos amigos. Iban regularmente a las carreras de caballos. Organizaba cocktails y flirteaba con todas las señoras. Viajaban por Europa. Hacía apenas dos semanas estaban en Ginebra. Enrique la dejaba en el hotel y por las noches la llevaba a bailar y a cenar con grupos de amigos sudamericanos y europeos. Desde el principio la anunció como la descendiente de un conquistador español, perteneciente a una gran familia mexicana. En Ginebra ocurrieron dos hechos que la decidieron a escaparse: el suicidio de una modelo en Megeve, que antes de morir de una sobredosis de droga escribió en el espejo el nombre de Enrique con su barrita de labios y la conversación que escuchó en el hotel una noche entre Enrique y sus amigos, reunidos en el salón de la suite que ocupaba la pareja. “Pueden hablar”, dijo Enrique. “¿Estás seguro de que la tonta esa duerme?”, preguntó una voz. “Estoy segurísimo, es lo único que le gusta hacer. Y si se despierta, la dormimos” y se echó a reír. Dijo “la dormimos” con una intención cínica en la voz. Después hablaron en voz muy baja, y Magdalena creyó entender que hablaban de tráfico de algo. Las voces sofocadas la hicieron pensar que debía huir. Por la mañana, mientras Enrique andaba en sus asuntos, ella tomó el tren y se vino a París y se escondió en ese hotel. No había vuelto a salir a la calle. No se atrevía a recurrir a los amigos porque no podía decirles que tenía miedo de su marido. Levantaría sospechas, le harían preguntas que ella no podría contestar, porque ignoraba los asuntos turbios en los que Enrique andaba mezclado. La víspera llamó a Piero, un italiano socio de su marido que vivía en Venecia y que en cierta ocasión, cuando Enrique le dio a tomar una pastilla que le provocó un síncope cardiaco, le aconsejó el divorcio. No le dijo a Piero que lo llamaba desde París. El amigo le avisó que Enrique la buscaba y que, al no encontrarla, se había ido a México en su busca. Eran las últimas noticias que tenía de su marido.

La frente abombada de mi hermanita estaba cargada de pensamientos siniestros. Me explicó que la táctica criminal era dejar sola a la víctima. Enrique le había dicho varias veces que mi familia estaba muy aislada, y ella temía por nosotros y por ella misma. Yo le ayudaría a hacer las investigaciones.

—Magdalena, no entiendo nada. ¿Quiénes son esas gentes y qué quieren de nosotros?

—Eso es lo que tú y yo vamos a investigar. ¿Alguien supo que venías?

—La familia. Salí a escondidas de Hermelinda, que está ahora en la casa.

Y le conté cómo nos abandonaron Marta y Loreto y cómo doña Justa nos llevó a Hermelinda.

—¿Hermelinda en mi casa?... a las muchachas las deben haber asustado algunos hombres de mano de Justa. Te digo que creo que forman una banda. ¿De qué?

Traté de recordar a Enrique. ¿Era muy alto? Sí, muy alto, moreno, con el pelo liso peinado hacia atrás.

—¿Te acuerdas de que en la casa nos decían: “el crimen no paga”? Pues estaban equivocados. Lo único que paga es el crimen. ¿Crees en la posesión demoniaca?

—Sí...

—El crimen es algo parecido. Enrique es ateo y blasfemo. Compré libros de horóscopos y estudié su caso. Es un hombre que camina con un hacha al hombro para tomar venganza.

—No es de fiar. Yo preferiría que nos fuéramos a México —le dije con sinceridad.

—¡No! Primero hay que saber quiénes son ellos. Luego borrar huellas, no querrás que se venga en la familia. Tienes demasiado miedo, si quieres regresa tú...

Me quedé hundida en el sillón. El cuadro que me pintó mi hermanita no era para estar tranquila. ¿Qué huellas quería borrar? México era cuatro veces más grande que Francia y era más fácil esconderse.

Vinieron unos días sombríos, cualquier ruido me aterraba, veía entrar al “hombre con el hacha al hombro” y el estómago se me abría en un abismo helado. Hablábamos de noche y dormíamos de día. No salíamos a la calle por precaución. Nos vestíamos y esperábamos a que pasara el pedazo de día que nos quedaba. Por la ventana mirábamos al edificio de piedra gris construido en la acera de enfrente. Abajo, por la acera, se paseaban parejas de policías con ametralladoras en la mano. “Es por la

guerra de Argelia”, me dijo Magdalena. Recordaba México: “Hortensita se casó. ¡Qué ganas de haber estado en su fiesta!”, pensaba con tristeza. A Magdalena también se le antojaba haber estado en la ceremonia y el baile.

—Digan lo que digan mis tías, lo primero que voy a hacer es divorciarme. ¿Tú qué opinas?

—¿Divorciarte?... sería bueno...

Escribí muchas cartas a mis padres y a mis hermanos. Al releerlas, me parecieron delirantes. Les expliqué la vida de Magdalena con Enrique e insistí en que éste tenía amigos en el gobierno, no sabía si de “arriba” o de “abajo”, pero debían ser muy prudentes. Y esperé su respuesta.

Era una lástima que Rosa no estuviera con nosotras. ¡Pensaba tan bien! Con Magdalena era distinto, tenía demasiado miedo y se encerraba en su cuarto. Las noches eran peligrosas y no dormíamos esperando la llegada repentina de Enrique. Mi viaje a París se reducía a conocer las paredes forradas de seda azul del cuarto del hotel y a escuchar las sirenas de la policía que pasaban a cada momento zumbando. “Es por la guerra de Argelia”, me decía Magdalena.

Nos llegó la primera carta de Rosa.

Querida Estefanía:

Recibimos tu telegrama después de la boda de Hortensita. ¡Lástima que no estuvieras! La fiesta fue formidable. Mis tías se enfadaron cuando llegué sola de dama de honor. Un poco más y me suprimen de la corte de Hortensita. Mi mamá pidió disculpas, pero la familia estaba molesta.

“¿Esa niña no pudo esperar un día para irse a París? ¡A París y sola! ¡Qué barbaridad! Si Magdalena está enferma debías haber ido tú”, le dijeron a mi madre. El disgusto pasó cuando salimos en los coches a la iglesia. El traje de Hortensita era divino, todo de encaje blanco. El velo era un sueño, apenas dejaba transparentar la cara. Gustavo iba de jacquet acompañado de su familia pero nadie le hacía caso. La iglesia estaba preciosa y repleta, todos miraban a Hortensita. El altar cubierto de ramos blancos y de cirios imitaba un poco a la Gloria. Las madrinas

de ramo y de lazo fueron las hermanas de Gustavo. La solemnidad hizo llorar a mi tía Hortensia. Es la primera vez que llora la mamá de la novia, siempre lloran las de los novios. ¿Te has fijado? Quisiera darte todos los detalles y no puedo escribir, es difícil. Había nubes de incienso, muchos monaguillos y el *Ave María* de Gounod. En la sacristía se me acercaron Paco y Roberto, apenas empezaban a reírse del sombrero de la mamá de Gustavo, los callaron. La fiesta en los jardines de mi tía Antonia fue magnífica. ¡Qué banquetazo! En la mesa de honor, en la cabecera, estaba mi tía Concepción, que se vino de Chihuahua a pesar de que ya va a cumplir cien años. Tomaron la boda y la fiesta en cine. Además sacaron muchas fotos. Ya les mandaré algunas. Hubo muchos brindis. A las cinco de la tarde se fueron de viaje de luna de miel Hortensita y Gustavo. Nosotros nos quedamos bailando, ni por un momento pensamos en la tragedia que les iba a suceder. Paco y Roberto son campeones de rock and roll. Bueno, tú sabes que las polcas y los valeses siempre los bailaron muy bien con Magdalena, su pareja. Lo que sucedió después hizo olvidar el escándalo de Magdalena y el de tu viaje a París. Siquiera ustedes no salieron en los periódicos. Fíjate que al día siguiente muy temprano mis tíos empezaron a llamar por teléfono a mi mamá. Había pasado algo, pero no soltaban prenda. “¡Pues que vaya Bernardo a los periódicos!” decía mi mamá. Al mediodía llegaron Roberto y Paco con el *Últimas Noticias*.

—¡Mira! ¡Mira, güera, lo que hizo esta loca de Hortensita!

Les arrebaté el periódico, Hortensita le prendió fuego a su cuarto de hotel en Taxco. El periódico dice que Gustavo estaba en el bar cuando la novia quiso suicidarse y le prendió fuego a las sábanas, las almohadas y al colchón. Hortensita no dice nada. Está en la casa de su mamá. Mi tío tiene que pagar no sé cuánto dinero. Mis tías y mi mamá están furiosas con los periodistas: “¡Estos pelados, no entienden el pudor!”, dijeron. Hortensita quemó todo porque tenía mucha vergüenza. Cuando quiso apagar el fuego ya era tarde y las puertas estaban ardiendo. Los bomberos la sacaron del baño, en medio del humo. Gustavo está furioso. Paco y Roberto se rieron al oír que

Hortensita había prendido fuego por pudor y los echaron de la sala: “¡Qué falta de delicadeza!” También me echaron a mí, de manera que no puedo contarte más detalles, salvo que mis tías dijeron: “Lo de Magdalena no es nada comparado con esto”. No me negarás que les doy una buena noticia. Aquí corto. Antes de que se me olvide, doña Justa sigue viniendo todos los días. ¡Qué misterio! Mis papás están felices porque estás con Magdalena. ¿Cuándo regresan? Nunca las olvida,

Rosa

Fue mi hermanita Magdalena la primera que empezó a reír, me contagié y ambas rodamos por las camas riendo, al imaginar a Hortensita de incendiaria. —Vamos a la calle, el encierro es malsano —decidió Magdalena.

Ya había oscurecido, hacía mucho frío, Magdalena caminaba de prisa, sin darme tiempo a ver nada en mi primer paseo. Apenas pude ver que en los árboles no quedaba ni una hoja. Mi hermanita se detuvo frente a un escaparate y me acordé de cuando seguíamos a Olegaria.

—¿Qué ves?... son sartenes.

—Quiero ver si ese hombre nos viene siguiendo —me contestó sin dejar de mirar las sartenes.

Sobre el vidrio del escaparate se deslizó la figura de un hombre corpulento con una bufanda amarillenta y gafas gruesas, que pasó con lentitud a nuestra espalda.

—¿Quién es ese tipo? —le pregunté.

—Si lo supiera no me detendría.

El hombre se alejó y nosotras reiniciamos el camino. Doblamos la esquina y Magdalena dijo muy pensativa:

—Puede ser socio de Enrique... le vi tipo de mexicano...

Dimos un rodeo para evitarlo y caminamos un buen rato. Mi hermanita se detuvo frente a un portón negro y oscuro. Lo cruzó sin vacilar. Nos encontramos en su patio embaldosado, donde se acumulaba el frío y en el que distinguí botes de basura y mendigos durmiendo en los rincones. Todo estaba apagado. Magdalena alumbraba con su encendedor de

cigarrillos. Me guió hacia la izquierda en donde empezaba una escalera muy carcomida. “Los misterios de París”, me dije mientras la subíamos. Mi hermanita se detuvo frente a una puerta ancha y baja provista de una mirilla enrejada. Buscó una llave en su bolso, abrió y entramos a unas habitaciones heladas y tenebrosas. En el primer cuartucho descubrí una bañera gigantesca. Tenía el respaldo en forma de concha y las patas en forma de pies de ganso. Era de peltre blanco y estaba desportillada. A la luz del encendedor resultaba repugnante.

—¿Y esta bañera?

—La tenían aquí. La quitaremos.

“La quitaremos” me repetí, mientras visitábamos varios cuartos estrechos con el ciclo raso desgarrado y los muros verdes cubiertos de una mugre muy antigua. El aire era irrespirable, se diría que estaba congelado y que entre el hielo existían bichos peligrosos. Salimos a la escalera, yo temblaba de frío y de asco. Subimos al siguiente piso en donde Magdalena se detuvo frente a otra puerta más endeble a la que abrió con otra llave. Entramos a otros cuartos parecidos, con los muros pintados de color chocolate.

—Viviremos aquí... —anunció Magdalena.

—¿Aquí?... ¿estás loca? —grité dispuesta a echarme a llorar.

—¿Qué dices? Mira esta ventanita tiene vidrios soplados. Los cimientos datan de Henry IV. Las chimeneas son preciosas —dijo dando golpecitos sobre una chimenea color chocolate.

—Es de mármol. La pintaron. Habrá que limpiarla —me explicó.

—Magdalena, esto es antihigiénico. ¿No te das cuenta? ¡Es espantoso!

Imaginé crímenes horribles sucedidos entre aquellos muros y sentí que una mano helada me tocaba el corazón. Mi hermanita se había acostumbrado al crimen. “Lo difícil es dar el primer paso”, nos decían en la casa.

—¡Aquí se han cometido crímenes! —le dije para hacerla reaccionar.

—¡Claro! Eres muy inteligente. ¿Te acuerdas de Marat? Aquí se escondió. ¿Te acuerdas de que Charlotte Corday lo mató en una bañera cuando tomaba un baño de azufre para aliviarse la sarna?

—¿Marat? ¿El revolucionario? ¡Claro que me acuerdo! ¿Lo mató en la

bañera que está abajo? —pregunté asqueada.

—Por desgracia no lo mató aquí. Pero no me negarás que es una coincidencia rara encontrar una bañera en el lugar donde se escondió Marat. ¡Tengo suerte! —me dijo con orgullo.

—¡Marat me repugna! ¡Siempre me repugnó! ¡Qué nombre tan raro y qué carita espantosa la suya! ¿Por qué debemos vivir en un lugar donde se han cometido crímenes? —grité indignada.

—Muy sencillo, porque lo compré. Me costó una bicoca... y lo compré con el dinero que le robé a Enrique.

¿Magdalena era ladrona? Me sentí perdida. Salimos a la calle. “Esa chica se ha vuelto loca” había dicho mi madre. ¡Y era verdad! Las calles se convirtieron en enemigas mías. ¡Qué depresión! Escuché su perorata: “Hay que salvar la arquitectura. ¿Entiendes?” Nos sentamos en un café. “¿Crees en la historia?”

—Pues te diré, si la historia es eso...

—¿Eso? ¿Qué quieres decir?

—Pues crímenes y microbios. ¡Acuérdate de los microbios!

Mi hermanita sacó de su bolso un trozo de chicle de color rosa, se lo metió en la boca y empezó a masticarlo con alegría. Hizo globos enormes que le estallaron en la cara. Me avergonzó, nos miraban de todas las mesas.

—¡No hagas esos globos!

—¿Por qué no? Me gusta hacerlo —y al decir esto infló uno enorme que le estalló cerca de los ojos. Unos pellejitos minúsculos de color de rosa le quedaron adheridos a sus enormes pestañas. Movié la cabeza contrariada, sacó un espejito de su bolso, se contempló un ojo, luego el otro y con esmero se arrancó del borde de los párpados una fila de pestañas pegadas a un hilito negro. Las colocó en un estuche verde y lo guardó en su bolso.

—Son postizas. En el hotel te enseñaré a ponértelas.

La calle estaba llena de muchachos guapos. ¡Lástima que cenamos en el hotel!

—He pensado que la mejor manera de esconderse es saliendo a la calle —decidió al día siguiente.

Magdalena quería investigar la vida de su marido, pero no se le ocurría nada. Yo no conocía París ni las gentes que ellos frecuentaban, de manera que tampoco se me ocurría gran cosa. Estaba en un país extranjero al que no me unía ningún lazo familiar ni amistoso. Las calles me eran ajenas y el río me producía una tristeza suicida. La situación de mi hermanita era desagradable y no quería confesar que la tenía inmovilizada el miedo. Sobre nuestras cabezas planeaban las siluetas de doña Justa y de Enrique.

—¿Estás segura de que son madre e hijo? —le pregunté.

—No estoy segura de nada. Pueden ser socios nada más. Tal vez por eso Justa vigila tanto a mi familia, no debe estar muy segura de él —me contestó pensativa.

Le escribiría a Rosa para que sacara la copia de nacimiento de Enrique y sabríamos quiénes eran sus padres. En París debíamos investigar quiénes eran los amigos del marido de mi hermanita y a qué se dedicaban. Esta idea ponía nerviosa a Magdalena.

—Gilles es el único amigo en el que puedo confiar —me confesó. Lo llamamos por teléfono inútilmente. Rondamos su casa, un edificio antiguo con dos patios y varias escaleras en el que entraba y salía demasiada gente. Magdalena ignoraba en qué piso vivía.

—Lo llamo por teléfono y él viene a visitarme. Yo nunca he venido a su casa —me confesó.

Lo había conocido en un café, a través de una amiga común. Gilles conocía también a Enrique.

—La verdad es que él sabe todo de ti y tú no sabes nada de él —le dije disgustada.

Vagamente, Magdalena sabía que Gilles era artista.

Recorriamos París a pie. La marcha nos hacía olvidar los problemas. El aire en la ciudad era tenso, los policías detenían los automóviles, hacían bajar a sus ocupantes, los cacheaban, abrían las cajuelas y las revisaban a fondo.

—Es por la guerra de Argelia. Buscan terroristas de izquierda o de derecha —me repetía Magdalena.

En los Campos Elíseos nos encontramos con una manifestación

violenta y rápida que gritaba a coro: “¡Sartre a la horca!” El combate entre manifestantes y policías fue corto y violento. Nosotras tomamos una calle transversal y huimos al hotel. En la Place Vendôme me extasié ante las vitrinas llenas de alhajas en vez de admirar debidamente a Napoleón y a la columna hecha con los cañones ganados en la batalla de Austerlitz.

—¿Por qué no buscas a los amigos de Enrique y los interrogas?

—Son gente internacional. Tienen mucho poder social.

—Lo peor es esconder la cabeza entre la arena, como las avestruces. ¡Pide el divorcio y así nos liberamos de él y de sus amigos! —le aconsejé.

—¿Y si nos desaparecen? No es fácil atacar a gente ambiciosa y de poder. Nosotras estamos solas... eso es lo que me quita el sueño.

No podíamos continuar así: visitando monumentos históricos, gastando dinero que no teníamos y solas y angustiadas, paralizadas por el miedo. Había que actuar. Magdalena decidió pedirle consejo a Inge, una amiga que tenía mucha experiencia.

Inge vivía con su marido en un hotel cercano al nuestro. Era una pareja de la edad de mis padres, que nos recibió con afecto y nos obsequió con té y tostadas. Parecían muy importantes, viajaban continuamente, en ese momento volvían de Rusia y habían hablado con Krouchev y visitado el Kremlin. También eran amigos de Mao Tse-tung y conocían China y La Ciudad Prohibida. Ante ellos no dije una palabra.

—Inge, quiero divorciarme y necesito un abogado que no me traicione con Enrique —le pidió Magdalena.

Inge guardó silencio, reflexionó, consultó con su marido y ambos decidieron que la persona ideal era el abogado Billaud.

—Inteligente, discreto, honesto y bien informado. ¡Un hombre excelente!

Por teléfono arreglaron la cita para Magdalena esa misma semana.

—No te asustes, ahora está contigo tu hermanita. Tú no temes nada ¿verdad? —me preguntó Inge.

Dije que no temía nada: “Los cristianos no se quejan” y la lengua se me convirtió en un pedazo de cemento armado. Inge nos recomendó estar en contacto con nuestros padres.

—¿Inge es comunista? —le pregunté a Magdalena una vez que nos

hallamos en la calle.

—Un poco sí y un poco no. En Europa está de moda ser comunista.

En el cuarto mientras Magdalena leía un artículo sobre Natalie Wood me sentí angustiada.

—Magdalena, estamos perdidas, vámonos a México.

—¡No! Hasta que no arregle mi divorcio no me muevo.

La contemplé echada sobre la cama haciendo globos de chicle y leyendo revistas de cine. Simulaba que estaba tranquila, quería olvidar que andábamos huérfanas esperando que algún amigo de Enrique nos matara... ¿Qué demonios hacíamos en París?

El abogado Billaud nos recibió en su despacho amplio, elegante, silencioso, provisto de un gran escritorio Imperio, grandes ventanas blancas, sillones confortables y un pequeño busto de Napoleón Bonaparte, que curiosamente se le parecía. Era un hombre joven, atractivo y elegante. Sus maneras eran cordiales, su voz profunda y su francés impecable. Respiraba seguridad e infundía confianza.

—Quiero divorciarme... pero me da miedo. En la familia nunca ha habido un divorcio —tartamudeó Magdalena.

—¡Será el primero! Inge me habló largamente de usted y de su marido. Presentaremos la demanda y todo irá con suma rapidez.

El discurso del abogado abundó en insinuaciones. Yo hubiera deseado que hablara con más claridad sobre Enrique en vez de perderse en divagaciones que sólo me ponían nerviosa. Magdalena escuchó tensa frases como “El negocio de la rue Spontini es bastante turbio”. O bien: “Sus actividades no son limpias”. Mi hermanita no dijo una palabra, muda, recogida en sí misma escuchaba con atención a su abogado.

—¿Está segura de que desea el divorcio?... —le preguntó mirándola con fijeza, como si dudara de su decisión.

—Sí... ¿Tú qué opinas, Estefanía?

—Su hermana estará más segura divorciada. Ahora, lo prudente es llevar una vida tranquila, no mostrarse en público con amigos, por ejemplo, para no darle a la parte contraria motivo para llevar una acción contra usted —nos dijo a las dos. Nos dio una cita para finales de la semana y nos acompañó hasta la puerta.

—Enrique anda con gente muy importante y yo lo voy a demandar — dijo Magdalena con temor.

En el hotel tuvimos una discusión. Le dije que al salir del despacho del abogado, me pareció ver al hombre de la bufanda amarillenta caminar detrás de nosotras. ¿El abogado sería traidor? ¿Cómo supo ese hombre que estábamos allí? Mi hermanita dio un salto en la cama.

—¡Imposible! Lo hubiera visto. Yo tengo ojos en la espalda. Es decir, soy como uno de esos bichos peligrosos que sienten cuando los miran. Es una cualidad muy mexicana. ¡Nadie nos siguió! Lo hubiera sentido. Yo pienso con la cabeza y siento con el estómago. Y si aquí, algo me dice sí, es sí. El abogado es leal —dijo oprimiéndose la boca del estómago.

No se podía discutir con ella. Su estómago le había dicho que el abogado era leal y los ojos de su espalda que nadie la había seguido. En cambio yo vi con los ojos de la cara al hombre de la bufanda amarillenta. ¿Para qué discutir? Magdalena no quería confesarse que tenía miedo.

Dormíamos mal y teníamos pesadillas. Enrique nos había vuelto sospechosas, nos sentíamos manchadas por algo vergonzoso. El mismo abogado dijo: “El negocio de la rue Spontini es turbio...” Magdalena tenía razón en esconderse, el mundo entero debía conocer los manejos de Enrique. Habíamos roto el ciclo normal de dormir de noche y actuar de día y estábamos pálidas como las lentejas que sembrábamos en vasos de agua y metíamos en el clóset. Los tallos crecían blancuzcos, pero apenas las poníamos a tomar el sol se convertían en plantitas verdes y brillantes. Era la clorofila que se formaba con la luz.

Nuestra clorofila era rosa y necesitábamos del sol y del deporte para volver a ser como éramos antes: frescas y sonrosadas. Mi tío Alberto tenía razón: “Mente sana en cuerpo sano”.

Recibimos una carta de Rosa.

“Querida Estefanía: Vino doña Justa muy violenta. ‘¿Me van a decir dónde esconden a Magdalena? Saben que abandonó el hogar conyugal y eso es un delito. Enrique está en México y si su mujer no vuelve con él en veinticuatro horas presentará una queja en la comisaría’.”

—¡Va a fastidiar a mi papá! —gritó Magdalena.

Al final de la carta, Rosa decía que doña Justa anunció que su hijo ya se

iba de México. Nos pedía que nos cuidáramos mucho y comentaba la descortesía de Enrique de ir a México y no presentarse a saludarlos.

—¿Tú crees que yo tengo la culpa de lo que pasa en mi casa?... ¡Pues tienes razón! —dijo Magdalena.

Caminamos por el Boulevard Saint Germain, lleno de gente que se volvía a vernos pasar. Tal vez porque llevábamos nuestros impermeables forrados de *racoon* con cuello de la misma piel, que mis tías nos compraron en El Paso, Texas. Rosa le había enviado el suyo a Magdalena y le iba muy bien.

—¡Carajo! ¡Estoy aburrida! —dijo mi hermanita dando una patada en el pavimento.

—¡Carajo! Yo también...

—Vamos a consentirnos ya que nadie se ocupa de nosotros —dijo Magdalena.

Mi hermanita entró con paso firme en un restaurante de toldo rojo. Cruzamos la terraza cubierta y escogimos una mesita adosada a la pared. El ambiente era acogedor y me cambió las ideas. Las mesas pequeñas colocadas cerca de los muros tenían manteles a cuadros rojos y blancos, una vela encendida y ramilletes de flores. El olor a cera, a vino y a especias nos reconfortó.

—¿Ves? El mundo también es de color de rosa, como dice mi tía Remedios —suspiró Magdalena.

Miró para todas partes, pues a pesar de sus palabras tranquilizadoras, no lograba impedir el temor que le inspiraban Enrique y sus amigos. Parecía un pájaro asustado golpeándose contra los barrotes de una jaula invisible. Pensé que deseaba la jaula, pues la libertad nos tenía deshechas. Nadie nos pedía cuentas, nadie se preocupaba de nuestra conducta, si nos daba la gana pasar la noche fuera, podíamos hacerlo. El único que preguntaba por nosotras era un conserje del hotel: el señor Gunther, por el que sentíamos un gran respeto. Flotábamos como dos basuras levantadas por el viento. Éramos desdichadas.

—¿Crees que no tengo ganas de volver a mi casa? —me preguntó Magdalena.

Una pareja elegante se instaló en la mesa de enfrente. Levantó su copa

y nos sonrió. Nosotras hicimos lo mismo.

—¡Qué monos son los franceses! ¡Qué cordiales! La señora es guapísima —dijo Magdalena.

La señora era joven y rubia, vestía de negro y llevaba un collar de perlas de doble hilo. En la mano lucía un brillante. Su marido mucho mayor que ella, era moreno y de piel muy tostada. Su amabilidad me dio valor para repetirle a mi hermanita que convenía ir a México, ahora que Enrique se volvía a Europa.

—¡Eso sí que no! Al enemigo hay que exterminarlo. Si no lo haces él te extermina. ¿Crees que voy a hacer lo que hizo el estúpido de Francisco Villa? —me preguntó subiendo mucho la voz.

—¿Qué hizo?...

—Dejó escapar a Carranza a Veracruz y luego ¡claro! Carranza reagrupó fuerzas y le dio en la madre. Debió haberlo perseguido hasta hacerlo picadillo. Villa tiene la culpa de que tengamos gobiernos de bandidos.

Magdalena se exaltó mucho, comió el flan en tres bocados, pagó la cuenta y salimos a la calle. En la esquina nos alcanzó la pareja elegante que había brindado con nosotras.

—Hace mucho frío, podemos llevarlas en coche —dijo el marido.

—Hay muchos argelinos... —agregó la señora.

En unos minutos estuvimos adentro de su automóvil, sentadas en los asientos de atrás.

—Chantal, es muy temprano para llevar a estas jóvenes a dormir. ¿Por qué no las invitas a tomar una copa?

—Es una buena idea...

El automóvil corrió a gran velocidad a lo largo de la orilla del Sena. “Nunca hablen con desconocidos” nos habían repetido en la casa y ya lo habíamos hecho. El auto dio un viraje, subió por una calle empinada cerrada por muros de piedra de algunos palacetes y se detuvo en lo alto, en una especie de explanada cerrada por los muros de las casas. Enfrente se abría un abismo. Chantal descendió del auto. Su marido nos tomó del brazo.

—¡Hemos llegado! —dijo.

Cruzamos la explanada y llegamos a un puentecillo colgante muy

estrecho e inclinado que descendía a la entrada de un edificio moderno situado muy abajo entre las casas de muros altos y sus jardines oscuros. A nuestros pies se abrían los jardines envueltos en neblina. El lugar era misterioso y solitario.

Pasamos el puentecillo hasta alcanzar la entrada del edificio construida directamente sobre el puente. Chantal abrió y entramos a un pasillo de mármol sobre el que se abrían varias puertas a sus lados. Nos detuvimos frente a la puerta del fondo. Chantal la abrió y entramos a un vestíbulo amplio y desamueblado. La pareja hablaba y reía, como si desearan que no nos diéramos cuenta de la extrañeza del lugar. Abrieron una puerta corrediza y pasamos a un salón enorme. Frente a la chimenea se hallaba un diván de grandes dimensiones. En el suelo había una gran profusión de cojines distribuidos cerca de la chimenea apagada. Se veía que alguna vez hubo allí una reunión.

—¡Siéntense! Hagan como si estuvieran en su casa...

Una mirada rápida me dijo que aquel piso estaba deshabitado. La chimenea apagada guardaba carbones semideshechos. En el suelo había vasos polvorientos. Un frío temible se esparcía por toda la habitación.

—Chantal, vamos a hacer un fuego —dijo el hombre.

Observé los ceniceros rebosantes de colillas amarillentas. Chantal se levantó para ir en busca de la leña. Magdalena y yo la seguimos, alcanzamos el vestíbulo, al que daban varias puertas cerradas.

—¡No toquen nada!

No había nada que tocar, excepto las puertas. Chantal abrió una de ellas y entramos a la antecocina con los muros cubiertos de armarios altos hasta el techo. Los abrió con ímpetu, en ellos había trajes elegantes de mujer, abrigos de hombre, uniformes de barrendero, escobas, camisas a cuadros, pantalones de obrero, todo revuelto en un desorden desconcertante.

—¡Bruno!... ¡Bruno!... no encuentro la leña —gritó.

Apareció Bruno con unas brazadas de leña y volvimos al salón. Todo sucedía con un ritmo rápido y desordenado. Chantal se arrodilló frente a la chimenea y unos minutos después un fuego enorme lanzó sus llamaradas sobre los muros de piedra de la chimenea. La casa era

inquietante, el silencio roía sus rincones, estuve segura de que allí no vivía nadie.

Me detuve frente a una mesa redonda en cuyo centro había un tiesto con una azalea seca. Los pétalos reseco como papelillo yacían en círculo sobre la cubierta de mármol de la mesita. Magdalena contempló ese espectáculo sorprendida. Al volver al sofá, pasamos junto a un librero pequeño cubierto de polvo y carente de libros. Inquieto, Bruno nos observó. “Chantal no vive aquí”, me dije al sentarme en el sofá mullido.

Un fuego enorme chisporroteaba en la chimenea, sus llamas no lograron distraerme de la pregunta: “¿Para qué nos han traído aquí?” El nombre de Enrique me vino a la cabeza con la violencia del rayo. “Nunca saldremos de aquí...” “Nadie preguntará por nosotras.” No quise imaginar nuestro final y tampoco pude impedir recordar algunas secuencias siniestras de varias películas. “¡Qué silencio!”, me dije mirando a Chantal con su bello rostro iluminado por el fuego.

—¡Bruno!... ¡el whisky! —ordenó a gritos Chantal.

El hombre reapareció a los pocos instantes, traía las mejillas encendidas y una sonrisa hueca colgaba de sus labios entreabiertos. Traía una botella de whisky en la mano. Recogió los vasos del suelo y nos sirvió en ellos la bebida.

—¡Por las hermanitas! —dijo levantando su vaso y apurándolo de un trago. En Bruno había algo desesperado. “¿Qué le pasará?” me pregunté mirando hacia Chantal que tendida sobre unos cojines cerca de la chimenea bebía su whisky con gesto de disgusto. Las llamas se reflejaban en sus cabellos y en su piel dándole una belleza casi trágica. El crepitar de los leños llenaba de duendes el salón. Decidí beber mi whisky que me supo a insecto. “¡Si me vieran mis tíos, qué escándalo!” Miré la chimenea que parecía la entrada a un lugar magnífico y abandonado. De pronto el diván dio varias vueltas en redondo y volvió a quedarse quieto. “¡Nos van a matar!”

—¡Cuánto traidor! ¡Cuánto cobarde! Estamos perdidos —exclamó Chantal.

—Chantal, no seas pesimista —le advirtió Bruno.

—Estoy de acuerdo con Chantal, ¡cuánto traidor! —exclamó

Magdalena.

—¿Verdad, Madeleine? Escucha, Bruno, ella me da la razón.

—No le creas, es muy joven y está desengañada. Los jóvenes se desconsuelan pronto, iyo sigo firme en mi fe! —contestó Bruno.

—Una cosa es la fe y otra son los traidores —mantuvo Magdalena poniéndose de pie.

No entendí de lo que hablaban. Magdalena se acercó a la chimenea dando un traspiés, cogió un banderín de esquí que estaba colocado allí y lo levantó por encima de su cabeza. Sus movimientos eran tan ondulantes que me pareció que iba a caerse dentro de la hornaza.

—El año pasado aprendí a esquiar en Suiza —exclamó.

—¿Y tu marido dónde pasó ese invierno? —le preguntó Chantal a bocajarro. Magdalena detuvo su entusiasmo, miró a Chantal, después a Bruno, se acercó a mí, perdió un zapato y se dejó caer en el sofá.

—¿Mi marido?... creo que estaba allí o que se fue a Ginebra unos días...

—¿A Ginebra o a Dusseldorf? —preguntó Chantal sonriendo.

Recordé las palabras del abogado: “Apartarse de todo mientras dure la demanda”, las palabras venían envueltas en neblina, no podía pensar con claridad. Nunca saldríamos de esa casa abandonada. Me pareció ver a mi hermanita convertida en un esqueleto polvoriento sentado en el diván. El pavor me impidió hablar.

—¿Qué se debe hacer con los traidores? Tú ¿qué harías, Magdalena? —preguntó Chantal.

—¿A los traidores? ¡Fusilarlos!...

Seguí la mirada de Chantal que iba dirigida hacia la puerta corrediza del vestíbulo y tuve la certeza de que alguien la había cerrado para ocultar la presencia de hombres temibles. Estábamos atrapadas, Magdalena con su vaso de whisky en el suelo y la barbilla apoyada en una mano, pareció absorta, después de haber contestado a la pregunta de Chantal. ¿No se daría cuenta del peligro? Volví la cabeza y comprobé que, en efecto, la puerta corrediza estaba cerrada.

—La puerta está cerrada —dije en voz alta.

—Bruno la cerró al entrar —me contestó Chantal.

—No. Yo la vi abierta.

—Abierta o cerrada ¿qué mas da?

Alguien nos miraba desde atrás. El miedo me impidió volver la cabeza. Podía ser alguien tan aterrador que su sola vista podía provocar mi muerte. Asombrada, vi a Magdalena que continuaba columpiando su pie descalzo. El fuego de la chimenea se extinguió y sus carbones encendidos me parecieron diabólicos. Bruno había tomado la forma de un mono siniestro. “Sabén que Enrique existe”, me repetí y decidí hablar para romper aquel hechizo.

—¡La puerta estaba abierta! —insistí.

Me di vuelta y vi que efectivamente estaba abierta y el vestíbulo iluminado. En ese instante toda la casa quedó a oscuras. Los carbones de la chimenea brillaron rojos en medio de las tinieblas que nos rodeaban. Nadie pronunció una palabra.

—Se quemó un fusible, sería bueno arreglarlo —exclamó Magdalena, que en la casa era la experta en electricidad.

No le contestaron. Poco a poco me adapté a las sombras y distinguí la silueta de Chantal. Bruno había desaparecido como un brujo profesional.

—Se juega el destino de Francia y eso no le importó a tu marido, ¿verdad? —le preguntó Chantal a Magdalena.

—No, no le importó... —contestó Magdalena sin entender la pregunta.

—Sólo le interesaba la ganancia, ¿verdad? —insistió Chantal.

—Sí, creo que sí... —dijo mi hermanita.

—¡Bruno! ¡Bruno!, ven a oír. ¿Sabes, Magdalena, que me gusta tu sinceridad? Pero, dime, ¿tú estabas al corriente?

—Más o menos... —dijo mi hermanita con voz insegura.

—Y ¿en dónde se ha escondido ahora?

—¿Quién?... —preguntó Magdalena.

—¡Tu marido!

—¡Ah!, está en México, pero creo que vuelve en estos días.

—¡Bravo! Mañana les haremos una cena a ti y a tu hermana. Invitaré a hombres de pelo en pecho! No a hombrecillos como los que tú conoces o los que se pasean por París. Jóvenes que están dispuestos a morir. ¿Están de acuerdo?

—¡Claro! ¿La cena será en traje largo o traje de calle? —preguntó

Magdalena súbitamente animada, a pesar de que a través de las sombras me llegó su voz rara, pastosa, como si no vocalizara bien.

—Como tú prefieras, bonita. Pondremos música francesa. ¿Les gusta Piaf?

“Están dispuestos a morir.” A morir ¿por quién?, me pregunté. La conversación era incoherente. Escuché preguntar a Chantal:

—Si van a Suiza, pueden esquiar dos semanas. Podrían visitar a un gran amigo nuestro. ¡Es encantador! Te gustará, Madeleine, estoy segura... ¿Pueden ir este viernes? ¿Tienen sus pasaportes en regla? —preguntó Chantal con voz agitada.

—Sí, muy en regla —le dijo entusiasmada Magdalena.

—¿Este viernes? ¡Oye! Tenemos que ver a ese señor —le dije a mi hermanita para recordarle la cita con el abogado.

Fue inútil. Magdalena no pensaba, actuaba bajo el primer impulso, era como si se hubiera colocado en una pista vertiginosa y nadie pudiera detenerla. Traté de distinguir los ojos de gato de Chantal y me pregunté: “¿Quién es?” Me volví a ver a mi hermanita a la que vagamente distinguía sentada junto a mí. “¿Y si ya se conocieran?”... “¿Y si me estuvieran engañando? ¿Haciéndome una broma?”

—Magdalena, ese viaje debe ser muy caro. Tú no piensas...

—Chantal las invita. Ése no es problema... —dijo la voz de Bruno surgiendo de las sombras.

La luz de la casa se encendió con brutalidad. Chantal brillaba como un ascua, Magdalena columpiaba su pie descalzo. Bruno sonreía satisfecho y el polvo y los huecos del salón se volvieron más peligrosos a plena luz. Yo fui la única que exclamó:

—¡Ya volvió la luz!... ¿Y Chantal viene con nosotras? —agregué recordando el viaje a Suiza al que nos habían condenado.

—Irán solas. Ella tiene muchos asuntos en París —explicó Bruno.

Chantal se levantó con viveza para ir a preparar un café.

—¿Cómo van las relaciones con su marido? —le preguntó Bruno a Magdalena. Ésta frunció el ceño, se volvió a mí:

—¿Cómo van? Tú ¿qué opinas? —me dijo.

—¿Yo?... yo no opino. No lo conozco.

—¡Increíble! De verdad que son encantadoras. ¿Cómo que no conoces al marido de tu hermana? —y Bruno se echó a reír.

En ese momento reapareció Chantal con una bandeja en la que humeaba una cafetera llena y varias tacitas pequeñas.

—Chantal, la hermana no conoce al marido de Madeleine —anunció Bruno.

Bebimos el café. El salón giraba de pronto y luego volvía a quedarse quieto. “¿Qué me pasa?”, me preguntaba, al mismo tiempo que las palabras de Chantal me llegaban absurdas: “Les gustarán los ‘parás’, son guapísimos. ¿Te gustan los militares?” Contesté que me encantaban y que si Magdalena hubiera sido hombre hubiera sido un general mejor que Napoleón.

Fue entonces cuando decidieron llevarnos al hotel. Una capa blanca de escarcha cubría las aceras desiertas. Su blancura me produjo llanto. No pude explicarme la tristeza que me invadió. Nos llevaron al Hotel Royal. Magdalena iba dormida. Chantal la despertó y su marido la ayudó a bajar del auto.

—Bruno vendrá a buscarlas a las ocho de la noche en punto — nos gritó Chantal.

Nos recibió el señor Gunther, que tuvo que llevarnos hasta la puerta de la habitación. “Bebieron... tengan cuidado.” Nuestro cuarto estaba tibio y recogido. Magdalena se desvistió en desorden, dando traspiés, llegó a la cama y cayó dormida bocabajo.

—Los franceses son maravillosos... Qué bonita es Chantal y Bruno es el típico industrial francés —dijo abriendo los ojos y volviendo a dormirse.

“¡Qué aventura!”, pensé y caí en el suelo en vez de alcanzar el colchón. Dormí con un sueño pesado, profundo, como si la inmensidad del mar hubiera caído sobre mí. Escuché que alguien me gritaba al oído, abrí los ojos para encontrarme con el rostro descompuesto de Magdalena:

—¡El lente!... ¡el lente de contacto se me ha ido al cerebro! Van a tener que abrirme la cabeza, ¿dónde hay un médico?...

Pensé en el doctor Ugarte, pero estaba en Chihuahua. Magdalena buscó en su bolso hasta encontrar un carnet de direcciones, buscó un número y lo marcó.

“¡Qué catástrofe! ¡Una operación cerebral!”, me dije.

—Doctor Jacques, soy Magdalena...

La escuché exponer su problema, luego protestar:

—Qué me dice, ¿que la cuenca del ojo no comunica con el cerebro?

¡No!, no estoy borracha...

Oí cuando el doctor colgó el teléfono.

—¿Qué opinas? Me llamó ignorante y me acusó de estar borracha... Y ¿dónde está mi lente?...

El cuarto me daba de vueltas, apenas entendía lo que le pasaba a Magdalena.

La vi correr al baño, se colocó frente al espejo, se abrió el ojo como si fuera a sacárselo. Lo hizo girar, mientras preguntaba: “¿Lo ves... lo ves?”

—¡Aquí está! Míralo, muy arriba...

Se puso la mano cerca del ojo, como si fuera una cazuela, lo hizo girar hasta sacarse lágrimas y cayó un vidrio redondo y pequeñísimo.

—Creo que debemos tomar clases de anatomía....

Apenas recordaba lo que me preocupaba antes de despertar sobresaltada con sus gritos. ¿Qué había soñado? No, no soñé, pensé durante el sueño. ¿Bruno el típico industrial francés? Y ¿por qué tenía esa marca de un navajazo desde la boca a la oreja? Bruno era el asesino enviado por Enrique...

—Magdalena, dormida pensé que Bruno y Chantal son gente sospechosa...

—¿Piensas dormida? —me interrumpió.

—¡Sí! y pienso muy bien. Tengo varios compartimentos en el cerebro: adelante con el que pienso lo que está pasando, otro más atrás, donde analizo lo que pasa, el tercero más atrás todavía, donde imagino lo que va a suceder y el cuarto que está al fondo, donde analizo lo que imagino que va a suceder...

—¡Eso es imposible! Nadie tiene tantos compartimentos en la cabeza, ni siquiera Napoleón que era un genio y dictaba ocho cartas al mismo tiempo.

—Pues yo los tengo. Y pensé que debemos escondernos de Bruno y Chantal. Son gente sospechosa...

—Bueno...

Me lanzó una mirada somnolienta, se arropó y dijo: “El que inventó la cama era un genio”. A los pocos minutos la escuché dormir. Yo la imité.

Nos despertó el teléfono. Era Bruno, quería saber si habíamos dormido bien y recordarnos la cena de esa noche. Magdalena me miró asustada.

—Tienes razón. No son trigo limpio. ¿Por qué nos llamó tan temprano?

—Yo no voy. ¡Hay que huir!

—¿Huir?... ¿Adónde?...

La desvelada nos invitaba a seguir durmiendo, pero era necesario el equipaje y salir en busca de un hotel. La ropa interior de mi hermanita era de seda y encaje, “es ropa de casada”, me dije mientras la sacaba de los cajones de la cómoda. Me probé una bata blanca hecha de encajes y me miré en el espejo. “Te la regalo” escuché decir a mi hermanita. Ordenó el desayuno, estaba pensativa.

—¿Sabes que voy a pedir auxilio? —me dijo y marcó el número de teléfono de Gilles. La escuché hablar con él, ¡por fin lo había encontrado! La llegada de Gilles acompañado de su amiga Zita me dejó indiferente. Era un hombre alto, flaco, de ojos azules y sonrisa irónica. Su amiga era bajita, gorda, en vez de traje iba metida en unas mallas negras y calzaba tacón muy alto. Su manera de vestir y la abundancia de sus cabellos negros y sueltos me dejaron atónita. Escuché a Magdalena relatar la aventura de la noche anterior omitiendo muchos detalles. Casi la redujo a que una pareja elegante nos había invitado a cenar. Gilles la escuchaba escéptico.

—Son gente sospechosa, aunque no me crea, Gilles.

El hombre hundido en un sillón preguntó con burla.

—¿Sospechosos porque las invitaron a su casa?

—Sí, Estefanía lo descubrió dormida.

Gilles se volvió a verme con sus ojos de color violeta.

—¡Ah!, durmieron con ellos...

—¡No! Estefanía lo descubrió dormida...

—Eso vuelve el asunto más picante, apenas está usted conociendo París.

Magdalena se puso furiosa.

—Ustedes los franceses son unos depravados. No se trata de eso.

—Pues ¿de qué se trata?

—Ya se lo dije: dos sospechosos nos invitaron a cenar esta noche. Lo demás no se lo digo, lo prometí.

—No veo la gravedad, un matrimonio elegante las invita a cenar hoy en la noche y eso ¿qué significa? ¡Nada! Los sudamericanos son fantásticos. Esa pobre pareja es sospechosa porque Estefanía lo soñó... —Gilles se echó a reír.

Se dirigió a su pareja y le preguntó:

—Zita, tú ¿qué opinas? ¿Crees que sean terroristas?

—Es muy probable —contestó su amiga.

—¿Terroristas?... ¿terroristas de quién? —preguntó Magdalena.

—No lo sabemos, pueden ser de la OAS o del FLN —contestó Gilles con cinismo.

—¡OAS o FLN! No se imaginen tonterías. Los franceses están obsesionados con la cama y con los terroristas —exclamó disgustada Magdalena.

—¡No discuto tonterías! Usted me llamó porque dice estar en un grave peligro. ¿Adónde quiere que la lleve? —preguntó Gilles con sequedad.

—¡Gilles!, les propongo que en vez de ir a esa cena con los terroristas se vengan a la fiesta de los *beatniks*. ¿Qué les parece? —nos preguntó Zita.

—¿Qué cosa son los *beatniks*?

La pareja nos explicó que los *beatniks* era un nuevo grupo norteamericano que estaba cambiando la literatura, la pintura, la poesía y las costumbres. Una especie de surrealistas jóvenes que hacían furor en París.

—¡Hum!, bohemios. *Plus ça change plus c'est la même chose...* —contestó mi hermanita con desprecio.

El teléfono anunció que el señor Bruno pedía permiso para subir a nuestra habitación. Magdalena contestó: “¡Por supuesto, que suba!” Gilles la miró sorprendido y Bruno en persona llamó con los nudillos a la puerta.

—¡Bruno! —gritó Magdalena al verlo, como si su presencia la llenara de alegría.

Bruno vestía un suéter de cuello de tortuga. No traía americana. Con una mano enguantada sostenía el otro guante. Al ver a Zita y a Gilles, la sonrisa que iluminaba su rostro desapareció, para adoptar una expresión de disgusto.

A la luz del día parecía muy viejo, muy derrotado. Magdalena y yo lo miramos con pena. ¡Lo habíamos traicionado! Nos sentimos culpables y él se dio cuenta de nuestro embarazo. Se quedó de pie en medio de la habitación sin saber qué actitud tomar. ¡Carajo!, qué mal me sentí. En la casa nos repetían: “No juzguen a nadie”. Hubiera querido que la tierra me tragara para que Bruno no se diera cuenta de cómo enrojecí en su presencia.

—Bruno te presento a... al novio de Estefanía y su hermana —dijo Magdalena presentándolo con Gilles y con Zita.

¿Cómo se le ocurrió semejante barbaridad? Gilles y Zita no se parecían en nada. Bruno apenas si les tendió la mano.

—¿Se mudan? —preguntó desolado señalando las maletas abiertas.

—No, no, buscábamos unos papeles...

—Siéntate, Bruno —le dije señalando una silla cubierta con trajes. Los quité de un golpe y los arrojé a la cama. En ese momento me sentía más próxima a él que a los amigos de Magdalena.

Bruno se sentó como un autómatas. Era terrible haber desconfiado de él. ¡Parecía tan desamparado! Ni Magdalena ni yo éramos capaces de sostener una conversación con él después de lo que habíamos dicho y sospechado. Yo tenía la culpa. ¿Por qué sospechar de dos personas amables que no nos habían hecho ningún daño? Vi que Gilles y Zita lo observaban con hostilidad y temí que le dijeran algo desagradable.

—Buscábamos los trajes que llevaremos a tu cena —dijo Magdalena que también sintió el peligro de una agresión.

—¡Claro! Lo prometimos o ¿no es así? —dije fingiendo alegría.

—Entonces, ¿no vienen a nuestra fiesta? ¡Eso sí que no lo permito! Si no vienen se acabó la amistad —amenazó Gilles.

—¡Pues se acabó! No me gusta que nadie se me imponga —dijo Magdalena.

—Madeleine... Madeleine, prometiste...

—¡No prometí nada! —interrumpió a Zita.

—Las mujeres son insoportables... son seres irracionales. ¡No volveré a verla, Madeleine! —amenazó Gilles.

—¡Usted es un egoísta! Bruno nos invitó antes.

Bruno triunfante se puso de pie, miró a Gilles casi con hostilidad, se despidió como un vencedor y se dirigió a la puerta. A la luz del día lo vi muy viejo; la cicatriz en su mejilla se había convertido en un surco oscuro y profundo.

“¡Qué bajito está! Anoche era muy alto”, me dije con pena. ¿Qué le había sucedido? Ya me ha ocurrido ver a una persona una vez y al volver a encontrarla, ver que ha cambiado de estatura, de color y de peso. Ignoro a qué se deba. En esa ocasión, al comprobar que Bruno se había hecho tan chiquito, me sentí directamente responsable y sentí una gran pena. Escuché que Gilles y Zita hacían juicios adversos de él.

—¡Es un pobre diablo! Un gigoló barato. No pueden ir a su fiesta...

—De día no luce... pero claro que vamos a su cena.

—Hagan lo que quieran. Les dejo este teléfono por si necesitan auxilio. Yo no iría con los miembros de la OAS ni con los del FLN —exclamó Gilles. Cogió un papel y apuntó el teléfono y la dirección de la casa donde iba a efectuarse la fiesta para los *beatniks*. La pareja se fue casi sin despedirse.

—¡Estoy harta de que me den consejos! Y basta que alguien me diga que no haga tal cosa, para que me empeñe en hacerla. ¿A qué se deberá?

—No lo sé, a mí me pasa lo mismo —le confesé a mi hermanita.

—Mira, en la vida hay que actuar primero y pensar después. De lo contrario te quedas inmovilizada. Imagínate si Cristóbal Colón se hubiera quedado pensando en que podía ahogarse en el mar, ¡pues no hubiera descubierto América! O si Napoleón se hubiera sentado a pensar que podía perder las batallas, pues tampoco hubiera conquistado Europa. ¡Y esos timoratos quieren asustarnos!

Mi hermanita tenía razón: había que ser vertiginosa, rápida, ir a todas partes, tomar riesgos, conquistar, conocer gente, países, en fin, ser algo así como una heroína de película. ¿Acaso Rosa y yo no habíamos tomado riesgos para descubrir quién era doña Justa?

—Duérmete un rato y no pienses con el último compartimento —

escuché decir a Magdalena.

Tenía que dormir un rato para estar bonita para la fiesta. No deseaba confesármelo a mí misma, pero Bruno y Chantal me daban miedo. ¿Por qué sabían que Magdalena era casada? ¿Por qué salieron del restaurante a detenernos? ¡Cuántos misterios! Estábamos solas y los amigos de Enrique nos acechaban. Gilles no me daba confianza, era él quien le había vendido la casa de Marat a mi hermanita, me dijo Magdalena en ese momento justo.

—¿Por qué no escribiste nunca? —me atreví a preguntarle después de su confidencia acerca de Gilles y aprovechando la semioscuridad del cuarto.

—¿Estás loca? Enrique me lo tenía prohibido. Él recibía su correspondencia no sé dónde. En los hoteles preguntaba si teníamos carta. ¿Te imaginas lo que le hubiera sucedido a mi papá si le dicen: “Hay carta para la señora”?

Me volví a mirar la pared para olvidar el desorden en el que vivíamos. Me quedé dormida. El teléfono nos despertó, era Bruno que venía a buscarnos para ir a la cena.

—¡Eh!, parece que van a una boda en Saint Honoré D’Eylau —nos dijo al vernos aparecer en el *hall* del hotel. También él venía de esmoquin.

En el camino me invadió el miedo.

—Bruno, ¿eres católico? —le pregunté.

—¿Te interesa saberlo?

—No sé, hay tantos ateos... ésos son capaces de todo..

—Sí, por eso son tan eficientes —contestó con una voz tan dura que me sobresaltó.

Me arrepentí de haberle hecho la pregunta que no me contestó. ¿Y si fuera un terrorista como nos dijo el imbécil de Gilles? En el momento en que se abrió la puerta del edificio que daba al puentecillo, le pregunté:

—¿Quiénes son los “parás”?

—Son unos jóvenes que se baten por sus ideales...

Tampoco era clara su respuesta. En el instante en que entramos en el piso tuve la impresión de entrar en un apartamento distinto: había una consola con dos lámparas blancas encendidas, ramilletes de flores y un

banquillo largo forrado de seda azul. La puerta del salón dejaba escapar una música suave y una luz brillante. No reconocimos el salón. Sobre el gran sofá colocado frente a la chimenea había pieles de color miel, un gran fuego crepitaba en el hogar, en la mesita en la que la víspera quedaban sólo los restos de una azalea muerta, había ahora un tiesto con una azalea cubierta de flores blancas. El librerito estaba lleno de libros. En los ángulos del salón había algunos sillones forrados en raso de colores pastel. Al fondo hacia la izquierda, una gran mesa redonda cubierta por un mantel blanco y servida con copas de cristal, vajilla de porcelana y cubiertos de plata esperaba a doce comensales. El aire tibio y perfumado del salón nos envolvió. En el sofá, una señora de cabello corto, mirada triste y ademanes lentos, esperaba. Bruno nos presentó con ella. Se llamaba Lucy. Nos tendió la mano casi sin mirarnos.

—¿Chantal? —preguntamos disimulando la sorpresa producida por aquel cambio en la decoración. “Esto sólo pasa en las películas. ¿Quiénes son estas gentes y por qué hacen esto?”, me pregunté. Chantal apareció con dos copas en la mano, que nos tendió. Estaba preciosa con un traje de gasa corto de color miel. ¡Malhaya, y nosotras íbamos de largo! Fue idea de mi hermanita. Pero Chantal no estaba alegre, algo había cambiado en ella. Bruno junto a la chimenea permaneció cabizbajo. Lucy bebió su martini mirándonos con severidad.

—Bruno, ¿llamaste a los amigos? —preguntó.

Bruno salió al vestíbulo y yo vi que el teléfono se hallaba colocado cerca de la mesa servida. El ambiente era otro, ya no nos era favorable.

—Magdalena, anoche nos engañaste. Olvidaste decirnos que tu hermana es novia de ese muchacho... —se quejó Chantal.

—¿Novia? ¡No! Estefanía no tiene novio... Es decir, sí tiene, pero no es nada serio. ¡Pobre Gilles, es tan insignificante! —contestó enrojando hasta la raíz de sus cabellos platinados.

—También olvidaste decirnos que estaban invitadas a una *cocktail party*.

El rubor atravesó el maquillaje de Magdalena. ¡Me dio pena verla! De pie frente a Chantal, con la copa en la mano, tratando de balbucir alguna disculpa.

Lucy sonreía. Me sentí incómoda. No éramos bienvenidas. ¿Qué había sucedido en esas horas que nos separaban de la víspera? Volvió Bruno, nos miró con sus ojos de perro abandonado y escuchó cabizbajo a Chantal.

—Tampoco nos dijiste que desconfiabas de nosotros. ¡Lástima!...

—¡Chantal! ¿Qué dices? ¿Que desconfío de ustedes? —protestó mi hermanita.

Chantal sonrió, le dio una palmada en la mejilla y aseguró que no importaba.

—Es natural, no nos conoces... —se volvió a Bruno.

—¿Hablaste con ellos?

—Tienen un problema que les impide venir. Piden disculpas, están desolados... —explicó el hombre.

Jugaba una comedia. Estaba arreglado de antemano que sus amigos no asistieran a la cena. ¿Por qué? Me sentí mal, pensé que era una imbécil, yo había arruinado la cena con los invisibles jóvenes. ¡Qué fracaso! Por una vez que iba a conocer a jóvenes franceses. La mirada acusadora de Magdalena me decía a gritos: “¡Estúpida!” Había arruinado una reunión agradable y una amistad importante. “Los ‘parás’ ino vienen!” y me entró un gran mal humor.

—Cenaremos ahora mismo —ordenó Chantal.

Con gesto preocupado nos indicó los lugares que debíamos ocupar en la mesa.

Los siete lugares vacíos de los siete invitados ausentes eran un reproche insoportable. La cena se convirtió en un duelo silencioso. El disgusto reflejado en los ojos translúcidos de Chantal nos impedía probar bocado. Observé sus párpados rubios parecidos a los de las damas del Renacimiento. Me invadió una gran pena por haberla defraudado. ¿Qué esperaba de nosotras la noche anterior? Ya no nos lo diría jamás. Lucy habló de restaurantes a la moda y de los trajes. Chantal habló de sus perfumes favoritos.

—A mí me gusta Femme de Rochas... —dijo Magdalena.

—Es muy pesado para ti. Eres muy joven, deberías usar Diorísimo, está hecho de *muquet* —le aconsejó Chantal.

Ni Bruno ni yo dijimos una sola palabra. El ambiente era melancólico y mi hermanita, a pesar de sus repetidas sonrisas, no logró animarlo. Al terminar esa cena silenciosa, Chantal exclamó:

—¡Bruno! Hay que llevar a estas chicas a su fiesta.

Nos llevaron en auto a la dirección dada por Gilles. El coche se detuvo frente a las ventanas de una casa vieja de la que salían alaridos y una música estridente. Nos bajamos asustadas.

—¡Ojalá que no las metan en algún embrollo! —nos dijo Chantal.

—¿Qué clase de embrollo? —preguntó Magdalena.

—No sé, querida. De terrorismo o de drogas —contestó y el auto arrancó con violencia.

Nos quedamos en la acera sin saber qué hacer. Opiné que lo más prudente era irnos al hotel.

—¡No! Chantal nos quiso asustar —me contestó Magdalena.

Con suavidad se dirigió a una ventana, se puso de puntillas y trató de mirar al interior de la casa ruidosa y semiapagada. La imité. Adentro se movían grupos de desarrapados, que simulaban bailar con aquella música horrible. Parecía que todos estaban borrachos. Nos descubrió un hombre de cabello encrespado y mejillas lívidas, que empezó a hacernos gestos y a invitarnos a entrar. Magdalena y yo salimos huyendo.

Una vez en el hotel nos echamos vestidas en la cama. ¡Qué depresión! Nunca nos habíamos sentido tan mal.

—Hoy es sábado. ¡Sábado glorioso, te lavo, te plancho y te coso! —dijo Magdalena con nostalgia.

Lo mejor que podíamos hacer era meternos en la cama y no volver a salir.

Así evitaríamos los embrollos en los que nos podían meter Gilles y sus amigos.

Nos quedamos en el cuarto escribiendo cartas a la familia. La calle era inmunda, con tantos policías y tantos malvivientes.

Supimos por el mozo que nos trajo la cena a la habitación que había habido un encuentro terrible entre manifestantes y policías. Agregó que había habido varios muertos y que el gobierno prohibía asistir a su entierro.

—¿Quiénes eran los manifestantes? —preguntó Magdalena.

—Los del FLN para protestar contra la bomba que pusieron los de la OAS en la casa de Malraux y que dejó ciega a una niña —contestó el hombre.

Obedecimos al camarero y nos quedamos en la habitación. Las fotos de los periódicos de los policías aplastando a los manifestantes contra las rejas del Metro nos convencieron de que debíamos quedarnos quietas. Por los mismos diarios supimos que fueron millares de personas al entierro a pesar de la prohibición del gobierno. Me pareció escandaloso que sólo llevaran flores rojas a un entierro. “El rojo es el color de los comunistas”, me dijo mi hermanita.

Estaba harta de los comunistas y de los anticomunistas. Tenía nostalgia de mi casa. Me pareció que me llegaba el perfume de la lluvia cayendo sobre el jardín y creí escuchar la voz de mi madre: “¡Se está mojando la ropa!”, al tiempo que cerraba las ventanas. ¡Qué chubascos caían después de las tormentas de polvo! Y qué limpia quedaba la calle. Los charcos se evaporaban con velocidad y su vapor olía a madreSelva. Era necesario volver. “¿Cómo se llamaba la tienda de Insurgentes donde comprábamos los pollos asados?” No pude recordarlo. Era alarmante, la ciudad se me borraba como un sueño. Sólo recordaba mi casa, la lluvia y los truenos terribles. ¡Ah!, y la casa de doña Justa, pero ya no vivía ahí. Cuando regresara sería una extranjera. Vivíamos en el Limbo o más bien en Babia, como nos decían Marta y Loreto cuando tardábamos en levantarnos de la cama.

Nos subieron una carta de México. Era de Rosa.

Querida Estefanía:

Después de la visita de doña Justa, Alvarito y yo quisimos saber si era verdad que Enrique ya se había ido de México. Pero ¿cómo sorprenderlo si no conocíamos la dirección de doña Justa? Se nos ocurrió que Raquel podría decírnoslo. Sin decir nada en la casa la fuimos a buscar. Llegamos en la tarde y su puerta estaba sellada con unos papeles. “Aquí hubo tifus”, me dijo Alvarito. “No fue el tifus”, nos dijeron los mocosos que nos habían seguido en el patio. Una vecina se acercó para decirnos: “¿Qué no saben que la mataron hoy hace ocho

días?” “¿Quién la mató?”, preguntamos. “Pues su asesino pasó a degollarla y nadie, nadie oyó nada. ¡Pobre doña Raquel! Parecía que veía venir su triste fin. Se quedaba agachadita pensando. La encontramos con el pescuezo rebanado en tamaño charcazo de sangre, que corría hasta afuera. Vino la policía y recogió el cuerpo, hicieron las investigaciones y sellaron la puerta. Se llevaron como sospechosa a doña Gloria, la del siete, porque era la que le preparaba la comida. Hasta ayer no la soltaron por falta de pruebas.” Alvarito y yo nos sentimos mal y nos fuimos. ¿Te imaginas la sangre corriendo por debajo de la puerta? Yo creo que fue la heroína de Dostoievski y compañía. El susto nos hizo confesarle todo a mi papá. No pudo creernos y él mismo fue a la vecindad a preguntar por doña Raquel. No sabes en qué estado volvió. Durante varios días no vino a comer para no encontrarse con doña Justa. Alvarito y yo decidimos descubrir dónde vive y fuimos a ver a las madres. Ellas se presentaron en la casa de Coyoacán y dijeron que la querían alquilar y las mandaron con la dueña. ¿Sabes dónde vive? Y luego dicen que el crimen no paga. Las madres supieron que Enrique ya se fue a París y que María Ema se va en estos días. La mandan sus papás porque no quieren que se case con el hijo del dueño de la tienda de abarrotes El puerto de Santander. Quieren algo más elegante. Es que doña Justa y Luis María ahora salen en Sociales. Mi papá dice que la única manera de librarnos de doña Justa es yéndonos a Chihuahua. ¿Qué opinas? Después de lo de Raquel, deben sentirse en un grave peligro, de modo que anden con cuidado. Todas las noches rezamos por Raquel. Ustedes hagan lo mismo. Perdona esta triste carta y recibe todo el cariño de tu hermana,

Rosa

Terminé la lectura y me volví a ver a Magdalena que se había puesto más blanca que una pared.

—¡Hay que tomar aire! ¡Aire! —exclamó Magdalena.

En la calle nos encontramos con Gilles y Zita instalados en la terraza de un café. Iba como de costumbre, con sus mallas negras y sus tacones altos. Me dio vergüenza sentarme a su mesa, pero nos sentíamos tan mal

después de la carta de Rosa, que todo era mejor a estar solas. No quería pensar en Raquel. Ni tampoco en lo que podía sucedernos. Escuché que la pareja discutía con Magdalena.

—¡Ya estuvo bueno de insultar a la Iglesia católica! —dije furiosa.

—Estefanía, no quisimos lastimarte —gimió Zita acariciándome una mano.

—¿Te gustaría que yo insultara tu religión protestante? —le dije.

—No soy protestante, soy judía. ¿Te molesta? Mi padre es muy pobre, huyó de Polonia cuando Hitler —me dijo con voz melancólica. Y agregó—: Es sastre... un pobre sastre...

—¿Sastre? ¡Dios mío! —exclamé recordando a doña Justa.

No todos los sastres podían ser tan perversos como doña Justa. Como nunca había conocido a una judía que hubiera huido de Hitler, me hice gran amiga de ella. Quería enterarme de lo que había sido el hitlerismo, pero Zita no recordaba nada, pues cuando sus padres huyeron ella era muy chica. Nuestra amistad la llevó a invitarnos a comer al estudio en el que vivía con Gilles. ¡Qué estudio, bohemia pura! Sólo había sillas de playa y un catre de campaña. En los muros clavados con chinchas carteles de teatro y fotos gigantes de actrices. Gilles y Zita no estaban casados, eso me escandalizaba un poco, los veía beber del mismo vaso, fumar el mismo cigarrillo y darse largos besos en la boca a la mitad de la comida. No se lo dije, pero prefería el amor estilo Hortensita y Gustavo. Gilles era escultor y en medio del estudio tenía una figura de yeso enorme, que carecía de forma y a la que él llamaba: *La Libertad encadenada*. Ante ella temía estallar de risa.

—Oye, ¿crees que Gilles es un artista? —le pregunté a Magdalena.

—Sí, aunque haga porquerías. ¿Crees que no se necesita talento para inventar tamaños disparates? A ver, inventa tú algo parecido —me contestó mi hermanita.

¡Qué carta recibimos de Rosa! Nos sumió en la más negra tristeza.

Querida Estefanía:

¡Qué vida la nuestra desde que se casó Magdalena! Te conté que mi papá no nos creyó lo de Raquel y que él mismo fue a la vecindad para

saber hasta dónde era cierta esa enormidad. Gloria, la vecina de Raquel, le contó el crimen y le dijo que Luis María le dejaba dinero para comer. Hasta ahí todo iba más o menos bien. Pero la otra mañana se presentaron dos señores preguntando por él. Les dije que llegaba a la una y dijeron que lo esperarían. Los hice pasar al salón. ¡Muy correctos! Después me di cuenta de que preguntaban como sin preguntar, por todos nosotros. Cuando llegó mi papá, los dos le saltaron y dijeron: “¡Policía!” al mismo tiempo que le enseñaban unas placas. Mi papá no entendió nada. Hermelinda le avisó a mi mamá: “Ya llegaron los de la Secreta por el señor”. Mi mamá casi se desbarranca por la escalera. En ese momento llegó doña Justa. Negra como una torre, quiso meter su cuchara y los policías le dijeron: “Sospechoso de asesinato”. ¡Así como lo oyes! Según ellos mi papá degolló a Raquel. Dijo que la noche del crimen la pasó aquí en su casa y eso no le sirvió de álibi. Se supo todo, que tú y yo visitamos a Raquel y que ella nos estaba llevando por el mal camino, por eso la mató mi papá. Se lo llevaron a la comisaría para interrogarlo. También nos llevaron a Alvarito y a mí. Confesamos que estuvimos en su casa. Nos hicieron no sé cuántas preguntas y nos dejaron ir. Pero mi papá siguió allí. Al día siguiente doña Justa llegó puntual. “¡Ay, qué horror, el señor acusado de asesinato! Señora, ¿qué no tendría sus dimes y diretes con esa mujer?”, le preguntó a mi mamá. A mi mamá le dio tanta rabia que llamó a sus hermanas. Llegaron todas mis tías acompañadas de sus maridos. Nos echaron del salón después de decirnos: “Hijos desobedientes, libertinos, visitantes, éste es el resultado de la educación comunista que se imparte en México. ¿Cuántas veces se les ha dicho que la discreción es indispensable en la vida de una persona honorable?”

Nos echaron del salón para deliberar con mi mamá. Al día siguiente llegaron con mi papá. Si lo ves no lo reconoces. Barbón, con el traje arrugado, ¡un desmadre! Mis tíos buscaron a sus amigos de “arriba” y juraron que la noche del crimen mi papá había estado jugando al ajedrez con ellos. Ahora la policía tendrá que buscar al verdadero asesino. Doña Justa dijo: “¡Hum!, este crimen no quedó resuelto y la

policía nunca quita el dedo del renglón”.

Mi papá ha cambiado de plan, va a vender la casa en secreto y nos vamos a ir a El Paso, Texas, con Marta y con Loreto. ¡No lo digan! Por supuesto que mi papá no dijo que Luis María le mandaba dinero a Raquel, entonces sí que nadie lo hubiera podido sacar de la comisaría. La vecina Gloria declaró que sólo vio a mi papá el día que fue a preguntar por Raquel. Ya les conté todos los horrores. Cuídense mucho y escriban. Les manda un beso su hermana Rosa.

“P. D.: Un policía le dijo a mi tío Bernardo que hubo una delación contra mi papá. ¿No sospechas algo? Me da miedo escribirlo, de doña Justa. ¡Qué mala es la gente! Basta ver cómo asesinan a tanto animal para comer. Yo me he hecho vegetariana. ¡Pobres vaquitas inocentes, las degüellan como a Raquel!

Rosa

—¡Y tú, idiota, que quieres volver a México! ¿Ves cómo yo tenía razón?
—gritó Magdalena al terminar de leer la carta.

—Tiene razón Rosa. ¡Pobres vaquitas! —le contesté.

El domingo que llegó Zita a invitarnos a cenar en la casa de su amigo el ingeniero Pinsent, me fastidió. No tenía ganas de ver a desconocidos. Magdalena también estaba triste y puso reparos para aceptar la invitación. Zita pareció resignarse, se echó en la cama para conversar con su pereza acostumbrada.

—Ya sabía que no iban a aceptar. No fueron a la fiesta de los *beatniks*, las estuvimos esperando —nos dijo con un tono ligero de reproche. Nunca había comentado nuestra ausencia y nos sentimos culpables. No supimos qué decir.

—¿La fiesta con Bruno estuvo muy elegante? —preguntó displicente.

—Sí, pero se terminó enseguida. Cenamos y nos fuimos —dije.

—¿Y había mucha gente?

—No, nada más nosotras, dos señoras y Bruno...

—¡Ah!, ¿y ahora tienen otra fiesta con ellos?

—¡No! No los hemos vuelto a ver. ¿Crees que por ellos no queremos ir a tu fiesta? ¡Qué tontería! Vamos —le dije a Magdalena.

Mi hermanita había olvidado el incidente de los *beatniks*, pero al ver que le había dolido a Zita, aceptó ir a la cena de su amigo.

El ingeniero Pinsent vivía en una avenida próxima al Arco del Triunfo. En un edificio de lujo. Dos jóvenes de rostro alegre y en mangas de camisa nos abrieron la puerta, besaron a Zita y nos llevaron a un saloncito en el que sólo había un sofá de cuero negro destripado. Nos sentamos y los muchachos desaparecieron. Zita se fue con ellos cerrando la puerta tras ella.

—¡Carambola!, como diría mi tía Leticia. Todos los franceses viven en casas vacías —le dije en voz baja a Magdalena.

—Sí, ¿verdad? ¿Sería una nueva moda?...

Hasta el saloncito cerrado llegaban los timbrazos de varios teléfonos, carreras, pasos y voces sofocadas. Se diría que estaban organizando una mudanza. Tal vez Zita se había equivocado y los dueños se estaban cambiando de casa. Era raro que nos hubieran encerrado en aquel cuarto tan estrecho. Al cabo de una hora de espera nos faltaba aire. Me puse de pie para no caer dormida y de pronto tuve la necesidad de irme de allí. Me dirigí a la puerta.

—¿Te vienes o te quedas? —le pregunté a Magdalena. Podíamos salir de la casa sin que nadie lo notara. Magdalena se puso de pie y ambas salimos al vestíbulo, en donde encontramos a dos jóvenes que cargaban un bulto enorme.

—¡Pinsent! ¡Tus amigas se van! —gritaron.

Nos detuvimos confusas en nuestro camino hacia la puerta de entrada. Al llamado de los muchachos, apareció por el fondo del vestíbulo un hombre alto en mangas de camisa, sonriendo, con los brazos tendidos hacia nosotras. Tendría unos cuarenta años. Nos dio de besos en las mejillas.

—¡Perdonen! Estoy muy ocupado preparando la cena. ¡Hum! Adoro cocinar —dijo besándose las puntas de los dedos.

Detrás de él venía Zita sonriendo.

—¡Pinsent es formidable! —exclamó entusiasmada.

Pinsent y Zita nos tomaron del brazo, colmándonos de elogios, nos llevaron al saloncito, nos rogaron esperar unos minutos y desaparecieron.

Esperamos otra buena hora. Me puse de muy mal humor y volví a salir al vestíbulo donde no encontré a nadie. Entré a un cuarto que daba al vestíbulo y vi a un joven inclinado, que estaba manejando una especie de telégrafo portátil. El joven se sobresaltó al verme.

—Tú, ¿no eres aficionada? ¡Es apasionante! —me dijo saltando a mi lado.

Me tomó del brazo y me llevó nuevamente al saloncito en el que esperaba adormilada Magdalena.

—Espera, voy a llamar a Pinsent, no sé qué lío ha hecho en la cocina —me dijo y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Sacudí a Magdalena para despertarla.

—¡Oye, qué descortesos son los franceses! Nos tienen aquí encerradas hace dos horas. Yo me voy.

—Tienes razón... ¡qué raro! Tal vez hay alguien que no nos quiere ver o al que no quieren que veamos...

—¡Tú y tus historias de misterio!

Íbamos a reñir cuando reapareció Pinsent frotándose las manos y riendo.

—¡La cena está lista!

Nos cogió del brazo, se puso a cantar el aria de una ópera y cruzamos el vestíbulo vacío para internarnos por un pasillo que comunicaba con varias habitaciones desamuebladas en las que pude distinguir, en la penumbra, catres de campaña y periódicos tirados en el suelo. “¡Qué pelados, cómo viven!”, me dije disgustada. Pinsent nos condujo a un comedor con espejos enmarcados en plata, cortinas plateadas, ventanas altas y una mesa gigantesca con cubierta de cristal empotrado en un marco de plata maciza. En contraste con tanta plata, los cubiertos eran de estaño y los platos de porcelana barata. Sobre la mesa se acumulaban botellas de vino y de licores variados. No había ni una sola flor.

Los jóvenes en mangas de camisa acudieron en tropel, arrastrando sillas desiguales para sentarse alrededor de la mesa. Me pareció que tomaban la mesa por asalto. ¡Qué vocerío! Hablaban, gritaban y reían al mismo tiempo. Me pregunté cuál sería el motivo de su regocijo. En medio de tal bullicio no podía distinguir a ninguno de ellos. Me parecían el

mismo, riendo y hablando en mangas de camisa. Nadie se ocupaba de Magdalena ni de mí. Era como si no estuviéramos. Una señora mayor de formas sueltas y abundantes, cabello rizado y traje de color verde depositó unas fuentes enormes de plata sobre el cristal de la mesa. Pinsent la ayudó.

—¡Bravo! ¡La comida! —gritaron con júbilo los jóvenes haciendo ruido con sus tenedores sobre sus platos.

—¡Qué desorden! Es que apenas nos estamos instalando. ¡Muchachos, bajen la voz! No es una cena formal, sino una cena amistosa, para nuestros colaboradores —explicó la señora dirigiéndose a Magdalena y a mí.

Pinsent levantó una copa.

—Todos esperamos que se unan a nuestro grupo.

—¿Quiénes?... ¿Nosotras? —preguntamos al ver que Pinsent levantaba el brazo en dirección nuestra.

No supimos qué decir, sus palabras levantaron una algarabía cuando afirmó:

—¡Claro! Ustedes, las dos bellezas.

Magdalena y yo agradecemos su amabilidad, aunque no había manera de hacerse escuchar en medio de aquel alborozo despertado ante las fuentes rebosantes de pollos asados y patatas al vapor. “¡Qué banquete!”, exclamaban los jóvenes acariciando con los ojos los quesos, los vinos y la fruta expuestos sobre la mesa. La comida fue ruidosa, los jóvenes se chupaban los dedos, hacían buche con el vino y mantenían conversaciones cruzadas.

—Éste es el barrió más caro de la ciudad —escuché decir a la señora.

—No pienso quedarme a vivir aquí —afirmó Pinsent.

—La rubia y el jockey ¿ya saben que te mudaste? —preguntó un joven con aspecto más serio que los demás.

—No. Espero que no. Soy yo el que va a saber muy pronto dónde viven ellos.

Deben tener un escondrijo muy seguro, la casa de la rubia está cerrada —afirmó Pinsent.

Vi que Magdalena prestaba atención a sus palabras. Sin saber por qué

ambas pensamos que hablaban de Chantal y de Bruno. Preferimos guardar silencio y escuchar en medio de la algarabía aquel diálogo que nos pareció de mal agüero. Oí decir a Pinsent:

—No, no te preocupes. He visto un piso cerca del Bois, no tiene ruido y el aire es muy fresco.

—¡Cuidado! Las bestias se vuelven más peligrosas cuando se sienten heridas.

—¿Brindas conmigo? —me preguntó el joven que se hallaba a mi derecha.

Mecánicamente levanté la copa. Estaba molesta, pues el inoportuno me impidió escuchar la respuesta de Pinsent.

—¿Cómo te llamas? —insistió el muchacho.

Le di mi nombre completo y le pregunté el suyo, mientras me llegaba la frase:

“No hay cuidado, la rubia va a actuar muy poco. No le queda mucho tiempo.” Mi compañero contestó:

—Llámame Jack...

—¿Solamente Jack? —le pregunté.

—Espero que no me pidas mis títulos de nobleza —dijo con cierta grosería.

Observé su cabello ensortijado y su rostro pálido coloreado artificialmente por la bebida. No me gustó, tenía algo que discordaba con la aparente alegría de aquel banquete mal servido. “Debemos irnos. No sabemos quiénes son éstos”, me dije preocupada. Los otros hablaban en ese momento de automóviles, de velocidad y de kilometraje. No entendí por qué el kilometraje era importante. Magdalena parecía agobiada ante el vocerío. En el otro extremo de la mesa, Zita hablaba en voz baja con uno de los comensales. Me llamó la atención que no era un joven, con la cabeza inclinada hacia ella la escuchaba con atención, mientras se pasaba la mano entre la cabellera abundante y canosa. En medio de la conversación tumultuosa, escuché varias veces: “la rubia” o “el jockey” y me pregunté si también Zita hablaba de ellos. De pronto un hombre que no participaba en el comelitón entró con gesto rápido y preocupado, le hizo una seña a Pinsent y éste abandonó el comedor llevándose una

botella en la mano. “No me gusta esto”, me dije atemorizada. Magdalena había notado también la salida del dueño de la casa y me miraba interrogadora. Me puse de pie y exclamé con voz teatral dándome un golpe en la frente.

—¡Magdalena! ¡La llamada de México! ¡La olvidamos! ¡La llamada!...

Sin escuchar la baraúnda de protestas indignadas que levantaron mis palabras salimos de prisa de aquella casa que nos pareció más peligrosa que la de Chantal y Bruno. En la puerta, Zita hizo el último esfuerzo por detenernos.

—¡No es justo! ¿Qué va a decir Pinsent?

—Volveremos mañana o pasado, discúlpanos con él...



Una vez en nuestra habitación, nos miramos desconcertadas durante largo rato. Habíamos actuado como dos salvajes empujadas por un miedo súbito e inexplicable. “No me gustaron las alusiones a la rubia y al jockey, no sé si estoy loca, pero me parecía que se referían a Chantal y a Bruno y que las hacían adrede, para que nosotras escucháramos”, me confesó Magdalena.

—Por mi parte es la última invitación que acepto en París —le dije a mi hermanita.

—Y ¿qué harían todos esos hombres en mangas de camisa? —preguntó Magdalena intrigada.

Nos dormimos sin encontrar la respuesta. El martes los diarios anunciaron la captura del grupo de traficantes de armas más poderoso, en el domicilio del ingeniero Pinsent, el domingo por la noche. El grupo actuaba para el FLN Algunos de sus miembros habían logrado escapar. En la lista de nombres venían dos conocidos, el del ingeniero y el de Zita.

Releímos la noticia varias veces. ¿Cómo pudo Zita llevarnos a esa casa con los traficantes de armas? Recordamos sus súplicas para que no fuéramos a la cena de Chantal. Eran ella y Gilles los que nos dijeron que podían ser terroristas de la OAS o del FLN Sabían muy bien que no eran de la filial argelina, puesto que ella pertenecía a la organización de Pinsent. Estuvimos seguras de que “la rubia” y “el jockey” eran Chantal y Bruno.

Había que callar. Las palabras *subversivo*, *clandestino*, *subterráneo*, adquirieron una dimensión aterradora. Sí existían grupos que se movían en el “subsuelo”, como ellos decían. Y lo que era peor imataban! Bastaba echar una ojeada a los diarios. Ambos grupos se asesinaban entre sí. Decidimos no movernos del hotel.

—¡Y ese Gilles en vez de ayudarme a arreglar esa casa, me invita a reuniones de contrabandistas! —exclamó Magdalena con rencor.

—Hay que irse de París —le aconsejé.

¿Qué pretendían al invitarnos a aquella cena de conspiradores? Había dos respuestas, saber la dirección de Chantal y de Bruno, o bien, Enrique pertenecía a su grupo y pensaban que podían utilizarnos en alguno de sus negocios “sucios”, como había dicho el abogado. “Deben creer que estamos de acuerdo con Enrique”, concluimos. París estaba organizado en redes invisibles que trabajaban en secreto. Debían ganar mucho dinero a juzgar por la vida de millonario que llevaban Enrique y Pinsent. Los otros, Chantal y Bruno permanecían en el misterio. Magdalena trató de llamarlos por teléfono, fue inútil, el teléfono no contestó.

—Parece que se los tragó la tierra... ¿o estarán en la cárcel como Pinsent y sus amigos? —preguntó mi hermanita pensativa.

Era más prudente continuar en el hotel y no salir a la calle. Por la ventana contemplábamos el cielo bajo, color panza de burro, el edificio de piedra de la acera de enfrente y abajo en la acera a los policías patrullando con ametralladoras en la mano. A veces se nos ocurría que estaban esperando que saliéramos para echarnos el guante.

Cuatro días después del arresto de Pinsent, leímos en los diarios que él y sus amigos habían sido puestos en libertad. Se nos quitó un peso de encima, ya no éramos sospechosas.

Zita vino a visitarnos. No dijimos nada, la sorpresa nos dejó mudas y el silencio era más prudente. Por su parte, Zita no hizo ninguna alusión a lo sucedido. Se tendió en la cama como una odalisca para hablarnos de Gilles:

—El pobre Gilles es un timorato y un débil. La bondad lo convierte en un ser muy vulnerable. En la vida hay que tener más audacia. Yo creo que ha sido muy mimado por las mujeres... tiene un encanto loco. ¿Verdad,

Magdalena?

—Sí, es en verdad muy encantador —le contestó mi hermanita sin ninguna convicción.

“El amor es ciego”, me dije oyéndola hablar de Gilles en esos términos. Ordenamos un té con pasteles y Zita devoró los rellenos de crema al mismo tiempo que se quejaba de ser tan golosa.

—¡No lo puedo impedir! Me encanta comer —dijo suspirando.

Traté de descubrir en sus enormes ojos negros alguna traza de remordimiento por habernos llevado a aquella cena de subversivos, que nos pudo costar la expulsión del país, puesto que éramos extranjeras, pero no descubrí nada. Zita se condujo igual que siempre, como si nada hubiera sucedido. Se mostró apacible, sonriente, tranquila y su amabilidad me asustó. “Cree que no leímos los periódicos”, pensé. Se marchó a la hora de cenar; Gilles la esperaba, iban a una función de teatro muy divertida, nos dijo.

—¿Serán amigos de Enrique? —me preguntó mi hermanita una vez que nos hallamos solas otra vez.

—No lo sé... ¿qué quieres que te diga? Tú me contaste que Enrique vende armas y éstos también. Me preocupa que Bruno y Chantal también lo conocen. Habría que saber a quién se las vende, si a la OAS o al FLN —le dije.

—No creo que la OAS compre muchas armas. No ves que es una organización donde se dice que hay muchos militares —me contestó Magdalena.

—Entonces es evidente que se las vende al FLN y que Pinsent nos tomó por cómplices.

¿Qué podíamos hacer encerradas en el hotel? Poca cosa, bañarnos, vestirnos y miramos en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación. En mi casa sólo existían espejos en el tocador de mi madre y durante el día permanecían cerrados. En París el sol no salía nunca y su luz pálida me ponía melancólica.

—Es el 23 de marzo, ya llegó la primavera y esto sigue a oscuras —me quejé con Magdalena.

Una carta de Rosa me desanimó más de lo que estaba.

Querida Estefanía:

Nada se arregla. La acusación de asesinato que pesa sobre papá tuvo un efecto inesperado: lo llamó el director de la oficina y le dijo muy amablemente que no podían guardarlo en vista del “enojoso asunto” que le había caído encima. Le rogó que no se desanimara, pues cuando todo estuviera aclarado, contaría con su puesto de siempre... ¿Te das cuenta? Mi papá volvió a la casa a las once de la mañana y se encerró en su cuarto. No bajó a comer para no ver a doña Justa. Las madres nos repiten: “Las puertas del infierno no prevalecerán”. Y luego nos recomiendan que les digamos a ustedes que tengan mucho cuidado, pues María Ema y Enrique andan allá. Si a mi papá le han hecho esto del crimen, lo que serán capaces de hacerles a ustedes. Aprendí un proverbio árabe que dice: “Siéntate en la puerta de tu casa a ver pasar el cadáver de tu enemigo”. Para mí eso es muy largo, prefiero la acción directa. Las quiere mucho su hermana,

Rosa

Guardé la carta. Estaba furiosa con Magdalena y su matrimonio. Me bebí media botella de vino y pensé: “Si los amigos de Zita son traficantes de armas como Enrique, pensaron que éramos socias en potencia y nos invitaron. Entonces Enrique ya sabe dónde vivimos”. Se lo dije a Magdalena.

—¡Lógica de martillo! —contestó mi hermanita.

Había que actuar con rapidez, tramitar el divorcio inmediatamente y desaparecer. El abogado se mostró menos amable, tal vez por los plantones que le habíamos dado.

Les mandamos tarjetas postales con lugares históricos a toda la familia, encontramos también tarjetas con las caras de los revolucionarios. Ni siquiera la cara de un asesino mexicano se podía comparar a la de Marat. Me compré una con el retrato de Charlotte Corday y la puse sobre la chimenea.

—¿Por qué tiene a esa histérica? —me preguntaron Zita y Gilles.

—¿Histérica? Era la bisnieta de Corneille y la admiro porque mató al bicho en la bañera —contesté.

Gilles no dijo nada, prefirió dirigirse a Magdalena para continuar con ella una conversación sobre la arquitectura. Al irse cogió a Zita por los hombros y apenas si se despidió de mí.

Tuvimos la suerte de que toda la familia nos contestara. La más cariñosa fue mi tía Remedios que nos prometió: “Las veré en París de camino a China”.

—¡Mi tía Remedios se va a China! —gritó Magdalena.

No era broma de mi tía, tres años más tarde, cuando Lucero y Aurelia se casaron, ella se fue a evangelizar China. Tengo la impresión de que no le fue muy bien, pues estuvo siete años en la cárcel del pueblo. La familia la reclamó a través de las embajadas y del gobierno y volvió a México muy reservada pero con la enorme satisfacción de haber salvado a muchas almas.

Otra carta de Rosa nos volvió a deprimir. En ella anunciaba que mi papá ya no quería ir ni a Chihuahua ni al Paso, Texas, sino mucho más lejos, para librarse de doña Justa, que cada día estaba más poderosa y salía más en el periódico, en las columnas de Sociales. Nos alarmó que compartiera nuestra opinión “lo único que paga es el crimen”. Nos dio la pauta de su desengaño y nos pusimos muy tristes.

—No te preocupes, divorciada, nos iremos con ellos a los Estados Unidos —me consoló mi hermanita.

Inge volvió a París y bastó una llamada suya al abogado para que éste nos recibiera sonriente y amable. En unos minutos mi hermanita firmó todos los papeles del divorcio. “¡No! No los leo. ¿Para qué? Son términos legales que no entiendo”, le dijo al abogado Billaud, que nos dijo con severidad:

—¡Nunca!, ¡nunca!, firmen nada sin antes leerlo con sumo cuidado. En adelante, el divorcio irá sobre ruedas y pronto seríamos libres para irnos a reunir con la familia. Inge nos felicitó. Era mucho mejor promover el divorcio en Francia que en México, donde seguramente Magdalena lo perdería. Para celebrarlo, nos invitaron al cine ese domingo. Íbamos a ver una película de Marilyn Monroe, *The Misfits*, escrita por el marido de la actriz, Arthur Miller, un gran amigo de Inge y de su marido. Nos citamos en la puerta del cine.

A las cuatro nos sorprendió que no hubiera cola en un cine de estreno en los Campos Elíseos y sobre todo en un domingo. No sólo no había cola, sino que las calles estaban desiertas. En la sala éramos casi los únicos espectadores.

—Tuvimos suerte —contestó el marido de Inge.

A la salida, a las once de la noche, no había absolutamente nadie en la avenida. Nos despedimos en el rond-point de los Campos Elíseos y el marido de Inge comentó:

—¡Vaya! Se diría que los parisinos se pusieron de acuerdo para no salir hoy.

No encontramos taxi ni autobús y tuvimos que volver a pie al hotel. La ciudad estaba muy mal alumbrada y la soledad y la oscuridad nos obligaron a apretar el paso. Frente a la Cámara de Diputados, encontramos barreras hechas con ramas de árboles.

—¿Qué carajos pasa? ¿Adónde se han metido todos? —gritó mi hermanita furiosa, mientras nos abríamos paso entre las ramas.

—¡Yo qué sé...!

Nos echamos a correr por el Boulevard Saint Germain, que estaba casi a oscuras. Escondidos en los quicios de las puertas descubrimos a pequeños grupos de individuos siniestros que nos miraban pasar sin moverse. Al llegar a la esquina donde debíamos doblar para alcanzar el hotel, un ruido atronador de fin del mundo avanzó hacia nosotras haciendo cimbrar los cimientos de las casas. Despavoridas llegamos a la puerta del hotel. El señor Gunther nos abrió y entramos al vestíbulo apagado.

—¿Por qué salen en una noche así? ¿No saben que estamos esperando la llegada de los “parás”? Vienen de Argelia y van a tomar París —nos gritó.

—¿Los “parás”? —y nos echamos a reír recordando a Chantal.

“¡Qué imbécil fui! Ahora tendríamos amigos importantes”, me dije contrariada.

—¡Sí!, los “parás”, por eso el gobierno ha echado los tanques a la calle. Ése es el ruido. Vengan conmigo a escuchar las órdenes que están dando por la radio —nos dijo el señor Gunther.

No aceptamos su invitación. En el cuarto, Magdalena me abrazó con júbilo:

—¡Qué bueno! Ahora Enrique se irá de aquí y no volverá nunca. ¡Es un miedoso! ¡Ya gané el divorcio! —y dio saltos de alegría.

Nos sentíamos embriagadas ante la perspectiva de una guerra, no podíamos dormir; de pronto le dije a Magdalena:

—Oye, me parece que Inge y su marido son balines. ¿Cómo que son tan importantes y no sabían nada de la invasión?

—¡Es verdad!... qué cosa más rara... —contestó Magdalena enderezándose en la cama.

El ruido de los tanques había cesado y la calle apagada se quedó muy quieta. Nos levantamos a atisbar por la ventana, todo estaba oscuro, no se escuchaba ningún ruido, ningún tiro.

Por la mañana, Gilles nos telefoneó alarmado. Quería saber si habíamos tenido miedo y prometió venir por la tarde. Magdalena llamó a varias amigas suyas: “Acabo de volver a París...” les mintió. Una de ellas, Renée, nos invitó a comer a su casa.

A la una de la tarde llegamos al palacete de Renée. Un criado de librea nos hizo cruzar un gran vestíbulo del que partía una escalera de piedra blanca abierta como un abanico tendido. Asombrada, crucé con Magdalena varios salones silenciosos. El criado nos dejó en uno de ellos con grandes ventanas sobre una avenida sembrada de árboles en los que brillaban las primeras hojas de un verde tierno y luminoso. Ocupé un sillón pequeño y me dediqué a admirar los candiles de cristal, los espejos, la gran chimenea de mármol, el reloj de bronce rodeado de angelitos pequeños, las vitrinas en las que reposaban figuritas de Sèvres y de Meissen. Los muebles pequeños estaban distribuidos en estrados. El salón estaba entonado en verdes muy claros. Los cortinajes corridos eran de seda muy pesada. Me sentí cohibida ante aquel lujo palaciego. Iba a preguntarle a Magdalena: “¿Dónde conociste a Renée?”, cuando ella misma apareció en el salón. Venía riendo, con los cabellos cortos y oscuros en desorden. Tomó a mi hermanita por el talle e hizo una ronda con ella por todo el salón.

—¿Y tu marido? ¿Sabes que Ida lo encontró en el bar del Plaza hace dos

días? Parece que está muy triste. No te preocupes. ¡Está de moda abandonar a los maridos! Aunque el tuyo, según Ida, está desolado.

—Desolado.... —repitió Magdalena enrojeciendo visiblemente.

El mismo criado de librea entró para anunciar a las *mademoiselles* Ida y Nancy. Dos jóvenes elegantes entraron y se dirigieron a besar a Renée en ambas mejillas. Al ver a Magdalena se echaron a reír.

—¿Tú aquí? ¿Puedes decirnos dónde estabas? —dijeron ambas.

—Fuera de París... mi hermana Estefanía.

Ida y Nancy murmuraron algunas palabras de bienvenida. Me sentí cohibida. Ida se movía con displicencia, calzaba botas de charol negras y llevaba un traje gris de lana ligera. El maquillaje le agrandaba los ojos y le empalidecía la boca. Supe que su padre era miembro de la OTAN. Nancy iba de azul marino, tacón alto y una chalina blanca enredada al cuello. Era muy alta y su mirada azul era directa. Su padre era un diplomático danés y su madre una millonaria norteamericana. Fumaba con desenvoltura.

—¿Cuándo llegaste de Nueva York? —le preguntó Renée.

—Hace cuatro días. Por cierto que ayer me encontré a tu marido en el bar del Plaza —le dijo a Magdalena.

—¿Te vas a divorciar? —le preguntó Ida.

—No lo sé...

—Ve con cuidado. Aquí no hay con quien flirtear. Como no lleguen los “parás” nos quedaremos solteronas —le advirtió Renée riendo.

—No creo que lleguen esos superhombres. Tendremos que seguir bailando con las amibas que viven en París —contestó Ida moviendo impetuosa su pie calzado con la bota.

—¡Qué dices! Los “parás” llegan hoy o mañana —interrumpió Renée.

—¡Tiene suerte tu hermana! Nosotras tuvimos que cargar con los maricas de metro y medio que viven en París. ¡Qué bailes horribles! Pero estoy segura de que los “parás” no vendrán a rescatarnos —insistió Ida.

La entrada del padre de Renée me sumió en el colmo de la confusión. Me puse de pie y olvidé mi nombre, ante aquel señor alto, risueño y que era coronel de Spahis.

—Vamos a poner a Charlot en L'Ile D'yeu —exclamó mitad en serio,

mitad en broma.

—¿Quién es Charlot? —preguntó Magdalena.

Su pregunta fue acogida por un coro de risas y de exclamaciones.

—¡Cómo! ¿No sabes quién es Charlot? Es De Gaulle. Él provocó esta guerra estúpida, que se ha convertido en guerra racial. Antes de que él nos engañara la mayoría de los argelinos estaba con nosotros. ¿No sabes que hay miles de Harkis a los que están asesinando? —le dijo el coronel.

—No, señor coronel, no sé nada —contestó Magdalena.

Ida contempló al padre de Renée con desafío y encendió un cigarrillo. Su amiga Nancy, posesionada del sillón hizo lo mismo.

Durante la comida se entabló un duelo entre Ida, Nancy y el padre de Renée. Renée hizo bromas acerca del llamamiento de un ministro durante la noche para que el pueblo acudiera a defender París contra sus agresores y repartió armas.

—Se dio cuenta de que éramos nosotros los que habíamos acudido a su llamado y suspendió el reparto de armas —dijo el coronel riendo.

—¡A pie! ¡A caballo! ¡En bicicleta! Todos al campo aéreo a combatir a esos traidores, pidió el ministro —repitió Renée ahogada por la risa.

—Y los “parás” no llegaron —dijo Magdalena, que temía que dijera que habíamos pasado parte de la noche con Inge y su marido, amigos de Krouchev y de Mao Tse-tung. Qué diría aquel grupo elegante si lo supiera.

—No, no llegaron. Parece que los americanos se opusieron a su desembarco en París —contestó Nancy con suficiencia.

—Los norteamericanos son demócratas convencidos —afirmó Ida con voz pedante.

—No lo sé. En este caso los franceses somos los culpables. Nosotros con Lafayette llevamos la democracia a los Estados Unidos. En fin, espero que los “parás” lleguen hoy o mañana —dijo el coronel mirando con curiosidad a las dos amigas de su hija, que permanecieron impasibles, fumando y comiendo con desgano. Y que además parecían poseer secretos de Estado. Las dos muchachas volvieron la comida desagradable. El entusiasmo del coronel era aparente, en el fondo se sabía derrotado y la descortesía de Nancy y de Ida pareció sorprenderle.

—¡No!, no creo que vengan, señor coronel —le contestó Nancy que lo

miraba con ojos escépticos.

—Francia es una pieza más en el tablero internacional y me temo que el viento de la democracia sopla sobre el mundo entero —afirmó Ida con frialdad.

—¡El viento de la democracia! Querida, hace muchos años que ese viento sopla. En 1917 Inglaterra era aliada de Rusia y cuando el zar abdicó, el ministro inglés Lloyd George le envió un telegrama de felicitación al revolucionario Kerensky en estos términos: “El verdadero objetivo de esta guerra se ha cumplido: acabar con la autocracia y establecer un régimen revolucionario en Rusia”. ¡Una vergüenza y una deslealtad! Sin el enorme esfuerzo ruso, sin los millones de rusos muertos, Inglaterra y Francia hubiéramos perdido esa guerra. ¿No sabes, querida, que fue Rusia la que llevó todo el peso de esa guerra terrible? Y en el nombre de la democracia Inglaterra la estaba traicionando y la traicionó hasta el final.

—¡Señor coronel, Lloyd George tenía razón! Era necesario acabar con la esclavitud en Rusia —interrumpió Nancy muy exaltada.

—Querida, los rusos autócratas liberaron a los siervos antes que ustedes los demócratas norteamericanos liberaran a los negros —le contestó el padre de Renée.

—Eso habrá que comprobarlo —dijo Nancy enrojeciendo.

—¿También vas a comprobar que esta última guerra la hubiéramos perdido sin el enorme sacrificio ruso? ¿Ignoras que murieron veinte millones de rusos en el nombre de la democracia inglesa y norteamericana? —le preguntó el coronel a Nancy.

Me sentí incómoda. ¿Cómo se atrevían Ida y Nancy a contrariar al padre de Renée que nos invitaba a su mesa? Traté de no escuchar la conversación. Preferí mirar los muros de seda del comedor, la chimenea, los cristales de la mesa y los rostros de los comensales. Ida y Nancy aplastaron sus cigarrillos en los pequeños ceniceros colocados junto a sus platos, ambas en pie de guerra, dispuestas a atacar al coronel. “¡Qué insolentes!”, pensé.

—La historia camina en sentido opuesto al suyo, coronel —afirmó Ida.

—¡No me salgas ahora con el espantapájaros de la historia! Es una

fórmula simplista y marxista. La historia camina sola, la imponen los hombres y la imponen por la fuerza, de acuerdo con sus intereses —gritó Renée exaltándose.

—Lo curioso es que la imponen las democracias para explotar mejor al pueblo —agregó su padre.

Era la primera vez que asistía a una discusión política y me sentí aliviada cuando pasamos al salón fumador a tomar el café y los licores. Renée parecía molesta con sus amigas, levantó su copa de anisette:

—¡Por los “parás”! ¡Porque lleguen pronto y nos liberen de tanto marica!

Todos levantamos la copa. Un pensamiento funesto hizo que mi copa cayera al suelo: “¡Pinsent!”

—La gran explotación empezó con la preponderancia del capitalismo —escuché decir al coronel.

—Me parece un poco fascista su afirmación —le contestó Ida con una sonrisa tensa en los labios.

—¿Fascista? ¡Bah!, esa palabra no significa nada actualmente. ¡Es una etiqueta de algo que ya no existe! Se acabó con la muerte de Mussolini, que entre paréntesis hizo una mezcla del comunismo y del capitalismo —afirmó el coronel echándose a reír.

Ida movió la cabeza con disgusto. Nancy se mordió los labios y Renée guardó silencio. El coronel quiso romper el hielo y nos llevó a su habitación para mostrarnos su uniforme de Spahi que luciría a la llegada de los “parás”. Una capa blanca colocada en una percha lo esperaba. ¡Era magnífica! Fue en ese instante cuando Ida se volvió a Magdalena para decirle con la voz más compungida que encontró:

—Te encuentro decaída. Es natural. Ya me contó Enrique la acusación que pesa sobre tu padre. Créeme que lo siento, debe tratarse de uno de esos errores judiciales ¡tremendos!

Mi hermanita palideció.

—Ya se aclaró todo; en efecto, fue un error ¡estúpido! —contestó iracunda.

—Menos mal que tu marido es un auténtico caballero y que intervino a tiempo —agregó Ida con voz lánguida.

—Su madre le avisó por teléfono la catástrofe. ¡Pobre señora, qué sofocón inesperado! Y para ella, que sólo se ha dedicado a cuidar de su belleza, una mujer tan poco práctica... —terminó Nancy.

—¿Justa? —pregunté abriendo la boca por primera vez y no dije ni una palabra más.

Ida nos había dado una puñalada traperera. Al salir de la casa de Renée no tenía ganas de montar en el Mercedes Benz de Nancy, prefería volver al hotel a pie, pero Magdalena siempre pálida me fulminó con la mirada y subí al automóvil odioso.

—¡Nunca van a llegar los “parás”! El padre de Renée es un retrógrado. Odia la democracia —afirmó Nancy con desdén.

—Querida, ¿no te das cuenta de que añora la Edad Media? Y esas historias sobre Rusia las inventó él de pies a cabeza. ¡Rusia es simplemente abominable!

—¡Hay que destruirla! ¡Qué amenaza!... —le contestó Ida contemplándose en un espejito de mano.

Ida, con sus botas negras, su traje gris y sus ojos carbonizados, tenía algo de serpiente. Se volvió a mí.

—Tú querías que llegaran los “parás” para bailar con ellos. ¿No es así? En el fondo yo también lo deseaba, pero la historia pide otra cosa. Lloyd George tenía razón.

¿Qué me importaba Lloyd George? A mí me importaba lo que aquella víbora había dicho de mi padre. En cuanto a la otra que hablaba de Justa con tanta admiración, ni me volví a mirarla.

—¿Qué le digo a Enrique si me lo encuentro? —gritó Nancy cuando ya nos habíamos bajado de su coche.

—¡Qué no me has visto!... ¡No!, dile lo que quieras —contestó Magdalena.

En el bar del hotel nos esperaba Gilles frente a una copa. Había pasado una noche infernal. Mi hermanita lo escuchó con paciencia, pues quería que la ayudara a arreglar “el tugurio”, quería marcharse de París. Las confidencias de Ida y de Nancy la hicieron sentirse en peligro con la proximidad de Enrique.

—Vaya a Ascona. Es un lugar apacible, allí tengo un gran amigo —le

aconsejó Gilles.

No llegaron los “parás” y el divorcio de Magdalena no iba con la rapidez deseada. En cambio por las noches estallaban bombas de plástico en la ciudad y las noticias de los diarios eran alarmantes. Renée vino a tomar un café con nosotras y se bebió cuatro whiskys.

—Bebo como un cosaco, pero es que estoy esperando que arresten a mi padre —nos confió en voz muy alta.

—Y si lo arrestan ¿qué pasa?

—Lo llevarán a prisión y luego lo juzgará una corte militar.

La contemplé estupefacta. Hablaba con tranquilidad. Nos dijo que había muchos presos en Fresnes, una prisión situada en las afueras de París. Allí estaban algunos amigos del coronel y dos primos de Renée. Muy tarde la acompañamos a tomar un taxi. En el boulevard los policías detenían los automóviles, hacían bajar a sus ocupantes, los ponían con los brazos en alto y los cacheaban. Luego abrían las cajuelas y revisaban con afán. Eran escenas que veía todos los días, pero esa noche por el hecho de ir con Renée, me impresionaron particularmente.

—Buscan armas —dijo Renée con voz despectiva.

Las noches eran peligrosas, estallaban bombas, volaban automóviles de gentes conocidas y los cordones policiacos eran incapaces de evitar las explosiones. Por las mañanas en los muros aparecían carteles pequeños con los nombres y a veces las fotografías de los traidores de la OAS condenados a muerte por la organización. A veces abajo de las fotografías, aparecía la palabra *¡ejecutado!* Revisábamos los fotos por si había entre ellas alguna persona conocida. El ambiente era tenso, la gente tenía miedo, para nosotras era urgente irnos de París, la confusión favorecía a cualquier malviviente y Magdalena se sentía insegura, Enrique podía enviarnos a cualquiera de sus hombres de mano. En varios días casi no la vi, salía con Gilles y llegaba muy cansada al hotel.

—Mañana nos vamos a Ascona —me anunció una tarde. Se echó en la cama y agregó—: Mi divorcio está en marcha... ¡Qué cansada estoy! Necesitamos una maleta. ¿Quieres ir a comprarla?

Acepté el encargo. Magdalena me dio el dinero y las instrucciones, era la primera vez que salía sola en París. Lástima que en vez de ir a Ascona

no fuéramos a México. En la última carta de Rosa, me contaba que no había encontrado el acta de nacimiento de Enrique, ni la de doña Justa. En el Registro le dijeron que seguramente las fechas eran falsas. Por ese lado no había nada que hacer. Agregaba que mi papá hacía lo necesario para salirse y librarse de doña Justa, que le repetía: “Debe tener cuidado, el caso de esa mujer se puede abrir en cualquier momento”. Hacía unos días que le había escrito para decirle que nos íbamos de París y que esperara la nueva dirección. Caminé de prisa, compré la maleta, el Boulevard estaba lleno de policías que me miraban alertas. “A ver si no creen que soy terrorista por esta maleta”, me dije. Alguien me tocó un hombro. Me volví espantada para encontrarme con la cara sonriente de un hombre muy alto y muy moreno, que me era vagamente conocido.

—¡Estefanía! ¿No me reconoces? ¡Soy Enrique! —exclamó abriendo los brazos.

—Enrique... ¡claro, eres Enrique! ¿Qué haces en París?

—¿Qué hago? ¡Qué pregunta! Vivo aquí —dijo echándose a reír.

—Sí, sí, lo sé...

El marido de mi hermanita me dio miedo. ¿Por qué se aparecía justamente la víspera de nuestra partida de París? Me tomó del brazo y cogió la maleta con gesto amistoso.

—Permíteme, yo te la cargo. ¿Adónde vas? Te acompaño —y echó a andar a mi lado.

No podía llevarlo al hotel. Una niebla espesa me invadió la cabeza. ¿Qué podía decidir? Enrique me llevaba de prisa y hablaba sin parar. Se me ocurrió pedir auxilio a uno de los policías que vigilaban la calle. Pero ¿qué iba a decirle? ¿Qué era mi cuñado el que me acompañaba y que me daba miedo? No entendí nada de lo dicho por Enrique. Me sorprendió su gran estatura y el moreno profundo de su piel. Magdalena no me había mentado, Enrique iba muy elegante con abrigo de pelo de camello, bufanda y guantes. Hasta mí llegaba su perfume.

—Te invito a tomar una copa en mi casa —lo escuché decir.

Me subió a un coche flamante, me sentó a su lado y partió con rumbo desconocido. Parecía eufórico: “¡Es padre andar con la cuñadita! ¿Te gusta Europa?... María Emita me dijo que las encontró a las dos y que no

quisieron saludarla”. Él continuó hablando.

—Yo le dije, no seas mal pensada. Tal vez no te vieron, pero ella insiste en que le negaron el saludo. Cosas de mujeres. ¿Tienes noticias de tu casa? Recibí una carta de mi madre en la que me cuenta la catástrofe que le sucede a tu pobre padre. No te preocupes demasiado, itodo tiene arreglo! Todo, menos *estirar la pata*.

—Sí...

Detuvo el auto en una calle pequeña y silenciosa frente a un edificio elegante. Bajó del coche con presteza diciéndose a sí mismo: “Estos franceses son tan conservadores que firman los contratos de alquiler por cuarenta y noventa años. ¡Imagínate!”

Enrique vivía en un entresuelo. Me hizo pasar al salón con ventanas a la calle. Me ofreció asiento en un canapé cubierto de almohadones de raso verde.

—¡Estás en tu casa!

Se despojó del abrigo, la bufanda y los guantes y se dirigió a una puerta que comunicaba con una habitación de dormir. Lanzó sus prendas sobre la cama y se olvidó de cerrar la puerta.

—¿Brandy?, ¿whisky?, ¿pernod?, ¿vermut?, ¿anís?, ¿cognac? ... — preguntó mostrando las botellas.

—No bebo.

—¡Ah!, es verdad. Lo había olvidado, pero hoy es una ocasión extra, estoy conociendo a mi cuñada, que por cierto es muy bonita y espero que sea tan inteligente como su hermana, mi mujer —dijo sirviendo dos vasos y tendiéndome uno.

—¡Bebe! Tus padres están muy lejos. Te prometo no decirles nada. ¡Soy una tumba!

“¡Una tumba!” me repetí mirando a mi alrededor, un piano ocupaba un rincón, sobre él había una gran cantidad de fotografías enmarcadas en madera dorada. Las había jóvenes y viejas, vestidas a la moda o con trajes antiguos, abanicos de plumas, niños vestidos de marineritos. En el lugar de preferencia, el retrato de una mujer muy guapa, parecida a las estrellas del cine mudo. La mujer estaba casi de espaldas, con un traje escotado hasta la cintura, fumando con una boquilla enormemente larga. Admiré

sus pómulos salientes, su nariz delicada y sus cabellos cortos.

—¿Quién es esa actriz? —le pregunté.

—¿Actriz? ¿Qué dices? Es mi madre —contestó disgustado.

—¿Doña Justa?...

—Sí, doña Justa, como tú la llamas.

—Pero si no se le parece en nada...

—Eso es lo que tú dices. Además el tiempo es traidor. Veremos lo que deja de nosotros.

“Compró los retratos de su familia”, me había dicho Magdalena. Sentí vergüenza por él. ¿A quién trataba de engañar? Se puso de pie de un salto y se acercó a mí.

—¡Qué bruto soy! Dame tu abrigo, me has puesto nervioso. Los recuerdos, ¿sabes? Los recuerdos traicionan...

Forcejamos ligeramente, pero no logré despojarme de mi abrigo.

—¡Ah!, la cuñadita quiere lucirlo, ¡es muy parisino!

—Es del Paso, Texas.

Se echó a reír, se acercó un poco y con la punta de los dedos tocó la manga de mi abrigo.

—¿Sabes fumar? Yo te voy a enseñar —dijo sacando una pitillera de oro del bolsillo de su americana.

Lo miré con frialdad, recordé a su madre, era igual a él, impermeable al sentimiento de rechazo.

—¡Terrible que todas las hermanitas sean tan sexy! ¡Terrible! ¿Qué prefieres, un cigarrillo americano o uno mexicano?

—No fumo.

Enrique se acercó un poco más, lo tenía casi encima, me llegó su aliento pesado de licor.

—Vas a fumar el calumet de la paz —dijo echándose a reír.

—¡Ni que fueras Sitting Bull! —le contesté.

—¡Sitting Bull! Eso es lo que soy y voy a hacer la paz con Pluma Blanca. Fuma, la mariguana hace maravillas, termina las guerras, produce sueños largos, interminables, termina con el tiempo y con la distancia..

—¿Estás loco? La mariguana la fuman los guachos antes de asesinar...

—¡Qué ridícula y qué pequeña burguesa eres! Fuma, te volverás

inteligente —me tomó la barbilla y trató de besarme.

Me puse de pie de un salto.

—¿Qué haces? ¿No te das cuenta que me repugnas? —le dije.

—¡No seas niña! Somos hermanos, ¿o no? Quise darte un besito familiar para después explicarte que tu hermanita es encantadora y yo no puedo vivir sin ella, pero tampoco puedo vivir con ella...

—Muy bien ya no viven juntos.

—¡Déjame terminar! ¡No me interrumpas! Es la única mujer que me gusta en el mundo. ¿Qué te parece? Es insoportable, para que lo sepas de una vez, ¡no la soporto!, pero no quiero dejarla. Puedes decírselo de mi parte. ¡Pobre Magdalena, cree que ignora que fue a ver a ese abogado! Dile que no firme la demanda de divorcio si no quiere enfadarme de verdad. No me gusta enojarme. Dile que se quede donde está y que no dé ningún paso en falso. Es mejor para ella y para tus papacitos. Ya tu pobre padre tiene bastante con la muerte esa.

—¿Estás amenazando?

—Sí, niña. ¡Qué mordisco me dio tu hermanita en la chequera! Magdalena hace todo en grande. Yo también... —y Enrique se echó a reír.

Lo miré con disgusto.

—No bromeo, Estefanía, casi me arruina tu hermanita, que se vaya con cuidado —y volvió a reír.

—Y ¿por qué tienes tanto dinero? —le pregunté.

—¿Yo?... ¿dinero?, pero si no tengo un quinto, mi casa comercial apenas me da para comer.

—Es verdad, tu sastrería es muy chiquita.

Enrique se puso de pie, me miró con seriedad, mis palabras le cortaron la risa. Había tocado un punto débil.

—¿De qué hablas? ¿Qué quieres decir con “tu sastrería”?

—Bueno, la sastrería de tu mamá...

—Mi madre no tiene ninguna sastrería. ¿Por qué mientes? —me preguntó con una severidad helada.

—No sé... Hermelinda nos dijo...

—Hermelinda, Hermelinda, ¿quién es esa bruja? ¿Por qué inventa esos cuentos? ¡Mira, yo tengo una casa de importación y exportación! Puedes

verificarlo, está en la rue Spontini. No vuelvas a calumniarme ni a mí ni a mi madre si quieres llevarla bien conmigo. ¿Entendido?

El aire del salón se volvió irrespirable. Decidí irme.

—Debe de ser muy tarde...

—Son las nueve de la noche. He perdido mucho tiempo contigo.

Una vez en el coche no nos dirigimos la palabra. Le dije que vivíamos en el hotel Clarigde y se echó a reír a grandes carcajadas.

—Sería mejor que Magdalena no se metiera con los de la OAS ni con los del FLN, se puede llevar un grave disgusto. Díselo de mi parte —me dijo antes de dejarme en los Campos Elíseos.

Apenas se hubo ido me di cuenta de que había dejado la maleta en su casa o en su coche. Tuve ganas de echarme a llorar. La avenida luminosa de los Campos Elíseos me pareció un laberinto del que no podía salir. Las terrazas de sus cafés estaban iluminadas, llenas de gente que conversaba y comía apaciblemente. De los cines entraban y salían espectadores con rostros sorprendidos. Sólo yo caminaba al azar buscando un taxi. Era increíble que en París pudiera ser tan desdichada.

A Magdalena la encontré en el vestíbulo del hotel.

—¿De dónde vienes?... ¿Qué pasó? ¿Y la maleta?

Le expliqué lo sucedido una vez que estuvimos en el cuarto.

—Mañana con maleta o sin maleta nos vamos. ¡Importación y exportación!, como no sea de mujeres. ¿Sabes que hay mucha trata de blancas con África? Lo leí en el periódico.

La frase “trata de blancas” me pareció siniestra. ¿Y por qué no de morenas?

La noche siguiente salimos para Suiza. Me sentí en peligro en el vagón iluminado por un foquito rojo. Los viajeros iban encerrados en sus compartimientos y una sensación extraña se apoderó de mí: ¿Y si sólo viajáramos Magdalena y yo? ¿Y si el tren fuera vacío? No pude dormir.

Llegamos a Ascona a las siete de la mañana. Llovía a cántaros y el amigo de Gilles no se presentó a recibirnos. Un taxi nos llevó a un hotel situado frente al lago enorme, gris y frío. En la administración nos advirtieron que sólo podían guardarnos dos semanas, pues tenían todos los cuartos reservados para el verano. El cuarto tenía ventanas sobre el lago, las camas estaban cubiertas por edredones de pluma, una mecedora con cojines bordados en punto de cruz producía un agradable ambiente casero. Me sentí reconfortada en aquella habitación que vagamente me recordaba a mi casa.

Por la tarde a pesar de la lluvia salimos en busca del amigo de Gilles. Encontramos la biblioteca pequeña de libros de alquiler que él dirigía, pero en su lugar nos recibió una señora vieja, con el cabello teñido de rubio y vestida de colores escandalosos. Nos anunció que el amigo se había marchado a París pues ya no soportaba la monotonía de Ascona. Ella estaba en su lugar.

—Queridas, me llamo Doris.

—¡Vaya plancha! Venir desde París para enterarse de que el amigo está en París —dijo Magdalena muy disgustada.

Doris vivía en un apartamento pequeño situado encima de la biblioteca. Sus muebles eran de madera sin pintar, de las paredes colgaban bordados árabes y peruanos. Sobre las repisas había idolillos de barro, los tapetes eran telas bordadas con estambres gruesos de colores

fuertes. Uno de los muros se hallaba cubierto con fotografías de tres mujeres danzando a la Isadora Duncan. Sus velos y sus cabelleras flotaban al viento.

—Somos mis dos hermanas y yo —nos explicó sirviéndonos el té en unas tacitas de barro.

Doris hablaba sin cesar, su lenguaje era escogido, hacía el elogio de las bellas artes africanas y peruanas. Nuestra presencia le produjo un ansia de saber de la cultura azteca. Ni Magdalena ni yo podíamos ayudarla.

—Mi cuñado no tarda en llegar a Ascona. Viene todos los años. Es un gran científico húngaro, estuvo casado con mi hermana, ella murió y él se volvió a casar. Es natural, ya lo conocerán, se interesa mucho por la América Latina.

En unos momentos, Doris nos puso al corriente de la vida del profesor Novicki y de la juventud de ella y sus hermanas. Fueron alemanas hasta que huyeron de Hitler, para instalarse en Suiza. Su otra hermana fue compañera de Togliatti. Doris repitió varias veces: ¡Togliatti! Era muy charlatana, pero no logramos interesarla en ayudarnos a buscar alojamiento.

Fue una sirvienta del hotel la que nos dio la dirección de un edificio de estudios amueblados en las afueras de Ascona. Magdalena rentó uno el mismo día que lo visitamos.

A Doris le disgustó nuestra decisión.

—¡Los Tres Pinos!... ¡Los Tres Pinos! —repitió varias veces con una mueca de asco.

El edificio se llamaba así, “Los Tres Pinos”, pero no era una razón para rechazarlo. El estudio tenía una cocina amplia, una terraza y un salón con dos camas iguales. Desde la terraza contemplábamos el bosque de eucaliptos y abedules que rodeaba al edificio. Los árboles altos se desdibujaban en la lluvia, un silencio completo reinaba en aquel lugar, el aire llegaba perfumado de bosque. No comprendimos el disgusto de Doris.

—Está lejísimos y es de ellos —nos confió Doris.

Doris tenía la manía de atribuirles a “ellos” todo lo que le disgustaba. Se había inventado ese fantasma y la voz y el gesto le cambiaban al decir

esa palabra. Se opuso a que viviéramos en una propiedad de “ellos” y decidió buscarnos otro alojamiento.

—Si me hubieran dicho que necesitaban un lugar para vivir, yo les hubiera encontrado uno inmediatamente. ¡Pero no dicen nada! —exclamó con disgusto.

Se puso una cinta en el cabello y salimos a la calle. Tomamos el camino que llevaba a Los Tres Pinos. Dejamos Ascona atrás. La tarde era lluviosa y la carretera bordeada de árboles y llanos húmedos se nos hizo eterna.

En una curva, en la parte derecha de la carretera se levantaba un edificio de piedra de construcción ultramoderna. Sus ventanas estaban cubiertas por vidrios verdosos y el jardín que lo rodeaba estaba sembrado de cactus. El vestíbulo era de forma irregular, sus muros de roca pelada y de los recodos de la piedra salían luces anaranjadas.

—Voy a hablar con mi amigo. Esperen —nos ordenó Doris.

Nos sentamos en unas sillas colocadas en un ángulo agudo formado por dos muros. Vi que Magdalena se ponía muy pálida.

—¡Mira! —me dijo señalando a los muros.

Cavados en la piedra había acuarios de agua verdosa en los que nadaban peces de formas horribles, que se pegaban a los vidrios como demonios amenazadores. Los vidrios dejaban en lo alto una abertura de unos diez centímetros y aquellos animales silenciosos podían salirse por una hendidura. Era mejor no verlos, bajamos la vista. Al pie de los muros había fosos pequeños, cubiertos con tapaderas de alambra y, en el fondo, una multitud de serpientes enroscadas. Nos pusimos de pie de un salto. En el vestíbulo sólo estábamos nosotras y aquellos animales.

—¡Vámonos de aquí! —gritó Magdalena.

Se abrió la puerta por la que había desaparecido Doris y salió un hombre pálido, de gafas verdes, calvo, parecido a un bicho. Nos miró y volvió a desaparecer. Unos minutos después apareció Doris con las mejillas encendidas, agitando los brazos.

—Queridas, mi amigo me dijo que tal vez las acepte.

—¿Y esos animales?, ¿esas serpientes?, ¿esos peces? —preguntó Magdalena.

—¡Ah!, no se les ocurra meter la mano en los acuarios, los peces son

venenosos. Tampoco traten de acercarse a las serpientes, todas tienen el veneno —nos explicó con naturalidad.

—¿Por qué están aquí?

—Son de mi amigo. Él vivió en África, en Sudamérica, en Australia, en Asia y de esos lugares quiso traer la fauna y la flora para recordar su vida. ¡Romanticismo! —explicó Doris con naturalidad.

—¡Ah!...

—El lugar es un poco caro, pero por tratarse de ustedes que vienen tan bien recomendadas de París, mi amigo les hará un precio especial —nos dijo Doris cuando salimos a la tarde lluviosa.

Nos mudamos a Los Tres Pinos y tratamos de evitar a Doris. Por la noche al pasar frente al hotel de su amigo lo hacíamos por el otro lado de la carretera y siempre de prisa. El viejo raro podía dejar suelto a alguno de sus animales. Paseábamos por las callejuelas para evitar el lago y contemplar los escaparates pequeños en donde vendían prendas escogidas y finísimas. Frente a la vitrina de una boutique, Magdalena dijo decidida:

—¡Ah, no! A mí no me asusta Doris. Mañana paseamos por el lago.

Nos habíamos refugiado bajo el toldo de la tienda, su puerta se abrió de un campanillazo y una señora bajita y gorda nos invitó a pasar.

—¡Entren!, se están mojando ahí afuera.

La señora se llamaba Vicki. Riendo, se empeñó en que éramos húngaras como ella. De su persona se desprendía una enorme tristeza, que yo atribuí a la tarde lluviosa. Imaginé que su vida era una novela y su tienda me pareció estar cargada de secretos. Afuera la lluvia corría en arroyos entre los adoquines. Me sentí atrapada por la humedad.

—Ya va a llegar el buen tiempo —opinó Vicki sonriendo.

Vicki era un personaje fascinante a pesar de su edad y su gordura. Le gustaba reír y contar su vida. Nos ofreció pastelillos, pues también era golosa. Nos dijo que primero fue rusa, luego se fue con Bela Kuhn a Hungría y se hizo húngara, cuando triunfaron los fascistas huyó a Francia y por culpa de Hitler acabó en Suiza.

—Escogí Ascona. Nunca imaginé que ellos se iban a instalar aquí. Están en todas partes, tengan cuidado. Es natural, asistimos a las últimas

convulsiones del capitalismo.

La palabra *convulsiones* nos impresionó. Vicki se transformó en una profetisa antigua sentada en la tienda pequeña, rodeada de sedas y perfumes. Su voz profunda nos hechizó.

Vladimir Illitch Ulianov hizo avanzar la historia mil años. Ya no hay retroceso, gracias a él salimos de las tinieblas en las que vivíamos.

Así supe que Vladimir Illitch Ulianov era el verdadero nombre de Lenin y que Lenin era su nombre de guerra. Y mis tías que cuando hablaban de alguna actriz decían con aire de suficiencia, “ése es su nombre de guerra”, ¿qué dirían si supieran la verdad sobre Lenin? Afuera continuaba lloviendo, el agua corría sobre el vidrio del escaparate y formaba riachuelos que se entrecruzaban entre sí. Vicki nos contó anécdotas de la Revolución y a pesar de que a mí sólo me interesaba la historia de los tres Luises, XIV, XV y XVI, la escuché fascinada.

La vida en Ascona era más lluviosa que en París. En unos días habíamos conocido a dos amigas: a Doris, que tenía el inconveniente del dueño del hotel de las serpientes y a Vicki, la amiga de Lenin y de Bela Kuhn. Con ella pasábamos las tardes, en su tienda minúscula y llena de belleza y de misterios.

En esas tardes largas y lluviosas me di cuenta de que Magdalena era muy desdichada, un secreto pesado la agobiaba, por eso actuaba sin pensar y se robaba las revistas y los chicles del quiosco más bonito de Ascona. Hasta que el dueño le cayó encima, la llamó ladrona!, y quiso llamar a la policía. Pagué su deuda y le supliqué al hombre que la dejara ir. El dueño del quiosco movió la cabeza apenado.

—¿Está enferma? —me preguntó. Y aceptó que nos fuéramos.

¡Qué vergüenza! En adelante para ir al centro de Ascona hacíamos un rodeo para evitar el quiosco. Y si Doris y Vicki se enteraban ¿qué dirían?

El sol salió sin avisarle a nadie, de repente, como una gran esfera de oro glorioso. El lago gris se volvió tornasolado y sus aguas se llenaron de veleros azules con velas blancas. El paseo frente al lago se convirtió en un enorme anfiteatro con terrazas cubiertas de mesitas blancas con parasoles azules y rojos. Las calles se llenaron de árboles que antes no habíamos visto: de laureles con racimos perfumados de flores blancas y

rosas, de magnolias, de acacias, de macizos de hortensias azules y de margaritas blancas, de rosaeda, de lirios, de violetas. La alegría se amparó de las calles. Se iluminaron las casas construidas al borde del agua, sobre las rocas. Nuestra terraza se inundó de un aire intensamente perfumado. Era una fiesta. Nos vestimos de playa pues de un día al otro llegaron cientos de turistas vestidos de blanco. Nunca imaginé que Ascona se iba a convertir en “el corazón del vicio”, como diría mi tía Antonia. ¡Nos encantó el vicio! Era tan elegante, tan limpio, tan alegre. Por las noches el paseo frente al lago se llenaba de farolas, de mujeres elegantes, de hombres vestidos de blanco, de actrices y hasta de una *principessa* alta, de cabello negro, paso majestuoso, vestida con trajes orientales, de brocados espesos y joyas esplendorosas en los brazos y en la cabeza. Se diría un pavo real con la cola extendida a la luz de la luna. Le seguía una corte de señores que fumaban en boquilla. Entre ellos destacaba una muchacha de cabello corto, ojos maquillados, pantalón de pana y camisa a cuadros, con un cigarrillo colgado de una esquina de la boca. ¿Qué hacía ella en aquel cortejo? Más tarde encontramos a la muchacha en la tienda de modas La Colomba. Era vendedora y se llamaba Helga. A Magdalena le tomó un afecto especial y a veces aparecía en la playa “sólo para fumar un cigarrillo”. Nosotras andábamos solas, sin lograr situarnos entre aquella multitud que se bañaba en la playa.

La última carta de Rosa me informó que mi abuelo había ido a México preocupado al enterarse de que mi padre intentaba vender la casa. Al ver a doña Justa y enterarse de la situación, se llevó a Alvarito a Chihuahua para que pudiera estudiar y mis padres y Rosa se quedaron solos en la casa medio vacía. Estaban muy tristes y su tristeza nos llegaba a través de los mares.

La gente inundaba los cafés de moda y paseaba en grupos o en automóviles descubiertos. Teníamos la impresión de que todos se conocían, nosotras éramos las intrusas. En la playa no hablábamos con nadie, nos sentíamos miradas y apenas nos atrevíamos a frecuentar algún café. Casi siempre nos alcanzaba Helga. A veces la acompañaba una amiga suya llamada Tania, de cabellos trenzados sobre la cabeza y pómulos altos que hacían risueños sus ojos almendrados. Tania vivía del

otro lado del lago, en la casa de alguien que no conocíamos. Nos sorprendió cuando dijo:

—No tengo ninguna familia, bueno, excepto Johnny que es como mi hermano.

Al despedirse nos tomaba por la barbilla y nos besaba en la boca.

Fue Helga la que nos presentó con Paul, el hombre más famoso de Ascona. Paul se acercó a la mesa del café con sus cabellos cortos y blancos, su piel dorada y su enorme estatura.

—Quiero conocer a las dos mexicanas —afirmó riendo.

Fue en ese momento cuando empezó nuestra gran vida en Ascona. Paul preparaba una fiesta en su casa a la que nos invitó. Le gustaba reír, al irse cogió a Tania por el cuello y se la llevó diciéndole: “Ven conmigo, mi pequeño eunuco”.

—Le gusta jugar con Tania, la considera un chico —nos explicó Helga.

La gente se dividía en grupos que poseían palacetes a la orilla del lago, playa privada y embarcadero. Los ricos de Dusseldorf se hospedaban en hoteles pequeños y selectos, que gozaban de playas privadas, lanchas de motor y veleros. Eran amigos de los dueños de los palacetes y rara vez se aventuraban en la playa pública. Un grupo de jóvenes recorría el lago en sus lanchas de motor y se mezclaban con grupos pequeños que frecuentaban la playa pública.

Helga nos hizo conocer a varios jóvenes y todos los cafés de Ascona. El deportista más asombroso llegó en su lancha de vapor levantando olas espumosas, frenó, saltó a tierra, miró con sus ojos de lince a Magdalena y la invitó a dar un paseo en el lago. Se llamaba Ric. Mi hermanita pareció hipnotizada por él hasta la tarde en que Helga nos presentó a Johnny. Johnny era lo contrario de Ric, de maneras suaves, paso rápido y maneras felinas. Era mucho mayor que Ric y en sus sienes castañas había algunas canas. Nervioso, se sentó con nosotras en la terraza del hotel Müller, observó a Magdalena y con el dedo índice le aplastó la punta de la nariz y se echó a reír con ella. Esperaba una llamada telefónica de Colonia. Se alejó, volvió al cabo de un rato y volvió a alejarse para hablar por teléfono, esta vez con Bonn. Anunció que se marchaba de Ascona por unos días, miró a mi hermanita, le besó la punta de la nariz y se alejó

corriendo. Tenía una manera peculiar de moverse, se diría que apenas tocaba el suelo. Era diferente de los demás. Magdalena pareció quedarse triste con la desaparición de Johnny.

Nos despedimos de Helga. Era la hora de cenar y nos sentimos perdidas en el mundo. Todos tenían un lugar adonde ir, sólo nosotras vagábamos como dos basuras levantadas por el huracán que barrió mi casa. No tuvimos ganas de encerrarnos en Los Tres Pinos. Escogimos un restaurante escondido en las callejuelas del pueblo, el Vachinni. Magdalena me habló de Ric y de Johnny. “¡Son tan distintos!”, me dijo cuando nos sentamos a la mesa. No pude contestar, un hombre al que habíamos visto varias veces ese día se precipitó a sentarse en nuestra mesa acompañado de un amigo al que nunca habíamos visto. Enfadadas abandonamos el restaurante y salimos en busca de uno más pequeño y escondido, el Verbano, situado en una callejuela silenciosa y escondida. Nos sentimos al abrigo. Empezábamos a comer cuando entraron los dos desconocidos, se acercaron a la mesa, nos tendieron la mano y nos dijeron sus nombres:

—¡Silverstein! —dijo el que habíamos visto en el pueblo.

—¡Schmit! —terminó el otro.

Acercaron dos sillas y tomaron lugar en nuestra mesa. Los dos tenían algo barato en sus modales y en sus ropas. Nos pusimos nerviosas. Era violento tener un altercado con aquellos desconocidos.

—Hagan el favor de levantarse —les ordené con energía.

Se cruzaron miradas y se echaron a reír.

—Esta noche vamos a dormir en su casa —anunció Silverstein con desparpajo.

—¿En dónde? —le pregunté temiendo haber oído mal.

—En tu estudio de Los Tres Pinos. ¿Verdad? —le preguntó a Schmit.

—Sí. ¿No les parece?

—¡No! No nos parece. ¿Quiénes son ustedes? —preguntó Magdalena.

Los hombres se miraron complacidos. Era de noche y el camino a Los Tres Pinos era largo y solitario. Debíamos pasar frente al hotel de las serpientes y de los peces venenosos. “Podemos ir a la casa de Doris... pero ¿nos abrirá?” No terminamos la cena, nos pusimos de pie.

—Iremos en mi automóvil —decidió Schmit.

Magdalena volvió a ocupar su sitio en la mesa. ¿Qué podíamos hacer? Los comensales habían visto a los hombres ocupar sus lugares en nuestra mesa, era tarde para acusarlos.

—¡Vamos! —dijo Silverstein de pie, con voz autoritaria.

De un rincón del restaurante surgió Helga, se acercó, se puso entre los hombres y nosotras y ordenó decidida:

—¡Déjenlas tranquilas si no quieren tener dificultades! Yo las llevaré a su casa.

—Estábamos de broma... —dijeron Silverstein y Schmit.

La noche era cerrada. Caminamos con Helga hasta Los Tres Pinos. La muchacha ignoraba quiénes eran aquellos individuos; no les dio importancia, buscaban una aventura. No estuve de acuerdo con ella, eran demasiado cínicos. Helga aseguró que no había que preocuparse. Al abrigo de la oscuridad que se prestaba a las confidencias, mi hermanita preguntó cuándo volvería Johnny a Ascona.

—En unos días —respondió Helga y me pareció notar cierto despecho en su voz.

—¿Y la *principessa*? —le pregunté. ¡Hubiera deseado tanto conocerla!

—Hace varios días que no la he visto...

Una vez en el estudio le dije a Magdalena:

—¡Lástima que seas casada! Tienes tanto éxito...

—¿Yo? ¿Casada? Mira, el matrimonio con Enrique fue civil y ante la Iglesia no vale. ¡Fui su concubina! Pregúntale a cualquier padre. En segundo lugar me estoy divorciando, de manera que casi no estoy casada. No vuelvas a repetir eso y menos en público.

Estuve de acuerdo, había que esconder el matrimonio secreto de mi hermanita. Pero la presencia de aquellos dos desconocidos me inquietaba, si Magdalena fuera soltera tendría un noviazgo con Johnny que parecía tan poderoso o con Ric y nadie nos molestaría. Helga no les dio importancia a los dos hombres, en cambio yo no podía evitar relacionarlos con Enrique. Me consolé pensando en mi pretendiente de la playa, le haría caso, era el más guapo de Ascona. Se tendía en la playa muy cerca de nosotras y me miraba con fijeza, cada día se acercaba un

poco más, hasta casi rozar sus pies con los míos. Nunca había dicho una palabra, yo me encargaría de establecer el diálogo.

Por la mañana se produjo un gran revuelo cuando surgió en la playa un personaje parecido a Mahatma Gandhi. Era delgado como el hindú, se envolvía en una bata blanca que arrastraba por la arena. No miraba a nadie y la gente le cedía el paso. Tras él iba un hombre pequeñito, vestido como un infante de Goya, con bombachas blancas, escarpines negros, banda azul de seda atada a la cintura y gola de encaje. Sostenía una sombrilla blanca para cubrir la cabeza del Gandhi. El personaje se detuvo, miró en torno suyo, hizo un gesto y cuatro bañeros tendieron con presteza una tienda blanca abierta por los cuatro costados. Colocaron una silla de lona y el personaje se dejó caer en ella con aire resignado. Detrás de él, el hombrecito vestido de infante de Goya se dedicó a echarle aire con un enorme abanico de paja blanca. El espectáculo era impresionante. La playa entera tenía los ojos puestos en él. Al cabo de un rato los bañistas perdieron el interés. Sólo mi hermanita y yo continuamos mirándolo. Nuestra curiosidad molestó a mi pretendiente, me tocó el pie con el suyo y cuando me volví a verlo movió la cabeza disgustado. Iba a decir algo, pero el hombrecito se acercó a nosotras.

—El señor las invita a tomar un refresco. Pueden traer a su hermanito. Aceptamos alegres, invitamos a nuestro vecino, pero éste se rehusó.

—¿Ustedes son los tres hijitos de Marlene Dietrich? —nos preguntó el señor tendiéndonos una mano delgada.

—¿Cómo?... nos confunde —dijo Magdalena en español.

—¡Qué encanto! Si son sudamericanas. No sabía que Marlene hubiera andado en esas tierras inhóspitas. Yo soy boliviano —nos contestó en español.

Nos echamos a reír los tres.

—¡Miren qué cara de fastidio pone su hermanito! —dijo señalando con un gesto a mi pretendiente.

—No es nuestro hermano. Es un chico alemán.

—Seguro que es alemán. Y ustedes también, digo de padres, en América Latina hubo mucha emigración alemana, con eso de la famosa guerra.

—No. Nosotras somos de Chihuahua —le contestamos sorprendidas.

—¿De Chi... qué? —preguntó con un acceso de risa.

Unos minutos después, Tommy, así se llamaba, era nuestro gran amigo. Le ordenó a su criado Alejandrino que le llevara una bandeja con refrescos a mi pretendiente, pero éste se negó a aceptarla. Se tiró al agua y desapareció nadando.

A partir de ese día dejó de echarse a mis pies. Lo encontramos en el pueblo con una joven gordita de cabello negro.

—Alejandrino investigó que tu pretendiente, el “Sigfrido”, es el jardinero de Ascona. Anda con una camarera —me anunció Tommy sacudido por la risa.

—¿Jardinero? ¡Qué poético! —exclamó Magdalena y me lanzó una mirada de duelo por la pérdida.

Por la noche al volver a Los Tres Pinos nos pareció ver entrar en el hotel de las serpientes a Zita. Su figura baja, redonda, metida en mallas negras, el cabello suelto y los tacones altísimos eran inconfundibles. Bajó de un automóvil de lujo, se detuvo unos instantes a hablar con alguien dentro del coche y avanzó columpiándose hasta la puerta del hotel iluminada con luces naranja. Era ella. Nadie se vestía con mallas negras. Las demás mujeres usaban pantalones o faldas, sólo Zita era capaz de lanzarse a la calle vestida de aquella manera strafalaria, que recortaba su silueta con exactitud. Comprendimos por qué el dueño del hotel nos concedió cuartos y nos consideró “tan bien recomendadas de París”.

—Nos va a llamar —dijimos en el estudio.

Iba a resultar embarazoso presentarnos con ella tan nocturna en la playa luminosa en donde todos iban de blanco. Magdalena estaba invitada por Helmut y sus amigos a ir a nadar en la piscina de su casa. Le encantaban esas fiestas mañaneras, le recordaban la casa de mi tía Antonia. Se puso un traje de tela de Vichy a cuadritos azules y blancos, sus zapatos tenis y bajó corriendo a encontrar a Helmut que la esperaba en su coche abierto.

—¡Prepárate a encontrar a Zita en la playa! —me dijo al despedirse.

En vano busqué a Zita entre los bañistas. “Tiene que estar. Es absurdo venir hasta acá y no nadar.” Me resigné a que apareciera y me tumbé a tomar el sol. Tommy no había ido esa mañana, de manera que me quedé

sola. En vez de Zita llegó Magdalena, había reñido con Helmut y le había dado una bofetada. Mi hermanita estaba asustada de su violencia, pero tras ella llegó Helmut, al que le divirtió su mal carácter. Magdalena y su amigo se correataron por la playa lanzándose puñados de arena. Yo no me sentía tranquila, tenía la sensación de estar en un columpio muy alto y que sus cuerdas podridas podían reventarse en cualquier momento. Yo caería al suelo aplastada...

—No te preocupes. ¡La llamaremos por teléfono! —gritó Magdalena al pasar cerca de mí, durante su combate con Helmut.

Recordé a Zita, a la que había olvidado. Silverstein y Schmit aparecieron en la playa, me echaron un vistazo y desaparecieron. Me sentí protegida por Helmut y sus amigos, todos ellos eran hijos de industriales poderosos y en caso de necesidad podíamos recurrir a ellos. Me dio confianza que hubieran visto a Magdalena en su compañía. Los muchachos nos alejaban del mundo sórdido de París y que parecía seguirnos hasta Ascona.

Por la noche, Magdalena llamó a Zita a su hotel, no la encontró, había salido. Mi hermanita se contrarió mucho, quería tener noticias de Gilles y de Gosselin a quien le había dejado el encargo de arreglar el “tugurio”.

—Le dejé mi nombre y mi teléfono. ¿Oíste? Espero que me llame —dijo antes de dormirse.

Nos llamó Tommy, como todos los días, para anunciarnos que no había dormido, padecía insomnio y no pensaba ir a la playa. Le aconsejamos que fuera y nadara mucho, así recobraría el sueño.

—Vayan ustedes, criaturitas. Hoy no tengo humor...

Esperamos la llamada de Zita inútilmente. Magdalena volvió a insistir en el hotel, pero Zita había salido muy temprano con unos amigos.

—¿Está seguro de que le dio mi recado? —preguntó Magdalena enojada.

El mozo no podía asegurarlo. Tal vez la señorita llegó muy tarde la noche anterior.

—La veremos en la playa —anunció mi hermanita.

No la vimos. Tal vez tenía amigos importantes con casas con playas privadas.

En la playa ocupamos nuestro lugar, vecino al de Tommy, que estaba ausente. A la derecha se instalaban familias con niños que construían torres de arena. Cuando Magdalena se iba a nadar a la casa de Helmut, yo jugaba con los niños.

En un grupo un poco más lejos se instalaba Johnny, acompañado de una pareja de mediana edad y de dos o tres hombres risueños y mundanos que bebían whisky. Helga nos dijo que eran comerciantes, tenían negocios en Nueva York, vendían y compraban sellos antiguos, monedas y diamantes. Johnny pasaba la mayor parte del tiempo en el agua, había tomado un color distinto al de los demás bañistas. Cuando Magdalena no estaba venía a pedirme noticias suyas.

—No debe tardar en llegar... —le contestaba a sabiendas de que mi hermanita se hallaba en la piscina de Helmut.

Las lanchas de motor levantaban oleadas de espuma, dejaban tras ellas estelas blancas, producían cambios suntuosos en el agua y se alejaban. Nos gustaba verlas girar y hacer dibujos acuáticos, ningún pintor podía reproducirlos. Érica, una joven de aspecto modesto, hija de un general muerto durante la Guerra Mundial se acercó a nosotras, se sentó en la arena y dijo:

—Tengo que trabajar. Mi madre y yo no tenemos dinero. ¿Les parece extraño?

—¡No! Nos parece muy normal. ¿Y en qué vas a trabajar?

—Todavía no lo sé...

De una lancha saltó Ric, con los ojos de lince buscando a Magdalena y su cabello dorado en desorden como la crin de un león. Cogió a Magdalena por lo hombros.

—Esta noche cenas conmigo —le ordenó.

—No puedo, debo cenar con Estefanía y con una vieja amiga, Doris.

Ric quiso saber adónde íbamos a cenar, mi hermanita le dio el nombre del restaurante y la hora de la cita y Ric corrió a su lancha y desapareció en el lago. Érica no dijo nada. Continuó hablando de su futuro trabajo. Recordé a Helga: “Pobre Érica, su madre quiere casarla con Ric para salir de sus dificultades. ¿Saben que es riquísimo?” Nosotras no sabíamos nada, excepto que Ric rondaba a Magdalena.

Llegamos al restaurante acompañadas de Doris. La vieja iba vestida con una blusa rosa bordada de estambres de colores, en la cabeza se había atado una especie de rebozo azul con los flecos cayéndole en la espalda. Estaba muy disgustada con nosotras, pues hacía muchos días que no frecuentábamos su librería. La orquesta que tocaba valsés en aquel patio lleno de rosas no la consoló.

—¡Qué manera de perderse de los amigos! ¡Qué ingratitud! Mi cuñado el profesor Novicki está en Ascona y todavía no he podido presentárselo —nos dijo apenas ocupamos una mesa.

—Hemos conocido a mucha gente y se nos han pasado los días, perdone, Doris —le dijimos avergonzadas.

Ordenamos el menú con timidez, pues el disgusto no desaparecía de los viejos ojos de Doris. De pronto recordé a Zita.

—¡Doris, una amiga nuestra se aloja en el hotel de su amigo! —le dije entusiasmada.

—¿Una amiga suya? ¿Qué amiga? —preguntó con severidad.

—Zita, una chica joven muy encantadora. La vimos entrar en el hotel una noche, la hemos llamado varias veces, pero no hemos tenido suerte, siempre ha salido.

—Me imagino que tiene aquí muchos amigos —le dije.

—¿Zita?... ¿Zita?... —preguntó Doris dudando.

—Sí...

En ese momento Ric hizo su entrada espectacular. Vestido de blanco se situó arriba de las escaleras, escrutó las mesas con mirada fosforescente, descubrió a Magdalena y bajó de una sola carrera hasta nosotras.

—Vamos a tomar una copa —le dijo a mi hermanita en voz alta, después de saludarnos con una inclinación de cabeza casi militar.

Doris se puso pálida de ira, quiso decir algo, pero ya Magdalena se había ido. “¡Qué suerte tiene Magdalena!”, me dije soñadora. “¿Por qué les gustará tanto a los hombres?” Johnny se acercaba a ella en la playa para hablarle en voz baja, luego los dos se alejaban nadando mientras que yo esperaba su vuelta. ¿Qué dirían mis tías? Claro que ellas ignoraban que Magdalena estaba divorciándose y que su matrimonio con Enrique era un matrimonio colectivo con toda la familia para esclavizarla...

Escuché a Doris que protestaba.

—¡Magdalena hizo muy mal en irse con ese Ric!

—¿No quiere investigar si Zita está todavía en el hotel de su amigo? —le dije para distraerla.

—¡Zita! No, no voy a hacer ninguna investigación. Es seguro que no está.

Y menos después de esto. ¿No les dije que tuvieran cuidado? Nosotros no llevamos amistad con gente de la calaña de Ric. ¡Es un cínico! Mis consejos no les sirvieron de nada —dijo con amargura.

La viejecilla con su atuendo escandaloso me dio pena. En medio de aquella gente vestida de blanco y dorada por el sol, parecía más extranjera y más sola que yo. Ahora sé que es un error dejarse llevar por el sentimentalismo. Esa noche en vez de dejarme saborear el triunfo visible de Magdalena, Doris se dedicó a demolerme. “Ric era un nuevo rico. Nosotras no debíamos correr tras esa gente dudosa...”

—¿Dudosa? ¿Por qué dudosa?

—Se darán cuenta cuando sea tarde. Invitó a Magdalena para algo malo, vergonzoso, carece de buena reputación. ¿No sabe que hace mercado negro? A esos tipos que ponen el dinero antes que las leyes y la moral hay que aplastarlos ¡y los aplastaremos! Un día se verán metidas en un lío terrible. ¡No cuenten conmigo para que las ayude en esa ocasión! Se lo advertí.

Al despedirme de ella no me quedaba ni pizca de alegría. Ni siquiera se dignó a ayudarme a encontrar a Zita; al contrario, pareció muy molesta cuando le pedí el favor. Al acercarme al hotel donde se hospedaba nuestra amiga, crucé la carretera y eché a correr. Bajé el camino de tierra que llevaba a nuestro edificio y me encontré a mi hermanita sentada en los escalones de piedra que daban a la puerta de cristales de la entrada. Yo tenía el llavín. Una vez en el estudio me contó lo ocurrido. Ric la llevó a un mirador en lo alto de la montaña, desde donde se contemplaba un hermoso paisaje. El lugar era amplio y solitario, había dos automóviles ocupados por parejas que también contemplaban la naturaleza. Ric y Magdalena se acodaron a la baranda de piedra que daba al precipicio, el muchacho le echó un brazo por encima del hombro. En ese momento dos

faros potentes de un automóvil flamante que llegaba se fijaron sobre ellos. Se dieron vuelta disgustados, los cegó la luz y mi hermanita escuchó un grito: “¡Magdalena!” Los faros se apagaron y del automóvil bajó Zita corriendo sobre sus altos tacones. La abrazó y la besó. Ric miró asombrado a aquella mujer vestida con mallas negras, mientras que ella hizo como si no estuviera allí.

—Te vi entrar en tu hotel...

—¿En qué hotel? ¿Estuviste en Lugano? Yo pasé ahí varios días, hoy me vuelvo a París. ¿Quieres algún recado para tu...? —y Zita calló con malicia.

Magdalena, turbada, quiso presentarla con Ric, pero Zita lo dejó con la mano tendida y lo miró con dureza a los ojos. Se produjo una tensión que rompió Ric con un “¡Vámonos!” cortante. Cogió a Magdalena de la mano y la subió a su automóvil. “¿Qué clase de mujer es ésa?... ¿cómo frequentas tú en París a mujeres de su condición? ¡Nunca lo hubiera imaginado!” Magdalena quiso defender a Zita de las acusaciones implícitas en los reproches de Ric y la escena terminó en un pleito grave. “¡Llévame a mi casa!”, le ordenó Magdalena para no ponerse a llorar de humillación. El “¿Quieres algún recado para tu.” que dijo Zita fue el punto culminante de la discusión. “¿Quién era el tipo?” Magdalena no se atrevió a decir: mi marido. Prefirió la ruptura de una amistad amorosa que comenzaba. Al final de su relato se echó a llorar.

—¡Somos unas idiotas! La mandó Doris —le dije.

—¿Doris? No delires, ¿cómo iba a saber la pobre vieja que iba a ir a esa montaña?... ¡Qué estúpida es Zita! ¿Cómo se le pudo ocurrir que yo quería mandarle algún recado a Enrique?...

—La estúpida eres tú. Lo hizo adrede —le dije furiosa.

—Sí, eso me temo, no tenía por qué ser tan majadera con Ric..

No fuimos a la playa. Deseábamos evitar a los amigos. Por la noche visitamos a Tommy. El edificio en el que vivía se hallaba situado en una plazoleta redonda, en la que no había ninguna otra construcción. En el centro, crecía un árbol gigantesco y bajo sus ramas habían colocado una banca de piedra que parecía esperar a dos amantes. La plazoleta era adoquinada y la alumbraban dos farolas antiguas. Tommy ocupaba el

último piso, tiramos del cordón de seda roja de la campanilla y Alejandrino, vestido de raso rojo, nos abrió la puerta de entrada con gran ceremonia. El apartamento, amueblado con mesitas antiguas, consolas, espejos venecianos, cortinas de encaje blanco, sillones de terciopelo rojo, vitrinas repletas de *bibelots* y joyas antiguas resultaba misterioso y encerrado.

—¡Criatura! ¡Criatura, te dejaste anular por esa arpía! Eres una chiquilla, no debiste aceptar que la conocías. Te lo diré con claridad: ese muchacho pensó que en París andabas con putas! ¡Sí, ni más ni menos, con putas! ¡Qué asco que siempre tiene que haber una hada *Carabosse* cerca de las niñas bonitas! Es una fatalidad. Los cuentos son más sabios que los periódicos, tan aburridos. En cuanto a la vieja, ¡córtenla! Es la cómplice de la otra. Estoy seguro de que te siguió, la vieja le dio la orden. ¿No se levantó la vieja para ir al baño o algo así? —me preguntó.

Traté de hacer memoria. No, Doris no se había movido de su silla.

—Entonces, estaban de acuerdo desde antes —afirmó con una seguridad que nos dejó aplastadas. Tommy no podía calcular la gravedad de sus palabras. No le habíamos dicho nada sobre Enrique ni sus negocios sucios.

Tommy, después de la cena suntuosa, nos regaló bombones y ya tarde nos llevó al Lago Bar, situado en un extremo de la playa, abierto dentro de las rocas mismas. Al entrar tuvimos la sensación de entrar a las catacumbas cristianas. Un pasaje abierto adentro de la roca conducía al bar alumbrado por velas y hachones encendidos, suspendidos en los muros de las rocas. Ocupamos una mesa.

El lugar era muy húmedo y Tommy se dedicó a beber. Nunca había escuchado a un borracho, “se vuelve tonto”, me dije al escuchar sus disparates. Se nos acercó un joven de patillas, cabello negro y gesto adusto.

—Es Gino, mi *fidanzato*. ¿Verdad, Gino, que eres mi novio? —le dijo dándole un beso en la boca.

—¡Qué cosas dices! —y nos echamos a reír.

Gino permaneció en silencio. Tommy le cogió una muñeca.

—Gino es un pagano. Tenemos un pacto, él es mi novio, mi amante,

pero está comprometido con una campesina italiana. Cuando se case no habrá ningún disgusto, porque Gino juega limpio. ¿Ven, niñas?, ésa es la grandeza y la inteligencia de Italia.

Lo miré sin entender. “¿Qué dirían mis tías si nos vieran con dos hombres que se besan en la boca?” Tommy se echó a reír a carcajadas.

—¡Sí, criaturas, sí, soy homosexual! —exclamó.

—¿Joto?...

—¡Me encanta esa palabra mexicana! ijoto, joto, joto! Sí, eso mismo, soy joto, marica, mariquita, *tapette*, uranista, como quieras llamarme, hijita querida.

Y Tommy volvió a reír con más ganas.

—A mí me da igual —dijo Magdalena.

Salimos del Lago Bar al amanecer. Gino tuvo que llevar a cuestas a Tommy. Nosotros corrimos en mitad de la oscuridad hasta Los Tres Pinos.

En la playa nos sentimos avergonzadas. ¿Qué dirían los amigos de nuestra amistad con Zita? Vimos a Ric dar vueltas vertiginosas en su lancha, detenerse frente a nosotras, saltar a tierra, saludarnos con un movimiento de cabeza y echarse en la arena junto a Érica.

—Tiene razón Tommy. Zita y la vieja arpía nos echaron la sal... —murmuró Magdalena.

Cerca de las duchas públicas vimos a Silverstein y a Schmit duchándose con regocijo, haciendo alardes físicos y mirando de reojo hacia nosotras. “Ahí están esos dos”, me dijo Magdalena jugando con la arena. Por la noche al ir a la fiesta de Paul, a la que yo llamaba “pompeyana”, nos pareció que nos seguían.

La villa de Paul construida sobre el lago era de mármol, sostenida por pilares también de mármol clavados sobre el agua. Sus salones y sus rampas con balaustradas eran suntuosos, por ellos se paseaban los invitados vestidos de blanco. Una multitud de ramos de flores perfumaban al palacete que parecía flotar sobre el lago sombrío. A lo lejos brillaban las luces de los otros palacios ribereños. Algunos colgaban de los acantilados como rebaños de ovejas. El espectáculo era magnífico. La orquesta se encontraba en la terraza más baja, junto al agua, y su música

subía a los salones y a las terrazas donde bailaban las parejas.

Magdalena, vestida con una túnica blanca de organza plisada que le cubría apenas las rodillas, parecía una estatua de plata. El traje lo compramos en La Colomba. El reflejo de la luna llena y de las luces de las terrazas le daban un aire metálico. El cabello platinado le brillaba como un casco. Bailó por primera vez con Johnny, ambos lo hacían con los ojos cerrados. Hacían una hermosa pareja. Johnny expandía algo tierno, triste, poético. No seguían la música, se balanceaban como si fueran a caer dormidos. Ric, que bailaba con Érica, no apartaba la vista de ellos.

Cené con Georg, un joven alto, en la terraza donde se hallaba la orquesta. Le gustaba reír. Me contó que volvía a Alemania a hacer su servicio militar. “¡Se va!”, me dije contrariada. Busqué a Magdalena. “¿En dónde puede estar?”, me pregunté mientras bailaba con Georg. Al amanecer la descubrí bajando de una lancha de motor que acababa de atracar en el desembarcadero. La acompañaba Johnny que saltó primero a tierra, le tendió la mano para ayudarle y la llevó casi por el aire hasta posarla en tierra. Magdalena estaba transfigurada, no me vio, avanzó sonámbula.

—Cuando yo vuelva, tu hermana se habrá casado. ¡Mírala! —me dijo Georg. Magdalena apoyada en una balaustrada contemplaba el final de la noche. Hasta ella llegó Johnny con una copa en la mano de la que ambos bebieron. Se creían solos y al abrigo de todas las miradas.

Al irnos, reapareció Paul, se impuso sobre los jóvenes que querían llevarnos y nos envió en su automóvil a Los Tres Pinos. Johnny nos llenó el auto de flores que cogió de los salones.

El encanto de la fiesta me hizo olvidar a Justa, a Enrique, a Olegaria y a toda su corte. En cambio recordé a Rosa. “Le escribiré mañana, se quedó tan sola”... Magdalena iba pensativa, el final de las fiestas felices produce melancolía, buscaba las huellas de esas horas mágicas que irían purificándose en la memoria a medida que pasara el tiempo.

El lago nos había embellecido, teníamos los cabellos sedosos y la piel dorada. Cuando no íbamos a visitar a Vicki sentada en su santuario de sedas y perfumes y que nos vaticinaba más belleza con el paso de los días, nos sentábamos en el Shiff, un café situado frente al embarcadero. Desde

nuestra mesa, la silueta de la gente que caminaba al borde de la playa se recortaba con nitidez entre el agua y el cielo. Sorprendidas, vimos a Tania y a Johnny caminar muy juntos. Él la llevaba cogida por el cuello y ambos parecían embebidos en una conversación íntima. Recordé a Tania en la fiesta de Paul, acompañada por un grupo de jóvenes. Enrojecí y no quise ver a Magdalena.

—¿De qué hablarán? —preguntó mi hermanita.

—No lo sé... ¿Te acuerdas de que nos dijo que ella no tenía familia? ¿Que sólo contaba con Johnny? ¿Que era casi como su hermano? —le dije.

—Sí, parecen amantes o íntimos amigos —murmuró Magdalena.

Los vimos alejarse. Dos días después volvimos a verlos. Desde lejos los dos parecían muy tristes, muy agobiados, se diría que algo los había vencido. No me parecieron amantes y sin embargo algo íntimo e importante los unía. Se fueron alejando hasta convertirse en dos puntos oscuros recortados por la luz del crepúsculo. Una mano cayó sobre mi hombro, era Doris, que venía acompañada por su cuñado el profesor Novicki y Eva su actual esposa. ¡Qué desastre!

El profesor era un hombre viejo, bajito, de piel oscura y ademanes anticuados. Todo en él era pasado de moda, desde su calzón de baño que llevaba en la mano hecho en lana roja muy gruesa, hasta su mujer, bajita, seria, de traje de percal sin forma, tez muy pálida y uñas recortadas. El profesor sonrió con animación. Ella en cambio permaneció severa. Su francés era pésimo y la risa de Magdalena la disgustó.

—¿Pueden decirnos dónde se esconden? —preguntó Doris enfadada.

—Por el color que les veo, no se esconden del sol. A Eva la fatiga mucho. Tiene el cutis muy delicado, nosotros vamos a la playa muy temprano. ¿Por qué no encontrarnos a las siete y media de la mañana en aquel extremo? —preguntó el profesor señalando el rumbo de la casa de Doris.

Imposible negarse. El profesor nos invitó a dar un paseo a la orilla del lago. Caminábamos despacio para escuchar sus disertaciones, su mujer se detenía frente a las vitrinas de las joyerías para escoger la joya que su marido iba a comprarle al final de la temporada. Él no interrumpía la

conversación, de pronto habló de “la crisis de Hungría”.

—Yo no tomé parte. Mis amigos se equivocaron, cayeron en la provocación occidental —dijo con voz lúgubre.

Durante el tiempo que fuimos amigos escuchamos muchas veces la frase: “Yo no tomé parte. Mis amigos se equivocaron, cayeron en la provocación de Occidente”.

Se diría por el tono de voz, que lo único que lamentaba en su vida era no haber tomado parte “en la crisis de Hungría”. Magdalena y yo sabíamos vagamente la historia de la sublevación húngara, pues en aquel tiempo usábamos todavía calcetines.

Al profesor Novicki lo respetábamos al punto de que aun si nos acostábamos al amanecer, después de alguna fiesta, a las siete y media de la mañana acudíamos a su cita en la playa. El cansancio nos impedía entender sus lecciones. No era fácil engañarlo, sobre todo cuando nos hablaba de México. El profesor quería datos: ¿Cuántos obreros había? ¿Cuál era el salario mínimo? ¿Había derecho a huelga? ¿Se ejercía ese derecho? Contestábamos al azar. ¿Cómo podíamos saber tantas cosas que no nos incumbían? Le interesaban los campesinos y los latifundios. Con paciencia nos explicó la injusticia del sistema de clases en el que vivíamos. Era imposible que dos muchachas sanas e inteligentes como nosotras aceptáramos la explotación de los obreros y de los campesinos. Estuvimos de acuerdo con él, pero cuando nos dijo que en Hungría no quedaba ni un solo rico, me pareció espantoso y se lo dije.

—¡Qué horror! ¡Ni un rico! Entonces ¿cómo viven allí? Sin fiestas, sin trajes, sin veleros, sin coches, sin nada. ¡No, no me gusta!

El profesor se echó a reír.

—Piensen que tampoco hay un solo pobre. Todos viven bien, todos sin excepción. Trabajan y viven con dignidad.

—¡Qué maravilla, ni un solo pobre! Quiero ir a Hungría —exclamó Magdalena.

—¿Y por qué no? Todo es muy posible, muy posible —aseguró el profesor.

No logré imaginar una ciudad en la que no hubiera ni un rico ni un pobre. El profesor nos regaló unos folletos húngaros. Los revisamos con

cuidado. Las gentes parecían vivir en la felicidad de la Edad Media, en medio de campos floridos, bailando rondas, vestidos a la usanza campesina, alegres y sonrientes.

—¡Hay que ir allá! —decidió Magdalena.

En la playa enseñamos los folletos a los amigos, pero no se interesaron. Tommy, al verlos, nos ordenó con voz agria:

—¡Tiren esas basuras! ¡Ahora mismo, traidoras a su clase!

—Tommy, no te pongas así, ¿a qué clase somos traidoras?

—¡A la suya, a la burguesía! Criaturas estúpidas, no me hablen, el primero que llega las cambia de opinión. ¡Veletas!

Tommy estaba furioso, lo acompañaba Antonio, su amigo cubano risueño, que nos había cobrado afecto en los pocos días que llevaba en Ascona, pero al ver los folletos exclamó asustado:

—¡Chico, pero si son castristas! ¡Castristas!

—¡Qué van a ser castristas este par de retardadas mentales! Miren, si no tiran esos folletos ahora mismo, no vienen a cenar a mi casa esta noche. ¡Tírenlos allí! —nos ordenó señalando un pequeño poste clavado en la arena que sostenía un bote de basura.

—¡No los tiramos! —dijo Magdalena.

—¡Te digo, chico, que son castristas! —repitió Antonio.

—¡Pues se acabó! No vengan esta noche ni nunca más. ¡Nunca más!

—¡Chico, chico, no las trates así! Vamos a convencerlas con razones. ¿No ves que las han embaucado? —intervino Antonio.

—Mira, m'hijito, si no tuve hijos fue para que no se mearan en mi cama y ahora no voy a ponerme a educar a estas dos mocosas. ¡No, no, no! Que me dejen tranquilo.

Nos retiramos ofendidas. Fuimos con Johnny que nos recibió sonriendo. Estaba rodeado de sus amigos elegantes. Tenían una mesita pequeña con botellas y vasos, cubeta de hielo envuelta en servilletas y un mozo que los atendía. Johnny sentó a Magdalena junto a él, con gesto displicente puso su mano sobre el hombro de mi hermanita. Le enseñamos los folletos y le dijimos que Tommy nos había echado de su tienda. Johnny examinó las fotografías, entrecerró los ojos y nos dijo:

—El viejo Novicki, ¿verdad? —y abandonó los folletos en la arena. No

contestamos. Johnny le tomó la barbilla a mi hermanita, la miró a los ojos y le preguntó—: ¿A qué hora ves al viejo Novicki si siempre andas donde ando yo?

—A las siete de la mañana en la playa y por las tardes en el café que está junto a la librería. ¡Es muy bueno, un sabio!

—Sí, sí, pero sería mucho mejor que no lo vieras. Mañana, por ejemplo, te quedas dormida. ¿Eh?

—Le avisaré esta tarde, no puedo dejarlo plantado.

—No avises nada. Eres libre de hacer lo que te dé la gana, menos meterte en un lío con ellos. ¿Entendido?

Me sentí aliviada, Magdalena respetaba a Johnny y podría dormir hasta las ocho de la mañana y tomar mi café sin prisas. Descubrí que mi hermanita no respetaba tanto a Johnny pues esa misma tarde fuimos al café a buscar al profesor Novicki. Yo estaba bostezando.

—Profesor, perdone a Estefanía, es tan tonta que se enamoró de un jardinero —dijo Magdalena para disculpar mis bostezos.

—¿Un jardinero? Eso sería magnífico si realmente fuera un jardinero. Sería una señal de una gran salud mental. ¿Pero estamos seguros de que ese joven es en verdad un jardinero o sólo pretende serlo? Ellos son capaces de cualquier cosa. Ascona anda mal, ¡muy mal! ¿El jardinero es alemán?

—Sí, es alemán...

—Entonces es casi seguro que sea un espía. ¿Qué hace un jardinero en Ascona? ¿Trabaja?

—Sí...

—Lo más probable es que sea un espía —nos dijo el profesor mirándonos con seriedad.

—¡Carajo! ¿Hay espías en Ascona? —pregunté.

—De todas las tendencias y de todos los países —aseguró el profesor con aire solemne.

Eva interrumpió la conversación por primera vez interesante con el profesor. Quería hacer el recorrido de las joyerías.

Nos fuimos a Los Tres Pinos. Cenamos solas en la terraza. Los fantasmas de México nos pusieron tristes, pero no había regreso,

debíamos esperar a que mi padre vendiera la casa y se instalara en los Estados Unidos. Magdalena estaba muy deprimida, tal vez porque había desobedecido a Johnny y el canto de la lechuza le pareció de mal augurio.

Por la mañana encontramos al grupo de Johnny hablando de algo que había sucedido la noche anterior. Hablaban en alemán y no pudimos entender gran cosa.

—¡Con tu manía de no comprar los periódicos no nos enteramos de nada! —me reprochó Magdalena.

—¡Y tú con tu manía de robártelos no puedes acercarte a ningún quiosco! Johnny acarició la rodilla de mi hermanita para detener nuestra disputa. Brigitte, una señora muy guapa del grupo nos explicó:

—Hablamos del crimen de anoche. Dos desconocidos mataron a tiros a un hombre en el centro mismo del pueblo. El muerto parece que era contrabandista de armas para los terroristas franceses.

Magdalena perdió el color. “¡Enrique!”, pensé yo, sintiendo que también palidecía. Escuché preguntar a Magdalena:

—¿De qué nacionalidad era el muerto?

—Eso es lo de menos. Son gente que cuenta con todos los pasaportes que desea —afirmó Johnny con simpleza.

—¿Y los asesinos? —pregunté.

—Eran dos, huyeron —respondió Brigitte.

Nos echamos al agua, necesitábamos conferenciar, de alguna manera Enrique debía estar complicado en el asunto. ¿Cómo era posible que no nos hubiéramos dado cuenta que Ascona estaba en ebullición? Circulaban personas que no eran turistas ni aparecían en las playas, debían ser los contrabandistas y los policías. No pudimos continuar la conversación, porque Johnny nos alcanzó en el agua y se alejó nadando con mi hermanita. Siempre que hacían eso, Magdalena desaparecía todo el día. “Voy a tener que comer y cenar sola”, me dije disgustada. “¡Y en un día como éste!” Me quedé en la playa con la esperanza de que volviera Magdalena. No volvió. Contemplé el lago con su oleaje cambiante, sus veleros veloces bajo el sol esplendoroso, sus bañistas. Todos parecían felices, el día mismo era feliz, sólo yo me sentía huérfana y abandonada en una playa elegante. Tommy se había retirado. Sólo me quedaba comer

un sándwich y esperar en el embarcadero a Magdalena. La tarde empezó a caer con luces ardientes, el cielo era una hoguera azul y anaranjada. Los bañistas se retiraron y la piedra blanca del embarcadero empezó a perder su tibieza. Me encontré a Tania que tomaba el último barco para ir al otro lado del lago, donde ella vivía en la casa de algún amigo del que no me confió el nombre.

—¡Johnny es tan bueno! ¡Tiene un corazón de oro y cómo ha sufrido! Tú no tienes idea de lo que es el sufrimiento —me confió mirándome con sus ojos claros almendrados. Tuve la impresión de que deseaba decirme algo más, pero de pronto calló y se mordió las puntas de los dedos. La vi irse en el pequeño barco con un pañuelo atado a la cabeza y tirándome besos apoyada en la barandilla. Su inesperada presencia y su repentina ausencia me dejaron sumida en reflexiones que no pude ordenar. Vi que la noche caía irremediable sobre el agua que reflejaba las últimas luces solares. “Rosa no me hubiera dejado sola.” ¿Adónde iré a cenar? De pronto una mano enorme se apoyó sobre la piedra blanca del embarcadero, me salpicó de agua e inmediatamente apareció la otra mano, el agua se agitó y surgió una cabeza verde provista de unas gafas enormes que parecían los ojos salientes de un insecto. Luego todo el cuerpo verde se incorporó y chorreando agua se izó hasta el muelle y se sentó a mi lado. Vi sus pies en forma de patas de rana. Todo sucedió en unos segundos sin darme tiempo para escapar o pedir auxilio. El hombre de goma verde se quitó las gafas y me preguntó en inglés:

—¿Sola?

—Sí,... Y ¿usted? —contesté disimulando el miedo que me producía.

—¿Yo?... trabajando. ¿Por qué me ve así? ¿No ha oído hablar de los hombres rana? Estuve buceando del otro lado del lago y por la tarde en este lado.

—¿Para qué? —hice la pregunta casi a pesar mío.

—Siempre hay algo que se pierde en el agua —contestó con tono enigmático.

—¡Ah!...

—¿Usted es alemana?

—No...

—¡Qué bonita vista tenemos desde aquí! Mire las casas del otro lado del lago, todos los que viven en ellas son millonarios. ¡Sí, millonarios! — afirmó columpiando los pies de rana.

—Me voy —dije poniéndome de pie.

El hombre me detuvo por un tobillo.

—¿Qué tal comer un sándwich juntos? Me cambio en unos minutos...

—No, gracias, me esperan. Mejor mañana...

—¿Mañana? ¿Aquí a la misma hora?

—Sí, a la misma hora aquí —contesté para deshacerme de él.

Me alejé corriendo. ¿Adónde meterme a esas horas? No tenía valor para volver sola a Los Tres Pinos después de lo que había ocurrido con el contrabandista muerto. Zita me vino a la memoria. ¿Cuántos días hacía que la habíamos visto? “No nos buscó. Alejó a Ric de Magdalena.” Su conducta era extraña. ¿La enviaría Pinsent? Manejaba un automóvil de lujo. Magdalena y yo estábamos perdidas entre tantas tramas incomprensibles. Recordé el Isole Bar, allí siempre había gente a cualquier hora de la noche. Entré descompuesta, la vista de Helga acodada en la barra me tranquilizó.

—¡Qué susto he pasado! —dije pensando en el hombre rana. Y agregué:

—¡Pasan cosas horribles!

—No hagas caso. Todo es ipolítica, política, política! ¿El contrabandista muerto? ¿Y qué? Nosotras estamos vivas. ¿Dónde está Magdalena?

—No lo sé...

—¿Con Johnny?... —preguntó oprimiéndome una mano.

—Creo que sí.

Helga tenía algo inquietante: los ojos demasiado negros, la piel demasiado pálida y los labios maquillados de blanco que apenas eran visibles. Muchas veces Johnny había ido a buscar a Magdalena al Isole Bar o al Shiff y Helga me había acompañado andando hasta Los Tres Pinos. Sentadas en los escalones de entrada contemplábamos la noche, escuchábamos el canto de los grillos y esperábamos el regreso de mi hermanita. La miré inclinada sobre el bar, llevando el compás de la música con su vaso lleno de whisky. ¿Cómo podía vivir sola? Ella se volvió a mirarme y me hizo enrojecer, me revolvió los cabellos y me dijo:

—Come algo, yo te invito.

Cené unas legumbres, pues desde que en México me decidí por el asesinato me hice vegetariana. No estaba contenta a pesar de la bondad de Helga: la aparición del hombre rana me tenía impresionada. No hice comentarios. Ya tarde mi amiga me acompañó hasta Los Tres Pinos, preferí no sentarme en los escalones de piedra a esperar a Magdalena y la invité a subir al estudio. Preparé un café en la cocina. Al volver al salón dormitorio casi dejo caer la bandeja al suelo: echada boca arriba sobre una de las camas, desnuda y en la postura de la *Maja desnuda* de Goya estaba Helga esperándome con una expresión sinuosa en los ojos. La miré incrédula, temí que le hubiera dado un ataque de “histeria”, fue la primera palabra que me vino a la cabeza.

—¿Por qué estás desnuda? —le pregunté sintiendo un vago peligro.

—Tenía calor...

—¡Ah!... ¿no sería mejor que te vistieras? Abriré una ventana, digo, la puerta de la terraza para que entre aire fresco —le dije enrojeciendo.

Escuché reproches familiares: “Estefanía, ¿qué haces con esa impúdica en tu cuarto?” ¿Y si se levantaba y me caía por la espalda? La mujer era peligrosa. Abrí la puerta de cristal de la terraza muy despacio para dar tiempo a que llegara Magdalena. “¡Me deja sola con una desconocida!”... “¿En dónde anda?”, me pregunté con amargura. Abrí la puerta y entró una bocanada de bosque y eucaliptos.

—¡Qué aire delicioso! Dame el café, querida —me dijo Helga.

Le alcancé la taza servida y traté de no verla. No tenía a quien llamar y el ombligo enorme de Helga me tenía hipnotizada. Me pareció que tenía pelos negros y entendí por qué en la familia estaba prohibido pronunciar la palabra ombligo. Desfilaron por mi cabeza los nombres inútiles de los amigos. Era imposible acudir a ninguno por teléfono, si ella estaba allí mirándome. “Tiene las piernas y las rodillas muy gordas, por eso usa siempre pantalones.” Me dije satisfecha de compararlas con las mías, largas y musculadas. El resto del cuerpo no quise que existiera. Bebí el café simulando no darme cuenta de que mi invitada estaba en cueros.

—Dame una tacita más —me pidió con naturalidad.

Le serví la segunda taza sin lograr pronunciar una sola palabra. Miraba

un punto en el vacío.

Las llamadas urgentes de la campanilla de entrada anunciaron la llegada de mi hermanita. En unos segundos apareció.

—¡Estefanía!, ¿por qué no le has dado una pijama a Helga? —me reprochó, al tiempo que se inclinaba a darle un beso en la mejilla a la invitada.

Helga pareció complacida con Magdalena. La miró con ojos adormilados, le tomó la cara entre las manos y le dio un beso en la boca. Mi hermanita se enderezó y se echó hacia atrás.

—No te preocupes, Magdalena, sólo quise refrescarme un poco. ¿Te divertiste con Johnny?

—Sí, la pasé muy bien, lo dejé a las cuatro de la tarde, tenía que ir a Rapallo. Ahora vengo de la casa de Helmut. ¡Es encantador! Perdona, Estefanía, organizamos una fiesta improvisada con toda la banda. Te llamé a todas partes pero eres inencontrable.

—¿Helmut? Es demasiado rico y caprichoso... me han dicho que piensa casarse contigo. Me lo dijo su hermanito, sus padres ya lo saben, creo que te encuentran preciosa —dijo Helga con voz triste.

Sin despegar los ojos de Magdalena, se puso de pie y empezó a recoger sus ropas que había dejado olvidadas en el suelo. Se metió sus pantalones, su camisa a cuadros y sus zapatos sin tacón. No usaba sostén y se vestía muy lentamente.

—¿Te vas a quedar a dormir con nosotras? —le preguntó mi hermanita.

“¡Eso me faltaba, que duerma aquí después del día que he pasado!” Yo sabía que Magdalena y Helmut se habían comprometido en la piscina de su casa y no me oponía al matrimonio a pesar de que mi hermanita era casada, claro que Helmut lo ignoraba, como lo ignoraba todo el pueblo. Pero sí me oponía a que Helga durmiera en la casa.

—No. Me voy. Tengo mucho en qué pensar esta noche. Ya acompañé a Estefanía que llegó asustada al Isole Bar —la escuché decir.

Nos tendió una mano enérgica y se dirigió a la entrada con paso decidido.

—¡Duerman bien, mis ángeles!

Magdalena corrió hasta ella, la detuvo.

—¡Helga, por favor, no le digas a Johnny que pasé la tarde y la noche con Helmut y sus amigos! ¿No vieron los fuegos de artificio que lanzamos desde su casa?

Helga sonrió, se llevó un dedo a los labios y dijo:

—No diré nada. ¡Pobre Johnny!

Cerró la puerta de entrada y esperamos el arrancón del elevador para estar seguras de que se había ido. Magdalena entonces se tiró en la cama a reír.

—¿De qué te ríes? ¿Sabes el día infernal que pasé? Y como corolario esta *Maja desnuda* bebiendo café...

Magdalena continuó riendo.

—¿Por qué no te ríes tú? ¡No hay ninguna tragedia!, la pobre Helga... — y volvió a reír con más ganas.

Apenas pude contarle la aparición del hombre rana. Tenía mucho sueño, disgustada decidí dormir yo también.

Muy temprano nos llamó Alejandrino por teléfono.

—El señor quiere verlas. ¿Pueden venir?

—¿Le sucede algo?...

—Sí, señorina, una tragedia.

Llegamos sin aliento al piso de Tommy. Lo encontramos bañado en lágrimas. Ante su llanto nos quedamos quietas. ¿Qué podíamos decirle? Era muy extraño verlo llorar. Nos indicó con señas que nos sentáramos.

—Gino.. anoche, miren —nos dijo señalando sus vitrinas vacías en las que guardaba sus colecciones preciosas de relojes antiguos, de tabaqueras de oro, de cajas de rapé esmaltadas y de copas del Renacimiento. No quedaba nada. Sobre las tablas forradas de seda quedaban marcas de color más oscuro que volvían más notable la ausencia de los objetos preciosos.

—¿Qué sucedió? —preguntamos sin comprender.

Tommy se limpió las lágrimas. Gino, el bueno de Gino, el pagano, el amigo con el que había hecho el trato del noviazgo, lo había robado ese mismo amanecer. Y eso no era lo peor, le había puesto una mordaza, le había atado las manos y los pies a la espalda, lo había golpeado y luego “riendo como un traidor de teatro” abrió las vitrinas, la caja fuerte, los

cajones de las cómodas y se llevó las colecciones, el dinero y las alhajas que habían pertenecido a la madre de Tommy.

—Es decir, se llevó todo. ¡Todo! —nos dijo Tommy con voz espantada.

—Avisa a la policía. Denúncialo por robo —le dijimos al ver que tenía el rostro amoratado.

—No, criaturitas, no puedo... —lloró Tommy.

—¡Qué país! ¿Por qué no puedes?

—Sería un escándalo tan mayúsculo que me echarían de Suiza... además ése ya cruzó la frontera, me lo dijo. Abajo lo esperaban unos amigos, no sé si se fue a Francia o a Italia, quería casarse.

—¿Entonces la policía se pondría de su parte? —pregunté indignada.

—Sí, m'hijita... ¡ay, nosotros los homosexuales y ustedes las mujeres bonitas siempre estamos en peligro! ¡Y no tenemos defensa! ¡Ninguna defensa! Si a ustedes les pasara algo parecido dirían que ustedes habían provocado al ladrón o al asesino.

Era un drama inesperado. Tommy decía la verdad, ya nos había sucedido lo mismo en México con el matrimonio de mi hermanita y con Marta y con Loreto. No supimos qué decir. El robo era evidente, nadie podía negarlo. ¿Qué importaba que Gino hubiera cruzado la frontera?

—Te lo he dicho mil veces, lo único que paga es el crimen —me repitió Magdalena.

—Es verdad —exclamó Tommy, que se rehízo un poco, tiró de un cordón de seda y apareció Alejandrino con la misma cara compungida con la que nos recibió.

—Trae el desayuno con muchas mermeladas para estos angelitos. ¿Me acompañan a desayunar?

Entró Alejandrino empujando un carrito servido con un desayuno espléndido. Magdalena y yo apenas nos atrevimos a comer las tostadas, las jaleas, las mermeladas y la miel. Era una vergüenza tener apetito delante de Tommy que apenas dio unos sorbitos de café.

—Tenía razón mi padre. ¡No saben cuántos pleitos tuve con él...! ¡Las pagarás, Tommy, las pagarás...! No es ésta la primera vez que me sucede, pero nunca dudé de Gino, parecía tan buenito. Si lo hubieran oído anoche: “¡Aquí quedan dos amigos, si dices una sola palabra te cortarán

la garganta!”, me dijo antes de irse. Es duro que te sucedan estas cosas cuando ya no eres joven —Tommy volvió a llorar.

Magdalena quiso distraerlo y le habló del contrabandista de armas asesinado en el centro mismo del pueblo, dos noches atrás. Tommy la escuchó con atención, ya estaba enterado pero la vehemencia de mi hermanita lo hizo enderezarse en la cama.

—¿Tú crees que Gino tenga algo que ver con el contrabando de armas? A mí me parece que no. Eso es un asunto de la alta mafia y este pobre *contadino* es un ladrón casero... —dijo preocupado.

—¿De la alta mafia?... ¿Era italiano el tipo? —preguntó Magdalena.

—¡No!, parece que era austriaco o alemán, aunque ya sabes que esos tipos siempre llevan papeles falsos. ¡Yo qué sé quién era! Yo te cuento lo mío que, aunque no es tan espectacular, me ha dejado en la calle. ¡Y en estos momentos de peligro! Además tengo miedo, no temo confesarlo. ¿Les parece deshonroso tener miedo? —nos preguntó.

—¿Deshonroso? No, ¿por qué?...

—Se supone que los hombres debemos ser muy valientes —y de pronto se echó a reír.

Decidí contarle a Tommy lo del hombre rana. Tommy se asustó muchísimo.

—¡Ese monstruo debe ser de la Interpol!... Ya me habían llegado rumores... ¡Qué horror! No hay nada más peligroso que la policía. La gente cree que acude a salvarla y en general llegan para matar... Pobres de mis amigos. ¿Ven?, por eso las llamé a ustedes. ¿Con quién más podía desahogarme? Nadie hubiera venido; Ascona se está volviendo peligrosa. De ninguna manera hables con el hombre rana. ¡Que se coma solo su sándwich!

Nos asustamos, echamos de menos a México, tal vez Ascona ni siquiera era tan bonita como parecía. Tommy debía regresar a su país. Él no tenía a una Justa que lo amenazara, así dejaría de andar rodando como una piedra gastada. Se lo dijimos.

—¡A Bolivia! Yo, ¿volver a Bolivia? ¡Criatura! ¿Puedes decirme qué hago yo entre esos indios locos? Pero si organizan una revolución cada dos semanas. ¡Criatura, no sabes lo que dices! ¿Qué hago yo allí?

No supe qué contestar. Él agregó:

—¿Has visto a las indias con esos sombreritos puestos como para ir a Wall Street?, son muy buenos, pero eso no me interesa. A mí me gusta la gente linda, como tú, como Magdalena. ¡Criatura!, qué cosas se te ocurren. ¿Sabes que está a miles de metros de altura? ¿Quieres que me muera? Allí sólo pueden vivir los cóndores y eso si alcanzan carne. No, no, no, a mí desde niño me gustó la civilización. No podría vivir en ningún país de América Latina. Tu México, ¡qué horror!, allí matan a todos. No sé cómo llegan vivos a Europa algunos mexicanos. Te advierto, querida, que llegan ilocos!, con unos miedos y unos temores que sólo padecen ellos.

—¿Nosotras también? —preguntó Magdalena.

—¡Claro que también! ¿Qué hacen aquí dos mocosas sino huir como todos los mexicanos?

—¡Ay!, Tommy, tienes razón. Yo ando escondiéndome... —le confió Magdalena.

—¿Ya ves? ¿Y Estefanía?

—Yo vine a acompañarla. ¡No sabes cómo nos persiguen! Con decirte que a mi familia no la dejan ni comer —le confió y sentí un alivio.

Tommy nos miró con sus ojos enrojecidos por el llanto, movió la cabeza con simpatía, pareció concentrarse. Después de unos minutos nos dijo:

—¡Ya sabía que algo les pasaba! No se preocupen, aquí no las encontrarán nunca. ¿Y quién las persigue? —preguntó con avidez.

—Un criminal —contestó Magdalena.

—¡Me lo temía! México es un país fatal. ¡Fatal! El pobre Antonio no le tiene ninguna simpatía. ¡Qué disgusto se va a llevar cuando vuelva de Florencia! No le gustaba Gino. ¿Saben? Bueno, criaturas, váyanse a la playa, yo voy a dormir un rato. No he dormido con este disgusto. Y ¿cómo iba a dormir atado? Gino era un salvaje, nada de pagano. ¡Un salvaje! —repitió.

En la playa había mal ambiente. Se diría que a todos los había visitado Gino. Los grupos estaban silenciosos y quietos, apenas nos saludaron, los veleros y las lanchas de motor no circulaban por el lago. El sol iluminaba las aguas con reflejos azules y verdes muy intensos, el calor se reflejaba

en las lonas de las tiendas blancas. Extendimos nuestras toallas y nos echamos al sol. Descubrimos a Johnny conversando con un grupo lejano. Observé que Magdalena lo miraba arrobada. Y ¿Helmut? Había decidido casarse con él, pero no era como Johnny que brillaba solo, existía aparte, sus gestos y su voz eran especiales y sus ojos veían muy lejos. Lo vimos avanzar hacia nosotras, se puso en cuclillas junto a mi hermanita. Estaba triste y su aire trágico nos impresionó.

—Anoche decidieron construir un muro alrededor de Berlín para incomunicar a Berlín Este del Berlín Occidental...

—¿Quiénes? —preguntamos a coro mi hermanita y yo.

—¿Quiénes? “¡Ellos!”, por supuesto.

En Ascona aprendimos que “ellos” eran los culpables de todos los males. Movimos la cabeza en señal de condolencia, sin entender cómo se podía construir un muro para dividir una ciudad.

—Ya empezaron a tender las alambradas. ¡No podrá escaparse nadie! Es una tragedia. ¿Saben que las democracias no tienen vergüenza?

Johnny estaba más triste que Tommy. Le hicimos varias preguntas y él dibujó sobre la arena el mapa de Berlín para enseñarnos que era muy factible dividir a la ciudad.

—Es construir una muralla china adentro de una ciudad —concluyó Magdalena.

Johnny la contempló largamente, era evidente que la amaba y que ella se dejaba amar. “¡Qué suerte tiene!”, me dije sintiendo el efluvio amoroso que emanaba de Johnny. El amor es tan invisible como la electricidad y los que están fuera de esa corriente poderosa si se acercan se pueden llevar un choque. Eso me sucedía a mí cuando me hallaba entre Johnny y Magdalena. Noté que ambos habían adquirido el mismo color ambarino. Contemplé las piernas desnudas de los dos: la piel también era la misma, compacta y delicada. Me pareció extraordinario que existiera ese parecido entre los dos. Me avergonzaba mirarlos a la cara, me parecía una intrusión en una intimidad secreta que le estaba prohibida a todos los que no fuéramos ellos. La tensión que se estableció entre Johnny y Magdalena me obligó a dejarlos solos. “Con permiso, voy a nadar un rato” y me tiré al agua, nadé mucho rato. “Ése es el amor”, me dije asombrada.

Era la primera vez que me encontraba frente a ese sentimiento misterioso. “¿Y Hortensita y Gustavo?” No, ellos eran muy distintos, no formaban esa isla tensa, ese círculo mágico que rodeaba a Johnny y a mi hermanita.

A las seis de la tarde nos reunimos con el profesor Novicki en el cafetín vecino a la casa de Doris. También él y Eva hablaron del muro: “Necesario para cerrar el escape hacia la corrupción occidental”.

—El socialismo no puede permitir esa sangría. Era una provocación parecida a la de Hungría. ¡Qué catástrofe provocaron! El espejismo capitalista es muy dañino. Los pueblos son como los niños y hay que educarlos.

Eva asentía con movimientos de cabeza a las palabras de su esposo. Novicki era una autoridad, no cualquiera era miembro de la Academia de Ciencias. Nos tenía deslumbradas. Nunca habíamos hablado con un científico de su talla y él era tan isencillo, tan amable!

—Entiendo. Es para el bien del pueblo —dijimos a coro.

—¡Naturalmente! Al pueblo alemán se le engaña con facilidad y había escogido la huida en vez de la construcción del socialismo, que es el futuro del mundo y la redención del trabajador. ¿Qué dirán las generaciones futuras cuando sepan que hubo que construir ese muro vergonzoso? No podrán creerlo.

El profesor acababa de decir lo mismo que Johnny: “¿Qué dirán las generaciones futuras cuando sepan que hubo que construir ese muro vergonzoso? No podrán creerlo”. Nos confundimos, pero el profesor tenía razón y lo escuchamos con reverencia, como se escuchaba antes a los maestros, que hablaban de una manera muy diferente a como lo hacen ahora estos pelados que se llaman maestros.

Con un gesto nos mostró los cafés, las joyerías, las pastelerías, las tiendas de modas.

—Y ahora piensen en que más de la mitad de los seres humanos se mueren de hambre. Ustedes lo saben, en su país los campesinos viven en la miseria, mientras que sus oligarcas viajan a todo lujo, se cubren de joyas, ejercen la más abyecta corrupción. Pero están condenados por la historia.

—Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja a que se salve un rico —dije.

—Dejemos ahora las supersticiones religiosas. Ahora es la historia la que habla, actúa, y la historia ino perdona!

—Por ejemplo, a nuestro gobierno de explotación, de violencia, expoliador y aventurero —gritó Magdalena.

El profesor Novicki le acarició la cabeza. Magdalena había ganado su aprobación.

Esa noche cenamos con Tommy. Por espíritu de cuerpo latinoamericano, no podíamos dejarlo solo. Nos recibió en un salón con las muñecas vendadas. La mesa que había preparado Alejandrino era magnífica y la comida extraordinaria.

—¡No, no, no! No me hables de ese muro de las lamentaciones que han empezado a construir en Berlín. ¿No te das cuenta de que al final nos van a imponer a todos su muro de las lamentaciones? ¡Qué odio! ¡Qué resentimiento! ¡Ustedes son dos criaturas tercas e imbéciles! —exclamó Tommy abandonando su tenedor en el plato.

—Tommy, no te pongas así, el profesor Novicki nos...

Tommy la interrumpió con violencia.

—¡No me interesa tu profesor Waikiki! Es como todos ellos. ¡Un canalla y un miserable!

“Ellos”, todos hablaban de “ellos”, Novicki, Tommy, Doris, Johnny, Vicki.

—Ellos, ¿quiénes son ellos? —preguntó mi hermanita enfadada.

—¿Cómo que quiénes son ellos? ¡Pues los judíos! Marx, Engels y todo su ejército infernal. Ellos han traído el mal al mundo. ¡Qué líos han armado! El único revolucionario que hizo algo meritorio fue Stalin. ¿No lo saben? ¡Mató a todos ellos, empezando por Trotsky! Valiente fiera —gritó Tommy, agitó la campanilla y apareció Alejandrino.

—Alejandrino, estas niñas me preguntan que quiénes son ellos. ¿Puedes decírselo tú? A mí no me entienden. Están en contra mía.

Alejandrino nos miró con suavidad.

—Señorinas, ellos son los judíos. Ya sé que a ustedes les gustan esas gentes. Pasean con ellas por el lago, van a sus tiendas, a sus casas —

contestó Alejandrino.

—¿Habla usted del profesor y de Doris? Ellos son húngaros, en cuanto a Vicki era rusa —dijo Magdalena con gran dignidad.

—¡Me lo temía! Estas criaturas no distinguen a un judío de un cristiano. Merecen un castigo. No les sirvas ni vino ni postre. ¡Castigadas! Es necesario que aprendan que no están en su Arcadia feliz de matones y matados. ¡Están en Europa! —dictó Tommy.

Alejandrino nos retiró las copas y no nos dio pasteles.

—Son tan pueblerinas... que me dan ¡vértigo! —dijo Tommy preocupado.

Se produjo un silencio. Yo estaba avergonzada, pero Magdalena me hizo un guiño rápido, como diciendo: “No hagas caso, está loco”.

—¡Pobres niñas!, no tienen ni idea de las cosas horribles que están sucediendo... ¡Alejandrino, trae los pasteles y el vino! Comprendan, mis amores, que la injusticia me subleva... Ascona ¡está terminada! —nos dijo mientras el criado nos servía vino y pasteles.

—Señorinas, escuchen al señor. Hay muchos peligros que no imaginan. No hablen con ningún desconocido. No saben lo que sucede —nos dijo el criado en voz baja.

—Y de lo que hemos hablado aquí, ni una palabra. ¡Ni una sola! —repitió Tommy.

Me impresionaron sus palabras. Muy tarde en la noche de camino a casa fui repasando todo lo que nos habían dicho Tommy y Alejandrino. ¡Tenían razón! Éramos dos pueblerinas. Recordé el “tugurio” que le habían vendido a Magdalena en París. ¿Quería más pruebas? A mis espaldas, mi hermanita recibía cartas de Gilles y de Gosselin, a quien yo no conocía. “Todo va viento en popa”, me aseguraba. ¿Qué haríamos cuando terminara el verano? Se lo pregunté esa noche.

—Me casaré con Helmut y así resuelvo mi problema y se lo resuelvo a todos ustedes. ¡Deberías buscarte algún marido! Ya es hora de que empieces la ronda: matrimonio-divorcio, divorcio-matrimonio.

—¿Y Johnny?...

—Johnny... ¿para qué hablas de él? Johnny es aparte...

A la hora de acostarnos le pregunté:

—¿Crees que Eva, el profesor, Vicki y Doris sean judíos?

—¿Judíos? ¡Yo qué sé! Además me importa imadre!

Mi hermanita se sentó en la cama.

—Estefanía, esta gente está loca. Hitler se murió un poco después de que nacimos tú y yo, y todavía le tienen miedo. El otro, Stalin, un poco después, y le siguen teniendo miedo. A los judíos los mató Hitler, quedarán unos cuantos y también les tienen miedo. Ya quisiera yo ver a estos hombrones judíos y cristianos de enemigos de Enrique. ¡Para eso sí hay que tener valor! ¡Y no nos quejamos tanto...!

Por la mañana encontramos una carta de Rosa en el buzón. Uno de sus párrafos nos deprimió mucho:

Mis tías dicen que encuentran la casa muy rara. ¡Ay, qué triste se ha quedado esto!, nos repiten. Desde que le dieron el alibi a mi papá, lo ven como si de verdad fuera sospechoso. ¡Nadie se limpia nunca de una calumnia! Cuando cae la tarde la casa está tan sola, que los tres, mi papá, mi mamá y yo nos sentimos muy abandonados y en peligro, como si algo se tramara en las sombras. ¡Pídele a Dios que mi abuelo encuentre pronto un comprador para la casa! Así, nos podremos ir de esta ciudad a la que no debimos haber venido nunca, nunca, nunca. ¡Todos nos han dejado caer!...

Magdalena se echó a llorar. Luego se puso de pie muy solemne. — ¡Estefanía, juro que voy a vengar a mis padres! Vamos a averiguar quién es el contrabandista muerto. A lo mejor es Enrique o alguno de sus amigos. También vamos a buscar al hombre rana, él debe saber mucho.

Después de su juramento perdió bríos. Había aprendido que era difícil tomar venganza de un enemigo escurridizo que contaba con tantos cómplices.

Por la tarde nos sentamos en el Shiff. Desde lejos vimos a Tania y a Johnny en una de aquellas conversaciones suyas íntimas y misteriosas.

—A lo mejor tienen problemas como nosotras —dijo Magdalena.

La pareja nos descubrió desde lejos y vino sonriente a reunirse con nosotras. Mi hermanita no mostró ninguna emoción. La carta de Rosa le había hecho efecto. Era más sensible que yo y además se sentía culpable. Fui yo la que le preguntó a Tania:

—¿Alguien ha reclamado el cuerpo del contrabandista?

—Dicen que una millonaria ginebrina, que se dice su hermana. ¿Entiendes que un hombre tan rico trafique con armas para el FLN?

—No, no lo entiendo. Y los asesinos ¿quiénes son? —pregunté sin mirarla. —Dos desconocidos. Los testigos dicen que eran morenos y que huyeron en un automóvil muy elegante. ¿Sabes que le dispararon cuando salía del despacho de Hemm? Los amigos estamos asombrados, aunque conociendo al loco de Hemm todo es posible... ya ha estado en la cárcel — afirmó Tania con naturalidad.

—¿Hemm? ¿El que nos llevaba en su lancha?

Sí, se trataba del frívolo de Hemm, siempre dispuesto a todas las locuras, a todas las fiestas, a cualquier excentricidad. Era un poco el bufón del grupo. Acostumbraba celebrar el final de las fiestas en su despacho, un lujoso local provisto de sillones, de un bar bien surtido y de música. Hemm amaba hacer reír a sus invitados.

“Colonizaremos una isla desierta para no pagar impuestos. Será la isla más elegante del mundo, se prohibirá la entrada a todos los que no sepan bailar y tengan menos de quince millones de dólares de capital. La bautizaremos La Isla Imperial. ¿Qué les parece Santa Helena?”

Al terminar de exponer su proyecto al que cada día le agregaba una nueva cláusula, todos aplaudimos.

—Está detenido, lo están interrogando. La señora Richter está aterrada, como todos nosotros...

—¿Y a ella por qué la van a interrogar? —pregunté asombrada.

—¡Oh! Hay otro problema muy gordo y quieren conectar los dos. ¿Comprendes? —me explicó Tania mordiéndose las uñas con nerviosismo.

Johnny le retiró la mano de la boca y se la colocó sobre la mesa. Tania se quedó quieta. Le conté que la antevíspera había visto al hombre rana.

—Entonces, es verdad que hay hombres rana en Ascona. Y ¿qué buscan?

—No lo sé...

Tania se precipitó a decirle a Johnny que no eran rumores lo de los hombres rana, que yo misma había visto a uno de ellos.

—Buscarán cadáveres o las armas que se perdieron para ver su

procedencia —afirmó Johnny con frialdad.

—¡Es espantoso que te anden cazando! Espantoso, tienes la impresión de que ni bajo tierra estás segura... —exclamó Tania.

Lo dijo con tal convicción que se diría que la andaban cazando o que alguna vez lo habían hecho. La miramos sorprendidas y ella enrojeció con violencia.

—Ustedes no conocen la vida. No estaban en Europa cuando llegaron los americanos y los ingleses persiguiéndonos con sus perros policías. Yo era una niña... ¡qué horror! Nos escondíamos en las ruinas, comíamos tierra, temblando de...

—No hables así —la interrumpió Johnny.

Nervioso, se levantó de la mesa y anunció que debía hacer una llamada urgente.

Se alejó con rapidez, parecía disgustado con Tania.

—Hice mal en recordar el pasado. Johnny tiene razón —dijo ella y bebió su whisky de un trago.

—Debo ir a Rapallo. Volveré en una semana —anunció Johnny cuando se unió nuevamente a nosotras tres.

Nos quedamos solas en el café. Los vimos alejarse dejando tras de sí una estela profunda de melancolía. Parecían dos desdichados, ambos respiraban desgracia, tal vez por eso Johnny era tan encantador.

—He pensado que es mejor evitar al hombre rana. No sabemos de qué lío se trata.

Por primera vez Magdalena reculaba ante el peligro, le sucedía lo que a mí que sin Johnny se sentía perdida. Me pregunté desorientada: ¿Qué vamos a hacer en estos ocho días? Y agregué: “¿Por qué viaja tanto si está de vacaciones?”

Una sombra de sospecha me asaltó y quise irme de Ascona.

—¿Y si volvemos a París? —le pregunté a mi hermanita.

—¡No! Gilles y Gosselin dicen que hay que esperar.

¡Esperar, siempre esperar! Volvimos a Los Tres Pinos. Magdalena se echó en la cama, estaba preocupada. De noche regresamos al pueblo a cenar, no habíamos comido en todo el día. Al acercarnos al hotel de las serpientes por el otro lado de la carretera, vimos que el edificio siempre

apagado tenía algunas ventanas iluminadas, la luz salía turbia a través de sus vidrios verdosos.

—Hay luz, mira, sale un grupito —me sopló Magdalena al oído, mientras retrocedía algunos pasos en la curva de la carretera para no tener que toparnos con ellos cuando el camino se volvía recto como una flecha. En el grupo distinguí los colores de uno de los atuendos de Doris y la silueta baja y redonda de Vicki.

El grupito se alejó de prisa, dieron vuelta en la curva y escuchamos el ruido de un motor de coche que arrancaba. “Se fueron en auto”, dijo Magdalena. Retrocedimos un buen trecho, no queríamos que el viejo dueño del hotel nos viera y pensara que estábamos fisgando. ¿Por qué tenía luz? Seguramente había huéspedes. Nos pareció que alguien nos observaba, pero ¿desde dónde? Al cabo de un rato rehicimos el camino al pueblo. La caminata nos abrió el apetito.

—Alguien nos sigue —dijo Magdalena deteniéndose en seco.

—¡Camina y no te vuelvas! —le ordené a pesar de la corriente helada que me atravesó la espina dorsal.

La noche era alta, las copas de los árboles se dibujaban medio desechas, algún grillo cantaba a nuestro paso y alguien continuaba siguiéndonos. Sus pisadas cautas y apagadas venían detrás de nosotras. Entramos a Ascona por las callejuelas traseras, buscamos un restaurante barato y ocupamos una mesa. Apenas lo habíamos hecho, se sentó junto a nosotras un desconocido.

—¡Hey! —me dijo dándome un golpecito en el hombro.

Reconocí los ojos del hombre rana. Iba en mangas de camisa, con un suéter blanco amarrado al cuello. Tenía el cabello casi al rape y una sonrisa demasiado amable para ser verdadera. Su piel era muy pálida, se diría que la tenía llena de humedad.

—Mi hermana —le dije señalando a Magdalena.

Lo imaginé. Las vi hoy...

—¿En dónde? —se precipitó a preguntar Magdalena.

—En un café, hablando con una pareja. No parecían muy contentas.

El hombre tan aparatoso cuando aparecía vestido de rana, era insignificante. No entendí el miedo que me produjo en el embarcadero y

menos aún el que me seguía produciendo en aquel cafetín oscuro. Adoptó una postura familiar, tendió la mano por encima de la mesa y dijo a guisa de presentación: “¡Joe!”. Le contestamos: “Estefanía y Magdalena”. Decidió que debíamos compartir una pizza para tres y una botella de vino. ¿Estaba muy solo o quería interrogarnos? Se lanzó a hablar de Tommy y del profesor Novicki.

—¿Los conoce? —preguntó mi hermanita.

—Bastante, en cierta manera. Tipos curiosos. Muy curiosos. ¿Y qué hacen dos chicas tan bonitas con dos viejos como ellos? —preguntó divertido.

—Son amigos nuestros. No tiene nada de particular —contestó Magdalena.

—¡Oh!, no diga que no tiene nada de particular, porque los dos son muy particulares. Justamente, ¡muy particulares! —y se rió con malicia.

—Cuestión de opiniones, con nosotras son muy amables.

—¡Seguro que son amables! —afirmó Joe volviendo a reír.

Era difícil hablar con él, no sabíamos si actuaba de buena o de mala fe.

—¿Les gusta Ascona? ¿Por qué vinieron justamente aquí?... ¿Algún amigo? A mí no me gusta, es un lugar conflictivo, triste, lleno de enemigos políticos, quiero decir nazis y comunistas.

—Vaya tontería, eso de los nazis es un lugar común. Hitler se murió casi al mismo tiempo que yo nací y Stalin un poco después —le contestó desafiante Magdalena.

—Ok, aceptemos que es un lugar común, pero no me negará que Ascona está llena de nazis y de comunistas.

—¿Comunistas? ¿No sabe que está de moda ser comunista? Además son personas como usted y como yo.

—Como usted, tal vez. Como yo, ¡no! —le contestó riendo.

El hombre rana insistía en sostener la plática y lo mejor que podíamos hacer era comer de prisa e irnos. Hablaba de todo menos de lo que debía interesarle, el contrabandista muerto y las armas extraviadas. Nos preguntó dónde nos alojábamos y tuve la seguridad de que ya lo sabía, pues cuando dijimos, en Los Tres Pinos, afirmó: “Bonito lugar, muy limpio, pero un poco retirado para dos chicas solas como ustedes”.

—¿Y usted dónde se aloja? ¿En el hotel de la carretera? —le preguntó Magdalena, que sin duda recordó a Tommy diciendo: “Ése es de la Interpol”.

—¡No! Está completo. Aunque tiene el aspecto de estar casi vacío. No me juzgaron digno de guardarme entre sus peces y sus serpientes —y volvió a reír esta vez a carcajadas. Nos contagió la risa. Cuando dejamos de reír, se diría que empezaba una cierta confianza entre los tres. Se inclinó y señaló hacia el lago.

—¿Ven aquella casa apagada? ¿Aquella en lo alto de la roca del otro lado del lago? —nos preguntó señalando un palacete en medio de dos casas magníficamente iluminadas.

—Sí, la vemos...

—¿Son amigas de su dueño?...

—No...

—Pues mejor para ustedes, porque desapareció. Se dice que lo mataron...

Magdalena preguntó:

—¿Cuál es la casa?... ¿esa blanca?... ¡Estefanía! ¡Es la casa de Paul!...

—Sí, la casa de mármol blanco. El dueño desapareció al amanecer —dijo el hombre rana.

—¿Por qué?... ¿Quién lo mató o lo raptó? No es posible —afirmó Magdalena.

—¡Ah!, si lo supiera. ¿Quién lo mató y por qué? Se piensa que son motivos políticos. Aunque era muy rico y el dinero siempre es un motivo poderoso para el crimen. Era un alemán que se refugió aquí, dividía su tiempo entre Ascona y Zúrich... también pudo ser un suicidio. Pero, ¿en dónde está el cuerpo? Ascona está llena de sospechosos, los que viven aquí y los que vienen de visita no son gente común. ¡No, no me gusta Ascona! ¿Se imaginan a un hombre como él, que vive solo, rodeado de perros y de criados y que desaparece sólo para dejar un poco de sangre en su estudio? ¡Cuando van detrás de ti, siempre te atrapan! ¡No hay escapatoria!

—¿Y cómo entraron? —pregunté al ver palidecer a Magdalena con la frase “¡No hay escapatoria!”, que también a mí me hizo pensar en

Enrique. El hombre me miró con sus ojos casi líquidos.

—Hay mil maneras de entrar en esa casa, una de ellas es por el agua. Cualquiera mujer puede introducirse por una de sus terrazas —y el hombre se quedó mirando la casa lejana y apagada.

“Cualquiera mujer puede introducirse por una de sus terrazas.” ¿Qué quiso decir con eso? Sentí que nos acusaba del crimen de Paul... era increíble que Paul al que habíamos visto hacia sólo dos días hubiera desaparecido. Una sensación de extrañeza me invadió. ¿Quién podía desearle un mal a aquel viejo mundano y encantador? La presencia del hombre rana tan próxima me incomodó; no podíamos expresarnos con libertad en su presencia, ni dejarnos llevar por el peso brutal que nos había caído encima. ¿Y el cuerpo? El cuerpo que tanto me preocupaba cuando Rosa y yo queríamos suprimir a doña Justa, ¿dónde estaba? Turbada me puse de pie, pero Magdalena me tiró del brazo.

—Espera a que termine mi café —me ordenó.

—¡Bravo! —exclamó Joe.

—¿Y por qué una mujer iba a matar a Paul? No supe que tuviera ninguna enemiga, todas lo queríamos mucho —aseguró Magdalena.

Joe movió la cabeza con lentitud.

—¿Enemigas? Tenía dos enemigas importantes: su fortuna y su política. Su caso no era fácil.

—Pues busque a su fortuna y a su política —respondió Magdalena.

—Eso es lo que se está haciendo. Pero primero hay que encontrar su cuerpo.

—¿Por eso estuvo usted buceando? —le preguntó Magdalena.

—No, empecé a bucear antes de su desaparición... ¿conocen bien la casa? Yo anduve muy cerca de ella, vi sus terrazas a flor del agua —nos preguntó mirándonos con indiferencia.

—Sí, la conocemos, pero no muy bien. Esas terrazas sí las visitamos.

—¿Y son amigas de sus amigos?

—De algunos. Amistades superficiales, más bien conocidos, si piensa usted en que somos extranjeras y ésta es nuestra primera visita a Ascona, se dará cuenta de que no podíamos ser muy íntimas, contestó mi hermanita con impaciencia y haciendo ademán de irse.

Me puse de pie para despedirme. Magdalena me imitó.

—Después de lo que nos ha dicho es mejor recogerse temprano. Este pueblo no es nada seguro. El otro día también mataron a un hombre en pleno centro —dijo Magdalena al despedirse.

Salimos de prisa. Nos dirigimos al Isole Bar, no queríamos estar solas.

—¿Oíste? Acusaba a una mujer.

—Es obvio que fue él. Llegó nadando, se metió, mató a Paul y lo tiró en el lago. Le debe haber puesto un peso, para que su cadáver no flote —aseguró Magdalena.

Encontramos a Helmut y a sus amigos en el Isole Bar acompañado de sus amigos tostados por el sol. Era muy joven, su padre era un industrial conocido. Magdalena cayó sobre ellos como una tromba. La recibieron a besos. A mí me monopolizó Helga, que parecía haber olvidado que la víspera se hallaba en cueros en el estudio. Me llevó a la barra y empezó a beber. ¡Cómo bebía! Observaba a mi hermanita que bailaba en la pista con Helmut. Hacían buena pareja, él era muy alto, llevaba un suéter rojo y sus ojos azules y su cabello rubio lo convertían en un héroe de novela. Magdalena con su traje blanco a rayitas rojas, cinturón rojo y cuello de piqué blanco, parecía una prolongación suya.

—Ya sé lo que está pensando, que su hermanita va muy bien con Helmut —me dijo un joven bajito, moreno, llamado Tarsicio y al que habíamos conocido en la casa de Tommy. ¡Lo había olvidado! Recordé que su ambición era ser periodista. En la casa de Tommy había estado contando anécdotas de todos los turistas y los habitantes de Ascona. Ahora escoltaba a Helga y comentaba lo que sucedía en la pista. Abordé el tema de Paul. Los dos me miraron con disgusto. ¿Cómo podía yo hablar de ese tema? ¿Y cómo me había enterado?

—¿Por qué lo mataron? —pregunté.

—Lo mataron o desapareció... no se puede afirmar algo tan rotundamente.

—Pero ¿por qué? —insistí.

—¡Política!, ¡política!, ¡política! —me contestaron al mismo tiempo.

Ambos cambiaron de tema, como si el crimen de Paul les resultara insoportable o les produjera miedo. Hablaron de Magdalena: “Hacen

buena pareja”. “¿Quién está más enamorado de los dos?” Helga contestó decidida: “¡Helmut!” Yo continuaba recordando a Paul. ¿Por qué decían que no lo habían matado si encontraron sangre en su estudio? Opté por callar. Al amanecer Helmut nos llevó a Los Tres Pinos en su automóvil. No dijo nada sobre Paul. Nosotras también callamos. El hotel de las serpientes estaba apagado.

Hacía unos días que dormíamos intranquilas y esa noche Magdalena habló a gritos en sueños, se debatió como si se defendiera de un enemigo. El crimen de Paul nos había aterrado. ¿Por qué nadie quería hablar sobre eso?

Recibimos una carta de Rosa, al final de ella nos decía: “Mi papá está siempre temeroso de que Enrique las encuentre. Por eso insiste en que se acerquen a ese profesor Novicki y a su esposa, que parecen personas excelentes...”

—¿Ya ves? Mañana iremos a verlo a las siete de la mañana —dijo Magdalena que acababa de quejarse: “¡Estefanía, qué pesadilla tuve! Ya me da miedo dormir”. ¿Y qué pensaba, que cerca del profesor iba a olvidar lo que le había sucedido a Paul?

Durante dos días Magdalena me dejó vagabundear sola por Ascona, mientras ella se fue a nadar a la casa de Helmut. No pudimos llegar a visitar al profesor, nos quedamos dormidas hasta tarde. En la noche nos encontrábamos en el Isole Bar. Las tardes se me hacían eternas y decidí ir a visitar a Doris. ¿Cómo pude pensar que su piso era bonito? Lo encontré lleno de polvo, con los ídolos y los cachorros peruanos respirando tierra en medio del calor. Ella me abrió la puerta de mala gana. También ella estaba sucia y los estambres de su blusa bordada, desteñidos y apelmazados. Su actitud era hostil.

—¿Qué haces por aquí?

—Nada. Quise visitarla, hace tiempo que quería hacerlo...

—¡Ah!, quieres venir. ¿Para qué?

—A saludarla..., ¿cómo está el profesor?

—¡Muy bien! Pero te advierto que no le gusta nada lo que han hecho. ¿Andar con indeseables? Se les advirtió que no debían mezclarse con cualquiera y lo primero que hicieron fue mezclarse con todos.

Estábamos en medio del salón y Doris no me ofrecía asiento. Estuve segura de que tenía visitas a las que no quería que viera, pues a cada instante se volvía hacia la puerta entreabierta que comunicaba con su habitación de dormir.

—Es que son jóvenes...

—¡No! No todos son jóvenes, hay algunos agentes secretos de la policía. ¡Y han hecho perfectamente mal en aceptar invitaciones tuyas! Perdona, hacía una siesta —y me condujo a la puerta.

Me encontré en la calle desconcertada y ofendida. Decidí ir a buscar a Vicki, era más amable y el encanto de su tienda tenía un efecto pacificador. En el camino hice el recuento de los amigos y no encontré a ninguno que pudiera pertenecer a la policía. Me animó el campanillazo de la puerta pero en la tienda no estaba Vicki. Una desconocida me salió al paso.

—Vicki está de vacaciones desde hace ya tres semanas. Volverá en unos días.

“Hace ya tres semanas”, iba yo a decir: “Imposible, hace cuatro o cinco días que la vimos salir del hotel de las serpientes”, pero preferí callar ante la mentira descarada de aquella desconocida. Tenía razón Joe, el hombre rana, Ascona era un lugar peligroso.

Salí descontenta. “Iré a buscar al profesor Novicki, a estas horas debe estar en el café con Eva.” Tuve suerte, allí estaba con su eterna camisa gris de manga muy corta.

—Estefanía, estoy disgustado con Doris por la manera como te recibí esta tarde, pero la fraternización de ustedes con ese Joe, bueno, se hacía llamar ¡Joe! —repitió con amargura.

—Era un hombre rana... —dije.

—Que fuera hombre rana sólo implica que era un agente de importancia. ¡Lo que las habrá hecho reír! No, no se puede uno mezclar con desconocidos. ¡Y Magdalena! ¿En qué pensaba Magdalena la noche que cenaron con él?

—En Paul. Nos contó que lo mataron —confesé.

—¿A Paul? ¿Qué Paul? ¿Te refieres al nazi que desapareció? ¿Y cómo se atreve ese individuo a decir que lo mataron? ¿Y si se fue de viaje? ¿Lo

sabes tú? ¿Eres amiga de él?

—Sí, éramos amigas...

El profesor cambió el tema y me dio consejos para evitar encuentros desagradables.

—Finge que no hablas ningún idioma conocido, ni siquiera el tuyo si te hablan en español. Si el importuno te sigue, toma un autobús y si él lo toma, bájate de improviso, cruza la calle y toma el que vaya en sentido contrario. Él se bajará en la próxima parada y te habrá perdido la pista. Ningún intruso se acercará a regalarte mil francos, sino a sacarte ventajas.

El profesor me hizo reír, al despedirme prometí estar con Magdalena a las siete y media de la mañana en la playa. Lo encontramos armado de una cámara de fotografía. Sonrió con malicia.

—Hoy es el día de la vanidad —nos dijo.

Eva y él nos llevaron a una playa escondida, en la que crecían juncos altos y la tierra rojiza se hallaba inundada por las aguas del lago. Nos tomaron varias fotos entre los juncos.

—¡Vestidas! Las fotos en traje de baño no dan la verdadera calidad de las personas. Semidesnudas, adoptan actitudes falsas —nos explicó.

Nadamos con ellos un rato. El agua estaba fría y Eva no resistió su rigor. Se envolvió en una bata y huyó con su marido a la casa de Doris, donde la esperaba un desayuno especial. ¿Cómo una mujer gorda podía ser tan delicada?

A partir de la desaparición de Paul todo se precipitó, era como si todos hubiéramos perdido la medida de las cosas o la alegría. Yo le di una bofetada a Magdalena. ¿Cómo podía contarle a Rosa sus desmanes? Casi no me atrevo a escribirlo. Sabía que por las mañanas nadaba con el profesor y con Eva, de ahí se iba a la casa de Helmut a seguir nadando en su piscina. Iba a los bares con Johnny, que estaba de regreso en Ascona. Tampoco ignoraba su amistad con Manfred, un piloto callado y cortés, que paseaba solitario por el pueblo. Pero nunca sospeché que se había comprometido con los tres al mismo tiempo y que a los tres los engañaba. Sospeché algo cuando vi que llevaba tres anillos en su bolso y que se los cambiaba con rapidez cuando encontrábamos a alguno de los tres

muchachos. Digo anillos para no decir alianzas.

—¿De dónde sacas tantos anillos?

—Me los he comprado...

—¡Qué despilfarro!... ¡Qué manías tienes! Júrame que no los has robado en una joyería, como te robabas las revistas y los chicles: robar alhajas son palabras mayores —le dije preocupada.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué mente tienes!

Su enojo me reconfortó y contenta la vi irse a la piscina de Helmut. Yo me fui a la playa, inundada de sol y de sombrillas abiertas como grandes flores de colores. El día era esplendoroso, pero no nos hacía olvidar a Paul y a su misterio.

Me encontré con Tarsicio, que ya me había confiado que su vocación era escribir. Sentado en la playa con un cuaderno en la mano, sacaba notas. No me parecía el mejor método, ni tampoco le veía el tipo de Dostoievski. Además hablaba de cosas sin importancia y se cerraba en banda al escuchar el nombre: Paul. De pronto lo escuché decir:

—Su hermana es el tipo ideal para ser heroína de novela.

Se puso a jugar con la arena ante mi silencio acusador.

—No entiendo... —le contesté al cabo de un rato.

—¡Sí, ideal! La tengo muy estudiada. ¿Cómo puede andar con tres hombres a la vez y que ninguno de ellos sospeche nada? ¡Qué talento! —exclamó sin abandonar el juego de la arena.

—No entiendo...

—Mi pobre Estefanía, su hermanita entra en las mañanas al hotel de Johnny. ¿No me comprende?

—No... Magdalena va a ver al profesor por las mañanas...

—¿Al profesor Novicki? ¡Se equivoca, Estefanía! Va a ver a Johnny, es su amante y el pobre anda loco por ella. Lo siento por su hermanita. Veamos, ¿quién es Johnny? Nadie lo sabe, ni conoce a su familia. Es rico, sí, sus amigos y él son buenos comerciantes y lo estiman. Paul, por ejemplo, lo quería bien, pero... un hombre de su edad se enamora y se vuelve violento, no es un niño como los otros dos: Helmut con el que su hermanita se ríe, o Manfred con el que cena en un café viejo de la ciudad. ¿Ve? ¡Tres novios! ¡Tres! —exclamó triunfante Tarsicio.

—¿Y usted por qué la espía? ¿Quién le paga para perseguirla? —le pregunté pensando en Enrique.

—¿A mí? ¡Nadie! No diga tonterías. Simplemente la he observado como a un sujeto literario.

—Le prohíbo que la llame objeto literario y que repita que es amante de Johnny. Ésas son palabras mayores. ¿Sabe lo que significa amante? —le pregunté con severidad.

Tarsicio se echó a reír. Como todos los europeos era un cínico pedante.

—Estefanía, lo sé mejor que usted, no se enfade, su hermanita se llama ¡Magdalena!, estaba predestinada. Uno responde al nombre que lleva. Es una cortesana desde antes de nacer. Es su destino y usted debe aceptarlo.

—¿Una cortesana?

La palabra me hizo enrojecer. ¿Cómo se les ocurrió a mis padres llamarla así? Se prestaba a equívocos, como el que ocurría en ese momento. La interpretación de Tarsicio era inaceptable, mis padres nunca la hubieran bautizado Magdalena si ese nombre indicara malas tendencias. ¡Los acusaba de complicidad y se burlaba de mí, que apenas podía dormir pensando en la tristeza caída sobre nuestra casa abandonada! Me puse de pie y me alejé.

—Si quiere escribir y tiene esa cabeza tan truculenta ¿por qué no escribe sobre los crímenes que se cometen aquí? Investigue quién mató a Paul y quién mató al contrabandista; déjeme tranquila —le dije furiosa.

—Estefanía, ¿cómo voy a escribir sobre esos crímenes? Esos son misterios y nadie puede decir nada, ¿no se da cuenta?

—Sí, me doy cuenta de que tiene miedo. En cambio no tiene miedo de nosotras.

—Estefanía, su hermanita tiene razón, es admirable: ama y la aman. Pregúntele a Johnny, la considera la criatura más inocente y adorable que ha conocido, sólo que ignora los otros dos noviazgos. Los tres novios lo ignoran. ¡Qué talento! ¡La verdadera mujer moderna, joven, bella y libre! Haga lo que hace Magdalena.

—Además es usted un chismoso que ha hecho la encuesta entre ellos.

Me fui a un lugar apartado de la playa a esperar a Magdalena. Con tristeza me di cuenta de que había algo de verdad en lo dicho por

Tarsicio. Era sospechosa la repentina necesidad de Magdalena de ir a visitar todas las mañanas al profesor Novicki. “No vengas, te da pereza...”, me decía antes de salir corriendo. Cuando estábamos con Helmut y sus amigos, Johnny de preferencia no nos saludaba. “¡Qué raro!” Alguna vez pasé con Helga delante del café en el que mi hermanita se reunía de noche con Manfred y Helga me alejó diciendo: “¡No es Magdalena, la ves en todas partes!”. ¡Mi hermanita era una tramposa! Iba por muy mal camino. ¿Qué podía decirles a mis padres? ¿Y a las madres? Más valía no pensar. ¿Y Magdalena confesaría sus pecados? La vi buscándome en la playa. Venía sonriente, con su bikini azul, descalza, arrastrando su bolso blanco de playa. ¿Será posible que sea una sinvergüenza? Sonreía delante de cada grupo que cruzaba y todos le contestaban con signos alegres y amistosos. ¡Qué vergüenza! Su color era magnífico, parecía una estatuita de oro pálido. ¡Oro! ¡Vaya cínica! Al no descubrirme en el lugar habitual se asustó. Empezó a buscarme con ojos aterrados. “¡Anda, bandida, para que aprendas!”, pensé y no salí a su encuentro. Me descubrió, se echó a reír y vino corriendo.

—¿Por qué te escondiste? —me preguntó contenta.

—¿De dónde sacaste ese anillo? Dicen que eres amante de Johnny y novia de Helmut y de Manfred. ¡Es una vergüenza! Debe de ser verdad por lo de los tres anillos.

Mi hermanita levantó los hombros con suficiencia.

—¿Has ido a confesar?

—Sí, nueve aves marías, cuatro padres nuestros y la promesa de quedarme con un solo. —me contestó mirando el lago.

—¿Lo has cumplido?

—No; ¿sabes que estoy comprometida en secreto con Johnny? Mira, este anillo me lo dio él. Nos vamos a casar...

—¿Otra vez en secreto? ¿Como con Enrique? Tú no entiendes, acabarás muy mal. Eres casada. ¿No te parece bastante con lo que has hecho? ¿Y los otros dos?...

—También estoy comprometida con ellos. En cuanto a ser amante de Johnny no le veo nada de malo. ¡Estoy muy enamorada de él! Si no lo veo... me mato. Johnny es tan dulce, tan bueno, tan discreto. Tú has visto

que no me habla en público, es decir cuando estoy con amigos, para evitar chismes y comentarios, bueno tú sabes. ¡Qué distinto del horrible Enrique! Ya me echaste la sal hablando de él.

—Voy a escribir a la casa. Ya no quiero estar contigo...

—¿Por qué? ¿Dime qué te he hecho? Los tres son muy buenos, ¿qué te han hecho? Si pudiera casarme con los tres no tendría ni un minuto de miedo, siempre estaría acompañada —dijo contemplando el lago con sus ojos que cada día se le ponían más verdes.

—¿Sabes que dicen que te llamas Magdalena porque eres una cortesana?

—¡Eso es muy profundo! Me has quitado un peso de encima. Nuestro Señor le dijo a la Magdalena: “Mucho te será perdonado porque has amado mucho” —contestó pensativa.

—Además ¡eres adúltera! ¿Te imaginas el disgusto de mis padres?

—Mira, no estoy casada por la Iglesia. Ya lo hemos discutido. Mis padres saben mucho, pero Nuestro Señor Jesucristo sabía más que ellos. Eso no me lo vas a negar. Acuérdate lo que les dijo a los que querían matar a pedradas a la adúltera: “¡Que arroje la primera piedra el que esté libre de toda mancha!” ¿Te crees superior a Cristo? Cuando me hice amante de Johnny me molestaba la palabra a-dúl-te-ra, pero me acordé de que Nuestro Señor estaba sentado haciendo dibujitos sobre la tierra con una varita, cuando se acercó el grupo que apedreaba a la adúltera y los maldijo. ¡Los maldijo!

—¿Qué quieres decir? ¿Qué Nuestro Señor me maldijo a mí?

—¡Exactamente!

Y ¡paf! le di una bofetada que resonó en toda la playa. Magdalena se quedó inmóvil. Johnny se acercó a nosotras, se puso en cuclillas junto a mi hermanita y le acarició la piel dorada de uno de sus muslos con la punta de los dedos.

—¿Problemas, querida? —preguntó con ojos amorosos.

—Muchos problemas —contesté yo avergonzada.

—Estefanía se enfadó porque me niego a escribirles a mis padres —dijo Magdalena poniendo cara de santa. Y parecía una santa. El sol le caía sobre la cabeza y sus cabellos cortados a la Kim Novak tomaban el brillo

de una aureola. Johnny me miró sonriendo.

—Yo tengo la culpa. La cito muy temprano para ir en bicicleta alrededor del lago... —me dijo con inocencia. Le creí. Los embusteros eran Tarsicio y mi hermanita que había aceptado ser su amante. Vi que Johnny acariciaba la rodilla de Magdalena.

—No me toques. Te lo tengo prohibido —exclamó ella mirando hacia todas partes.

“¿Tendrá miedo de Helmut o de Manfred?”, me pregunté desconcertada.

Johnny agachó la cabeza y pidió perdón. Nunca presencié una escena semejante. “Se escuda en Jesucristo para hacer sus tropelías. Lástima que no se fue al convento cuando tuvo aquella crisis mística”, me dije. Su amigo, en cuclillas junto a ella, parecía muy manso, muy dulce. Tarsicio había dicho: “Usted no sabe quién es. No tiene familia...”

—¡Prométeme que hoy por la noche les escribes a tus padres!

—Prometido, Johnny.

¿Prometido? Esa misma tarde cuando nos separamos del profesor Novicki se fue con Helmut a una fiesta en su casa. No quise hacer mal tercio, me quedé sola. Di varias vueltas por las callejuelas, tenía ganas de llorar. Vicki continuaba de vacaciones. A esa hora no podía interrumpir a Helga en su trabajo en La Colomba. Ya había oscurecido cuando quise ir a buscar a Tommy. Llegué a la plazoleta redonda, subí a su edificio solitario, alcancé la puerta de su piso y tiré del cordón de seda rojo. Nadie contestó. De adentro de la casa no venía ningún ruido. ¿Tommy había salido con Alejandrino? Volví a la plaza y desde allí vi que todas las persianas de su piso estaban cuidadosamente cerradas. “¡Qué raro!”, pensé. Di algunas vueltas delante del edificio esperando a que alguien llegara. Una voz que venía de la oscuridad me llamó, me acerqué al árbol para ver quién me llamaba, era el jardinero, mi pretendiente al que le pusimos “Sigfrido”. Vi relampaguear sus dientes blancos. No me tendió la mano.

—Su amigo dejó Ascona hace varios días —me dijo con voz monótona.

—¿Cuándo?...

El joven dudó en darme la respuesta, me miró con intensidad, sus ojos

violeta centellearon con la escasa luz de la farola y contestó decidido.

—Al día siguiente de la desaparición del señor Paul...

—¡Ah!... Paul... pobrecito, hace ya varios días de eso y no aparece. Yo creo que lo mataron...

—No diga que lo mataron. No se ha encontrado su cuerpo —me contestó con energía.

—Alguien me dijo que encontraron sangre en su estudio. Tommy se debe haber asustado. Temería que le hicieran lo mismo, un crimen, un rapto.

—¿De quiénes tenía temor Tommy? —me preguntó con severidad.

—De ellos, de los mismos que desaparecieron a Paul, bueno imagino que son, serán los mismos.

—Es mejor para usted que no le diga a nadie que anduvo preguntando por Tommy y por Paul. Podría tener dificultades. Ahora se está haciendo la investigación y no todos los habitantes de Ascona tienen la conciencia tranquila. Por eso le digo que es mejor que calle —me dijo con voz suave y baja.

Le di las gracias por el consejo, pero no tenía ganas de alejarme de allí.

—¿Paul y Tommy se conocían? —pregunté.

—Sí, eran viejos amigos... —me contestó como a pesar suyo.

—Tommy nunca me dijo que era amigo de Paul, es más, Paul no lo invitaba a sus fiestas... —dije recordando a los dos amigos. Y, en ese instante, me vino a la cabeza Novicki: “¿Jardinero?, ¿alemán?, ¿espía!” En efecto, ¿qué hacía allí ese muchacho al que no volví a ver desde los primeros días de la playa? Dos amigos de Gino quedaron en Ascona para degollar a Tommy si hablaba. “Fue Gino el que mató a Paul, Tommy le debe haber confiado el robo...” Levanté la vista y me encontré con el hermoso rostro de “Sigfrido” que tomado al imprevisto se veía muy acongojado. ¿Qué haría allí? ¿Esperar la vuelta de Tommy? Se lo pregunté.

—¿Yo? Pasaba por aquí y me senté en esta banca a pensar... es un lugar hermoso y solitario. En lugares así se hallan las respuestas para lo que en apariencia carece de ellas, de respuestas, ¿me explico? Aquí se puede leer la noche... —me dijo con voz queda.

Se quedó en la banca. Me volví varias veces para ver si me seguía. No, “Sigfrido” permaneció bajo el árbol y yo me fui a buscar a Magdalena. No quise volver sola a Los Tres Pinos. Entré en el Isole Bar. Me encontré a Helga y a Tarsicio que me rodearon solícitos.

—¿Y Magdalena? —me preguntaron.

—No sé, por ahí anda.

El bar no estaba tan concurrido como las noches anteriores, la gente empezaba a abandonar Ascona, corrían los días primeros de septiembre y se esperaban nuevos grupos de turistas, los que no soportan el gran calor de agosto. Nosotros, los antiguos, comentábamos a los nuevos. Entró Ric como un bólide luminoso acompañado de Érica, los dos se marchaban al día siguiente y venían a decir adiós. Cambiamos direcciones. Di la del hotel Royal en París. Nadie dijo una palabra sobre Paul. Érica quiso decir algo, pero los demás la miraron con reprobación. ¡Todos se iban! El profesor partía en dos días y la tarde siguiente debíamos tomar el té con él, con Eva y con Doris. La amiga de Lenin y de Bela Kuhn, Vicki, continuaba ausente. “Doris estará triste”, debía esperar un año para ver a su antiguo cuñado y recordar los tiempos en que ella y sus hermanas bailaban cubiertas de velos. Recordé que odiaba Los Tres Pinos, ¿por qué? Se lo pregunté a Helga y a Tarsicio, ambos reflexionaron antes de contestar.

—¡Manías de vieja! —dijo finalmente Helga.

—¡No, no, no! ¡Atención! Ahora recuerdo que Los Tres Pinos era una sociedad secreta dentro de la Iglesia católica dedicada a terminar con la democracia, el modernismo y la francmasonería dentro de la Iglesia. Creo que se llamó la Cofradía del Pino, eran integristas y si no fuera por la memoria de esta vieja terca, nadie la recordaría —nos dijo Tarsicio.

—Ésa no puede ser la razón para su odio a ese edificio —le dije asombrada.

—Estefanía, usted no conoce a los fanáticos. Es una especie que no se extingue y la vieja Doris pertenece a esa raza de fanáticos.

—Apúntelo para su novela... —le dije.

Lo sucedido en los últimos días me hizo olvidar el rencor que sentía por Tarsicio y cené con él y con Helga. Ambos estaban tristes, se quedaban en

Ascona todo el año, mientras que los demás nos íbamos. Nos pasamos al bar, en donde estaba un hombre muy alto bebiendo whisky. Tarsicio se colocó junto a él y trató de hacerse el notable. Helga también adoptó una postura interesante. A un gesto del hombre, ambos se precipitaron a presentármelo. Creí entender que era escritor y por cortesía le pregunté:

—¿Ha publicado usted algún libro?

—¡Estefanía! Es Eric María Remarque, el autor de *Sin novedad en el frente*, —me gritaron Helga y Tarsicio.

El escritor me dio la espalda y continuó bebiendo su whisky.

—Está casado con Paulette Goddard —me dijeron en voz alta.

Recordé a mis tías preguntándose: “¿Y qué se habrá hecho Paulette Goddard? ¡Se casó con Chaplin!” Ahora podía sacarlas de su error. Se acercó una mujer mayor con pendientes de oro y cabello negro y suelto. “Es Paulette”, me dijeron en voz baja.

—Las mujeres guapas y famosas son las únicas que envejecen —les dije.

—Todos envejecemos —protestó Tarsicio.

—Es igual, no se nota. ¡En cambio, ellas!... ¡Qué injusticia!

Nos sentamos los tres en una mesa. “Le escribiré a la familia”, me dije y pensé en Magdalena y los tres anillos y los tres novios. “Y es casada.” Menos mal que habíamos guardado secreto el matrimonio vergonzoso de mi hermanita. Era mejor no pensar en eso. Un grupito risueño entró al Isole Bar. En él venía una chica vestida de blanco con unos dientes tan blancos que parecían azules. “Es de las que no deben envejecer”, me dije. Me pareció haberla visto en alguna parte.

—Helga, yo la conozco... —dije.

—¿Conoces a Romy Schneider? —me preguntó Helga.

—¿Qué?... ¡Es Sissi! —grité—. ¡Sissi! ¡He conocido a Sissi! —repetí varias veces.

¡Era increíble que yo, Estefanía, tuviera tanta suerte! “Sissi está hecha con materiales de lujo”, así empezaría mi carta para Rosa. No me di cuenta del momento en que entró Magdalena acompañada de Helmut y sus amigos. Los descubrí cuando ya estaban bailando en la pista. Bailaban muy juntos y los ojos de Helmut habían tomado el color de los relámpagos. Mi hermanita con su blusa y sus pantalones blancos brillaba

como el anillo de oro que llevaba en el anular.

—Tu hermana ni siquiera nos ha visto —me dijo Helga.

—Debo confesar que hace buena pareja con los tres —aseguró Tarsicio.

“¡Con los tres!”, me repetí avergonzada. Me fastidió la visión sublime de Sissi. Magdalena me tiró un beso por encima del hombro de su pareja. Sentí que todos, hasta Rommy Schneider, sabían el deshonor de mi familia. Para disimular le pedí noticias de Tommy a Tarsicio.

—Está muy atareado, le llegaron unos amigos de Venecia. ¡Encantadores! Tiene ahora una fiesta. La vida con dinero es una fiesta. Cuando me haga rico con mis escritos viviré como ellos, de país en país y de fiesta en fiesta. Ahora sólo soy un iobservador! ¡Qué material estoy acumulando, carísima Estefanía! —y se volvió a mirar a Magdalena y a Helmut.

¿Por qué Tarsicio me dijo que estaba Tommy con amigos si se había ido de Ascona? Enrojecí. Tarsicio mentía o tal vez me mintió “Sigfrido”. No, el jardinero me había dicho la verdad, la casa estaba cerrada y apagada, tenía el aire inconfundible de una casa abandonada. Hacía varios días que ni Tommy ni Alejandrino nos habían llamado por teléfono. Tal vez les había ocurrido lo mismo que a Paul y nadie se había enterado. Por eso mentía Tarsicio. Por eso estaba el jardinero vigilando. ¿Acaso el profesor Novicki no había dicho: “jardinero y alemán, ¡espía!” Pero, ¿espía de quién? Miré a Tarsicio, pensé que no sabíamos nada de él. ¿Quién era? “Sea quien sea, miente.”

—¿Y usted ha estado en las fiestas de Tommy con esos amigos venecianos?

—Naturalmente.

—¿Y por qué no fue a la que da esta noche?

—Prefería venir aquí con usted y Magdalena. No me sentí con fuerzas para afrontar a gente tan elegante y hablar de Tiepolo o de Botticelli. ¿Comprende?

Tarsicio se volvió a ver a mi hermanita que continuaba bailando con Helmut. Prefería ese espectáculo al de la fiesta de Tommy, ¡mentía!, no había ninguna fiesta. Me sentí confusa, en ese momento descubrí a Johnny de pie en la orilla de la pista contemplando a mi hermanita. Tenía

los brazos cruzados y una expresión terrible en los ojos. Magdalena abandonó a su pareja y vino corriendo a la mesa para besarme en las mejillas.

—¿Nos vamos? —me preguntó con calma.

—Ya era tiempo —le dije mirando a Johnny que continuaba en la misma actitud y con la misma mirada terrible.

Detrás de Magdalena llegó Helmut.

—Ven a nuestra mesa —me dijo al mismo tiempo que me daba un beso en la frente.

—Estefanía se siente mal. ¡Muy mal! Tengo que llevarla a la casa — anunció Magdalena con voz decidida. Helmut se preocupó.

—La llevaremos en mi coche...

—No, no, no, es injusto. Yo debo acompañarla. Tú no te molestes. Le hará bien caminar. ¿No ves que el whisky se le ha subido? Caminando se le pasa. ¡Vamos, Estefanía, vamos! Sería una lata que llegara mareada a la casa —dijo al tiempo que me tiraba de un brazo.

Me puse de pie y mi hermanita simuló sostenerme. ¡Era una comediente! Fingió no ver a Johnny cuando pasamos junto a él, tan inclinada iba sobre su hermana “borracha”. ¡Qué humillación! Y ahí mismo estaba Sissi, que por fortuna no pareció darse cuenta de nada. Si alguien preguntaba, le dirían: “¡Bah! ¡Una mexicana borracha!”

Helmut se quedó de pie en la puerta del Isole Bar sin saber qué hacer ante la firme decisión de Magdalena. Apenas nos hubimos alejado unos pasos mi hermanita me hizo caminar muy de prisa.

—¿Viste la cara de Johnny? ¡La de un salvaje! Está furioso, qué tonto, él es mi predilecto —me confió sin dejar de apretar el paso.

No quería hablar con ella. Detrás de nosotras corría alguien, me volví y me encontré con el embustero de Tarsicio. Casi sin aliento se emparejó a nosotras. Quería saber el final de la aventura.

—¡Qué bella noche! Cuántas estrellas, el universo es infinito, en noches así me doy cuenta de que somos insectos pequeñísimos, orugas, arrastrándonos sobre esta tierra rugosa. ¡Y tantas pasiones, tanta ira, para nada! ¿No les parece?

—Yo no soy una oruga —contesté de mala manera. Aquel pedante

¿debía hacernos oír sus tonterías durante aquella carrera? Magdalena se animó.

—¡Qué pretenciosa eres! Tarsicio tiene razón, somos orugas. Por eso lo que hacemos es insignificante. Estoy de acuerdo en que seamos orugas pero con conciencia, y a Dios que todo lo ve, todo lo puede y todo lo perdona, no puede importarle con quién baile yo.

—¡Oye!, eso de que todo lo perdona está por ver: ¿y el infierno? —le dije.

—Estefanía, en Florencia vi el círculo que marcaron en la Plaza de la Señoría en el lugar exacto donde quemaron a Savonarola. Hay demasiados savonarolitas. ¿No le parece, Tarsicio?

—¡Sí, demasiados!...

Un Mercedes rojo descapotable frenó junto a nosotros. Era el coche de Johnny. Abrió la portezuela, estiró el cuerpo hacia afuera, como si se fuera a salir del coche, me cogió de un brazo con una fuerza desconocida y de un tirón me subió al auto. Arrancó sin darme tiempo a cerrar la portezuela.

—¿Qué pasa?... hay que recoger a mi hermanita —grité asustada, sintiendo que me iba a salir del auto tan bajo que parecía correr al ras del suelo en un vértigo de ciento cincuenta kilómetros por hora y con la portezuela abierta.

Johnny continuó corriendo. “¡Mi hermanita!” volví a gritar. Johnny estiró el brazo y me colocó la mano sobre la boca unos segundos, hizo un viraje terrible, enfrenó y me vi frente al edificio iluminado de Los Tres Pinos. Johnny había entrado hasta allí por el camino de tierra que bajaba hasta la puerta de entrada. El vestíbulo estaba iluminado. Johnny se volvió a mí y me miró.

—¿Tu hermanita?... la hermanita eres tú, Magdalena es mala, cruel, coqueta, ¡infern! ¿Entiendes, Estefanía? Es infernal, lo que me ha hecho... no podía creerlo, tuve que verlo con mis propios ojos...

Dejó caer la cabeza sobre sus brazos cruzados sobre el volante. Estaba muy abatido. No me atreví a moverme ni a decir una palabra. El lugar era muy solitario, los eucaliptos del bosque se erguían amenazadores, sólo se escuchaba el rumor de sus ramas. Contemplé a Johnny estupefacta. Magdalena se había quedado en el camino con Tarsicio, justo antes de

llegar a la curva en donde se hallaba el hotel de las serpientes. Tarsicio era un desalmado y un embustero, había azuzado a mi hermanita contra mí. Podía hacer desaparecer a Magdalena en aquel hotel.

—Johnny, hay que ir a buscar a mi hermanita...

Johnny no se movió. Opté por guardar silencio. Vi la portezuela abierta, “¡qué bárbaro, me podía haber matado!” Tenía razón Doris, los alemanes eran peligrosos. No sé cuánto tiempo estuvo con la cabeza apoyada sobre los brazos. Me pareció que lloraba. Era increíble verlo así, a él que era un personaje en Bonn. Todos lo miraban, el pobre Paul le daba trato de favor, Ric lo buscaba en la playa, la madre de Érica lo llamaba: “Querido Johnny”. En las fiestas del pobre Paul era la vedette. Las fiestas de Paul, a las que yo llamaba “pompeyanas”, se habían terminado sombríamente. El misterio de su desaparición nos tenía a todos inmovilizados y silenciosos.

—Casi me matas. De verdad que ustedes los Boches son medio salvajes —le dije para romper aquel silencio impresionante.

—¿Quiénes son los Boches? —me preguntó sin levantar la cabeza.

—Los alemanes...

—Yo no soy un Boche y no me hables mal de los alemanes. Tú, ¿qué sabes? Tú que nunca has sufrido, niña mimada. A tu edad yo vivía entre las ruinas, escondiéndome de tus civilizados norteamericanos y de los ingleses, que me buscaban para deportarme. ¿Lo sabías? —dijo levantando la cabeza y mirándome con su mirada terrible en la que quedaban algunas lágrimas.

—No, yo no sé nada...

—Entonces ¿por qué repites los lugares comunes? Entérate de que los periódicos están hechos para ocultar la verdad y llenarles la cabeza de estupideces a las pedantes como tú. Yo soy Boche, como tú los llamas...

Johnny murmuró algunas palabras en ruso, se volvió a contemplar el campo silencioso.

—Sí, de niño fui ruso, caí prisionero de los alemanes... Los demócratas eran nuestros jueces, ellos que perdieron algunos miles de hombres solamente. Sin los millones de rusos muertos nunca hubieran ganado la guerra. ¡Nunca!, y éramos traidores a la patria y merecíamos la muerte.

¿Traidor cuando han matado a tus padres e incendiado tu pueblo?... ¿Traidor a los catorce años? Nos escondíamos en las ruinas, comíamos tierra... Tú no me entiendes, tengo el alma rota, tu hermana me ha engañado, no tiene alma... ¿Y por qué te digo a ti todo esto? —preguntó mirándome con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo sé, yo no diré nada...

Unos pasos se acercaron por detrás del automóvil, me volví, era mi hermanita. Cerca de ella deslizándose como un bandido venía Tarsicio. Se dirigió a la puerta de entrada del edificio, mientras que Magdalena se acercaba a Johnny.

—¡Johnny! Me dejaste en el camino, ¿por qué? —le dijo apoyándose sobre la portezuela del auto junto al volante.

Él la miró con intensidad. Magdalena me dijo en español: “Vete a la casa y no subas. Espérame”.

Johnny, que daba la espalda a la entrada de la casa, le tomó el rostro entre las manos y le dio un beso largo y profundo. Corrí a la casa, la puerta la había abierto Tarsicio que temblaba de pies a cabeza.

—¡Terrible Magdalena, yo expongo mi vida por ella!...

Afuera mi hermanita hablaba con su amante, la vi forcejear con él riendo; pero él no reía, estaba muy serio. De pronto se soltó de sus manos como si fuera a subir al automóvil, dio la vuelta y, cuando menos lo esperaba Johnny, corrió a la casa, cruzó la puerta y la cerró de golpe. También ella temblaba de emoción. Johnny bajó del auto y corrió a alcanzarla, pero se topó con la puerta cerrada. A través del espeso vidrio irrompible lo vi pálido de ira, golpeando la puerta con los puños.

—¡Magdalena, vente conmigo! —gritaba.

Mi hermanita corrió a los elevadores, nosotros la seguimos. La escena era tan tensa que no lográbamos encontrar el botón del sexto piso. Hasta nosotros llegaban los gritos de Johnny: “¡Magdalena!... ¡Magdalena!” También escuchábamos los timbrazos que daba a todos los estudios del edificio con la esperanza de que algún vecino le abriera. Nadie hizo caso a sus llamados.

En el estudio nos aturdía el timbre de entrada.

—¡Es él! El alemán... —repetía Tarsicio.

—Has armado un lío idel carajo! —le dije a Magdalena apropiándome de la cólera de Johnny.

—Es cierto, iun lío de todos los carajos! Pero no puedo irme con él ahora mismo a Bonn... va a echar la puerta abajo y me va a matar, me lo dijo...

—Magdalena, usted no conoce a los alemanes. Va a tomar el edificio por asalto. Son maestros en la *Blitzkrieg*, ila guerra relámpago! Si tomaron toda Europa ¿cómo no va a tomar este edificio? ¡Dios mío! —repitió Tarsicio, al mismo tiempo que buscaba la manera de poner barricadas en la puerta.

Me senté en el suelo resignada incluso a que Magdalena se fuera a Bonn con Johnny. Yo regresaría a México, o adonde estuvieran mis padres... “¿Qué hará Enrique si se fuga con Johnny? Me buscará a mí”, me dije, temerosa de enfrentarme a aquel cuñado sombrío. De pronto el timbre cesó de llamar. El silencio nos inquietó. “Va a hacer sabotaje, le va a prender fuego al edificio”, dijo Tarsicio en voz baja. De puntillas se acercó a la terraza que daba al bosque.

—¡Miren! ¡Ahí está! Se sube por las columnas —gritó desafortado.

Johnny había rodeado el edificio y trataba de subir por una columna para alcanzar la primera terraza, después de terraza en terraza llegaría a la nuestra.

Descubrió a Tarsicio y le gritó:

—¡Baja, marica! ¡Baja a que te mate! Los maricas no deben entrar en las habitaciones de las jóvenes. ¡Baja o subo por ti! ¡Te voy a achicharrar como a una rata!

—¿Han oído? Quiere achicharrarme. ¿Dónde están las calderas?

—En los sótanos —contestó Magdalena que sentada en un rincón del estudio parecía muy acongojada.

—¡Terrible! No tenemos defensa. Esto es *La Nuit des Traqués* —repitió Tarsicio haciendo alusión a una película francesa que estaba en cartel en Locarno.

—Magdalena, has armado un escándalo del demonio. Ya verás, nos van a echar de este edificio si es que Johnny no llega antes a estrangularte...

—No me importa; que me estrangule —me contestó con voz lúgubre.

Al cabo de un rato Tarsicio entró de la terraza a reunirse con nosotras. Se sentó en el suelo cerca de Magdalena, estaba pálido, encendió un cigarrillo.

—Ya se va... Si un alemán es capaz de hacer todo lo que ha hecho Johnny, ¿se imaginan lo que sería Europa cuando ellos desfilaban por sus calles? ¡Qué terremoto!

Escuchamos el motor de un coche con el escape abierto derrapando alrededor del edificio. Corrimos a la terraza, era el Mercedes rojo de Johnny que corría como loco dando vueltas al edificio, se metía entre los árboles, salía al pequeño jardín de atrás, giraba y volvía a aparecer.

—Maneja el automóvil como si fuera un caballo. ¡Ah!, era del cuerpo de caballería. ¡Es un salvaje! ¡Qué temeridad la suya, Magdalena!

—Se va a estrellar y tú tendrás la culpa —le dije a mi hermanita.

—¿Otra muerte? Tendremos que ir todos a la policía. La policía no creará la historia de la pasión loca, nos van a mezclar en política. Van a querer relacionar esta muerte con la desaparición de Paul, al que sus enemigos acusan de nazi. ¡Y de aquí no podemos huir! El muerto estará a nuestros pies. ¡Tommy es muy sabio, huyó antes de que esta caldera reventara! No se les ocurra acercarse a su casa, la policía, los enemigos de Paul y los amigos están siempre al acecho, buscando sospechosos, eran muy amigos. ¡Esto nos faltaba en Ascona, como si no tuviéramos ya nazis, comunistas, espías y ahora un suicidio por una pasión loca! ¡Qué novela!

El coche de Johnny continuaba girando como loco. Me asomé a la terraza, el edificio estaba apagado, pero estuve segura de que todos sus habitantes contemplaban la escena. Debido a la excitación, Tarsicio había confesado la huida de Tommy y el crimen de Paul. “Si éste no estuviera aquí, llamaría a Johnny. ¡Qué poco inteligente era Magdalena!” La escuché hablar.

—¡No, Tarsicio, a Paul lo asesinaron! Nadie se desaparece y deja tras de sí una huella de sangre en su estudio. ¿Quién lo mató? —preguntó directamente.

—No lo sabemos... es un misterio, una venganza... Varias personas han huido de Ascona. Tommy, creo que por miedo a la Vicki esa que es una fanática. Debe haberse ido con papeles falsos, estoy seguro y no creo que

vuelva en mucho tiempo. Se dicen tantas cosas, por ejemplo, que era agente doble. Ahora arreglan todo con esa fórmula: “agente doble”. Si salimos vivos de este sitio, no le repita a nadie lo que le he dicho, porque entonces estaríamos muertos los tres. Alrededor del crimen de Paul hay mucha niebla.

—Y ¿en dónde conoció Tommy a Paul?

—Creo que en Berlín, cuando Tommy era muy rico. Parece que primero fue amigo de la mujer de Paul, que dicen era divina. Murió en un bombardeo y parece que odiaba a los aliados. ¡Cuántas desgracias han caído sobre nosotros los europeos! En América ignoran lo que es una guerra, aquí todavía no termina...

—¡Terminó hace años! —saltó Magdalena.

—¿No ve lo que sucede? El muro de Berlín, el contrabando de armas, la guerra de Argelia, en París hay un diluvio de bombas, el contrabandista muerto, Paul asesinado y así seguiremos hasta que nadie quede vivo.

Tarsicio fumó varios cigarrillos, de pronto el coche de Johnny dejó de dar vueltas. Me asomé a la terraza, empezaba a amanecer con la luz azulada de los primeros rayos, descubrí a Johnny apostado detrás de un árbol. Tarsicio no podía salir. Johnny con toda su furia le caería encima. ¿Por qué lo había hecho subir Magdalena? Preparé un café y nos dormimos un rato. Despertamos a la una de la tarde. Tarsicio decidió irse y llamarnos por teléfono desde el pueblo para darnos noticias.

Nos quedamos solas. Magdalena se hallaba hundida en una crisis de melancolía y no decía una palabra. Llevaba puesto el anillo de Johnny, yo tenía la impresión de haber pasado una terrible borrachera. Llamó Tarsicio.

—¡Se fue! Lo vi subir a su Mercedes rojo, llevaba todo su equipaje. Espero que no se nos presente a media noche. Pueden venir. Las espero en el café que está atrás del correo.

Magdalena se arrancó el anillo con ira, para volver a colocárselo con lentitud. Simulé no notar su gesto, respetaba su pena. Tomamos una ducha y en el cafetín encontramos a Tarsicio, que nos informó que todo el pueblo estaba enterado del escándalo nocturno. Había visto a Helmut y a Manfred paseando solos por la playa; ambos iban cabizbajos y solos.

—¡El profesor Novicki! No fuimos a despedirnos de él —grité interrumpiéndolo.

—Vayan a su café, allí está rodeado de sus amigos —nos aconsejó preparándose para acompañarnos.

Encontramos al profesor, tal como nos lo dijo Tarsicio. Estaba con Eva, con Doris y con otros tres desconocidos. Nos recibió con los brazos abiertos.

—¡Magdalena!... ¡querida Magdalena! Ya sabía que vendría. No era posible que me fuera sin verla —y le dio un beso en cada mejilla.

Con mano segura escribió en el carnet de direcciones de Magdalena su dirección en Hungría. Mi hermanita le dio la del Hotel Royal.

—¿Piensan seguir viviendo en hoteles? ¡Malo! Es mejor que vivan en un piso y se dediquen al estudio. Usted, Magdalena, hará una carrera brillante, ¡está tan bien dotada! Sería una lástima desaprovechar ese tesoro. Escríbame, consulte conmigo lo que quiera. ¿Por qué no escribe? Tiene imaginación de poeta...

Los amigos de Novicki miraron con admiración a mi hermanita y asintieron con gestos a las palabras del profesor.

—Son dos camaraditas mexicanas —explicó el profesor con ternura.

Sus amigos nos dieron sus nombres y la mano. Parecían obreros y nos veían con respeto, sobre todo a Magdalena, “que podía llegar a ser un orgullo para las juventudes del Partido”, declaró con solemnidad el profesor. A Magdalena se le llenaron los ojos de lágrimas. No supe si de orgullo o de pena por Johnny. Me era imposible descifrar a la esfinge que era mi hermanita Magdalena. El profesor fijó la vista en Tarsicio, que un poco apartado escuchaba la conversación sin decir una sola palabra.

—¿Este muchacho es un camarada suyo? —preguntó.

—Sí, quiere ser escritor —contesté para darle un poco de relieve.

—¡Bravísimo! ¿Le interesa la literatura social?

—Justamente trato de escribir una novela realista. Es decir, con todo lo que veo a mi alrededor —contestó Tarsicio enrojeciendo.

—Que no es muy agradable. ¿Verdad?

—¿Agradable?... no sé si ése sea el calificativo...

Doris intervino para aclararle al profesor que Tarsicio era de Ascona y

que hasta ese momento ella ignoraba que quisiera escribir.

—Es muy joven. La vocación se puede y debe tener antes que el oficio — la cortó Novicki, sonriéndole al muchacho que había enrojecido con la intervención de Doris.

Nos despedimos con grandes abrazos y algunas lágrimas de mi hermanita.

—¡Valor! ¡Valor! Pronto Eva y yo les daremos una sorpresa —nos aseguró Novicki.

—Sí, sí, una gran sorpresa —repitió Eva cubriéndonos de besos.

Las despedidas son tristes, tanto que había renegado de las conversaciones con el profesor Novicki y ahora resultaba que al alejarme de él me sentía perdida en el mundo. “¡Ojalá que volvamos a verlo!” Tarsicio caminaba a nuestro lado.

—¿El profesor sabe que son amigas de alemanes? —preguntó.

—¡Claro que sí!

—¿También sabe lo de Johnny?

—Creo que sí...

—¡Qué raro que las quieran tanto! Sobre todo la Doris, una fanática tipo Vicki...

—Usted dijo antes que era una “agente doble” —le contesté.

—¿Agente doble? Bueno, yo no lo sé. Es decir, no me consta, yo sabía que era una fanática, ¡ahora dicen tantas cosas!

Antes de dormir, Magdalena se quitó el anillo de Johnny, lo guardó en su bolso y me confió desde su cama:

—¡Qué bueno es el profesor! Llevaba yo el corazón roto y él me calmó. Me voy a hacer comunista...

—¿Comunista?...

Preferí no discutir con ella, estaba muy cansada, el día había sido triste.



La decadencia de Ascona era visible, la hermosa playa empezaba a quedarse desierta, algunas terrazas habían cerrado sus parasoles azules, la *principessa*, con sus alhajas y su cortejo de señoras, desapareció. Una gran melancolía se mezcló a la brisa del lago. Eran mis primeras

vacaciones largas y cada árbol, cada rincón, cada esquina de Ascona había encontrado un lugar profundo en mi memoria. Era doloroso decir adiós a aquel lugar hecho de arena, agua, mimosas y veleros. Un triste presentimiento me decía que esos días gloriosos no iban a volver jamás. Magdalena y yo habíamos llegado a una hermosa bahía de luz a la que debíamos abandonar brutalmente. “¿Por qué teníamos que irnos de allí?” Quizás porque se iban todos. “Se van pero tienen un lugar adonde llegar.” En cambio mi hermanita y yo no teníamos adónde ir ni a nadie que nos esperara. Cada amigo que partía era la pérdida de un precioso tesoro. Recorriamos las callejuelas en silencio. En los cafés algunos desconocidos nos observaban sin interés. El lago permanecía intacto en su oleaje multicolor y los raros veleros que cruzaban sus aguas parecían pájaros extraviados.

—¿Y nosotras debemos regresar a París?

—Sí, espero noticias de Gilles y de Gosselin... aunque después de lo que me hizo Zita, no confío mucho en ellos. ¡No nos buscó!...

La ausencia de Johnny y de sus amigos resultaba insoportable. Esperaba siempre que volviera a buscar a Magdalena. Recordaba sus gestos, sus palabras de la última noche y miraba a mi hermanita con compasión. En realidad ignorábamos la vida de nuestros amigos. Tuve la impresión de que las personas emergían de sus pasados tumultuosos sin una sola huella de sufrimiento, como si salieran de un baño de luz o acabaran de llegar al mundo de otro planeta. Magdalena no hacía comentarios, continuaba yendo a la piscina de Helmut que regresaba a Alemania en dos días.

—¿Qué vas a hacer cuando se haya ido?

—Nada. Manfred se va mañana muy temprano, la despedida es hoy por la noche. Pero él y Helmut vendrán a verme a París...

Yo continuaba con Helga y con Tarsicio, que melancólicos veían cómo se iban quedando solos. Hablaban del futuro: “El año que entra Johnny hará las paces con Magdalena”, o bien, “El año que viene las llevaremos a Locarno”. Esos últimos días carecían de sustancia, era como si ya no fueran días, cruzábamos un tiempo neutro en el que no ocurría nada.

A las siete de la mañana nos llamó por teléfono Tania. La sorpresa fue

grande, pues creíamos que hacía días que se había marchado de Ascona. Nos propuso desayunar juntas en el Shiff. ¡Ojalá que esté Johnny con ella!, pensé.

La encontramos sola, dorada por el sol, con los cabellos trenzados sobre la cabeza y el gesto triste.

—¡Fatal temporada! ¡Fatal! Espero que el año que viene sea mejor. Este año sucedieron cosas horribles —nos dijo cuando ocupamos una mesa en la terraza del café.

—Estoy muy triste... a todos nos fue mal. Miren al pobre Hemm, tuvo que pagar una fianza enorme, sin tener nada que ver en la muerte del contrabandista. El fisco le cayó encima. ¡Lástima, nos fastidieron la Isla Imperial! —dijo sonriendo levemente.

—¡No! El año que entra podemos ir allá, si tengo los quince millones de dólares para hacerme socia —dijo Magdalena.

—¿Piensas casarte con el sobrino de Paul? ¡Pobre Paul! Es casi seguro que lo asesinaron.

—No conozco a su sobrino, además sería peligroso, le pueden hacer lo que le hicieron a su tío.

Tania miró a Magdalena con sus ojos almendrados y le dio un golpecito en la mejilla.

—Magdalena, eres muy inteligente... a su tío lo tenían amenazado de muerte.

—Ahora lo amenazan a él. Vino aquí para descubrir de dónde partían las amenazas. Nadie conocía su parentesco, se mezcló con todo el pueblo, con la gente de la playa, es muy inteligente. Creo que descubrió algo, pero fue inútil. A ustedes las vigiló algunos días... —nos dijo mirándonos con malicia.

—¿A nosotras? ¿Por qué?...

—Dos chicas mexicanas desconocidas, que caen en Ascona cuando las amenazas eran más sórdidas y que lo primero que hacen es ir a visitar a Doris y luego al hotel de ese loco siniestro, eran sospechosas. Podían ser enlaces, no sabíamos quiénes eran. Tú, Estefanía, eras muy amable con él, parece que tuvieron un *flirt* mudo...

—¿Georg? —pregunté enrojando.

—No, el jardinero. En Ascona no contaban con que era su heredero directo. Es una familia muy rica desde hace doscientos años...

—Entonces, Tommy nos engañó, él fue el que nos dijo que era jardinero y hemos sabido que era muy amigo de Paul.

—Tommy supo de ustedes y desconfió en seguida, por eso fue a la playa y buscó un lugar vecino al suyo...

Me invadió un sentimiento grave: “¿Cómo sabía el profesor Novicki que Sigfrido era espía?” Me pregunté asustada. Debíamos irnos de Europa, todo estaba muy revuelto, se diría que habíamos entrado en un libro de detectives.

—¡Lo acusaban de nazi! ¡De nazi! —repitió Tania con rabia. Y nos explicó que Paul nunca le había hecho un daño a nadie. “No le perdonaban sus fiestas. Fue lo único que hizo en su vida ¡fiestas! Era tan generoso”...

Guardó silencio. Nos miraba mucho, como si quisiera leernos el pensamiento. Nosotras estábamos intimidadas. El hecho de que hubieran sospechado de nosotras volvía al revés la imagen radiante que teníamos de Ascona y de los amigos. Ambas estábamos ruborizadas.

—Dime ¿qué le hiciste a Johnny? Me llamó de Bonn, el día que se fue no vino a despedirse de mí.

—Se enfadó conmigo. Lo siento mucho, si lo ves, dile que le tengo un cariño enorme. Pienso escribirle... —dijo Magdalena con la voz cambiada.

—Johnny es muy bueno. Somos amigos desde niños. Puede decirse que pertenecemos a la misma familia. Ha sufrido mucho en la vida y todo lo que le duele a él, también a mí me duele...

“Es rusa”, me dije mirándole los pómulos altos y recordando las palabras de Johnny. Escuché decir a mi hermanita:

—A mí también me duele lo que le duela a Johnny. ¿Puedes decírselo?

El automóvil de los amigos de Tania se detuvo frente al Shiff. La muchacha nos besó con efusión. Parecía enternecida al decirnos adiós. Nos dio cita para el año próximo y nos pidió que le escribiéramos.

—¡Besos, mis amores! ¡Y cuidado! No se dejen envolver por ellos, no caigan en su trampa —nos dijo al subir al automóvil.

Vimos partir el auto y nos quedamos tristes. ¿Quiénes eran “ellos” para

Tania? El recuerdo de Paul se volvió insoportable.

—¡Sigfrido!... ¿quién nos lo hubiera dicho? —le dije a Magdalena.

—Vino a cuidar a su tío... y no pudo impedir que lo mataran —me contestó Magdalena mirándome como si yo fuera “el jardinero” y recordé a Enrique.

En el buzón encontramos una carta de Rosa. La descubrimos en la noche cuando volvíamos de cenar:

Querida Estefanía:

Mi papá se fue a los Estados Unidos hace tres días. Se lo aconsejó un amigo de Chihuahua y se lo llevó en su coche. La Hermelinda no sospechó nada. Doña Justa cree que está en Cuernavaca haciendo un trabajo para mi tío Bernardo. Las madres encontraron un comprador para la casa y mi mamá la va a vender en estos días. Escribe a la casa de las madres, porque nosotras, en cuanto se firme la venta, nos vamos de México. Ellas recogerán los muebles cuando nos hayamos ido. ¡Cuánta complicación por culpa de ese maldito Enrique!...

Ya no había regreso a México. El futuro me pareció confuso y oscuro. ¿Adónde íbamos a vivir? Magdalena también se quedó muy pálida. Cuando se fue a nadar con Helmut yo hice las maletas y al oscurecer fui a buscar a Helga y a Tarsicio. Los encontré en la noche en el Isole Bar, me encontraron muy triste, pero no pude decirles los motivos de mi pena. ¡Eran sórdidos!

—¿Quieres emborracharte? —me preguntó Tarsicio.

Dos días después Magdalena y yo íbamos en el tren de vuelta a París. “¡Tres novios, tres anillos!”, pensé y me pareció una tontería. ¿Así terminaba la temporada más luminosa, agitada, elegante y viciosa de nuestras vidas? Nada podía hacer retroceder al tiempo. Era inútil. El tren iba hacia París a terminar con los días de Ascona. Si pudiera darle vuelta al calendario iríamos al encuentro de las lluvias, los laureles, las mimosas, las magnolias, los veleros y los turistas.

—Estefanía, tengo miedo. Gosselin no me ha escrito. ¿Adónde vamos?

—Al Hotel Royal.

Sentadas en el vagón restaurante veíamos correr el paisaje que implacable nos alejaba de Ascona. No teníamos hambre. La puerta del vagón comedor se abrió para dar paso a Silverstein y a Schmit. Dejé caer el tenedor sobre el plato para contemplar el rostro olvidado de Silverstein que me sonreía. Los dos hombres ocuparon la mesa contigua y nos miraron con fijeza. ¿Era eso lo único que recuperábamos de los días felices pasados en el lago? Era un mal augurio y ahora no estaba Helga para venir en nuestro auxilio.

En el Hotel Royal, el señor Gunther nos dio la misma habitación y nos felicitó por lo hermosas que volvíamos de aquellas vacaciones tan prolongadas.

—Es un buen día para llegar a París. Es jueves, mi día predilecto —dijo Magdalena, que se precipitó a llamar a Gosselin.

El hombre se presentó al oscurecer en el bar del hotel. Era joven, grueso, fumaba pipa y llevaba una gorra a cuadros. Discutió con Magdalena.

—Ya no podrán ver nada. Es de noche. ¿Qué prisa tienen?

Magdalena se puso de pie para terminar con la discusión y echó a andar con rapidez. La seguimos. “Es el arquitecto”, me había repetido mi hermanita varias veces. Tomamos el camino del “tugurio”. Cruzamos el portón oscuro, el patio miserable en el que protestaron algunos mendigos, subimos la escalera y Gosselin empujó la puerta chata de mirilla enrejada. Una ola de pintura fresca nos golpeó el rostro. El arquitecto, ayudado por una lámpara de mano, encontró un foco eléctrico conectado a un larguísimo cordón eléctrico. La luz iluminó unas habitaciones enormes pintadas de blanco, con los techos altísimos sostenidos por vigas oscuras. Una escalerilla en forma de caracol llevaba al piso superior. Tuve que reconocer que Magdalena era muy inteligente. No sólo tenía ojos en la espalda como los bichos peligrosos, sino que veía a través de las cosas horribles la belleza que escondían. Las ventanas de vidrios soplados brillaban multicolores bajo el chorro de luz que Gosselin llevaba en la mano. Los suelos de losetas rojas estaban cubiertos de goterones de pintura blanca, de cuerdas, de utensilios de trabajo, de brochas y de unos rollos enormes de alfombra que esperaban ser colocados.

—Nos mudaremos mañana. He gastado mucho.

—Esperen unos días a que todo esté terminado —protestó Gosselin.

Magdalena comprobó si corría el agua en los baños de mosaicos de florecillas, lavabos y jabones de porcelana. Las ventanas minúsculas de vidrio soplado daban a un tercer patio interior. Sí, el agua corría y también corría en la cocina.

—No hay camas... —protestó Gosselin.

—Mañana compraré dos camas, una parrilla eléctrica mientras nos entregan la estufa y algunas tazas y cubiertos —anunció Magdalena dando saltos de alegría.

No quedaban huellas de Marat, la horrible bañera había desaparecido, era como si una varita mágica hubiera tocado aquel lugar. El piso superior era más misterioso que el primero, para ir de una habitación a otra había que cruzar un pasadizo curvo, parecido a un pasadizo de convento. La última habitación era casi secreta, con una ventana grande que daba al patio enorme de la casa de al lado y una ventana pequeña que

daba al tercer patio interior, estrecho casi como un respiradero. La habitación comunicaba con un baño precioso. Tenía una hermosa chimenea de mármol y estanterías hechas dentro de los propios muros. Un enorme clóset escondía una cocina minúscula. Allí no llegaba ningún ruido, los muros de la casa tenían cerca de un metro de espesor, eran de piedra, me imaginé que íbamos a vivir en plena Edad Media. Los secretos horribles que escondían aquellos muros habían desaparecido.

Abandonamos la casa por la puerta endeble del piso superior, cuya cerradura estaba rota.

—No entiendo su empeño en mudarse enseguida. La luz todavía no está arreglada, falta colocar las alfombras y terminar la pintura del segundo piso —nos dijo Gosselin muy disgustado.

El viernes por la mañana fuimos de compras. Las camas y los demás utensilios nos los entregarían el lunes por la mañana. Es necesario repasar cada minuto de esos días, pues en alguno de ellos se esconde el misterio que fastidió nuestras vidas. Si pudiéramos proyectarlos sobre una pantalla, gritaríamos: “¡Mira, ahí está!” Pero sólo nos queda la memoria de lo que vimos y temo que no baste. Hay cosas que sucedieron fuera de nuestra memoria y no se fotografiaron en ella, pero sucedieron a nuestro lado y una cámara fuera de nosotras las hubiera captado.

El sábado Magdalena llamó a dos amigas suyas Rosario y Rocío, las había conocido a través de Inge. Yo hubiera preferido que llamara a Renée y a Nancy, pero Magdalena era así: olvidadiza y vertiginosa. Había olvidado la guerra de Argelia, Ascona y los amigos que habíamos dejado atrás. Gilles y Zita eran como si nunca hubieran existido. En cuanto a Enrique ni siquiera lo mencionó.

Rosario y Rocío, fugaces amigas, son testigos de algo inusitado. ¿Y los testigos para qué sirven? ¡Para nada! El miedo los aleja y los vuelve mudos. Vestidas con falda, suéter, blusa y mocasines las esperamos a las cuatro de la tarde, cerca de la puerta de entrada del hotel. La calle apacible iluminada por un sol pálido de otoño invitaba a pasear. De pronto se detuvo un automóvil y el individuo que lo conducía bajó para hacernos llamados violentos con gestos furiosos. Salimos para encontrarnos con Silverstein, que nos subió a su automóvil como a dos

títeres. Estaba pálido de ira, echó a andar el automóvil y a decir incoherencias.

—Si piensan que van a burlarse de mí, se equivocan. ¡Par de canallas! De mí no se pueden esconder, las fui a buscar al piso ese que se compraron, no había nadie y vine aquí a buscarlas. No soy un imbécil y si dicen una sola palabra acerca de mí les echo a la policía.

—Señor Silverstein, no sé de qué habla, yo a usted no lo conozco...

—¡Hipócrita! Me has visto muchas veces. ¿No me viste en el tren? ¿Qué perversidad hicieron en Ascona? —dijo tembloroso de ira.

—¿Conoce usted a Enrique? —le pregunté.

—¡Calle!, si no quiere que llame a la policía —contestó rabioso.

Nos bajó de su automóvil.

—¡Fuera! Nunca me han visto. ¿Entendido? —y se alejó en su coche.

—¡Carajo! ¿Quién es Silverstein? ¿Viste qué falta de maneras? —preguntó Magdalena.

—Yo qué sé quién es Silverstein...

Entramos en el hotel preguntándonos qué era lo que no debíamos decir. ¿Por qué fue al piso de Marat? Nadie lo conocía, mi hermanita lo había guardado secreto.

En el vestíbulo nos esperaban Rosario y Rocío, ésta con un clavel colocado entre los rizos negros. Era muy bajita y para hablar se ponía de puntillas. Rosario, su hermana, parecía su hermano, vestida de casimir gris, zapatos bajos y cabello hirsuto. Felices corrieron a besar a mi hermanita.

—¡Preciosidad! ¡Qué alegría! ¿Te habías marchado a México? ¿Qué dice el guapetón de tu marido?

Magdalena les contó atropelladamente lo que acababa de ocurrirnos, pero no les interesó.

—¡No hagas caso! Debe de ser algún chalado.

Desilusionada ante su indiferencia propuse visitar el piso. Lo aceptaron; era preferible a escuchar la historia de Silverstein. Encontramos abierta la puerta del piso y las hermanas se escandalizaron, alguien podía entrar y robar los muebles del baño. Magdalena y yo pensábamos en Silverstein, mientras escuchábamos los gritos de

admiración que lanzaban las hermanas. “¡Es precioso!” “¡Es enorme, vaya lujo para París!” “¡Qué escalera tan original!” “Y eso que está debajo, ¿qué es?”, preguntó Rosario dando una patada a una caja negra colocada debajo de la escalera, en medio de los botes de pintura, brochas, pintura y trapos.

—Utensilios de los albañiles —contesté.

De los muros se desprendían bocanadas de humedad, unas sombras ligeras oscurecían los rincones y preferimos ir a sentarnos a un café.

Ocupamos una mesa casi en el arroyo, pues el café se hallaba repleto. Las dos españolas eran charlatanas y amables, les interesaba la Exposición Soviética que iba a inaugurarse en París esa semana.

—¿Vendréis con nosotras? —nos preguntó Rosario adoptando el aire de un hombre de negocios.

—Me encanta lo soviético. En Ascona conocí a un sabio comunista y pienso ir a Rusia en cuanto me instale aquí —dijo Magdalena recordando al profesor Novicki por primera vez.

“¡Vaya con mi hermanita, ahora se ha hecho comunista!” Iríamos con las hermanas el sábado por la tarde y después cenaríamos juntas. Apareció un hombre joven y elegante y mi hermanita y las dos españolas gritaron al mismo tiempo:

—¡Ignacio!

“Ahora es la hornada de los españoles”, me dije.

—¡Guapísima! ¿Qué haces aquí? Desdichada, no me has llamado ni una sola vez. ¿Desde cuándo estás en París? Yo llegué hace unos días. ¡Mira que eres mala! Olvidarte de mí. ¿Por cierto, recibiste mis cartas de Madrid? Te he enviado varias docenas.

Ignacio hablaba muy de prisa. Él mismo se hacía las preguntas y se daba las respuestas. Sus palabras lo hacían reír y no esperaba a que nadie contestara. Los demás lo aburrían y prefería escucharse a sí mismo. Fumaba en boquilla de oro y se peinaba con esmero. Era muy amigo de las hermanas que lo contemplaban extasiadas.

—¡Oye tú, Rocío!, veo que sigues explotando a tu pobre hermana. ¡Qué suerte tienes en no dar ni golpe! Yo en cambio estoy metido en asuntos aburridísimos. Es espantoso ser rico. ¡Es un asco! No hay nadie más

dichoso que un mendigo. ¡Mira, ese ejemplo! No le preocupa nada, se da la gran vida paseando, pensando en lo que le da la gana. Debe de ser un filósofo o un *Viva la Virgen*.

—¡Pobre, va a acabar mal! —le dije aprovechando un respiro de Ignacio.

—¡Hombre! ¡Qué buen golpe! Va a acabar como empezó. ¿O crees que se empieza de una manera y se termina de otra? ¡Qué va! Esos son cuentos para los bobos norteamericanos. No creas esas historietas. Sirven para que la gente trabaje más. A mí no me toman el pelo. ¡Lee a Marx! Léelo para que te enteres en qué mundo vivimos. Yo no lo he leído, pero como si lo hubiera hecho.

—¡El tío tiene toda la razón! Y a propósito, ¿no pensáis ir a la Exposición Soviética? Yo desde luego no me la pierdo.

Inventó enseguida la necesidad absoluta de ir el lunes al teatro a ver una obra de Tchejov. Se volvió a Rosario y a Rocío y les dijo: “Chicas, a vosotras no os invito porque lo habéis visto todo”.

Dejamos a las hermanas en compañía de Ignacio. No queríamos llegar tarde al hotel. El recuerdo de Silverstein nos preocupaba. Se barruntaba una catástrofe, ¿cómo evitarla? Magdalena estaba preocupada. Al llegar al hotel el señor Gunther nos anunció:

—Las esperan... —e hizo un gesto hacia un rincón del vestíbulo. Sentada en un sillón amplio, estaba Helga.

—¡Helga!... ¿qué haces aquí?

—¡Helga! ¡Qué gusto verte! —y Magdalena corrió a su encuentro.

Su presencia era una compañía inesperada que nos llenó de confianza y de regocijo. Magdalena ordenó que colocaran una cama extra en nuestra habitación.

—Ascona se quedó tan sola, que me sentí perdida. Quise venir a pasar unos días con ustedes —confesó ruborizada.

Con Helga nos sentimos en familia, era alguien en quien podíamos confiar, hacerle confidencias y pedir consejo. Era providencial su presencia. Mientras cenábamos, Magdalena le contó el incidente con Silverstein. Helga escuchó con circunspección y a la pregunta: “¿Quién es Silverstein?”, levantó las cejas y pareció reflexionar unos momentos.

—No lo sé. Es la primera vez que lo vemos en Ascona. Tampoco Schmit había estado antes. Parece que se hospedaban en Lugano. Supe... —y Helga guardó silencio.

—¿Qué supiste? —preguntó ansiosa Magdalena.

Helga guardó silencio, parecía renuente a decirnos lo que sabía. La miramos esperando que nos dijera su secreto.

—Supe... que se decían amigos de tu marido —dijo Helga con rapidez. Mi hermanita palideció, yo me ruboricé. Habían sido vanos nuestros esfuerzos para guardar secreto aquel matrimonio vergonzoso. Imaginé que Johnny, Helmut y Manfred estaban al corriente de la situación de mi hermanita. Ésta dijo temblorosa:

—¿De mi marido?... ¿llamarías marido a un tipo al que apenas conoces?... Además, nunca me casé con él por la Iglesia y me estoy divorciando...

Helga la escuchó con atención, pero con la vista baja. Agregó:

—Los hombres que mataron al contrabandista huyeron primero a Lugano y después a Italia. Eran dos desconocidos. Silverstein y Schmit llegaron la víspera de que lo mataran. La noche de su llegada querían dormir en tu estudio para no dejar huellas de su paso por Ascona o para embrollar las pistas, ¿comprendes?

—No...

—Sí, es muy fácil, querían simular una aventura...

—Y tú, ¿cómo sabes tanto? —le pregunté con desconfianza.

Recordé que la noche en que los dos hombres trataron de meterse en nuestro estudio, fue ella la que nos los quitó de encima. Pero ¿por qué estaba en los dos cafetines? Y ahora se presentaba un rato después de las amenazas de Silverstein. No sabíamos de ella sino que era empleada de la casa de modas La Colomba. Ni siquiera sabíamos su nacionalidad, porque según dijo alguna vez ella no era alemana. Y a esa desconocida mi hermanita le hacía sus confidencias, después de que Silverstein nos había ordenado silencio.

—¿Tanto? Sé lo que sabía todo el mundo en Ascona —contestó Helga con humildad.

—¿Todo el mundo? Y ¿por qué no nos lo dijiste en Ascona? ¿Por qué

nadie nos dijo nada? —pregunté furiosa.

—No lo sé, tal vez teníamos miedo, así somos las gentes. Por eso quise venir a verlas, me pareció que corrían algún peligro...

No creí en su intuición ni en su buena fe. Ignoraba lo que quería o se proponía esa mujer de cabello negro y corto, que de pronto me pareció una enemiga metida en nuestra intimidad.

—Y ¿Johnny supo que yo era casada? —preguntó ansiosa Magdalena.

—Lo oyó decir, pero no lo creyó nunca —afirmó Helga.

En la habitación, para evitar que se pusiera otra vez en cueros, le di a escoger entre dos pijamas. Helga escogió una al azar y no durmió desnuda. Me sentía disgustada; ya Tania nos había dicho en Ascona que sospechaban de nosotras; nos había hecho dudar de la amistad de Tommy y de los demás amigos y ahora Helga venía hasta París a decirnos que conocían nuestro secreto y que nos habían engañado guardando silencio. No era agradable y me dormí disgustada, inquieta al tener a aquella amiga o enemiga tan cerca de nosotras.

Nos despertaron de la conserjería. Gosselin nos esperaba en el vestíbulo. Bajamos intrigadas para saber que el arquitecto venía para llevarnos al mercado de pulgas. Su invitación fue una sorpresa y no pudimos rehusarla. Con aire aburrido nos subió a las tres a su automóvil y nos hizo visitar todos los puestos. No deseábamos comprar nada pero su amabilidad nos obligó a simular interés en los objetos más absurdos. Helga mostraba gran interés en los relojes antiguos. Cada vez que nosotras insinuábamos que ya habíamos visto lo suficiente, él insistía: “¡Compren algo para su casa!”, y volvía a guardar silencio. Era un hombre difícil, con su gorra a cuadros, su pipa en la boca y su gesto adusto imponía no respeto, sino una necesidad de alejarse de él. Magdalena llevaba un diario en el que comentaban las bombas que habían estallado en París la noche anterior; para romper el hielo, quise comentar el hecho con él.

—¡No me interesa! ¡Soy apolítico! ¿Comprende? —me contestó con severidad.

Era evidente que mis palabras lo molestaron y a las cinco de la tarde, cuando nos depositó de vuelta en el hotel, nos sentíamos rendidas y

disgustadas. Él se despidió sin entusiasmo.

—El arquitecto anda metido en política hasta el cuello. Sólo así me explico su respuesta cortante a una pregunta tan simple como la que le hizo Estefanía. “¡Soy apolítico!” ¡Qué hipócrita es la gente! —comentó Magdalena.

—Es verdad. Eres muy inteligente, tuvo miedo de dar su opinión. Debe estar muy señalado, secretamente, en alguno de los bandos que pelean en Francia —dijo pensativa Helga.

Magdalena analizó la conducta de Gosselin: primero retrasó lo más que pudo nuestra vuelta a París tomando tanto tiempo en arreglar el piso. Después, al vernos de vuelta se molestó y se negaba a llevarnos a visitar el piso. Por último desapareció hasta ese domingo, en que vino a llevarnos al mercado a perder todo el día. Su atención era bastante sospechosa.

—Se diría que no deseaba que fuéramos al piso —terminó Magdalena.

—Tienes razón. Parecía que obraba de acuerdo con un plan. No me gustó —afirmó Helga.

Yo no deseaba exponer mis dudas y sospechas delante de ella. En cambio mi hermanita confiaba en Helga como si la conociera de toda la vida.



El lunes por la mañana dejamos el hotel acompañadas de Helga. Nos despedimos del señor Gunther. Con la luz pálida de principios de otoño, el patio de nuestra casa apareció harapiento, sucio, negro y sólo habitado por ratas. Helga hizo un gesto de repulsión. La escalera tenía los muros cubiertos de mugre y de palabras obscenas. El barandal estaba seboso. Magdalena abrió la puerta de la mirilla enrejada y entramos en aquel oasis resplandeciente, oloroso a pintura y a limpio. Helga dio un suspiro de alivio.

En el primer salón encontramos las camas recargadas sobre un muro y los colchones colocados en el suelo, uno encima del otro. Cerca de las dos grandes ventanas que daban al patio de entrada había dos enormes rollos de alfombra todavía no colocada.

—¿Quién abrió para que entraran los de la tienda con las camas y los

colchones? —preguntó mi hermanita.

—El sábado la puerta estaba abierta. ¿No te acuerdas? —le dije.

Subimos la escalera de caracol para mostrarle a Helga la segunda planta. Nos encontramos frente a un viejo silencioso que pintaba un muro y que procuró darnos la espalda alta y flaca. Estaba en mangas de camisa.

—Soy el albañil. Yo abrí la puerta para que entraran los muebles —dijo sin darnos la cara.

Los suelos estaban cubiertos de papelones manchados, de botes de pintura, de cuerdas; decidimos bajar.

Nos sentamos frente a los colchones a contemplar las hermosas ventanas altas y blancas que daban al patio.

—En el alféizar pondremos muchas plantas de sombra —dijo Magdalena.

La caja negra que el sábado yacía bajo la escalera y que había llamado la atención de Rosario estaba colocada en el espacio libre entre los colchones y las ventanas, casi en el centro del salón. El albañil la había dejado allí. Lo llamé para que la quitara.

—¿Que me la lleve? ¿Adónde? Esta caja no es mía. Vino con sus maletas; el viernes, cuando me fui, no estaba aquí.

—¡Súbala!, le será más fácil tener los utensilios a la mano. Será de otro de los albañiles.

—Yo soy el único albañil —contestó.

A regañadientes, el viejo se la echó al hombro.

—Pesa mucho. ¿Qué guarda aquí?... ¿me va a pedir que le suba todo el equipaje? —rezongó, empeñado en que la caja era mía.

Fuimos con Ignacio al teatro a ver la obra de Tchejov. Pensé que el ruso la había escrito pensando en Rosa, en Magdalena y en mí, pues la obra se llamaba *Las tres hermanas*. De ella se desprendía una melancolía que nos dejó transidas. La cena en un restaurante elegante no me consoló del recuerdo de mi familia desperdigada por la voluntad de doña Justa. ¡Ah!, si hubiéramos sido como Raskolnikov, seríamos felices! ¿Para qué servía esa vieja inútil, intrigante y asesina? Habíamos sido unas cobardes. Ignacio habló mucho durante la comida. Lo escuché nombrar a Enrique.

—¿Es amigo tuyo? —le pregunté.

—Amigo íntimo, no. Pero, en fin, es amigo...

En el portón oscuro de la casa le reclamé a Magdalena que aceptara invitaciones de un amigo de su marido. No contestó. En el piso, encendió el foco que pendía del larguísimo cordón eléctrico y el apartamento de Marat apareció en todo su esplendor. Nos dejamos caer sobre las camas hechas y Helga, solícita, fue a la cocina a preparar un café. Fue un instante de gran felicidad. Pero está escrito que la dicha es fugaz y pasajera y que este mundo es un valle de lágrimas, como nos repetían mis tías a la salida de la iglesia. La frase nos parecía dramática e injusta. Helga se echó a los pies de la cama que ocupaba Magdalena para beber su café, la miraba con ojos tiernos. Apenas habíamos dado unos tragos, escuché abrir la puerta endeble del piso superior. El ruido llegó directo por el hueco de la escalera.

—¡Chist! No hablen... —dije.

Helga y Magdalena guardaron silencio, escucharon alertas, sentimos pasos y la sangre se nos fue a los pies.

—Alguien anda arriba...

Imaginé la oscuridad de la escalera sucia que partía del patio donde dormían los mendigos confundidos con las ratas. El portón estaba cerrado. El piso daba a otros dos patios interiores que nos aislaban del mundo. Si gritábamos nadie nos escucharía. Arriba alguien se movía con cautela. Me puse de pie. Mi hermanita estaba muy pálida y Helga parecía un pelele inerte.

—Es un fantasma, voy a buscarlo... —decidí.

—No busques fantasmas porque los encuentras —me aconsejó Magdalena.

Helga permaneció inmóvil como una estatua estúpida. Con doña Justa aprendí que el miedo sólo se vence con el movimiento. Subí la escalera de caracol con el foco eléctrico en la mano. Las aletas de la nariz se me habían puesto frías. Escuché un ruido precipitado y al llegar a la segunda planta vi entreabierta la puerta endeble de entrada.

—¡La puerta está abierta! —grité para hacerme oír del que huía.

Me contestó el más profundo silencio. Entré en la primera habitación

donde por la mañana había visto al albañil. Colocada en el centro se hallaba la enorme caja negra, que me pareció un féretro. Me acerqué y vi que era de lámina reforzada con flejes. Las cerraduras estaban abiertas y la tapa entornada. La levanté y apareció un bulto cubierto con paño azul marino, como la espalda de un muerto con su abrigo puesto.

—¡Suban!... ¡Un muerto!...

Retrocedí hasta la puerta endeble, el rostro enorme de Marat ensangrentado bailaba ante mis ojos. “Es una alucinación”, me dije al ver junto a mí a Helga y a Magdalena.

—¡Allí! —dije avanzando hacia la caja negra.

Miramos la caja como si contuviera el secreto de la vida y de la muerte. Magdalena abrió la puerta que daba a las profundidades del pasillo oscuro y gritó: “¿Quién anda por ahí?” Nadie contestó. El pasillo permaneció impasible, envuelto en sus sombras espesas. Mi hermanita cerró la puerta de golpe, se acercó a la caja y levantó la tapa con violencia.

—¡Vamos a ver qué carajos hay aquí!

Se puso de rodillas, cogió el abrigo azul marino y le dio un tirón violento.

No cubría ningún cadáver. Con el movimiento brusco saltó también un cepillo de dientes, usado, de mango rojo y varias fotografías de un hombre joven de rostro amable. Examinamos con rapidez las fotos y vimos que habían sido tomadas en lugares y épocas distintas.

—¿Qué es esto? —preguntó Magdalena perpleja.

Empezó a sacar papeles, paquetes de cartas dirigidas al nombre de Frascatti, credenciales bajo el nombre de Frascatti, papeles de identidad a nombre de Frascatti, comparamos las fotografías sueltas con las de identidad y era el mismo personaje. Helga nos mostró su pasaporte. Era increíble. Hallamos manuscritos firmados por personajes árabes, cuyos nombres aparecían en los periódicos. Un cartapacio enorme con tapas azules que llevaba escrito “Trece de Mayo”. Más papeles, más fotografías, más documentos.

—¡Miren esto! —exclamé mostrándoles varios cargadores de pistola llenos de balas. Un minuto después encontré la pistola.

—¡Una pistola! —exclamaron Helga y Magdalena asustadas.

Señalé la puerta endeble. La persona que había colocado la caja podía volver, empujarla y matarnos. O simplemente escuchar detrás de sus viejas tablas nuestra conversación. Helga revisaba con método el cartapacio marcado: “Trece de Mayo”. La tez se le había puesto color tierra.

—El movimiento “Trece de Mayo” es el de De Gaulle. Ese día dio el golpe de Estado. Mataron a alguien, te han puesto aquí sus documentos personales y políticos para culparte de complicidad con la OAS ¡Mira, aquí tienes a Frascatti con el uniforme de “pará”! —nos dijo tendiéndonos la fotografía del joven en uniforme militar muy especial. El muchacho sonreía con orgullo, Helga nos miró fijamente, con los ojos que se le habían vuelto enormes.

—¡Voy a llamar a la policía! ¡A mí no me echan este muerto! ¡Vamos a la calle! —decidió Magdalena

Helga la detuvo por un brazo.

—¡No! Hay que reflexionar. Aquí hay demasiados nombres conocidos. Susini, Pérez y el resto. Si vamos a la policía, arrestará a todos, y a nosotras la OAS nos matará por deladoras. ¿No sabes que los terroristas matan? —preguntó Helga.

Nos sentamos en el suelo. ¿Qué podíamos hacer? Continuar revisando. Si en la caja estaba el peligro, en ella debía estar la solución, opinó Helga, que temblorosa continuó con la lectura de los papeles. Yo encontré dos fotos de una mujer rubia muy bella, era Chantal, a la que habíamos olvidado. Se la mostré a Magdalena que se puso más pálida de lo que ya estaba.

—Busca, a ver si encuentras a Bruno... —dijo con voz desmayada.

—¿Quién es Bruno? —preguntó Helga interrumpiendo la lectura de las cartas que tenía en la mano.

—Un amigo del que no sabemos ni siquiera el nombre —contesté.

—Y ¿por qué dices que es un amigo?

—Bueno, por llamarlo de alguna manera, lo conocimos en un café y nos habló de los “parás” —le contesté. Helga volvió a su lectura.

—Mira, son cartas de ellos. ¿Cómo explicar que ustedes las tienen? Si avisamos a la policía, no sólo detendrán a los de la OAS sino a nosotras...

esto es una venganza! —afirmó de pronto.

Magdalena y yo pensábamos en Chantal y en Bruno. ¿Chantal sería la amante de Frascatti y por eso estaba tan triste? Escuchamos a Helga que nos leía líneas de las cartas y que parecían estar en clave, contenían órdenes veladas, explicaciones incomprensibles de lo que ocurría en una organización que parecía secreta. Sí, no cabía duda, se trataba de documentos y papeles pertenecientes a la OAS o a alguno de sus miembros. ¿Cómo era posible que hubieran llegado a nuestra casa? Escuchamos el silencio terrible que nos rodeaba. El aire se había quedado quieto. Mi hermanita cogió un paquete pequeño que decía “Preguntas sobre el ORO”. Tal vez el motivo del crimen había sido el oro de la organización. Helga examinaba las fotos de Frascatti.

—Estuvo en Hungría durante la revuelta. Miren...

La palabra Hungría nos llevó al profesor Novicki. ¿Y si hubiera sido él quien nos hubiera puesto la caja? Nos había prometido una sorpresa...

—¿Y por qué él? Ni siquiera está en París —protestó Magdalena.

Examinamos las fotos de Frascatti en Hungría, el muchacho llevaba una cámara al hombro, se hallaba delante de un edificio semidestruido, en cuya fachada aparecían rotas las siglas del Partido Comunista.

—Podría ser un reportero internacional —aventuró Helga.

La proximidad de la puerta de entrada nos distraía, cogimos algunos montones de documentos, de cartas y de fotos y bajamos a revisarlas en la planta baja. Pero ¿quién podía tener calma para examinar esos papeles? Nos sentíamos desamparadas en aquel piso escondido entre patios.

—Quizás era un agente doble y por eso lo mataron —aventuró Helga afiebrada. Magdalena encontró cartas de personas nobles con sus armas y sus nombres encabezando las páginas. En algunas de ellas se hablaba de España, era evidente que la OAS tenía contacto con los españoles.

—¡Los españoles!... ¿qué Ignacio no viene de Madrid? Lo encontramos el sábado, el mismo día que Silverstein fue a amenazarnos. Después, fue Rosario la primera que hizo notar la caja puesta bajo la escalera —dije.

—Según tú, todos mis amigos pusieron la caja: Novicki, Ignacio, Rosario, Gilles, puesto que es amigo de Gosselin... Oye, Gosselin nos llevó

el domingo al mercado para alejarnos de aquí —dijo Magdalena pensativa.

Helga tomó la palabra.

—Vamos a hacer un resumen. Las fotos del hombre de las credenciales corresponden a las otras fotografías, de manera que se llama Frascatti. Era periodista. Estaba mezclado en política subversiva. Era casado o tenía una amante que le escribía cartas ardientes de amor. Y lo más triste, Frascatti está muerto. Lo asesinaron. Sus asesinos cogieron sus pertenencias y las colocaron en esta caja para deshacerse de las pruebas de su crimen. Y la depositaron ¡aquí!... ¿Por qué aquí? Ése es el misterio —dijo Helga preocupada.

No podíamos razonar. Las palabras giraban como aves de mal agüero, la figura de Chantal se nos aparecía en el suelo, en los muros, ¿por qué nos había invitado aquella noche? Quizás pudimos conocer a Frascatti, si yo no hubiera desconfiado de ella. Tal vez no nos hubiera sucedido lo que nos sucedía ahora si hubiéramos asistido a su cena.

Helga continuó:

—¿Por qué en esta casa? Sólo hay dos respuestas: una, por venganza. Otra, por prisa, el piso estaba en obra, vacío, la abandonaron aquí, para venir a recogerla después. Si lo mataron los de la OAS volverán, pues no desean que los detengan a todos. Si lo mataron los otros, no vendrán y pusieron la caja aquí, con el propósito de hacerte daño. Lo sabremos en unos días y podremos saber si se trata de una venganza...

Magdalena la interrumpió:

—Venganza ¿de quién? ¡No veo quién pueda querer vengarse de mí! ¿Por qué?

Mi hermanita olvidaba a Enrique, o tal vez no se le ocurrió que hubiera participado en aquel asunto tenebroso.

—¿No me contaste que Silverstein fue a amenazarte? —contestó Helga.

—Es verdad. No vendrán a recogerla. Está aquí desde el sábado, la vieron Rosario, Rocío, el albañil y tal vez Gosselin. Ya debían haber venido por ella. Estamos perdidas.

La vi palidecer. Helga se cogió la cabeza entre las manos, ¡era terrible lo que nos sucedía!, teníamos una caja llena de secretos y la vida entera de

un desconocido llamado Frascatti. Helga se puso a llorar amargamente.

—Nos van a matar... nos van a matar... nos están observando, si no llamamos a la policía la llamarán ellos... —nos contagió el llanto, era verdad que estábamos perdidas.

—¿Y si no lo hubieran matado? Puede ocurrir que nos dejaran su documentación para que lo atrape la policía... o para que guardemos esto mientras él se esconde —dije.

—¡No! ¡No!... —sollozó Helga.

—No digas tonterías. Claro que lo mataron y que a nosotras nos van a matar también —me contestó llorando Magdalena.

Las ventanas carecían de cortinas, cualquiera podía disparar sobre nosotras. Era mejor volver arriba. Al recoger los papeles encontré tarjetas de visita con recados manuscritos de algunos jefes árabes.

—Estamos perdidas —repitió Helga al verlas.

Metimos todo dentro de la caja en el orden que recordábamos y dejamos caer la tapa. No la cerramos para que nadie sospechara que la habíamos revisado. Bajamos de puntillas. La dicha había desaparecido, bajábamos a otro tiempo, los muros blancos nos miraban como los muros de un sepulcro. Un frío desconocido nos hacía castañetear los dientes. Flotábamos en un espacio helado. Por las ventanas entraba una luz fría. Debíamos hacer un plan, no podíamos conducirnos como si nada hubiera ocurrido.

—Los terroristas matan a los soplones. Si vamos a la policía nos matan los de la OAS. Si no vamos quedamos de encubridoras tuyas y los otros terroristas, los que pusieron la caja, nos delatan con la policía o nos matan, pues el hecho de encubrir a la OAS ya significa para ellos ser simpatizante de esa organización. ¿Ven cómo no tenemos salida? —repitió Helga.

—Descartado ir a la policía. El que puso la caja tiene que venir a recogerla —decidí.

—¿Y si no vuelve? ¿Si sólo desea entregar sin peligro para él a todos los que aparecen en la caja? Díganme, ¿a quién conocen capaz de tener tantos documentos comprometedores? —preguntó Helga.

—A nadie... es decir, conocemos a mucha gente, pero a nadie que esté

metido en estos líos —le dije. Y recordé a Zita, a Pinsent, a Bruno, a Chantal, a Renée, a Gilles y a Silverstein... ¿Y quiénes eran todos ellos?

—¡Hay que tirar la caja al río! —exclamé.

Era tarde, ya estaba amaneciendo. No podíamos cargarla entre tres, cualquier policía nos marcaría el alto. Llevarla en taxi hasta la orilla despertaría las sospechas del taxista. Era mejor sacar paquetes de papeles y tirarlos al agua poco a poco. Una vez vacía, llevaríamos la caja a un hotel de los alrededores y la olvidaríamos en el cuarto.

—Eso no es factible. Es seguro que nos vigilan. Los terroristas tienen espías. Si dejaron la caja es con algún fin y no van a permitir que nos deshagamos de ella tan fácilmente. Llevamos los paquetes al río y ellos llaman a un policía. Y ¿cómo explicarle estos documentos tan graves?

—¡Helga!, estás empeñada en que nos coja el toro —le grité irritada.

—¡No!, el que dejó esta caja quiere que vayamos a la policía. Él tiene miedo de la OAS... O bien quiere que la guardemos.

La caja negra cambió nuestras vidas. Cuando amaneció ya no éramos las alegres bañistas de Ascona. El pasado del lago, de Johnny, se borró para dar paso a un tiempo incoloro, surgido del fondo de la caja de lámina negra. Se diría que el espíritu aterrador de Marat llegaba destructor a vengarse de nosotras que habíamos violado su escondite. Los muros eran blancos pero debajo de su capa de pintura quedaban las huellas imborrables de varios cientos de años con sus crímenes y sus secretos inviolados. Una quietud temible se taló en el lugar escogido por mi hermanita. No se podía desafiar al pasado. Al desafiarlo, volvía furioso a instalarse en los alféizares de las ventanas y a contemplarnos con cinismo. En unas horas Helga se envejeció de muchos años, Magdalena perdió su gallardía, nos preguntamos si debíamos escondernos o salir. ¡Salir! Escondernos era demostrar miedo a los invisibles personajes que nos vigilaban.

—Si no denunciemos la caja, ellos la van a denunciar —opinó Helga. A las ocho de la mañana escuchamos pasos en el piso superior. Subí para encontrarme con el albañil viejo que con calma se preparaba a su trabajo.

—Tengo la llave —me dijo al contemplar mi sorpresa.

La caja continuaba en medio de la habitación. El viejo fingió no verla.

¿Y si fuera él quien la había introducido en la casa? El hombre no llevaba ropas de albañil. Oculté el temor que me producía su presencia.

—¿Y el arquitecto? —le pregunté.

—Ya terminó su trabajo en esta casa —dijo sin volver la cabeza. La casa no estaba terminada, pero callé.

Abajo decidimos dejar solo al albañil. Era seguro que ya había visto el contenido de la caja. Lo importante era que no sospechara que nosotras también la habíamos revisado. Salimos a la calle y dejamos la puerta apenas entornada. Cualquiera cosa era preferible a permanecer en la casa de Marat y la calle nos pareció un alivio. A la luz del día Helga se había convertido en un ser sin edad. Nos sentamos en un café. Fue un triste lunes aquel. Despeinadas, mudas vagamos por la ciudad con la esperanza de que el asesino de Frascatti regresara a la casa para recoger las pruebas abandonadas en la caja negra. La seguridad de que alguien nos seguía nos obligaba a caminar muy derechas y volver la cabeza con disimulo muchas veces. Nuestro estado de ánimo era sombrío, sentíamos extenderse a nuestro alrededor un ambiente hostil y los rostros de los pasantes eran amenazadores. Cualquiera de ellos podía ser uno de nuestros enemigos ocultos o simplemente el enemigo común que nos acechaba. En los Campos Elíseos un joven se nos apareció para tomarnos dos veces una fotografía.

Se diría un fotógrafo ambulante, pero ¿por qué su insistencia en salirnos al paso? Helga se puso muy nerviosa, noté que empezaba a mirarnos con desconfianza. También nosotras nos preguntábamos el porqué de su presencia en París, aunque era verdad que sin ella hubiéramos enloquecido de miedo. En los quioscos los diarios anunciaban las hazañas de la OAS. La poderosa organización de la que sin saber por qué nos habíamos convertido en enemigas. Era mejor no leer aquellos encabezados. Las fotografías de Chantal que guardaba en mi bolso me recordaban la cena a la que no asistieron los “parás” y el destino incierto de la joven mujer me obsesionaba. “¿Y Bruno, y Bruno, y Bruno?”, me repetía como sonsonete mientras caminábamos. Había que buscarlo, él nos ayudaría a deshacernos de la caja, pero ¿cómo buscarlo en presencia de Helga? Necesitaba consultarlo con Magdalena y eso

resultaba imposible, pues Helga estaba siempre presente. Era noche cerrada cuando cruzamos el patio de la casa de Marat. La puerta continuaba entreabierta, nos precipitamos al piso superior.

—¡Malhaya sea! ¡Aquí está! —gritó Magdalena señalando la caja.

Nadie se había presentado a recogerla. No dormimos, espiando el momento en que llegarían a matarnos. Con la escasa luz nocturna que se filtraba a través de las ventanas desnudas, observé el rostro de Helga que de pronto me pareció demoniaco. ¿Para que había venido a París? Tuve la seguridad de que estaba dentro del complot y noté que también ella escrutaba mi rostro a través de las sombras.

—Es muy extraño lo que les sucede... —dijo con voz hosca.

El estallido de una bomba de plástico en la vecindad de la casa nos sobresaltó. Magdalena encendió el foco eléctrico y quiso revisar nuevamente el contenido de la caja.

—Aquí debemos encontrar la salida para esta situación... —nos aseguró sin convicción.

—Fracatti debe haberse metido entre los comunistas, lo descubrieron y lo mataron —opinó Helga que no cesaba nunca de hacer hipótesis.

—Sólo un Poder Supremo puede salvarnos de esta trampa —dije pensando en el poderosísimo San Miguel Arcángel y a quien me puse a invocar con el pensamiento. Mi hermanita entendió a qué Poder Supremo me refería, pero no quiso decirlo en voz alta delante de Helga. En París entre ciertos medios sociales e intelectuales era ridículo creer en Dios, invocar a los santos o esperar algún milagro. Había que pedirle a san Miguel que nos volviera invisibles e inmunes al odio de los enemigos que nos habían colocado aquella trampa mortal.

Magdalena encontró un atado de cartas con las armas de nobleza de un señor Armaignac. No entendimos su contenido, pero encontramos que repetía dos veces en una misma carta la palabra “Albatros”.

—Debe ser el nombre de una operación militar, como “Barbarroja” en Alemania durante la guerra —pensó Helga.

Recordamos la noche en la que debieron llegar “los parás” que ahora nos producían pánico y volvimos a meter los papeles, las cartas de Armaignac y las fotografías de Frascatti en la caja. Frascatti nos producía

un sentimiento de compasión y de amor. ¿Cómo era posible que alguien se hubiera atrevido a asesinar a aquel joven lleno de vida y con un rostro tan hermoso? Cubrimos todo con el abrigo azul marino. También resultaba incomprensible que el asesino hubiera escogido a dos estudiantes fracasadas extranjeras como testigos de su crimen. ¿Quiénes éramos o que significábamos en París? No éramos nadie y no significábamos absolutamente nada. Éramos dos imbéciles caídas por azar en el extranjero. Se acercaba el amanecer y Helga opinó que debíamos tendernos en las camas un rato. Caí dormida. ¿Por qué Frascatti estuvo en Hungría? Su rostro se colocó sobre el de Ignacio. En sueños decidí: “España, Oro, Albatros. En un barco llamado Albatros, el húngaro o el español que mató a Frascatti se llevó el oro a España”.

Nos despertaron los pasos del albañil. Antes de salir, mi hermanita le dejó sus alhajas atadas en un pañuelo, bajo el pretexto de que no quería cargarlas en la calle. La malicia del viejo se tornó en tierna simpatía.

—¡Fue un buen golpe! El viejo ya no puede sospechar que desconfiamos de él —dijo Magdalena en cuanto salimos a la calle.

—¿Sabes dónde vive o cómo se llama? Te las puede robar. Los terroristas hacen caso omiso de sus simpatías personales, lo único que cuenta para ellos es su causa —aseguró Helga.

Nos echó el gozo al pozo, también yo creí haber logrado un aliado en el viejo albañil.

Caminamos al azar. Yo pensaba en Ignacio, se nos apareció el sábado, el mismo día que Silverstein fue a la casa y luego nos amenazó. El lunes nos llevó al teatro a ver a Tchejov y desde entonces no sabíamos nada de él. Convencí a Magdalena para ir a buscarlo. En un hotel nos informaron que el lunes a media noche salió en su automóvil para España. No dijo la fecha de su regreso. Magdalena se preocupó. Llamó por teléfono a Gilles y a Chantal, pero ninguno de los dos teléfonos contestaron.

—Es raro que no haya vuelto el arquitecto. O es cómplice o revisó la caja y tiene miedo —opinó Helga.

—Tampoco Zita me ha buscado... Albatros, Albatros, tengo que descifrar esa palabra... ¿qué quiere decir con ella el marqués de Armaignac? —murmuró mi hermanita que parecía que hablaba para ella

misma.

Volvimos a la casa muy tarde, la caja continuaba en el mismo lugar. No dormimos. De noche todo se volvía tenebroso, los muros de Marat cobraban resonancias terribles, hacíamos y deshacíamos el rompecabezas que yacía arriba y no lográbamos encontrar la respuesta. Yo revisaba mi memoria, ¡Renée! “¿Sabía Renée que Magdalena había comprado aquel piso? Ella estaba metida con los ‘parás’ y pudo decirles que escondieran aquella caja en el piso de su amiga por unos días...” Mi hermanita negó con la cabeza. “No, Renée ignoraba la existencia del piso.” Estábamos seguras de que alguien muy obvio era el causante de nuestras desdichas, pero no dábamos con la persona. Helga se inclinaba cada vez más a la idea de la venganza y esto nos trastornaba de miedo. Preferíamos creer que habían abandonado la caja por prisa, porque no encontraron otro lugar más apropiado que un piso en construcción. Silverstein nos había ido a buscar para amenazarnos. Pero ¿qué motivos tenía para querer vengarse?

—¡Ya sé! Él creyó que nos quejamos de su insolencia en el cafetín y que lo acusamos de haber pasado esa noche en Lugano adonde huyeron los asesinos del contrabandista... y nosotras ignorábamos itodo! —afirmé mirando a Helga con ojos acusadores.

—Tienes razón, por eso debe odiarlas... pero ¿cómo supo de este piso? —dijo Helga preocupada.

—¡Es muy fácil! Nos siguió el jueves o el viernes... —afirmó Magdalena.

La fatiga se nos echó encima, una fatiga que nos impedía razonar y nos hacía sudar frío. La comida perdió su sabor y las calles se convirtieron en túneles terribles. La angustia producida por el miedo era superior a nuestras fuerzas. La noche del jueves al viernes Helga pareció sufrir un ataque de locura. Se echó a llorar a gritos y se negó a dormir en la misma habitación que nosotras.

—¡No me toquen! —gritó y corrió a esconderse en el baño de la planta baja. Avergonzadas, la esperamos hasta que caímos dormidas. Al despertar, Helga y su maleta habían desaparecido. Subí al segundo piso, no encontré al albañil. Bajé a darle las nuevas a mi hermanita y la encontré intensamente pálida.

—¡Mira!, estaba aquí, junto a mi almohada... y el hombre se fue. ¿Verdad? —me dijo mostrándome un pañuelo atado con sus alhajas.

—Sí, se fue y Helga también...

¿Qué podíamos hacer si todos huían ante el peligro? “No saldremos hoy. Creo que es viernes, les dimos toda la semana”, dijo Magdalena resignada a su suerte. Nos negamos a levantarnos. Doña Justa era preferible a los terroristas, pero ¿acaso en el origen de nuestra desdicha no se erguía su figura enorme, negra y amenazadora? Caímos en una somnolencia pesada. Alguien nos sacudió con fuerza.

—¿Estáis dormidas? ¡Habéis dejado la puerta abierta!... ¡Huy! ¡Qué caras tenéis!...

Eran Rosario y Rocío.

Magdalena, febril, las llevó a la planta alta para mostrarles la caja y su contenido. Les pidió ayuda.

—¿Qué es esto?... ¿qué significa? ¿Quién es este hombre?... —gritaron frente a las fotos de Frascatti.

Las explicaciones precipitadas de Magdalena tuvieron el efecto contrario al que buscaba.

—¡Calla!, ¡calla!, no hables así de la OAS. ¿No sabes que son unos asesinos a los que más vale no nombrar? Mira, os veníamos a avisar que hoy no podemos ir a la Exposición Soviética —dijo Rocío disponiéndose a partir.

Las vimos irse, habíamos cometido el error de pedirles ayuda, todavía ignorábamos que el peligro es un platillo que se come a solas. Su partida nos revivió la angustia, desasosegadas salimos a caminar sin rumbo. Era increíble que cruzáramos a tanta gente y que nadie de entre ellos estuviera dispuesto a escucharnos o a darnos un consejo. Pensaba, calculando bien mis palabras y mi manera reposada cuál sería la reacción de, por ejemplo, esa señora vieja que paseaba a su perrito, si me le acercaba para pedirle ayuda: “Señora, hay alguien que nos quiere matar, ¿puede usted ayudarnos?” No, la señora me consideraría una loca, también el señor del portafolio negro y aire importante o los grupos de jóvenes que se acercaban riendo. La ausencia de Helga era una gran pérdida, así como la del albañil. Sus pasos nos despertaban para

anunciarnos que todavía estábamos vivos. No podríamos soportar la soledad de aquel piso marcado. Era necesario encontrar a Bruno o a Chantal para que ellos que amaban a los “parás” nos librasen de la caja. Bruno tenía un automóvil. Recorrimos la orilla del Sena buscando la esquina de la callecita que subía a la explanada. Llegamos hasta el puentecillo esperanzados, lo cruzamos y llamamos al timbre que correspondía al piso del fondo, o al menos eso creímos. A través del vidrio de la puerta de entrada, vimos que se abría una puerta que daba al pasillo y que correspondía a otro apartamento. Salió una señora gruesa y rubia, nos miró con curiosidad y preguntó por el interfón qué deseábamos.

—Visitar a una amiga —contestó Magdalena dándose cuenta de que ignorábamos el apellido de Bruno y de Chantal.

—¿El nombre?... —nos llegó la pregunta deformada por el aparato.

—Es igual... creo que nos equivocamos, creo que vivía donde usted vive... gracias —dijo mi hermanita.

Nos retiramos con calma, haciendo como que buscábamos a nuestro alrededor otro edificio que no podía existir sobre el puentecillo que cruzábamos.

—Los perdimos. A ver si esa vieja no es de la policía —comentó Magdalena disgustada.

Tarde en la noche volvimos a la casa. La puerta estaba abierta como la dejamos y en la segunda planta nos esperaba la caja. Sentimos que alguien escuchaba detrás de la puerta endeble. Magdalena la abrió de golpe para enfrentarse a un desconocido corpulento y rubio que, al verla, reculó en el pasillo oscuro.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó mi hermanita con firmeza.

—Soy el vecino, vivo arriba. Anoche oímos los gritos de la señorita, pensamos que era la bestia amarilla que las estaba molestando. ¡Cuidado con ella! ¿No la han visto? Ya la verán. No hace ruido al caminar, es como todos los de su raza. Vive arriba, se mudó hace unos días. ¡París está perdido! —dijo el hombre apuntando hacia el techo y preparándose a retirarse.

Lo vimos perderse entre las sombras y luego escuchamos sus pasos pesados subiendo la escalera. Era un alivio que existieran vecinos. Y

¿quién era la bestia amarilla? Los muros, las vigas, las ventanas, se nos habían vuelto odiosos. Era estúpido esperar la llegada de los asesinos de Frascatti, ¡no volverían jamás a recoger la caja! Esa Helga nos llenó la cabeza de hipótesis absurdas. El estallido de algunas bombas de plástico alivió nuestra tensión interior. Era como si nosotras estalláramos un poco. Y ¿qué esperaban esos OAS para volar todo? Era injusto que sólo nos tuvieran aterradas a nosotras.

El sábado llamamos a Gilles por teléfono en vano. El timbre sonó desesperadamente hasta que Magdalena decidió renunciar a su respuesta. Fuimos en busca del arquitecto y un vecino nos anunció que estaba en el campo. A medida que caía la tarde nuestra angustia creció. Nos borró el pasado, olvidamos a mis padres, a Johnny, y doña Justa se convirtió en una sombra vaga.

—¡Voy a llamar a Enrique! No soporto más, tiene que ayudarnos —gritó Magdalena.

Salió de la cabina telefónica tranquilizada, había localizado a Enrique en su oficina de la rue Spontini, ¡era un milagro! El abogado Billaud, sus recomendaciones, su divorcio, carecían de importancia frente a la caja negra y el pavor que nos producía. Enrique la citó a las nueve de la noche en Le Petit Pave, un restaurante a la moda.

Llegó jovial, risueño, besó a Magdalena, me besó la frente y ocupó un lugar entre las dos. El restaurante era íntimo, elegante, lleno de gente conocida. Enrique nos encontró mal vestidas, despeinadas y pálidas.

—¡No cuidarse está muy mal! ¡Muy mal! —aseguró mientras pedía una cena copiosa y escogía los vinos con sumo cuidado.

El ambiente acogedor del restaurante, la presencia de los camareros y del *sommelier*, la amabilidad de Enrique y su risa nos llenaron de esperanzas. No era posible que Silverstein fuera amigo suyo. Cenó con apetito y escuchó atento el relato de Magdalena.

—¡Nada de lo que me cuentas es cierto! Me llamaste porque tenías ganas de verme —dijo echándose a reír.

Me dejó estupefacta. Mi hermanita con lágrimas en los ojos le pidió que fuera con nosotras al piso, así vería las pruebas, sabría que no mentíamos y que en verdad nos encontrábamos en peligro.

—No te agites. Te hace daño para los nervios, los tienes muy frágiles. Iremos, iremos a tu piso —dijo condescendiente.

Me excusé y salí a la calle a buscar una revista política, que había visto por la tarde expuesta en los quioscos y cuya portada se refería a la OAS. Volví a la mesa y me dediqué a su lectura. En uno de los artículos sobre esa organización encontré la palabra “Albatros”. Tuve vértigo. Pero eso sólo bastaba para probarle a Enrique que teníamos razón, que no soñábamos. El poder de convicción del marido de mi hermanita era tan fuerte que a mí misma me había hecho dudar de la veracidad de Magdalena y del peligro que encerraba la caja negra. Quizás dudé porque me convenía que todo aquello no hubiera ocurrido nunca o que, si ocurría, carecía de importancia. Hacia la una de la mañana Enrique pagó la cuenta con solemnidad, nos tomó a cada una por un brazo y nos dirigimos al piso de Marat. Al llegar frente al portón, vimos a un vietnamita pequeñísimo, cubierto con un abrigo negro de cuello de piel blanca, paseando frente al edificio. Enrique se detuvo unos instantes.

—Es un policía secreto... ¿no saben que hay muchos indochinos que trabajan para el gobierno contra la OAS? —nos preguntó en voz muy baja.

—¡Ah!, es la bestia amarilla... —dijo Magdalena.

Enrique visitó el piso con sumo interés, pero frente a la caja se echó a reír.

—Es un baúl de soldado francés. Le llaman: una cantina —nos explicó.

Sacamos el abrigo, las fotos, la pistola, los cargadores, los papeles, el cartapacio “Trece de Mayo”, las cartas y Enrique repetía:

—¡Normal!, inormal!, inormal!...

—¿A qué le llamas tú normal? —gritó exasperada Magdalena.

—A esto. No significa nada terrible. Es normal. Papeles de un individuo que seguramente vivió en esta casa antes que tú. Al mudarse los olvidó. ¿Para qué haces tanto drama?

Blandí la revista que acababa de comprar y leí el trozo en el que el periodista hablaba de “Albatros”, busqué con fiebre las cartas donde hablaban de “Albatros” y le leí algún párrafo incoherente.

—¿Normal? —le pregunté indignada.

—Coincidencias. Ustedes son dos pequeñas histéricas, unos papeles, las

fotos de un galán desconocido, una pistola y ya tienen para armar ¡un novelón! Prefieroirme ahora mismo.

—¡Por favor, no nos dejes solas! —gritó Magdalena deteniéndolo.

Enrique aceptó volver a sentarse sobre una de las camas y se puso a fumar con aire aburrido. Se diría nuestra víctima.

—¿No puedes ayudarnos? —preguntó mi hermanita.

—¿Ayudarlas en qué? Aquí no hay nada. Lo mejor que pueden hacer es dormir, miren qué caras tienen.

Recogí los documentos, las fotos, la pistola, el cepillo de dientes, los cargadores y los subí para meterlos en orden dentro de la maleta del soldado francés, los cubrí con el abrigo azul marino y bajé.

—Son las tres de la mañana. ¿No les parece que deberían dormir? —propuso Enrique.

Se tendió vestido sobre una de las camas y le ordenó a Magdalena que durmiera. Fingí dormir, pero la verdad es que la sangre fría de aquel hombre me mantuvo alerta. Mentía como doña Justa. A las siete de la mañana se deslizó hacia la puerta de entrada y salió. Tuve la certeza de que Magdalena había cometido un grave error llamando a su marido en su socorro. Se despertó a las doce del día.

—Enrique se marchó a las siete sin hacer ruido.

Nos quedamos en la casa de Marat que se había convertido en un túnel oscuro. Enrique había querido sembrarnos la duda diciendo que la caja pertenecía al antiguo inquilino. Era mentira, la casa estaba deshabitada hacía mucho tiempo cuando la compró Magdalena y su último inquilino había sido un borracho que albergaba a mendigos por unos cuantos francos. En la cantina había papeles recientes.

—Enrique es un cobarde. Tuvo miedo —afirmó Magdalena.

Fue un domingo hueco, oscuro, inmóvil. Salimos muy tarde a cenar, era increíble la felicidad de la gente comiendo y bebiendo en los cafés y en los restaurantes. Nos sentimos excluidas de la comunidad, el miedo formaba una barrera infranqueable entre nosotras y los demás a los que casi no veíamos, pues las personas se habían convertido en sombras irreales y distorsionadas. Al volver a la casa, ya muy tarde, nos encontramos en la escalera al vietnamita del abrigo negro, con cuello de

pieles blancas. Iba acompañado de un perrito. Nos cedió el paso. Una vez dentro del piso subimos a ver la cantina del soldado francés. Notamos que en la caja faltaban papeles.

—¡Es un policía! Nos van a arrestar por complicidad —dijimos.

No dormimos, teníamos palpitaciones y sudores fríos, la noche pareció eterna. Por la mañana nos llenamos los bolsos de papeles y cartas, documentos y fotos. Salí a comprar periódicos e hicimos varios bultos con los papeles que nos parecieron más comprometedores. Nos fuimos a la calle. Había que recurrir otra vez a Enrique, puesto que no contábamos con nadie. Un taxi nos llevó a la rue Spontini. Entramos a una oficina lujosa. Un mozo reconoció a mi hermanita.

—¿Quiere hablar con el señor?

—No. Quiero ver al señor Uribe.

Uribe era un hombre bajito, calvo y amable. Parecía tener afecto por Magdalena pues la recibió con cordialidad, pero al enterarse del asunto que llevábamos y después de echar una ojeada a algunos papeles, perdió el color y la calma. El caso le pareció gravísimo y nos suplicó que regresáramos a las tres de la tarde, él iba a tratar de arreglar con discreción el problema, con algún amigo suyo del gobierno.

—¡Por favor, no se les ocurra ir a una comisaría!... porque las detienen —nos dijo con gravedad.

La puerta de su despacho se abrió y apareció Enrique con el rostro lívido de ira.

—¡Tomás!... ¡Ah!, estás ocupado, cuando estés libre ven a mi oficina, —dijo y desapareció.

—Gracias, volveremos a las tres —dijo Magdalena precipitándose a recoger todos los papeles.

En la calle nuestros paquetes mal envueltos llamaban la atención de los policías, que nos seguían con la vista durante un largo trecho. Era necesario deshacerse de ellos lo más pronto posible. Nos sentamos en un café, Magdalena me explicó que Uribe siempre había sido amable y bondadoso con ella. ¡Gracias a Dios que se le había ocurrido recurrir a él!

A las tres de la tarde volvimos a la rue Spontini y nos presentamos nuevamente frente a Uribe.

—No pude hacer nada. Lo mejor que pueden hacer es llevar esto a cualquier comisaría y entregarlo. ¡Armaignac complotando! Es increíble. A ver déme alguna de sus cartas, voy a ver si puedo hacer algo por ustedes... —le dijo a Magdalena.

Con la carta de Armaignac en la mano y a medida que la leía, marcó el número de teléfono que deseaba.

—¿Armaignac?... aquí Uribe. Tengo en mis manos una carta muy comprometedor para usted... No, no, la carta está en posesión de la señora Magdalena... ¡Sí, Magdalena!... ¿No la conoce? ¡Muy bien, si no le interesa su carta!...

Mi hermanita palideció escuchando la conversación de aquel hombre. Sentí alivio cuando escuché que el señor Armaignac había colgado el aparato.

—No le interesa el asunto. Vayan a una comisaría y entreguen los papeles —nos ordenó Uribe.

Salimos a la calle deshechas. Lo único que hizo el bueno de Uribe fue denunciarnos con Armaignac. Ahora toda la OAS sabía que Magdalena estaba en posesión de los papeles perdidos y podían matarnos en cualquier esquina. En los quioscos los diarios anunciaban las nuevas bombas de la OAS. Las colocaban en las puertas de los traidores y llamaban al timbre de entrada. Al abrir estallaba la bomba. “Alguna vez tuve familia, casa, hermanos, fiestas...”, me dije desalentada caminando por calles desconocidas.

—¡Vamos a ver al abogado! —gritó Magdalena.

En el lujoso salón de espera del abogado Billaud, recordamos que existía otro mundo ordenado, en el que no existían maletas negras, ni enriques, ni vietnamitas, ni frascattis. Sentí vergüenza ante nuestra situación dislocada. Magdalena había olvidado a Johnny, a Helmut, a Manfred y en la luz quieta del salón resultaba rota, fuera de lugar. Contemplamos un ramillete de flores y un cuadro suspendido en el muro con el retrato de Napoleón. También habíamos olvidado al Emperador. La vida era absurda y nos daba un golpe con el que no contábamos. Apareció el abogado sonriendo, con los brazos abiertos. Era un hombre atractivo, de voz melodiosa y ademán cortesano.

—¿Qué sucede, Grandes Duquesas?, las veo muy abatidas.

Nos hizo pasar a su despacho. Sentadas frente a él, descubrí de pronto su parecido con Napoleón. Iba a decirlo, cuando escuché sollozar a mi hermanita. Ahogada por el llanto colocó los paquetes sucios sobre el hermoso escritorio, deshizo uno y mostró la carta de Armaignac al abogado.

—Uribe, el empleado de Enrique se la leyó por teléfono. Le dijo que yo la tenía con otros muchos papeles comprometedores... —explicó en medio de un torrente de lágrimas.

El abogado esperó a que se calmara para enterarse de lo sucedido. Le contamos nuestra llegada de Ascona y el encuentro con la caja y su contenido. Billaud cambió de expresión, se pasó la mano por la frente y se movió nervioso en su sillón.

—Ese hombre, Uribe, las ha entregado. Eso no se hace nunca... déme la carta a ver si yo puedo arreglar este embrollo.

Leyó la carta de prisa y marcó el número de teléfono de Armaignac.

—Aquí Billaud, sí, Billaud... nuestras diferencias políticas las arreglaremos en otra ocasión... Mi cliente la señora Magdalena, al volver de sus vacaciones encontró en su piso una caja con documentos comprometedores. ¡Ah!, no le interesa... entre esos documentos de sus amigos hay una carta suya... sí, ya sé que se la leyeron por teléfono...

Armaignac colgó el aparato y dejó al abogado con la palabra en la boca.

—Vamos a intentarlo otra vez. Es natural, se siente perseguido, se ha colocado fuera de la ley —dijo tranquilo y volvió a marcar el número.

—¿Armaignac?, aquí Billaud. Tengo una oferta, escuche, la caja está en la casa de mi cliente que es completamente ajena a la política. ¿Eh? ¿Lo acepta?...

La conversación se terminó en unos minutos. Armaignac no aceptó la proposición de recoger esa noche la caja con los documentos comprometedores. Billaud le daba su palabra de honor de no alertar a la policía hasta la mañana siguiente. Si recogía la caja, el asunto terminaría allí. Pero Armaignac creyó que se trataba de una trampa para pillarlo con las manos en la masa. Era natural, ¿qué podíamos hacer?

—Les advierto que la OAS está formada por un grupito de exaltados y

que ustedes dos corren un grave peligro. El gobierno es incapaz de protegerlas, está desbordado...

Billaud consideró que era su deber esperar toda la noche, con la esperanza de que Armaignac cambiara de idea. Nosotras no debíamos dormir en el piso de Marat. Prometimos buscar un hotel anodino y comunicarnos con él en cuanto nos hubiéramos instalado. Prometimos también no buscar a nadie, ni comunicarnos con nadie exceptuándolo a él. Su afecto inesperado nos reconfortó. Prometimos prudencia, cogimos nuestros paquetes y salimos con la promesa del abogado de no alertar a la policía hasta la mañana siguiente. Caminamos otra vez sin rumbo. “Total es igual cualquier hotel, lo mismo darán con nosotras... y ese pobre Frascatti...” No lográbamos olvidar al hombre cuyas pertenencias estaban en la caja. Un viento de tragedia nos heló el corazón. Sin darnos cuenta pasamos frente a una embajada en la que Magdalena tenía un gran amigo, llamado Raúl, él podía guardarnos los paquetes de papeles que llevábamos auestas. Entramos decididas. Raúl, un joven alto, moreno y elegante salió a recibir a Magdalena.

—¡Querida! ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué te trae por aquí? —exclamó abrazándola con efusión.

Magdalena le pidió que le guardara aquellos paquetes con papeles y le explicó vagamente lo que sucedía. Raúl palideció, miró para todas partes.

—¿La OAS? ¡Querida, eso es imposible! Lo único que debes hacer es irte ¡ya! de París. ¡Pero ya! Esa gente mata. ¿No te das cuenta? Toma un avión para Suiza hoy mismo... ¿No me crees? Mira, espérame a las nueve de la noche en el Trocadero. No puedes quedarte aquí —y al decir esto nos acompañó hasta la puerta, besó a mi hermanita y nos dejó partir.

—¡Recuerda, a las nueve! —gritó.

—Estamos perdidas. ¿Viste el miedo que le entró a Raúl? En un hotel nos encuentran en seguida y si huimos no podremos regresar a Francia —dijo Magdalena que caminaba cabizbaja cargando sus paquetes de papeles.

Empezaba a oscurecer, el crepúsculo nos afectó, se acercaba la noche, quisimos llorar, pasamos al lado de dos policías de gesto adusto, con la ametralladora en la mano, que nos miraron con curiosidad.

—¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Vamos a ver a Armaignac! —dijo Magdalena súbitamente exaltada.

Un taxi nos depositó en la lujosa avenida donde vivía Armaignac. Nos bajamos antes para no señalar la casa. Desde lejos vimos que el enorme piso estaba iluminado como para una fiesta. Acodados al balcón que cubría gran parte de la fachada, estaban dos hombres viendo la calle.

Encontramos el gran portón abierto e iluminado. Al cruzarlo, dos árabes nos miraron y desaparecieron para volver a aparecer en la planta alfombrada del piso de Armaignac. Con mano segura Magdalena apoyó el timbre. Abrió la puerta un joven de frente despejada y rasgos nobles. Iba vestido de negro y sus cabellos eran también negros. La blancura de su camisa hacía resaltar su tez bronceada por el sol.

—¿El señor Armaignac? —preguntó Magdalena colándose de prisa para evitar el paso a los dos árabes que esperaban.

El joven nos miró con severidad.

—¿De parte de quién? —preguntó entornando la puerta.

—De la señora Magdalena.

—Un momento —contestó el joven con el rostro súbitamente crispado.

Desapareció para reaparecer al cabo de unos minutos. Nos hizo pasar a un salón enorme amueblado con suma elegancia. Con gesto severo nos indicó un sofá pequeño en el que nos sentamos, él cogió una silla, la colocó frente a nosotras, para apoyar las manos en ella y, de pie, contemplarnos de frente.

—En seguida las recibe —dijo sin moverse, mirándonos con sus hermosos ojos cargados de odio.

—¡Dios mío! Este chico nos odia. ¿Para qué vinimos? Mira cómo nos ve —me dijo Magdalena en español.

Esperamos un rato largo bajo la mirada terrible de aquel joven vestido de negro, de pie, inmóvil frente a nosotras.

—Nadie me ha mirado con ese odio. ¡Y la idea de venir aquí fue mía! —me dijo Magdalena con el rostro descompuesto.

—¿Será éste el que nos va a matar? —le pregunté.

—¡Yo qué sé!... y ese señor no sale...

Nunca imaginamos que los terroristas pudieran ser tan elegantes. Los

imaginábamos sucios, escondidos en lugares sórdidos, planeando crímenes. Pero en aquel salón tan elegante que nos hacía sentir ridículas con los paquetes y nuestros bolsos resbalándose sobre nuestras piernas, no los imaginamos nunca. Se abrió una puerta al fondo del salón para dar paso a un señor de cabello gris, modales elegantes y aire reservado.

—¡Armaignac! ¿Me buscaban? ¿En qué puedo servirles? —nos dijo haciéndonos una ligera reverencia de cabeza y sin darnos la mano.

Magdalena emocionada se presentó y le explicó nuestro caso: el piso estaba en obra y al volver de Ascona encontramos la caja con los documentos comprometedores para la OAS y para un señor Frascatti, al que habían asesinado, Billaud nos dio un plazo para hacerla desaparecer. Una vez terminado, daría parte a la policía. Le rogó que en el nombre de sus amigos recogiera la caja esa misma noche.

—Ya me lo dijo Billaud por teléfono. Ustedes lo saben. Ya le dije que no tengo ningún interés en recoger esa caja y que pueden disponer de ella cuando y como les plazca —nos dijo con voz fría.

Magdalena y yo nos miramos asustadas, habíamos dado un paso en falso mostrándonos al enemigo.

—Pero, señor, hay cartas tuyas...

—No me interesan. Hay cartas mías en muchas partes y no pienso recuperarlas. No significan nada.

Nos quedamos atontadas. Hubo un silencio. El joven continuaba mirándonos con una ira inmutable.

—¡Hágalo por mí! Estoy muerta de miedo. Yo no tengo nada que ver en este asunto. No tengo idea de quién puso esa caja en mi piso —suplicó Magdalena.

—Lo siento. No puedo hacer absolutamente nada. Y ¿por qué tiene usted tanto miedo?

—Porque son papeles de la OAS. Si la policía recoge la caja...

—Lo siento, señora —contestó Armaignac.

—Si viera todo lo que hay allí... ¡es increíble!... la documentación completa de ese pobre Frascatti, recibos de oro...

—Y ¿dinero, señora? ¿Dinero no hay?

—No, no hay dinero, sólo esos papeles que hablan de oro.

El señor Armaignac dio unos pasos, se volvió a nosotras para decirnos:

—Yo no puedo ayudarla, espero que resuelva su problema. Ahora estoy ocupado.

Tuvimos que aceptar marcharnos. El joven nos acompañó a la puerta. ¡Todo ha sido en vano! Me sentí humillada y derrotada.

—¡Qué estúpida soy! El señor cree que le estoy tendiendo una trampa. Se me olvidó lo importante, entregarle al señor Armaignac sus cartas personales —dijo mi hermanita frente a la puerta.

El joven la miró con sorpresa, nos pidió esperar unos segundos, desapareció y reapareció enseguida, para hacernos volver al salón. Ocupamos el mismo lugar y él se colocó frente a nosotras apoyado sobre la sillita dorada. Entró Armaignac.

—Señor Armaignac, olvidé darle sus cartas. Aquí las traigo —dijo Magdalena deshaciendo los paquetes para buscarlas entre los papeles—. ¡Estefanía! busca en tu bolso y en tus paquetes —me ordenó.

El señor Armaignac nos dejaba hacer. A medida que fueron apareciendo sus cartas un tinte ligeramente rosa cubrió sus mejillas pálidas. Encontramos ocho cartas suyas que Magdalena le tendió con solemnidad. Su dueño las recibió con naturalidad y sonrió.

—Gracias, señora. Es un bello gesto. Dígame, señora ¿es usted la persona que estaba con Uribe cuando me llamó?

—Sí, Uribe trabaja para mi marido, estamos separados. Fui a pedirle auxilio, Uribe me aconsejó ir a la comisaría a denunciar el hecho. No quise y me dirigí a mi abogado...

—¿Uribe le aconsejó a usted ir a la comisaría? —preguntó el señor Armaignac enrojeciendo.

—Sí, ¿por qué?...

El señor Armaignac nos hizo pasar a su despacho, nos ofreció asiento alrededor de su escritorio y le ordenó al joven que le buscara el teléfono de Uribe. Después lo marcó.

—¿Uribe?... aquí Armaignac —y le pasó el teléfono con rapidez a mi hermanita, mientras que el joven tomaba el escucha.

—Sí, Uribe, estoy en la casa del señor Armaignac... ¡No, no podía seguir tu consejo de ir a la comisaría!... No, no quiero ir...

La discusión entre Uribe y Magdalena duró unos minutos, el joven escuchaba atento.

—En efecto, le aconsejó que fuera a la comisaría... ahora la amenaza — explicó el joven.

—¡Es increíble! No queda ningún rastro de moral. ¡Uribe! En fin, gracias, señora, gracias. El perfecto Judas. ¡Creíamos que sólo lo movía el esnobismo!

Volvimos al salón, allí mi hermanita le rogó a Armaignac que guardara todos los papeles que llevábamos, pero Armaignac se negó a aceptarlos aduciendo que le eran ajenos. De pronto Armaignac miró a Magdalena a los ojos, dudó, guardó silencio para al final decir:

—Viendo su buena disposición para nosotros, me voy a permitir hacerle una pregunta, ¿cuándo debe ponerse en contacto con su abogado?

—Hoy en la noche. Él actuará mañana después de saberme a salvo.

—Señora, ¿por qué no nos concede veinticuatro horas? Yo podré ponerme en contacto con mis gentes y salvar lo salvable. Debo confesar que han actuado mal, con mucha indisciplina. En estas horas podemos deshacer algunos errores —le pidió a Magdalena con una voz intensa y cargada de emoción.

—Sí, no me cuesta nada. Le llamaré a mi abogado mañana a las nueve de la noche. Él no se moverá hasta que tenga noticias mías. Y, si lo desea, no lo llamo hasta pasado mañana —afirmó mi hermanita.

Armaignac enrojeció, miró a mi hermanita con simpatía iera una arrebatada como él! No era un Uribe que trabajaba para ellos y para Enrique. ¡Por lucro!

—Señora, es una gran pena que los tiempos que corren impidan nuestra amistad. Espero que cuando todo vuelva a su cauce podamos ser amigos para siempre. La felicito por su bello carácter y si en algo puedo servirla alguna vez, no dude en acudir a mí. Soy su más fiel servidor —le dijo besándole la mano.

Nos acompañó hasta la puerta seguido del joven elegante. Nos detuvo unos momentos.

—Señora, no tome usted ningún riesgo, entre nosotros hay algunos exaltados. Van a saber dónde apareció esa caja y no estoy seguro de que

podamos controlarlos en tan pocas horas. Quédese en su escondite, y si nota algo, no dude en recurrir a mí. ¡Apréndase mi teléfono de memoria! —y nos lo repitió varias veces.

El joven de negro nos besó la mano y después de una despedida bastante emocionante, salimos a la calle. Los árabes se quedaron en la puerta.

—¡Hurra! Estamos salvadas. ¡Qué hombre tan encantador! Así eran antes todos los franceses. ¡Lástima que hayan acabado con los caballeros! ¿Quién te pareció más guapo Armaignac o el joven?

—El joven... oye ¿qué, no era español? —le pregunté.

—¡Claro! Le diste al clavo. Yo no podría escoger, Armaignac es la historia de Francia... ¡Nos espera Raúl en el Trocadero! —gritó recordando la cita con su amigo el diplomático.

Sentadas en un café de la Plaza del Trocadero esperamos la llegada de Raúl. Escogimos una mesa apartada. El entusiasmo de mi hermanita se había apagado y ambas callábamos, quizás estábamos cansadas. De pronto se acercó un hombre bajito, calvo y nervioso. Con presteza depositó cerca de mi taza un sobre grande.

—¡Coronel! —le dijo Magdalena.

—No tengo tiempo. Ahí están los billetes de avión para Suiza. Sale a las diez y media de la noche. ¡Váyanse, pero ya! Son órdenes del amigo.

Se alejó con rapidez, se diría que nunca se nos había acercado. Mi hermanita cogió los billetes y se los guardó en su bolso.

—Raúl lo llama coronel, pero no es nada. Es un baquetón amigo suyo. Y ese Raúl está loco, ¿cómo vamos a huir si no hemos hecho nada malo? —comentó Magdalena echándose a reír.

Le recordé que debíamos buscar un hotel escondido para dormir.

Mira, lo más escondido es lo más visible —declaró Magdalena y le ordenó al chofer del taxi que nos llevara al Hotel Royal.

Nos quedamos en la terraza de un café en Saint Germain. La noche estaba fresca, comeríamos un sándwich y luego nos iríamos a dormir. Armaignac nos había quitado un gran peso de encima y nos divertimos viendo pasar a la gente.

Cuando nos fuimos al hotel ya eran las doce de la noche. El señor

Gunther nos inscribió. Mientras hacía esta diligencia, vi el encabezado de su periódico de la noche: “El terrorista de la OAS Frascatti, arrestado hoy”. Se me doblaron las piernas.

—¡Me siento mal!... —y agregué en español: “Mira lo que dice el periódico”.

—¡Me voy a desmayar! —gritó Magdalena.

El señor Gunther nos ayudó a subir a nuestro cuarto.

—Es algo malo que comieron, están muy pálidas...

Nos dejamos caer sobre las camas.

—El señor Armaignac va a creer que lo engañamos... que ya habíamos ido a la policía, que sabíamos que Frascatti estaba vivo... ¡qué horror!...

—Pero si estaba muerto, muerto... alguien lo entregó...

—¡Helga! —gritó Magdalena.

—¡No!, el vietnamita. Enrique dijo que era policía...

—¡Fue Enrique! —dijo mi hermanita.

Nos sentimos en un peligro inminente. El cuarto era inseguro, en la habitación de al lado podían estar los terroristas que iban a degollarnos, a ponernos una bomba o a darnos de tiros. Y si todavía no estaban, llegarían de un momento a otro, puesto que habíamos perdido la amistad de Armaignac. “¡Qué par de miserables, me engañaron!”, debía estar diciendo a esas horas. Pero ¿cómo era la política? “La policía ¿funcionaba con tanta rapidez?” “¿Quién determinaba que se matara a algunos y a otros no?” La idea de que mataran al señor Armaignac nos dejaba paralizadas de horror. ¿Y si nos siguieron desde el despacho del abogado?... Entonces, apenas salimos de la casa de Armaignac, la policía entró a tiros... Después nos debieron seguir hasta el hotel... ¿Y si nos aprehendían por cómplices? Helga hizo bien en huir. Magdalena se echó a llorar. Si Frascatti estaba vivo ¿qué hacían sus pertenencias en nuestra casa? Alguien dio el soplo. Quise pensar, pero sólo logré pensar en todos los conocidos. Ninguno me merecía confianza, además todos nos habían dejado solas. Tenía miedo, hasta nosotras llegaban los pasos de los policías armados de ametralladoras. No escuchamos ninguna bomba. ¡Los habían detenido a todos! Ahora llegarían por nosotras. Abrazada a mi bolso y a los paquetes de papeles me quedé inmóvil. La habitación

estaba hueca como una cáscara dispuesta a resquebrajarse al menor movimiento.

—Van a venir a matarnos. Saben que estamos en el hotel. Hay que irse de aquí... Enrique tiene la obligación de escondernos —gritó de pronto Magdalena, se levantó, cogió su bolso y sus papeles y sin pensarlo se dirigió corriendo a la puerta y huyó hasta el elevador.

La alcancé en la carrera. El señor Gunther se alarmó al vernos y decidió acompañarnos. Llamó a un taxi por teléfono y se fue con nosotras. Magdalena le dio la dirección al taxista. Enrique vivía ahora en un edificio elegante de una avenida también elegante. Magdalena bajó desbocada: “De parte de quién”, preguntó el conserje, mientras el señor Gunther le pedía al chofer que nos esperara. “De su esposa”, contestó mi hermanita a la voz del conserje. Subimos a un cuarto piso y nos enfrentamos a una puerta cerrada. Magdalena llamó con insistencia y pegó el oído a la puerta: “Está aquí...” dijo con alivio. Nadie abrió la puerta, mi hermanita empezó a golpearla primero con los puños y luego con los pies. “¡Enrique, abre por favor!... ¡Nos van a matar!... ¡Abre!”, gritó a grandes voces, pero la puerta permaneció inmóvil. El señor Gunther la tomó por los hombros y la sacó de allí.

—Está aquí, pero no va a abrir —le dijo el señor Gunther.

Subimos al taxi y volvimos al hotel. Una vez a solas en la habitación, me dijo con frialdad.

—¡Fue él! Estoy segura. Al no abrir la puerta me dio la prueba de que está decidido a que nos maten.

Se desvistió y me ordenó dormir. Necesitábamos reposo. Escondimos los bolsos y los paquetes debajo de las mantas y dormimos profundamente. Por la mañana pedimos los periódicos y Magdalena dio la orden de decir que habíamos salido en el caso de que alguien nos llamara por teléfono. En los diarios leímos que Frascatti había sido detenido en Argelia, donde habían hecho una enorme redada de miembros de la OAS.

—Enrique fue a la casa el sábado, ¿verdad? ¡Traidor! —dijo Magdalena.

—Y Uribe nos denunció con la OAS para que nos matara; el golpe perfecto, así mataban dos pájaros de una pedrada —le expliqué.

Magdalena bajó al bar del hotel a hacer una llamada al señor Armaignac. Quería saber si estaba vivo, le repitió que no diría nada al abogado hasta el día siguiente.

—Es muy inteligente, hablamos en clave, pero nos entendimos muy bien —dijo satisfecha.

A las cuatro de la tarde del siguiente día salimos a ver al abogado. La tarde era radiante, los árboles llenos de pájaros llenaban de cantos la calle. Era increíble que en medio de esa hermosura la gente se cazara como fieras. La vista de los policías nos recordó que al azar en el hotel habíamos roto algunos papeles que nos parecieron demasiado peligrosos. De vez en vez dejábamos caer los trozos menudos de los papeles en algunos botes de basura. Desde una cabina pública mi hermanita le avisó a Armaignac que íbamos rumbo al abogado. Lo aceptó y quedaron en no llamarse en mucho tiempo.

El abogado Billaud nos recibió con gesto severo.

—Esperé dos noches, creí que les había sucedido lo peor, aquí está alguien que iba a localizarlas ahora mismo.

Se puso de pie y abrió una puerta por la que entró un hombre bastante mayor que nos miró con detenimiento. Era evidente que Billaud y él ya habían comentado nuestro caso. El hombre mayor se dispuso a acompañarnos a la casa. El abogado nos despidió en la puerta, me retrasé un poco para confiarle en voz baja que le habíamos devuelto sus cartas a Armaignac. Billaud se detuvo en seco, iba a reprochar algo y al final dijo también en voz baja:

—Se salvaron y lo salvaron, no hay pruebas contra él. ¡No lo cuente por favor!

El desconocido nos subió a su automóvil y se dirigió a la casa de Marat. Ya sabía que éramos extranjeras y que ignorábamos la política francesa. No dijimos ni una sola palabra. ¡Qué mala impresión nos hicieron los muros de la casa! Una soledad temible reinaba en las habitaciones. Subimos a la planta superior, nuestro acompañante abrió la puerta y entraron cuatro hombres más, que como él iban de civil. Nadie hubiera sospechado que eran policías. Mi hermanita sin una palabra les señaló la caja.

—Es una cantina de soldado —dijeron a coro.

Levantaron la tapa, movieron el abrigo azul, quedaban pocos papeles, nuestro acompañante nos invitó a colocar adentro de la cantina los papeles que llevábamos y a vaciar nuestros bolsos de mano. Después cerraron la cantina y se fueron con ella.

—Si las amenazan esos asesinos no duden en llamarnos —dijo nuestro acompañante y desapareció.

—*Consummatum est!* —dijo Magdalena con la voz estrangulada por la emoción. Empezaba a oscurecer, las sombras entraban en la casa de Marat. La tragedia había terminado. ¿O bien empezaba? Una desolación completa envolvía a las habitaciones y nos cayó encima como una capa helada. El silencio era inquietante. Nuestra presencia en aquella casa resultaba absurda. Nos miramos.

—¡Carajo!, con razón nos decían: la desobediencia siempre es castigada... ¡chingue!, pero no creía que tanto —exclamó Magdalena asustada.

—Pues sí, tú lo quisiste. Ahora estamos en plena historia de Francia, esto es amenazador, te advierto que no sé si pueda resistirlo —le contesté.

—¡Malhaya! ¡No te vas a rajarse ahora! ¿Además adónde nos vamos? Ni siquiera sabemos dónde están mis papás... ¡y ese abogado no sirve para nada! Puedes decirme, ¿qué ha hecho con mi divorcio?

—¡Tu divorcio!... ¿qué carajos me importa tu divorcio? Mira —le dije señalando la cerradura rota de la puerta endeble.

Hortensia estaría feliz con Gustavo, mis tías estarían organizando fiestas para buscar a jóvenes formales, tenían razón, así evitaban a los enriques y a las justas, que provocaban la catástrofe en la que habíamos caído. Bajamos a la primera planta a rezarle a San Miguel Arcángel, sólo él con su poderosísima espada podía salvarnos de aquel tugurio encalado, que parecía haberse convertido en nuestra tumba anónima. Encontramos los restos del café en las tazas que dejamos junto a las camas deshechas. Los rollos de las alfombras continuaban junto a las ventanas. Todo seguía igual, incompleto, inacabado, en el desorden de aquel lunes lejanísimo en que llegamos felices con Helga. Las maletas continuaban abiertas.

—Te juro que de haber sabido esto, le hubiera coqueteado a Helga para

que no nos dejara solas... —exclamó Magdalena.

—Lo mismo se hubiera ido. Tenía mucho miedo..

—¡No, no me digas! A nosotras nos mata la moral. Mira al Enrique, a ése no le sucede nada malo. Todo le sale a pedir de boca. Él no tiene escrúpulos. ¡Ah, si yo tuviera una hija la educaría para ser Mesalina!... Esto es siniestro, tú tenías razón.

Magdalena sacó su chicle y empezó a mascararlo con rabia. Nunca hizo unos globos más grandes. Para no volver a entrar en aquel piso, decidimos no salir a cenar. Nos quedamos quietas sentadas en las camas. Llamaron a la puerta, de puntillas Magdalena se acercó a la mirilla y me llamó con señas. A través del enrejado y en medio de la semioscuridad distinguimos dos rostros; uno parecía el de una vieja china y el otro el de un hombre de cabello rojizo. Repiquetearon con los dedos.

—Somos vecinos... queremos saber si no se les ofrece algo —dijeron la voz de un hombre y la de una mujer al mismo tiempo.

Magdalena abrió, era preferible enfrentarse a quien fuera a permanecer solas y quietas en aquella casa helada.

—Pasen, hagan el favor y disculpen el desorden —dijo haciendo entrar a la pareja, que miraba hacia todas partes con gran curiosidad. De seguro habían visto a la policía llevarse la cantina y querían noticias. Se presentaron, eran el matrimonio Lefargue. Sonrientes, se acomodaron en la orilla de las camas.

—¡Magnífico! El piso ha quedado maravilloso —comentaron.

—No me gusta nada, es siniestro —contestó Magdalena.

El matrimonio cruzó miradas sorprendidas. Ella llevaba el pelo negrísimo recogido en un moño bajo y él parecía cubrirse la calva con una peluca rojiza, era muy alto. Sonrió con melancolía.

—Se ve que ha sido usted una mimada de la suerte para despreciar este piso magnífico. Nosotros vivimos arriba, en una sola habitación, claro que antes no vivíamos así. Yo era Lefargue, el famoso periodista, pero la guerra, la Liberación... sí, la Liberación me redujo a esto. ¡Lo que yo he visto! Inútilmente, puesto que no puedo escribirlo. Y me felicito de estar vivo, ¿verdad, querida? —dijo el hombre mirando a su mujer.

—¿Y cómo? No, señoritas, no deben desesperar, tienen una casa

preciosa, son muy jóvenes y preciosas también, ¿qué más pueden pedir en la vida? —nos dijo Corinne, su mujer.

Sin darnos tiempo a contestar, su marido intervino:

—Lo único que pueden desear en la vida es no intervenir jamás, ¡jamás! en política. Por escribir de política estoy aquí. La política es un animal venenoso y sólo ataca a la gente débil o la gente honrada.

Mi hermanita y yo nos miramos, ¿qué quería decir Ives? ¿Estaría al corriente de lo que nos sucedía? La repentina amistad que nos ofrecieron los Lefargue nos consoló esa tarde. Con naturalidad nos contaron que habían sido del régimen de Vichy, y por ese motivo Ives pasó una larga temporada en la prisión de Fresnes y estuvo a punto de ser fusilado. Esa misma noche nos invitaron a un restaurante de comida especial, que consistía en arroz entero, raíces y una especie de sopa que recordaba los cuadros de Paul Klee.

—Es magnífica para la salud y para conservarse joven. ¿Qué edad me calculan? —preguntó Lefargue.

Lo miramos con atención, tal vez tendría unos setenta y cinco años, pero no lo dijimos por miedo a equivocarnos. Nos dimos por vencidas.

—¡Cincuenta y ocho años! —exclamó triunfante.

Nos pareció trágico, pero no lo dijimos. Su mujer, que era menor que él, parecía tener su misma edad. Eran dos ancianos flacos, desnutridos y vestidos con dignidad, aunque sus ropas fueran muy antiguas. No nos preguntaron nada acerca de la presencia de la policía en la casa. Eran discretos y comedidos. Sólo perdían la calma cuando se hablaba de la democracia. La palabra misma era para ellos un revulsivo.

Nos quedamos varios días inmovilizadas en el piso, leyendo los diarios que hablaban de la cacería desatada contra la OAS. Las noticias nos deprimían, deseábamos volver a México, pero la familia ya no estaba allí. Nos habíamos perdido.

—¡Ya sé que yo tengo la culpa! No me lo repitas a cada minuto —decía Magdalena a quien el miedo había vuelto insufrible.

Mi hermanita trató de comunicarse inútilmente con Gilles, con Bruno, con Chantal, y hasta con el arquitecto que continuaba en el campo.

—¡Estamos solas! Hay que enfrentarse a la verdad —dijo Magdalena.

Nos perseguía la idea de descubrir quién era el autor de la puesta de la caja negra o de la cantina en nuestro piso. Buscábamos en todas las direcciones al responsable de aquella catástrofe y todos los caminos nos llevaban a cualquiera de los amigos. Todos eran sospechosos, lo único que debíamos hacer era decidimos a escoger a uno de ellos. “Y ¿si hubiera sido el abogado? En las novelas de detectives el menos indicado resultaba el culpable.”

—No, si hubiera sido él, nos habría entregado...

—Pensamos en Ives y Corinne. ¡Imposible! Los dos eran de derechas y no iban a entregar a sus correligionarios. Más bien se dirían dos ángeles guardianes enviados por la Providencia. Qué vanidad, éramos dos pecadoras y pretendíamos que desde el cielo se preocupaban por nosotras. París y Ascona eran corrosivos, no habíamos ido a la iglesia ni una sola vez, aunque mi hermanita aseguraba que había confesado y comulgado en el lago. Los pensamientos graves nos preocupaban y los botes de pintura, las cuerdas y los papelones continuaban esparcidos por el suelo. La campanilla de entrada llamó con energía, nos pusimos de pie de un salto. ¿Quién podía ser a las ocho y media de la mañana? Nos acercamos a la puerta con precaución y desde el muro preguntamos.

—¿Quién es?

—¡El pintor! De aquí llamaron a un pintor para que termine la obra — contestó una voz con acento español.

Y ¿si era el encargado de darnos el bombazo? ¿Uno de los exaltados de los que nos habló el señor Armaignac? El corazón nos latía con fuerza, decidimos callar. La campanilla insistió con energía.

—Me llamo Luis. Me hablaron de este trabajo...

Si iba a matarnos, haría saltar la puerta. Magdalena abrió de golpe. Nos encontramos con un joven alto, fuerte, de cabello negro y mirada maliciosa. Llevaba su traje blanco de albañil.

—¡Ay, madre mía!, qué miedo tenéis —dijo al vernos.

—¿Quién lo llamó? —preguntó Magdalena sonriendo.

El albañil pareció desconcertarse. Mi hermanita lo hizo entrar, continuaba sonriente.

—No soy tonta, nadie lo llamó —le dijo y se echó a reír.

Luis confesó que no lo había llamado nadie, escuchó en el barrio que la casa estaba en obra y fue a ofrecer su trabajo. Sin pedir permiso empezó a recoger los papelones que cubrían el suelo y subió a revisar el segundo piso. Lo esperamos inmóviles.

—Dejar una obra así ¡es una cerdez! ¿Qué os pasa? ¿Os doy miedo? ¡No, hombre, soy madrileño! Lo que os pasa es que estáis muy solas... —y nos miró con sus ojos llenos de malicia.

Procuré ver por la ventana el patio y el muro de enfrente en el que se abrían las dos pequeñas ventanitas del cuarto de Ives y de Corinne. Estaban cerradas con las cortinillas corridas, el matrimonio ya se había ido a su trabajo y en el edificio sólo quedábamos Magdalena, el pintor Luis y yo. El hombre avanzó sonriendo, mientras nosotras retrocedíamos hacia el muro. Queríamos descifrar su sonrisa y su mirada en apariencia juguetona. La escena era muda, de pronto él repitió: “Sí, tenéis mucho miedo. ¿qué os sucede?”

—¡Carajo!, ¿que qué nos sucede? Que usted nos quiere asustar —gritó Magdalena.

El hombre permaneció quieto unos segundos y en seguida se echó a reír a grandes carcajadas, mientras repetía: “¿Carajo?... ¿carajo?...”

—¡Quiere asustarnos! —insistió mi hermanita.

El hombre sacó un cigarrillo, lo encendió, nos miró preocupado, se recargó contra el muro y se quedó un rato mirando las vigas del techo. “Está dudando”, pensé atemorizada. Dudaba ¿de qué? El silencio era peligroso, había que romperlo para impedir que Luis se reafirmara en la intención que lo había traído a la casa. Pero ¿qué podía decirle? Fue Magdalena la que rompió el silencio.

—¡Oiga, madrileño!, deje de querer jugar con nosotras al miedo y ayúdeme a limpiar un poco esta casa —le ordenó con voz aparentemente confiada.

El hombre arrojó el cigarrillo al suelo, lo pisó con ira y decidido empezó a recoger los papelones llenos de gotas de pintura, los botes y las brochas para guardarlas adentro de un clóset abierto atrás de la escalera de caracol.

Magdalena lo ayudaba con energía y trataba de establecer una

conversación normal con él.

—¿Hace mucho tiempo que salió de España? —preguntó Magdalena al pasarle un bulto enorme de papeles.

—Sí, mucho... —contestó con brevedad Luis, que aceptó el bulto con naturalidad. Nos hacía falta una escoba, y mi hermanita decidió que fuera yo a comprarla. Cogí el dinero de mala gana, iba a dejar sola con aquel desconocido! Al salir encontré en el portón a otro hombre de rostro enrojecido marcado con una cicatriz, que podía jurar que era un navajazo. El hombre vestía un viejo pantalón militar, calzaba zapatos rotos que dejaban ver que no llevaba calcetines. El hombre me miró con extrañeza. En la acera de enfrente descubrí un comercio en el que vendían escobas y utensilios para casa. Volví con la escoba y al pasar junto al soldado borracho hice como si no lo viera. Le entregué la escoba a Luis y éste se puso a barrer con energía los suelos levantando nubes de cal, de pintura y de polvo. Se diría que estaba rabioso. De cuando en cuando levantaba la vista, dejaba de barrer y nos miraba con fijeza. Magdalena se puso a recoger los montones de basura formados por la escoba, al mismo tiempo que decía:

—Gracias, Luis, ¡es usted un ángel!... Nadie había venido a echarnos una mano. ¿Quiere un café? —y corrió a la cocina, preparó tres tazas de café, pan con mermelada y jamón y lo trajo al cuarto donde estaban las camas sin hacer. Colocó las tazas en el suelo y lo invitó a ocupar un lugar en la orilla de la cama. Luis ocupó su lugar, bebió el café y comió el jamón y el pan con mermelada. Estaba preocupado, mientras que mi hermanita lo atacaba con preguntas.

—¿Qué hace en París? ¿Por qué no vuelve a España? ¿Tiene familia? ¿Cuánto tiempo hace que no la veía?...

Luis contestó automáticamente, no tenía trabajo, hacía siete años que había salido de España, su familia vivía en Madrid, él había sido legionario en Indochina, ahora le habían ofrecido un trabajo... Al decir esto, levantó la mirada y la fijó en Magdalena, después en mí, que escuchaba silenciosa.

—¿Qué clase de trabajo? —le preguntó mi hermanita sosteniendo su mirada.

El hombre enrojeció, bajó la vista turbado, en la mano guardaba un trozo de pan.

—¿Qué clase de trabajo?... —insistió Magdalena.

—Un trabajo... fácil. Bien pagado, para dos tipos como Gilbert y yo es cuestión de un abrir y cerrar de ojos... Sois muy confiadas y los hombres somos unos bichos. ¡Sí, unos bichos! Le juro que si fuera a echarme a los pies de Jesús del Gran Poder se volvería para darme la espalda por estar aquí, junto a dos santas de vitral...

Se puso de pie con violencia y nos dio la espalda. Lo miramos asombradas. Mi hermanita pareció entender lo que quería decir aquel hombre y le dijo con voz suave.

—¿Le pagaban bien por el trabajo? —ante el silencio del hombre añadió:

—A mí me parece un mal bicho el que le propuso el trabajo, porque debe estar podrido en dinero, en cambio usted y su amigo...

La campanilla de la puerta llamó con energía. Luis saltó a abrir la puerta, el que llamaba era el soldado borracho que había visto en el portón. Luis lo detuvo con energía.

—¡Gilbert, vámonos de aquí! ¡Hala!, vámonos, no hay nada que hacer. Vimos forcejear ligeramente a los dos hombres, la escena era escalofriante, nos pareció que de ella dependían nuestras vidas. Nos quedamos quietas y pálidas. Luis empujó a Gilbert hacia la escalera, volvió a la puerta, nos miró y recogió su gorra blanca que había perdido durante el forcejeo, mientras se inclinaba nos dijo con voz clara:

—¡Tened cuidado! No abráis la puerta a desconocidos... —salió cerrando la puerta tras de sí.

Magdalena dio unos traspies y se dejó caer en la cama. Yo la seguí. Ambas estábamos seguras de haber escapado a un peligro mortal. La taza de Luis a medio beber yacía en el suelo, reconstruimos sus gestos y sus palabras, nos había dicho claramente que había llegado dispuesto a hacernos un daño por el que le pagaba alguien con mucho dinero.

—Menos mal que subió él primero, imagínate si sube el Gilbert ese, no nos salva nadie... —comentó Magdalena con la voz blanca.

—¿Crees que nos hubiera matado?...

—Sí...

Era la primera vez que sentía que en verdad alguien deseaba la muerte de mi hermanita y la mía. ¡Era un sentimiento extraño, insoportable! ¿No hubiera sido mejor que Luis hiciera su trabajo de una buena vez? ¿Qué fue lo que lo detuvo? Recordamos a San Miguel Arcángel, sólo él gozaba de semejante poder para distraer la mano y la decisión de un asesino. Y yo que había soñado con ser Raskolnikov, me encontraba ahora en el lugar de la vieja Aliona Ivanova, ¿mi hermanita había tomado el lugar de Lizaveta? La náusea le impidió a Luis sacar el hacha que seguramente llevaba escondida bajo su uniforme de albañil. En *Crimen y castigo* había unos albañiles trabajando en el piso de abajo, no, Luis no era Raskolnikov, era uno de aquellos albañiles miserables... y sentí una gran compasión por él. ¡No tuvo valor! ¿Lo hubiera tenido yo frente a doña Justa? Tuve que aceptar que yo sí le hubiera dado con el hacha a aquel ser dañino. No podía culpar a Luis ni a Gilbert de sus intenciones frustradas de asesinarnos. El hombre que los envió buscaría a otro hombre y el hecho de que Luis y Gilbert hubieran huido no significaba que en adelante estuviéramos seguras. ¿Para quién podíamos encarnar a Aliona Ivanova y a Lizaveta? Debíamos descubrirlo. Magdalena ignoraba los planes de Rosa y míos respecto a doña Justa y la aparición de Luis y de Gilbert la dejó anonadada. Pensaba de una manera diferente a la nuestra, quiero decir a la de Rosa y mía. Mi hermanita tenía un espíritu militar, atacaba de frente, prevenía al enemigo, no era partidaria de sorprenderlo en su guarida, con Justa había optado por la retirada, pero no abandonaba la idea del combate con ella y con su hijo, del que todavía no sabíamos si en verdad era su hijo o simplemente un socio. La ira que nos produjo doña Justa yacía escondida en nuestros pechos lista para saltar a la primera ocasión, que cada día se volvía más remota, yo estaba en París y Rosa en alguna parte de los Estados Unidos. Pensé que debíamos volver a México de incógnito, buscarla y llevar a cabo nuestro plan, entonces podríamos vivir tranquilas. Tenía la certeza de que era ella la que había enviado a Luis y a Gilbert. Se lo dije a Magdalena.

—¿Justa?... no lo creo, está muy lejos... —contestó.

—¿A ti te consta? ¿Cómo sabes si no está en París con María Ema?

—A mí no me consta nada, lo único que sé es que nos salvamos de milagro, yo sentí algo raro, por eso me dediqué a platicar con él, quería saber qué clase de hombre era —agregó pensativa—: Creo que cuando dije “carajo” perdió el valor, pues le entró la risa. Un risueño no es peligroso...

Escuché reír a Magdalena. Y recordé que a partir de que doña Justa se instaló en nuestra mesa, toda la familia dejó de reír: “¡Ah!, ella nos hizo peligrosas...”, me dije, sin ganas de reír con mi hermanita. No era el momento, el terror que me produjeron Gilbert y Luis todavía no se disipaba.

La calle estaba en ebullición con manifestaciones y contramanifestaciones en favor y en contra de Argelia francesa. Los combates con la policía eran sangrientos, sus carreras atravesaban el patio y llegaban hasta nosotras. No sabíamos quién se precipitaba a cerrar el portón de madera para evitar que los manifestantes se refugiaran en el edificio. No podían ser ni Corinne ni Ives, pues ambos llegaban de sus trabajos ya muy tarde. Nosotras salíamos a la calle lo menos posible, a hacer las compras de la comida y a echar cartas al correo. La familia no nos contestaba, ¿les habría sucedido algo malo? ¡Y esas monjas que no nos enviaban ni una letra! Durante los viajes al correo me pareció descubrir dos o tres veces a Luis, emboscándose entre los paseantes. Su proximidad nos inquietó. Ya no tenía pretexto para acercarse a la casa, el abogado nos había enviado una agencia que en un semana terminó los muros, la electricidad y colocó las alfombras. Nosotras nos dedicamos a coser a mano las cortinas de muselina blanca para las ventanas. Éramos incapaces de seguir el consejo de mi padre: “Si tienes algún problema examínate a ti misma”. Ver dentro de nosotras significaba enfrentarnos a un torbellino de terror interno que nos paralizaba y nos impedía dormir. Era más saludable vivir al día, establecer una relación íntima entre nosotras, el hilo y la aguja, imaginar que fuera de ellos no existía nada. Apenas así lográbamos olvidar que afuera existía un mundo lleno de amenazas. Un vacío enorme rodeaba la casa de Marat. Queríamos que el vacío fuera infranqueable.

El primero que cruzó ese espacio fue el profesor Novicki acompañado de Eva, su mujer. Llegaron con regalos, unos manteles húngaros

bordados en colores brillantes y algunos libros de marxismo. Mi hermanita dio saltos de alegría. Ellos nos contemplaron preocupados.

—¿Les sucede algo? Las veo muy desmejoradas...

—Sí, muy pálidas y tristes, ¡son otras! —comentó Eva.

—¡Eva!... somos muy desdichadas. No sabemos lo que nos ocurre ni lo que ocurre en París —dije con ganas de echarme a llorar.

—¡No!, ¡no!, ¡no llores! Una compañerita como tú no llora nunca.

—Es natural. Atraviesan el periodo de adaptación a la vida capitalista. Ellas vienen de un país donde el capital no ha alcanzado su pleno desarrollo y la dureza del sistema las lastima, las desorienta. Poco a poco irán reaccionando. ¿Verdad, Magdalena? Quiero verlas armadas para enfrentarse a la lucha desigual con las fieras fascistas. Ante todo serenidad —afirmó el profesor Novicki.

Tenía razón, debíamos armarnos para la lucha contra ellos. Pero ¿dónde y cómo conseguir esas armas? No era nada fácil adquirir una pistola. Me acordé de que en las casas de mis tías guardaban las pistolas en los cajones de las mesitas de noche, para tenerlas a la mano. Por eso mis tíos Bernardo y Alberto podían dormir tranquilos y mis tías se sentían libres para organizar fiestas y dejarnos jugar tenis en sus casas. En París era distinto, teníamos que estar sentadas en aquellos cuartos esperando la llegada de algún Gilbert. Se lo expliqué al profesor.

—¡No! Yo hablo de estar armadas ideológicamente. Lean estos libros, les serán de gran utilidad. Empiecen por éste —dijo mostrándonos uno titulado *El manifiesto comunista*.

Se me cayó el alma a los pies. ¿Qué armas podía darme aquel librito? Magdalena lo cogió con fervor. Novicki se dirigió a ella.

—Su lectura te hará un gran bien a ti, Magdalena, que tienes tendencia a dispersar tu talento en mil frivolidades. Léelo con atención, lo que no entiendas o de lo que dudes consúltalo conmigo.

Tomamos té con galletas, nos sentimos reconfortadas, era un poco como si mis padres hubieran llegado a visitarnos. Se lo dije y ellos sonrieron.

—Es la gran familia de la camaradería, que no existe en el mundo burgués, donde todo es competencia —me explicó el profesor.

Al día siguiente nos llevarían a visitar a Thorez, que vivía en el campo, ya que no estaba bien de salud. Ellos vendrían a recogerlos. Aceptamos con alegría aunque ignorábamos quién era Thorez. Se lo pregunté y me miraron sorprendidos.

—¿No saben quién es el camarada Thorez? Mejor, todavía no están contaminadas por los prejuicios. Ustedes mismas juzgarán.

Bajamos a acompañarlos hasta el portón.

—¡Miren! Esto es algo que no verán jamás en un país socialista —nos dijo el profesor mostrándonos un bando pegado al muro sucio del zaguán. El bando anunciaba que a partir del último día del mes se fijaría la fecha para que ciertas habitaciones del edificio salieran a remate público.

—Esa pobre gente se irá a la calle, si es que ya no están en la calle. Eso es imposible en Hungría —exclamó Novicki indignado.



Guardé silencio. ¿Qué, acaso esas habitaciones no eran las que había comprado mi hermanita para convertirlas en el piso de Marat? Nos despedimos de Eva y del profesor y subimos corriendo a buscar las actas de compra para comparar los datos con los datos sobre las habitaciones que aparecían en el bando de remate. En efecto, Gilles le había vendido a Magdalena unos cuartos hipotecados varias veces y próximos a salir a remate. Seguramente arrancó el bando para poder vendérselos a mi hermanita o tal vez Magdalena ni siquiera se fijó en el anuncio del remate. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Y el dinero invertido en el piso quién nos lo iba a reponer? Alguien compraría los cuartos como si no hubieran sido renovados, a sabiendas de que ahora se habían convertido en un dúplex de lujo. Buscamos el nombre del notario que había cometido un fraude legalizando la venta de unos cuartos desahuciados. ¡Por eso le habían costado una bicoca a Magdalena!

El notario vivía en un viejo edificio cerca de la Puerta Saint Denis. Su despacho era una ratonera polvorienta llena de legajos de papeles. El viejo nos trató con despotismo, él no era el culpable de que mi hermanita hubiera comprado aquellos cuartos hipotecados, se suponía que pagaría

las hipotecas. La decisión estaba tomada y, o pagábamos las numerosas hipotecas que pesaban sobre ellos, o salían a remate.

—¡La va a comprar usted! —le dije temblando de ira.

El viejo enrojeció y nos rogó que abandonáramos su notaría. ¡No era posible perder el dinero, el esfuerzo y el miedo invertidos en la casa de Marat! No teníamos a quién recurrir. “La ley es la ley”, había dicho el notario.

En la tarde acudimos a ver al abogado; Billaud movió la cabeza y desde su despacho habló con el notario que se mostró intratable.

—¡La engañaron, querida! A menos que pague usted las hipotecas, ese piso pasará a otras manos. ¿Por qué lo compró sin consultármelo? El notario encontrará alguna rendija de la ley para justificarse. Es decir, ya la encontró. Su caso lo veo perdido.

Salimos de su despacho sin esperanzas. Habíamos olvidado al profesor Novicki y su invitación al campo. Cuando le explicáramos lo que nos sucedía, comprendería nuestra situación. ¡Las bestias capitalistas!

—¡Carajo! Te juro que a ese notario me lo echo al plato —le dije a mi hermanita.

Magdalena me detuvo en seco.

—Espera. Tú arreglas siempre las cosas queriéndote echar al plato a medio mundo. Yo creo en la táctica. Mira, voy a llamar a Armaignac, él se puso a mi disposición. A ver si como ronca duerme.

Mi hermanita lo llamó desde una cabina pública y le explicó lo que nos sucedía. El señor Armaignac se indignó con el notario, juzgó que su acción era un abuso incalificable y nos ordenó que fuéramos inmediatamente a la notaría para que aquel infame lo llamara por teléfono.

—No creo que baste con una llamada... —dije escéptica.

El despacho del notario tenía un pasillo sucio con bancas de madera. Un empleado amarillento, con mangas negras puestas como guantes largos sobre las mangas de su camisa, nos sentó allí y nos pidió esperar a que su jefe tuviera un momento libre. Esperamos un buen momento. Harta, me levanté para llamar con los nudillos en los vidrios empolvados de su cubil. El viejo notario levantó la vista y me hizo el gesto: “¡Largo de

aquí!” Abrí su puerta y entré. Me siguió Magdalena que estaba embebida en la lectura de *El manifiesto comunista*.

—Ya me habló su abogado, no deben continuar molestándome...

—Llame usted al señor Armaignac, tiene interés en hablar con usted — dijo mi hermanita al mismo tiempo que marcaba el número de su amigo. El viejo la miró alarmado. “¡Pásame a esa rata!”, le ordenó Armaignac a mi hermanita y ésta le tendió el aparato al viejo que la miraba atónito.

El notario tomó el aparato, lo vimos cambiar de color: ¡qué barbaridad!, él era incapaz de abusar de dos damiselas, se trataba de un error. Él era un hombre honesto y de razón, era ¡enemigo de la violencia! Nos entregaría las actas de las hipotecas con el sello de pagadas y el acta de venta completamente limpia. ¡Sí, él mismo, de su bolsillo, pagaría las hipotecas! No había cuidado; el piso no saldría jamás a remate.

Le pasó el teléfono a mi hermanita.

—Si esa rata no les entrega ahora mismo las actas de las hipotecas con los sellos de pagadas y el acta de compra limpia, su notaría va a saltar en trozos. ¡Las ratas, el único lenguaje que entienden es el de la fuerza!... —le dijo.

El notario hizo exactamente lo que le pidió Armaignac. Nos rogó con humildad que llamáramos a nuestro poderoso amigo para avisarle que todo se había hecho de acuerdo con lo que había dictado. Nos acompañó hasta la puerta, iba rezongando: “Una bomba de la maldita OAS quemaría mis archivos... yo pagaré la multa, las hipotecas, si pudieran ayudarme en algo...”

En la calle, nos echamos a reír. “¡Equilibrio de fuerzas!”, repetía mi hermanita. “¡Qué miedo tenía la rata! ¡No, pobres ratas! No es justo compararlas con ese asqueroso, de pellejo lívido y dientes amarillos”, protesté. No podíamos decirle al profesor Novicki que un miembro de la OAS nos había salvado el piso. ¿O podíamos? Mejor era callar. Magdalena había hecho una *Blitzkrieg*. Arrancamos el bando y mi hermanita continuó la lectura de *El manifiesto comunista*.

Íbamos a dormirnos cuando la luz se hizo en mi cabeza.

—¡Magdalena!... ¿no te das cuenta de que fue Gilles el que nos puso la caja de Frascatti? Con esa trampa pensó que íbamos a huir y que su robo

pasaría desapercibido. Actuó de acuerdo con el notario y con el arquitecto —le grité entusiasmada ante mi sutileza.

—Es posible. ¿Te acuerdas de Pinsent? Ellos se robaron los documentos de Frascatti. Zita fue a Ascona a espiarme y luego aquí se esfumó. ¡Descartado Silverstein! El notario contrató a Luis...

Estuvimos de acuerdo, el misterio empezaba a aclararse. Sólo así se explicaba el miedo del vejete ante Armaignac.

Por las noches escuchábamos estallar las bombas de plástico y pensábamos en el viejo usurero, pero su notaría nunca saltó. El señor Armaignac cumplió su palabra.

La vida se encargaba de no darnos un día de reposo. El abogado nos avisó que Enrique había rechazado la demanda de divorcio y había acusado a mi hermanita de abandono de hogar. El abogado propuso declarar nulo el matrimonio: Magdalena era menor de edad y para casarse le habían aumentado la edad. En el acta de matrimonio aparecía con más años que en el acta de nacimiento, por ende el matrimonio era fraudulento. Le escribimos a mi abuelito para que nos enviara una copia del acta de nacimiento de Magdalena, que nació en Chihuahua, y esperamos. Era el cuento de nunca acabar. Habíamos resuelto el misterio de la caja negra y ahora aparecía nuevamente Enrique. Intranquilas esperábamos el golpe final.

Por fin una carta de Rosa nos tranquilizó. La familia se hallaba en Quebec. Mi abuelito se había reunido con ellos. Vivían en una casa alquilada en un suburbio de la ciudad. No se despidieron de mis tías para evitar que éstas cometieran alguna indiscreción, pues doña Justa era muy capaz de presentarse a visitarlas. Me dio risa la palabra “visitarlas” y pensé: “¡Pobres tías con la convidada de piedra!” Estaría sentada a la mesa todos los días. ¿A cuál de ellas habrá escogido? Estuve segura de que doña Justa eligió a mi tía Leticia, la independiente de la familia que estaría muy sentida con su hermana predilecta, Caridad, por su repentina desaparición.

—Debe ser un escándalo terrible. A ver si mi tía Antonia no da parte a la policía —me interrumpió Magdalena.

No, mi madre tomó la precaución de dejar escrita una carta a sus

hermanas, que las madres debieron enviar al día siguiente de su partida de México anunciándoles que se iba a Chihuahua y que más tarde les explicaría los motivos de su marcha intempestiva. Rosa y Alvarito estaban felices, iban casi todos los días al cine o a visitar el Château de Frontenac. Mis padres les buscaban escuelas. Mi abuelo estaba feliz hablando en francés y en espera del frío que ya empezaba a llegar. Hacía muchos años que no veía una buena nevada y la idea de ver caer la nieve lo llenaba de alegría. Lo difícil resultaba arreglar los papeles para que mi padre pudiera trabajar allí. “Nos sentimos nuevos cuando nos sentamos solos a la mesa. Es una verdadera dicha.”

La carta nos consoló y nos dio envidia. ¡Qué dichosa era mi hermana Rosa! Si pudiera imaginar lo que nos sucedía a nosotras perdería el optimismo y volvería a pensar en Raskolnikov, como lo hacía yo todos los días. ¿Mis tías nos iban a olvidar? Sería muy triste, ya no sabríamos nada de ellas. Recordé a mi tío Bernardo rechazando diariamente el plato de ensalada que le presentaban: “No soy burrito, no como verde”, era un rito en su mesa. Con cuidado elegía un rabanito y lo masticaba concienzudamente, mirándonos a todos con desafío. Mi tía Remedios contestaba: “La lechuga es buena para el sistema nervioso, si la comieras serías más apacible”. Conocíamos su respuesta de memoria pero mis primas Lucero y Aurelia la escuchaban como si fuera la primera vez que se decía. A veces, Lucero, la más alegre, se echaba a reír, entonces mi tío Bernardo le ordenaba: “¡Modérate, Lucero!” La moderación era la virtud esencial para mi tío Bernardo. Una de las razones por las que odiaba al pueblo ruso era “su desarreglo interior”: “¡Esa Revolución, qué falta de moderación!”, afirmaba sacudiendo la cabeza con disgusto. Cuando mi hermanita “se desbordaba con risas o palabras exageradas” le llamaba la atención: “Muchachita, no te pongas rusa, acuérdate que la moderación es la fuente de la sabiduría”. Mi tío tenía la desdicha de que su hija fuera también una “entusiasta”. Si en las fiestas bailaba más de tres veces con la misma pareja, mi tío avanzaba hasta ella para decirle con una ligera inclinación de cabeza: “¡Modérate, Lucero!” Si aplaudía en el teatro, mi tío se inclinaba para ordenarle: “¡Modérate, Lucero!” Mi prima por moderación se inclinaba cada vez más a la iglesia, cosa bastante

reprobable para mi tío Bernardo que era “librepensador” y si la sorprendía rezando en su casa se incomodaba y le decía: “¡Modérate, Lucero!” Mi prima cometió el error de darle la hora a un conocido que se encontró cerca de su casa y que charló unos minutos con ella. Mi tío la sorprendió y fue ¡una catástrofe! No supimos por qué la llevó con un médico y la castigó duramente, prohibiéndole asistir a varias fiestas familiares. Le levantó el castigo el día de la boda de Hortensita. Dos años después la casó con un pariente suyo de la edad de mi padre. Fue entonces cuando mi tía Remedios, disgustada del mundo y de tener a un yerno mayor que ella, se fue a evangelizar a los chinos. Con él supe que es imposible acertar en lo que piensa un “librepensador”. Por ejemplo, mientras asistía a las lecciones de piano de mis primas y de nosotras, decía: “No se desborden, modérense por favor” aunque la partitura indicara un *allegro* y no un *moderato*. Era muy bueno. Tal vez un “librepensador” es alguien que piensa con moderación. Queridos tíos y tías, ¿cuando volveríamos a verlos? Magdalena y yo nos iríamos directamente a Quebec.

—¡Qué tristeza! Y todo por haberme casado con ese tipo... —suspiró Magdalena.

—¡Oye!, el abuelo no está en Chihuahua, habrá que pedirles tu acta a Roberto y a Paco... —le dije preocupada.

¡Un nuevo obstáculo! ¿Se ocuparían los primos de ir al registro? ¡Quién sabe!, eran tan badulaques. Sólo encontrábamos retrasos y, mientras, Enrique actuaría con la velocidad del rayo.

—¡Querida, te he buscado en todo París! Si no es por tu marido, que cada día está más triste sin ti, ¡nunca hubiera encontrado tu dirección! — exclamó una tarde Ida, al presentarse de improviso en la casa de Marat.

No la habíamos visto desde aquella lejana comida en la casa de Renée. Venía acompañada por un joven que permanecía de pie, envuelto en una gabardina vieja y una sonrisa irónica en los labios. Se le olvidó presentárnoslo. Ida calzaba botas grises, vestía un elegante traje rojo y hablaba con lentitud, a medida que se despojaba de sus guantes también grises.

Ida examinó la casa de una ojeada rápida y se sentó en un taburete

bajo, se abrazó las rodillas y en tono confidencial le dijo a Magdalena.

—Supe la catástrofe que te ocurrió con esa cantina de soldado llena de documentos de la OAS. ¡Qué disgusto! El padre de Nancy se interesó mucho en tu caso. Quiere cenar con ustedes dos —y nos miró con sus ojos terriblemente maquillados y sus labios blancos.

—¿Cómo lo supiste? Y ¿por qué se interesa el padre de Nancy en un asunto que ya está resuelto? —preguntó Magdalena visiblemente molesta.

—¡Querida!, olvidas que trabaja en la OTAN y todo lo que sea militar le concierne. ¿Según tú la OAS es un juguete para los niños elegantes? —contestó Ida con pedantería.

—No lo sé. Es un problema que no nos concierne ni a ti ni a mí. Creo que deben resolverlo los franceses.

—¡Qué fácil es subirse por aquí! Un primer piso nunca es seguro... —comentó el amigo de Ida, que en esos momentos se asomaba a una de las ventanas.

Nos callamos las tres. El muchacho se acercó a la puerta, levantó la tapa de la mirilla y exclamó:

—¡Ideal para disparar sobre un ojo! —y sonrió con beatitud.

—¡Qué cosas más desagradables dice usted! —le reclamé con enojo.

—¡Perdona, querido! Me había olvidado de ti. Les presento a Heinrich, el mejor periodista alemán. Está empeñado en llevarme a bailar esta noche. ¿Qué puedo hacer para quitármelo de encima? —preguntó abriendo los brazos.

—Ve con él —le aconsejó Magdalena.

Ida se me acercó, se inclinó y me dijo al oído: “Va a querer acostarse conmigo. Di que voy a dormir aquí. Es la única manera de liberarme de él”. Me escandalizó la audacia del periodista, además no era simpático y me dispuse a ayudar a Ida.

—Ve a bailar con él y luego te vienes a dormir aquí —le dije en voz alta.

Ida aceptó con alegría mi proposición, nos pidió las llaves de entrada para no molestarnos teniendo que bajar a abrirle el portón que cerraba alguien a las diez de la noche, y con tranquilidad se guardó el manojito de llaves en su enorme bolso de piel gris. Antes de irse Ida giró sobre sus tacones y anunció con voz triunfante:

—¿No saben? El coronel, el padre de Renée, está en la cárcel de Fresnes.

Salió y desde afuera la escuchamos dar vuelta a la cerradura. Un rato después nos dimos cuenta de que nos había dejado encerradas. En vano esperamos su vuelta. Amaneció, desayunamos y la elegante Ida no había regresado. —Sacaré copias de las llaves y aquí nadie estará tranquilo — dije furiosa.

El encierro era francamente impertinente. A las tres de la tarde tiraron de la campanilla. Vimos a través de la mirilla a su amigo Heinrich.

—¡Abra! Basta de bromas —le dijimos.

El periodista no creyó que Ida no hubiera regresado todavía. Prometió ir a buscarla. Hacia las ocho de la noche se presentó él solo con el manajo de llaves.

—Estaba dormida... ustedes no vuelvan a permitir que las encierren.

¿Sería sincero? Parecía contrito e indignado con la conducta de su amiga Ida. Examinó las cortinas terminadas y se ofreció a colocarlas. Entusiasmado buscó la escalera de mano y se quedó trabajando con nosotras hasta muy tarde. Le gustaba reír, hablaba con ironía y no sabíamos si lo que decía era en serio o en broma.

—Hungría es un país adorable —dijo de pronto.

—¿Hungría? ¿Por qué Hungría? —pregunté.

—Por ese delicado mantel húngaro que está en ese nicho —me dijo mostrando el nicho abierto en el muro, en el que yo había abandonado el regalo de Eva.

A partir de ese día Heinrich vino a visitarnos todos los días a la misma hora. Nos ayudaba a colocar las cortinas, hablaba de política con desgano y se marchaba. Ignorábamos qué lo movía a visitarnos, ni por qué Ida no había vuelto a presentarse. Tampoco sabíamos dónde vivía, ni si realmente era periodista. Colocamos dos cerraduras extras en las dos puertas de entrada al piso. Una mañana vimos entrar a Heinrich a un hotelucho situado en la esquina de la casa. Llevaba bajo el brazo un periódico enrollado. Nos acercamos a mirar a través de las cortinas de la ventana del hotel y lo vimos pedir su llave y subir la escalera rumbo a su habitación. Nos quedamos deshechas. ¿Sería posible que Heinrich viniera

de mala fe? Nunca nos dijo que vivía en la esquina. ¿Quién lo enviaba? Nosotras habíamos creído en su ligera amistad, nos habíamos acostumbrado a su presencia a la caída de la tarde. Heinrich no era del barrio, si vivía en ese hotel era por algún motivo especial. Debíamos cuidarnos de él y de sus palabras suaves. Al atardecer la conversación con él se volvió pedregosa. Heinrich sintió nuestra desconfianza y afirmó sin cambiar de tono de voz.

—Ustedes me tienen miedo.

—¿Miedo?... ¿miedo por qué? —le dije, mientras recordaba a mi pretendiente de Ascona “el jardinero” y las palabras del profesor Novicki: “¿Jardinero y alemán? ¡Espía!” Ahora sólo necesitaba cambiar el oficio de jardinero por el de periodista. Pero ¿espía de quién? Heinrich no parecía ser el sobrino de Armaignac, ni del notario, ni de Pinsent, ni de Chantal...

—Heinrich, no sabemos ni dónde vive... —dijo mi hermanita.

—Vivo aquí, en la esquina, en el hotel —confesó sonriendo y nos dio el número de su cuarto y su teléfono, por si alguna vez lo necesitábamos.

“Es un listo. Sospeché que lo vimos entrar”, me dije. Para evitar que sospechara que le teníamos miedo, lo invitamos a cenar esa noche. Aceptó, pero volvió a insistir en que le teníamos miedo, sobre todo Magdalena.

—¿Yo miedo? ¡Que va! —y mi hermanita se echó a reír.

—Entonces, la invito al cine hoy, después de que terminemos de cenar.

Magdalena aceptó la invitación. Me quedé sola preocupada. Desde que estábamos de vuelta en París era la primera vez que nos separábamos. “Yo no hubiera aceptado, con la cantidad de bombas que ponen”, me repetí mientras la esperaba. ¿Y si Heinrich perteneciera al grupo de los exaltados de los que nos habló Armaignac? “No, es alemán, no tiene nada que ver con la OAS, si fuera español tendría motivos para sospechar de él...” Volvieron a media noche. Heinrich se reía y mi hermanita le discutía con seriedad.

—Estefanía, Magdalena ha pasado el rato peor de su vida. Creía que me tenía miedo, me equivoqué, me tiene pavor —y se echó a reír a carcajadas.

—Usted me llevó a ver una película escalofriante y además decía tantas barbaridades... —se disculpó Magdalena.

—Usted no nació para correr aventuras ni correr riesgos, anda fuera de su medio. Créame, Magdalena, cátese con un buen burgués alemán que la tenga muy protegida —le dijo muy serio.

Tal vez Heinrich decía la verdad y toda la actitud aventurera de Magdalena era una invención, un desafío a sí misma, algo superpuesto a su verdadera personalidad. La familia esperaba tanto de ella que se había lanzado al disparate. Sorprendí en su mirada cierto agradecimiento a Heinrich por lo que le había dicho. Lo mejor que podíamos hacer era reunirnos pronto con la familia.

Venderíamos el piso y nos iríamos a Quebec. ¡Salir de esa maraña de intrigas y vivir sin miedo! ¿Qué más podíamos pedir?

Por la mañana fuimos al correo. Íbamos felices, habíamos tomado la decisión de dejarle el acta de nacimiento de Magdalena al abogado y de irnos a Quebec. En la carta a Paco y a Roberto les dábamos las instrucciones y la dirección de Billaud para que contestaran allí. En una callejuela nos salió al paso Luis, el albañil. Estaba pálido, tenía mal aspecto.

—Hoy viene a su casa ese hombre. ¡Atención! No vale la tierra de sus zapatos —nos dijo mirando al suelo.

Nos quedamos plantadas en la acera. “Ese hombre, ¿no era el que nos quería matar?”

—Vive con una portuguesa, pero vosotras no le digáis nada. Parece que la tía es otro bicho igual a él. Son socios. Nadie está enterado, de manera que os pido atención, mucha atención... —y Luis se retiró de prisa.

No llegamos al correo, nos volvimos a la cama de prisa. El hombre podía entrar durante nuestra ausencia. ¿Sería prudente llamar a Heinrich? No, era mejor callar para no levantar la liebre. Además el hombre podía ser Heinrich, ¿por qué no? Pasó el mediodía, no comimos. Dieron las seis de la tarde y el hombre no había aparecido. ¡Curioso!, a esa hora más o menos se presentaba Heinrich. ¿Sería posible que nos hubiera engañado Luis? No, más bien parecía que él tomaba un grave riesgo. ¿Y si el enemigo fuera el padre de Nancy? ¿Por qué tenía tanto interés en nuestro caso?

—¿Lo conoces? ¿A quién se parece? —le pregunté a mi hermanita.

—No sé... tal vez a alguno de mis tíos, pero más feroz, aunque sonrío más que ellos... —contestó Magdalena.

“Más feroz”, me dije sin lograr imaginarlo. La campanilla de entrada me sacó de mis cavilaciones. Me dirigí a la puerta, levanté la tapa de la mirilla y por segunda vez en mi vida me aterró el rostro de Enrique. Recordé el domingo lluvioso en el que sacó a Magdalena de la casa. ¿A qué venía ahora? Me flaquearon las piernas y apenas pude llegar hasta mi hermanita para decirle al oído:

—Es Enrique...

Magdalena palideció. Nos habíamos equivocado y la certeza de que su marido quería asesinarla la aterró. Un nuevo campanillazo retumbó en los techos altos del piso de Marat. Me quedé inmóvil, vi a Marta y a Loreto suplicándole: “¡No se la lleve, señor!, sus padres no están en México”... ¿Qué podía decirle yo? Un tercer campanillazo me sobresaltó.

—Abre, vamos a ver qué quiere... —dijo mi hermanita con la voz cortada por el miedo.

Era temerario abrirle a aquel tipo, pero obedecí las órdenes de Magdalena. Enrique entró examinando los muros, los suelos alfombrados, las ventanas con las cortinas puestas, la cocina. Sin decir una palabra se dejó caer en el diván y nos miró con curiosidad. Un rato después exclamó:

—¡Todo esto es absurdo! Magdalena, quieres decirme ¿qué significa esto?

—Nada, no significa nada. ¿Viniste a cenar? Te advierto que sólo hay lentejas y tú las detestas...

Enrique miró su reloj.

—No, no tengo tiempo. ¿Arriba ya está arreglado? —preguntó al mismo tiempo que se lanzaba escaleras arriba. Lo dejamos subir solo. Estuvo varios minutos y bajó con expresión de disgusto.

—¡Absurdo! Veo que sigues siendo la misma loca de siempre —le dijo a Magdalena y se echó a reír. En seguida agregó—: Tenía ganas de saber qué hace mi esposa. Veo que todo te sale bien. ¡Te felicito! Una de estas noches saldremos a cenar. ¿Qué te parece? ¿Tienes algún traje elegante? Ya sabes que me gusta que salgas guapa. ¡Guapísima! —y volvió a reír. A

mí no me había dirigido la palabra, era como si no estuviera allí.

—Iremos a cenar, no te preocupes —contestó Magdalena, que no deseaba contradecirlo.

—¿Qué vas a hacer este invierno? ¿Por qué no te vienes conmigo a Suiza? Decídate para que reserve las habitaciones en el hotel.

—¿A Suiza? Ya veremos...

—A propósito, ¿sabes que tu familia ha desaparecido? Mi madre está muy preocupada. Parece, no es seguro, que vendieron la casa y se esfumaron. ¿Ves?, el dicho de hijo de tigre, pintito, se comprueba contigo —y volvió a reír ahora a carcajadas.

—¿Cómo que desapareció mi familia? —exclamó Magdalena fingiendo sorpresa.

—¡Sí, se los tragó la tierra! Tampoco están en Chihuahua. ¡Desaparecidos! es la palabra. Creía que lo sabías —dijo escrutando el rostro de mi hermanita. Magdalena no pestañeó.

—¿Quieres que haga las investigaciones? Tengo muchos amigos y soy capaz de hacerlo por ti, para que veas que no soy rencoroso. Tendré que gastar algunos dólares, pero en fin, vale la pena encontrar a la familia, o ¿no estás de acuerdo?

—Sí, y te lo agradezco mucho...

—Bueno, empezaré a tomar medidas. Y tú, Estefanía, ¿por qué estás tan callada? ¿Ya olvidaste el miedo que tenías? ¡Ese famoso baúl! No se puede contar con ninguna de las dos, son un par de desobedientes. ¿Por qué tuvieron que ir a ver a ese viejo francés? El disgusto todavía no se le pasa a Uribe... —dijo con voz helada.

—¿Y a ti ya se te pasó? —preguntó Magdalena.

—¿A mí? ¡Sí! ¿Qué me importan esos imbéciles? ¡Vaya idiotas! Están casi todos en la cárcel. Es increíble que no entiendan que nadie puede ponerse contra el gobierno... al menos tan abiertamente.

Enrique se puso de pie, le besó la mano a mi hermanita, a mí me dio de golpecitos en la espalda.

—¡Hasta pronto! Y basta de jueguitos de divorcio. ¿Eh? Te puede costar caro, el delito que has cometido lo castiga la ley. No pongas esa cara, me das pena. ¡Les traeré noticias de su casa! ¡Pronto!, más pronto de lo que

se imaginan —anunció casi como una amenaza.

En ese minuto llamó la campanilla de entrada. Era Heinrich, al ver a Enrique se detuvo y enrojeció.

—¿Tu amigo? Preséntamelo —me dijo Enrique.

Hice las presentaciones muy turbada, omití agregar al nombre de Enrique el título de “marido de Magdalena”. Enrique se quedó unos instantes observando la escena. Luego desapareció, no sin antes repetir jovialmente:

—¡A Suiza! ¡A Suiza, Magdalena, y perderás esa palidez que tienes!

La puerta se cerró tras él. Heinrich preguntó si no era indiscreta su presencia.

—No, no se preocupe —contestó mi hermanita distraída.

Hubo unos minutos de silencio y yo dije casi a pesar mío:

—Los va a buscar... los va a encontrar... —y agregué en pensamiento: “¡Dios mío!, ¿por qué no dejas viuda a Magdalena? Te costaría tan poco hacer ese favor”.

Heinrich cenó con nosotras. Estábamos sin ganas de charlar. De pronto Heinrich habló:

—Magdalena, ese hombre es una persona vulgar. Junto a usted desaparece. ¿Cuál es su oficio? —preguntó con un gesto despectivo en la boca.

—Exportador e importador... —contestó mi hermanita con desgano.

—¡Ah!, pues no hace pareja con usted. Ya le dije que usted necesita alguien que la proteja, no que la aterre.

Esa misma noche le escribimos a la familia para avisarle que Enrique se preparaba a buscarlos.

—No vino a matarnos. Vino a avisarnos que va a perseguir a mis padres —dijo Magdalena.

—No te ciegues. A nosotras nos matará en el momento que le convenga. Por eso Uribe nos delató con Armagnac. ¿No lo ves muy claro? Ellos pusieron la caja aquí...

—Entonces, no fueron Gilles, Pinsent, el arquitecto y el notario, nos equivocamos... Déjame pensar, es él o nosotras —y Magdalena corrió a buscar chicle para hacer sus globos enormes que le estallaban en la cara.

Volvíamos al principio: los enemigos eran Enrique y doña Justa. ¿Cómo eliminar a Justa? Estaba demasiado lejos. Rosa y yo dejamos escapar la ocasión. ¿Y cómo eliminar a Enrique? Durante varios días salimos a caminar para hacer planes con libertad, sin temor a que alguien nos escuchara. Hicimos proyectos descabellados: pedirle ayuda al profesor, a Armaignac, a Pinsent... Pero resultaba penoso pedirles que nos ayudaran a eliminar al marido de mi hermanita. El aire de la ciudad se enrarecía, la gente se encontraba nerviosa y nos contagiaba su exaltación. Lo único factible era matarlo nosotras mismas. ¿En dónde? En la casa de Marat... pero nos encontrábamos con el eterno problema del cuerpo. ¿Qué hacíamos con él? Nos preguntábamos una y otra vez cómo habrían desaparecido a Paul. Nadie lo sabía. Para cazarlo en la calle nos faltaba una pistola. ¿Quién podía dárnosla? ¡Nadie!

—Pienso en la cantidad de vidas que se habrán salvado porque no hubo a tiempo un arma adecuada para liquidarlas —dije furiosa.

Estábamos atadas de pies y manos. Había que tomar medidas defensivas: Magdalena no iría a cenar a solas con él, a menos que estuviera armada y dispuesta. Aunque lo más probable era que fuera él quien la matara. Descartado. Magdalena no cenaría con él. El viaje a Suiza era aún más peligroso. Su invitación no tenía más objeto que despachársela sin dejar huellas.

Ives y Corinne bajaban algunas veces ya tarde en la noche. No encendían las luces de la escalera para que nadie notara que nos visitaban. Especialmente el vietnamita del abrigo y el perrito, que se deslizaba por el edificio sin hacer ningún ruido. Cuando de casualidad lo encontrábamos, nos cedía el paso y nos daba los buenos días con suma cortesía. Los Lefargue no lo querían, lo consideraban un intruso.

—¿Y a qué se dedica? —les preguntamos una noche.

—Es empleado de una perfumería. Por eso anda tan cuidado —dijeron con ironía.

Enrique nos engañó. ¿Con qué objeto? “Para dejarnos solas, para impedir que lo llamáramos en caso de necesidad”, me explicó Magdalena. Los Lefargue nos dieron la dirección de la perfumería, estaba a la vuelta de la casa. Corinne le compraba el talco y el agua de colonia. Los Lefargue

eran duchos en investigar a sus vecinos, no confiaban en nadie, se diría que estaban siempre complotando. Imposible engañarlos. Además, no tenía objeto, la pareja de viejos nos tenía afecto.

—Era mi marido... —contestó mi hermanita, cuando le hablaron del hombre elegante que entró a la casa el viernes al oscurecer y salió casi en seguida.

—Traía un automóvil de lujo. Pensamos que no iba a quedarse mucho tiempo porque en el coche se quedó esperándolo un amigo —nos confiaron.

Mi hermanita les pidió que describieran al acompañante de Enrique. Ives tuvo ocasión de observarlo bien, pues el hombre bajó a buscar tabaco en el estanco de la acera de enfrente. Su descripción coincidía con la de Silverstein.

—¿Está seguro de que a pesar de ser un hombre joven tenía el cabello muy canoso? —preguntó Magdalena asustada.

—¡Completamente seguro! Además ya lo habíamos visto por aquí en los días que ustedes se mudaron —contestó Ives sin hacer ninguna mueca ni mover ningún músculo de su rostro.

Ives era impasible. Corinne era más vivaracha, le gustaba ponerse una cinta de color naranja entre sus cabellos negros.

—Perdón, pero su marido no me gusta... lo he visto varias veces en el barrio. Me supongo que vive lejos de aquí.

—Sí, en efecto, no es del barrio —contestó Magdalena con desgano.

—Perdone, Magdalena, que me meta en sus asuntos, pero tanto Corinne como yo pensamos que usted necesita el apoyo de un hombre... —dijo Ives, que coincidía con Heinrich.

Corinne miró a su marido con ojos interrogantes, luego se volvió a nosotras cuando Ives pareció aprobar lo que iba a decirnos.

—¿Han visto su cueva?... ¿Han visto lo que hay allí? —preguntó en voz muy baja.

—¡No! ¿En qué cueva? —preguntó alarmada mi hermanita.

—En la que les corresponde en el edificio. ¿No la conocen? ¿Nunca han bajado? —preguntó Ives sorprendido.

Ante nuestra ignorancia el matrimonio movió la cabeza con pena.

—Pues tienen que verla y sacar de ahí lo que les han colocado, de lo contrario alguien va a dar el pitazo y les va a caer la policía.

Magdalena y yo nos pusimos lívidas. Cómo, ¿más cosas subversivas? Me puse de pie y le rogué a Ives que me llevara a la cueva inmediatamente. Ives miró a través de las cortinas los dos patios y las ventanas que daban a ellos. Era necesario esperar a que todos se hubieran dormido. Bajaríamos con su linterna sorda. Nos hizo pasar al cuarto del fondo, corrió las cortinas y apagamos la luz de la habitación que daba al primer patio. Así, a oscuras, los vecinos pensarían que ya nos habíamos dormido. Esperamos en silencio un gran rato. Ives volvió a escrutar los patios, las ventanas estaban todas apagadas. “Vamos”, me dijo en voz baja. Me recomendó quitarme los zapatos para no hacer ningún ruido en la escalera. Y también no decir una palabra durante toda la expedición. Bajamos de puntillas, cruzamos el patio donde dormían los mendigos, detrás de la pequeña construcción que ocultaba los depósitos de agua había una puertecilla con un candado puesto. Ives lo quitó y bajamos por unos escalones empinados de piedra hasta las cuevas abovedadas que sostenían al edificio. Estaban divididas por rejas de madera con números que indicaban a qué cuarto pertenecían. En efecto, la nuestra contenía varias cajas de cartón llenas de folletos. Ives cogió uno y volvimos a subir, cerró el candado, cruzamos el patio y llegamos al piso donde nos esperaban Corinne y Magdalena. Los folletos eran unos panfletos trotskistas, que incitaban a la lucha contra el gobierno. Sentí que iba a desmayarme. Magdalena se dejó caer en la cama y exclamó:

—¡Ahora sí que yo ya no puedo más! ¡No, no puedo más!

Corinne leyó y releyó el folleto, miró a Magdalena con compasión. No se podía hacer nada. ¿Quién iba a sacar esas cajas sin llamar la atención de la policía o de los vecinos? Me encontré retorciéndome las manos. Esta vez era mejor huir. ¿Qué carajos eran los trotskistas? Ives nos contestó con calma que eran los partidarios de Trotski, un grupito de extremistas de izquierda que tomaban parte en la guerra de Argelia.

—Pues mira, Estefanía, podemos decir que ya nos chingamos —me dijo en español mi hermanita Magdalena.

Ives y Corinne nos miraban preocupados. Ya debía ser muy tarde, sí, en

efecto, eran casi las tres de la mañana. Ives se quedó pensando arduamente, de pronto se decidió. Él no podía sacar esas cajas, era muy arriesgado, pero acababa de acordarse de un estudiante extranjero que pasaba todos los días con una vieja camioneta para recoger los papeles y periódicos viejos que luego él revendía. Había que esperarlo y pedirle que se llevara aquellas cajas peligrosas. Por un poco de dinero lo haría, pues tenía permiso para circular por la ciudad recogiendo papeles. Ives decidió no dormir. Bajaría primero a quitar el candado de la cueva, luego se iría a su casa y velaría esperando la llegada de la camioneta. En cuanto apareciera en la calle, bajaría a toda velocidad para hablar con el estudiante. Le pagaría algo y estaba casi seguro de que el muchacho se llevaría las cajas.

—Llega más o menos a las cinco de la mañana —nos dijo Ives.

Los besamos con efusión. Les ofrecimos un café, pero no lo aceptaron, ellos no tomaban excitantes. Se quedaron un rato y a las cuatro de la mañana desaparecieron entre las sombras de las escaleras. A la noche siguiente nos darían cuenta de la operación. Mientras, debíamos estar alertas y pensar en el consejo dado a Magdalena.

Dormimos un rato. Por la mañana obligué a Magdalena a escribirle a Helmut. Alguien tenía que llegar a salvarnos. Echaríamos la carta después de saber el resultado de la operación organizada por Ives. Nos daba miedo salir a la calle. Ives y Corinne nos habían revelado que Enrique iba acompañado de Silverstein y que éste se había presentado en la casa, no una sino varias veces. ¿Sería posible que ellos hubieran colocado los documentos de la OAS y los folletos trotskistas? o eran personas diferentes. Preferimos creer que eran ellos mismos. “Mira, nadie puede tener tantos enemigos. No soy nadie”, me dijo mi hermanita.

—Tienes razón, con un enemigo basta —le contesté pensando en Enrique.

A media noche, cuando ya se había marchado Heinrich, arañaron la puerta, eran Ives y Corinne. Entraron como dos gatos, sonriendo.

—Se llevó todo. ¡Todo! No teman, el asunto está arreglado. Buen muchacho, ni siquiera revisó los folletos. No quise engañarlo y le mostré alguno. “Es igual”, me dijo levantando los hombros. Ahora sí acepto una

copa de cognac, es de mala suerte no brindar por un triunfo —nos contó Ives.

Magdalena salió corriendo a la cocina. Volvió con vasos y una botella de cognac. Corinne y su marido bebieron un vasito, y se les encendieron las mejillas; fue Magdalena la que se bebió varios vasos seguidos, hasta caer dormida delante de sus invitados.

—Bien, bien, así pierde la tensión la pobre pequeña —comentaron antes de irse de puntillas por la escalera apagada. Estaban traumatizados y nunca iban a reponerse de la persecución que habían sufrido al terminar la guerra. Durante el tiempo que duró nuestra amistad, las relaciones no cambiaron, bajaban a oscuras, arañaban la puerta, los recibíamos en el último cuarto y hablábamos con ellos en voz muy baja. Tenían un sentido extra que les permitía descubrir a los que se sentían perseguidos como lo habían sido ellos. Su compañía era un espejo en el que nos mirábamos y un bálsamo. Nadie sino ellos podían entendernos. Nunca tuvimos que explicarles nada. Sabíamos que en el piso de arriba, en el cuarto de enfrente vivían nuestros iguales y que podíamos acudir a ellos en caso de emergencia.

Echamos la carta para Helmut y esperamos su respuesta. Magdalena bajaba todas las mañanas al buzón.

—¡Nada! —subía a anunciarme con sorpresa.

¿Sería posible que fuera un rajado el niño Helmut? Prefería no hacer comentarios con mi hermanita.

Los que llegaron esa semana fueron dos señores a los que casi no pudimos reconocer, envueltos en abrigos con cuellos de castor y gorro también de castor. Los miramos incrédulas.

—¡Niñas! ¡Preciosidades! ¿No me abrazan?

—¡Tommy!... ¡Tommy!... —y nos echamos en sus brazos.

Nos volvimos a Alejandrino.

—¡Alejandrino! —y lo besamos muchas veces. Sin sus bombachas estaba irreconocible.

—¡Basta, basta de besos! Ofrézcanme asiento, que subir las escaleras me ha dejado rendido.

Tommy se dejó caer en un sofá, miró en derredor suyo con curiosidad,

luego nos dijo divertido:

—Niñas, su casa parece la de un hombre, más bien la de un asceta —y se echó a reír a grandes carcajadas. Alejandrino lo acompañó en la risa.

—Sí, señorinas, esta casa parece la de un soltero... a ustedes les iría mejor algo más rosa, algo con un poco de encajes, de...

—Tienes razón, no lo habíamos notado —dijimos al mismo tiempo.

—Bueno, ya está hecho. Las niñas se han instalado como dos niños. Basta de reproches y menos ahora que vamos a ser vecinos. Dejamos esa asquerosa Ascona. La dejamos para siempre. Y ustedes dos me hubieran dado por perdido con mucho gusto, ¿verdad?

—Tommy, no digas eso...

—¿Han hecho algo por buscarme? ¡Nada! Los viejos al olvido o al asilo. Es triste pero así piensa la juventud moderna. ¡Qué escalofriante! —se quejó Tommy.

Alejandrino se despojó de su abrigo, guantes, gorro y se dirigió a buscar la cocina.

—No, señorina, no se mueva, yo encontraré lo necesario —me pidió con voz graciosa. Unos minutos después apareció con la bandeja servida. Buscó servilletas y encontró las de Eva. Las colocó en la bandeja y se acercó a ofrecernos el café caliente.

—El señor necesita café constantemente. Tiene la presión muy baja —dijo Tommy.

Cogió su tacita, su servilleta y al observarla nos preguntó indignado:

—Esto es húngaro o checo. ¿Verdad? ¿De dónde lo sacaron? No me digan que pasó por aquí el funesto profesor Waikiki. ¡No, no me lo digan, porque me levanto y me voy ahora mismo! —gritó Tommy.

Alejandrino nos hizo gestos para que calláramos, pero mi hermanita no le hizo ningún caso.

—Tommy, no te pongas así, vinieron hace varias semanas y nos trajeron este regalito...

—Regalito... ¿por qué lo aceptaste? ¿No te he dicho que con esa gente no hay que cruzarse, ni siquiera en la acera? Yo no uso esta porquería. Alejandrino, pon esto donde estaba. Me limpiaré la boca con los dedos. Estas pobres pueblerinas no entienden! No te preocupes por ellas,

entenderán cuando se rompan las narices. ¡Hablemos de otra cosa! —dijo entregándole la servilleta a su criado que la cogió con gesto compungido.

—¿Y vas a vivir en París? —le pregunté.

—Sí, después de lo que le sucedió a Paul, comprenderán que no tengo ninguna gana de volver a ese agujero. Una agencia recogió mis muebles y los transportó aquí. Alejandrino ha trotado como un caballo de carreras para encontrar un apartamento. Ya lo tenemos, aquí muy cerca, en la rue Bonaparte. Por fortuna es un primer piso... tienen que venir, Alejandrino está terminando de arreglarlo. ¡Dios mío, cuánto pesar, cuánto cambio, cuánta fatiga! Y todo sin saber por qué. ¿Se dan cuenta? Y quieren que me limpie la boca con esa servilleta asquerosa.

—Alejandrino, siéntese y tome usted un café, por favor —le dije al buen hombre que permanecía de pie.

—Si la señorita lo permite, lo tomaré en la cocina —contestó y se encaminó a la cocina.

Era un placer inesperado tenerlos a los dos. Le expliqué a Tommy la angustia que nos produjo su desaparición y la charla que tuve con el “jardinero” abajo de sus ventanas, junto al árbol. Tommy se echó a reír a grandes carcajadas.

—¡El jardinero!... ¡el jardinero...! —repitió ahogado por la risa—. Pero ¿todavía no sabes que es el sobrino de Paul? Gracias a él supe su dirección. Parece que la señorita Magdalena le escribió a Helmut, éste se lo comunicó al “jardinero” y él me llamó por teléfono para que las visitara... ¿Sabes, linda?, me siento un poco solo en esta ciudad. Casi todos mis amigos o han optado por morir o por vivir en Londres. Para mí Londres terminó. Allí sí que me sentiría desgraciado. Te daré un consejo: nunca regreses a un lugar donde has sido muy feliz. ¡Nunca!... ¡Ah!, pero se me olvidaba, el niño Helmut llega la semana que viene, quiere darte una sorpresa. ¡Qué mal gusto! Imagínate si te pesca antes de ir al peinador... Los alemanes tienen costumbres de aldeanos... ¿No les parece?

—¿Y sabes el día justo en que llega? —preguntó Magdalena.

—No, pero lo voy a investigar. ¡Yo odio esa clase de sorpresas! No te preocupes —dijo muy conciliador.

Salimos a comer con él y con Alejandrino. Me preocupaba la venida de Helmut. Cuando le aconsejé a Magdalena escribirle, olvidé que estaba casada. Ahora, según lo que decía Tommy, Helmut venía a pedir su mano, después llegaría la familia, ¿qué íbamos a decirles?

—Es muy buena idea que te cases. ¿Puedes explicarme lo que hacen solas y en París? Sólo deben vivir solas las Amazonas, pero ¿dos pueblerinas que parten el alma? ¡No! Eso se va a corregir en seguida. Ya se lo dije al jardinero... —y Tommy volvió a reír a carcajadas.

Era un consuelo tener a Tommy tan a la mano. Lo visitábamos casi todos los días, aunque para llegar a su casa tomábamos el Metro que nos llevaba al otro extremo de la ciudad y luego volvíamos haciendo varios cambios complicados, para que si algún amigo de Enrique nos seguía no sospechara que íbamos a la vuelta de la casa y nos perdiera la pista. Cuando recuerdo todas esas precauciones me felicito de haber conocido al profesor Novicki, con el que seguimos la amistad a pesar de las protestas de Tommy.

Helmut pasó tres días en París. ¡Qué días! Tuvimos que inventar una treta tras otra para evitar que Ida o Heinrich nos sorprendieran con él. Sobre todo Ida, que esa misma semana se presentó en la casa muy temprano, con el pretexto de planchar un traje que se le había arrugado mucho. Si Ida sospechaba la existencia de Helmut, Enrique nos caería en seguida encima. La noche de la llegada de Helmut, Corinne y su marido espionaron la calle desde su ventana. Al menor peligro, levantarían la cortina de su ventanita que daba al patio. No hubo alarma. Y Helmut y Magdalena pudieron platicar y cogerse de la mano con tranquilidad. Yo, con disimulo observaba la ventanita de Corinne. Alejandrino preparó una gran cena en su casa y trajo los manjares, los vinos y los postres además del servicio, los manteles y las servilletas. Durante la cena me levanté varias veces para ir a espiar por la ventana. Menos mal que Helmut estaba acostumbrado a mis ausencias y que la alegría de estar con Magdalena le impedía notar mi ir y venir constante. Se fue muy tarde. La cita próxima era en la mañana en la casa de Tommy. Decidimos que mientras menos frecuentara nuestra casa, más seguro era el romance. Magdalena bajó a abrirle el portón, después de mirar a la ventana de

Corinne. Apenas subió, se echó a reír y dio saltos de alegría.

—¡Nos vamos a escapar de Enrique! —repitió varias veces.

Ives y Corinne bajaron para abrazar a mi hermanita.

—¡No está mal! ¡Es un chico muy guapo! ¡Felicidades! ¡Qué diferencia con el otro! ¡Bah!, un marido así, no es marido, es un iobstáculo en la vida! —y aceptaron beber una copa de cognac.

El día difícil fue la tarde en la que Helmut muy solemne, de pie, en el salón de Tommy, anunció que quería casarse con mi hermanita y preguntó a quién debía dirigirse.

—A la hermana mayor. Ella tiene plenos poderes sobre su hermanita menor. Está a su cargo. ¿No te das cuenta?... —explicó Tommy al muchacho, que ruborizado me miraba fijamente.

No supe qué decir. Con la precisión de una película, vi la tarde en la que Luis María se presentó en mi casa a pedir la mano de doña Justa. Yo no estaba en la sala y no supe de lo que hablaron él y mi padre. “¡Otra bígama! ¿Qué dirá Rosa? Tanto que criticamos a Luis María y ahora hacemos lo mismo. “Bueno, lo mismo no, pues él estaba casado por la Iglesia con Raquel”... “¿Y si se aparece Enrique y nos mata a todos?”... “¿Qué hacemos?... ¿por qué se nos ocurrió casar a Magdalena?” Miré a Tommy que esperaba atento, claro, él ignoraba lo que había sucedido en la familia. Traté de reponerme del miedo que me había invadido. “¿No seremos unas hipócritas?”, me pregunté acongojada.

—Di algo, niña —me ordenó Tommy sintiéndose incómodo.

“¿De qué color irá vestida Magdalena? Doña Justa iba de negro porque era viuda, ¿pero mi hermanita qué color podía escoger?” “¡No hay color para las bígamas!”, pensé preocupada. Helmut esperaba de pie y Tommy tamborileaba con los dedos sobre el brazo de seda de su sillón.

—¿Yo?... yo digo que sí, ¿por qué no han de casarse? Bueno, si Magdalena no tiene nada que objetar... es decir, si está de acuerdo —contesté sudando frío.

Helmut, con los ojos brillantes de emoción, me dio un beso.

—¡Bravo, valiente! Ven a darme un beso a mí —me ordenó Tommy.

“Me llamó valiente”, me dije poseída por el orgullo. Tommy debía darse cuenta de mi situación. ¡No, no de mi situación! Debía pensar que me

dolía separarme de mi hermanita.

—Hoy mismo les telegrafío a mis padres, ellos vendrán la semana próxima a formalizar el matrimonio. Magdalena, ¿dónde quieres casarte, aquí o en Alemania? —preguntó Helmut.

—¡En Alemania! —gritamos las dos a la vez.

Alejandrino sirvió copas de champagne y brindamos por los novios. Puedo decir que fue un descanso el día que Helmut regresó a su país. ¡Un descanso! Qué manera de hablar. Corrimos a ver al abogado para que de alguna manera arreglara inmediatamente el divorcio. Nos explicó que eso era algo imposible, debíamos esperar el acta de nacimiento de Magdalena para iniciar el trámite de la anulación.

—¿Qué carajos vamos a hacer? Sus papás llegan la semana que entra —me dijo mi hermanita.

—No lo sé... —le dije con el estómago súbitamente frío.

—Hay que llamar por teléfono al imbécil de Roberto y a su compinche Paco para que envíen esa maldita acta de nacimiento —gritó Magdalena.

Con la diferencia de horas era difícil dar con ellos, de día andaban en la calle y aquí era de noche y de noche andaban de juerga. Teníamos que pillarlos a las seis de la mañana.

—¡Roberto!... Sí, soy Magdalena... Déjate de chistes... ¡Mándame mi acta de nacimiento si no quieres que termine en el bote! . Sí, en el mismo bote... ¡Ah!, qué alivio... qué alivio. ¿Estás seguro de que la mandaste anteayer? ¿Seguro, seguro?, o nada más seguro... Dices que segurísimo. Mira si me engañas... —dijo Magdalena en el teléfono y siguió charlando, pidió hablar con Paco, hablaba como si los primos estuvieran en la esquina. Se reía, les preguntó por las últimas películas, pues en París daban vejestorios—. No, no se preocupen por mis papás, están ¡muy bien!

Cuando al final decidió cortar la plática, se quedó triste.

—Oye, y si me caso con Helmut ¿no podré vivir en Chihuahua? ¡Caray, qué lástima, con lo que me divierto con esos dos! No creas, ellos también estaban tristes, no hacían sino preguntarme: “Güera, ¿cuándo te vienes?”...

Todos los días bajábamos dos veces a revisar el buzón. El acta no llegaba.

—¡Malditos, me engañaron! —decía mi hermanita al subir a la casa.

La llegada puntual de Heinrich se convirtió en una tarea pesada. No podíamos negarnos a recibirlo, era necesario actuar como si la vida continuara igual.

Algunas noches se quedó a cenar. Los temas de conversación se agotaban y decidí hablarle de Ida. ¿Era verdad que él se empeñaba en acostarse con ella, y que para impedirlo dijo que vendría a dormir a la casa y con ese motivo se llevó las llaves? Heinrich enrojeció, parecía enfadado.

—¿Eso les dijo?... ¡qué absurdo!

Nos miró largo rato, se diría que deseaba confiarnos algo, pero que no se decidía.

—Sí, eso me dijo a mí al oído —le contesté mirándolo con fijeza.

—Son tonterías inexplicables de esa chica. Es una megalómana. Al salir de aquí, nos despedimos, ella tenía cita con su amigo Gilles, yo me fui a mi hotel. Quise venir a visitarlas, porque me dieron curiosidad... perdonen...

—¿Su amigo Gilles? —preguntó Magdalena asombrada y le preguntó cómo era ese amigo de Ida.

—Creo que es un artista, no estoy seguro si es escultor —contestó Heinrich.

—¡Es increíble! ¡Qué hipócrita! —dijo Magdalena escandalizada.

—Ahora entiendo muchas cosas, muchas... —le dije a mi hermanita.

¿Sería posible que Ida estuviera de acuerdo con Gilles y con el notario para despojarnos del piso? Venía para enterarse de lo que ya sabía, que el señor Armaignac había amenazado al viejo usurero con una bomba si no nos devolvía las hipotecas. Para asustarnos nos amenazaba con su padre y con la OTAN.

—Es una alocada, se ha salido de su casa, vive en un hotelucho aquí cerca —nos dijo Heinrich, que se sentía ofendido por la mentira de Ida.

—¿Una alocada? ¡No lo creo! Más bien es una *listaza* —le dije al periodista.

—No me gustan sus maneras ni sus trampas. Aquí vino hace unas semanas a plancharse un traje —dijo Magdalena frunciendo la nariz en

señal de desprecio.

La hipocresía de Ida nos dio miedo. No debía sospechar la existencia de Helmut, lo primero que haría sería correr a buscar a Enrique. En verdad que la vida era un laberinto endemoniado. ¿Cómo era posible que Ida fuera tan amiga de Enrique y novia de Gilles?

—Habrás que buscar a Zita —le aconsejé a Magdalena cuando nos quedamos solas.

—¡Déjala! Ya aparecerá cuando ella tenga ganas —me contestó Magdalena.

Los padres de Helmut llegaron antes del acta de nacimiento de mi hermanita. Se instalaron en un hotel de la rue de Rivoli y para ir a visitarlos teníamos que hacer un sinfín de recorridos por el Metro. ¡Era una verdadera pesadilla! Frente a los padres del novio de mi hermanita la casada yo me sentía muy insegura. Olvidaba el francés y me dedicaba a recordar a doña Justa, a Luis María y a Raquel. Era increíble que ahora se repitiera el caso, pero éramos nosotras las tramposas. Con gran timidez, nos preguntaron por nuestros padres. Magdalena era más despejada que yo. “Están de viaje, pasan una temporada en los Estados Unidos.” ¡Dios mío, con qué facilidad inventó el paseo familiar!, pensé asustada. ¿Y cuántos hermanos éramos? “Cuatro: tres hermanas y un hermano”, contestó Magdalena, que por una vez no tuvo que decir una mentira. ¿Nosotras? Habíamos venido a Francia a perfeccionar el francés, pues mis abuelos paternos eran franceses. También queríamos llevar cursos de cocina para ser Cordon Bleu. A los padres de Helmut les pareció encantadora nuestra afición culinaria. Ambos se rieron satisfechos. La tarde que tomaron el té en la casa, Corinne faltó a su trabajo para cuidar la calle. Tommy envió a Alejandrino con el servicio de té y con las pastas, las mermeladas y los pastelillos. Alejandrino sirvió impecablemente bien. Yo atisbaba por la ventana la cortina de Corinne. Si se movía estábamos perdidas. No podíamos decirle a aquel matrimonio que subiera a esconderse en uno de los baños. El padre de Helmut era un gigantón muy guapo y la madre una señora gruesa, con los mismos ojos que su hijo. Quiero decir no sólo de color, sino favorables a Magdalena y a mí. No podía evitar sonreír al verme asomarme a la ventana. “Si supieras,

incauta”, pensaba yo, al volver a mi lugar. La imagen de doña Justa se interponía entre los padres de Helmut y yo. Estaba segura de que de un momento a otro iba a aparecer, a sentarse y a no moverse nunca más de la silla.

“¡Qué pesar tengo! Dios mío, que termine pronto este té, le rogaba a Dios.”

Los padres aceptaron que la boda se hiciera en Alemania y fijaron la fecha en seis semanas. “¡Ojalá que pueda venir alguno de tus padres!”, le dijeron a mi hermanita al despedirse. “Voy a cazarlos con telegramas”, contestó ella sonriendo. Es increíble la buena suerte que tienen los embusteros, me dije viendo a mi hermanita. Actuaba con toda tranquilidad y pensé que en esos momentos se había olvidado de Enrique, de sus amenazas, de Silverstein y del pobre Johnny..

—¿Cómo estuve? ¿Normal? ¿No se notaron mis mentiras? —me preguntó apenas habían desaparecido los padres de Helmut.

—¡Muy bien! ¡No se notó absolutamente nada! —le dije dando un largo suspiro de alivio.

—Tenemos seis semanas. ¡Seis! Desde mañana empezaremos a ver los trajes de novia. ¡Qué ilusión, casarse en una catedral gótica! ¿Te imaginas? Nadie de la familia lo ha hecho —y Magdalena empezó a dar saltos de alegría como era su costumbre y a masticar enormes trozos de chicle.

—Mañana no podemos dedicarnos a los trajes de novia. Mañana es la despedida en la casa de Tommy —le recordé.

—¡Qué lata tanta despedida! Cada día que pasa es un peligro mortal para nosotras —se quejó mi hermanita.

Cuando se marchó Alejandrino bajó Corinne.

—¡Buena pareja! Vas a ser muy dichosa —y besó a Magdalena en las mejillas. Todavía nos faltaba el día de mañana. Luego todo iría más fácil. Si el acta llegaba a tiempo, Billaud ya no tenía pretexto para alargar la anulación del matrimonio. ¡Mañana! Decían en mi casa que cada día traía sus pesares y sus alegrías. ¡Qué verdad! Al día siguiente, muy temprano nos llegó María Ema. Nos quedamos de piedra. Ella, al contrario, entró con tranquilidad, revisando la casa con aire de propietaria. Traía un

abrigo de peluche color morado y un bonete de la misma tela simulando un gorro ruso. ¡Carajo, qué mal gusto! El maquillaje iba de acuerdo con el color de su abrigo: ¡cargado! En París se había hecho más bajita. Nos saludó con displicencia.

—Mi tía Justita dice que puedo quedarme aquí unos días —anunció sentándose en el sofá.

—¿Eso dice tu tía Justita? ¿Y en dónde está tu tía? —le preguntó Magdalena con aire inquisitivo.

—¡Ay, tú! Pues ¿adónde ha de estar? En México. Éste es mi segundo viaje a París y como Quique le dijo a mi tía que ya te habías instalado aquí, pues ella me dijo que me viniera contigo, en lugar de andar en los hoteles —contestó con tranquilidad.

—¡Qué bien! Y ¿a qué viniste a París? —le dijo mi hermanita.

—Pues en parte a pasear y despedirme de mi vida de soltera y en parte a comprar mi *trousseau* porque me voy a casar. Creo que también va a venir mi mamá unos días para ayudarme en las compras —dijo mirándonos con sus ojos empastelados de rímel.

Un rayo no me hubiera hecho peor efecto. Sentí que me había caído en el centro de la cabeza y que yo era dos personas, y cada una de ellas quería correr en rumbos opuestos. “¡La culpa la tenemos Rosa y yo! La deberíamos haber liquidado”, me dije pensando en doña Justa. Ya había metido su enorme rabo en el asunto de mi hermanita. “¡Se acabó la boda en la catedral gótica!”, me dije desesperada. No pude decir nada. Lo único que se me ocurrió fue destazar a María Ema y luego con calma meterla en trozos en el horno y salir a tirarlos al río. Me obnubilé. Quise ir a la cocina, pero escuché a Magdalena:

—Óyeme, se me hace que no te vas a quedar en mi casa, aunque lo ordene tu tía Justita. ¿No sabes que Enrique y yo estamos separados? —le dijo con simpleza.

—¡Eso es lo de menos! —contestó María Ema.

—¿Pues vieras que es lo de más? Yo no tengo tratos con tu primo. Se me ocurre que debes irte a vivir a su piso.

—¿Al piso de Quique? ¿No te dije que también va a venir mi mamá?

—¿Olegaria? Pues no tengo ganas de verla. Ni ella a mí. Es mejor que te

vayas con Quique, él te adora y adora a Olegaria. Tú y yo no somos parientes. La situación sería muy... mala. Además, yo no sé nada de ropa de novia. ¿No ves que tu primo me sacó de mi casa? ¡Vete, vete, vete! —le dijo Magdalena sonando los dedos como las bailarinas de flamenco.

María Ema se puso de pie. Le temblaba la boca de ira. Nos miró largo rato y luego dijo:

—No creo que Quique esté de acuerdo contigo. Se lo voy a decir ahora mismo —amenazó.

Mi hermanita la acompañó a la puerta. “Comprende, es como si yo le colocara a tu primo a alguna de mis primas, ¿entiendes? Además, tu mamá y yo nos llevamos a patadas. Adiós, que te diviertas en las tiendas.”

Y mi hermanita cerró la puerta. Por la ventana vimos a María Ema cruzar el patio sucio, y salir a la calle.

—Esto sí que es iéramos pocos y parió la abuela! —gritó Magdalena dejándose caer en el sofá.

¿Qué demonios íbamos a hacer? A las cinco en punto de la tarde teníamos que estar en la casa de Tommy para despedir a los padres de Helmut. Lo mejor era arreglarse de una vez para irse a la calle. Enrique era capaz de llegar acompañado de su prima María Ema y entonces la boda de mi hermanita se iba a la porra. Febriles tomamos una ducha y nos vestimos con trajes de tarde. Nos pusimos las gabardinas forradas de *racoon*, llenamos los bolsos de mano con la crema limpiadora, los cepillos de dientes, la pasta dentífrica, el peine y los tubos de labios y nos fuimos a la calle. Cerramos bien las dos cerraduras nuevas. Eran apenas las doce del día. Teníamos que aguantar icinco horas! en la calle.

—¡Me lleva el tren con la espía esta!

—¡Malhaya sea la hora en que la parió su madre! —contestó Magdalena.

Dirían lo que quisieran en mi familia, pero las palabras estaban hechas para usarlas y en una circunstancia tan trágica, no era cosa de ser ni medida, ni comedida, ni decente. Menos mal que mis tíos no podían vernos ni oírnos.

Y sobre todo, ignorar la boda bígama de mi hermanita. Era el colmo que la idiota de la María Ema viniera a dar la lata con su traje de novia,

cuando nosotras debíamos ocuparnos del de Magdalena. Nos instalamos en un café cerca de la Place Monceau. Debíamos hacer tiempo.

—¡Qué falta de tino! ¿No se da cuenta la idiota de que nosotras estamos muy ocupadas en estos días? ¡Justamente en estos días! —comentó mi hermanita moviendo la cabeza con incredulidad.

—Oye, es que si yo veo a la Olegaria, me reconoce. ¡Tanto que la seguí con Rosa! Y mira, lo que son las cosas, ahora es ella la que nos sigue aquí. Me pregunto, ¿quién andará siguiendo a mis papás en Quebec?

—¡No seas burra! Nadie los sigue. No eches la sal —me dijo Magdalena.

La despedida de los padres de Helmut en la casa de Tommy fue perfecta. Tommy con sus canas, su delgadez y su conocimiento de Ascona, nos daba seriedad. Lo sentimos como de la familia.

—Sí, está muy bien que esta jovencita se case. Lo único que me pregunto es si no es demasiado joven... bueno, aunque pensando en Helmut, me parece que tiene la edad justa —les dijo a los padres del novio.

“¡Caray! ¿Qué Tommy no sabe que mi hermanita es casada?”, me dije y agregué, “se lo voy a preguntar”, para corregirme en seguida: “¡Qué barbaridades se me ocurren!” Cuando se despidieron los padres de Helmut, nos quedamos con Tommy. No teníamos ganas de volver a la casa y de encontrarnos con Enrique o con María Ema esperándonos en la acera. “¡Qué familia de tercos, indiscretos y...” preferí no decirme el calificativo. De la casa de Tommy nos fuimos a un cine. Pues mientras más tarde llegáramos, era más seguro que se hubieran ido los dos primos, que a lo mejor ni siquiera eran primos, pues a nosotras no nos constaba.

En el buzón encontramos el acta de nacimiento de Magdalena. Corrimos a ver al abogado. Debía resolver el divorcio en menos de seis semanas. El abogado nos contestó lo que no esperábamos:

—¿Seis semanas? ¡Imposible! Son muchos trámites, lo menos tendremos que esperar seis meses. ¡Lo menos! —y nos miró muy alegre, pues el plazo le parecía mínimo. Teníamos que llamarle a Inge a Nueva York, para que ella que era tan poderosa le ordenara al abogado Billaud que arreglara el asunto en un poco menos de seis semanas. Mi hermanita la llamó, estaba muy acongojada. “Inge, por favor, llámalo, para mí es

cuestión de vida o muerte.” Inge prometió llamar a Billaud esa misma tarde. Nos dormimos tranquilas. Al día siguiente podíamos entregarnos a la busca del traje de novia. Visitamos varias casas de alta costura. Los modelos eran idivinos! Valía la pena casarse para ponerse uno de aquellos trajes. Magdalena lo quería de satín de seda. Le colocaban la tela junto a la cara y el coro de señoras vestidas de negro, con collares de perlas al cuello se extasiaban:

—¡Qué exquisitez! ¡*Mademoiselle* tiene un cutis de concha nácar! ¡Qué maravilla!

Nos enseñaron todos los diseños, los velos, los azahares. Era un sueño, pero Magdalena no se decidía por ninguno.

—No sé, tú, Estefanía, piensa en la piedra gris de la catedral gótica. Tiene que ser algo que no desentone...

—Pues en gasa, se parece más a la piedra...

—¿Gasa en invierno? ¡Estás loca! Yo digo algo monjil, medieval...

Era una gran idea, mi hermanita tenía que decírsela a las señoras de la alta costura o a los señores, que nos recibían sonrientes. Uno de ellos le sacó un diseño ¡perfecto! Era casi un hábito monjil, de línea “purísima”, como nos dijo el diseñador. Magdalena se decidió por él. ¿Y la cabeza? Un tocado pequeño parecido también a la toca de una monja. Pero de atrás colgaba una lluvia de tul bordado, que llegaría justo hasta la orilla del traje, para evitar pajecillos. Me llegó el turno de escoger mi modelo, debía ser severo y elegante, puesto que yo iba de mamá. “¿Severo?”, preguntó el modisto mirándome con atención. “No, no, nada severo para una jovencita.” Él mismo me escogió un modelo azul agua de manga larga y falda amplia. Un gorrito hecho con cuentas me serviría de sombrero. A mí nunca me habían tomado las medidas, ni había ensayado un traje tantas veces, primero en tarlatana y luego en la seda ligera como la espuma del mar. Mi hermanita se hizo también dos trajes sastre y dos trajes de noche. Durante todo el día recorríamos las tiendas buscando guantes, faldas, blusas, mocasines y bonetes. Volvíamos rendidas a la casa. Los días corrían peligrosamente y el abogado, a pesar de las llamadas urgentes de Inge, no avanzaba en sus trámites. Era desesperante.

—En último caso no me importa. Me caso y luego que Billaud haga lo

necesario para deshacer el lío con Enrique —me confió Magdalena.

—Estás loca. ¿No sabes que el matrimonio es una institución? ¿Adónde llegaría la sociedad? La ley castiga la bigamia, acabarás en el bote —le dije repitiéndole lo que nos había dicho el profesor en la universidad.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué puritana eres y qué miedosa! Nunca se enterará Enrique —me aseguró mi hermanita.

—¿Nunca? Yo creo que ya está enterado. ¿No ves que siempre sabe todo lo que hacemos? —le dije asustada de su temeridad.

—¡Siempre se entera, pero esta vez no! Me late que esta vez me lo voy a madrugar. Y la boda por la iglesia es lo que cuenta —contestó confiada.

Helmut le escribía todos los días. “Es mono ¿verdad?”, comentaba Magdalena después de leer sus cartas para quedarse embebida mirando un punto fijo en el muro. A mí no me llegaba la camisa al cuerpo; mientras la ceremonia no terminara no estaría tranquila, esperando ver a Enrique llegar amenazador a interrumpir la boda de su mujer. “Raquel no llegó porque Justa y Luis María la dejaron baldada, pero éste anda vivo y coleando”, me repetía asustada ante lo que habíamos planeado Magdalena y yo. Menos mal que por la noche teníamos de centinelas a Ives y a Corinne. Pero en el día estábamos desarmadas y al alcance de su mano. Faltaba una semana para que saliéramos rumbo a Alemania y el abogado continuaba impasible, alargando la fecha de la anulación del matrimonio. “Haciendo trámites”, como nos decía. Empecé a desconfiar de él. ¿Y si Enrique lo hubiera buscado para comprarlo? ¡Estábamos perdidas! Por las noches me despertaba sobresaltada, me parecía que desde la oscuridad los muros blancos me hacían muecas. “¡Ah, te crees muy lista, pero estás cogida en la trampa!” Se me ocurrían toda clase de tretas para anular al marido de mi hermanita, pero a la luz del día se convertían en disparates. ¿Por qué de noche las cosas cambiaban de sentido? Lo que de día resultaba una banalidad por la noche se convertía en un peligro irremediable y, al contrario, lo que de noche parecía lógico y factible de día era simplemente una estupidez. Existían dos lógicas, dos verdades, dos situaciones opuestas: una nocturna que impedía conciliar el sueño y otra diurna fácil y casi placentera en donde todo era factible. “No hay que dormirse. El mundo se convierte en peligros atroces e

inminentes”, resolví. Pero al amanecer el sueño me vencía para llevarme a las regiones peligrosas en las que no había escapatoria. ¡Y los sueños! Era peor soñar. Un sueño misterioso me dejó preocupada. Yo me encontraba en una habitación oscura, parecida a la cocina de mi casa, sólo que ésta se hallaba colocada en un cuarto piso. De pronto veía que un rayito de luz azul, como si estuviera proyectado por una cámara cinematográfica, partía de la ventana hasta un muro construido enfrente. La luz era intensa, como si fuera gas neón. Distinguía con claridad que el Soldadito, el gato preferido de Magdalena, se subía a la ventana y me miraba con ojos muy brillantes. “Soldadito, ibájate, te vas a caer!”, le gritaba yo. El Soldadito me volvía a mirar y corría hacia el rayo azul, se paraba en él y como un equilibrista cruzaba el vacío caminando sobre el hilo de luz. Asustada de perderlo, también yo corría para treparme a la ventana y caminar sobre el rayo de luz para alcanzarlo. Todo estaba muy oscuro. Yo caminaba sin miedo, sobre la luz, que de pronto no llevaba al muro sino a una callecita estrecha y adoquinada, en la que acababa de llover. La calle era en curva pronunciada y en la curva se levantaban las rejas altísimas de una mansión. Soldadito corría hacia allí y entraba en la casa, pues la reja estaba abierta ligeramente. Yo entraba tras él y mis pies sintieron la grava roja que pisaba. La casa enorme se levantaba frente a mí. Su entrada imponente se hallaba entreabierta y sobre los escalones de mármol de la terraza minúscula que daba a la puerta de entrada se hallaban don Perfecto y doña Putrefacta. Dos figuras enormes y solemnes, parecidas a las piezas de ajedrez, pero envueltas en capas negras que les llegaban hasta los pies. Doña Putrefacta y Don Perfecto llevaban pelucas blancas y rizadas. Desde su altura me miraban con ironía. El Soldadito se detenía en su carrera junto a ellos y de pronto, cuando yo lo iba a agarrar ante la mirada despectiva de los dos personajes, se introducía en la casa. Yo corrí tras él. Me encontré en un vestíbulo enorme de forma heptagonal, con el piso de mármol a cuadros blancos y negros. El Soldadito se acurrucaba en una esquina y me miraba asustado. De repente don Perfecto y doña Putrefacta se encontraban allí también y la puerta de entrada se había cerrado. Yo empezaba a suplicarles: “Don Perfecto, doña Putrefacta, yo sólo quiero recoger a mi

gatito, es decir el de mi hermanita Magdalena, el muy majadero se vino a esconder aquí”. Los personajes fingían no escucharme, el Soldadito se venía a mi lado, lo levantaba del suelo y estaba temblando, igual que yo, que renovaba la súplica, pues no hallaba la manera de escapar de aquel vestíbulo de mármol blanco y negro. “Salsipuedes” “Salsipuedes”, repetían de cuando en cuando los personajes gigantescos que me miraban desde su altura al repetirme la palabra “¡Salsipuedes!” Me senté en la cama y miré en torno mío, no, no estaba en aquel vestíbulo siniestro e imponente, ni don Perfecto ni doña Putrefacta se hallaban a mi lado. Sin embargo su presencia se hallaba muy cerca. Vi dormir a Magdalena. Soldadito estaba con Rosa en Quebec. Mi hermana en su última carta me daba detalles de la vida del gatito en el extranjero y yo estaba despierta y sudando frío en aquel cuarto enorme de muros fríos. Me convenció de que no saldríamos con bien de la aventura de la boda de Magdalena con Helmut. Estuve preocupada toda la mañana. Mi hermanita se echó a reír cuando le relaté mi sueño y comprendí que el poder de los sueños es intransferible, pues al traducirlos en palabras se disuelve su efluvio misterioso, están fuera de la dimensión del lenguaje hablado.

Por la tarde fuimos a la casa de modas a probarnos los trajes para la boda. En la avenida Matignon, de pronto se detuvo un coche *sport* abierto de color rojo, que piloteaba una mujer elegantemente vestida:

—¡Magdalena!... ¡Estefanía!... —nos gritaron desde el automóvil.

Nos costó trabajo reconocer a aquella morena envuelta en un elegante abrigo de pieles y un sombrero estilo Renacimiento italiano, en fieltro marrón claro con borde de piel. La mujer se reía al ver nuestra confusión. Agitaba la mano y nos llamaba con gestos sorprendidos. Detuvo el coche y volvió a llamarnos por nuestros nombres. Nos acercamos, para descubrir, no sin sorpresa, que la elegante joven era nada menos que Zita.

—¿Zita?... ¡Zita!... ¿eres tú? ¡Es increíble! ¡Qué elegante, qué guapa estás! Le dijimos asombradas a nuestra amiga, que aceptaba los elogios sin dar explicaciones sobre su actual bonanza. Nos invitó a montar en su automóvil y corrimos por la ciudad levantando la admiración de muchos automovilistas, que nos invitaban a bajar para tomar una copa en alguno de los bares abiertos y concurridos a esa hora por las personas elegantes.

Zita nos llevó a un restaurante en el Bosque de Boulogne. Sentadas frente a una mesita redonda, Zita se despojó de sus guantes, los colocó con cuidado sobre el mantel, apoyó la barbilla sobre sus dedos entrelazados y nos miró sonriente.

—Y ¿qué han hecho? Hace tanto tiempo que no nos hemos visto —suspiró.

—¡Nada!... Volvimos de Ascona y hemos andado por aquí, no hemos visto a Gilles, a pesar de que lo hemos llamado muchas veces.

Zita hizo un gesto de disgusto.

—¡Los hombres! Son muy buenos mientras te necesitan. ¿No sabes que anda metido con una “artista”? Bueno, una niña que pretende serlo. ¡Pobre ridícula! Y pobre Gilles... yo sé que a la que quiere es a mí, pero es tan débil que se dejó deslumbrar por esa tonta. Y ¿tu marido sigue jugando a todas las cartas? Se está equivocando... cualquiera puede vengarse, ¿no lo crees? Se toma por demasiado listo, por ambición ha querido dividir a todos y convertirse en la cabeza de un monopolio... —dijo como si hablara para ella misma.

—Sí, es muy ambicioso —dijo Magdalena pensativa.

—Pero tú no estás de acuerdo, ¿verdad? Cuando se hace un trato, se cumple y no se juega con sus socios. ¡Él quiere todo, todo! Y eso no es posible.

—No... —dijo Magdalena, que hubiera deseado preguntarle a Zita qué cosa era “todo”.

Recordé Ascona y pensé en el contrabandista muerto; de alguna manera Enrique debía estar relacionado con aquella muerte. Ya fuera porque él mismo lo hubiera mandado liquidar para librarse de su competencia o, bien, el muerto era socio suyo y los otros lo habían mandado matar. La elegancia de Zita me obligó a guardar silencio, era evidente que ella estaba entre algunos que reprobaban la ambición de Enrique y la conversación la orientaba hacia terrenos peligrosos. “Tal vez quiere que le pasemos su mensaje a Enrique”, me dije mirándola hasta el fondo de los ojos.

—Y ¿a que sé dedica Enrique? —pregunté sin darle mucha importancia a mis palabras.

—¡Ya lo sabes!, a la importación y a la exportación... aunque sus actividades molesten a ciertas personas.

—¡Es un idiota! No sabe lo que hace —dijo mi hermanita convencida.

—¡Ah, no! Sabe muy bien lo que hace. Cualquiera imbécil se da cuenta de cuando traiciona. No es un niño de teta. Magdalena, tú lo conoces, sabes que se da cuenta de que juega con fuego. Por eso viaja tanto, se mueve sin cesar para dejar pistas falsas. Ahora no está en París, ¿verdad?

—No lo sé, hace tiempo que no lo veo —contestó Magdalena asustada.

Zita bebió su martini, sonrió y le acarició una mano.

—Todo esto es muy desagradable. ¡Muy desagradable! —afirmó con voz de circunstancias.

—Y ¿tú qué haces? Te encuentro muy elegante... —le dije.

—¿Tú crees? —contestó satisfecha.

Era increíble verla en aquel lugar de escogidos, vestida con ropas finísimas, perfumada con las esencias más caras, con un automóvil de lujo a la puerta. “¿Cómo te hiciste tan rica en tan poco tiempo? o ¿tal vez jugabas antes a la pobre?”, me pregunté asombrada. Recordé a su amigo Pinsent...

—¿Oye, Zita, y el tráfico de armas da mucho dinero? —le pregunté a bocajarro.

Zita pareció muy sorprendida, se puso nerviosa, se miró las manos y sonrió complacida.

—Esas palabras debes olvidarlas. ¿Por qué me haces una pregunta tan extravagante?.

—No lo sé, se me ocurrió de pronto, se dicen tantas cosas sobre... —iba a decir Enrique, pero preferí callar, pues a nuestra amiga le había disgustado mi pregunta.

—No te había visto desde Ascona. Te me perdiste en aquel balcón de la montaña, ¿te acuerdas? —le reprochó Magdalena.

—Perdona, estaba muy ocupada con unos amigos. Después en París no he tenido un momento de reposo. ¡Es terrible! ¿No sabes que me he convertido en una mujer de negocios? —y Zita se echó a reír a grandes carcajadas.

La conversación con ella se había vuelto difícil. Casi era mejor volver a

hablar de Gilles, tema que parecía incomodarla menos que el de Enrique o el de su súbita riqueza. Nos confió el nombre de su rival con desprecio, la niña tonta se llamaba Ida. Magdalena declaró que era muy amiga suya, pero que también ella estaba disgustada con su conducta. Le contó la anécdota de las llaves y Zita la calificó de “¡inadmisible!” No tuve valor para preguntarle si estaba enterada del asunto de la caja negra. Temí que estuviera enterada y que evadiera la respuesta. Ya no me inspiraba confianza, los amigos se habían convertido en terrenos resbaladizos. Magdalena y yo estábamos fuera de su juego, no nos consideraban gente seria, digna de depositarnos su confianza. Era preferible hablar de futilidades, escuchar sus palabras afectuosas y recibir sus sonrisas, mientras nos acariciaba la mano con la mirada medio dormida. Nos depositó en la puerta de la casa, nos besó y prometió venir a vernos en unos cuantos días.

—Si ves a Enrique dile que deje de hacer el idiota. Ya es tiempo de que aclare su juego —le dijo a Magdalena como despedida.

Por su culpa perdimos las pruebas en la casa de modas. Era imposible confesarle que Magdalena iba a ensayar su traje de novia y que yo me probaría el de la “madre” de mi hermanita.

—¡Cuánta complicación! ¿Entendiste algo de lo que nos dijo sobre Enrique? —me preguntó Magdalena.

Le dije lo que pensaba, que Enrique era socio de ellos y de otros grupos a los que intentaba quitarles las ventas o las compras de algo, por ejemplo, armas. Las dos nos quedamos pensativas, ¡con tal de que no creyeran que estábamos enteradas de sus asuntos! “Hiciste mal en preguntarle si la venta de armas daba mucho dinero. ¿No la ves a ella? Hace unos meses andaba sin un centavo y ahora...”, dijo mi hermanita contrariada. Sí, había hecho mal, pero con esa gente tan complicada perdía el tino, hubiera deseado que hablaran con claridad, me sentiría más segura.

—¡Con claridad! Estás loca. ¿Cómo te va a confesar que ella anda metida en ese negocio? ¡Eso no lo hace nadie! Son negocios clandestinos —aseguró mi hermanita con aire molesto.

En realidad tenía miedo. Lo mejor que nos podía ocurrir era abandonar

París lo más pronto posible. Todos los amigos andaban metidos en complots, en negocios subversivos y en actividades peligrosas. Nosotras no teníamos nada que hacer en ese medio, sino vivir aterrorizadas. “La cuerda se revienta por lo más delgado”, dijo mi hermanita. La llegada de Heinrich nos contrarió. No teníamos nada que decirle. ¡Ay, si hubiéramos podido confiarnos en alguien!

No olvidábamos que Heinrich apareció con Ida, ni que Ida vivía ahora con Gilles y que éste nos había vendido el piso hipotecado, lo que lo convertía en candidato para ser autor de la caja negra. ¿Qué mejor manera de deshacerse de nosotras y recuperar el piso en la subasta? Heinrich se dio cuenta de que su presencia era inoportuna, permaneció unos minutos y desapareció. Cuando se hubo ido tuvimos la seguridad de que también él estaba angustiado y que también él buscaba un confidente. Habíamos hecho mal en despedirlo con tanta frialdad. Pero pronto se castiga el egoísmo, pues a los pocos minutos vimos que la cortinilla de Corinne acababa de ser levantada. “¿Qué pasará?”, nos preguntamos asustadas. La campanilla de la puerta nos dio la respuesta. A través de la rejilla y en medio de la oscuridad del pasillo vimos el rostro de Enrique.

—¡No abras! —me ordenó asustada Magdalena.

La campanilla insistió con fuerza. Después la voz en sordina de Enrique nos llegó a través de la mirilla. “¡Abre, Magdalena!... ¡Abre, tengo algo importante que decirte!”, repitió una y otra vez. No parecía dispuesto a marcharse.

Recordamos la noche en que fuimos a pedirle auxilio y nos dejó en la escalera. Esa noche los diarios anunciaban el arresto de Frascatti, que después, de acuerdo con los diarios, no se llamaba Frascatti, sino que era uno de los nombres que utilizaba en la clandestinidad. Cuando leímos eso, pensamos que por eso había abandonado toda su documentación falsa, los demás documentos en realidad no eran tan importantes, puesto que no iban firmados. Lo único verdaderamente grave eran las cartas de Armaignac y las cartas de Chantal, que iban firmadas con otro nombre. Como yo recogí sus fotos, tampoco era probable que la hubieran identificado como su amante, sólo si era su mujer, Chantal correría

peligro. Las otras cartas, no sabíamos a quiénes pertenecían. En cuanto a “Albatros”, el periódico decía que era el nombre cifrado que usaba la OAS para nombrar a la policía. Sin embargo, sólo el recuerdo de aquellos días atroces volvía a llenarnos de terror y Enrique se había negado a socorrernos. Ahora le había llegado el turno de pedirnos socorro y continuaba pegado a la mirilla llamando a Magdalena.

—¡Ábrele! Después de todo es una falta de caridad y no quiero irme al infierno. Las almas se pierden por menos que esto —me ordenó Magdalena.

Enrique entró lívido, como un huracán, corrió por la habitación, miró a mi hermanita y le ordenó con voz temblorosa:

—¡Magdalena!, coge tus cosas, nos vamos a Suiza.

—¿A Suiza?... ¡No! No voy...

—¿Que no vienes? ¡Eso lo vamos a ver! o coges tus cosas o te vienes tal como estás. Allá te compraré ropa —dijo tomándola por la muñeca con fuerzas.

—Ni con ropa ni sin ropa voy. ¡Eres un traidor! Te abrí porque me diste pena y soy cristiana... —le respondió forcejeando con él.

Me interpuse entre los dos.

—Enrique, deja a Magdalena o doy de gritos. Aquí no estamos en México...

—¡Cállate, imbécil! ¿Qué quieres decir con eso de que aquí no estamos en México? ¡Pendeja! El mundo entero es México, Magdalena es imi mujer! ¿No te has enterado?

Magdalena se soltó de su mano y huyó al fondo de la habitación.

—Pediré auxilio, les diré a los amigos que te la llevaste a Suiza a la fuerza, hoy Zita nos dijo que eras un imbécil...

—¿Quién te dijo eso?... —preguntó Enrique cambiando de tono.

—¡Zita! Ella dice que eres un imbécil, que por ambición te has echado encima a todos tus amigos.

—¡Cállate!... no, no te calles. Dime, ¿qué más te dijo? —preguntó súbitamente interesado.

—Pues eso, que querías dividir a todo el mundo y que te iba a ir mal...

Enrique dio varios paseos por la habitación, se detuvo a verse en un

espejo de los que llaman “Bruja”, que colgaba de un listón de terciopelo verde. Le divirtió contemplarse deformado dentro del espacio redondo y brillante del espejo que reflejaba a la habitación entera en minúsculo, se rió sin ganas y dijo:

—Tal vez Magdalena tiene razón, es mejor no ir a Suiza ahora mismo. Me quedaré a dormir aquí y mañana veremos... —dijo Enrique sentándose en el sofá con aire preocupado.

Por la ventana vimos que la cortinilla de Corinne continuaba levantada. Magdalena y yo no supimos qué decir. Subí a la segunda planta bajo el pretexto de arreglar una cama donde pasara la noche Enrique. Abrí con sigilo la puerta que daba al pasillo y salí en busca de Corinne. Arañé su puerta, Ives me recibió con señas de no hablar y me llevó a la ventana que daba a la calle. Allí estaba Corinne observando un automóvil de lujo en el que esperaba un hombre canoso. “¡Silverstein!”, me dije al verlo. El hombre se asomaba a cada instante para observar el portón, esperando la salida de alguien.

Corinne me dijo en voz muy baja:

—Viene con él... estuvieron hablando un rato.

—Gracias —murmuré y volví corriendo de puntillas hasta la puerta que había dejado entornada. Bajé la escalera de caracol y sorprendí a Enrique discutiendo con mi hermanita, que tenía un gesto decidido y frío.

—Hemos pensado que es mejor que Enrique no duerma aquí —dijo Magdalena.

—Eso lo has pensado tú. Yo sólo necesito ir ahora mismo a hacer algo urgente y volveré enseguida. No tardaré más de dos horas, debo hablar con el bueno de Uribe, él conoce el medio mejor que yo y necesito su consejo.

—¡Tú fíate de Uribe! Es un Judas, ya sé que lo adoras...

Enrique soltó una carcajada sonora.

—¡Rencorosa! No le perdonas al pobre que no haya perdido su pellejo por tus amigos de la OAS. ¡Mira, él no te guarda rencor! Él fue quien me dijo que no te deje sola, que te lleve a Suiza. Y tú, ¿cómo le pagas? Dame la llave del portón para que no te molestes en bajar a abrir.

—¡No te doy la llave! Yo bajaré.

—¡Desconfiada! —le contestó. Se dirigió a la puerta y antes de salir repitió: “¡Dos horas!”

—¡Me va a arruinar la vida otra vez! No sé qué demonios se trae y la pagana seré yo otra vez. ¿Cuántos días faltan para que nos vayamos a Alemania?...

—Cuatro días...

—¿Sabes lo que me dijo? Que gracias a tus palabras había cambiado de idea y que en lugar de irnos a Suiza, nos iríamos a Alemania... ¿qué opinas?

—No opino nada... Ya no quiero oír tus historias y las de ese monstruo... —contesté malhumorada.

—Yo opino que no hay que abrir. Sube y dile a Corinne que si arma un escándalo llame a la policía...

Subí desalentada a cumplir con mi misión. Al volver encontré a Magdalena muy agitada. Había tenido miedo durante mi corta ausencia. Se sentía atrapada en una ratonera. No entendía para qué la necesitaba su marido o ex marido. ¿Se la querría llevar en prendas o simplemente trataba de deshacerse de ella? La presencia de Silverstein en el coche no era nada tranquilizadora. Nos refugiamos en la última habitación, después de haber apagado las luces y esperamos la vuelta de Enrique. Pasaron más de dos horas. “Ya no vino” opinó Magdalena con alivio.

—No sé. No me fío de él —le contesté.

A las cuatro de la mañana todavía no había vuelto. Tampoco a las seis ni a las ocho. Nos había privado de dormir por un capricho. Era un torturador nato.

—Ése se escapó anoche —dijo Magdalena a las diez de la mañana. A las dos de la tarde salimos a comer en un café vecino. Debíamos ir al modisto, pero el cansancio nos hacía dudar. “¡Vamos!”, decidió mi hermanita, si no lo hacíamos, los trajes nunca estarían listos. La prueba nos dejó aniquiladas, creíamos que íbamos a caernos dormidas sobre las operarias que ajustaban, ponían y quitaban alfileres, nos hacían girar y se felicitaban de tener a modelos tan fáciles de vestir. Pero ninguna palabra nos devolvía las ganas de reír, ni el entusiasmo ante la hermosura de los trajes. Pesaba sobre nosotras una losa. No sólo era sueño, sino un

presentimiento certero de algo mal que nos sucedía sin que fuéramos capaces de verlo o de adivinarlo. No quisimos volver a la casa. Decidimos visitar a Tommy. También él venía a Alemania con nosotras, era el padrino de Magdalena. Lo encontramos tumbado en su diván, quejándose de su cansancio moral. Era verdad, Tommy siempre estaba tan cansado que era incapaz de estirar la mano para coger su taza de café. Alejandrino se ocupaba en dársela.

—¡Niñas, niñas! No sé por qué acepté hacer ese viaje a Alemania, estoy ¡muerto! Y nada de lo que ocurre en este mundo sirve para animarme, el mundo está asqueroso... Aunque de vez en cuando tiene uno algunas compensaciones, como la de hoy. Por una vez que las bombas matan a un canalla... ¡Miren a este sinvergüenza! Sus amigos le hicieron sus cuentas... —y nos tendió un periódico de la tarde que nos hizo palidecer y casi desmayarnos.

En la portada, en una esquina de abajo venía la foto de Enrique recortada en un cuadrado. Junto a ella la fotografía de un coche destrozado. Escuchamos decir a Tommy: “Dos pillastres menos”... y agregó, después de unos minutos, “Le pusieron una bomba en su coche y él y su socio ¡volaron! Parece que eran dos pájaros de cuidado”.

Magdalena fingió interesarse en la lectura, pero vi que era incapaz de leer nada. Le arrebaté el periódico para que Tommy no notara su temblor. Tampoco yo pude leer la noticia, las letras saltaban enfrente de mis ojos, sólo pude repetir como una autómatas: “¡Qué barbaridad!... tienes razón, qué mundo terrible”. Era necesario impedir que Tommy sospechara que se trataba del marido de mi hermanita. Él ignoraba que era casada.

—Tommy, nos vamos, la prueba en el modisto nos dejó rendidas —le dije y arrastré a Magdalena fuera de su apartamento perfumado.

Llegamos a la casa dando tumbos. Nos dejamos caer en las camas, de pronto yo me eché a reír y a reír y a reír.

—¡Magdalena!, eres viuda. ¿Te acuerdas de mis tías? ¡Qué razón tenían!

—¿Viuda? ¿Yo, viuda? —repitió incrédula.

Magdalena no se había dado cuenta de la lotería que le había caído

encima. La dignidad que da la viudez la hizo incorporarse en la cama con seriedad.

—Es verdad... ¡soy viuda! —dijo y también ella se echó a reír y a reír y a reír. ¡Era un milagro! Dios la había liberado... La campanilla de la puerta nos cortó la risa. Corrimos a ver a través de la mirilla para encontrarnos con la cara mofletuda de María Ema. Mi hermanita le abrió enseguida.

—¿Ya estás enterada de la tragedia? Vine a buscarte a las tres de la tarde, después de que hablé con mi pobre tía Justita.

—Sí, lo acabo de saber —contestó Magdalena con aire de sufrimiento, imitando los ademanes de viuda de doña Justa.

—Tú no te ocupes de nada. Uribe está arreglando todo... él cenó anoche con el pobre Quique, al salir, cada uno tomó su automóvil, bueno, ya sabes el resto... —dijo María Ema con lágrimas en los ojos.

—Entonces, ¿quién era el otro... quiero decir la otra víctima? —preguntó mi hermanita con los ojos bajos.

—¡El pobre Silverstein!... ¡tan fiel! Siempre tan fiel... Mi tía Justita no desea ningún escándalo, quiere que todo pase inadvertido. Uribe acompañará al pobre Quique y a nosotras dos... Como habrás visto salió con nombre supuesto en los periódicos, gracias a Uribe. No es cosa de que ahora alguien trate de echarle lodo...

—Tienes razón —dijo Magdalena con un hilo de voz.

Nosotras no pudimos leer la noticia, sólo vimos la foto del “pobre Quique”.

—Mi tía Justita quiere que llegues a México vestida de manera adecuada, es decir de riguroso luto, para asistir al sepelio que ella misma va a organizar, con lo mejor de lo mejor. Aquí no te muevas ni digas nada. Yo llevaré mis ropas de luto en un maletín de mano. Haz tú lo mismo, al llegar allá nos cambiamos en el avión. Uribe dice que saldremos en cuatro días...

—Cuatro días... y aquí ¿quién se va a encargar de los negocios del pobre Quique? ¡Eran su vida! —preguntó Magdalena con voz y gesto trágico.

—Uribe y mi tía Justita. Nosotras ya no regresamos a París. Bueno, yo por el momento, me caso, ¿sabes? Volveré con mi marido si mi tía lo asocia... la pobre me lo dijo hoy, pero estaba ¡tan deshecha!...

Con solemnidad me dirigí a la cocina a preparar un café para la prima y la viuda de la víctima. Volví al salón con la bandeja servida.

—¡Qué tragedia!... —dijo María Ema.

Mi hermanita inclinó la cabeza en señal de duelo. María Ema se quedó hasta muy tarde. La acompañamos a su hotel en un taxi, nos besó en las mejillas y nos dijo:

—Gracias, primas.

Volvíamos a no dormir. ¿Cómo escapar de Uribe? El hombre iba a poner todo su empeño en meter a Magdalena en el avión. No estaríamos libres hasta que la doliente María Ema y Uribe se hubieran alejado de París con los despojos del “pobre Quique”.

—¡Qué estúpida es Justa! Está clarísimo que fue Uribe el que mandó poner la bomba en el coche de Enrique —me dijo Magdalena.

—El viejo ese es el que maneja todo, también fue él quien nos puso la caja negra, se ve que engañaba al señor Armaignac o a alguno de sus amigos. Te acuerdas que nos preguntó: “¿Y dinero no encontraron?”, creo que fue el peor momento. Seguramente le habían dado dinero para algo y él se lo robó y cogió la caja, le calentó la cabeza al imbécil de Silverstein y lo mandó aquí. Si no es así, el misterio de la caja sigue en pie...

—Es verdad. ¡Qué estúpida soy! Enrique debe haberse asustado cuando le dijiste lo de Zita y fue a consultarlo con él... ¡Pobre estúpido, siempre lo manejó ese viejo! ¿Sabes que lo tenía apantallado con sus elegancias? Según él, era el rey de París. Lo sabía y lo podía todo. por eso lo enredaba y jugaba a todas las barajas, como dijo Zita. Algún día sabremos que Uribe salió antes del restaurante, pero ahora no nos podemos mover. Él llamó a Luis como venganza porque lo llamé desde la casa de Armaignac. ¡Dios mío!, he estado ciega... —dijo mi hermanita golpeándose la cabeza con las manos.

—Y ¿ahora qué? ¿Te vas a ir con ellos en el avión? Te advierto que la vieja no te va a dejar salir nunca —le advertí.

—¡Estás loca! ¿Cómo me voy a dejar llevar al matadero? Hay que inventar algo, ¡pronto! —gritó mi hermanita angustiada.

¿Qué podía ocurrirle a una viuda joven que recibe un choque nervioso tan fuerte? ¡Enfermarse! Era inútil, la sacarían en camilla. ¿Y Helmut? Lo

más urgente era avisarle que por motivos de salud pospusiera la boda unos cuantos días. Corrí a ponerle un telegrama. Decidimos que mi hermanita debía enfermarse poco a poco. Subí a pedirle a Corinne unas pastillas de dormir y Magdalena se tomó dos que la dejaron noqueada. Cuando llegó María Ema de visita, la pasé a su habitación y le dije compungida y a punto de echarme a llorar de miedo:

—¡Mírala! Así está, el choque fue muy fuerte... ella siempre fue muy nerviosa, no logro despertarla... dicen que el sueño es una defensa. Anoche estuvo delirando...

María Ema le tomó el pulso. ¡La bruja sabía tomar el pulso! La miré horrorizada.

—Está muy tenue... tiene la presión muy baja —dijo preocupada.

Durante dos días más, mi hermanita se tragó las pastillas de dormir. María Ema me aconsejó llamar a un doctor para que le diera un tratamiento y estuviera en condiciones de tomar el avión. Estuve de acuerdo. La víspera del viaje, por la tarde, nos subimos a la casa de Corinne y dejamos un papel pegado en la puerta escrito por mí. “Búscame. Estamos en la clínica.” Lo pusimos al oscurecer, a la hora que ella llegaba. Nos latía el corazón con tanta fuerza, que creímos que nos íbamos a morir. La cabeza la tenía llena de ventarrones de aire helado que me ensordecían. ¡Qué angustia! Corinne, desde su ventana, la vio llegar en un automóvil nuevo. Venía acompañada por Uribe. ¡La hipócrita! La vimos bajar muy agitada, con el papel en la mano. Se metió en el coche y tardaron mucho tiempo en irse, seguramente estaban deliberando cómo encontrar la clínica, ya que yo no puse el nombre. Cuando se fueron, Corinne nos dio una taza de una bebida calmante. Estuvimos allí hasta que supimos que el avión había despegado. Llamamos al hotel de María Ema, nos dijeron que se había marchado. En la casa de Uribe nos contestaron lo mismo. Había que actuar con rapidez. ¿Con rapidez? Se nos había olvidado que en su pasaporte mi hermanita aparecía como casada. Fuimos a pedirle auxilio a Billaud para que le consiguiera un pasaporte sin la funesta palabra viuda. El abogado se armó del acta de matrimonio y de la de nacimiento, así como de todos los papeles referentes al divorcio y a la anulación del matrimonio, ya que éste

nunca fue legal, sino fraudulento. Lo cual era un verdadero escándalo. Billaud, con sus maneras elegantes, sus palabras amables y amenazadoras, obtuvo un pasaporte para mi hermanita, que decía simplemente: soltera. ¡Era lo menos que se podía hacer por una criatura que había vivido aterrorizada por un gángster, cuyo recuerdo debía ser borrado de su vida, ya que todavía ni siquiera cumplía los veinte años!

—¡Mi cliente no tiene ni siquiera veinte años! —gritó el abogado varias veces.

—En efecto, todo esto es muy irregular...

Cuando Magdalena se vio con el nuevo pasaporte en la mano, exclamó:

—¡Volví a nacer!

Unos días después salimos rumbo a Alemania acompañadas de Tommy y de Alejandrino, que también se habían comprado camisas, corbatas y botas para la nieve. Los cuatro nos alojamos en el mismo hotel. No aceptamos vivir en la enorme casa de Helmut. El día de la boda, Tommy dirigió a los peinadores, a las manicuristas y al modisto que vino a colocarle el tocado y el velo bordado. Alejandrino atendía a los expertos ofreciéndoles copas de champagne y pastelillos blancos. Al final, radiante de blancura e incrédula ante la inminencia de su boda apareció mi hermanita, ante los ojos admirativos de Tommy.

—¡Algo azul! —gritó Tommy.

Nadie tenía algo azul. Fingió enfadarse para luego sacar del bolsillo de su jacquet un lacito menudo de satín de seda, para que Magdalena se lo prendiera en la enagua ligera que iba abajo del vestido.

—¡Ay!, criatura, si alguna vez hubiera sido yo la novia, te aseguro que no hubiera estado tan bonito como tú... ¡y que nadie diga que no fui guapísimo!

Ahora sólo puedo decir que si la boda de Hortensita fue preciosa y yo me la perdí, la boda de mi hermanita Magdalena está más allá de lo que se puede imaginar. ¡Qué iglesia! De piedra por fuera y por dentro, con tumbas de caballeros con la espada sobre el pecho. ¡Qué tumbas!, así vale la pena que la entierren a una. Me quedé deslumbrada. Nunca había visto nada tan severo ni tan glorioso, puedo decir que mi hermanita que amaba tanto la historia se casó en una catedral más antigua y más histórica que

la casa de Marat, de ingrata memoria. Helmut no era protestante, gracias a Dios. Rosa, en su relación de la boda de Hortensita, me contó que nadie veía a Gustavo. A Helmut sí lo veíamos por guapo, el que no veía a nadie más que a Magdalena era él. ¡Qué gran amor! Mil veces he recordado a esos dos novios, al bosque de cirios, a los padres de Helmut, a su hermanos, a su familia, a los invitados, a Tommy y al incienso que subía en nubes azules hasta la infinidad de las altísimas cúpulas. Confieso que tuve un pensamiento impertinente, recordé a doña Justa haciendo volutas en el comedor de mi casa. Casi me río, nos habíamos escapado de la vieja.

Los incensarios producían tantas nubes que nos envolvieron a todos en una dicha celeste. Me olvidé de derramar alguna lágrima, en cambio Tommy se limpió los ojos varias veces con un exquisito pañuelo de batista. Yo, la verdad, no veía ningún motivo de llanto, la terrible Magdalena entraba a un orden estricto y ya se cuidaría de hacer majaderías. Cuando la abracé en la sacristía me dijo:

—¡Por favor, recuérdame que le escriba hoy mismo al profesor Novicki! Con la pesadilla del famoso difunto, no pude explicarle lo bien que entendí *El manifiesto comunista*. Menos mal que ahora podré dedicarme a los estudios. Tú misma puedes ver la tranquilidad en la que voy a vivir...

No hice ningún comentario. Magdalena tenía ahora muchos secretos que guardar: su boda con Enrique, su viudez y también el profesor Novicki, aunque sé que este último no lo guardó. Mi hermanita gozaba del defecto de olvidar hoy lo que le había sucedido ayer. ¿Por qué no olvidó a Novicki? Entró en su nueva familia con naturalidad y sin memoria, bueno casi sin memoria...

De vuelta a París, la víspera de que tomara el avión para Quebec, Tommy me miró con curiosidad y luego me hizo una pregunta que hizo que la taza de café se me cayera de las manos.

—¿Quieres decirme qué sucedió con el horrible marido de tu hermanita? ¿Dónde lo metieron? Debes saber que estuve postrado pensando en que la boda con Helmut era sólo una quimera que habíamos inventado entre los tres...

“Tommy lo sabía...”

TESTIMONIOS
SOBRE MARIANA
(1981)

Sí, Mariana era la simpleza misma, la docilidad. ¡Mira qué engaño! La primera vez que la vi fue en una fotografía que nos mostró Pepe a su regreso de París. Sabina y yo nos inclinamos sobre una instantánea banal en la que aparecía una muchacha con medias de lana, abrigo claro y cabellos rubios. Estaba recargada sobre el tronco de un árbol en un bosque brumoso.

—¿Es Mariana?

En la pregunta nuestra había un dejo de malicia. La muchacha de la fotografía parecía una modesta enfermera inglesa. Pepe recogió la foto molesto. Su conversación se había vuelto monótona a fuerza de intercalar frases de la desconocida. Ahora la misma fotografía continúa sobre el escritorio de Pepe, en el mío hubo otras iguales quietas y guardado en algún lugar un mocasín negro con hebilla de plata, como el de un lacayo. Eso me quedó de Mariana. La vida está hecha de pedazos absurdos de tiempo y de objetos impares.

Mariana empezó en ese bosque ligeramente borrado por la bruma. Más tarde la vi muchas veces en las esquinas de mi ciudad y corrí tras ella sólo para perderla entre la multitud. ¡Soy un tonto! No advertía que llevaba los dos mocasines puestos y que ella se hubiera presentado con un pie descalzo, como en la noche del pacto. ¡Miento! No hubo pacto. Sólo un juego que ella inventó. Guardo también su promesa escrita: “Te esperaré en el cielo sentada en la silla de Van Gogh”. No hablo en orden. ¿Cuál es el orden con Mariana?

“Con ella hay que imponerse. Si la llamas por teléfono mandará decir

que no está en casa. Tú insiste”, me recomendó Pepe cuando preparábamos el viaje a París. Era fastidioso escucharlo...

En la cubierta del barco que nos llevaba a Europa decidí conocerla. La decisión me dejó melancólico. Debo reconocer que la melancolía es mi estado natural, a pesar de que los teólogos la consideran un atentado contra la existencia divina. Pero no soy creyente. Los barcos me dan la impresión de no ir a ninguna parte, lo cual si pudiera realizarse sería la solución para mi vida. Aunque cualquier solución sería igualmente absurda. Vivir es un problema arduo y hallarse en el mar es sólo una pausa. Durante el viaje tomé el sol en la piscina y observé a las pasajeras. Meditaba en el próximo barco en el que vendrían mis padres acompañados de Tana. Mi matrimonio es indisoluble y para acallar el escándalo Tana viajaba con mis padres. El mar me recordaba las islas, una isla sería el remedio para lo irremediable. Acodado a la barandilla de cubierta traté de imaginar la dichosa soledad del mar. Salíamos del otoño del Sur para dirigirnos a la primavera de Europa y el mar se aclaraba en azules surcados de verdes como anuncios de la isla imaginaria.

La llegada a Francia fue lluviosa. Al atardecer, Sabina y yo nos encontramos en nuestra habitación del hotel, donde contemplamos las copas de los árboles que daban sus primeros brotes. Éramos dos extranjeros sin nada que decirnos y me llené de nostalgia. Recordé a Pepe y llamé a su amiga. “La señora Mariana no está en casa”, me contestó una voz brusca de un español. Yo sabía que era Narciso, el cocinero. Unos días después, cenamos con su marido, Augusto. Le pregunté por Mariana.

—¿Qué?... No sé por qué no vino —contestó asombrado.

Sabina lo encontró buen mozo y a mí me pareció tan aburrido como cualquiera de nosotros. “Mariana me era profundamente antipática”, me había confesado Pepe frente a su marido, pensé que ésa era la verdadera naturaleza de Mariana. Pepe tenía un lado abyecto.

No debí insistir en conocerla, pero a nuestra vuelta a París, después de cinco semanas en Italia volví a llamarla muchas veces.

—Mira que tu mujer es esquivia —le dije a Augusto cuando cenamos una noche con él.

—Tiene un resfrío... y no anda bien de los nervios.

No imaginé que mi frase provocaría que la propia Mariana llamara al día siguiente, para proponer que cenáramos juntos esa misma noche. Yo debía cenar con Tana y con mis padres y me fui del hotel unos minutos antes de la cita con Augusto y con Mariana. Vencido por la curiosidad volví al hotel de improviso. En el vestíbulo, instalados en una conversación indolente encontré a Augusto y a Sabina. Frente a ellos una muchacha rubia envuelta en un abrigo blanco guardaba silencio. Era Mariana. Sabina se disgustó al verme.

—Olvidé las llaves del coche... —mentí.

Mariana me tendió una mano salpicada de pecas. Debía retirarme y desde la administración esperé el momento en que salían del hotel y alcancé a la muchacha que caminaba a la zaga de mi mujer y de su marido.

—Llámame al Claridge. Al cuarto 601 y dime en qué restaurante están —le dije riendo.

—¿Por qué no se lo pides a tu mujer? —me contestó con frialdad.

Me ofendió su respuesta impertinente. Pepe había olvidado decirme que Mariana parecía una deportista y que era pecosa. Respiraba salud aunque se cubriera con ese abrigo blanco en desacuerdo con la tibieza de la noche.

En el Claridge me esperaban mis padres acompañados de Tana. El teléfono sonó inmediatamente y mi madre me pasó el aparato.

—Estamos en el Ramponeau —dijo la voz de Mariana.

Abandoné a mi amante y a mis familiares. No supe las catástrofes que estaba provocando. En el restaurante Mariana se aburría. Volví a mentirle a Sabina y riendo ocupé un lugar vecino al de la muchacha. Augusto y mi mujer hablaban sobre la arquitectura moderna, que podía resumirse en dos palabras: socialista y funcional.

—No estoy de acuerdo. No somos insectos para que nos encierren en hormigueros o colmenas —dijo repentinamente Mariana.

—¡Cállate! —ordenó Augusto.

La orden cayó en la mesa como un manotazo desagradable. Mariana levantó su copa y la observó atenta. Llevaba un traje de jersey color azul celeste, de cuello alto, cerrado con un broche de oro. Sabina reanudó la

conversación y de la arquitectura pasaron a Picasso.

—A mí me gusta Wateau —dijo Mariana.

La miré con una admiración fingida y le tomé una mano tostada por el sol:

—¡Somos almas gemelas! —exclamé.

Retiró la mano y leí en sus ojos la acusación: “¡Farsante!” Cuando salíamos del restaurante le pregunté por qué me había llamado al hotel.

—Porque tu mujer te obligaba a ir adonde no querías.

—¿Cómo lo supiste?

—A mí me sucede lo mismo.

Sentí vergüenza; estaba con nosotros obligada por Augusto. Guiados por su marido, fuimos a la Rhumerie Martiniquaise, lugar que horrorizó a Sabina. En el fondo del local oscuro ocupamos una mesa adosada a la pared. Mariana quedó a mi izquierda separada de los otros dos. El café estaba invadido por jóvenes ruidosos y mal vestidos. Sus voces incoherentes se levantaban en el humo anunciando a gritos los lugares comunes de la cultura y de la revolución. El ambiente era perturbador. Fue entonces cuando ocurrió algo imprevisto: frente a Mariana surgió un hombrecillo viejo y harapiento que la señaló y me señaló con un dedo:

—Ustedes dos se van a enamorar —anunció.

El viejo desapareció y Mariana se echó a reír. Augusto se volvió inquieto:

—Es un vago que entra a los cafés y predice la suerte —nos explicó.

Una vez a solas en mi habitación creí sentirme triste. Siempre fui sentimental, “como los inútiles o los crueles”, me explicó más tarde Mariana. Hablar de ella en un orden cronológico es difícil. Ahora sólo podría afirmar: ¿Mariana? es la mujer que me amó... Aunque puedo afirmar lo contrario: ¿Mariana? es la mujer que jamás me amó... Vivo bajo la impresión de que no existió nunca y de que nunca la amé. Tal vez su recuerdo me incomoda, aunque hay instantes que regresan y entonces veo que ambos quedamos escritos en el tiempo, como esas palabras escritas con tinta secreta y que sólo mediante determinada sustancia resultan legibles, a pesar de aparecer en un papel en blanco o de llevar visible otro mensaje. Así, de pronto se reproduce la primera tarde en que

salimos juntos. La esperé en una placita vecina de su casa y la vi venir corriendo hacia mí. Bajé del auto para recibirla en mis brazos, pero ella se esquivó y se introdujo veloz en el asiento junto al volante:

—¡Vámonos! Ahí viene... —gritó.

Un hombre rubio parecido a ella corría por la avenida sombreada de castaños en dirección nuestra. Eché a andar el automóvil y me alejé.

—¿Quién es?

—¡Mi sombra! No soporto que me amen. Te hacen sentir un criminal. Y son ellos los criminales —afirmó convencida.

Pepe me había hablado de aquel hombre molesto y su insistencia me recordó a Tana. También yo tenía a una “sombra”. Detuve el automóvil en el Bois de Boulogne. Era la primera vez que veía a Mariana a la luz del sol y bajo los reflejos verdes parecía una campesina. El bosque nos envolvía en una luz tibia, perfumada de tierra. También ella me miró con curiosidad.

—¿Sabes?, tú eres de campo. No te va la ciudad. Deberías ser leñador... o más bien un oso.

Quise besarla por su tontería y abrí la cajuela y saqué un kleenex, le tomé la barbilla y le borré los labios.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Porque la voy a besar.

Se enfadó y se retiró hacia su portezuela para poner una distancia mayor entre los dos. No insistí, me bastaba estar con ella riendo bajo los árboles y respirando la tarde abanicada por las ramas. Nada de lo que solía decir a las mujeres se lo podía decir a ella y sostuvimos una conversación hecha a base de risas y de tonterías.

Años después, me dijo en Nueva York algo que no me gusta recordar mientras caminábamos por las calles nocturnas en las que nuestros pasos quedaron apagados por la nieve. Tal vez sus frases tontas ya encerraban su muerte o su desintegración, anunciada desde aquella lejana tarde pasada en el bosque. No supe entender ese proceso. Mariana buscaba salidas imaginarias para su mal incurable y temo haber cometido algún acto que desató su catástrofe. Un hecho inocente puede producir una catástrofe. A veces temo mover un objeto de su lugar habitual, pues ese

solo gesto puede originar que el mundo tome un rumbo desconocido y me aterran los finales imprevistos. Desde Mariana cuido más mis gestos. Siempre he tenido la costumbre de culparme de lo que ocurre y ahora siento que soy una enorme culpa. Si Mariana pudiera oírme se echaría a reír y me llamaría: “Tonto”, como me llamó aquella tarde memorable en los Jardines de Luxemburgo. Caminábamos sin ver a las viejas que hacían calceta, ni a sus nietos pidiendo caramelos. Los parques municipales aunque sean parisinos me producen tedio. Sin embargo, esa tarde ambos teníamos la sensación de caminar sobre el escenario de un teatro suspendido en un tiempo feliz.

—¿No tienes hijos? ¡Yo te regalo uno! ¡Tonto! no puedes perder tu guapura...

Nunca ninguna mujer me había halagado con ese descaro. No tenía hijos y mis amantes se cuidaban del peligro de caer embarazadas. Yo era el hijo desdichado de mis mujeres. Mariana giró con alegría y me explicó que mi hijo podía ser guapísimo. Quise besarla, pero no lo permitió. En el camino de vuelta a su casa me sentí triste por las locuras de aquella muchacha desparpajada.

—Mi promesa no es broma —me dijo al despedirse.

—Olvidas que eres casada.

—Eso no importa... yo puedo arreglar todo en la vida —afirmó petulante.

Volví a encontrarla en un teatro y tuve la impresión de que todos los amigos y los familiares me miraban como si algo imprevisto hubiera sucedido y ese algo se llamara Mariana. Me sentí ridículo, pues mi amiga apenas me miró, sonreía despreocupada junto a su marido. Augusto era el que tenía una hija con Mariana. Comprendí que existían personas engañosas que como nubes veraniegas atraviesan el cielo y desaparecen. Así borré a Mariana y olvidé su teléfono.

No era difícil olvidarla. Los amigos llegaban de Sudamérica y con ellos visitábamos los viejos lugares conocidos. Frecuentábamos los teatros y Romualdo, el viejo amigo de Sabina, asistía puntual a nuestras cenas, acompañado por Augusto, que venía sin su mujer. En el grupo apareció una mujer vieja, de gran estatura y ligeramente encorvada, que se

empeñaba en mirarme con insistencia. Se llamaba Gabrielle y sus pasos furtivos me inquietaban. Traté de ignorarla y de ignorar todas las conversaciones. Por principio me impongo al deber de no escuchar a mis acompañantes, es una manera de ganar tiempo privado, de ausentarme sin molestar a los demás, mientras yo dibujo y desdibujo mis problemas. “Sus lágrimas son deliciosas. Mariana es muy sensible a todo lo religioso”, escuché decir de pronto a Romualdo. Me repugnó su observación y el tono especial en el que pronunció el nombre de Mariana. Entendí que tenía una aventura con la muchacha y recordé a Pepe: “Mariana no tiene relaciones con Augusto”. Comprendí que todos continuaban viéndola a mis espaldas. ¡A mis espaldas! Y era yo el que había decidido evitar a la muchacha. “Por la tarde voy con ella a hojear libros”, dijo Sabina.

Cuando salí a la calle pensé que debía impedir que mi amiga se convirtiera en la amiga de mi mujer y que continuara su aventura con Romualdo. Di varias vueltas en el coche por la ciudad iluminada con la verdura de sus castaños y los cafés rebosantes de jóvenes. Por la orilla izquierda del Sena paseaban gentes silenciosas y al llegar a la Academia quise detenerme. Imaginé que allí sucedía algo que marcaba mi vida. Algo que no podía recordar y que no supe si ya había ocurrido. Embargado por este sentimiento extraño crucé el Puente Nuevo y me asaltó la misma ansiedad que frente a la Academia. Supe que las aguas que corrían bajo sus arcos guardaban secretos futuros y diálogos no pronunciados. Los presentimientos me aterran. Nunca sé si ya sucedieron las catástrofes y un mecanismo defensivo me obliga a olvidarlas o si apenas van a suceder. Acongojado bajé por el muelle de la margen derecha del río y me detuve frente a una tienda que vendía animales. Me identifiqué con los perros, los pájaros y los gatos que esperan en sus jaulas a sus futuros dueños.

Desde lejos descubrí a Mariana, llevaba un traje de algodón color de rosa y calzaba esparciatas atadas a las pantorrillas. Sabina la tomaba por el talle y ambas, aplicadas, miraban las páginas de un libro abierto. Las dos mujeres se recortaban en la tarde veraniega que descendía sobre el muelle abierto a todas las aventuras.

Cuando nos encontramos con Augusto le pregunté por ella y lamenté que no estuviera en el grupo. La expresión de Augusto se volvió trágica:

—No está bien de los nervios... le viene de familia...

—¿Es serio? —insistí.

—Ahora debe estar en La Belle Féronnière rodeada de malvivientes. Yo no puedo impedirlo. Llegará muy tarde y lo siento por la niña.

Su confesión me dejó atónito. Al día siguiente localicé el café: estaba en la vecindad del hotel. En su terraza, sentados alrededor de algunas mesas vulgares había vagos sospechosos, que fumaban cigarros puro y daban puñetazos en las mesas. Eran españoles. Y ¿era allí donde Mariana pasaba sus noches? Me aventuré en el local ruidoso y ocupé una mesa. No tomo café, ni fumo y cuando el camarero se acercó, no supe qué ordenar, pues tampoco bebo alcohol. El hombre se impacientó.

—Espero a una señora... alta, rubia, tal vez llegué tarde —dije.

El hombre me miró atento y luego se dirigió a las mesas vecinas:

—¿La señora Mariana no ha venido hoy?

—¡No! No ha venido —contestaron los hombres a coro.

Augusto no había mentido y la figura de Mariana se empañó con la presencia de aquellos individuos. La llamé y fui a buscarla a la placita. Ocupó su lugar en el automóvil y me volví varias veces para ver su perfil y sus cabellos moviéndose en el viento. Tenía el aire inocente de las puritanas, pero bajo ese aspecto sano y limpio se ocultaba una vida dislocada. Observé sus rodillas desnudas y le propuse hacer el amor. Le recordé al hijo que me había ofrecido.

—No puedo, soy casada. A los niños se les hace con amor para que salgan guapos —contestó.

—Yo te amo —le dije recordando que me quedaban pocos días en París.

Hice mal en ofrecerle un amor que no sentía. Ella sonrió y pasó un dedo sobre mi perfil como si fuera ciega y quisiera reconocerlo por el tacto.

—No es cierto. Es malo equivocarse o querer equivocarse a los demás.

Terminamos en un café abierto en el corazón del Bosque de Boloña. Acodada a la mesa comió pasteles de crema mientras yo apenas probé unas tostadas.

—Eres demasiado rico. Por eso no comes pasteles, no bebes café, no fumas, no tienes hijos. Dime ¿para qué vives?

Nunca había pensado que las cosas que ella enumeraba fueran motivos para vivir. Sin embargo, de alguna manera Mariana tenía razón. No quise decirle que los libros eran el verdadero interés de mi vida, ni tampoco comenté mi pasión por el tenis.

La llevé a su casa y me invitó a subir. Augusto nunca nos había invitado. Entramos a un vestíbulo grande y melancólico, amueblado con el gusto del siglo XIX. Teo, la sirvienta española, me miró divertida. Cruzamos el vestíbulo y atravesamos el gabinete del teléfono, después llegamos a la antecocina en donde una fila de lavabos convertía aquel lugar en algo inesperado.

—Aquí vivieron oficiales alemanes. Ellos los colocaron —me explicó Mariana.

En la cocina, sentada a la cabecera de una mesa enorme, pulida con arena, estaba una niña inclinada sobre un libro. Era la hija de Mariana. La niña se puso de pie y me hizo una reverencia. Me incliné sobre el libro y vi que eran *Las leyendas de Shakespeare*, de Lamb.

—Me lo regaló Pepe —dijo Natalia, la hija de mi amiga.

—En diez minutos te bañas y te vas a la cama —ordenó su madre.

—¿Qué hora es, Teo? —preguntó Natalia.

—Las once y cuarto en casa. Las seis y veinte en la calle —contestó la criada.

No comprendí la respuesta y miré a un viejo reloj despertador que avanzaba con dificultad, colocado sobre la cómoda. Quise reír, pero vi que las tres juzgaban normal la manera de contar el tiempo y me abstuve de hacer ninguna pregunta.

—Anda un poco mal. Yo escucho la hora del convento y luego lo miro a él —explicó Teo.

Sentí que invadía una intimidad prohibida y que Mariana estaba turbada, arrepentida de haberme dejado compartir una parte de su vida que sólo comprendían su criada y su hija. Al despedirme en el vestíbulo en el que vagaba una melancolía indefinible, la noté triste. Y a la hora de cenar la recordé en aquel enorme piso en el que la tristeza se esparcía

secreta e invasora.

—Estás muy distraído —dijo Sabina.

Quería indagar sobre Mariana y su pregunta: “¿Para qué vives?” Yo hubiera querido preguntarle a ella: “¿Para qué vives?” Me inquietaba Mariana; era como una flecha que indica: “Peligro”, pero quise ignorarlo. Las palabras caían desintegradas en letras tan extrañas como caracteres chinos: “Cuando soy desdichada visito un cementerio”, había dicho Mariana. Recordé su frase y me dije: ¡Le Père Lachaise!, mientras bebía un té insaboro.

Me encontré en los caminillos del cementerio descifrando inscripciones patéticas. Algunas estaban casi borradas por el tiempo. Me sorprendió la disparidad de las fechas que marcaban los nacimientos y las muertes cuidadosamente anotadas en las estelas funerarias. Las fechas me parecieron absurdas y arbitrarias. En algunas tumbas estaban las fotografías borrosas de los que habían sido alguna vez afanosos comerciantes, cortesanas, poetas, oficiales de algún ejército ya desaparecido y legiones de niños melancólicos. Me vi rodeado de ángeles y cruces de todos los tamaños. Asombrado comprobé que la vegetación de un cementerio era más pálida y artificial que aquella de los parques públicos. Tuve la impresión de que Mariana caminaba a mi lado. La descubrí en un monumento funerario, estaba sentada con la barbilla apoyada en una mano, absorta, vacía de pensamientos. Me acerqué a ella para comprobar que su abrigo blanco estaba hecho de mármol igual que sus cabellos y sus manos. Atrás se levantaba una gran cruz. “Espera a alguien”, me dije. Nunca me preocupó la cruz, era sólo un símbolo que cada día se vaciaba de sentido, sin embargo, en aquel instante la cruz cobró una gravedad desconocida. Volví la vista y me encontré en un país en donde sólo crecía ella apuntando a un cielo azul y tibio. Bajo la tierra un mundo de personajes dispares caminaba con dificultad entre las sombras, luchando por salir a la luz, agarrándose a las raíces raquíticas como lazos finísimos para salir del laberinto subterráneo y llegar ¿adónde? Asustado me alejé de aquella estatua parecida a Mariana y crucé los caminillos sembrados de ángeles y de lágrimas petrificadas. Sobre las cruces anidaban golondrinas felices y gorriones de modales

pícaros. Un anciano cortés me indicó que debía abandonar la ciudad en la que terminaba todo, pues era la hora de cerrarla. Aturdido, me encontré en la otra ciudad bulliciosa con los cafés abiertos y las mujeres de cabellos claros mirando nostálgicas el paso de los automóviles. Sabina me esperaba alarmada por mi prolongada ausencia.

Cuando Augusto nos invitó a comer a su casa me pareció que los salones eran una enorme pajarera abierta a avenidas verdes en el cielo. Allí dentro, Mariana se debatía sola y su mejor momento era cuando la dejaban contemplar la tarde que entraba por todas las ventanas altas por donde penetraban las ramas jugosas de los castaños. Comprobé que sobre las chimeneas de mármol había relojes de bronce detenidos en distintas horas. No escuché la conversación y apenas probé las almendras tostadas. Detesto que me inviten a comer manjares complicados. En el gran comedor tapizado de sedas azafranadas me senté a la derecha de Mariana y contemplé los muebles chinos del siglo XVIII. Augusto observaba a su mujer con gran severidad y ella parecía aburrida.

Durante algún tiempo recordé esa comida en casa de Mariana. Me asombraba la disparidad entre la dueña y el atuendo del piso. Mi amiga sólo encajaba cerca de las ventanas. Pasaron varios días en los que sólo di paseos en automóvil y escuché algunas opiniones acerca de Mariana que me desconcertaron. Debía estar siempre donde no deseaba y escuchar palabras que sólo me irritaban.

—El lesbianismo latente de Mariana... —dijo Romualdo con malicia.

El afán de clasificar sexualmente a las personas me produjo un disgusto. ¡Resultaba una verdadera manía! Nadie podía acusar de lesbiana a aquella muchacha campestre y simple. Y preferí mirar la tarde que corría junto a mi automóvil.

Le pregunté al conserje de mi hotel por algún lugar discreto en el campo y llamé a Mariana. La encontré vestida de negro con manga larga y cuello alto. Llevaba los cabellos recogidos y me pareció una monja. No le dije a dónde la llevaba. Cruzamos bosques bañados por el sol veraniego y encontré en un recodo del camino la señal que me llevó a la entrada de un hotel campestre. Subimos a una habitación con una cama cubierta por una colcha de colores, una cómoda y una silla. La ventana pequeña daba

al bosque por el que cruzaba un río. La habitación parecía la de un leñador. Mariana se acodó a la ventana:

—¡Qué silencio! Me gustaría vivir aquí. Huele a honestidad —me dijo muy seria.

Quise reír, pero ella continuó hablando: no le gustaban las ciudades, ni los salones ni las fiestas.

—Me gustaría vivir en este cuarto. Tú serías el oso que vive entre los árboles y yo te daría miel y zanahorias.

Me eché a reír y la dejé hablar. Yo sólo deseaba hacer el amor, ¿pero cómo decírselo? Le besé el cuello y ella se escondió entre las sábanas. Todo era simple con Mariana, la recosté sobre mi hombro y vi que se quedó dormida. ¡Era una farsa para no hacer el amor conmigo! Comprobé con amargura que en verdad dormía y que mi encanto consistía en producirle sueño. No me moví. Vi transcurrir la tarde a través de los cambios de luz sobre su rostro dormido. Quizá fue entonces cuando empecé a amarla. Al oscurecer despertó sobresaltada y en unos segundos supe que estaba predestinada para mí. Su siesta había sido prolongada y saltó de la cama. Mientras yo me ajustaba la corbata la miré de reojo, se diría que había caído en un pozo profundo y que ya no compartía nada conmigo. “¡Debí hacer el amor con ella!”, me dije furioso.

—¿Qué pasa, Mariana?

—Nada...

En el carro se recargó sobre su portezuela y a través de las luces nocturnas su perfil serio y sus cabellos atados a la nuca le daban el aire de un personaje impasible a todas las adversidades. Me ordenó detenerme en una esquina cercana a su casa y la vi alejarse a pasos largos y seguros, dejando tras de sí una estela de soledad que me hizo sentirme culpable.

En el hotel cenamos con un grupo de amigos entre los que se encontraba Augusto. Los remordimientos me obligaron a ir a un teléfono: “La señora no está en casa”, me contestó Teo, la criada. Supe que mentía. La seriedad de su perfil en el viaje de regreso a París casi era una advertencia y confundido dejé pasar algunos días sin llamarla. Urgido por Sabina organicé nuestro viaje a Suiza.

Durante cuatro semanas recorrimos Ginebra, Laussanne, Berna y

Zúrich, acompañados de Tana y de mis padres. El rostro de Mariana se fue esfumando en los lagos, en las torres de las iglesias y en los viñedos. De cuando en cuando recordaba su pregunta: “¿Para qué vives?” Algún día hallaría la respuesta, aunque tal vez no podría dársela a ella, pues al volver a Francia partiríamos inmediatamente para nuestro país y de Mariana sólo me quedaría el recuerdo confuso de una muchacha extravagante. “No es extravagante. La rodean personas que no concuerdan con su simpleza”, me dije asombrado por mi descubrimiento y decidí llamarla tan pronto como estuviera de vuelta en París.

“La señora está en el campo”, me anunció Teo, cuando la llamé desde mi hotel parisino. Recordé a Pepe: “Cuando quiere librarse de algún importuno hace decir que se marchó al campo”. En este caso yo era el indeseado. Augusto cenó con nosotros esa noche y yo hice notar el viaje de Mariana al campo.

—¡Miente! Es patológica. Está en su cuarto e imagina que viaja — contestó su marido. Me dejó confundido. Tal vez había fingido dormir en el albergue... Era una farsante. Antes de dejar París la obligaría a decirme una verdad. Sería duro e implacable. La fui a buscar a su casa y me recibió en el salón.

—¿Cuándo volviste del campo?

—No salí de París. No resisto ver a tanta gente, me revuelven como a un rompecabezas y necesito juntar las piezas.

La miré con tristeza. Yo era el que la había revuelto y ahora estaba rehecha, metida en su traje color avellana. Se excusó alegre: iba a salir de compras en el momento de mi llegada. Me ofrecí a acompañarla y ante mi sorpresa descubrí que sólo compraba ropa para Augusto.

—Es muy inútil para la vida práctica —me dijo guiñándome un ojo.

Cuando volvimos al automóvil me sentí lleno de rencor hacia ella y hacia Augusto y la llevé directamente al albergue campestre. Mariana no se desvistió. Sentada en la cama sobre las rodillas dobladas me preguntó:

—¿Por qué quieres que me enamore de ti?

—Porque te quiero, mi amor.

—¿Sabes que es muy malo lo que haces? Tú te vas y yo me quedo...

Dijo “me quedo” como si se quedara abandonada en una estación

desierta. Yo tomaba el barco en tres días y no tenía excusa para enamorarla. ¿Qué le proponía? ¿Una aventura? Quise explicarle que había algo que me empujaba a ella y me escuchó apartada de mí, como si tuviera la voluntad de abolir en ese cuarto “campesino” el destino común que antes habíamos invocado. Reconocí en ella el instinto de conservación de los náufragos que se aferran a una barca a sabiendas de que están condenados. Así estaba Mariana, aferrada al paquete de ropa que había comprado para Augusto. Adiviné que esperaba un barco que no era yo. Mariana se negaba al naufragio conmigo.

—Eres un pobre oso que bate las palmas y pide zanahorias —y se acercó a darme un beso. Me odié por bajo, pues el recuerdo de Sabina esperándome me sobresaltó y acepté mi derrota. En el camino de regreso guardamos silencio y al llegar a la esquina de su casa la vi alejarse con pasos menos seguros. Desde el cuarto del hotel la llamé por teléfono, mientras Sabina me miró con aire acusador.

—Nos vamos de Francia y no la hemos visto —mentí.

—¿Tuviste algún disgusto con ella? Pepe me contó de sus amantes, uno se llama Ramón.

Encontré el nombre repulsivo y Teo me dijo que Mariana había salido.

La víspera de tomar el barco llamé a su puerta y Mariana accedió a dar un paseo conmigo. Hablamos de Paul, un amigo suyo que había sido el mejor amigo de Drieu La Rochelle y de pronto tuve la intuición de que era su amante. Le dije que la víspera habíamos cenado con él.

—No le gustan los sudamericanos. Los considera turistas de la cultura —me dijo despectiva. Quería herirme y yo sólo deseaba acostarme con ella. Caminamos por el bosque y su familiaridad con el verde la integraba a las viejas culturas europeas. Vi que tenía la decisión firme de no retenerme. Hubiera deseado que me pidiera quedarme a sabiendas de que yo me iría fatalmente al otro día.

—Tú no me amas, Mariana. ¿Amas a Paul?

Mariana se echó a reír y negó con la cabeza.

—¿Amas a Ramón?

—Me da asco su olor. Él me controla, alguna vez me acosté con él... no hablo de lo que no me gusta...

—No me digas nada que no quieras decirme —le dije.

Me intimidaba esa muchacha y la contrariedad de no haberme acostado con ella la convirtió esa tarde en la criatura que hubiera deseado encontrar al principio de mi juventud. ¿Cómo hubiera sido mi vida? No encontré la respuesta. Mariana era lo contrario de Sabina en belleza y en edad. Sabina pertenecía a mi mundo, formaba parte de mi pasado y dibujaba mi futuro. Mariana, con su cuerpo y su risa de muchacha, era sólo un presente intenso. Hubiera sido fácil amarla ese verano que ahora terminaba. No sabía nada de ella, era la viajera imprevista, la desconocida sin pasado y sin futuro, tenía algo cinematográfico en su belleza huérfana y en sus diálogos inesperados. Tenía algo artificial, era como si no existiera de una manera perdurable. Imaginé que en la vida de cualquier lector asiduo, como era mi caso, debía aparecer alguna vez una muchacha como ella, ajena a las lecturas y hecha sólo para tener aventuras fulgurantes. Por torpeza, Mariana se negaba a aceptar su papel y con terquedad prefería encarnar su profesión de esposa de Augusto y madre de Natalia. Contemplé sus manos graciosas salpicadas de pecas, sus ojos pensativos y su falda plisada y decidí no reprocharle nada.

Un rato después de separarnos nos encontramos en Chez Francis, el lugar elegido por ella para la despedida. Estábamos rodeados de amigos y ocupábamos lugares lejanos en la mesa. Las luces del restaurante suavizaban los rostros y embellecían los gestos. La conversación se llevaba en tonos cálidos y las flores frescas brillaban vivas sobre la blancura del mantel. El ambiente era seductor, pero yo sólo pensaba en el rechazo de Mariana. La miré con insistencia y descubrí su cuello alto y su garganta descubierta. Reía con Romualdo y chisporroteaba como una tea encendida. Reconocí que era diferente a los demás comensales que hablaban del amor con palabras técnicas. Mariana tenía algo tan saludable que resultaba enfermizo y peligroso. La miré con fijeza y envidié su valor para entregarse a la nada.

—Al amor lo persiguen —concluyó Augusto mirando a su mujer como si ella fuera la perseguidora.

—Sólo cuando es verdadero —contestó Mariana.

Todos se volvieron a verla y yo sostuve su mirada, que era un desafío.

Se produjo una sorpresa colectiva y al salir de Chez Francis, cuando el grupo se repartía para volver al hotel la cogí de la mano y eché a correr con ella por la avenida silenciosa. Mariana corría con la misma velocidad que yo, detrás corrían los otros y supe que nos perseguían, Mariana se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Augusto jadeante.

Guardé silencio. Augusto la tomó del brazo y echamos a andar. No pude evitar llenarme de rencor. Nos despedimos en la puerta del hotel. Se alejaron por la misma avenida iluminada por la que habían llegado la primera noche del encuentro, cuando Mariana traía su abrigo blanco. Así se fue de mi vida y el adivino de la Rhumerie Martiniquaise se convirtió en sólo un charlatán como había dicho Augusto.

Desde el estudio de mi casa le escribí algunas cartas que ella contestó puntualmente. Me divertían sus respuestas, me hacían olvidar por unos instantes los problemas que agitaban a mi país. El cambio político se reflejaba en la economía y me entregué a largas conferencias con mis administradores. Sabina vivía aterrada ante la posibilidad de una ruina económica improbable y ambos estábamos alarmados por las detenciones de algunos conocidos. El país tomado por sorpresa se dividía en bandos que actuaban a ciegas y que estaban sujetos a la misma presión y a idéntica violencia y la moneda bajaba vertiginosamente. Bajo las formas progresistas la industria se desintegraba en aras de unas palabras huecas. Descubrí que la palabra progreso era la industria sin chimeneas y que bastaba repetirla en los banquetes oficiales para enriquecerse sin hacer ninguna inversión previa.

Por lo demás, la vida transcurría idéntica a sí misma: por las tardes me reunía con Tana en mi estudio y le agradecía su devoción inagotable. Había aceptado la soltería perpetua y sin reproches. Su amor desinteresado me salvaba de la monotonía de mi vida conyugal. Por las noches teníamos en casa al mismo número de amigos, y cuando Pepe intentaba hablarme de Mariana lo evitaba cuidadosamente.

—Es una ingrata —me confió Pepe una noche.

Su juicio me irritó. ¿Quién era Pepe para quejarse de la ingratitud de Mariana? Sin proponérmelo, su imagen se presentó ante mis ojos con una

violencia desconocida. Hubiera deseado interrogar a Pepe sobre ella, pero el pudor me lo impidió. Estuve seguro de que se escribían y de que ella le hacía confidencias molestas. En nuestra correspondencia jugábamos al reencuentro: yo iría a verla o ella vendría sorpresivamente. Volví a recordar su imagen olvidada y por las mañanas en el club empecé a imaginarla dorada por el sol corriendo por las canchas de tenis. De pronto una mañana de sol y a la mitad de una partida de tenis la sentí observando mis jugadas. Me volví a las tribunas vacías y la vi sentada, con las piernas cruzadas y la barbilla apoyada sobre la mano. Estaba sola, envuelta en su abrigo blanco, mirándome con intensidad. Solté la raqueta y me dirigí a las gradas, las subí de prisa y en efecto era ella, Mariana, pero al acercarme retrocedí espantado, volví a la cancha, recogí la raqueta y abandoné el juego. Salí del club de prisa y sin reconocer a mis amigas. No quería hablar con nadie. ¿Por qué me miraba con aquella intensidad? Era ella, Mariana, y yo al acercarme y en el espacio de unas zancadas, poseído de un amor desconocido había cruzado el tiempo, para encontrar a una Mariana convertida en una vieja harapienta. No pude olvidar aquella figura aterradora y durante varios días me negué a jugar tenis. La certeza de que el tiempo era un espacio tan breve que podía cruzarlo en una carrera para enfrentarme al horror, me dejó paralizado. “Tal vez murió”, me dije. Y envié un telegrama con la respuesta pagada. “Estoy muy bien”, contestó Mariana. “Necesito verla antes”, me dije entonces durante varias noches. ¿Antes de qué? El espejo me devolvía mi imagen intacta a los estragos de los meses pasados sin ella. Le supliqué que me enviara una fotografía que no me envió y noté que en la de Pepe su rostro empezaba a suavizarse, como las fotografías de los muertos antes de borrarse con delicadeza.

Casi dos años después de nuestro adiós a la puerta del Hotel George V, Mariana se había transformado en una sustancia sin rasgos a la que recordaba como una sensación de frescura. Trataba algunas veces de reconstruir su rostro, pero era inútil, sólo me quedaba el recuerdo del bosque verde y oloroso. Sabía que vivía con Augusto, llevaba trajes que no podía visualizar y que me intrigaban sólo como manchas de un pasado que no existió entre nosotros. Su imagen harapienta y aterradora surgía a

veces antes de dormir, dejándome intranquilo en la orilla oscura de la noche, temeroso de que al cruzarla y despertar me encontrara sentado en algún banco público, olvidado de todos, con un gabán raído y un rostro irreparablemente viejo. Había cumplido treinta y cuatro años y había aprendido a medir el tiempo en las gradas de la cancha de tenis.



Llovía en Cherburgo cuando desembarcamos. Habían transcurrido dos años desde nuestro viaje anterior y esta vez Tana y mis padres no venían a Europa. Viajábamos solos Sabina y yo. En el puerto, bajo la llovizna, mi mujer envuelta en su tapado de piel de tigre me resultó absurda: temía resfriarse o que yo pescara una pulmonía. Cuando nos vimos en el tren pareció tranquilizarse, en cambio yo me sentí ridículo y deprimido. Me consolaba encontrar a Mariana esperándome pues había tomado la precaución de avisarle la fecha y la hora de mi llegada a París.

En la estación nadie nos esperaba y la ausencia de mi amiga me produjo una necesidad furiosa de verla y también un rencor que quise disimular ante mí mismo. ¡Me ignoraba! Continué llamando a intervalos regulares siempre con idéntico resultado. Casi a media noche me contestó Augusto, que no estaba enterado de nuestra llegada a Francia. Disgustado, me confió que Mariana había salido después del desayuno y todavía no regresaba a su casa. Estaba preocupado. Le confié a Sabina lo dicho por Augusto y decidimos continuar llamando. Mucho después de la media noche me contestó Mariana y reconocí su voz olvidada. Fijamos una cita para las nueve de la mañana.

—Chez Francis —dijo ella.

Dormí mal imaginando el reencuentro. ¿Por qué me intrigaba Mariana? Tal vez por su locura de ofrecerme un hijo en los Jardines de Luxemburgo y luego por negarse a acostarse conmigo. Faltaban unas cuantas horas para verla y temí que el tiempo se alargara hasta convertirme en un anciano. La vejez podía producirse en un instante, igual que una enfermedad incurable. La visión de la cancha de tenis podía producirse, bastaba con cruzar la invisible frontera del tiempo. La frase predilecta de los viejos: “La vida es un suspiro” me llegó en su trágico

significado. Por la mañana, antes de abandonar el hotel me miré al espejo sin encontrar ningún cambio visible.

En Chez Francis ocupé una mesa que dominaba la calle y las entradas del café, así como la terraza todavía cubierta por los cristales del invierno. Desde mi lugar veía el Puente de Alejandro y a los transeúntes atareados que pasaban ajenos a mi solitaria espera. Eran las nueve y media y tuve la certeza de que Mariana no vendría. La calle se animaba con muchachas pálidas que con paso apresurado se dirigían a las grandes casas de modas situadas en el vecindario. Les deseaba un destino más feliz que el mío. Los parroquianos leían los diarios obtusos. Prolongué mi espera hasta las diez de la mañana convencido de que Mariana no vendría. De pronto la vi entrar con su abrigo de pelo de camello, y con los ojos muy abiertos tratando de encontrarme. Su mirada alerta pasó sobre mí y se fijó en un hombre gordo que ocupaba una mesa lejana a la mía. Corrió hacia él y la escuché decir:

—¡Vicente!

La vi arrojarse en brazos del desconocido que, con la sorpresa pintada en el rostro, se puso de pie para recibirla. Molesto, avancé hacia ella y la tomé por un hombro:

—Mariana ¿que haces?

Se volvió a mí y con la facilidad con la que había caído en los brazos del viejo desconocido cayó en los míos. Salimos de allí con rapidez. Estaba ofendido. ¿Cómo pudo confundirme con aquel gordo?

—No sé... no sé, creí que eras ese señor —contestó riendo.

La acompañé en la risa a pesar de mi humillación y caminamos nerviosos y sin saber qué decirnos. Me había propuesto no reprocharle nada y sin embargo no pude dejar de preguntarle por qué no me esperó la víspera.

—No quería verte y salí temprano de la casa. Por la tarde fui a pedirle consejo a mi médico. No supo qué decirme y me metí a un café a jugar al futbolito. Cerraron el café y volví a casa.

Su confesión me dejó anonadado. ¡No quería verme! La imaginé pidiéndole permiso a su médico y luego escondida en un cafetín de rufianes. ¿Quién era su médico? Yo era un imbécil. Pepe tenía razón:

Mariana era una ingrata.

—¿Tienes un amante?

—No tengo amantes, hay algo que me avisa que no te vea... pero ya te vi...

—Y...

—Estoy perdida...

Caminábamos sin tocarnos y sus palabras me asustaron. Mariana se conocía mejor de lo que yo había supuesto y guardaba su lucidez de muchacha simple. Nunca supe qué mecanismo secreto provocó su catástrofe. Era algo ajeno a ella, un cuerpo extraño que la empujaba a un abismo inevitable. Lo menos suicida en ella era verme y me atrevo a asegurar que fue lo único saludable que hizo. Digo mal, poco después también se cerró para mí como una puerta sellada. Esa mañana caminamos sin hablarnos y a las doce de la mañana la vi abordar un autobús para irse a su casa.

Regresé al hotel con la sensación de no haberla visto. Era inútil insistir con ella. Yo sólo era un turista, ella misma me lo dijo cuando hablamos de Paul en mi viaje anterior. Ella en cambio llevaba una vida arreglada en París y mi presencia fortuita sólo significaba la ruptura del orden establecido por ella y que a mí me parecía irregular. “¿Mariana? la hemos adoptado”, dijo Paul cuando hablamos de ella. En efecto, Mariana pertenecía al grupo al que la ciudad aplaudía hasta en sus errores, que a veces sólo eran equivocaciones. Y Mariana se equivocaba con alegría, pensaba que yo era su error y se equivocaba. No sabía que equivocarse era más grave que un error. Años después, en Nueva York, en medio de una borrasca de nieve traté de explicárselo: “La gente que te hace llorar no te ama”, le dije, pero ya era tarde y con su terquedad habitual ni siquiera me escuchó, continuó caminando a mi lado obstinada en ver caer la nieve.

No pensé que a mi regreso a París vería a Augusto y a Eugenia, una compatriota de la pareja, mientras Mariana permanecía invisible. Pepe me había dicho: “Augusto tiene las amantes más variadas”. A Sabina le divertía aquella mujer de cabello oxigenado y nariz recortada por la cirugía plástica, que bebía cognac y hablaba de Herman Hesse, su única

lectura.

—El gobierno me ordenó acompañarla. No puedo rehusarme, me costaría la carrera —me explicó Augusto.

Eugenia arrastraba su visión plateado como se arrastra un viejo trapo usado y cuando hablaba de Mariana decía: “la loca”. Romualdo nos explicó que Mariana servía de tapadera a su marido, acompañaba a la pareja y ya muy tarde la depositaban en su casa para que durmiera unas horas.

—La veo muy poco... —concluyó Romualdo.

Recordé que había consultado con su médico si podía verme y que, con astucia, me ocultó la presencia de Eugenia en París. Su actitud me pareció la de una arribista que se prestaba a la promiscuidad con su marido en “honor de una carrera”. Ella misma lo confesó la primera vez que volví a verla:

—¿No comprendes? Es casada y se trata de la carrera de Augusto.

Su voz sonó aburrida y ella y Augusto me resultaron repulsivos. Estábamos en Potel y Chabot y Mariana acodada a una mesa me miraba con ojos desvelados. Parecía muy cansada y no pude indignarme con ella. Tenía algo de muchacha de pueblo que acaba de salir de una huerta con las rodillas raspadas, algo de chica campestre y desvalida.

—¿Vas a decirle a Augusto que te deje dormir? —le dije alarmado ante su profundo cansancio.

Lo aceptó, nunca se negaba a nada, aunque eso no significaba que cumpliría lo prometido. Esa mañana sólo me regaló unos minutos y antes de dejarla en su casa, estacioné el auto en una callecita vecina y me resultó difícil reanudar el diálogo pues ella se empeñó en mirar a las gentes que entraban y salían de una pequeña oficina de correos.

—Napoleón era un genio. ¡Mira, de allí te enviaba las cartas y todavía no entiendo cómo te llegaban! —dijo asombrada.

Observé la vieja oficina y también a mí me asombró que desde ese lugar llegaran sus cartas hasta mi casa, en ese momento tan remoto. Esperar el correo es una tortura, pues una carta es un milagro que no siempre se produce. La actitud pensativa de mi amiga me desconcertó: no podía llegar a ella, ocupada en el misterio del correo. Tomé el volante y me

dirigí al camino de Fontainebleau. El campo estaba todavía desnudo y de la tierra se levantaba una neblina delicada que se introducía en el cuerpo como un veneno ligero e implacable, como el veneno que se desprendía de Mariana. Quise atraerla hacia mí para mostrarle la belleza delicada del campo, como una acuarela japonesa:

—¿Por qué no me ves?

—Me acosté a las cuatro de la mañana y estoy muy cansada...

De pronto me indignó su marido que hablaba de la belleza, del amor y de la libertad y que privaba a su mujer del sueño, para cubrir sus escandalosas aventuras con Eugenia. Me enojó la sumisión de Mariana.

—¿No puedes ser digna?

Mariana se echó a reír y movió la cabeza negando. Detuve el automóvil, quería hacerle entender que no debía acompañar a la pareja en sus correrías nocturnas.

—¡Vas a quedarte a dormir en tu casa! ¿Entiendes?

Se precipitó a contarme que durante sus vacaciones lo único que hacía era dormir. Sus ambiciones eran modestas y busqué con la mirada algún lugar donde llevarla a dormir, pero el campo se abría sólo a granjas campesinas. En Mariana había algo que no infundía respeto, nunca conocí a nadie con esa singularidad: Augusto la regañaba en público, los criados ejercían el mando en su casa, los amigos hablaban de ella con facilidad y ella continuaba riendo. Le pregunté:

—¿Qué deseas, Mariana?

—Nada... —contestó sorprendida.

—¿Ni siquiera que te ame? ¿Ni siquiera el niño?...

—El niño, sí.

La llevé a su casa y le hice prometer que dormiría y se acostaría temprano. Para estar seguro de su obediencia llamé por la noche sólo para saber que había salido y que volvería hasta muy tarde. Era inútil, le gustaba rebajarse.

Volví a verla en el salón de su casa rodeada de invitados sudamericanos y algunos franceses y noté que en su salón se sentía más perdida que en la calle. Los huéspedes hablaban de temas revolucionarios y ella parecía aburrirse. En cambio Eugenia dirigía los debates apuntando los temas

esenciales con su boquilla de oro.

—¿Qué te pasa? ¿Estás borracha? —preguntó Eugenia a la dueña de la casa que cabeceaba de sueño.

Se produjo un silencio y Mariana no reaccionó, continuó dormitando sobre el respaldo del sillón. Me acerqué a ella y murmuré:

—Estoy contigo, Mariana —no sé si me escuchó.

La luz de los candiles del comedor daba reflejos dorados a las sedas azafranadas de las paredes y sacaba luces a los cabellos brillantes de Mariana. Miré la piel de su escote, dorada como un albaricoque, y me pregunté por qué se dejaba insultar. Un grupo de criados desconocidos giraba alrededor de la mesa y sorprendí varias miradas entre ellos y Mariana. No escuché la conversación. De pronto se dejó oír la voz de Eugenia.

—¡Augusto! ¿Por qué no te divorcias? ¿Sólo porque Mariana te dio una hija para amarrarte?

Toda la mesa fijó los ojos en la anfitriona, que en ese momento sostenía un tenedor que iba a llevarse a la boca. Augusto declaró solemne:

—Desgraciadamente soy como Sartre y creo en la responsabilidad. Mariana es tan pobre que si me divorcio terminaría pidiendo limosna.

De la mano de Mariana se desprendió el tenedor y éste produjo un ruido terrible sobre el plato.

—Perdón... —murmuró.

—Augusto, habrá alguien con más dinero que tú que recoja a Mariana —dije conteniendo la ira.

Los comensales nos miraron a los dos y trataron de reanimar la conversación, pero ninguno pudo decir una sola palabra. Fue Augusto el que rompió el silencio y trató de reparar la ofensa.

—Mariana es muy inútil, es penoso convivir con ella, no piensa... —dijo turbado.

—Hombres como tú y como yo nacemos mil cada año y mujeres como Mariana nacen una cada mil años —le contesté asombrado de mi propio valor.

Mariana permaneció quieta observada por todos, se había retirado a un lugar en donde las ofensas y las defensas no la tocaban. La declaración de

su marido era espantosa: la guardaba por deber. ¿Por qué no se iba? Había maneras más dignas de vivir, hasta convertirse en mi amante era más digno, cuando menos yo la amaba.

—Los mendigos son los únicos que confían en la bondad del hombre y yo los amo —dijo. Nos volvimos a verla, bajo la luz de los candiles, contemplando el fondo de su copa de vino y con los cabellos rubios sobre los hombros me pareció una hermosa bruja salida del corazón del fuego para leernos su propio destino y el nuestro, pues parecía conocernos mejor a todos de lo que nos conocíamos nosotros mismos. Apoyó los codos sobre la mesa y puso la barbilla sobre los dedos cruzados, en esa postura nos miró.

—Sigamos hablando de la revolución y de la igualdad de clases —dijo.

Después de esa cena dejé de verla muchos días, pues Augusto y Eugenia aparecían siempre sin ella: “Hace la ronda de las fiestas. Es una *snob*”, decían. Sabina opinaba que había algo espantosamente arribista en Mariana y a ello se debía la aceptación de las humillaciones impuestas por Augusto. Yo callaba y de vez en vez la llamaba por teléfono:

—¿Y el chico prometido, Mariana?

Contestaba riendo y me dejaba sin comprender su docilidad, que sólo era rebeldía. Me esquivaba. En realidad no sabía nada sobre Mariana y me negaba a aceptar las versiones dadas sobre ella por Augusto y por Sabina.

En dos años París se había recuperado completamente y la ciudad abría sus avenidas hermosas a todas las aventuras. Inevitablemente mis paseos terminaban en las librerías. Fue justamente en una librería pequeña y lujosa en donde descubrí bajo el cristal de uno de los anaqueles a Mariana. Se cubría los cabellos con un gorro noruego y tenía la boca abierta en una risa fija. El hombre grueso y de labios abultados que me atendía la llevaba tomada por el talle en un paisaje nevado.

—¿Su mujer? —pregunté señalando la fotografía.

—Mi amiga —contestó petulante.

Al abandonar la librería, la campanilla de la puerta tintineó sonora dando la alerta. ¡Ese hombre era su amante! Por eso me esquivaba. La llamé para exigirle vernos esa misma tarde y ante mi asombro aceptó la

cita: haríamos el amor. Cuando llegué a su casa a las cuatro de la tarde la encontré charlando con Gabrielle, la mujer vieja amiga suya y de Romualdo cuya existencia había olvidado. No hicimos el amor. Mariana me obligó a llevar a Gabrielle a las cercanías de un pueblo vecino en donde se hospedaban los padres de su amiga. Durante las dos horas que esperamos en el auto viendo caer la lluvia quise saber lo que se proponía Mariana, pero fue inútil. Me habló del hijo que tendría conmigo: “Me iré a Suecia y desde allí te lo envío con Gabrielle”, la escuché decir. Esa tarde supe que el amor también incomunica. Mariana me amaba, pero su aparente simpleza ocultaba un intrincado laberinto.

—¿Y si también quiero a la madre? —le pregunté cuando me habló del niño.

—¡Tonto! Ése no es el pacto.

Mariana lo sabía todo y decidía nuestro destino con pocas palabras y ningún hecho. Ella dictó el pacto, yo lo aprobé, pues con el cabello húmedo, el impermeable inglés y la risa alegre resultaba peligrosamente atractiva. Era de noche cuando Gabrielle apareció y pudimos regresar a París. Me sorprendió que la vieja viviera en una callejuela en la que se multiplicaban los cabarets de mala estofa. Era un personaje inesperado en mi vida y tuve la certeza de que traicionaría a Mariana.

—¿Estás segura de ella? —dije al verla alejarse con pasos furtivos.

—Gabrielle es una santa.

Era inútil contradecirla, caería con más rapidez en la trampa que le tendía la vieja. Mariana tenía la cualidad de equivocarse y de convencer a los otros de que estaba en lo cierto. Con ella todo era posible, hasta ser inmortal. Durante un tiempo llegó a convencerme de la necesidad de salvación para alcanzar el cielo.

—¡Te adoro! —le grité cuando la vi correr hacia su casa.

Regresó corriendo al automóvil, se inclinó por la ventanilla hasta casi introducirse completamente y de bruces me dio un beso:

—¡Mentiroso!

Y volvió a correr rumbo a su casa.

No pude verla hasta la víspera de nuestro viaje a Italia. Llegó al hotel acompañada de Augusto y de Eugenia a desearnos buen viaje.

Acurrucada en un sillón permanecía ajena a la charla llevada animosamente por su marido. Augusto como siempre hablaba del retraso político de la América Latina y de arqueología. Sentí rencor por él.

—¿Cómo puedes estar contra las tiranías si tú eres un tirano? —le pregunté.

—¿Yo?... ¿tirano?... tal vez tengas razón.

Augusto nunca discutía sus posibles faltas, aceptaba las críticas en actitud contrita para desarmar al enemigo e imponer su voluntad. En esa ocasión no logró hacerme sentir culpable, ya que otras veces había observado su treta.

Nos fuimos de París y no pude estar nunca con Mariana. Tuve la certeza de que un destino adverso marcaba las líneas paralelas de nuestras vidas que corrían juntas pero sin tocarse. En un determinado punto las dos líneas estaban condenadas a separarse, entonces Mariana se alejaría de mí vertiginosamente y yo solitario continuaría mi vida huérfana. Este pensamiento tenaz me persiguió durante todo el viaje por Italia. “Tonto, tonto, tonto”, me repetí, imitando a Mariana. Debería haberme impuesto con ella, haberla amado para obligarla a permanecer cerca de mí. ¿Y qué había hecho?, inada! Me prometí cambiar de conducta a mi regreso.

Recuerdo la tarde veraniega en que sin previo aviso irrumpí en la cocina de su casa. Una mesa enorme en la que merendaban varias sirvientas y sirvientes españoles, que se pusieron de pie al verme entrar, me hizo sonreír. Me recordó las cocinas de las estancias de mi país. Cordiales, me ofrecieron asiento mientras Teo salió en busca de la señora de la casa. Mariana entró con aire divertido y ambos nos echamos a reír coreados por los criados.

—Se reúnen aquí en vez de ir al café —me explicó Mariana tomando asiento entre ellos.

Vi el inminente peligro de quedarnos allí toda la tarde y le menté para hacerla salir de su casa. En unos minutos la tenía en el automóvil. Enfilé rumbo a Marly. La tarde era tibia y los verdes de las tapias y los campos iluminaban la luz haciéndola muy tierna. De los árboles se desprendía un olor a miel que se esparcía por los caminos solitarios. Corrimos al azar,

tomando senderos imprevistos. De pronto llegamos a una glorieta lujosa abierta en medio del bosque, en la que había una fuente rectangular construida junto a un muro y rodeada de columnas inesperadas. De la glorieta partían varios caminos, tomamos uno y nos internamos en el bosque. Un letrero anunciaba: Truo de L'Enfer.

—Mira, por ese agujero se caen los que no aman —exclamó Mariana.

—Por ahí vas a caer tú por mala —le dije riendo.

El camino nos llevó a senderos estrechos, tomé uno y continuamos corriendo entre la maleza húmeda y los árboles, hasta llegar frente a las rejas de un palacio inexistente. Nos detuvimos, bajamos del auto y contemplamos las rejas altísimas, negras, con una corona ducal colocada en lo más alto. Un silencio completo invadía aquel lugar, sobrecogidos nos asimos a los barrotes de las rejas para mirar lo que había atrás de ellas: un enorme jardín abandonado, un camino de losas de piedra y una escalinata blanca que no llevaba a ningún sitio, digo que llevaba al cielo, ya que ningún palacio estaba tras ella. Cogidos a las rejas tuvimos la seguridad de que habíamos llegado al reino de los sueños.

—El que entre será amado para siempre —dijo Mariana meditabunda.

Empujé una de las rejas y entré en aquel lugar encantado, desde allí le tendí la mano a Mariana.

—Ven, mi amor —le dije.

Avanzamos despacio hechizados por aquel palacio casi invisible que se ocultaba tras la escalinata blanca. Un perfume intenso a yerbas y a flores nos hizo dudar antes de seguir adelante. El lugar era profundamente solemne, alguien lo había colocado allí para extraviar a los viajeros. Mariana se acercó a mí, yo la tomé de la mano y avanzamos callados, oprimidos por la certeza de que habíamos entrado en un círculo ajeno al resto del paisaje. ¿Qué había ocurrido en ese parque singular? Eran trozos de palacio y restos de un jardín colocados allí por una mano misteriosa. El cielo permanecía en silencio. Atónitos frente a la escalinata que llevaba a las nubes, de pronto sentimos que alguien nos miraba con intensidad y nos volvimos asustados para encontrarnos frente a cuatro esfinges de piedra a medio sepultar por la violencia perfumada de las madre selvas. Nos llegó su aroma y nos llegó su frescura... Era indudable

que alguien había colocado aquellos pedazos de palacio para hechizarnos en un largo sueño. El cielo se licuó y los verdes centellearon, la escalinata blanca tendida como un abanico prometía el acceso a puertas invisibles que pronto se abrían para nosotros... Movido por la tarde húmeda, inventada por las cuatro esfinges, avancé entre las hierbas, me acerqué a Mariana envuelta en su impermeable inglés y arreglé sus cabellos rubios mecidos por la brisa...

—Quiero hacer el amor contigo...

—¿Dónde?...

Y se desbarató en mis brazos como la niebla se desbarata entre las ramas. ¿Dónde? El lugar era tan solitario como la soledad de los sueños. Estábamos absolutamente solos, en el centro de una tarde irreal. Tomé a Mariana de la mano y corrimos por un sendero sembrado de álamos. Detrás de sus copas agudas como espadas vi la pizarra gris del techo de un albergue y nos dirigimos a él, a sabiendas de que acababan de colocarlo allí sólo para nosotros. Nos encontramos en una habitación pequeña. Por la ventana nos acechaba el bosque y mecidos por la lluvia que nos guardó compañía nos besamos hasta que cayeron unas tinieblas muy espesas. Al salir del albergue quise que Mariana me amara toda la vida y al llegar a París desconocí a la ciudad.

—Los puentes no están en el mismo lugar —afirmó Mariana.

—¡Sentido contrario! —nos afirmó un agente envuelto en su capa azul.

—Señor agente, venimos de hacer el amor. ¿Cómo puede haber sentido contrario? —preguntó mi amiga guiñándole un ojo.

—¡Ah! los enamorados, los elegidos del Paraíso —contestó el hombre llevándose la mano al kepí en señal de despedida.

Por la noche, en la orfandad de mi habitación, el cuerpo fresco de Mariana se confundió con las esfinges cubiertas por las madreselvas y juntos subimos la escalinata blanca para llegar al sueño...

Vinieron unas tardes en las que las palabras se confundían con las ramas y con la lluvia que escuchábamos caer desde la cama. ¿Qué me decía Mariana? Palabras que yo correspondía con otras aún más secretas. “Los bastardos son los más guapos”, me aseguraba. Los regresos eran extraños. Mariana guardaba silencio acurrucada cerca de la portezuela

del coche y yo callaba para ocultarle que mis retrasos irritaban a Sabina.

—Ven junto a mí...

Pero Mariana continuaba lejana y silenciosa escrutando los bosques nocturnos.

—Drieu La Rochelle habla del suicidio como de una vocación...

La miré asustado, iba impasible, observando la noche y los árboles oscuros que desfilaban de prisa por la ventanilla del automóvil. ¿Por qué hablaba así? Deseaba alejarse y yo sólo quería protegerla de su terrible soledad. Por la noche la llamé por teléfono sólo para enterarme de que había salido con Eugenia y con Augusto...

Mariana volvió a la rutina y acompañaba a la pareja en sus correrías nocturnas. Su silencio me dejó agobiado y llegué a preguntarme si no estaría embarazada y Gabrielle nos había traicionado... Me sentía mirado por Romualdo y por Sabina y trataba de fingir indiferencia. En mi reloj pulsera veía correr el tiempo y la precipitación del segundo me producía vértigo. También yo corría por un tiempo plano como la carátula por la que él corría sin que ningún milagro se produjera, las horas pasadas con Mariana estaban llenas de imágenes y significaciones profundas, surgidas del tiempo impalpable de los sueños, yo sabía que a ella le ocurría lo mismo y la imaginaba vagabunda y desdichada...

Volví a encontrarla en su salón. El motivo de la pequeña cena era la llegada a París de un “joven lleno de talento” compatriota de Augusto. Al entrar vi que la Rosa del Tiempo anunciaba tormenta: Eugenia bailaba sola al compás de una música tropical, “el joven de talento” estaba hundido en un sillón y Augusto contemplaba iracundo el silencio de Mariana. La conversación era inútil y Sabina se dedicó a observar a los personajes con una sonrisa que a mí me pareció diabólica.

Cenamos alrededor de una mesa redonda colocada frente a la gran ventana del comedor, para lograr un efecto de mayor intimidad entre los comensales. Los cortinajes de seda color azafrán reflejaban las luces de los candelabros y proyectaban sombras en el rostro de Mariana, que impasible contemplaba el ramillete de mimosas que adornaba el centro de la mesa. Augusto y Eugenia sostenían un diálogo en el que sólo hablaban de mi amiga en términos extraños. Los minutos se alargaron en

el cambio de platos, me angustió no comprender sus alusiones y vi enrojecer al “joven de talento”, que evitaba cuidadosamente dirigir sus miradas a mi amiga. ¿Qué sucedía? Eugenia regalaba sonrisas a Sabina y Augusto la obsequiaba con elogios, mientras el aire se cerraba alrededor de la pequeña mesa. Escuché que se hablaba de dinero y miré los platos con restos de comida que esperaban a que alguien los quitara de nuestra vista. De alguna manera extraña me sentí manchado y busqué los ojos de Mariana fijos en el ramo de mimosas.

—Hay mujeres “poéticas” que sólo buscan amantes con dinero —afirmó Eugenia aplastando su cigarrillo en el resto de puré de su plato.

Hubo un silencio malicioso y todas las miradas cayeron sobre mí como lenguas de fuego. Tuve la impresión de recibir un golpe bajo y supe que abofeteaban a Mariana. El “joven de talento” se ruborizó violentamente y Sabina aprobó satisfecha las palabras de Eugenia, acompañadas del tintineo de sus pulseras cuajadas de diamantes.

—Mariana es un parásito —aseguró Augusto.

La palabra “parásito” hizo reír a Eugenia y dejó en suspenso a Sabina. Siguió un fuego granado de juicios groseros sobre mi amiga, que metida en su traje negro de puños y cuello blanco continuó impasible, mientras Teo recogió los platos. Quise decir algo y la miré con intensidad, ella levantó la vista y leí en sus ojos: “Sabina sabe que somos amantes”. Estaba aterrada. Quise decirle que no tuviera miedo. ¿Miedo de quién? Aquellos personajes sentados alrededor de la mesa gesticulaban como gárgolas enfurecidas al resplandor de las velas sostenidas por los candelabros. Parecían muy temibles y sólo eran seres irreales, incapaces de entender el amor. Las frases subieron de tono.

—Tiene delirio de grandeza, ha puesto a su hija en una escuela para millonarias —acusó Augusto.

—¿Por qué no te defiendes? Sabes que eres una arribista y una ambiciosa. Sólo te gusta el dinero. ¿Verdad? —dijo Eugenia señalando a Mariana con su larga boquilla de oro.

—¿El dinero?... ¿Nadie dice algo en mi favor? —preguntó Mariana con los ojos agrandados por algo que no supe si eran lágrimas o ira.

—¡Querida, eres la mujer más linda del mundo! —exclamé y miré

indignado al coro de comensales que sólo hablaban de dinero para hacer notar que Mariana carecía de él. Hubiera deseado que contestara a las injurias que también iban dirigidas contra mí, pero Mariana volvió a su aislamiento sin importarle las palabras que caían sobre la mesa. Me invadió la cólera y me sentí un cobarde...

—Somos muy agresivos... —dijo el joven de talento.

—Javier, tú que vienes de la Unión Soviética, explícale a Mariana que en el país de la Revolución no hay lugar para los parásitos como ella —exigió el marido de mi amiga.

—Mariana tendría un lugar en el Ballet... —respondió el joven.

—¡Ridículo! ¿Por qué dices eso? —preguntó irritado el marido de Mariana y acto seguido se puso de pie y se dirigió al salón. Lo vi nervioso, mientras los demás ocupamos lugares dispersos. La cena había sido amarga y la humillación me quemaba la frente. Me intrigaba que Javier viniera de la Unión Soviética y me acerqué a él pues además parecía estar del lado de Mariana.

—¿Estuviste mucho tiempo allá? —le pregunté.

—Un año estudiando dirección de teatro. Tú sabes, yo empecé con Mariana...

No pudimos hablar. Augusto lo apartó de mí y Eugenia colocó un disco y se escucharon los primeros acordes de un tango... “Yo empecé con Mariana...” había dicho el joven de talento. Eugenia me cogió de un brazo.

—Tú y yo vamos a bailar... —la escuché decir.

—Vicente, baila con Eugenia —ordenó Sabina.

Me dejé arrastrar al salón contiguo. “Yo empecé con Mariana...”, me repetí. Eugenia se untó a mí como un animal pegajoso, me llegó su aliento alcohólico, me detuve en seco, la dejé y me dirigí al lugar que ocupaba Mariana, a la que con decisión la llevé a bailar conmigo. Es difícil explicar la gravedad de esos minutos en los que permanecemos juntos, unidos por la música. La intensidad del amor es tan indecible como la intensidad del dolor. “Mañana es domingo y pasaremos el día juntos... hablaremos, Mariana, hablaremos, esto que nos sucede es horrible...”

Han pasado los años y el recuerdo de esa noche de sábado todavía me duele, no podría explicar con palabras la humillación preparada para Mariana y para mí. Sabina se había unido a ellos con una sonrisa feliz y traté de ignorar sus palabras dichas con malevolencia... No debía escucharla. Dormí mal, buscando las frases para convencer a Mariana de abandonar para siempre a su marido. Ese hombre la degradaba. Nunca me había sentido tan injustamente desdichado y por la mañana, a pesar de las lágrimas y las súplicas de Sabina, salí a buscar a Mariana. Me fui al jardín de Luxemburgo y la llamé desde un teléfono público. Supe que Augusto y Eugenia habían salido juntos la noche anterior y que él todavía dormía, pero fue inútil, Mariana debía comer con la pareja. Me indignó su voz y me indignaron sus razones, soy propenso a la depresión y la voz de Mariana me sumió en la oscuridad.

—Mi amor, ¿cómo puedes comer con ellos después de la noche infame?
—¿En dónde estás?

Le expliqué que me hallaba frente al jardín de Luxemburgo, que había ido allí a invocarla y a olvidar la desdicha de la noche pasada. ¿Cómo era posible que se negara a verme y que escogiera la compañía de la pareja que preparaba su destrucción?

—Todos están contra nosotros y me encuentro muy solo y muy desdichado... Soy un cobarde...

—Yo también estoy muy sola... muy sola... ¿que más podía hacer?...

Se conformaba con tan poco que me hizo sentirme un criminal. Insistí en verla, pero mis súplicas encontraron a una Mariana aterrada que se negó a reunirse conmigo. Dejé el teléfono, profundamente herido y me fui solo al jardín de Luxemburgo en el que alguna vez sucedieron momentos felices, a sabiendas de que la felicidad no existe. Mariana había producido un pequeño espacio dichoso para cerrarlo luego con su terror que invadía la mañana... Me senté en una banca pública, yo era el desterrado, el intruso y en el escenario de mi pasada dicha odié por primera vez a Mariana. Las familias endomingadas comían dulces y paseaban con sus hijos, algunos me miraban sin mirarme y nadie ocupó un lugar junto a mí, pues la desdicha aleja a los cristianos. Vagué por los jardines ajeno a sus olores que montaban de la tierra y se esparcían con suavidad en

ráfagas ligeras. Imaginé venganzas y al oscurecer escogí para Mariana la palabra: ¡indigna! Abandoné el jardín y volví a llamarla cuando terminaba la tarde y supe que había salido con Eugenia y con Augusto. Volví a mi hotel con el presentimiento de que nos habían derrotado. Era notable que la incluyera en mi derrota. Sabina no lo ignoraba y me miró con lástima:

—Eres un inocente. ¡Es tan claro que tiene amores con el joven director de teatro!

La derrota entrevista me hizo creer sus palabras. “¡Qué tonto eres, Parsifal!”, me repetía Mariana riendo. “Debo releer las *Leyendas del Graal*”, me dije sin ocuparme de los amigos que rodeaban a Sabina.

—¿Pero de quién hablan? —preguntó Jacobo con voz aguda.

—De Mariana. Vicente se ha enamorado de ella —contestó Sabina.

—La conocí la otra noche y no puedo decir si es una atleta fracasada, una *nurse* inglesa o una vampiresa de cine. ¡Qué mezcla! —exclamó Jacobo.

Evité mirar a aquel poeta municipal de mi país que pasaba unos días en Europa y que hablaba con descaro de una persona a la que no conocía. Sabina se echó a reír pues apreciaba el juicio abyecto de su protegido.

Durante la cena, la noche anterior sucedida en la casa de Mariana, se colocó a mi lado con sus humillaciones y sus soledades. La gran ventana del comedor cubierta por cortinajes azafranados y el ramillete de mimosas apareció y desapareció ante mis ojos borrando por completo el restaurante en el que creía encontrarme. La mesa circular, sus candelabros y las palabras dictadas por Eugenia ocupaban el espacio, pero Mariana estaba ausente y era yo solo el que recibía las injurias de los comensales que reían ignorando a la silla que nadie ocupaba. ¿Cómo era Mariana? Sólo recordé los colores de los que estaba hecha y éstos se difuminaron en la penumbra del restaurante y sólo me quedaron las frases infames. La había olvidado y caminaba por un mundo vacío en el que me hallaba solitario y en el que sólo giraban hojas muertas...

Al despertar llamé a Mariana por teléfono: “La señora está dormida. Acaba de marcharse la señorita Gabrielle”, me contestó enigmática Teo. Salí en busca de la vieja amiga de Mariana, estacioné el automóvil frente

a la puerta del edificio dudoso y subí las escaleras sórdidas que conducían a su cuarto. Nadie contestó a mis llamadas. Volví al auto y decidí esperarla, ocupado en pensamientos confusos. Vi llegar a Gabrielle con las espaldas encorvadas y el mismo traje gris y salí a su encuentro.

Gabrielle estaba hostil y su mirada huidiza me ofuscó. No podía preguntarle nada, la mujer me tenía una rabia especial, se diría una institutriz indignada porque alguien había dañado a su discípula. Sin dirigirme la mirada, me reveló de prisa lo ocurrido la víspera en el hotel de Eugenia. Sus palabras, precisas y elocuentes al relatar un acto ignominioso, me llenaron de ira. No intento recordar ahora aquel episodio que abrió en mí la puerta del desprecio y de los celos y me llenó de dudas. A medida que hablaba la mujer, crecía mi indignación contra Mariana. ¡No, no la perdonaría jamás! Creí entender por qué se empeñaba en continuar con Augusto y me hundí en la confusión y en la piedad por la “pequeña Mariana”, como la llamaba Gabrielle.

—Espero que no vuelva a molestarla jamás.

¿Mariana estaba enamorada de su marido? Entonces, ¿por qué no me lo decía ella misma? La vieja pareció dudar, desvió la mirada y aseguró con voz vacilante:

—Es mejor para ustedes dos... es mejor... no la llame nunca más...

La vieja hizo una mueca compungida y me miró con astucia. La impotencia me invadió: aquella mujer me ocultaba algo, me relataba un hecho indigno y después me observaba como a un animal curioso, no me diría la verdad completa, sólo dictaba su sentencia: no volver a ver a Mariana jamás. Ejercía su poder sobre mí y era inútil que me rebelara. Acepté su orden y decidí hablar con Mariana. Arrepentido de mi debilidad frente a Gabrielle, abandoné humillado el cafetín astroso. “Nunca hay que recurrir a terceros...”, me repetí varias veces mientras el automóvil cruzaba calles alegres. “Nadie ofendió a Mariana, ella es la culpable de lo que le sucedió...”, me dije con ira, recordándome a mí mismo y lo sucedido años atrás y condené a mi amiga...

Busqué un club y me dediqué al tenis. En varias cenas me encontré con Augusto y con Eugenia y tuve que reconocer que estaban satisfechos. Cuando el enemigo festeja algún suceso, festeja siempre su victoria. Fue

pensando en lo que me había revelado Gabrielle lo que me produjo aquella caída estúpida en mitad de la cancha y que me obligó a guardar cama y a estar rodeado por los amigos y familiares de Sabina.

—¿Y en esta jungla parisina no existen médicos? —preguntó Jacobo preocupado ante la ansiedad que demostraba mi mujer por el estado de mi rodilla.

Pedrito, un joven recién desembarcado de América del Sur parecía ansioso de contarnos algo:

—No sé, Jacobo, este París es muy disparatado. Anoche estuve en el Boulevard Saint Germain, donde van los bohemios. ¡Qué jungla como dices tú! Entré a un café en el que había mujeres existencialistas, las estaba observando cuando entraron dos señoras elegantes con abrigos de visón y más diamantes de los que puedes ver en Tiffany. Venían acompañadas por dos corsos, me abordaron con naturalidad para invitarme a una fiesta íntima. ¡Acepté! Nos dirigimos a un barrio elegante y entramos a un edificio lujoso, subimos a un tercer piso y la rubia teñida sonó el timbre de entrada. Abrió una muchacha rubia, no teñida, pensé que era la mucama suiza. “¡No juegues a la niña!”, le dijeron. Entraron al salón, tiraron las pieles en el suelo y pusieron música. Los corsos sacaron botellas de licor, yo no conocía la situación. Uno de los corsos, al que llamaban Cocó, entró al comedor y yo, desde las puertas de espejos lo vi revisar los muebles y sacar la plata. La muchacha rubia entró por una puerta imprevista y ordenó: “¡Deje esos cubiertos, ladrón!” Cocó la tomó por los hombros, le dio algunas sacudidas: “¡Cálmate!”, le dijo. La chica, entonces, salió corriendo y apareció en el salón contiguo, ocupó un sillón junto a la chimenea y observó a los dos hombres y a las dos mujeres que bailaban a media luz. La pobre se puso a llorar. ¡Sí, a llorar, tal como me oyen! Me dio pena y me acerqué a ella, que se levantó de un salto: “¡Váyase de mi casa, bandido!” ¿Se dan cuenta?, me llamó bandido. Desde lejos traté de calmarla, me habían invitado, yo no conocía a aquellas gentes y prometí echarlas de su casa. ¡Qué mal rato! Las mujeres no escuchaban razones, estaban abrazadas a los corsos. Fingiendo una tranquilidad que no sentía, encendí las luces y ordené que salieran o llamaba a la policía. “¡No, a la policía no!, gritó la muchacha y agregó:

“Sería un escándalo”.

”Se puso a mi lado y trató de convencerlos de salir de su casa. Yo me engallé: ‘¡Vamos afuera a medir fuerzas!’, exclamé. Logré sacarlos y ya en la puerta le afirmé a la muchacha: ‘No soy un bandido. Soy un caballero’. Me encontré solo con ellos, la calle vacía me dio la idea de correr. Me escondí en una placita a los pies de una estatua, mientras ellos me buscaban. No respiré y decidieron irse. ¡Qué cosas! Es una jungla esta ciudad...”, y esa pobre chica... terminó Pedrito.

—¿No se llama Mariana? —preguntó Sabina riendo.

—¡Mariana!... Sí, así la llamaban las mujeres. ¿Cómo lo supiste?

—Es muy amiga nuestra —me apresuré a contestar para evitar los comentarios del grupo que había escuchado la historia.

Sabina, entonces, decidió llamarla y explicarle mi gravedad, para que buscara a un médico. Los amigos se mostraron entusiasmados, yo protesté en vano y cuando vi aparecer a Mariana con los ojos muy abiertos y su falda plisada, decidí que eran execrables. Así volví a encontrarla. Después de la visita a su médico, me encontré muy solo rodeado por el grupo que ya había conocido a la chica que llamó “bandido” a Pedro. Me pregunté lo que ella me había preguntado: “¿Para qué vives?” y encontré la respuesta: “Para ver a Mariana...”

En su cocina encontré a un cura merendando chocolate con Natalia y con Teo. Entendí entonces su dureza para juzgar a Rousseau: “¿Por qué no lees las *Confesiones de san Agustín*?” O bien: “Voltaire odiaba a la Iglesia porque ésta prohíbe el agio y ese hombre era un agiotista”. Charlé un rato con el sacerdote y decidí volver a la cocina en la que se ocultaba una Mariana que nunca aparecía en su salón.

—Mariana está en el Café de Flore —me dijo el cura.

La encontré en esa terraza y la llevé a pasear por los bosques. La tarde tibia y perfumada se reflejaba en las ramas de los árboles y en los prados tendidos como paraísos minúsculos, el mundo se multiplicó en trozos de belleza que nos convirtió en seres apacibles. Decidimos vernos todos los días y cumplimos la palabra empeñada...

—¿Por qué te vi?... Nunca olvidaré tu garganta... —me dijo una tarde Mariana, se cubrió el rostro con las manos y se hundió en un silencio que

no pude romper. La habitación se quedó quieta. Ahora nos encontrábamos en un pabellón dividido por un cortinaje de seda a rayas verdes y blancas; afuera nos rodeaban los castaños de hojas tiernas y flores olorosas. Miré a Mariana y la sentí en peligro. Me quedé preocupado, pensando en que nadábamos en corrientes distintas e igualmente peligrosas que nos arrastraban en direcciones opuestas... Los regresos a París eran melancólicos, Mariana guardaba un silencio absoluto, era enemiga de las lágrimas y no prolongaba las despedidas. Hubiera deseado preguntarle sobre el domingo en el que me abandonó en el jardín de Luxemburgo, pero ella no era amiga de hacer confidencias. “La pequeña Mariana es una introvertida”, me había dicho Gabrielle y yo respetaba su silencio. Hablaba poco del amor que me profesaba y su reserva me intimidaba. Recuerdo una tarde en que detuve el auto para comprarle cigarrillos. Al volver a su lado me miró asustada:

—Cuando te fuiste, la calle se apagó... ¿Qué voy a hacer?...

Tampoco yo sabía lo que sucedería cuando ya no le comprara cigarrillos. Mi esperanza era el hijo que no se producía y la contemplaba interrogante: “¿Mariana, no me haces trampas?” En aquellos días no imaginaba que nuestro futuro fuera tan breve... Cuando dejó de acudir a mis citas busqué la escalera de servicio y empecé a frecuentar su cocina.

—¿No crees en Dios?... Yo creía que eras como mi mamá y no como mi papá... —me dijo una tarde Natalia.

Me quedé pensativo. Nunca había creído en Dios, mi educación fue liberal. En esos días me preocupaba Graham Greene; su libro *The Heart of the Matter* me impresionó por el problema de la fe mezclado tan estrechamente a la pasión física, pero eso no podía decírselo a la niña, que me observaba con seriedad.

Una tarde, mientras Teo me hacía la lista de comestibles que debía ir a comprarle, escuché los pasos de Mariana acercándose a la cocina, me dio un vuelco el corazón, mi amante reconocería mi humildad y tal vez me recompensara con unos minutos de compañía. Entró calzándose los guantes y al verme, se detuvo asustada, me arrebató el capacho y me miró boquiabierta:

—¿Tú?... ¿Tú haciendo las compras?...

Su sorpresa no era fingida y me sentí recompensado: yo sólo era el más humilde de sus admiradores, dispuesto a servirla hasta de criado. Me arrastró al salón, iba ruborizada, quizá lamentó para ella misma la escasez de personal que había en su casa, pero no dijo nada, levantó la cabeza y decidida me invitó a acompañarla al cocktail al que ella estaba invitada. Acepté con júbilo, deseaba mirarla en alguna fiesta sin las miradas hostiles de Sabina y de Augusto. De aquella fiesta irreal sólo recuerdo pedazos de un palacete melancólico, con balaustradas que daban a un jardín pequeño sembrado de miosotis, margaritas y castaños, un salón con muros de seda albaricoque y un hombre delgado, de cabellos grises y chapines negros con hebilla de plata, que se deslizaba por los espejos sin ningún ruido y sonreía sin ninguna firmeza. Aquella silueta negra era la de Horlin, el amigo preferido de Mariana. Me quedan todavía algunas frases: “¿Verdad que parece la cabeza de Alejandro?”, dijo la voz de mi amiga. “Espero que no esté moribundo”, responde todavía la voz reposada de Horlin. Ambos hablaban de mí sin ningún pudor y como si yo no estuviera bajo su mirada. Nuestro paso por aquella fiesta fue muy breve, puedo prolongarla ahora, quizá convertirla en una larga historia de amor mudo, pues en ese breve espacio de tiempo amé a Mariana reflejada en el espejo de la chimenea, con mi nombre escrito por su mano sobre la superficie lisa, cuando alguien se negó a aprenderlo. Todo sucedió hace ya muchos años y vuelve a suceder con exactitud, cuando esa tarde tibia se presenta a visitarme en medio de las circunstancias más inesperadas. Escapamos por una escalera de avellano y alcanzamos el auto. Miré por el retrovisor, pues tuve la impresión de que alguien maléfico nos seguía. Tal vez sólo era el Ángel de la Desdicha, que vigilaba nuestros pasos y medía nuestros minutos. Tuve miedo y quise hallar la fórmula para quedarme siempre al lado de Mariana, que risueña se deslizaba por la fiesta; era necesario prolongar el milagro.

—Adoro a Horlin. Sus cocktails son ensayos de su funeral, nunca he conocido a un cadáver menos molesto... —dijo ella con voz seria.

Ante su razón inesperada no supe si reír o tomarla en serio, la dignidad de su rostro me recordó a Natalia y le pregunté si creía en los milagros. Me vio con ojos enojados: los milagros era lo único real que sucede en el

mundo... “Pero un milagro nunca se repite...”, añadió súbitamente triste. Yo me perdí en interminables monólogos sombríos. Fue esa tarde cuando descubrimos juntos una elegante casa de campo administrada por dos viejecitas de peinado alto, trajes negros y cuellos y puños de encaje blanco, que nos recibieron con benevolencia. A partir de esa tarde nos encontrábamos en esa habitación, decorada con colcha, cortinas y tapices blancos. Por sus ventanas altas entraba la luz clara de la tarde y se escuchaban los gritos desafinados de algunos pavos reales que paseaban por el parque. Dos fuentes blancas colocadas cerca de la terraza de entrada salpicaban al aire de frescura. Los chopos permanecían quietos transformados en llamaradas blancas y sus sombras esbeltas formaban encrucijadas sobre la grava de los caminillos bordeados de helechos. Muy lejos quedaba la ciudad...

Mariana vestía pantalones negros y un corpiño de jersey que se sostenía solo, dejándole los hombros completamente desnudos. En el lado izquierdo del pecho se había prendido una mariposa de plata salpicada de piedras de jade. Se sentó sobre la cama y contempló la blancura de la habitación con ojos melancólicos. Su figura, delgada y de luto, me entristeció. Me acerqué a la ventana y contemplé la perfección de los verdes del parque. Me quité la corbata y me quedé abstraído. Ella corrió inquieta a mi lado.

—¿A quién le tiraste un beso? —preguntó.

—Mi amor, cuando le tire besos a lo verde no se encele —le dije contento, pues era la primera escena de celos que me hacía.

Un silencio invadido de rumores nos llegó para poblar al invisible tiempo de seres irreales que nos miraban apacibles, desde las playas lejanas borradas a donde nos conducía el amor. Retrocedíamos a los lugares míticos de donde sólo los Dioses habían hecho el amor y llegábamos solos e inocentes, esperando milagros que sí se producían. A veces divisábamos las ramas del primer laurel y a veces nos hallábamos junto a una fuente o una playa señalada por huellas ilustres... Pasamos varias tardes en esa habitación de cortinas flotantes que dejaban entrever las copas plateadas de los álamos y las ramas vencidas de los sauces... El amor se convertía en una melancólica carrera contra el tiempo que nos

acechaba en las fechas de los calendarios y en las manecillas de todos los relojes, inflexibles al milagro de la dicha... Entonces Mariana dejaba de reír y envuelta en una sábana que volvía más dorados sus cabellos y su piel, fumaba cigarrillos, mientras meditaba. Nunca me comunicó sus pensamientos, drapada en la sábana, permanecía inmóvil, igual a una figura antigua e indescifrable...

Los bosques que nos regresaban a París la volvían triste. Una vez en el auto, se convertía en una chica moderna y pensativa. A veces, al verla recargada sobre la portezuela del coche sentía remordimientos por haberla invitado a aquella hermosa aventura. Ya de noche la abandonaba en una esquina vecina a su casa. Bajaba con decisión del automóvil, erguida como un soldado. Sí, Mariana tenía algo marcial, algo adolescente y se alejaba de mí con pasos decididos, para luego correr hasta alcanzar la puerta de cristales iluminados de su casa...

Hubo noches en las que me quedé reflexionando en esa esquina. Me preocupaba mi conducta y me extraviaba en sentimientos de culpabilidad y de desdicha. Desde mi lugar contemplaba la pequeña terraza de un café iluminado y las rejas negras que guardaban las vías del Petit Train. Allí en esos lugares vivía Mariana y allí continuaría viviendo si algo imprevisto no se producía. El silencio de las calles solemnes que me rodeaban me oprimía cuando la figura de mi amiga entraba por la luz de su puerta de cristales... Mi otra vida corría paralela a mi vida con Mariana: Sabina me esperaba encerrada en la habitación del hotel... Sabina y Mariana... Pronto debía prescindir de una de las dos para seguir con una sola... Quizás era Mariana la sacrificada y con ella terminaría mi última juventud. Había momentos en que la juventud me parecía una etapa egoísta, la sabiduría estaba en cruzar con diligencia la línea divisoria entre la fantasía de ser joven y la imaginación de la madurez. Si Mariana desaparecía de mi vida se convertiría en una Mariana imaginada, depurada de su charlatanería, sólo quedaría su sustancia como una sombra melancólica de color ocre. El pasado ofrecía el encanto de lo irrecuperable. Lo perdido se convierte en algo precioso, en algo apenas entrevisto, evocado casi a voluntad, en la esencia más pura del presente. Sin embargo la vejez me producía terror: significaba la degradación física

y con ella venían todas las degradaciones. La Mariana sentada en las gradas de la cancha de tenis aparecía ante mis ojos cuando angustiado trataba de conciliar el sueño, entonces decidía abandonarla antes de alcanzar ese futuro asoleado y horrible. Cuando la joven Mariana desaparecía por la puerta iluminada de su casa, su imagen transfigurada por la ausencia tomaba caracteres felices e intocables. Era mejor dejarla así: luminosa y elástica. Reflexioné en la perfección de su recuerdo cuando volví a dejar de verla. Ignoraba lo que sucedía y culpé a Gabrielle de haber cometido alguna indiscreción...

Las desapariciones de Mariana me preocupaban el tiempo necesario para atender a Sabina, asistir a los teatros y frecuentar a los amigos olvidados. La sabía haciendo la ronda de los lugares nocturnos de diversión en compañía de Augusto y de Eugenia y me repugnaba su felicidad para prestarse a hacer aquel papel despreciable. Durante sus ausencias juzgaba los cuadros y los libros con justeza, pues la pena agudizaba mi entendimiento para entender el misterio infinito de la belleza. En un sentido más profundo que Mariana, también yo pensaba que la vida sólo era un juego literario. Ella no había superado la idea infantil del juego y esta cualidad la convertía a veces en un ser profundamente diabólico. Empecé a sentirme atrapado en una maraña de intrigas indescifrables urdidas por una mano desconocida. En su cocina me enteraba de cosas increíbles: recuerdo ahora a una mujer oscura a la que jamás he visto, pero cuyo nombre conozco: “la señora Juárez”. La mujer había divulgado el secreto de la aventura entre Augusto y Eugenia, y por órdenes de éstos Mariana le reclamó en público su “calumnia”. La Juárez protestó con violencia y Augusto y Eugenia, temerosos del marido de la mujer, que también ocupaba un cargo público, ordenaron a Mariana que organizara una fiesta de desagravio y se declarara públicamente una chismosa.

—La señora lloró mucho... —dijo Teo disgustada, mientras organizaba con parsimonia los *bouquets* de flores que engalanarían la fiesta.

No entendí la indignidad de Mariana y abandoné su cocina poseído de un furor desconocido. Al subir a mi automóvil, vi llegar a Augusto a su casa, y al verme se dirigió a mí sonriente. Arranqué con brusquedad e

ignoré su gesto amistoso, al mismo tiempo que me prometí no volver a saludarlo jamás. Augusto sacaba un placer extraño en organizar afrentas para su mujer.

Mariana me tentaba, deseaba descubrir el misterio que la obligaba a permanecer cerca de aquel hombre y con discreción rondaba su casa. La vi llegar una tarde acompañada de Natalia. Vestía pantalones negros y un suéter blanco enorme. Calzaba mocasines negros con hebilla de plata. De los hombros de Natalia colgaban las zapatillas de raso de color rosa que unos días antes estaban colocadas sobre la mesa de la cocina como un trofeo de caramelo.

—¡Son las primeras puntas de Natalia! —me había explicado el cura.

Ahora las puntas estaban manchadas por el polvo y las cintillas de raso empezaban a parecer gastadas. Mariana entró a su casa y volvió en unos minutos. Tenía los ojos hinchados, se diría que había llorado... En la habitación de cortinas blancas guardó silencio y no quise acorralarla con preguntas. Al oscurecer me senté en el borde de la cama ocupado en pensamientos tristes, mientras Mariana permaneció quieta bajo las sábanas. Oí caer nubes negras y guardé silencio.

—Vicente, si tú te vas yo me muero.

Me volví asustado ante sus palabras dichas con frialdad. ¿Cómo había adivinado que en esos instantes yo contaba los días que me quedaban cerca de ella?

—¿Qué dijiste?

—Que si tú te vas me muero.

No supe qué decir, recordé el pacto del hijo y recordé también que nuestro amor era eterno. Vi las cortinas flotantes y líquidas y escuché el silencio temible que inundaba la habitación después de las palabras terribles de Mariana. Afuera la noche todavía violeta se filtraba a través de los cristales y de las gasas y una sensación de irrealidad se apoderó de mí: Mariana estaba condenada. Agobiado por el desastre que se cernía sobre nosotros cogí sus mocasines y observé que eran nuevos. Sentí una ternura inexplicable por mi amiga y la observé metiéndose el enorme tricot blanco. “Lo tejí yo”, me dijo. Le tiré de las mangas y traté de reír: “Me quedaría mejor a mí”, comenté.

—Te lo daré mañana...

Durante mucho tiempo usé aquel tricot en la playa, me parecía que estaba cerca de Mariana, era un homenaje a su amor y al mío, después llovió el tiempo y el tricot blanco quedó por algún sitio... Aquella tarde sus gestos y palabras guardaban decisiones secretas y en vano traté de cruzar su frente alta, para saber lo que sucedía tras ella. Mariana, con su apariencia rubia y deportista se convirtió en un misterio que se alejó de mí con una velocidad asombrosa. De vuelta a París, se acurrucó junto a la ventanilla del auto y se dedicó a mirar el bosque sombrío. Tuve la impresión de que había levantado una muralla entre los dos y que jamás la cruzaría. Al llegar a su casa, bajó corriendo y vi que llevaba un pie descalzo. La llamé a gritos. Volvió y se inclinó sobre la ventanilla.

—¿Dónde está tu zapato? —pregunté angustiado.

—Lo tiré en el camino —contestó.

Incliné la cabeza sobre el volante, agobiado por un dolor repentino, pues comprendí que había arrojado el zapato en vez de arrojarse ella misma.

—¡Voy a buscarlo!

—¡Nunca, nunca lo encontrarás! —aseguró.

Debía hallar aquel zapato perdido en el camino del bosque, ya que era un mal augurio, un gesto suicida de Mariana. Tal vez, el zapato era yo mismo y ella me tiraba con desamor en la mitad del bosque oscuro. La vi alejarse con un pie descalzo y blanco preparada a entrar en un mundo que no era el mío. Iba tan sola, que la noche misma se separaba de ella abriendo a su alrededor un espacio vacío que la convertía en un ser extraño y estuve seguro de que al arrojar su zapato, Mariana había muerto. Angustiado, me volví al camino del bosque, debía encontrar el zapato para no perder a Mariana. Recorrí la carretera, me bajé en los lugares que habíamos cruzado con la ventanilla abierta, eché los faros y busqué minuciosamente entre las hojas caídas en la orilla del camino. “Si no lo encuentro la perderé para siempre”, me repetí cada vez más angustiado. Se preparaba una catástrofe para los dos y era ella quien la había provocado. Sólo yo podía conjurarla y continué buscando febrilmente, poseído por una angustia que me invadía en oleadas hasta

ensordecirme. Era necesario romper el maleficio creado por Mariana... A las doce de la noche abandoné la búsqueda y llegué al hotel, derrotado. Encontré a Sabina rodeada por sus primas y por Augusto y Eugenia acompañados de una pareja desconocida que me miró con curiosidad.

—Los señores Juárez, grandes compatriotas —presentó Eugenia.

Miré a la pareja oscura, pequeña, de facciones mezquinas y cabellos rizados, la mujer era la que había exigido excusas y una fiesta de Mariana. El hombre se atesó el bigotillo: “Tu mujer terminará con tu carrera”, afirmó. Yo había llegado tarde y miré al grupo sin fuerza para escuchar sus sentencias contra Mariana. La imagen de mi amiga cruzando la noche con el pie descalzo se interponía entre los demás y yo. Tuve la sospecha de que Augusto también la veía correr entre nosotros y de que sonreía ante su pie descalzo. No dije nada. Tenía la sensación de continuar mi búsqueda entre la maleza oscura y así subí a mi cuarto en donde no pude conciliar el sueño. Estaba a oscuras, no sabía las culpas de Mariana ni quién era Mariana, y sin embargo, cuando caí dormido la encontré al pie del muro blanco leyendo también un libro en blanco. Supe que allí estaba escrito nuestro destino y que en sus hojas no existía ninguna palabra. Mariana me miraba con los ojos ciegos de las estatuas y entonces comprendí que sólo formaba parte de un bajorrelieve gigantesco y desperté sobresaltado.

Debía impedir que la desgracia se abatiera sobre nosotros y muy temprano reanudé la búsqueda. Tenía que encontrar aquel zapato tirado en la maleza y busqué entre las matas de menta y las hojas caídas. Vivía dentro de un largo sueño maléfico y traté de recordar los lugares que me parecieron indicados para ejecutar aquel acto. Detuve el automóvil muchas veces. “¡No lo encontrarás nunca, nunca!”, repetía la voz de Mariana desde todos los lugares del bosque. Debía derrotar a aquella voz. Fue inútil y a las tres de la tarde volvía al hotel con la obsesión de mi fracaso y mi necesidad urgente de recuperar aquel zapato. Llamé a Mariana y aceptó que la recogiera esa misma tarde.

La encontré en la placita vecina de su casa. Traía un bulto con el zapato impar y el tricot blanco. Teo le había ordenado ir al Depósito de Objetos Perdidos del Metro, pues había dicho que el zapato se perdió al subir a un

vagón del Metro. Deseaba obedecer a su sirviente, a pesar de saber que el zapato perdido no estaba allí. Era muy dócil, siempre obedecía, aunque después hiciera siempre su voluntad. En su aparente obediencia residía el engaño.

—Mariana, anoche estaba en mi hotel una mujer llamada Juárez...

—No sé quién es...

Nunca me haría ninguna confidencia y enfilé el auto rumbo al bosque. Le expliqué mi angustia y mi búsqueda inútil. “No recuerdo adónde lo tiré.” Comprendí que empezaba a separarse de todos y culpé a Augusto. La fiesta para desagraviar a aquella mujer Juárez la había cambiado. Creí adivinar que a partir de aquel momento se supo absolutamente sola y empezó a soltar amarras para refugiarse en una dimensión diferente a la nuestra. Yo mismo me había jurado no saludar jamás a Augusto y la noche anterior había compartido los restos de una reunión en la cual el nombre de Mariana se pronunciaba con grosería. Quizá yo era un cobarde y guardé silencio como lo hacía ella...

Debíamos encontrarnos en un bar situado en las proximidades de mi hotel. Cuando llegué al Selene Mariana estaba encaramada en un banquillo alto, acodada a la barra frente a una agua de soda. El local era pequeño: junto a la puerta de entrada se abría una ventana que cubría casi todo el muro estrecho. Para sorprenderla, me coloqué a sus espaldas y le besé la nuca. La vi sonreír en el espejo e inmediatamente la vi palidecer. No me dio tiempo de preguntarle qué sucedía, pues saltó del banquillo y corrió como un pájaro atrapado que busca una salida. Su gesto fue tan rápido que me dejó inmóvil. Con los ojos desorbitados por el terror, se colocó sobre el muro estrecho que separaba la puerta de entrada de la ventana. Me dirigí a ella asustado.

—¿Qué pasa, Mariana?

El barman, alarmado, se inclinó sobre la barra con ojos acusadores.

—¿La molesta alguien, señorita?

Éramos sus únicos clientes y me volví a mirarlo, mientras detenía a Mariana que parecía que iba a caer al suelo fulminada. Mi amiga señaló a Sabina que caminaba por la acera de enfrente con los cabellos en desorden, la mirada ansiosa y el paso vacilante. Habíamos discutido por

causa de Mariana y buscaba mi escondite. Ni siquiera se había alisado los cabellos y presentaba un aspecto lamentable. Cogí a Mariana por los hombros y traté de calmarla, mientras seguía con la vista a Sabina que dio una vuelta rápida y volvió a aparecer en la acera de enfrente. El terror de Mariana aumentó, tenía que sacarla de ahí pues su miedo me produjo pánico. Quise pagar la cuenta y ella me detuvo con un gesto desesperado. Cuando mi mujer volvió a doblar la esquina, Mariana salió huyendo, se diría que se había vuelto loca. Corrí tras ella y la alcancé cuando abordaba un taxi. Estaba sorprendido por su velocidad y su pavor me produjo pena.

—No hables, te va a oír —me dijo tapándome la boca con la mano.

¿Cómo podía escucharme Sabina adentro de un taxi que corría por los Campos Elíseos? La miré asustado y la llamé varias veces por su nombre para ahuyentarle el miedo. Fue inútil. Todavía ahora me sorprende recordar aquella tarde. No sabré nunca el origen del miedo de Mariana, sólo sé que en ella era una fuerza poderosa y desconocida. Creo que jamás encontré a nadie con la capacidad de terror que poseía Mariana. Traté de distraerla.

—Perdóname, mi amor, un reproche más y... me mato —exclamó temblorosa.

La llevé a su casa y me quedé agobiado. Traté de explicarme el pavor que le produjo la vista de Sabina. En realidad no era grata con los cabellos en desorden, la mirada ansiosa y el paso vacilante. Tal vez exigíamos demasiado de Mariana, quizá pensó que Sabina iba a insultarla, como lo hacían su marido y sus amigos... tuve que confesarme que si la hubiera visto se hubiera producido una escena terrible y justifiqué su crisis. Pero ¿por qué me condenaba a mí?...

Los días sin ella eran insostenibles. Creo que fue entonces cuando me dirigí a su casa y la encontré en el salón con las piernas desnudas y un traje escotado, escoltada por Augusto, un hermoso italiano llamado Sandro, el director de una revista de arqueología y por Ignacio Rebes, un sudamericano de cutis insalubre. El sol de la tarde se filtraba por las ventanas y el grupo bebía champagne helado. Hablaban de las Islas Canarias a las que Sandro adoraba e invitaba a Mariana a acompañarlo, mientras Augusto hablaba de Pompeya y de la magnificencia de la cultura

fálica. Los cuatro personajes me resultaron odiosos y el desparpajo de Mariana me indicó que debía retirarme inmediatamente. Escuché que por la noche irían al Bal Negre, mientras abandonaba aquel salón flotante por cuyas ventanas amenazaban entrar las ramas de los árboles. Una vez en la calle me prometí abandonar a Mariana a su suerte. ¿Cuál era su suerte? No, no era yo el que abandonaba a Mariana. ¿Acaso no había arrojado su zapato en la oscuridad del bosque? Era ella quien me abandonaba...

Nos separaban unas cuantas calles y me llegaba su amor a través de los incontables muros que se interponían entre nosotros, yo escuchaba su voz lejana y permanecía quieto. Sabina estaba satisfecha, sólo Pedrito parecía entender mi sacrificio. Un silencio sombrío había caído sobre nosotros y nadie la nombraba en mi presencia...

Fue Teo quien me introdujo de contrabando en su salón. Me recibió tranquila. La encontré mirando la tarde con aire abatido y me senté junto a ella y tomamos té con tostadas. Afuera viajaban árboles verdes por los aires y huellas de conchas marinas y la placidez de la belleza nos dejó quietos. No le hice reproches, junto a ella desaparecía la impaciencia y ambos entrábamos en un escenario feliz. Sabía que me amaba y como en los sueños, en que se dicen las palabras que no salen de los labios y nos dan la clave de nosotros mismos, Mariana y yo nos decíamos el amor que nos teníamos. Decir que nos comunicábamos por una corriente secreta no es decir nada y sin embargo así nos sucedía.

Esa tarde supe que me amaba para esta vida y para la otra y a pesar de eso, en aquel instante existía un peligro inminente y temí que rompiera el silencio amoroso que nos envolvía.

—Hace cuatro semanas que estoy embarazada y no puedo tener a tu niño...

Escuché la frase inesperada y me puse de pie frente a ella, que continuó impasible, amándome aún después de haber pronunciado aquella frase terrible. ¿Iba a tener un hijo mío y lo rechazaba? ¿Me daba la alegría y la pena al mismo tiempo? Como en los sueños no se lo dije con los labios, pero Mariana me escuchó.

—Aquí no... —dijo y miró hacia todas partes como si alguien nos

escuchara.

Salimos a la calle y caminamos sin palabras hasta la Avenue Foch. Cruzábamos espacios desconocidos, habíamos entrado en un tiempo nuevo y las ondas del dolor de Mariana me llegaban certeras para fulminarme. ¿Por qué condenaba al niño que ella misma había invocado? ¿Ignoraba que no se juega con la vida de un tercero? ¿O todo era un engaño? Mariana caminaba de prisa, escuchándome y sin decir una palabra. También yo la escuchaba: “Mi amor, es un pecado... quiero morir...” La miré con lástima y hablé en voz alta:

—Te lo suplico, Mariana...

Movió la cabeza y la tarde se volvió calurosa, los árboles se alzaron inmóviles sobre nosotros y el cielo dejó de ser líquido para fijarse en un momento trágico, indicando que el destino estaba contra nosotros. Fue en ese instante cuando me aferré a ella, a Natalia y a mi hijo, necesitaba vencer a la adversidad. La senté en una banca abandonada, fuera del mundo conocido y la vi frente a frente, estaba confusa, me llegó su miedo.

—No temas, Mariana, el niño no se parecerá a mí...

—Es tuyo, quiero que sea igual a ti...

Nadie pasaba cerca de nosotros, estábamos absolutamente solos decidiendo la vida o la muerte de un tercero y dibujando su físico, sólo había Mariana junto a mí brillante y engañosa, con la cabeza inclinada, mirando a un suelo que había desaparecido bajo sus pies. El secreto profundo de la vida y la muerte estaba con nosotros, eran los dos milagros más antiguos y orígenes del mundo, sobre los cuales raras veces pensamos los hombres modernos. “Los milagros sólo suceden una vez”, había dicho Mariana unos días atrás. ¿Y ahora ella destruía el milagro producido? Me quedé mudo.

—Necesito a un padre. Nadie me hará la operación si no hay un responsable...

La miré asustado, sus palabras no correspondían a la verdad y la única verdad era que me amaba. Me llegó su terror, debía calmarla. Todo dependía de mí... miré la avenida y traté de pensar: si Mariana ya sabía que estaba embarazada cuando arrojó su zapato en el bosque ya había ejecutado su acto fatal. También lo sabía cuando me dio cita en el Selene,

tal vez esa tarde iba a decírmelo y la presencia de Sabina la volvió a una realidad desdichada. ¿Por qué no me lo dijo? La Avenue Foch no llevaba a ninguna parte, la había caminado muchas veces y en ese momento comprendí que sólo era el camino marcado para separarnos, pues me llegó la decisión irrevocable de Mariana, “Si tú te vas yo me muero”, la oí decir. ¡Pobre Mariana! Se suicidaba y yo no podía impedirselo. Tomé la mano de mi amiga y le pedí el mocasín impar que guardaba como prenda de nuestro pacto secreto. “Después de los cuarenta días puede ser mortal”, la oí decir. Ante esas palabras, sentí que era justo que muriera. Creo que fue ella la que se puso de pie para volver a su casa. Caminamos mudos y en su salón me entregó el zapato impar envuelto en una hoja de periódico *Paris-Presse, L’Intrusigeant*. No era banal su zapato envuelto en una hoja de periódico. Por el mundo corrían ríos de lágrimas que ella todavía lloraba. Una vez en la calle, comprendí que Mariana era cruel y me dije que debería morir, al menos para mí. Me aterró su voz fría condenando a muerte a mi hijo. Di varias vueltas en el auto tratando de entender lo que sucedía...

Un instante abierto a la eternidad de la dicha al pie de la escalinata que llevaba al cielo, nos llevaba ahora a la desdicha de los inmensos espacios vacíos por los que circularíamos solos. El secreto estaba en el tiempo. Si lograba conjurar a ese espacio podría recuperar a Mariana. Pero ¿cómo abolir al tiempo entre aquella tarde de primavera y esta segunda tarde desdichada? Supe que en adelante Mariana estaba destinada a la desgracia, caminaría en la oscuridad buscando la escalinata mágica de la que ahora renegaba. Rompía el instante milagroso para caer en lo que ella misma había señalado: Le Trou de L’Enfer. Era una profetisa. Mariana, una criatura luminosa, escogía las tinieblas y corrí a buscarla para evitar que abriera ese abismo en su tiempo.

La encontré disfrazada de dama elegante para ir a una exposición. Le pedí con humildad que diera un paseo conmigo y la llevé al bosque. Caminamos entre las ramas húmedas y las hierbas olorosas. Mariana había cegado la fuente que la comunicaba conmigo y vi asombrado que nunca había estado tan bonita. Ajena a lo que sucedía, la observé detenerse para mirar a los insectos que caminaban sobre la superficie

jugosa de las hojas sin escuchar la sabiduría conciliadora de mis palabras. No entendía mi piedad. Vestida de negro, con una toca negra que le escondía los cabellos rubios, parecía un personaje inquietante entre los verdes variados que le servían de marco. Su extrañeza provenía sobre todo de sus guantes negros. Mariana rompió también con la naturaleza, huía del mundo de los bosques en el que se había integrado. No dudé de que hubiera empezado a volverse loca. La besé y quedó con la boca tan pálida como su rostro. Ahora, después de los años transcurridos, la recuerdo en esa tarde profundamente verde, como a un duende maléfico. Mariana se desintegraba y ahora me pregunto si no fui yo el responsable...

La llevé a la Galería de Arte y me hizo prometer que la esperaría, sólo iba por unos minutos. Antes de bajar del auto se pintó los labios y cambió el gesto: “Tú sabes, me lo pidió Augusto”. La vi perderse entre las mujeres elegantes y los hombres de maneras fáciles, que entraban al local de la rue Vineusse. Dos hindúes de sari entraron tras ella. Inclinado sobre el volante observé desde lejos a aquel mundo que se había tragado a Mariana. Me sonó trágica su frase: “Tú sabes, me lo pidió Augusto”... Ella era igual a su marido: una arribista y sus cabellos y sus piernas resultaban muy útiles para los ascensos y llegar al alto lugar que ambos buscaban. En cambio lo que yo le pedía no significaba nada o simplemente indicaba el luto. A los pocos minutos apareció junto a mí con dos billetes de teatro para asistir a una función de gala.

—Tengo que ir a esta lata —me explicó.

Mariana había olvidado su desdicha. A la noche siguiente debía asistir a la cena que su amigo Horlin le ofrecía al autor de la obra y me obligó a acompañarla. Ante mi sorpresa, entramos unos minutos al teatro y apenas se levantó el telón y se cruzaron las primeras palabras, Mariana me ordenó riendo abandonar el teatro.

—¿Qué le dirás al autor? —pregunté asombrado.

—Lo de siempre, que es un genio —contestó con tranquilidad.

Cenamos en un *bistrot* de lujo y con tristeza noté que había olvidado el destino que le reservaba a mi hijo y entonces fui yo el que se sintió atrapado en una tela de araña espesa que me impedía la libertad de

juicio. No entendí su charla animada, ni el brillo de sus ojos rebosantes de júbilo.

Con voz despreocupada me explicó que al día siguiente se iba Eugenia y que Augusto la acompañaría a Cherburgo: “Mañana será un día nuestro”... dijo con humildad.

La vi ruborizarse, “Si lograra saber la verdad”, me dije preguntándome por qué vivía con Augusto. No sabía quién era ella y sólo tenía las versiones dadas por su marido siempre enigmáticas y acusadoras. Vio mi desconfianza y le temblaron las manos, perdió el aplomo de unos instantes atrás: “Me da miedo Augusto”, dijo como para sí misma. Era una frase que repetía siempre; cuando quise saber el porqué de ese miedo, guardó silencio.

Por la mañana le tomé varias fotografías en el bosque, todavía las conservo. En ellas aparece con los cabellos atados a la nuca con un pañuelito de seda rosa y con la falda gris tendida sobre el césped. Las fotos exhalan una tristeza indecible y al verlas me he preguntado muchas veces si Mariana pudo ser tan desdichada como para que su pena apareciera impresa. Recuerdo que supliqué: “Soy un infeliz y te pido que me aceptes como soy...” Se cubrió el rostro con las manos y evitó hablar de lo “nuestro”. Pasamos el día amenazados por las lágrimas futuras y al oscurecer la maldije:

—¡Te morirás!

Las últimas luces del día lanzaron reflejos plateados que transformaron el rostro de mi amiga en una máscara mortuoria y esta visión me produjo alivio, me liberaba y enseguida comprendí que la libertad era el tedio. Ella en cambio pareció aterrarse: “Cumplí con mi promesa del jardín de Luxemburgo”, murmuró. Miré sus cabellos esparcidos sobre la almohada y le creí: “Nos escaparemos juntos”, propuse y sellamos el pacto.

De vuelta a París evité los caminos por los que ella había arrojado su zapato y sin mirarla pregunté por su marido. “Nunca lo quise...”, dijo en voz baja y me faltó valor para preguntarle por qué vivía con él. “Ahora vendrá de Cherburgo”, me dije y recordé que había ido a despedir a su amante que olía a perfume fino y alcohol pasado. Ese paraje me había privado de Mariana, pero en adelante todo sería diferente: el corazón de

Mariana se había transformado en una hornaza pequeña que me enviaba ondas de amor y que iluminaba la noche. Íbamos a irnos juntos. ¿Adónde? A cualquier parte. Sin congoja, sin miedo, confiado en la dulzura del corazón de Mariana la deposité en la entrada de su casa.

Era más de media noche cuando llegué al hotel y Sabina me recibió sombría. En otra parte de la ciudad estaba escondida una nueva vida que yo mismo había creado y corrí al teléfono, pues sentí una terrible amenaza. Necesitaba escuchar la voz de Mariana. Ella contestó el aparato.

—Augusto está en el salón... —dijo con voz muerta.

—Y nosotros nos vamos con Natalia —dije, recordándole lo convenido.

—No puede ser...

—¿Estás loca? ¡Mariana, dime qué te da ese hombre que destruye en un minuto lo que yo logro con meses de lágrimas! ¡Dímelo! Ese hombre es un maldito...

Calló. Estaba perdida, Augusto dominaba la situación y ella sacrificaría a mi hijo y tal vez también ella iba a morir. Pensé que la tenía hipnotizada. Debía vengarme, no llamaría nunca más. ¡Y lo hice! No deseaba que Sabina viera mi profunda agitación y decidí partir al día siguiente. Iríamos primero a Evián, donde Sabina quería tomar las aguas. Yo mismo hice las maletas, mientras mi mujer me decía con la mirada: “¿Por fin entendiste la verdad?” Ella aseguraba que Mariana sólo era una aventura que sacaba provecho de su situación privilegiada, “¿Quién era Mariana?” No la llamé para despedirme, aunque tenía la esperanza de que ella lo hiciera para decirme que el pacto no se había roto. Mi último acto de cobardía fue dejar en la administración del hotel la ruta que íbamos a seguir y los nombres de los hoteles donde pararíamos... Quizá me llamaría. Y me sorprendí en la carretera deseándole la muerte.

Mi viaje duró cuatro semanas y nunca recibí una señal de Mariana, aunque muchas veces la vi descalza corriendo detrás de mi automóvil. No deseaba volver a París y le propuse a Sabina embarcar en Génova, pero mi mujer se negó: quería presenciar las fiestas de los Dos Mil Años de París y a eso se debió mi regreso. Estaba dispuesto a no ver a Mariana, yo había cesado de ser Parsifal. Sabía que luchaba contra una fuerza oscura y que el tiempo me aliviaría la herida. ¿Qué era el tiempo sino un

interminable desfile de días iguales a sí mismos? “El infierno es la repetición”, decía Mariana, y ella había escogido su infierno repetido con Augusto. No iba engañada y me asombró su lucidez.

Cuando a media noche crucé el vestíbulo del George V no resistí el impulso de llamar a mi amante. Contestó Augusto y me propuso hablar con Mariana que partía para el campo al día siguiente. Su galantería me aterró.

—¿Eres tú, Vicente?...

—Sí, mi amor, soy yo...

Escuché entonces los sollozos profundos y desgarradores de Mariana a través del hilo del teléfono. No pudo decirme lo que sucedía y aceptó una cita en Potel y Chabot para el día siguiente a las nueve de la mañana. Continuaba sollozando cuando cortó la comunicación. Lloraba delante de su marido. Confuso, me quedé en la cabina mucho tiempo y luego supe que no podía subir a mi habitación pues el llanto de Mariana me había trastornado.

A las nueve de la mañana me instalé en Potel y Chabot y vi venir a Mariana. Vestía su traje gris pálido y traía los cabellos atados a la nuca con el pañuelito rosa. De su mano izquierda colgaba una pequeña maleta. Abrí un libro de Orwell y me sumí en la lectura. Ocupamos la mesa habitual y al colocar su maleta comprobé que pesaba muy poco. Mariana había cambiado, tenía los ojos hinchados por el llanto y sus sienes luminosas parecían graves. Su rostro mostraba una tranquilidad inquietante. Me miró de frente y yo apenas pude sostenerle la mirada.

—¿Adónde vas?...

—A pasar el fin de semana con Elizabeth... —me dijo con los ojos serios.

Contemplé su maleta y la miré a ella y la supe tan sola que tuve la certeza de que iba a hacer “eso”.

—Mientes, Mariana.

Levantó la cabeza con frialdad. Ocupaba un lugar que no compartía con nadie, establecía una barrera entre ella y los demás, se colocaba para siempre en el equívoco, mientras que yo continuaba ocupando mi sitio. Ninguna palabra rompería la distancia establecida entre su marido y el de los demás y me di cuenta de que también yo era “los demás”.

—No lo hagas, Mariana. Vamos a comprar cepillos de dientes y huimos a Baleares.

—Yo he traído el mío.

Era imposible dialogar con ella: se me había ido para siempre. Yo sólo había vuelto a París para presenciar un final que me aterraba. Mariana no estaba frente a mí, había huido a un rincón solitario y yo ya no existía. Le pregunté mirando al suelo que quién iba a figurar como el padre de mi hijo.

—Jean Marie. Un librero amigo mío al que tú ya conoces.

Había resuelto todo a sangre fría. Jean Marie debía ser aquel librero de labios abultados que guardaba la fotografía de Mariana tras el cristal de uno de sus anaqueles. Me dolió la presencia vulgar de aquel personaje usurpando mi sitio cerca de Mariana.

—¿Elizabeth es la mujer encargada?

—¡Tonto! Elizabeth es una condesa muy elegante —y se echó a reír.

No compartí su risa. Se puso de pie y le ofrecí llevarla en mi automóvil, aceptó y la llevé a la Rive Gauche. “Quiere que me entere a dónde va”, me dijo. Delante de la Academia Francesa me pidió detenerme. Al verla sentada con circunspección, nadie podía imaginar adonde iba aquella muchacha. Bajó y se fue meciendo su maletín. La vi alejarse mirada por los peatones, que se volvían a ver su silueta alta y su cola de caballo columpiándola sobre su nuca. Me incliné sobre el volante, agobiado por mi crueldad de dejarla ir. No podía perderla, bajé y la alcancé.

—¡Júrame que no vas a seguirme! —exclamó.

La miré con lástima. ¿Estaba loca o simplemente poseída por un demonio que la cegaba? Si no pudo ver mi infinita tristeza, es que había en ella una fibra insensible que rechazaba la vida. O tal vez no supe convencerla. Nunca sabré si en el fondo de mí mismo quise liberarme de ella y del chico, o simplemente le di esa impresión en aquel muelle indiferente. ¿Y el pacto? El pacto no se rompió en aquel instante de duda. ¿Quién no duda en un momento decisivo de su vida? La dejé y volví al automóvil en donde pedí que cesara ese minuto o que alguien borrara esa fecha del calendario para que esa mañana no existiera nunca. Recordé con precisión que antes ya había estado allí esperando ese momento y

eché a andar el auto para encontrar a Mariana y evitar su locura. La descubrí acodada al pretil del Puente Nuevo. Sabía que estaba allí, mirando correr el agua y las barcazas de carga. Su maletín estaba en el suelo y ella parecía abstraída y ajena a lo que sucedía a su alrededor. No entiendo todavía cómo lograba aquella soledad perfecta en medio de una mañana iluminada por un sol blanco. Comprobé que el horror sucede a la luz del día, pues me asustó la soledad que la rodeaba. Se había colocado en un punto antimagnético que rechazaba cualquier aproximación. ¿Qué hacía? La tomé de un brazo.

—¿Sabes que te amo? ¿Cambiaste de opinión?

—Cambié la hora de la cita.

—¿Puedes llamarme después? —le pedí.

Negó con la cabeza. ¿No la vería nunca más? Se había ido de mi vida, llorando, pero se había ido. La ciudad se movía alrededor nuestro, a nuestros pies corría el Sena, el Puente Nuevo continuaba tendido, las hierbas seguían creciendo y nosotros éramos dos amantes separados en la ciudad que se engalanaba para festejar sus Dos Mil años de vida. ¡Dos mil años! Nosotros sólo habíamos robado unas horas a esos dos mil años y esa mañana debíamos devolverlos. Ningún gesto, ninguna hora, ninguna palabra volvería a unirnos a pesar de estar unidos por una corriente secreta. ¿Quién nos separaba con aquella crueldad insospechada? No era Mariana. Lo supe en el Puente Nuevo. Lo supe desde la tarde en la que presentimientos oscuros me aterraron al cruzarlo. Tal vez era yo mismo. Me volví a Mariana que con la simpleza anterior a la desdicha me dio un beso y se alejó de prisa. Me quedé yo mismo formando parte de la piedra. De pronto corrí en su busca. En automóvil recorrí los alrededores, me encontré frente al Palais de Justice y pensé que allí era donde iban a juzgarme por haber perdido al amor, aunque ese delito no está consignado en los códigos penales. Fui a la librería de Jean Marie y la encontré cerrada, como se cierran los comercios cuando hay duelo. Atravesé París engalanado con banderolas y recordé a Gabrielle. Subí las escaleras sucias y me asaltaron olores desconocidos que de alguna manera sabían mi secreto. Gabrielle no estaba en su casa. “Han huido juntas”, me dije. Una vez en la calle, llamé a la casa de Mariana: “La

señora se marchó al campo, señorito”, me contestó la voz de Teo. Quise continuar engañándome y corrí a Chez Francis con la seguridad de que allí me esperaba. ¡Allí estaba Mariana intensamente pálida, sentada en la terraza frente a Augusto! Ambos tenían una copa en la mano. Huí para evitar que me descubrieran. Arrepentido por mi cobardía regresé a la terraza al poco rato, sólo para evitar ver que la mesa que ocupaban estaba vacía. Decidí que no podían ser ellos los que ocupaban la mesa solitaria. ¡Lo había imaginado! Pero me negué a aceptar que estuviera loco, pues la había visto. Continué buscándola y a las seis de la tarde supe que todo había terminado. Estaba cortado para siempre de Mariana. ¿Qué podía ocurrirme ahora? ¡Nada!, como decía. Entré al hotel, me acogieron los reflejos de los candiles proyectados en los espejos y los perfumes de los ramilletes así como los huéspedes engalanados para celebrar los Dos Mil años de París. En mi habitación me esperaba Sabina.

—¿Estás enfermo?

Su voz me volvió a la realidad. No pude explicarle la tragedia callejera que vivía. Sabina era ajena a esas miserias. Inocente, se preparaba para asistir a las grandes fiestas. Yo era un ingrato, la dejaba sola. Escuché su voz haciéndome preguntas que no podía contestar y a mi vez pregunté si nadie me había llamado.

—¿Quieres decir si no te llamó Mariana?

La miré atontado. Sabina se equivocaba. Mariana pertenecía ahora a un pasado con un final inesperadamente vulgar. Había logrado enajenarnos y luego había escogido, y yo quedaba al margen de su vida. Le agradecía su decisión. “Me hubiera arrastrado a miles de locuras”, me dije mientras me vestía.

Durante la cena pensé que podía sucederle algo horrible y que yo me encontraría mezclado en un escándalo. La imagen de Mariana muerta en un cuartucho sucio me petrificó de horror y me cegó a la belleza de las fuentes esplendorosamente iluminadas. Su misterio brotando de las bocas de los delfines y de los tritones humedecía a la noche salpicándola de luz. No dormí, necesitaba de algún signo para tranquilizarme. La música callejera llegaba apagada hasta mi habitación, confundándose con la risa de Mariana.

El sábado, París empavesado se mostraba triunfal. Acompañado de Sabina y de algunos parientes suyos, recorrí sus plazas alborozadas, mientras en mi pecho se anidaba un odio desconocido hacia Mariana. ¿Por qué no llamaba? Su silencio era una acusación que me pesaba como una enorme piedra. Ella lo sabía y se vengaba. Calculaba sus gestos, sus palabras, sus actos. Me abandonaba en un largo túnel silencioso, en medio de los ruidos armoniosos de la fiesta. ¿Y de qué se vengaba? Yo sólo la había amado. Embarcamos en el Bateau Mouche e hicimos el triunfal recorrido del Sena. Las banderolas se mecían al compás de los valeses de Straus y mi pena se diluía en ondas melancólicas. Una nostalgia desconocida se apoderó de mí: el pasado, aun el más inmediato era irrecuperable a pesar de llevarlo en la memoria como a una serie de imágenes intangibles, olores penetrantes y palabras ya pronunciadas que caían alrededor de mí con la suavidad de una lluvia de plumas. Pasamos bajo el Puente Nuevo y sentí que Mariana me miraba con ojos de reproche acodada al pretil de piedra. La noche era alta y el Puente Nuevo era la Vía Láctea. El espectáculo de luces, de gallardetes y de música no lograba borrar mi terror secreto. Sabina y sus amigos se dejaban transportar por la belleza envolvente, sólo yo permanecía alejado y ajeno a la exaltación de la fiesta, acodado a una orilla lejana, imaginando finales siniestros que aparecían y desaparecían como las mareas al compás de los valeses de Straus.

—¿Te sucede algo? —preguntaron.

—Nada...

Y traté de esconderme a sus miradas. ¡Todos sabían lo que me sucedía y callaban! La fiesta que marcaba el nacimiento de París anunciaba la muerte del único hijo que había engendrado. Romualdo observaba con regocijo. Él había informado al grupo, puesto que era el amigo de Gabrielle. Pero para mí callaba. Me sentí rodeado de enemigos y su dicha me pareció una agresión a mi persona. Nunca le perdonaría a Mariana aquella angustia. Al llegar al hotel pregunté si había algún recado para mí.

—Ninguno, señor.

“Estará en Suecia”, me dije, e imaginé que pronto llamaría para

decirme: “¡Tonto!” Al amanecer estuve seguro de que había muerto. Augusto no se había unido al grupo. Me hundí en la oscuridad de los presagios y vi llegar el domingo festivo abriéndose paso con pequeñas luces moradas.

Por la noche, los fuegos de artificio en la Plaza de la Concordia me hicieron ver la realidad: subían en cascadas de oro y caían como lluvia de fuego sobre nuestras cabezas sin quemarnos. Eran como Mariana, bellos, fugaces y no dejaban huella. Chisporroteaban unos instantes, iluminaban la plaza y desaparecían como soles falsos. Eran vanos y artificiales como ella, que quiso regalarme unos instantes el espectáculo de su belleza y luego no quedó inada! ¡Nada!, como Mariana solía repetir.

En medio de la multitud que bailaba al compás de las orquestas instaladas en las calles y de los fuegos de artificio que caían sobre la ciudad, como un despliegue de la fugacidad de la dicha, pareja a la fugacidad de la desdicha, contemplé escéptico el gozo de los que me rodeaban. Me había equivocado en el amor de Mariana. Los sentimientos eran fugaces e ilusorios, como los fuegos de artificio. Después, quedaba la noche solitaria y yo había entrado en una dimensión oscura. Al llegar al hotel no me reconocí en los espejos.

—No hay recado, señor.

El lunes al cruzar el vestíbulo, hacia las once y media de la mañana me llamaron:

—¡Teléfono, señor!

Era Mariana. Con ella los finales siempre eran felices. Me citó en la calle de Prony y me dirigí de prisa con el corazón oprimido a aquella dirección. Me asomé por una ventana de la planta baja y vi a Mariana sentada sobre una de las camas que había en la habitación enorme. Estaba leyendo, vestía una pijama rosada y llevaba los cabellos atados a la nuca. La llamé en voz baja y vino a mi encuentro.

—¡Qué guapo estás, Parsifal! Ven...

Salté por la ventana alta y la estreché contra mi corazón. La desdicha había quedado atrás. En su cuarto el teléfono estaba desconectado y había tres ramos de rosas que le había enviado su médico. Recordé con odio a aquel hombre rubio, que me había curado la rodilla lastimada con

marcada hostilidad. Mariana estaba intacta, sólo los pies cubiertos de cardenales indicaban que le habían puesto plasma... Quería que la ayudara a escapar de allí esa misma tarde, pues Augusto la esperaba y el médico no le permitía la salida, tampoco le permitía verme, por eso debía entrar y salir por la ventana. Escuchó ruidos y me ordenó partir. Salté por la ventana y me encontré nuevamente en la calle. ¡Estaba aturrido! ¿Qué había hecho Mariana? “Obligué al doctor, porque llegué moribunda”... Sí, Mariana siempre hacía su voluntad. Regresé a la ventana, me puse de puntillas y miré al interior: allí continuaba, trepada sobre la cama e inclinada sobre el libro...

Seguí sus instrucciones y llegué a las cinco de la tarde a esperarla cerca de la clínica. La vi salir con su maletín y sus tres ramos de flores. Había burlado la vigilancia de su médico que, a esa hora, se hallaba en el quirófano. Subió a mi lado y a la luz del día vi los estragos que su acción había dejado en su rostro. Estaba demacrada. No me hizo ningún reproche. Yo hubiera deseado que llorara en mis brazos por nuestro fracaso. Al dejarla en la puerta de su casa, me ofreció una mejilla helada.

No pude abandonar su esquina y me quedé en el automóvil reflexionando... Ahora cuando escucho una vieja tonada muy en boga en aquellos días, me pregunto: ¿Por qué insistí en ver a Mariana? No lo sé, pero subiría otra vez a su casa, como lo hice aquel atardecer, pues sólo su presencia podía aliviar mi sufrimiento.

La encontré en el salón, charlando con Augusto y con Ignacio Rebes, el poeta sudamericano de piel insalubre. Mariana tenía el tinte terroso.

—¿Te pasa algo, Mariana?

—No le pasa nada. Yo la encuentro magnífica —contestó Augusto.

La charla revolucionaria de los dos amigos me resultó insoportable. Ahora no me interesaba el nazismo, contra el cual tanto había luchado. Tampoco me interesaba una revolución en la que no creía, ni siquiera el liberalismo, que era mi causa, sólo me interesaba Mariana, que lívida escuchaba las palabras “libertad”, “acción revolucionaria”, “solidaridad de clases” y “lucha obrera” como si ya estuviera muerta. La vi levantarse del sillón y retirarse con una ligera inclinación de cabeza. Entonces, escuché las explicaciones de Augusto: por primera vez en su matrimonio

iban a tomar las vacaciones juntos, él y Mariana se iban a Córcega en dos días. Y recordé a Pepe: “Mariana vagabundea sola por toda Europa”. Augusto me acompañó a la puerta. Le pedí despedirme de su mujer y me miró con aire divertido. Galante, me condujo por un amplio pasillo que llevaba al otro lado de la casa. Llamó con los nudillos a una puerta alta y entramos sin esperar respuesta. Me encontré en una habitación de muros y muebles tapizados de sedas amarillas. En una cama que me pareció gigantesca estaba Mariana.

—Vicente quiere despedirse, ya no lo veremos más —anunció su marido.

—¿Por qué?

—Nosotros nos vamos a Córcega y ellos regresan a su país.

La habitación estaba alumbrada por una lamparilla de noche que reflejaba su luz sobre el gran espejo colocado sobre la chimenea y Mariana parecía una prisionera. No dijo nada, se limitó a mirarme con los ojos muy abiertos. Augusto me abrazó y me deseó buen viaje. Permanecí inmóvil, mirándola con fijeza, a pesar de que su marido había cerrado el capítulo de nuestro amor, con aquel abrazo aparentemente efusivo. Al recordar sus ojos trágicos todavía me pregunto: ¿por qué hizo aquello Mariana? Se quedaba con él, escogía destruirse y destruirme. Nunca más la vería y la idea de borrarla de mi vida me resultó insoportable. “Todo terminó en ese abrazo”, me repetí en la calle y no acepté ese final.

Regresé a su habitación a la tarde siguiente. Nadie hubiera podido impedírmelo. La encontré en su cama mirando a un vaso colocado sobre la chimenea con tres tulipanes amarillos que se reflejaban en el espejo.

—Somos nosotros tres —me dijo.

—¿Estuviste el viernes en Chez Francis antes de ir allí? —le pregunté a mi vez.

No contestó. Continuó mirando a los tulipanes amarillos erguidos como cálices perfectos. Repetí la pregunta en voz baja. Fue inútil. Iba a indignarme y recordé que esa misma mañana había comprado los billetes del barco para regresar a mi país. Ella partía al día siguiente, las líneas paralelas de nuestras vidas habían llegado al lugar señalado para la separación y me sentí culpable. ¿Había engañado a Mariana?

Le pasé la mano por la frente y contemplé sus hermosos cabellos esparcidos sobre la almohada y los recordé cerca de mis labios. Continuaría amándolos, aun después de que se hubieran convertido en yerbas o en cenizas. Silenciosamente el cuarto se deslizó a una soledad temible: se había separado del resto de la casa y un ejército de ángeles silenciosos nos vigilaban con miradas acusadoras. Mariana y yo no éramos los mismos, nos veíamos convertidos en una materia diferente a la de las demás criaturas, habíamos sido arrojados a un parque al que nadie visitaba, mientras aquéllos ángeles terribles nos juzgaban. Me incliné para escuchar el viento antiguo que cayó sobre las viejas ciudades para abatirlas y sentí llegar su murmullo. Pronto ese viento caería sobre nosotros para fulminarnos. Los cabellos de Mariana, ajenos al peligro que se aproximaba, continuaban esparcidos como las hojas de una rama desgajada de un sauce y caída sobre un río. En alguna parte transcurría una tarde con unas hojas y una fecha exacta, pero esa tarde era ajena a lo que sucedía en el cuarto a abandonado.

—¿Te veré alguna vez?

La voz de Mariana se confundió con el viento destructor que se aproximaba y pareció detenerlo. ¿Cómo podía preguntar aquello? Yo estaba adentro de sus ojos para siempre y en ellos llevaba una vida propia y ajena a lo que pudiera suceder. Del mismo modo, Mariana estaba adentro de los míos hasta el final de mis días, tal como la veía ahora, como la rama de un sauce caída sobre la superficie de un río móvil.

Un timbrazo sonoro rompió aquel instante y anunció la crispada presencia de Augusto. Me encontró apoyado sobre la chimenea escuchándolo y decidí marcharme. Al despedirme de Mariana dije lo que nunca debía haber dicho: —Mariana, sólo puedo decirte la frase con la que termina el *Martín Fierro*: “Y se fue como quien se desangra...”

Las pupilas de Augusto se empequeñecieron y recordé los pies de Mariana cubiertos de cardenales. Su marido me acompañó hasta la puerta: “Espero que Mariana no te haya envuelto en alguna de esas fábulas que inventa”, me dijo con voz preocupada. “A las ocho de la mañana tomamos el avión”, concluyó y su sonrisa me acompañó en el ascensor.

¡Todo había terminado! En el hotel me esperaban sombras inquietas que nos acompañaron al restaurante. Masticaban con una alegría insolente y su ruido me acompañó hasta mi habitación en donde no pude conciliar el sueño. Un ángel vengativo vigilaba desde los cortinajes de uno de los balcones y la frase de Augusto aparecía y desaparecía en mi vigilia: “Espero que Mariana no te haya envuelto en alguna de esas fábulas que inventa...”

Amaneció un día muerto, empezaban los años cotidianos y escuché disgustado la escena provocada por Sabina contra una de las doncellas del hotel a la que acusó de haberle robado sus pantalones viejos de color marrón. Se produjo un revuelo: mi mujer exigió la presencia del director del hotel y mi apoyo absoluto. ¡No se lo di! Las lágrimas de la doncella me avergonzaron. ¿Qué importaban unos pantalones usados? Además no los había robado, era simplemente un desquite de Sabina por mi conducta para con ella. Abandoné la habitación. Desde el vestíbulo llamé a la casa de Mariana, quizá la cocinera me diera los últimos detalles antes de su partida a Córcega. Supe, entonces, que Mariana no se había marchado, tenía fiebre. “Alcanzará al señor y a la niña cuando se sienta mejor”, afirmó la sirvienta.

Mariana me recibió en su habitación envuelta en una camisa de noche de color de rosa helado. Por el balcón entraba el perfume del bosque vecino y aunque era difícil entenderla era muy fácil amarla.

—¿Estuviste en Chez Francis el viernes antes de ir allí?

No contestó. Es imposible reconstruir los diálogos felices. Sólo recuerdo la luz de la tarde que fue cambiando hasta transmutarse en reflejos violetas que sombrearon de tonos azules los muros de sedas amarillas. Entonces, Mariana encendió la lamparilla de noche y toda ella se volvió dorada como un pan en la boca de un horno. Teo interrumpió aquel momento inefable:

—El señor avisó que vendrá a pasar la noche con la señora.

“¡El señor!” Escuché a la sirvienta preparar el cuarto de Natalia separado del de su madre, por un boudoir. ¿Quién era ese hombre? Estuve seguro de que se trataba de Ramón, la “sombra” de Mariana y decidí esperarlo.

—Eres tonto, Parsifal; recuerda que él guardó la inocencia y como premio cruzó el salón, vio y olvidó —me dijo Mariana, observándome.

Crucé los brazos y guardé silencio, ella quedó cremosa e insensible como un helado de vainilla. Casi inmediatamente entró en la habitación un hombre de gafas gruesas y labios abultados que la besó en ambas mejillas. El hombre hablaba pomposamente y ordenó cubrir a la señora, colocándole sobre los hombros una chalina de rayas rosadas y celestes. Inmediatamente abrió un maletín del que extrajo un mazo de naipes que manipuló con la pericia de un tahúr. El personaje me resultaba conocido, lo vi jugar al póker con Mariana con la velocidad de dos profesionales. Pronto Mariana perdió la chalina y la camisa de noche. Lo escuché decir:

—Cobraré la deuda cuando el señor se haya ido.

Permanecí con los brazos cruzados ante aquel espectáculo vulgar y ofensivo, tratando de recordar en dónde había visto a aquel individuo. Cuando Teo preparó una mesa pequeña para servir la cena, anuncié que me esperaban algunos amigos.

—Olvidaba que el señor está lleno de compromisos como tomar las aguas en Evián y ahora volver a su país para pagar los impuestos —dijo el hombre mirándome a través de sus gruesas gafas.

—No deseo pagar la multa por ausentismo —contesté con altanería.

Le di un beso de despedida a Mariana y supe que tenía fiebre.

La imagen del hombre de labios abultados me persiguió toda la noche. Al amanecer creí recordar al hombre que guardaba la fotografía de Mariana en uno de los anaqueles de su librería. Cuando se lo pregunté a Mariana contestó con facilidad: “Sí, es Jean Marie, un librero amigo mío”. Le rogué entonces que impidiera que el librero pasara la noche en su casa y aceptó con docilidad. En cambio Teo pareció contrariada, era el mes de agosto y en París no quedaba nadie, sólo ella con la responsabilidad de cuidar a la señora enferma. Si algo sucedía el librero se encargaría de buscar a un médico... Pero yo gané la partida y Jean Marie no apareció en la habitación de Mariana.

Nos quedaban unos días escasos, ahora sé que debería haberle dicho la verdad a Mariana, pero no lo hice, también ella me ocultaba su vida con esmero. No sabíamos entonces que eran los últimos días que nos

quedaban juntos. Una de las últimas tardes que la vi, le tomé la mano para colocarle un anillo de rubíes que había buscado para ella. Ante mi asombro, miró el anillo con horror, se lo quitó, saltó de la cama y corrió al balcón para arrojarlo a la calle.

—¿Qué hace la señora? —preguntó Teo.

La criada bajó a la calle a buscar la joya, mientras Mariana hundió el rostro en las almohadas. No quería nada mío o tal vez deseaba herirme. Primero arrojó el zapato en el bosque, después se deshizo de mi hijo y ahora arrojaba el anillo por el balcón.

—¡Rubíes! Parecen sangre, qué mal augurio... —sollozó.

La penúltima tarde que la vi apareció el librero, que con un gesto cómplice me invitó a salir al balcón. Allí, mirando los árboles y haciendo volutas de humo me dijo con un tono de voz que debió parecerle mundano:

—Mariana sólo fue una pequeña aventura. ¿No es así?

Lo miré con desprecio, sonreí y negué con la cabeza. Quería ser grosero y pregunté por qué había entrado Mariana a la clínica.

—¿Lo ignora? Entonces, no podré decir nada. Creí que era usted el responsable.

Miré sus labios abultados de francés charlatán y goloso, que acababan de acusarme de haber abandonado a Mariana y de ser el responsable de su ruina. Miré a la calle y recordé el anillo que mi amante había arrojado por ese mismo balcón y supe que la desdicha iba a durar muchos años y no me equivoqué...

Esa noche, mientras cenaba con Sabina y con los amigos, recordé a Mariana sola en su casa y su soledad me pareció justa. Pensé también que si alguien se acercaba a ella mi deber era matarlo. Era lo indicado...

El día de la despedida la encontré de pie, vestida con su traje gris pálido. La tomé en brazos y la llevé al lecho. Me tendí junto a ella entregado a la pena. Le expliqué que guardaría su zapato impar hasta que ella misma fuera a recogerlo. Entretanto, debería caminar por el mundo con un pie descalzo. Aceptó el trato. No hablé de la despedida y me fui a la cocina a decir adiós a los criados. Éstos, de pie alrededor de la enorme mesa de cocina, me miraron en silencio, con la dureza implacable de un

Tribunal Popular. Me sentí inmundo cuando no aceptaron mi propina. Cabizbajo volví al lado de Mariana.

—Regresaré en diciembre...

Sentí remordimientos por fijar un plazo tan breve... El barco zarpaba al día siguiente y yo dejaba París por la mañana. Ya no tenía automóvil y necesitaba un taxi. Mariana dio la orden de llamarlo y subió el escalón de la ventana y salió a la noche. Se apoyó en el barandal de hierro y escrutó la calle a través de las copas de los árboles. Vi sus hombros inclinados y la calificué de cruel. ¿Acaso no sabía que nos separábamos?

Ahora no podría contar cuántas veces he visitado ese balcón que quedó en el tiempo como el cruce decisivo de mi vida y que continúa abierto a la infinita noche con sus ramas eternas esparciendo la desdicha... Esa noche, transido, me coloqué al lado de Mariana y contemplé su cuello largo y su perfil atento. ¿No iba a decirme nada? Me arrojaba de su vida con la misma facilidad con la que había arrojado a su zapato, a mi hijo y al anillo.

—¡Ahí está! —dijo y señaló el techo amarillento de un taxi que se detuvo frente a su puerta.

Le besé la mejilla y le reclamé su frialdad. Se volvió y me miró con ojos aterrados, se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer sollozando sobre el escalón de la ventana. Me arrodillé junto a ella y le supliqué que no llorara, pero sus sollozos estremecedores no cesaron. Algo terrible nos sucedía. “No sabes nada... nada”, me dijo sollozando. Entró Teo y me ordenó marcharme. “¡Dios mío! ¿Qué había hecho yo?”

—Yo me ocuparé de la señora —dijo la criada.

Dejé la casa y abandoné a Mariana en el suelo y Teo me acompañó hasta el vestíbulo. Con solemnidad me señaló la salida y después cerró la puerta con gesto definitivo. Mariana quedó atrás de esa puerta para siempre...

Sí, ahora que han pasado tantos años, sé lo que supe aquella noche: que nunca más se abriría para mí la puerta cerrada de Mariana...

Esa noche llamé desde el hotel y al día siguiente llamé desde el puerto: “La señora está durmiendo...” La misma mano que cerró la puerta decretó el sueño permanente de Mariana. No supe entonces que estaba

condenado a caminar calles vacías, ignoraba todavía el infortunio de tratar en vano de regresar a un sueño. Envié misivas y telegramas desde el barco y ninguna respuesta me esperaba al llegar a mi casa. Escribí varias cartas al día desde mi casa y ante el muro de silencio llamé a Mariana por teléfono. Me contestó la voz lejana de Teo: “Perdone el señorito, pero la señora ha estado moribunda...” Mariana cumplía con su palabra: “Si tú te vas, yo me muero...” Me aferré a sus fotografías y a su zapato con la decisión de un maniático...

Mi madre murió unos meses después... Y Mariana, ¿cuándo murió?... ¿Cuántos años han pasado desde entonces? Descubro el paso del tiempo cuando de improviso me descubro reflejado en un escaparate o cuando comparo las fotografías. Sí, los años pasan... es una frase banal, pero ¡qué huella dejan! Podemos reflejar nuestra vida, dibujándola en hojas de papel y nunca será nuestra vida verdadera. El papel no recoge el tono de voz, la ligereza de unos pasos, la intensidad de un dolor o el golpe definitivo de una puerta al cerrarse...

Murió mi madre y yo seguí añorando a Mariana. Aquellos fueron días febriles. Me llegaban sus cartas, pues ella no me abandonaba. La veía en sueños, en las calles, y en verano se aparecía mar adentro. Por la noche me llamaba y mis amigos se convirtieron en formas incoherentes. Durante mis sueños, Mariana se me aparecía bajo el agua mirándome con los ojos muy abiertos, yo estaba sobre ella y despertaba sudando. Le contaba mis noches visitadas por ella y se convirtió en mi conciencia lejana...

Una tarde encontré a Tana en una confitería, se había casado con un hombre extraordinario. Quise mostrarle la carta de Mariana que llevaba junto a mi corazón, pero me abstuve al recordar que no era muy apasionada. Me sentí víctima de mi amor solitario y desesperado por Mariana y porque era terrible el amor que sentía por ella me fui esa misma tarde a hacer el amor con Tana. Las consecuencias fueron imprevistas. Se diría que ahora todas las mujeres deseaban ofrecerme hermosos hijos.

Dos años después de la noche del balcón le incluí un cheque para su viaje y el de Natalia y le supliqué que se reuniera conmigo. Impaciente,

me aferré a su zapato y a sus fotografías. Las Marianas diminutas de las fotos se habían convertido en seres reales y algunas me miraban con tristeza, mientras otras me obsequiaban sonrisas alegres y relampagueantes. Yo pasaba largos ratos descifrándolas, temiendo que cambiaran de actitud y de postura, o que de pronto y por simple capricho amanecieran dándome la espalda. Hasta hace muy poco, nunca lo hicieron y cuando las hallé en posturas diferentes, supe que Mariana había cesado de confiar en mí o de quererme... Aquí las tengo, bajo mi vista; en ellas las Marianas pequeñísimas contemplan las montañas nevadas y sólo veo su anorak de espaldas. Nunca más veré sus risas ni su gesto invitándome a reunirme con ella. En otras, en las que le tomé en el bosque, Mariana me muestra sus cabellos atados en forma de cola de caballo y sé que busca con los ojos la hierba de la que ahora ella forma parte en algún lugar desconocido. Me ha vuelto la espalda para que no vea su rostro demacrado. No quiero que nadie sepa su desdén, escondo las fotografías de espaldas de Mariana...

Aquella vez aceptó el viaje para reunirse conmigo y me dio el nombre del barco y la fecha de llegada. El día señalado corrí al muelle pero Mariana no figuró entre los pasajeros. “¡Perdió el barco, es tan distraída!”, me dije. Y me consolé pensando: “Llegará en el próximo” y esperé el barco siguiente en el que tampoco vino. Atravesé entonces un largo periodo de oscuridad y de silencio y me resigné a la nada...

Unos meses después supe que Augusto había vuelto a su país acompañado de Mariana y mi ruptura con ella fue definitiva, pero continué esperando sus cartas. Quizá le había ocurrido algo terrible: “Tú no sabes nada, nada...”, había repetido en el balcón del llanto.

Sabina quiso regresar a París. Al llegar a la ciudad me empeñé en encontrar a Mariana en su casa. Un desconocido se puso al teléfono: “La señora Mariana está en América”. Una losa cayó sobre mi corazón. Recorrí entonces los lugares que visitamos juntos y encontré que los dueños de las habitaciones nos recordaban con claridad: “Ah, señor, el amor es como el dinero, no se puede ocultar”. En esos cuartos busqué su imagen hundida en los espejos y la encontré quieta, en el fondo de lagos desde los que me enviaba signos: “¡Tonto, te amo!” Los norteamericanos

habían destruido la escalera que llevaba al cielo y los restos del palacio que soñamos juntos. Las lágrimas del balcón se acumularon en mi pecho y amenazaron con inundar al bosque que se tragó a su zapato...

Pedí una conferencia telefónica a su país y esperé, tratando de imaginar el lugar remoto del que vendría su voz.

—Mariana...

—¿De dónde me hablas?...

—De París, te busco como un loco... ¿Por qué hiciste eso, Mariana?

Supo que hablaba del chico y guardó silencio. Su voz cruzaba el mar sin emoción. Se guardó de decir lo que pensaba: “¿Por qué no fuiste mientras yo estaba allí?” Alguien le preguntó: “¿Quién habla?”, y ella dijo: “Un amigo”. Se había desligado de mí, había muerto aquella noche en que la dejé llorando en el balcón.

En mi habitación del George V encontré a Sabina llorando. Pero ningún llanto remediaría lo sucedido y mi mujer había contribuido activamente a mi derrota. El pasado era irreversible y Mariana había muerto aquella noche y escapado a mi futuro. Sin embargo en mis sueños aparecía tendiéndome una mano y su amor me llegaba como un viento insoportablemente triste.

Pasaron tres años más y Mariana y yo nunca suspendimos nuestra correspondencia: yo me refugié en la inmovilidad y ella se entregó a la locura activa. Hasta mí llegaron críticas y comentarios sobre su conducta inesperada... Entonces, le envié un telegrama dándole cita en el Hotel Plaza de Nueva York a las doce en punto de la mañana de un tres de enero. Contestó inmediatamente: “Allí estaré, mi amor”. ¡Habían pasado cinco años desde nuestra separación!...



El tres de enero, un torbellino de nieve coincidió con mi llegada a Nueva York. Crucé las calles sepultadas en copos blancos y entré nervioso en el vestíbulo del Hotel Plaza. Miré el reloj y vi que eran las doce y doce minutos. El retraso era mínimo... Recorrí las mesas, los rincones, registré detrás de las columnas y de las plantas de sombra, pregunté por una señora alta y rubia y los mozos me mostraron a varias señoras altas y

rubias que no eran Mariana. Al final, me convencí de que no estaba... ¿Me había engañado nuevamente? Aturdido, llamé a su consulado: “Tal vez la señora está en la Reunión Internacional de Arqueología, aunque no vino acompañando al señor”. Pedí la dirección de la sede de aquella Reunión. Me inscribí en el hotel y salí en su busca. Iba febril...

Desde lejos la descubrí sentada en una mesa con el mismo aire sonámbulo de la primera noche en el Ramponeau. A su lado estaba Natalia, a la que casi no reconocí, y frente a ella su marido y Gabrielle. Me detuve unos instantes para serenarme: o el tiempo no había transcurrido y Mariana estaba allí como había estado la víspera en París o yo estaba soñando. Avancé entre las mesas tratando de parecer natural y la vi palidecer al descubrirme. La sangre se me fue a los pies. “¿Por qué no acudiste a mi cita?”, me pregunté y los cinco años se convirtieron en ese instante en una jornada sin fecha y sin días. Estaba allí mirándome con los ojos muy abiertos por el milagro de encontrarnos...

—¡Qué coincidencias! ¿También tú llegaste hoy a Nueva York? — preguntó Augusto.

Su voz y su gesto me dijeron que no debería haber buscado a Mariana. Recordé que Augusto siempre estaba irritado, se diría que padecía una urticaria constante. Natalia me dio un beso y Gabrielle me miró aterrada. Estuve nervioso y mi conducta resultó absurda. En mi imaginación el encuentro había sucedido de una manera completamente distinta. Mariana pensaba lo mismo y en sus momentos de descuido me miraba con ojos lastimeros.

—¿Qué pasa, Mariana?

—Nada...

Hubiera querido decirle palabras tiernas... no pude, los demás lo impidieron. Para suavizar la situación que se volvía cada vez más tensa los invité a cenar esa noche en mi hotel. Augusto prometió asistir. Salí desconsolado de aquel comedor lleno de celebridades desconocidas.

En la calle contemplé la belleza de la nieve y resistí al viento que barría las torres de los edificios y quizás también a la desdicha. Encontré a Pedrito que ya conocía a Mariana y a Arozamena, una especie de enciclopedia capaz de sostener una conversación digestiva y arqueológica

con Augusto y esperé ansioso la hora de la cena...

Por la noche Mariana vestía un traje escotado que dejaba desnuda su espalda y sus hombros y parecía más nerviosa que durante la comida. En cambio Augusto conversaba animadamente con Arozamena. Yo me conformaba con preguntarle de vez en vez: “¿Qué pasa, Mariana?” A la hora de los postres, Augusto miró su reloj pulsera y sonrió con malicia. Mariana aplastó con violencia su cigarrillo y palideció visiblemente. Se puso de pie y anunció:

—¡Vuelvo enseguida!

La vi ponerse de pie y cruzar el comedor a gran velocidad. “¿Desea cigarrillos?”, pregunté para poder seguirla. La alcancé en la puerta y la cogí por la muñeca para poder detenerla, pero ella me arrastró a la calle nevada. Corrimos juntos, la detuve y cayó en mis brazos.

—¿Qué pasa, Mariana?... eres una ingrata, no viniste a mi cita...

—Llegué a las doce en punto, no te vi y me entró pánico y salí huyendo...

¡Doce minutos tarde! ¡Doce! y ese brevísimo lapso de tiempo volvió a decidir mi suerte. “¡Es monstruoso dividir al tiempo!”, me había repetido muchas veces y ahora lo comprobaba trágicamente. La estreché contra mi corazón en mitad de la calle nevada. Pero ella quería correr a algún sitio y tuve que ceder a su impulso frenético. Nos detuvimos frente al hotel Blackstone y entramos. Con calma pidió hablar con un desconocido. El hombre le ordenó subir. En el ascensor temblaba como una hoja y abracé sus espaldas desnudas y frías. No entendía su extraña conducta. En el dintel de una puerta abierta nos esperaba un desconocido alto, de piel verdosa y con una calvicie brillante. El hombre nos miró con hostilidad, era mucho mayor que nosotros y vestía esmoquin.

—Pasen...

Como si hubiéramos recibido una orden hipnótica entramos a su habitación y Mariana se abrazó a mí y me besó en la boca. El extraño guardó silencio y yo olvidé su enorme presencia.

—Barnaby, te presento a Vicente. Ahora te recuerdo que debes desaparecer. ¿A qué viniste a Nueva York? Yo amo a Vicente. ¿No me lo van a permitir? ¡Haz el escándalo! ¡Hazlo ahora mismo!

Escuché asombrado sus palabras y la tomé por el talle. En la penumbra el desconocido tenía algo amenazador y recordé a Augusto y a su sonrisa al mirar el reloj pulsera.

—¡Qué mala eres! ¡Qué mala! —dijo el hombre.

Mariana lo miró segura de sí misma y volvió a escudarse en mi cuerpo y a besarme en la boca como si estuviéramos absolutamente solos.

—Vicente, te invito una copa —dijo el hombre queriendo establecer una complicidad inmediata conmigo.

—No bebo.

—Acompáñame, la necesito —dijo saliendo al pasillo.

—Imposible, nos espera Augusto —exclamó Mariana.

Nos dirigimos a los elevadores. Me pareció sospechoso que el hombre me tutelara y no se dirigiera a Mariana, sino que me mirara a mí con una intensidad extraña. Tenía los ojos aceitosos. Se diría que odiaba a mi amiga. ¿Con qué propósito oscuro aceptaba la humillación que ésta le infligía?

Nos instalamos en un rincón del bar y Mariana quedó entre los dos recostada sobre mi hombro. Era increíble tenerla abrazada y apenas escuché cuando el hombre ordenó unos whiskies. La oprimí contra mí a pesar de la presencia amenazadora de aquel desconocido que de alguna manera repandía el terror.

—¡Qué mala es! ¡Qué mala! —repitió.

—¡Sí! Qué mala, pero qué horrible es estar lejos de ella —le contesté.

El hombre sonrió. La luz rojiza sacaba reflejos a su calvicie, no carecía de cierta prestancia y traté de no mirarlo y de entregarme a la dicha infinita de estrechar a Mariana. El desconocido habló de polo y de caballos, para hacerme notar que ambos pertenecíamos a la misma clase social y excluir a Mariana. Lo observé: era un hombre que nunca había sido adolescente, se diría que había nacido con más de cuarenta años. En el bar un piano dejaba caer la música de *Blue Monday* y a través de sus notas melancólicas le descubría una expresión de malicia perversa. Sentí que Mariana estaba en peligro.

—Hoy tomé el avión para Nueva York porque hace dos años que la veo todos los días...

No deseaba escuchar sus confidencias y me puse de pie arrastrando a mi amiga con el gesto. Dejamos al hombre solo en la penumbra del bar y la calle barrida por los vientos del Norte nos acogió con violencia.

Barnaby era inquietante y su presencia cercana levantó mi cólera. Aquel desconocido tenía algo equívoco y la sensación de peligro no se alejó con el viento. Detuve a mi amiga y la miré a la luz de las farolas.

—Mariana, te suplico que tengas cuidado, ese hombre te odia.

—Yo odio a los dos. ¡Los odio!... Sólo te he amado a ti...

El frío intenso hacía que el aliento de Mariana saliera convertido en una niebla clara y que sus palabras y las mías quedaran escritas en la calle helada de Nueva York, como una advertencia para el futuro. También yo odiaba a los “dos”. Mi amiga estaba atrapada en una red aterradora y la miré con miedo. Pensé que los “dos” pertenecían a la misma secta y que ambos ejercían una vigilancia continua sobre ella. “¿Cuál secta?”, me pregunté asustado y la abracé para protegerla de los peligros que la amenazaban. Volvimos al Hotel Plaza. Augusto no preguntó absolutamente nada.

Cuando me encontré solo quise pensar que nuestra suerte había cambiado, pero la presencia malévola de aquel Barnaby me mostró que me equivocaba. Arrojé mi almohada contra un muro: mi viaje a Nueva York era inútil.

No tuvimos suerte: Augusto llevaba a Mariana a la Reunión de Arqueología y por las noches ambos cenaban con Barnaby. Natalia contestaba el teléfono: “Ella quiere verte, pero todo es tan difícil...” Mis días se convirtieron en días iracundos. De alguna manera me sentía vigilado: tenía la certeza de que me seguían, de que alguien sabía todos mis pasos y esta sensación me intranquilizaba.

—Allí está el señor que pregunta por usted y que se coloca en una mesa desde la cual usted no puede verle —me dijo un mozo del Plaza, cuando tomaba el desayuno.

Me volví con rapidez y descubrí la cabeza de Barnaby. Estaba enfundado en una gabardina de color oliva y al sentirse sorprendido avanzó tendiéndome la mano.

—Vicente, quiero charlar contigo sólo unos minutos, no quiero ser

inoportuno... ¡Pobre de ti!...

Lo escuché con repugnancia y quise irme enseguida, pero Barnaby me retuvo por la manga del abrigo sonriendo de una manera equívoca.

—Sólo deseaba invitarte al teatro. O’Neill es un autor importante. ¿No te parece? Ayer estuve con Mariana en el Actor’s Studio y la invitaron para hoy en la noche. Naturalmente no irá conmigo, ni con Augusto... ¡Qué interesada es! Iré solo. No entiendo por qué me hizo venir a Nueva York, quizá para darte celos. ¿No te parece?...

Me rehusé a escucharlo. Su presencia me violentaba, además no deseaba ser su cómplice ni traicionar a Mariana.

—Me ha dicho todo, hasta que fue Augusto el que pagó el aborto —me dijo con brutalidad.

Me despedí sin contestar. ¡Mentía! Buscaría a Mariana. ¿Dónde? En el teatro donde daban la obra de O’Neill. Conseguí billetes para las funciones de la tarde y de la noche y me aposté en el teatro para sorprenderla. Por la noche llegó escoltada por Augusto y por Barnaby. Me oculté detrás de una columna y me dediqué a observar al trío. No vi la obra, tampoco la vio Mariana, que permaneció quieta entre los dos, mirando con obstinación al suelo. A la salida los perdí entre el público y me sentí poseído por un furor impotente. Era la segunda vez que veía a Mariana desde mi llegada a Nueva York.

Barnaby apareció en mi hotel al día siguiente. Me esperaba oculto detrás de unas plantas de sombra. En sus maneras burlonas y en sus palabras adiviné que me había visto en el teatro y que se divertía.

—Vicente, ¿me aconsejas que me vuelva a mi país? Mariana gasta demasiado y yo te juro que estoy en la ruina. ¡En la ruina!

No quise escucharlo y decidí mudarme del hotel sin dejar huella. Llamé a Mariana y me contestó Augusto, que me invitó a cenar. Asistí a la cena con la esperanza de ver a Mariana, pero Augusto llegó solo:

—Mariana prefirió cenar con Barnaby. Con la edad se ha vuelto insoportablemente interesada. Si pudiera lograr que se ocupara en algo útil.

Cambié el tema: Augusto continuaba siendo un radical de izquierda, ahora su manía iba contra los Estados Unidos, país al que había que

socializar. Los latinos teníamos la misión de romper el orden puritano que reinaba en la universidad y en las costumbres, para poder ser aceptados.

—Es increíble que una actriz de cine reciba más publicidad que un escritor o un intelectual. Su gran arma es el cine. Alguna vez Lenin dijo: la religión es el opio de los pueblos, pues bien, los yanquis han inventado algo más mortífero: ¡el cine! —dijo con amargura.

Lo escuché asombrado, habló del imperialismo, que penetraba en los pueblos a través del cine también y escogió un menú selecto.

—Los estudiantes norteamericanos en su gran mayoría escogen carreras administrativas. Es un síntoma del capitalismo. Es un atentado contra la cultura, pero ¿quién cree en la cultura? Para Norteamérica la civilización es sólo una vieja puta y en los films hacen la apología del hombre de acción, del gran capitalista —afirmó enfático.

El lujo del restaurante contradecía las palabras de Augusto y así se lo dije, señalando la presencia de Zsa Zsa Gabor, que comía en una mesa vecina y reía despreocupada. Augusto la miró con desdén.

—¡Un puta vieja! —dijo con sequedad.

Me acusó de reaccionario y de capitalista. Yo sólo era un liberal del siglo XIX, de ahí mi fascinación por el cinematógrafo y la moral burguesa condenada al exterminio.

—Pero, dime, ¿quién la ha condenado? —dije molesto.

—Nosotros, los intelectuales revolucionarios —contestó divertido.

—Querido Augusto, la gran mayoría de los intelectuales serios están en contra tuya.

—Me recuerda a Mariana, sólo que ella critica al socialismo desde el punto de vista religioso, aunque adora el lujo y es capaz de vender su cuerpo por un traje. ¡Qué fariseísmo! Por eso cena hoy con el pobre Barnaby.

Augusto acusaba a Mariana de ejercer la prostitución. Lo escuché atónito y me ruboricé al recordar el dinero de los billetes de barco que le envié. “Tal vez quiso cobrarse...”, me dije atontado.

—Sólo se le ocurre ganar dinero acostándose —concluyó su marido.

Me invadió la cólera y quise retarlo a salir a la calle para darnos de

golpes, pero preferí quedarme y observar su expresión de triunfo ante mi pena. También quise levantarme y dejarlo con el postre servido y echarle la mesa encima, pero me contuve, pues cualquiera de esos gestos me hubiera impedido volver a encontrarme con Mariana. Y quería verla para comprobar su condición de prostituta. En verdad estaba rodeada de demasiados nombres masculinos y... siempre adinerados.

—No se da cuenta de que ya está vieja y me pregunto qué hará en la vida... —exclamó Augusto saboreando la pera en almíbar cubierta de crema.

Nunca había pensado en la vejez de Mariana. La había encontrado igual a la Mariana de unos años atrás y su imagen aterradora, sentada en las gradas de la cancha de tenis me vino a la memoria con una precisión que me dejó agobiado. Tuve la impresión de que la misma Mariana me miraba con ojos afiebrados desde una mesa vecina y de que bajo su mirada se marchitaban velozmente las rosas que estaban en el centro de la mesa. Nervioso, cogí la copa de agua y ésta se estrelló en mi mano y me produjo algunos cortes, mi sangre cayó sobre el mantel y éste se convirtió en un trapo sucio. Augusto continuó saboreando su pera en almíbar y haciendo juicios adversos sobre Zsa Zsa Gabor. Por alguna razón que yo ignoraba, Mariana estaba en las manos de aquel hombre que me miraba desde el otro lado de la mesa en ruinas, con una impunidad que justificaba el crimen.

—Pobre Natalia, la utiliza como una arma contra mí y no puedo abandonarla a la prostitución...

Me despedí pretextando una cita urgente. Salí del restaurante odiándole y odiando a Mariana. Augusto me vio salir y también Mariana que, desde la mesa del fondo, envuelta en harapos y con ojos afiebrados me contemplaba muda y aterradora, como esas viejas prostitutas que se cuelan en los lugares de lujo a pedir una limosna o a entonar una canción con voz aguardentosa. Recordé que Mariana no bebía...

Busqué a Pepina, una amiga común, para hablarle de mi desdichado encuentro con Augusto. La encontré terminando una traducción que abandonó para prepararme un té que bebimos juntos en su pequeño cuarto de estudiante. Pepina conoció a Mariana durante su luna de miel

en París. Ahora estaba divorciada, se sabía que le había ocurrido algo atroz en su matrimonio y a raíz de su separación estuvo bajo tratamiento psiquiátrico. Tal vez a eso se debía su lucidez para juzgar a los demás. Le pregunté por Mariana y sonrió con simpatía.

—La vi anoche. Está loca por ti, sólo tú parece ignorarlo.

Entonces, ¿por qué no se divorcia de Augusto? Pepina opinó que el marido no la soltaría hasta haberla arruinado totalmente. La noche anterior, al verlas charlar juntas, las había llamado lesbianas y frías. Mariana guardó silencio y Pepina abandonó la fiesta bohemia en la que pululaban los homosexuales, las “cubas libres” y los temas subversivos.

—No dudes de que aparezca suicidada un día. Está a un paso de la esquizofrenia y ha cerrado los canales de comunicación con el mundo exterior. Tal vez hable contigo, aunque lo juzgo difícil.

Las palabras de Pepina me sobresaltaron, ¿y el otro? ¿Quién era el otro?

—¡Qué sociedad tan extraña! Esos dos hombres me dan miedo. Creo que ambos odian a Mariana. Yo no sé nada, ella no me hace confidencias —me dijo.

Mariana era incapaz de exteriorizarse, siempre hablaba de cosas ajenas a ella misma. A veces hacía alusiones a su infancia, pero no confiaba en mí. La imagen de Mariana suicidada me alejó de Pepina y apenas escuché su voz.

—La puedes encontrar en San Patricio, allí va muchos días...

Le pedí a Pepina que me arreglara una cita con Mariana y aceptó hacerme el favor. Yo conocía su secreto, se había casado con un homosexual y ahora vivía apartada del mundo, contemplándonos desde una distancia insuperable. Se había convertido en una persona intocada e intocable. Abandoné su estudio invadido por una melancolía aguda y pensando que quizá Pepina poseía el secreto de la dicha.

Pepina me avisó que había arreglado la cita con Mariana. Nevaba copiosamente y las calles estaban cubiertas de nieve aplastada por los automóviles. La ciudad lucía triste, envuelta en niebla oscura y copos blancos que se convertían en lodo líquido al tocar el suelo. Esperé la llegada de Mariana, de su hija y de Pepina en el vestíbulo alfombrado de

un cinematógrafo de Broadway y pronto la vi aparecer cubierta con abrigos gruesos y gorritos de lana. Corrí a su encuentro y tomé a mi amiga de la mano.

—Vamos, mi amor, que tengo algo que decirte.

Subimos a un taxi y Mariana se echó a reír con júbilo. Ante mi sorpresa le dio al chofer una dirección desconocida.

—¡Qué buena es Pepina! ¡Qué buena! —repitió.

El taxi se detuvo frente a un edificio situado a espaldas de Central Park. Subimos a un piso muy alto y Mariana llamó con alegría y me regaló un beso furtivo.

—Mariana, ¿adónde me has traído?

Abrió la puerta un hombre mayor que cogió a mi amiga por el talle y la hizo dar varias vueltas por el aire. Algunos personajes se reunieron para festejar con besos su llegada. Yo ignoraba el lugar en el que me encontraba y me dejé conducir a un salón pequeño en el que resulté un intruso. Pronto me di cuenta de que aquellas personas eran gente de teatro y solitario me coloqué junto a una ventana para observar sus gestos precisos y sus voces templadas. Mariana se reunió con una mujer de pelo recogido y zapatillas de ballet muy usadas y noté que ambas me miraban.

—¡Qué tragedia! ¡Qué tragedia! —exclamó una mujer que ocupaba una sillita baja junto a mí.

Escuché su voz de fuerte acento ruso y me volví a ella. Me encontré con sus ojos azules, su chalina dorada, su traje de seda pasada y sus joyas orientales. Toda ella desprendía un lujo teatral y una autoridad majestuosa. Con las manos cubiertas de anillos preciosos señaló vagamente a la amiga de Mariana.

—¡Dimitrova, la gran estrella del ballet casada con ese individuo siniestro! —y dirigió la mirada a un hombre vestido como un empleado de banco.

—Es un comerciante... un enemigo del arte.

Recordé el nombre de Dimitrova iluminando las marquesinas de los teatros y me volví a la señora que me miraba con ojos centelleantes. Unos minutos después, supe que se llamaba Katia y que era la decoradora de moda en Broadway y en Hollywood. También supe que los invitados

tenían sus nombres en las carteleras de los teatros y que sólo faltaba el de Dimitrova. Katia me daba explicaciones fáciles haciendo tintinear sus joyas. Admiré su ligereza de movimientos y su voz generosa. Cuando Mariana se acercó a nosotros acompañada de Dimitrova, Katia la llamó “cherie”, como si deseara compensar con su afecto la soledad que había caído sobre la bailarina retirada. Dimitrova sonreía con timidez y al observarla de cerca tuve la impresión de hallarme frente a una niña encerrada en un calabozo. El decorado de su salón era vulgar, no mostraba ninguna huella artística. Se diría el piso de una mujer corriente, fatigada con la mediocridad de los muebles y los objetos que la rodeaban. La ausencia de la gracia volvía opresivos aquellos muros... Dimitrova se escondía, se replegaba sobre sí misma, asustada.

—Dimitrova, los ceniceros están derramados —exclamó su marido con voz molesta.

La antigua estrella se precipitó a recoger las colillas ayudada por sus amigos, y Katia movió la cabeza disgustada y lanzó sobre el marido una mirada devastadora.

—La petite no puede divorciarse porque el hombre le quitaría a su hijo. Una artista no debe casarse nunca y menos con un comerciante —me dijo en voz baja Katia.

En ese momento alguien tarareó una música clásica y ensayó unos pasos que no se realizaron, pues la voz del marido de Dimitrova interrumpió la alegría...

Han pasado muchos años y todavía el recuerdo de Dimitrova encerrada en aquellos muros opacos me perturba. “Los artistas no tenemos dinero y la petite nunca ganaría el pleito contra su marido”, me dijo Katia aquella noche. Muchas veces busqué su nombre en los periódicos, esperaba que Dimitrova hubiera regresado al escenario, pero fue en vano. También yo recordaba a la muchacha girando en la escena como un hermoso pájaro de luz, libre de la jaula en la que poco a poco se convertía en cenizas...

Salimos de allí y Mariana estaba triste. Caminamos por la noche nevada sin cruzar una palabra. El misterio de la nieve apagaba los pasos y nos dejaba nostálgicos. Recordé la tristeza de Dimitrova y encontré una frase feliz.

—Mariana, quien te diga que el que bien te quiere te hará llorar, miente. El que te ame te hará feliz... yo te amo.

Bajó la cabeza. Había olvidado el balcón y las lágrimas. No llevábamos ningún rumbo y pensé que nos habíamos extraviado y que nunca volveríamos a encontrarnos.

—Te quise tanto que ahora soy incapaz de amar a nadie, ni siquiera a ti...

Sus palabras resbalaron sobre la nieve y me dejaron atónito. Recordé a Pepina: “Ha cerrado los canales de comunicación con el mundo exterior”. Era verdad, me abandonaba... quizá sólo estaba muy cansada y le reproché con dulzura que no hiciera ningún esfuerzo para verme.

—Mi amor, alguna vez estuvimos juntos en la vida...

—Sí. Ahora la guardia está montada. Cuando intento escapar para ir a verte, Natalia se asoma a la puerta y si no hay nadie me hace una señal y salgo corriendo, entonces, de la niebla surge Barnaby... Ya ni siquiera los odio. ¿Crees que había algo de malo en visitar a Dimitrova?

—No, Mariana, no había nada de malo.

—Pude verla gracias a Pepina...

Su escapatoria se debía a Dimitrova, no al deseo de verme. Tal vez había algo en la antigua bailarina que le recordaba a ella misma. Vi su figura delgada avanzando entre la nieve y me alarmó su desesperanza. Quise preguntarle sobre San Patricio.

—¿Te consuela confesar?

—¿Crees que hubiera soportado no verte, si no fuera porque te veré en el cielo? ¿No recuerdas que te conté que una noche oí una voz que me prometía una sillita en el cielo?

En efecto, en París, Mariana me había contado aquella anécdota varias veces. Vagamos por las calles heladas, quería decirle que confiara en mí sobre la tierra. También quise decirle que la espiaba en los teatros, guiada por las confidencias de Natalia. Pero guardé silencio, pues recordé las palabras de Augusto y de Barnaby. Me conformé con maldecirlos en voz alta.

—¡Son cómplices! Quieren volverme loca...

Le cogí las manos y le pedí una cita. La hice jurar que asistiría. No nos

besamos, sólo deseaba obtener una acción afortunada de Mariana, y aceptó.

Nevaba sobre Nueva York y me fui a espiar el hotel de Mariana. Había aceptado mi cita y quise saber si mentía. Dudaba de ella. Me instalé en una cafetería situada en la acera de enfrente de su hotel y miré hacia la puerta por la que debía salir. A través de la nieve espesa que caía sobre la ciudad, vi aparecer a Natalia, mirar a todas partes y entrar nuevamente al hotel. Enseguida apareció Mariana con los cabellos cubiertos por un gorrito rojo. Avanzó decidida, en la esquina levantó el brazo para detener un taxi y la mano de Barnaby la detuvo. ¡Era verdad que la guardia estaba montada! No supe de dónde había surgido aquel hombre enorme. Los vi discutir: Mariana gesticulaba, mientras el hombre no le soltaba el brazo. Salí a darles alcance y vi que Mariana era arrastrada por el hombre con una fuerza hercúlea. Corrí tras ellos, sólo para verlos entrar al Hotel Waldorf y me detuve derrotado... Mariana era su amante. Caminé unas calles para serenarme... Augusto no podía tener razón. ¡Mentía! Entré a una cabina de teléfono y la llamé a su hotel: “Me detuvo a la salida...” Tal vez había pasado media hora.

—Iré a esperarte a la puerta misma de tu hotel. ¡Ahora mismo!

En pocos minutos me planté en la puerta y apareció Natalia, sonrió y entró corriendo, entonces salió Mariana. La cogí del brazo con firmeza y echamos a andar. A los pocos pasos surgió Barnaby cubriéndose con un paraguas negro.

—¡Vete! ¡Vete! —gritó Mariana.

—¿No me permites que salude a Vicente? —preguntó con voz untuosa.

Lo pasamos de largo. La situación era odiosa. No deseaba que Barnaby conociera mi nuevo domicilio. Mariana se volvía para ver si el hombre iba detrás de nosotros. Me indignó que le tuviera miedo, pues uno sólo teme a sus cómplices. Mi posición era insostenible y si Mariana no se decidía a divorciarse no me ocuparía nunca más de ella y así se lo dije. Olvidé que yo también estaba casado y me dejé llevar por el rencor que me inspiraba la debilidad de Mariana y las humillaciones a las que me sometía. Tomamos un taxi y la llevé al piso que tenía alquilado.

Se sentó en un sillón y se quitó los guantes... Apenas hacía unos

minutos que había entrado al hotel con Barnaby. ¡Era una hipócrita! La marcha le había dado buen color. No le reclamé nada y ambos guardamos silencio. Nevaba sobre la ciudad y nosotros, desencantados, mirábamos caer la nieve desde nuestros lugares separados.

No se dejó vencer por mi frialdad. No tuvo un gesto, no se acercó a pedir perdón pero no como acostumbraba hacerlo, no, quería que lo pidiera con gravedad, porque graves eran sus faltas y graves los daños que me había hecho. Allí estaba frente a mí, sentada, sin mostrar ningún arrepentimiento. Miré sus piernas cruzadas y la vi fumar encerrada en sí misma y esperando mi rendición. ¡Estaba equivocada! Recordé a Pepina y recordé su inocencia. Juzgaba a Mariana con demasiada benevolencia. Recordé a Augusto que la calificaba de prostituta y recordé a Barnaby forcejeando con ella en mitad de la nieve y estuve seguro de que Mariana iba a San Patricio por farsante. Todo en ella era farsa: su amor por mí, su fe en Dios, su sufrimiento. ¿De qué sufría Mariana? La verdad era que hacía sufrir a todos. Mentía, se mentía a sí misma, como decía Augusto. Me incliné a observarla y adoptó un aire culpable. Le pregunté:

—Mariana, ¿tú me amas?

Estaba seguro de que contestaría afirmativamente y contestó lo que esperaba:

—Sí, Vicente, yo te amo...

Recordé que nunca me había dicho ¡no! a nada y que siempre había hecho lo que le dio la gana. Recordé su zapato arrojado en la mitad del bosque, recordé al chico arrojado a alguna alcantarilla de clínica, recordé al anillo de rubíes, recordé el barco en el que no llegó. ¡Mentía siempre!

—Mariana, ¿te irías conmigo?

—Sí. Me iría contigo hasta el fin del mundo.

¡Era asombrosa! Olvidaba sus engaños y creía que los demás también los olvidábamos.

—Mariana, ¿tomarías un barco para reunirte conmigo?

—Sí. Lo tomaría...

Me quedé estupefacto. Me decía la verdad con una simpleza que me dejó desarmado. Era dócil como un niño de buena cuna. Creía conocerla y ahora dudaba de ella. Sabía que me amaba pero existía dentro de ella una

fuerza que la obligaba a contradecir con hechos duros sus palabras dulces. Nadie podía confiar en ella y resultaba terrible para la persona que la amara. Tuve la impresión de que existían dos Marianas, una dulce y otra perversa.

—Mariana, siempre dices sí. Nunca niegas nada. Y sin embargo, adentro de ese corazoncito tierno que tienes, vive una mulita minúscula, hecha de diamante, que es la que al final decide todo, da un reparo y dice: ¡No! al amor. No, a la vida. No, a Vicente, y contra esa mulita nadie puede nada.

—¿Una mulita de diamante? —preguntó sorprendida.

—Sí, mi querida, y esa mulita me ha destrozado el corazón.

—Tienes razón... existe esa mulita...

Mariana se cubrió la cara con las manos, pero no hizo ningún gesto para acercarse a mí. Esperé en vano que se arrojara en mis brazos. No lo hizo...

Afuera continuaba nevando y Mariana se puso de pie y se acercó al balcón a ver caer los copos detrás de los cristales. Para ella eran fáciles las palabras y difíciles los gestos. La miré de espaldas, ignorándome: “Se hará vieja pronto y ya no podrá seguir haciendo males”, había dicho Augusto unos días atrás y me sorprendí pensando lo mismo. La vi quitarse el gorrito rojo de un tirón y vi caer sus cabellos rubios que inmediatamente recogió, para volver a esconderlos bajo la lana roja. Sacó un cigarrillo y lo fumó en silencio. Era tan fría como la nieve que caía tras los cristales. “Merece un castigo, alguien debe desenmascararla”, y recordé a su marido... Un humillo azul se enredaba en su mano levantada, sus botas negras le daban el aspecto de un cosaco y me pregunté por qué me había llevado a visitar a Dimitrova y a sus amigos. “Son personas famosas”, me contesté con amargura. Detrás de los cristales y entre los copos de nieve cayeron los días incoloros pasados sin ella... Una mano invisible bajó una cortina de cristal que me separó de Mariana y a los futuros días no logré darles forma. El tiempo se extendió sin límites, sin fechas y sin signos. Extendí una mano para tratar de alcanzar su cuerpo y ella se volvió y me dijo desde el espacio aislado que habitaba:

—¿Nos vamos?

La vi cruzar la frontera invisible y avanzar hacia la puerta del piso alquilado y traté de alcanzarla a sabiendas de que mi gesto era inútil. Salimos a la calle, la nieve caía sobre nosotros sin ruido, en remolinos, llevada por el viento que empezó a enfurecerse. Había paraguas abiertos, tirados como enormes pájaros negros sobre la nieve, nosotros caminábamos por la avenida próxima al río sin decirnos una sola palabra. La luz de un farol iluminó las lágrimas congeladas en las mejillas de Mariana.

—¿Estás llorando?

—No, no. Es el viento, me hace llorar...

Y retiró el rostro cuando quise enjuagarle las lágrimas congeladas. “Estamos derrotados”, pensé.

—Nos han derrotado... —repitió Mariana en voz alta.

¿Quiénes nos habían derrotado? Tal vez los años pasados sin vernos, tal vez los cuerpos interpuestos entre su cuerpo y el mío. Un paraguas negro y destrozado pasó veloz junto a nosotros, mostrando sus varillas agudas, para quedar de pronto detenido y rígido sobre la acera nevada. También Mariana iba de negro y avanzaba rígida hacia un tiempo vacío. En medio de la borrasca su gorrito rojo brillaba como la luz de un faro. Habíamos perdido la ruta, me abracé a su cuerpo helado y la nieve nos entró por la boca y no pudimos decir que nos amábamos. La dejé desaparecer cerca de su hotel, no se volvió para hacerme un signo que abriera las puertas del futuro.

Por la noche y a solas en mi cuarto extraño, escuché a la borrasca que se abatía sobre la ciudad y que giraba vertiginosa adentro de mi pecho. Me supe cortado de Mariana y la convoqué a visitar mi sueño... En el sueño, lento y blanco, giraban paraguas negros alrededor de un muñeco de nieve que yacía abandonado en un lote vacío. Un grupo de personas arrojábamos bolas de nieve a la cabeza del muñeco en la que brillaba el gorrito rojo de Mariana. El sueño tomó una gran violencia y las bolas de nieve cayeron furiosas sobre la cabeza cubierta con el gorro rojo. Aparecieron dos hombres enormes y terribles que deshicieron a puntapiés el muñeco del invierno. El gorro rojo desapareció, mientras

continuaba nevando sobre el montón de nieve pisoteada. Desde los restos de la barda que aislaba al lote vacío contemplé la escena y avancé en busca del gorrito rojo. Sobre la nieve brotó un minúsculo surtidor de sangre y al tocarlo se convirtió en paraguas destrozados que giraron a ras del suelo. Sentado sobre la nieve vi acumularse los copos blancos sobre mis manos inútiles y entonces supe que nos habían derrotado... Lo aprendido en los sueños se olvida en la vigilia y cogí mi carnet para escribir: “Mejor hubiera sido no regresar...”

Dediqué los días siguientes a dar paseos, a visitar librerías, a comprar regalos para mi familia y a ordenar la fiesta que debía dar en un barco de mi país. Me acompañaba Pepina. Con las manos metidas en un manguito de pieles y su sombrero de bridas parecido al que llevan las muchachas del Ejército de Salvación, Pepina caminaba a mi lado a pasos cortos y atenta a la nieve cristalizada en las aceras, para evitarnos una caída. En la agencia encargada de organizar la fiesta en el trasatlántico, Pepina me miró sorprendida:

—¿Qué dices?... ¿No vas a invitar a Mariana?

Sus grandes ojos color canela reflejaron su disgusto, movió la cabeza, hizo un mohín y me dio un golpecito en el pecho. Me eché a reír y acepté invitar a Mariana y a Augusto.

—Es una cita muerta, con un pasado que para mí ha dejado de existir...

—El pasado nos acompaña a todas partes, Vicente...

Estaba segura de sus palabras y me sorprendió el temblor de su voz al pronunciarlas. Recordé su matrimonio infortunado.

—Promete que vendrás —le pedí.

—No tengo un traje adecuado y además, tú lo sabes, me sentiría mirada...

Al decir la última frase sus mejillas se cubrieron de rubor. “Me sentiría mirada”, me dije y la miré con una curiosidad casi morbosa. ¿Por qué había dicho esas palabras? También Mariana había dicho varias veces: “Me siento mirada” y al igual que Pepina, enrojecía. Tomé a Pepina por los hombros y la miré a los ojos:

—Dime, ¿quién te ha hecho sentirte mirada?

Guardé silencio, pues en los grandes ojos de Pepina aparecieron

sombras aterradoras y después lágrimas. Me arrepentí y quise resultar frívolo.

—Vamos, vamos a tomar un té.

Una vez acodado a una mesa del Russian Tea Room, recordé que nunca había estado allí con Mariana y recordé que en mi futuro tampoco lo estaría, ni allí ni en ningún otro sitio, y toda la neblina que bajaba sobre Nueva York me envolvió para dejarme lejos de aquella niña que se despojaba de su sombrerito de bridas y me miraba con ojos inocentes...

Convencido de la desdicha de Mariana llegué al trasatlántico la noche de la fiesta. El acceso al barco era fácil y subí la escalerilla sin notar las pilas de costales que debían ser embarcadas al terminar la fiesta, y que descansaban sobre los muros astrosos del muelle oscuro y húmedo. Me encontré con el capitán y toda la oficialidad vestida con el uniforme de gala.

—Esperamos que el pabellón de la patria quede bien alto.

Guiado por el capitán admiré las cubiertas protegidas por toldos de lona a rayas blancas y celestes, las luces colocadas estratégicamente, los salones de parquet brillante, las orquestas todavía silenciosas, las mesas distribuidas sobre las cubiertas, protegidas por la calefacción, la multitud de banderolas color celeste suspendidas en los mástiles y el tumulto de rosas blancas que perfumaban la noche helada.

Con disimulo, busqué el nombre de Mariana y descubrí que, mientras yo cenaría al lado de una embajadora europea, ella lo haría en otra mesa, rodeada de algunos hijos de presidentes sudamericanos. No quise mover las tarjetas colocadas de acuerdo con el protocolo. Mi suerte consistía en estar siempre separado de Mariana.

Me acodé en una cubierta baja y contemplé el mar negro y desapacible. Algunas olas coronadas de espuma blanca lamían el costado del barco y murmuraban cantos. El mar nunca dejará de ser un grave misterio y creí adivinar a sus criaturas prodigiosas mirándome desde las aguas oscuras con sus ojos líquidos. A unos cuantos metros de profundidad no llegaba ninguna luz y los peces eran ciegos y quise saber a qué profundidad habitaban las sirenas. Había olvidado a esos seres peligrosos y vi ondular sus cabelleras sobre las aguas nocturnas y sus espaldas lunares se

mecieron ante el asombro incrédulo de mis ojos. Sus voces inaudibles me ensordecieron...

Hasta mí llegaron risas y conversaciones lejanas y supe que los invitados empezaban a subir al barco. Salí a su encuentro. Me sentía angustiado. “¿Y si Mariana no aceptó la invitación?” Desde la noche en que contempló caer la nieve tras los cristales de la ventana de mi apartamento no la había vuelto a ver. Saludé a varios invitados vestidos de negro con pecheras blancas y a mujeres de faldas susurrantes que se movían por las cubiertas. El perfume marino se mezclaba con el aroma de las rosas y yo permanecía de pie, en el lugar de acceso a la escalerilla...

Vi subir a Mariana acompañada por Augusto y al saludarme, me ofreció maquinalmente ambas mejillas en las que deposité dos besos. Su traje blanco de reflejos plateados como la cola de una sirena y sus cabellos pálidos meciéndose sobre sus hombros desnudos se alejaron. Al ver la piel de su espalda tuve la impresión de que llegaba de las profundidades del océano y de que pronto volvería a su lugar, confundida con la espuma y con los trozos de hielo que flotaban sobre la superficie del mar nocturno.

La voz de su marido me sacó de mis cavilaciones:

—Vicente, hazme un favor, cambia de lugar la tarjeta de Mariana...

Había alarma en sus ojos y busqué la figura espumosa de Mariana que ajena a sus palabras charlaba con unos desconocidos.

—¡Hará un escándalo! Colócala en tu mesa y contrólala. Está muy mal...

Obedecí como un sonámbulo y coloqué su tarjeta al lado de la mía. Desterré de mi mesa a la embajadora para colocarla al lado de los hijos de los presidentes sudamericanos. La operación resultó perfecta y Augusto me dio una palmada de gratitud y desapareció entre los invitados.

En Mariana no había ninguna huella de desdicha, ni rastros de ningunas lágrimas. Tal vez del balcón de la despedida sólo quedaba la sal del llanto, derramada sobre su traje y esparcida sobre su pies. No era la Mariana de unas noches atrás. Se diría que estaba hecha de sal y me pregunté si se había vuelto al pasado como la mujer de Loth para convertirse en una estatua fosforescente que volvía ahora colmada de

secretos que nunca nos diría. En su mano brillaba una copa y con ella escribía signos que el coro de hombres enlutados trataba de descifrar. No veía su rostro, sólo sus cabellos, sus espaldas y su traje color nácar. Tampoco veía la fiesta ni veía el tiempo...

Los bosques de Francia invadieron las cubiertas que se llenaron de riachuelos, de glicinas y miosotis hasta que una ola imprevista subió para llevárselos al fondo del océano. Fue entonces cuando me encontré al lado de Mariana, sentado junto a ella ante una mesa de hielo que flotaba en un mar negro. Hablábamos mirándonos a los ojos y sin pronunciar ninguna palabra. Sin embargo, las viejas palabras conocidas y pronunciadas bajo los bosques de Marly caían congeladas sobre el Mar del Norte y sus sílabas cristalizadas escribían nuestro viejo destino. Algunas quedaron prendidas a las rosas, separadas de nosotros, como si ya no nos pertenecieran. Muy lejos de nosotros las personas hablaban en diversos idiomas. Olvidé la maldad de Mariana y olvidé al tiempo. Estaba en un círculo de sal marina al que sólo llegaban algunos acordes de violines que hacían girar al mar que nos servía de lugar de reencuentro. Los dos flotábamos en un trozo de hielo y las ciudades habían sido sumergidas en las aguas protectoras.

—Estamos solos, Mariana...

—Solos...

Ante mis ojos apareció un mal sueño: en un salón una mujer de traje verde y boquilla de oro se agarraba a mí con tenacidad. La sacudí con fuerza y unos acordes de tango me llevaron a una Mariana terrestre y supe que la corteza de la tierra es dura y vuelve groseras a las gentes. Solamente había bailado con aquella pobre Mariana en aquel salón oscuro, ahora bailarían con la Mariana fugaz y líquida y toqué su mano fría y ella me besó la punta de los dedos.

—Somos dos fantasmas...

—Sí, dos fantasmas...

Una silueta negra se inclinó sobre mi amiga, la tomó del brazo y ésta desapareció. Me encontré rodeado de hombros con lazos negros sobre las pecheras blancas y me alejé. En un salón descubrí el traje nacarado de Mariana bailando con un desconocido. Había vuelto a la tierra y busqué

el trozo de hielo en el que flotábamos hacía unos minutos. Me encontré con los ojos de Augusto, mirándome desde el hombro de una mujer vestida de verde.

Me coloqué frente a unas plantas amenazadoras, después de haber conocido la fragilidad del mar y la transparencia de la sal. El traje de Mariana pasaba de un hombre enlutado a otro con gran velocidad. Se acercó a mí y me tendió una mano:

—Vicente, baila conmigo...

Permanecí quieto y el traje blanco desapareció como el mercurio, fulgurante y veloz. Volvió a acercarse:

—Vicente, baila conmigo...

Su mano tendida en el aire suplicaba, pero no la cogí. Me alejé hasta llegar a unos pasillos estrechos y profundos, sobre los que había innumerables puertas cerradas. Escuché mis pasos y continué mi marcha por aquel laberinto estrecho. Fue entonces cuando la vi venir corriendo con los cabellos meciéndose en el aire encerrado y sostenidos por el impulso de la carrera. Llegó hasta mí y se echó sobre mi pecho.

—Vicente, este hombre está loco...

Me hice a un lado y le ordené correr. Tras ella venía el hombre de traje negro y pechera blanca. Mariana me miró unos segundos sorprendida, se volvió, vio al hombre y pensé que aquel sujeto iba a matarla en esos lugares silenciosos. Yo no diría absolutamente nada. Busqué el camino de regreso a los salones.

—¿Puedes decirme quién es ese hombre y qué quiere? —era la voz de Mariana.

Me volví y me hallé frente a su traje blanco. No contesté. Nunca había visto a su pareja y no era yo quien lo había invitado. Me limité a sonreír. Los ojos de Mariana estaban muy abiertos.

—No me quieres. Nunca me quisiste —dijo.

Detrás de ella estaba el hombre de la pechera blanca y atrás de él otros hombres también de negro con la misma pechera blanca.

—¿Por qué me abandonas con esta horda que me ha caído encima? ¡Tú la enviaste, Vicente! —dijo retrocediendo un poco.

No entendí su reproche, me acusaba de haberle enviado a “la horda que

le había caído encima” y que aguardaba a sus espaldas. La tomé por un brazo:

—Querida, mi amor llamado Mariana...

El hombre que corría tras ella la arrastró al centro del salón. Alguien me miraba sonriendo sobre el hombro de su pareja: era Augusto. Continué solo, a mi lado circulaban mujeres sonando pulseras llenas de dijes y en el centro, Mariana desprovista de alhajas continuaba bailando. Se escapó y regresó a mi lado tendiéndome la mano.

—¿No me amas?...

—¡Claro que la amo, mi amor!...

Estaba pálida y supe que iba a desaparecer como desaparece la sal cuando se le vierte agua encima. La música y las flores escogidas por Pepina se alejaban de ella para dejarla en un espacio deshabitado. Así la he visto después: tendiéndome la mano blanca, con el traje tan blanco como su rostro dispuesto a desvanecerse y así se desvanece cuando la invoco en la soledad de algún banquete o de alguna recepción oficial, en la que me encuentro rodeado de personajes irreales que hablan de política o de literatura y a los que jamás escucho... Cogí su mano fría, la misma mano con la que se sostenía la barbilla en el momento funerario del cementerio del Père Lachaise y vi que por sus ojos cruzaban velos blancos, iguales a los de aquella estatua de mármol que me miraba sin mirarme. Tal vez me decía adiós o tal vez se disponía a entrar en la ciudad en la que todo termina para ocupar su sitio de mármol pensativo.

—¿Y para esto tantas lágrimas? —preguntó.

Volvimos al círculo de hielo en medio del océano y sus palabras cayeron sobre el agua como frutos de sal. Tiré de su mano y sus labios llegaron a los míos. Los trozos de hielo tomaron la forma de cruces irguiéndose sobre las aguas marinas y la cortina de lágrimas que nos separaba se alejó en el viento nocturno... Una mano pesada cayó sobre mi hombro, mientras otra mano igual caía sobre el hombro desnudo de Mariana: era Augusto quien nos separaba. Mariana se volvió a ver a su marido sin retirar su mano de la mía. “¡Se van!”, me dije. “¿Adónde se iban?” Se formó un grupo que se unió a ellos y yo continuaba guardando la mano de Mariana entre las mías. Varias voces me dijeron: “Buenas

noches”...

—Me habrías dejado ir si me hubiera marchado contigo —dijo delante de Augusto y sus amigos.

Sus dedos se escaparon de mi mano y corrí tras ella. ¡Era injusta! Yo la amaba. La vi bajar la escalerilla llevada por Augusto y seguida por su grupo de amigos, en el que no figuraba el sudamericano que la había perseguido por los pasillos del barco. En unos segundos Mariana no sería sino un reflejo de Mariana. Me acodé a la barandilla y escuché que alguien la llamaba a gritos: “¡Mariana!... ¡Mariana!”... Bajé la escalerilla y me recibió la profundidad del muelle oscuro. Arriba, sobre el barco, quedaban los trozos de la fiesta, mientras el grupo de Mariana se alejaba de prisa. Desde una torre de costales que serían cargados cuando la fiesta terminara, el sudamericano continuaba llamándola a gritos: “¡Mariana!... ¡Mariana!”... Tuve la impresión de que ese hombre era yo mismo y me detuve a escuchar sus llamados en el muelle vacío. No. Yo la llamaba en voz más baja, tan baja que mi voz salía de mi pecho. Derrotado volví al barco, pues todavía quedaban invitados... Me pregunté por qué Augusto me hizo cambiar el lugar de las tarjetas en las mesas y no encontré la respuesta. Tampoco supe quién era el sudamericano que la llamaba desde las pilas de costales...

Han pasado muchos años y todavía no entiendo lo sucedido aquella noche. Me repito que Mariana no ofrecía ningún peligro. Tal vez el cambio de tarjetas ordenado por Augusto originó el orden extraño en el que ambos penetramos aquella noche líquida y marina, no lo sé... Recuerdo solamente que volví a mi apartamento y que poco a poco me invadió la cólera...

Apenas dormí, pues mi cabeza estaba anidada por gaviotas furiosas que amenazaban con arrancarme los ojos. Algunas posadas sobre mi almohada se inclinaban curiosas a contemplar mi sueño agitado. Sus alas húmedas y frías me rozaban las mejillas, mientras que otras me contemplaban desde los rincones apagados de mi habitación. Quizá fueron ellas las que me dijeron que debía matar a Mariana... No olvidaré jamás que por primera vez Mariana me llamó por teléfono al día siguiente. Su voz apagada me recordó el furor de los pájaros nocturnos

que me habían visitado la noche anterior y me dejé llevar por la cólera.

—Mariana, ¿no puedes hacer algo útil?

—¿Qué es hacer algo útil?

—Trabajar... vives como un parásito.

—Sí... soy un parásito...

—Llevas una vida abyecta. ¿Por qué no trabajas?

—Voy a trabajar. ¿En qué?...

—Yo qué sé... En algo que te permita ser una persona digna.

—Seré digna, Vicente.

—Mariana, hay barcos que van a mi país. ¿Por qué no tomas uno y te largas de aquí?

—Tienes razón. Me largaré a tu país.

—Tengo que hablar contigo. Te esperaré a las cuatro de la tarde. Te juro, Mariana, que, si no vienes, no volveré a verte jamás.

Asustada por mi decisión aceptó la cita en un café de Lexington Avenue. La esperé tres minutos y la vi llegar haciendo la V de la victoria. No sabía que yo tenía otros planes y que la había citado para exterminarla. Se sentó junto a mí como un gorrión de plumaje raído y pidió un helado. Me contó cómo burló la vigilancia de Barnaby y de Augusto y que ambos la esperaban en una conferencia sobre arqueología. Tenía muy mala cara, se diría que estaba enferma y esto acentuó mi tristeza y afirmó mi decisión. Abandonamos enseguida el local de colores anaranjados y caminamos sin rumbo aparente por las calles frías y solitarias de aquella tarde de sábado. Era increíble que la Mariana que caminaba a mi lado fuera la figura radiante de la noche anterior. Mariana volvía a ser una figura terrestre y por aquella criatura insignificante había jorobado mi vida. ¡Porque en verdad la había jorobado!

Llegamos a Broadway, nos envolvió el olor dulzón del pop-corn que humeaba en los puestos callejeros. De las tiendas abiertas de día y de noche salían músicas de jazz que apenas empezadas, se mezclaban con la música de la puerta siguiente, marcando con sus clarinetes y sus baterías nuestros pasos tristes por el mundo asfaltado. Los cinematógrafos anunciaban amores y crímenes y sus héroes gigantescos nos dejaban pasar sin invitarnos a compartir sus aventuras. Grupos de marinos de

rostros infantiles salían de los billares para mezclarse con los apostadores de caballos y las prostitutas que apoyadas en los muros leían el *New York Times*. Soplaban el viento helado sobre los montones de nieve sucia acumulados en las aceras y Mariana parecía impermeable al frío. La sarna de ese Nueva York aventurero quedaba al descubierto con la luz pálida de la tarde. De noche, la luz neón confunde su miseria en reflejos multicolores, como las luces de los teatros convierten en trajes lujosos los harapos que visten los actores. Mariana guardaba silencio. Me volví a ver su perfil pálido por el frío:

—¿Te gusta Nueva York?

—Me encanta, es mágico...

—Ven, amor mío.

Se dejó llevar con inocencia y entramos por una puerta astrosa que llevaba a un pasillo oscuro de muros cubiertos de grafitis obscenos. Subimos por una escalera de hierro negro y llegamos a un primer piso. Del fondo de una especie de oficina sucia y techo bajo salió un hombre en camiseta con una colilla pegada a una esquina de los labios. El hombre nos miró con cinismo. Respiraba con dificultad aquel aire pegajoso impregnado de olores animales.

—Un cuarto —le dije.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó el hombre mirando a Mariana.

—Media hora.

—No es bastante. Le cobraré la hora completa.

Acepté el trato y pagué los dólares. El hombre en pantuflas rotas nos llevó a un pasillo estrecho, de paredes sucias, alumbrado por un foco rojo. Pasamos delante de muchas puertas cerradas y observé que Mariana caminaba de puntillas como si entrara en un lugar peligroso. El hombre se detuvo, sacó una llave y abrió de golpe una puerta.

—¡Una hora! —dijo y se alejó de mala gana.

Entramos. El cuarto era angosto y de techo muy alto. Una ventana con las persianas desgarradas ocultaba la oscuridad profunda de un patio interior. Los muros ocres estaban manchados. “Nancy and Jimmy”, decía una inscripción encerrada en un corazón mal dibujado en la pared. La cama de resortes reventados estaba cubierta por una colcha de flecos.

Sobre el muro de la cabecera colgaba una bujía eléctrica sostenida por un cordón atado a un clavo enorme. Había también un sillón de madera raspada y frente a la cama se abría la puerta que daba al baño, en el que había un lavabo despostillado y una taza de servicio amarillenta. Allí no había luz. El lugar olía a semen... Mariana resbaló sobre uno de los preservativos usados que yacían en el suelo. No dijo una palabra, se sentó en el borde de la cama y me miró con ojos asombrados. Le ordené:

—¡Desvístete, mi amor!

Me despojé del abrigo y lo arrojé sobre el sillón. Después, me quité la ropa. Ella obedeció mi orden y se metió bajo las sábanas húmedas y desde allí me tendió sus prendas íntimas. ¡Fingía o continuaba siendo púdica! Deseaba humillarla y levanté con brutalidad las sábanas y ella se cubrió el rostro con las manos. Hicimos el amor tal como lo habíamos hecho años atrás y volví a amarla como la había amado cuando caía la lluvia en los bosques franceses, pero no se lo dije. Mariana era la misma, sólo que ahora la sabía perversa. Recordé a Augusto y recordé sus palabras: “Farisea y prostituta”. Estábamos en un primer piso y me sería muy fácil descolgarme y salir a la calle. Tendido a su lado meditaba mis actos, mientras contemplaba el techo altísimo.

—¿Sabe alguien que estás conmigo?

—Nadie...

—¿Qué le dijiste a Natalia?

—Nada. Desde ayer está en la casa de unos amigos.

—¿Y a Gabrielle?

Había olvidado la presencia incómoda de aquella vieja en Nueva York. Ella era la única capaz de armar un escándalo y sospechar de mí si Mariana no regresaba a su hotel.

—Le dije que me esperara en la conferencia —contestó Mariana.

Guardé silencio y sentí la dureza de la almohada. Era muy fácil colocarla sobre su rostro y ahogarla. Ella no opondría ninguna resistencia, era muy dócil y tal vez me agradeciera aquel gesto supremo de amor, al impedirle envejecer y convertirse en una mendiga infame. Me enderecé en la cama y en la luz incierta de la habitación busqué su rostro confiado.

—¿Te gusta este lugar? No es el Waldorf pero para amarse cualquier lugar es bueno. ¿No lo crees así?

Mariana se envolvió en la sábana húmeda y extrajo de su bolso su lápiz de labios. La vi escribir en el muro: “Vicente y Mariana” y encerrar los nombres en un corazón dibujado con la misma torpeza del otro, sólo que nuestros nombres parecían estar escritos con sangre. Volvió a la cama titiritando de frío y me fui al baño a orinar en el lavabo. Estuve seguro de que me miraba escandalizada. Volví al cuarto, tiré la almohada debajo de su cabeza, la coloqué sobre su rostro y oprimí con fuerza. Mariana no se movió. Fui yo quien soltó la almohada y me dejé caer en el sillón. Permanecí sentado, con la cabeza entre las manos, pensando en la estupidez de mi venganza. Mariana se repuso del ahogo, se envolvió en la sábana y se colocó de rodillas frente a mí.

—Vicente, ¿qué te sucede?...

Su pregunta era irónica. Ella no había sufrido aquellos años febriles buscándome en las calles, tampoco los insomnios, ni las lágrimas. ¡Era una frívola! Se lo dije en voz baja, porque no quería reprocharle nada. Se quedó quieta en el suelo, escuchándome. Me cogió la mano y ordenó:

—Ven... Ven...

Me llevó a la cama. También yo estaba helado y me abracé a Mariana que era la misma, aunque la habitación fuera distinta. Hicimos el amor sin palabras y sin lágrimas. El tiempo de los juramentos había terminado y sólo disponíamos de aquellos instantes robados a una ridícula conferencia sobre arqueología. Sí, la abracé, pero no pude perdonarla... la recordé en el barco. Ahora la tenía sometida en un cuarto miserable al que sólo iban las prostitutas más baratas de Nueva York... Unos golpes furiosos sacudieron la puerta y el hombre en camiseta tan olvidado por nosotros gritó desde el pasillo:

—¡Son más de dos horas y usted sólo ha pagado una!

Aterrado, busqué dinero en el bolsillo de mi pantalón y entreabrí la puerta para pasarle los billetes. Enseguida salté a la cama.

—¡Qué maneras! —exclamó Mariana en voz muy baja.

—Sí, mi amor, qué maneras —y volví a abrazarme a ella.

La tristeza definitiva cayó sobre nosotros cuando nos vestíamos. Era

atroz lo que nos sucedía. Nos separábamos sin saber por qué lo hacíamos. Ignorábamos qué fuerza extraña nos alejaba al uno del otro; vagamente, yo sabía que era Augusto, pero no me atreví a confiárselo a Mariana, caería en un abatimiento nefasto y nuestros minutos escasos se romperían en astillas. Nunca entendí por qué Mariana se negaba a acusar a su marido. Años atrás me había repetido: “Sólo a Augusto le tengo miedo en esta vida”. Ahora, su marido se había multiplicado en Barnaby... Nos vestimos con una lentitud admirable y de cuando en cuando y sin atreverme a verle los ojos le pedí:

—Ven a mi país, querida. Harás una vida diferente, creo que vas por un camino malo...

—Lo sé, Vicente, lo sé todo...

Estaba sentada en el borde de la cama, con la cabeza inclinada, mirando al suelo espantosamente sucio. Me abrazó para transmitirme su infinita tristeza porque no se iría nunca a mi país. No escucharía jamás mis palabras. Seguiría bailando sobre cualquier trasatlántico, perseguida por hombres vestidos de negro y pecheras blancas, hasta que un día... Si, un día se quebraría en mil pedazos la mulita de diamante que la sostenía y entonces ¿qué iba a ser de Mariana? No quise pensarlo, me sentía responsable de ella, tan seria, tan pudibunda, que en esos momentos se calzaba los guantes con exactitud, para salir a la calle. ¿Cuál era el demonio que la empujaba a aquella terquedad? Años después, pensé que era el miedo. Esa noche de sábado, acepté la separación...

Atravesamos el pasillo alumbrado por un foco rojo y el hombre en camiseta me cobró el tiempo extra que habíamos pasado en el cuarto. Ese cuarto al que en este momento recuerdo como a un pequeño paraíso. No supe lo que pensó Mariana de aquel cuarto maloliente y tampoco sé lo que pensaría ahora...

Nos despedimos en la calle. Me rehusé a llegar hasta su hotel. La vi alejarse sin prisa empujando con la punta de la bota algunos trozos de nieve, como lo hacen los chicos. No volvió la cabeza ni una sola vez, parecía abstraída en su juego...

Volví a Broadway a cenar y al acercarme al piso que tenía alquilado en Park Avenue tuve la sensación incómoda de que alguien me seguía, me

volví repetidas veces para encontrarme sólo con la niebla; sin embargo, me llegó la presencia enorme de Barnaby y esperé a pie firme sobre la amplia acera, pero no había absolutamente nadie. El mozo de librea abrió la puerta de cristales y me lanzó una mirada extraña.

—Hay un recado para usted, señor. El caballero que viene a buscarle siempre me dejó este sobre —y me tendió un sobre en el que mi nombre estaba escrito con tinta negra.

Lo abrí allí mismo y saqué una cartulina blanca en la que no había ningún mensaje, ni ningún nombre escrito. El mozo continuaba mirándome con aire suspicaz. Lo interrogué sobre el desconocido:

—Me dijo que era muy urgente que usted se enterara de este asunto —y señaló la cartulina blanca.

En el elevador, supe que el desconocido era Barnaby pero no entendí su mensaje y el hecho de que conociera mi apartamento me encolerizó: “Mariana le dio la dirección”, me dije. Más tarde y a solas en mi cuarto, decidí que no era Mariana la indiscreta y mis sospechas cayeron sobre la vieja Gabrielle, tan advenediza. El mensaje era perturbador, porque no decía absolutamente nada... ¡Nada!, la palabra predilecta de Mariana. Me indignó el espionaje de aquel hombre y recordé sobresaltado la expresión suspicaz del portero y sus palabras: “El caballero que viene a buscarlo siempre...” Barnaby me buscaba. ¿Para qué? Tuve la convicción de que había intimado con el criado. Mi intimidad violada me produjo desazón y decidí hablar inmediatamente con Mariana... Fue inútil, no logré comunicarme con ella, en cambio tuve la certeza de que alguien seguía mis pasos por la ciudad. Al oscurecer del día siguiente, en una antigua perfumería situada en Lexington Avenue, distinguí el rostro amarillento de Barnaby mirándome desde la calle. Los vidrios escarchados deformaban su cara, abandoné el frasco de loción que tenía en la mano y salí rápidamente a su encuentro, pero el hombre había desaparecido. Descompuesto por la ira, entré nuevamente a la perfumería. El vendedor me miró con curiosidad:

—El hombre de la gabardina que lo miraba a usted, debe de haberse escondido detrás de los macetones del hotel de al lado —me dijo con voz rápida.

Enrojecí de ira y juzgué más prudente no comentar el hecho. Compré la loción y alcancé la calle dispuesto a enfrentarme con Barnaby. Los macetones lujosos colocados bajo el toldo del hotel no ocultaban a nadie, y los porteros de librea azul me miraron con curiosidad. Indignado subí hasta Park Avenue con la certeza de que alguien me seguía. Entré a una cabina telefónica para llamar a Barnaby a su hotel. ¡Quería retarlo! En la administración me informaron que ya no estaba entre los huéspedes, ni había dejado dirección. Llamé a Gabrielle. La vieja se sobresaltó:

—Créame, Vicente, que ignoro dónde se aloja Barnaby... me parece que Augusto debe de saberlo... —colgué el aparato.

Llamé a Mariana: no estaba, había salido con el señor y volverían muy tarde... Tomé un taxi y me fui a un cinematógrafo a reflexionar. Cené solo y muy tarde regresé a mi edificio. La ceremonia de la noche anterior volvió a repetirse, sólo que ahora me negué a aceptar el sobre con mi nombre escrito en tinta negra:

—¡Tírelo a la basura y dígame a ese hombre que si desea hablar conmigo que me llame!

Y dejé al portero con la mano tendida que sostenía la carta que decía inada!

Al día siguiente llamé a Mariana y la invité a cenar conmigo, pues ambos abandonábamos Nueva York. Deseaba hablar con ella seriamente, me inquietaba la persecución de Barnaby y la extraña complacencia de su marido en aquel espionaje que me parecía peligroso para ella. Me cargué de razones y me preparé a enfrentarme con la inconsciente de Mariana. Ocupado en esos pensamientos, traté de ignorar que alguien me seguía por las calles de la ciudad y me espiaba detrás de los cristales de los comercios, pero Mariana no acudió a la cita. En su lugar llegó Augusto acompañado de Natalia. Oculté mi ira y ocupamos una mesa bien situada. El marido de mi amiga estaba contento. Con aire de satisfacción, me explicó que Mariana había preferido cenar con Barnaby. La muchachita interrumpió con vehemencia, para hablar de su obra de teatro preferida: *Troilus and Cressida* y su padre le ordenó callar. La observé con pena, mientras escuché a su padre:

—Mariana está cada vez peor. Es terrible para una mujer hacerse vieja.

Augusto paladeó de una manera equívoca el adjetivo “vieja”. ¿Deseaba convencerme de que una mujer de treinta años era una anciana? Me disgusté y vi que Natalia enrojecía. Le aseguré colérico que Mariana parecía jovencita y me regaló una sonrisa compasiva. La cena transcurrió con dificultad; de alguna manera, Augusto había echado un corrosivo sobre la imagen de Mariana. Tal vez el hecho de que ésta hubiera preferido cenar con el “otro” ayudó en su labor destructiva y me resigné a no verla nunca más. Mi avión salía al día siguiente... Al abandonar el restaurante, Natalia me obligó a acompañarlos a su hotel. Radiante, descubrió a su madre sentada en la cafetería desde la cual yo la había espiado y me dijo:

—¡Mírala! Allí está...

A través de los cristales escarchados, vi a Mariana inclinada como un crisantemo de colores ocres y entré tembloroso a despedirme de ella. La abracé. Estaba muy delgada y los tonos ocres de su camisa y de sus pantalones de pana alargaban su figura alargada. Contemplé por última vez sus cabellos rubios y toda ella se difuminó como un paisaje borrado por la niebla.

Delante de la sonrisa crispada de Augusto, le dije adiós para siempre. No pude prevenirla sobre Barnaby ni sobre su futuro.

—Mañana tomamos el avión con Barnaby. ¿Verdad, papá? —dijo Natalia con una intención que no alcancé a descifrar.

Me dispuse a partir y Mariana me detuvo. Sentí su mano nerviosa y vi su mirada lastimera.

—Vicente, ¿te llegó el dinero de los billetes que enviaste para aquel viaje?

Enrojecí, pues “el dinero para aquel viaje” no me había llegado nunca, como tampoco nunca llegó Mariana. Ésta se volvió a mirar a Augusto con ojos de reproche.

—¿De cuál dinero hablas, Mariana? —preguntó su marido.

—Del dinero que tú recogiste en la agencia de viajes —contestó ella,

—¡Estás loca! Perdona, Vicente, ¿tú enviaste algún dinero a Mariana? —preguntó con tono severo.

Mariana se ruborizó, no supe si de ira o de vergüenza y abrió la boca

para decir algo.

—Si Mariana te debe algún dinero idímelo, Vicente! —me pidió Augusto con voz molesta.

La escena era penosa... Y Mariana, de pie, escrutaba el rostro de su marido con terror.

—¡Augusto, me engañaste! Dijiste que lo habías enviado...

—Ignoro de qué dinero y de cuál viaje hablas —cortó su marido con sequedad.

Era terrible que en nuestra última entrevista se hablara de un dinero gastado hacía ya varios años y el dolor de la despedida se convirtió en un asunto sórdido. Vi que Mariana se ponía muy pálida. ¿Por qué había escogido aquel momento para hablar de los billetes del viaje? Tuve la impresión de que había descubierto las acusaciones que le lanzaba su marido y que deseaba mostrar que no mentía, pero la seguridad de Augusto la dejó desarmada y culpable frente a mí. Me volví a la muchachita y ésta me regaló una mirada rencorosa. ¿Era ella la que había dicho a su madre lo que decían Barnaby y Augusto a sus espaldas? Augusto sonrió satisfecho y yo me sentí mal. Abracé a Mariana para terminar con aquella escena patética.

—Adiós, Mariana...

—Adiós, Vicente...

Salí de la cafetería a sabiendas de que abandonaba a Mariana a un destino ingrato y me enfrenté a la noche que repentinamente se había quedado desierta. Supe que alguien me seguía. Pero no volví la cabeza. Atrás, muy atrás, quedaban Augusto, Mariana y Barnaby. Avancé por calles desconocidas, sembradas de presagios y me dije que ahora me liberaría para siempre de la costumbre de amar a Mariana y los años pasados en el afán de amarla abrieron un hueco oscuro en el tiempo, en el que se reflejaron imágenes pasadas y remotos bosques franceses. La sombra enorme de un hombre me seguía con descaro. Avancé por un tiempo pasado y me encontré en la noche en que busqué desesperadamente su zapato arrojado entre los chopos y los castaños de aquel camino borrado de mi vida. “No encontré su zapato”, me dije convencido de que ahora era inútil tratar de recobrarlo. El zapato se

había perdido para siempre y en la oscuridad que atravesaba me era imposible distinguirlo. El espacio futuro era incierto. En adelante bordearía lugares desconocidos, caminaría por la orilla de un mar negro en el cual la luna ya no se refleja. El rostro de Mariana había sido tragado por un bosque invisible. Empezó a nevar y mis pasos marcaron la ruta que me alejaba de Mariana. Otros pasos detrás de mí eran más alegres. Mariana, convertida en un crisantemo inclinado desaparecía en un bosque hundido sin ruido, en el tiempo sin tiempo del pasado. Tuve la seguridad de que algún día hallaría su tumba en un lugar inesperado: el centro del bosque en donde germinaba su zapatilla perdida. “Allí la encontraré”, me dije convencido y entonces tuve la revelación de que somos nosotros mismos los que marcamos de antemano el lugar exacto de nuestra muerte y quise llorar por aquel gesto antiguo de Mariana...

Al cruzar el vestíbulo del edificio, el portero salió a mi encuentro y me tendió el sobre blanco con mi nombre escrito con tinta negra. Lo arrojé al suelo y noté que el portero miraba hacia la calle con ojos de sorpresa, me volví para descubrir la figura de Barnaby enfundada en su gabardina verdosa. El hombre me miraba sonriendo desde la calle, con impunidad.

—Es él... —murmuró el portero.

Di media vuelta y avancé hacia la puerta y Barnaby desapareció con la velocidad con la que había aparecido. Alcancé la puerta y salí a la acera nevada. El portero me seguía con cautela. Ninguno de los dos logramos ver en dónde se había escondido el extraño seguidor de mis pasos.

—¿Lo conocía usted, señor? —preguntó el portero.

—No. Jamás lo había visto —afirmé.

—Vaya con cuidado, puede ser un maniático.

Al cruzar nuevamente el vestíbulo para ir al ascensor, contemplé indiferente el sobre tirado sobre las losas de mármol del vestíbulo...

Por las noches, encontré en sueños a Mariana. Escribía con seriedad en el muro en el que terminaba la vida signos ilegibles, y me pareció escuchar un llanto que me despertó sobresaltado.

Alguien tocaba un piano y sus notas entraban por el hueco abierto de la chimenea...

No fue la última vez que la encontré en sueños, Mariana se me aparecía

en el cuarto de Broadway envuelta en una sábana blanca, girando alrededor de los muros, buscando una salida, igual a un antiguo fantasma que desea huir de sus pesares. En el muro ardían nuestros nombres escritos por ella, el fuego se comunicaba a mis sábanas y despertaba asustado de mi cobardía. Entonces, le enviaba cartas y telegramas tristes que ella contestaba, pues nunca renuncié al reencuentro final...

Hace unos años enmudeció. Pepe tampoco supo nada de ella. Llegaron noticias descabelladas y preferí guardar silencio cuando alguien pronunciaba su nombre sobre el que circulaban múltiples hipótesis... Yo callaba, porque conocía su secreto, pues por las noches y a través del sueño me comunicaba con ella ya que el hilo conductor que nos unió no llegó a romperse... Sí, hace tiempo que me quedé a oscuras, y entonces volví a acusarme de cobarde...

Apenas hace unas semanas, Augusto vino a mi país y me invitó a una conferencia dictada por él. Durante casi dos horas habló de los Derechos Humanos y atacó el totalitarismo latinoamericano. En medio de los aplausos entusiastas de la selecta concurrencia, se acercó a mí con gesto afable. Me fue difícil reconocer en el hombre gordo y vestido con una vieja chaqueta de cuero a Augusto, quizá porque llevaba el pelo demasiado largo o quizá por el atuendo juvenil y moderno. Se había hecho viejo, pero lo ignoraba, no se había dado cuenta de que el tiempo destructor había soplado sobre él con inclemencia. Mientras me explicaba su rebeldía y sus sufrimientos, me atreví a preguntarle por Mariana, la eterna rebelde, cuyo destino final ignorábamos todos. El rostro de Augusto caído por los años se transformó en una máscara violenta.

—Vicente, te suplico que no nombres a esa cloaca.

No acepté sus palabras y él, siempre sensible a la opinión de los demás, se apresuró a darme explicaciones.

—No sé nada de ella. Sólo sé que huyó a la Unión Soviética con Natalia. Logró lo que deseaba: destruir a mi hija, destruirme a mí y destruir a mis amigos. ¡Era implacable! ¿Recuerdas cómo amaba el dinero? Era una mercenaria... Mira, estoy acabado...

No entendí sus palabras. ¿Mariana en la Unión Soviética? ¿Y qué podía hacer allí si era tan católica?

—Siempre fue confidente de una red soviética de espías.

Sentí compasión por aquel hombre que se pasó una mano gordezuela por los cabellos largos y canosos. Después, con abundancia de palabras, me planteó el problema de los disidentes. Él se había identificado con Solyhenitzin, había hecho causa común con ellos, ya que sufría del totalitarismo político de su país. Me conminó con insistencia a incorporarme al grupo defensor de los Derechos Humanos, para encontrar una solución a la libertad del hombre moderno, sometido a presiones y a torturas físicas y mentales.

—Tú sabes que un ser libre siempre es un personaje sospechoso, subversivo y peligroso —me dijo para convencerme de que debía sacudir mi apatía y sin proponérselo, me pareció que hacía el retrato de Mariana.

No pude entenderlo ni admirar su valor. ¿Por qué lo perseguía un gobierno que acababa de nombrarlo director del Museo Nacional de Arqueología? ¿Por qué era delegado de ese país para defender la causa de los Derechos Humanos? Me dejó confuso y de pronto escuché que hablaba de Barnaby.

—Está escribiendo una novela sobre este tema. ¡Te aseguro que es magnífica! Siempre tuvo mucho talento. Lástima que haya perdido tanto tiempo...

El nombre del individuo que me seguía por las calles de Nueva York me confundió aún más, y al despedirnos y antes de que subiera a su limousine de lujo que lo había llevado al instituto cultural, intenté nuevamente hablar de Mariana.

—Vicente, te suplico, comprende que *j'ai perdu ma vie par delicatesse...*

Lo vi partir hundido en el asiento posterior de la limousine y me quedé perplejo. Más tarde se presentaron en mi casa varios jóvenes de barbas y cabellos largos para solicitar mi firma para un documento en favor de la LIBERTAD. Venían de parte del Maestro Augusto. No entendí bien a cuál libertad se referían, pero firmé el documento...

Después, durante varias noches me encontré en sueños con tempestades de cenizas. Anteanoche en el centro de la tempestad se irguió llameante la palabra “disidente” y sus lenguas de fuego

amenazaron con devorarme. Entonces descubrí a Mariana sentada en la primera i de la palabra incendiada. Mariana me gritó: “¡Tonto! ¡Parsifal cruzó el salón, vio y olvidó!” En la segunda i Natalia hacía equilibrios sobre la llama... Supe que tanto Mariana como Natalia estaban en un Paraíso diferente al que Augusto me había dicho. El secreto descubierto me inquietó, pues el sueño me dijo que existe el Paraíso y que podemos alcanzarlo, ya que ancho es el cielo y altas son las llamas para llegar a él, una vez que hemos aprendido a jugar con fuego... y Mariana siempre fue pirómana. No soy creyente, pues me educaron en el más firme liberalismo, pero cuando aparecen en mi sueño los ángeles silenciosos que me visitaron en aquella lejana tarde en el cuarto amarillo de mi amante, dudo, cierro los ojos y le digo buenas noches a Mariana, mi amor nocturno, a sabiendas de que para ella, el mundo que pisamos los terrestres ha dejado de girar sobre su eje...

Antes de terminar diré que después de mi charla con Augusto miré las fotografías de Mariana y en todas, salvo en una, su diminuta imagen ha desaparecido. Sólo me queda aquella en la que está sobre la nieve, pero ahora no carga sus esquís sobre los hombros ni sonrío. Tampoco me da la espalda, ha vuelto a mirarme y su figura pequeñísima agita la mano en señal de despedida antes de desaparecer para siempre y dejarme sólo una cartulina grisácea, como lo hizo en las demás fotos...

Dudé. Y ahora sé que Mariana tampoco me espera en el cielo sentada en la sillita de Van Gogh...

II

Prefiero olvidar a Mariana. ¿Qué puedo decir de ella? Todo sucedió hace muchos años y a nadie excepto a mí que fui su cómplice y su confidente le puede interesar la vida equivocada de mi amiga. Los equivocados merecen el olvido que ella ha alcanzado plenamente. La mano que borró la imagen de Mariana guardada en la memoria de sus amigos como una imagen reflejada en el agua, fue la mano de Augusto su marido, que implacable revolvió el agua, desfiguró su rostro, su figura, hasta volverla grotesca y distorsionada. Al final, cuando las aguas se aquietaron, de Mariana no quedó nada! Cambiar la memoria para destruir una imagen es tarea más ardua que destruir a una persona. Temo que no descubriré nunca el secreto de la pareja Mariana-Augusto, que nunca fue pareja.

—Para mi estabilidad mental le suplico, Gabrielle, que no pronuncie ese nombre —me ordenó Augusto hace pocos días cuando dije: “Mariana”. Observé su figura inclinada, redondeada por los años, sus sienes canosas y su despacho de hombre importante en el que figuran fotografías suyas acompañado de personajes contemporáneos. Sigue vigente su antigua prohibición de nombrar a su mujer. “¡Su mujer!” Me pregunto si la puedo llamar así, ya que una sombra no es mujer de nadie. Mariana desapareció con la velocidad con que se apaga una bujía y se perdió como una sombra más en el reino de las sombras. Una sombra no proyecta sombra y el nombre de mi amiga sólo evoca oscuridad. No entiendo el temor de Augusto. El olvido es un dejar de ser. ¿Qué teme Augusto de algo que no es? A veces creo que Mariana sólo fue un sueño que soñamos entre todos y como todos los sueños interrumpidos nos

sobresaltó, pues nos dejó sin respuesta. Tal vez esa respuesta es a lo que Augusto teme...

La última vez que vi a Mariana estaba acodada a la mesa de un cafetín anónimo situado en las cercanías de la Plaza de la Bastilla. Me citó con urgencia para que sacara un baúl verde que guardaba en su habitación para cambiarlo por otro exactamente igual, pero vacío. Era viernes y el domingo yo debía sacar ese baúl sin que Barnaby, su amante, sospechara la maniobra.

—A las cinco de la tarde saldré con Barnaby. Usted entra, saca el baúl que está frente a la ventana de mi cuarto y deja éste —me dijo guiñándome un ojo y mostrándome un pequeño baúl verde colocado junto a ella en la oscuridad del cafetín. La miré asustada y ella me entregó una copia de la llave de entrada de su piso.

Mi complicidad con su criada Raymonde me facilitaría la maniobra, pero me guardé de decírselo. Acepté la llave y la observé con atención: estaba asustada. Tan asustada como lo estaba tres años atrás en el vestíbulo de su casa, acompañada de su hija Natalia. Las dos iban vestidas de viaje y junto a ellas había una fila de maletas. Una llamada telefónica destruyó a Mariana en aquel día inolvidable. La vi salir del gabinete del teléfono intensamente pálida y se dirigió a su cuarto con paso vacilante. Las maletas quedaron en el vestíbulo. Clarence, el amigo íntimo de Augusto, sonrió. Fue él quien llamó a los criados y ordenó recoger el equipaje de la señora.

—Augusto quiso ponerla a prueba. No podía permitir que huyera con Vicente, ese gigoló sudamericano —dijo con los ojos brillantes y la sonrisa reseca.

—¡Infame! —contesté.

Abandoné la casa para evitar encontrarme con Augusto. “Mariana no soportará este golpe”, me dije y la sonrisa malévola de Clarence, el aprendiz de periodista, me persiguió por la calle.

Durante muchos días me obsesionó aquel personaje que lamía los platos y las palabras de Augusto. La miseria lo empujaba al servilismo. Alguna vez lo visité en el cuarto que ocupaba cerca de la Porte Saint Denis y cuando supe que ése no era su verdadero domicilio me invadió el temor.

¿Por qué ocultaba que sus padres poseían una enorme fábrica de muebles y que él llevaba la vida de un gran burgués? Su figura negruzca disponiendo de la vida de Mariana me asustó y me encerré en mi vivienda. ¿Qué esperaba?

Dos meses más tarde Mariana se presentó en mi cuarto miserable y me anunció que había logrado que Augusto me diera un empleo modesto en su oficina. En adelante podía dormir tranquila. La escuché decir:

—Dejamos París la semana entrante...

La buena noticia venía acompañada de la mala nueva: Mariana se iba y tal vez no volvería a verla. Su figura delgada y sus mocasines usados me llenaron de afecto. De su gorrito rojo de lana se escapaban mechadas de pelo rubio y juzgué que su presencia me era indispensable. No levantó la vista, jugaba con sus guantes y parecía indiferente a todo, como si hubiera empezado a morir. No mencionó a Vicente y yo ignoré a aquel hombre que había trastornado la vida de mi amiga. La vi bajar la escalera sucia y sentí que una parte hermosa de mi vida terminaba con la desaparición de la pequeña Mariana.

Esa misma tarde me presenté en la oficina de Augusto. El empleo existía y apenas me atreví a mirar a los ojos al marido de mi amiga.

Casi dos años más tarde encontré a Mariana en Nueva York custodiada por Augusto y por un nuevo personaje: Barnaby, que la seguía como antes la había seguido Ramón y que era además el mejor amigo de su marido.

—Barnaby es un hombre excelente —dijo Augusto.

Trabajaba para él y no pude contradecirlo, aunque me molestara el nuevo personaje. Creí adivinar en aquel millonario sudamericano un pasado sombrío y un presente dudoso. Entendí que su amor por Mariana era la justificación de su vida inútil. Quizá la presencia de Vicente en Nueva York explicaba la de Barnaby. La repetición del juego del gato con el ratón volvió a indignarme. “Está atrapada, no se salvará nunca”, me dije en mi habitación del hotel neoyorkino, mientras la nieve se acumulaba en el alféizar de la ventana y las torres gigantescas se iluminaban irregularmente. Bebí un té y contemplé la ciudad fantástica envuelta en brumas y vendavales de copos de nieve. Hablaría con Mariana, aunque sabía que era inútil.

Al atardecer, en la pista de patinar del Centro Rockefeller me encontré con mi amiga. Al compás de los vales vieneses giraban los patinadores entre los que figuraba Natalia. Los árboles de Navidad sembrados de luces se mecían en el viento y se cubrían de copos de nieve. Me rodeaban mujeres líquidas envueltas en pieles preciosas y hombres dorados como capitanes de trasatlánticos de lujo. Mariana se movía con facilidad, también ella tenía algo metálico y elástico. Frente a nosotros el diamante gigantesco de la pista centelleaba y yo seguía con orgullo las medias rojas de Natalia. Acodadas a la mesa del Longchamps hablamos. Hubiera querido decirle a mi amiga que todo lo amado se desvanece y que siempre hay alguien que lo destruye sin remordimientos. No se lo dije.

Nuevamente acodada frente a mí en la oscuridad del cafetín parisino, tuve la impresión de que Mariana iba a desaparecer, de que algo oscuro la acechaba, de que estaba en peligro y de pronto tuve miedo también por mí: “Tomo riesgos inútiles ayudándola”, me dije. Pero no pude negarme a sacar el baúl pues le debía mi empleo con Augusto. Traté de leer su rostro risueño. ¿Por qué reía? Seguramente preparaba alguna trastada, pero ¿cuál? “Mariana no tiene un céntimo y a menos que robe, de lo cual no dudo, no podrá moverse. La pensión que le paso puedo suspenderla en el momento preciso”, me explicaba Augusto con aire soñador. Aniquilar a Mariana era su objetivo y muchas veces estuve tentada a intervenir en favor de mi amiga, pero guardé silencio. En la oficina sabíamos que si Mariana pagaba el alojamiento no tendría para comer y si comía no tendría donde dormir. ¡Y ella continuaba riendo! Me ocultaba sus planes y la escuché parlotear.

En esos días Lisa Fugate pasaba por ser la mujer de Augusto, aunque ambos vivieran con Pierre, el marido de Lisa. La pareja Augusto-Mariana se había convertido en muchas parejas. Mi trabajo me obligaba a traicionar a mi amiga. La palabra traición es injusta, ya que sacrificarme por ella hubiera sido inútil. Mariana era una desclasada, se sabía colocada en una situación límite que fatalmente la empujaría a tomar soluciones también límites. Yo no podía salvarla.

Desde su lujoso escritorio Augusto manejaba con frialdad los destinos de su mujer y de su hija, las empujaba al abismo con una precisión

aterradora, mientras que él permanecía en la orilla brillante. Fascinada, contemplaba su decisión de exterminarlas. Tal vez Vicente había precipitado el final, pues Augusto nunca perdonaría la humillación sufrida. Mariana se había convertido en un monstruo enemigo al enamorarse de Vicente. “¡No me gustaría estar en tu lugar!”, me dije en la oscuridad del cafetín.

—Mariana pertenece a la picaresca, al mundo de los rufianes — afirmaba Augusto.

En el cafetín, al verla reír por su triunfo sobre mí, pensé que Augusto tenía razón en su juicio despiadado. Me arrepentí de mi promesa. ¿Qué tramaba? Hacía apenas tres meses que Mariana acompañada de Natalia convertida en una adolescente alta y silenciosa había vuelto a París. Pretendía encontrar trabajo. Sentada frente a mi escritorio, jugó con sus guantes con la boca abierta por la risa.

—¡Lástima, nunca tuve pecho de codorniz para lucir las perlas! — exclamó.

¿Cómo se le podía ocurrir aquella simpleza? ¿Qué iba a hacer en París sin dinero? No tenía papeles de trabajo y además parecía una millonaria...

En este momento en que la evoco me llevo la mano a la garganta y acaricio las perlas que debían ser tuyas si no se hubiera equivocado. Esa tarde de nuestro reencuentro, cuando Mariana abandonó mi oficina me quedé triste. Mi amiga carecía de sentido histórico. En el mundo moderno no quedaba lugar para sus gustos, su fantasía, su ocio, sus supersticiones y sus creencias. El mundo se preparaba para los grandes cambios sociales y ella permanecía aferrada al juego de su imaginación. Sus valores, sus defectos, su personalidad misma, pertenecían al pasado y estaba condenada a desaparecer. “Entre la gente que pasea por París hay muchos ángeles disfrazados”, me había dicho innumerables veces. Y lo creía. En otras ocasiones se enfadaba con la ciudad: “Es una cortesana, ofrece mucho y nos quita todo”, decía. Era injusta, París era la única ciudad capaz de aceptarla.

Poco después llegó Augusto y ocupó el puesto más alto en la oficina. Inmediatamente me solicitó como secretaria particular. Abandoné mi

viejo cubículo y pasé a la habitación confortable adjunta al despacho del Director.

—¿Por qué vino Mariana a París? —me preguntó.

Guardé silencio. “Vine a París, porque Augusto me dijo que en Nueva York no había lugar para los dos”, me había dicho Mariana el primer día que la volví a ver. No contesté a la pregunta de Augusto.

—Usted era su amiga y sabe lo que en verdad sucedió entre ella y Vicente —agregó Augusto.

El nombre del amante de mi amiga me hizo enrojecer. ¿Qué podía contestar a sus palabras? Me aferré a mi libro de notas.

—Todo sucedió en su imaginación... usted la conoce, Augusto... —murmuré.

—¡Hélas! La mentira es su estado natural. Pero debió pensar en nuestra hija. Ya sé que inventó su aventura con Vicente para justificar su anormalidad frente a los hombres —concluyó.

Asentí, avergonzada por mi cobardía.

—Él es un vulgar Don Juan sudamericano, que trata de justificar su matrimonio con una vieja rica y engaña a las jóvenes con complejo de sirviente —dijo Augusto aspirando el humo de su cigarrillo. Acepté su juicio. ¿Qué podía hacer o decir?

Unos días más tarde no me sorprendió encontrar a Barnaby sentado en la oficina de Augusto, estaba acostumbrada a saber que los admiradores de Mariana eran siempre los mejores amigos de su marido. Barnaby me lanzó una mirada sombría.

—Gabrielle, ¿ha visto usted a Mariana? —me preguntó Augusto.

—La encontré en el Maitena... —mentí.

—Y naturalmente usted pagó la cuenta.

—Sí...

Acepté la acusación de Augusto para no decir que yo misma invité a Mariana a mi estudio. Esa noche, contemplando a la madre y a la hija, tuve la extraña sensación de que las dos eran la misma y que una de ellas había inventado a la “otra” para hacernos creer que gozaba de alguna compañía. Digo esto y me parece estar aún en el mundo fantástico en el que se movía mi amiga.

—¿Sabe usted dónde vive? —preguntó su marido.

Negué con un gesto de cabeza.

—¿Le pidió a usted dinero?

Fijé la vista en el suelo, hacía apenas tres años que acusaba a su mujer de regalar el dinero a manos llenas y ahora la acusaba de pedirlo. Volvía de revés la imagen de Mariana. “Ayuda a cuanto miserable se le acerca”, repetía una y otra vez. Delante de Barnaby lo escuché decir:

—Su sed de lujo es insaciable. No le basta el dinero que le doy. Soy un modesto funcionario y no puedo afrontar sus caprichos costosos.

Barnaby lo miró con aire resignado. Yo callé. Mariana no me había pedido ningún dinero, nuestros encuentros eran para evocar el pasado.

—Me preocupa mi hija... Comparte con su madre el odio feroz a los hombres. Mariana ya es vieja y ahora piensa utilizar a la joven...

Un silencio pesado cayó sobre esta acusación. Barnaby guardó sus palabras, yo enrojecí.

—¿Por qué no invita a Natalia a vivir con ustedes? —le pregunté conteniendo la indignación.

—Es como su madre, ¡odia a Lisa!

¿Y Mariana era vieja? Tres años atrás una amistad íntima unía a Lisa y a Mariana, que por coquetería se complacían en lucirse juntas, ya que sus tipos eran opuestos, aunque su edad fuera la misma. En ese momento Lisa entró a la oficina y al ver a Barnaby soltó una carcajada discordante. Decidí que Lisa, al contrario de Mariana, no debía reír. La risa descomponía su belleza hecha para la quietud. Su hermosura opulenta era contraria a la de Mariana que parecía un personaje escapado de un circo. “Mariana es un page de Marie Antoinette y tu hija una muñeca cruel de Hoffman”, repetía Pierre, el marido de Lisa, a sabiendas de que su juicio enfadaba a Augusto. “Las dos están llenas de odio”, contestaba Augusto bajando los párpados. En el despacho, Lisa y Barnaby se saludaron con efusión y mi presencia resultó inoportuna.

Dos días después acompañé a Lisa a la exhibición de modas en Dior. Mi compañera, haciendo oscilar sus enormes pendientes de oro, acercó su rostro al mío y exclamó:

—¡Barnaby y Mariana están viviendo juntos!

Así me enteré de que habían tomado el piso del que ahora debería sacar el baúl.

Después de la presentación de modas, Augusto me ordenó ir al piso ocupado por Mariana y llevar de sirvienta a su cocinera Raymonde. Yo debía callar que la mujer estaba a su servicio. Obedecí y llegué al piso alquilado por Barnaby, acompañada de Raymonde.

Encontré a Mariana en un salón de muros altos y blancos, cortinajes azules y muebles tapizados en azul muy claro. Aceptó a Raymonde con docilidad. Era fácil engañarla y me pareció injusto el espionaje al que la sometía su marido. Raymonde se dirigió a la cocina y a los pocos minutos nos sirvió un café humeante.

Raymonde era una mujer basta, de modales bruscos, a la que conocí en Marsella durante la Resistencia. Debajo de su apariencia tosca existía un ser dotado de un olfato especial para el peligro. Su físico vulgar y su falta de ambición personal la convertía en un ser precioso que obraba por su fe ciega en la causa. Desde muy joven militó en las filas del Partido Comunista y su conciencia era limpia como un lago tranquilo, aunque por debajo de la superficie apacible circularan corrientes violentas. No era cocinera y estaba dotada para misiones más altas que la de espionar a Mariana. Esa misma tarde Raymonde se instaló en el piso.

—¿Y Barnaby? —le pregunté a Mariana en voz baja.

Mi amiga miró los muros blancos y se llevó un dedo a los labios, se puso de pie y se acercó a una puerta alta y blanca que permanecía cerrada. Escuchó unos segundos y volvió a ocupar su lugar en el canapé azul. Estaba muy pálida.

—No sé por qué vino a buscarme —me confió.

La vi tan sola que me sentí culpable. No quise decirle que Barnaby visitaba a Augusto. Bebí el café y traté de olvidar que la víspera había cenado con Lisa, Pierre y Barnaby.

—Está furioso. ¿Qué le pasará? —me preguntó Mariana.

Le temblaban las manos y esperaba mi respuesta. Yo sabía que Natalia estaba en la casa de una amiga y quise hablar de la chica, pero vi a Mariana tan descompuesta que me incliné para preguntarle:

—¿Es feliz, Mariana?

Abrió los ojos, arqueó las cejas y se echó a reír. A veces parecía una niña cínica.

—¡Gabrielle!... usted todavía cree en los cuentos de hadas. Le tengo pavor.

—¿A Barnaby?...

—¡No! A Augusto. ¿No ve que los dos están de acuerdo? Me han puesto una trampa y no logro descubrirla...

—¿Quiénes? —pregunté temiendo que supiera mi complicidad.

—Augusto y Barnaby.

Me quedé consternada. ¿Sabría que yo estaba allí enviada por su marido? Quise hablar de Vicente, el hombre que la había abandonado en la tierra de nadie y a quien en esos momentos odié con violencia. Le pregunté por él.

—Vicente no vale nada. ¡Nada! Lo supe siempre, pero se necesitan fantasmas para sobrevivir —contestó con voz tranquila.

Sus palabras heladas sobre el único hombre que había amado me sobresaltaron. Muchas veces pensé que Mariana nos conocía mejor a nosotros, que nosotros a ella. Nos observaba y callaba sus juicios. Temí que adivinara que yo estaba en su salón alquilado con fines ajenos a nuestra antigua amistad y por primera vez dejó de gustarme mi amiga. Su voz indiferente no rozaba su vida rota. Me pareció verla reflejada en un espejo hecho astillas y que también ella contemplaba su imagen mutilada y multiplicada...

En la calle me envolvió la niebla húmeda y mi ira y mi pena se disolvieron en ella. Me detuve en un puesto de ostras, anuncio del invierno y traté de imaginar la tibieza de mi estudio y la tristeza de mi vida solitaria. Pero debía ir a visitar a Augusto, para comunicarle que Mariana era infeliz y que no creía en Vicente.

Mariana sentada frente a mí en el cafetín oscuro me miraba pensativa. Me pregunté qué sucedía en el piso alquilado por Barnaby. Hacía apenas tres semanas que mi amiga se había mudado a aquel departamento inhóspito como un refrigerador. Algo grave debía ocurrir si Mariana tenía tal urgencia por sacar aquel baúl y sustituirlo por otro exactamente igual. Tres días antes, Augusto, con la melancolía del artista en el momento en

que termina una obra maestra, me había comentado:

—Tengo la impresión de que algo grave va a ocurrir, pues ella lo provoca peligrosamente...

El atardecer se filtraba gris a través de las cortinas de su despacho y su corbata de seda gris también adquiría tonalidades iridiscentes. Quise contestar, pero me paralizó la idea de perder mi empleo. Para obtener un puesto es necesaria una amistad y para conservarlo se necesita una complicidad.

Esa noche, al llegar a mi casa encontré a Mariana esperándome en la escalera. Era muy tarde y su presencia me molestó. Pretendía pasar la noche en mi casa y le negué la hospitalidad. Quiso marcharse enseguida, pero la detuve y le ofrecí un café. Ella ignoró mi rudeza y llevó la conversación al teatro: “*Los secuestrados de Altona* justifican al dictador totalitario”, me dijo. Siguió conversando: “La toma de conciencia de Sartre es la explicación filosófica de la voluntad de poder adquisitivo en el burgués”. Mariana pronunció “el burgués” con un tono tan despectivo que me sentí aludida. La escuché en silencio y la vi jugar con sus guantes. Al despedirme me besó en ambas mejillas y se fue sonriendo a la soledad de las calles vacías. Me dejé caer en un sillón y traté de adivinar adónde dirigiría sus pasos. Estuve segura de que nuestra amistad había terminado. Nunca pensé que tres días después estaríamos juntas en el cafetín oscuro. Miré con afecto sus ojos abiertos y separados como dos mariposas posadas sobre sus pómulos altos y supe que era la última vez que la vería...

El domingo, Raymonde me ayudó a sacar el baúl del piso de mi amiga y a depositar en su lugar el baúl que Mariana me entregó en el cafetín de la Plaza de la Bastilla.

—¡Son unos degenerados! Augusto es una sierpe y el de aquí un crápula —me dijo la sirvienta con brutalidad.

Raymonde se había pasado a la línea enemiga. Ella debía ir a ver a Augusto y yo debía alejarme antes de la vuelta de Barnaby y Mariana. Me costó mucho esfuerzo subir el baúl hasta la puerta de mi estudio, situado en un cuarto piso. Dormí mal, pues la idea de presentarme ante Augusto al día siguiente me asustaba. El lunes no sucedió nada y decidí que el

asunto del baúl era un juego de Mariana. “¡Una chiquillada!”, me dije por la noche, cuando entré en la frescura de mis sábanas.

El martes, apenas llegué a la oficina Augusto me mandó llamar. Lo encontré pálido de ira.

—Mariana huyó con Natalia. ¿Usted no sabe nada?

Su actitud iracunda me hizo vacilar, el despacho giró a mi alrededor y sus ventanas se acercaron a mis ojos.

—Huyó...

Augusto me tendió un telegrama abierto. Traté de disimular el temblor de mi mano: “Te espero en el Hotel Plaza de Nueva York. Vicente”. Leí la frase y la firma: “Vicente, Vicente”. Quise ocultar mi turbación. ¡Al fin Mariana se había reunido con Vicente! Desconfió de mí en su salón alquilado cuando dijo: “Vicente no vale nada”. Recordé su traje de color miel y me sentí alegre, pero la mirada de hipnotizador de Augusto me volvió a la realidad. ¿Y si no se hubiera ido con Vicente, en dónde podía estar? Invasión por presentimientos horribles busqué un apoyo en un mueble.

—Barnaby encontró anoche este telegrama en un cajón de su tocador — me dijo Augusto con voz severa.

—Anoche, lunes —dije recordando que apenas el domingo yo había guardado el baúl en mi casa.

Augusto hizo pasar a Raymonde que esperaba en la antesala. En efecto, contó la criada, la víspera, la señora Mariana estaba muy tranquila. Llamó por teléfono a Gerard, un jovencito pederasta y le dio cita a las seis de la tarde para cenar con ella y con el señor Barnaby. Después de la cena los tres irían a escuchar a Marlene Dietrich. Por la tarde, la señorita Natalia se presentó vestida con esmero. También la señora se vistió con elegancia. Ambas llevaban trajes color té. Natalia estaba muy pálida y el señor Barnaby le recordó que no había billete para ella. “No tiene importancia, se marcha antes de la cena”; contestó la señora. Charlaron amablemente y a las seis de la tarde llegó Gerard: “¡Mariana, usted es Alejandro el Grande!”, exclamó el jovencito. La señora se echó a reír y le recordó a su hija que debía retirarse. Tranquila, fue a su habitación y reapareció con el abrigo sobre los hombros, los guantes y el bolso.

—Voy a acompañar a Natalia a tomar un taxi.

El señor Barnaby se intranquilizó, pues no quería llegar tarde a la función de la Dietrich.

—¡Vuelvo enseguida, mi amor! —le gritó risueña la señora desde la escalera.

Raymonde relataba en detalle la escena que había presenciado la noche anterior. El señor Barnaby y el joven Gerard esperaron en el salón. Al ver que la señora tardaba, el señor Barnaby se impacientó: “¿Qué hace Mariana?” A las ocho y media de la noche se lanzó a la habitación de la señora y revisó los armarios. Fue entonces cuando encontró el telegrama. Inmediatamente llamó al señor Augusto y éste le dio la orden de ir a Orly para impedir la salida de la señora...

Augusto despidió a Raymonde con un gesto.

—Eveline llamó anoche al Consulado de Nueva York. No olvide, Gabrielle, que Natalia es menor de edad.

A partir de ese día Eveline y Augusto llevaron las pesquisas para localizar a las fugitivas que habían desaparecido como por arte de magia. En los aeropuertos, en las estaciones, en las fronteras no se encontraron huellas de su paso. Los consulados tampoco tenían noticias suyas y Augusto se volvió más irritable. Su amor por Lisa, las fiestas y las conferencias no lo compensaban del disgusto que le produjo la desaparición de las dos mujeres.

—Mariana me persigue, me vuelve la vida imposible —contestaba cuando alguien le pedía noticias sobre la hermosa Lisa.

Yo escuchaba sus comentarios y trataba de encontrar una explicación lógica para su actitud. Confieso que no la encontré nunca. Las pasiones gozan de su propia lógica y ésta resulta incomprensible para los que no las compartimos. La pasión dominante en Augusto era destruir a Mariana. Yo callaba, la fuga de mi amiga me convirtió en una persona sospechosa ante los ojos de Augusto. Barnaby guardaba silencio en mi presencia. Lo acompañaba Gerard, que se había instalado en el departamento que antes habitara con Mariana. El muchacho, envuelto en su bufanda y aterido de frío, me miraba con una intención que no lograba descifrar. Sus ropas viejas y sus maneras inseguras acusaban su

extremada pobreza. ¿En dónde lo había encontrado mi amiga?

—¡Usted sabe dónde está Mariana! —me dijo atrapándome en un pasillo de la oficina.

—¡No, no lo sé!

Gerard me soltó el brazo y me arrinconó contra el muro. Acercó su cara rubia a la mía y en voz baja me dijo:

—¡Sí! ¡Lo sabe! Avísele que la buscan para encerrarla en un manicomio.

Solté los expedientes que llevaba bajo el brazo y Gerard se inclinó a recogerlos. Sus movimientos eran nerviosos, estaba fuera de sí. Echó mano a su bolsillo y sacó una navaja de afeitar.

—¡La usaré! Acabo de salir de una casa de salud cerca de Suiza. No quiero que ella vaya allí. ¡No quiero!

Gerard se cubrió la cara con las manos sin soltar la pequeña navaja. Se limpió unas lágrimas y me miró con ojos extraviados. No logré explicarme su amistad con Mariana. Cuando le pregunté cómo la había conocido se llevó un dedo a los labios.

—Silencio. La encontré en el Café de Flore. No lo diga.

Guardó la navaja en el bolsillo, dio media vuelta y se dirigió al despacho de Augusto. Me dejé caer en una silla. ¿Por qué me dijo eso Gerard? Apenas lo conocía y era la primera vez que escuchaba su voz.

Habían pasado ya tres semanas desde la desaparición de mi amiga y el desasosiego del muchacho me llenó de inquietud. ¿Habrían encontrado alguna pista sobre mi amiga? Todavía me quedaban dos horas de oficina y me pareció que las manecillas del reloj iban hacia atrás. Apenas me vi en la calle llamé a Raymonde. Ésta me confirmó la noticia dada por Gerard: pensaban encerrar a Mariana en un manicomio. “Está con Vicente”, me aseguró la criada. Sus palabras me tranquilizaron y esa noche pude conciliar el sueño. La felicidad sólo me duró esa noche pues al día siguiente Augusto me llamó a su despacho y me tendió una carta: “Anoche estuvo en lo de Vicente, hablamos de ti y de Mariana y al llegar a mi casa encontré tu carta...” La misiva era de Pepe. Augusto le había escrito a aquel amigo de él y de Mariana para saber si ésta se había reunido con Vicente. ¡Y él vivía con Lisa Fugate! Supe que no sería feliz hasta haber destruido a Mariana por completo. “Está con él, se escapó de

tus manos”, me dije mirando el fulgor de triunfo que despedían sus ojos.

—¿Usted cree que esté con Vicente? —me preguntó como si hubiera leído mi pensamiento.

—No, no... Mariana es una frívola —dije cambiando la palabra astuta por la de frívola.

—¿Frívola? Es infame lo que le ha hecho a Barnaby —exclamó indignado.

Esa noche mi piso, en el que había puesto tanto empeño, me resultó estrecho y sus paredes forradas de seda verde me desagradaron.

Quería recordar a Mariana, encontrar la causa de su fracaso, el origen de su pérdida. ¿Qué había sucedido? Al verla, tan rubia, tan alta y tan reidora, se hubiera dicho que había nacido para el triunfo y este final oscuro, esta desaparición mezquina y el empeño en hallarla para castigarla me dejaron sobrecogida. Las apariencias eran muy distintas a la realidad. “Había en ella una fuerza imperativa que la llevaba a separarse de los demás”, me dije. Ahora otra fuerza igualmente poderosa quería separarla hundiéndola en las tinieblas de un manicomio. No era esa la separación que deseaba Mariana. Traté de reconstruir mi vida pasada cerca de ella, para hallar las causas del espantoso final que preparaban para mi amiga. ¿Mariana estaba loca? Caminé por mi estudio y recordé que hacía ya nueve años que oí su nombre por vez primera.

En aquellos días yo padecía hambre. Una amiga de la Resistencia me presentó con Romualdo, un viejo español amante de las bellas maneras, la buena mesa, la conversación erudita y las mujeres jóvenes. Mi figura vieja y mal vestida le disgustó, pero era inteligente y me ofreció un trabajo de traductora esporádica del italiano. Romualdo amaba a Dante.

En el París de la posguerra Romualdo se hallaba desorientado: venía de Sudamérica y buscaba a sus amigos exiliados en distintos continentes. Me convertí en una persona indispensable para él. Era yo quien le indicaba los mejores restaurantes del “Mercado Negro”, le conseguía los taxis y le cuidaba los resfríos. Por su parte él me introdujo con algunos personajes que resultaron decisivos en mi vida. Él me llevó con Mariana. Fue en el Berkeley la primera vez que oí hablar de ella.

—¡Mariana es odiosa! Le hace la vida imposible a Augusto. ¡Es una

frívola!

Las acusaciones las lanzó Pepe, un joven sudamericano que acababa de llegar a París y que se quejaba de su vida oscura. Al escucharlo, me dije aburrída: “¡Una sudamericana más!” Nosotros estábamos racionados, carecíamos de gas, de electricidad y de alimentos. Las huelgas necesarias para el cambio social que esperábamos se sucedían una a otra, y la dureza del invierno hacía estallar las cañerías. Nada de esto conmovía a Pepe, que al igual que todos los sudamericanos vivía en una dimensión imaginaria y aceptaba las comidas del Berkeley con simpleza.

Romualdo me llevó a la casa de Mariana. A priori, el personaje me resultaba antipático. Me encontré en un enorme salón, con la chimenea apagada y el frío de la calle instalado en los rincones o agazapado debajo de los muebles lujosos. Los grandes espejos aumentaban la sensación de hallarse en un glaciar. A los cristales biselados de las grandes ventanas francesas se pegaba la niebla y la llovizna invernal. Los bibelots de las vitrinas estaban congelados en sus gestos elegantes y los cristales de los enormes candiles parecían estalactitas. Romualdo no se deshizo del abrigo ni de los guantes. Yo lo imité. De pronto apareció Mariana. No era la mujer fatal que había imaginado. Llevaba el cabello rubio suelto sobre los hombros, usaba pantalones y calzaba unas viejas zapatillas de ballet. Ignoraba el frío y al vernos tan abrigados se echó a reír. Esa misma tarde, apareció su marido acompañado de varios sudamericanos. Augusto era un joven de ojos claros, dientes perfectos y gestos débiles.

—En Francia nos desconocen. El español es un idioma olvidado. ¡Es absurdo! —declaró.

Observé sus manos pequeñas y sus gestos imprecisos. El coro de amigos aplaudió sus palabras, mientras que él miraba con inquietud a su mujer. Ésta, sin decir una palabra, abandonó su lugar, abrió un balcón y se acodó a la barandilla de hierro para contemplar las ramas negras de los castaños desnudos. Desafiaba al frío y a la llovizna invernal.

—Es una anarquista —comentó Augusto para disimular su impertinencia.

—¡Es una majadera! ¡Una chica problema! —contestó Ramón, un joven rubio parecido a ella.

Esa tarde descubrí que los españoles y los sudamericanos forman una secta: todos se conocen y se reúnen para hablar de la vida de personajes esparcidos en el continente americano y en España. Me sorprendió su elocuencia y la abundancia de gestos. Estaban muy a *la page* en la actualidad francesa y hablaban de las excelencias de *Calígula*, de Albert Camus, y de *La question juive*, de Sartre.

—Libro ambiguo. Se diría que justifica el crimen —interrumpió Mariana entrando del balcón.

—Te prohíbo que hables —le ordenó su marido.

—¿Por qué? —preguntó Pepe con aire inocente.

—Porque leo a Maupassant, me gusta el ballet, creo en los fantasmas y amo a los santos —contestó Mariana.

—¡Usas el Método Olendörff en la conversación! —replicó Ramón.

El coro de amigos se echó a reír. La muchacha guardó silencio y la conversación siguió su curso. Esa primera tarde salí desconcertada de la casa de Mariana. Me asombró el trato colectivo que le daban a la muchacha. Al llegar a la puerta de mi vivienda Romualdo me dijo con malicia:

—Le coqueteó a usted...

Me introduje de prisa en el pasillo oscuro y busqué la *minuterie* para evitar el interrogatorio de Romualdo, que siempre trataba de encontrar un matiz sexual en todas las relaciones. En efecto, Mariana en un rápido aparte, me pidió mi dirección y me rogó que la llamara por teléfono: “Que él no lo sepa”, me dijo. “Él” era su marido.

Me convertí en una asidua al salón de Mariana, en donde se fabricaban teorías literarias, filosóficas, sexuales y sociológicas. Augusto escogía a su mujer para ilustrar los temas. En presencia de la muchacha se discutía su educación, sus tendencias autodestructivas, su frigidez sexual, su lesbianismo latente, su rechazo a la sociedad y su esquizofrenia, su falta de responsabilidad que la imposibilitaba para educar a su hija.

—Mariana odia al mundo. Odia el dinero, por eso lo despilfarra, odia al amor —afirmó su marido.

—¡No odio nada! ¡Qué cosas dices!

—¡Mientes! Sabes que estás llena de odio y de resentimiento...

Aquellos psicoanálisis públicos me dejaban atónita. El grupo de libertinos escuchaba a Augusto con deleite; adoraban al “Divino Marqués”, como bautizó Breton a Sade a su regreso de los Estados Unidos en donde pasó la guerra. Los sudamericanos deseaban alcanzar una silla en la tertulia del café de la Place Blanche en la cual Breton se reunía con los elegidos.

—Es necesario extender entre las masas el culto a Sade —proclamó Augusto después de ejemplificar con su mujer la bancarrota de la educación burguesa.

—Ustedes son totalitarios. Creen en el mundo circular del horror. Creen en el tedio y niegan a las ideas para afirmar a la técnica. ¡Oodian al amor! Me dan pánico... —protestó Mariana.

—¡Nunca has leído un libro! —dijo su marido.

—Una mujer tan bonita lo sabe todo por intuición —replicó Pepe.

Augusto se sobresaltó: era peligroso dejarse arrastrar por la seducción negativa de Mariana. Su capacidad para la mentira era alarmante y era preferible no escucharla. Sexualmente era patológica a pesar de su aspecto saludable. Los invitados lanzaron miradas lúbricas a Mariana que se negaba a practicar los placeres colectivos imaginados por Sade. Narciso, el cocinero de la casa, fue llamado para atestiguar que la señora no leía jamás. Durante el juicio, Ignacio Rebes, un poeta de pequeña estatura y piel dudosa besaba los tobillos de Mariana calzada con esparciates rojas. El cuadro resultaba insólito.

Había olvidado a Ignacio Rebes y a su amigo Eulalio. Ahora los recuerdo, aparecen en el gran mosaico de personajes que conocí en la casa de Mariana. Ignacio llevaba siempre la misma camisa de color naranja, se proclamaba el mejor poeta de América, era católico, al igual que su compatriota Eulalio y admirador del Marqués de Sade. La presencia de aquellos dos hombres diminutos era inquietante. Alguna vez, Ignacio me dio cita en el café del Pont Royal para decirme que Mariana sólo era una prostituta. Entonces, decidí hablar con mi amiga.

—Perdone, Mariana, no entiendo lo que sucede en su casa.

—Tampoco lo entiendo yo —contestó con simpleza.

Se hallaba acodada al balcón contemplando nostálgica las copas de los

árboles y las luces pálidas de la tarde reflejadas en los tejados grises de las casas vecinas. Pensé que no me escuchaba y me pregunté si tenía familia y por qué continuaba viviendo en medio de aquel grupo que se mofaba de ella. Sin verme me preguntó repentinamente:

—¿Usted cree en el amor?

—Sí...

—Creo que mi amor será un violinista húngaro que aparecerá en la plazotela para llevarme con él...

Volvimos al salón en donde Remy, un joven de voz engolada leía un poema a Bracque, de quien se pretendía muy amigo. Lo acompañaba una joven de aspecto descuidado. Al ver a la pareja, Mariana retrocedió. Remy avanzó hacia ella con los brazos extendidos.

—Querida Mariana, una enfermedad venérea es una enfermedad de Venus. Le ofrecí mi sexo, usted se enfadó, me acusó de sifilítico y se atrincheró en su habitación —le dijo a mi amiga al tiempo que le hacía una profunda reverencia.

Los invitados se echaron a reír y Mariana pálida de ira se dirigió a su marido:

—¡Échalo de la casa! —exigió.

Su petición produjo un grave silencio. Era la primera vez que Mariana protestaba airada. Augusto la miró con desprecio y le ordenó con voz fría:

—¡Pídele disculpas a Remy!

Permanecimos inmóviles y asustados ante la exigencia de Augusto que se limitó a repetir una y otra vez la misma orden en un tono de voz cada vez más exasperado: “¡Pídele disculpas a Remy!” “¡Pídele disculpas a Remy!” Mariana, intensamente pálida, se puso de rodillas frente al insolente. Nadie pronunció una palabra y la tensión aumentó. Cuando Augusto levantó el castigo con un “¡Basta!”, Mariana se puso de pie y abandonó el salón sin una palabra.

—¡Odia a mis amigos! —declaró Augusto.

La amiga de Remy acarició una mano de éste para consolarlo. Noté que estaba embarazada.

—¿De él? —pregunté.

—Creo que sí... —contestó bajando los ojos.

La violencia de la escena me disgustó. Me despedí y Romualdo se sintió en la obligación de acompañarme hasta la puerta de mi casa. Hicimos el trayecto en silencio.

—Una reacción típicamente religiosa. ¡Pobre Mariana! —lo escuché decir.

Romualdo disculpaba a Augusto y su complicidad con aquel grupo de sudamericanos me disgustó. Yo debería haber salido en defensa de la muchacha, pero ¿cómo desafiar a aquellos que impedían que muriera de hambre? Todos ellos ocupan ahora puestos importantes, se han convertido en personajes influyentes, mientras que Mariana ha desaparecido entre las sombras. Era una imprudente. Me digo que si ya se encontraba entre ellos, los vencedores, debería haber permanecido en su sitio y aceptar su amarga suerte, como lo hice yo. Creo que no visualizó el futuro o tal vez su voluntad de vivir la aniquiló. Era imposible vivir en solitario. Estamos dentro de una sociedad y para sobrevivir es necesario repetir sus gestos; ella se negó a plegarse a su círculo y el círculo la estranguló. “¡Voy a domar a Mariana!”, repetía Augusto mirando con fijeza un punto en el vacío. Me pregunto si la domó o si la chica murió en la doma. No lo sabré jamás. Aunque lo que sí puedo asegurar es que de aquella Mariana en rebeldía perpetua no quedó inada! Hemos perdido hasta sus huellas y su imagen risueña y alocada se ha convertido en el temible recuerdo de una arpía. La metamorfosis es un misterio que todavía no logro aclarar. “Para destruir a alguien primero hay que destruir su imagen”, me repito. Eso lo ignoraba la pequeña Mariana, que segura de sus pasos se movía como en un escenario, sin saber que alguien había cambiado las luces de los reflectores, para proyectar sobre su figura clara una luz negra que la desfiguraba, yo lo sé ahora, pues lo que sucedió en aquellos tiempos sólo eran preludios...

Unos días después de la escena con Remy, Mariana se presentó en mi casa. Venía descompuesta, temblaba a pesar de cubrirse con un abrigo de pieles.

—¡Ayúdeme, Gabrielle!

No vio a Stephan que le abrió la puerta de mi vivienda. Saltó sobre mi cama y permaneció quieta. Stephan le ofreció una taza de achicoria que

preparó en el hornillo de gas que me servía de cocina.

—¿Cómo puedo ayudarla?

Mariana no contestó, mantuvo la taza con gesto ausente y Stephan se inclinó solícito ante ella. En ese tiempo Mariana creía que alguien podía ayudarla. Poco a poco la vi perder la esperanza y encerrarse en sí misma como un caracol arrojado lejos de la playa. Su presencia en mi cuarto miserable resultaba incongruente. Me di cuenta de que Mariana era una persona desplazada, sin lugar en el mundo. Obediente, contestó en orden a las preguntas de Stephan, a quien conoció esa tarde. Pedía ayuda porque su marido había enviado a Suiza a su hija e instalado en su casa a Ramón, su amante.

—Típicamente sudamericano. ¿Ramón es el amante de Augusto? —preguntó Stephan.

—¡No! Era el mío. Odio la promiscuidad y le pedí a Augusto que escogiera entre Ramón y yo, entonces me echó a la calle sin mi pasaporte. ¿Y sin documentación, adónde puedo ir?

Stephan era pederasta y se escandalizaba de muy pocas cosas, sin embargo la situación de mi amiga lo dejó pensativo. Observó a Mariana y siguió interrogándola. Ésta explicó que su marido deseaba que tuviera amantes y que su única aventura la había tenido con Ramón.

—Sólo deseo que me dé mi pasaporte para irme a mi casa...

Stephan la dejó hablar y ella nos miró a los dos y preguntó si sucedía algo. Ante nuestra negativa se echó a reír y nos guiñó el ojo. ¿Por qué reía? ¿Era una simuladora o una exhibicionista? Reanimada por su propia risa me pidió que fuera a pedirle a Augusto su pasaporte. Stephan esperaría en la calle, yo subiría por el ascensor principal y ella por el montacargas. Desde el comedor escucharía escondida mi conversación con su marido.

Me quedé anonadada. Yo debía pedirle a Augusto que echara a Ramón de su casa o que me entregara su documento. Mariana no confiaba en mí y quería escuchar mis palabras. Temía que la traicionara. Stephan me obligó a aceptar su plan.

Un taxi nos llevó hasta la puerta lujosa de su edificio. Augusto me recibió en el salón pequeño de cortinajes amarillos vecino al comedor.

Estaba acompañado de Ramón y a mi llegada ambos se hallaban confortablemente instalados frente a la chimenea. No pareció sorprenderles mi visita. Me ofrecieron una copa de cognac y fijé la vista en la nitidez de la licorera que despedía luces azules mientras pensaba que era incapaz de cumplir la palabra dada a Mariana. Escuché la voz de Augusto.

—¡Es admirable! —repitió la lectura de un pasaje de *Justine ou les malheurs de la vertu*, de Sade.

—¡Hombre, y pensar que yo desconocía al Marqués! —exclamó Ramón.

—La moral cambia con el clima —dijo Augusto.

Pregunté por Mariana y noté un juego de miradas entre ambos. En la quietud del salón mis palabras cayeron inoportunas y el cristal del candil parpadeó, o quizá fui yo la que lo hizo avergonzada por mi indiscreción.

—Mariana salió.

El silencio del piso enorme me oprimió, me sentí incómoda observada por los dos hombres jóvenes que no esperaban mi visita. Era la primera vez que me colocaba frente a la mirada de Augusto.

—Mariana me invitó a cenar... —dije en voz baja.

—¿A cenar? Nosotros cenaremos fuera —contestó el marido de mi amiga y leí en sus ojos: “No intervenga en asuntos ajenos”.

Turbada, traté de encontrar algún objeto que apartara mi vista de las pupilas de Augusto, convertidas en dos pequeños puntos oscuros. Miré la licorera que me lanzó destellos cegadores.

—Mariana debe entender, primero: que no acepto chantajes. Segundo: que no estoy dispuesto a permitir que siga persiguiéndome. Tercero: que no debe mentir.

Escuché sus palabras y vi que al pronunciarlas miraba la puerta de espejos abierta al comedor. Aterrada, contemplé reflejada en ellos a la propia Mariana escondida debajo de la enorme mesa del comedor y comprendí que su marido la había descubierto desde el principio y que hablaba para que ella lo escuchara. Enrojecí violentamente y Augusto sonrió ante mi confusión. “Es una enferma mental”, escuché decir a Ramón. Augusto continuó:

—Necesito llevar una vida normal. Soy un intelectual. Ella se dedica a

fabricar enredos. ¿Fue a buscarla a usted?

—Quería su pasaporte...

—¿Su pasaporte? ¡Ella lo tiene! —exclamó.

—Es patológica —coreó Ramón.

—Desea volver a su casa —dije asustada.

Augusto se indignó: “su casa” lo sacó de quicio, sabía que Mariana llamaba “la casa” al piso que compartía con él. Encendió un cigarrillo y me lanzó una mirada de desprecio.

—¿A cuál casa? Su padre, un viejo expatriado, ya murió. ¿No le ha dicho que era un pobre fracasado? Mariana no tiene casa. ¡Ah, veo que calla la verdad! ¿No le ha dicho que la educó en el vegetarianismo, en el budismo, en el orientalismo más ridículo y en el catolicismo más cerrado? La pobre leía los *Vedas*, *El Ramayana*, para sentirse diferente. Tampoco le ha dicho que le permitía todos los caprichos, ¡hasta el teatro! Le aseguro, Gabrielle, que Mariana es patética. Su odio proviene de su fracaso. Se creía artista y sólo es artista para la mentira.

En la puerta de espejos Mariana continuaba debajo de la mesa con los ojos muy bien abiertos y el rostro muy pálido.

—Imagine una casa llena de libros ridículos. Imagine usted a una Mariana amiga de un charlatán llamado Krishnamurti y además puritana, con una madre frígida y un padre rodeado de rusos blancos y alemanes fracasados...

Augusto se echó a reír con amargura. Ramón movió la cabeza disgustado. Tuve la certeza de haber caído en una trampa, encerrada en un salón extraño, interviniendo en un asunto que no me concernía, gracias a aquella muchacha desequilibrada. Perdería mi trabajo con Romualdo y mi incipiente amistad con aquel grupo que compartía conmigo las migajas que caían de sus mesas.

—Me odia porque no comparto su admiración por el ballet, ese arte decadente, síntoma de la posibilidad de un peligroso bonapartismo — agregó Augusto dispuesto a llevar la conversación a temas más universales.

Su mano pequeña hacía gestos vagos en el aire y recordé a Mariana en el trayecto a su casa: “Sólo le tengo miedo a Augusto”. Noté que también

Ramón había descubierto la presencia de Mariana y que sonreía con malicia.

—Gabrielle, cene con nosotros. Mariana volverá cuando se dé cuenta de la inutilidad de su chantaje. No tiene casa, ni tiene adónde ir —afirmó Augusto.

La imagen de Mariana agazapada debajo de la mesa había desaparecido de la puerta de espejos. Me sentí aliviada.

Cené con ellos en el Berkeley, su restaurante favorito. Frente a la perfección de la comida Augusto me habló con melancolía de Natalia: su deber era salvar a su hija del influjo maléfico de la madre.

—La religión es el opio de los pueblos y Mariana está drogada. Ni siquiera se permite amar a un hombre. Su padre la castró. Y su madre... Gabrielle, le aseguro que los dos eran diabólicos. Nunca aceptaron su mediocridad absoluta. Eso los llevó a la simulación. Mariana es una simuladora —terminó con voz trágica.

Escuché sus confidencias servidas al mismo tiempo que las crepes suzette. Llegué a la rápida conclusión de que mi amiga era un caso clínico. Ramón opinó que Mariana padecía un peligroso infantilismo que la conduciría al suicidio.

—Vivió encerrada en su casa. La conocí cuando entró ial teatro! —comentó su marido con despego.

—¿Por qué se casó con ella? —pregunté animada por los postres.

—Parecía un ser poético. “Los lirios podridos huelen peor que las hierbas podridas” —terminó citando a Shakespeare.

No se habló más de Mariana. Augusto saltó a su tema favorito: la arqueología y a la necesidad de hallar un remedio contra la sociedad burguesa que se caía a pedazos bajo nuestra mirada vuelta al pasado.

—Mariana, por ejemplo, se niega a aceptar que los nuevos príncipes somos nosotros, los intelectuales —aseguró, mirando la copa que contenía la crema de menta cuyo color guardaba toda la frescura de un pequeño bosque.

En mi habitación de muros manchados me esperaba Stephan. Había visto a Mariana salir corriendo de su casa. Él trató de alcanzarla, pero la perdió en una callecita vecina. Mi amigo estaba cabizbajo. Le conté lo

ocurrido y mi conversación con Augusto y su amigo. Stephan me escuchó pensativo y después sentenció:

—¡Mariana no miente!

Yo era incapaz de formarme un juicio, “El capitalismo está condenado a desaparecer y Mariana sólo es un producto de ese capitalismo decadente”, decía la voz de Augusto en medio de la bruma formada en mi memoria por los vinos que habían rociado la cena en el Berkeley. El marido de mi amiga, al calor de las ideas, olvidó los problemas artificiales creados por el desequilibrio de su mujer y me llevó a mi vida en Marsella y mis actividades políticas durante la ocupación alemana. Ahora veía a Augusto bajo la luz distinta y no pude menos de entender su tedio frente a su mujer. Pero era tarde para explicarle a Stephan el nuevo sesgo de la situación y preferí despedirlo. Lo llevé a la escalera que se abría como un pozo negro.

—La carrera de Mariana era suicida —me gritó Stephan desde la semioscuridad formada por la luz opaca de la *minuterie*.

Mi cuarto olía a humedad y a guisos. Por la ventana estrecha llegaban los ruidos habituales de Montparnasse. Me sentí atrapada por aquellos muros miserables y encontré mi cama helada. El viento de finales de invierno se colaba por rendijas invisibles y mi miseria me llenó los ojos de lágrimas. “Debo salir de aquí. Augusto tiene razón, los intelectuales somos los nuevos príncipes”, me dije con firmeza. Mariana vivía en el lujo y sus problemas eran artificiales y profundamente egoístas.

No comenté nada con Romualdo, Mariana había dejado de preocuparme. Casi a la media noche, Stephan se presentó en mi cuarto. Acababa de ver a Mariana caminando por la calle Git-Le Coeur, acompañada de un joven rubio y elegante. La pareja entró en un restaurante árabe. Comentamos que la vida de Mariana estaba constelada de hombres y nos echamos a reír. Stephan buscó en la alacena un poco del pan grueso que nos servía en la posguerra y la comimos recordando nuestros tiempos de Marsella y de Niza.

Durante varios días esperé una señal de Mariana o de Augusto, pero ésta no se produjo. Volví a su salón acompañada de Romualdo y me enteré de que mi amiga pasaba una temporada en Italia. Nadie se

preocupó por ella, los amigos continuaron quejándose de la indiferencia francesa. Augusto estaba radiante, su entusiasmo por la cultura y la política resultaba conmovedor. Por las ventanas asomaban las copas de los castaños que empezaban a perder su negrura.

—¿Mariana es amante de Ramón? —le pregunté a Romualdo una noche.

—¡Lo fue por un breve tiempo! Por eso Augusto lo invitó a vivir en la casa. Es la mejor manera de anular a un rival inoportuno —contestó Romualdo con una sonrisa que me pareció diabólica.

Mi amigo me resultó intolerable. También me pareció intolerable la manera como manejaban entre todos a Mariana y la facilidad para aceptar que abandonara su casa para que la viviera su amante. Una vez a solas traté de comprender a aquel grupo que se emborrachaba con frases literarias y políticas y que ignoraba los rudimientos de la ética. Recordé a Mariana escondida bajo la mesa del comedor y me dije: “No me gustaría estar en tu lugar”.

Pasaron más de dos meses sin que Mariana diera señales de vida. Los asiduos a su casa olvidaron su existencia. Una tarde apareció Natalia en el salón.

—¡Saluda! —le ordenó su padre.

La niña hizo una reverencia y permaneció quieta mirándonos a todos.

—La traje de Suiza porque voy a enviarla con mi madre —explicó Augusto.

Natalia guardó silencio. De pie, en medio de los mayores parecía una figurita extraña venida de algún lugar remoto para hacernos reproches.

—Te felicito por tu decisión admirable —dijo Ignacio Rebes.

—Con tu madre es con quien estará mejor —coreó Eulalio con la vista clavada en el suelo. Observé su figura desmedrada: tenía algo parecido a las aves de rapiña.

—Ya puedes retirarte —le ordenó su padre a Natalia. La niña abandonó el salón sin una palabra.

Su presencia minúscula me impresionó y quise ir con ella a su habitación, pero Augusto me lo prohibió con un gesto. Pregunté por Mariana y supe que continuaba en Italia. Tuve la certeza de que Augusto

mentía.

—¡Qué responsabilidad te ha dejado esa loca! —exclamó Ignacio Rebes.

Pasé una noche inquieta. La cara de Natalia estaba demasiado seria y sus ojos infantiles nos habían mirado con un reproche difícil de traducir en palabras. Sucedió algo que yo ignoraba.

Al día siguiente, a las siete de la noche, Ramón se presentó en mi vivienda. Venía enfundado en su enorme abrigo de pelo de camello y la nariz la traía roja por el frío de la calle.

—Augusto desea que venga usted conmigo. Mariana se ha vuelto loca.

Me eché el abrigo y salí acompañada por el hombre que parecía extrañamente tranquilo. En la puerta nos esperaba un taxi. Durante el trayecto lo vi fumar distraído. No cruzamos ni una palabra. Al entrar al vestíbulo enorme del piso de Mariana me sorprendió el aire de tragedia que reinaba sobre las consolas y los enormes vasos de porcelana china. Eran de color azul pálido y brillaban como una bruma marina en las penumbras apenas rotas por un candelabro encendido sobre una consola. Los espejos reproducían la luz arrojándola a profundidades imprevistas. El criado en mangas de camisa estaba descompuesto.

Tomamos el pasillo circular que llevaba a las habitaciones y Ramón me hizo entrar a una de ellas, cuya tapicería y cortinajes han quedado en mi memoria como la imagen de una cámara de tortura. Sentada muy quieta en el borde de la cama de pilares altos rematados en piñas de bronce, estaba Mariana. Llevaba puestos unos pantalones estrechos y calzaba sus viejas zapatillas de ballet. Me pareció un arlequín roto. De pie, frente a ella, Augusto la miraba con fijeza. Al sentir mi presencia el hombre se volvió a mí:

—¡Mire! —me ordenó el marido de mi amiga señalando un viejo cordón eléctrico que colgaba amarrado al candil de cristales que reflejaba con frialdad las luces azules de sus prismas. No comprendí el significado de aquel cordón siniestro, ni la escena, y permanecí muda, mirando a Mariana que continuaba inmóvil con las piernas, los brazos y la cabeza colgantes.

—Se trató de ahorcar. Antes abrió el gas y quiso matarse y matar a la niña. Está completamente loca. Usted es testigo, Gabrielle —me dijo

Augusto con voz glacial.

Mariana permaneció inmóvil, sin reconocirme. Ramón se colocó al lado de Augusto para observarla mejor, pasó la mano frente a los ojos de mi amiga y ésta no pestañeó.

—Apareció hoy en casa. Está loca —me dijo.

Busqué apoyo en el mármol de la chimenea, pues perdí el equilibrio al ver a aquella muchacha partida a un mundo diferente. Reflejadas en el enorme espejo colocado encima de la chimenea, vi las espaldas de los dos hombres y la figura miserable de Mariana. En el azogue, los hombres parecían avanzar hacia mí desde un túnel tenebroso y amenazador. Había algo infinitamente sórdido en la habitación de lujo. Quizás era la presencia del cordón eléctrico que pendía retorcido bajo los rayos azules de los cristales del candil. El cordón partía en dos al mundo visible y su silueta sinuosa marcaba los límites del horror que había invadido al cuarto. Supe que iba a quedarse para siempre en el interior de aquel espejo y me sentí incapaz de razonar. Ni siquiera escuché las palabras de Augusto y de Ramón que resbalaban por la superficie pantanosa y dentro de la cual me hallaba yo también, metida en mi modesto traje gris. “No entiendo quién pudo avisarle que Natalia se iba mañana con mi madre.” Dentro y fuera del espejo los hombres hablaban y contemplaban implacables a Mariana, que continuaba ausente a lo que sucedía en las dos dimensiones. “¡Vaya manera de presentarse después de varios meses de ausencia!”, comentó Ramón. La imagen de Augusto se movió hacia la cabecera de la cama y tiró de la campanilla, después volvió al lado de Ramón. En el espejo apareció la figura demudada del cocinero en mangas de camisa y no escuché lo que le ordenó su patrón. Éste avanzó hacia mí, mirándome con sus ojos despiadados.

—¡Escuche, Gabrielle! Narciso le explicará lo sucedido —ordenó el señor de la casa.

En un francés casi incomprensible, Narciso relató que la señora llegó de Italia a media mañana con la misma ropa con la que se había marchado. Por la tarde, apenas salieron de la casa el señor y el señorito, la señora le ordenó llevar un recado a Juana, una antigua sirvienta que vivía en La Villette. “Estaba muy apacible, pero había algo extraño en

ella”, dijo el criado con ese sexto sentido que poseen las gentes del pueblo. Una vez en la calle, Narciso tuvo una corazonada y antes de bajar a la boca del Metro, se volvió corriendo a casa. Entró por la cocina y se encontró con un olor insoportable a gas. La señora había abierto la enorme llave que surtía de gas a todo el piso y que se hallaba situada en el pasillo, frente a la puerta de la habitación del señor. El cocinero se precipitó a cerrarla y entró al cuarto. Allí encontró a la señora abrazada a la niña. Ambas estaban inconscientes. Natalia parecía estar muerta. Abrió las ventanas que Mariana había cerrado herméticamente y les dio de bofetadas a las dos. Las obligó a respirar, les echó agua fría y después llamó al señor a su despacho. Cuando éste llegó acompañado del señorito Ramón, él se retiró. Dos horas más tarde, se acercó de puntillas al cuarto de la señora y la sorprendió en el momento en el que se colgaba del alambre eléctrico, para ahorcarse, mientras el señor y el señorito discutían en el salón.

—¡Basta! Puede usted retirarse —le ordenó Augusto.

—¿Dónde está la niña? —pregunté.

—En su habitación. No se preocupe. En adelante no podrá permanecer cerca de su madre, la matará para vengarse de mí —aseguró Augusto.

—¿Vengarse?... ¿De qué? —pregunté horrorizada.

—De mi amor por la vida. Mariana odia la vida. Es destructiva como su padre. Usted no la conoce, Gabrielle.

Ramón encendió un cigarrillo y contempló a Mariana con despego. Su cara rojiza y sus cabellos rubios que comenzaban a escasear no traicionaba ninguna emoción. “¿Y éste es el hombre que la ama y que no permite que se le acerque ningún otro?”, me pregunté observando su mirada pálida en la que no asomaba ninguna pena. Me pareció que lamentaba que Mariana no hubiera muerto. Era difícil permanecer allí, ante la presencia helada de los hombres y de Mariana que continuaba inmóvil, ajena a lo que se decía de ella. Sin maquillaje parecía una adolescente flaca y pecosa, de pelos sueltos y piernas largas. Comprendí que tampoco yo soportaría la presencia continua de aquellos dos hombres hostiles y traté de ocultar mi profundo disgusto. “Necesito domar a Mariana”, era la frase predilecta de Augusto al referirse a su mujer. Al

verla inmóvil en el borde de la cama, pensé que Augusto había logrado sus propósitos: Mariana estaba domada. ¿Hasta dónde había acorralado a aquella muchacha libre y salvaje? No lo sabía, pero la había roto. “Si sobrevive será una sombra”, me dije recordando sus pasos largos y su risa contagiosa. Mariana con su aire de cirquera se había caído para siempre del trapecio...

—Ramón y Narciso me servirán de testigos para internarla. Usted es una mujer de calidad y me servirá como tercer testigo. Son necesarios tres —me explicó Augusto con voz firme.

—¿Internarla? —pregunté creyendo que se trataba de un hospital y que Mariana se había lastimado el cuello, pues mantenía la cabeza colgante como si se hubiera dislocado una vértebra.

—Sí. Internarla en un manicomio. ¿No ve usted que está loca? ¡Furor homicida!

Augusto había hecho estudios de abogado y aunque su profesión era la arqueología, era legalista y sabía que los actos cometidos por su mujer le daban el derecho de separarla de su hija y de encerrarla en un asilo. ¡Me había escogido de testigo y me sentí incapaz de desafiar su ira, que en ese momento descubrí que era implacable! Pedí un cognac, pues me sentí mal y quise darme tiempo para aparecer ecuánime y calmada. Lo bebí en silencio tratando de encontrar alguna razón que pudiera salvar a Mariana, y al oír que Ramón buscaba en el libro telefónico los números de los hospitales psiquiátricos, me volví a Mariana que continuaba inmóvil, pero cuya palidez era alarmante.

—Tiene usted razón, Augusto. Ahora creo que sería conveniente sacarla a tomar un poco de aire. La veo mal y sería escandaloso que le sucediera algo... inesperado —dije, insinuando que Mariana podía morir allí mismo.

—Tal vez habría una investigación policiaca... —agregué.

Augusto era refractario a cualquier escándalo que menoscabara su reputación de arqueólogo brillante y de humanista avanzado. Miró a su mujer y se apartó para hablar con Ramón. Éste se acercó y le tomó el pulso a mi amiga, mientras Augusto lo miraba inquieto. Después, ambos salieron de la habitación para volver con un abrigo de Mariana, que yo

me apresuré a colocarle sobre los hombros.

—¡Vamos, Mariana! ¡Vamos! —le ordené.

La tomé por el brazo y la hice ponerse de pie. No ofreció resistencia y la conduje seguida por los hombres a través de los pasillos oscuros de su casa hasta llegar a la puerta de entrada. La introduje en el ascensor y el descenso me pareció eterno junto a aquella Mariana desconocida que no veía nada. Cruzamos el enorme vestíbulo de mármol alfombrado de rojo, y Pierre, el conserje, nos salió al paso y me ayudó a abrir la gran puerta de hierro y de cristal.

—Muy gentil la pequeña señora. Llegó a tiempo para quedarse con su niña —me dijo el hombre con el cigarrillo colgado de una esquina de la boca y como si supiera el drama que ocurría en el tercer piso. Tuve la certeza de que era él quien le había avisado a Mariana del viaje de Natalia.

Eché a andar rumbo al Trocadero y al cruzar la plazoleta recordé al “violinista húngaro” que esperaba mi amiga. “Si surgiera ahora de la oscuridad para salvarla”, suspiré, mientras conducía a la muchacha que caminaba junto a mí como una autómatas y miraba a las sombras nocturnas con los ojos absolutamente indiferentes, como si hubiera dejado de pertenecer al mundo que la rodeaba.

En la Plaza del Trocadero, escogí el café más solitario y ordené dos aguas de Vichy, lo único que se encontraba en aquellos días. Me incliné para observarla, pues tuve la impresión de hallarme frente a alguien que venía del otro mundo. ¿Qué había visto mi amiga en ese viaje interrumpido? Mariana venía del otro mundo. Narciso la había atrapado a bofetadas a mitad de camino para devolverla al café en el que se hallaba conmigo. Era claro que le disgustó el regreso, pues un rato después, el mismo Narciso la descolgó del alambre eléctrico que ella ató al candil de su cuarto y luego a su cuello delicado. Me incliné sobre ella:

—Mariana, los castaños pronto van a reverdecer...

Levantó la cabeza y contempló las copas de los árboles en las que los botones tiernos empezaban a cubrir las ramas negras de verdes delicados. Entre las ramas circulaba el aire helado de la primavera. Mariana sonrió y yo aproveché el momento.

—¿Es verdad que abrió el gas y quiso matarse y matar a su niña?

Me miró con frialdad. Su actitud me indicó que estaba dispuesta a empezar otra vez. Me incliné para preguntarle:

—¿Es verdad que quiso ahorcarse?

Mariana inclinó la cabeza y fijó la vista en el agua de Vichy.

—Augusto quiere meterla en un manicomio.

—Ya lo sé. Ya lo ha intentado...

Me sorprendió que estuviera dispuesta a hablar. Levantó los hombros con desdén y volvió a mirar las copas de los árboles. Su problema era que nunca hablaba de lo que le ocurría. Estaba amurallada y si alguien intentaba hacerla hablar o se reía o decía impertinencias. Ocultaba una verdad que quizá ni ante ella misma quería confesar. Quise penetrar en el misterio que la envolvía. ¿Era su infancia o era su matrimonio? Adoptaba la actitud contraria a la de Augusto, que buscaba consejo, hacía confidencias dolorosas y no perdía nunca la cabeza. Los amigos confiaban en su buen juicio y en su carrera, traicionada sólo por la frivolidad de Mariana. La conducta de ambos era irregular, pero Augusto tenía en su favor la posición y el poder. ¿Cómo preguntarle a mi amiga en dónde pasó esos meses en los que estuvo ausente de su casa? Ramón había dicho: “Se presentó a media mañana con el mismo traje con el que se marchó”. Quería preguntarle algo para iluminar las sombras que cubrían a aquel matrimonio irregular, pero mi amiga se había encerrado dentro de sí misma y era imposible saber de dónde provenía su desdicha y su decisión de matarse.

—Pequeña Mariana, piense usted en su padre...

La muchacha abrió mucho los ojos y se echó de bruces sobre la mesa. Escuché sus sollozos y soporté las miradas hostiles de las gentes sentadas en las mesas vecinas. Mariana continuó sollozando hasta que sus lágrimas parecieron agotarse. La Plaza del Trocadero se abría como un puerto de mar y al fondo la neblina dibujaba formas tenues pertenecientes a un mundo más delicado que el mundo en el que nos movíamos. Los clientes del café se retiraron uno a uno y Mariana continuó en la misma actitud.

—Yo soy como mis padres, una fracasada..

Quise explicarle que a su edad nadie es un fracasado y quise preguntarle a qué llamaba fracaso, pero no me atreví. Supe que no me diría nada.

A la media noche la acompañé a su departamento. “Para triunfar hay que pisar cadáveres, muchos cadáveres...”, dijo en el camino. Augusto nos recibió en la puerta y me indicó que entrara al salón. Lo vi alejarse con su mujer. Encontré al amigo de la casa con una copa de cognac en la mano. Unos minutos después, Augusto se reunió con nosotros. Durante dos horas discutía con ellos sobre la necesidad de perdonar a Mariana. La decisión de ambos de encerrarla en el manicomio acabó por irritarme.

—¡De ninguna manera serviré de testigo! Mi testimonio será favorable a ella. Mariana no está loca. Hay algo que la oprime y la hace desdichada. Lo que hizo fue una niñería trágica, una crisis de adolescente...

—¿Adolescente? —interrumpió Ramón.

—Mariana cumple veinticinco años el próximo diciembre ¡y tiene una hija! —exclamó Augusto.

—A veces la adolescencia se prolonga o se producen situaciones maléficas... —contesté mirando a los dos amigos con malicia.

Ambos cruzaron miradas y prefirieron no contradecirme. Fue Augusto el primero en sonreír.

—¡Cómo lamento haberla molestado!... En fin, la amistad está hecha de sacrificios mutuos. ¿Sería mucho pedirle que guardara este incidente trágico?...

Prometí guardar reserva y así lo hice...

Esa noche abandoné el piso de Mariana con la impresión de haberme asomado a un abismo que me produjo vértigo. A pesar del frío que corría por la casa, el rostro de Narciso, lo último que vi en la puerta, estaba cubierto de sudor. Una vez que alcancé la planta baja, me aterró la idea de haber dejado solas a Mariana y a su hija. Los ojos claros del cocinero me habían lanzado una mirada cínica en el momento de cerrar la puerta. “Es siniestro”, me dije, sintiendo que había llegado al fondo del infierno. Al cruzar el vestíbulo de mármol blanco, Pierre, el conserje, me vio por el juego de espejos y salió a abrir el gran portón de cristales y hierro.

—¡No me gusta ese homosexual! —me dijo entre dientes.

—¿Cuál?...

—El cocinero. ¡Vaya crápula!

No supe qué contestar. Salí huyendo. En mi vivienda, recordé la costumbre singular de Augusto de llamar a Narciso para que atestiguara contra Mariana y no pude conciliar el sueño. Me pregunté si en verdad mi amiga había intentado suicidarse. “¿Y si hubiera intentado matarla y fingir un suicidio?” Mariana estaba sola con tres hombres en aquel piso invadido de tinieblas. Teo, la doncella, había sido despedida por Augusto unos días antes del regreso de mi amiga. El suicidio, sólo presenciado por los hombres, les dio el poder de encerrarla en un manicomio. ¡Menos mal que me llamaron a mí de testigo! Hablaría con Mariana para que echara a Narciso.

Poco después del “incidente trágico”, supe por Pepe que Narciso era un ex miliciano español refugiado en Francia y que fue Ramón el que lo colocó en la casa de mi amiga. Del intento de suicidio no hablamos. Recuerdo que poco tiempo después Pepe volvió a su país y dejó un hueco en el salón de la casa de Mariana. Así sucedía siempre: aparecían caras y desaparecían al poco tiempo. Ahora sólo pienso en aquellos que tuvieron influencia en la vida de mi amiga y que pudieron decidir de alguna manera su final inesperado. También Ignacio Rebes y su amigo Eulalio dejaron de frecuentar la casa: “Están en un convento...”, me dijo un día Mariana con los ojos abiertos por la sorpresa. ¿Cómo era posible que los dos fervientes adoradores de Sade se hubieran dedicado a adorar a Cristo? Mariana estaba perpleja y tenía remordimientos por haber sido desdeñosa con ellos. Yo me guardé de decirle lo que me dijeron de ella aquella tarde en el café del Pont Royal. También Narciso desapareció de su casa. Augusto le ordenó marcharse después de una orgía de homosexuales, que organizó el cocinero la noche en la que sus amos estaban fuera de la casa. El grupo de borrachos demolió las copas de cristal y las vajillas. Los vecinos presentaron una queja y el hombre se fue a Argelia. Teo, la doncella, ocupó su lugar en la cocina, Mariana la impuso contra la voluntad de su marido. Creo que Teo fue la única victoria en la vida de Mariana.

“Venga, Gabrielle, estoy muy deprimida”, era el mensaje que mi amiga

acostumbraba dejarme en el Bar de Jacques, situado en los bajos de mi vivienda. Una tarde acudí a su llamado y me detuve en una florería de vidrios empañados por el vapor del juego de las plantas y los perfumes de las flores. Le escogí una rosa de tallo largo y pétalos pálidos como la paja. Mi amiga contempló la flor de pie junto a la ventana de su cuarto amarillo.

—Gabrielle, ¿usted cree en los augurios?

No supe qué decirle ya que no creo en las supersticiones. ¿Escuchó la tormenta de anoche? El viento entraba por las chimeneas y la casa se llenó de quejidos, de voces que me llamaban. Yo estaba sola y supe que alguien quería entrar en mi habitación y sacudía la cortinilla de lámina de la chimenea. Salté de la cama, levanté la cortinilla y la encontré muerta y cubierta de cenizas y de sangre.

Mariana me mostró una paloma con el pico abierto, estirada con violencia por una fuerza extraña y con las plumas erizadas.

—Es un mal augurio... —dijo.

Entró Teo sonriente, con una bandeja servida y anunció:

—El señor Vicente ha llamado otra vez. Le dije que la señora estaba fuera de la ciudad.

Fue la primera vez que escuché el nombre de Vicente. “Nombre modesto”, me dije. Mariana me explicó que era un amigo de Pepe de paso por París. Cuando me retiré de su casa, me llevé a la paloma muerta, y al cruzar el Puente de Alejandro la arrojé al Sena. Más tarde comprendí que Mariana tenía razón: la paloma coincidió con la aparición de Vicente, era en verdad un mal augurio. Ahora estoy convencida de que la gente como ella debe dejarse guiar por esos signos antiguos que les revelan su destino. Sus amigos nos guiábamos por valores distintos y nunca la tomamos en serio. Esto lo ignoraba en aquellos días, y sin embargo me quedé preocupada. Existen personajes nefastos que determinan la vida de las gentes. Entre estos no puedo contar a Ramón, que era un tipo intercambiable en las manos de Augusto. Ahora al recordarlo, me complace saber que sólo era un juguete manejado por el marido de mi amiga, ya que Ramón no decidió nada. ¡Absolutamente nada! En cambio Vicente fue quien marcó los límites.

Nunca olvidaré la desagradable sorpresa que tuve cuando Romualdo me preguntó si estaba enterada de las relaciones escandalosas entre Mariana y Vicente. Él y los amigos condenaban a la pareja. Me costó creer en esa noticia y escruté el rostro de Romualdo escondido por sus gafas verdes y sus manos enlazadas. Leí su profundo disgusto y escuché sus palabras: ¿acaso ignoraba yo que Vicente amaba a su mujer, Sabina, desde que era un niño? Era una hermosa historia de amor desesperado. Ambos formaban una pareja mitológica, indestructible y la intervención de Mariana no sólo era grosera, sino absurda.

—¡Pobre Vicente, se alivia de los celos monstruosos que padece y se defiende con otras!

Me dolió la última frase dirigida despectivamente contra Mariana. Romualdo continuó hablando, mientras yo me repetía con incredulidad: “¿Cómo es posible que ella no me haya dicho nada?” Desconfiaba de mí y confiaba en sus enemigos. “Sabina es una mujer admirable”, repetía. “Sabina es la belleza.” “Es una pitonisa.” Aturdida, me dejé llevar al hotel George V. Al entrar, me avergonzó mi traje miserable, no debía haber aceptado comer con aquella “pareja mitológica”. Los ricos gozaban de todos los privilegios, desde las sedas, las flores, los grandes espacios, los perfumes y el silencio para arrojar a los desheredados a lugares invadidos de olores y de ruidos promiscuos. No quise mirarme en los espejos. Llegamos a un sofá en el que descansaba una mujer vieja y vestida con extravagancia. Me llamaron la atención sus pantalones arrugados de color canela, sus calcetines blancos y sus zapatos negros de tacón alto. Llevaba los cabellos desordenados y mal teñidos de rubio y sonreía con beatitud. Romualdo le besó la mano, después hizo las presentaciones:

—Sabina, le presento a mi amiga Gabrielle.

Ofuscada por la inesperada apariencia de Sabina, a quien Romualdo había calificado de “sublime”, apenas pude saludar. Sabina nos miró con sus ojos bobalicones, mientras Romualdo le explicó que yo era la mejor amiga de Mariana. Nos interrumpió un joven rubio, de aspecto atlético y sonrisa infantil. Decidí que era el hijo de Sabina.

—Vicente, nos hiciste esperar... —se quejó la mujer que estaba en el sofá.

No pude aceptar que aquel joven fuera el marido de Sabina, y me dije que la nueva pareja era más inquietante que la formada por Augusto y Mariana. La amabilidad imperturbable de Vicente ocultaba tempestades parecidas a las que Mariana disimulaba con risas. Como ella, estaba tostado por el sol y parecía un deportista. “¡Es muy pobre!”, me dije. En Sudamérica los gigolós son frecuentes y Vicente poseía un poder venenoso de seducción. Su cortesía inmutable se podía comparar con la alegría inalterable de Mariana cuando actuaba en público. En ambos, bajo una juventud asoleada se ocultaba un nihilismo peligroso.

Vicente comió con exactitud un enorme filete y abandonó en el plato los berros húmedos en sangre. Me tranquilizó que nada en su actitud indicara un pensamiento para mi amiga. “Tenía razón en negarse a conocerlo”, me dije. Apareció una mujer joven, de tez oscura y modales recatados, como los de una sirvienta de confianza, que ocupó un lugar junto al marido de Sabina y los vi sostener una conversación en voz muy baja y enseguida retirarse. Tuve la seguridad de que eran amantes.

—Es Tana, mi sobrina —explicó la mujer de Vicente con una sonrisa.

Empezaba a conocer a los sudamericanos y sabía su empeño en rodearse de aduladores a los que colmaban de privilegios para procurarse un coro de alabanzas. Era evidente que Tana era una protegida de Sabina que ocultaba sus tendencias lesbianas bajo un disfraz de modestia.

—No se equivoque, Gabrielle. Tana es la hija de una hermana de Sabina y es inmensamente rica —me explicó Romualdo cuando nos vimos en la calle.

No quise mostrarle que me había escandalizado. Preferí admirar la luz verde que se filtraba jugosa a través de las ramas de los castaños. ¡Pobre Mariana! Decidí buscarla y decirle la verdad que le ocultaban todos. Era necesario impedir que cayera en aquel triángulo incestuoso.

La encontré en su salón, un halo radiante la envolvía, se había transformado en una criatura ligera, se había despojado de lastre y giraba feliz. Me confesó que estaba enamorada de Vicente.

Mi sobresalto la hizo reír:

—No me acosté con él. Me llevó a un albergue en el campo y me quedé dormida —dijo con malicia.

Deseaba que hablara y su silencio súbito me molestó. ¡Era insoportable! Tal vez debía dejarla sola e hice ademán de marcharme, pero ella me detuvo:

—Al despertar le vi una cara que hubiera deseado no verle nunca. Supe que ésa era la cara que le vería siempre si me acostaba con él... había algo... —y Mariana calló.

—¿Qué había? —le pregunté con impaciencia.

—Algo degenerado... pero no puedo impedir amar a su otra cara.

La pequeña Mariana no se dejaba engañar fácilmente. Me sentí contenta y bebí el té con gozo. Las tostadas preparadas por Teo estaban exquisitas y la tarde corría por el cielo con suavidad, el traje azul mar de la muchacha me recordó el viento salado de Marsella. Abstraída en mis recuerdos, escuché su risa y sus palabras terribles: “Le prometí un hijo. Usted se hará cargo de él y se lo llevará a su país”. Dejé caer la cucharilla. ¿Estaba loca? ¿Por qué un hijo con Vicente? Tal vez el niño era el camino para escapar de Augusto... “¡Inventó su pérdida!”, me dije y me quedé muy quieta. Las alfombras apagaban los pasos, ningún ruido llegaba de la cocina, Mariana vivía en una soledad aterradora, por eso había inventado esa nueva locura. Augusto la enviaba con frecuencia de vacaciones forzadas a hoteles de segunda o tercera categoría, para gozar del privilegio de llevar una vida libertina. “No pienso enviarle dinero para que liquide la cuenta. Debe quedarse allí más tiempo”, contestaba su marido cuando alguien preguntaba por ella. Al contemplar la vida conyugal de mi amiga, aceptaba mi propia soltería con beneplácito. Yo no me casé nunca. Frente a mí había desfilado la vida de los otros, mientras que yo permanecía encerrada en una situación de la que no podía escapar: una mujer inteligente y sin dinero que debía buscarse la vida. Todas las mujeres de mi generación, menos mi hermana y yo, habían desaparecido envueltas en los velos blancos de las novias. Cuando encontraba a alguna de ellas desfigurada por el tiempo, lo único que me preguntaba era: “Y tú, ¿por fin te casaste?” El matrimonio era la única superioridad que tenían sobre mi hermana y yo. Negábamos con la cabeza, avergonzadas de nuestra soltería, que con los años llegó a convertirse en un delito. Nadie se acordaba de nosotras y estábamos

condenadas a la miseria por el hecho de haber permanecido solteras. Mariana era la única mujer que me había incorporado a un grupo social. Al pensar esto, mi cólera provocada por la estupidez de ofrecerle un hijo a Vicente se disipó, le agradecí su amabilidad y me sentí triste por su suerte. Merecía algo mejor que aquella vida privada de afecto, que la conducía a hacer locuras. Quise entender a Augusto, ¿a qué se debía su bárbara crueldad con su mujer? La entrada repentina de Ramón que venía a hacer su ronda acostumbrada me interrumpió.

—Augusto y yo cenamos fuera. ¡Es hora de que duermas! —le ordenó sin apenas saludarme.

Me dispuse a marchar, pero esta vez Mariana le hizo frente y surgió una disputa terrible entre los dos. El furor de Ramón me dejó sobrecogida, nunca dejó de asombrarme aquella situación a mi juicio escandalosa. Ramón se marchó con violencia. Se apagó la alegría de mi amiga y el silencio cayó sobre la casa enorme. Natalia se encontraba en Suiza y Mariana estaba sola, inventando su destrucción. Apenas probó bocado.

—Hace mucho tiempo encontraba navajas Gillette bajo mi almohada —me dijo en voz muy baja.

—¿Navajas?...

—Sí. Hojas de afeitar. Yo deshacía la cama, buscaba entre la funda y la almohada, me obsesionaba cortarme la cara.

La escuché sorprendida. ¿Mentía? No, quizá Vicente había obrado el milagro y Mariana se decidía a hablar; la observé, estaba abstraída, ida a un mundo lejano; le pregunté si todavía las encontraba.

—¡No! Ahora no. Dije hace mucho tiempo... ¿usted sabe Gabrielle que las tortugas viven cientos de años? Por eso yo no tengo salvación. Viviré menos que la tortuga... Tiene un olor muy especial, y cuando entraba a mi cuarto los dragones desteñidos de su kimono japonés me aterraban. Me hacía la dormida... ¿sabe?

Mariana calló. La vi absorta, perdida en recursos tenebrosos que me parecieron irreales, sus confidencias eran fantásticas e incompletas. Nunca entendí el mundo por el que escapaba y esa noche cuando me reveló en clave algunos hechos pasados, no pude seguirla por esos

pasadizos en tinieblas por los que me quería conducir. Hubiera deseado hacerle preguntas, pero me fue imposible, ponía siempre una distancia infranqueable entre ella y los demás. La escuché quejarse:

—No me cree usted. La gente cree con más facilidad una mentira que una verdad. Si ahora le mintiera me creería.

No pude explicarle que mi pasado era tan ajeno al suyo que su verdad me desconcertaba. Tampoco quise decirle que era difícil seguir sus confesiones. Su reserva me cohibía.

No volví a verla en muchos días, la sabía ocupada con Vicente y ella no me hizo ninguna señal. Se diría que me había olvidado.

Vicente y Sabina decidieron el regreso a su país y Romualdo me llevó a despedirlos. Deseaba ver al muchacho que había enamorado a Mariana y complacida subí al automóvil para dar un paseo. Se acercaba el verano y la tarde tibia atravesada de arduas y arroyuelos se deslizaba perfumada por la ventanilla del auto conducido por Vicente. El vuelo de las abejas dejaba caminos perfumados en el aire y los chopos plateados por el sol se dibujaban en la luz invitando al paseante a seguir los caminos trazados por ellos en el cielo. La belleza se apoderó de mí y de Vicente que, silencioso, ocultaba secretos legibles en su rostro. Me sentí aliviada al decirme que era la última tarde del muchacho en París. ¡Se iba! El mal que podía causarle a Mariana quedaba anulado con su partida. Contemplé su nuca poderosa y reconocí su peligro, también yo hubiera podido enamorarme de él, de toda su persona emanaba un extraño encanto viril y despiadado. Era inútil que tratara de esconder su vocación destructora detrás de su permanente cortesía y de sus frases inocentes. Vicente no era el pobre sapo o la terrible bestia que se convertiría en un príncipe al llamado del amor de una joven. Era exactamente lo contrario: el príncipe encantador que se convertiría en bestia al enamorar a una joven mal amada. Mi amiga estaba salvada. Contemplé los muros desbordados por la madre selva de jardines húmedos y aspiré con delicia la frescura de la tarde a sabiendas de que las cadenas invisibles que ataban a Mariana y Vicente se disolvían entre las ramas de los chopos y el agua siempre nueva de los arroyuelos. Sabina y Romualdo parloteaban sobre Drieu La Rochelle y su amigo Paul. Supe que Romualdo iba a

relatar que Mariana almorzaba los miércoles en el palacete de Paul y que la música de Vivaldi servía de fondo a aquellas comidas íntimas, entre el viejo esteta convertido en misógino elegante y la joven. “¡Adoro comer con Paul!”, me repetía ella, cuando a las tres de la tarde me presentaba en el portón lujoso del palacio de Paul a recogerla. Romualdo relató la anécdota para destruir la imagen de mi amiga. Necesitaba hacerlo en honor de Sabina.

—Gabrielle la recoge, ya saben que Mariana tiene horror de los hombres. Su encanto esconde muchas anormalidades...

Sabina escuchó divertida. Las palabras de Romualdo le produjeron risa y pidió más detalles que me negué a escuchar. La nuca de Vicente se cubrió de un rubor inesperado. Ante su cólera impotente yo preferí contemplar la tarde que huía por el cielo combado. “¡Vete y no vuelvas jamás!”, le dijo mentalmente al muchacho. Empezaba a creer en los conjuros...

Fue en esos días cuando Mariana decidió pasar el verano en Niza. “En Cimiez, adonde iban los rusos”, me confió. “¿Qué busca en esa colina?”, me pregunté inquieta. Tal vez algún rastro de mi pasado o quizás del suyo, puesto que yo no le había hecho confidencias. Todos sus amigos eran de izquierda, incluyendo a Sabina y a Vicente, que eran liberales; en cambio ella era apolítica, por eso su deseo de ir a Cimiez me pareció sospechoso. Metida en sus pantalones blancos y sus zapatillas de ballet resultaba inofensiva y me dije que exageraba mi suspicacia. Le pregunté por Vicente.

—No lo veo, me da miedo.

“Miedo” era su palabra favorita. Tenía miedo en su casa y fuera de ella. Miedo de Augusto. Miedo en los ascensores. Miedo en las plazas públicas. “Padezco claustrofobia y agorafobia”, me confesó riendo. Siempre traté de descubrir el origen de su miedo permanente y cuando me confesó que tenía miedo del hombre que amaba la comprendí por primera vez. La miré y tuve la impresión de hallarme frente a un Pierrot de cara enharinada y ojos tristes.

Stephan, que sentía debilidad por Mariana, decidió conseguirle nuestro antiguo refugio en Cimiez, y mientras mi amiga preparaba su viaje a Niza,

Vicente y Sabina se fueron de París. Mariana no comentó nada.

Fue un error mío invitar a Romualdo a Niza. Lo comprendí al llegar al aeropuerto y ver su disgusto al encontrarse con que ni Mariana ni sus amigos habían ido a esperarnos. Durante el trayecto hasta lo alto de la colina de Cimiez no logré deshacer su silencio. El taxi se desvió hacia la izquierda y ante mí aparecieron las rejas altas detrás de las cuales los macizos de acantos formaban dibujos renegridos y geométricos.

—¡Qué villa magnífica! —exclamó Romualdo.

El taxi entró a la villa por el camino de grava que conducía a las gradas de piedra. Allí nos esperaba Paula, una sirvienta polaca, que recogió el equipaje y nos miró sin simpatía. Romualdo y yo recorrimos los salones inmensos y pálidos en donde los clavicordios y los biombos nos contemplaron sin afecto. ¿Cuántos años hacía que nadie los tocaba? Tal vez, desde que sus dueños desaparecieron en la vorágine de la Revolución de Octubre. Sobre las mesas de los salones estaban los juegos de ajedrez tallados en marfil de aspecto enfermizo. Los comedores permanecían intactos. Busqué con la mirada las puertas secretas y recordé a los amigos de la Resistencia que se escurrían por ellas en los momentos difíciles. Paula nos condujo al segundo piso, en donde Mariana nos había reservado habitaciones en la misma ala que ocupaban ella y sus amigos.

—¿Cómo descubrió Mariana este palacete?

Me volví sobresaltada; era Romualdo quien interrumpía aquel momento de éxtasis y de recuerdos entrañables. ¡Mis últimos años de juventud se habían quemado entre aquellos muros tapizados de sedas ajenas a mi vida de pobre! No le dije a Romualdo que era yo misma quien había conseguido la casa y lo conduje a una de las terrazas de balaustradas de piedra para contemplar las avenidas del parque abierto a nuestros pies guardadas por estatuas griegas que convergían al templete de Diana Cazadora. ¿A quién perteneció la casa? “Mariana siempre se rodea de amigos millonarios”, escuché decir a Romualdo, que le guardaba rencor a la muchacha desde que tuvo la osadía de convertirse en amiga de Vicente. ¿Por qué le molestó tan profundamente aquella aventura de Mariana, mientras le divertía la continua presencia de Ramón adentro de su propia casa? Ahora sé que nunca hallaré la respuesta para tantos

enigmas. Esa tarde le contesté disgustada:

—La casa pertenece a una agencia inmobiliaria. La construyó un zarista.

—Tiene un aire espectral...

Romualdo tenía razón: una melancolía indecible invadía los salones, las terrazas, los jardines y los muebles. El jardín tendido bajo la tarde apacible ocultaba fragmentos de un pasado que se desdibujaba como una acuarela sobre la cual hubiera caído el rocío. El palacio entero se cerraba para nosotros como en los años anteriores. No éramos bienvenidos.

Natalia y Mariana, doradas por el sol y vistiendo pantalones de color azul de Prusia, se presentaron rodeadas de un pequeño grupo de desconocidos sonrientes y jóvenes. Noté que la distancia entre Mariana y Romualdo se abría peligrosamente y deseé no haber ido a Niza. En la mirada de Romualdo había la decisión de apoderarse de la alegría de la joven. El viejo miró a sus amigos con altanería, como si se tratara de intrusos insolentes y enseguida abandonó la terraza sin excusarse.

—Va a darse un toque de cocaína. Es adicto desde joven, me lo dijo Ramón. ¿No saben el escándalo que armó cuando...? —dijo mi amiga con una voz llena de antipatía.

Sus nuevos amigos: Toño, Beto, Nicole y Bruce se echaron a reír. Yo desaprobé sus palabras y adopté un aire de reproche. ¿Cómo podía hablar así? “¿Por qué no decir en voz alta lo que todos dicen en voz baja?”, me contestó ella. Toño y Beto, dos muchachos extranjeros, exigieron el final de la frase de Mariana, pero ella anunció que iba a echar un vistazo a la cocina y desapareció. No comprendí su crueldad para el viejo y preferí entregarme al espectáculo de los azules intensos surcados de manchas violetas, presagios de la noche. Dejé a Romualdo en compañía de los jóvenes y me deslicé por la casa en busca de Mariana.

—La señora no ha venido a la cocina.

Salí al jardín. Las primeras sombras de la noche caían sobre las copas de las acacias y de las mimosas. Caminé pensativa escuchando mis pasos solitarios sobre la grava de los caminillos. Cerca de las rejas de entrada, escondida bajo las grandes hojas de acanto descubrí a Mariana con la cabeza sobre las rodillas y las piernas rodeadas por sus brazos. Me senté

junto a ella, su absoluta soledad me asustó. La grava se volvió muy oscura y los acantos se hicieron muy negros.

—Me gusta estar sola. De recién casada tuve un sueño: el mundo había dejado de girar y yo había quedado en el lado oscuro. Nunca más vería el sol. Desde entonces me levanto a mirar la noche, las ventanas de los edificios parecen las cuencas de muchas calaveras, me recuerdan que soy mortal y que lo que me sucede es pasajero... —dijo.

Escondida bajo los acantos me pareció un ser maléfico disfrazado en un cuerpo flexible y en unos cabellos que brillaban en la noche con reflejos plateados.

—Nadie desconfía del sol y yo creo que el día oculta más crímenes que la noche. Las tinieblas también suceden bajo la luz del mediodía...

Hablaba para ella sola; de pronto levantó la cabeza y quiso encontrar mis ojos.

—¡Gabrielle!, odio a Romualdo, los odio a todos. Me quieren rebajar como rebajan todo lo que tocan. Hablan de libertad y son unos tiranos millonarios. ¡No creen en nada, excepto en su dinero y en su poder! Abusan de su fuerza, desprecian a los débiles, a los pobres, a los humildes, son fariseos. ¡No les crea nada!

No supe qué decirle, sabía que tenía razón, pero no debía ahondar el disgusto entre ella y sus amigos, puesto que estaba condenada a vivir entre ellos.

Sí, fue un error llevar a Romualdo a Cimiez. Nicole, la amiga canadiense de Mariana me miraba con reproche, era callada, menuda y rubia. Siempre le fue fiel a mi amiga y en aquellas lejanas vacaciones tomaba su partido con calor cuando surgía alguna discusión entre ella y Romualdo.

—Le suplico, Romualdo, que no hable de eso —pedía Mariana, cuando Romualdo relataba con lujo de detalles las escenas escalofriantes que había presenciado en Rusia durante la época del hambre, cuando él era corresponsal de prensa. Romualdo la miraba con regocijo y continuaba su relato.

Esta escena se repetía todos los días, durante los almuerzos en Chez Coco y en el momento en que empezábamos a comer las langostas asadas

con hierbas de campo. El restaurante estaba sobre las rocas y después del baño en el mar, el pan, el vino y el pescado resultaban deliciosos. Bruce, un gigante canadiense, miraba sorprendido a Romualdo, era psiquiatra y yo tenía la idea de que tomaba notas. Al ver el rostro descompuesto de Mariana le acariciaba los cabellos y le señalaba su plato, no debía ser tan sensible y la animaba a continuar comiendo ofreciéndole su copa rebosante de vino. En los días en que Mariana se levantaba indignada de la mesa, Natalia la imitaba y ambas se alejaban de nosotros, seguidas por Bruce, que se complacía en protegerla. Toño, su viejo amigo, pestañeaba con rapidez y trataba de excusarla con frases veloces y entrecortadas: “Es muy nerviosa, muy nerviosa”, repetía. El joven Toño era un provinciano, siempre dispuesto a aplaudir los mayores disparates de su amiga, pero la presencia indignada de Romualdo debilitaba la admiración hacia su amiga y los obligaba a callar, después de la consabida frase: “Es muy nerviosa, muy nerviosa”, frase que terminaba siempre con una gran risa forzada. Muchos años después, encontré a Toño convertido en un artista de moda: “¿Mariana? Tuvo el final que siempre buscó: iwagneriano!” y se echó a reír. Beto era más callado y en varias ocasiones noté su rubor ante la actitud de Toño. Él, sin una palabra reprochaba las provocaciones de Romualdo, tal vez esto lo llevó a estrechar su amistad con Bruce, o quizá fue Nicole, con la que se empeñó en una aventura amorosa que se prolongó hasta el momento de la partida de Romualdo y yo.

Una mañana escuché la voz de mi amiga en un grito muy claro: “¡Viejo asqueroso!” Entré a su habitación y encontré a Mariana tendida en su cama y cubierta con las sábanas hasta la barbilla. Romualdo inclinado sobre ella repetía: “¿Por qué no puedo acostarme con usted si se ha acostado con Vicente?” Acalorada saqué de allí a Romualdo y supe que nuestra estancia en Cimez había terminado. Pero Romualdo se negó a volver a París. Se establecieron costumbres nuevas: Mariana comía a horas diferentes y se bañaba en playas distintas. Sus amigos nos guardaban compañía, pero no tenían ya la voluntad de reír. Toño anunció ruborizándose que Mariana iba a la Promenade des Anglais a charlar con una vieja que tomaba el sol en una banca pública.

—Es la Belle Otero —corrigió Nicole, que empezaba a convertirse en

una joven sofisticada y amante de las artistas y del teatro.

—Todas las prostitutas terminan pidiendo limosna —comentó Romualdo echándose a reír.

Los jóvenes bajaron la cabeza y Beto juntó las cejas peligrosamente. Parecía un hermoso gitano y con voz mesurada tomó la defensa de la Belle Otero y de Mariana, mientras los demás miraban el fondo de sus platos.

—Mariana habla con ella, porque conoció a alguien muy querido — afirmó Beto con ojos centellantes.

Resultaron inútiles los esfuerzos de Romualdo por saber quién era la persona amada de Mariana a quien había conocido la Belle Otero, pues Beto guardó un silencio obstinado. Esa noche no imaginé que Toño y Beto me harían renegar de Mariana y de su estúpida conducta. Entre los innumerables personajes que aparecieron durante mi amistad con ella, los dos jóvenes se repitieron muchas veces en mi vida, itantas que alcancé a verlos con canas! Durante la estancia en Cimez, no les di gran importancia, se dirían dos hermosos frívolos, adoradores de mi amiga, pero la vida cambia los amores y las admiraciones y en regla general, nadie se alinea con los rechazados.

Desde la terraza en la que Romualdo y yo desayunábamos, vimos el momento en el que el cartero le entregaba a Mariana un sobre azul y otro igual a Paula. Mi amiga, montada en su bicicleta, rasgó el sobre y se entregó a la lectura de la carta, mientras que Paula llegó a nosotros y le tendió el otro sobre a Romualdo. Éste, sin quitar los ojos de la ciclista, le ordenó a la sirviente:

—Diga a la señora Mariana que recibí una carta de Vicente que es vital para ella.

Paula obedeció. Todavía ahora veo con nitidez el momento en que la criada abordó a mi amiga y ésta, sorprendida, interrumpió la lectura de su carta para escuchar el recado. “¿Qué se propone Romualdo?”, me pregunté, mientras vi a mi amiga alejarse en bicicleta seguida por Natalia.

—Volverá enseguida —vaticinó Romualdo.

Media hora más tarde, Mariana acompañada de sus amigos se presentó ante nosotros.

—Deme la carta.

—Deme la suya —contestó Romualdo sonriendo.

Se cruzaron las misivas. Mariana enrojeció ante la brevedad de la carta dirigida a Romualdo, mientras éste leyó con placidez las páginas escritas para ella.

—Mariana, ¿ignora usted que Vicente tiene amoríos baratos en todas las buhardillas? ¿Ignora usted que Sabina es su único y verdadero amor? —le preguntó divertido.

La muchacha no logró decir nada, el rubor le encendió el rostro. Devolvió la carta ajena, recogió la suya, Bruce no logró decir nada, el rubor encendió el rostro de nosotros. Los jóvenes salieron tras ella.

—Lo supe todo —comentó Romualdo.

Asustada, lo vi aspirar el aire mañanero perfumado de mimosas y laureles y sonreír satisfecho.

Por las noches los jóvenes nos dejaron solos. Los escuché llegar muy tarde y de puntillas me dirigí a la habitación de Nicole. Si era verdad que Mariana estaba loca, su locura era contagiosa: Nicole me comentó con voz suave que Mariana había organizado esa noche una ceremonia en una estatua de Niza. Antes les explicó a sus amigos su teoría sobre las ondas sonoras, luego se trepó a la estatua y desde allí gritó varias veces: “¡Amo a Vicente!” Nicole estaba segura de que el amante lejano de su amiga había recibido el mensaje.

Antes de las doce del día siguiente, Nicole me llamó con urgencia y me mostró un telegrama de Vicente: “Amo a Mariana”, decía el mensaje. La imaginación de Mariana encontró eco en Nicole y ambas guardaron siempre la amistad y rivalizaron en su larga carrera de locuras. Ahora Nicole es una actriz importante en Canadá. Ese mismo día Romualdo y yo volvimos a París.

En la ciudad corrí a ver a Stephan para comunicarle mi decisión de alejarme de los sudamericanos. Me escuchó con incredulidad. Los sudamericanos tenían algo que a él y a mí nos faltaba: ¡dinero! Con el cinismo que sólo da la necesidad, Stephan me ordenó no apartarme del grupo, debía entender que una nueva clase empezaba a surgir en París y que yo me hallaba dentro de ella. Acepté su consejo.

Ese verano apareció en París la primera persona que decretó el ostracismo de Mariana. La mujer tenía un bisabuelo que había sido vicepresidente de su país y eso le daba una aureola de prestigio ante los demás. Se llamaba Carmen, nombre muy adecuado para sus grandes ojos negros y su afán de dominio. Poseía un enorme talento, escribía en inglés y recitaba sus propios poemas con los ojos entrecerrados y las manos colocadas sobre las rodillas. Era muy sensible.

—Augusto, prefiero que Mariana ignore mi llegada a París. No intento verla —dijo con suavidad.

Su súplica se convirtió en una orden y todos prometimos guardar el secreto. Observé el gesto decidido de sus labios delgados y la pesadez de sus tobillos, en los que había una voluntad de poder disfrazada en un barniz poético cultivado cuidadosamente. Sintió mi reproche y se volvió a mí:

—Mariana es una advenediza —me dijo.

Recibimos la consigna de no nombrar a Carmen delante de Mariana y las reuniones en su cuarto de hotel se hicieron a espaldas de mi amiga. Llevada por la necesidad me vi forzada a asistir a aquellas reuniones poéticas y a traicionar a Mariana. Creo que no le hubiera importado mucho, más bien se hubiera aburrido en esas fiestas modestas, en las que casi siempre sólo se habla de política, ya que Carmen soñaba con la implantación del comunismo, idea que producía bostezos en Mariana. Cuando Carmen se casó con un millonario mucho más joven que ella, Jacobo, y éste la instaló en un palacete, su presencia en la ciudad se hizo pública y no tuve la necesidad de ocultarme de mi amiga. Todavía ahora, asisto de vez en cuando a las reuniones en su hermoso salón. El tiempo casi nos ha igualado en aspecto físico, sólo que ella continúa utilizando afeites pesados para rivalizar con Jacobo que se conserva joven y galante. Tal vez la juventud de Jacobo se debe a la bondad que lo domina. Nunca imaginé que el ostracismo dictado por Carmen iba a tener efectos tan terribles. Ahora sé que el eco de las palabras es permanente y decisivo. Por ello me guardo mucho en la conversación, no deseo provocar catástrofes.

Por aquellos días temí que mi amistad con Mariana hubiera terminado

después del incidente de Niza. Me equivoqué, Mariana no tenía memoria y nuestra amistad continuó inalterable. Yo prefería encontrarme a solas con ella y una noche en la que debíamos reunirnos en el cuarto de hotel de Carmen, me aproveché para ir a visitarla a su casa. No estaba. Encontré a Teo y a Natalia merendando en la enorme mesa de la cocina. Las dos se alegraron al verme y me convidaron de su merienda. Debía esperar, ya que Mariana tardaría poco en volver a la casa. Ocupé mi lugar y contemplé la estufa gigantesca, los muros blancos y las alacenas casi vacías. En la despensa de Mariana no había nada, la compra se hacía todos los días y Teo procuraba hacer economías para evitar disgustos con Augusto, que vigilaba los gastos y pagaba personalmente las cuentas, de manera que por las manos de mi amiga no pasaba un franco.

—Gabrielle, mi papá se enojó con mi mamá porque habló de la tortuga —me confió la niña.

Recordé las confesiones de Mariana y su referencia a “la tortuga” y salté sobre la ocasión.

—¡Ah!, la tortuga. Tú no sabes quién es. ¿Verdad?

—¡Sí! ¡Sí, lo sé! Es mi abuela, la mamá de mi papá. ¿Quiere ver su fotografía? —preguntó la niña, entusiasmada de contestar a mi pérfida pregunta.

Acepté su oferta y la niña se echó a reír. Todavía no mudaba de dientes. Cuando se disponía a correr en busca de la foto, un timbrazo nos dejó quietas a las tres.

—Es mi papá... —dijo Natalia en voz baja.

Teo se llevó un dedo a los labios, recogió mi taza y me ordenó seguirla. En silencio me introdujo en el cuarto de planchar situado al fondo del pasillo y me dejó sentada en el borde de una cama.

—¡No se mueva! Mi papá no quiere que usted nos visite —me dijo Natalia y salió corriendo de mi escondite.

Escuché los pasos de Augusto en la cocina. El cuarto de planchar era una caja de resonancias, hasta la que llegaban los ruidos y las voces que sucedían en ese lado de la casa. El corazón me latía con violencia. No podía huir sin arriesgarme a toparme con Augusto y esperé largo rato en la oscuridad. Oí cuando Augusto ordenó que se sirviera la cena a la niña

en el comedor y continué esperando. Sentí un alivio cuando escuché la llegada de Mariana. Su marido la atajó en el pasillo y ambos entraron en la habitación de Augusto. Escuché su voz y presté atención.

—Mariana, a tus amigos Toño y Beto los detuvieron en El Cairo. Son espías. Quisiera que alguna vez me escucharas. Terminarás muy mal, aún estás a tiempo para salvarte, pero mientes, te mientes a ti misma. Actúas por desesperación. Te enamoraste de ese gigoló sudamericano y él te dejó para seguir con la vieja rica. ¡Te dio trato de criada! Lo sabes y no quieres confesártelo. Prefieres hacer locuras.

—No hables así —suplicó Mariana.

—¿Ves? ¡Lo sabes! ¿Estás dispuesta a reconocer la verdad? Me aterras, Mariana. Vas al abismo, ¿Vas a prometerme que nunca más le escribirás a ese Don Juan sudamericano? Si no lo haces terminará por deshacerte... ¿Te acostaste con él?

Escuché que Augusto caminaba por la habitación para dar énfasis a sus palabras.

—No. No me acosté.

—Gabrielle es tu confidente. ¿Verdad?

—Sí...

—¿Qué le contaste?

Un sudor frío me inundó el cuerpo. ¿Mariana era capaz de delatarme? Aterrada, escuché su confesión completa, sin omitir al niño que le ofreció a Vicente y del cual yo debía hacerme cargo para una vez nacido llevarlo con su padre. Augusto la escuchó en silencio. Al final se mostró magnánimo.

—Trataré de que no salgas involucrada en el escándalo de Toño y Beto. ¿Te das cuenta de que has puesto en peligro mi carrera? ¡Están detenidos por espionaje!

—Tú me dijiste que los invitara —protestó Mariana.

—Es verdad... estabas tan desesperada por ese gigoló.

El silencio reinó en la habitación de los esposos y pensé que era el momento de escapar. También yo había estado en Niza y tenía miedo. Yo no tenía un marido poderoso, nadie saldría en mi defensa. Mariana era una verdadera insensata, ¡una egoísta! Augusto volvió a hablar.

—Mariana, estamos casados y si hubieras tenido a ese niño, legalmente sería mi hijo. En el caso de que hubieras entablado un divorcio, sólo después de un año de dictada la sentencia el niño no sería mío, legalmente, por supuesto.

—¿Y si yo dijera la verdad? —preguntó ella.

—No importaría. El niño sería legalmente mi hijo.

—Entonces, ¿la verdad no importa frente a la ley?

—Mariana, la ley es la verdad.

—No entiendo...

—Ese es uno de tus encantos... —dijo él.

Lo escuché dirigirse a la puerta principal acompañado de Mariana. Salí con rapidez de mi escondite y huí por la puerta de servicio. ¡Estaba indignada! Nadie podía confiar en mi amiga: había confesado sus relaciones con Vicente y me había delatado. No podía enfrentarme a Augusto nunca más. Y por si eso fuera poco, me había mezclado en un asunto de espionaje internacional. Ahora, ella se quedaba protegida en su casa, mientras que yo arriesgaba un juicio escandaloso. ¿Y todo por qué?, por la sencilla razón de que estaba triste por la partida de Vicente. Recordé sus risas en Cimez, sus juegos, el telegrama que nunca llegó el día de mi partida y no pude evitar mi propio disgusto, mi terrible miedo. “Nunca me gustaron esos dos”, me repetí en el camino a mi vivienda. Los ojos azules de Toño y los agitanados de Beto, me parecieron diabólicos. “No haré ningún gesto de temor si al llegar encuentro a dos agentes secretos esperándome. Reiré un poco. Tampoco negaré mi amistad con Mariana”, me dije caminando de prisa. Nadie me esperaba, me encerré en mi cuartucho a rumiar mi cólera. Cuando llamaron a la puerta abrí de golpe con seriedad. Era Romualdo que venía a buscarme para asistir a la reunión en el cuarto del hotel de Carmen. Me dejé conducir, ahora más que nunca necesitaba la protección de aquel grupo, ellos jurarían mi inocencia. Además cualquier cosa era mejor que esperar aterrada en mi casa el curso de los siniestros acontecimientos. Ante mi enorme sorpresa, el centro de atención de esa noche en la fiesta de Carmen eran Toño y Beto que, exaltados, relataban una y otra vez su ruidosa aventura en El Cairo.

—¡Nos tomaron por judíos! Es esta narizota... —decía Toño riendo y tocándose la nariz.

Allí en el hotel de Carmen supe que a Toño y a Beto los detuvieron unas horas y que la aventura terminó jocosamente. ¡Y la simple Mariana había confesado sus faltas a Augusto, que ahora hablaba divertido con los “dos espías” y me miraba sonriente!

—Gabrielle, por favor no le diga a Mariana que ya estamos en París.

No dije nada, ya que todos estaban en el secreto y deseaban engañar a Mariana. Creí que habían formado un cónclave para hacerla desistir de Vicente y callé y fui discreta. Por desgracia, mi silencio no ayudó a mi amiga, que continuó muy sola y rodeada por aquel grupo que hacía mofa de ella. Pero no la abandoné, sabía que era una persona inútil, desplazada, sin lugar en su casa lujosa, sin lugar en el mundo y ese pensamiento me llenaba de angustia.

Encontrar el momento en que se decidió su suerte es muy difícil. Tan difícil como hallar a la persona que desencadenó la catástrofe. A veces pienso que es Vicente, otras que es el mismo Augusto, pero no estoy segura, por eso recorro los grupos y las personas que la frecuentaron con la esperanza de descubrir el detonador que la pulverizó. Me pregunto: ¿quiénes fueron sus mejores amigos? ¿Dónde y cómo los encontró? Entre ellos debe existir aquel que posee su secreto o aquel que provocó el desenlace. Nunca supe cómo conoció a Jean Marie, a pesar de la enorme amistad que los unía. Tampoco supe cómo encontró a Charpentier, al que me da miedo recordar...

Charpentier era un joven rubio, de aspecto rudo y maneras torpes. Su aspecto indicaba su origen humilde y sus ropas acusaban su pobreza. Yo imaginaba su existencia y la primera vez que lo vi fue en el salón de Mariana. Ambos merendaban sentados junto a una de las ventanas, cuando yo interrumpí, como acostumbraba hacerlo, es decir, sin previo aviso.

—Gabrielle, le presento a un francés que entra al mar con los zapatos puestos —me dijo ella.

El muchacho se ruborizó con violencia y al final optó por echarse a reír. La tarde era suave, la luz se filtraba por las grandes ventanas, el rumor de

los pájaros y el perfume de las verdes ramas nos produjo un bienestar apacible. Charpentier parecía deslumbrado con el lujo que rodeaba a mi amiga. No fue sin ruborizarse que explicó que carecía de trabajo:

—Usted sabe que mi padre se encuentra enfermo, por eso vine a París. En provincia es más difícil encontrar un empleo...

Mariana reflexionó unos instantes, la escuché decidir:

—¡Vamos a ver a unos amigos de Augusto, los Stein, yo apenas los he tratado, pero sé que son millonarios!

En el camino a la casa de los Stein me pregunté si era verdad que ignoraba las actividades extravagantes de ellos y del grupo que los rodeaba o si fingía ignorarlas. Yo no los conocía personalmente pero había escuchado rumores y acepté gustosa visitarlos. Charpentier caminaba con alegría, como buen pobre imaginaba que aproximándose a los ricos se enriquecería. Atravesamos la Avenue Foch y en una calle adyacente Mariana se detuvo frente a un palacete.

Un criado de librea nos condujo a través de un enorme vestíbulo de muros blancos y candiles Meissen. Cruzamos una puerta alta y entramos a un salón de grandes ventanas francesas y cortinajes de brocado blanco. La chimenea de largas proporciones estaba encendida y lanzaba sus reflejos sobre la seda blanca de las paredes y de los muebles. En un diván gigantesco se hallaba echado y cubierto por suntuosas pieles blancas un hombrecillo minúsculo de cabellos rojizos, que al ver a Mariana exclamó:

—¡Mariana, ven junto a mí que quiero leer a Masoch contigo!

Ella obedeció y el hombrecillo la hizo sentarse a su lado. Charpentier y yo nos miramos sin saber qué hacer, pues Rudia Stein se empeñó en ignorar nuestra presencia. Un criado nos ofreció unos sillones mullidos y unos whiskies.

—Mariana, tú que eres una walkiria, puedes ayudarme a comprender mis aberraciones. Lee este párrafo —le pidió Stein.

Mi amiga empezó la lectura en voz alta, mientras Stein la observaba con el rabillo del ojo y sonreía complacido. La lectora se ruborizó y cerró el libro de un golpe.

—¡Ya no leo más! ¿Dónde está Sara?

—En el otro salón, con tu marido —contestó el hombrecillo con malicia.

Charpentier y yo comimos bocadillos y observamos los objetos preciosos que descansaban sobre los mármoles de las consolas o dentro de las vitrinas de cristales biselados. Todas las estatuillas, los vasos y los candelabros eran blancos. Creía descubrir algunos ángeles de De La Robia, pero no pude acercarme a ellos, ya que de acuerdo con la actitud del dueño de la casa, ni Charpentier ni yo estábamos en el salón. Admiré los ramos de rosas blancas colocadas estratégicamente y cuyos pétalos brillaban al color de las llamas de la chimenea, desprendiendo un olor a jardín que llenaba las paredes y producían un encanto envolvente.

—¿Cómo se llama tu amiga? —preguntó Rudia.

—Gabrielle...

—Gabrielle, Gabrielle, es un nombre blanco, Sara sabrá apreciarlo, ella ama la pureza —dijo Rudia observándome con sus ojillos penetrantes.

No preguntó por Charpentier. El muchacho enrojeció y clavó la vista en el suelo. Su turbación se interrumpió con la llegada de un joven de ojos negros y piel profundamente pálida, que al vernos se escondió detrás de un cortinaje ante la total indiferencia de Rudia, el asombro de Charpentier y el silencio de Mariana. Un rato después, Rudia tiró del cordón de seda colocado al alcance de su mano y ordenó al criado, que acudió respetuoso.

—Avisa a la señora que Guy acaba de llegar.

Charpentier y yo miramos el cortinaje que ocultaba a Guy como a un espía de teatro. Un “¡Hola, queridos!” nos sacó del asombro. Vi avanzar a una figurita femenina enfundada en un traje blanco. Era Sara. Traía los cabellos negros sueltos hasta los hombros menudos. La seguía Augusto.

—Sara, todos tus amantes te esperamos —gimió Rudia.

Sara hizo un mohín y nos regaló una sonrisa beatífica. Vi sus labios arqueados cubiertos de carmín y sus ojos magníficos iguales a carbones encendidos.

—La sabiduría nace de la espera —sentenció.

Augusto estaba radiante.

—¡La obra de Sara es magnífica! ¡Magnífica! —repitió.

—Eres muy bondadoso. Traté de hacer una tragedia con ese crimen desperdiciado por otros literatos —contestó Sara bajando sus enormes

párpados carbonizados.

—¡Sara, eres misteriosa como un espíritu nocturno! —exclamó Mariana fascinada por aquella criatura diminuta.

—Diurno, querida, diurno. Me nutro de esas rosas —replicó Sara señalando con un gesto los ramos espléndidos que perfumaban el salón.

Guy permaneció detrás del cortinaje y Rudia se quedó dormido entre las pieles. Mariana preguntó con voz clara.

—¿Y ese muchacho, por qué no sale de su escondite detrás de sus cortinajes?

—La timidez es la flor de la adolescencia —contestó Sara.

La anfitriona se llevó un dedo afilado a los labios, cerró los ojos, guardó un instante de silencio y volvió a su conversación privada con Augusto. Mariana, Charpentier y yo decidimos marcharnos, pero la aparición de una pareja de húngaros nos detuvo.

—Sergio y Vera —dijo Sara sin levantarse.

La pareja vestía de negro. Ella era rubia, alta y pálida. Él, de cabello negro y cuerpo atlético. Ocuparon sillones vecinos y se miraron con una intensidad asombrosa. Mariana ya los conocía, escuché su conversación.

—Ven a visitarnos —insistió Vera.

—Me da miedo tu cuarto. No me gusta pensar que duermes en un ataúd —contestó mi amiga.

—¿Qué haces entre nosotros, Mariana? No entiendes nada de lo nuestro —le dijo Sergio con afecto.

—Entiendo todo, ustedes están locos —y Mariana se echó a reír.

Nadie parecía enterarse de la presencia de Charpentier ni de la mía, en aquel salón magnífico donde se hablaba en clave. “Nos vamos”, le anuncié a Mariana en voz baja. Ella decidió acompañarnos y nadie trató de detenernos. Fue en ese momento cuando Mariana recordó que Charpentier buscaba trabajo y lo dijo en voz alta.

—¡Venga mañana! —contestaron a coro Rudia, Sara, Sergio y Vera.

La cordialidad de sus voces nos reconfortó, no eran tan demoniacos como querían aparentar. Charpentier aceptó la cita y fijó la hora, sus nuevos amigos lo miraron sonrientes.

Al cruzar el enorme vestíbulo blanco, Guy atrapó a Mariana por la

espalda.

—¡No te vayas! Necesitamos una bárbara —le gritó.

Mariana escapó de sus manos y yo observé el rostro lívido del muchacho que trataba de esconder sus ojos de nuestra mirada. Hubiera querido saber a qué se debía su palidez, su extraña conducta y el terror que repandía su persona, pero Mariana no dijo nada. Pronto nos encontramos caminando por la Avenue Foch.

—¡Gente formidable! ¡Gente formidable! —repitió Charpentier.

—Formidable... pero qué aburrido —agregó Mariana.

Dos días después, Charpentier trabajaba en un altísimo cargo en la empresa Stein, viajaba en el Rolls Royce de Sara. El muchacho aceptó la buena fortuna con entusiasmo y para festejar el éxito nos invitó a cenar en Montmartre. Esa noche me invadió una embriaguez desconocida. ¡Era la embriaguez del triunfo! Si el humilde Charpentier había llegado a la cima con tanta facilidad, ¿por qué no podía yo alcanzar la fortuna alguna vez? Al paso del Rolls Royce, unos jóvenes que subían a pie la cuesta nos gritaron: “¡Cochinos burgueses!” Traté de no mirar al pueblo y por unos instantes imaginé a Marie Antoinette en la carreta que la llevaba al patíbulo. “Debieron ser unos momentos sublimes”, me dije y traté de imitar la inmovilidad del chofer uniformado. Fue esa noche la primera vez que me sentí contaminada por el poder. Traté de imaginar lo que sería ser un personaje poderoso y sentí vértigo. Yo siempre me había colocado entre los de abajo y por ellos había luchado. Esa noche supe que entre el poderoso y el pueblo había una distancia infranqueable, una línea divisoria que igualaba al pueblo y singularizaba a aquel que ejercía el mando. Pero debía haber algo más, mis conclusiones eran simplistas, no era nada fácil descubrir el por qué de que unos pocos se hallaran colocados del otro lado de la línea divisoria. En ese momento decidí olvidar mi condición de masa...

Aquellos eran días excitantes: el racionamiento casi había terminado; Dior hacía tiempo que había lanzado el *New Look*, yo me limitaba a admirar los trajes de falda larga y mangas ajustadas como del Renacimiento. Los escotes venían profundos, la variedad de sedas, rasos y gasas en colores pastel me recordaban los cuadros italianos, y las

mujeres como Mariana lograban parecerse a sus figuras alargadas y rubias. Por mi parte, yo estaba condenada a mi eterno traje gris, que empezaba a gastarse peligrosamente. La cena, rociada con vinos de marca me produjo euforia. Hablé con entusiasmo del modelo carmesí que lucía esa noche Mariana y que atraía las miradas de los comensales del restaurante.

—Es un modelo prestado —confesó Mariana echándose a reír.

Charpentier la escuchó con aire de conocedor cuando ella nos confió que los modelos que usaba eran siempre prestados, ya que su guardarropa era muy exiguo. A la hora de los postres entramos en el terreno de las confidencias; Mariana confesó que tenía un grupo de amigos que nunca iban a su casa. También supimos que Augusto no lograba romper la barrera colocada entre los parisinos y los sudamericanos y ese hecho lo llenaba de inquietud. Mariana hizo hincapié entre “sus amigos” y “los amigos de Augusto”. Era curiosa la separación marcada por el matrimonio en el terreno de las amistades, y mientras él sentía la necesidad de penetrar en el terreno amistoso de Mariana, ella no hacía ningún esfuerzo para entrar en el campo enemigo. Nos confesó que los viernes por la noche iba al Maxim’s con un viejo príncipe ruso y un pequeño grupo de amigos.

—Augusto me ha prohibido que vaya... —terminó.

—¡No le haga caso! —ordenó Charpentier.

Era difícil desobedecerlo, ya que la orden era estricta. Hicimos un plan para que pudiera reunirse con sus amigos el viernes siguiente: Mariana se vestiría en mi casa, Charpentier enviaría el Rolls Royce para llevarla al Maxim’s y Augusto no se enteraría de su desobediencia. Los tres reímos satisfechos de nuestra astucia.

Aquel viernes por la tarde llegó a mi vivienda el enviado de Dior y me entregó una caja lujosamente atada. No me atreví a tocarla. Mariana se presentó en la noche, la vi abrir la caja y sacar un traje y una suntuosa capa blanca. Cuando se vistió, su transformación me dejó estupefacta. Charpentier y yo la vimos irse en el Rolls Royce convertida en una belleza resplandeciente. La belleza siempre produce melancolía y el muchacho y yo nos quedamos pensativos. Después cenamos una *bouillabaisse* en la

Couple, con el vino y la comida, el muchacho de entusiasmo irradiaba felicidad y exageró su buena fortuna: Sara, Vera y Mariana eran sus hadas madrinas, como en los cuentos de hadas. Charpentier tenía una tendencia contagiosa al optimismo: el mundo se había convertido en algo maravilloso.

Volvimos a mi casa tarareando viejas canciones francesas. Muy tarde se presentó Mariana acompañada por dos hombres de edad madura y gesto risueño, que besaron mi mano con galantería y juzgaron imperdonable que Mariana no me hubiera llevado con ellos a cenar al Maxim's.

—El viernes próximo usted vendrá con nosotros —dijeron.

Sofocada por mi miseria traté de rehusar la invitación, pero terminé aceptándola. ¡Nunca había estado en aquel lugar reservado para los elegidos! Reímos amigablemente en el pasillo de muros sucios, mientras Mariana se cambiaba de traje. Reapareció al poco rato vistiendo su abrigo sport y sus acostumbrados mocasines. Los tres amigos bajaron la escalera torcida, mientras yo cuidaba la *minuterie*.

En los días siguientes Mariana se encargó de conseguirme un traje con sus amigos modistos. Trataba de no mirarme en los espejos de los vestidores, mi talle demasiado grueso y mi espalda curvada no iban en aquellos modelos de corte y sedas impecables. Al final, encontramos un traje que me favorecía. El viernes por la tarde llegó mi modelo exclusivo, provisto de una pequeña cola que murmuraba al rozar el suelo. Me vestí emocionada y me contemplé en el espejo colocado encima del lavabo amarillento situado en el fondo del pasillo. El reflejo ligeramente azul que la peinadora había colocado sobre mis canas me convirtió en un personaje encantador. Admiré la frescura de mi cutis, la dulzura de mi sonrisa, mi cuello suavizado por las cremas y esperé a Mariana. Ésta me encontró preciosa, me hizo girar sobre mí misma para admirarme y me colocó dos perlas en las orejas. Cuando llegó el chofer de Sara, me invadió una emoción que no olvidaré jamás: había logrado la seguridad que sólo produce la belleza. Cruzamos las calles de París y pronto nos encontramos bajo el toldo del Maxim's. Entramos al pequeño vestíbulo separado del salón por un espeso cortinaje rojo. El *mâitre* nos hizo una reverencia y nos condujo al interior de aquel reino al que nunca pensé

penetrar. A la izquierda, situada un escalón más alto que la pista de baile, estaba la mesa ocupada por un grupo pequeño en el que reconocí a Mitia, el príncipe ruso, y a Willy, el norteamericano de cabellos blancos. Ambos salieron a nuestro encuentro. Una vez en la mesa, me dediqué a observar a Mitia que reía continuamente. Era un príncipe ruso. ¡Un sobreviviente! “Un enemigo de clase”, me dije incrédula. ¿Cómo escapó? Tuve la extraña sensación de que no era real. Sin duda se trataba de un impostor o de un fantasma. Sin embargo, sus maneras, su edad, su voz y la chispa de malicia que brillaba en sus ojos me aseguraban que en verdad me hallaba frente a un príncipe ruso. “Son Altesse” lo llamaba el *mâitre*, al tiempo que le hacía una reverencia. Yo trataba de imitar sus maneras.

La música era suave y embriagada de placer apenas me atreví a ordenar mi cena. Un círculo de mesas ofrecía un espectáculo deslumbrador de trajes, joyas y gestos delicados. Hubiera devorado los platillos pero lo juzgué de mal gusto a pesar de que mis nuevos amigos comían con un apetito sorprendente.

—Mitia, tienes tanta nostalgia que deberías volver a tu casa de Crimea —escuché decir a Mariana.

Mitia dio una palmada en la mesa y se echó a reír coreado por sus amigos.

—¡Stalin se opone! —exclamó sofocado por la risa.

Me sentí culpable: yo era una partidaria de Stalin, había luchado por su triunfo, continuaba luchando por los obreros y estaba frente a un auténtico príncipe ruso, que reía de nosotros. Lo miré como si se tratara de un ser sobrenatural y lo recordé en el pasillo sucio de mi casa, invitándome a compartir aquella cena. “Seguramente nunca ha estado en un lugar tan sórdido como mi casa”, me dije ruborizándome. Recordé Leningrado, sus palacios, sus puentes y tuve vértigo, mi visita de cuatro días a la Unión Soviética, como miembro de una comisión se podía leer en mi rostro y entonces ¿qué sucedería? Sin duda me echarían de la mesa. Me pareció escuchar: “¡Expulsada! ¡Miserable!” El negro que llegó a servir el café interrumpió aquellos instantes de terror. Su presencia me transportó a un cuento de *Las mil y una noches*. Contemplé a Mariana charlando con Mitia, ella ignoraba mi visita a Leningrado y mi activa

militancia en el Partido Comunista. En ese momento, recordé a Stephan, ¿cuál sería su reacción al enterarse de que yo había estado en el corazón mismo del círculo opresor? Una señora de ojos claros comentó:

—Mariana, traes el modelo que me prestaron hace tres semanas.

Mi sorpresa no tuvo límites cuando escuché que Mitia trabajaba... Durante la conversación, intuí que ninguno de los invitados a la mesa gozaba de una fortuna, excepto Willy, que corría con los gastos de la cena, como pude comprobarlo al final. Comparé su miseria dorada con el despilfarro de los amigos de Augusto y una vez más llegué a la conclusión de que el poder económico se había desplazado a América. Esto no se lo diría a Stephan. Han pasado los años y no olvido aquella noche espléndida en la que cené con un príncipe ruso. Su recuerdo me deja melancólica y me plantea problemas sobre los cuales prefiero no pensar. A veces me pregunto si no fue una debilidad mía admirar de esa manera descabellada al enemigo, pero puedo decir que pocas veces he sido tan feliz y asegurar que nunca estuve tan guapa, ni mi traje fue tan admirado. Los poderosos del mundo con los que me he codeado no me dieron jamás ese ambiente de encantamiento...

Creo que fue el siguiente lunes cuando recibí una llamada urgente de Mariana conminándome a presentarme en su casa. Sí, fue ese lunes, porque el encanto de la noche pasada en el Maxim's todavía estaba fresco y yo flotaba en luces y recuerdos de joyas. Encontré a Mariana esperándome en el vestíbulo.

—Sara me llamó dos veces, les ha sucedido algo a los Stein. Vamos.

Salimos rumbo al palacete de Sara. Esta segunda visita a los Stein tuvo caracteres muy distintos. Fue la misma Sara la que nos abrió la puerta y nos hizo entrar a su enorme vestíbulo, ahora vacío. Los tapices habían desaparecido y Sara se cubría con un abrigo para resguardarse del frío que surgía de los mármoles desnudos. Abrió la puerta del salón y lo encontramos también vacío: el diván, las pieles, los sillones, los ángeles de De La Robia, las vitrinas, las alfombras y las rosas habían desaparecido. Sólo quedaban los cortinajes blancos desde los cuales nos llegó la voz de Rudia.

—¡Quiero queso!... ¡Queso!... ¡Queso!... —suplicaba invisible.

—¡Allí! —dijo Sara, señalando hacia el techo con su dedo perfecto.

Estupefactas, miramos en la dirección señalada y descubrimos a Rudia colgado de lo alto del cortinaje que cubría una de las ventanas dieciochescas.

—Cree que es un ratón —explicó Sara con voz seria.

Mariana y yo abrimos la boca para decir algo, pero ante lo insólito de la situación guardamos silencio.

—¿Y si te doy queso bajas a comerlo, mi amor? —le preguntó Sara.

La campanilla de la puerta de entrada sonó con insistencia, Sara nos miró con sus enormes ojos resignados y salió para volver con una cajita de queso camembert, mientras la campanilla continuaba llamando.

—Mariana, sube por la escalera y dale queso. Voy a ver quién llama —ordenó Sara, señalando una escalera de mano recargada sobre uno de los muros tapizados de seda blanca.

Mariana colocó la escalera sobre la ventana y subió algunos peldaños. Me sentí incómoda, se diría que el espectáculo había sido preparado de antemano. ¿Por qué? No lo sabía, aunque los Stein eran capaces de cualquier cosa.

—¡Sara!... ¡Sara!... ¡el gato! —gritó Rudia despavorido.

Entró Sara acompañada de dos señores elegantes que ante la escena permanecieron mudos. Mariana desde la altura miró a los desconocidos y Sara le ordenó que bajara. Después se volvió a los visitantes.

—Hoy por la noche llegan sus padres de Zúrich y ellos se encargarán de todo! —dijo Sara acentuando la palabra todo.

Los alaridos de Rudia aumentaron y Sara subió por la escalera para darle trocitos de queso, mientras que los dos visitantes y nosotras contemplábamos estupefactos la escena.

—Todo ha desaparecido... —murmuró uno de los hombres.

—¡Todo! Lo siento, otros llegaron antes que ustedes —contestó Sara desde lo alto de la escalera.

Rudia se agitó aún más y Sara nos hizo señas para que saliéramos. Acompañadas de los dos desconocidos nos encontramos en la calle, nos despedimos y tomamos el rumbo opuesto al que ellos llevaban. Caminamos hasta la casa de mi amiga, que parecía muy impresionada e

hizo hipótesis sobre la locura y sus orígenes.

—¿No podría ser una locura fingida?... quiero decir, provocada por los acreedores —me aventuré a opinar.

Mariana me miró con reproche. ¡Acreedores y eran millonarios! Según mi amiga yo tenía la propensión a juzgar todas las situaciones, aun las más trágicas, desde el punto de vista económico. Me sentí incómoda y me resigné a hablar de la locura. Hacia las ocho de la noche aparecieron en el salón de mi amiga Vera y Sara. Ambas venían agitadas y se cubrían con abrigos viejos.

—¿Dónde está Charpentier? —preguntaron feroces.

—¿Charpentier?... No lo sé. ¿Lo sabe usted, Gabrielle? —me preguntó Mariana.

Su pregunta era absurda. ¿Cómo iba a saber yo en dónde se encontraba el muchacho? Negué con firmeza y observé asombrada a las dos mujeres que ocuparon sillones frente a nosotras. Con una energía que rayaba en la cólera nos exigieron que buscáramos al muchacho, ya que era él quien había firmado los documentos.

—¿Cuáles documentos? —preguntó Mariana.

Vera y Sara se impacientaron: no estaban dispuestas a perder un tiempo precioso.

—Él es el gerente. Su firma está en todos los documentos y es él quien debe ir a la cárcel —afirmó Sara con ferocidad.

—¿A la cárcel? —preguntó Mariana con aire estúpido.

—Sí, querida. No pretenderás que vaya mi marido.

—¿No está escondido en su casa? —me preguntaron las dos mujeres al mismo tiempo.

La sorpresa me dejó muda, me sentí desfallecer en el sillón. Vera y Sara se habían convertido en acusadoras sibilinas y exigieron de Mariana localizar a Charpentier y convencerlo de entregarse a la policía. Los padres de Rudia llegaban esa misma noche de Zúrich y si el muchacho no se había presentado voluntariamente, irían ellos personalmente a buscarlo. Todos los documentos estaban en manos de las autoridades y el pobre Rudia había perdido la razón por el disgusto provocado por la conducta del amigo de Mariana. Se trataba simplemente de un

chantajista peligroso y los mejores abogados de París iban a ocuparse del asunto. Mi amiga y yo nos miramos aturdidas.

Prometimos localizar al muchacho y acompañamos a Sara y a Vera hasta la calle en donde las esperaba un taxi. En el fondo del vehículo estaba Rudia enfundado en un grueso abrigo de obrero.

—Querida, te veré pronto, a mi regreso —anunció Sara en voz repentinamente dulce.

Mariana y yo quedamos en la acera, mirándolas partir en el taxi que se perdió en la calle adoquinada.

—No entiendo, Gabrielle. Nunca entiendo lo que sucede...

Yo creí entender que los Stein habían embarcado a Charpentier en una empresa fraudulenta, pero ¿cómo decírselo a Mariana? Le pregunté si podía localizar al muchacho.

—¡Claro que sí! Pero no voy a decírselo a esas dos. Aquí hay un error que no comprendo...

Un rato después, el mismo Charpentier nos llamó por teléfono. Salimos a buscarlo, encontramos un taxi que nos depositó en la Rive Gauche. Caminamos hacia un Quai y llegamos a una librería cerrada. Mariana tiró de la campanilla y un hombre grueso, de gafas espesas, nos abrió y nos hizo pasar a la librería apagada. El hombre era Jean Marie, el librero amigo de Mariana y a quien conocí esa noche. Al fondo del establecimiento, escondida entre los anaqueles había una pequeña puerta que daba a una escalera de caracol que conducía al segundo piso. Subimos en silencio y entramos a un comedor modesto. Derrumbado sobre una silla estaba Charpentier.

—¡Pobre chico, lo engatusaron esos bandidos! —afirmó Jean Marie.

Tenía un fuerte acento del Mediodía y sus gestos eran amplios y elocuentes. Charpentier se lanzó sobre nosotras, estaba muy agitado, con voz ronca repitió una y otra vez que hacía sólo tres semanas que trabajaba en la empresa Stein, que no había cobrado ni siquiera su sueldo y ya debía millones de francos que no había visto nunca. Mariana y yo le serviríamos de testigos.

—Los únicos testigos que tienes son los documentos que firmaste —le dijo Jean Marie.

—Hay un error en todo esto —insistió Mariana.

—El error, querida Mariana, son sus amigos. ¿No comprende que son gánsters? —contestó el librero impacientándose con la terquedad de los jóvenes.

Jean Marie buscó mi apoyo para convencer al par de imbéciles de la gravedad del caso y de la urgencia de actuar con rapidez. Cogí el vaso de vino de Charpentier y lo bebí de un trago, mientras pensaba en la frivolidad de Mariana. “Debo actuar con cautela, estoy segura de que le confesaré a Augusto lo que tramamos”, me repetí preocupada. No olvidaba que los padres de Rudia llegaban esa misma noche provistos de abogados. Le pregunté a la muchacha si Augusto conocía a Jean Marie.

—¿Usted cree que quiero quedarme sola? ¡No estoy loca! —contestó con energía.

—¡De prisa! Apenas hay tiempo de llegar a la estación —ordenó el librero.

Charpentier nos miró aterrorizado, mientras Jean Marie le echaba un abrigo viejo sobre las espaldas. Salimos a la calle con muchas precauciones, como si fuéramos bandidos. La noche tranquila nos contempló cuando nos despedimos de los hombres. Mariana se echó a llorar.

—Charpentier, nunca imaginé esto...

—¡Yo tampoco!... ¿Verdad que eran muy generosos? Volveré pronto y ustedes sigan yendo al Maxim’s —nos dijo con voz entrecortada.

Los vimos alejarse por el muelle. Iban de prisa, Jean Marie se volvió hacia nosotras varias veces, moviendo la cabeza con resignación. El Sena se deslizaba tranquilo.

El librero pagó el viaje del muchacho a la América del Sur, durante un tiempo recibimos noticias del fugitivo. Después, nadie volvió a escuchar ni a saber nada de él y Jean Marie le perdió la pista. “Debe de haberse encontrado con alguna criolla. Lo imagino meciéndose en una hamaca”, decía el librero echándose a reír. ¡Se equivocaba! Unos años después se me acercó en París un mendigo borracho:

—¿Me recuerda? Firmé unos documentos... —y se echó a reír mostrando algunos dientes rotos.

En la cara rubia e hinchada del hombre envejecido prematuramente quedaba todavía una nariz delicada y alguna chispa maliciosa en la mirada clara. Asustada por su espantosa presencia lo invité a tomar algo caliente, pero se negó a entrar en un café. No llevaba calcetines y por sus zapatos agujerados asomaban los dedos de los pies. Su gabán era un viejo capote militar de algún ejército extranjero y el temblor de sus manos apenas le permitía sostener el cigarrillo que le ofrecí. Me preguntó por Mariana.

—Ha desaparecido —le confesé avergonzada.

—¡No me extraña! Era una chica ¡formidable!

Le agradecí el juicio benévolo sobre mi amiga, ya que nadie tenía ahora una palabra buena para ella, y le quise regalar un poco de dinero.

—¡No! ¡No! ¡No! Recuerde que fui millonario tres semanas... iba en Rolls Royce. Ahora nadie me lo cree. Es difícil huir... muy difícil... ¿eh?

Charpentier desapareció en la niebla como un verdadero fantasma venido de un lugar remoto para hacerme reproches. Nadie lo vio y nadie ha vuelto a verlo jamás. Existen personas que como las mariposas sólo viven unas cuantas horas, revolotean por los jardines o en los salones para dejar una pálida huella en la memoria. Se me ocurre ahora que nunca he visto a una mariposa muerta, en cambio las he visto harapientas y feas y me pregunto si las brillantes mariposas diurnas no se transforman a su muerte en mariposas nocturnas, parejas a la imagen horrible de Charpentier en aquella noche brumosa.

Por la mañana encontré a Augusto en su impecable despacho rodeado de prestigio, teléfonos y fotografías. No supe cómo empezar una conversación con él y casi sin pensar le dije:

—Augusto, ¿recuerda usted a Charpentier?

Guardó silencio, me observó con frialdad, parecía no recordar a aquel espectro del pasado. Repetí el nombre y esperé la respuesta.

—Sí, aquel amigo de Mariana que estafó a Sara. Lo recuerdo perfectamente bien. Mariana siempre se rodeó de pícaros. Usted y ella utilizaban el automóvil de Sara para ir al Maxim's... ¡Patético! —exclamó echándose a reír en mis narices.

El Rolls Royce de Sara que fue para mí la calabaza convertida en

carroza maravillosa y que me condujo al corazón intocado del gran mundo transformándome en una nueva Cenicienta, se hizo en ese instante un objeto de escarnio. A pesar de mis años me sentí estúpida. Sus palabras me convencieron de que jugar con lo maravilloso no sólo implica peligro, sino ridículo. La realidad cotidiana medía las acciones y los hechos con la estrecha vara del llamado sentido común y el sentido común rebajaba la fantasía hasta el punto de convertirla en delito. Mariana me enseñó a despreciar a la gente que vivía de acuerdo con esa medida, quizás estaba equivocada, la habían condenado y su solo nombre provocaba reacciones despectivas. El engaño consistía en “poetizar” el sentido común, eso sí estaba permitido. “¡Burgueses!”, exclamaba Mariana ante esta impostura. Era verdad: la burguesía aceptaba como síntoma de libertad la rebelión condicionada a sus necesidades de lucro. Abandoné el despacho de mi jefe y traté de no pensar en nada. Sin embargo el fantasma de Charpentier me persiguió durante mucho tiempo. Tuve la seguridad de que la ruta dejada por el joven podría conducirme a Mariana. El grupo en el que había naufragado tenía ramificaciones, ¿cuál camino tomar o qué personaje escoger para llegar hasta ella? La vida posee tantos vericuetos como la memoria, y si lograba descubrir en mis recuerdos algo esencial podría quizá salvar a mi amiga. Pero su vida estuvo siempre abigarrada de personajes, de hechos entrevistados y de palabras apenas pronunciadas...

Creo que la fría primavera que decidió el destino de Charpentier, decidió también el de Mariana y el mío. La noche en que despedimos al muchacho en aquel Quai melancólico, no imaginé que Vicente se acercaba a París. Tampoco imaginé la presencia de una mujer inesperada y constelada de diamantes: Eugenia.

La vida de mi amiga no era su propia vida, estaba determinada por personajes que se acercaban a ella, dejaban su huella y desaparecían. Mis recuerdos de Mariana son dispersos y están siempre en relación con grupos o personas inesperadas, que la colocaban en situaciones imprevistas, quizá porque ella carecía de apoyos sólidos y se movía entre aquellas gentes con el sonambulismo de las personas sin raíces, sin dinero y sin familia.

Desde la primera vez que me encontré con Eugenia supe que la mujer anunciaba un peligro. Se desprendía de ella una fuerza poderosa e histérica, dirigida contra la inestable Mariana que no ocultaba su tedio frente a la grandilocuencia de la visitante.

—Te advierto que el Gobierno no te quiere. Estás haciendo de tu hija una extranjerizante e impides que el genio de tu marido fructifique para la revolución.

—¿Cuál revolución? ¡Hay tantas ahora! —contestó Mariana con tono despectivo.

Me pareció absurdo que fuera tan obtusa y que desafiara a Eugenia, encargada del avance industrial y cultural de su país. ¡Era incorregible! No se dio cuenta nunca de que era una náufraga, que formaba parte de los desechos arrojados a las playas solitarias por las mareas de las grandes transformaciones sociales de nuestra época. ¡Pobre Mariana, tuvo que pagar el precio de su completa insubordinación!

Eugenia cambió la vida de Mariana. Mi amiga se volvió invisible hasta para Natalia y Teo. Salía de su casa a las diez de la mañana y volvía a las cuatro de la mañana. No dormía. Su deber era acompañar a Eugenia, que no resistía la soledad. Augusto por su parte, la acompañaba de las cuatro de la mañana a las diez, hora en la que lo relevaba su mujer. Él dormía de las diez de la mañana a las ocho de la noche y su hija y la cocinera se hallaban disgustadas ante este orden de cosas.

La nueva vida de Mariana me alarmó. Una mañana me acosté temprano en el vestíbulo del Hotel Ritz en donde se alojaba Eugenia. Vi salir a Augusto, iba desvelado y ya no volvería hasta las diez de la noche. La limousine que se lo llevó trajo a mi amiga. Le salí al paso y la noté muy desmejorada. Se alegró al verme y ambas subimos a la suite de Eugenia.

La mujer nos recibió envuelta en una bata de seda adornada de plumas de avestruz. Llevaba una copa de champagne en la mano.

—¿Un trago? —dijo mostrando la mesita rodante cubierta de botellas de licores.

En la suite reinaba un desorden desagradable: los ceniceros estaban derramados de colillas y la puerta abierta a la habitación de dormir mostraba la cama deshecha y botellas por el suelo. Eugenia se tendió en

un sofá y lanzó sus anillos de diamantes al aire.

—Mariana, ese anillo cayó junto a la chimenea; dámelo que soy una niña ángel.

La miré con enfado y se dirigió a mí con una multitud desordenada de palabras, para pedirme que le ayudara a escribir sus memorias. Usaba adjetivos grandilocuentes en loor a sí misma. La dejé hablar mientras calculaba que quizá ganaría buen dinero ayudando a aquella megalómana. Vi que Mariana se quedó dormida en un sillón y Eugenia movió la cabeza disgustada. Procuré escuchar sus hazañas con suma atención para compensar el sueño de mi amiga. La llegada de Eveline con sus zapatos gruesos y un enorme ramo de rosas animó a Eugenia.

—¡Menos mal que llegaste! ¡Mira a ésa! —y señaló con su boquilla de oro a Mariana dormida en el sillón.

Quise levantar a mi amiga, pero las mujeres se opusieron con violencia. Debía permanecer allí, debía disciplinarse...

Me marché y no vi a Mariana en muchos días. Supe que Ramón viajó a Alemania y a Bélgica por cuenta de Eugenia, quien planeaba grandes inversiones en beneficio de su país. También Remy y su amiga se habían unido a la corte de aquella extravagante. Recordé la escena en la casa de Mariana, cuando ésta tuvo que ponerse de rodillas delante de aquel insolente y traté de imaginar su cólera inútil. Yo me encontraba apartada de aquel círculo de poder: no le había sido grata a Eugenia y Eveline no deseaba competencia cerca de aquella mujer todopoderosa.

Un día apareció Mariana en mi vivienda para anunciarme con voz cansada que Vicente estaba de vuelta en París. Su presencia la dejaba indiferente. La ausencia de Romualdo me privaba de noticias y de invitaciones y la nueva dada por mi amiga me produjo esperanzas: quizá podría yo ir a visitar a Sabina, quizá Mariana necesitaba que la acompañara en alguna escapada.

—¿Qué dice Vicente?

—Apenas lo he visto...

Recordé la promesa hecha a Augusto. ¿Pensaba cumplirla? “Te trató como a una sirvienta”, le había repetido muchas veces. La verdad es que yo no podía condenar a Augusto por su juicio sobre Vicente. Tal vez

llevaba razón en este punto, tal vez le preocupaba su mujer, a pesar de los métodos brutales que empleaba para corregirla. Era todavía un hombre muy contradictorio respecto a Mariana: “Mire, Gabrielle, Mariana es como un reloj finísimo de precisión, el menor golpe puede alterar su funcionamiento, por eso me preocupa. ¿Comprende?”, me había dicho muchas veces, cuando la ira lo abandonaba y se convertía en un brillante joven lleno de ternura y de preocupación por la rebelde Mariana. Ella, en cambio, era invariable, se diría que vivía en otra dimensión, escuchaba las reprimendas con humildad y hacía después su voluntad. ¡Era exasperante! Esa mañana habló con absoluta indiferencia de su amigo, de su marido y de Eugenia.

—Debería ver a Vicente. Creo que Augusto y Eugenia la han esclavizado mucho.

Levantó los hombros y fumó varios cigarrillos.

—¿Esclavizado? —preguntó con ironía.

Su debilidad empezaba a cansarme. Cambiaba de ideas como otras mujeres cambian de trajes. Ya no le interesaba Vicente.

—El adulterio es asqueroso. Usted no lo sabe porque no está casada. Después de todo es Augusto el que me alimenta, me da casa y llevo su nombre... ¿No se da cuenta? Lo he pensado mucho...

Habló con despego, no le interesaba nada ni nadie. Yo estaba en la miseria y no hacía un gesto para salvarme de aquella situación desesperada. Mi alacena estaba vacía, había vendido todo y busqué lo último que me quedaba: dos saleros de plata.

—Véndaselos a sus amigos ricos.

La muchacha los guardó con aire distraído, hizo algunos comentarios sobre Eugenia y sus gastos excesivos y dijo:

—¡Pobre Augusto que tiene que soportarla!... estoy aburrida, aburrida de vivir...

Antes de despedirse me invitó a comer con ella y con Eugenia en la suite del Hotel Ritz.

—¡A las nueve en punto! A ver si puede lograr eso de sus memorias.

Decidí asistir. Si no lograba convencer a aquella mujer sobre la necesidad de escribir su autobiografía, cuando menos disfrutaría de una

cena exquisita. ¿Cuánto podía pagarme aquella mujer tan rica?

No pude contar los ramos de rosas magnificas que había en la suite de Eugenia. Aspiré su perfume con delicia y ocupé un sillón cerca de la chimenea. Augusto, Mariana y Eveline me saludaron sin entusiasmo como se hace en los funerales elegantes. Nos atendían lacayos y camareros de lujo. La mesa servida suntuosamente, me deslumbró. Los hors d'oeuvre casi intangibles e insaboros acompañados de vino del Rhin me hicieron olvidar mis zapatos viejos y mi traje estrecho.

Eugenia, ataviada en color verde, con las manos y la garganta consteladas de diamantes, llevaba la conversación. Yo, ocupada en los sabores delicados de la cena, olvidaba escuchar. De pronto recordé sus memorias.

—Serían importantísimas, Eugenia —le dije entusiasmada.

Mis palabras la animaron y su relato tomó caracteres inesperados.

—Habrá que explicar que los indios son unos perros. ¡Perros rabiosos! ¿Sabe usted que sus huesos craneanos miden siete centímetros de espesor? Imagine qué lugar les queda para el cerebro, inada! —y se echó a reír.

Eveline la acompañó en la risa, mientras Augusto y Mariana guardaron silencio. La anfitriona continuó hablando disparatadamente:

—... me coloqué en la terraza de mi casa para ver cómo los ingenieros, ayudados por la tropa, sacaban con lanzallamas y bazookas a esos perros que se oponían al progreso...

Eugenia volvió a reír coreada por Eveline. Después continuó su relato.

—Salieron como ratas de sus agujeros. Pero esa misma noche, un grupito de ellos se metió al cuarto de hotel del ingeniero que ordenó la operación y lo mató a cuchilladas. ¿No lo leyeron en el periódico? ¡Fue un crimen asqueroso! Son unos sanguinarios, no entienden que el país debe ir hacia adelante y esos mugrosos no van a entorpecer el destino de la Patria. Le ordené al jefe de la policía que agarrara a veinte de los desalojados. ¿Pueden creer que durante diecisiete días esos indios cabrones aguantaron la tortura y no confesaron quiénes eran los asesinos del ingeniero? Yo, personalmente, iba a la cárcel a ver cómo estaban, hechos unas hilachas de carne, pero no hablaban. ¡Son tercos como

mulas! Entonces se me ocurrió darles pentotal para que vieran que de mí no se burlan veinte pendejos. Sólo hablaron tres. ¡Así son de cerrados! ¡Ah! pero los que “cantaron” dijeron los nombres de los asesinos y el del pueblo adonde habían huido. Sin perder tiempo mandé a un grupo de la secreta a agarrarlos. ¡No saben qué triunfo cuando me trajeron a esos cuatro desalmados! Entonces sí que temblaban los cabrones. Le ordené al jefe de la policía que los torturara hasta que se murieran. Aguantaron muchos días, yo iba a verlos y a recordarles a su madre y al ingeniero. Al cabo de dos semanas seguían vivos, son animales y aguantan clavos, tijeretazos, todo. Entonces le dije al jefe de la policía que de una vez los quemara vivos, si no hasta el día de hoy seguirían allí, hechos una piltrafa...

—¡Malvada!, ¡malvada! ¡Te maldigo! —gritó Mariana dejando caer el tenedor sobre el plato. Empujó la silla y corrió hacia la puerta.

—¡Siéntate, histérica! —le ordenó Augusto.

Eveline se puso de pie y alcanzó a Mariana. Parecía dispuesta a someterla por la fuerza. Eugenia la miró con desdén y en sus ojos abultados leí amenazas que no quise descifrar. Empavorecida por la violencia de la escena, callé. Los camareros, con las fuentes de plata en alto, contemplaron inmóviles la brutalidad de la disputa. Eveline detuvo a Mariana, Augusto arrojó su servilleta con ira y avanzó hacia su mujer.

—¡Siéntate, histérica! —y la sentó de un golpe.

Perdí el apetito. No entendí a Augusto: se decía un intelectual revolucionario y soportaba la anécdota sangrienta relatada por Eugenia. Me arrepentí de haber acudido a aquella cena, en mi fuero interno le daba la razón a Mariana pero no dije nada. Vi que los camareros nos miraban con un desdén magnífico y sentí vergüenza.

La cena transcurrió sin alegría. A la hora de los postres Eugenia insistió:

—Los indios son sanguinarios y asesinos. Por su culpa el país no progresa. Te aseguro, Marianita, que los vamos a domesticar, aunque grites y escandalices. ¿Quién eres tú, chiquita? ¡Nadie! ¡Nadie!

—Eso digo yo, ¿quién eres tú para insultar a Eugenia? ¡Pobre loca! —dijo Eveline.

—Pero, si Mariana es racista. Ha hecho este escándalo para hundir mi carrera —explicó Augusto.

Mariana se limitó a dejar la comida intacta y a guardar silencio, estaba pálida y de sus ojos brotaban llamas de ira. Eugenia aplastó su cigarrillo con violencia. Yo olvidé mi esperanza de ayudarla a escribir sus memorias.

—Gabrielle, venga mañana, le explicaré el proceso de desarrollo que estamos haciendo. No escuche a esta histérica —y la mujer dio un puntapié a la mesa rodante colocada cerca de la mesa donde comíamos.

Me fui de allí lo más temprano que pude. Eugenia me aterró y me dirigí a la casa de mi hermana. Yo era un testigo involuntario de sus crímenes. ¿Por qué escuché?, me pregunté en el camino, y temí por la inconsciente de Mariana.

Decidí no compadecerla. Me involucraba en sus asuntos, me ponía siempre en peligro. ¿Qué le hubiera costado callar? Yo, por mi parte, callaría. Ayudaría a mi hermana a confeccionar sus horóscopos y viviría con esos francos miserables. Me dolía su presencia astrosa. Susana era impresentable y permanecía en la oscuridad, mientras yo frecuentaba a los ricos. Me avergonzaba su aire de perro apaleado. Tanto ella como yo pertenecíamos a la base del Partido Comunista y esa noche comprendí que el sacrificio es estúpido en cualquier bando político. Arriba, las cosas funcionaban de una manera muy distinta a la imaginada por nosotras las idealistas. Me sentí segura en su compañía y le conté que había cenado en el Ritz. Omití las confesiones de Eugenia y la disputa.

—¡Qué suerte tienes! Mariana es una gran amiga —me dijo Susana.

Sí, tenía una suerte enorme, pensé con amargura... Esa noche no entendí el poder de Eugenia que hacía correr el oro con la sangre. Más tarde comprobé que ella marcó el principio del éxito definitivo de Augusto, pues su carrera de arqueólogo brillante subió vertiginosamente. Así supe que el poder y la gloria van siempre juntos. En esos días la novela de Graham Greene *El poder y la gloria* se comentaba en todas las tertulias y asocié el título a la carrera del marido de mi amiga. ¡El Poder y la Gloria!, me repetí al recordar a mis padres reclusos en un asilo municipal de ancianos. Con amargura me pregunté de qué les había

servido su idealismo y su lucha desinteresada. No lejos de la casa de Susana estaba el grupo poderoso al que yo había abandonado en un momento de ceguera. Mariana estaba perdida, no entendía el mecanismo del éxito. Augusto me había dado la primera lección para alcanzar el triunfo: saber pactar. En el pacto con el poder residía el secreto. Durante muchas semanas renegué de Mariana y de sus instintos impulsivos que no conducían absolutamente a nada, excepto al fracaso. ¡Y yo me había dejado contagiar por aquella nihilista! Debía encontrar el camino de regreso, pero temía la cólera de Eugenia.

Para recuperar mi sitio entre ellos, fui a ver a Sara que recibía a sus amigos en sus nuevos salones de la Avenue Matignon. Trataría de reincorporarme al grupo partiendo de un nuevo principio. Sara me recibió con afabilidad, me asombré otra vez del fasto de su nuevo palacete. No me preguntó por Charpentier. Me obsequió bombones y me habló de filosofía hindú. Sus ojos enormes parecían querer ofrecerme algo, pero recordé con miedo que no me ayudaría sin antes mezclarme en algún asunto dudoso.

—Eugenia me parece muy enérgica y Mariana muy débil... —dijo.

—Infantil... —contesté mecánicamente.

—Ésa es una hermosa cualidad. ¿No lo cree usted, querida Gabrielle? —me preguntó con voz suave y mirándome hasta el fondo de los ojos.

—Sí, sí...

Yo no había ido a visitarla para hablar de Mariana. Estaba saturada de aquella muchacha incoherente, que había absorbido tantas horas de mi tiempo en banalidades. Decidí llamarla al día siguiente muy temprano, antes de que saliera para el Ritz.

Teo contestó el teléfono y le ordené que despertara a la señora. Mariana acudió al aparato.

—¿Por qué justamente hoy? —me preguntó con la voz llena de sueño.

No acepté ninguna excusa y a las cuatro de la tarde me presenté en su casa. Necesitaba dinero. Mi amiga no lo tenía, se apoyó a la chimenea, pensó y dijo:

—¡Espere! Voy al banco.

Salió corriendo a la cocina, para volver enseguida con algunos billetes

de mil francos. Era dinero de Teo y me asustó la facilidad para obtenerlo. Nos echamos a reír, de pronto se puso seria y me confesó su amor absoluto por Vicente. Su silueta delgada se convirtió ante mis ojos en la imagen misma de la belleza. Se transformaba en un ser irreal, no mentía, por primera vez creí en el amor. “¿Así la verá él?”, me pregunté asombrada. Luego me dije: “La escena del Ritz la empujó a Vicente”. La miré con atención.

—¿Se acostó con él?

Desvió sus ojos brillantes y guardó silencio. Un olor repentino a agua de colonia nos dejó mudas. En el salón apareció Vicente. Había olvidado el encanto peculiar del personaje. Al verle nuevamente comprendí la adoración ciega que le tenía Mariana. Vicente, al verme, cruzó los brazos con ira.

—Me voy, Mariana. No sabía que era inoportuno.

Sus palabras me indignaron, en cambio, en Mariana, produjeron pánico. Se puso de pie dividida entre el amor, la amistad y la cortesía. Cogió su impermeable.

—Vamos —dijo.

Me aplastó el despotismo de Vicente, lo supe duro e implacable, sólo podía adoptar su misma actitud. En la calle nos encontramos con la tarde desapacible, la lluvia barría las aceras, Mariana me invitó a entrar en el asiento posterior del automóvil de Vicente, mientras ocupó el lugar junto al volante. El muchacho con un aire de desgano ofensivo me pidió que le indicara la ruta. Con malicia lo llevé a la Puerta de Vincennes, después indiqué caminos alejados que llevaban al asilo donde se alojaban mis padres. Pronto se dio cuenta de que íbamos a un lugar diferente al que él había calculado y sus espaldas anchas inclinadas sobre el volante se cargaron de cólera. Mariana contemplaba la lluvia, se diría que había olvidado a Eugenia y a la pesadilla de acompañarla todos los días. Corrimos durante una hora. “Tú piensas que puedes hacer lo que te da la gana”, le decía mentalmente al muchacho que, colérico, conducía el automóvil sin pronunciar una sola palabra.

Cuando llegamos al asilo perdido en el campo y aislado por la lluvia Vicente me regaló un “adiós” decidido. “¡Qué fácil es ser rico!”, me dije

con rencor, chapoteando en el fango. Iba convencida de que Mariana lo obligaría a esperarme. En el asilo organicé un pequeño festín con mis padres y los demás ancianos. La tarde lluviosa se convirtió en un momento de esplendor imprevisto. Salí ya de noche. Afuera me esperaba el automóvil escondido entre las brumas. Eran las nueve de la noche cuando Mariana y Vicente me depositaron en la puerta de mi casa.

Una vez a solas reconocí en Vicente a un enemigo. Antes de dormir recordé su maldad: el hecho de haberlo contrariado despertó en él una cólera sorda, callada, que me disgustó. “Tiene razón Augusto, la trata como a una criada.” Ambos, Vicente y Mariana tenían rasgos parecidos: se dejaban arrebatarse por el primer llegado lo que más deseaban, eso los convertía en seres anárquicos y peligrosos. Era evidente que esa tarde la habían reservado para ellos solos, sin embargo habían aceptado regalármela. Tenían algún resorte roto, era mejor no confiar en ellos. “A veces la belleza es la máscara del mal”, me dije antes de dormir, cuando sus caras se me aparecieron juntas.

Esa tarde robada a los amores de Vicente y de Mariana, así como el dinero de Teo, no corrigió mi situación angustiada. Continuaba en la miseria, el repentino regreso de Romualdo no alivió mi penuria. Al viejo Romualdo sólo le interesaban las relaciones de Mariana con el marido de Sabina.

—Vicente abandonó a Tana y Sabina sufre mucho —me confió.

Mi amiga cometía un grave error enamorándose de aquel personaje que no ofrecía ninguna solución para su vida infortunada. Frente a Sabina no lograba descubrir su asombroso encanto: “¡Ah! el dinero, el dinero no tiene olor!”, me dije, mientras comía una alcachofa dulcísima en el Ramponeau. Creí ver su efigie en los billetes verdes de los dólares. ¿Acaso Sabina no se parecía a Washington? Mariana se hallaba dentro de un túnel oscuro, si corría en una dirección para hallar una salida se la tapaba la pareja Vicente-Sabina y si corría en la dirección opuesta encontraba a la pareja Augusto-Eugenia. ¡Estaba perdida!

Mi amiga se quedó sola cuando las dos parejas salieron de gira por Europa. Augusto y Eugenia a los Países Bajos y Vicente y Sabina a Italia y Grecia. No me buscó. Tampoco yo fui en su busca, la imaginé muy

deprimida y mi miseria sólo me permitía tener compasión de mí misma. Por vez primera rehusé las invitaciones de Romualdo, estaba cansada de servir de interlocutora a aquel grupito de revolucionarios millonarios. ¿Qué ganaba con sus disertaciones brillantes y sus comidas suculentas? Nada. Debía regresar siempre a la humedad de las paredes de mi cuarto, al hornillo de gas y al lavabo colocado al fondo del pasillo. Mariana había olvidado invitarme al Maxim's. Tal vez ella misma ya no frecuentaba a aquel grupo de amigos encantadores, que cuando menos tenían el valor de no presentarse como libertadores y aceptaban con alegría su condición de privilegiados, aunque gozaran de menos privilegio que los otros. Me alarmó comprobar que iba llenándome de rencor. También Stephan me encontraba cambiada.

Recuerdo, como si sucediera ahora, la noche en que llegó Mariana a mi casa: Augusto la había echado a la calle. Al verla tan descompuesta le pregunté irritada.

—¿Por qué no se divorcia?

—Me quitaría a Natalia para siempre. ¿Cree que me gusta el infierno en el que vivo? Desde que nació la niña, vivo aterrada... usted no sabe nada, nada, nada...

Por la mañana consulté con Stephan. Tal vez él era capaz de arrancar el secreto de Mariana. Stephan movió la cabeza.

—Su secreto es que Augusto la odia y utiliza a la niña como arma. Él cree que su mujer sabe algún secreto suyo y la pobre lo ignora. La vida de Augusto son varias vidas superpuestas.

Stephan me explicó que el matrimonio no se limitaba a moverse dentro del círculo que yo conocía, sino que frecuentaba esferas mucho más altas, en las que la disparatada Mariana era apreciada. Su marido aprovechaba su encanto para subir en la escala interminable que conducía a la cúspide del éxito. Ella aceptaba su papel y cuando juntos cometían algún error, ella cargaba siempre con la culpa, calculando que en la mujer los errores son más disculpables.

—Son dos arribistas —dije con repugnancia.

—Sí, exactamente, pero el que llega es él —contestó Stephan con malicia.

Guardé silencio.

—Se divorciará de ella cuando ya no le sea útil. Mariana no sabe con quién se casó. Pregúntele, ¿cómo es Augusto?

Prometí hacerlo. Estaba intrigada, no comprendía a mi amiga, a la que había dejado dormida en mi cuarto. A la hora en que le serví un plato de sopa caliente le hice la pregunta que me dictó Stephan. Mariana adquirió una expresión de sorpresa.

—No lo sé. Podría preguntarle a usted: ¿cómo es la mosca que se le metió en un ojo? ¿La vería? —su razonamiento era impecable y continué en tinieblas. Sin embargo insistí en que debería divorciarse.

—Toda la maquinaria gubernamental caería sobre mí y toda la cólera de su madre sobre Natalia. ¿Ha visto a Eugenia? Sólo es una pieza... Gabrielle, usted no sabe nada, nada, nada...

Stephan había dicho: “Mariana ignora que conoce un secreto de su marido”. Tarde, muy tarde, yo también descubrí lo que ocultaba Augusto. Ahora sé que eso les ocurre a las jóvenes encantadoras y desheredadas, pero debo callar, ahora más que nunca. Hay personas parecidas a la luna, con una cara siempre oculta.

Unos días más tarde, Mariana se hallaba de vuelta en su casa. Fue entonces cuando ocurrió aquel domingo que todavía me da vergüenza recordar y luego el lunes, aquel lunes lejano en el que me llamó Teo con urgencia. Acudí a ver a mi amiga, hablé con ella y me volví a mi vivienda invadida por una náusea desconocida. En la puerta de mi casa, esperaba Vicente. Con aire inseguro me invitó a un café. Acodado a la mesa, admiré su elegancia, su salud y me encendí de ira.

—Deje a Mariana. Usted no es ninguna solución para su vida. ¿Vino por lo que sucedió ayer domingo?

La actitud interrogante y humilde del muchacho me indicaron que ignoraba lo ocurrido. Mi cólera aumentó. Observé su traje azul impecable, su reloj pulsera de oro, su camisa blanca hecha a la medida, su corbata italiana y sus manos fuertes salpicadas de pecas pequeñas.

—¿Le parece poco? —le pregunté con acritud.

—Gabrielle, yo no sé nada. El sábado cené en su casa, fue muy triste. Ayer domingo la esperé en el jardín de Luxemburgo... no vino. Se fue con

esa mujer y con su marido. No sé nada.

—¿Nada? —dije iracunda.

Imaginé que mentía y quise recordarle lo que había sucedido la víspera, un hermoso domingo parisino. Augusto decidió un paseo por Chantilly acompañado de Eugenia, Mariana y Natalia. Insistí en el tedio insolente de Eugenia y en el regreso precipitado a París. La llegada al Ritz y la orden perentoria de Augusto para que su mujer llevara a la niña a la casa y volviera inmediatamente al hotel. Mariana volvió obediente y encontró la puerta de la suite de Eugenia cerrada a sus llamadas. Dejó un recado que metió por debajo de la puerta: “Espero en el bar”. Apenas ocupó un lugar, el barman le transmitió la orden de subir nuevamente. Esta vez encontró la puerta de la suite entreabierta. Entró de puntillas, llamando en voz baja a Eugenia y a su marido y de pronto descubrió a los dos desnudos haciendo el amor. Quiso salir corriendo, una lluvia de insultos lanzada por la pareja la dejó sobrecogida. Le dieron la orden: “¡Espera frente a la ventana!” Mariana de frente a la ventana contempló la Columna de la Place Vendôme hasta que cayó la noche. Le produjo horror lo que había escuchado en esas horas. Luego llegaron Eveline y algunos amigos, pero ella continuaba frente a la ventana, hasta el momento en que todos se fueron al Monseigneur. ¿Le parecía poco a Vicente? Mariana estaba aterrada.

—Mirando la Columna de la Place Vendôme —repitió Vicente mirando al vacío.

—Usted es el culpable. No debe verla nunca más. ¿Comprende? —le dije.

—Mirando la Columna de la Place Vendôme —repitió Vicente muy pálido.

De pronto el muchacho cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con ojos de acero. Después habló muy despacio.

—Lo merece. ¿Por qué vive con Augusto? ¡No tiene dignidad! De adolescente me ocurrió algo parecido, sólo que el acto sucedía entre la mujer que amaba y otra mujer. ¡Yo era un imbécil! Sí, un imbécil porque estaba enamorado... ¿Me quiere decir que Mariana está enamorada de Augusto?...

La confesión de Vicente me dejó aturdida, por primera vez sentí afecto por él. Mariana no estaba enamorada de su marido, pero ¿cómo decírselo? Él no podría impedir que Augusto castigara a su mujer separándola de su hija si continuaba sus relaciones con él. Guardé silencio, evité mirar al muchacho, esperaba su decisión.

—No la veré nunca más... —dijo.

Mariana ignoraba que en aquel momento yo destrozaba su amor que empezaba a florecer. Me invadieron unos escrúpulos vagos, pero imaginé que era la mejor manera de salvarla de la cólera de su marido. Me dolió el abatimiento en el que vi caer a Vicente.

—Ella lo ama a usted... —dije sin mirarlo a la cara.

En mi afán por ayudar a Mariana quizá cometí un error, pero el imaginarla en aquella habitación en desorden, mirando la Columna de la Place Vendôme, me ofuscaba. Quería aliviar su humillación y hubiera deseado que olvidara lo escuchado en aquella tarde de domingo. El abatimiento de Vicente me produjo miedo. ¿Y si el muchacho le decía la orden de alejarse de ella que yo le había dictado? Me juré alejarme del grupo. No deseaba resultar la culpable si alguna tragedia se producía en aquel círculo de poseídos. Dejé de frecuentarlos. La presencia de Eugenia me paralizaba y compadecía a Mariana que debía soportarla, aunque tal vez mi amiga ya sólo era una sombra que vagaba entre nosotros.

Recurrí a mis viejos amigos europeos. Stephan acababa de lograr su primer puesto después de la guerra y prometió ayudarme. Todos se habían abierto paso, sólo yo permanecía en el aire esperando a que se cumplieran las promesas de los sudamericanos. ¡Me había cegado! Todavía me era posible encontrar trabajo. Debía olvidar el tintineo del oro de los amigos de Mariana. Traté de hacerme sorda a sus llamados. Hice lo mismo con Romualdo, mis tiempos con ellos habían terminado. Sólo frecuentaba a Stephan, que al ver mi decaimiento trataba de alegrarme invitándome al teatro y a buenos restaurantes. Así, llegamos una noche a la Brasserie Lipp's siempre concurrida por personalidades espectaculares, como las vedettes de moda. El restaurante se hallaba atestado de gente y tuvimos que esperar nuestro turno cerca de la entrada. De pronto, alguien bajó la escalera con precipitación. Nos rozó

un remolino de gasa de color albaricoque y escuché la voz de Mariana: “¡Me voy!... ¡Me voy!” Mi amiga pasó junto a nosotros, la vimos alcanzar la calle seguida por Augusto, que la detuvo en la terraza. La pareja produjo sensación. Mariana se quedó muy quieta, después sonrió, consciente del escándalo. Su marido la tomó por el brazo y entraron nuevamente al restaurante.

—¡Gabrielle!... ¡Stephan! —exclamó al descubrirnos.

Nos condujo a su mesa en la que esperaba Eugenia cuajada de diamantes. La mujer sonrió satisfecha, ordenó champagne, echó la cabeza hacia atrás y miró desafiante a mi amiga. Augusto dedicó sus mejores frases a Stephan, que parecía aturdido por la juventud de la pareja. Mariana guardó silencio, por primera vez la vi hincharse de ira como si la envolviera una espesa marea. Eugenia le apuntó con su larga boquilla de oro y exclamó.

—Gabrielle, esta loca se ha enamorado de un gigoló sudamericano. Explíquele que ella no tiene dinero para comprarlo. ¿Sabe que quiere engañar a su marido?

—Ya lo engañé y pienso seguir haciéndolo —afirmó Mariana.

La situación se volvió insoportable, era mejor retirarse. Cuando Stephan y yo nos encontramos en la calle me aconsejó: “¡Es una lástima! Los dos son muy jóvenes y guapos, le aconsejo que no se mezcle en este asunto, Gabrielle”. Le prometí alejarme del trío. A partir de esa noche me prohibí a mí misma recordar a Mariana. Fue entonces cuando se me ocurrió escribir una novela sobre su vida, recordé que la naturaleza imita al arte y decidí darle un final feliz, que cambiaría su destino. Me encerré a escribir, mi personaje era complejo, su vida era un inexplicable laberinto, pero yo la conduciría a través de aquellos vericuentos tenebrosos a una salida inesperadamente luminosa. Era lo menos que podía hacer por la pobre Mariana: un conjunto, una obra mágica, una pieza maestra. Escribí muchas cuartillas, modifiqué algunas de las situaciones que había vivido con ella para poder llegar al final feliz que me proponía. Y así, rebosante de felicidad reapareció Mariana en la puerta de mi vivienda.

—¡Gabrielle! ¿Albricias o regalos?

Nos echamos a reír. Ella me tendió las manos con los saleros de plata

que le di para vender y un bulto de billetes de mil francos.

—Los saqué a remate en una cena. Los guardaré para continuar rematándolos —dijo volviendo a reír.

Las dos giramos por la habitación en un raptó de alegría. Estaba envuelta en un viento vital, no supe si por el éxito del remate de los saleros o por Vicente o quizá por ambas cosas, pero ella evitó las confidencias. Se dejó caer en el borde de la cama.

—¡Gabrielle! ¿usted sabe que quise ser monja? ¡Qué vida tan feliz hubiera llevado! —me dijo a quemarropa.

La miré sorprendida: no mentía. Recordé a Jean Marie: “Mariana no tiene relaciones con Augusto”, me había dicho. En otra ocasión el propio Augusto me confesó con simpleza: “Mariana me rechaza. Desde que nació Natalia hacemos vidas separadas”. Muchas veces me pregunté qué era lo que conservaba a mi amiga casi intacta en medio de la promiscuidad de su grupo. “Tal vez es su vocación frustrada”, me dije. La miré con atención, me pareció que tenía una capacidad magnífica de olvido, al verla nunca se diría que su vida matrimonial era un fracaso y que en el Hotel Ritz la esperaba Eugenia. Su verdadera vida era secreta: la de una inadaptada. Comprendí que los conventos estaban hechos para gente como ella, incapaz de enfrentarse con la dura realidad cotidiana. No eran personas comunes las que poseían la vocación religiosa, eran personas dotadas de imaginación o de alguna habilidad para practicar un arte menor o simplemente un lugar que las defendiera de los peligros del mundo. Las jovencitas sentadas alrededor de las mesas de los cafés, todas con pretensiones artísticas y destinadas fatalmente a la promiscuidad o a finales trágicos y miserables hubieran pertenecido antes a órdenes conventuales en donde hubieran sido felices cocineras, laboriosas bordadoras o pacíficas copistas. Sí, Mariana había cometido un grave error permaneciendo en el mundo, sin querer, me había dado el final feliz de mi novela. La convertiría en una clarisa y a Natalia en una joven novicia. En mi imaginación, mi amiga lucía ya la cofia de la orden fundada por la santa amiga de san Francisco. Continué escribiendo mi novela...

Empezaba el verano y por mi pequeña ventana no sólo entraban olores

callejeros, algunas veces llegaban abejas extraviadas en su viaje. ¡Eran un lujo! Con ellas venían los prados, los jardines, las flores. Admiraba sus cuerpos gordezuelos y dorados. Escuchaba embelesada su zumbido, que me invitaba al campo. Con el dinero de los saleros rematados por Mariana arreglé pasar los meses de calor en la casa de unos panaderos, antiguos camaradas nuestros, en un pueblo de Normandía. Tenía nostalgia por la frescura de las manzanas y la bondad de la leche fresca, la ciudad me arrojaba de ella con violencia, estaba muy cansada, necesitaba agua y prados verdes. Susana preparó el viaje con entusiasmo y unos días antes de mi partida fui a despedirme de Mariana.

—La señora está en el salón —me dijo Teo.

Me molestó que no saliera ella misma a mi encuentro. Encontré a Mariana y a Augusto charlando con ceremonia cerca de la chimenea apagada. Ella llevaba el cabello recogido, vestía un traje negro de manga larga y cuello alto. Me miró con indiferencia, su frialdad me asustó. Augusto, en cambio parecía feliz, se puso de pie para darme la bienvenida y me besó la mano.

—Gabrielle, ¿no nos felicita? Vamos a tener un hijo...

La noticia me cayó como un rayo, me volví a Mariana que continuaba quieta. Apenas pude pronunciar la palabra: “¡Enhorabuena!” Augusto me mostró el certificado médico que aseguraba que mi amiga tenía un embarazo de dos meses. “¿De quién es el hijo, de Vicente o de Augusto?”, me pregunté. “Mariana me ha engañado en todo”, y le lancé una mirada de reproche. Ella no dijo una palabra. “Es una cínica”, me dije. No sabía qué decir y turbada pregunté por Eugenia.

—¡Se fue! Era un volcán, una fuerza de la naturaleza —contestó Augusto riendo.

Me pregunté cuál de los dos era más cínico y cuál de los dos mentía. Recordé la conversación escuchada aquel atardecer en el cuarto de planchar en donde me escondieron Teo y Natalia. “Legalmente el hijo será mío...” Mi desconcierto aumentó, me sentí entre dos extraños a los que no me unía nada. Busqué la manera más airosa de salir del paso y desaparecí...

El dinero de los salones nos proporcionó un verano inolvidable. El sol

del Norte nos regaló un nuevo tinte de piel hermosa, la lluvia y el viento nos procuraron noches apacibles, dormíamos sin el sobresalto inmediato del mañana, ya que apenas despertábamos nos servían grandes tazones de café con leche, tostadas, mermelada y una exquisita mantequilla. Susana y yo siempre fuimos golosas y la comida en la casa de nuestras camaradas era abundante y bien sazonada. A finales de septiembre volvimos a París con los pensamientos cambiados y llenas de proyectos optimistas.

Bajo mi puerta encontré un viejo recado de Mariana: “Gabrielle, le suplico que me llame”. Esta vez me sentía fuerte, el mar me había revitalizado, no caería en ninguna de sus tretas y la llamé desde el Bar de Jacques. Contestó Teo.

—Si la señorita quiere venir...

Me sorprendió el nuevo tono de su voz, fue esto lo que me hizo acudir a la cita. La cocinera me abrió la puerta del piso, detrás de ella se apiñaba el grupo de sirvientas que se reunía todas las tardes de los jueves en la cocina de Mariana a merendar. Las mujeres me miraron con reproche, ninguna de ellas me dio las buenas tardes. Yo seguí a Teo hasta el cuarto de Mariana.

—Mire la señora quién está aquí...

—Entré de puntillas a la habitación. Había colocado el diván de tapicería amarilla muy cerca del balcón y sobre el mueble reposaba una Mariana desconocida que me vio entrar con absoluta indiferencia. Llevaba los cabellos muy cepillados, tenía los ojos hundidos en cercos oscuros, los labios rajados y la piel untada a los huesos. Se diría que estaba muerta. No supe qué decir, ella por su parte tampoco dijo nada. Ocupé un sillón a su lado y contemplé aquel despojo, envuelto en una bata de lana, se diría que tiritaba de frío. Vi sus manos esqueléticas, me sorprendió que uno de sus brazos colgara inerte. “¿Qué ha sucedido?”, me pregunté asustada. Teo volvió con una bandeja provista de té y pastelillos. No me atreví a tocarlos. La tarde entraba placentera por el balcón abierto, la calle estaba silenciosa, pues los veraneantes de ese barrio elegante continuaban en las playas.

Teo me informó que Augusto y Natalia se marcharon de vacaciones el

día en que Mariana empezó con la fiebre, hacía ya dos meses. Augusto se negó a acudir a los llamados del médico.

—La señora recibió los Santos Óleos...

Escuché en silencio. En la casa no quedaba sino aquella sombra echada en el diván. Mariana al igual que París había cumplido dos mil años en aquel verano. Las ramas de los árboles tomaban manchas rojizas, anuncio del otoño. Sobre la mesilla de noche había medicinas, una fotografía de Natalia jugando en la playa y muchas cartas de sobre azul sin abrir.

—Diga a la señora que abra las cartas del señorito Vicente. Él se marchó a su país hace tiempo.

La figura del diván no se movió. Las ramas de los árboles daban reflejos verdosos a su cabello... El grupo de criadas entró para mudar a la señora del diván a la cama. Advertí entonces que Mariana tenía la pierna y el brazo izquierdo casi paralizados, pero no tuve valor para preguntar nada. Las sirvientas sacaron los rosarios, durante un rato escuché sus rezos monótonos. Abandoné la casa dispuesta a no volver jamás. ¿Qué había sucedido? Tal vez como castigo a sus embustes y a sus fantasías Augusto y Vicente la habían abandonado a su suerte. Había jugado con ambos y ahora se vengaban. La palabra venganza me resultó terrible. Recordé la cena en el Hotel Ritz cuando también a mí Mariana me puso en peligro al desafiar la cólera de Eugenia. ¡La había llamado asesina y me había colocado en la línea de fuego! ¡Era una insensata! Había gozado de belleza, dinero, amigos, posición social, amantes y todo lo había arrojado al fuego, en adelante no podría quejarse de lo que le sucedía. En cuanto a mí, colocada en tan precaria situación, debía tomar precauciones, alejarme, hacerle entender que jamás contaría nuevamente con mi complicidad.

A principios del año siguiente recibí una postal de Mariana deseándome felices Pascuas. Se encontraba en Suiza, pero no renunciaba a mi amistad. Era obsesiva, tenía una fijación con mi persona. Le agradecí su gesto, pues también yo me encontraba muy sola. Unos meses más tarde acudió nuevamente a mí. Vicente la llamaba y había decidido irse con él llevándose a Natalia. ¡Estábamos otra vez al principio de la madeja! Era incorregible. Traté de hacerla entrar en razón: ¿no se daba

cuenta de que nada había cambiado? Augusto no le dejaría a Natalia, y ella ¿a qué iba?

—No lo sé, sólo quiero verlo otra vez...

Discutí con ella toda la tarde, pero fue inútil. Volvía a equivocarse. Ante su terquedad e insistencia no tuve más remedio que ayudarla a organizar su nueva derrota. Arrastrada por ella volví a su casa...

En el círculo de amigos que frecuentaba su salón encontré a un nuevo personaje: Clarence, que parecía un gran devoto de Mariana. Se decía periodista, aunque su aspecto untuoso era el de un mercader de tapices. El nuevo personaje me produjo desconfianza: tenía algo feroz en la sonrisa, se pasaba la lengua constantemente por los labios reseca y se ajustaba los espejuelos para observar el efecto que causaban sus juicios sobre el rostro de mi amiga.

—¿Le gusta Emily Brönte? Sólo era una solterona que acostumbraba masturbarse. Los hombres no aman como ella pretende en su novela ridícula.

Mariana al escucharlo se ruborizó.

—Suecia es un país de homosexuales y de borrachos —declaró Clarence en otra ocasión en la que Mariana habló de *Gosta Berling*.

Comprendí que la misión de Clarence era la de actuar de ácido corrosivo sobre las opiniones y los gustos de Mariana. Durante mi ausencia se había convertido en su confidente y ejercía cierto poder sobre ella, en busca siempre de alguna muleta que la ayudara a caminar en su azarosa vida. Clarence no le profesaba ningún respeto: pronunciaba palabras indecentes en su presencia, contradecía sus aficiones y reía a mandíbula batiente de sus palabras. Delante de él, mi amiga parecía indecisa, se diría que cada vez se acostumbraba más a los ataques frontales que la iban dejando sin defensa. La enfermedad además, la había debilitado notablemente: se sentía acorralada, perdida en aquel amor por Vicente y trataba de encontrar un eco en alguien, yo había llegado tarde. Me asombraba su sumisión vulnerable, mi deber era el de oponerme a su fuga con aquel sudamericano. Ante mi gran sorpresa, supe que Mariana no pensaba fugarse: no, deseaba obtener el permiso de Augusto para llevar adelante su proyecto. En vano traté de detenerla. “Sin

su consentimiento no podré llevarme a Natalia”, me repitió una y otra vez.

El día en que Mariana decidió plantearle a su marido su decisión de viajar con Natalia a la América del Sur, Clarence se hallaba con nosotros. Augusto escuchó cabizbajo la súplica de su mujer, yo callé; ante mi sorpresa, Clarence tomó ruidosamente el partido de Mariana.

—¡Augusto, usted debe aceptar que se vaya con su hija! ¡El amor es sagrado! —exigió Clarence.

—Creo en la libertad, creo en el amor, pero no puedo renunciar a Mariana —confesó Augusto con humildad.

La discusión se prolongó toda la tarde, sentados alrededor de una mesa de café.

—Te suplico que me concedas el divorcio —pidió Mariana.

Clarence enarboló todos los principios amorosos de los surrealistas, tan en boga en esos días, y al final Augusto cabizbajo consintió en dejar en libertad a Mariana.

—No puedo obligarte a que vivas conmigo si tú ya no lo deseas...

A partir de esa increíble tarde, ayudé a mi amiga a preparar su viaje pagado por Vicente. Clarence visitó las agencias de viaje, escogió el trasatlántico que se llevaría a Mariana y a su hija y hasta nos acompañó a escoger el atuendo de viaje de la hija y la madre. Mariana parecía muy nerviosa.

—¡Ah! ¿teme usted ir al encuentro del “Doctor Jekyll y Mister Hyde”? —le preguntaba Clarence echándose a reír.

—¿Por qué lo llama usted así? —preguntaba ella sorprendida.

—Hice mis pequeñas investigaciones, descubrí muchas cosas. Temo, querida, que cuando se encuentre usted en sus manos se lleve una sorpresa... desagradable —contestaba Clarence.

Mariana insistió varias veces en saber lo que había descubierto Clarence, pero fue inútil; el aprendiz de periodista se negó a revelar su secreto. Siempre he creído que las cosas deben de ser dichas totalmente o permanecer en la oscuridad, las medias verdades dichas por Clarence me enfurecían. “Son insidias”, me decía. A Mariana en cambio la hacían temblar. “Gabrielle, yo sé que a veces detrás de las personas se esconden

monstruos...”, me decía en voz baja. Poco a poco perdió entusiasmo para abandonar a su marido, pero no se retractó de su propósito, ya que en ella el amor por Vicente era más fuerte que cualquier otro sentimiento. Estaba enajenada. Vivía sólo para aquel terrible amor que devoraba sus días. Muchas veces tuve la extraña impresión de ver superpuesto sobre el rostro rubio de Mariana el rostro rubio del sudamericano. Imaginé que el pensamiento de mi amiga proyectaba aquel rostro lejano sobre el suyo para hacerla olvidar lo que la rodeaba. Supe entonces que el poder de amar lo poseen muy pocas personas, y supe también que era una especie de maldición que me hacía exclamar: ¡pobre Mariana! Han pasado los años y continúo repitiendo: ¡pobre Mariana!

Augusto abandonó muy temprano la casa el día de la partida de su mujer para evitarse la pena de la despedida. “No concibo la vida sin ella, Gabrielle”... Los momentos eran tensos, también yo estaba conmovida; no concebía mi vida futura sin la pequeña loca de Mariana. Contuve las lágrimas que acudieron fáciles al pensarme otra vez sola, en la gran ciudad que ignoraba mi existencia de solterona pobre.

Teo colocó el equipaje en el vestíbulo, también ella estaba emocionada: “Me marcharé de aquí en cuanto se marche la señora”, me dijo en voz muy baja. Las dos pensamos que el destino de Mariana cambiaba de rumbo y sentimos temor. Recordé la alusión de Clarence a Doctor Jekyll y Mister Hyde. En realidad, ignoraba la vida del sudamericano: lo había visto algunas veces, lo sabía guapo y seductor... visualicé a Sabina enfundada en sus pantalones arrugados, los ojos bobalicones y los cabellos teñidos. Su afán de dominio me produjo temor. ¿Por qué debía ir mi amiga al encuentro de aquella pareja discordante? “¡No la dejaré irse...!” me dije. El azul pálido de los tibores chinos me trajo a la memoria la noche en que Ramón y Augusto quisieron encerrar a Mariana en un manicomio y entonces decidí que debía marcharse. “No, ahora es cuando la debían encerrar”, me corregí. En París había hombres guapos que no estaban casados con una anciana millonaria, ¿por qué misterio Mariana había escogido a Vicente? Todo era profundamente triste. El violinista húngaro que debía esperarla en la plazoleta se había escondido para siempre. Tal vez Mariana sabía que había vuelto a equivocarse, pues

sólo a Nicole le avisó de su partida. La chica estaba emocionada: “Es una verdadera historia de amor, como Ana Karenina... ¡Ah!, ¡pero Karenina se suicidó!...”, dijo Nicole la víspera, a la salida de un teatro experimental en donde daba sus primeros pasos. Es curioso que al mismo tiempo se piensen cosas tan diversas y opuestas: los recuerdos gratos se mezclan con los recuerdos desafortunados... en esos momentos de espera en el vestíbulo de la casa de mi amiga toda nuestra vida en común desfiló ante mis ojos en desorden y me dejó perpleja. Cuando aparecieron Mariana y Natalia ataviadas con sus trajes de viaje, me parecieron seres irreales y en peligro. Un peligro que no logré adivinar, pero que me produjo escalofríos. Tal vez era el anuncio de lo que sobrevendría más tarde. Hubiera deseado en ese momento que desistieran de aquel viaje. ¡Desistir! ¿Para qué? ¿Acaso Mariana podía seguir viviendo en una casa donde era tan infortunada? La detuve.

—Mariana, ¿viven sus padres?

—No... ¿por qué? —me respondió asustada.

Cogí el maletín que traía para quitarle peso, pues tenía débil el brazo izquierdo a pesar de los tratamientos recibidos en Francia y en Suiza. Quise reír para simular que era un momento feliz. Fue justamente entonces cuando Augusto llamó por teléfono para anunciar que había cancelado el viaje de su mujer y de su hija. Mariana, terriblemente pálida, se dirigió a su habitación apoyándose sobre la pierna derecha de una manera visible.

—Augusto quiso dejarla llegar hasta el final para comprobar su locura. No podía permitir que se fuera con ese gigoló sudamericano —dijo Clarence mostrando sus dientes resecos.

—¡Infame! —exclamé y salí huyendo.

Augusto jugaba con Mariana como el gato con el ratón, no respetaba sus sentimientos, hacía escarnio de su amor por Vicente, la colocaba en la picota, entregaba su destino en las manos de un Clarence, su cómplice. Los dos habían estado siempre de acuerdo, Augusto no prescindiría jamás de subalternos, de lacayos a sueldo para exterminar a Mariana. Se complacía en degradarla.

Pasé la tarde encerrada en mi cuarto, abrumada por la escena que

había presenciado. Por la noche me asaltó la duda: ¿y si el marido de mi amiga estuviera en lo justo? Los sentimientos de Mariana eran variables, aquella mañana pudo dar un paso irreparable: Vicente era un burgués, un desconocido, con una vida organizada en su país. Él no perdonaría lo que Augusto había perdonado en el verano anterior. Sentí compasión por el marido de mi amiga. ¿De qué la acusaba? De ser inestable e impedirle con sus caprichos el desarrollo normal de su talento. El pobre hombre debía reeducar a una persona irreductible, encantadora y peligrosa para sí misma. Era verdad que castigaba con dureza sus fantasías, pero pensándolo bien, vivir con una embustera patológica resultaba vergonzoso. Pero ¿en verdad era una embustera? Hubiera deseado decirme: Mariana es inofensiva. No pude, ya que Mariana cometía disparates cada vez más gigantescos. ¿No era una locura imperdonable que, apenas recuperada de una enfermedad que casi la había paralizado, quisiera embarcarse en la misma aventura? ¿Y si Vicente la amaba tanto, por qué no venía a su encuentro? Me hundí en un mar de confusiones, recordando la frase apenas musitada por Augusto: “Gabrielle, si Mariana se muriera podría decir que fue la criatura más encantadora...” Era más prudente alejarme de aquel matrimonio.

Un tiempo después Mariana vino a despedirse: dejaba París con su marido y su hija. “Me espera la tortuga”, me dijo en voz baja. Cambió de humor y de tono de voz para anunciarme que me había conseguido un trabajo en la oficina de Augusto. Con seriedad me rogó que me presentara ante él y que le recordara devolver a Vicente el dinero del viaje fracasado. A ella le faltaba valor para hacerlo.

Esa misma tarde me presenté ante mi futuro jefe. Augusto me recibió con cordialidad. Al final de la entrevista y ruborizada traté el tema del dinero de Vicente.

—El dinero era mío, Gabrielle. ¿No sabe usted que era yo quien corría con los gastos del viaje? ¡Pobre Mariana, no dejará nunca de mentir! Quiere arruinarme. ¿Sabe usted lo que he gastado en médicos y sanatorios?... Creo que nunca le perdonaré lo que me hizo.

Yo misma creí haber visto el cheque que Vicente envió para el viaje. “No, no puedo estar loca yo también”, me dije confusa. Recordé el

momento en el que Mariana y yo cambiamos el talón en el banco. Asustada, me encontré con los ojos de Augusto mirándome inflexiblemente.

—Gabrielle, no quiero diabolizar ni deificar a Mariana; pero después de lo que ha hecho no sé si es un ángel o un demonio. No lo sé, estoy en tinieblas...

Recordé a Mariana: “¿Usted sabe cómo es la mosca que se le metió en un ojo?”...

Afortunadamente Augusto, Mariana y Natalia desaparecieron de mi vida, perdiéndose del otro lado del Océano. Mi nuevo trabajo me permitió abandonar Montparnasse y regularizar mi vida en mi nuevo estudio. Al poco tiempo Clarence y yo nos convertimos en los traductores de los ensayos arqueológicos de Augusto, y Sandro, un hermoso italiano amigo de Mariana, empezó a publicarlos en su importante revista. “¡El poder y la gloria!”, me repetía, citando el famoso libro de Graham Greene...



Tres años después visité Nueva York por vez primera. Una reunión internacional de arqueología me llevó a esa ciudad merced a las gestiones hechas por Augusto. No olvidaré jamás mi impresión casi cinematográfica al descubrir, entre las brumas, la famosa Estatua de la Libertad. Con orgullo recordé que fuimos los franceses los que habíamos regalado a la ciudad esa obra gigantesca. Al atracar el barco me sentí provinciana en la ciudad enorme. Agradecí la presencia de Augusto y de Natalia, que me esperaban en el muelle.

—¿Y Mariana?

Me dijeron que Mariana había preferido permanecer en su país. Estaba cansada de viajar. Confieso que sentí un alivio, ya que su presencia era siempre conflictiva. Sin ella mi trabajo se convirtió en una cómoda rutina; Augusto exigía de mí muy poco, de manera que gozaba de libertad para visitar tiendas, recorrer calles majestuosas, admirar los museos o ir a los cines y a los teatros acompañada de Natalia, que con sus medias rojas de lana empezaba a convertirse en una adolescente sonrosada. También ella se hallaba más tranquila lejos de su madre. Augusto le

concedía muchas horas libres, que la chiquilla utilizaba en tomar clases y en patinar en la pista de hielo de Central Park.

—Sólo me exige que le prepare el desayuno —me dijo sonriendo.

Augusto me invitaba a cenar con personajes fascinantes o a cocktails internacionales, mi mundo empezó a ensancharse. Mi jefe ya no circulaba únicamente entre sudamericanos, su fama obtenida gracias a sus brillantes estudios sobre Karnak lo llevaba a la cúspide con una velocidad vertiginosa. No podía ocultar mi orgullo cuando lo acompañaba a aquellas reuniones elegantes. Augusto no había perdido su aspecto de juventud extremada; en cambio, había adquirido una experiencia cultural que lo convertía en una persona admirable.

Fue en Nueva York en donde me compré mi primer abrigo de pieles, parecido a alguno de Mariana. La prenda, ligerísima de peso, me dio un aplomo inesperado, comprobé en mi persona la importancia del lujo; Augusto me felicitó por mi adquisición. Nos preparábamos a brindar cuando apareció Mariana en el restaurante elegido por los congresistas. Su súbita presencia cargó el aire de presagios. ¿Cómo y por qué aparecía en Nueva York? Nos regaló un beso acompañado de una sonrisa, ocupó un lugar en la mesa y sacó un cigarrillo.

—Llegué esta mañana... —repitió varias veces.

Nosotros la escuchamos sorprendidos, la vimos distraída, fumando sin cesar; estábamos verdaderamente estupefactos. Unos minutos después apareció Vicente, intensamente pálido. Mi amiga no se inmutó.

—¡Vicente!... qué sorpresa —exclamó con voz tranquila.

—Llegué esta mañana... —repitió Vicente varias veces.

Cuando ocupó un lugar en la mesa supe que mi felicidad había terminado. Mariana y Vicente estaban allí para destruir mi dicha, el éxito de Augusto y la tranquilidad de Natalia. El padre y la hija los miraban con la misma acusación que yo deseaba lanzarles a la cara: “Ustedes dos están en Nueva York desde hace muchos días. Riñeron, y tú, Mariana, viniste a pedir auxilio. Tú, Vicente, trataste de atraparla antes de que llegara aquí...” La situación se volvió insoportable, a pesar de que la conversación transcurría inofensiva, pero ambos estaban demasiado pálidos para ser inocentes. En cuanto a nosotros, nos sentíamos arrastrados por una

corriente invisible y terrible que emanaba de la pareja. Augusto sonreía... Preferí no ver su sonrisa torcida por la ira. Natalia estaba boquiabierta. A la salida atrapé a Mariana para reñirla.

—¡Gabrielle!, él me citó para hoy en la Plaza. Llegué, no lo vi y salí huyendo. Creí que había querido vengarse porque no fui aquella vez...

Le lancé una mirada de desprecio. La situación extravagante no terminó ahí; al atardecer llegó a Nueva York un personaje desconocido: Barnaby. ¿Quién era aquel hombre elegante y de gesto sombrío?

—El amigo de Mariana. Una persona excelente —me explicó Augusto.

¿Se repetía Ramón bajo otro nombre? En efecto, comenzó una larga pesadilla, mi estancia en Nueva York se volvió insoportable. No pude asistir más al Congreso de Arqueología. Durante la jornada debía permanecer con Mariana para que no se entrevistara con Vicente. Mi amiga lograba a veces escapar a la vigilancia de Barnaby, pero no lograba su objetivo de llegar al hombre que amaba. Barnaby aparecía en el momento justo y mi deber era evitar las escenas violentas.

¡Cuánta locura! Los días transcurrían tensos, Barnaby ponía un empeño extraño en llevarnos a los lugares más caros, Mariana se negaba a entrar, yo creí morir de vergüenza después de una escena ocurrida en una cafetería de lujo. Mariana intentó escapar para reunirse con Vicente, mientras que Barnaby, después de atraparla de una manera escandalosa, continuó comiendo su ensalada rusa.

—Dígale a esta rubita que es inútil que trate de escapar —me dijo Barnaby con voz burlona.

Al escucharlo, Mariana se puso de pie sobre la mesa, saltó después por encima de todas las mesas en las que los comensales aceptaron asombrados su inesperado paso entre tenedores, copas y flores. Aterrada, la vi alcanzar la puerta, allí la atrapó nuevamente Barnaby. “¡Es como un gato, no ha roto nada!”, exclamaron a coro los clientes de la cafetería, mientras que yo permanecí petrificada con el tenedor en la mano. Mariana, temblando de ira, regresó a su lugar. ¿Por qué le imponen siempre al hombre que no ama?, me pregunté nuevamente indignada con Augusto y con su amigo. La convertían en un payaso, al que no me atreví a mirar a los ojos.

Por la noche nos reunimos con Augusto, al que pareció divertirse el juego. En general íbamos al teatro después de una cena ligera. Fue Barnaby el que me dijo que Vicente nos seguía: en los teatros podía localizarlo detrás de alguna columna o en algún palco. Yo evitaba volver la cabeza, pues si lo hacía encontraba al solitario Vicente observándonos. Se había resignado a contemplar de lejos a Mariana, que permanecía quieta, aburrida e ignorante de la presencia de su amigo en el mismo local. Barnaby y Augusto se cruzaban miradas llenas de malicia, mientras mi amiga se desintegraba físicamente. Yo no entendía aquel juego sangriento, es más, todavía no lo entiendo. Barnaby no la amaba, su marido tampoco. ¿Por qué entonces su empeño en retenerla? Recordaba a Stephan: “Augusto es muchas vidas superpuestas”.

Y volví a sentir mi antigua compasión por Mariana.

—Gabrielle, ¿no le parece absurdo que los tres hombres más guapos de América Latina corramos detrás de la pobre Mariana? —me preguntó riendo el marido de mi amiga.

No supe qué decir. ¿Por qué no le concedía el divorcio? ¿Por qué Barnaby corría tras ella? Quizás era verdad que Mariana había descubierto algún secreto. “¿Cuál secreto?”, me dije mirándole hasta el fondo de los ojos. Comprendí que estábamos como años atrás, sólo había cambiado la ciudad y el nombre del “amigo íntimo”. El anterior, Ramón, continuaba en Bélgica, al frente de una casa de Exportación e Importación establecida por los socios de Eugenia. En dos ocasiones lo había visto en París, guiando un hermoso automóvil Mercedes de color azul claro. Sus negocios iban viento en popa. Me invitó a pasar en Bruselas un fin de semana y acepté su invitación. Mientras comíamos una succulenta langosta hablamos de Mariana: “Pienso ir este verano a visitarla...”, me confesó. Debía preguntarle a mi amiga si Ramón había cumplido su palabra...

Mariana no llegó a la conferencia de clausura del simposium. Barnaby se presentó solo muy tarde. Iba descompuesto. Dijo que había tenido una escena violenta con Mariana, quien se metió en una puerta giratoria y dio vueltas sin parar impidiendo el paso a los clientes y a los porteros. Cuando éstos lograron detener la puerta, Mariana acusó a gritos a

Barnaby:

—¡Auxilio! Me persigue este hombre. ¡Es un gángster latino!

Mi amiga se alejó de prisa, mientras Barnaby tuvo que identificarse. “¡Vendrá aquí directamente!”, afirmó colérico su marido, pero Mariana no llegó. Después de la conferencia, cuando Augusto mantenía una brillante conversación con Robert Graves, sobre la Diosa Luna, observé inquieta las puertas de acceso a la sala de conferencias, mientras que Barnaby llamaba al hotel para saber si Mariana ya había vuelto. Abandonamos aquel lujoso salón acompañados por un grupo de amigos, a los que Augusto invitó a la cafetería situada enfrente del hotel. Ya era noche cerrada cuando vi avanzar a Mariana entre las brumas espesas de la calle. Su marido salió a su encuentro para traerla a la mesa. Ella miró a Barnaby con desgano.

—Espero que la lección de hoy te haya sido útil. En Norteamérica no se puede perseguir a las señoras, y menos si son rubias...

Siempre decía lo que no debía decir. Los profesores sudamericanos y españoles la miraron con disgusto.

—Usted es racista —le lanzó uno de ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó indolente...

Augusto le pidió que dijera el motivo por el cual no había asistido a la conferencia.

—¡Un incendio! Iba en camino y de pronto vi unas llamas enormes y me acerqué. Acuérdate que soy pirómana...

Hubo algún entusiasta del fuego, que preguntó dónde y cómo había ocurrido el incendio.

—En Broadway. Fue terrible. Lo triste es que cuanto más feroz es un incendio más cenizas deja. Mire, vengo convertida en una estatua de ceniza —y Mariana mostró su impecable abrigo negro en el que todos creyeron descubrir rastros grises.

Unos días después nos dispersamos: Vicente y Mariana no se vieron nunca más.

¿Nunca más? El telegrama que encontró Barnaby dos años después en el piso alquilado por él y que desató la última catástrofe me hace dudar de mis palabras, ya que lo cierto es que al recibirlo, Mariana salió corriendo

de París. ¿Hacia dónde?...

Nueve años antes Ramón me buscó para anunciarme que Augusto pensaba encerrar a su mujer en un manicomio. Ahora era el casi desconocido Gerard quien me lo dijo en el pasillo de la oficina. “Debo actuar con rapidez”, me dije. Tenía que encontrar a Mariana, pero ¿en dónde? Traté de recordar sus escondrijos y descubrí que uno de ellos era mi casa. Crucé la ciudad con la certeza de encontrar a Mariana esperándome en las escaleras. Al no hallarla me sentí desfallecer, ella era una de las pocas amigas que había tenido durante mi larga existencia. Si no la encontraba llevaría siempre un hueco irreparable y permanente.

Mi salón estaba demasiado quieto. Por las ventanas contemplé el jardín de la casa vecina, en el que los árboles de ramas desnudas erguían su gracia dividiendo a las sombras grises encerradas entre los muros de piedra. ¿En dónde estaba Mariana? La suavidad de la noche invernal y la calma del jardín interior que se ofrecía a mis ojos, me hicieron pensar con claridad: “No. No está con Vicente. Él nunca tomaría la responsabilidad”, me dije convencida de que mi amiga vagabundeaba por algún lugar desconocido, mientras Augusto abría para ella las puertas del asilo de locos del que jamás saldría con vida. Seguramente él ya conocía su escondite, y si él lo sabía también Raymonde estaría al corriente. Salí a buscar a la cocinera, preguntándome cuál sería la suerte que Augusto le reservaba a Natalia.

La casa de Raymonde se hallaba en un barrio industrial. Si la sirvienta estaba todavía en el piso de Barnaby, encontraría a Ivonne, su protegida. Estacioné el auto y entré al viejo edificio. Desde la escalera me atacó el violento olor a gato que salía del departamento de la cocinera. En el primer descanso me salió al paso Boris, el viejo oficial ruso que provocaba el odio de Raymonde: “¡Borracho como toda su clase!”, comentaba la mujer, para agregar sonriendo: “Ahora pasa las hambres que le hizo pasar al pueblo”. Un día me contó: “Lo vi con la cabeza abierta y su sangre es tan roja como la mía”. El viejo ruso con su gorra de Oficial del Zar gastada por los años me hizo un gesto amable.

—No hay nadie, sólo los gatos. Yo les llevé la comida esta mañana —me dijo en un francés impecable.

Sus ojos viejos dotados de una malicia infantil decían que era normal que alimentara a los gatos de “su enemiga de clase”. A pesar de las riñas existía algún rasgo de amistad entre los dos. Pensé que quizá podría decirme algo sobre Mariana. Algo que la misma Raymonde podía ocultarme. En voz baja le pregunté por mi amiga y por su hija.

—¡Claro que la he visto! También a Natalia. Las dos han probado mi vodka. La preparo en la bañera —me dijo guiñándome un ojo, gesto que me recordó a Mariana.

—¿Por qué no me invita a mí?

Con galantería me hizo pasar a su departamento, compuesto por una habitación desnuda, de piso astillado lavado con lejía. Me ofreció la única silla; él ocupó un catre de campaña abierto en una esquina del cuarto. En los muros blancos sólo figuraba un cuadro que enmarcaba una leyenda bordada en caracteres hermosos: “Se prohíbe que hable la mujer”. Lo miré confundida y él se echó a reír y me ofreció un vaso de vodka magnífico.

—La mujer primaria sólo habla de chismes. Eso no reza para una dama —explicó mirándome con atención.

¿Era una advertencia para que guardara silencio sobre Mariana? Bebí el vodka. El dio varias vueltas por la habitación antes de plantarse frente a mí. Me sorprendió su gran estatura. Sí, conocía a Mariana. Por cierto, una noche llegó muy tarde a llamar a su puerta, pues alguien le había negado la hospitalidad y la muchacha tenía miedo. Ambos hablaron de la vieja Rusia. Se vieron muchas veces. Traté de hacerle precisar la última visita de mi amiga, pero Boris dio un trago a su vodka, ocupó una esquina del catre y se empeñó en mirar al suelo.

—Le regalé una foto mía tomada hace muchos años en San Petersburgo...

—¿Cuándo? —pregunté ansiosa.

Boris hizo esfuerzos para recordar, disimulaba mal, tuve la seguridad de que me engañaba, de que callaba algo importante. Sus ojos azules y risueños me ocultaban la verdad.

—No la busque. Le será imposible encontrarla —me advirtió.

—¿Raymonde le presentó a Mariana?

Boris se echó a reír, negó con la cabeza: no, la pobre Raymonde estaba llena de prejuicios de clase, sólo le dirigía la palabra cuando se trataba de alimentar a sus gatos. La cocinera ignoraba su amistad con Mariana, para mi amiga había sido una calamidad que su marido la enviara a servir al piso de Barnaby. A Boris lo visitaba a la hora en que trabajaba la mujer o a media noche cuando ya dormía. Lo escuché boquiabierta y enrojecí hasta la raíz de los cabellos: ¡Mariana siempre supo mi complicidad con Augusto! Boris me miró sonriente.

—No se preocupe, Mariana le tiene una confianza ciega. Sabe que lo hace para conservar su trabajo.

—Dígale que Augusto la quiere encerrar en un manicomio —le dije con la vista baja.

—Es natural, muy natural, conociendo a ese hombre —afirmó Boris con un énfasis que no entendí.

“Esta vez jugó bien la pequeña Mariana”, me dije observando a su cómplice. El peligro consistía en Raymonde, que podía traicionarme con Augusto. Volví a leer: “Se prohíbe que hable la mujer”. Boris tenía razón, mi deber era impedir que hablara Raymonde. El catre de Boris tenía el mismo verde que el baúl de Mariana. Me sobresalté. Eveline podía llegar a mi casa en cualquier momento y descubrirlo. Quizás a esa hora estaba buscándome o me esperaba dentro de su automóvil frente a mi edificio. Debía deshacerme del baúl, pues a Eveline era imposible hacerla callar. ¿Dónde guardarlo? El cuarto de Boris estaba vacío, Raymonde podía entrar y descubrirlo.

—¿Tiene una alacena? —pregunté.

Boris me condujo a su cocina estrecha, en donde una puerta entablerada ocultaba una alacena oscura.

—¿Servirá ésta, señora?

Calculé el tamaño del baúl y vi que era suficientemente grande. Acepté el ofrecimiento y pregunté por cuánto tiempo podía ocuparla con algunos objetos míos.

—El tiempo que necesite.

Quise irme enseguida para pensar en mi actuación frente a Augusto si de repente reaparecía Mariana. Boris me acompañó a la puerta de su

piso, atisbó por la escalera, encendió la *minuterie* y me ordenó:

—¡Salga! No hay nadie, tiene tres minutos para alcanzar la calle.

Bajé de prisa y llegué a mi Citroën. Estaba segura de encontrar el Jaguar de Eveline al llegar a mi edificio. Nadie me esperaba, subí la escalera pensando en mi amiga que me hacía pasar esos terrores.

Una vez sentada a la mesa y mientras comía unas rebanadas de salmón ahumado recordé la noche de su doble intento de suicidio. Frente a mis ojos apareció el viejo cordón eléctrico colgando retorcido del candil de cristales, que partió mi habitación en dos: en un lado estaba el pasado, en el otro el futuro, exactamente igual al pasado, como un simple reflejo del primero.

El cordón estaba en mi casa y de él pendía la vida de mi amiga y la mía. La habitación de Mariana, de tapicerías y cortinajes amarillos, se presentó con una precisión disciplinada y creció hasta no dejar espacio para mi estudio. No me moví, pues aun el roce de las migas de pan sobre el mantel de mi mesa retumbaron como rocas cayendo dentro de aquella habitación de reflejos amarillos, con un eco estruendoso, como si el cuarto se hallara en el fondo de un túnel gigantesco. Escuché la promesa que me hice aquella noche: “No volveré a frecuentar a esta pareja”, me dije en el dintel de la habitación que ahora se había posesionado de mi casa. Por la puerta apareció Jean Marie, el librero amigo de Mariana, envuelto en su bata rojiza: “Usted sabe que Mariana no tiene relaciones con Augusto”. Después, enfocando sus gafas sobre mí, anunció: “Mariana se va a Lavandou”. Sí, Mariana estaba en una playa aislada, batida por el mistral de la primavera. Se reflejaba en el espejo de la chimenea de mármol blanco de su cuarto, tostada por el viento en una playa abandonada. Avanzó hacia mí para decirme: “Me hice amiga de las ocas”. Una oca enorme corría a su alrededor. Por el espejo avanzó entonces el automóvil blanco de Estela, vestida de gris, y entró en el comedor del piso de Mariana, en donde los candiles encendidos iluminaban la seda azafranada de los muros. Estela, la hermosa sudamericana entrada en años, presidía la mesa: “¡Qué rica es Mariana, pasarse tanto tiempo en una playa helada!”, y la voz de Augusto resonando adentro del azogue: “¡Mariana odia al amor!” Las gafas verdes de Romualdo brillaron desde

su estatura enana: “¡Es Lilith, es Lilith!”, su copa roja se alzó adentro del azogue y un círculo de copas exactamente iguales se levantó sobre las cabezas. Allí estaba también la mía, brillando como una cabeza antigua de peluca empolvada, mirando a Estela, la amante de Augusto y del arte moderno. Una fuerza poderosa brotaba del espejo y me arrastraba, aunque no podía precisar hacia qué dirección. Estaba en el cuarto de mi amiga y ella sin maquillaje, con el pelo en desorden repetía: “Me han revuelto como a un rompecabezas, no puedo juntarme, hay una pieza que me falta”. Las cartas revolotearon en el espejo, Teo se inclinó sobre mi amiga: “¡Carta de Natalia!” Por la puerta lateral del *boudoir* entró Augusto: “Insistes en no venir al salón”. El cuarto de sedas amarillas se hundió sin estrépito en el azogue y éste desapareció como un charco al calor del sol.

Sobre mi plato estaban los trozos de salmón ahumado, tenía las manos húmedas y en el pequeño espejo suspendido en el muro vi mi rostro pálido y mis cabellos blancos. ¿Por qué me había visto a mí misma como un personaje de la corte de Luis XV en el espejo de la habitación de Mariana? No encontré explicación. Tal vez debería haberme negado a participar en aquellos festines celebrados en su ausencia, presididos por las amigas de Augusto. En ellos se le condenaba, se le cubría de anatemas que yo escuchaba en silencio. Aquel círculo preparaba su destino. “Ahora ya es tarde”, me dije. Mis ojos cayeron sobre el baúl verde, quieto en mi estudio como un reproche. “¡Augusto sabe que lo tengo!”, me dije poniéndome de pie, pues no pude evitar el terror. Lo arrastré a la cocina, lo escondí bajo la mesa, debía sacarlo al día siguiente y después olvidar a Mariana. Mi amiga era irrecuperable...

Mi cama ardía como un desierto inhóspito y al igual que Mariana me sentí perseguida por aquel círculo de sudamericanos que había visto en el espejo y que amenazaba con destruirme como la habían destruido a ella. El rostro cubierto de acné de Ignacio Rebes y el de su amigo Eulalio confundiendo el catolicismo con el marqués de Sade, me sorprendieron desagradablemente. Yo había luchado por la Revolución, y sus rostros confusos me atemorizaron. Supe que de alguna manera rondaban a Mariana. Me asustaba aquella pareja minúscula que condenaba lo que no

compartía. Mi ira repentina contra los metecos, se convirtió en cansancio. Me dejé caer en un sillón para poner orden en mis pensamientos.

Mi situación era difícil. “Mañana en la noche llevo el baúl a la casa de Boris”... “Sí, necesito olvidar estas tonterías.” Tomada esta decisión volví a la cama, pero una vez allí, cambié de idea: era más seguro llevarlo muy temprano cuando todos dormían. Aunque Eveline o Augusto podían sorprenderme en la maniobra. Me invadieron pensamientos atroces, al final dormí un rato, para enseguida saltar de la cama a la hora precisa. Un rencor oscuro se instaló en el centro de mi conciencia: era Vicente el que lo provocaba. ¡Me había engañado! Nos había engañado con su presencia rubia y risueña, detrás de la cual se escondía el meteco, el inevitable destructor. ¡No, Mariana no estaba con él!

Las cuatro de la mañana era la mejor hora para bajar el baúl y esconderlo en la cajuela de mi coche. Con sigilo empujé el baúl hacia la escalera, pesaba más de lo que supuse cuando lo transporté a mi casa. Lo hice rodar sobre los escalones alfombrados de los cuatro pisos. La calle estaba desierta y me fue fácil esconderlo en mi coche. ¿Qué guardaría allí Mariana? Era demasiado tarde para formularme la pregunta, en otra ocasión rompería la cerradura para revisar su contenido. Volví a mi estudio, tomé un baño caliente, bebí té acompañado de tostadas, y me sentí aliviada. A esa hora ya Boris habría prevenido a Mariana sobre los designios de Augusto. “Sé que me va a suceder algo horrible”, me había repetido en varias ocasiones. “Alguna vez desapareceré...”, agregaba profética. Recordé sus heroicas defensas de Casandra hechas en el salón de su casa... “Mariana cree en Casandra porque debutó en el teatro”, interrumpía Augusto poniendo un énfasis ridículo en la palabra *idebutó!*...

En general mi amiga y yo reíamos, ahora eso me parecía imposible, también yo tendría que desaparecer si su marido descubría mi complicidad. A las seis y media de la mañana salí rumbo a la casa del ruso. Boris apareció a mi llamado, me dejó sin una palabra, como un conspirador.

—¡Puntual! —y me guiñó un ojo.

Le entregué las llaves de mi automóvil y esperé su regreso. “No, no

puedo llegar a esto”, me dije mirando la habitación desnuda. Boris había pertenecido a una clase limpia, era como Mariana. Ambos habían permanecido en su condición parasitaria. En cambio a mí me habían escogido ellos y arriesgaba el todo por algo que me era ajeno. Me dolió decir “ajeno” pero yo sabía que Mariana era reprobable. Jugaba al escondite y era amiga de rusos destronados. Recordé la frase de Augusto: “Los intelectuales somos los nuevos príncipes”. ¡Era verdad! Sin embargo, mi amiga prefería los augurios, los milagros, el ocio, la Iglesia y los mendigos. Yo pertenecía al presente, no era como Boris o como ella, un objeto antihistórico. Comprendí la amistad entre los dos: la búsqueda de algo que ya sólo existía en los libros. “¿En los libros?”, y escuché la risa de Mariana. “Gabrielle, el pasado está escrito en el tiempo y sólo es la imagen del futuro.” Aquella tarde estábamos en Versalles y Mariana caminaba pensativa por las avenidas abiertas a la infinidad de los estanques. Nuestros pasos sonaban tristes sobre la grava helada. Nos detuvimos frente a los Tritones escarchados por el invierno, que desde el centro de la fuente asomaban sus rostros mitológicos absortos en producir belleza, bajo el sol, los torbellinos de hojas doradas o las borrascas de nieve. Subimos las escalinatas tendidas como abanicos abiertos. Una vez dentro del palacio, Mariana se negó a cruzar la Galería de los Espejos. “Allí están ellos, no quiero poner mi imagen grosera entre las suyas”, fue confió. La miré extrañada: “¿Quiénes?” Mi amiga se volvió a mí: “¡Los Reyes!”...

—No es un azar nacer rey. El Rey es todos nosotros. La tragedia griega es tragedia porque sucede entre los elegidos, que son la esencia de todos nosotros. Por eso el magnicidio es aterrador. El burgués ha cortado sus ligas con su origen sagrado y es imatable! Nadie se conmueve cuando asesinan a miles de ellos. Nos hemos convertido en seres anecdóticos.

La escuché sorprendida, era en verdad anacrónica. A mi pregunta: “¿Es usted monárquica?” Contestó:

—¡Naturalmente! Es la única manera de ser trascendente. Los reyes llegan al poder en estado de inocencia y son responsables de nosotros ante la Iglesia y ante Dios. Los presidentes llegan manchados de sangre, gozan de un poder que empieza y termina en ellos. ¡Un poder ilimitado!

El pueblo no tiene a nadie a quien presentar sus quejas cuando se le atropella... ¡Odio al burócrata de la ventanilla, su ideal es ponernos a todos en jaulas!

—También yo los odio... —respondí.

La entrada de Boris con el baúl al hombro me devolvió al presente.

—Hemos servido a Mariana con limpieza —dijo satisfecho.

Noté que nos conducíamos como criminales, a pesar de que ninguno de los dos había cometido ningún delito. Mariana tenía razón: no había nadie ante quien presentar nuestra queja. Augusto era un burócrata poderoso, detrás de él había un ejército de hombres colocados tras las ventanillas dispuesto a pulverizarnos. Boris me llamó a la cocina para ver que “el baúl había quedado como una alhaja en su estuche”. Luego me ofreció un café.

—Mariana sabe que es de “ellos” —me dijo con voz clara.

“Ellos” me produjo desasosiego. ¿A quién se refería? Tal vez a los burócratas odiados por Mariana o tal vez ambos ocultaban algo que yo ignoraba y decidí que Raymonde vigilara al ruso. “¡No puedo! Me he convertido en su cómplice”, me dije. Había entregado el baúl sin enterarme de lo que contenía. Boris me pareció un ser enigmático, le pregunté si hacía mucho tiempo que era amigo de Mariana.

—No puedo medir en tiempo mi amistad con ella. Hay almas que se conocen desde siempre.

Traté de encontrar otra pregunta que me iluminara, miré al techo en busca de ella y me pareció escuchar algún ruido.

—Es Raymonde. Anoche llegó muy tarde. Algo sucedió en el piso de Barnaby —me dijo Boris.

Bebí el café, no me quedaba más remedio que aceptar que aquel personaje tenía grandeza: se mantenía intacto en medio de su miseria. “La gente que sobrevive a una catástrofe es insoportable”, me dije, pues el ruso me miraba con condescendencia. Carecía de compasión para sí mismo. Antes de despedirme prometí visitarlo. Era indudable que sabía todo de Mariana, desde la puerta vi la inscripción: “Se prohíbe que hable la mujer”...

Al llegar a la oficina Augusto me mandó llamar a su despacho. No era

su costumbre llegar tan temprano y temía que supiera la verdad sobre Boris y el baúl. Lo encontré sonriente.

—Gabrielle, ¿podría usted darme una explicación sobre ese baúl?

Seguí con la vista el gesto de su mano y encontré el baúl que acababa de depositar en la casa de Boris.

—¡Ábralo! —me ordenó.

Traté de no caer cuando me dirigí al baúl, medio oculto entre los cortinajes de la ventana. Lo abrí y lo encontré lleno de periódicos.

—Observe que todos llevan la fecha de la desaparición de Mariana —explicó Augusto.

—No entiendo...

—Ese baúl lo tenía Mariana en su habitación. Ni Barnaby ni yo creemos que lo tenía para llenarlo de periódicos justamente el día que escapó. Es claro que los compró ese día y los colocó dentro por algún motivo. ¿Cuál puede ser?

—No sé... quizás una broma —contesté aliviada al ver que se trataba del otro baúl.

—¡Se equivoca usted! El contenido del baúl no era ése. Lo llenó de periódicos para no despertar sospechas dejándolo vacío.

—¡Ah!...

—Barnaby y yo nos preguntamos qué contenía el baúl y adónde llevó lo que guardaba, pues ese día salió a comprar muchos diarios. Cuando se fue llevaba sólo su bolso de mano.

—Tal vez nunca contuvo nada...

—¡Absurdo! Raymonde aceptó que Mariana la envió a comprar diarios y que Natalia llegó también con un enorme paquete de periódicos —explicó indignado.

Su despacho giró a mi alrededor, temí caer redonda al suelo, no acerté a decir una palabra.

—¿Sabe usted a quién pertenece este número de teléfono? —me preguntó tendiéndome un papel con un cifra telefónica situada en Passy.

Examiné el número desconocido y Augusto me ordenó que fuera a mi oficina y por mi carnet de direcciones. Al volver a su despacho, me pidió que lo revisara minuciosamente, mientras él se entregaba a la lectura del

diario.

—Barnaby escuchó por la extensión cuando una voz femenina le dictaba el número a Gerard. ¿Usted sabe que Barnaby deja París esta tarde? —lo escuché decir.

—No. No lo sé... —dije mientras buscaba en mi libreta el número solicitado.

—Barnaby llamó a ese número y pertenece a un ruso.

La palabra “ruso” me dejó sin aliento, las páginas de mi carnet se convirtieron en una mancha confusa. “No. No puede ser Boris, él no vive en Passy”, me dije para tranquilizarme. Pero algo me dijo que Augusto seguía la buena pista para localizar a Mariana. De pronto mis ojos descubrieron la cifra que buscaba seguida del nombre Vasily. Estaba escrita por la mano de mi amiga. ¿A quién pertenecía? ¿De quién era el número y el nombre? Escuché la risa de Mariana en una tarde veraniega, junto a una ventana abierta a un jardín húmedo, de hortensias azules y ramas tupidas de castaños. Me quedé muda. Estábamos dentro de una habitación semejante a un caldero bruñido en donde sucedían gestos sepultados y perfumes intensos. La irrealidad del recuerdo me dejó atónita. Volví a mirar la página del carnet: sí, la escritura era de Mariana, la exactitud de la cifra telefónica me probó que no soñaba, que mi recuerdo confuso provenía de algún momento de mi vida con Mariana y de algún lugar preciso que había olvidado. Escuché que Augusto doblaba el diario.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada... —dije, mientras el piso se hundió bajo mis pies.

—Barnaby y yo pensamos que Mariana se comunicó con Gerard y le dejó este número.

—Me inclino a creer que Mariana no está en Francia.

—Se equivoca. Mariana no tiene dinero, pero tiene compinches. Gerard desapareció después del disgusto provocado por ese número y el baúl...

—Quizás el teléfono pertenece a algún amigo del muchacho; usted sabe su profesión...

—No. El número se lo dictó una mujer, creemos que Gerard tiene algo que ver con lo que Mariana guardaba en el baúl.

Me sentí aliviada al escuchar que las sospechas recaían sobre el muchacho. Gerard no tenía nada que perder, sólo era un pederasta que frecuentaba el Café de Flore y La Reine Blanche.

—Eveline investigó anoche entre los vecinos de ese ruso que dos primas suyas llegaron a su casa hace tres semanas. Las señas corresponden a Natalia y a Mariana.

Palidecí. La investigación de Augusto se aproximaba peligrosamente a Boris. Era muy posible que Eveline me hubiera visto entrar la noche anterior a la casa de ese personaje, pues Augusto me miraba con una fijeza irritante.

—Entonces, todo está solucionado —dije.

—¿Todo? ¿Y el contenido del baúl? Quiero que vaya usted a la casa de ese individuo y haga la pequeña investigación. Deseo evitar el escándalo. Tome de pretexto a Gerard.

Fumaba de una manera curiosa: sostenía el cigarrillo entre los dedos, muy cerca de la palma de la mano y al acercársela a los labios casi se cubría el rostro. Acepté ir a aquella dirección.

Me invadieron sentimientos contradictorios, tenía vergüenza, me sentía culpable ante mí misma. No podía presentarme en la casa de aquel Vasily a preguntar por Mariana, ya que si estaba allí nunca la entregaría a las manos de Augusto. ¿Y mi amiga, qué pensaría de mí? “¡No podré hacerlo!”, me dije a sabiendas de que lo haría. Si Mariana no se encontraba allí, de esa casa llegarían fácilmente a la de Boris, encontrarían el baúl y yo encontraría mi pérdida. “Este sabueso no va a soltar a Mariana hasta que la triture”, y recordé su quijada ancha y su mirada de hipnotizador. Ella era una imprudente. ¿Por qué había llamado a Gerard al piso de Barnaby? Su marido estaba tan seguro de encontrarla que esa misma tarde Barnaby regresaba a su país.

Me encontré en la rue Faustin Helie en donde vivía ese Vasily al que no recordaba. Mariana me había llevado con tanta gente disímbola que era normal que hubiese olvidado a alguna. Me asaltó una duda: ¿y si Vasily fuera Mitia, el príncipe ruso con quien cené en el Maxim’s? Mi amiga era una embustera, tal vez me había engañado dándole una personalidad falsa a aquel personaje. Augusto tenía razón al encarnizarse con aquella

desquiciada. ¿Qué actitud tomaría yo si el tal Vasily resultara Mitia? La repentina desaparición de Charpentier me había privado de frecuentar a aquel grupo. Nunca más había visto al viejo Willy, el norteamericano que pagaba la cuenta en aquel lugar de lujo. Estuve segura de que todos eran gente sospechosa, de ahí que Augusto se opusiera a su amistad con Mariana. Mi ambición personal se volvía contra mí para aniquilarme. Miré por el retrovisor para ver si nadie me seguía, pues decidí ir primero a la casa de Boris para prevenirlo del número de teléfono descubierto por Barnaby, pero cambié de idea: temí encontrarme con Raymonde. ¡Era el colmo que ya no confiara en mi vieja camarada! Quizá Lisa Fugate me podía ayudar, ya que si Augusto encerraba a Mariana en un manicomio no obtendría el divorcio y no podría casarse con ella. “Le explicaré la situación...”, y me dirigí a su casa... inmediatamente supe que Augusto no me perdonaría la intromisión y regresé a la oficina para consultar con él.

—Le di unas instrucciones. No admito ninguna cuestión sobre mi vida privada. Además, ¿quién le dijo a usted que quiero encerrar a Mariana en un manicomio? —me dijo con voz glacial.

—Nadie...

—Mariana es una vieja desahuciada, yo pienso en Natalia, que empieza a vivir.

Lo miré estupefacta. La llamaba “vieja desahuciada”. Mariana apenas llegaba a los treinta y cinco años, él debía cifrar en los cuarenta, aunque ambos tenían la facultad de mantenerse demasiado jóvenes para su edad. Eran dos seres engañosos y malévolos. Natalia tironeada entre esos dos personajes equívocos resultaba la víctima evidente, aunque todos trataran de ignorarlo o de callar el hecho.

Sus palabras me llevaron al pasado, a su salón, a sus invitados, a su mujer oprimida por algo más profundo que el odio. “¿Mariana, por qué no se divorcia?” Se volvió a mí: “¿Divorciarme? Usted no lo conoce, nunca me dará el divorcio”. Una semana más tarde le hice la misma pregunta a su marido: “¿Divorciarme? Usted no conoce a Mariana. ¡Nunca me concederá el divorcio!” Las respuestas idénticas me hicieron pensar que existía un juego diabólico entre ellos. Yo estaba llena de problemas, me agobiaban las deudas, mis padres se hallaban en un asilo,

mi hermana ganaba algunos francos haciendo horóscopos bajo un pseudónimo que ocultaba su identidad y su indigencia. ¿Qué podía importarme esa pareja que nos reunía en su salón para mostrarnos sus querellas y sus amantes?

—¡Quiero vivir mi vida! Comprenda, Gabrielle.

La voz de Augusto se había vuelto quejumbrosa, me volvió a la realidad. Debía ir en busca de Vasily. Sin proponérmelo, juzgué que la frase de mi jefe: “Quiero vivir mi vida” no era digna de un hombre de su edad ni de su posición social. “Frase de mecanógrafa”, me dije y lo miré divertida.

Eran las diez y media de la mañana cuando rehíce el camino a la rue Faustin Helie. El número que me indicó Augusto correspondía a un pequeño hotel particular. La puerta de entrada estaba abierta. No había conserje. Subí por una hermosa y pequeña escalera y, de pronto, recordé con una precisión aterradora la puerta de roble que daba al primer descanso. Era tarde para huir, tiré de la campanilla, a mi llamado acudió un hombre viejo de aspecto bondadoso, cabello rubio encanecido y cuerpo alguna vez atlético.

—¿Busca usted a Irina?

Ante mi afirmación el hombre me hizo pasar a un vestíbulo minúsculo en el que había una mesa pequeña con un ramillete de flores frescas; estanterías repletas de libros muy usados, escritos en caracteres rusos y una percha de la que colgaba un chaquetín militar de color desvaído por el tiempo. Pasamos a un estudio pequeño, en donde el color cobre en todos sus matices producía la impresión de hallarse dentro de un caldero bruñido. Busqué la ventana que ahora se abría al misterio de un jardín oscurecido por el invierno.

—Irina llegará enseguida.

Ocupé un lugar en uno de los divanes de colores ardientes. Vasily se deslizó hacia la ventana y desde allí me observó con los ojos entrecerrados.

Sobre una mesa de avellano, un vaso de color azul intenso recogía la luz que despedían las paredes y los muebles brillantes. En las vitrinas había bibelots de colores lujosos estriados de oro que producían destellos

hipnóticos. En las repisas se acumulaban cristales, libros y fotografías de personajes hermosos y elegantes: ellas con trajes de encajes blancos y ellos en uniformes de una historia pasada.

—Recuerdos... —dijo Vasily.

La alfombra era rica, se extendía bajo las patas de los muebles pequeños colocados a manera de permitir el mayor espacio libre. Sobre una mesita cercana tres canastillas Meissen rebosaban de golosinas; atrás de ellas, las licoreras altas ofrecían sus colores variados.

—¿El jardín les pertenece?

—Es de la casa de atrás, pero nos regala sus cuatro estaciones.

No se me ocurrió hacer ninguna otra pregunta. Sobre un muro lateral estaba la fotografía del zar Nicolás II acompañado de la zarina, las grandes duquesas y el zarevitch. Prefería mirar fotografías menos ilustres, entre las que creí descubrir una de Ana Pavlova inclinada y blanca, “como la paloma que Mariana descubrió en su chimenea”, me dije asustada.

—¡Pavlova!... fue compañera de Irina en el Mariinsky —explicó Vasily.

Hice un gesto admirativo, aunque ignoraba qué era el Mariinsky. ¿Cuál era la conexión entre Mariana y aquellos rusos? Si Augusto, al oír que el teléfono pertenecía a un ruso había tenido la seguridad de encontrar a Mariana, era que existían nexos desconocidos para mí, entre ellos y mi amiga.

—Creo que alguna vez vine aquí con Mariana... —dije.

—¿Quién es Mariana?

La pregunta indiferente de Vasily me dejó atónita. Me lancé a dar explicaciones sobre la repentina desaparición de mi amiga, la inquietud de su marido, mi misión de encontrarla sin escándalo, la ansiedad de un padre por salvar a su hija de las posibles penurias que podría sufrir debido a la acción alocada de su madre. Hablé de prisa y el rostro de mi huésped caminó de la curiosidad a la preocupación más intensa.

—Comprendo su angustia, pero no comprendo por qué la busca usted aquí.

Mi turbación aumentó. No podía confesarle que Barnaby había escuchado por la extensión telefónica su número privado cuando una

mujer se lo dictaba.

—Se comunicó con un amigo y dejó este teléfono... —dije.

—¿Quién se comunicó?

—Mariana...

—¡Es imposible! No conozco a Mariana. Hay un error, ese amigo anotó mal la cifra telefónica —afirmó Vasily.

Barnaby, ¿se había equivocado? Pero ¿y Boris? ¿Y mi recuerdo de haber estado en esa casa? ¿Y la aparición de las primas de Vasily en la fecha en que Mariana desapareció? Con tacto, le expliqué la presencia de aquellas primas suyas en su casa.

—¿María y Tatiana? Sí, se parecen mucho a mí... Ahora están en Sudamérica. María va a casarse con Vicente.

—¡Vicente! Mariana tiene un amigo llamado Vicente —exclamé desconcertada ante la repentina confesión de Vasily.

El hombre se levantó de un salto, dio varias vueltas y palmadas de alegría y se enfrentó a mí con los ojos chisporroteantes.

—¡Los dobles! La confirmación de mi teoría. No existe un caso singular o una persona única. Los hechos y las personas se repiten en otros hechos y otras personas exactamente iguales, una se salva y la otra se pierde. Dios nos crea, nos echa a andar en circunstancias iguales, uno se desvía y se pierde, el otro sigue las huellas dejadas por su ángel y se salva. Hay otro Vasily cumpliendo mi destino, tal vez ya está muerto, mientras yo, sobrevivo...

Vasily se dirigió a la ventana, después de unos minutos de silencio me dijo sin volverse.

—Soy una llama casi apagada... Deje usted a esa otra María alcanzar a su Vicente. ¿Por qué la sigue? ¿Cometió algún delito? En ese caso la ley la encontrará...

Su voz sonó cansada, yo sentí vergüenza, Vasily se acercó a observarme con ojos penetrantes.

—¿Es usted detective? ¿O policía? No me gusta la policía del pueblo, persigue a los inocentes y extermina a los elegidos. Entrega el poder a los convictos, destruye la belleza, la cultura y el orden.

Me humillaron sus palabras dichas con gravedad, pero me sentí

incapaz de decirle que no era policía, ya que la misión que me había encomendado Augusto era policiaca. Su mirada no se apartó de mí, me congratulé de llevar zapatos Chanel. “¡Qué curioso que la gente examina siempre los zapatos!”, me dije, súbitamente avergonzada al recordar los que llevaba cuando conocí a Mariana, suela de corcho y cuero rajado. Sentí que los ojos de Vasily me miraban tal como era antes. ¿Y cómo era antes? Recordé mi imagen encorvada, mis descuidados cabellos blancos, mi traje de lana gris, mis pies escondidos bajo las mesas elegantes a las que me invitaban los amigos de Romualdo y de Mariana, que me iniciaron en el lujo. Tal vez yo también olvidé mi destino, pues en ese momento los viejos ideales me parecieron extraños. “No. La revolución no se hace desde abajo, se hace desde el poder. Yo había estado equivocada, la renuncia es un vicio pequeñoburgués, sólo el pueblo bajo, adherido a sus vestigios cristianos puede aceptar el sacrificio. Nosotros, las gentes del futuro, debemos abolir al capital situándonos en su mismo centro, controlándolo sin vacilaciones ni sentimentalismos burgueses de culpabilidad”, me dije.

Escuché la voz de Vasily:

—Lo siento, señora no puedo colaborar en ninguna pesquisa. Mi oficio no es el de perseguir, y menos a una señora y a una niña.

Sus palabras carecían de sentido, eran campanadas en campo abierto, sin campanario y sin feligreses. Siempre fui alérgica al tañido de las campanas, heraldos de desdichas. “Ahora, en muchos países están mudas”, me dije. Miré a Vasily, perorando en su estudio, en donde cada objeto preciosamente guardado poseía secretos y efectos inútiles. “También tú deberías quedarte muda”, pensé. Era un personaje ridículo, creía haberme engañado con su teoría sobre los dobles para borrar las huellas dejadas por Mariana. Aquel despojo histórico sobrevivía para ver el triunfo absoluto de nosotros sus adversarios, que marchamos hacia adelante sin volvernos atrás como la mujer de Loth o como el desdichado Vasily convertido en estatua de sal. Bastaba un soplo ligero para que cayera sobre la alfombra, igual a un salero derramado. Su insolencia me irritó: me había llamado ¡policía! Decidí fulminarlo.

—Yo estuve aquí con Mariana —dije con energía.

—Lo creo. Hay lugares que visitamos sin visitarlos. Son lugares en donde alguna parte de nuestra vida va a suceder. Quizá Mariana es demasiado importante en su vida.

Las palabras de Vasily me trajeron un vago recuerdo de Pascua, en el fondo de mi memoria se dibujaron huevos azules y violeta acompañados de frases infantiles de Natalia. Mi repugnancia por la celebración cristiana borró los colores que empezaban a dibujarse en mi memoria apagada y el eco de la voz de la niña. Me invadió el desconcierto, el hombre que estaba frente a mí sabía más de mi vida que yo de la suya. “¿Quién eres?”, me pregunté. La puerta que comunicaba con el vestíbulo se abrió para dar paso a una mujer parecida a una monja. Llevaba el cabello oscuro recogido en la nuca y calzaba zapatillas de ballet muy usadas.

—Irina, la señora busca a María y a Tatiana.

Irina no pareció sorprenderse, me miró largamente desde las cuencas oscuras de sus ojos profundos y ocupó un lugar vecino al mío. Era delgada, se movía con severidad, pero todos sus ademanes eran precisos.

—¿María y Tatiana?, se fueron. Escribales y recibirá una carta tan feliz como la que recibimos nosotros. Vasily, ¿le leíste la carta? —preguntó en tono comedido.

Ante mi asombro, Irina buscó en una mesita y con gesto amplio me tendió un sobre azul dirigido a ella y escrito por la mano de Mariana. La misiva venía de Sudamérica.

—¡Léala! —me ordenó con amabilidad.

La vista de la carta me dejó aturdida, me rehusé a leerla, juzgué conveniente retirarme, ¿qué más podía hacer en aquel piso melancólico? Irina me besó en ambas mejillas y me invitó a volver a su casa.

Una vez en la calle, no estuve segura de encontrarme en París. Desorientada, me dirigí a un objeto oscuro que era mi Citroen. No podía decirle nada de lo ocurrido a Augusto. Le diría simplemente que aquel ruso tenía dos primas que se habían marchado de París, de ahí la confusión de los vecinos y de Eveline. Arranqué de mi carnet la dirección de Vasily escrita por Mariana y decidí hacer mi investigación privada, pues era evidente que mi amiga tenía conexiones con aquellos rusos

blancos. Por la tarde me enfrenté a Augusto.

—Son demasiadas coincidencias: Barnaby se equivocó de número, Gerard desapareció, ese individuo tiene dos primas parecidas a Mariana y a Natalia. Ambas salieron de viaje... Yo me pregunto, ¿quién sacó los papeles y quién los tiene? —la voz de Augusto era severa.

La entrada de Lisa Fugate interrumpió sus cavilaciones. Lisa venía lujosamente ataviada, pues ambos iban a la Exposición Surrealista. Sonriente y orgullosa de su belleza la mujer me invitó a acompañarlos.

Nos dirigimos al piso de Barnaby, que se marchaba al oscurecer. Yo iba triste, pensando en la suerte oscura de mi amiga. Lisa parloteaba, mientras Augusto hundido en el asiento mullido del automóvil guardaba una actitud preocupada. Raymonde abrió la puerta del piso en el que Mariana vivió algunos días. Sentí la hostilidad de los muros blancos, los muebles de color celeste colocados al azar y el frío de la enorme chimenea apagada. Barnaby, enfundado en su gabardina vigilaba los movimientos de Raymonde. “Buscan los papeles”, me susurró la criada. Augusto le dio de golpecillos en la espalda a Barnaby, lamentándose de su marcha precipitada.

—Me esperan. Tú lo sabes —suspiró Barnaby con fatiga. Quedé excluida de la conversación, me limité a levantar mi copa para desear al viajero un feliz retorno y guardé silencio. Nadie mencionó a Mariana. Sentí un alivio cuando conducidos por el auto de Augusto nos encontramos en la Gare Orly. Hubo abrazos, adioses conmovidos, pronto la figura alta de Barnaby se perdió en la fila de viajeros.

—¡Es repugnante lo que Mariana le hizo al pobre Barnaby! —exclamó Lisa.

—Me pregunto cuánto dinero le estafó —contestó Augusto.

En el trayecto a la exposición comentaron la miseria de los delitos cometidos por mi amiga. ¿A quiénes engañaban? Quizás al chofer, pues todos sabíamos que Mariana había huido sin dinero. “Está con Vicente... o con los rusos”, me dije mirando con rencor a la pareja que se dirigía a la exposición de moda.

Me encontré aislada en el corazón mismo de los elegidos y estúpidamente me sentí el blanco de todas las miradas. Me esforcé en

admirar a la mujer desnuda acostada sobre un túmulo de algas marinas y a la que los camareros colocaban ostras en el sexo. Ostras, que los invitados apresuraban a devorar en medio de grandes carcajadas. La muchacha era una prostituta alquilada para la ocasión y su rostro reflejaba cansancio. ¿Cuántas horas debería permanecer en ese lecho? Un pintor peruano al que conocí en el salón de Mariana se acercó a la mujer y le tiró los pezones al mismo tiempo que repitió: “Je t’aime, je t’aime”, a imitación del altoparlante colocado en el techo cubierto de trapo rojo y que daba la hora erótica repitiendo: “Je t’aime, je t’aime”, simulando el jadeo del acto sexual.

—¡Fernando, eres un genio! —le gritó su mujer.

Sacudía su enorme cantidad de pulseras de oro con el mismo ritmo que sacudía su cuerpecillo oscuro y engrasado. La esposa del pintor continuó haciendo aspavientos, me pareció estar frente a un pigmeo alegre y exhibicionista, que curiosamente se llamaba: Clara. Siempre me fascinó la contradicción entre su nombre y su figura y perseguí con la vista a aquel ser gordezuelo y salvaje cuya fealdad quedaba fuera de los cánones comunes. ¿Cómo había llegado allí aquella criatura extravagante? La escuché gritar: “¡Augusto, eres divino!, ¡divino!” al tiempo que se colgó del cuello de mi jefe como un pequeño mono. Los labios gruesos maquillados de un rojo violento se le iban hacia una oreja, formando un agujero aterrador. Notó mi sorpresa y me lanzó miradas agresivas con sus enormes ojos saltones, que bizqueaban al mirar con fijeza. Procuré alejarme de ella. Al poco rato noté que me seguía, acompañada de un hombre rojizo, cuya mano recorría con descaro las curvas sueltas y opulentas de su pequeño cuerpo. Después, ambos se engancharon en una escena amorosa adosados a una pared de la que pendían lanzas negras, máscaras salvajes, objetos eróticos, consoladores, cinturones con clavos, ungüentos, fotografías agrandadas de sexos femeninos y masculinos y plumas verdes.

—¡Se han roto los tabús! —gritó Augusto al contemplar el coito público de Clara con el hombre rojizo.

Yo tenía una idea diferente de aquel cuerpo, al que imaginaba hermoso, joven, poético, dotado de una imaginación prodigiosa y de una rebeldía

admirable. El salón semejaba la carpa de una vieja gitana, su clientela era discordante, aunque de sus muñecas colgaran lujosas pulseras de oro. Me asombró la belleza de Lisa entre la multitud fea y harapienta. Su rebelión estaba condicionada a la aceptación burguesa, la presencia patricia de Lisa era el único toque subversivo en aquella reunión en la que había demasiados periodistas. Escuché que se hablaba de una ceremonia íntima en honor del marqués de Sade y me escurrí a la calle.

Sentadas en las bancas públicas había parejas inocentes de amantes que no tenían ninguna relación con el grupo reunido en el salón forrado de rojo. Mariana tenía razón al escapar de aquel mundo artificial y peligroso. ¿Cómo se había atrevido a desafiarlos?

Agotada por el día cargado de sobresaltos casi le agradecí a Mariana que hubiera tenido la cortesía de desaparecer. En la exposición nadie la nombró, Barnaby se había marchado, se decía que el horizonte empezaba a despejarse. “El tiempo lo borra todo”, me dije. Recordé a los tres cómplices de mi amiga: Boris, Vasily, Irina, traté de recordar cómo y cuándo había visitado su casa, un chispazo me vino a la cabeza: “¡Novy!” “¡Novy!”... el restaurante ruso al que me invitaba Mariana. El Novy se hallaba cerca de la casa de Vasily. Miré mi reloj, eran las once y media de la noche, podía ir para echar un vistazo. Mariana sí se hallaba en peligro, quizá por eso todo parecía tranquilo esa noche. Recordé la actitud y la advertencia de Gerard. “También él ha desaparecido”, pensé, quizá lo habían encerrado en el manicomio de la frontera suiza para borrar huellas. “Los dandys son peligrosos”, me dije refiriéndome a Barnaby y a Augusto, que tenían poder y dinero suficiente para cometer atropellos con toda impunidad. Me temblaron las piernas. Debía ir al Novy, se trataba de una carrera contra el reloj para salvar a Mariana.

En la puerta del Novy colocado bajo el toldo estaba un hombre alto vestido de cosaco. El hombre se inclinó sobre mí:

—Se prohíbe que hable la mujer.

Era Boris, que me hizo un guiño y me cedió el paso. Aturdida por la sorpresa me dejé llevar entre un grupo elegante, que me impidió hablar con él, pues su presencia y sus palabras me indicaron que iba tras la buena pista. “El rompecabezas empieza a tomar forma”, hubiera dicho

Mariana. Un joven vestido de ruso recogió mi abrigo y me buscó una mesa pequeña. Me sentí muy incómoda: yo era la única mujer sola. El lujo de la clientela, la música de los violines y mi búsqueda de Mariana me convencieron de que yo estaba más loca que mi amiga. ¿Qué diablos hacía allí? Miré el techo, segura de que sola y a mi edad sólo hacía el ridículo. “¿Qué pensarán de mí?”, me dije en medio de aquella gente que parloteaba en voz baja. “Tal vez dirán que busco una aventura”, y enrojecí. Traté de no mirar hacia ninguna parte, creí ser el blanco de todas las miradas, pero resultaba difícil ignorar aquellas mesas y aquellos personajes, algunos de los cuales me hacían señales a través de las luces colocadas sobre las mesas. El lugar era pequeño y no podía hurtarme a los ojos de los comensales.

Un hombre joven se inclinó ante mí, iba a rechazarlo con dignidad cuando descubrí que se trataba de Jacobo, el marido de Carmen. “¡Ah! Carmen, la primera persona que decretó el ostracismo de Mariana”, me dije con ira. Me sentí impotente: él y su mujer se lucían en público mientras mi pequeña amiga huía de nosotros. Disimulé mi rencor y traté de sonreír. Impotente, vi cómo Jacobo recogía mi bolso, me tomaba del brazo y me conducía con amabilidad a su mesa, presidida por Carmen, convertida en una matrona enjoyada y prematuramente marchita. “Los tiburones rondan a Mariana”, me dije. Observé los pendientes de diamantes que llevaba la mujer de Jacobo, casi del tamaño de una avellana, me invadió la tristeza de la derrota: Mariana había perdido la partida para siempre, carecía de fortuna personal y su marido la había desposeído de dinero, dignidad y derechos. La había arrojado a la calle. ¿A la calle?, me dije esperanzada; si sólo fuera a la calle...

—Gabrielle, ¿qué hace usted por aquí? —me preguntó Carmen con voz suave y con los ojos entornados como era su costumbre.

No supe qué decir y me volví a su marido que parecía más joven que cuando se casó con ella. “Debes de darte una vida regalada”, pensé con rencor. “Mariana jugó mal, se equivocó en todo.” Miré a las parejas que se deslizaban en la pista. “¿Cuándo empezó a equivocarse?” Debía encontrar el principio para hallar el final, “Gabrielle, ¿qué hace usted por aquí?”, insistió Carmen. Quizá le parecía demasiado para una simple secretaria

aquel lugar de lujo y me negué a contestar. Los músicos se acercaron, nos rodeó un círculo de violines. Un violinista se inclinó sobre mí, asustada reconocía a Vasily, que con los ojos chispeantes me daba órdenes de callar, mientras su música desgarradora casi me produjo llanto. ¡No, yo no diría nada, pero qué fácil era encontrar a Mariana! Vasily ignoraba que también yo estaba rodeada de enemigos. Cuando los violines se alejaron de nuestra mesa, escuché que Jacobo y sus amigos hablaban de cibernética. Para ocultar mi enorme quebranto fingí interesarme en aquel tema que me pareció descabellado. Carmen, por su parte, insistió en mantener una charla privada conmigo.

—¡Pobre Augusto! Hace mucho tiempo que le pedí que se divorciara de Mariana. Ahora es un hombre al agua. ¡En la vida no se puede ser tan generoso!

Vasily me observaba desde lejos, tuve la impresión de que conocía al grupo que me rodeaba. Le agradecía a Jacobo que insistiera en la tortuga robot que hacía cálculos matemáticos. ¡La tortuga! Natalia me había dado la clave de aquel ser mitológico que aterraba a su madre y que a ella le producía risa.

—Carmen, ¿conoce usted a la madre de Augusto?

—Es una mujer divina, él me ha mostrado fotos.

Jacobo se volvió para mirar con ironía a su mujer.

—Ustedes los sudamericanos no son objetivos. Es una mujer gordísima, que odia a Mariana. Yo encuentro divina a ¡Mariana! A propósito, Gabrielle, ¿sabe usted algo de ella? —me preguntó Jacobo.

—Creo que salió de viaje...

Jacobo asintió con un signo, Carmen guardó silencio, le resultaba imposible nombrar a mi amiga y el desenfado con el que su marido dijo “Mariana”, la molestó. Tuve la certeza de que no se encontraban en el Novy por un azar. No, seguían sus huellas. Carmen sabía algo de mi amiga que yo ignoraba. No en vano era una de las confidentes asiduas de Augusto. A mí me ocultaban la verdad, era considerada miembro del bando enemigo o quizá sólo un testigo inoportuno. Me di cuenta de que nunca me consideraron persona de confianza. Enrojecí: Mariana, al conseguirme el empleo con su marido, me vendió a su causa. Ahora era

tarde para retroceder.

La noche se prolongó interminablemente; cuando una está rodeada de enemigos como era mi caso, el tiempo se detiene para atormentarnos. ¡No se iban nunca! ¿Qué esperaban? Muy tarde y contra mis deseos abandoné el Novy con ellos. “Impostores”, me repetí hasta que alcanzamos la calle. Una vez allí no tuve valor para mirar a Boris.

—No entiendo por qué Carmen se empeñó en venir a este lugar, sabe que me molesta y esos violines me producen dolor de cabeza —se quejó Jacobo con acritud.

Supe entonces el motivo de su presencia en el Novy y callé. Boris abrió las portezuelas de los automóviles y permaneció en la acera mirándonos partir. Maldije a Raymonde. ¿Por qué me había ocultado que Boris trabajaba allí? Los rusos me habían visto en compañía de los enemigos de Mariana y desconfiarían más de mí...

Augusto se presentó en la oficina por la tarde. La ceremonia en honor del marqués de Sade se prolongó hasta el amanecer y terminó en una fiesta loca y promiscua. Un sudamericano se desnudó, bailó la danza de la tortuga y se marcó el pecho con una “S”.

—Gabrielle, lástima que usted no fue... —terminó Lisa en el teléfono riendo estrepitosamente. “¡Terminarán mal!”, me dije sin hacer ningún comentario. Ignoraba que entrábamos en una nueva era. Augusto me llamó para tomar un dictado urgente.

—Se ha aficionado usted a los rusos —me dijo divertido.

Para disimular mi sorpresa, traté de parecer mundana dando una explicación tonta: “Tuve el capricho de escuchar música...” La mirada de Augusto provocó que mi libreta de apuntes se cayera al suelo.

—¿Y qué relación encontró usted entre esos rusos y Mariana?

Dudé antes de contestar, opté por reír como hubiera hecho mi amiga y decir cualquier tontería.

—Yo qué sé... tal vez son de su familia o quizá sus amantes...

—¿Qué dice usted?

La cólera súbita de Augusto me paralizó la risa. “Estoy perdida”, me dije, mientras él llamaba el timbre con energía. Eveline entró solícita.

—¿Investigaste los vuelos a Sudamérica?

—Sí, no figuran en ninguna lista de pasajeros.

Eveline se sentó sobre el brazo de un sillón, encendió un Gauloise y se dirigió a mí con voz aguardentosa.

—¿Sabe usted, Gabrielle, que Mariana se robó los papeles de Augusto y los de la oficina?

Ante la revelación me quedé anonadada. La fuga de mi amiga se volvía cada vez más tenebrosa, comprendí que mi empleo estaba en peligro. Iría a buscar a Boris y devolvería los papeles. Pero ¿cómo hacerlo sin que notaran que yo misma los había escondido? La sangre se me fue a los pies, evité cruzar la mirada con la de Eveline. Me volví a la ventana, descubrí un enorme montón de sedas y de rasos azules, que me parecieron conocidos. La secretaria los señaló con gesto despectivo.

—Mariana está perdida después de esto. La policía la busca.

La palabra policía me produjo vértigo. No pude preguntar lo que significaban aquellas sedas. La voz de Eveline me llegó desde un túnel y temí caer desvanecida.

—Anoche se metió en el piso que alquiló Barnaby y destrozó itodo! Tenía llaves dobles. Aprovechó el viaje de Barnaby y que Augusto se hallaba en la Exposición, alguien debe haberle informado. Esta vez se equivocó, el señor Dubourg, el propietario va a demandarla.

—Está loca de odio —afirmó Augusto.

El nombre Dubourg era conocido: había colaborado abiertamente con la Gestapo, a la que entregó sus casas para ser utilizadas como cárceles. Durante algunos años sus edificios estuvieron clausurados, últimamente había logrado recuperarlos, remodelarlos y ponerlos en alquiler. Yo ignoraba que Barnaby fuera su inquilino y al saber que Dubourg había acordado con ellos demandarla, supe que estaba perdida. Pedí un cigarrillo. Tuve que examinar la colcha azul que Eveline extendió ante mis ojos para que yo pudiera apreciar la magnitud de los destrozos. En efecto, la colcha no sólo estaba desgarrada sino cubierta de inmundicias.

—Esperamos detenerla antes de que incendie la oficina o que asesine a Natalia —dijo la secretaria. “Desapareceré algún día”, escuché la voz de Mariana. En ese momento quise que mi amiga hubiera cumplido su promesa. ¿Por qué no iba a lograrla? Era muy astuta, tenía muchos

amigos, Jean Marie acostumbraba llamarla: “el animal más rápido de la selva”. Ante el desastre de las sedas guardé silencio. Iría a ver a Raymonde para desentrañar aquel misterio. Estaba segura de que mi amiga no había hecho aquel destrozo y sin embargo iban a castigarla con la policía. Guardé la calma, convenía no mostrar que estaba de su parte, la situación se complicaba cada vez más y de maneras inesperadas. Al salir de la oficina, me encontré con Lisa, que me llamó desde su automóvil.

—Gabrielle, yo no creo que lo hizo Mariana... la mierda y el semen no van con su locura. Pero Augusto está seguro de que fue ella. Me preocupa Dubourg, es un homosexual peligroso...

Las palabras de Lisa me hicieron huir a mi Citroën. No quería opinar, no estaba segura de Lisa, tal vez me ponía a prueba, aunque su rostro respiraba sinceridad. ¡Mariana estaba perdida! Recordé que mi amiga tenía un juego de llaves de aquel piso, me las había prestado para sacar el baúl. Dudé: ¿y si hubiera sido ella la que había cometido aquella locura obscena? La palabra obscena me indicó que yo estaba equivocada. ¡Lisa era más inteligente! En efecto, la locura de Mariana no iba “con la mierda y con el semen”. Sus cómplices se hallaban en el Novy a la hora en la que alguien hizo los destrozos. Carmen era testigo... ¡Carmen pertenecía a la misma secta de Augusto! Me sorprendí llamando “secta” a aquel grupo elegante. La presencia de Carmen en el Novy casi me convenció de que habían tendido una trampa a Mariana. Querían estar seguros de que sus amigos se hallaban ocupados. No, nunca habían aceptado a Mariana... pensé que empezaba a exagerar, aunque algo me decía que no andaba desencaminada de la verdad. Corrí a ver a la cocinera...

Raymonde estaba sentada en su cocina, la encontré muy vieja y con los ojos apagados. Me recibió sin entusiasmo y sentí que me tenía recelo. Sí, la habían llamado muy temprano para mostrarle el aspecto asqueroso que presentaba la casa y especialmente la habitación en la que había dormido Mariana. La víspera, cuando salimos para acompañar a Barnaby a la Gare d’Orly, Raymonde había limpiado el piso con esmero y puesto orden en la cama. La vista del desastre la tenía postrada.

—¿Usted cree que fue ella? —pregunté.

—¡Claro que no! Pero ¿quién puede enfrentarse con esos personajes importantes? Usted olvida que vivimos en un régimen clasista...

La cocinera comió trozos de pan y preparó un café, se diría que no deseaba mi compañía. Mientras lavaba los trastos me explicó que todos tenían llaves del piso. Además, ella no estaba segura de que Barnaby se hubiera marchado de París. Ante mi negativa, me preguntó con violencia:

—¿Usted lo vio subir al avión?

—No... lo acompañamos a la Gare d'Orly —dije pensativa.

—La policía anda tras de la señora, pero no la encontrarán ¡jamás! —afirmó.

El tono de su voz era agresivo y preferí retirarme. Una vez en mi casa pensé que la mujer me daba pistas falsas; sucedía algo que nos separaba, ya no confiaba en mí, Mariana había conquistado a su espía. ¡Era magnífico que siempre encontrara aliados! Me dolió la traición de mi vieja camarada. La larga lucha que habíamos llevado juntas se borraba para dar paso a la desconfianza fría y separadora. Comprendí que todo era inútil, hasta mi búsqueda de Mariana y al igual que Raymonde me dejé caer en una silla para pensar. ¿Pensar? Si Mariana estaba acabada. Recordé al otro desaparecido: Gerard. Mi amiga lo había recogido en el Café de Flore. Me puse de pie y salí a buscarlo. Cenaría más tarde.

La terraza del Flore estaba cubierta por los cristales de invierno; la estufa de carbón apenas calentaba, no vi al muchacho. Adentro tampoco lo encontré. Esperé un rato perdida en presentimientos trágicos. ¿Cuántas veces había estado allí con Mariana? Me sentí una intrusa entre los desconocidos que ocupaban las mesas. “Nadie ha notado nuestra ausencia”, me dije con amargura y recordé a Stephan diciéndole a Mariana la primera vez que se fue de París: “Se romperán todos los espejos en el instante en que usted abandone la ciudad...” Llamé a Renato, que con la bandeja en alto y la corbata torcida se me acercó de prisa.

—Hace varios días que ese muchacho no viene por aquí. Tampoco la señora Mariana...

Me volví a casa. Mariana se había convertido en una persona conflictiva y me había dejado sin amigos. Este pensamiento me asustó: no deseaba

que me sucediera lo que le había sucedido a ella, me rebelé contra el mundo. Pero ¿acaso no había estado siempre en rebeldía? Sí, pero por otras causas, yo no merecía la suerte de mi amiga; yo no despertaba pasiones violentas, yo era una persona ecuánime, sensata, tampoco me rodeaba de personajes disparatados, brújulas seguras para caer en el abismo, no me había enamorado de Vicente, ni me había casado con Augusto. Hasta que la conocí, mi única meta era ayudar a la Revolución. La muchacha me había puesto el mundo boca arriba, me había dejado sola, me había cubierto de sospechas. Me dejé caer en mi cama, pues las paredes se estrecharon a mi alrededor. Todo lo que hiciera para salvar a mi amiga era inútil, existían demasiadas voluntades dispuestas a destruirla. ¿Por qué?... ¿Por qué? Quizás únicamente porque tenía algo distinto. “Mariana es el único ser libre que conozco”, me había repetido Augusto muchas veces. Y ¿ahora quería exterminar a ese ser libre? ¿Qué podía hacer yo, si sólo era una vieja asustada? Raymonde no era nadie y Gerard había desaparecido. ¿Cómo logró Mariana llegar a esa situación límite? No tenía salida, el poder estaba contra ella. ¡El poder! Y la muy estúpida se reía siempre del poder. “Me gustaría saber qué opina ahora”, me dije. Busqué los motivos de la cólera implacable de Augusto y el nombre Vicente me pareció banal. Vicente tal vez justificaba su ira, pero ésta tenía razones más profundas. Sin embargo, Vicente era el único aliado poderoso que le quedaba a mi amiga, pero tampoco se podía contar con él, yo lo sabía... Me levanté, me fui al salón para cambiar de pensamientos, pues Mariana se me había convertido en una obsesión. Alguien llamó a la puerta con golpes cadenciosos y ligeros. Me estremecí. ¿Quién podía llegar a mi casa a esas horas? ¡Ella! La certeza me paralizó, mientras los golpes se repitieron.

—¡Abra!... soy Gerard —me llegó la voz del muchacho. Dudé, tuve miedo de aquel muchacho desequilibrado.

Él repitió la orden: “¡Abra, soy Gerard!” Me encontré frente a la figura anhelante del chico, que antes de decidirse a entrar miró desde la puerta al interior del salón para ver si me encontraba sola. Después cerró la puerta de un golpe, sacó la hoja de afeitar Gillette y se dejó caer en un sillón. Lo miré estupefacta. El chico llevaba un traje de Barnaby y al

cuello su bufanda roja.

—Me regaló sus trajes... quiere mi silencio.

—¿Por qué? —pregunté en voz baja.

El muchacho clavó sus ojos azules en los míos y habló también en voz baja.

—Porque se aloja en el hotel Continental. Es un secreto. Hoy por la tarde tomé el té con él y con Augusto, abajo entre las plantas de sombra.

Me rehusé a creer sus palabras, miré al chico con temor, tal vez ellos lo habían enviado para probar mi lealtad o para obtener de mí alguna confidencia en relación con Mariana. Estaba claro que desconfiaban de mí. Atemorizada guardé silencio.

—¡Escúcheme, Gabrielle, son los poseídos! ¿Ha leído usted *Los poseídos* de Dostoievski? ¡Son ellos! ¡Ah, el poder, el poder del crimen es embriagador! Les gusta la caza humana... —dijo con voz afiebrada.

Preferí no sentarme, me sentía más segura de pie, no sabía si en un momento dado necesitaría huir de aquel muchacho que pronunciaba palabras terribles. Esperé a que se calmara un poco.

—Y ¿usted que lo sabe todo, de casualidad sabe en dónde está Mariana? —le pregunté con cierto temor.

Gerard entrecerró los ojos y repitió el nombre de mi amiga en voz muy baja. Me miró con sospecha y me señaló con la hoja de afeitar. Permanecí quieta fingiendo valor.

—¡Ah!... yo escucho todo y sé todo. Usted quiere saber en dónde está Mariana. ¡No se lo diré!

—Es usted un injusto. Yo he sido su mejor amiga —le dije con voz suave.

—¡Ajá! ¿Su mejor amiga? La noche señalada para su muerte, ella llegó sola al piso, abrió y ¡up! de atrás de la puerta le saltó el homosexual desnudo con el cuchillo en la mano. ¿Qué le parece? Mariana huyó como un gato, ella es el animal más rápido de la selva, y corrió a pedir asilo en un lugar que yo sé. La encontraron sentada en la escalera y le negaron la hospitalidad... ¿Ve como lo sé todo? No tenía defensa... también estaba cansada, la víspera Barnaby fingió una crisis de locura, entró a su habitación y cuando ella trató de calmarlo la golpeó en la cabeza con el

teléfono.

Gerard guardó silencio y me lanzó miradas acusadoras. Yo era la que había encontrado a Mariana en la escalera y le había negado hospedaje, un tumulto de emociones y de recursos se me agolparon en la garganta, en el pecho y el terror que me infundía la cólera de Augusto y la mirada aceitosa de Barnaby me paralizaron.

—¿Un homosexual desnudo con un cuchillo en la mano?... ¿Por qué desnudo? —pregunté temblorosa.

—Usted es una vieja señorita que prefiere ignorar todo. Ha renunciado a pensar, a hacer deducciones que estorben para continuar al servicio de Augusto, si usted ignora su conciencia no la perturba, ¿verdad? Querida señorita, el homosexual iba desnudo para no manchar sus ropas con la sangre de Mariana. La acuchillaría, después tomaría una ducha y saldría con su ropa puesta en perfecto orden. Augusto discutió si no sería mejor el empleo de un punzón para evitar la sangre.

—¡Calle!... —grité.

Tenía la horrible sensación de que la voz y el relato del muchacho me llevaban al fondo de un pozo negro del que jamás volvería a salir. Mariana nunca me contó aquella escena aterradora y Romualdo tampoco lo supo. Miré a Gerard y tuve la seguridad de que aquel homosexual desnudo y armado de un cuchillo era él, Gerard. Me quedé muda, mi salón giró vertiginosamente, ahora lo enviaban a matarme a mí. No pude decir nada, sentí que un temblor casi convulsivo se apoderaba de mí y sólo logré mirarlo con ojos suplicantes. Gerard se aproximó para observarme con malicia, después pareció darse cuenta de mis pensamientos y aseguró con calma:

—No. Yo no era ese homosexual desnudo. Al contrario, le supliqué que leyera *Los poseídos*, pero no hizo caso. Tuvo razón, pues logró escapar. ¡Se escapó! —y Gerard se frotó las manos con mucha satisfacción.

El muchacho era inquietante con su pequeña navaja sobre el brazo del sillón y sus ojos escrutadores, que se encendían cuando hablaba, además conocía demasiados detalles. Con delicadeza le pregunté.

—¿Y usted cómo lo sabe? ¿Quién se lo dijo?

—Yo escucho todo y observo, sabía que querían deshacerse de ella. Se

lo dije. Era un crimen perfecto: yo era amigo suyo y si había necesidad de un culpable, yo era el indicado, si todo pasaba bien, se culparía a algún amante oculto de Mariana. ¿Comprende? Buscaron a un muchacho de confianza, le dieron dinero y las llaves del piso, todos se fueron a cenar a un restaurante conocido. Mariana debía llegar sola, abrir y ¡up! ¿Quién era el sospechoso?, el amante por si lo veían salir los porteros o yo, a quien Mariana había dado su confianza y amistad... ¡Así de simple!

Las manos me sudaban copiosamente, algo que nunca me había sucedido, la pesadilla era larga e incomprensible como son todas las pesadillas. Para romper aquel tiempo espeso y disimular mi turbación, quise ofrecerle algo caliente a aquel personaje que me mostraba con brutalidad el mundo sombrío del crimen. ¿Y por qué el crimen contra Mariana? El chico saltó de su asiento, ¡no!, él mismo se prepararía el café. Lo dejé entrar en la cocina y lo vi volver al cabo de un rato con una taza de café servida. No se fiaba de mí. Ocupó su lugar y bebió el café a sorbitos pequeños sin quitarme la vista de encima.

—Usted, señorita Gabrielle, sabe que Mariana vino aquí esa noche y que usted se negó a recibirla. y usted sabe, señorita, cuántas cosas le debe a Mariana —me acusó con voz reposada.

—No me dijo lo que sucedía... —repliqué.

—No era necesario; usted, señorita, estaba en deuda con ella... ¡Pobre Mariana! Quieren deshacerse de ella, creen que es un testigo importante de algo que ella debe ignorar. Eso es muy peligroso, saber algo sin saberlo, ser testigo. Ahora después de la mierda que hicieron en el piso de Dubourg, la han acusado de perversión de menores...

—¿Perversión de quiénes?... —pregunté sin voz.

—De Natalia, por supuesto. Dirán que la hizo participar en una orgía. Yo podría atestiguar, pero no puedo nada contra ellos... tienen el poder y... yo estuve en un manicomio —Gerard se cogió la cabeza con ambas manos, se sentía realmente impotente ante la fuerza avasalladora de Augusto y de Barnaby juntos.

—¿Quiénes participaron en la orgía? —pregunté tiritando de miedo.

—Homosexuales, sólo homosexuales, llevan zapatos blancos... Todo es inútil, los poseídos tienen el poder. ¡El poder! ¿Nosotros, qué somos?,

usted es una vieja asustada y yo soy un... delincuente. ¡Ah!, eso lo ignoraba usted, como ignora dónde está Mariana...

—¿Dónde está?... ¿Raymonde lo sabe? —pregunté ansiosa.

—La vieja Raymonde sabe algo, pero recuerde que los poseídos la despachaban muy temprano del piso para que no se enterara de nada y dejar a Mariana sola. Por eso ella me llamó y cuando la espía Raymonde se iba yo entraba a hacerle compañía y a cuidarla, por eso siempre voy armado con esta navaja. ¿No lo sospechaba usted, verdad? Raymonde no supo lo del homosexual con el cuchillo. Era mejor para Mariana, la vieja podía asustarse, se iría y traería a alguien peor. Ese golpe fallido obligó a los poseídos a precipitarse... y Mariana huyó.

En la penumbra de mi estudio la voz adolescente de Gerard me aterró. Sus revelaciones eran espantosas y tuve la impresión de que el muchacho estaba en mi casa para vengar a Mariana. Conocía perfectamente mi complicidad con “los poseídos” y con Raymonde, y mi conducta no tenía disculpa. Si le dijera que ignoraba el propósito de Augusto y de Barnaby de deshacerse de Mariana no me lo creería y podría excitarse. Me sentí avergonzada delante de aquel chico que se confesaba un delincuente, yo en cambio trataba de hallar razones para justificar mi conducta cuando hacía ya tiempo que sabía el odio de Augusto para su mujer. En el fondo no estaba tan sorprendida, la conducta del marido de mi amiga había sido siempre la misma: destruirla. Había esperado el suicidio de su mujer, la había empujado a la locura, había tratado de encerrarla en manicomios, la hostigaba continuamente, la había echado a la calle innumerables veces sin proporcionarle medios de vida, no era extraño que ahora se hubiera decidido por el asesinato y yo me había prestado a encubrirlo, como se prestaban todos. ¿Por qué hacía yo aquello? La respuesta me vino con suavidad: “el dinero no tiene olor”, había oído decir desde pequeña y ahora era yo misma la prueba viviente de que el dinero no tenía olor. Mariana era testigo de algo que yo ignoraba y yo era ahora testigo de la venganza que se ejercía sobre ella. También a mí podía ocurrirme algo atroz, miré al muchacho, pensé que era el ángel de la venganza y volví a temblar con desenfreno. Gerard sintió mi miedo, se puso de pie y se acercó.

—No me tema. Renato me dijo que usted deseaba verme y vine. Pensaba que se trataba de Mariana... —afirmó con desprecio.

Abrumada por el tono despectivo de su voz y su gesto apenas pude murmurar:

—Gerard, quería decirle lo de las cortinas y la colcha desgarrada, me las mostraron en la oficina y creí que ella debía saberlo enseguida —dije bajando la cabeza.

—Eso ya está hecho. Ahora debo engañar a Barnaby para que él engañe a Augusto. ¡Mire!

Gerard sacó del bolsillo de su americana un carnet de direcciones y empezó a leerme una larga lista de nombres entre los que había algunos conocidos.

—Es la cadena. ¿Ve usted? Todos tienen algo que ocultar. Yo suelto algún nombre y digo que puede ser testigo de la conducta depravada, de Mariana, pero ninguno de ellos deseará enfrentarse a la policía —dijo mirándome con suficiencia.

—¿Vasily o Boris figuran en la lista? —pregunté.

El muchacho me lanzó una mirada iracunda, levantó un brazo y avanzó hacia mí en actitud amenazadora.

—Esos dos nombres no figuran. Sé que fue usted a molestarlos. ¡No tiene idea de quiénes son! Si algo le sucede...

Se dejó caer en una silla y se cogió la cabeza entre las manos; habló como para sí mismo:

—Sería fácil vivir, pero la gente busca el maldito poder y para ello se convierten en homicidas. Dígame, ¿hay alguien con poder que no esté batido en sangre? ¡Caín está en el trono! Y Mariana no quiso leer a Dostoievski, hubiera sabido que los crímenes se cometen para obtener el poder, ella no lo cree; usted no lo ignora ¿verdad? ¡No!, no lo ignora, también usted está salpicada de sangre...

Gerard se levantó como un sonámbulo, avanzó hacia mí y luego se dirigió a la puerta arrastrando los pies. Él y Mariana estaban definitivamente derrotados.

—Nunca la encontrarán. Hemos dejado muchas pistas falsas —me dijo antes de irse.

Quería amedrentarme con una falsa victoria, me trataba como a una enemiga. Lo escuché bajar las escaleras muy despacio. Si el muchacho no había mentido y Barnaby continuaba en París quería decir que Mariana tampoco había podido abandonar la ciudad y la pista se hallaba cerca de los rusos, pues Gerard me amenazó para evitar que me acercara a ellos. Vi mi reloj, era demasiado tarde para ir a buscar a Boris o a Vasily. Pensé que quizá Barnaby se había marchado aquella tarde en que lo despedimos en Orly y que yo era víctima de la imaginación calenturienta del muchacho y decidí llamar al hotel Continental para salir de la duda.

—El señor Barnaby ha salido. ¿Quiere dejar algún recado? —me dijo la telefonista.

Me quedé aturdida. Gerard me había dicho la verdad, Barnaby se ocultaba en el hotel con la aprobación de Augusto. Mariana estaba perdida. Quise imaginar la trampa que le habían colocado entre los dos hombres y me hundí en la desesperación. Comprendí que la impotencia ante la injusticia era la fuente de la depresión. “No podré volver la oficina”, me dije y al instante decidí que debía volver al trabajo a pesar del crimen proyectado contra Mariana. “No, no puedo vivir otra vez en la miseria, yo no soy la culpable de que Mariana se haya casado con Augusto”, razoné. ¿Por qué la ciencia no inventaba una droga llamada Antimemoria? Si lograra olvidar lo que sabía, mi vida futura no tendría problemas. Recordé que los antiguos filósofos sostenían el principio de que el conocimiento era peligroso y que debía ser reservado únicamente a los iniciados, el vulgo debía permanecer en la ignorancia, “lo que yo sé es mortal”. Mariana también sabía algo y huía para escapar a la cacería humana organizada por su marido y su amigo. Nadie podía salvarla, a nadie le interesaba un peligroso testigo, aunque éste fuera inocente. La imagen de Natalia me vino a la memoria: su testimonio, aunque fuera favorable, para su madre era nulo. La acusación se fundaba en una madre que explota a su hija menor y la entrega al desenfreno. O tal vez una madre entregada al desenfreno y que descuida a su hija menor de edad. Desde cualquier ángulo Mariana estaba perdida ante la ley. Vi todo con gran claridad: no encontraban a Mariana y recurrían a la policía para descubrir su escondite. Tenían poder para silenciar el escándalo y

Mariana debía desaparecer legalmente, sin dejar huella alguna. Cuando amaneció yo continuaba divagando en el saloncito de mi casa, buscando a alguien que pudiera ayudarme. Recordé a Sara, aquella mujer diminuta parecía tener algún afecto por mi amiga. La iría a buscar enseguida, tomé una ducha para despejarme la cabeza y salí de mi casa, me parece que apenas eran las siete de la mañana.

Un criado elegante, sorprendido por mi agitación, me condujo al piso superior del palacete que ocupaba la pequeña Sara. Allí, una doncella asustada por lo temprano de la hora me condujo a la habitación de la dueña de la casa. Sara desde sus sábanas preciosas tendió los brazos en gesto de bienvenida.

—Querida amiga, sé de su preocupación por nuestra Mariana.

Asentí con un gesto y miré con desconfianza a la mujer hundida entre almohadones. Alargó una mano y tomó un cepillo montado en plata para pasarlo por sus cabellos.

—¡Pobre Mariana! ¿Qué podemos hacer por ella? Sírvase un café...

—Encontrarla...

Temblorosa, me serví una taza de café y olvidé las tostadas y la mermelada servidas en una mesilla rodante. Hipnotizada por aquella mujer diminuta, apenas di unos tragos. Si Sara lo quería, me diría el secreto de Mariana; y esperé...

—Mariana es una criatura muy rebelde. Yo acepto las cosas como vienen. Mire, vino aquí con Rudia... ¿le gusta mi habitación o la encuentra demasiado fastuosa?

—La encuentro muy bella —dije de prisa.

—Es el gusto que padecen todos los rusos. ¿Sabe que Rudia es ruso?

—No... No lo sabía.

—Judío ruso. Yo soy amiga de Augusto. ¡Pobre amigo! Es encantador. ¿No le parece? Sí, encantador y malvado. Lo admiro, lo adoro, aunque reconozco que él no quiere a nadie.

Sara mordisqueó una tostada y bebió dos tazas de café, me arrepentí de haber ido a buscarla para pedirle noticias de mi amiga. Me puse de pie, se hacía tarde y los nervios ya no me sostenían, había pasado la noche en blanco cavilando. Quise dar de alaridos delante de aquella mujer delicada

cubierta de encajes, perfumada y ajena a mi desdicha y a la de Mariana.

—Siéntese, querida. Podemos inventar algo que justifique su retraso con Augusto. A mí me preocupa Mariana. Hasta hace dos días estuvo en un lugar seguro y ahora hemos perdido su pista.

—¿Quiénes han perdido su pista?

—Sus protectores. Son gente de teatro. ¿No sabe que Rudia es empresario? Todo lo que me rodea es falso. ¡Decorados! Se necesita un escenario para poder contemplar al público abajo, es la mejor manera de distinguir las caras. Eso lo sabe muy bien Mariana, en cambio el pobre Augusto lo ignora. ¿Está usted de acuerdo querida amiga?

—Sí, sí. ¿Y Mariana estaba en un lugar seguro?

—Exactamente. Estaba, ahora hay que empezar nuevamente la búsqueda.

—¿Augusto lo sabe?

—Supongo que sí. Por eso desapareció Mariana. Imagino que debido a eso sucedió el incidente del piso. ¡Qué desagradable! Rudia está desolado, él adora a San Petersburgo. Nunca se le ocurra decir Leningrado en su presencia. Rudia es así, un nihilista profundamente conservador, como todos los nihilistas. La necesidad de la destrucción proviene de la impotencia para conservar todo intacto. Los nihilistas quisieran detener el tiempo y como fracasan, lo destrozan. ¿No está usted de acuerdo conmigo, querida amiga?

—Sí, sí, claro... ¿Rudia se preocupa por Mariana?

Sara mordisqueó la tostada; bajó sus párpados enormes, parecía reflexionar antes de dar la respuesta. Se recostó en los almohadones y esperó.

—Querida, para Rudia, Mariana es un símbolo y, o lo mantiene intacto, o lo destruye. Se siente unido a ella por las razones que usted conoce.

Iba a gritar: “No las conozco”, pero preferí callar. La táctica de Sara era decir las cosas que nadie decía partiendo del supuesto que todos las conocían. Era la mejor manera de ser indiscreta. Admiré su sabiduría y callé. Me había dicho que buscara a Mariana entre la gente de teatro. También me dijo que si Rudia no lograba salvar a Mariana sería el primero en destruirla y que ambos participaban en la cacería de mi

amiga. Saboreó la mermelada y vi que no era golosa.

—Augusto quiere creer que Mariana tiene copias de los papeles y los documentos sobre Karnak. ¡Pobre Mariana! ¿Usted cree que sabe lo que es Karnak? ¡No le interesa! Además, es tan inhábil que ni siquiera pudo distinguir entre sus amigos y sus aduladores. Por ejemplo: Toño sólo la utilizó. ¿Lo recuerda?, es un fotógrafo que se hacía acompañar por un amigo suyo, Beto. Trabajaba para Augusto y en Egipto hubo una “confusión” y lo tomaron por espía y la tonta de Mariana... Perdón que la llame tonta, pero no encuentro otra palabra para calificarla, le servía de marco brillante. Así es la vida, a las locuelas generosas las utilizan los oportunistas más evidentes...

Había olvidado a aquellos dos jóvenes que llegaron a Cimiez. Era verdad que Toño elogiaba desmesuradamente a Mariana y que mi amiga lo introducía entre la mejor gente, pero ¿qué tenía que ver Toño en lo que ahora sucedía?... Sara comía gotas de mermelada y quise ser impasible como ella.

—¿Ese Toño trabajaba para Augusto? Entonces, ¿por qué Mariana tenía esos documentos? —pregunté para saber un poco de la importancia de los documentos de Karnak.

—Sí, trabajaba o trabaja para Augusto. Es muy astuto. ¿Se ha fijado en sus ojos? Hay que ser astuto como la serpiente y dulce como la paloma... pero aquí tenemos un caso diferente: Toño es astuto o sea la serpiente, y Mariana es la paloma boba o idiota, aunque esta palabra sea algo fuerte. Los documentos son el producto de varios años de investigaciones científicas y la carrera de Augusto puede venirse abajo si otra persona los publica. ¡Egipto siempre ha guardado los misterios más antiguos de la historia! Querida amiga, ¿sabe usted que Augusto es arqueólogo?

—Naturalmente, trabajo para él —contesté sorprendida.

—Lo había olvidado. Mariana tiene la buena costumbre de no trabajar. ¡Es admirable su pereza! Siempre pensó que Toño era su gran amigo. ¡Error!

—¡Gran error! —dije convencida.

—Querida amiga, ¿puede decirme algo de Mariana que no sea un grave error?

La sabiduría de Sara me asombró. Tenía razón: Mariana misma era un error. Un grave error histórico. Vivía en una dimensión imaginaria, se negaba a ver la realidad y ahora huía como una colegiala en vez de afrontar los hechos. ¿Cuáles hechos?... Sara acababa de decirme que los papeles de Karnak eran el fruto de varios años de trabajo de Augusto y alguien los había robado: o su empleado o Mariana.

—Los documentos son valiosísimos. Cualquier centro arqueológico daría mucho dinero por ellos —dijo con voz tranquila.

Justifiqué la cólera de Augusto: había sido demasiado complaciente con Mariana, le había faltado energía con aquella chica insustancial y desequilibrada. Lo justo era entregar el baúl a su marido. Huyendo, sólo excitaba su cólera y comprendí que todos estuvieran en su contra. Sara la calificaba de perezosa y de idiota y ¿por una persona entregada al ocio yo sufría terrores y ponía en peligro mi vida? Monté en cólera: entregaría el baúl ese mismo día a su marido.

—No se enfade con ella. Nuestro deber es buscarla y ayudarla... por supuesto que ella no robó nada. Los papeles los tiene Augusto y las copias las guarda Toño. Eso lo sabemos todos...

Sara encendió un cigarrillo y lo fumó con calma. Sus últimas palabras me dejaron atónita; “eso lo sabemos todos”, había dicho sin cambiar el tono de voz al que podría comparar con el tintineo de la plata y que pareció que iba a romperme los tímpanos.

—Ahora se ha entregado a ese delincuente y su vida está en peligro. ¿Quiere decirle que evite a Gerard?

Debía retirarme; mareada, comprobé que ya eran las nueve y media de la mañana, me puse de pie y quise dejarle mi número de teléfono.

—Querida amiga, tengo su teléfono en mi agenda.

Di algunos pasos torpes, estaba descompuesta: “un delincuente, un delincuente”, me repetí, sin hallar la salida de la espaciosa habitación.

—La puerta está a la izquierda, amiga mía. Y ahora voy a dormir, me robó usted mi sueño mañanero —la escuché decir.

Una vez en la calle no estuve muy segura de lo que había hecho. Recordé a Charpentier. subí a mi Citroën y me quedé quieta mucho rato: Sara sabía dónde se ocultaba Mariana y se había negado a decírmelo. El

grupo entero estaba al corriente de la suerte de mi amiga y el grupo entero me engañaba. La belleza de la Avenue Matignon me dejó indiferente. Tuve la desagradable impresión de haber traicionado a mi amiga y miré hacia las ventanas cubiertas por cortinajes espesos que ocultaban a Sara. No fui a la oficina, me fui a la casa de Raymonde. Hablaría con Boris.

El ruso me abrió la puerta sin sorpresa, en su cuarto desnudo releí: “Se prohíbe que hable la mujer”. ¡Cuanta razón tenían aquellas letras primorosamente bordadas! Sara y yo habíamos hablado demasiado. Ocupé la silla que me ofreció mi huésped y él ocupó la orilla de su catre de campaña.

—Boris, supe que Mariana estuvo en un lugar seguro hasta hace dos días.

Boris guardó silencio, las chispas maliciosas de sus ojos habían desaparecido. Esperé en vano su respuesta.

—Dicen que acusan a Mariana de tener unos documentos importantes... —agregué.

El hombre permaneció imperturbable y en el silencio escuché los ruidos de Raymonde en el piso superior.

—No se preocupe, es esa buena mujer, ustedes los burgueses no conocen el corazón del pueblo —me dijo con voz tranquila.

Me indigné. ¿Quién era él para hablar del pueblo? ¡Él, un explotador! ¿Ignoraba que Raymonde era comunista? La pobre mujer había dedicado su vida a luchar contra las gentes de su clase. Esa buena mujer era mi amiga. Quise levantarme, pero recordé el baúl y me quedé quieta, necesitaba revisar aquellos papeles que Mariana había escondido en él.

—Le molesta que la llame burguesa. Mírese a usted misma, luchando y explotando a inocentes, admitiendo los crímenes para guardar su puesto parasitario, como dicen ustedes. Dígame, ¿qué produce? ¡Papeles, papeles, papeles!

Me puse de pie. En efecto, la palabra “papeles” bailaba en mi cabeza desde el día anterior y volví a sentarme, pues era verdad que buscaba papeles.

—¿Quiere un café? Siempre tengo un poco para las señoras, yo bebo

achicoria. A Raymonde también se lo preparo —dijo con simpleza.

Le seguí a la cocina y mientras él preparaba el café en el hornillo de petróleo, abrí la alacena y contemplé el baúl, que ahora estaba fuertemente atado y lacrado con flejes. No me atreví a pedirle que lo abriera. El humo del petróleo me irritó los ojos.

—Algún día vendrá Mariana a buscarlo —dijo el hombre mientras me guiaba nuevamente al cuarto de duelas astilladas.

—¿Vendrá? —pregunté.

—Así tiene que ser.

—¿Aunque la metan a la cárcel o la encierren en un manicomio?

No hubo respuesta y después de un rato me atreví a preguntarle si no tenía idea de dónde se escondía, pues era necesario encontrarla. Boris pareció muy cansado.

—La hemos buscado y temo que hemos perdido esta batalla... era previsible. ¿No lo cree usted? —quise decirle que nunca había que aceptar la derrota y que tarde o temprano hallaríamos a Mariana, pero Boris me miró con cansancio.

—Mariana era como yo, un ser inútil. La historia está contra nosotros, pero la historia no es Raymonde, son ustedes los burgueses, los que sólo desean obreros y patronos y odian lo inútil. Dígame, ¿para qué es útil una rosa?, ¿para hacer un perfume inútil? ¿Qué más da que las personas huelan a sudor o a rosas? ¡Bah!, ustedes han hecho un mundo horrible. ¡Horrible! Invivable... ¿qué más da que Mariana haya muerto?...

—¿Muerto?...

Quise embarcarme en una discusión dialéctica, Boris no había comprendido que el capitalismo era la última etapa de la burguesía. Por esa incomprensión pensaba que era igual que Mariana hubiera muerto. Boris me escuchó apenas.

—Voy a confiarle algo, ayer un amigo supo de Mariana y cuando usted llegó creí que nos traía noticias de ella... aunque fuera la de su muerte... —dijo.

—¿Quién era ese amigo?

Boris no contestó a mi pregunta, buscó en su americana una fotografía y me la mostró. Era una mujer muy hermosa.

—La perdí en 1918... yo estaba con el almirante Kolchak. Algún día la veré... —hizo un gesto vago con la mano, como si señalara el techo, yo comprendí que Boris se refería al cielo.

Los pasos pesados de Raymonde bajando la escalera interrumpieron el diálogo. El ruso me llevó a la cocina y desde allí escuché parte de la conversación.

—Escuché voces, camaradas, y bajé para saber si había noticias —era la voz espesa de Raymonde.

—¡Nada! Estoy a la espera y le haré la señal convenida. No pierda los nervios. En las batallas hay que guardar la cabeza muy fría —aconsejó Boris.

—Ya puse en la maleta las blusas planchadas de la señora y de la señorita...

—¡Magnífico! No pierda los nervios.

—El que está a punto de estallar es el chico...

—Suba a su casa. La veré más tarde, hay varios detalles sueltos. Temo que vamos a cambiar el lugar de la cita —exclamó Boris con impaciencia o quizá temeroso de que Raymonde continuara hablando.

Casi estuve segura de que Boris le había guiñado un ojo para advertirme mi presencia en la cocina, pues Raymonde no dijo una palabra más y subió a su casa.

Me despedí de Boris, no era bienvenida, no confiaban en mí, la noche anterior Gerard me lo dijo sin decírmelo, en adelante no contaría con Raymonde, la raya divisoria entre ella y yo estaba trazada. Sin proponérmelo me había colocado en lo que llamé durante algún tiempo “el centro del poder” y no supe quién se había mudado de bando, si la cocinera o yo misma. Raymonde llamaba camarada a aquel zarista pordiosero, se había unido al mendigo Gerard. “El pueblo aplaude al último llegado”, me dije con amargura.

Me encerré en mi casa y al anochecer sonó el teléfono. “¡Es Mariana!”, me dije y sólo era Sara que me pedía noticias de mi amiga. También ella estaba en el complot contra Mariana. Una soledad inmensa invadió mi estudio, me sentí perdida, sin nadie a quien confiar el miedo repentino que se apoderó de mí. Busqué vertiginosamente el nombre de algún

amigo que no me traicionara y descubrí que no tenía ninguno.

Me fui a la calle, busqué un *bistrot* y tomé un caldo desgrasado. Después recorrí los lugares por los que había andado con mi amiga. La ciudad envuelta en brumas se alejaba de mí y las figuras negras de los árboles me desconocían. En las esquinas quedaban todavía algunas vendedoras de castañas asadas. “Brujas benéficas”, las llamaba Mariana. Pensé en llamar a Lisa Fugate, pero deseché la idea. Estaría con su marido y con Augusto celebrando... ¿celebrando qué? Tal vez la derrota de Mariana. Boris lo había dicho: “Temo que hemos perdido esta batalla”. Asustada me di cuenta de que sólo me quedaban ellos: los enemigos de Augusto, que también me rechazaban. Si no podía ver a Boris iría a buscar a Vasily.

Me encontré en el salón de Irina y Vasily, sentada en un diván y sin palabras.

—Un vodka, parece usted muy cansada —dijo Irina.

Vasily sirvió los vasos, era difícil hablar, por la noche el salón parecía una hornaza, los colores cobres chisporroteaban bajo la luz de los candelabros encendidos y poco a poco el frío que invadía el interior de mi cuerpo se fue disolviendo en una tibieza entrañable. Los rusos me dejaban observar su salón y guardaban silencio.

—Alguna vez estuve aquí con Mariana... —dije.

—¿Tiene alguna noticia de su amiga? —preguntó Irina.

—Sí. Estuvo hasta hace dos días en un lugar seguro... ahora ha desaparecido. Me lo dijo Sara...

Recordé las palabras de la mujer de Rudia: “Gente de teatro”, miré el retrato de Pavlova y de pronto mi visita a aquella casa se me presentó con precisión. Sí, años atrás estuve allí para recoger a Natalia de una clase de ballet. Mariana me suplicó que no dijera que su hija estudiaba baile. “¡Nunca, Gabrielle, nunca!”, su orden fue cumplida hasta el punto de que yo misma olvidé aquella visita.

—¿Por qué no debía saberse que Natalia estudiaba baile? —pregunté.

—Augusto odia el baile. No quería que Natalia tuviera nada que le recordara a su madre. Hasta hace muy poco, Natalia continuó estudiando conmigo, era mi futura vedette. Para eso volvieron a París —contestó

Irina golpeando el piso con el pie.

—¿Por qué “era”? ¿Por qué no decir es mi futura vedette? —pregunté asustada.

—Porque Natalia era, ya no es...

—No ha muerto, ¿verdad? —pregunté aterrada.

—No sabemos... desaparecieron. Las cambiamos de lugar el día que usted vino a buscarlas. Rudia descubrió el nuevo escondite y salieron de allí y no las hemos visto más... Gerard los espía, él nos informa —me confió Irina con voz decidida.

—¿Están seguros de ese muchacho? —pregunté recordando a Sara.

—Sí, seguros —dijeron los dos al tiempo.

Los amigos de Mariana habían perdido la esperanza de encontrarla y prefirieron no hacer comentarios. Sus silencios resignados apaciguaron mi angustia. Irina me mostró fotografías de bailarines ilustres que yo desconocía, traté de entender aquel mundo cerrado de la danza, tan ajeno a mí. Era viernes y al día siguiente no iría a la oficina, de manera que me quedé hasta muy tarde con los rusos, temía encontrarme sola en mi estudio...

El sábado y el domingo los pasé encerrada en mi casa, Irina y Vasily no me llamaron, lo hubieran hecho de haberse producido alguna novedad.

El lunes encontré a Augusto muy afable, me hizo un dictado y vi que el bulto de sedas azules había desaparecido del despacho. Nos interrumpió Lisa Fugate.

—Anoche sonó el teléfono varias veces, yo contestaba y del otro lado guardaban silencio. Acabé aterrándome —dijo Lisa haciendo grandes gestos.

—¡Fue Mariana! —acusó Augusto.

—¿Mariana?... yo creía que...

—Vamos a hacer esas compras, Lisa. Te prometí un regalo —interrumpió su amante.

Me rogaron que los acompañara. Recorrí tiendas de lujo y después me llevaron a visitar el piso en la avenida Henry Martin en el que pensaban instalarse con Pierre, el marido de Lisa. “Si van a vivir juntos abiertamente, es que ya atraparon a Mariana”, me dije observando a la

pareja que recorría los salones calculando los muebles y los colores con los que pensaban decorarlo. El piso estaba situado muy cerca del piso que habían ocupado Mariana y Augusto y en cuyos salones transcurrieron tantos días de mi vida. Me asomé a sus balcones para contemplar a los mismos árboles y hasta mí llegó el eco de la voz estridente de Lisa. Traté de escuchar. “Le tengo miedo a Gerard, fue él quien llamó, ¿sabes que usa navaja?”... “Calla. Está neutralizado...”, dijo Augusto. Volví a acodarme al balcón, temiendo que se hubieran dado cuenta de que escuchaba y quise irme enseguida. Tuve que esperar todavía una buena media hora, antes de que decidieran volver a la calle. Me despedí de la pareja en la acera cristalizada por el frío. En la mirada de Augusto brillaba el triunfo, el triunfo que preferí ignorar.

Me fui directamente a la cocina de Raymonde. La vieja me sentó a su mesa y vi que junto a ella estaba preparada una maleta. Continuaba esperando a Mariana. Boris tenía razón, no conocíamos el corazón del buen pueblo. Con el mango de la escoba golpeó el piso varias veces y a los pocos minutos apareció su vecino ruso.

—¡Ah!, es usted... Creí que era la señal para la marcha —dijo el viejo Boris.

—No hay marcha, ya dije que estamos jodidos —exclamó Raymonde.

—Jodidos, camarada, jodidos —repitió Boris dando un puñetazo en la mesa.

—En el teatro me aseguraron otra vez que la señora no llegó allí. No hay duda, la cogieron el miércoles, cuando salió del teatro Odeón —dijo Raymonde.

Boris no contestó, ambos habían envejecido, se diría que una capa de ceniza había caído sobre los dos personajes.

—¡Ese Rudia!... ¡Ese judas nunca me gustó! —dijo la mujer en voz muy alta.

—No fue Rudia. Él está con nosotros, recuerde que les ofreció trabajo a Mariana y a Natalia...

Supe que la madre y la hija habían dormido aquellas noches de su huida en varios teatros de París. Hacían la ronda, iban de un teatro a otro y regresaban al primero donde habían pasado la noche. Los conserjes las

conocían y ambas habían pasado días felices entre bambalinas, tramoyistas y reflectores. Irina y Vasily encontraron ese refugio para las fugitivas a raíz de que Gerard olvidó el número de teléfono, o más bien, cuando Barnaby revisó los bolsillos de su vieja americana. El último miércoles desaparecieron sin dejar huella.

Boris estaba resignado, en cambio Raymonde se hallaba fuera de sí. Nunca la había visto tan exaltada y sentí compasión por mi vieja compañera de lucha.

—Las monjas siguen esperando —me dijo señalando la maleta.

Boris me miró sin alegría, con voz cansada me informó que Irina había encontrado aquel refugio seguro en la Saboya, pero ni Mariana ni Natalia llegarían allí jamás...

Boris tuvo razón. Pasaron varios meses y ninguno de nosotros logró tener noticias de ellas. Se diría que la tierra se las había tragado. ¡Era increíble la facilidad con la que podían desaparecer dos personas que circulaban escandalosamente por el mundo y cuya existencia nadie ignoraba! A través de algunos amigos hice gestiones discretas para saber si estaban detenidas o si Natalia se encontraba en alguna institución para menores. Mis amigos no lograron saber nada. Su nombre no aparecía en ninguna parte. Un amigo de Stephan investigó discretamente en los manicomios y casas de salud de París y sus alrededores y tampoco encontró los nombres de Natalia o de Mariana. Su desaparición estaba rodeada de un misterio completo.

Durante muchos meses acostumbraba preguntar a Augusto:

—¿Sabe usted algo de Mariana?

—¡Es infame! Nadie puede controlarla. ¿Qué puedo hacer para salvar a mi hija?

Su esperada respuesta ya no me sorprendía. Alguna vez pensé que estaba loco al oírle repetir con la terquedad de un reloj que da la hora: “Mariana odia al amor”... “Persigue a Lisa”... “Odia la belleza”... “Siempre fue frígida”. Cuando rompió con Lisa culpó a la invisible Mariana de su ruidoso fracaso sentimental. Fue en esos días cuando creí padecer un peligroso delirio: ¿era yo sola la que escuchaba las acusaciones de Augusto, o éramos muchos? Quizá mi amistad con Mariana me condujo a

una obsesión dramática que distorsionaba las conversaciones y las vidas de los personajes que rodearon a mi amiga y su nombre empezó a producirme miedo. Era muy peligroso haber compartido su amistad.

—No tema, Gabrielle; nunca más verá a Mariana —me aseguró Stephan una tarde mientras pasaba distraído las hojas de un libro en mi estudio.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté inquieta.

Stephan movió la cabeza y sonrió enigmático.

—Lo sabe usted muy bien, Gabrielle; pero tiene miedo.

Stephan cerró el libro de golpe y me miró con dureza.

—¡Así! de un golpe, se cerró la vida de Mariana. Querida Gabrielle, lo sabemos todos...

Dos años después Mariana continuaba extorsionando a Augusto. “Usted la conoce, Gabrielle”... En efecto, la conocí alguna vez pero continuaba ignorando sus acciones criminales. “¿Las ignora o es usted cómplice?” Esta acusación me impedía conciliar el sueño, los documentos robados los había vendido a unos agentes anticomunistas amigos suyos y le servían de arma contra el pobre Augusto. La historia circulaba en todos los círculos culturales europeos, pero eso no impedía que Augusto continuara relatándola una y otra vez. Además temía por su vida. Había recibido amenazas de muerte de los asesinos que controlaban Mariana y Natalia, que operaban desde Nueva York al frente de una vasta organización de espionaje. Sus amigos estaban preocupados por su suerte y procuraban custodiarlo. En los restaurantes buscaba siempre lugar con la espalda contra la pared para evitar ser sorprendido por una ráfaga asesina. Viajaba de incógnito y anunciaban su visita cuando ya había abandonado el país. Eran precauciones simples pero necesarias. En los Palace donde se hospedaba había órdenes estrictas de negar su presencia. Cuando en el Excélsior de Roma me lo negaron, supe de labios del mismo Augusto estas medidas de precaución.

—Es necesario, Gabrielle, perdone, pero usted sabe que mi vida está en peligro, mientras esa sierpe ande suelta —me confesó con humildad.

Me expliqué así la desaparición de Mariana, su organización la había rescatado y la madre y la hija estaban a salvo. “Mariana se ha hecho la cirugía estética para disimular su terrible vejez”, me dijo Augusto con

pena en la voz, después bajó los ojos:

—En cuanto a Natalia, para compensar la sequedad de su vida sentimental devora bombones, y toda clase de golosinas y se ha convertido en una mole de grasa... ¡imagínese, Gabrielle, mi única hija!... Supe también que ambas vivían en el lujo en un piso de Manhattan.

—¿Recuerdas que sólo le interesaba el dinero? —preguntó Augusto a Pepe, el viejo amigo de la pareja que en aquella noche romana presenciaba nuestra conversación.

Pepe, visiblemente envejecido, escuchaba impresionado la historia infame de Mariana.

—¡Frívola! Ése fue mi veredicto —afirmó Pepe con gesto preciso.

Su antiguo marido develó la vileza definitiva de Mariana, era una reaccionaria, se casó con él para espiar a las fuerzas de izquierda y merced a sus acciones nefandas se perdieron muchas causas nobles. Su nombre sólo evocaba víctimas inocentes y la carrera política, impecable y limpia de su marido se vio manchada por ella. La pequeña Mariana había puesto en peligro a la revolución mundial. Augusto estaba deshecho. ¿De qué servían sus innumerables sacrificios a la causa? Durante años había luchado por el triunfo de la Revolución de Octubre y su mujer había terminado con todo...

Pepe y yo escuchamos horrorizados y ambos decidimos que el nombre de mi antigua amiga era un nombre impronunciable. Únicamente Barnaby se atrevió a nombrarla por su nombre y publicó su libro titulado *Mariana*. La novela fue un éxito entre sus amigos, aunque la heroína no era nada grata.

Yo traté de olvidar a aquella mujer y a su hija. El tiempo salvador se acumuló en mi memoria y nuestra amistad se extinguió con la melancolía con la que se extingue un hermoso cirio. Sin embargo yo continué frecuentando a los rusos, pues nunca perdí la esperanza de recuperar el baúl de Mariana. Ese baúl que guardaba tantos secretos y que estúpidamente escondí en la casa de Boris. “Nunca hay que actuar bajo el influjo del miedo”, me repetí varios años después, ya que Boris se negó a devolvérmelo.

—Algún día llegará Mariana —me repetía mirando el suelo astillado de

su cuarto.

Cinco años después de la desaparición de Mariana y de Natalia, Vasily llegó muy temprano a mi casa a avisarme de la muerte de Boris. La noticia me afectó, corrí a su cuarto destartalado y ayudé con dinero a la compra del féretro. Conmovida contemplé a Boris, pálido y apacible, el misterio de la muerte me inquietó, y ¿ahora dónde se hallaba Boris? Por la tarde asistí a la ceremonia religiosa efectuada en la iglesia ortodoxa y me sorprendió la solemnidad y la melancolía de los pocos asistentes al acto, entre los cuales creí descubrir a Mitia, el príncipe amigo de Mariana. Me sentía una intrusa y traté de ocultar mi presencia, tal vez resultaba ligeramente indecente mi intromisión entre aquella gente abandonada de todos... Al día siguiente, al oscurecer, Vasily y yo regresamos al piso solitario de Boris y no pude evitar que me invadiera una tristeza sutil y aguda. Contemplé su viejo catre de campaña ahora inútil y sobre el muro volví a leer por última vez: “Se prohíbe que hable la mujer”. Boris se había ido, su desaparición me pareció insoportable. Guardado en la alacena de la cocina y cuidadosamente pulido estaba el baúl de Mariana.

—Llévelo a su casa, Mariana la quiso tanto a usted... —me dijo Vasily.

Me avergonzaron sus palabras y me rehusé. No deseaba complicaciones con Augusto después de tanto tiempo y preferí llevarlo a la casa de Irina.

Colocamos el baúl en el salón de colores cobrizos. ¿Qué hacer con él? Irina decidió abrirlo. Rompimos los flejes y levantamos la tapa. Un fuerte olor a naftalina invadió la habitación. En su interior encontramos a varias muñecas viejas envueltas en papel de seda; algunas eran de Natalia y otras orientales. Habían pertenecido a Mariana, según me explicaron los rusos. Las colocamos sobre la alfombra, dos o tres tenían manchas en la cara y sus trajes estaban arrugados y húmedos. El espectáculo era inesperado y el atuendo exótico de las muñecas de Mariana volvió a plantearme el misterio de la vida de mi amiga. Me quedé pensativa. Vi que Irina sacaba del baúl varios pares de zapatillas de baile, algunas más pequeñas que las otras. Reconoció dos pares y los contempló con amor.

—Las primeras puntas de Natalia... —exclamó.

—¿Y esas otras? —pregunté señalando unas muy viejas atadas a las de

Natalia.

—Son las primeras puntas de Mariana. La costumbre es conservarlas...

De aquellas zapatillas de seda desgarrada se desprendía una enorme tristeza que invadió la habitación y la pobló de fantasmas. Me sobresaltó la voz de Vasily.

—¡Nina y Vladimir! —exclamó mostrando una fotografía.

Irina se precipitó a contemplarla, mientras yo pensé en el invisible pasado de Mariana.

—Natalia era el retrato de Vladimir... —comentó Irina con voz melancólica.

Por el salón cruzaron pasos tan leves como el aroma del té que reposaba en las tazas delicadas. Una melancolía infinita cubrió las luces distribuidas armoniosamente sobre las mesas y las consolas. Mis huéspedes guardaron silencio y sobre sus cabezas inclinadas sopló un viento triste y extranjero que los dobló como a personajes irreales. Habían llegado a París desde muy lejos y en esos instantes su pasado desfiló en instantáneas fugaces, así supe que Mariana era la hija de un oficial zarista y de una señora de San Petersburgo que huyeron al Extremo Oriente después de la derrota sufrida por el Ejército Blanco. Irina los encontró en Shangai cuando la pequeña *troupe* de ballet de Ana Pavlova pasó por esa ciudad y se prendó de la pequeña Mariana, espectadora harapienta que seguía a los bailarines por todas partes. Hubo una reunión y decidieron adoptar a la pequeña familia perdida en la miseria. Mariana se convirtió en su discípula predilecta. Entró primero en los coros y enseguida pasó a segunda figura. Empezaba su brillante carrera cuando en una gira a Sudamérica Augusto la conoció y se empeñó en casarse con ella, después de prometer solemnemente que no se opondría a que Mariana continuara en el ballet. ¡Fue el fin! Mariana no salió de aquel país. “Sus padres fueron a buscarla y nunca salieron”..., escuché decir a Vasily. Nos quedamos en silencio. Irina, para romper aquella pausa triste, pronunció nombres rusos, mientras colocaba con delicadeza programas de teatro y fotografías de bailarines sobre la alfombra. Su voz sonaba monótona, se podría decir que recitaba una larga letanía. Preferí no mirar a los dos viejos inclinados sobre su pasado,

me pareció estar en un lugar insólito en donde se corría un telón para dejar ver un hermoso espectáculo invisible: el sencillo y trágico misterio de la vida de Mariana.

Las muñecas me miraban con fijeza y de pronto una de ellas me guiñó un ojo. Creí sufrir una alucinación producida por la melancolía de aquella tarde inolvidable en que enterramos a Boris. También para él se había corrido el telón definitivo y deambulaba sin ruido entre la luz y la sombra de algún lugar remoto o quizás estaba allí entre nosotros. “La vida es un cerrar y abrir de ojos”, dijo Vasily. Volví a mirar a la muñeca oriental de ropas harapientas y comprobé que continuaba mirándome con fijeza y con una malicia sólo comparable a la de Boris; volvió a guiñarme un ojo.

—¡Le hizo un guiño! —gritó Irina.

La sorpresa la hizo soltar un enorme paquete que se desparramó en el suelo llenándolo de cartas azules y todos supimos que eran las cartas de Vicente. Ruborizados por invadir aquel último secreto de Mariana, las recogimos de prisa.

—¡Guárdelas usted! —me pidió Irina.

Volví muy tarde a mi casa. Los años me pesaron como piedras enormes cuando subí las escaleras empeñadas en no terminar nunca. Hubiera deseado continuar subiendo hasta alcanzar el sitio reservado para todos nosotros cuando ya no somos nadie, sino un nombre escrito sobre una losa. También mi pasado había llegado a un punto final y en adelante sólo me quedaba llenar los espacios vacíos en mi vida ya vivida. Yo sólo había luchado por el éxito de la revolución mundial y a ella lo había sacrificado todo. En la escalera supe que millares de jóvenes subían detrás de mí y que mi trabajo había terminado. ¿Acaso no era yo tan vieja como mis enemigos vencidos a los que acababa de abandonar en su casa de la rue Faustin Helie? Al llegar a la puerta de mi estudio supe que ahora mi deber era conocer a los vencidos y hacerme conocer por ellos, después de todo estábamos unidos como la corteza al árbol desde el momento de nuestro nacimiento. Sin ellos yo no hubiera sido yo y sucedía lo mismo en su caso. Ya sólo éramos sombras unidas en una misma historia. Ya sólo ellos eran capaces de entenderme y comprendí la amistad entre Boris y Raymonde, los irreconciliables enemigos, supervivientes de una tragedia

superior a nosotros mismos. También Raymonde estaba muerta y oculta en una tumba de tercera clase. No quise llorar. Mi descubrimiento me llenó de una alegría antigua, pareja a la alegría que une a los héroes en su muerte y desde esa noche mi amistad con Irina y con Vasily se convirtió en un afecto entrañable. No era posible imaginar la vida sin ellos y quise penetrar en el mundo que tanto había combatido.

Acompañada por ellos dediqué mis noches a asistir a las funciones de ballet y me convertí en una experta del baile. Cuando los ballets soviéticos visitaban París, una locura extraña se apoderaba de nosotros tres. Gracias a mi posición privilegiada podía conseguir billetes para el Kirov y el Bolshoi. El espectáculo era deslumbrador y entraba en mi cuerpo como un filtro mágico. El ballet era el único espacio en donde sucedía lo maravilloso y comprendí la infinita desdicha de Mariana y de Natalia, arrancadas brutalmente de aquellos paisajes lunares, visitados por príncipes silvestres y en los cuales los lagos ondulantes están vigilados por personajes maléficos. Hechizados en nuestras butacas contemplábamos a la belleza que nos visitaba y buscábamos a nuestras amigas separadas de la magia. ¿Quién les había arrebatado aquel destino efímero y luminoso? ¡Nadie! Ahora que han pasado tantos años, puedo confesar que nadie las arrancó del teatro en donde se escondieron, pues la verdad y única verdad es que casi todas las noches las veíamos en escena, confundidas entre las figuras blancas de los coros de baile. A veces nos hacían alguna seña desde el escenario. Sus señales eran delicadas como los brillantes hilos de araña que colgaban de las ramas de los sauces o las brumas del lago.

Y así supimos Irina, Vasily y yo que continuaban girando y viviendo felices.

—No han perdido el don —afirmaba Irina.

Hace muy pocos días mi tranquilidad se nubló. Dormía cuando sonó el teléfono y una voz anónima y amenazadora me anunció: “¡Aquí Viena! ¿Acepta usted pagar la conferencia? La llaman de parte de Mariana”. La broma siniestra me aterró y colgué el aparato.

Quise correr a ver a Irina. No pude, pues recordé que Irina murió el año pasado y que su nombre reposa muy cerca del de Boris y en el mismo

lote en el que está escrito el de Raymonde. Le escribí una larga carta a Vasily que vive retirado en el Mediodía de Francia con un grupo de ancianos exiliados rusos. Espero su respuesta y cavilo. Trato de olvidar la voz aterradora del teléfono.

Ayer, apenas ayer, un hombre se presentó en la oficina y pidió hablar con Augusto. Lo examiné con atención y sus ojos vivaces me inquietaron: podía tratarse de un artista o de un anarquista. Parecía muy impaciente, se diría que traía una mala nueva, llevaba los cabellos en desorden, era muy alto y daba grandes zancadas. Con voz atropellada, me explicó que era el hermano menor de un amigo de Mariana. También me dijo que era austriaco y repitió:

—Hermano del mejor amigo de Mariana...

Hablaba con rapidez y tenía un fuerte acento extranjero. Su cara ancha y sus ojos claros me simpatizaron y fui de prisa a llevarle su recado a Augusto. El desconocido me dijo que se llamaba Harald. Mi jefe me miró con frialdad y sus cejas adquirieron más desorden del acostumbrado.

—No puedo recibir a ese individuo, que le diga a usted lo que desea — me dijo con una voz que me heló la sangre.

Volví al encuentro del visitante y le di la respuesta de Augusto. Harald se llevó una mano a los cabellos, enrojeció de ira, dio varios pasos precipitados por mi oficina y se plantó frente a mí.

—Diga usted al señor director que encontré a una mujer pidiendo limosna a las puertas de la Ópera de Viena... me pareció que era Mariana, quise hablar con ella y huyó. Creo que hay que hacer una investigación, y si es Mariana, ayudarla...

Me quedé petrificada, estoy muy vieja para recibir una impresión tan fuerte. Reflexioné unos instantes y volví al lado de Augusto.

—Gabrielle, para mi estabilidad mental le suplico que no pronuncie el nombre de Mariana — me contestó con severidad.

No pude llevar esa respuesta y envié a Eveline a hablar con el visitante, Augusto odia el escándalo. Anoche, después de su visita fui al teatro acompañada de Gerard y para alegría nuestra, Mariana y Natalia nos hicieron un signo desde el escenario del Bolshoi. Gerard las descubrió en el coro de *Giselle* entre las *willis* y puede asegurar que no miento. Los dos

cenamos en un buen restaurante y hablamos de ellas.

—Gabrielle, somos los únicos que conocemos el secreto de Mariana... sólo ignoramos algo: ¿fue Rudia el que las llevó a los coros del ballet?...

—Eso no lo sabremos nunca...

—Rudia guarda muchos secretos, quizás ese Harald debería hablar con él —insistió Gerard.

—Debemos deliberar sobre el asunto...

Yo sé que Harald no debe hablar con Rudia ni con Sara, el tiempo los ha hecho olvidar a Mariana, además Harald quedaría tan triste como quedé yo después de hablar con ellos. No puedo acusarme de cobarde. Mariana fue una desequilibrada y su sombra se ha convertido en nada. Algunas veces compro rosas color té y se las ofrezco a su fotografía y a la de Natalia... También guardo el diario de Mariana, estaba en el fondo del baúl, se lo dejaré a Gerard cuando yo muera, será hermoso que alguien sepa la trágica verdad sobre una bella desconocida, antes no se lo daré a nadie, no se deben tomar riesgos por unas mujeres cuyas vidas fueron completamente inútiles y ¿para qué colocar una piedra en el camino de Augusto y en el mío?... Es mejor que Mariana aparezca a sus amigos en las puertas de la Ópera de Viena o en los coros de ballet. Yo sé que a Natalia le gustaría más este final imprevisto...

III

Siempre envidié la facilidad de mi primo Bertrand para rodearse de amigas. Él no le daba importancia a esa facultad suya y era generoso. Cuando lo visitaba en su piso de balcones abiertos a la Tour Eiffel, estaba seguro de encontrarlo con alguna hermosa amiga.

—Mariana... —me dijo una tarde Bertrand.

Una joven fumaba sentada en un canapé de terciopelo de color tabaco. Calzaba mocasines y me miraba con ojos desparpajados. En esos días de la posguerra las mujeres llevaban zapatos de suelas altas, como las de los antiguos coturnos y los cabellos levantados en torres complicadas. El suéter y los cabellos lisos y sueltos me confirmaron que la nueva amiga de mi primo era extranjera. Una de las primeras llegadas a París después de la ocupación alemana. Mariana me ofreció un cigarrillo suave.

—Natalia, su hija —agregó Bertrand.

Me volví. En una esquina del salón, una niña muy pequeña vestida a la inglesa y que era la reproducción de Mariana se puso de pie y me hizo una reverencia. Después volvió a inclinarse sobre un libro de estampas.

A pesar de la aparente naturalidad de Mariana, me fue imposible establecer un diálogo con ella. Había algo que la aislaba de nosotros y frente a ella tuve la impresión de admirar desde la calle un hermoso automóvil guardado por el vidrio del escaparate. Bertrand parecía estar en la misma situación que yo: imposibilitado para comunicarse con su amiga, que se limitaba a reír de todo lo que decíamos. Por algunas frases creí entender que se habían conocido en la costa vasca durante las vacaciones que acababan de terminar. En efecto, Mariana estaba dorada

como una nuez y sus cabellos rubios desteñidos por el sol marino. Mi primo le mostró algunos dibujos que ella no apreció y creí adivinar que sólo le interesaban los deportes. Bertrand le explicó que era él quien iba a decorar los escaparates de *Hermes* y Mariana simplemente se echó a reír. Su fama de arquitecto joven y buen decorador fracasaba ostensiblemente frente a su visitante.

Cuando decidió irse, me ofrecí a acompañarla y salimos los tres, Mariana, Natalia y yo, dejando a Bertrand en la penumbra de su salón. Al despedirnos, me susurró en voz baja: “No trates de quitármela”. En la puerta estaba la bicicleta de Mariana, pero se opuso a montarla y a dejarme ir a pie. Echamos a andar, ella conduciendo el vehículo por el manubrio y con Natalia sentada en la rejilla trasera, como si fuera una cestita. Caminamos por en medio de la calzada silenciosa. La guerra nos dejó sin automóviles y las calles estaban quietas, envueltas en las primeras nieblas del otoño. Cruzamos el Sena y Mariana se detuvo a contemplar su corriente. De pronto se volvió hacia mí:

—Él se va... —dijo.

Miraba el río con intensidad y al sentirse observada se turbó y se echó a reír. El viento de octubre era frío y hacía correr las hojas caídas con un ritmo de polka que súbitamente me llenó de tristeza. Descubrí que Mariana llevaba el camino de mi casa. Me explicó que vivía en una avenida vecina a la rue de la Faissanderie, donde yo habitaba con mis padres. La dejé frente a la puerta de hierro y de cristales de su edificio y me dijo vagamente que estaría muy feliz de volver a encontrarme. El conserje recogió la bicicleta y vi a la madre, con la niña de la mano, cruzar el vestíbulo de mármol blanco y tomar el pequeño ascensor. El criado me miró con curiosidad y huí precipitadamente. En el corto camino a mi casa me di cuenta de que Mariana no me había dicho absolutamente nada sobre ella y al llegar a mi habitación me precipité al teléfono para hablar con Bertrand. “¿Mariana?”, la había conocido en Guethary, era solitaria, pasaba el día con su niña y él la había incorporado a un grupo de amigos y habían pasado todo el verano juntos.

—¿Es tu amante?

—No... —contestó después de unos instantes de excitación.

Me confesó que le hubiera gustado afirmar lo contrario pero Mariana no se había acostado con él ni con nadie durante los tres meses del verano.

—¿Es sólo una provocadora? —pregunté con cierta intención en la voz.

—¡No seas ridículo!

Oí su risa. Le expliqué que la actitud de Mariana me parecía escandalosa. ¿Qué edad podía tener, veinticinco años?, parecía más joven. ¿Y cómo no se había acostado con nadie durante tres meses? Bertrand no pudo explicármelo. Admitió que él también había tratado de convencerla mientras paseaban de noche sobre las rocas, que había fracasado, Mariana sólo contestaba con risas.

No olvidé a Mariana. Algunas veces cuando volvía tarde a mi casa pasaba frente a su edificio. No sabía cuáles eran sus ventanas y miraba esperando descubrir en alguna de ellas su silueta. Pero a través de los cristales bien pulidos y de los cortinajes echados nunca logré distinguir nada. Me preguntaba qué hacía y dónde se escondía. Llamé a Bertrand.

—Algunas veces la llevo a Diable Rose a tomar el té —me contestó Bertrand, y por su tono de voz supe que Mariana seguía en su decisión de no convertirse en la amante de mi primo.

Entonces, decidí que no era desleal mi intervención. Aprovechando la ausencia de mis padres organicé una pequeña fiesta. Me pareció que era el único pretexto que tenía para hablarle por teléfono. La llamé un domingo por la mañana y la invité a un cocktail ese mismo día. Deseaba parecer natural y moderno, frente a ella que era ultramoderna. Al escuchar su voz sorprendida temí que no aceptara. Más tarde supe que Mariana estaba siempre sorprendida y que tal vez de eso partía su extrañeza. Aceptó la invitación y me precipité a invitar a los demás. En domingo era difícil conseguir amigos y sólo encontré a tres chicas inglesas que formaban parte de un show y a tres compañeros de estudio de la Escuela Politécnica. Tal vez no eran los compañeros ideales para una invitada como Mariana, pero la escasez me hizo aceptarlos con beneplácito.

Al oscurecer eché una ojeada sobre las bandejas de pastelitos y bocadillos comprados en el “Mercado Negro” y comprobé que los salones

de la casa de mis padres eran exiguos y oscuros para Mariana. Robert, el mozo, me miró con aire burlón mientras preparaba los vasos y el hielo para el whisky.

—¡Ojalá que no lleguen el señor y la señora! —me dijo con malicia refiriéndose a mis padres.

Las chicas inglesas trajeron discos de jazz. Las luces de la escalera y del salón eran tenues y los ramos de flores frescas parecían más vivos junto a los tapices antiguos que colgaban de los muros. Mariana vestía un traje corto y escotado. No le pareció escandaloso que mis amigos besaran a las chicas inglesas, ni que buscaran los rincones en penumbras ni los divanes sedosos. Se movía sola con naturalidad como si toda su vida hubiera asistido a fiestas íntimas. Yo no logré besarla. Es decir, ni siquiera lo intenté y apenas si me atreví a bailar con ella. Mariana se escurría por la penumbra del salón como una gota de ámbar, se alejaba de mí a pesar de mi deseo de estar con ella. Junto a los tapices, su figura alargada se confundía con las figuras ocres que tanto me gustaba contemplar en mis ratos de soledad. Me acerqué y besé su hombro desnudo. Ella permaneció indiferente, tan indiferente que me sentí ofendido. Se volvió a mí:

—¿Son auténticos? —dijo refiriéndose a los tapices.

—Algunos —contesté de mala gana.

Me miró y no supe si era malvada o simplemente fría.

—Dejé dicho en mi casa que estoy aquí. No sé si pueda quedarme con ustedes mucho rato.

Me sentí ofendido. Sólo había venido por cortesía y no pensaba prolongar su estancia en la fiesta. Mariana tenía tres años más que yo, cosa que me resultaba bastante humillante. En ese momento hubiera deseado ser veinte años mayor. Iba a decirle algo, cuando vi a Robert que avanzaba acompañado por dos desconocidos. Ambos tenían un gesto de disgusto profundo. Me acerqué a ellos.

—Soy...

El hombre no tuvo tiempo de presentarse. Mariana se precipitó a su encuentro y dio un beso en la mejilla a cada uno de los intrusos.

—¡Augusto!... ¿Viniste? —preguntó aterrada al hombre que había tratado de presentarse. Éste la miró con frialdad.

—Vine —contestó con voz cortante.

—No sabía a qué horas volverían y pensé que podía venir aquí un rato —dijo ella.

—¡Mientes! —contestó el hombre mirándola con ojos fríos.

Su acompañante permaneció impasible. Era notable su parecido con Mariana. Ambos eran rubios y tenían el aire fácil de los deportistas, aunque el recién llegado era muy bajo de estatura y tenía la piel rojiza. Se diría un pariente mayor de Mariana y bastante raquítrico.

—Soy su marido —me explicó el otro, a quien ella había llamado Augusto.

Al decir esto se volvió para observar con curiosidad el salón, los muebles y los invitados. La fiesta continuaba indiferente a su llegada. Augusto exclamó:

—¡Qué hermosa casa!

Mariana trató de disculparse con el acompañante de su esposo.

—Pensé que como siempre llegan tarde, podía venir aquí un momento —dijo tratando de reír, aunque parecía confusa.

Su marido se volvió a ella y la miró con disgusto.

—¡Mientes, Mariana! —repitió con simpleza.

El hombre rubio permaneció impasible ante las explicaciones que ella trató de darle y Augusto se acercó a contemplar los tapices con aire de conoedor. Yo, de pie en medio de ellos, no supe qué decir. Robert se acercó con una bandeja y Augusto aceptó un whisky y sonriendo me preguntó por la biblioteca. Me disponía a llevarlo, cuando me detuvo con un gesto cordial:

—No. Es injusto que moleste a los jóvenes. ¿Por qué no me presenta con sus amigos?

Detuve a las parejas para presentarles al marido de Mariana y Augusto bailó con Suzy tres veces. Era un hombre joven, con las facciones delicadas de algunos sudamericanos. Me sorprendieron sus manos pequeñas y el brillo claro de sus ojos en contraste con su piel aceitunada. Su presencia interrumpió el ritmo de la fiesta, yo me sentí turbado y apenas me atreví a mirar a Mariana, que había ido a sentarse en el primer peldaño de la escalinata y permanecía sola, con una sonrisa apenas

esbozada. Me dirigí a ella y el rubio me interceptó el paso.

—Mariana es insoportable. ¡Un verdadero problema para el pobre Augusto! Tiene puntos ciegos en el cerebro —agregó tocándose la cabeza.

Me incliné a escuchar las confidencias de aquel hombre pequeño de estatura y mucho mayor que yo en años.

—Una chica problema. Necesita un psiquiatra —dijo con brutalidad.

No quise escucharlo. Decepcionado, se dirigió a otra de las chicas y yo fui al lado de Mariana y la invité a bailar.

—¿Su marido es muy celoso?

—¿Celoso?... ¿De qué? —preguntó sorprendida.

Bailaba tan bien que me pareció una profesional. Noté que el hombre rubio a quien Mariana llamaba Ramón la seguía con la mirada por encima del hombro de su pareja y que le disgustaba que bailara conmigo. Mariana tenía algo equívoco, bailaba demasiado bien y también se escotaba demasiado. Cuando traté de cerrarla contra mí se alejó con un movimiento ligero y me miró asustada.

—Soy muy nerviosa... perdone.

Se echó a reír y me miró con aire confidencial.

—Por ejemplo, lo oscuro me asusta. La casa es tan grande y tan quieta, que en las noches me da miedo y me voy al cuarto de Natalia...

La miré sin entenderla. Tal vez Ramón estaba en lo cierto. ¿Había dicho puntos ciegos?

Mariana no mentía, en sus ojos hallé sombras de miedo a pesar de encontrarse en una reunión en donde la música y las flores producían un ambiente protector. Su marido bailaba ceñido a Suzy. Al día siguiente Suzy me explicó el recorrido que hicieron juntos esa noche por los lugares de moda. Augusto era encantador y le había dado una verdadera cátedra de arqueología.

—¿Y su mujer? —le pregunté.

—Una histérica que le hace la vida imposible —declaró Suzy con aire pensativo.

Esa noche Mariana se rehusó a seguir bailando conmigo y prefirió volver a su puesto en la escalera. Tal vez la mirada de Ramón la cohibía. Desde lejos vi que llevaba el ritmo de la música con un pie mientras

contemplaba un punto fijo con los ojos muy abiertos.

—Está de mal humor —me dijo sonriendo su marido.

Miré hacia Mariana que permanecía inmóvil en el escalón mientras su marido desde lejos la contemplaba con fijeza.

—Le molesta que le impida mentir. Toda su familia fue como ella: mentía como respiraba. No hay solución para este problema, André.

Parecía preocupado. No supe qué contestar. Observé su perfil delicado y él se pasó una mano por los cabellos. Se volvió a mí con los ojos sombríos.

—Al principio creí que era una forma de la imaginación, ahora sé que simplemente es una falta total de ética. ¡En fin!... ¿Sabe usted de algún buen internado?

La pregunta me sorprendió tanto, que debí poner una expresión muy extraña y Augusto se apresuró a aclarar.

—No es para ella. ¡No! Es para la niña...

No pude recordar el nombre de ningún pensionado. Busqué ansioso el nombre de la escuela de mis hermanas, sin poder hallarlo en mi memoria.

—Tenemos una hija y quiero alejarla de su influencia nociva —concluyó Augusto con voz trágica.

El hombre me dio pena. Era doloroso que un hombre mayor que yo y prácticamente un desconocido me hiciera confidencias angustiadas en medio de la banalidad de una fiesta íntima. Augusto debería cifrar en los treinta años, lo miré y tuve la impresión de que en alguna parte había escuchado su nombre.

Lo oí insistir en la urgencia de separar a la niña de Mariana.

—Me informaré con mi madre —prometí.

Me dio una palmada cordial en el hombro y apuntó mi teléfono para llamarme, pues deseaba evitarme molestias. Avergonzado por su debilidad, llevó la conversación hacia temas más generales, le apasionaba Sartre y desarrolló una teoría sobre la arqueología y el existencialismo que me resultó ininteligible. Me limité a aprobar sus palabras con movimientos de cabeza.

—Vivimos aprisionados por los objetos, el problema reside en

recuperar la libertad. Hablo de la libertad en el amor, no sólo del amor a la libertad —me dijo sonriendo y asombrado de sus propias palabras.

Asentí sin dejar de escuchar la música al compás de la cual bailaban mis amigos.

—La mujer objeto nos aprisiona, nos obliga a llevar una vida artificial. Yo, por mi parte, viviría en una buhardilla entregado al amor y a mis estudios, pero no puedo. Mariana y la niña me encadenan al dinero, a lo cotidiano y a la vida artificial —agregó pensativo.

Augusto se volvió a su mujer que continuaba sentada en el peldaño de la escalera. Ella al verlo acercarse se puso de pie y sonrió.

Hablaron en voz baja y se fueron. Me costó un gran esfuerzo disimular mi disgusto. Ramón permaneció en la fiesta, de pronto lo vi avanzar hacia mí acompañado de Suzy.

—¿Adónde vas? —le pregunté a la chica con violencia.

—Al Maxim's con Ramón y con Nancy. Allí nos esperará Augusto que sólo fue a llevar a casa a su mujer —me explicó la muchacha.

Lo último que vi de Mariana antes de que abandonara mi casa fueron sus piernas y su espalda dorada. ¿Por qué una persona radiante como ella podía ser peligrosa para su hija? Atajé a Ramón que se preparaba a irse con mis dos invitadas.

—Ya le dije, Mariana es un problema. ¡Cosas de la infancia! —explicó con petulancia el hombrecillo.

No volví a ver a ninguno de los tres. Augusto no me llamó nunca por teléfono y Ramón dejó de salir con Nancy. Por ella supe que Ramón no estaba emparentado con Mariana, pero nunca pude descubrir cuál era la relación tan íntima que lo unía al matrimonio. Quizás era sólo la costumbre sudamericana de ir siempre en grupo. Por amigos de Bertrand, mayores que yo, oí hablar de Augusto y de Mariana, una pareja llamativa que levantaba comentarios a su paso. Él era cordial y un apasionado de la cultura francesa, ella, en cambio, era frívola e inestable; le interesaban sólo los deportes y observaba una conducta extraña que atormentaba a su marido. Dos veces creí verla en bicicleta en el Bois de Boulogne y en la Porte Maillot, llevaba pantalones y se cubría la cabeza con un gorrito rojo.

Una noche, al volver de una de aquellas fiestas de la posguerra, se me ocurrió caminar a lo largo del Sena. Se acercaba el final del invierno terrible y esperábamos la primavera para liberarnos de la bruma instalada en las casas por la ausencia de calefacción. Pensé en Mariana y me pregunté qué sería de ella y cuál sería su problema. ¿Era una mentirosa y una loca? Esa noche tuve la seguridad de que Mariana era como cualquiera de nosotros y de que su extrañeza provenía de algo que actuaba fuera de ella y no de algo que residía dentro de ella misma. Su imagen patética sentada al pie de la escalera de mi casa me pareció perturbadora, parecía demasiado sola. “Es una criatura que uno no encuentra todos los días”, me dije. Pero no pude alejar su imagen, que a cada paso se volvía más precisa.

Fui dejando atrás los puentes del Sena. El recuerdo de Mariana me seguía nostálgico y caminaba junto a mí, mientras yo miraba la corriente en la que se reflejaban luces distantes y móviles. Antes de llegar al Puente Mirabeau, vi la silueta de una mujer acodada al pretil de piedra. ¿Qué haría allí a esas horas? Debería ser casi la una de la madrugada. Pensé que podía ser una aparición, pues la silueta brillaba con gran claridad en medio de la noche. Tal vez era una ahogada que contemplaba el lugar desde donde había saltado. Sentí temor, la silueta estaba rodeada de una soledad amenazadora. Dudé antes de acercarme a ella que pareció no escuchar mis pasos. Una fuerza superior a mi deseo de huir me colocó junto a ella y vi sus cabellos claros y recordé su perfume. No me asombró, la llamé por su nombre.

—¡Mariana!

Mariana se volvió despacio y trató de reconocirme entre las brumas.

—Soy André, el primo de Bertrand.

Ella no hizo ningún movimiento de sorpresa, me lanzó una mirada indiferente y siguió acodada al pretil de piedra. Saqué dos cigarrillos y le ofrecí uno. A la luz de la cerilla vi su rostro pálido y sus ojos demacrados.

—Es muy tarde, Mariana. Es peligroso...

—¿El río? —preguntó ella sonriendo y volviéndose a acodar sobre el pretil para contemplar el agua oscura y luminosa que corría a nuestros pies. Yo hice lo mismo, me pareció que debía guardar silencio.

—Siempre se va —dijo con simpleza.

Estuvimos callados largo rato. Después me ofrecí a acompañarla a su casa, pero ella permaneció inmóvil, como si no hubiera escuchado mi proposición.

—Vamos, Natalia puede despertarse —le dije para convencerla.

—Natalia está en un internado —dijo tranquila.

No supe qué agregar y permanecí junto a ella silencioso. En realidad no podía decirle nada más. Sabía muy poco de ella. Me pareció milagroso el encuentro y tuve la certeza de que mi presencia en ese lugar se debía a razones ocultas que nunca descubriría. Apesadumbrado por la profunda indiferencia de Mariana, extendí una mano y rocé la manga de pieles de su abrigo claro. Ella se volvió a mí.

—¿Conoce usted algún hotel en donde no necesite pasaporte para inscribirme?

La pregunta me cayó como un premio inesperado aunque merecido.

—Hay hoteles en los que no son necesarios los pasaportes —dije aturdido.

—No es un hotel de paso lo que pido... en fin, si no hay otro...

Vi que sus propósitos no se debían al deseo de tener una aventura, sino a algo que trataba de no decirme. Pensé arduamente, mientras ella me observaba con ojos ansiosos y con los brazos cruzados sobre el pecho delgado. Recordé a Castel, el corso que me surtía de cigarrillos americanos, licores y café del “Mercado Negro”. Castel compartía la regencia de un hotel en el Boulevard Raspail. El hotel era grande y anónimo.

—Conozco uno, es decir, podemos tratar.

Mariana se puso en marcha. Me coloqué a su lado y volví a rehacer el Sena. Ella caminaba a pasos largos y seguros sin buscar mi apoyo. Sus cabellos humedecidos por la bruma revoloteaban alrededor de su rostro que atravesaba la noche con tranquilidad. Hablamos de tonterías que la hacían reír.

—¿Verdad que soy una mujer fácil? —dijo riendo.

No supe qué contestar, me limité a mirarla, se había vuelto a mí y me mostraba su rostro abierto a la risa.

—Augusto pretende que soy muy difícil —agregó riendo.

No supe qué contestar. La observé entrar al hotel, no pareció inmutarse, esperó impasible a que yo hiciera las gestiones. Descubrí a Castel cerca de los elevadores. Mi amigo miró a Mariana con ojos de conocedor y me felicitó con un gesto de malicia.

—¡Alta y rubia! Te envidio, muchacho.

Castel nos inscribió a los dos bajo mi nombre, como marido y mujer. Un mozo nos condujo a una habitación enorme y sin calefacción que comunicaba con un cuarto de baño grande, cubierta de losetas blancas. Mariana se dejó caer en un sillón y me regaló una larga mirada conciliadora.

—Gracias, André.

No supe qué decir. Admiré sus piernas cruzadas y estuve quieto, mientras ella se despojaba de sus guantes color marfil. Era tres años mayor que yo y ese hecho tan simple la convertía en un ser irremediabilmente superior a mí. Su conducta extravagante la explicaba dando las gracias con una simpleza que me desarmó.

—No sabía que la habitación era para usted —dijo por decir algo.

Mariana levantó la cara y con la luz blanca de la habitación pude ver sus ojos hinchados por el llanto reciente.

—¿Algún problema? —pregunté estúpidamente.

—Sí, aquí... no entiendo... —dijo tocándose la sien con la punta de los dedos y sonriendo para decir excusas.

Vi que le temblaban las manos y que su mirada acusaba un terror repentino, que no me confesó.

—¿Pasa algo?

Mariana se cubrió los ojos como si fuera a llorar. Hizo un esfuerzo visible y contuvo el llanto, luego volvió a mirarme y me pidió un cigarrillo. Ya encendido se lo coloqué en la boca y esperé a que me dijera algo.

—Sí, André, sucede que soy mala... y...

No terminó la frase, miró el humo del cigarrillo y buscó un cenicero que me apresuré a acercarle. Cuando terminó de fumar, aplastó la colilla y se puso de pie, con la misma decisión un poco tímida de un joven

alemán al que traté durante la ocupación. Cortés, me acompañó hasta la puerta.

—¿Cómo puedo pagarle tantas bondades? —dijo con voz impersonal.

—Si quiere le avisaré a Augusto —le dije recordando que tenía un marido.

—¡No! ¡Júreme que no lo hará! Pensé que era usted amigo mío.

Dijo la palabra “mío” con una intención que no pude descifrar. Después trató de encontrar la compostura y de sonreír. Me tendió la mejilla para recibir el beso de despedida y cerró la puerta de su cuarto. Me encontré desconcertado en el pasillo solitario y abandoné el hotel tratando de no ser visto. No quería que nadie contemplara mi situación ridícula. Me fui al Hotel del Pont Royal y ahí después de una espera me consiguieron un taxi. Una vez en mi casa me vi como un perfecto idiota. Mariana me había hecho llevarla a un cuarto de hotel, era evidente que buscaba una aventura y yo me había conducido como un estúpido tratando de entender problemas que no existían sino en mi imaginación. A un hombre con más experiencia nunca le habría ocurrido lo que me había sucedido a mí. La espléndida Mariana debía estar de vuelta en su casa después de haberme invitado a pasar la noche con ella. Sin duda se estaría riendo de mí. Llamé al hotel y pedí mi cuarto, una voz aterrada me contestó.

—Sí, soy yo...

—Pensé que podía llevarle una pijama —dije como disculpa.

Mariana aceptó. Bajé las escaleras con sigilo y saqué el automóvil de mi padre, para volver al hotel del Boulevard Raspail. Me introduje de prisa, alcancé el elevador tratando de no ser visto y llegué a la puerta de la habitación. Llamé con cuidado.

—Pase —contestó mi amiga.

La luz de la mesita de noche estaba encendida y ella, Mariana, envuelta en su abrigo escribía algo sobre unas hojas de papel timbrado del hotel. Estaba de rodillas sobre la cama, inclinada sobre su tarea. Le tendí el paquete con mi pijama. Vi sus piernas desnudas y comprendí que sólo llevaba puesto el abrigo, su ropa yacía sobre el sillón. Sonriendo se levantó y se dirigió al baño. Al poco rato volvió enfundada en mi pijama y

como un muñeco de trapo se dejó caer en una silla.

—Estoy cansada.

Yo aplasté adentro del bolsillo de mi americana una de las hojas que ella estaba escribiendo a mi llegada, y que yo robé cuando entró al baño a ponerse mi pijama. Me quedé quieto, sin saber qué hacer o qué decir. Era difícil encontrar a una mujer que diera más facilidades que Mariana y al mismo tiempo nunca había encontrado a una mujer que se colocara en un terreno más inaccesible. Con cualquiera otra me hubiera acostado inmediatamente; con ella era distinto, no me atrevía siquiera a dar un paso para aproximarme a ella. Tal vez Mariana no estaba allí para acostarse, tal vez me pedía algo que yo desconocía y que me convertía en un intruso. Admiré sus espléndidos cabellos rubios.

—Mariana... —le dije en voz baja.

Me miró largo rato esperando el término de mi frase, pero no pude agregar ni una palabra. Ella no despegó sus ojos de los míos, levantó una mano y me dijo.

—La vida es triste y adentro de mi cabeza hay muchos pájaros muertos...

Las rayas blancas y azules de la pijama le daban el aire de una prisionera. ¿De quién o de qué estaba presa Mariana? No supe qué contestar y dejé de mirar su sonrisa mecánica. Le encendí un cigarrillo y se lo coloqué en la boca, le pregunté si deseaba mi compañía y ella negó con la cabeza. La dejé fumando y salí de la habitación sin haberla tocado y con la extraña sensación de que Mariana caminaba en la frontera de la luz y la sombra. Me sentí terriblemente oprimido, pensé que debería haberme quedado con ella y entrar abrazado a su cuerpo al extraño mundo por el que ella transitaba. En la calle eran las seis de la mañana. Adentro, en la habitación de mi amiga, el tiempo corría con otro ritmo que ella misma provocaba con sus ademanes y con sus palabras. Una vez en mi casa recordé sus palabras: “adentro de mi cabeza hay muchos pájaros muertos”. Había hablado con una voz terrible, de niña, que me pareció el augurio de la locura. Tal vez Augusto y Ramón estaban en lo cierto y Mariana estaba loca. ¿Qué hacía a la una de la mañana acodada al pretil del Sena? ¿Por qué podía pasar la noche fuera de su casa? No

encontré la respuesta, el sueño me venció y me quedé dormido hasta la tarde. Al despertar, le conté mi aventura a Robert mientras me servía el café. El criado me miró con severidad.

—La señora fue a ese hotel a suicidarse y aparecerá con su pijama puesta —dijo con la seguridad de un oráculo.

Dejé caer la taza. ¡Era verdad! Sólo un imbécil de veintidós años en busca de aventuras fáciles podía ser tan frívolo y no darse cuenta de la gravedad de la situación. Bajo la mirada acusadora de Robert, llamé al hotel. El cuarto de Mariana no contestaba. Pedí hablar con Castel, pero el turno de mi amigo había terminado a las seis de la mañana y no se presentaría hasta las siete de la noche. Nervioso, busqué en el bolsillo de mi americana el papel que le había robado a mi amiga en el que estaba escribiendo algo, lo leí: “Augusto es perverso”, “Augusto es perverso”, la misma frase estaba repetida hasta cubrir la página entera. La acusación lanzada contra su marido me dejó atónito y me dio la respuesta que buscaba: Mariana había ido al hotel a suicidarse. Tal vez en el momento en que la hallé junto al Sena se preparaba a lanzarse al agua, por eso había buscado un paraje tan solitario como la vecindad del Puente Mirabeau. Me aterró al recordar que también yo había llegado hasta ese mismo paraje. ¿Por qué lo había hecho? No era mi costumbre aventurarme por esos lugares a tan altas horas de la noche. Algo incomprensible me había empujado a llegar ahí la noche anterior. Alguien me había escogido para salvar a Mariana. ¿Y yo, qué había hecho? Abandonarla en un hotel vulgar para que cometiera ese acto atroz que es el suicidio. Ahora era tarde y necesitaba pagar mi descuido, mi egoísmo. Robert apareció frente a mí. Había conseguido que una vecina, Madame Legrand, me dejara su automóvil por una hora, pues en esos días era casi imposible conseguir un taxi. Dejé a Robert en la puerta de mi casa y crucé París en unos minutos. Sabía que me esperaba el escándalo, pero me animaba la idea de llegar a tiempo y salvar a Mariana. Me pareció que el ascensor era demasiado lento y cuando al fin llegué a su puerta, me costó trabajo la decisión de llamar con los nudillos. No quería la respuesta del silencio, ni ver lo que me esperaba en ese cuarto. Llamé y sentí que mi corazón golpeaba en mi pecho más fuerte que mi mano en la

puerta.

—Pase... —dijo la voz de Mariana.

La encontré sentada sobre la cama vistiendo mi pijama. Tenía el cabello húmedo. Me dejé caer en un sillón y la miré agradecido. Me explicó que tal vez estaba en la ducha fría cuando la llamé por teléfono y a eso se debió que no hubiera escuchado los timbrazos. Cerca de ella mi angustia se desvaneció y me eché a reír. Ella me acompañó en la risa. Todo se volvía natural junto a Mariana, hasta las circunstancias extrañas en que nos encontrábamos.

—Pensé... pensé que te podías suicidar —le dije tuteándola.

Mariana me miró tranquila y luego se echó a reír. No pareció sorprendida de mis temores.

—Eres muy inteligente —me dijo tuteándome a su vez.

Me acerqué invadido por una felicidad súbita y le pasé la mano por los cabellos húmedos. Ella levantó los ojos para verme.

—Es una vocación terrible... el peor de los pecados para nosotros los católicos —dijo como para sí misma.

“¡Una vocación terrible!”, había dicho. Sentí que debía regañarla, era una manera varonil de salir de la turbación que me causaron sus palabras.

—Ahora te vistes y te vas a tu casa.

Mariana me miró sosegada y supe que mi orden era inútil. Me senté frente a ella y le hablé con tono duro para sacudirla y hacerla volver a la sensatez. Ella guardó silencio y supe que mis palabras resbalaban inútiles y que ninguna de ellas era capaz de convencer a mi amiga. En cuclillas frente a ella le tomé las manos para transmitirle mi decisión de vivir.

—¿Y tu marido? —terminé preguntando.

—Por ahí anda —dijo levantando los hombros con gesto desdeñoso.

—¿Quieres explicarme qué demonios sucede? —dije exasperado.

—No sé explicarme. Me vuelvo odiosa, por eso prefiero callar —contestó mirándome con sus ojos separados.

Era inútil tratar de sacarle la verdad. Llamé al mozo y le ordené café con pan y mermelada, pues Mariana no había probado bocado desde la noche anterior. Cuando le trajeron la bandeja le expliqué que debía ir a

mi casa a devolver el automóvil de Madame Legrand, y que volvería inmediatamente después. La hice prometer que no se movería de ahí, ni haría ninguna locura durante mi ausencia y me fui preocupado. Los peatones me estorbaban, iba inquieto y la vista de la ciudad ajena a lo que me sucedía me excitaba los nervios. ¡Qué me importaba en esos momentos la ciudad que me deslumbraba cada día como a cualquier provinciano!

Al volver junto a Mariana la encontré vestida y con los guantes puestos. Humildemente le pregunté en qué podía servirla. Me dolió que estuviera lista para irse y que mi aventura con ella terminara así, en un adiós banal. Al oír mi pregunta, Mariana se puso de pie, me hizo un guiño y me tocó la punta de la nariz con los labios.

—Quiero que Augusto me dé mi pasaporte para irme. Es mejor. ¿No crees?

No supe qué contestar. Ella me explicó que su marido guardaba sus documentos de identificación y se negaba a dárselos. Sin ellos no podía viajar, ni inscribirse en un hotel de la ciudad, por eso me agradecía que le hubiera hallado alojamiento. La vi risueña y la invité a salir. Caminamos a buen paso entre la bruma húmeda y vi que Mariana se dirigía a Notre Dame. Me invitó a entrar con ella a la Catedral, mientras sacaba de su bolso un velo para cubrirse los cabellos. Las bóvedas enormes volvieron minúscula a Mariana que caminaba por las naves pisando fuerte como si hubiera entrado en su propia casa. La vi persignarse, hincarse y rezar con fervor. También le vi las piernas y me arrodillé a su lado muy cerca de ella esperando recibir algún beneficio de los que pedía.

—Tienes las piernas más bonitas de París —le dije al oído.

Se volvió enfadada, su cara estaba tan cerca de la mía que con rapidez le di un beso en la boca abierta por la sorpresa.

—Nos estamos casando —le dije con la remota esperanza de que mi deseo por un milagro se convirtiera en realidad.

Ella se llevó un dedo a los labios y continuó el rezo, luego inclinó la cabeza sobre mi hombro y abandonamos la iglesia cogidos de la mano. Los rosetones estallaron en luces que salpicaron a la piedra de las naves de diminutos arcoíris. Supe que algo muy secreto acababa de ocurrirnos...

El misterio empezó a esfumarse en la calle en donde las voces y el ruido de las suelas de madera sobre los adoquines nos interrumpieron. Los puestos de libros se hallaban llenos de lectores que se volvían al paso de Mariana.

—No me gusta París, es una ciudad egoísta. Una cárcel —exclamó de improviso.

Me ofendió y la miré con reproche: no agradecía la admiración con que la gente mal vestida la observaba. Tampoco agradecía mi compañía, ni mi afecto. Apretó el paso ignorándome, abstraída, olvidando lo que había sucedido en Notre Dame.

—París sólo cree en el triunfo y yo soy de los vencidos —agregó convencida.

Era una ingrata. Me volví varias veces para mirarla caminar a pasos largos, separada de mí y recordé nuevamente al oficial alemán que frecuentaba mi casa durante la ocupación. Quise imaginar qué había sido de él. Tal vez Mariana tenía razón y pertenecía a los vencidos. Movidamente por una ternura inesperada, la tomé de la mano y la conduje al restaurante La Prouse. Sentada en la mesa frente a mí me miró sin saber qué decir, mientras se despojaba de sus guantes. Le ordené un aperitivo y la obligué a comer. Con la comida se volvió sonrosada y reidora, me tomó una mano y me besó la punta de los dedos. Me sentí confuso y pensé que debía regañarla nuevamente.

—¡Vamos, Mariana, déjate de chiquilladas!

Cuando nos sirvieron el café decidió llamar a Augusto por teléfono para pedirle sus papeles. La vi alejarse seguida por las miradas de los demás comensales y los miré con rencor. “En verdad que los parisinos somos pueblerinos”, me dije indignado.

—Me dio cita a las seis de la tarde —me confió Mariana al volver a la mesa.

No dije nada. ¿Qué iba a decir? Encendí un cigarrillo y se lo puse en la boca ante las miradas envidiosas de los hombres de las mesas vecinas. Mariana estaba preocupada y yo era incapaz de sostener una conversación. La idea de que se iba a las seis de la tarde me dejó profundamente triste. “Deben creer que somos amantes que han reñido”,

me dije para consolarme de nuestro silencio y de la curiosidad que despertábamos. Pagué la cuenta y al ponerle el abrigo lo hice con un gesto de intimidad para deslumbrar a los demás. Salimos y caminamos a lo largo del Sena deteniéndonos de vez en vez para ver pasar a las barcas que entraban o salían de París. El aire era muy frío y los adoquines estaban todavía cristalizados por la última escarcha del invierno.

—¿En dónde te citó? —le pregunté fingiendo indiferencia y lanzando mi cigarrillo encendido al río.

—En Chez Francis; me gusta ese lugar. Está en un cruce de caminos.

La niebla subía del Sena y las luces se habían encendido cuando llegamos al Puente de Alejandro. Allí nos despedimos pues su marido la esperaba en el café de enfrente. Iban a parlamentar sobre algo que yo desconocía.

—Gracias, André —me dijo ofreciéndome ambas mejillas. La besé rápidamente, iba a alejarse y me pareció insoportable la idea de perderla. Hubiera querido besarla largo rato y se iba de mí sólo con aquellos dos besos inocentes y el beso robado en Notre Dame, sin una palabra, sin ninguna pena. Le tomé las manos enguantadas.

—¡Ojalá que Augusto no te dé el pasaporte, así no podrás irte!

Me lanzó una mirada de reproche, se rio y luego bajó a los adoquines. La vi cruzar la avenida con aire marcial y volví a pensar en los vencidos. La contemplé desde lejos cuando inspeccionaba las mesas de la terraza cubierta de cristales. No encontró a Augusto y entró al restaurante. Esperé largo rato. Deseaba que su marido no acudiera a la cita. Crucé la calle y me coloqué al lado de la cartelera teatral que anunciaba *Calígula* de Camus, interpretada por Gerard Philippe. Estuve allí mucho rato perdido en sentimientos confusos y dolorosos. La gente pasaba junto a mí sin mirarme ni compartir mi ansiedad. Me sentí un pobre diablo. Era noche cerrada cuando vi aparecer a la pareja en la terraza iluminada. Salieron a la calle en dirección al lugar en el que me encontraba. Quise ocultarme, pero me di cuenta de que Mariana y Augusto venían absortos en su problema y que mi temor de ser visto era vano. Se detuvieron en el borde de la acera en silencio. Mariana me daba la espalda y Augusto miraba obstinadamente la calle, como si su mujer no se hallara a su lado.

Ella le habló y de pronto él le tendió la mano y partió raudo. Pasó casi rozándome, iba tranquilo, como si no hubiera sucedido nada, ni la escena que se había desarrollado ante mis ojos, ni la noche pasada. “¡Le dio el pasaporte, se deshizo de ella!”, me dije. Lo vi alejarse tranquilo y su seguridad me llenó de rencor. Me volví a ver a Mariana que continuaba inmóvil y con aire extraviado en el lugar en donde Augusto acababa de abandonarla. Permaneció en la misma postura largo rato sin notar que los clientes de la terraza miraban con avidez su silueta delgada envuelta en el abrigo de castor. Luego de unos minutos pareció tomar una decisión, dio media vuelta, cruzó la calle y echó a andar por la Course de la Reine. La seguí de lejos. Caminaba a paso firme bajo las ramas desnudas de los árboles. Cruzó para caminar a la orilla misma del río. Su cabello liso brillaba bajo la luz de gas y la mancha clara de su abrigo se confundía con la neblina. Apreté el paso y la alcancé. Se volvió sin sorpresa.

—¿Eres tú?

La tomé por los hombros, era casi tan alta como yo, quería besarla, reponerme del sufrimiento pasado junto a la cartelera, pero no me atreví, había algo en ella que me detuvo.

—¿Te dio el pasaporte? —me limité a preguntar.

Mariana movió la cabeza, negando.

—¿Vas a volver a tu casa?

Mariana repitió el gesto negativo. No entendí nada. Nervioso, encendí un cigarrillo y la miré con intensidad: Mariana caía en mis brazos sin que yo hubiera movido un dedo para lograrlo. Ahora estaba en mis manos, no le quedaba más camino que el mío. Sin embargo me asaltó una duda y traté de razonar: ¿por qué si Augusto quería deshacerse de ella no le entrega su pasaporte? ¿Qué pretendía? ¿Y quién era Mariana? No sabía nada de ella. La miré preocupado y lo más sorprendente era que ella no estaba sorprendida, aceptaba la situación con naturalidad. Su indiferencia me produjo vértigo. ¿Sabría que yo esperaba fuera del café? Se lo pregunté y ella afirmó con la cabeza. ¡Sí, lo sabía! Pensé y le pregunté: “¿Lo sabía Augusto?” Mariana afirmó nuevamente con la cabeza. ¡Sí, lo sabía! Tuve la seguridad de que eran dos aventureros. París

estaba lleno de ellos, desconocidos con pasados dudosos y actividades oscuras. Recordé que Augusto gozaba de un renombre modesto entre los gacetilleros que se ocupaban de las revistas culturales de arqueología y que disfrutaba de un puesto brillante en una organización internacional que estaba a punto de abrir sus puertas oficialmente. Le ofrecí un cigarrillo y al encenderlo vi lágrimas que brillaban en sus ojos. No eran lágrimas de pena, una ira oculta y feroz se escondía en el fondo brillante de sus pupilas.

—¿Y qué pretende que hagas?

Mariana levantó los hombros y echó a andar despacio, mirando al río que corría luminoso a nuestro lado. La seguí y seguí su mirada.

—Sabe que me gusta el río... —dijo con voz tranquila.

No quise entenderla, tampoco quise entender sus palabras ni el tono frío en que las dijo. Caminamos largo rato perdidos en nuestros propios pensamientos. Cruzamos un puente y continuamos la marcha, yo ya no preguntaba nada, sólo sentía su proximidad peligrosa. Dejamos el río para internarnos por la callejuela Git-Le-Coeur en donde sus tacones retumbaron eróticos sobre los adoquines oscuros. Quise detenerme allí mismo y decirle que la amaba, pero me asustó pensar que también el amor la dejaría indiferente. Por unos instantes me alegré de que Augusto no le hubiera dado el pasaporte. Mariana era ahora para mí solo y me sentí en la obligación de protegerla.

—Conozco un *bistrot* adonde no va nadie —le dije con voz banal.

Ella se volvió riendo y me besó la mejilla.

—Vamos —dijo.

Cenamos en un *bistrot* árabe, solitario y oscuro en donde el cus-cus estaba bien sazonado a precio de “Mercado Negro”. El dueño nos miró con simpatía. En un viejo fonógrafo colocó un disco americano: *Candy* y se nos acercó sonriendo y mostrando sus encías.

—Se lo cambié a un soldado americano por una comida —nos dijo el viejo árabe.

En un rincón oscuro del *bistrot* bailé muchas veces la misma pieza abrazado al cuerpo delgado de Mariana y bajo la mirada benigna del hombre.

—¿Tienes muchos amantes? —le pregunté celoso de aquel cuerpo escurridizo.

—No.

Volvimos a la mesa. El hombre nos obsequió con dulces almibarados y nos contó retazos de un amor que tuvo.

—En ese tiempo yo era tan joven como ustedes —agregó melancólico.

Me pareció imposible que ese viejo desdentado hubiera compartido alguna vez conmigo el sentimiento furioso que yo tenía por Mariana en aquellos momentos. El viejo me miró con simpatía y creí descubrir en él una especie de compasión que me ofendió. “Se ha dado cuenta de que soy un idiota”, me dije humillado. Me levanté, pagué la cuenta y dije en voz alta.

—¿Nos vamos?, anoche casi no dormimos...

El árabe me hizo un gesto de admiración. Ayudé a Mariana a ponerse el abrigo y aproveché para rozarle la oreja con los labios, después la tomé por los hombros y salimos, fingiendo yo una victoria de mi derrota total.

Una vez de vuelta al cuarto del hotel Mariana se sentó en un sillón y yo permanecí cohibido ante su absoluta confianza. Supe otra vez que no era la aventurera que esperaba y traté de acercarme a ella. Encendí un cigarrillo y di varias vueltas por el cuarto buscando la manera de abordarla. Me planté frente a ella.

—Dime, tu marido, ¿no te ama?

—No.

—¿Y cómo puedes vivir sin amor? —insistí mirando su cuerpo flexible.

Alzó los hombros y guardó silencio. La vi tan sola que no me atreví a acercarme a ella. ¿Qué era lo que producía aquel efecto de soledad que impedía cualquier contacto con ella? Después, cuando ya no la veía, pensé que sólo era mi timidez. Esa noche la observé largo rato, perdida en pensamientos desconocidos. Levantó la vista y me miró de hito en hito.

—Podrías ser mi hermano... mira tus cabellos —dijo.

Recordé las palabras de Augusto: “Es como su familia, miente como respira”, y la miré iracundo. Augusto tenía razón, no era tan inocente como parecía, enseñaba demasiado las piernas, ofrecía demasiado la mejilla y estaba en un hotel con alguien que no era su marido.

—¿Tienes un amante?

—No.

—¿Con quién te acuestas?

—Con nadie —dijo mirándome con desafío.

Le vi las piernas, la vi sonriendo, lejana e intocable y me sentí engañado, burlado ante su negativa. Me acerqué y en vez de besarla y movido por los celos irracionales que me invadieron le grité:

—¡Mientes! ¿No te acuestas con nadie? Mientes. ¿Mientes, Mariana?

Los ojos de Mariana se llenaron de pánico y ocultó el rostro entre las manos como si fuera a echarse a llorar. Me quedé consternado.

—Nunca miento, nunca... —repitió varias veces entre sollozos.

Lloraba como una niña, hecha un ovillo y frotándose los ojos con las manos. Estupefacto, la contemplé unos minutos y luego me acerqué a ella para besarla, pero huyó hasta tocar la pared con la espalda. Me miró con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Te mandó Augusto?

¿Cómo se le podía ocurrir semejante disparate? Volví a indignarme, era una ingrata y se lo dije. Mariana me dio la espalda y se quedó frente a la pared, una avalancha de pensamientos confusos pareció aturdira; me acerqué a ella y la tomé por los hombros.

—Me voy a dormir —me dijo cuando la hice girar para verle la cara. Me hablaba desde el fondo de un pozo profundo y era como si ya no me viera.

—Perdóname —le dije asustado.

—Gracias, André, gracias —y me tendió la mano.

No podía abandonarla, temía que se suicidara, su mano tendida parecía salir de debajo de un montón de piedras. La tomé y besé sus dedos fríos. Ella me condujo a la puerta con gesto irrevocable, la abrió y me cedió el paso. La miré por última vez, muy sola, muy extraña, sonriendo por encima de alguna desdicha terrible que yo desconocía. Aturdido me pareció imposible seguir en esa puerta abierta y bajo su mirada definitiva. Olvidé todas las palabras y avancé por el pasillo hasta el elevador, luego crucé el vestíbulo de prisa. Ya no me importaba que Castel viera mi derrota, tenía la seguridad de que Mariana era la mujer de mi vida, que con ella me había jugado todas las cartas y que la había perdido por

imbécil.

No pude dormir y por la mañana recapacité, fue en el momento en que le dije que mentía cuando Mariana pareció enloquecer. Augusto tenía razón, Mariana estaba loca y su locura residía en la mentira. ¿Hasta dónde podría llegar? En mi traje quedaba su perfume y su recuerdo me llegó preciso. Sentí un dolor insoportable, sería terrible que me hubiera enamorado de ella. Nunca me perdonaría mi brutalidad de la noche anterior. Todo era fácil, ella estaba sentada mirándome, esperándome y yo había actuado como un canalla, la había insultado, me había erigido en fiscal. Me contemplé en el espejo y me hallé ridículo, con los cabellos rubios en desorden cayéndome sobre la frente.

Robert me observó mientras me servía el café.

—¿La señora Mariana se encuentra bien?

No quise contestarle. El fracaso repetido me humillaba. Tampoco quería confesarle que otra vez había abandonado a Mariana en el hotel. ¿Y si ahora hubiera cumplido lo que tanto me asustó la víspera? Robert repitió su pregunta.

—No, Robert, no se encuentra bien —le contesté con amargura.

Robert ya no podía ayudarme. Si Mariana se había suicidado nada me salvaría, todos sabían en el hotel que era yo quien había tomado el cuarto. Figurábamos como marido y mujer. Ya no me importaba el escándalo, me asustaba el amor agudo que tenía por ella y me invadía como una enfermedad desconocida. Bebí el café en silencio. Iría a buscarla y le pediría perdón. Actuaría con naturalidad, con la misma simpleza con la que ella actuaba y la llamé por teléfono.

—¿Eres tú, André? —me preguntó con voz soñolienta. No había sucedido nada y Mariana había olvidado la escena de la noche anterior. Sólo me reprochaba que la hubiera despertado.

—¿No sabes que la otra noche no dormí?

Le pedí perdón y le aconsejé que fuera buena y volviera a dormir. Yo iría a buscarla para comer juntos. Aceptó de buen grado.

—No te sientas sola, Mariana, yo estoy contigo siempre, siempre —le aseguré.

Cuando colgué el teléfono, me sentí agitado y llamé a Bertrand,

necesitaba hablar con alguien. Mi primo me dio cita a las doce de la mañana en la terraza del Fouquet. Ambos llegamos puntuales. La terraza abierta a la avenida pareció disipar el hechizo de Mariana. Los grupos sentados a las mesas vecinas charlaban alegres bajo la luz pálida de un sol invisible. Sólo yo estaba angustiado.

—¿Has visto a Mariana?

Bertrand me miró por encima del hombro y se volvió a mirar a los paseantes. Quería pensar antes de contestarme.

—Sí. Hace unas noches me llamó...

No parecía dispuesto a hacerme confidencias.

—¿Te llamó?

Me sentí traicionado por ella y vi con fijeza a mi primo. Éste adoptó un aire serio, apoyó los brazos sobre la mesa y dijo disgustado.

—No debes verla, está loca. Me telefoneó angustiada desde el Maxim's y me rogó que la recogiera. Era más de media noche. Al llegar la encontré en la puerta acompañada del negro que sirve el café. Me echó los brazos al cuello y me besó. ¿Sabes para qué me quería? Para que bailara con una sudamericana ruidosa amante de su marido —terminó Bertrand con disgusto.

Bebí el vermouth y traté de entender la conducta de Mariana y me di cuenta de que mi primo tampoco la entendía.

—Estaban las dos con un grupo de hombres viejos. Augusto había plantado a la amiga. Bailé con Mariana y le expliqué que yo no era un gigoló y le cerré la boca con un beso. Al final cedí a sus súplicas y bailé con la mujer y luego la acompañé a su casa.

—¿Por qué hizo eso? —pregunté anonadado.

—Tenía miedo. ¡Miedo de esa especie de extra de cine sudamericano! —exclamó Bertrand.

—Me parece que debería ser la otra la que tuviera miedo de Mariana —dije sin comprender la estupidez de mi amiga.

—Con Mariana todo está al revés. Deberías haber visto cómo la trataba esa mujer, que además de ser gorda, era una impertinente... Mariana me pareció abyecta —terminó Bertrand.

—Abyecta... —repetí dolido.

Mi primo se arrepintió de esa palabra y fijó en mí sus ojos claros.

—¿También tú estás enamorado de ella?

Evité contestar directamente a su pregunta y me limité a contarle mi aventura con Mariana. Bertrand pareció asustarse, se puso de pie y decidió ir inmediatamente al hotel del Boulevard Raspail. No era posible dejarla sola en aquella situación: algo o alguien la empujaba a hacer locuras.

—No sé lo que sucede. Está aterrada. ¿Por qué?... ¿Por quién? —se preguntó.

En el hotel nos informaron que Mariana había pagado la cuenta a las once de la mañana y había salido sin dejar ningún mensaje. No pensaba volver. La llave estaba en el tablero y el cuarto se hallaba disponible. Bertrand y yo nos miramos sintiéndonos inútiles. Salimos e hicimos toda suerte de hipótesis. Bertrand me reprochó haberla abandonado.

—No se le deja sola. ¿No comprendes?

Su reproche me llenó de amargura. ¿Cómo explicarle que su mano tendida era irrevocable? Guardé silencio y nos detuvimos en un estanco de tabaco para que Bertrand llamara a la casa de mi amiga, tal vez ya estaba de vuelta, pues no podía ir a ninguna parte desprovista de documentación.

—La señora está en Italia desde hace dos meses —le dijo la voz del criado.

—¡Miente usted! —gritó Bertrand.

El criado lo comunicó con Augusto y escuché a Bertrand sostener una conversación banal con el marido de Mariana. Luego le pidió hablar con ella.

—¿No está?... ¿Se fue hace tiempo a Italia?... —preguntó mi primo mirándome con fijeza.

Colgó el teléfono con decisión. ¿Cómo podía yo inventar una historia tan extraña? “Inventar cuentos sobre personas conocidas y meterlo en mis fantasías.” Me quedé atónito. ¿Dudaba de mí? Enrojecí violentamente y me puse furioso.

—¡No miento! Estuve con ella anoche y anteanoche —le grité.

Al hacerlo recordé la ira de Mariana cuando le dije que mentía. Ahora

era yo quien se indignaba y estaba dispuesto a llegar a los golpes con Bertrand que me ofendía llamándome embustero. Mi primo me miró preocupado, reflexionó perplejo ante mi ira y encendió un cigarrillo para darse tiempo a ordenar sus pensamientos. De pronto exclamó convencido:

—Entonces uno de los dos es un canalla.

—¿Cuáles dos? —pregunté atontado.

—Mariana o Augusto. ¿No lo ves? Alguno de los dos miente, aunque ambos parezcan inocentes. Tú viste a Augusto en Chez Francis y la viste a ella ¿verdad? ¡Pues uno de los dos es un canalla! —repitió indignado.

Era mejor olvidarlos, no frecuentarlos nunca más. Mi primo me hizo prometer que me abstendría de ver a Mariana pasara lo que pasara, pues la consideraba peligrosa.

No volví a ver a Mariana. De tarde en tarde, oía hablar de la pareja por terceras personas, pues su grupo y el mío coincidían en algunas ocasiones, aunque Augusto tenía fama de ser un revolucionario, no sólo en materia arqueológica, sino en política y la izquierda lo apoyaba abiertamente para abrirse camino en su carrera y mi círculo era más bien conservador. El recuerdo de Mariana dejó en mí una nostalgia duradera, a pesar de las tendencias comunistas de su marido y de sus amigos. “Parecía tan perfectamente desvalida”, me repetía Bertrand. Nunca olvidé el amor furioso que tuve por ella durante el corto tiempo que duró nuestra aventura. Después nunca más escuché hablar de ellos, tal vez abandonaron Francia y yo olvidé a Mariana. ¿Completamente? No. Su rostro se quedó dibujado en mi memoria con una terquedad asombrosa, como el de un milagro entrevisto.

Fue diez años después de mi primer encuentro con ella, cuando la vi a ella y a su doble en la terraza del Hotel Carlton en Cannes. Me acerqué incrédulo y las observé a las dos. En efecto, era Mariana, vestida como siempre de color té. La jovencita que estaba con ella vestía el mismo color y ambas inclinaban las cabezas rubias sobre unos vasos de refresco.

—¡Mariana! —le dije emocionado por su milagrosa presencia.

Ella volvió a mí su rostro y me miró con ojos vacíos. ¡Me había olvidado! Ignoraba que para mí la aventura del hotel del Boulevard

Raspail había sido definitiva.

—No me recuerdas... —le dije con reproche.

Para Mariana yo no había significado nada. La miré con tristeza y reconocí cada una de sus pecas.

—Soy André...

Ella buscó en mi rostro algún rasgo que pudiera ligar a mi nombre. Repitió con voz vaga “André, André...”, mientras la jovencita sentada junto a ella levantó la vista y me miró con los mismos ojos vacíos de Mariana.

—Es Natalia... Siéntate, qué gusto verte, André...

—¿Y Augusto?...

Mariana me regaló una sonrisa, repitió el nombre de su marido como si fuera la primera vez que lo escuchara y alzó los hombros en señal de tedio. Era la misma Mariana. Una mezcla de sentimientos confusos me ataban a ella: impaciencia, curiosidad y un amor oscuro y contrariado. Nunca me perdoné por no haberme acostado con ella. En la terraza de Cannes podía confesármelo sin miedo. Miré su cuerpo tan cercano al mío y me llegó su perfume. Natalia miraba al mar, pues mi presencia no le interesaba. Me incliné sobre Mariana.

—Tienes los hombros más bonitos de Cannes.

Ella clavó su mirada en mí y por sus ojos pasaron las noches en que no dormimos juntos. Bajó los párpados arrepentida por haberme mirado de aquella manera.

—¿Los hombros? Antes decías que eran las piernas —y se echó a reír.

Entendí que recordaba todo lo sucedido entre nosotros con la misma precisión con la que yo lo recordaba y guardé un silencio conmovido. La vi extender la mano y recoger su bolso dispuesta a abandonar la terraza. Me sobresalté y la tomé por la muñeca.

—Nos íbamos cuando apareciste —dijo.

Se puso de pie y Natalia la imitó. Era tan alta como su madre. Retuve a Mariana, siempre por la muñeca.

—Te invito a cenar hoy —le supliqué.

Con gesto melancólico negó con la cabeza, no podía aceptar mi invitación. Me pareció injusta y se lo dije, pero no logré que cambiara su

decisión. Continuó negando, meciendo sus cabellos rubios.

—¿Mañana? —supliqué.

—Mañana...

—¿Dónde estás para ir a recogerte?

—¿Dónde estás tú? —me preguntó.

Tomó el nombre de mi hotel y prometió llamarme al día siguiente para fijar la hora y el lugar de la cita. Temiendo perderla nuevamente le apunté también mi nueva dirección en París. Ahora vivía solo en un piso de soltero en la margen izquierda del Sena. Me miró preguntando: “¿No te has casado?” No pude explicarle que mi experiencia con ella había sido definitiva y que me había convertido en un solitario escéptico. Me incliné y le besé el hombro desnudo. Vi aparecer su viejo pánico y me arrepentí de mi impulso. La obligué a repetir que me llamaría y la vi desaparecer alta y rubia acompañada de Natalia. El mismo aire de soledad las envolvía a pesar de que ambas caminaban a pasos largos y seguros. “Yo soy de los vencidos”, me había dicho años atrás al salir de Notre Dame. Ahora, si no hubiese sido por la asombrosa presencia de Natalia, testimonio irrefutable del paso del tiempo, hubiera jurado que el reencuentro había ocurrido al día siguiente de nuestra separación en el hotel del Boulevard Raspail. Cuando la perdí de vista me reproché por haber permitido que se fuera sin obtener la seguridad de verla nuevamente. La verdad era que su repentina aparición me dejó atónito. Bertrand se hubiera impuesto, la habría hecho reír, se hubiera precipitado a besarla y la hubiera convencido.

Al oscurecer recorrí la Croisette esperando encontrarla. Cené en la terraza del Festival para observar a los pasantes. Estaba deprimido. Nunca venía a Cannes en verano, pues me disgustaba la multitud ruidosa y la algarabía excesiva de los extranjeros que invadían los cafés y las calles de colores llamativos y voces con acento insolente. Prefería la soledad de Les Cevennes. Sin saberlo me había convertido en un misántropo. ¿Qué era lo que me había empujado a ir a Cannes? Me asustó la respuesta: Mariana. Y recordé la noche en que mis pasos me llevaron hasta la vecindad del Puente Mirabeau. Tal vez ahora como en aquella ocasión Mariana me necesitaba y yo acudía a su cita a ciegas. Al

decirme esto, vi de lejos su silueta alta y solitaria acompañada de Natalia caminando al borde del mar. Sus trajes ocres ondulaban sobre sus cuerpos ligeros y sus cabellos rubios flotaban en la brisa marina. Tuve la impresión de que Mariana se había desdoblado en su hija y de que eran la misma persona. Pedí la cuenta y salí en su persecución, pero las perdí en una bocacalle, como si hubieran desaparecido a través de un muro ocre también. Desconcertado deambulé por La Croisette y luego me encerré en mi hotel con la vaga esperanza de que Mariana me hiciera alguna señal. Al día siguiente esperé en vano su llamada y al oscurecer salí a buscarla en las calles y por las terrazas. Fue inútil. Desapareció sin decirme por qué me había dado cita.

A mi regreso a París traté de tener noticias sobre ella, pero nadie pudo decirme nada y mi búsqueda resultó infructuosa. Fue a mitad del otoño cuando oí en una fiesta que se hablaba de Mariana: “Esa loca no deja de perseguir a Augusto”, aseguró Guy Lammont, frunciendo su pequeña nariz surcada de arrugas muy finas. Guy había ensayado todos los géneros literarios sin ningún éxito y ahora dedicaba sus esfuerzos a la crítica musical. Años atrás había aparecido escoltando a la riquísima Judith Tessier y desde entonces permanecía bajo la protección de su vieja amante. Bertrand lo ayudaba también y yo le guardaba cierta simpatía. Me apenaba su traje azul marino raído por el uso y la estrechez de la vida que llevaba con su hermana en un modesto piso de dos piezas en la vecindad de los Inválidos.

—Ella y su hija vagabundean por los cafés —terció la vieja Judith Tessier.

—Quiere la posición y el dinero de Augusto, es pobre como una rata — agregó Guy sin darme la oportunidad de intervenir en la conversación dirigida para un público más amplio.

Consternado me alejé de la pareja, a la que la diferencia de edad y de fortuna convertía en una especie de artículo cultural. No quise discutir con ellos, no tenía nada que hacer en aquel grupo que manejaba, dirigía e imponía a la vanguardia de la cultura y que en esos días se reunía para lanzar al músico Varenne, moderno y estridente, que había estado esperando cuarenta años la llegada de su mecenas. Durante esas décadas

Varenne había grabado ruidos callejeros y domésticos de lo más variado para mezclarlos después en lo que él llamó: *Sinfonías paralelas*. Depositó mi copa y me dispuse a partir. Al despedirme, supe que Augusto se había incorporado a aquel grupo y que no había podido asistir al cocktail en honor de Varenne por culpa de Mariana. ¿Qué había hecho? Judith no pudo explicármelo, pero a última hora Augusto la llamó para excusarse pues debía calmar a Mariana. Abandoné la reunión y caminé solitario por la avenida Henry Martin. La noche era fría y sus ruidos me llegaban como el sonido de cristales rotos. Las hojas caídas corrían con el ritmo de polka que había escuchado con Mariana la tarde en que la acompañé a su casa después de mi visita a Bertrand. Las noches quebradizas del otoño siempre me llenan de nostalgia y esa noche lo que escuché sobre Mariana me produjo un sobresalto amargo. No creí en las palabras de Judith y de Guy y llamé a Bertrand.

Unos días después Bertrand y yo comimos juntos. Mi primo se sorprendió al escuchar que había estado con Mariana en la terraza del Hotel Carlton. Quiso saber todos los detalles de la entrevista ya que, según me explicó, se hablaba mucho de Mariana pero nadie la veía. En cambio a Augusto se le encontraba en todas las reuniones de moda y llevaba vida marital con Lisa Fugate, la mujer de Pierre, un viejo niño terrible autor de relatos eróticos que empezaban a ponerse de moda y que practicaba una vida sexual complicada de adolescentes masculinos y de mujeres muy maduras. Bertrand los frecuentaba, ya que ambos pertenecían al círculo estrecho del escándalo elegante.

—Oí decir hace tiempo que Mariana se había suicidado —me confesó Bertrand mirándome con atención.

—¿Cuándo? —pregunté sobresaltado.

—Hace dos o tres años —contestó y supe que otra vez mi primo me tomaba por un embustero.

—¡Es ridículo! Te aseguro que la vi este verano —le dije turbado por su actitud.

Ante mi seriedad, Bertrand aceptó que la historia del suicidio de Mariana sólo eran rumores, que algunos difundían para explicar su desaparición, mientras que otros daban versiones opuestas. El mismo

Augusto apenas unas noches atrás le había rogado que interviniera con Mariana para que ésta le devolviera a Natalia, pues ambas llevaban una “conducta irregular”. Él, Bertrand, desde mi aventura en el hotel del Boulevard Raspail le había tomado desconfianza a la pareja y escuchaba los rumores que corrían sin prestarles atención. La súplica de Augusto le resultó ridícula. ¿Cómo podía intervenir él en un asunto tan privado? De la charla con Bertrand sólo me quedó la frase: “conducta irregular”, y se la reproché con amargura. Ambos la habíamos conocido y la acusación viniendo de Augusto resultaba sospechosa.

—¡Augusto miente! —dije indignado.

—No lo sé. Sólo tú y Augusto la han visto —dijo Bertrand mirándome con fijeza.

—Tal vez sólo esté loca... —agregó Bertrand pensativo.

Me pareció insoportable que hablara de ella con esa crueldad. Hacía tiempo que Augusto había reaparecido en París, ahora envuelto en una pequeña aureola lograda con sus investigaciones arqueológicas. Unido a un grupo de sociólogos buscaba en las culturas desaparecidas la vida colectiva del hombre primitivo, sus costumbres sexuales y sus hábitos eróticos, como ejemplo a seguir por el hombre occidental, portador de una cultura extinguida. La exaltación de esa sociedad promiscua hecha por él y por su grupo me pareció amenazadora para Europa.

—No olvides que Augusto no es europeo —me recordó sonriente mi primo.

Guardé silencio, pues Augusto me producía sentimientos de desagrado. Recordé su intrusión en mi casa la noche en que organicé la fiesta para Mariana con las chicas inglesas del show y su preocupación por Natalia que seguía siendo la misma. ¿Cómo un padre tan celoso de la dicha de su hija no había podido actuar en su favor teniendo a la opinión pública y al poder en sus manos? Yo había visto a Mariana y a su hija en Cannes como a dos náufragas solitarias. Ambas tenían el aire trágico de los que afrontan la soledad desde un lugar sin esperanzas. No parecían aventureras y estuve seguro de que sucedía algo que como siempre escapaba a mi entendimiento. No creí en las buenas intenciones de Augusto respecto a Natalia y se lo dije a Bertrand.

—Algún día sabremos la verdad —sentenció mi primo.

Lo miré escéptico, la verdad tenía tantas caras como la mentira, y en la vida de Augusto y de Mariana había embustes entretejidos con verdades oscuras, que ni Bertrand ni yo podíamos descubrir. Mi amiga había pasado a la sombra mientras que su marido surgía a la claridad sin más tacha que la que su mujer proyectaba sobre su apariencia de sabio impecable. Contaba con la opinión favorable de la gente mundana que lo sostenía en la batalla sordida contra Mariana, que se hundía en el fango y trataba de arrastrarlo en su caída. De pronto Bertrand y yo no tuvimos nada más que decirnos, sólo el tiempo podía darnos la respuesta que buscábamos.

Una semana más tarde en un estanco de tabaco de la rue Montalambert compré cigarrillos y algo me hizo mirar hacia el interior del café adjunto a la tabaquería. Allí, sentada junto a la pared vi a Mariana con sus cabellos rubios y su aire de caballista. Miraba con atención un huevo duro colocado en un plato de porcelana grosera, sobre la cubierta de mármol de la mesa. Me acerqué a ella, que continuaba abstraída.

—Mariana...

Levantó la vista y me pareció descubrir en sus ojos una sombra de locura. Me senté junto a ella y la vi jugar despectivamente con el huevo duro. Tuve la certeza de que no lo comería delante de mí. No quise preguntarle qué hacía en aquel lugar, tampoco ella parecía dispuesta a darme ninguna explicación.

—Tengo que hablar contigo —le dije tomándole las manos.

Mariana me miró con ojos interrogantes, parecía venir de otro mundo y mis palabras resultaron inútiles frente a su ensimismamiento.

—Necesito hablar contigo —repetí.

Mariana guardó un silencio obstinado. Llamé al camarero y ordenó pastelillos. Necesitaba ordenar mis pensamientos y mis palabras.

—Te veo triste, André... —dijo repentinamente.

—¿Qué piensas hacer este invierno? —le dije nervioso.

—No lo sé...

No quería herirla. Debía abordar el tema con displicencia, casi como un juego para no lastimarla.

—¿Por qué no vas a Chamonix?... Tengo una casa y la montaña te hará mucho bien...

Me pareció que mi voz sonaba natural, pero Mariana guardó un silencio ofendido y se empeñó en no mirarme.

—Encontrarás amigos... —agregué.

—¿Amigos?

—Sí. Te divertirás... te invito —dije con vehemencia.

—No puedo.

Insistí y al ver su rechazo definitivo recordé a Natalia. ¿Dónde la dejaría? ¡Yo era un estúpido!

—Es decir, las invito a las dos... yo no iré —dije para quitar un obstáculo y que no pensara que deseaba sacar ventaja de ella.

—No puedo —repitió.

Discutí largo rato. Le expliqué las ventajas de unas largas vacaciones en la nieve pero ella permanecía imperturbable. Me impacientó su obstinación y me dolió su rechazo. No quería nada que viniera de mí.

—Te alejarías de la maledicencia... ¿Sabes lo que se dice de ti?

Mariana escuchó atenta, como si esperara una revelación importante.

—Se dicen cosas horribles...

—¿Las crees?

—No, Mariana, yo no las creo.

Guardó silencio y perdió la mirada entre los parroquianos mal vestidos que ocupaban las mesas vecinas.

—¿Qué piensas hacer? —le dije tomándole las manos.

—Nada...

Vi sus ojos cadavéricos y oprimí sus manos adelgazadas. Me llegó su perfume y recordé el abrigo de pieles que llevaba en el hotel del Boulevard Raspail. Ahora llevaba uno parecido echado sobre los hombros. Vi su traje color miel en el que se dibujaban sus clavículas y sus pechos pequeños y solté su mano para ocupar un lugar más cercano a ella. Le eché un brazo sobre los hombros y la atraje hacia mí; después, según nuestra vieja costumbre le coloqué un cigarrillo encendido en los labios y avergonzado ante mi propia bajeza le pregunté.

—¿De qué vives, Mariana?

—André, yo nunca te ofendería...

El tono de reproche en su voz me desesperó. Le dije que sólo quería ayudarla y volví a insistir para que aceptara la invitación a Chamonix. La atraje hacia mí con violencia y me di cuenta de que mi actitud parecía una vulgar proposición y dejé caer los brazos. Nunca encontraba el gesto necesario para convencerla. Sólo hacía estupideces. Mariana se puso de pie.

—Me voy...

No logré detenerla. Apenas abandonó el cafetín decidí seguirla. No fue difícil, caminaba distraída y la luz del atardecer la recortaba con precisión. ¿Habíamos estado juntos varias horas? Me pareció increíble ya que tenía la sensación de haber permanecido junto a ella sólo unos minutos. La vi acodarse al pretil de piedra del río y contemplar las aguas que corrían a sus pies. Era la misma Mariana, sólo que sus gestos se habían acomodado en una indiferencia tan perfeccionada que producían escalofríos. Cruzó el puente y la vi entrar a un hotel de segunda categoría. Miré el nombre del hotel y luego me fui en busca de un anuario telefónico. La llamaría para decirle que necesitaba verla inmediatamente para pedirle perdón por mi actitud grosera. ¿Qué más podía hacer? ¿Confesarle que la amaba? No era el momento de decirle que no había olvidado nuestra aventura incompleta en el hotel del Boulevard Raspail. Nervioso, marqué el número del hotel en el teléfono de un café. Me contestó un empleado: “Aquí no vive ninguna señora con el nombre de Mariana”. Hice su descripción física, pensando que tal vez se escondía bajo nombre falso. “No, no hay ninguna señora que corresponda a esas señas”, me dijo. Mariana se había vuelto a esfumar.

Poco después un escándalo ocurrido en una galería de arte, me hizo pensar nuevamente en ella. La noticia venía con grandes titulares en los diarios: “Un arqueólogo a cuatro patas”. Augusto había reñido con un poeta compatriota suyo y en la pelea a bofetadas, provocada por Lisa Fugate, había intervenido primero Pierre, su marido, y después algunos invitados. Los columnistas mezclaban con malicia los apellidos del marido de Lisa y el de Augusto y decían la vida en común que llevaban los tres personajes. El escándalo se convirtió en la comidilla de París durante

varios días. La victoria la llevaba el compatriota de Augusto, que obtuvo gran publicidad al hacer caer a cuatro patas al marido de Mariana. Lisa, luciendo unos pendientes de oro y un traje de india sudamericana, aparecía retratada frente a unas ruinas en la Isla de Pascua, como la instigadora de la pelea.

Llamé a Bertrand para comentar la noticia. Él había sido testigo del encuentro surgido cuando Lisa insultó a la mujer del contrincante de Augusto. Bertrand me aseguró que el ataque se debía a la vieja enemistad entre las dos mujeres. Sin embargo la versión que hacían correr los amigos de Augusto era distinta: en la conversación surgió el nombre de Mariana y su marido le reclamó al otro los términos despectivos e injuriosos con los que calificó a Mariana. Los golpes surgieron de inmediato y Augusto se convirtió nuevamente en la víctima de su mujer, cuya conducta merecía tan duros epítetos por parte de aquel hombre. El deber de sus amigos era defender su actitud caballerosa y protegerlo de Mariana. “No nos deja vivir esa mujer”, se quejaba Lisa en voz muy alta, mientras Augusto guardaba un discreto silencio. ¿Cuál era la verdad? Bertrand me miró sorprendido.

—La verdad es que Lisa quiso pegarle a Ivonne, la mujer del otro —dijo.

—¿Y en dónde está Mariana? —pregunté.

—Se esconde y sólo aparece para lanzar amenazas —respondió Bertrand pensativo.

A continuación mi primo me explicó que Eveline, la secretaria de Augusto, se encargaba de manejar a Mariana. Se trataba de una mujer de impermeable modesto y cabello corto y grueso que circulaba al amparo de su jefe en los círculos culturales y financieros y cuya honestidad estaba garantizada por una fealdad hombruna. Fue el mismo Bertrand quien me presentó a la mujer unas noches más tarde en un restaurante de moda, en donde la secretaria cenaba con un grupo de compatriotas de Augusto. La cara ancha y ruda de Eveline me miró con recelo cuando le pregunté por Mariana.

—Es mejor no nombrarla. ¡Es simplemente una desgracia para nosotros! —dijo con voz gruesa.

Observé sus manos rojizas de uñas sucias manchadas de nicotina que

sostenían un cigarrillo Gauloise y guardé silencio, mientras los compatriotas de Augusto movieron las cabezas con disgusto al escuchar el nombre de Mariana. En efecto, era una desgracia que la gloria de aquel hombre conocido se oscureciera con el impudor de su mujer, que le negaba el divorcio honorable y arrastraba al vicio a su hija menor.

—Los errores de juventud se pagan siempre muy caros —comentó uno de los comensales con voz aflautada.

El error de Augusto era Mariana y Eveline prefirió cambiar el tema de la conversación por uno más agradable: el del último ensayo de su jefe: “El erotismo en la raza pigmea”. Los hombres escucharon complacidos y a la hora del café opinaron que Eveline debía llevarlos a conocer Pigalle. La secretaria hizo un gesto de rechazo.

—Podríamos encontrarla... —dijo mirándome con fijeza.

Después de esa insinuación sobre Mariana, no tuve deseos de ver a nadie en esos días. Me encerré en mi estudio a pensar en los mundos oscuros que pueden actuar en personajes aparentemente luminosos. Si era verdad que en Mariana existían fuerzas sombrías, yo había caído, sin saberlo, bajo un poder destructor, pues su imagen no se apartaba de mí desde nuestro encuentro en Cannes. ¿Por qué no me llamaba? Descuidaba mi trabajo y en la revista esperaban las fotografías de las gárgolas de Notre Dame que debían ilustrar una parte del número dedicado a la demonología. Moulinot en persona, con su cámara al hombro, vino a sacarme de mi soledad. Lo vi pequeño y rubio, metido en su impermeable dándome prisa. ¿Acaso había olvidado que era yo quien debía seleccionar las caras de las gárgolas? Me vestí de mala manera y salí con él a la humedad de la calle. Echó a andar su automóvil con energía. Moulinot creía firmemente en la eficacia y esta creencia suya me irritaba.

Estacionamos el vehículo en la plaza de Notre Dame a esa hora bañada por una luz opalina cuyos reflejos eran inapreciables sobre la piedra. “Los demonios iluminados”, me dije con ironía. Algunas palomas se desprendían de los relieves de la fachada, revoloteaban unos instantes y volvían a las cornisas, como si formaran parte de la piedra tallada. Dos mujeres con una mano alzada y una paloma posada en la muñeca

permanecían inmóviles mirando a las palomas y ajenas a nosotros. Eran Natalia y Mariana.

—Toma una fotografía de esas mujeres —le ordené a Moulinot.

—¡Turistas! ¿Para qué las quieres?

No podía explicarle la historia que ocultaban. Tampoco podía decirle que necesitaba su fotografía para mostrársela a Bertrand. Preparé mi cámara y tomé varias fotos sin hacer caso de la indignación de Moulinot.

—Sólo te interesan las mujeres. Serás siempre un principiante.

Me sentí ridículo y esto calmó un poco su irritación y corrí hacia mis dos amigas, pues no quería que se extraviaran otra vez. Moulinot me siguió con las mejillas encendidas por la ira.

—¿Quieres perder la luz? —dijo cuando yo apenas saludaba a Mariana.

—No, justamente no quiero perderla.

Recordé que Mariana guardaba un velo ligero en su bolso y quise arrodillarme junto a ella, como en aquella remota mañana en que entramos juntos a la catedral. Moulinot me dio prisa.

—¡Vamos, que se cambia la luz!

Natalia y su madre lo miraron con curiosidad y se echaron a reír en vez de enfadarse con su falta de cortesía.

—¿No entran? —le pedí a Mariana.

—No podemos... .

Surgió una discusión: nunca podía hacer lo que yo le pedía. Natalia intervino: no debía enfadarme, era verdad que su madre no podía entrar a Notre Dame. Moulinot se desinteresó de la discusión y me obligó a seguirlo y a abandonar a mis amigas. Alcanzamos las escaleras de prisa y con mal humor evidente. Nunca más invitaría a Mariana a nada, me prometí furioso. Traté de no escuchar las frases indignadas de mi amigo que descargaba la cámara con ira. Reconocí en las gárgolas los dientes tachados de nicotina de Moulinot y sentí un rencor profundo contra él, que había estropeado mi encuentro con Mariana. “¡Turistas!”, había dicho con suficiencia. Con una palabra se negaba a lo extraordinario, era igual a todos. Lo imaginé tomando parte en las manifestaciones políticas, tenía el físico y las características necesarias para confundirse con la masa. Su mundo íntimo estaba poblado de hechos áridos y cotidianos.

Recordé a su mujer, con la nariz brillante sentada a la mesa de los *bistrots* de moda. Sin embargo él tenía el poder otorgado por los millones de sus iguales, en cambio yo estaba en inferioridad numérica ya que creía en lo singular. A la salida le entregué mi rollo de película en el que sólo figuraban Natalia y Mariana y le hice prometer que lo revelaría esa misma noche. Deseaba mostrárselo a Bertrand.

Por la mañana me llamó Moulinot:

—Lo siento, tu rollo se veló y tus turistas desaparecieron.

Había satisfacción en su voz con dejo de barriada. Pensé que escondía las fotos para vengarse. ¿Vengarse de qué? No lo sabía, pero me era imposible ir al encuentro de Bertrand, que apenas hacía un rato había aceptado ver las fotografías de Mariana con una condescendencia que me molestó. Ahora no me creería.

El éxito del número de la revista dedicado a los demonios me dejó indiferente y me negué a cenar con Moulinot y con el director. Prefería la soledad compartida de un cinematógrafo y me dirigí a los Campos Elíseos a ver la película de un actor que causaba sensación: James Dean, en *Al este del Paraíso*. Me gustaba el título y paciente me coloqué en la cola que se alargaba interminablemente. Unos pasos adelante de mí se hallaban Mariana y Natalia. Las vi imperturbables, como los dibujos de los personajes de la Revolución francesa que, de pie en la carreta que los llevaba a la guillotina en medio del regocijo de la plebe, guardaban la cabeza en alto y la mirada vacía. Estaban marcados por la ignominia y ambas mostraban un orgullo que me pareció malsano. En el interior del cine me senté en la fila posterior a la que ocupaban. Noté que no se interesaban en el film. Durante el intermedio comieron un helado de vainilla con la disciplina de quien cumple con un rito. Hasta los menores gestos los hacían con una precisión mecánica, esforzándose en ejecutarlos con una exactitud premeditada. Me asustaron sus caras inmóviles. A la salida fingí encontrarlas.

—¡Mariana!

Me tendió las mejillas para recibir el beso con la misma precisión con la que comió el helado. Natalia hizo lo mismo. Caminé junto a ellas hablando de banalidades.

—No deberían haberse bajado de la Rueda de la Fortuna —dijo Natalia refiriéndose a la película.

Por primera vez descubrí en los ojos de Natalia la desesperación indefensa que sólo sufren los jóvenes y sentí una compasión aguda por ella, siempre tan silenciosa. Su madre repitió la frase.

—Es verdad, no deberían haberse bajado de la Rueda de la Fortuna.

—¿Adónde las llevo?

Me ofrecí galante y decidido a no perder a Mariana y a su hija, que repentinamente me parecieron irreales.

—Vivimos muy cerca, aquí mismo —dijo Mariana señalando la esquina de la rue du Colisée.

Me empeñé en llegar con ellas al portón de su casa y subí hasta el quinto piso. No había elevador. Subieron con una ligereza increíble los cinco pisos. Mariana ocupaba un departamento de dos piezas, amueblado con cierto lujo: un salón pequeño con gobelinos y sillones de época y una habitación de dormir. Natalia preparó un café que bebimos en el pequeño salón de cortinajes de color azafrán. Mariana se acercó a los ramilletes de flores que había sobre las consolas y separó con delicadeza los pétalos marchitos. Luego se volvió a su hija que permanecía quieta, envuelta en su abrigo de pieles claras.

—¡Qué pena que las flores se marchiten!

Natalia sonrió y Mariana se volvió a mí.

—A veces me siento frente a las flores y las observo para ver en qué instante pierden su frescura... y no lo veo. La destrucción se ejecuta en secreto. Todo lo terrible sucede así, en secreto. ¿Verdad? —sus palabras eran simples y su tono de voz indiferente, sin embargo me produjeron horror.

—Un crimen de sangre es tan obvio que casi no es crimen, aunque también requiere del secreto —agregó Natalia.

Observé a la joven que en ese instante se servía un cuadrillo de azúcar blanca. La muchachita agregó:

—Los verdaderos crímenes se cometen sin dejar huella, son como eso —y señaló con una sonrisa a los pétalos que su madre sostenía en la palma de la mano.

—¿No conoce a gente muerta? Hay muchos asesinados que caminan junto a nosotros.

La voz de Natalia no se alteró al hacer esta afirmación. Su madre no hizo ningún gesto. Su conversación y la atmósfera que las rodeaba era quebradiza. Sin saber por qué me sentí en peligro frente a aquellas dos mujeres casi transparentes. Quise interrumpir el diálogo y observé la mano tendida de Mariana y los ojos claros de su hija mirando sin ver los pétalos que ella parecía ofrecerme. Me puse de pie y me acerqué a los balcones desde los cuáles se veían los techos grises de París dibujados sobre el cielo oscuro. Me dispuse a abrir una ventana para romper el hechizo encerrado en el salón.

—¡No! —ordenó atrás de mí la voz decidida de Natalia.

Sorprendido me volví a ellas. Nunca olvidaré a Mariana de pie junto a una consola mirándome con ojos aterrados, mientras Natalia me miraba con fijeza, suspendida en el terreno solitario del terror. Mariana trató de sonreír ante mi sorpresa, se levantó unas mechas rubias que caían sobre sus ojos y suplicó.

—No lo hagas, André.

—El vértigo puede provocar suicidios —agregó Natalia.

—También el que abre las ventanas te puede arrojar por ellas... o por ejemplo decirte: “Anda, tírate, tírate, tírate...” ¿No lo sabes, André?

—No, no lo sé, Mariana. ¿Y ustedes abren los balcones? —pregunté asustado.

Me pareció increíble que dos mujeres jóvenes y de cuerpos elásticos, a quienes yo había conocido como deportistas, tuvieran miedo del aire o del vértigo, como cualquier campesino supersticioso. También me pareció extravagante el miedo de Mariana por “el que abre las ventanas”. La escuché responder a mi pregunta.

—Sí, los abrimos, pero de noche los balcones se vuelven peligrosos —y al decir esto Mariana desvió la vista de mis ojos.

—Ni siquiera cerrados son seguros, la gente puede levantarse dormida, abrirlos y lanzarse al vacío —comentó la más joven.

—Ya ha sucedido... lo leí en Liverpool. Por eso en la noche coloco una cómoda contra la ventana de mi cuarto, si la muevo me despierto —

concluyó Mariana sonriendo.

—Hay que tener las ventanas muy aseguradas, sobre todo si hay un hombre en la casa y nadie sabe que está con nosotras. ¿Sabes que se obedecen las órdenes? —preguntó Natalia mirándome con sus ojos claros.

Guardé silencio, me sentí oprimido, Mariana atravesó el pequeño salón y ocupó una silla mientras Natalia colocó la azucarera que había quedado fuera de la bandeja. Ambas parecían presas de un poder hipnótico y decidí romper el hechizo abordando el tema con naturalidad.

—¿Y alguna vez te has sorprendido moviendo la cómoda mientras estás dormida?

—¡Claro!, muchas veces —dijo Mariana con simpleza.

—El camino de la ignominia lleva al vacío... así te lo indican —agregó Natalia.

Sus palabras me llegaron como escritas con hielo y me dolió la cabeza. Las miré: eran dos palomas con las alas rotas posadas en el filo de una cornisa. “Su vida está en peligro”, me dije sin quitarles la vista de encima, atrapado por sus voces y sus gestos.

—¿Te pasa algo? —preguntó Mariana.

Me miró con sus ojos brillantes, se echó a reír, se puso de pie y se acercó a mí. La vi avanzar luminosa, como si estuviéramos en una reunión mundana y nunca hubiera pronunciado las palabras terribles de unos momentos antes. Le tomé la mano y se la besé. Hubiera querido besarla largamente, desquitarme de los años de espera. Ella me miró con los ojos húmedos, se inclinó y me rozó los labios con la boca. Después pasó la punta de los dedos por mis cabellos. ¿Cómo decirle que la amaba? Tuve la certeza de haber tocado una fibra secreta de Mariana, pero también supe que nos separaba un designio secreto contra el cual yo debía de luchar. Antes de despedirme me sentí deprimido, la hice prometer que me llamaría y guardé largo rato sus manos entre las mías. De pie, en la puerta de roble de su casa las dos mujeres me dijeron adiós con una cortesía exasperante. En la calle empezaba a amanecer.

Mariana nunca me llamó. Hubiera querido olvidarla pero su rostro se me aparecía en el sueño y en la vigilia. Hice muchas veces el número de su teléfono sin obtener respuesta; por fin, una mañana me contestó la voz

de una inglesa que me aseguró que acababa de alquilar el piso de la rue du Colisée. Exasperado me fui a Chamonix a pasar el final del invierno. Me consolaron las tormentas de nieve y las largas carreras en esquí. Jenny vino a alcanzarme y juntos pasamos las veladas en las fiestas ruidosas de los hoteles. No quería estar solo, me oprimía la luminosidad de la noche, los reflejos imprevistos en la nieve y el viento helado quieto entre las ramas negras de los árboles. Estaba seguro de que Mariana me observaba desde la nieve y a cada instante esperaba su aparición milagrosa. Cuando Jenny venía a mi cama, la imagen transparente de Mariana se interponía entre los dos y anulaba la dicha modesta que podía darme aquella chica de mejillas rosadas. Por las mañanas Jenny me servía el café con una solicitud que me avergonzaba. No podía decirle que la había invitado de reemplazo. ¿Reemplazo de quién?, ¿de una sombra llamada Mariana a la que yo perseguía como un maniático desde hacía diez años? Jenny ignoraba su existencia y el hecho de pasar aquellas vacaciones conmigo la hizo pensar que estábamos comprometidos. Decidí volver a París y buscar abiertamente a Mariana para obtener de ella una respuesta definitiva.

En París le rogué a Bertrand que me ayudara a encontrarla y mi primo consideró alarmante mi fijación en Mariana. Con un dejo de ironía en la voz me sugirió visitar a un psiquiatra. Discutimos, él amable, yo indignado. Al final aceptó invitarme a todas las reuniones en las que hubiera gente que conociera a Mariana.

—Tal vez te cure la decepción. Mariana no es lo que tú piensas — aseguró Bertrand.

A principios de la primavera me encontré frente a Judith Tessier en la inauguración de una galería de moda. La conversación giraba sobre el erotismo y los problemas sociales. Aquellos elegantes se pronunciaban contra la estrechez de la sociedad burguesa encerrada en sus prejuicios y culpaban a Hollywood de la moral del “final feliz” y la condena rústica del mal.

—*Delenda est* Hollywood! —exclamó Guy Lammont.

Sus palabras fueron coreadas por risas de aprobación.

—Nuestro problema es crear una revolución con rostro humano —

explicaba Judith moviendo sus dedos viejos cubiertos de diamantes.

—¿Quieres decir una revolución que nos acepte? —preguntó Bertrand risueño.

—No exactamente. Quiero decir una revolución que podamos aceptar nosotros —refutó Judith con pedantería.

—¿Y no podemos dejar a los revolucionarios que hagan la revolución y nosotros ser simplemente lo que somos: burgueses? —preguntó Bertrand divertido.

—¡No! Perderíamos nuestro lugar en la historia. Además, compartir la revolución es excitante, una aventura inesperada, ¿no te parece? —insistió Judith sacudiendo sus joyas.

—Bertrand habla de la revolución con el concepto equivocado del mal y del bien establecido por la burguesía —terció Guy con voz decisiva.

Fingiendo indiferencia provoqué la conversación sobre Mariana. ¿Acaso no representaba el mal? ¿Acaso no la condenaban por no pertenecer a la alta burguesía? Según ellos desafiaba a los principios establecidos y era evidente que no practicaba el “final feliz” que ellos deseaban destruir en el nombre de la nueva moral revolucionaria. Era evidente que Mariana iba a la vanguardia, había roto todas las estúpidas convenciones burguesas que a ellos tanto les repugnaban. Judith y Guy me escucharon con impaciencia, me interrumpieron: ¿por qué hablaba de aquella desclasada? Ellos estaban tratando del tema de nuestro tiempo, no de personajes marginados por la sociedad.

—Mariana sería una heroína revolucionaria si se lo propusiera, es el ejemplo claro de que la burguesía no acepta la libertad de la persona...

—¿Qué dice? Mariana se niega a darle el divorcio a Augusto. Es una pobre aspirante a burguesa y se ha convertido en un problema para todos nosotros —me explicó con violencia Judith mirándome con sus viejos ojos castaños.

—Se ha colocado en una situación lamentable, es lo que los comunistas llaman en su argot lumpen... lumpen no sé qué —agregó Guy apoyando las palabras de Judith.

—¡Eso es! Lleva una vida irregular, frecuenta lugares inconvenientes, y le suplico que cuando hablemos de temas trascendentes no nombre a esa

mujer. ¡Es de mal gusto! —terminó Judith.

Los observé con ira y medí sus palabras: Guy era un fracasado y proyectaba su situación penosa sobre Mariana. En cuanto a Judith, su largo enredo sentimental con Guy, veinte años menor que ella, la colocaba en una posición no sólo irregular sino ridícula. Su afán para acomodarse a la revolución en su favor significaba su voluntad de poder ahora simbolizado por los millones que guardaba en el banco, o quizá contaba con manipular a través de su dinero a algunos dirigentes de la revolución. Decidí que ninguno de los dos merecía una respuesta y les volví la espalda para encontrarme frente a Augusto, que me miró como preguntando: ¿en dónde nos hemos visto antes? Mis ojos lo acusaron y temeroso de hallarse frente a un testigo imprevisto, me obsequió con una sonrisa tímida. Me alejé de él y a distancia estudié sus gestos imprecisos y su mirada que parecía pedir disculpas al grupo elegante y revolucionario que lo protegía. Parecía perseguido por algo que yo calificué inmediatamente de culpa, aunque el grupo poderoso y subversivo en el que se movía hubiera abolido el concepto de culpa, por considerarlo un prejuicio burgués, un concepto que debería caer en desuso para que ellos pudieran cometer sus crímenes, sus adulterios y sus caprichos con toda impunidad. Fue en ese instante cuando decidí que la burguesía era simplemente abominable y me aterró saber que proyectaban introducirse en las filas bárbaras de los comunistas romos. Me sobresaltó este pensamiento, yo pertenecía a la alta burguesía y estaba dispuesto a defender mis derechos y principios frente a mis enemigos de clase. Ahora, después de hablar con Judith y sus amigos no supe cuáles eran los enemigos de clase. Distinguí un traje de mujer muy vistoso y vi que Augusto se refugiaba cerca de ese traje y parecía sentirse seguro. Lo rodearon sus amigos, algunos de los cuales llevaban insignias raras en la solapa. Lisa Fugate rio a carcajadas al verlas y se volvió a su amante para reprocharle que no llevara alguna. Augusto enrojeció y miró con disimulo en mi dirección. ¡No, ellos no perderían jamás! “Corriendo detrás de la Diosa Perra del Éxito”, me dije, citando mentalmente a D. H. Lawrence. “Yo soy de los vencidos”, me había dicho Mariana y ahora sabía que era verdad, aunque ignoraba el motivo de su derrota. Me volví a Guy y le

pregunté con voz insolente.

—¿Usted ha visto a Mariana?

—¡Ah, no! No frecuento los barrios bajos.

Su respuesta me hizo abandonar la galería. Bertrand me alcanzó en la calle pero tampoco tenía ganas de hablar con él. Mi primo se negaba a aceptar que había algo muy oscuro en la vida de Mariana y de Augusto, una laguna ignorada por todos nosotros. ¿Acaso no habían desaparecido ambos durante varios años? En ese espacio de tiempo estaba la clave que nadie deseaba encontrar. Se lo dije a Bertrand que caminaba en silencio junto a mí.

—Deseo que los comunistas les corten el cuello a todos los que estaban allí. ¡Lo merecen! —le dije al final.

Me fui solo a mi estudio. Hacía ya varias noches que dormía mal, abrí los balcones y me acosté, pero no pude conciliar el sueño. Por los cristales abiertos entraba la primera frescura de la primavera. Era una de esas noches quietas en las que la melancolía entra en lo más profundo de nuestro ser con la dulzura de un veneno, nos destruye las imágenes del pasado y nos abandona en un estupor inmóvil. ¿Qué me quedaba de los gestos, las aventuras amorosas, los paseos y los minutos que había estado en el mundo? Nada. Miré los divanes, los objetos y los cuadros que con las luces de la calle tomaban formas inesperadas. De afuera subían voces pasajeras y rápidas pisadas femeninas. La noche se extendía sobre la ciudad inútil fabricada sólo para amparar a seres tan absurdos como yo mismo perdido entre pasos y gestos que no conducían a nada. Hacía ya tiempo que todo lo que tocaba se me deshacía entre las manos, y esa noche se me había deshecho hasta la voluntad para luchar por mi clase. “Necesito buscar a alguien, encontrar algo...”, me dije fumando boca arriba echado sobre mi cama. Recordé a Mariana, mi vida era semejante a mi amor por ella, inada! Cada vez que intentaba acercármele algo imprevisto la convertía en intocable e invisible. Ahora las palabras de sus amigos la habían reducido a prostituta. “No frecuento los barrios bajos”, había dicho Guy. También Eveline, la secretaria de Augusto, se había negado a ir a Pigalle en compañía de aquellos compatriotas de Augusto por temor a encontrarla. Era absurdo seguir pensando en ella. Bertrand

tenía razón, aunque los demás no la tuvieran por el hecho de ser unos fariseos. El teléfono llamó con insistencia, debía ser Jenny que se negaba a aceptar que nuestra aventura había terminado. Dejé que el teléfono continuara llamando. De pronto sus timbrazos me alarmaron, Jenny insistía de otra manera, llamaba varias veces y había interrupciones en sus timbrazos, en cambio éstos eran incesantes y continuados. Contesté de mala gana.

—André... —me llegó la voz de Mariana.

La emoción me hizo guardar silencio. Era la primera vez que me llamaba y la conocía hacía diez años.

Repitió mi nombre.

—André...

—¿Qué te pasa? —dije tratando de resultar indiferente.

—¿Puedo verte? ¿Ahora?...

—¿Ahora?, estoy dormido...

Contesté para defenderme de la impresión angustiosa que me produjo su voz. Había acudido a mi llamado secreto para abrir un camino en esa noche vacía. De alguna manera misteriosa nos comunicábamos. Oí su súplica.

—Sólo una hora... bueno, tres cuartos de hora...

—¿Tres cuartos de hora?...

—Sí, y te prometo que me iré.

Hubiera querido decirle que viniera y no se fuera nunca, pero sólo pude decir:

—Ven, te espero. Dejaré la puerta abierta.

Colgué el aparato, me levanté, me cambié de pijama, corrí a la cocina y preparé un café. Revisé el salón que comunicaba con mi alcoba de dormir y volví a encontrarlo exiguo y miserable para recibir a Mariana. Dejé entreabierta la puerta de entrada para que no tuviera que llamar con la campanilla y nervioso volví a mi alcoba y me eché boca arriba sobre mi cama. Fumé dos cigarrillos y consulté mi reloj pulsera que había colocado sobre la mesilla de noche. Los cabellos que colgaban en litografías de las paredes de mi cuarto me parecieron súbitamente tristes. “No va a venir”, me repetí, mientras recordaba fragmentos desordenados de mis

encuentros con ella en el hotel del Boulevard Raspail. Mariana había sido mi primer amor, mi primer descubrimiento frente al misterio de la belleza femenina y todavía no había logrado tocar ese misterio que había permanecido en mí como un bello sueño. Era el sueño de un adolescente y no podía seguir actuando como un chiquillo. Di un puñetazo en la almohada y luego hundí el rostro en la blandura de las plumas. Tenía treinta y dos años y no iba a permitir que Mariana continuara jugando conmigo. Fue en ese instante cuando empujaron la puerta de entrada y esperé conteniendo la respiración. Alguien avanzaba en la oscuridad. Había tomado la precaución de dejar encendida solamente la lamparilla de noche situada junto a mi cama. De pronto, en la puerta que comunicaba con el salón apareció una figura radiante envuelta en un traje blanco que desnudaba los brazos, los hombros y la espalda. Era Mariana en traje de ceremonia. A la luz tenue de la lámpara vi sus ojos desorbitados por el miedo. Mariana avanzaba buscándome.

—André... ¿estás aquí?

—Aquí, Mariana.

Se acercó a mi lecho y se arrojó sobre mí. Su cuerpo ligero cayó sobre el mío y su perfume invadió la habitación. Se abrazó a mis hombros y escondió el rostro en la almohada, muy cerca de mis labios.

—No sé cómo decírtelo...

Le acaricié los cabellos que rozaban mi mejilla y me sentí apaciguado. Le cogí la cara con las dos manos y la obligué a mirarme a los ojos. Ella bajó los párpados que casi rozaban los míos.

—¿Qué sucede?... ¿Por qué vienes a despertarme?

Continuaba pensando que la severidad era una forma de la virilidad y esta vez quise mostrar mi fuerza, imponerme, para lograr un acuerdo normal con aquella escurridiza. Mariana se separó un poco de mí, cruzó su cuerpo sobre el mío y se sostuvo la barbilla entre las manos, apoyando los codos en la cama, tendida boca abajo como estaba. Por sus ojos cruzaron sombras y pensamientos que me sobresaltaron.

—No sé qué pasa... —dijo como para sí misma.

Me quedé perplejo mirando sus espaldas desnudas tan cerca de mis labios. Me dije que no debía hacer nada que provocara su huida y sólo le

besé la garganta. Mariana permaneció quieta sin cambiar de postura. Bajó los ojos.

—No sé qué pasa... algo horrible —le costaba trabajo decir estas palabras.

Me dejé llevar por la indignación, jugaba conmigo y su descaro me sublevó. Allí estaba tendida sobre mí diciendo incoherencias.

—Si no me dices lo que pasa llamaré enseguida a un psiquiatra —contesté llevado por la cólera.

No pareció conmoverse, se volvió ligeramente y me rozó la boca con los labios. En sus gestos no había ninguna premeditación. Sin una palabra volvió a rozar mis labios, sobre mi cuerpo sentí el suyo atravesado y su vientre tierno. Nunca la había tenido tan cerca y me conmovió su abandono, mi presencia le ahuyentaba el miedo, la calmaba como antes en el hotel del Boulevard Raspail, sólo que en aquellas noches nunca la tuve en mis brazos como ahora.

—¿Qué sucede, pequeña Mariana?

Cruzó los brazos sobre la cama y dejó caer la cabeza ocultando el rostro. La dejé quieta y tuve la impresión de que podía quedarse dormida. Me enderecé un poco y junto a mis labios quedaron sus espaldas desnudas, las besé con devoción enriquecida por diez años de espera. Ella movió la cabeza y se colocó de perfil. Vi su rostro pálido como la blancura de la sábana, la luz de la mesilla iluminaba su piel y su traje blanco.

—André... estoy cansada de tener miedo.

Le besé el cuello y acaricié sus cabellos esparcidos sobre la sábana.

—No me has dicho de qué tienes miedo, mi amor —me sorprendió llamarla en voz alta “mi amor”.

—Abrieron y entraron... —dijo con voz extraña.

—¿Quiénes? —pregunté alarmado.

—Ellos... no lo sé... Natalia y yo corrimos al otro cuarto. Después...

Mariana se interrumpió para esconder la cara sobre los brazos cruzados. No había cambiado de postura y su cuerpo continuaba sobre el mío. Le acaricié las espaldas y me incorporé para besarle la nuca, en donde los cabellos rubios se volvían tiernos como plumillas. Una mezcla de deseo y de terror por aquel cuerpo tantas veces deseado me dejó casi

sin palabras.

—Es tu imaginación... —le aseguré para tranquilizarla.

—Yo no tengo imaginación...

La tomé en mis brazos y la besé largamente. Era la primera vez que lo hacía y su cuerpo dúctil obedeció a mi abrazo. Súbitamente la sentí inerte, sin compartir mi arrebató, se dejaba besar para obtener mi protección. ¿Cómo llegar a ella? La oprimí contra mi pecho.

—Mariana, no temas nada, te lo suplico.

—Sucede todas las noches, Saturnal lo sabe...

Le cerré la boca con un beso. ¿Quién era Saturnal? Me faltaron palabras para decirle que ese peligro no existía o que sólo sucedía en su imaginación. La apreté contra mi pecho para guardarla para siempre y le repetí que la amaba. Mariana levantó los ojos y me miró con un fulgor dichoso.

—¿No te engañas? ¿De verdad me amas?

—Te juro que has sido mi único amor, Mariana.

Permaneció en mis brazos, me acarició la frente, me bajó los párpados y me los besó.

—Entonces no importa lo que suceda, el amor salva de cualquier pecado. ¿Verdad?

Volví a besarla y a decirle que la amaba. Me sorprendí a mí mismo repitiendo una y otra vez el verbo amar, del que siempre había huido por parecerme ridículo. En un instante la palabra amor me resultó de una riqueza desconocida y de una gravedad extrema. Tuve la impresión de no haberla pronunciado jamás y miré a Mariana con ojos nuevos, que la convirtieron en una criatura preciosa, “en la elegida”, me dije y me asustó el ámbito desconocido en el que entraba con ella. “Te amo”, repetía una y otra vez, buscando entonaciones diferentes y significados ocultos.

—Tu amor me sostendrá para no caer. ¿Verdad? —murmuró.

La guardé contra mi pecho. Le dije que mi amor era una poderosa red que la salvaría de cualquier caída. Y la recordé en el café sentada frente a la mesa de plancha de mármol, en medio de la soledad que sólo rodea a los caídos. Escuché las palabras que decían sobre ella: “Ha caído muy bajo”, y le aseguré que mi amor la salvaría y que no debía tener miedo.

Ella se acurrucó sobre mi pecho y se quedó silenciosa y quieta, como una paloma que vuelve a su cornisa. Ahora Mariana formaba parte de mí mismo, estábamos hechos de la misma piedra, de la misma sangre y ambos éramos el mismo paisaje. Iríamos juntos a la Catedral, como aquella mañana en la que arrodillado junto a ella le dije que nos estábamos casando y me quedé quieto abrazado a su cuerpo, consciente de la gravedad de mi deseo. Me sorprendieron dos sombras que se movían en el salón apenas iluminado por la luz que llegaba de la calle. Asombrado las vi avanzar hasta la puerta de mi cuarto, una era femenina, alta, iba cubierta con una hermosa capa blanca. La otra sombra era la de un hombre de estatura muy baja, vestido con un pantalón y un suéter negro. Aturdido por su presencia inesperada me aferré al cuerpo de Mariana, ésta se enderezó.

—Ya podemos irnos, André me ama...

La escuché decir e inmediatamente se escapó de mis brazos y se unió a Natalia y a aquel extraño personaje de cabellos negros y lisos cortados en forma de borla, como los de un niño japonés. Sus facciones irregulares y feroces estaban cubiertas por una piel tendida y amarillenta. El hombre tomó a Mariana de la mano, apenas le llegaba al hombro y junto a ella parecía un enano extranjero y malvado. Estupefacto, vi a Natalia colocarse cerca de su madre. Estaba tan suntuosamente vestida que comprendí que venía de una fiesta. Sentado en el borde de mi cama me dejé contemplar por aquel trío que me miraba con fijeza. Pensé que estaba soñando, pero la sonrisa de Mariana irradiaba tal felicidad que el sueño dejó de ser pesadillesco. ¿Quién era el hombre? Continué mirando al grupo sin entender lo que sucedía. El hombre de negro desde las hendiduras de sus ojillos oscuros me lanzó una mirada complacida.

¿Qué hacía allí invadiendo mi casa a media noche? ¿Quién es?, me repetí.

—André, te presento a Saturnal, un poeta peruano —contestó Natalia sin que yo hubiera preguntado nada en voz alta.

—Mariana tenía miedo y había razón —dijo Saturnal sonriendo.

Vi su boca abierta y sus dientes grandes y blanquísimos y no pude decir nada. Supe que de alguna manera aquel hombre oscuro era el

responsable de la presencia de Mariana en mi habitación y también el culpable de lo que ahora sucedía.

—Saturnal, ahora, si quieres, ya podemos irnos —dijo Mariana con el rostro transfigurado por la dicha.

—¿Irte? —grité indignado.

—Me dijiste que viniera sólo tres cuartos de hora —contestó Mariana.

Al escuchar que se iba me puse de pie, después volví a sentarme en el borde de la cama. ¡Mariana se iba, se burlaba de mí otra vez! Y yo la amaba... sabía que la amaría siempre y su crueldad me pareció insoportable. Cumplía su promesa de estar conmigo sólo tres cuartos de hora. Me explicó que le había suplicado a Natalia que viniera a buscarla en tres cuartos de hora y su hija cumplía con la orden recibida con una exactitud exasperante. Me sentí aplastado por mi propia estupidez, yo mismo me había colocado la trampa. Mariana ni siquiera me había explicado la causa de su miedo, había permanecido junto a mí unos minutos sólo para hechizarme y ahora se iba sonriente y segura de mi amor. La miré de pie, en el salón con su hermoso traje blanco y pensé que no podía dejarla ir. Había esperado diez años para llegar a este momento, ¿debería esperar otros diez años para volver a tenerla en mis brazos? No podía enfadarme, de alguna manera el momento era grave y ni siquiera pude sentirme burlado. Miré al hombre pequeño que se mantenía tranquilo y a la luz de la lámpara creí descubrir en él una satisfacción que me resultó insolente. “También yo tendría miedo si anduviera con un personaje tan siniestro como tú”, pensé rencoroso. El hombre me devolvió la mirada en la que brillaba el triunfo. Aparté los ojos de él y miré a Mariana y a Natalia, las dos radiantes, que se preparaban a irse con aquella especie de demonio.

—¿Y si te hubiera pedido que te quedaras conmigo toda la noche, lo hubieras hecho, Mariana?

Me miró con los ojos húmedos, se acercó al borde de mi cama, se arrodilló frente a mí y levantó el rostro.

—Sí, André. Y como me amas y no quieres que me vaya estaré siempre junto a ti.

Me dijo estas palabras con tanta simplicidad que me sentí perdido.

Inclinó la cabeza como si esperara algo de mí aunque no supe lo que era y permaneció de rodillas en actitud recogida. Le pasé la mano por los cabellos y la recordé en Nôtre Dame. Ahora arrodillada frente a mí parecía esperar un milagro. Mariana era la única mujer a la que había amado y una terrible premonición me anunció que desaparecería de mi vida.

—Por eso quise venir. Para saber de tu boca que me amabas, se lo expliqué a Saturnal —me confesó sin levantar la cabeza.

El hombre contemplaba la escena con naturalidad y fue él quien contestó a las palabras de Mariana.

—Vámonos, ya debes descansar —le ordenó Saturnal.

Antes de que yo pudiera decir nada, Mariana se puso de pie y se colocó al lado de Natalia.

—Es verdad, estoy tan cansada... —murmuró en voz baja.

—¿Me llamarás? —pregunté angustiado.

—Todos los días, mi amor —respondió sonriendo.

No supe qué decir, todo era inesperado, Mariana como siempre me había tomado por sorpresa y ahora se iba y me dejaba trémulo y sin palabras. Los tres abandonaron la habitación y yo corrí hasta la puerta. Los vi descender con ligereza las grandes escaleras de piedra que giraban en espiral hasta el vestíbulo de entrada. La capa blanca de Natalia y el traje blanco de Mariana se deslizaban rozando los amplios escalones de losas amarillentas y gastadas. Me apoyé en el barandal de hierro para verlas atravesar el vestíbulo a esa hora desierto. Cuando sus cabezas rubias vistas desde el tercer piso como dos corolas luminosas iban a desaparecer, un dolor intenso se apoderó de mí.

—¡Mariana! —grité.

Mi voz retumbó en la bóveda y ella levantó la cabeza. Su nombre vibrando en la piedra de los muros. Después los tres salieron a la calle y en ese momento supe que no vendría a buscarme, debía ser yo el que debía encontrarla. “¡Y la hallaré!”, me prometía a mí mismo, aunque tuviera que buscarla en el laberinto del tiempo, en las ciudades de las que sólo quedan huellas confusas o en las que los hombres todavía no presienten su futura existencia y por las cuales Mariana debería transitar

seguida de mis pasos. Estaba unida a ella desde antes de aquel lejano encuentro en el salón de mi primo Bertrand. Pensé que no bastaba la lógica para entender mi misteriosa liga con Mariana, recordé imágenes borradas y brillantes mezcladas con una frescura de lágrimas que las volvió difusas. Mariana y yo unidos por el llanto avanzábamos tomados de la mano o flotábamos separados por poderes invisibles, buscándonos. El alba me encontró sumido en el estupor y embargado por una pena que no había sentido nunca. Por la ventana abierta entraban los primeros rumores de las ramas tiernas de los castaños mezclados a los pasos de los panaderos y de los mercaderes que abrían el mercado vecino. Tuve la sensación de haber soñado la presencia de Mariana, pero sobre la almohada quedaba su perfume y en el suelo un guante blanco abandonado en la precipitada partida. Mariana había venido y yo la había tenido entre mis brazos. Recogí el guante que guardaba todavía la forma de su mano. “Volverá hoy”, me dije seguro de mis palabras. Volvía a ser el André de diez años atrás, cuando en la casa de mis padres Robert me servía el café amargo de la posguerra y me preguntaba por la señora Mariana. Mi memoria me devolvía a aquellos días y mi amiga aparecía vistiendo mi pijama, bailando conmigo en el *bistrot* del árabe, arrodillada en Nôtre Dame, caminando junto a mí a la orilla del Sena, llevando su bicicleta por el manubrio en nuestra primera tarde...

Me lancé fuera de la casa, necesitaba hacer algo violento. Busqué el traje de montar y poseído por una energía desesperada saqué el automóvil y me dirigí a las caballerizas de un amigo. Galopé muchas horas por los bosques de Maison Laffitte y decidí dormir allí. La violencia del aire todavía frío me reconfortó y el temor de que Mariana no cumpliera su promesa me hicieron evitar París. Mi temor era justificado, Mariana se empeñó en guardar silencio. Melancólico recorrí todos los lugares en donde habíamos estado juntos, esperando encontrarla. Por las márgenes del Sena paseaban parejas desconocidas, en el hotel del Boulevard Raspail ya no estaba Castel y Nôtre Dame me recibió sólo para devolverme el eco de mis pasos solitarios. Bertrand después de nuestro último encuentro en el que se echó a reír cuando le pregunté si sabía algo de Mariana me evitaba con delicadeza y sólo me quedaba continuar en mi

solitaria búsqueda sin la esperanza de encontrar a alguien dispuesto a ayudarme. Me sentía ofendido cuando visitaba cafetines de mala muerte o lugares equívocos, en los cuales ninguna cara se aproximaba a la suya. Si al menos supiera dónde encontrar a Saturnal, el ridículo peruano, iría a buscarlo y humillado le pediría la dirección de Mariana. Pero ¿en dónde encontrarlo? Además, ¿qué hacía ella con aquella compañía dudosa? Era incomprensible y por primera vez pensé que Judith Tessier y Guy Lammont podían estar en lo cierto. “Ella y su hija vagabundean por los cafés”... “No frecuento los barrios de la plebe”, habían dicho con gesto despectivo. También Eveline, la áspera secretaria de Augusto, se había negado a ir a Pigalle por temor a encontrar a Mariana. “¡Pigalle!”, me repetí sintiéndome aplastado por mi propia vulgaridad y enseguida me dije: “¿Por qué frecuenta los barrios bajos?” Tal vez la palabra Pigalle encerraba el misterio de Mariana. “Nos persigue”, decía la voz de Augusto y bajaba los párpados. Eveline lo miraba compasiva, le encendía los cigarrillos y apuraba un grueso trago de ron. Estuve seguro de que esa mujer hombruna tenía el secreto de Mariana y aunque me pareció no sólo ofensivo sino grotesco decidí encaminar mis pasos a Pigalle.

Hacía mucho tiempo que no visitaba ese lugar ruidoso dedicado a los turistas. Las mismas mujeres de unos años antes o quizás otras exactamente iguales a las anteriores, ocupaban las mesas de los locales iluminados con luces rojizas. Buscaba a Natalia y a Mariana entre ellas, que me sonreían desde sus trajes escotados y sus alhajas falsas. Deseaba ardientemente no encontrarlas allí, en medio del humo de los cigarrillos y la música de moda. Cuando en Chez Eve creí reconocer a Saturnal, me dio un vuelco el corazón. ¡Era él! No me equivocaba, vestía el mismo pantalón y el mismo suéter negro, sólo que ahora de su pecho colgaba una cámara fotográfica y un flash. Lo vi disparar su luz blanca y su cámara sobre una pareja y corrí hacia él, que pareció sentir mi presencia y se volvió para mirarme por la hendidura de sus ojillos negros. Con una violencia que me sorprendió a mí mismo lo tomé por un brazo, esta vez no se me escaparía el miserable.

—Vamos a tomar un trago —le ordené con voz iracunda.

—Gracias, André, me caerá muy bien: tengo mucha sed —contestó.

No supe si “ella” era Mariana o era la poesía y esperé a que continuara, pero Saturnal calló. Noté que esperaba mis palabras, sin lanzarse él en ninguna conversación. Sus respuestas eran breves y me impedían continuar una charla que me llevara con naturalidad a obtener la dirección de Mariana. Tuve la intuición de que Saturnal se sentía sometido a un interrogatorio y que lo aceptaba por pura cortesía. No quise darle una mala impresión y me escuché hablando de Gerard de Nerval. A nuestro alrededor las gentes que se movían frenéticamente y haciendo un ruido ensordecedor que dificultaba el diálogo y me hacía repetir en voz cada vez más alta mis palabras.

—¿Has visto a Mariana? —grité de repente.

—Ya no... —contestó Saturnal después de una pausa.

Puse los codos sobre la mesa y me tendí hacia él, ávido de escuchar las palabras que vendrían después de aquella lacónica respuesta, palabras que no se producían. Saturnal movió la cabeza e insistió.

—Ya no...

—¿Qué quieres decir? —lo tuteaba desde hacía rato para establecer una intimidad entre los dos que facilitara las confidencias, sin embargo mi pregunta no ocultaba mi ira frente a su mueca de ídolo sudamericano. “Deberías estar en el Museo del Hombre”, me dije mirándolo con fijeza.

—Mariana necesitaba saber que era amada y...

Un hombre de edad madura y vestido de esmoquin tomó a Saturnal por el hombro y lo sacudió con violencia. La interrupción inesperada hizo que Saturnal se volviera asustado hacia el desconocido.

—La clientela espera y usted pierde el tiempo y yo pierdo dinero —dijo con voz imperativa el hombre del esmoquin.

Saturnal se puso de pie inmediatamente, miró al hombre con aire culpable y me explicó con voz agitada:

—Trabajo aquí...

—¡Vamos! ¡Vamos! —ordenó el desconocido.

También yo me puse de pie y seguí a Saturnal a través de los pasillos formados por las mesas, mientras él tomaba sus modestas fotografías. Las parejas se abrazaban fingiendo una pasión que no sentían, pero cuya imagen feliz deseaban guardar como prueba de la posibilidad de la dicha

o de la belleza que nunca alcanzarían. Imaginé esas fotos, tomadas con una decisión bárbara, guardadas en algún cajón o colocadas sobre cualquier repisa y la ingenuidad de los aspirantes a la dicha me hizo sonreír. Saturnal trabajaba de prisa y de cuando en cuando me dirigía una mueca que mostraba sus dientes cuadrados. Era muy distinto de Moulinot que calculaba la luz, la distancia, los segundos, y que estaba siempre satisfecho de su eficacia para captar imágenes cuyo valor estaba asegurado por los siglos. Su aparente modestia enfundada en su viejo impermeable ocultaba su orgullo de técnico infalible. Moulinot no fotografiaba instantes fugitivos, ni amores ilusorios, él consagraba con su cámara lo que ya estaba consagrado y su inversión de tiempo y de trabajo era segura. Saturnal en cambio, quería asegurar a la dicha inventada y repartía migajas de amor a sus clientes. Presentí que amaba el amor y le pregunté deteniéndole en uno de los vericuetos del local:

—¿En dónde está Mariana?

—Ahora ya no lo sé... usted la ama, ¿verdad?

Y se dirigió a otra mesa sin esperar mi respuesta; mientras hacía brillar el flash agregó:

—Yo le leía mis poemas...

Ya había hecho el recorrido de todas las mesas y su confesión era el prólogo para entrar en materia. Ahora podríamos hablar con largueza de Mariana, con la cámara colgando sobre el pecho cubierto por el suéter negro me explicó:

—Tengo que ir al cuarto oscuro y revelarlas. Ellos esperan y yo necesito monedas.

—Te espero.

Y sin una palabra más Saturnal entró por una pequeña puerta que decía: "Prohibida la entrada". No pude seguirlo y esperé su regreso. ¿Cuánto tiempo podía tardar? A lo sumo unos veinte minutos durante los cuales yo vigilaría la puerta. Pasó media hora. La muchacha que vendía los cigarrillos me observaba con curiosidad. Se alejó un rato a vender su mercancía y regresó a mi lado. Pasó otra media hora y yo seguía inmóvil esperando la salida de Saturnal. La cigarrera fue y volvió varias veces, al final la joven se acercó amable:

—¿Busca algo?

—Espero a Saturnal.

La muchacha me miró con escepticismo y movió la cabeza:

—Voy a buscarlo, usted sabe cómo son estos sudamericanos.

Le agradecí su atención y la vi cruzar la puerta prohibida y reaparecer al poco rato:

—¡Ya se fue! Es un tipo imposible. Hacía ya tiempo que no venía por aquí. Hoy trabajó de remplazo por pura casualidad.

La miré incrédulo. ¡No podía ser verdad! El miserable había jugado conmigo dejándome ahí plantado, mientras él iba a esconderse a su agujero. La chica se sobresaltó al ver mi turbación.

—¿Le robó algo?

La miré con impotencia. ¿Cómo explicarle lo que Saturnal me había robado? La muchacha esperaba mi respuesta con los ojos muy abiertos.

—No. No me robó nada... pero necesito su dirección.

—¿Su dirección? Voy a ver si la tiene alguien...

La vi alejarse preocupada y hablar con varios empleados. Volvió con aire compungido.

—No tenemos su dirección. Hacía ya tiempo que no venía por aquí. Es un tipo raro. La última vez que trabajó con nosotros también se fue por la puerta de atrás sin avisar. Sus amigas vinieron a buscarlo. Cuando ellas vienen deja su motocicleta en un patio interior y no vuelve hasta dos o tres días más tarde a buscarla. Creo que vinieron por él, pero su moto no está ahí.

Me quedé atónito. Las amigas de Saturnal no podían ser sino Mariana y Natalia. Quise estar seguro.

—¿Qué amigas?... ¿Tiene amigas?...

—Sí. Dos extranjeras elegantes. Cuando vienen por él siempre lo hacen a media noche...

Le di unos francos a la chica y salí de prisa con la esperanza de encontrar a Saturnal en la calle. Pero sólo vi borrachos elegantes que cargaban en sus automóviles a las mujeres nocturnas. Subí a mi coche y busqué en las calles a Saturnal y a sus amigas. Estaba apesadumbrado al comprobar que Mariana frecuentaba con su hija los lugares bajos y se

hacía acompañar por sujetos de la ralea de Saturnal. No quise imaginar el papel que representaba el individuo en la vida misteriosa de Mariana. París estaba lleno de tipos como él, dedicados a explotar mujeres. ¿Qué era lo que la movía a dejarse manejar por aquel sujeto repulsivo? Me indigné contra mí mismo al recordar que unos minutos antes también a mí me había engañado con su falsa modestia y su falsa dulzura. “Necesito las monedas”, había dicho con voz débil y después había huido como una rata. Mi deber era salvar a Mariana. Ella misma me había suplicado que le impidiera caer. La recordé arrodillada frente a mí con las espaldas desnudas y el traje blanco abierto como una flor aquella noche en que conocí a Saturnal y sentí que unas lágrimas reticentes asomaban a mis ojos. De rodillas la bella penitente con la cabeza inclinada me había pedido ayuda. ¿Cuál era su pecado? Yo había sentido su inocencia a pesar del traje suntuoso y de su súplica. Recordé *La degollación de los mártires*, de Fra Angélico, en donde una figurita minúscula inclina la cabeza para ser decapitada. Inmediatamente recordé la pregunta de Saturnal: “Usted la ama, ¿verdad?” Quería estar seguro de mis sentimientos para satisfacer algún fin oscuro y al decirme esto me sentí ridículo y sentimental frente a aquel individuo que de acuerdo con Mariana me preparaba una trampa. Era estúpido de mi parte comparar a Mariana con la figurita de Fra Angélico. Se había arrodillado frente a mí porque yo estaba sentado al borde de la cama o quizá para impresionarme. También me pidió que la dejara caer y enseguida había huido con el fotógrafo y ahora se escondía para exasperarme. Abrumado recorrí las calles al azar. No quería volver a mi piso donde me esperaba mi amor inalterable por Mariana. En adelante debía organizar mi memoria en un orden diferente, fabricar lagunas oscuras en donde ella debía aparecer. No podía encadenarme a aquella fugitiva que jugaba conmigo desde la tarde en que la encontré en el salón de Bertrand. Quise recordar a Jenny y el tedio que me produjo su honestidad lavada con lejía me obligó a abolirla para siempre. Era mejor recordar a ¿quién? A Michele, y volví a sentirme abrumado con sus noches largas y complicadas. ¡No!, mejor era no recordar a nadie, sino pensar simplemente en el campo que con la multiplicidad de sus verdes ofrecía

una cura para la enfermiza imagen de Mariana. Me asombró el calificativo “enfermiza” y comprobé que era adecuado. De la Mariana dorada por el sol y con la boca abierta por la risa quedaba una imagen pálida y angustiada. ¿Había cambiado realmente o sólo a mí me presentaba ese rostro demacrado? El triunfo de Mariana sobre mí residía en su ambigüedad y en su capacidad para entristecerme y luego desaparecer sin dejar huella. Me pensé mezquino al decir “triunfo”. Mariana no había triunfado sobre mí, simplemente la amaba y esta sensación exaltante me llenaba de una alegría desconocida o de una ira injustificada, como en esos momentos en que corría sin rumbo en mi automóvil y en que lo único que podía aliviarme era su presencia. Me dispuse a perdonarle su amistad con Saturnal y sus visitas a los barrios bajos. Pero ¿por qué lo hacía? me resultaba difícil imaginarla caminando con Natalia, que era apenas una adolescente, por las calles equívocas de Pigalle. Sin aceptar la respuesta evidente subí los escalones de piedra de mi casa, los mismos que ella había bajado con tanta ligereza.

Unos días después volví a Pigalle a buscar a Saturnal. Hablé con la muchacha de los cigarrillos, que me dijo que el hombre no había vuelto a aparecer desde la noche en que me dejó esperándolo. Ella lo conocía poco y no se fiaba de su voz suave ni de su conducta aparentemente dócil. Para demostrarme la veracidad de sus sospechas me mostró con cautela un folleto de propaganda comunista que Saturnal había olvidado la noche de su huida y que la muchacha guardaba en secreto. Insistió en la extrañeza que le causaba a ella y a sus compañeros de trabajo la amistad de aquel hombre de cabellos cortados a la japonesa con aquellas dos mujeres muy elegantes, que lo esperaban en una callejuela oscura cuando venían a buscarlo.

—¿No le parece extraño? —dijo mirándome con ojos atentos.

En efecto, me parecía muy extraño y la causa de la amistad de Mariana con Saturnal continuaba sin respuesta. Sólo me quedaba esperar y traté de normalizar mi vida y olvidar a Mariana.

Moulinot me llamaba con regularidad y ambos hicimos un largo recorrido de trabajo por los castillos de la Loire. La excursión me volvió melancólico y la compañía de mi amigo me recordó con violencia a

Mariana. La imaginaba en los parques, contemplando las fuentes, cruzando los salones o apoyada en alguna balaustrada. No podía confiarme en mi compañero de trabajo por temor a que me tomara por un loco. A mi vuelta a París y para disipar mis depresiones, traté de ocuparme de las cosas más pequeñas. Era peligroso abandonarse a la imaginación y prefería cualquier actividad a permanecer quieto y a la merced de mis pensamientos.

En una tienda de la Plaza San Sulpicio adonde llevé a enmarcar unas litografías me empecé en una conversación con el propietario para matar parte de mi tarde libre y cuyas horas vacías me aterraban. Fue a la mitad de una frase, cuando escuché el ruido de una motocicleta y salí corriendo del *atelier* atraído por una fuerza desconocida. Saturnal, vestido con su mismo pantalón y su mismo suéter negro, estaba a unos pasos de mí, esperando la luz verde del semáforo. Corrí hasta él y lo tomé por la mano que apoyaba en el manubrio.

—¡Saturnal! —vociferé.

El hombre se volvió y me reconoció de inmediato. Abrió la boca como para decir algo y luego guardó silencio.

—¿En dónde está Mariana? —le grité.

Me miró unos segundos y me mostró la luz del semáforo para explicarme que debía seguir su indicación. Lo sujeté con más fuerza y bajó los ojos.

—No la busques... no vas a encontrarla nunca más —me dijo con voz mansa.

—¿Qué dices? —vociferé ante su insolencia.

Los coches pasaban zumbando junto a nosotros y Saturnal estaba incómodo. Se inclinó para hablarme.

—Yo la quería mucho... a veces llevaba sus joyas al empeño...

Lo miré ansioso, sin soltarle la mano y él continuó en medio del ruido de los automóviles dudando en decirme algo. Se inclinó.

—¿No te lo dijo? Fue cuando Augusto le quitó todo y se negó a guardar a Natalia...

Volvió a callar. Me sentí humillado, Mariana no me había dicho nada. Ignoraba su vida. No sabía que Augusto hubiera rechazado a su hija. Lo

miré incrédulo.

—¿Qué pasó? —le grité.

—¿No sabes que los amigos de Augusto la seguían?... ¿No sabes que lo estorbaba... por algo?

—¡No, no sé nada! —grité.

Saturnal miró la calle y pareció aturdido con los automóviles y el ruido. Vi que tomaba una decisión.

—Sí, la seguían a todas partes... sembraban rumores, las puertas se le cerraron... ¿No sabes que huyó?... Una noche entraron y ella cogió a Natalia de la mano y se tiró desde un cuarto piso...

Solté su mano y pareció que la calle y la plaza entera se desintegraban en innumerables partículas de polvo. Por eso no me había llamado; a eso se debía su silencio.

—¿Cuándo? —pregunté casi sin voz.

—Hace dos años, en Liverpool. Ahí las enterró Augusto en secreto para borrar las huellas de su persecución y de su cri... —me dijo con voz lastimera.

No comprendí nada. Saturnal mentía, hacía menos de dos meses que él mismo me había visitado con ellas.

—¡Mientes! ¡Mientes! —le grité en medio del estrépito impaciente de los automóviles que pasaban junto a nosotros.

—¡Mientes! —repetí.

Saturnal me miró con pena y movió la cabeza preparándose para partir. Volví a sujetarlo por la muñeca.

—Me visitaba, necesitaba ser absuelta, que alguien la amara para poder descansar. ¿No sabes que el amor redime de todos los pecados?

Escuché su voz lejana y su sonrisa apacible. De alguna manera supe que no mentía y que en el fondo se sentía feliz al poder decirme la verdad. Lo escuché con una calma muy extraña.

—Rondaba las iglesias, no podía entrar, el suicidio es una condena, ahora está en paz. Tú la salvaste de la diaria repetición de su pecado, de su salto mortal a las dos de la mañana —agregó con dulzura.

Y Saturnal arrancó con violencia y desapareció por una callecita tortuosa. Me quedé un tiempo en medio de los automóviles, sin pensar en

nada. No recogí las litografías. Anduve errante. Estaba terriblemente confuso, el peruano no me había mentido y recordé una a una las palabras de Mariana, sus gestos, sus apariciones y desapariciones. La confesión de Saturnal era increíble y decidí ir a Liverpool.

Allí, en el cementerio, frente a la tumba abandonada de Mariana y de Natalia supe que la verdad siempre es terrible y que el conocerla nos aniquila. Después comprendí la belleza encerrada en las palabras de Saturnal y mi amor por Mariana continúa inalterable, tendido como una hermosa red, que le impide a Mariana la sangrienta caída mientras logro llegar hasta ella.

—¿Sigues enamorado de Mariana? —me preguntó hace muy poco mi primo Bertrand.

—Ahora no puedo dejar de amarla nunca —le dije sin más explicaciones.

Sonrió, pero algo en mi actitud le dijo que no debía hacerlo. Me dio unos golpecitos en el hombro y me dijo mirando hacia la calle:

—¿Sabes que continúa persiguiendo a Augusto? Le hace escenas y se niega a devolverle a Natalia. El pobre hombre no quiere que ella sepa su nueva dirección. Ahora vive con una nueva amiga que también está aterrada por Mariana...

—Hace mucho tiempo dijiste que alguno de los dos era un canalla —le recordé.

Y cambiamos de tema. Mi amor ha salvado a Mariana de caer todas las noches con su hija desde un cuarto piso, y en vez de permanecer en ese cotidiano vértigo sanguinolento, me espera apacible en el tiempo. Es difícil explicar lo sucedido y además no me gusta revelar mi secreto...

LA CASA JUNTO AL RÍO
(1983)

Las tragedias se gestan muchos años antes de que ocurran. El germen trágico está en el principio de las generaciones y éstas, como los caballitos de las ferias, hacen la ronda alrededor del tiempo, pasan y nos señalan. Pasa Caín asesinando a Abel, y la quijada de burro permanece en su lugar inicial; pasa el incestuoso lecho de Edipo, y sus horribles ojos sacados de las órbitas; pasa Helena con el fruto de oro, premio a la belleza y origen de la guerra y pasa Job el castigado por su inocencia. Aparece Nerón fornicando y aspirando el humo del incendio que nunca afinará su lira y también pasa Cuauhtémoc de pie y prendido en su piragua y todos giran en la infinita ronda que nos refleja y engendra la tragedia. Y el tiempo circular e idéntico a sí mismo, como un espejo reflejando a otro espejo nos repite.

A veces la belleza de una abuela determina la muerte de sus nietos o la ruina de sus descendientes. Una mentira pesa durante generaciones y sus consecuencias son imprevistas e infinitas. Enfrentarse al reflejo del pasado produce el exacto pasado y buscar el origen de la derrota produce la antigua derrota. Consuelo lo sabía. Sin embargo, sólo le quedaba ir al encuentro del pasado remoto que estaba en su memoria. Si lograba encontrar los restos de la casa junto al río encontraría su presente, dejaría de ser sombra flotando en ciudades sin memoria. ¡Todos habían muerto! Sólo quedaba ella, perdida entre millones de desconocidos.

Consuelo era portadora de un germen extraño cuyo origen debía encontrar en la casa junto al río. Un germen que provocaba la curiosidad de los transeúntes, de los huéspedes de los hostales, de los viajeros de los trenes y, en ese momento, de los compañeros de viaje en el autobús que la llevaba a la búsqueda de la casa junto al río. Procuraba olvidar su

equipaje voluminoso, que decía que viajaba con su casa a cuestas: “ocho cajas de libros, dos baúles, tres maletas”, se repetía mientras soportaba las miradas ávidas de los viajeros.

Miró por la ventanilla, todo estaba igual: las montañas perfumadas, los helechos húmedos al pie de los castaños y de los manzanos, el brezo perfumado creciendo entre las rosas, los ríos plomizos como espejos líquidos sobre las lajas blancas. Las filas altas de los álamos girando en el sol cambiante de la tarde inexplicablemente campesina. Los pueblos aparecían muy abajo sobre el mar o muy altos sobre los pisos de las montañas. Los tejados rojizos o de piedra gris anunciaban las edades y las categorías de las casas, de las iglesias, de los palacios y de los monasterios.

El chofer la miraba por el retrovisor y ella no se atrevía a preguntar los nombres olvidados de los pueblos que cruzaba. En su memoria sólo estaba la fotografía que presidió siempre a su casa de México: árboles amables envueltos en la niebla, un puente romano tendido sobre un río invisible y una casa desdibujada por las ramas y la bruma. Temía que aquella casa fantasmal no hubiera existido nunca.

Alguna vez en el tiempo un carricoche tirado por dos caballos fúnebres trotó en medio de las sombras y la lluvia llevando a dos señores enlutados. Así se lo contaron de niña y así lo recordaba ella misma que también viajaba ya, en aquel carricoche. Éste se detuvo a la entrada del Monasterio de Valdediós y el prior despertó a dos niños: José Antonio y Martín, para explicarles que acababan de quedar huérfanos. Con los ojos inmóviles por el horror y las rodillas adoloridas por el frío los niños hicieron el camino de regreso en compañía de los dos enlutados y atravesaron ráfagas de lluvia hasta llegar a su casa para llevarlos luego a donde el tío y la tía, que ahora también estaban muertos. El trote nocturno que marchaba junto a ella determinó su destino. La repentina muerte de su abuelo sacó a su padre y a su tío del monasterio. “Si él no hubiera muerto mi padre hubiera sido fraile, yo no hubiera nacido y no iría en este autobús”, se dijo y recordó el viaje en el carricoche nocturno y escuchó a los caballos y miró a los enlutados de barbas bien cuidadas. Las ramas olorosas ocultaban a las ramas del duelo y a las otras, a las de la

huida, rotas por la metralla y amenazadas por el incendio y Consuelo supo que siempre fueron las mismas ramas.

La luz de la tarde ocultaba con simpleza aquella noche lejana de su infancia. Su padre dijo: “Hay que sacar a estas niñas de España”. Su madre contestó: “Volverán cuando pase esto...” Su hermana menor se cubrió la cara con las manos. Sólo le quedaban imágenes sueltas, fijas como fotografías; y una y otra vez se repetían sin dar la clave de lo sucedido. “México, México, México...”, repitió varias veces. Allí murieron sus padres y su hermana. No tenía a nadie en el mundo y le era necesario buscar las huellas de la casa junto al río. Era un detective del pasado que buscaba sombras que le dieran la clave de su derrota. Cruzaría el tiempo para hablar con sus abuelos muertos. Era una paria. En ambos lados del océano era extranjera y sospechosa. Había huido a México, y después había huido de México. Su pasado era una sucesión de casas extrañas, rostros desconocidos y palabras no pronunciadas. No tenía absolutamente nada qué decir a los vivos. Todos los seres de este mundo le producían terror y para esconderse de ellos buscaba a los otros, a los muertos. Dejó de pensar en los muertos de México, para concentrarse en los muertos de España, ellos le darían la deseada compañía y la anhelada respuesta.

El autobús hizo una curva inesperada y Consuelo se encontró frente al puente romano. Ansiosa, buscó la casa junto al río y en su lugar vio unos pilones de cemento armado. “La echaron abajo”, se dijo. “Nadie la derribó, nunca existió esa casa junto al río...” se dijo, tratando de salir del engaño en el que vivió siempre. Cruzó un puente moderno que era la prolongación de la carretera y el autobús entró en un pueblo desconocido. “Tal vez se incendió completamente”, pensó. Sus padres la libraron de la muerte aquella noche, aunque la muerte sólo es cruzar la frontera maravillosa oculta en una habitación, un camino, en la mitad del mar, en una iglesia o en una confitería, ya que cualquier lugar es válido para morir. En todo caso, aquella noche infantil ella no cruzó la maravillosa frontera. El autobús se detuvo frente a un café de puertas amarillas. Los viajeros bajaron atropellándose y permanecieron en la acera para contemplar su equipaje. Consuelo se sintió una intrusa mirada por todos.

—Un taxi...

—El hostel está a dos pasos —y un coro de carcajadas acogió su demanda.

El pueblo se congregó ante sus baúles viejos, sus cajas de libros y sus maletas. Consuelo abandonó su equipaje y se dirigió al hostel situado en la esquina de la calle.

El hostel tenía el aire modesto de un caserón de la Colonia Industrial en México: terraza de cemento, ventanales de vidrios empañados, un vestíbulo de colores violentos y, al fondo, un bar barato de gusto cinematográfico. Allí un grupo de mujeres viejas y maquilladas jugaba a las cartas. Dejaron caer las barajas para observarla de arriba abajo. Nadie le dio las buenas tardes. Amparo, la dueña del hostel, se puso de pie con esfuerzo y se encaró a Consuelo, con sus ojos miopes tras los gruesos lentes de sus gafas.

—¿Hay alguna habitación?... Con baño, por favor.

Amparo guardó silencio. No le apetecía concederle un cuarto a la desconocida. La temporada había terminado y en el hostel sólo quedaban los “fijos” y los viajeros que iban de paso. La desconocida parecía tener intenciones de pasar allí una larga temporada.

—Hay una habitación sin baño... ¿A nombre de quién? —preguntó Amparo.

—Consuelo Veronda.

Amparo permaneció tranquila. “No será de ellos”, pensó, mientras las jugadoras repitieron el nombre de Consuelo en voz muy baja. Por la puerta abierta que se encontraba detrás del bar, apareció la cabeza calva de Perico, con las mismas gafas gruesas que llevaba Amparo, y ordenó de prisa recoger el equipaje abandonado sobre la acera. También él se acercó a Consuelo.

—Usted estuvo en Covadonga hace tres años —dijo sonriendo.

Consuelo lo miró sorprendida y negó con la cabeza. Amparo y Perico repitieron:

—Sí, sí, la última vez que estuvo usted en Covadonga fue hace tres años.

—Era mi hermana —dijo Consuelo.

Estela, su hermana, había ido a Covadonga varias veces. La última

visita la realizó tres años atrás y aquella gente pacífica no sabía contar el tiempo. Las jugadoras la observaron con descaro. Hubo una pausa y Amparo la condujo a un cuarto estrecho provisto de un lavabo y de una cama de hierro. Juanín, un chico rubio, colocó su equipaje. Una vez a solas, encerrada en la habitación, Consuelo se sintió inútil. La ventana daba a una calle estrecha que no reconoció. Enfrente había un edificio de ladrillos y de todas las ventanas la espiaban hombres en mangas de camisa y mujeres de rostros severos. Bajó la persiana. Encerrada en la humedad del cuarto se preguntó si había hecho bien en volver al pasado. También se preguntó si ése era el pasado.

La noticia de su llegada corrió por el pueblo. Las mujeres abandonaron sus casas para acudir al hostel. Las mesillas del bar-vestíbulo, cubiertas con manteles a cuadros naranjas y blancos, se ocuparon con vecinos que ordenaron café y sidra.

—¡Llegaron ellos!... ¡Los de México!

—¡Vaya mala suerte! —exclamó Rosa, la maestra de arte, que hablaba con autoridad.

Era un problema que debían resolver entre todos. Amparo olvidó preguntar a la viajera por cuánto tiempo venía al pueblo. El carnet de identidad de Consuelo pasó de mano a mano. Parecía legal y ante lo inobjetable optaron por esperar la llegada de Concha y Adelina. Las hermanas entraron con paso grave y examinaron el carnet.

—Es la misma que estuvo en Covadonga —afirmaron.

—Debemos esperar a que llegue Ramiro —dictó Rosa.

Mientras llegaba Ramiro, lo más prudente era sonreír y tratar de conocer las intenciones de Consuelo.

—¡Justamente ahora tenía que volver uno de México! —exclamó Concha, disgustada.

Ante el silencio de sus amigos, Concha fijó sus ojos de un azul helado en el vacío. Su hermana Adelina quiso continuar la charla, pero el grupo entero juzgó peligroso prolongar la reunión. Consuelo podía sorprenderlos. El barvestíbulo recuperó su aire inocente con sus viejas jugadoras de cartas en sus lugares habituales y Juanín detrás del bar.

Una vecina llamó con los nudillos en los vidrios de la ventana de

Ramona, y le indicó con señas que Consuelo continuaba encerrada en su cuarto. Ramona se aferró a su tricot negro, se retorció las enormes manos y se volvió a Pablo, su marido, que escupió una maldición.

—¡Odio la palabra México! —agregó el anciano, mirando a su mujer con ojos iracundos.

Ramona pareció consternada: ella, la pobre, ¿qué podía hacer sino esperar la vuelta de Ramirín? Eulogio, su otro hijo, guardó silencio, se miró las manos inútiles y agachó la cabeza. El viejo Pablo le lanzó una mirada despectiva: sólo servía para beber sidra y repartir carbón. ¡Y con el maldito gas butano cada vez repartía menos!

—¿Cómo es? —preguntó el viejo haciendo un esfuerzo.

—Concha y Amparo dicen que se parece a doña Adelina —contestó Ramona.

—¡Bah! Habrá que investigarla. ¿Quién puede asegurarme que realmente es una Veronda?

La cocina pequeña se convirtió en un campo de batalla de pensamientos encontrados. El calor de la estufa era insuficiente para ahuyentar a las sombras heladas que entraron por la puerta que comunicaba con el pasillo estrecho. Era necesario descubrir el motivo del regreso de Consuelo.

La vecina llamó otra vez con los nudillos en el vidrio de la ventana y avisó que la forastera caminaba hacia el puente romano. Ramona se ajustó el tricot negro y salió corriendo. Era muy ágil y corría sin hacer ruido.

Consuelo caminó al tiempo que miraba las fachadas de las casas, muchas de las cuales eran modernas. Tuvo la impresión de que el pueblo se había vuelto muy pequeño y de que estaba poblado por seres inesperados de camisas a cuadros y pantalones excesivamente estrechos. En unos minutos llegó al puente ancho y moderno. A la izquierda estaba el puente romano, apenas visible entre las sombras y la niebla. Su silueta familiar la recibió con una alegría mezclada de tristeza. Contempló su curva ascendente de piedra antiquísima, cubierta de enredaderas y de hierbas. La naturaleza lo había decorado con guirnaldas, y hasta ella llegó el perfume de las madre selvas. El puente romano invitaba a atravesarlo,

era un arco de triunfo, y empezó a subirlo. Alguien la llamó por su nombre: “¡Consuelo!... ¡Consuelo!” Se detuvo sobrecogida, se apoyó en el pretil y escuchó a la noche oscura mecida por las ramas de manzanos. Del otro lado del puente romano existía el país de la bruma, los huertos de castaños, los caminos de helechos, los manzanos, los macizos de rosas y el aire leve y aromatizado. Desde donde se encontraba apenas pudo divisarlo. Su nombre misteriosamente pronunciado la detuvo, y entonces contempló el lugar cubierto de silencio y recogido en perfumes. Abajo corría el río formando espumas blancas; su humedad iluminaba la noche llena de neblina. La voz volvió a llamarla: “¡Consuelo!... ¡Consuelo!” Decidió no seguir adelante y bajó para regresar al puente nuevo. Tuvo la sensación de que la acechaba algo adverso. De repente, frente a ella apareció la casa junto al río, brillando como una gran rosa marchita, encerrada en rejas despintadas. Consuelo se agarró de sus barrotes gruesos.

—¿Qué hace? —le preguntó un desconocido.

—Mis abuelos y mis padres eran de aquí y yo...

—Sí, ¿usted qué hace, de dónde es? —le preguntó el hombre con brutalidad.

—¿Yo?... de ninguna parte...

El hombre, metido en una cazadora a cuadros, tenía algo amenazador por lo que prefirió volver de prisa al hostal. Reconoció su albergue cuando vio a través de los vidrios de la terraza a las jugadoras que la miraban con rostros de mariposas nocturnas y maléficas.

En el comedor, desolado como el de una estación de trenes de tercera clase, Perico le indicó una mesa pequeña, vecina a la que ocupaban Amparo y él. Los huéspedes, repartidos en las mesas, no le quitaban los ojos de encima, mientras ella comió la sopa de letras, las judías blancas, la carne y el flan, sin levantar la vista de su plato. En el cuarto de la televisión se sintió incómoda; en una esquina, detrás de una registradora, una chica de cabello teñido de rubio la miraba con descaro, por lo que prefirió la humedad de su habitación.

Despertó varias veces sintiendo que la rodeaba un peligro. Cuando por la mañana bajó a desayunar, al pie de la escalera la esperaba Amparo.

—No ha preguntado usted por su familia —dijo la mujer con una sonrisa equívoca.

Estupefacta, Consuelo contempló los ojos de batracio ocultos detrás de las gafas y la boca larga parecida a las de las ranas. Amparo se dejó contemplar, cogió el teléfono colocado sobre una mesita y marcó un número.

—¿Veronda?... Sí, aquí está Consuelo, tu pariente... sí, viene de México...

Consuelo la escuchó asombrada. La mujer colgó el aparato y anunció:

—Ahora mismo viene. Ayer no le dije nada, pensé que usted preguntaría por ellos. Su familia es muy conocida... ¡Qué! Se ha quedado usted de piedra...

Consuelo se encontró sentada en el vestíbulo, acompañada de Pablo y de Ramona. Se sentía incómoda ante aquel anciano envuelto en un gabán sucio y ojos ávidos. Su mujer tenía ojos afiebrados y manos enormes y huesudas y Consuelo no podía apartar la vista de aquellos dedos temibles.

—No los recuerdo... —dijo.

—Vamos a ver, ¿por qué es usted Veronda? —preguntó el anciano, con voz disgustada.

—Porque soy hija de Martín Veronda y sobrina de José Antonio y de Adelina Veronda. Anoche pasé frente a la casa junto al río..., la casa de mi tía. ¡Está muy sola, muy abandonada!

—Esa casa es del Ayuntamiento. Por la tarde le mostraremos todo lo que nos perteneció.

—Mi tía legó todo a la iglesia. No sabía que el Ayuntamiento hubiera comprado la casa... —dijo ella.

—¡Es del Ayuntamiento! ¡Todo es del Ayuntamiento! —repitió Pablo, con sequedad.

—¡Qué día tan grande para Pablo! Esperó tantos años la vuelta de su familia de México... —suspiró Ramona, fijando sus ojos negros y afiebrados en Consuelo.

—¡Conozco muy bien México! —afirmó Pablo, con voz amenazadora.

Algunos huéspedes contemplaban al grupo con avidez. Fue Pablo quien se puso de pie. Se apoyaba en un bastón, iba en pantuflas y se diría que

apenas podía dar paso.

—Vamos a casa. ¡Venga usted con nosotros! —ordenó a Consuelo.

Dieron vuelta en la esquina del hostel y tomaron la callejuela a la que daba la ventana del cuarto de Consuelo. La casa de Pablo estaba allí mismo, en un callejón escondido. Era muy antigua, de entrada estrecha, de donde partía una escalera empinada que llevaba al segundo piso. Se instalaron en el minúsculo comedor, vecino a la cocina, alrededor de una mesa cubierta por un tapiz fabricado en serie. Los dos la observaron en silencio, como si midieran fuerzas con la intrusa. Ella, en cambio, prefirió observar la acumulación de objetos dispares que había en aquel comedor de luz escasa y techo bajo. De un muro, colgaba un gran retrato de mujer pintado al óleo, y en el muro opuesto otro cuadro igual con un hombre de barba recortada.

—¡Tía Adelina y el abuelo! —exclamó Consuelo.

—Sí, ahí tiene usted a mi abuelo y a mi tía —afirmó el anciano.

Consuelo escuchó sus palabras e iba a contradecirlo: su abuelo no podía ser el abuelo de aquel anciano vidrioso y hostil. Las edades no coincidían. Pablo le arrebató la palabra:

—Usted y yo somos primos hermanos. Usted sabe que mi abuelo tuvo muchos hijos: Ramiro, Eulogio, Alfonso, Antonina, Lolina y... su padre.

El viejo se detuvo para observar el efecto de sus palabras, y Consuelo guardó silencio ante aquel torrente de nombres desconocidos. Debía existir algún error. Ramona revolvió en un cajón y sacó algunas fotografías, y con un gesto infinitamente humilde se las tendió a la visitante: eran su tío José Antonio y su tía Adelina. Las fotografías estaban manchadas de humedad. Se diría que el agua había borrado sus esquinas. No supo qué decir; se sentía cohibida entre aquellos dos personajes. “¿Quiénes son?”, se preguntó inquieta. Le ofrecieron varias copas de anís y unas tajadas de jamón.

—Esta jarrita de plata era de doña Adelina —dijo Ramona.

—De tía Adelina —corrigió Pablo.

—No entiendo nuestro parentesco. ¿Somos primos? —preguntó Consuelo.

—¡Exactamente! Usted es la hija de tío Martín —respondió el anciano.

¡No era posible! Pablo era más viejo que su padre; pero Consuelo guardó silencio. El aire frío de la calle no le disipó las náuseas producidas por el anís y el jamón helado. Nunca había oído nombrar a aquellos parientes y le pareció imposible que aquel anciano fuera sobrino de su padre. Estaba tan confusa. Las rosas del otoño le recordaron su infancia con una precisión aterradora; supo entonces que el viejo Pablo mentía. Los vecinos espionaron su paso desde los miradores de madera y cristal adornados con tiestos con geranios. ¡Era un error haber regresado al pueblo!

Por la tarde Ramona se presentó acompañada de un hombrón de más de cuarenta años. El hombrón la llamó “tía” y Consuelo no pudo dejar de sonreír frente a aquel sujeto llamado Eulogio, que vestía un tricot de color rosa. La chica del cabello teñido de rubio la miraba desafiante desde la barra y su silueta gorda se reflejaba en el espejo del bar.

Acompañada de Eulogio y de Ramona, dio una vuelta por el pueblo. Al pasar junto al banco, Ramona explicó con deleite:

—Aquí, en el banco, trabaja Ramirín...

Eulogio le explicó que Ramirín era su hermano. Se dio cuenta de que la llevaban hacia la casa junto al río y ella apenas se atrevió a contemplar su jardín abandonado y la enorme huerta que daba al río por la parte posterior de la casa, precisamente donde el río hacía una curva pronunciada. Le echó una mirada a la galería de cristal que unía a la casa con la capilla y se guardó de decir una sola palabra. Ramona siguió su mirada.

—La capilla está cerrada. Todo se perdió con la guerra —dijo la mujer, dando un suspiro.

—¿Y tía Adelina, cuándo murió? —preguntó Consuelo.

Sus padres habían muerto sin obtener ninguna carta o noticia de los familiares que habían quedado en España. Recordó que tiempo después recibieron dos o tres cartas en que les advertían que era mejor no regresar al pueblo. Por eso, Estela, cuando iba a Covadonga, evitaba detenerse allí.

—¿Que cuándo murió?... ¡Yo que sé! Eso ocurrió mucho antes de que Pablo y yo nos casáramos... —con el sol de la tarde, Ramona parecía un

árbol viejo y nudoso. Un árbol negro plantado en medio de la luz. Ramona tenía algo amenazador. Su hijo Eulogio bajó la cabeza. Consuelo señaló las gradas de piedra que llevaban a la terraza de entrada de la casa situada muy atrás de las rejas despintadas que guardaban el jardín.

—Yo estaba sentada ahí antes del incendio... —dijo.

—La capilla es almacén de granos —contestó Eulogio.

Se alejaron y ella notó que la madre y el hijo evitaron tomar la calle perpendicular que llevaba a la casa de su tío José Antonio. Sólo vio las espaldas de esa casa: el jardín estaba destrozado y los vidrios de los miradores rotos. Subieron una calle minúscula flanqueada por edificios modernos y cerrada al fondo por la escalinata de un palacio en ruinas. Sobre el portón de entrada había un escudo labrado en la piedra. “Sus parientes” se echaron a reír al verla perpleja delante del palacio que anunciaba grandezas pasadas. Subieron la escalinata y entraron en un vestíbulo de muros pintados de azul negro. Del lado derecho partía una escalera enorme de madera astillada. Sus muros altísimos mostraban grietas y grandes manchas de humedad. Subieron en silencio los escalones tendidos que crujían bajo sus pies. Era asombroso el silencio y el abandono del palacio. No había nadie, excepto ellos, subiendo la escalera. En el primer descanso se encontraron entre dos puertas, cada una abierta en los muros opuestos. Sobre la puerta de la izquierda colgaba un letrero casi borrado: “Juventudes”. Eulogio abrió la puerta y la hizo entrar en un salón que abarcaba toda la fachada del palacio. Las duelas estaban rotas y las ventanas, alguna vez fastuosas, carecían de cristales. Tirados en el suelo había algunos cartelones y algunas sillas viejas. En un rincón aparecía un camastro. Eulogio se echó a reír y de pronto aquel hombrón, de espaldas caídas metidas en el tricot color rosa, le dio miedo. ¡Nada la unía a él! Ramona no entró en el salón abandonado, hasta allí llegó su voz llamando:

—¡Severina!... ¡Severina!

Ramona entró en el salón acompañada de una mujer gruesa, baja de estatura, vestida de negro, que avanzó hacia ella sonriendo. La mujer tenía los brazos rojizos y rugosos, iguales a su enorme rostro, coronado de cabellos rubios.

—¡Rica!... ¡Cuánto tiempo tardaste en volver! —exclamó la vieja.

Consuelo hizo un esfuerzo por reconocerla, mientras se dejaba abrazar y besar por Severina, que se enjugó algunas lágrimas. Ramona la tomó del brazo.

—¡Anda, vamos!...

Salieron al descanso de la escalera y Severina escogió una llave enorme de entre las llaves que colgaban de su cintura, y se dirigió a la puerta opuesta a la de “Juventudes”. Esta puerta era de hierro negro y la mujer la abrió con un chirriar de cerrojos oxidados. Ante ellos se abrió una enorme boca negra cruzada de pasillos colgantes y estrechos, también de hierro negro. El aire del lugar estaba quieto y abajo de los puentecillos un mundo negro y profundo mostraba puertas de hierro cerradas herméticamente, como cajas fuertes. Severina avanzó por uno de los pasillos colgantes y los tres la siguieron. Llegaron al otro lado y Eulogio se inclinó a su oído y le preguntó:

—¿Te gusta? Es la cárcel.

Consuelo no entendió nada, sino que se dejó invadir por el miedo y el frío que reinaban en el lugar. Se dejó conducir a las celdas de muros de piedra pintados en color violeta oscura, que carecían de puertas. Presos desconocidos habían dejado mensajes sentimentales u obscenos en los muros. Las celdas eran heladas y grandes. Ramona se colgó de su brazo y la miró con ojos afiebrados.

—¿Ya ves?, es la cárcel y Severina es la carcelera —dijo.

—¿Cuántos presos hay? —preguntó asustada.

—¡Ninguno! Hace ya muchos años que la cárcel está vacía —contestó Severina.

Severina parecía un duende viejo y bondadoso a pesar de su oficio. Ramona brillaba como un carbón en aquel infierno negro y Eulogio tenía un aire dichoso. De sus ojos escondidos entre las cejas y las espesas pestañas brotaban chispas de malicia. Volvieron a los pasillos colgantes. Severina iba a la cabeza y avanzó con decisión por el puentecillo que colgaba sobre el pozo negro. De pronto se detuvo.

—Eso que ves abajo, rica, es “Siberia”. En esas celdas encerraban a los presos y por las noches abrían las puertas y los sacaban para matarlos.

Los llevaban por ese portón grande —dijo, señalando una puerta de salida al exterior del palacio.

Consuelo se inclinó para ver la hilera de puertas de hierro que formaban un muro entero de “cajas fuertes” y sintió miedo.

—¡Marchémonos!... ¡Marchémonos!... —gritó Ramona, a sus espaldas.

—Es “Siberia”. La construyeron los rojos. El primero que ocupó una celda fue el padre Fana. ¿Lo recuerdas? Era el canónigo que decía la misa en la capilla de tu tía Adelina. ¡Por ahí lo sacaron! Fue el primer muerto.

—Me da miedo este lugar —gimió Ramona.

Severina no cedió el paso, quieta en el puentecillo colgante señalaba “Siberia”, con su mano rojiza.

—¿Lo mataron? —preguntó Consuelo, aterrada.

—¿No lo sabías, rica? —preguntó Severina.

—Después mataron los Azules —corrigió Ramona.

—¿Quién mató más? —preguntó Consuelo.

—¡Coime!... ¡Cágame en Deu! —gritó Eulogio.

—Los dos bandos, los rojos y los azules —dijo Ramona.

—¡No, Ramona, no! Mataron más los rojos. Tú lo sabes. “Siberia” se llenaba todas las noches y todas las noches quedaba vacía...

—¡Paso!... ¡Paso! —gritó Ramona, retorciéndose las huesudas manos.

De “Siberia” subía un frío helado que congelaba los barrotes de hierro del puentecillo colgante. Consuelo se sintió suspendida sobre un infierno imprevisto, y trató de no ver a sus familiares.

—¡Por ahí, por ahí sacaron al probín! —insistió Severina.

La claridad de la calle los recibió sin alegría. Los miradores de cristales, madera y geranios acechaban su paso y el viento llegaba de las montañas, oloroso a brezo. “Fue el primero...”, se repitió Consuelo y se preguntó por qué aquellos dos personajes la llevaron a visitar “Siberia” y por qué no le dijeron antes nada sobre la muerte del padre Fana.

—¿Te gustó la cárcel? —le preguntó Eulogio.

Se hallaban frente a una iglesia de piedra rosa, que le recordó las iglesias modernas de México. Ramona se detuvo y le mostró bajo el pórtico, y colocado dentro de un nicho, el busto de piedra de un hombre de rostro vil. Consuelo lo miró con disgusto.

—Era más bueno que el pan. Antes aquí sólo había casucas. ¿Recuerdas? Él construyó la iglesia, con su dinero —la voz de Ramona revelaba veneración por aquel busto de piedra.

En el camino a la confitería, Consuelo supo que la aparente inocencia de los miradores, los tiestos y las nubes altas encerraban un misterio tenebroso. El chocolate que le sirvieron en la confitería era espeso y la conversación languidecía. Se produjo una pequeña conmoción cuando entraron Concha y Adelina vestidas para ir a la iglesia.

—Son Concha y Adelina, tus sobrinas —le dijo Ramona a Consuelo.

Las dos mujeres se sentaron a su mesa e inmediatamente hablaron de su bisabuelo, que era el abuelo de Consuelo. “Es increíble que sea su bisabuelo, si tienen mi misma edad...”, pensó ella.

—Son las hijas de Alfonso, el hermano de Pablo —aclaró Ramona.

—¿Hermanos de mi padre? —preguntó Consuelo sonrojándose.

La invitaron al piso de Concha, que se encontraba en un edificio junto al hostel. Los muebles forrados de terciopelo azul pavo con dibujos pesados, las gacelas de porcelana fabricadas en serie, las flores de papel, los cuadros sacados de los calendarios y las pequeñas repisas, cubiertas de juguetes baratos, le recordaron a Consuelo las casas de las costureras de México. Los rostros de Concha, Adelina y Eulogio permanecían extraños a los de su padre y de sus tíos, Adelina y José Antonio.

La dejaron ir muy tarde. El pueblo estaba solo y apagado. La puerta del hostel estaba abierta. Consuelo no encontró el botón de la luz, subió la escalera a tientas y se confundió en la oscuridad de los pasillos. Cuando logró encontrar la puerta de su cuarto, la llave no giró en la cerradura. Era evidente que el hostel estaba vacío. Buscó la salida en aquel laberinto, bajó la escalera y volvió a encontrarse en la puerta de salida. Todos dormían. La calle estaba silenciosa. En la contraesquina vio un letrero apagado: “Saltillo”. Era el nombre de un café ya cerrado. ¡Un nombre mexicano! Recordó el norte de aquel país del que se había ido. Vio desiertos y montañas gigantes, y se sintió aplastada. ¡Debo olvidar todo! Y ahora ¿por qué Saltillo?

—¿No duerme? —preguntó una voz gruesa.

La voz pertenecía a la chica del cabello teñido que yacía entre las

sombras de la terraza.

—¡Sígame! —ordenó con su voz de vieja.

Atravesaron los pasillos apagados y al final de uno de ellos la chica se detuvo, abrió la última puerta, encendió la luz y dijo con cinismo:

—Ésta es su nueva habitación. Aquí tiene la llave.

—¡Gracias! ¿Cómo te llamas?

—Consuelo —contestó al mismo tiempo que abría la puerta vecina a la suya y se metía en su cuarto dando un portazo. ¿Quién era aquella chica que llevaba su nombre y vivía en el cuarto vecino?

La nueva habitación tenía cuarto de baño, pero de los grifos no salía agua. Su equipaje estaba en orden. Se echó a dormir para olvidar la extraña jornada. Las sábanas húmedas y el recuerdo de “Siberia” le llegó como un viento helado. Recordó a Severina y tuvo la impresión de estar en aquel infierno negro.

Por la tarde, sus sobrinas Concha y Adelina la esperaron al pie de la escalera. Adelina la cogió del brazo y la llevó a un rincón.

—¿No tienes miedo de que te maten los rojos en ese cuarto tan solo? ¡Tú eres azul! —le dijo.

—No, no tengo ningún miedo —afirmó asustada, ante el gesto imprevisto de la sobrina.

Concha sonrió. Sus ojos azules no reían. Vestía un traje negro y se cubría los hombros con un tápalo también negro.

—En este pueblo hay muchos rojos —afirmó.

En la calle decidieron ir andando a Peña. Eran los últimos días del otoño y pronto la lluvia impediría las caminatas. Tomaron la carretera estrecha y solitaria. Los prados verdes, sembrados de manzanos, y las tardes, eran apacibles. El río corría entre la verdura olorosa y de sus aguas se desprendía una ligera neblina. Estaban rodeadas de montañas, el cielo era un cono azul que absorbía los vapores verdes de la tierra. Adelina comía “pipas”. De cuando en cuando pasaban automóviles a toda velocidad, casi rodolas. Consuelo estimó curioso que tanto los autos que iban como los que venían tenían el mismo color marrón y solo llevaban un viajero: el chofer.

—¡Es el mismo automóvil! —exclamó.

—¡Qué va! Son coches que van a Peña y vuelven —le contestó Adelina.

Consuelo no le creyó. Había visto que siempre era el mismo automóvil, de ida y de vuelta. Las casas esparcidas a lo largo de la carretera las miraban pasar con indiferencia. Eran casas campesinas y ordenadas. Algunos aldeanos daban las “Buenas tardes”. Antes de llegar a Peña, Concha se detuvo frente a una casa muy aislada.

—Ésta es la casa de los padres de Ramona —miró pensativa y se volvió a Consuelo.

La casa era muy grande y estaba sucia; los árboles mutilados y en la puerta una mujer vieja y de rostro hostil las miró disgustada. Sobre su frente oscura permanecía quieta una mosca. A través de la puerta abierta se veía el interior sucio y desordenado. Un aire inquietante la envolvía. Podría decirse que la casa estaba separada de las otras casas por un signo infame. El aire quieto y el silencio que la envolvían, olía a palabras terribles. Concha parecía fascinada. Adelina siguió comiendo “pipas” y Consuelo rehusó enfrentar su mirada a la de aquella mujer oscura que se cubría la cabeza con un pañuelo negro y sobre cuya frente continuaba quieta la mosca. Quiso irse. Echaron a andar seguidas por los ojos de la vieja de rostro agorero.

Un poco más lejos, Concha salió de la carretera y tomó un sendero casi cubierto por hierbas olorosas. Consuelo la siguió. Se aproximaban al estruendo de una cascada. Se encontraron frente a una catarata y un lago azul de aguas tumultuosas. En el centro de los remolinos se erguía un islote de rocas blancas. Un pasadizo hecho de rocas desiguales servía para llegar allí. El agua se abría paso en corrientes violentas, para luego correr por un amplio río cuyas orillas estaban bordeadas de árboles frondosos. A lo lejos descubrió un enorme edificio de piedra gris.

—La Central Eléctrica —dijo Concha, señalando hacia el edificio.

Las dos estaban solas. El ruido del agua producía una música agradable y húmeda. Consuelo se sentó en una roca de la orilla para escuchar el estrépito de la cascada.

—Vamos al islote, allí donde pescaba Franco —propuso Concha, tendiéndole la mano.

Consuelo vio las uñas manicuradas y los ojos azules que la invitaban,

pero no se movió. No, no iría al lugar donde pescaba Franco. Concha se aventuró sola por el pasadizo de rocas desiguales y desde lejos tendió nuevamente la mano.

—¡Ven!...

Había algo maléfico en su llamada. La soledad era perfecta y la figura pequeña y negra de Concha se recortaba extraña sobre las rocas y la espuma blanca. El cielo era muy azul. “¡Ven!”, repitió nuevamente la mujer de negro. Consuelo contempló su figura. Tenía la cabeza demasiado grande y las piernas excesivamente cortas. Las desproporciones físicas le producían inquietud. Además, aquella silueta enlutada no era su sobrina, tampoco era su prima y su invitación en aquellas soledades era desagradable. Bastaba un paso en falso, un ligero empujón para caer en los remolinos de aguas heladas... Al cabo de un rato, Concha volvió a su lado.

—El año pasado ya no vino Franco... —dijo, pensativa.

En la carretera las esperaba Adelina y las tres entraron en una taberna a tomar sidra. El olor agrídulce devolvió a Consuelo imágenes perdidas de su infancia.

—Una peluquera fue a México y te conoció. ¿La recuerdas? Su padre era madreño —dijo Adelina.

—¿La Remedios? —preguntó Consuelo.

—¡Mira qué pronto la recordó!, ahora está internada en el manicomio municipal de Irún. Volviose loca —explicó Concha, con frialdad.

—Era roja perdida. Casose con un mexicano. Volvió al pueblo, vestíase muy raro, sentábase en un café y nadie le hablaba. ¡Hasta que aprendió a no volver jamás!

Consuelo comprendió que no debía haber vuelto ¡jamás! Encendió un cigarrillo. Caminaba días incoloros en espera de la última página de su calendario privado. La Consuelo de México ya no existía y la Consuelo del pueblo murió la noche del incendio, cuando sus padres trataron de salvarla, huyendo. En la taberna un hombre leía un diario en que aparecía con grandes titulares: “El Otoño Caliente”. Recordó que existía la política y se supo extranjera entre aquellas gentes.

Por la noche fue al café Saltillo. Llovía a torrentes y llegó empapada al

ruidoso lugar. Buscó la última mesa y se sentó deseando que nadie notara su presencia. Dos hombres le lanzaron miradas por encima del hombro y dijeron en voz muy alta: “la inglesa”, “¡la mexicana!” Y ambos le volvieron la espalda. En México la llamaban “gachupina” cuando se enfadaban. Observó a los dos desconocidos: uno era grueso, de espaldas blandas, tricot color ladrillo y gafas verdosas. El otro era flaco, con pantalones verdes y cazadora usada. Afuera la lluvia lavaba los tejados y Consuelo prefirió la calle a estar bajo los ojos de aquellos dos parroquianos hostiles.

Mientras tomaba el desayuno, Amparo la invitó a ir al Ayuntamiento a ver los cuadros de un pintor que había cobrado fama. Consuelo se sintió invadida por un sentimiento de dulzura y aceptó de buen grado. La mañana era radiante. Subieron los escalones del Ayuntamiento, que había permanecido intacto, y un ujier de uniforme las condujo al salón de los cabildos. El salón era amplio, con cortinajes rojos, mesa enorme y sillones de respaldo alto. De los muros inmaculados colgaban numerosos cuadros que Consuelo ya había visto. Estaban pintados por el mismo artista que pintó a su abuelo y a su tía Adelina. ¿Por qué estaban allí?

—¿Recuerdan a mi tía Adelina?

Amparo y el ujier guardaron silencio y ella vio un juego de miradas entre los dos. Repitió la pregunta.

—¡Ah!, la tía aquella que usaba peluca, se ponía polvos blancos y cejas postizas —contestó el ujier, echándose a reír.

—Sí, es verdad... cuando cruzaba la galería para ir a la capilla daba miedo. Apenas la recuerdo —comentó Amparo.

Consuelo enrojeció de ira. No entendió por qué deseaban ofenderla calumniando a su tía. El hombre debería andar en los sesenta años, mientras que Amparo pasaba ya esa edad. Ambos se negaban a darle noticias sobre su tía. Cambió el tema.

—¿Recuerdan a una chica muy guapa?, se llamaba Marta. Una vez la vi en México...

—¡Roja perdida! Esa era una adelantada, estaría bien ahora —contestó el ujier, muy animado.

—¡Muy guapa!... ¡Muy inteligente! Fue de mi tiempo —contestó Amparo.

La invadió un rencor desconocido. Los dos personajes querían confundirla o insultarla. Recordaban a Marta e ignoraban e insultaban a su tía. No entendió por qué le mostraban los cuadros de Zamora y quiso volver a la calle. Había cometido un error al buscar el pasado, y ahora carecía de dinero para abandonar el pueblo. Tenía todo el día por delante y ningún lugar adonde ir. Amparo regresó al hostel y ella echó a andar hacia la casa junto al río. La detuvo Ramona, traía el gesto descompuesto, la tomó del brazo y la llevó a su casa. En la cocina esperaba Pablo, enfundado en su sucio gabán. El hombre la miró con severidad.

—¡No hable usted de política, jamás, jamás! —ordenó el viejo.

Consuelo nunca había hablado de política, ni siquiera cuando la llevaron a “Siberia”. Iba a protestar cuando vio que Pablo se inclinaba peligrosamente.

—¡Ayúdenme!... me siento mal, muy mal —gimió el anciano.

Las mujeres le ayudaron a subir la escalera estrecha y empinada, luego lo llevaron a una habitación de techo bajo, provista de una ventana que apenas permitía la entrada de la luz. El aire estaba enrarecido. Pablo se tendió en una de las dos camas y le hizo un gesto a Consuelo para que acercara una silla a su cabecera. Ramona se acomodó a los pies de la cama. Parecía muy abatida.

—Escucha a Pablo. Vives en un hostel de rojos. No hables con Rosa, es comunista, su hermano no puede entrar a España —gimió Ramona.

—Nunca he visto a Rosa...

Pablo se enderezó en la cama y le lanzó una mirada centelleante de cólera.

—¿Nunca? ¿Nunca? Es la maestra de arte. Tiene pelo rojizo. ¡Usted ignora todo! ¡Absolutamente todo! La madre de Amparo se marchó a Rusia con sus hijas. Después volvió con Amparo, la otra hija se marchó a la Argentina. Me sorprende que no se refugiara en México, en donde viven todos los rojos. ¡Van ahora con el cuento de la amnistía, volverán los asesinos! ¿Usted por qué volvió ahora?

Consuelo no supo qué decir al viejo, que la miraba con ojos de inquisidor. Nunca entendería los motivos de su regreso. El pueblo entero le había dicho sin decírselo que la consideraban enemiga. Entró Eulogio

con unas copas de anís. Pablo rechazó la suya con energía y se tendió nuevamente en la cama, con la mirada fija en el techo y los brazos cruzados sobre el gabán. Tenía el pelo blanco revuelto, los ojos vidriosos.

—¿Y ustedes dónde pasaron la guerra? —pregunto Consuelo.

No esperaban la pregunta y cruzaron entre ellos miradas rápidas. Se diría que Consuelo no debía preguntar nada; ella estaba allí para que la interrogaran. Vio a Eulogio bajar la vista y a Ramona taparse la boca. Pablo se sentó en la cama y la contempló con fijeza.

—Señora, debe usted saber que a mí me metieron en la cárcel ilos azules!, ilos franquistas! —afirmó con solemnidad.

Ramona movió la cabeza con gesto desesperado para demostrar su infinita vergüenza y Eulogio se hundió en el silencio y la penumbra de la habitación. Sólo Pablo permaneció erguido y desafiante en su lecho.

—¿Eras rojo? —preguntó Consuelo.

Pablo se irguió aún más. Levantó la cabeza enmarañada, estaba en verdad indignado.

—Señora, como todos los Veronda, isoy azul! —declaró con voz solemne.

—Los rojos lo obligaron a trabajar en la Cooperativa, ilo obligaron! —gimió Ramona.

—Señora, mi hermano Alfonso y yo escondimos el dinero del banco. Los rojos nos secuestraron, inos torturaron! Pero no entregamos el dinero. Entonces, como castigo me obligaron a trabajar en la Cooperativa. Cuando por fin entraron los azules, yo me encontraba patrullando la cárcel en la que habíamos encerrado a todos los rojos. En eso llegó un azul y ordenó: “¡Veronda, adentro!”

Estuve tres años adentro. ¡Tres años!

Después de estas palabras, Pablo se dejó caer exhausto sobre su lecho, con la mirada clavada en lo alto. Por la ventana se colaba el frío. “Tres años” se repitió Consuelo, sin entender a sus “parientes”. Era preferible no preguntar nada, ni mirar al hombre inmóvil como un cadáver. Estaba desconcertada. No le gustaban aquellos personajes equívocos. ¡Mentían! En la profundidad de la mentira siempre hay algo perverso. Eulogio salió de las sombras y fue en busca de más anís. Tendría que beberlo, aunque

le produjera náuseas.

—¿Vendrás al novenario por mi hermano? —le preguntó Ramona, con humildad y como si se diera cuenta de la repugnancia que despertaba en su pariente y deseara borrar el efecto producido por las palabras de Pablo.

Pablo se irguió nuevamente en su lecho, miró con fijeza a Consuelo, levantó un brazo y señaló a su mujer.

—¡Aquí tiene a una mártir! Y no voy a dejarle nada. ¿Sabe usted cuánto tengo de pensión? ¡Siete mil quinientas pesetas! —y volvió a hundirse en el lecho.

—Me dijeron que mi tía Adelina se volvió loca, que llevaba peluca... —dijo Consuelo, aprovechando la hora de las confidencias.

Al escuchar las palabras de Consuelo, el viejo se enderezó en la cama como empujado por un resorte potentísimo. Su ira no tenía límite.

—¿Quién? ¿Quién ha dicho eso de mi tía Adelina? ¡La tía era una gran dama!

—¿Y cuándo murió?... ¿Cómo murió el tío José Antonio? —preguntó Consuelo.

El viejo entrecerró los ojos, se llevó un dedo a los labios, dudó unos instantes y se dejó caer, abatido, sobre su lecho.

—Señora, deje usted en paz a los muertos —musitó.

El silencio cayó en la habitación. La luz se fue desvaneciendo y las sombras aumentaron, los olores se hicieron intensos y el aire se volvió irrespirable. Consuelo quiso irse y Ramona la detuvo con fuerza. Sus parientes deseaban saber cosas de México, de su hermana, de sus padres, y la interrogaron con brusquedad, al mismo tiempo que le daban anís helado y tajadas de jamón. En el cuarto sombrío existían poderes extraños que la inmovilizaron. Ya muy tarde, Ramona y Eulogio la llevaron a la puerta de la calle. Los dedos de la vieja se clavaron en su brazo con una fuerza desconocida.

—No repitas nada de lo que te confiamos. El probín de Pablo sufrió mucho en la cárcel, ¡Íbanle a matar! ¡Íbanle a dar treinta años de presidio! Un sacerdote amigo de doña Adelina dio fe de su inocencia...

Ramona tenía el aire de una conspiradora dando consignas en la

oscuridad de la puerta de su casa.

—No diré nada —prometió Consuelo, ansiosa de librarse de las tenazas de los dedos de Ramona. Afuera la noche estaba fresca, no olía al cuarto de Pablo. Eulogio la acompañó al hostel. Caminaba a su lado cabizbajo, como si una insoportable tristeza hubiera caído sobre sus espaldas agachadas. Por la estrecha acera avanzó la figura pesada del hombre del tricot color ladrillo y las gafas verdosas, que la llamó “la inglesa” en el café Saltillo. Se cruzó con ellos sin dar las “buenas noches”.

—¿Quién es? —preguntó Consuelo.

—Paréceme que es relojero... Paréceme que es rojo perdido.

La palabra relojero sonó amenazadora. El oficio del hombre le pareció maléfico. Se diría que ese hombre poseía el secreto de la hora de la muerte de todos los vecinos y también la suya. Eulogio le explicó que había llegado al pueblo mucho después de la guerra. Ella detestaba los relojes, sólo encontró uno que no la intranquilizara: el de Berna, que producía personajes bobos que giraban en lo alto de una torre.

En el comedor del hostel encontró a un nuevo huésped, viejo, flaco, con un traje muy usado. Su mesa estaba colocada junto a la de la maestra de arte, y ambos charlaban con animación. De vez en vez, el huésped señalaba con el cuchillo hacia el lugar que ocupaba Consuelo; parecía que hablaban de ella. Recordó que Rosa era “roja perdida” y se dijo: “Dos conspiradores”. Amparo y Perico cenaban a su espalda y ambos la observaban con fijeza. Frente a ella un hombre calvo comía ávidamente con el cuchillo, y el camarero ponía un interés especial en atenderlo. En alguna parte lo había visto. Era incómodo ser observado. Se volvió a Rosa sólo para darse cuenta de que su amigo la vigilaba, y vigilaba a todos los comensales. No preguntaría quién era, porque nadie le diría la verdad. Prefirió subir a su habitación.

Trató de dormir, la novedad de tener una familia desconocida le quitó el sueño. Tal vez se equivocaba sobre su pasado. Muy tarde escuchó golpes y voces sofocadas; alguien trataba de entrar en una habitación. Sin saber por qué, decidió no frecuentar más a Pablo y a Ramona, eran ellos los que la asustaban por ser más desconocidos que los desconocidos.

Durante varios días se rehusó a frecuentar a sus “familiares” y la vieja

del kiosko se negó a venderle el periódico, única distracción que tenía en el pueblo.

—¡Véndeselo! —ordenó una voz a sus espaldas.

Se volvió para encontrarse con un hombre alto y rubio, que después de saludarla se alejó. La vieja del kiosko llevaba una peluca rojiza y tenía la piel porosa. Se fue disgustada y sin saber adónde dirigirse.

En la acera de enfrente vio un café moderno, encerrado en cortinajes rojos, y entró allí a leer el periódico. La llamó la voz de Concha. Se mudó a su mesa, allí estaba el señor rubio que le ordenó a la kioskera venderle el diario. Había también una mujer morena de pecho levantado y sonrisa fácil.

—Joaquín y Josefina. Él combatió en la División Azul y su hermano murió en Rusia —dijo Concha. Joaquín enrojeció y su mujer se echó a reír. Parecía ser el único hombre rico del pueblo, con su traje azul marino y su camisa blanca impecable. Sus maneras eran tímidas; en cambio, su mujer era charlatana y amaba el cine.

—Cuando fui presidenta del Círculo de Damas Católicas, estaba fastidiada, casi todas las películas estaban censuradas y no podía ver ninguna ¿Vio usted *Gilda*? —le preguntó Josefina a Consuelo.

Sí, la había visto. Josefina pareció desolada y habló del cine del pasado. Las películas modernas eran todas pornográficas y si se veía una, ya se habían visto todas. Su sueño había sido visitar Hollywood. De pronto calló y Consuelo tomó su respiro para preguntarle por su tía Adelina, aquella charlatana le diría algo. Josefina la miró con malicia.

—¡Era horrible! Me daba tanto miedo. A los jóvenes nos regalaba dulces si íbamos a misa en su capilla. Yo le hacía diabluras. ¡Pobre loca! Mire, hablaba en voz tan suave como usted. Llevaba una peluca... ¡Ah!, pero dígame ¿cuál de las dos? —Consuelo no supo que decir ahora. ¿Tenía dos tías Adelinas?

—¿Cuál de las dos era su tía? —preguntó con inocencia.

—Porque eran dos. ¡Dos tías! —aseguró Josefina.

Joaquín miró con reproche a su mujer. Hubiera deseado que callara, pero ella insistió en reír y hablar de la peluca.

—La mente infantil desfigura todo. No haga usted caso... —dijo

Joaquín, a manera de excusa. Concha reía también y Joaquín, nervioso, sacó un pañuelo albeante y lo pasó por su frente cubierta de un sudor imaginario. Había enrojecido hasta la raíz de los cabellos y no veía a Consuelo. Para ella todo se volvió confuso: “¡Dos Adelinas!”, se repitió. El alborozo de las mujeres la sacó de su distracción.

—¡Ramirín!... ¡Ramirín! —gritaron.

Un hombre alto, de gafas, se acercó a ellas. Era Ramiro, el otro hijo de Pablo, el predilecto, el que trabajaba en el banco. El recién llegado saludó con gravedad y colocó las manos en los hombros de Consuelo.

—Necesito hablar a solas contigo —dijo.

Con aire solemne la llevó a la calle y echó a andar a pasos largos y pausados. Llevaba un chaleco de punto de color gris y tenía el aire preocupado de un burócrata. Caminaron de ida y vuelta por la calle oscura, de pronto Ramiro se detuvo frente al café. En la acera y a dos pasos de ellos estaban el relojero y su amigo, el hombre flaco de la cazadora verde, que le había llamado “la mexicana” en el café Saltillo. Quiso saber quiénes eran aquellos dos hombres, pero Ramiro hizo un gesto de impaciencia.

—¡Ta, Ta, Ta! En el pueblo todos sabemos que eres comunista. No hables de política. Aquí la Derecha tiene el poder —empleaba una voz impersonal.

Consuelo quiso decir algo, pero Ramiro no le permitió decir una palabra.

—¡Ta, Ta, Ta! Tengo las pruebas.

—¿Cuáles pruebas? —preguntó aterrada.

Ramiro se balanceó de atrás a adelante y de adelante a atrás. La miró a través de sus gafas de arillos niquelados, con condescendencia, y se volvió, pues del café salían Joaquín, Josefina y Concha, que se detuvieron a charlar con ellos. Fue entonces cuando se acercó el hombre de la cazadora verde.

—¡Comunista! —le gritó con voz estentórea.

—¡Basta! —exclamó Joaquín.

—Gil es una gran persona y un gran amigo nuestro —protestó Concha, y saludó efusiva a Gil.

—Perdone usted a Gil. Es un hombre bueno, pero inculto —explicó Joaquín.

El relojero observaba la escena y ella se alejó de prisa para ocultar su derrota. Lo único que la consolaba era no haberle dado la mano a Ramirín, que le había puesto la trampa.

Se refugió en el hostel, Gil, el hombre de la cazadora verde, la había marcado con una etiqueta que la convertía en persona peligrosa y en blanco de todas las miradas. Cenó cabizbaja las judías blancas y se unió a los huéspedes que veían televisión. No iba a amilanarse. Junto a ella se sentó el hombre calvo que comía en la mesa frente a la suya. De pronto el hombrecillo se inclinó:

—Deseo que todos los mexicanos se ahoguen en mierda —le dijo en voz baja.

—Soy española...

—¡Muy elegante ser español cuando conviene! —contestó el calvo, subiendo la voz.

Amparo y Perico sonrieron. Nadie dijo nada y Consuelo tuvo la seguridad de que los insultos y el silencio estaban acordados de antemano. Se retiró a su cuarto. “Tengo que irme de aquí.” Contó el dinero y advirtió que no tenía bastante para transportar su equipaje. Hundió la cabeza en la almohada y lloró. No quería ver nunca a nadie del pueblo.

Llovió todo el día. Consuelo vio caer la lluvia a través de las rendijas de su persiana bajada. Salió del hostel, y para no ver a nadie, se fue al café de los choferes, espacioso y húmedo. Se sentía humillada, temía que su familia descubriera su escondrijo. “¡Ese Ramiro!” En la barra unos jóvenes hablaban de fútbol y de alguien que había sido asesinado en el País Vasco. No quiso escuchar, no le interesaba. Un jovencito con cazadora azul marino, cara abierta y risa fácil, se plantó frente a ella.

—Camarada, voy a sentarme aquí, sé lo que te ocurre con los paisanines —dijo con voz decidida.

El chico empujó con el pie un taburete y se sentó a su lado.

—¿Qué me ocurre?

—¡Hombre!, que todos son unos fascistas —contestó, inclinándose para

decir la última palabra en voz muy baja.

El muchacho lanzó una mirada satisfecha, encendió un cigarrillo y sonrió. Después miró hacia todas partes con rapidez y le pasó una revista que llevaba escondida bajo la cazadora.

—*¡El Viejo Topo!* —dijo con voz de conspirador.

Consuelo trató de esconder la revista, que debía ser muy subversiva, y miró al chico, asustada.

—Estos paisanines son tremendos. ¡Mira, pintan sus madreñas de negro para ser más elegantes! Yo las uso blancas —y levantó un pie para mostrar sus madreñas de madera clara. Consuelo se echó a reír y el muchacho dio varias palmadas y ordenó un coñac.

—Tengo gente adentro del hostel. Tú no te preocupes, hemos hecho las listas y les daremos cuerda a todos —y el chico dio una larga chupada a su cigarrillo.

—¡Oye, me llamo Manolo! El paisanín ese que te dijo que te ahogaras en mierda no es de este pueblo. Lo trajo un moro hace ocho años. Se llama Marcelo y es imaricón! Ma-ri-cón. Como lo oyes.

Consuelo iba a reír, pero vio entrar a Gil, que se colocó en la barra y los observó con ira mal disimulada. Manolo le sostuvo la mirada; luego, inquieto, se inclinó sobre su amiga.

—¡Mírale! Se llama Gil. Es el que te llamó comunista. No te preocupes, yo vigilo. Estos paisanines son tremendos, dicen que no eres Veronda. Y sí que lo eres, ¿verdad?

—¡Claro! —aseguró ella, sorprendida.

Gil se acercó a ellos, dudó y volvió a la barra. Manolo juzgó que debía retirarse. “Andaré por ahí”, dijo, y salió pisando fuerte, balanceando su enorme paraguas negro. Gil bebió algunas copas de coñac y se marchó. Consuelo lo vio desaparecer entre los remolinos de lluvia que azotaban la calle. Ella se quedó allí pensando en que no tenía adonde ir, salvo al cuarto húmedo. Era tarde y tuvo que irse en medio del viento helado que bajaba de las montañas con una furia tan violenta que no le permitía avanzar. No llevaba paraguas y en unos segundos quedó empapada como una sopa. Del quicio de un portal salió Gil, y la atrapó. Tomada por sorpresa se dejó llevar sin resistencia a su automóvil. Gil la introdujo en

el asiento posterior y partieron a toda velocidad. Pasaron frente a la casa junto al río, que en aquel momento estaba envuelta en la tormenta y enfilaron por la carretera. Corrieron por la noche oscura barrida por el viento; la lluvia golpeaba el parabrisas y afuera sólo había sombras fantásticas. Gil tomaba las curvas a una velocidad vertiginosa. Consuelo no sentía miedo, iba resignada. ¿Qué podía hacer en medio de una tormenta y ante la cólera ciega de aquel maniático? De pronto el auto se detuvo en una cuneta junto a algo que parecía una casa abandonada. La tormenta pareció crecer en violencia, el viento helado se coló por las rendijas del auto y la noche entera pareció derrumbarse sobre el vehículo estacionado en ese lugar absurdo. Gil echó los faros sobre la casa despintada e invadida por la maleza. Consuelo vio su puerta y sus ventanas condenadas.

—Los rojos asesinaron a muchos. Los liquidaban de noche. ¿A cuántos se cargaron? —preguntó Gil.

—No lo sé. Yo era niña y me marché con mis padres...

—En esta casa mataron a cuatro de itus asesinos! que habían matado a noventa y dos —contestó él. La casa despintada, envuelta en la tormenta, tenía algo demasiado quieto, inmóvil en un instante de horror. Era intocable. Toda la lluvia del mundo no lavaba la sangre acumulada. “¡Cuánto rencor!”, se decía Consuelo, y recordó que en México había habido una revolución y los odios y rencores personales estaban borrados. A la gente la movían otras cosas que miraban al futuro, no estaba estacionada mirando con odio al pasado, llevándose unos a otros las cuentas. Gil apagó los faros y en la oscuridad completa ella no pudo pensar en nada, sólo la caída de la lluvia y el soplar del viento. Estaba paralizada por el terror.

—Puedo hacerte bajar y darte una paliza para que quedes más roja que tus asesinos —dijo Gil.

Ella no contestó. De pronto supo que era peligroso abandonar a aquel individuo a sus pensamientos y pidió encender la radio para escuchar música. El hombre obedeció y la alegría de la música pareció calmarlo. Al cabo de unos minutos volvieron a correr a toda velocidad, cruzaron un pueblo y Gil detuvo el automóvil frente a una discoteca. Ocuparon una

mesa al fondo del local. Los rayos violentos de los reflectores verdes, violetas y rojos iluminaban los ojos borrachos del hombre sentado frente a ella. Nunca pensó que aquel “paseo” terminaría en una discoteca pobretona y casi abandonada. Se sintió segura.

—Quiero saber qué es mi familia —dijo con voz firme.

—¿Su familia? ¡Roja! Roja perdida. Ramiro es un buen chico, salió de la nada... —dijo Gil con voz cansada.

—No me interesa que sea roja. Quiero saber por qué son mi familia. ¿Pablo de quién es hijo? —Gil la miró con sus ojos pequeños e inyectados de sangre, estiró un brazo sobre la mesa, se diría que iba a caer dormido.

—Alfonso, el padre de Concha, y Adelina y Pablo son hijos de Lolina, la sillera, a la que nunca se le conoció marido...

—¿Y mi tío José Antonio y mi tía Adelina, cuándo murieron?

Gil se enderezó, la miró con sus ojos desprovistos de pestañas como los de un pájaro y dio una puñetazo sobre la mesa.

—¡Esos nunca existieron! ¡Nunca! He visto todos los papeles del Municipio y nunca existieron... ¡Pobre Adelina! Su padre, Alfonso, quería que fuera una señorita y imire ahora!, cuida cerdos y descarga sacos. Concha es viuda de un cubano; nunca lo quiso. ¡Ésa no quiere a nadie! Eulogio y Ramiro son chicos excelentes. ¡Excelentes!

Y dio un nuevo puñetazo sobre la mesa.

—¿Son excelentes y son rojos? Entonces, ¿por qué me acusó a mí de ser comunista?

—Hoy estaba usted con Manolo, ese hijo de puta. Y mire, Ramiro la conoce mejor que yo, no importa que sea rojo, es ¡excelente! Siempre lo fue. Además Pablo me debe muchos favores, ¡muchos! —afirmó Gil, con los párpados entornados.

Las luces rojas, verdes, violetas y anaranjadas continuaban pasando sobre el rostro enjuto del hombre, que con sus ropas viejas parecía un payaso usado y roto.

—Y estos tíos, José Antonio y Adelina, que se ha inventado usted, ¡nunca existieron!, ¡nunca! —repitió Gil, centelleante de cólera.

Consuelo comprendió que debía callar. Cuando volvieron al hostel continuaba lloviendo. Estaba empapada y el agua chorreaba de sus

cabellos. El pueblo parecía haberse ahogado. Al bajar del auto, Consuelo se encontró paralizada por el terror, quizás había hecho demasiado esfuerzo en mantenerse tranquila frente a aquel demente y trató de correr hasta la puerta abierta del hostel. Subió la escalera oscura y a tientas buscó la puerta de su cuarto. ¡Si pudiera encontrar a alguien de confianza! Se dejó caer en la orilla de su cama. Estaba asqueada: había soportado insultos, miedo, ¿por qué? ¿Quién era ese individuo amenazador que negaba que hubiera existido su familia? El hostel vacío y la puerta abierta le dieron miedo. Debía dejar el pueblo, irse, pero ¿adónde y con qué dinero?

Por la noche el comedor estaba quieto, fijó la vista en su plato, en el que se enfriaba un trozo de carne con patatas. Alguien la miraba. Levantó la vista y vio la cara de Ramona pegada a los vidrios de la ventana que daba a la callecita lateral. En la oscuridad de la noche el rostro de la mujer era negro y los ojos brillaban febriles. Consuelo pareció hipnotizada y el huésped nuevo, el viejo amigo de Rosa, volvió los ojos rápidamente y sorprendió a Ramona. La mujer desapareció con velocidad. Marcelo, el ma-ri-cón, como lo llamó Manolo, comía con el cuchillo y masticaba con decisión. Perico y Amparo cenaban indolentemente. Era indudable que habían visto a Ramona. No supo si ir al Saltillo o tomar el café en el bar del hostel. Necesitaba reflexionar. Perico se mudó a su mesa.

—La veo preocupada, doña Consuelo. Mi hermano era un gran revolucionario y pasó toda su vida en la cárcel. ¡Toda! Salía y volvían a detenerlo y ¡pumba!, ¡pumba!, ¡pumba! Lo golpeaban tanto, que volvía a casa destrozado... Murió el año pasado. Lo recuerdo lleno de sangre, cuando volvía a casa, para que lo pillaran enseguida y ¡pumba!, ¡pumba!, ¡pumba! Pobre hermano, murió unos días antes que el Caudillo. No tuvo esa alegría...

Consuelo lo dejó hablar y observó sus labios rojos y su calva brillante. Llevaba dos anillos de diamante y sus gestos eran demasiado elocuentes. Sus ojos opacados y abultados fingían una simpatía no sentida. Consuelo agradeció las confidencias y evitó entrar en el cuarto de la televisión, en donde campeaba Marcelo. La chica teñida de rubio le salió al paso.

—No sé qué quiere Ramona. ¡Nada bueno! No, nada bueno. Anoche la encontré mirando hacia su ventana apagada. Me da miedo, yo en su lugar no volvería nunca a su casa. Papá le ha hecho muchos favores. ¡Así es papá! —dijo con su voz áspera.

—¿Quién es tu padre? —preguntó Consuelo.

—¿Mi padre? Es Pedro, y Amparo es mi tía.

Amparo apareció por la puerta del bar que comunicaba con la cocina y la chica fingió leer una revista.

Una vez en su habitación, recordó la frase de Gil: “Pablo y Alfonso son hijos de Lolina, la sillera, a la que nunca se le conoció marido”. La seguridad de que todos le mentían le produjo miedo. Quizás Manolo le diría la verdad. En el espejo vio su rostro lívido y se sintió muy cansada.

La despertó el bullicio del pueblo. A través de la persiana bajada le llegaron las campanas que llamaban a misa por el patrón del pueblo. Después todos irían a la romería, sólo ella estaba sola, encerrada en el cuarto de un hostel de una estrella. Por la noche se halló en medio de los huéspedes y escuchó sus alegres comentarios: “Por un momento me creí dentro de un Renoir”, dijo Rosa, la maestra de arte, moviendo sus pendientes hechos de plástico azul. Se volvió a Consuelo.

—Usted sabe que la República era la inteligencia y el franquismo la pistola —dijo enfáticamente.

El viejo con mirada de pájaro sonrió, y acompañado de Rosa se dirigió a su mesa. Era difícil soportar la soledad a la que la habían condenado. La acusaban de algo y ella sólo encontraba en las esquinas a Gil y al relojero. Ahora, también estaban dentro del hostel charlando animadamente con Amparo. Cenó de prisa y volvió a su habitación. ¿Era esa la hospitalidad tan cantada?

Oscurecía cuando pasó frente a la casa de su tío José Antonio. Sobre la piedra del enorme portón todavía estaban labradas sus iniciales: J. A. V. La casa estaba abandonada, las ventanas cerradas, las tapias derruidas y en el jardín los árboles crecían rotos, en medio de la maleza. Contempló los vidrios destrozados de los miradores. Una furia antigua sopló sobre la casa para después abandonarla y dejarla en silencio. Había un misterio que nadie deseaba descifrarle. De pie frente al portón, se sintió

descorazonada; era inútil llamar, nadie acudiría. La furia destructora la expulsó de su casa y los vecinos la miraban con regocijo. “¡Su familia nunca existió!”, dijo Gil, y las iniciales grabadas en la piedra se dejaban contemplar con tristeza. Dio vuelta a la esquina y vio que una de las ventanas del salón había sido convertida en puerta que daba acceso a una farmacia. ¿Quién rompió esa ventana? ¿Quién destruyó la casa? ¿Quién la clausuró? Entró en la farmacia para encontrar alguna huella del pasado y un hombre de bigote retorcido apareció tras el mostrador. Ella no supo qué decir, atontada por el inesperado espectáculo. Recorrió con la vista las vitrinas, que encerraban frascos de etiquetas pequeñas y anuncios para la tos, los callos, alimentos para niños raquíuticos y aceites para dorarse en la playa. La farmacia era pequeña, una puertecilla abierta entre sus estantes conducía al interior amplio, alguna vez acogedor y lujoso. El hombre se atusó el bigote. En su actitud había algo perverso.

—Unos somníferos... —dijo ella.

Era asombroso hallarse allí, percibiendo aromas medicinales... en ese lugar que antes tuvo muebles tapizados en oros viejos, alfombras, espejos, libros, flores y los cuadros que ahora colgaban en el salón de los cabildos del Ayuntamiento. Desde la ventana convertida en puerta, ella contemplaba el puente romano situado a unos cuantos metros de allí, en ese momento desdibujado por la llovizna. Desde esa ventana ella vio llover en el pasado, igual que ahora, sólo que antes la madera ardiente de la chimenea perfumaba la habitación e iluminaba los libreros. Contempló el puente romano envuelto en la neblina y la llovizna. Sus hierbas y sus enredaderas la llamaban, como lo hicieron en el pasado. Trató de escuchar al río de aguas heladas que corría bajo su arco y una mujer la interrumpió.

—¿Cómo encuentra al pueblo?

—Igual... —le contestó a la desconocida, que la miraba con demasiada curiosidad.

Su interlocutora pareció asombrarse: ¡igual!, ¡pero si todo había cambiado! El farmacéutico observó la escena e intervino en la conversación cuando se pronunció el nombre de José Antonio, al que la cliente no deseaba recordar.

—Sí, sí, algo he escuchado sobre el pobre José Antonio...

—¡Eladia!, deja de charlar, aquí tienes tus parches —gritó el farmacéutico.

Consuelo abandonó la farmacia. Se refugió en el antiguo café situado en la acera de enfrente. Estaba segura de que la mujer deseaba decirle algo y decidió esperar. La puerta iluminada de la farmacia parecía un espejo en el que se reflejaban personajes equivocados. El hombre y la mujer discutían. La humedad del café y la lluvia de la calle la cubrieron de tristeza. Cuando la mujer abandonó la farmacia corrió tras ella y la alcanzó en la esquina, frente a la casa junto al río. La mujer se volvió, fingiendo sorpresa, sonrió bajo su enorme paraguas negro y esperó las preguntas. Consuelo se alisó los cabellos mojados, sólo deseaba saber la suerte de su tío José Antonio. La mujer miró en torno suyo y luego clavó la vista en el rostro de Consuelo.

—No recuerdo... he oído algo, creo que se suicidó... ¡Se ahorcó! —dijo la vieja Eladia, y escrutó el rostro de su interlocutora a través de la llovizna y de las sombras.

La respuesta atroz de Eladia la hizo olvidar el agua que caía sobre ella.

—¿Se ahorcó?... ¿Ahí, en su casa?... —preguntó aterrada.

—No, eso sucedió en otra casa... en otro pueblo. ¡Por Dios, he hablado demasiado! ¡Calle!, ¡calle! Esto no conviene decírselo a nadie. ¡Suerte, mucha suerte!

La mujer se alejó de prisa, moviendo su enorme paraguas negro y ella quedó bajo la llovizna.

La casa junto al río continuaba quieta en la calle desierta. “¿Se ahorcó?”, se repitió Consuelo. “¿Por qué me lo oculta Pablo?” Decidió ir a la casa del viejo en ese mismo instante. Cruzó el pueblo silencioso y lavado por la lluvia. Frente a la puerta de la casa de Pablo dudó unos instantes. “¿Por qué calla?”, volvió a preguntarse y apoyó la mano en la campanilla. ¡Entraría! Le abrió Ramona.

—¡Nos has olvidado!... Pablo está muy enfermo —dijo con aire abrumado.

En la habitación de techo bajo Consuelo ocupó la silla que estaba junto a la cabecera de la cama del moribundo. Éste, con los brazos cruzados

sobre las mantas, miró a su pariente con gran enojo y ella sintió un asco repentino ante aquel anciano y aquella mujer oscura que fingían un sufrimiento innecesario. ¿Por qué querían aparecer como víctimas..., y víctimas de quién? Ambos la examinaban con reproche y al cabo de unos minutos de silencio, el viejo exclamó indignado:

—¿Por qué no asistió usted al novenario del hermano de Ramona?

—Deja, Pablo, deja, Consuelo está muy ocupada, la vi bajar del auto de Gil...

—¡No era yo! —afirmó Consuelo con descaro. También ella mentiría.

Pablo se sentó en la cama y miró con severidad a Consuelo.

—¿Sabe usted que ese hombre es un asesino? ¡Un asesino! Incluso ha querido matar a su padre. Usted no debe mezclarse con los fascistas. Le he dicho que no opine de política. También sé que estuvo usted con Joaquín, el legionario azul. ¡Defínase políticamente! ¡Defínase! —exigió iracundo.

—¡Extrema derecha! —contestó Consuelo.

Pablo se dejó caer en su lecho, miró el techo con fijeza y Ramona se mordió los nudillos de los dedos como si pensara devorarlos. Entró Eulogio.

—La señora acaba de definirse; ¡extrema derecha! —dijo Pablo, y los tres se miraron asustados.

—Como todos los Veronda, ¡azules! —repitió Consuelo.

—Efectivamente, como todos nosotros —contestó Pablo.

Hubo un silencio y Eulogio salió para volver con los vasitos de anís y las tajadas de jamón.

—Mira, estas copas vienen de la casa de la señora Adelina —dijo Ramona.

—¿La loca de la peluca? —preguntó Consuelo.

—No, no, ésa era la otra, la que estaba un poco chalada. Tres veces entró al convento y tres veces salió. A mí la señora Adelina siempre me quiso mucho. ¿Verdad, Pablo? —dijo Ramona.

—¡Verdad! —contestó el viejo a su mujer, concentrado en mirar el techo.

—¿Y quién era la otra? —preguntó Consuelo, esperanzada, creyendo

que obtendría la verdad.

Los tres guardaron silencio. Luego Pablo se irguió en el lecho, se volvió a Consuelo y exclamó con aire de extrema dignidad.

—¿Cómo que quién era la otra? ¡La tía Antonina, la hermana de su padre, señora!

“La hermana de su padre, señora”, escuchó Consuelo, asustada, y en la habitación de techo bajo planeó una sombra siniestra, que se le antojó que era la de su tío José Antonio suspendido de una cuerda. Sintió miedo ante aquellos personajes que se desdibujaban en la penumbra de la habitación y decidió preguntar por él.

—¿Y mi tío José Antonio?

Pablo saltó como si un resorte mágico lo hubiera movido. Se sentó en el lecho y la miró con ojos vidriosos.

—¡No me hable de él! ¡Estaba loco! —y volvió a adoptar su posición horizontal, boca arriba y con los flacos brazos cruzados sobre el pecho, mirando a lo alto con aire digno.

—¿Has visto a Concha? —preguntó Ramona, mirándola con ojos ansiosos.

Pablo levantó un brazo y lanzó una mirada de ira a su mujer.

—Prohíbo que la nombres en esta casa. Usted debe saber que echó a mi madre a la calle. Yo mismo la vi venir por la ventana de la cocina y salí y dije: “¡Madre... Madre!” Hacía varios meses que no la veía, ya que estaba con esa mujer, a la cual no nombro. Mi madre se quedó a vivir con nosotros; ella quería legarme todo, pero yo no acepté. Llamé a un notario y delante de testigos hice que nos heredara a todos por partes iguales.

—¿Quién era tu madre? —preguntó Consuelo, con voz indiferente.

Pablo dio un golpe sobre las mantas y volvió a enderezarse iracundo.

—¿Mi madre? ¡Lolina!... Lolina Veronda... De Veronda...

—La hija predilecta de tu abuelo —añadió Ramona.

—Y hermana de su padre —terminó Pablo.

Consuelo lo escuchó disgustada. Su padre nunca tuvo una hermana llamada Lolina y si la hubiera tenido y fuera la madre de Pablo, éste no debería llamarse Veronda, sino llevar el apellido de su padre. Los tres sombríos personajes que tenía delante estaban mintiendo. Los observó

con miedo, mientras ellos permanecían impassibles. En ese momento se escuchó la voz de Concha, llamando desde la escalera.

—¡Pablo!... ¡Pablo! Vengo a usar el teléfono.

El anciano no se inmutó al escuchar la voz de su enemiga, la que, según él, nunca pisaba su casa y había echado a la calle a su madre. Tranquilo le ordenó a su mujer.

—Echa a la calle a esa mujer.

Ramona salió de prisa. De abajo llegaron rumores de voces: eran Ramona y Concha que conferenciaban.

La vieja volvió a la habitación para anunciar con aire compungido.

—Le dije que no insista en llamar desde aquí y que no vuelva nunca.

Pablo cerró los ojos, parecía extenuado. Eulogio y Ramona acompañaron a Consuelo hasta la puerta, al despedirse ésta vio colgados en el muro de entrada dos medallones del siglo XIX, y tuvo la corazonada de que habían sido robados.

—Me los regaló la señora Adelina —confesó la vieja, que había seguido su mirada.

Ya era tarde para cenar en el hostel. No quiso encerrarse a solas consigo misma en la humedad de su cuarto, caminó al azar, preguntándose por qué todos le mentían, y sin darse cuenta pasó frente a la casa junto al río, envuelta en silencio. Tampoco ella quería confiarle su secreto. Las rejas despintadas y los prados sin rosales ni violetas la dejaron inquieta: “Aquí pasó algo...” Vio avanzar un automóvil que se detuvo frente a ella y Gil saltó a la acera.

—¿Busca algo?

—Doy un paseo...

Gil llevaba la misma cazadora verde y los mismos pantalones amplios. Fijó en ella sus ojos borrachos y trató de interceptarle el paso; pero ella se dirigió al hostel.

—Ya me dijo Ramiro que usted habla varios idiomas. ¡Como en el cine! Usted me recuerda a esas mujeres que salen en el cine, muy elocuentes, muy preparadas para engañar a todos. Esas mujeres que llegan de Rusia. Dígame, ¿conoció allá a Amparo? —preguntó el hombre.

—¡No diga estupideces! Amparo nunca estuvo en Rusia, ni yo

tampoco...

—¿Trata de engañarme? Amparo sí estuvo en Rusia. Lo sabemos todos, desde ella hasta Ramiro. ¡Vamos! —contestó subiendo la voz.

Consuelo siguió caminando, de pronto se detuvo y se volvió para encararse con Gil.

—¿Cómo murió mi tío José Antonio?

—¡Le tengo dicho que esos tíos suyos no existieron nunca! —gritó iracundo.

Consuelo volvió sobre sus pasos. Antes de encerrarse en el hostel, regresaría a casa de Pablo, lo acorralaría hasta sacarle la verdad sobre su familia. Gil la siguió y ella no dio importancia a aquel maniático. Llamó con ira a la puerta de Pablo, y encontró a éste dedicado a la lectura del periódico. El viejo, sorprendido, se quitó las gafas: “Sí, sí, leyendo, como todos los Veronda”, dijo, mientras Consuelo lo observaba con ira.

—¿Por qué no quieres hablar de mi tío José Antonio?

Pablo se sentó en la cama. Su mujer quiso intervenir, pero él le hizo un ademán enérgico para callarla.

—Sí quiero hablar, señora. Le dije que se volvió loco... Yo no quería apenarla... La última vez que le vi iba por la carretera de Peña, vestido de negro. ¿Recuerda que siempre vestía de negro?... Le gustaban los paseos solitarios. Sí, le gustaban... Él era así, solitario y callado... ¡Qué horror, qué pena! Espero que usted no practique esa costumbre —dijo el viejo, con voz triste.

—¡Ay!, todo se acaba, mi pobre hermano murió... —intervino Ramona.

Esperó a que continuaran, pero los dos viejos callaron y ella supo que habían cerrado los labios para siempre. La repentina tristeza de Pablo le cayó encima como una capa de cenizas y escuchó su extraña frase: “Espero que usted no practique esa costumbre...” ¿Qué quiso decirle ese viejo de mirada atroz, súbitamente triste? Investigaría por su cuenta: iría al cementerio a buscar las lápidas de sus familiares, así sabría las fechas de sus muertes; después continuaría en la búsqueda de sus huellas hasta solucionar el misterio.

Cavilaba en su habitación, cuando escuchó nuevamente los golpes y las voces en un cuarto cercano. Se lo diría a Amparo, eran inquietantes

aquellas escenas nocturnas y violentas, llevadas en voz baja. Antes de caer dormida se prometió no preguntar a nadie por el cementerio. No deseaba que nadie supiera sus planes.

El cementerio más antiguo se hallaba en las afueras del pueblo, en el camino de la Capilla de San Antón. Muy temprano se dirigió allí. Las calles habían cambiado, pero daría con él. Tomó callejuelas solitarias y rápidamente se encontró en la cuesta de San Antón. Lloviznaba ligeramente y los árboles se difuminaban en la niebla y el agua que caía con suavidad. Tomó el caminito empedrado, húmedo y resbaladizo. El campo olía a verde y muy cerca estaban las montañas que cerraban al pequeño valle. La tierra perfumada por los manzanos era amable.

—¡Camarada! —la llamó una voz de muchacho.

Se detuvo y miró hacia todas partes: no había nadie, sólo la llovizna envolviendo a los árboles con una penetrante melancolía.

—¡Camarada!

Repitió la voz. Descubrió a Manolo, escondido tras unas tapias derribadas. Miró hacia atrás y cuando se hubo cerciorado de que nadie la seguía, se dirigió adonde estaba el muchacho. Manolo tenía el rostro mojado y un aire solemne.

—Estos paisanines son tremendos. ¡No vayas al cementerio! Yo sé que vas allá, todos lo sabemos. ¿Para qué vas?

Asombrada, no supo qué contestar. Manolo se dio importancia, hizo girar su enorme paraguas negro y dio puntapiés a las piedras.

—Vienes sin paraguas... ¿No tienes? —preguntó con asombro.

—¡No! No tengo paraguas.

Manolo enrojeció, ignoraba que careciera de dinero hasta para comprarse un paraguas y sintió vergüenza por tener algo de lo que su amiga carecía. Se movió inquieto.

—Tú quieres visitar las tumbas de esos tíos tuyos, pero no las vas a encontrar. Yo soy un paisano muy listo, ya las busqué y resulta que no existen.

Lo miró boquiabierto, mientras la llovizna tupida continuó cayendo.

—Mira, mi padre es el cartero. Los carteros sabenlo todo. ¡Todo! Esas tumbas no existen. Veo que eres de otra época, que no te enteras de nada.

¡Vamos!, que los enterraron en tumbas para pobres. No compraron el terreno, pasaron siete años y echaron los huesos al osario común. ¿Entiendes? Los paisanines creen que vas a buscar sus tumbas, y no te conviene. Regresa al hostel y hazte la tonta... Yo seguiré con mis contactos y ya te avisaré lo que vaya sucediendo. ¡Aquí hay más mierda!...

—¿Cómo sabes tanto?

—No preguntes. Tampoco le tengas miedo a Gil. Ese paisanín mucho jugar con su pistola y no asusta ni a su madre. Vuelve al hostel, que no conviene que nos encuentren aquí de charla.

Manolo parecía preocupado bajo su enorme paraguas negro. La vio alejarse cuesta abajo: ¿cómo supo Manolo que iba al cementerio? El chico no la engañaba. Entró en el pueblo con las ropas mojadas y el cabello chorreando, y se encontró al relojero, amparado bajo un paraguas negro, el cual no se dignó mirarla. Desde la puerta de una tienda la saludó Joaquín, el marido de Josefina. Entró en el comercio a refugiarse de la lluvia y saludó al antiguo miembro de la División Azul.

—¡Que manera de llover! Espere aquí a que amaine... —le dijo Joaquín, poniéndose encarnado.

Sorprendida por su cortesía no supo qué decir; era la primera vez que recibía un gesto amistoso en ese pueblo hostil, de alguien que no fuera Manolo. Sobre una mesa se hallaba una máquina de escribir, la que Joaquín limpiaba con esmero. Lo observó trabajar y fumó un cigarrillo. Era difícil entablar un diálogo con aquel hombre tímido. La tienda estaba sola, aislada por la lluvia que arreciaba por momentos.

—Usted estuvo en Rusia...

Joaquín no levantó la vista, continuó limpiando la máquina.

—Gente muy dulce la rusa —dijo como para sí mismo.

Su respuesta la desconcertó. Ella sabía por Concha que su hermano había muerto en aquel país. Escuchó caer la lluvia y después de un rato le preguntó por qué se había ido de voluntario a la División Azul, si pensaba que los rusos eran “tan dulces”. El hombre dejó su trabajo y miró hacia la calle.

—Yo era casi un niño cuando los rojos mataron a mi padre... Un poco después también mataron a mi hermano mayor. Fue una tragedia. Más

tarde, cuando pidieron voluntarios para ir a Rusia, me inscribí. Sucedió que una mañana mi hermano menor fue a comulgar y al volver a casa anunció: “¡Me voy a la División Azul!” Yo decidí hacer lo mismo.

La voz de Joaquín no se alteró. Miraba algo y su pasado entró a la tienda cubriéndola de una melancolía infinita. Se diría que sobre ambos cayeron copos de niebla. Joaquín dejó sus manos quietas. En el cenicero, los cigarrillos encendidos levantaron columnas caprichosas que escribieron signos irrecuperables, evocados en la mañana de un pueblo perdido. Joaquín se echó a reír.

—Recuerdo que durante una licencia, un compañero y yo llegamos a Madrid. No conocíamos a nadie y decidimos ir al teatro. Llevábamos los uniformes azules y las botas negras limpiísimas. Queríamos dar buena impresión y al avanzar por el pasillo del patio de butacas, las botas crujían como si fueran truenos. La función había empezado y los espectadores se volvieron a vernos, pues dábamos un paso y ¡crac! otro y ¡crac! Nos quedamos quietos. Volvimos a avanzar y los actores interrumpieron sus parlamentos para mirarnos. Entonces, nos apoyamos en los brazos de las butacas y avanzamos columpiándonos, sin pisar suelo. Los actores empezaron a aplaudir.

Joaquín rio de buena gana al recordar aquel episodio juvenil. Consuelo observó su cabello rubio mezclado con canas, su nariz recta y sus ojos nostálgicos. “Debe haber sido muy guapo”, se dijo. Invocados por él, aparecieron en la tienda dos oficiales de uniforme azul en un patio de butacas. Era él quien proyectaba aquella imagen remota, era su pasado magnífico en la modestia de la tienda. “Para los hombres siempre su tiempo de guerrero es su mejor tiempo, de cualquier bando que sean”, pensó Consuelo, y recordó a su abuelo y a sus amigos y conocidos hablando siempre de sus acciones de soldado.

Joaquín cesó de reír y puso orden en sus lápices.

—Josefina quedó huérfana. A su padre lo fusilamos los nacionales. Era comunista, las guerras civiles son atroces. Su padre era muy buena persona, murió por sus ideales, como mi hermano. Al volver de Rusia la conocí y nos casamos.

Hablaba con inocencia, convencido de sus palabras modestas y

mirando hacia la calle como si de la vía le llegara su pasado. La acompañó hasta la puerta, había olvidado la cortesía y el gesto del hombre la hizo salir dando traspiés.

En el vestíbulo del hostel se encontró a Amparo, su mirada gruesa, aumentada por los cristales de sus espesas gafas, cayó imperturbable sobre sus cabellos y sus ropas mojadas.

—Estuviste con Joaquín. ¡Pobre diablo! Fue el héroe local. ¿Sabes lo que hizo? Cuando volvió de Rusia toda la gente de los alrededores lo esperaba en la estación con banderas y flores. Pues bien, él lo supo y se apeó del tren en el pueblo anterior. ¡Eso se llama abandonar el éxito! ¿No estás de acuerdo? Míralo ahora, de empleado. ¡Pobre diablo! —dijo con voz desdeñosa.

Consuelo la escuchó asombrada.

—No me juzgues mal, imagínate que tres personas de su familia murieron por los Nacionales. ¿No crees que podía tener una situación mejor? —prosiguió Amparo.

—Sí, mucho mejor...

—Es un imbécil; en cambio, mi madre y yo sufrimos y luchamos... y ya ves...

Consuelo subió a su habitación, no le interesaban las confidencias cínicas de Amparo. “Joaquín es un imbécil porque no supo aprovechar el éxito.” Tampoco ella lo había aprovechado. Procuraría no escuchar más a la gente del pueblo y durante varios días evitó cualquier palabra o roce con ellos.

“Mañana a las seis en el café de los choferes. Manolo”, decía la nota que encontró bajo la puerta de su habitación.

Manolo llegó puntual al café haciendo sonar sus madreñas blancas. Ordenó un coñac y ocupó un taburete frente a su amiga.

—Camarada, sucede que estos paisanines son cerrados. El viejuco ese, Pablo, está enfermo desde que tú llegaste. ¡Qué pantomima la de este fascista!

—¿Fascista? Me dijeron que era rojo —dijo Consuelo.

—¿Rojo? ¿Rojo ese tramposo? Es muy viejo, muy triquiñuelo para ser rojo... Mira, nadie quiere decir nada, pero yo sigo la buena pista. ¿Ya te

dije que mi padre es cartero? Cuando yo era niño, a veces repartía cartas y cuando llegaba a la cocina de ese paisanín y salía la paisana tan enorme y tan negra, yo estiraba la mano, le daba la carta y salía pitando. Esa paisana es negra y siempre se está comiendo los dedos. ¡Malo, malo! El paisanín repartía carbón en una furgoneta... Mi madre es maestra de escuela y tiene conciencia de clase, pero en cuanto le hablo de esto, me tira un coscorrón...

Manolo se detuvo y encendió un cigarrillo, parecía preocupado. Estaba alerta y a Consuelo le pareció que tenía miedo.

—El paisanín se iba a las tabernas a jugar a las cartas. Yo acompañaba a mi padre. ¡Mi padre era un buen camarada! El carbonerín echaba la cabeza hacia atrás, cruzaba los brazos sobre el pecho, cerraba los ojos y simulaba tirar cualquier carta. ¡Vaya cómico! Yo lo llamo el cadáver...

Consuelo se echó a reír, la imitación que Manolo hacía de Pablo era perfecta. El chico se puso serio.

—¿No me crees? Así era y supe que en los días en que a tu tío lo golpeó un camión en la carretera a Peña, el paisanín se puso muy enfermo, como ahora...

—¿Lo golpeó un camión? —preguntó Consuelo, aterrada.

—¡Sí!, información de primera mano. Esto pasó antes de que yo naciera y es información ¡confidencial!, de primera mano. Parece que tu tío volvió loco con el golpe, porque ya nunca salió de esa casa —añadió Manolo, mirándola con fijeza.

—¿Qué casa?

—¡No entiendes nada, coime! La casa de Peña, allí se ahorcó tu tío. Lo encontraron una semana más tarde. Es confidencial... Tu tío tenía el traje negro desgarrado y estaba lleno de golpes. Tal vez fue el camión. Dicen que volvió loco y ya no quiso salir de esa casa... No lo creo —agregó el chico en voz muy baja.

Consuelo recordó el paseo a Peña, la soledad de la carretera, el automóvil que pasaba zumbando junto a ella y la casa quieta que fascinaba a Concha. La puerta abierta mostraba un interior desordenado y sucio y la mujer oscura, con la mosca en la frente, la miraba con algo parecido al odio. Se alejó de allí impresionada por la suciedad, los árboles

mutilados y el gesto impenetrable de la vieja. Recordó que bajo unos árboles estaba un carromato de gitanos. Escuchó decir a Manolo:

—A tu tío lo encontraron con el reloj de oro. Paréceme muy raro que no lo hayan robado. Por esos días estaba por ahí un carromato de gitanos... Tú sabes lo que hacían, ¿verdad?...

Manolo se volvió inquieto y Consuelo descubrió acodados a la barra a Perico y al relojero, que los miraban con inquietud.

—¡Ahí está el relojero! Es un fascista, se llama Alberto, y como arregla los relojes se entera de todo. No sé qué hace con el músico ese de la charanga, ese Perico que nunca dio un golpe...

—¿La casa de Peña es de los padres de Ramona, verdad? —preguntó Consuelo.

—No sabía que esa paisana tuviera padres. Ella no es del pueblo, iré a mis contactos... Tú calla y espera —contestó el chico, visiblemente nervioso ante la insistente mirada de Perico.

—Márchome, el Perico y el relojero irán a ver a mis padres, son confidentes y muy amigos de Concha y de Gil. Hay que callar. Vete con cuidado...

Lo vio salir balanceando el paraguas y golpeando las madreñas, y ella quedó allí, escuchando el trote del carricoche que conducía a los dos enlutados por caminos empedrados y entre ráfagas de lluvia. Los niños a los que el prior despertó en el monasterio estaban muertos: Martín en México y José Antonio asesinado.

Y ella estaba allí, escuchando su muerte recitada por un chico de rostro de manzana. “Pablo conducía una furgoneta y desde un camión golpearon a mi tío, lo llevaron a la casa de Peña y una semana después apareció ahorcado...” La conclusión era siniestra: Pablo y Ramona lo habían asesinado. Todos lo sabían.

Tuvo miedo y evitó mirar hacia la barra en la que Alberto y Perico continuaban acodados. ¿Por qué callaban? Salió corriendo. Al entrar en el hostel se encontró con las mujeres viejas que jugaban a los naipes. Amparo le salió al paso.

—¿Sucede algo? —le preguntó con una sonrisa floja en sus labios de batracio.

—Nada.

El viejo amigo de Rosa la observó con una mirada rápida. “Iré al pueblo vecino a buscar alojamiento”, repitió durante la cena. No podía olvidar a su tío José Antonio, y el silencio que la rodeaba le produjo pánico.

En medio de la llovizna de las siete de la mañana se dirigió a la parada de autobuses y compró su billete. Sólo había unos pocos aldeanos cuando apareció también el relojero y compró un billete para ir al mismo pueblo. ¿Para qué la seguía aquel hombre? En la acera de enfrente estaba listo para partir el autobús que iba en dirección opuesta, cruzó la calle y lo abordó. El vehículo salió inmediatamente y Alberto, el relojero, tomado por sorpresa, se quedó mirándola partir. Durante el inesperado viaje a Covadonga olvidó mirar los pueblos que cruzaba. “¿Por qué estaba allí el relojero?”, se repitió mil veces. Al llegar a Covadonga era la única viajera.

Covadonga estaba desierta. Desde las montañas bajaba un aire frío y transparente y se escuchaban el agua de la gruta y el rumor de las ramas de los árboles. Caminó sin rumbo y luego enfiló hacia la basílica. La encontró vacía, el pendón azul colgaba junto al altar mayor y parecía un trozo de agua congelada. No pudo rezar. Salió a contemplar la mañana intacta, encerrada bajo el cielo por los montes verdes. Se dirigió a la Cueva, le pidió consejo a la Virgen de rostro visigodo, encendió un cirio grueso y lo colocó sobre el pretil de piedra abierto al viento; después terminó de oír la misa celebrada por un sacerdote muy viejo. Al terminar corrió tras él y lo alcanzó en el pasaje abierto en la roca.

—¡Padre! Necesito hablar con alguien...

Caminaron juntos hasta las terrazas de baldosas blancas y allí le explicó que estaba sola en el mundo, que había venido a buscar refugio en el pueblo de sus padres. El viejecito la escuchó en silencio.

—Ahora tengo miedo. Hay una familia que pretende ser mi familia...

—Lo sé todo. Pon tierra de por medio, mucha tierra, estarás más segura.

Lo escuchó asombrada. Los sacerdotes sabían todo antes de que hablaran los penitentes, ya le había ocurrido en otras ocasiones. Tenían el don de la videncia. Estuvieron un rato en silencio, el viejo miraba las montañas con aire apacible.

—No tengas miedo. Es falta de confianza en Dios; pero pon tierra de por medio —insistió.

Pasearon por las terrazas de losas blancas y hablaron del buen aire de las montañas.

—Estás muy pobre, lo sé. Abajo hay fondas baratas, come en una de ellas y toma el autobús de las tres de la tarde. No te conviene tomar el de las siete de la noche. Ahora oscurece muy temprano —le recomendó el sacerdote.

Consuelo le preguntó por qué debía tomar tantas precauciones.

—¿No eres la sobrina de Adelina y José Antonio?

—Sí...

—Pues por eso mismo —contestó enigmático.

Consuelo obedeció sus órdenes y tomó la rampa solitaria y bien cuidada para bajar al estrecho valle. La soledad inocente de aquel lugar le produjo miedo; tuvo la sensación de que nunca terminaría de bajar. Un automóvil se detuvo frente a ella y reconoció a Ramiro y al relojero.

—Sube, te llevamos —ordenó Ramiro.

Pero, si ellos iban arriba y ella bajaba... “Sube, te llevamos”, repitió Ramiro. La soledad absoluta la dejó indefensa frente a los dos hombres que la invitaban a subir, y obedeció. Ocupó el asiento de atrás y escuchó la conversación de los dos hombres, que hicieron girar el auto y éste tomó la cuesta abajo.

Alberto era un poco tartamudo, se diría que separaba las sílabas en un tictac, tic-tac. Ambos hablaban de los “curas faldones” y de las faltas cometidas por las mujeres solas. “Son tías raras”, y ambos rieron impunemente. No debía sentir miedo, pero no podía impedirlo. Vio que Ramiro detuvo su automóvil en una huerta y lo escuchó ordenarle que bajara. Tomaron un sendero que los llevó a una casa escondida entre los árboles. Era una taberna bien cuidada. Ocuparon una mesa y el tabernero se dedicó a mirarla con descaro. Sólo estaban ellos tres, sentados a una mesa y sin cruzar palabra. Después, salió la tabernera a observarla con mirada escrutadora. Notó que Ramiro les hacía una seña a los taberneros.

—Creíamos que era usted la señora Veronda que estuvo aquí hace tres años. Venía con su marido, los dos muy elegantes. Comieron afuera, yo

misma les serví —le dijo la tabernera a voces.

Consuelo supo que hablaban de su hermana. Estaba desconcertada.

—La señora traía alhajas muy buenas: pulseras de oro, anillos de diamantes, era rubia, se parecía a usted... pero en elegante —afirmó el tabernero.

—No quiso ver a la familia del pueblo. Supimos que no se detuvo a buscarla —dijo la mujer, con voz rencorosa.

—Vino varios años, parecióle poco la familia, la reconocimos por el aire, el parecido —afirmó el hombre.

—Era mi hermana... no era yo... —dijo Consuelo.

—¿Tu hermana? ¿Dónde está tu hermana? —preguntó Ramiro, alarmado.

—En Madrid —contestó ella al recordar al sacerdote.

El relojero movió la cabeza como un péndulo y después de terminar la sidra los tres volvieron al automóvil. Desconoció el camino de regreso y desconoció los pueblos. Recordaba al sacerdote y al secreto revelado por Manolo: estaba segura de que los dos hombres iban a matarla. Se dio cuenta de que hacía años que le seguían los pasos, por eso la llevaron a aquella taberna para ver si era ella u otro miembro de la familia. Los pueblos apacibles le producían terror y le costó trabajo aceptar que habían llegado al hostal. En la terraza estaba el viejo amigo de Rosa. Se hubiera dicho que la esperaba. Cruzó el vestíbulo de prisa y el viejo la siguió. Le dio alcance al pie de la escalera y la llevó un rincón.

—Usted tiene una mala impresión del pueblo. ¿No es así? —y la miró hasta el fondo los ojos.

—No, no... lo que sucede es que estoy triste...

—Soy policía. Fui Comisario y conozco muy bien la mente criminal —le contestó el viejo.

—Yo no soy criminal...

—Vamos a ver, los crímenes se cometen por tres motivos: sexuales, económicos o políticos. Busque usted el motivo de lo que le sucede. Porque algo le sucede, ¿no es así?

—Sí... será político. Me acusan de ser comunista...

El viejo movió la cabeza y continuó observándola.

—No. No es político. El problema es económico. Conozco bien el caso y hay en juego una millonada. Los herederos legítimos no habían aparecido hasta ahora...

—No entiendo...

—¿No entiende que sus familiares murieron intestados? Los bienes están en manos del Ayuntamiento hasta que los herederos o la heredera legítima los reclame —concluyó el hombre.

—¿Habla de mí?... —preguntó Consuelo.

—Sí... conozco bien el caso. ¡Vaya con mucho cuidado!

El viejo le dio una palmada y prometió charlar más tarde. Ella, por su parte, debía guardar silencio.

Se sintió perdida. ¡Una millonada! ¿Y por qué aquel viejo que se decía Comisario no actuaba? ¿Por qué la dejaba sola en medio de aquellos criminales activos? El viejo sabía que ella no tenía dinero y encima le recomendaba prudencia. Volvió a recordar que su tía Adelina le había legado el dinero a la iglesia, así estaba convenido en la familia. Sin embargo, el sacerdote le dio el mismo consejo: prudencia y poner tierra de por medio, “mucho tierra”.

¡Nadie le decía la verdad! Quizás Manolo era el único, y la verdad era que habían asesinado a su tío, que todos lo sabían y que nadie hacía nada. Perpleja, abandonó el rincón bajo la escalera, sólo para descubrir a Eulogio metido en su tricot color de rosa.

—Mi padre está enfermo y quiere verte. ¡Vamos! Anda, vamos, que Concha y Adelina también están enfadadas contigo.

Eulogio le produjo un horror invencible: sus ojos de pelos enmarañados parecían arañas dispuestas a saltarle encima. Retrocedió y subió corriendo a su habitación. Al oscurecer se fue a buscar a Manolo al café de los choferes. El chico la esperaba con aire circunspecto. Apenas empezaban a charlar cuando surgió un incidente: entraron dos chicos al café y Manolo les salió al encuentro.

—¡Se marchan de aquí! ¡No quiero estar con los guerrilleros de Cristo Rey! —dijo desafiante. Los recién llegados lo miraron con altivez y uno de ellos avanzó hasta él. Era más flaco y más bajo.

—¡Tú vas a sacarme de aquí! Yo no me marchó.

—¡Eres un crío! Crece y luego nos daremos con cadenas —contestó Manolo, midiéndolo con la vista.

—¿Un crío? Voy a cumplir diecisiete años.

—¡Vaya con este guerrillerín! —dijo Manolo.

—¡Soy! ¡Fui! ¡Seré! —exclamó el guerrillerín, saludando con el brazo tendido.

—¡Acojonante! ¡Acojonante! —repitió Manolo.

“Los enemigos” ocuparon una mesa vecina y pidieron un chocolate. Manolo se sentó junto a Consuelo.

—¿Has visto? Quédame pegado al suelo. ¡Vaya con el cristerín! Es acojonante, pero no es de este pueblo —explicó. Consuelo se echó a reír y Manolo también. De pronto, cambió de expresión y le señaló al relojero, que en ese instante buscaba una mesa. Al verlo, “los guerrillerines” abandonaron el local.

—¿Ves tú? Es confidente. Ya se enteró de que aquí hubo bronca. ¡Vaya follón que va a armar ese paisano! —dijo Manolo, preparándose a partir.

Consuelo lo vio irse y permaneció sola, bajo la mirada del relojero. Éste se acercó a ella.

—Pueblo chico, infierno grande —le dijo con su voz de tic-tac.

También ella abandonó el café. Caminó un rato y se dio cuenta de que Manolo la seguía. Al llegar a la iglesia de piedra rosa, el muchacho la alcanzó y la hizo entrar al pórtico, en donde se encontraba el nicho que guardaba el busto del hombre de rostro repulsivo.

—Mira a ese cabrón fascista. Vino de México a corromper a los paisanines. ¿Sabes lo que hacía? Echaba gasolina a los animales y les prendía fuego —explicó indignado. Manolo levantó un puño amenazador, pero el hombre de piedra permaneció impávido ante su cólera.

Se alejaron de la iglesia y caminaron bajo la lluvia. Le relató lo sucedido con el Comisario, pero el chico no pareció sorprenderse: escuchó con atención y de pronto la detuvo.

—Camarada, esta gente es fascista. Te han robado hasta el nombre. La carbonera se pone en las cartas: ide Veronda!... pero, también tú eres fascista. Fuiste a ver a esos curas y ellos te dijeron algo y ya no puedo confiar en ti. No soy intransigente; una persona de tu edad ya no

evoluciona, ¡pero me diste un golpe!

Se sintió culpable delante de aquel chico. Él nunca creería que los sacerdotes eran buenos, trató de explicarle lo que habló con el cura y cuando Manolo escuchó la recomendación: “pon mucha tierra de por medio”, se detuvo preocupado.

—Están tramando algo tus familiares fascistas —dijo.

—Gil me dijo que eran rojos. ¿Sabes que Pablo estuvo en la cárcel? Lo metieron los Nacionales.

—Un cartero sábelo todo. Los carteros son como Dios, están en todas partes y tú no tienes a nadie en el mundo, por eso hoy tomé precauciones para que nadie se entere de la mentira que dijiste en la taberna. No te culpo, tu hermana no vive en Madrid, está muerta —dijo, y la miró con pena.

Volvieron a la iglesia y se sentaron en las gradas, se sentían deprimidos. Manolo buscaba indicios sobre la muerte de su tía Adelina, pero todos guardaban silencio. Cada vez enredaban más el caso. Ahora ya no era una tía la que atravesaba la galería para ir a la capilla, eran ¡tres! Manolo se rascó la cabeza, sabía algo nuevo.

—Los cuadros que están en el Ayuntamiento eran de tu tía Adelina. El paisanín era un pintor que no daba ni golpe. ¿Sabes? No diremos que era Goya, pero sus cuadros valen mucho dinero. ¡Mucho! Tú no ves claro, no tienes una perra gorda y la clave está en el hostel... ¡Y tú ni te enteras!

Echaron a andar, pasaron frente a la casa de su tío José Antonio y se desviaron hacia una casa enorme y apagada. Sus muros rojizos parecían negros. Las ventanas estaban clausuradas y Consuelo la recordó como en sueños. ¿Cómo era posible que la hubieras olvidado? Manolo la observó en silencio.

—Gastó mucho dinero en perros blancos, en pieles, en perendengues. Cuando le traía las cartas me recibía en un salón con muebles dorados. ¡Era una fascista! Se fue a Biarritz durante la guerra. Yo la conocí de vieja. Un día los anticuarios vinieron de Francia y se llevaron todo. Sólo quedó ella y se prendió fuego. Pero no murió y nadie puede verla. Parece que sólo te vería a ti... Deberías entrar a visitarla; ella sabe lo que sucedió con Adelina.

—¿Entrar a su casa? —preguntó Consuelo, mirando aquel caserón muerto.

—En esta casa no vive nadie. Ya no es de Elvira. Ella vive en el hostel. No digas nada, entra en su cuarto. ¡Mira que te has pasado la vida chupándote el dedo! —contestó Manolo, con impaciencia.

Le pareció que Manolo deliraba. Elvira vivía en el hostel ¿y se lo ocultaban? El chico se indignó: corría riesgos, investigaba, movía a sus contactos, ponía en peligro a su Organización y el resultado era que ella no le creía nada. Consuelo prometió cumplir con las órdenes que le diera el chico.

—Busca a Elvira. Ahora me marchó, no conviene que nos vean juntos. Mañana la cita es en San Antonio —ordenó el muchacho.

Desde afuera del hostel vio a los huéspedes arropados en mantas y abrigos mirando la televisión. Ya habían terminado de cenar y ella se fue al Saltillo a tomar un café. Estaba abarrotado, los parroquianos discutían sobre la democracia. A su lado surgió el relojero.

—No sé, no sé que puede hacer un niño a estas horas de la noche. Debería estar en su casa, estudiando cerca de sus padres —le dijo el hombre, sacudiendo la cabeza con enojo.

—¿Cuál niño? —preguntó Consuelo.

—El niño de mierda que juega a la revolución. ¡Manolo! Si sus padres se enteran...

El relojero insinuó algo sexual y Consuelo se quedó muda. ¡Eran capaces de acusarla de pervertir a menores! Lo leyó en las gafas verdosas del hombre y salió del café tratando de disimular el terror que la invadió. Buscaría a Elvira, que vivía escondida en el hostel. Los huéspedes continuaban mirando la televisión. Detrás de la barra estaba Juanín y, contemplándolo con los ojos entrecerrados, Marcelo, encarado en un banquillo alto. Subió y se detuvo en el primer piso. Recorrió los pasillos apagados, por las puertas cerradas de las habitaciones no escapaba ningún indicio de luz. En el segundo piso descubrió una raya de luz y llamó a la puerta con suavidad.

—Elvira... Elvira..., soy yo, Consuelo Veronda —dijo en voz muy baja.

La puerta se abrió de golpe y ante ella apareció Marcelo, que avanzó

dando voces:

—¡La mexicana! ¡Quiere entrar en mi cuarto! ¡Allanamiento de morada! ¡Soy funcionario del Ayuntamiento, del Registro de la Propiedad Privada! ¡La meteré en la cárcel!...

Consuelo salió huyendo. No podía encontrar su habitación y apenas pudo introducir la llave en la cerradura de la puerta. Marcelo continuó dando voces, escuchó a Amparo hablando con él y pronto las voces se apagaron. ¿Cómo podía estar Marcelo en ese cuarto si acababa de dejarlo cortejando a Juanín? ¡Le habían puesto una trampa! Fumó varios cigarrillos y trató de no dormir. Muy tarde escuchó voces y amenazas en voz baja. Salió de puntillas y avanzó para atisbar en el pasillo contiguo: era Juanín empujando la puerta del cuarto de Marcelo. “¡No te abro!”, decía éste con enfado. Volvió de prisa y se encerró con llave. Había descubierto el misterio de los golpes y las riñas nocturnas. Alguien cerró con precaución la puerta contigua. Recordó a la chica de cabello teñido, a Consuelo, que vivía en la habitación de al lado y sintió miedo. La había sorprendido espiando en el hostel de su padre.

Al día siguiente temió enfrentarse con Amparo y prefirió ayunar. La mujer despedía una frialdad extraña, como si de verdad fuera un enorme batracio que saliera de las profundidades de un pantano helado.

Al oscurecer, ganó la calle en silencio para dirigirse a la la Capilla de San Antón. Apenas había dado unos pasos, se encontró con Adelina y con Concha, acompañadas de una desconocida. Las tres se cubrían con un paraguas y sonrieron al verla.

—¿De dónde sales? No te vemos ni en misa.

Afables, la tomaron del brazo y la llevaron al elegante café en donde se reunieron con Josefina.

—Mi tía no estaba loca ni usaba peluca, ni se pintaba las cejas —le dijo a la mujer de Joaquín, con voz trémula de ira.

—¡Vamos, si lo dices tú! —exclamó Adelina.

Una de las mujeres sentadas a la mesa se ruborizó y le dio una palmadita en el hombro, se llamaba Covadonga y era hermana de Joaquín. Tenía el cutis rosa y delicado de una inglesa.

—Fue una crueldad lo que hicieron con ella —acertó a decir.

Concha se volvió a Covadonga y clavó en ella sus ojos helados. Adelina se incorporó sobre su silla y las demás guardaron silencio.

—¡Era muy mística la señorita! ¡Muy mística! Pues yo la gozaba viéndola de lejos, riéndose sola, se echaba hacia atrás y se le caía la peluca —dijo con ferocidad.

—¡Pobre mujer! Se moría de hambre. Mi madre le enviaba comida y la encontrábamos sacando piedras del río para molerlas y vender la arena en el mercado. Comprende, Concha, que era muy buena —aseguró Covadonga.

—¡Odiaba a los niños! ¿Cuántas veces mi pobre padre le rogó que viniera a casa? —contestó Concha, mirando a su amiga para hacerla callar.

Consuelo no entendía nada. ¿De quién hablaban? Las mujeres discutían sin dirigirse a ella ni darle ninguna explicación.

—Se tomaba por una gran señorita. ¡No niegues los humos que se daba! —dijo Adelina.

—¿Quién? ¿Mi tía Adelina? —preguntó Consuelo.

—Sí... ¡No!, la otra —contestó Concha, con voz seca.

—Se murió de hambre —insistió Covadonga.

—¡Mira mis manos! ¡Míralas! Yo trabajo, pero la señorita era tan mística que no podía trabajar, todo eran alabanzas al Señor —gritó Adelina.

Covadonga calló, era inútil discutir con sus amigas. Para disipar el mal ambiente, Josefina ordenó unos pastelillos y habló de la noche en que se incendió el pueblo. Todas recordaron las llamas, que contemplaron desde lo alto de la montaña adonde huyeron a esconderse. Consuelo recordó la carretera y las voces de sus padres, que la sacaron del pueblo para salvarle la vida.

—¡Esa fue la noche fatal! ¡Fatal! —aseguró Covadonga.

Sí, había sido fatal. Las mujeres comieron los pasteles y guardaron silencio. Concha se volvió a Consuelo.

—Parece que eres muy amiga de Gil. Está tochu por ti. Le gustan mucho las mujeres. ¿Verdad, Adelina?

Las dos hermanas se echaron a reír, Covadonga, Josefina y la otra

invitada se retiraron, era muy tarde y como seguramente la lluvia iba a arreciar, no deseaban mojarse. Un rato después salieron Concha y Adelina acompañadas de Consuelo. En la calle las dos hermanas volvieron a reír. ¡Pobre Josefina, con el fracasado del marido!

—¿Sabes que al padre de Josefina lo fusilaron los azules? —le preguntaron.

—No sé nada...

Llovía a cántaros y Adelina, para hablar de la miserable vida de empleado de Joaquín, se internó en el jardín abandonado atrás del kiosco de periódicos. En el fondo, bajo el tejadillo de una discoteca clausurada, continuaron hablando. Consuelo escuchó los chillidos destemplados de una guacamaya.

—Es un pájaro de América, está ahí —explicó Adelina, y señaló vagamente hacia un muro.

Consuelo corrió para encontrar a la guacamaya encerrada en una jaula que colgaba del muro. El animal lanzaba alaridos y ella se identificó con el pájaro de plumaje raído, dispuesta a morir de tristeza bajo la lluvia pertinaz. Concha y Adelina sonrieron y de la oscuridad surgió Manolo, con su enorme paraguas negro, abierto como un hongo peligroso. El muchacho cogió a Consuelo por un brazo y se alejó con ella a través del jardín inundado por la lluvia.

—Las dos paisaninas sabían que te esperaba, por eso te trajeron. Querían estar seguras de que íbamos a vernos. No fuiste a San Antón. ¡Malo! ¡Malo! Anoche llevaron a Elvira a la cárcel. Todo lo haces mal, icoime! Te dejaste pillar por Marcelo. Ve mañana a la cárcel y que nadie te vea, Severina te espera.

Consuelo advirtió la impaciencia del chico. Ella hacía todo mal y él giraba sobre sus talones, para luego enfrentársele nuevamente y dar órdenes.

—¿Severina es de fiar? —preguntó ella.

—¡Completamente! Es fascista, pero no importa. No mata una mosca.

—¿Es uno de tus contactos?

—¡Uno! Sólo uno. Esto no se lo he dicho a nadie. ¿Oíste? Nos va el cuello a muchos. Si no estás dispuesta a obrar como un buen elemento y a

tener conciencia de clase, es mejor que no vayas a verla. Puedes fastidiar a mi organización. Lo sentiría por Severina, que sólo es una come-hostias. ¡Vaya con la manía de Severina de tragar una hostia cada día!... ¡Hostia, digo yo!

—Iré con mucha cautela —prometió Consuelo.

—No hables con esas mujerucas que se dicen tus parientes. Las dejé pegadas al suelo ¿Te fijaste?

Les llegaron nostálgicos los alaridos de la guacamaya, su llamado sonaba trágico en la noche lluviosa.

—Manolo, ¿podrías hacer algo por la guacamaya?

El chico dio una patada en el suelo y salpicó de lodo a su amiga.

—¡No había pensado en ella! Espera, primero mataré a todos los fascistas y liberaré a la pájara esa. En este pueblo sólo vamos a quedar la pájara, la organización y tú —prometió satisfecho.

Se dieron cita para el día siguiente al pie de la estatua de Don Pelayo.

—¿Sabías que Pelayín era un fascista? ¡Hombre, tenía más prejuicios raciales que Hitler!

Y el chico se perdió en el jardín chapoteando en el agua y haciendo girar su enorme paraguas negro. La soledad oscura del pueblo cayó sobre Consuelo como una campana de vidrio. Se hallaba dentro de una jaula expuesta a todas las miradas y sin la posibilidad de que nadie la escuchara. Al llegar al hostel, Amparo le salió al paso y solícita le preparó pan y vino, pues los huéspedes ya habían cenado.

—Si me hubieras dicho que deseabas ver a Elvira, hubiera logrado que te recibiera. ¡Quedó tan desfigurada, y con lo guapa que fue! ¿La recuerdas? Paseaba con sus galgos blancos... ¡era impresionante verla! Mi madre le cosía a ella y a tu tía Adelina. A veces yo entraba en sus casas. ¡Qué lujo! Ya todo se acaba, es una pena, Elvira se marchó, no quiso que la vieras desfigurada...

Amparo hablaba como para ella misma, aunque de vez en vez observaba a su interlocutora con una ansiedad mal disimulada. En su dulzura se ocultaba una ira por la indiscreción cometida por Consuelo la noche anterior. Consuelo comió el pan con queso, en silencio. Sabía que Amparo le estaba mintiendo y que ella se encontraba en el centro de una

madeja de embustes, que tarde o temprano descifraría. La voz falsamente dulce de la hostelera la irritó. “¿Por qué si eres tan buena me dejas sin agua en los grifos del baño, escondiste a Elvira y la sacaste cuando me enteré de que se alojaba aquí?” Le hubiera querido preguntar, pero calló. Amparo permaneció junto a ella, observándola. Los huéspedes salieron del cuarto de la televisión y comentaron en voz alta el anuncio de la huelga general fijada para una fecha próxima. Estaban contentos, los alegraba la noticia y esperaban desórdenes.

—¡Bah! No hay que hacer caso. Aquí en España nunca pasa nada —sentenció Amparo.

A la hora del desayuno la dueña del hostel se acercó a Consuelo y le tendió una carta que venía de Madrid. La escritura era desconocida, rasgó el sobre y buscó la firma: “Tu hermana que nunca te olvida, Estela”. Consuelo leyó varias veces la misiva bajo la mirada inquieta de Amparo. ¡Estela estaba muerta y en sus líneas le reprochaba el haberse alejado de Madrid, “donde la pasaban tan estupendamente bien”!

—¿Buenas noticias? —preguntó Amparo.

—Muy buenas... es de mi hermana...

La mujer se mordió los labios y Consuelo se fue a la calle inhóspita a reflexionar sobre aquella broma macabra. Recordó a Elvira y se dirigió a la cárcel. Al llegar al callejón cerrado donde se hallaba el antiguo palacio, se encontró con Alberto, el relojero. Deshizo sus pasos y se encaminó a la estatua de Don Pelayo. ¡Era increíble que aquel pueblo luminoso encerrara a tantos seres mezquinos! Debía volver a buscar a Elvira. Rehízo el camino y se encontró entonces con la chica del cabello teñido de rubio plantada frente a la prisión en actitud desafiante. La muchacha masticaba chicle y a la luz del día resultaba gorda y grosera, metida en sus pantalones estrechos. Por la acera de enfrente patrullaba el relojero. Era evidente que estaban allí para impedirle entrar a ver a Elvira. Poseída de ira se fue al café Saltillo. El relojero llegó casi inmediatamente y ocupó una silla en su propia mesa. Observó sus dedos gordezuelos con uñas carcomidas.

—Ese niño es marxista. Usted no lo ignora —dijo el hombre, con su voz cortada.

—¡Qué catástrofe! —contestó ella con voz burlona.

—Es extraño, que ande con usted tan a deshoras... —comentó el relojero.

Observó sus dientes dispares que armonizaban con sus uñas, y cogió su bolso para marcharse.

—Parece que tuvo usted una carta de su hermana...

Salió del café con la seguridad de que la espían y un escalofrío le corrió por la espalda. En el café de los choferes la esperaba Perico, cuchicheando con el propietario. Al verla, sonrió con la misma sonrisa de batracio de su hermana Amparo. Le cerraban los caminos y se volvió al hostal. “Por la tarde iré a ver a Elvira”, se prometió disgustada.

A la hora de la comida todos la miraron: estaban ya al corriente de que su riquísima hermana le había escrito desde Madrid, sólo el ex Comisario de Policía parecía inquieto.

Por la tarde se dirigió nuevamente a la cárcel. Allí estaba, flanqueada por dos edificios modernos situados en las esquinas de entrada al callejón. Al fondo, sentada en las gradas de piedra del Palacio en ruinas, distinguió la figura gorda de la chica de cabello teñido de rubio, la hija de Perico. “¿Por qué me impiden ver a Elvira?” Se alejó furiosa: “Si me sorprenden, Manolo no me lo perdonará más”, se dijo. Vagó por el pueblo sin atreverse a salir a la carretera. El recuerdo del paseo a Peña era una advertencia y por ella, como por su tío José Antonio, nadie reclamaría. Al oscurecer hizo un nuevo intento y se aproximó a la cárcel. Desde la esquina vio sus ventanas apagadas. “Ya es tarde”, dijo el relojero, quien surgió a sus espaldas acompañado de Perico. Se desvió a un callejón y dio unos cuantos pasos. “Me tienen cercada, me tienen presa”, se dijo indignada. Un olor a perfumes y a jabones la distrajo de su cólera. Pasaba frente a una tiendecita de luz rosada, entraría y compraría lo más barato y luego volvería a la cárcel. Dentro se encontró a Covadonga, la hermana de Joaquín.

—¿Trabajas aquí?

—Soy la dueña...

Charló con ella teniendo la debida precaución y fumó un cigarrillo. El recuerdo de Concha y Adelina se interponía entre las dos. Observó a la

dueña del pequeño establecimiento, era rubia y rosada y escondía la verdad con sonrisas y palabras banales. La cólera le subió a la garganta.

—¿Por qué Concha y Adelina usan mi nombre? —preguntó, mirando a su interlocutora con fijeza.

Covadonga dejó caer el cigarrillo y su sonrisa se apagó. Le repitió varias veces la pregunta y ante la mudez de la propietaria agregó:

—Son nietas de Lolina, la sillera, a la que nunca se le conoció marido. Mi padre no tuvo ninguna hermana llamada Lolina, ni ningún hermano llamado Alfonso, ni Ramiro, ni Enrique, ni Antonina. ¿Por qué usan mi nombre? —insistió.

—No lo sé... En realidad yo traté a Concha después de terminada la guerra. Nos conocimos en la escuela... Déjame ver, ellas vivían en una casa vieja que ya no existe. Eran muy pobres, muy pobres...

—No me interesa que fueran pobres o ricas. Me interesa saber por qué se han apropiado de mi nombre.

—No lo sé... no lo sé... Ahora recuerdo que siempre me he preguntado por qué las dos tienen alhajas tan antiguas y magníficas, si eran tan pobres. Además, nunca las usan; pero me las han enseñado. Dicen que se las regaló su abuela Lolina, que era camarera de barco en aquellos tiempos...

—Camarera de barco —repitió Consuelo, sorprendida.

—Sí, iba a Cuba y venía. Los pasajeros le regalaban alhajas... ¿Tantas alhajas? Es un poco extraño, ¿no te parece? Un pasajero regala una tabaquera, un recuerdo, pero no tantos diamantes... Eso me han dicho...

Covadonga encendió un cigarrillo y trató de descifrar el enigma de las alhajas. Consuelo miró a la mujer rubia envuelta en la luz rosada de la tienda, y recordó otro resplandor, el de la noche del incendio.

—Saquearon la casa de mi tía Adelina la noche del incendio, ¿verdad?

—Eso he oído...

—Pablo tiene fotografías manchadas, como si hubieran estado tiradas en el jardín —dijo Consuelo.

—Las he visto y tengo la misma impresión que tú... —contestó Covadonga.

—¿Quién era Antonina?

—La hermana de Lolita, la sillera. Vivió un tiempo con tu tía y luego la pobre murió de hambre. ¿Has visto la casuca en la que vivió? Se quedó sola, se sentaba en una piedra y reía. Adoraba a los niños y nosotras íbamos a verla. Es verdad que una tarde se cayó de la piedra y...

—Mi padre nunca tuvo una hermana llamada Antonina —repitió Consuelo.

—Molía piedras hasta hacerlas arena y llenaba sacos para venderlos.

Covadonga hablaba en voz baja, recordaba algo que todavía le producía pena. La tienda se cubrió de tristeza, fantasmas trágicos y gritos melancólicos.

—Pregúntale a Gil por qué llevan tu nombre. Él es muy amigo suyo y trabaja en el Ayuntamiento.

—¿Gil? Ramiro me acusó de ser comunista y a él lo acusa de ser fascista. No entiendo su amistad.

Covadonga la escuchó atenta, se ruborizó, apagó el cigarrillo y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Van a matar a mi hermano. ¡Van a matar a mi hermano!...

Al escucharla, Consuelo se paralizó de terror. Recordó a su tío José Antonio, rubio, risueño, vestido de negro y lo vio caminando por la carretera de Peña...

—¿Los padres de Ramona vivían en Peña? —preguntó en voz baja.

—No. No sabemos quiénes eran sus padres. Creo que eran árabes o sirios. Su padre huyó después de lo de Oviedo. Sus hermanos huyeron a la Argentina, uno acaba de morir... No estoy segura, pero sé que la casa de Peña era de ustedes. La arrendaban a alguien...

La campanilla de entrada vibró con energía y ambas se sobresaltaron, era peligroso asomarse al pasado. Entró Severina, agitada. Se diría que había competido en una carrera y traía las mejillas encendidas. Las dos mujeres le regalaron un beso y la vieja las miró con tristeza y se quedó muy quieta. Covadonga rompió el silencio.

—Recordábamos aquellos tiempos, Severina, y yo dije que van a matar a mi hermano... Sí, lo van a matar —repitió con voz trágica.

—¡No digas tonterías! Ya te mataron a dos y a tu padre, ieso ha terminado! —contestó Severina.

La carcelera se quejó de su soledad. Había estado muy enferma, las noches eran largas y estaba angustiada. Agradecería que cualquiera fuera a visitarla. Consuelo entendió que podía ir más tarde y guardó silencio.

—Hablábamos también de su tía Adelina... —dijo Covadonga.

Severina se cubrió el rostro con las manos, se diría que iba a llorar. Estaba nerviosa.

—¡No hay que hablar de eso! ¡No! No hay que hablar —dijo.

En los ojillos azules de Severina había nubes tormentosas cuando abandonó la tienda. Ellas guardaron silencio, asustadas por la orden dada por la carcelera, después de unos segundos, Covadonga se inclinó sobre Consuelo para confiarle un secreto:

—Todo viene de Ramona. Lolina no quiso nunca que se casara con Pablo... Si supieras lo mala que es esa mujer... ¡lo mala!

—¿De dónde salió?

—Nadie lo sabe. Te doy un consejo: ¡no investigues nada! —recomendó Covadonga, en voz baja.

Al salir a la calle, Consuelo se encontró frente a Perico, que rondaba la cárcel, y regresó al hostel sin haber podido hablar con Severina. Apenas cenó, las miradas de los huéspedes estaban fijas en ella y salió huyendo. ¿A dónde ir? Se refugió en el Saltillo. Después buscaría a Severina. Apoyado en la barra estaba el relojero, mirándola. ¡Maldito pueblo, no existía un lugar en el que pudiera refugiarse un rato! Desde lejos vio a Eulogio, charlando con el propietario del café de los choferes y se abstuvo de entrar. Recordó a la guacamaya y fue en busca de ella. Desde lejos escuchó sus gritos lastimeros y casi a tientas se acercó a la jaula. El animal sintió su presencia y dejó de gritar. Los dos eran extranjeros: gritarían, llorarían y nadie vendría en su ayuda, la guacamaya se acercó al alambrado tupido y Consuelo trató de acariciarle el pico. Después se sentó en el suelo a esperar y fumó varios cigarrillos. “¿Ves tú?, somos dos parias”, le dijo al pájaro y éste aprobó sus palabras. Esperaría a que avanzara la noche para ir a buscar a Severina, mientras sus espías dormían. Ella y la guacamaya sabían que estaban en un pueblo impío, un pueblo endemoniado. Ella no se quejaría a gritos como lo hacía el pájaro inocente, encerrado en una jaula expuesta a la lluvia y al frío. Escuchó al

reloj de la iglesia dar las once, se puso de pie y se despidió del animal. Con paso rápido se dirigió a la cárcel.

Cruzó las calles desiertas y alcanzó el portón abierto de la cárcel apagada. La oscuridad del zaguán era total y la espesura de las sombras frías como bloques de hielo. Encendió varias cerillas y casi a tientas buscó la gran escalera de madera reseca. Las cerillas se extinguían con velocidad y Consuelo se quemaba los dedos y detenía el paso. Subió trabajosamente, en el primer descanso las llamitas parpadearon ante las puertas de “Juventudes” y “Siberia”. “A esta hora todos duermen en el pueblo”, se dijo mientras continuaba subiendo. En el segundo descanso distinguió una puerta y golpeó sobre su madera compacta.

—¡Severina! ¡Severina!

—Ya voy, ya voy —contestó la mujer.

Se corrieron cerrojos y apareció Severina metida en su traje de trapo negro. La mujer la hizo entrar en un cuarto de techo altísimo, con las duelas y los muros pintados de color de rosa. Había allí algunas sillas oscuras y muchas fotografías prendidas a los muros. El río brotaba del suelo como un manantial permanente. Era curioso aquel lugar de proporciones nobles reducido a aquella miseria con toques de ternura personal. La luz era muy tenue y el silencio grave. Severina se llevó un dedo a los labios y la miró ansiosa.

—Vamos más adentro, estaremos mejor —le dijo en voz muy baja.

Entraron en otra habitación enorme en la que el frío se había aposentado para siempre. “Debió haber sido un salón elegante”, se dijo, mientras Severina le ofreció asiento frente a una mesa cubierta por un mantelillo barato. Permaneció de pie, un poco asombrada y sin saber qué decir, a sabiendas de que Severina la observaba con sus ojillos azules listos para echarse a llorar. “Hay algo que anda mal, muy mal. Este palacio convertido en cárcel”, se dijo no sin cierto asombro. Adosado a un muro de piedra había un trastero con juguetes de porcelana barata y dos bujías de cera ardiendo, el único lujo. El resto del mobiliario lo conformaban unos sillones baratos y unas repisas cargadas de fotografías. La escasez de muebles hacía que el enorme salón pareciera abandonado. Severina se sentó frente a ella, apoyó los codos sobre la mesa y escondió

el rostro entre las manos, mientras murmuraba.

—¡Qué lástima!... ¡Qué lástima!... Tardaste tanto en venir y rondaste tanto por aquí, que se llevaron a la señora Elvira. No sabes hacer las cosas, rica...

—¿Se la llevaron? —preguntó Consuelo, indignada.

—Hoy al oscurecer. ¿Recuerdas cuando entré en la tienda de Covadonga?... Fui a avisarte que Perico y Amparo la estaban sacando. Severina calló y ella dejó caer los brazos: ¡la habían burlado! Ahora era tarde...

—Podrás verla en Madrid. Ella quiso mucho a tu tía Adelina. ¡Pobre señora Adelina!

La escuchó decir. ¡Sí, pobre tía Adelina!... pero no pudo pensar en ella. El rostro de batracio apacible de Amparo y la voz untuosa de Perico, su hermano, se interponían entre ella y su pena. ¿Qué se proponían aquellos dos cuerpos engrasados?

—¿Recuerdas a la señora Teresa? Yo era su doncella y la tarde en que empezó el peligro, nos fuimos a la casa junto al río. Creímos que era más seguro estar todos juntos... ¡Qué desastre!

Severina calló, perdida en recuerdos que todavía ahora la paralizaban de terror, y Consuelo no se atrevió a interrumpir su silencio.

—Ya había caído la noche cuando empezaron a acercarse y la señora Teresina y yo huimos por detrás de la casa. Ella dejó sus ropas de señora, iba vestida como yo. Atravesamos el campo y la escondí en el monte, cuando al día siguiente bajé por comida me detuvieron. ¡Aquí en esta cárcel estuve presa; desde aquí vi cuando se llevaron al padre Fana...!

—¿Cuándo lo cogieron? —preguntó Consuelo, tiritando de miedo.

—Al mismo tiempo que a mí, cuando ya había sucedido todo... Estábamos apiñados, no cabíamos en las celdas, hombres y mujeres juntos, los traían de los pueblos... Éramos fascistas. ¿Comprendes? Tu tía y la señora Teresina eran tan amigas... ¡Qué pena, qué pena más grande! Lo que yo he visto... Estábamos los pobres y los ricos revueltos, todos revueltos... La vida no es eso...

—¿Y mis tíos José Antonio y Adelina?

La carcelera se echó a llorar en silencio, cubriéndose el rostro con las

manos. Era un ser mitológico venido de las profundidades del pasado, Consuelo la miró fascinada. ¡Severina poseía todos los secretos! Tenía las llaves de aquel purgatorio por el que habían pasado todos; era una especie de antesala de la muerte o de la vida, por eso lloraba. Conocía las miserias y las grandezas de los hombres y lloraba con lágrimas humildes, incapaces de remediar los males o de producir milagros. Sólo era el valioso testigo de tragedias pasadas condenadas a repetirse, de ahí sus lágrimas. Alguien interrumpió aquellos minutos sorprendentes llamando con furia a la puerta de entrada. Severina se descubrió el rostro lavado por las lágrimas y escuchó tensa.

—¿Tomaron a alguien preso?... Si todavía no pasa nada...

Con el terror dibujado en el rostro se puso de pie. La violencia de los golpes amenazaba con echar la puerta abajo.

—¡Soy Gil!... ¡Abre, Severina!...

—¡Voy!... Rica debe saber que tú estás aquí —dijo, al tiempo que corría con las llaves en la mano.

Consuelo la vio cruzar el enorme salón y salir. Después la escuchó abrir la puerta de entrada y vio entrar a Gil con las ropas verdes y viejas en desorden y el rostro descompuesto. Severina entró tras él.

—¡Vamos a ver! ¿A qué ha venido usted aquí? —le preguntó el hombre, encarándose a ella.

—A visitar a Severina —contestó con frialdad.

—¡No! ¿A qué ha venido usted al pueblo? No me diga que de turista. Usted no tiene una perra gorda. ¿A qué ha venido? ¿A buscar trabajo? Yo se lo doy. ¿Dónde quiere trabajar? —la voz del hombre llenaba la habitación y retumbaba sobre los muros de piedra. Sus ademanes eran dislocados y su rostro estaba lívido.

—No quiero trabajar en ninguna parte.

—¡Ah! No quiere trabajar. Pues en España no queremos parásitos, ni señoritos. ¡Yo soy un trabajador! —vociferó el hombre, dando paseos desordenados y ajustándose los pantalones verdes.

Severina, de pie en la habitación, contemplaba muda el espectáculo, con el rostro intensamente encarnado y los brazos colgantes.

—¡Pues trabaje y que le aproveche! ¿Pretende ser señorito con esa pinta

que tiene? Estoy aquí porque quiero saber qué sucedió con mi familia — afirmó Consuelo, con desdén.

—¡Usted nunca tuvo familia! ¡Carajo!

—¡Basta de chillarme, malvado! Severina conoció a mi familia —gritó Consuelo, poniéndose de pie. El hombre se volvió a Severina y bajó la voz. La mujer pareció aterrarse.

—Dime, Severina, ¿a quién le debes la comida? ¿No me lo debes a mí? ¿No fui yo el que logró que te pagaran la pensión de tu marido? ¡Dilo, Severina, dilo!

—Sí, pero acababan de arreglar lo de las pensiones, Gil. Arreglaste lo que ya estaba arreglado —contestó la mujer.

—Severina, tú no quieres ir a la calle. ¿Verdad? Pues dile a esta señora que ha venido a joder a todo el pueblo, que nunca tuvo familia aquí. ¡Dilo, Severina, dilo! —gritó exasperado.

Severina se sentó con calma a la mesa y Consuelo la imitó, mientras que Gil continuó de pie y repitiendo: “¡Dilo, Severina, dilo!”

—No puedo decirlo, yo conocí a su familia.

—¡Joder! Tú no conociste a nadie.

—También yo la conocí —vociferó Consuelo.

—Gil, la señorita Consuelo se marchó del pueblo mucho antes de que vosotros llegarais de Segovia. ¡No puedo engañarla!

—¡Joder, Severina, joder! ¿Dices que no vivimos siempre aquí? ¿Acaso no es mi padre el dueño de la central eléctrica? Escuche, señorita de mierda, yo soy millonario y trabajo. ¡Trabajo!

—Gil, tu padre se quedó con la central después, primero era de don José Antonio...

—¡Me cago en tu puta madre! ¿Qué dices? Si tú aquí no eres nadie. ¡Nadie te conoce! ¿Cuántos años hace que llegaste al pueblo? ¿Cuatro?... ¿Cinco?...

El hombre dio algunos pasos, giró alrededor de Severina, mirándola como si quisiera pulverizarla con sus grandes orejas alertas a las palabras de la vieja y sus ojos enrojecidos por el alcohol.

—Gil, yo ya soy muy vieja. Estuve presa en esta cárcel y he visto muchas cosas...

—Tú no has visto nada. Lo único que has visto son los favores que me debes —rugió el hombre, golpeando la mesa con el puño cerrado.

—Estuve presa, Gil, luego me soltaron y corrí a buscar a mi señora...

—¡No me jodas con tu señora! Tú aquí no tienes más señor que yo, que soy igual a ti: un trabajador, aunque mi padre está podrido en millones. Severina: ¿no me eligió a mí el pueblo? ¡A mí, porque soy del pueblo!

—Sí, Gil, te eligió el pueblo, pero yo debo decirle a la señorita lo que sucedió con su familia —insistió Severina.

—¡Me cago! ¿No entiendes que debes callar? ¿No entiendes que nunca tuvo familia?

La vieja permaneció muy quieta bajo la mirada iracunda del hombre, que parecía dispuesto a golpearla. Consuelo sintió que Severina estaba en peligro, vio sus ojillos azules dispuestos al sacrificio y decidió irse para no provocar a aquel demente.

—Severina, no digas nada —le ordenó a la vieja.

“Éste se quedó con el dinero de mi familia y les dio el nombre a los impostores...” “¿Por qué?”, se preguntó, mirando al hombre, que repentinamente se había calmado y que la observaba con astucia.

—No sé lo que desea la señora —le dijo Gil, haciéndole una reverencia.

—No haga reverencias, le van mejor las palabrotas. Severina, vendré en otra ocasión.

Se puso de pie y abrazó a la vieja. La mujer la acompañó a la puerta para encender la luz de la escalera.

—Busca al señor Fernando en Rivadesella. Él sabe todo. Manolo está enterado de lo del banco. Ven mañana, rica... —le dijo en voz baja, y volvió a su vivienda.

Consuelo bajó corriendo las escaleras, tenía miedo. Hubiera deseado no escuchar jamás a aquel hombre. Ganó la calle solitaria y se volvió a ver la fachada de la cárcel; le pareció irreal, era como si tuviera un mal sueño. La ventana de Severina continuaba iluminada. Caminó de prisa y escuchó sus pasos solitarios rompiendo la noche. Cruzó un parque grande en el que los árboles parecían personajes amenazadores. Detrás de sus troncos podían ocultarse los amigos de Gil. El cielo alto permanecía inocente a los crímenes que se cometían bajo sus transparencias azules y plateadas. ¡Le

habían impedido ver a Elvira! A la pobre mujer la tenían secuestrada. Nunca debió regresar al pueblo; era un pueblo maldito. Deambuló por sus calles y pasó junto a la casita abandonada en la que vivió Antonina. Ahora sabía que era allí en donde la vieja murió de hambre. A esa hora, la casita se despegaba más del resto de las casas, a sus espaldas. Recordó haber dicho a Ramona: “Me gustaría vivir en esta casa y si tuviera dinero la compraría”.

Ramona contestó: “¿Esa casuca?”, y le explicó que valía una millonada. La casita era de piedra, sus ventanas estaban condenadas y la escalera de piedra adosada al muro carecía de barandal. Se diría casi conventual. “Alabanzas al señor”, había dicho iracunda la hermana de Concha, que llevaba el nombre de su tía. La casita estaba terriblemente sola y muda; pero ahora ella conocía su secreto. Volvió al centro del pueblo dormido y sus pasos cantaron su derrota. En la calle principal, frente a donde se hospedaba, encontró una pareja de guardias. ¿Que sucedía? La pareja se dirigió a ella.

—Documentación —dijeron con voz pausada.

Mostró su carnet. Los guardias eran viejos. Examinaron el documento y se lo devolvieron. Era la primera vez que le pedían los documentos.

—¿Pasa algo, guardia?

—Nada.

Los guardias la miraron como si trataran de no olvidar sus rasgos, saludaron y volvieron a su puesto. La calle formaba parte de la carretera y quizás vigilaban el paso de los vehículos.

Una vez en su cuarto, pensó que no le había gustado que le pidieran el carnet. Tampoco le gustaba el pueblo, tenía algo demoniaco. Se echó en la cama y la escena con Severina y con Gil la dejó aturdida. Iría a Rivadesella a hablar con el señor Fernando. Tomaría el primer autobús para impedir que la siguiera el relojero. No se dejaría intimidar por los gritos de Gil, ni por las sonrisas de sus cómplices. Trató de dormir un rato.

Era noche cerrada cuando abandonó el hostel para tomar el autobús. Llovía a cántaros y el cafetín de los choferes todavía estaba cerrado. No tenía un lugar de espera. El Saltillo estaba abierto y apagado. Al entrar le

salió al paso una mujer.

—Está cerrado, yo vengo a hacer la limpieza —le dijo burlona.

Eran las cinco de la mañana, se había adelantado una hora. Le suplicó a la criada que le permitiera esperar allí dentro y le diera un café. La mujer accedió y Consuelo ocupó un rincón vecino a un ventanal que daba al pequeño jardín público. Desde allí vio que alguien encendía una luz en el hostel. Trató de hacerse muy pequeña en la penumbra del café. Pensó que todo le salía mal: quería pasar inadvertida y todos notaban su paso. Se hundió en meditaciones sombrías, tal vez era mejor tomar el autobús y no volver jamás al pueblo. ¿Y su equipaje? No podía abandonarlo, era lo último que le quedaba en el mundo. Lo más importante era las fotografías de sus padres, y perderlas era como volver a quedar huérfana. A sus espaldas alguien llamó con los nudillos sobre el vidrio de la ventana. Al volverse, se encontró con Manolo. Con señas, éste le ordenaba salir. Se reunió con su amigo y ambos se internaron por el jardincillo, cerrado por la fachada del internado para señoritas.

—¿Como supiste que estaba aquí?

—La clandestinidad enseña muchos trucos. ¡Estuvo pésimo lo que hiciste anoche! ¡Pésimo! No sabes desenvolverte y temo que si continúo ayudándote, acabemos mal los dos. ¿Por qué no fuiste a Pelayo? Te esperé a pie firme. ¿No sabes que las citas son sagradas? Tenía que decirte lo del banco, pues yo sigo con mis investigaciones.

Consuelo vio que en el internado para señoritas se encendían algunas luces y tuvo miedo, pues Rosa, la maestra de arte, podía pasar en cualquier momento y sorprenderlos.

—¡Ésa!... No temas. Duerme como un borracho. ¡Cuidado con ella!, la paisana es fascista. La conozco, pega más que un guardia. Le debo magullones, es mi maestra; pero no te preocupes, la tengo en la lista.

—¡Estás loco, es roja! Su hermano no puede entrar a España —afirmó Consuelo.

—¡Hombre, contigo se entera uno de cada cosa! Creía vivir en un pueblo de fascistas y ahora resulta que todos son rojos. ¡Eso sí que me hace reír! Dime, ¿a quién pongo en mi lista? La Rosa es una tía esquirola, amiga de la poli secreta. ¡A ti te engaña un burro!

Era inútil tratar de convencerlo, estaba allí para darle instrucciones concretas; sin embargo, lo interrumpió: ¿qué podía decirle del hermano de Perico y de Amparo, muerto por las golpizas de la policía? Ese pobre hombre era detenido a cada dos por tres y ¡pumba!, ¡pumba!, ¡pumba!, vengan palizas. Manolo la escuchó con asombro.

—¿Eso te dijo el tío? Su hermano murió el año pasado, tenía el hígado hecho polvo. ¡Se ponía cada cruda! Los dos tenían una charanga y armaban líos de borracheras. Además, trabajaba por las tardes en el Ayuntamiento, mientras que Perico maneja el juego en el sótano del hostel y despluma a los paisanos. Conque ¡pumba!, ¡pumba!, ¡pumba!...

Y Manolo se echó a reír a carcajadas, sin temor de despertar al pueblo entero. La lluvia arreció y el chico se dio cuenta de que Consuelo estaba empapada y dejó de reír.

—¡Hombre, un paraguas no vale nada!...

Era increíble que careciera de dinero para comprarse un paraguas. Le dejó el suyo y le dio las instrucciones.

—Vamos a lo del banco. Mi abuelo también era cartero. Te lo digo para que entiendas, desde ese tiempo tu tío José Antonio recibía todos los meses una gran cantidad de pesetas, ¿comprendes? Murió tu tío, pero las pesetas siguieron llegando. ¡Calcula tú lo que hay allí! Por eso quieren que te marches. No sé cómo se las arreglarán para cogerlas. Anoche reñiste con Gil y le diste el chivatazo. ¡Malo, malo!

Consuelo lo vio girar sobre sus talones y volver a encararse con ella, que había guardado silencio.

—En Rivadesella busca a este hombre y vuelve temprano, que a lo mejor se arma algo...

Le dio un papel con un nombre y una dirección y prometió estar en la estación del autobús a las cinco de la tarde; después se alejó con paso rápido. Consuelo lo vio desaparecer entre las brumas y la lluvia.

Frente al café de los choferes ya habían colocado el autobús, subió y trató de esconderse detrás de la ventanilla; pero cuando el vehículo pasó frente al hostel, Amparo se hallaba en la terraza y le hizo señales de adiós. ¡Era inútil, siempre la espiarían!

En los muros de Rivadesella aparecían escritos en letras rojas

llamamientos a la huelga general, se quedarían sin luz, sin gas y sin correo. Caminó distraída buscando la dirección del señor Fernando. ¡Bah!, huelga general, eso no solucionaba su problema, quizás sólo podía obligarla a quedarse en el pueblo aislada y en medio de aquellos personajes peligrosos. Ni siquiera sabía para qué iba en busca del señor Fernando. Con desgano tiró de la campanilla de un enorme portón labrado. Un criado viejo, al escuchar su nombre la hizo pasar y ambos subieron una escalera alfombrada y entraron en un salón de tapicerías y muebles oscuros. El criado salió y ella se sintió intimidada. Escuchó el tic-tac del reloj de péndulo y recordó a su perseguidor, el relojero. ¿Para qué buscaba al señor Fernando? Estaba muy cansada, apenas había dormido y la humedad de sus ropas le producía escalofríos. Entró un hombre joven que se inclinó ante ella y le besó la mano.

—¡Señorita Veronda, cuántos años la esperó mi padre! —exclamó.

No supo qué decir. El joven habló con emoción de la amistad que unía a sus familias y de los tiempos en los que los Veronda eran dueños de casi toda la comarca. “¡Ah, recuerdo a mis abuelos y a mis padres hablando de la magnificencia de las casas y las carretelas de su abuela!” Consuelo escuchó en silencio y admiró el entusiasmo del joven de cabello castaño y ojos claros que hablaba de un pasado, origen de todas sus desdichas. Consuelo le explicó que sólo deseaba saber cómo habían muerto su tío José Antonio y su tía Adelina, pues todos trataban de ocultarle la verdad. El señor Fernando guardó silencio.

—Señorita Veronda, los tiempos han cambiado. Ya no existe el respeto, ni el afecto, sólo privan intereses más brutales. Usted sabe la amistad que ha unido a nuestras familias y en el nombre de esa amistad, le suplico que no investigue nada. Evite todo lo que pueda producirle dolor... Además, sería muy imprudente... —le aconsejó después de meditar bien sus palabras.

Consuelo le explicó que el único motivo de su vuelta era estar cerca de sus muertos y nadie podía negarle ese privilegio. Incluso había quien afirmaba que su familia nunca había existido. El señor Fernando se mostró inflexible: debía renunciar al recuerdo de su familia, existían individuos que trataban de apoderarse del dinero acumulado en el banco,

incluso tenían cómplices dentro de la institución bancaria para estar al corriente del capital y de los intereses acumulados durante años. Consuelo debía entender que era peligroso enfrentarse a ellos. Esas personas tenían, además, el inventario de las fincas de su familia para reclamarlas al Estado, y el señor Fernando juzgaba que lo más prudente era alejarse del pueblo, buscar a un abogado y ponerlo en contacto con él, para tratar de salvar algo. También el señor Fernando tenía el inventario de las fincas y la cifras depositadas en los bancos, ya que su padre nunca perdió la esperanza de que regresaran los herederos.

—Entonces debo marcharme...

El señor Fernando afirmó con la cabeza y, avergonzado, miró al suelo. Después, le pidió que dejara su dirección para estar en contacto con ella.

—No tengo dirección, vivo en hostales de una estrella.

El señor Fernando enrojeció, encendió un cigarrillo y con la vista baja ofreció facilitarle algún dinero. Consuelo enrojeció y ambos se miraron desolados.

—¡No!, de ninguna manera. Arreglaremos todo legalmente... si se puede —afirmó ella.

El señor Fernando insistió en ofrecer dinero y ella en rechazarlo. Hablaron de la brutalidad de los tiempos modernos y el criado les sirvió un jerez. “Ha corrido ya tanta sangre...”, escuchó decir al señor Fernando, cuando la acompañó a la puerta. Hubiera deseado enviarla al pueblo en su automóvil, pero resultaba imprudente. Nadie, absolutamente nadie, debía saber que ella lo había visitado. Era una garantía para la seguridad física de Consuelo. Prometió abandonar el pueblo y antes de salir a la calle preguntó.

—¿El individuo que está en el banco se llama Ramiro? —el señor Fernando afirmó con la cabeza y volvió a recomendarle silencio. La trama para apoderarse de la fortuna empezó muchos años atrás...

En la calle se sintió aún más derrotada, no sólo era peligroso aspirar al capital, sino a su propio pasado. El señor Fernando se había descompuesto cuando preguntó: “¿Cómo murieron mis tíos?” Padeecía un miedo heredado. Caminó calles estrechas y casas de hermosas fachadas. No debía pensar. Se acercó a los barrios cercanos a la playa en donde

había edificios modernos contruidos por “indianos”. Sus fachadas de mosaicos amarillos y verdes eran un insulto. El viento soplaba, frío y salado. El mar estaba frente a ella, inquieto, cubierto de espuma caprichosa. ¡Cuántas veces había añorado aquel mar frío! Ahora le llegaba su yodo, y la sal se mezclaba con su cabello revuelto; sólo deseaba alejarse de allí. ¿Adónde? No quedaba lugar en el mundo para ella. Estaba en la frontera final. Sobre la banca colocada a la orilla del mar leyó las letras rojas: “Huelga General”. ¿Qué significaba aquella estupidez? Recordó a los habitantes de su pueblo y le parecieron títeres ridículos. “Los nuestros”, había dicho el relojero, refiriéndose al presidente Carter y sus partidarios. “¡Los nuestros!” ¿Por qué? No había nada más alejado de aquel relojero infeliz que el presidente de los Estados Unidos. Imaginó la risa de los norteamericanos ante aquel personaje de gafas verdosas que paseaba bajo su enorme paraguas negro. Baltasar, el dueño del Saltillo, lo escuchaba boquiabierto. Era curioso, ambos mezclaban a Carter con Columbo, el detective de la serie televisiva, y para los dos eso era la democracia. ¿Y a esos seres fantásticos el señor Fernando temía? Recordó a Himmler, productor de gallinas antes de pertenecer a la Gestapo, y concluyó que tal vez el señor Fernando llevaba algo de razón: el potencial de crimen encerrado en los seres anónimos era infinito. Seguramente Baltasar y el relojero llevarían gustosos el uniforme de verdugo. Se alejó del mar y buscó una fonda barata.

Perdió él autobús y esperó el siguiente. Los viajeros hablaban de la huelga general decretada para el día siguiente. Consuelo sorprendió en sus voces y gestos un regocijo hipócrita. Le parecieron pirómanos con permiso para ejercer el incendio. Continuaba lloviendo sobre los paisajes y los pueblos melancólicos, ajenos a la huelga general y a la tristeza que a ella la invadía. Llegó al hostel a las nueve de la noche. Detrás de los vidrios del bar espieron su llegada las mujeres con rostros de mariposas viejas. Entre las sombras de la terraza la esperaba Manolo, acompañado de tres chicos.

—Mañana a las cinco de la mañana estalla la huelga. Tú no te preocupes, van a morir todos los fascistas —le dijo con seriedad.

Sus amigos lo escucharon tranquilos y él sacó de su bolso una cadena

con la que azotó a la lluvia.

Consuelo recordó a Covadonga: “Van a matar a mi hermano”, y escuchó a Manolo preguntar con voz inocente.

—¿Encontraste al paisanín?

—Sí, estuve en su casa...

—Aquí ya te jodió un chivato —lo dijo sin dejar de hacer girar su cadena.

—¿Cómo me jodió? —preguntó asustada.

—Parece que por teléfono. Mi contacto no está seguro, me lo dirá más tarde. ¡Pobres paisanines cabrones! Tú no te preocupes, en cuanto empiece la huelga empezarán a morir todos. Y el que te jodió será el primero —aseguró el chico.

Manolo se limpió el agua que corría sobre su rostro y se echó a reír.

—Manolo, nadie me puede joder porque ya estoy jodida —reflexionó en voz alta.

—Te veré más tarde en el Saltillo. Ya sabré cómo te jodieron y quién lo hizo —afirmó Manolo girando sobre sus talones para mirar a los huéspedes del hostel, que se encontraban pegados a los vidrios.

En el comedor, Consuelo trató de evitar las miradas de todos y fijó la vista en el fondo de su plato. Entró la chica de cabello teñido metida en un pantalón estrecho y un tricot grueso con cuello de tortuga, que la hizo muy semejante a ese animal. La chica silbó un aire de moda y ordenó un filete con patatas; ella no comería el menú sucio y raquítico. Su voz áspera cubrió las otras voces excitadas de los comensales que hablaban de una huelga cuyas consecuencias podían resultar fatales.

—Callen, callen, que no pasará nada. En España nunca pasa nada —ordenó Amparo, y el sonido de su voz produjo que Consuelo dejara caer el tenedor sobre el plato.

—Mañana se servirá usted misma su café —le avisó Juanín.

—¿Aquí habrá huelga? —le preguntó Consuelo.

—En todas partes, y los comercios que abran serán cerrados a pedradas.

Se preparaba el desorden y las viejas jugadoras, de maquillaje cargado, parecían eufóricas. Salió a la calle y vio venir hacia ella al relojero,

amparado en su paraguas y esquivando los charcos.

—¿Paseando tan tarde?

—Usted también irá a la huelga —contestó ella.

—¿Qué huelga? Parece usted demasiado interesada. Aquí no habrá ninguna huelga.

Escrutó su rostro bajo el hongo negro del paraguas, tal vez era él quien la había jodido. No leyó nada en el reflejo de sus gafas verdes y se fue al Saltillo. En la barra pidió un café. Baltasar, el propietario, le dijo con malicia:

—Se marchó, estuvo aquí esperándola.

—¿Quién?

—Su amiguito, el huelguista.

Bebió el café y observó la cara pálida del tabernero; decidió entonces regresar al hostel. Desde lejos, chapoteando en el agua vio avanzar a Ramiro y a Eulogio, ambos discutían algo y se diría que iban al hostel. “Pablo está gravísimo”, le repetían Amparo y Perico con voz de circunstancias; pero ella permanecía impermeable y se rehusaba a ir a visitar al viejo. Dio una vuelta rápida y se internó en una plazuela, “también cuando ahorcaron a mi tío el carbonerín estuvo gravísimo”, se dijo, alejándose lo más posible de los hijos de Pablo. La lluvia descomponía en rayos multicolores la luz de las farolas y daba reflejos inesperados a las ramas de los árboles. En un rincón del Saltillo había visto a Gil; parecía esperar a alguien, tal vez al relojero. “Iré a la cárcel”, se dijo, y se dirigió allí. Subió las gradas de piedra y entró en el oscuro zaguán. Emprendió a oscuras la subida de la escalera; no deseaba que ningún resplandor delatara su presencia. Llamó con suavidad a la puerta de Severina.

—Soy Consuelo...

Escuchó los cerrojos y apareció la vieja, que la llevó en silencio a la habitación en que había discutido con Gil la noche anterior. Severina no encendió la luz, se alumbraba únicamente con las luces parpadeantes de los cirios encendidos delante de la Virgen de la Covadonga. La vieja estaba nerviosa.

—Si alguien te ha visto estamos perdidas. ¡Dios mío, ve con cuidado!

Ramiro te ha puesto una trampa. Te acusarán de algo... no sé de qué, pero lo van a hacer...

—No puede, no he hecho nada.

Severina la miró con intensidad, como si tratara de convencerla de un peligro que Consuelo no entendió. ¿No importaba que no hubiese cometido ningún delito? Ramiro le había calentado la cabeza a todo el pueblo.

—No he hecho nada... —insistió.

—Tampoco tu tía había hecho nada. ¡Y mira cómo acabó!

—¿Cómo? —preguntó ella temblorosa.

Severina movió la cabeza y se cruzó de brazos: luego los descruzó para dejarlos caer como dos leños sobre la mesa y su mirada se quedó fija en un punto muy lejano, en donde se materializaban personajes del pasado que la visitaban con frecuencia y la dejaban aterrada. Ahora los invocaba y Consuelo esperó sus palabras.

—Antonina, la hermana de Pablo, era la doncella de tu tía, ¿comprendes? La guardaba en casa, aunque no sirviera para nada, porque le daba pena la pobre mujer. Estaba un poco chalada y era tan pobre... La señora Adelina le consentía todo y Antonina a veces se vestía de señorita, paseaba por la casa con batas de encaje, desayunaba en la terraza, rezaba mucho y a veces quería meterse de monja y marchaba con las Clarisas. Volvía unos meses más tarde... ¡Pobre Antonina! También ella era muy buena, una inocente, y sus hermanos le tenían envidia y la envidia imata! ¡Mata, te lo digo yo!

Severina puso los codos sobre la mesa y se inclinó sobre Consuelo.

—Sus hermanos, los hijos de Lolina, la sillera, rondaban la casa. Ya sabes que Lolina traía un hijo en el vientre después de cada viaje a Cuba. Tuvo muchos hijos y todos ellos iban a misa a la capilla y envidiaban a Antonina. La aconsejaban: “¡Sácale herencia a esta tía!” La señora le regaló la casa en la que vivían todos. Pablo nunca trabajó, era un borracho... Estaba borracho cuando sucedió el incendio. Él lo causó, junto con sus amigotes... ¡El fuego! El fuego y ellos entraron y nosotros salimos corriendo... La señora Adelina no salió, nunca creyó en sus malas intenciones... Lo siento, pequeña, lo siento tanto...

Consuelo la escuchó aterrada y la vio limpiarse las lágrimas.

—¿La mataron? —preguntó en voz muy baja.

—Eso parece... eso parece. Nunca se encontró nada de la pobre señora, ¡nunca! Y eso dijeron los hermanos de Ramona, que entraron con Pablo... Antonina se escondió en la casa que ahora tiene el marido de Adelina, la hija de Alfonso, que también entró. Luego, cuando pasó todo, echaron a Antonina. ¿Comprendes?

—Sí, sí entiendo y la dejaron morir de hambre. Después mataron a mi tío José Antonio...

—¡Calla! No lo digas. Era por lo de la central, la querían ellos, ¿sabes? Pero no fue así... No, no fue así. Nunca irán a la cárcel. Ramona mandó a su hermano a la Argentina y a Pablo lo mandaron a México para que informara sobre ustedes, y todo se arregló...

—Mataron a mi tío para quedarse con el dinero y alguien se los quitó, ¿por qué?

—Todo estaba combinado, usaron a Antonina, se robaron el nombre, ¿comprendes? Dijeron que ella era tu tía; luego la dejaron morir de hambre, cuando ya tu tío había muerto. Él no estaba aquí, estaba en Gijón, fue cuando volvió...

—Severina, me dijeron que Pablo estuvo tres años en la cárcel. Todos supieron lo que hizo. ¿Quién lo sacó? Ramona me dijo que un cura amigo de mi tía Adelina.

La carcelera negó con la cabeza.

—¡No! No lo sacó un cura. Cuando llegó el padre de Gil al pueblo, hizo el trato en la cárcel. No sé por qué mi marido era el carcelero. Tu tío se quedó muy solo, no hablaba con nadie... Y no le llegaban las cartas de tu padre, tampoco salían las suyas... —le susurró con voz casi inaudible.

—¿Quién era el padre de Gil?

—No lo sabemos, llegó de Segovia, era fascista. Ten mucho cuidado, hoy estuvieron juntos en la casa de Ramona, Gil y Ramiro... El padre de Gil arregló los papeles de tu familia en el Ayuntamiento...

—Entonces, ¿él robó el nombre para robar la central? —preguntó Consuelo.

—Sí, lo planearon con Ramona y con su hermano, que nadie sabe de

dónde vinieron: sacaron a Pablo de la cárcel y, entonces, cuando se puso a trabajar, a los pocos días se murió tu tío... Arreglaron el asunto con Antonina y Pablo marchó a México por un tiempo... ¿ves? ¿Lo ves? Nunca irán a la cárcel...

Consuelo escuchó el relato entrecortado de la vieja y la miró aterrada. Era verdad que estaba en peligro, aquellos individuos no retrocederían ante nada ni ante nadie. Sintió que la sangre se le iba a los pies, el rostro rojizo de Severina se alejaba y se acercaba asombrosamente. Comprendió que era una locura, una temeridad haber regresado al pueblo.

—¿Qué hago, Severina?...

—No sé. Ramiro no es borracho como su padre. Él trabaja en el Banco y maquina cosas. Te van a acusar de algo... Quédate en el hostel, no digas nada, la madre de Amparo era muy amiga de Pablo y ella también. ¡Márchate!... Si pudieras marcharte hoy. ¡Dios mío!, que nadie te vea salir de aquí. Gil vive enfrente, por eso no conviene encender la luz.

Quiso irse inmediatamente, pero le flaquearon las piernas. Se dejó caer en una silla y encendió un cigarrillo pero no pudo fumarlo; debía estar en el hostel antes de que Gil abandonara el Saltillo. Observó la luz parpadeante de los cirios y escuchó decir a Severina: “Sí, rica, sí, el dinero lava la sangre, no hay ideales, no hay nada, sólo hay dinero empapado de sangre...” Se quedó con los ojos muy abiertos mirando al vacío: las palabras de la mujer le llegaron de muy lejos. No, no debía haber vuelto al pueblo, “al edén sumergido”, había dicho alguien. “Estaba todo tan revuelto y lo revolvieron más...”, repitió la mujer sentada frente a ella. Comprendió el silencio de sus tíos. La sombra de su tío José Antonio entró en la habitación y hasta ella llegó la voz de Pablo: “¡Azul, señora! ¡Azul como todos los Veronda!” Se puso de pie y besó a Severina.

—No salgas del hostel, mas que para marcharte del pueblo... —le recomendó la vieja.

Salió de la casa en penumbra para ir a la oscuridad total de la escalera. Temblaba. Los escalones se hundían bajo sus pies como abismos negros. “Homicidas, homicidas, homicidas”, y continuó bajando: “Pablo, Gil, Ramona, sus hermanos, homicidas”, se repitió y recordó el novenario. ¡Querían que rezara por el sino de su familia! El pueblo entero lo sabía y

callaba, espiaban detrás de los miradores su derrota. En la calle se echó a correr hasta llegar al hostel. “¡Homicidas!”, se repitió al cruzar la puerta.

El señor Fernando tenía razón, era mejor no saber nada. Le pareció que los muros de su habitación se estrechaban alrededor suyo. No podría dormir, pensó que debía pedir auxilio, pero nadie acudiría en su ayuda. “Escondieron a Elvira...”, se repitió. “La loca de la peluca...”, dijo con rencor y sintió piedad por Antonina, la venganza fue feroz. Nunca imaginó que pudiera tener tanto miedo. Escuchó el silencio nocturno y trató de apaciguar el terror que subía como oleadas por los muros. Pablo estuvo en México y Concha recordaba a Remedios, la peinadora, le habían seguido los pasos durante todos esos años. Tuvo seguridad de que el pueblo entero la vio entrar y salir de la cárcel esa noche. “Te van a acusar...”, dijo Severina. ¡No podían acusarla de nada! Debería ser tardísimo, las canciones mexicanas que salían todas las noches del Saltillo estaban mudas cuando regresó al hostel. Se echó sobre la cama y rezó. No debía tener miedo, Dios estaba con ella. Se tranquilizó y trató de dormir.

No supo a qué hora despertó. Era de día, se asomó a la ventana y comprobó que todo estaba tranquilo. En la ducha, como siempre, no había agua caliente. El agua helada de las montañas la despejó. Decidió su conducta: bajaría absolutamente tranquila. Se vistió con esmero y se persignó antes de abandonar el cuarto.

En el vestíbulo-bar encontró a Marcelo, que al verla levantó los hombros y se fue a la calle. “Este tipo trabaja en el Registro de la Propiedad, también lo sabe...”, se dijo. Era más fácil vivir cuando se sabía la verdad. Amparo se hallaba detrás de la barra, le regaló una sonrisa y le ofreció un café.

—¡Dormiste mucho! Es la una...

—¿Dónde están todos? —preguntó ella.

—Por ahí. Algunos salieron para ver si había huelga —contestó Amparo, con aire maternal.

—Descubrí que Marcelo corteja a Juanín. Es él quien hace los escándalos nocturnos —le dijo Consuelo para vengarse.

Estaba harta de que todos la engañaran. Entre todos asesinaron a su

familia y le robaron hasta el nombre. Recordó al relojero y sus insinuaciones groseras. En cambio, todos cubrían a Marcelo, que se acostaba con Juanín. Y encubrían a los asesinos de sus tíos. Amparo no se inmutó, la miró con indulgencia.

—¿Se acuesta con Juanín? No lo noté nunca —y se echó a reír.

“¡Fabuloso! Nadie nota nada...”, pensó Consuelo. Lo único que notaban todos era que ella había vuelto.

“En España no sucede nunca nada”, era el lema de Amparo y ahora no “sucedió” el marica. Si preguntaba por la huelga le dirían lo mismo. Se volvió a mirar a la calle y descubrió a un guardia en la acera de enfrente. No hizo comentarios, continuó charlando con Amparo en el solitario bar. El hostel también aparecía desierto.

El comedor mostraba sus mesas de manteles manchados, desiertas, y de la calle no llegaban ruidos. La luz del mediodía iluminaba aquella estancia enorme, en la que Amparo y Perico ocupaban su lugar habitual, muy cerca de Consuelo. Perico se ató la servilleta al cuello y entre bocado y bocado entabló un diálogo con ella, llevado de mesa a mesa.

—Le digo que en este mundo no cuenta el arte, cuenta sólo el dinero — afirmó Perico, con la boca llena. Ella guardó silencio, recordó que había sido músico de charanga.

—Para los artistas la única ciudad que existe es Nueva York. Allí respetan al artista —continuó el hombre, sin dejar de masticar.

Consuelo no supo si le hablaba en serio. Amparo no se inmutó, ocupada como estaba en chupar los huesos grasientos de un pollo asado. Las palabras de Perico carecían de sentido en aquel comedor abandonado y aquel día señalado para una huelga general. Perico se exaltó.

—¡No puede usted negar que en Nueva York están los mejores artistas del mundo! —dijo, subiendo la voz.

Quizás, sólo trataba de hacerla decir que América era mejor que España. Recordó que Perico se había confesado revolucionario y le había referido las torturas sufridas por su hermano a manos de los Nacionales. Se cuidó de decirle que su difunto hermano trabajó toda su vida en el Ayuntamiento. Miró a su anfitrión con desconfianza y éste insistió.

—¿Acaso Rubinstein no es de Nueva York?

Consuelo negó con la cabeza y Perico se empeñó en llevar adelante la conversación.

—Rubinstein es norteamericano. El próximo mes tocará en Oviedo... ¡Mire, la invitamos a que venga con nosotros al concierto!

Perico decía cualquier cosa, deseaba llenar un espacio vacío en el que se preparaban cosas oscuras, palabras sin sentido. Amparo sonrió: su pobre hermano soñaba con la llegada de los grandes artistas. El arte era la razón de su vida.

—Perico fue un gran músico, tocaba el piano, pero lo abandonó... —dijo con tristeza.

—¡Sí, abandoné la música! No da para comer. ¡No produce pasta! Y en este mundo todo es dinero, dinero, dinero. Yo formé una orquesta, ¿y para qué sirvió? Para nada, ahora cuido el hostal.

Perico levantó los brazos e hizo como si dirigiera una orquesta, la batuta era un tenedor. Señaló hacia un rincón y Consuelo descubrió un piano viejo que demostraba las pretensiones artísticas de Perico y su familia. Quiso reír, pero el individuo, con el tenedor empuñado, la boca llena y la palabra música en la lengua, le produjo miedo. Conocía muy bien a aquel tipo de personas que se escudaban en “el arte” para cometer sus crímenes. Amparo notó su desconfianza.

—Toca algo, Pedro —le pidió a su hermano.

Perico dejó de dirigir la imaginaria orquesta y empuñó el tenedor con un gran trozo de carne.

—¡La música no da para esto! ¡La carne nuestra de cada día! —exclamó y bebió un vaso de vino.

Amparo insistió para que su hermano tocara algo en el piano. Perico obedeció sus órdenes. Se levantó, abrió el piano y empezó a tocar algunos aires banales en aquel viejo instrumento desafinado. Consuelo lo observó, con la servilleta atada al cuello y masticando todavía, tocaba las teclas con torpeza. Su hermana escuchaba con aire preocupado. Se diría que le interesaba más lo que pensaba Consuelo que la música de su hermano. Por su parte, Consuelo recordaba a Manolo: “Tenía una charanga, eran dos borrachos, nunca dieron un golpe...” ¿Y si sólo fuera una fábula infantil de su amigo? Le costaba trabajo aceptar tanto disimulo y recordó

a Elvira. Era mejor evitar los ojos espesos de Amparo. Escuchó decir a Pedro:

—Si habré bailado yo... creo que pasé la vida bailando. Antes éramos más alegres, las chicas eran más guapas; creo que hemos perdido algo...

—¡Se han perdido tantas cosas! —suspiró Amparo.

—Mire a los chicos de ahora, buscando huelgas y tonterías —agregó Perico.

—Antes también buscaban huelgas y tonterías —corrigió Consuelo.

—Sí, pero las ideas eran más claras. Yo, por ejemplo, era republicano y luché por... los Nacionales. Mi hermano era republicano y luchó por los republicanos.

—Así no podían equivocarse —dijo Consuelo, en voz alta.

Perico cerró el piano, Amparo recogió los platos y sin decir palabra abandonó el comedor solitario seguida por su hermano.

Consuelo recordó a Severina y subió a su cuarto, levantó las persianas y miró la calle. El Saltillo estaba abierto y nadie había roto sus ventanas. No vio ningún automóvil estacionado en la calleja lateral. La tarde estaba demasiado tranquila. Vio pasar a dos jóvenes arrojando octavillas y notó que desde la ventana del edificio de enfrente la observaba una mujer en bata. Se inclinó para ver la esquina opuesta y descubrió la figura enlutada de Ramona, recortada en la resplandeciente luz como un viejo cuervo enorme. Ramona la espiaba desde la saliente de un muro blanco. Al verse descubierta se ocultó con rapidez. “Tú y tu hermano ahorcaron a mi tío”, se dijo Consuelo, y prometió vengarse. Bajaría inmediatamente a decírselo a Amparo. La encontró charlando con Rosa, ambas parecían preocupadas y hablaban en voz baja. “¡Se lo diré a Ramona!”, se dijo y se echó a la calle en busca de la vieja. Al llegar a la esquina en la que estaba apostada la mujer, no encontró a nadie. Ramona había desaparecido.

Dio unos pasos y descubrió a Gil en la puerta de entrada de la casa de Ramona. El hombre se introdujo y cerró la puerta tras de sí. “Estarán planeando su crimen”, pensó Consuelo, y se alejó con paso rápido. El pueblo permanecía silencioso, los comercios estaban abiertos y vacíos. Recordó a Amparo: “En España nunca pasa nada”. ¡Era verdad! Salió al camino en cuesta que llevaba a la Capilla de San Antón. Iría al cementerio

a buscar las tumbas familiares. Vio bajar al padre Antonio, muy viejo, con la sotana tan usada que amenazaba con caérsele a trozos. Quiso pedirle confesarse, pero también el sacerdote la miró con desconfianza y se alejó. ¿Qué sucedía? Se sentó sobre una piedra, al cabo de unos segundos temió que alguien contemplara su derrota y volvió al pueblo.

Se acercó a la estatua de don Pelayo, que ignoraba que era fascista, para leer la inscripción. En ese momento tres jovencitos se acercaron a ella, le lanzaron unas octavillas y ordenaron:

—¡Grita viva el comunismo!

—No puedo, isoy contacto! —contestó muy seria.

Los muchachos le dieron una octavilla que llamaba a la huelga y a la solidaridad y se alejaron. ¡Solidaridad! Era sólo una palabra, ella nunca estuvo tan sola y aquella palabra escrita en letras gruesas la dejó atónita. Absorta en la palabra “Solidaridad” no notó cuando se le acercaron dos guardias.

—¿Podemos ver ese papel?

Los guardias echaron un vistazo a la octavilla y la dejaron caer; el papel voló unos instantes por el aire antes de caer a los pies de la estatua de don Pelayo.

—Usted viene de México.

—Sí, de México.

La despidieron con un gesto y se alejó de ellos preocupada. La tarde era fría, amenazaba lluvia, el hielo se alejaba de los picos de las montañas y el pueblo continuaba vacío. Caminó sin rumbo y al cabo de un rato se encontró en el café de los choferes. El café estaba lleno de clientes que hablaban en voz alta. Buscó una mesa oculta por el humo producido por los cigarrillos y abandonó su bolso sobre una silla vacía. Así, pensarían que esperaba a alguien. Bebería un café. En España lo único que hacía era beber café. Se acercó el camarero.

—Un café.

El hombre se alejó y ella trató de aparecer indiferente en su soledad. Apenas había probado la bebida cuando entraron tres jóvenes de barba crecida que lanzaron unas octavillas. Manolo entró tras ellos como una centella y gritó: “¡Fascistas!” Los hombres se volvieron a él y se echaron a

reír. Uno contestó: “¡Viva la República!” Manolo se acercó a la mesa de Consuelo, se llevó la mano a la frente en señal de saludo y anunció:

—¡Jornada de lucha!

Después, giró sobre sus talones y abandonó el local. “Es un iluso”, se dijo Consuelo, observando la salida impetuosa del muchacho. Encendió un cigarrillo y de repente escuchó la voz de Gil que gritaba a su lado.

—¡Mire lo que trae en el bolso!

Consuelo vio que la mano de Gil sostenía una especie de fruto de color ladrillo.

—¡Una granada! —exclamó el camarero.

—¡Imbécil! Eso no es mío. No me gusta esa clase de bromas —contestó ella, rechazando con la mano los dedos en forma de espátula que sostenían la granada a la altura de sus ojos.

Ante la impasibilidad acusadora de Gil y la expectación de los parroquianos, recogió su bolso abierto, pagó la cuenta y abandonó el café. Todos los clientes la miraron atemorizados, mientras el camarero continuaba con la boca abierta por la sorpresa.

En la calle no se detuvo frente al hostel, necesitaba serenarse. Estaba turbada por la broma siniestra de Gil y caminó sin rumbo pensando en lo que le había dicho Severina. Sí, existía un peligro... Parecía todo demasiado tranquilo, la calma antes de que empiece una tormenta. “Te van a acusar de algo”, le dijo Severina, y ya lo habían hecho: “¡La granada!” Era absurdo, Gil le mostró aquella arma delante de los clientes del café, eso no significaba nada... o tal vez que pensaba organizar un atentado. No estaba deprimida y tenía miedo. Continuó caminando, era más prudente no estar al alcance de Amparo y de Perico. ¿Por qué estaba tan abandonado el hostel? Eran ellos los que habían ocultado a Elvira y eran ellos los que habían llamado a Pablo y a Ramona. Notó que le temblaban las rodillas, el miedo la ensordecía y continuó dando vueltas como las mulas en las norias. En el pueblo no había ningún escondrijo, sólo le quedaba la cárcel; pero ¿cómo dirigirse allí? Creyó ver a Ramiro en el interior del banco cuando pasó junto a sus ventanas de cristal. “Es ridículo... los bancos no abren en la tarde y además hay huelga”, se dijo y siguió caminando. “¿Dónde estará Manolo?...” Se vio en la callejuela

lateral del Banco, daba vueltas en redondo y tuvo la extraña sensación de que Manolo, isu amigo!, había entrado por la puertecita de salida del banco en el que trabajaba Ramiro. Manolo también la había engañado. “Es normal... muy normal...”, y caminó rumbo a casa de su tío José Antonio. “¿Por qué iba a ser amigo mío...?” Su tío había muerto, no estaba en su casa, pero le pediría protección, después de todo había venido en su busca. El enorme portón continuaba cerrado y nunca más lo cruzaría. Sobre él, labradas en la piedra y a la luz del oscurecer, leyó las iniciales J. A. V., y sintió un alivio; aunque Gil negara su existencia y el pueblo callara, la piedra fiel confirmaba que tenía familia: J. A. V., volvió a leer y a releer. La conmovió la muda compañía de la piedra oscureciéndose en las últimas luces de aquel día extraño y recordó los verdes encerrados en los ojos de su tío y el calor de su salón en el que ahora estaba la farmacia. Desde allí, ella contemplaba el puente romano, las brumas y las flores e imaginaba los huertos que había del otro lado del río. La tarde caía con gran velocidad y las brumas se levantaron ligeras de la corriente invisible y olorosa a hierbas. Contempló el puente romano que comenzaba a volverse oscuro y le apeteció cruzarlo. Lo haría después, primero iría a la casa junto al río, en donde jugó de niña, entre las rosas, los manzanos, los castaños y los lirios. Llegó a ella, quieta y tranquila como una gran rosa marchita, con las rejas despintadas y el jardín abandonado sepultado en las primeras sombras. Fue entonces cuando escuchó la explosión. “¡Se voló el imbécil!”, se dijo y pensó en Gil y en su granada de mano. Se asió a las rejas para contemplar la casa quieta. La capilla era un almacén en que guardaban granos. Se preguntó por el destino que habían sufrido los ángeles, las vírgenes, y recordó los reclinatorios de madera negra y terciopelo rojo. No podía entrar, también la Capilla estaba cerrada. A ella la habían expulsado de todo lo que amaba: familia, casa, pueblo. Sólo le interesaban las sombras luminosas y trágicas de sus tíos, que a esa hora del oscurecer cobraban rasgos transparentes. Asida a las rejas contempló la casa inaccesible y lejana, tan lejana como el Paraíso. Escuchó los gritos y se volvió: algunas gentes avanzaban corriendo hacia ella por en medio de la calzada iluminada por las farolas. “Sucedió algo...”, se dijo asustada. Escuchó un grito:

—¡Volaron el banco!

Las gentes se acercaban a ella y Consuelo avanzó a su encuentro y ante su asombro, todas se detuvieron en seco. No pudo descubrir ningún rostro, salvo el del relojero, cuyas gafas verdes despedían destellos. Se quedó estupefacta.

—¡Avisen a los guardias!... ¡Está aquí! —gritó la voz terrible de una mujer.

—¿Qué sucede? —preguntó a gritos Consuelo.

—¡Asesina! ¡Murió Manolo en la explosión! —le contestaron con ferocidad.

Consuelo reuló aterrada y la gente avanzó hacia ella. Recordó a Manolo entrando en el banco... “Alguien le dio cita allí... ¡Él era el testigo! Él era el detective del pasado... Severina dijo: ¡ite van a poner una trampa!... Sí y la trampa incluía a Manolo...: ¡Lo mataron...! Lo mataron!” Vio que atrás venían corriendo más personas en medio de la oscuridad del final de la tarde y dio la media vuelta y echó a correr desahogada. Pasó frente a la casa de su tío José Antonio y escuchó tras ella un trote furioso de cabalgata y recordó el carricoche, a los dos enlutados y a los dos huérfanos corriendo entre ráfagas de lluvia nocturna, le pareció que eran Manolo y ella. La gente amenazaba alcanzarla.

—¡Guardia!... ¡Guardia, que se escapa! —pensó reconocer a la voz de tic-tac del relojero.

Torció hacia la izquierda, a unos metros estaba el puente romano. Si lograba cruzarlo llegaría al otro lado, al país de las brumas, los huertos de manzanos, los senderos de helechos y los macizos de rosas y huiría para siempre de sus perseguidores. Alcanzó el puente y subió para avanzar sobre sus piedras resbaladizas cubiertas de yerbas olorosas. Empezaba a dar el primer paso para descender su curva y llegar al otro lado, cuando escuchó la voz que la llamó la primera noche: “¡Consuelo!... ¡Consuelo!” Dudó un segundo y se detuvo. Entonces, alguien le dio un golpe en la espalda. Pensó que caía y que las voces y los pasos cesaban. Arriba de ella estaba el cielo cada vez más alto, sus bóvedas de azules oscurísimas se abrían en vetas de azul claro, clarísimo. ¡Se había salvado! Bajó el puente y entró a la casa de su tía Adelina.

En el salón los candiles de cristal lucían encendidos y las sedas amarillentas de los muebles brillaban con destellos cegadores. Su tía levantó la vista del bordado y sonrió. Consuelo ignoraba que el esplendor de los colores fuera tan variado, cada color contenía todos los colores y sus matices se convertían en rayos de oro con vetas celestes. Avanzó sin esfuerzo, como si avanzara en cámara lenta. Su tía avanzó hacia ella también muy lentamente, casi flotando en su traje de seda gris igual al pecho de una paloma torcaz. El bastidor con el bordado quedó sobre el sofá como una luna olvidada. Por la gran puerta que conducía al fumador apareció su tío José Antonio, avanzando hacia ella muy despacio, muy despacio. Venía como siempre, vestido de negro y sus ojos parecían hojas de menta... Consuelo se acercó a la ventana, corrió un poco la cortina de seda y levantó apenas la cortina de muselina blanca y miró.

Afuera, en la noche, algunos brazos acercaban linternas a su cuerpo tirado en el puente romano. La gente que corría antes tras ella estaba quieta.

—¿Quién ha disparado?... ¿Quién ha disparado? —gritaban los guardias, mirando a los perseguidores que permanecían quietos en las sombras.

Consuelo se hallaba adentro del corazón tibio del oro, levantando apenas la cortina de muselina blanca, y desde allí vio a Ramona de pie, debajo de un manzano plantado a la orilla del río. Era una sombra oscura y sólo eran visibles sus ardientes ojos afiebrados. El agua casi no hizo ruido cuando recibió el revólver de la mano huesuda de la mujer del tricot negro. Consuelo sonrió, ahora nunca más aquella mujer oscura y terrible le haría daño, estaba dentro de la casa junto al río, a su lado se hallaban sus tíos y la casa resplandecía como un arco iris. ¡Estaba a salvo! ¿Acaso no había venido a España en busca de sus muertos...?

Y MATARAZO NO LLAMÓ...
(1991)

A Tito y a Pedro

Hacía varios días que de noche la casa de Eugenio cambiaba de lugar. De día estaba a espaldas de la avenida de los Insurgentes, de noche no se sabía adónde la llevaban. Antes la casa había sido sedentaria, ahora se había convertido en andariega y vagabunda. Vías férreas enormes y temibles se instalaban bajo sus ventanas y los trenes pasaban silbando peligrosos. Relojes inexistentes durante el día daban las horas con insistencia. En cuanto oscurecía, la casa se poblaba de huéspedes inesperados. Pájaros misántropos visitaban los muebles para golpearlos con sus picos destructores. Animales misteriosos gruñían adentro de los cojines verdes de la salita y por el caño del lavadero de la cocina salían ajolotes enormes a hacer gorgoritos. Eugenio escuchaba esos ruidos con asombro.

—¿Quién anda ahí?

Tres relojes cercanos le contestaron dando las doce campanadas. Eugenio contó los golpes preocupado.

—Sí, las doce...

Volvió a contar las campanadas cuando otro reloj cantó solemne la media noche. Enseguida dos relojes más se empeñaron en dar la hora al mismo tiempo, confundiendo sus voces como lo hacen los hombres en las discusiones, cuando ya nadie escucha a nadie.

—¡Las doce de la noche y Matarazo no llamó!...

Eugenio se quedó quieto. Escuchó con atención: una rata enorme roía las patas de su cama. De puntillas se dirigió a su habitación y trató de descubrir al animal. El ruido cesó. Bajo las mantas, el hombre casi no hacía bulto y estaba quieto. Le dio temor acercarse nuevamente a él y contemplar su rostro deformado y su cabeza vendada. Volvió a la salita y

nervioso, encendió un cigarrillo y se dedicó a contemplar el teléfono callado y hosco sobre una mesita.

—¡Sábado, hace apenas ocho días que los conozco!... —se dijo.

Se dejó caer perplejo en un sillón. Su mano rozó la superficie áspera de la tela, por las manchas de sangre seca. Ni siquiera se había preocupado de limpiarlas, se había acostumbrado a ver correr sangre y que ésta se secase. Dos de los cojines del sofá también estaban manchados. Pensó que era raro que Matarazo no hubiera notado aquellas manchas, para decirse enseguida: “Debe creer que son del otro...” Aturdido volvió a levantarse. “Me van a acusar de asesinato...” Dio unos pasos por la salita, quería volver a su habitación, pero se detuvo y se dejó caer en el sofá.

—¡Todo esto es muy raro! —se dijo en voz baja.

El teléfono llamó con timbrazos agudos. Descolgó la bocina con avidez y alivio.

—¿Bueno?

—¡Cabron!... ¡Hijo de la chingada! ¡Te vamos a joder!...

—¿Quién habla?... —preguntó sin esperanzas de que se identificara su interlocutor.

—¡Tu puta madre! —contestó la voz y cortó la comunicación.

Eugenio contempló el aparato sin asombro. Ya le habían llamado varias veces para amenazarlo. Con cuidado depositó el teléfono en su lugar y le pareció que su casa había caído en el vacío. Sintió que los labios, la nariz y las orejas se le enfriaban con una velocidad aterradora. Un vértigo momentáneo lo obligó a sentarse y a cogerse la cabeza entre las manos. Procuró reponerse de la impresión, se santiguó y con gran esfuerzo se acercó a la ventana. Allí se instaló y con suma precaución miró a la calle a través de una rendija de la persiana cuidadosamente cerrada. ¡Lo vio! ¡Allí estaba el automóvil negro con sus ocupantes de sombrero puesto! Llovía copiosamente y la calle a esas horas parecía la calle de una ciudad desconocida. El cuadro de pasto de la acera de enfrente brillaba muy verde a través del agua y de la luz de los faroles. La casa de las prostitutas tenía las ventanas cerradas. Nadie frecuentaba la calle. Sólo aquel coche de color negro aguantaba la lluvia con valor, mientras que sus ocupantes fumaban tranquilos un cigarrillo. Se diría que los hombres se sintieron

observados, pues volvieron la cabeza para mirar con insistencia hacia su ventana.

—¡Las doce de la noche y Matarazo no llamó!... —volvió a repetirse Eugenio. De pronto se sintió culpable. Sí, era tan culpable que podía ocurrirle cualquier desgracia. “No cabe duda, ando fuera de la ley”... “¿La ley?”, se preguntó asombrado. “¿Y quién hizo esa ley tan desnaturalizada?” No lo sabía. “Creo que los padres de la Patria”..., se dijo con amargura. Bastaba con que aquellos hombres bajaran de su automóvil negro y llamaran a su casa, para que él, Eugenio Yáñez, estuviera perdido. ¿Acaso sus compañeros de trabajo no habían dicho que los culpables eran los comunistas?

—¡Es absurdo!..., ¡absurdo! —se repitió en voz alta.

Y se sentó a esperar a que llegara Matarazo.

No se arrepintió de nada de lo que había hecho, ya que en realidad no había hecho nada. Llevaba una vida solitaria y anónima. “¡Pero si soy un don nadie!”, se dijo para convencerse de su inocencia.

Su hermano mayor vivía en San Luis Potosí, era dueño de una zapatería, estaba casado, tenía seis hijos y hacía un año que no lo visitaba. Supo que estuvo en la ciudad para hacer sus compras, pero seguramente no tuvo tiempo de llegar hasta su casa. “A lo mejor olvidó mi teléfono.” Su hermana también estaba casada y vivía en El Mante, ocupada en sus hijos, de manera que él podía considerarse como un hombre completamente solo. Le molestaba recordar a su mujer con la que sólo vivió cuatro años. Le había perdido la pista. Supo que se casó con un gobernador, después de haber vivido con algunos hombres de menor categoría social. No entendió por qué se acordó de ella justamente esa noche. Pero no logró recordar sus rasgos, era extraño; recordó su presencia, su olor y su bata de casa de color morado. También le llegó el eco agudo de su voz. “¿Cuánto tiempo hace que no sé nada de ella?”, se preguntó, para calcular enseguida: “¡Unos veinte años!...” Veinte años le parecieron muchos años y poco tiempo. El Eugenio de hacía veinte años ya no existía; lo vio surgir, entre la niebla espesa que se acumulaba en su memoria, como a un desconocido, que nada tenía que ver con el Eugenio que de su trabajo iba algunas veces al cine o daba paseos melancólicos en

su automóvil de tercera mano. Conocía a mucha gente. En México todo el mundo se conoce; pero no la frecuentaba. De joven en la universidad tuvo amigos, que ahora ocupaban altos puestos en la política. En realidad la carrera les servía de trampolín para saltar a algún empleo notable, que mejoraba cada sexenio. Cuando se los encontraba en la calle parecían ponerse muy contentos:

—¡Hermano!... ¡cuánto tiempo! ¡Ven a verme! ¡Estoy para todo lo que se te ofrezca!

Y apuntaban presurosos su número de teléfono en un papel cualquiera que él sabía que tirarían en la próxima esquina. Estaban gordos, llevaban automóviles de último modelo y vistosos trajes norteamericanos. Su alegría al verlo, de pronto se convertía en nostalgia.

—¿Te acuerdas, hermano? —decían sentimentales.

—Sí, me acuerdo...

—¿Te acuerdas?... —repetían.

No sabía bien de qué le pedían que se acordara, pero todos ponían la misma cara cuando le hacían aquella pregunta. Alguna vez necesitó de alguno de aquellos “hermanos” y acudió a su oficina, sólo para contemplar el esplendor de su antesala repleta de pedigüeños de caras cansadas y zapatos viejos. Los que entraban sin espera y con diligencia eran los otros, sus iguales en trajes americanos, coche último modelo y voces optimistas y sentimentales. Hasta la sala de espera llegaba:

—¡Hermano!, ¡qué gusto! ¿Qué te trae por aquí?...

Eugenio decidió estar solo. No entendía a aquellos hombres que usaban un lenguaje pomposo y oratorio acompañado de gestos cordiales. Tenía la impresión de que le ponían mayúsculas a palabras tan simples como madre, progreso, obrero, patria, libertad, campesino o bandera.

A su edad —ya pasaba de los cincuenta años—, era difícil hacerse de nuevos amigos. A medida que se alejaba de su juventud, volvía a la timidez de su primera adolescencia y su capacidad de afecto se dirigía a los animales, aunque por pudor no se atrevía a adoptar a un perro, un gato o un canario y prefería inclinarse hacia la gente humilde, pero tampoco se resolvía a dar rienda suelta a este sentimiento. Movidó por la compasión y por la necesidad de hablar con alguien se acercó a los

obreros que vigilaban los patios de la estación. Recordó cómo pasó casi rozando sus rejas, tratando de oír lo que decían. Quería mezclarse con ellos, compartir su huelga, aunque fuera de un modo accidental y lejano, para confundirse un poco con los demás, ya que también él era un desdichado. Se dio cuenta de ello en el momento de pasar por aquel lugar prohibido.

—¡Ya no tenemos cigarros!...

—¿Qué haremos?... —escuchó decir a dos huelguistas.

—¡Caray! ¿A poco vamos a pasar la noche sin fumar? —contestó otro obrero.

Eugenio tomó la decisión de proveerse de cigarrillos y de traérselos a los huelguistas. Cruzó los cordones de soldados inmóviles y alertas y de los policías vestidos de paisano que vigilaban la estación y sus alrededores y buscó en las calles adyacentes un estanquillo donde comprar tabaco. La señorita del mostrador le repitió con impaciencia:

—¡Decídase, señor! ¿Qué marca de cigarrillos quiere?

—Pues, setenta y cinco pesos de todas las marcas —respondió Eugenio con decisión.

La señorita parecía no estar dispuesta a surtir aquel pedido disparatado. Se diría que el cliente le quería dejar vacío el estanquillo.

—Señorita, setenta y cinco pesos de cigarrillos de todas las marcas. Son para los huelguistas...

—¡Ay!, pobrecitos, les va a ir muy mal, ya sabe usted cómo es el gobierno... —dijo la muchacha convencida.

Eugenio volvió a la estación con el tabaco. Avergonzado, entregó el enorme paquete a unos obreros que le parecieron ser los que se quejaban de la falta de tabaco.

—¿Cómo se llama, compañero? —le preguntaron.

Eugenio les dio su nombre y su dirección. Se cambiaron apretones de mano. Pudo retener dos nombres: Tito Vallarta y Pedro Torres. Los dos eran muy jóvenes y ambos tenían el aire grave. De regreso en su casa se sintió tranquilo; había ayudado en algo a aquella gente que velaba en la estación. Era su primera acción política. Una emoción nueva y desconocida lo hizo sonreír mientras se preparaba unos huevos revueltos

y bebía su solitaria copa de tequila. “¡De manera que el Señor Gobierno es omnipotente; dice: ¡no hay huelga y no la hay!... Pues que vea que somos muchos los que no estamos de acuerdo con él”, se dijo, saboreando su tequila. Para Eugenio, el gobierno eran las caras de sus conocidos y las de los desconocidos que aparecían todos los días en el periódico. “¡Bola de ladrones!”, afirmó depositando su copa sobre la mesa.

A la noche siguiente volvió a presentarse en la estación con su cargamento de tabaco. Los cordones de los policías eran más espesos. Con gesto adusto revisaron los cartones repletos de cajetillas de cigarrillos.

Al llegar al lugar en donde había estado la noche anterior, oyó que lo llamaban por su nombre:

—¡Yáñez!... ¡Yáñez!... ¡Acá!...

Se volvió para descubrir a Pedro y a Tito. Los muchachos parecieron alegrarse al verlo.

—Estábamos casi seguros de que vendría otra vez —dijo Pedro.

—Pues sí, aquí me tienen —contestó Eugenio, satisfecho porque alguien lo esperaba.

—Compañero, ¿quiere hacernos un favor? —preguntó Tito.

Eugenio asintió contento de sentirse útil y de que alguien le pidiera un servicio.

—¡Pues véngase!

Tito y Pedro, seguidos de dos obreros más, salieron de la estación y se unieron a Eugenio.

—No tenemos ni un centavo. ¿Nos puede llevar a la calzada del Chabacano? —le pidieron sus cuatro nuevos amigos.

—¡Cómo no! —contestó Eugenio con alegría. Un placer nuevo en él lo hizo caminar de prisa; se dio cuenta de que era el placer de la rebelión lo que lo animaba.

Buscaron su automóvil. Llovía a cántaros y los soldados bajo sus capotes los vieron alejarse con indiferencia. Los cuatro hombres y Eugenio subieron al auto y cruzaron la ciudad ahogada por la lluvia. Los obreros iban silenciosos, como si de pronto toda la melancolía de la noche lluviosa se les hubiera echado encima. Eugenio sentía la necesidad de decir cosas que no había dicho jamás en su vida, pero el desaliento de

sus compañeros lo obligó a callar. Sin embargo, dentro de él bullía una efervescencia desconocida, una energía nueva, que casi lo llevó a silbar mientras iba conduciendo. El hecho de desafiar a las autoridades lo colmaba de optimismo: con su desafío probaba que todas las palabras y los discursos que había tenido que escuchar de labios de sus jefes y de sus amigos eran patrañas, imentiras!, ifalsedades! Eran ellos los malos ciudadanos, no los obreros.

—Pero vamos a ver muchachos, ¿existe o no existe el derecho de huelga? —preguntó con optimismo, mientras limpiaba el parabrisas empañado con tantas respiraciones.

—¡Claro que existe!... Lo que no existe es el derecho a ejercerla.... —contestó Tito.

—Entonces, ¿la huelga está prohibida? —insistió Eugenio.

—En la práctica está prohibida. En la Constitución y en las leyes del trabajo el derecho a la huelga existe. Es uno de los derechos de la clase obrera, sólo que no debemos ejercerlo —contestó Pedro animándose repentinamente.

—¡Eso es absurdo! Si existen las leyes, ese derecho debemos ejercerlo. ¿Cuándo dejaremos los mexicanos de ser un pueblo de borregos? Sí, compañeros, somos un pueblo de mandados, no tenemos valor para ejercer nuestros derechos; por eso la bola de ladrones que nos gobierna hace de nosotros lo que le da la gana. ¡Ya es tiempo de que México despierte!... Yo, por ejemplo, he despertado al verlos a ustedes y siento que mi pecho, humildemente, se inflama de orgullo por andar en su compañía...

—¿Es nuevo en la lucha?... —preguntó el más moreno de los amigos de Tito, y que más tarde supo que se llamaba Eulalio.

—Sí, es decir, ni siquiera nuevo, digamos un espontáneo... —confesó Eugenio súbitamente ruborizado.

—Muy bien, compañero. Es interesante su actitud, aunque me parece demasiado sentimental... cosa nada rara en un novato pequeñoburgués, pero de cualquier manera, ¡muy encomiable! —terminó Eulalio con voz aguda, que desentonaba con las voces de los demás...

—Compañero Eulalio, así empiezan los más duros, los más

aguantadores, de los que uno menos espera —recordó Ignacio, el compañero de Eulalio, un hombre joven que tiritaba de frío en el fondo del coche. Iba en mangas de camisa y su voz parecía muy afligida.

Era Tito el que guiaba a Eugenio durante el trayecto. El auto se detuvo frente a una casucha sucia y complicada. Un niño abrió la puerta.

—¿Están los Galán? —preguntó Tito.

—Sí, ahí están —contestó el niño haciendo un gesto con la cabeza. Entraron a un cuarto de paredes pintadas de color de rosa, en la que había una mesita de palo y sobre ella restos de chicharrones y jarros de café frío. Se quedaron todos de pie, sin saber qué hacer. Eugenio miró en torno suyo. “Están fregados, qué cuartel general tan miserable... ¡caray!”, se dijo al contemplar al niño que se caía de sueño. “¿Y este centinela tan minúsculo, quién será?” Lo escuchó decir:

—Tengo hartos sueños...

—¿Y los Galán? —insistió Tito.

El niño señaló una puertecita al fondo de la habitación y luego se acostó en el suelo disponiéndose a dormir.

Eugenio tuvo la impresión de que los Galán eran muy importantes en la huelga, pero no logró verlos. Recordó las novelas rusas que leyó en su juventud y le pareció ser uno de aquellos protagonistas. ¿De cuál? No podía precisarlo. Pensó que era indicado tener miedo, y para su gran decepción no pudo gozar de aquel sentimiento exaltante. Tito cruzó el cuarto, se dirigió a la puerta indicada por el niño, llamó con los nudillos y las hojas de madera se abrieron con sigilo. Tito desapareció tras ellas. Sus pantalones viejos de mezclilla, su chaquetón tan usado y sus botas vencidas dejaron perplejo a Eugenio. “¡Caray!, para ser obrero está demasiado pobre!... Dicen que todo el salario se les va en beber...”, y trató de descubrir en el rostro de Pedro y de sus amigos las huellas dejadas por el alcohol. Tal vez Eulalio era el único borracho, aunque era una temeridad pensarlo. A Eugenio se le ocurrió pensar que el mal humor de aquel hombre pequeño y gordezuelo se debía a la cruda, pues miraba a Pedro con ojos biliosos. Pedro, por su parte, esperaba en silencio la reaparición de Tito, mientras que Ignacio, nervioso, se golpeaba la palma de la mano derecha con el puño izquierdo cerrado. No le parecía bien que

hubiera entrado Tito solo a parlamentar con los Galán y observaba de reojo el disgusto de su amigo Eulalio. Eugenio sintió la tensión, tensión que montaba entre Pedro y sus dos compañeros, pero no dijo nada. Era curioso ver que también entre los obreros existieran diferencias. ¡Era una lástima!, ¡una verdadera lástima! Observó a los tres hombres sentados en sus sillas de tule. Los tres parecían muy cansados y los tres guardaban silencio. A sus pies dormía el niño, descalzo, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro pálido devorado por la fatiga.

—¿De dónde lo sacaron? —preguntó Eugenio.

—¿Al Novillero?... pues no sé. Hace ya tiempo que anda con nosotros. Vende la *Extra* en la tarde y siempre nos trae noticias nuevas que escucha por aquí y por allá... ¡es un buen elemento! —contestó Pedro convencido de sus palabras, y mientras miraba dormir al chiquillo.

—Como de costumbre, no tiene padres, ¿verdad? —preguntó Eugenio sintiendo una enorme piedad por aquel mocoso apodado El Novillero.

—¿El Novillero?... No, no tiene familia. Creo que su madre vive en Michoacán; de su padre no sabe nada. Él vino a la ciudad a hacer fortuna... —contestó Pedro, que parecía más interesado en lo que se decía detrás de la puerta que ocultaba a Tito, que en la triste suerte del Novillero.

—Es la falta de educación cívica la que produce casos como el de este niño —sentenció Eulalio con su voz aflautada.

—También la miseria, la miseria... —insistió Ignacio moviendo la cabeza y con temor de disgustar a su amigo.

Por fin reapareció Tito. Parecía mortificado al cerrar la puerta por la que había salido, con harto esmero.

—Compañero Eulalio, los compañeros prefieren guardar ellos mismos los documentos. Les agradecen a ti y a Ignacio el sacrificio al que están dispuestos, pero en este momento no lo juzgan conveniente —anunció Tito.

—De acuerdo. No hay ofensa, compañero, aunque me parece muy arriesgado... muy arriesgado estando ellos tan señalados —contestó Eulalio con aire decepcionado.

Su amigo Ignacio lo miró con temor. Pedro apartó la vista de él y Tito

trató de hacerle leve el rechazo:

—No sé si más tarde cambien de opinión. Tú sabes, compañero, que en momentos como éste las situaciones varían en cuestión de minutos. Tu oferta de sacrificio queda en pie. No lo olvidaremos, camarada.

Afuera continuaba lloviendo y los cinco hombres escucharon el caer de la lluvia sin volver a dirigirse la palabra, sumido cada uno de ellos en su propia fatiga y en sus propios pensamientos.

De pronto Eulalio rompió el silencio; empezó a hablar con vehemencia en una jerga revolucionaria en la que abundaban las palabras carcomidas en las tribunas políticas. Ignacio, el amigo del orador, aceptó con paciencia aquel diluvio de palabras, mientras que Pedro y Tito observaban con curiosidad la estatura mínima de Eulalio y su abundante gordura, como si fuera la primera vez que lo veían. Ninguno de los dos parecía dispuesto a tomar parte en la discusión solitaria de Eulalio, en la cual él se hacía las preguntas y se daba las respuestas.

La lluvia golpeaba con insistencia los vidrios de la ventana y las llantas de los automóviles zumbaban sobre el pavimento mojado.

—Llueve... —dijo Eugenio.

Eulalio lo miró con rencor y detuvo su disertación. Ignacio trató de animarlo para que continuara, pero el hombrecito guardó un silencio obstinado.

—Voy a preparar café —anunció Tito.

Bebieron el café humeante y escucharon el ritmo de la lluvia que arreciaba por momentos. La bebida caliente se esparcía por el interior del cuerpo de Eugenio, produciéndole un placer casi sentimental: el placer de sentirse acompañado. De pronto se dio cuenta de que se hallaba entre sus iguales, los desheredados. Y el hecho de beber con ellos un café caliente en una noche de lluvia, en el corazón de la ciudad ajena a sus pesares, lo llenó de cordialidad hacia sus compañeros. El Poder le pareció absurdo, inhumano y alejado para siempre de ese instante inefable en la casita de Chabacano, en donde por primera vez gozaba del peligro y de la compañía de los conspiradores. Miró los ojos tristes de Tito y los cabellos castaños de Pedro. Observó sus botas manchadas de grasa negra de las vías de los ferrocarriles, sus pantalones de mezclilla desteñida, sus

camisas a cuadros y sus chaquetones remendados. Sintió vergüenza por su traje de casimir y su camisa de High Life. Nunca había pensado con seriedad en la gravedad de la pobreza. ¿Qué pedían con su huelga? Pedían muy poco, bastaría con que sus amigos, “sus hermanos”, suprimieran un año las compras de sus automóviles de lujo para satisfacer la miseria que pedían los hombres que guardaban la estación. La suma que él pagaba en un buen restaurante, cuando tenía la ocurrencia de darse buena vida, era mucho mayor que el aumento pedido por cabeza por el comité de huelga. “Es estúpido no darles lo que piden”, se dijo, sintiéndose culpable, y miró a Ignacio tan mal vestido como sus compañeros y que en ese momento, con los brazos caídos, miraba sin esperanzas a Eulalio. Éste se movió en su silla, miró largo rato al Novillero, que continuaba durmiendo, se puso de pie, levantó los brazos y exclamó:

—¡Camaradas, me retiro! Veo que todo está en orden.

—Nosotros nos quedamos —dijeron Pedro y Tito.

Ignacio imitó a su amigo, se puso de pie, se frotó los ojos enrojecidos por las desveladas y anunció que también él se iba.

Eugenio se ofreció a llevarlos en su coche. Salieron corriendo de la casita, para evitar la lluvia y el lodo. Apenas subieron al automóvil, Ignacio se deshizo en quejas. ¿Cómo era posible que le hubieran negado a Eulalio la guarda de los documentos? Él, y ningún otro, había sido uno de los grandes promotores de la huelga. Su colaboración había sido definitiva. No era justo que Tito y Pedro, dos elementos sin gran importancia, se tomaran tamañas prerrogativas. La cara oscura de Eulalio permaneció impasible. Ignacio continuó sus quejas:

—Son dos recién llegados... ellos le dan mucha importancia a su intervención en el norte, que en realidad es mínima.

Eulalio afirmó con la cabeza, sin descuidar de continuar indicándole a Eugenio la ruta que debía tomar el coche. Llegaron a una barriada pobre. Frente a la puerta de una vivienda oscura, Ignacio hizo detener el automóvil. Bajó del auto y le tendió la mano a Eugenio:

—Gracias, compañero, aquí tienes tu casa.

—Ignacio es un elemento útil —declaró Eulalio cuando su amigo

desapareció por una puertecilla sucia.

—Parece buen compañero...

—Sí, es útil, y en caso que no se logre, ¡a los leones! —dijo Eulalio, invirtiendo el dedo pulgar a la usanza romana. Después le dio su dirección a Eugenio, que no podía dejar de pensar en la frase: “¡A los leones!”

Eugenio se sintió incómodo junto a aquel hombre. Después de todo, era un desconocido y sintió que los puentes entre él y Eulalio se habían roto. No había comunicación entre ambos. Eulalio poseía una fuerza extraña, fundada en una seguridad desmedida en sí mismo, que tenía la virtud de desconcertar a su interlocutor. Hablaba con el aplomo que poseen las personas de estatura muy corta y daba la impresión de que no le interesaba guardar ningún secreto. Se preguntó en qué residía la fuerza del personaje aparentemente insignificante que viajaba a su lado, y llegó a la conclusión de que su fuerza no era sino la fe profunda en su causa. Lo interrumpió Eulalio en sus pensamientos:

—No importa que ellos guarden los documentos. Yo tengo copias de los archivos de todo el movimiento. Están perfectamente clasificadas. ¡No sé qué harían sin mí!

A continuación explicó su sistema para manejar a la gente. “No debe ser muy efectivo su sistema, puesto que Pedro y Tito no le prestaron obediencia”, se dijo Eugenio y se limitó a contestar con movimientos afirmativos de cabeza. Eulalio vivía en las afueras de la ciudad y tuvo tiempo para explicar sus métodos. ¿Por qué se confiaba así a un extraño?... Tal vez deseaba curarse de lo que él consideraba una humillación, la negativa de sus compañeros para confiarle los documentos.

—Esos dos compañeros son primerizos. No tienen todavía la experiencia revolucionaria que tiene un luchador experimentado como yo. No hay que tomarlos muy en cuenta, pero eso sí, ¡hay que estar alerta! Es muy fácil que cometan un error, que se dejen llevar por el sentimentalismo, por ejemplo como en el caso suyo, compañero —dijo de pronto mirándolo con dureza.

Eugenio se sintió intranquilo; pensó que debía asegurarle a su

compañero que la amistad con Pedro y con Tito era inexistente.

—Pero si yo apenas los conozco, es un puro azar el que yo estuviera esta noche con ellos —contestó incómodo Eugenio.

El automóvil salió de la ciudad y entró por unos llanos húmedos y brillantes. Pasó cerca de las bardas derruidas que anuncian la proximidad del campo. Encontró grupos de casuchas amontonadas en un aparente desorden. Su compañero le indicó entrar por una callecita mal trazada y se encontró en un callejón lodoso y sin salida.

—Ahí tiene usted su casa —dijo Eulalio señalando vagamente alguna de aquellas casuchas. Se volvió a mirar a Eugenio para decirle con voz concentrada—: Pensaba que su amistad con los muchachos era más profunda. ¿Ve cómo tengo razón? ¿Ve cómo son dos impreparados?... — se bajó del coche y se perdió en el callejón oscuro con pasitos rápidos de enano.



Eugenio buscó el camino de vuelta a su casa. Atravesó la ciudad; iba preocupado, había tratado de disculpar a los dos muchachos negando la amistad que sentía por ellos y el resultado había sido peor. Eulalio lo había tomado como prueba de su inconciencia. Las palabras corrosivas de Eulalio habían deshecho la noche cordial y que a él le había parecido fabulosa. Hasta los rostros de Pedro, de Tito y del Novillero parecieron diluirse, perderse entre la lluvia, después de las frases de Eulalio.

Al día siguiente Eugenio se sintió quebrantado. Se había acostado a las cuatro de la mañana y el despertador lo sobresaltó a las siete. A lo sumo había dormido dos horas. En su oficina le hicieron bromas:

—¡Mire qué cara de desvelado!

—¿De parranda, señor Yáñez?

—¡No molesten! Está bien que se haya echado una cana al aire...

Al mediodía un sueño invencible lo hizo cerrar los ojos y quedarse dormido sobre su escritorio. La señorita Refugio lo despertó con suavidad. La luz plateada de las dos de la tarde le produjo un dolor violento en los ojos.

—¡Es sábado, señor Yáñez! —le dijo la señorita Refugio para consolarlo.

Los sábados sólo trabajaban medio día. Eugenio le agradeció la atención y abandonó su oficina en silencio. Estaba preocupado; compró los diarios de la tarde y se dirigió a su casa. Los titulares de los periódicos acusaban a los huelguistas de traición a la patria y de estar al servicio de potencias extranjeras. Eugenio sonrió con amargura. Él conocía bien aquellas firmas que paseaban su indignación en automóviles de más de cien mil pesos. Recordó la voz indignada de su jefe:

—¡Hay que darles duro a esos comunistas! ¡Duro!

Si su jefe supiera que había pasado la noche entre aquellos huelguistas, lo mandaría borrar de las nóminas. Sonrió satisfecho; el viejo imbécil nunca lo sabría. ¿Y por qué lo llamaba viejo si era mucho más joven que él? “Vamos a ver, ¿qué edad tendrá el señor Gómez?... a lo sumo treinta y cinco años”, se contestó sorprendido. ¡Eso se llama hacer una carrera burocrática! La señorita Refugio le había asegurado que tenía buenos padrinos, que llegaría muy lejos...

—No se extrañe usted de verlo uno de estos días de ministro... —le había susurrado unos días antes.

La pobre señorita Refugio economizaba sus planillas de autobús y escribía a gran velocidad en la máquina. Era la mejor dactilógrafa del departamento. ¡Pobre señorita Refugio!, siempre con su falda azul marino y sus blusas planchadas con rigor.



Eugenio tomó una larga ducha de agua caliente y se metió en la cama. Dormiría hasta las primeras horas de la noche y luego iría a la estación a buscar a sus amigos. No le importaba el juicio de Eulalio. Quería ver a Tito y a Pedro, entre otras cosas para comentar sobre aquel hombrecillo vanidoso y desconfiado. Les preguntaría: ¿por qué es tan importante Eulalio?... Antes de caer dormido, recordó a su jefe y sonrió. “Pobre hombre.. no sabe nada”; luego agregó, casi dormido ya: “Yo nunca he conocido a un comunista”... Se durmió profundamente. A medio sueño le pareció que alguien llamaba a su puerta de entrada. Se levantó a tientas y cruzó la casa sumida en el silencio; iba descalzo. Abrió la puerta de entrada de par en par; un viento helado de lluvia le despejó la cabeza y le

aligeró el sueño. En la puerta no había nadie. Tal vez soñó que llamaban. Volvió a su habitación y miró su reloj: ¡Las diez y media de la noche! ¿Cómo era posible que hubiera dormido tanto? “Tengo que ir a la estación”, se dijo, y se apresuró a buscar una camisa limpia. La prisa le impedía vestirse con orden; tenía la impresión de perder el tiempo, de equivocarse de manga, de no encontrar la corbata adecuada. Se estaba abrochando las mancuernillas cuando el timbre de entrada llamó con furia. Eugenio se precipitó a la puerta de entrada, abrió e Ignacio se introdujo veloz en su casa, sin decir una palabra y mirando ansioso en todas direcciones, como si buscara a alguien o huyera de algo. Venía empapado; sus cabellos chorreaban agua y traía el gesto descompuesto. Eugenio lo miró asustado, lo siguió hasta el saloncito.

—¿No está?... —preguntó Ignacio sin alientos.

—No... ¿quién?

—El herido... oí que se lo traían a usted, compañero.

—¿El herido?... ¿Cuál herido?... —preguntó Eugenio, que se quedó con los brazos colgantes y la boca abierta frente al intruso.

Ignacio se levantó algunas mechadas que le caían sobre la frente, hizo el gesto de querer sacudirse el agua que chorreaba de su ropa y de pronto exclamó:

—¡Nos dieron!... ¡Nos dieron, compañero!... Siguen combatiendo...

—¿Combatiendo?... —preguntó Eugenio atontado.

—¡Imagínese, compañero!... Nos echaron encima a todas las fuerzas, ¡qué tiroteo! Dicen que hay muchos muertos... y también muchos heridos —gritó Ignacio exaltado, casi con alegría.

Eugenio Yáñez permaneció mudo de sorpresa ante la exaltación de su visitante. Éste se acercó a él y le dio una palmada en el hombro.

—Deséeme buena suerte, compañero Yáñez.

Ignacio se balanceó sobre las piernas, lanzó una mirada suspicaz a su huésped y se dirigió a la puerta.

—¡Es inútil! No hay quien pueda con el gobierno. No, ellos tienen la fuerza... ¡el poder y la gloria! —agregó, haciendo una mueca como si fuera a echarse a reír o a llorar.

La puerta se cerró tras él y la casa de Eugenio volvió a quedar en

silencio. Perplejo, se dejó caer en el sofá. “Combatiendo...”, se repitió varias veces; le pareció increíble. Recordó que debía ir a la estación y se dirigió a su cuarto para acabarse de vestir. Mecánicamente se hizo la corbata frente al espejo del lavabo. Se encontró muy pálido y se dijo con convicción: “No estoy pálido de miedo, sino de rabia”.

Quiso tranquilizarse antes de ir a la calle; encendió un cigarrillo y lo fumó dando paseos cortos por su habitación. Un nuevo timbrazo lo estremeció. Fue a abrir la puerta y esta vez entró Matarazo. No lo conocía y desde el primer momento le llamó la atención ese personaje silencioso, que apareció en su casa acompañado de Pedro y de Tito.

—Matarazo —dijeron los dos jóvenes al entrar a la salita.

El nombre del nuevo personaje tintineó en sus oídos como un mal augurio. La vista del recién llegado le impidió ver a sus amigos.

—Compañero, ¿tiene usted un poco de alcohol? —oyó decir a Tito.

Eugenio se volvió a verlo: estaba muy pálido, con la camisa desgarrada y los cabellos en desorden. A su lado, Pedro se cubría el cuello con un trapo rojo y miraba silencioso al suelo. Llevaba la camisa cubierta de sangre y el pantalón manchado de grasa y tierra. Eugenio, aterrado, le retiró la mano que sostenía el trapo rojo alrededor del cuello y un borbotón de sangre le manchó la camisa que acababa de ponerse. Pedro tenía una herida abierta en el pecho, muy cerca de la garganta, y una oreja hinchada y sanguinolenta.

Eugenio no pudo preguntar nada; recordó a Ignacio. ¿Era por ese herido por el que había venido a preguntar? Matarazo, en medio de la salita, se quedó quieto, de pie, sin mover un solo músculo de la cara. Pedro, ayudado por Tito, se dejó caer en un sillón con un terrible gesto de moribundo y a Eugenio lo único que se le ocurrió fue correr a la cocina para buscar varios vasos y una botella de tequila. Les sirvió a todos un buen trago y él apuró el suyo y corrió a buscar alcohol y pañuelos limpios. La sangre manaba en abundancia, el sillón verde quedó impregnado de ella.

—¿Qué pasó, muchacho?... —preguntó Eugenio tratando de parecer natural.

—Le dieron, parece que es una cuchillada o un cachiporrazo... —dijo

Tito, que parecía muy cansado.

Entre Tito y Matarazo le colocaron algunas compresas en la herida para atajar la hemorragia. Ahora la sangre corría por el pantalón y alcanzaba al suelo.

—¡Voy a buscar a un médico! —exclamó Eugenio aterrado.

—¡No! Es mejor que nadie se entere de que está herido.

Eugenio corrió a la cocina para volver con una bolsa de sal, pues recordó que su abuelo le echaba sal en cualquier herida que se hiciera para evitar la infección, después de limpiársela con cuidado. Luego, para calmar la hemorragia le echaba montoncitos de azúcar. Con calma explicó su técnica curativa, que fue aceptada por unanimidad. Eugenio quiso ir a comprar vendas a una farmacia de guardia.

—¡No, no! Es mejor no hacerse notar en nada. Usaremos una sábana limpia —ordenó Matarazo.

Entre los tres hicieron varias tiras de una sábana y procedieron a la curación y vendaje de Pedro, que, muy pálido y muy callado, aguantó las maniobras de sus amigos.

—¡Bebe otra copa, muchacho! —le aconsejó Eugenio.

Pedro aceptó la copa, aunque estaba al borde de un colapso y lo invadían unas náuseas que jamás había sentido. Tito lo observaba con temor y Matarazo guardaba silencio. Una vez que lo hubieron vendado, lo vistieron con ropa limpia que les proporcionó Eugenio y lo recostaron en el sofá. Pedro cerró los ojos; sus amigos se miraron alarmados.

—¡Un café!... ¡Cafecito para todos! —exclamó Eugenio para romper aquel minuto de angustia. Se dirigió a la cocina; no soportaba la vista del muchacho lívido como un muerto y con los ojos cerrados. Fue en ese momento cuando Matarazo, con su voz imperturbable, preguntó:

—Yáñez... ¿recibió usted al compañero Galán?

—No... —respondió el aludido deteniéndose en seco, al recordar los timbrazos que creyó haber escuchado cuando estaba dormido.

—Lo mandamos para acá. Estaba malherido y no tenía dónde esconderse —dijo Tito con aire preocupado.

—Vino Ignacio... me preguntó si había recibido al herido... pero no me dijo de quién se trataba. Estaba muy exaltado —contestó Eugenio con voz

contrita.

—¿Ignacio?... —preguntó Tito con aire pensativo.

Matarazo cruzó una mirada con Tito, que a Eugenio le pareció significativa, y ambos se inclinaron sobre Pedro, que parecía próximo a la muerte.

—Nos dispararon... —dijo Tito como si fuera a echarse a llorar. Estaba conmocionado; no esperaba una reacción tan violenta de parte del gobierno, se sentía traicionado y apenas si encontraba fuerzas para hablar.

Matarazo miró un punto fijo en uno de los muros y se cruzó de brazos. Ante la magnitud de los hechos parecía no tener nada que decir.

—¿Y usted? —preguntó Eugenio a aquel huésped silencioso.

—¿Yo?... Yo, ¿qué?... —contestó turbado Matarazo.

—No sé... nada, compañero... no sé... —dijo Eugenio, cortado ante la respuesta del desconocido.

Matarazo volvió a caer en su atento silencio. Miraba a sus amigos con la cortesía de la clase media un poco tímida y un poco forzada, como si le preocupara quedar bien o como si fuera ajeno a lo que sucedía. La pregunta de Eugenio lo había hecho enrojecer y preocupado dio unos pasos por la salita y volvió a quedarse quieto. Vestía un traje color marrón oscuro y una camisa, blanca y arrugada. Se arrancó la corbata a rayas vistosas y la guardó nervioso en uno de los bolsillos de su americana. Al tocarla, se había dado cuenta de que tenía manchas de sangre. Eugenio notó que también el cuello de la camisa estaba manchado de sangre. “Se va a manchar el traje”, se dijo Eugenio, cuando vio que su huésped escondía la corbata. Notó sus mancuernillas de oro falso, muy grandes y llamativas. Matarazo, ante la mirada escrutadora de Eugenio, trató de sonreír, mientras que Tito trataba de entablar una conversación imposible con Pedro.

—¡Casi no perdiste sangre, de manera que el plan continúa siendo el mismo!... ¡Anímate!, dentro de un rato tenemos que salir para Zacatecas. ¿Aguantarás?... ¿Cómo te sientes?...

—Mejor... mucho mejor...

—¿Aguantarás la tirada?

—No te preocupes, la aguantaré bien... —contestó Pedro sonriendo débilmente.

—Allá será distinto, te podremos curar como lo necesitas, de manera que ¡ay, reata, no te revientes que es el último tirón! —le dijo Tito tratando de parecer alegre.

—Sería bueno ponerle un poco de penicilina —opinó Eugenio.

—¿La tiene aquí, compañero? —preguntó Matarazo.

—No, pero puedo ir a una farmacia de guardia...

—Deje, compañero, deje... —dijo Pedro, a quien le pareció más prudente no hacer ningún movimiento sospechoso.

—Pero, ¿cómo se atrevieron estos hijos de su madre a disparar? —preguntó Eugenio, súbitamente furioso.

—Así son, compañero; pero no olvide que a cada capillita le llega su función —le contestó Tito con rencor.

Bebieron varias tazas de café. Eugenio propuso que Pedro reposara un rato sin hablar y todos aceptaron su propuesta. Los tres se refugiaron en la cocina, para dejar solo a Pedro. Eugenio quiso preparar unos sándwiches, pero sus visitantes se negaron a probar bocado, tenían el estómago revuelto.

La calle estaba solitaria y silenciosa. Eugenio era el encargado de vigilarla y para ello miraba a través de las rendijas de las persianas bajadas. Observó un buen rato.

—No se preocupen, no hay ni un alma —aseguró en voz queda.

—Ésos se esconden en cualquier quicio, detrás de cualquier árbol... —murmuró Pedro.

Eugenio se esforzó en la vigilancia, cambió de ventana y de ángulo. ¡Inútil!, no descubrió a nadie. Volvió a repetir:

—¡Ni un alma!

—Nos preocupa Galán... ¿adónde se habrá ido? —se repetía Tito una y otra vez.

—¿Y qué quería Ignacio? —preguntó Pedro, que trataba de comportarse normalmente, como si hubiera olvidado la herida y la hemorragia que acababa de sufrir.

Los amigos guardaban silencio, ninguno tenía las respuestas

adecuadas. Todos temían confesarse que sospechaban de Ignacio, ya que su actitud era poco normal, pero ¿cómo decir que temían que fuera un traidor? Sabían que eso significaba, si no la muerte, cuando menos un castigo físico para Ignacio. Por otra parte, callar significaba un peligro para todo el grupo dirigente. Se miraron con ojos hoscos y preocupados.

—Tal vez Ignacio también andaba buscando refugio —aventuró Tito.

—Pero no se lo ofrecí, no me dio tiempo. Llegó de carrera, muy excitado, y salió corriendo. Me pareció que tenía miedo. Me di cuenta cuando ya se había ido —confesó Eugenio.

—Tal vez. Pero, ¿por qué habló del herido?... No lo nombró, ¿verdad? —preguntó Tito sombrío.

—No. Sólo dijo: “El herido” —afirmó Eugenio.

Matarazo lo miró con severidad. “Me reprocha mi actitud”, se dijo Eugenio, incómodo ante la mirada del desconocido. Hubiera querido tener un aparte con Tito para preguntarle: “¿Quién es este hombre?”, pero no tuvo valor de hacerlo; temió que su amigo lo tomara por un indiscreto. Además, bastaba con que los dos muchachos lo hubieran llevado a su casa para que fuera un hombre de bien. Y sin embargo, ni su físico, ni su manera de vestir, ni su actitud cuadraban con sus amigos. Era lo que se puede decir un “inesperado”. “Sí, sí, eso: un inesperado”, se repitió Eugenio con cierta preocupación. La voz de Pedro lo sacó de sus cavilaciones.

—Ya va a amanecer —dijo el muchacho con voz dolida, como si el tiempo fuera su enemigo.

Todos se volvieron a verlo, con la misma pregunta en los ojos: “¿Aguantará el viaje?” Pero ninguno comentó nada. La cara de Pedro se había vuelto de cera y el cuerpo se mantenía rígido con los vendajes. Seguía tendido en el sofá. Con lentitud se pasó una mano por el cabello, como para alisárselo y tener mejor aspecto.

Las rendijas de las persianas se aclararon levemente y una luz violeta les dio un relieve inesperado. Tito observó las ventanas, luego se volvió decidido y miró con fijeza a Pedro.

—Vámonos antes que aclare —ordenó decidido.

—¿Adónde? —preguntó Eugenio contemplando la traza de los dos

jóvenes.

—A Zacatecas —respondió Pedro.

—Pero, ¿cómo vas a llegar así? —exclamó Eugenio asustado.

—Un compañero nos llevará en el portaequipajes de su autobús — aclaró Tito.

—Irán escondidos —afirmó Matarazo con tranquilidad.

Eugenio le dio a Tito una camisa y un pantalón limpio, que el muchacho se puso con rapidez. A Pedro le disimularon el vendaje que subía hasta el cuello con un gran pañuelo de seda, que Eugenio empleaba a veces para ir a los jaripeos charros.

El herido se puso de pie; no parecía muy seguro sobre sus piernas.

—¡Casi son las cinco! —gritó Tito alarmado.

—El camión sale a las seis —contestó Pedro con calma. Matarazo se acercó a Pedro para ofrecerle apoyo. Al despedirse, los dos muchachos le dieron a su anfitrión un fuerte apretón de manos, como si quisieran sellar una amistad y un agradecimiento profundos. Eugenio se sintió atontado. “No es posible que viajen así”, se repitió varias veces, mientras los veía cruzar la puerta acompañados de Matarazo, que sonrió con humildad antes de abandonar su casa.

—En cuanto lleguemos, le mandamos un telegrama, compañero — prometieron los dos jóvenes.

Se fueron con esa promesa. Eugenio se quedó desconcertado. Su amistad había durado lo que dura un relámpago; ahora volvía a su vida solitaria y oscura. Sintió no haberse explayado más con aquellos obreros abiertos a todos los sentimientos nuevos. Con ellos hubiera podido decir todo lo que había acumulado en tantos años de silencio. A la gente que él veía no le interesaba hablar de lo que sucedía en el país. No quería enterarse de que estaban sucediendo cosas que quedaban fuera de su alcance o de su control y prefería comentar las películas de moda o sus achaques personales. Eugenio tuvo la certeza de que una violencia extraña germinaba en alguna parte y esa violencia se había introducido en su casa, para dejarla más sola, como si estuviera contaminada de un germen peligroso. Sorprendido, miró sus muebles: la sangre derramada de Pedro continuaba sobre el sillón verde. Escuchó las palabras de sus

amigos: “En este país va a suceder algo”. Se sintió preocupado, apagó la luz de la salita y se fue a su habitación. “Mañana lavaré los vasos y las tazas”, se dijo con fatiga, sin darse cuenta de que ya era “mañana”.



El domingo fue un día extravagante. La ciudad estaba quieta, como si quisiera ignorar lo que había sucedido en la estación. Eugenio no quiso leer los diarios. ¿Para qué? Él conocía mejor los acontecimientos de la víspera y los hechos distorsionados le iban a producir un malestar.

A las doce del día se encontró sentado en una iglesia; allí podía reflexionar y pedir que sus amigos llegaran bien a su destino. No podía confiarse en nadie, se sentía el depositario de un secreto importante, tan importante que de su silencio dependía la vida de aquellos dos hombres. No era absurdo haber ido a la iglesia; se encontraba rodeado de gente y el espectáculo de la misa lo hizo olvidar sus preocupaciones.

Al salir se enfrentó al sol radiante del mediodía. La gente caminaba junto a él cabizbaja, se sentía que no era un domingo cualquiera. Los encabezados de los diarios encomiaban la energía empleada por las autoridades para anular a los sediciosos, que habían actuado bajo las órdenes de algunas potencias extranjeras. Eugenio los leyó sin querer en las manos de algunos de los clientes de la heladería adonde fue después de la misa a beber un *ice cream soda* de vainilla, que lo reconfortó después de aquella noche sedienta.

En una taquería de la avenida Insurgentes comió unas chalupitas y varios tacos de pollo con guacamole, y satisfecho volvió andando a su casa. Al encontrarse frente al sillón manchado de sangre y las tazas sucias de café dispersas en la salita, le cayó encima una enorme fatiga. ¿Para qué se había metido con aquellos obreros si todo era inútil? “Soy un viejo estúpido, a ver si esto no me acarrea consecuencias graves”, pensó con cansancio. La seguridad de que sus amigos pertenecían a una organización a la cual él era ajeno, lo hizo sentirse ridículo.

—¡Bah!, es igual, ellos no me necesitan. Yo fui el que los busqué —se dijo en voz baja, mientras recogía la camisa desgarrada y llena de sangre que Pedro había abandonado a un lado del sillón verde.

Hizo un bulto con la ropa vieja de los muchachos y dudó en tirarlo al bote de la basura. Por las películas de crímenes sabía que era comprometido y peligroso poseer ropa ensangrentada. “Es verdad, no es normal tirar ropa llena de sangre”, se repitió. Escondió el bulto en su ropero. El lunes, al ir al trabajo, lo escondería en la cajuela del coche y a la salida lo tiraría en algún llano perdido.

Estaba cansado; en un instante perdió el interés vital que lo había convertido en un ser activo por dos días. El silencio de su casa lo deprimió. Su vida continuaría siendo la misma: una rutina solitaria. Se echó en la cama para dormir una siesta. El timbre de entrada volvió a despertarlo. Sin ánimos fue a abrir la puerta y se encontró con un desconocido, que avanzó hasta el centro de la salita. Era un hombre flaco, de ademanes nerviosos y rostro pálido.

—Usted no me conoce, compañero. Vengo sólo de pasada para avisarle que su nombre figura en la lista de la Procuraduría... —le dijo mirándolo con sus ojos enrojecidos.

—¿Mi nombre? —preguntó Eugenio con animación.

—Sí, compañero, ¿qué no es usted Eugenio Yáñez? —preguntó el visitante súbitamente alarmado.

—¡Ése es mi nombre! Eugenio Yáñez —afirmó.

—Sería prudente que no duerma usted aquí esta noche. ¡Sálgase! Vaya a la casa de algún familiar o a un hotel. Ahora tengo que irme para avisarles a otros amigos —dijo de prisa el desconocido.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Eugenio súbitamente desconfiado.

—Tenemos las listas, nos las pasa un compañero. Perdona, tengo que irme, el tiempo cuenta en estos casos —dijo el hombre, enrojeciendo ligeramente.

Eugenio lo miró con asombro. No era un obrero, tenía más bien el aspecto de un burócrata modesto. No le preguntó su nombre. Lo acompañó hasta la puerta, ya que el desconocido parecía no querer perder un minuto y buscaba la salida. Al llegar a la puerta, el desconocido se volvió, le tendió la mano y le dijo:

—¡Alberto!, para servirlo, compañero. Y por favor, Yáñez, sálgase de su

casa unos días.

Cuando Eugenio se dio cuenta, el hombre había desaparecido. “Se llama Alberto”, se dijo pensativo. No podía confiarse completamente en él. ¿Por qué su nombre iba a figurar en las listas de la Procuraduría? ¿Y qué significaban esas listas? ¿Los nombres de las gentes que iban a ser detenidas? Era ridículo que su nombre figurara entre los de esas personas. “Si no he hecho nada...”, se dijo para convencerse. Sin embargo, agradeció la visita de Alberto: alguien había pensado en él. Tal vez era un amigo de Pedro y de Tito y éstos, antes de partir, le rogaron que se ocupara de su caso. Tenía pensado ir al cine, pero la visita de Alberto lo hizo olvidar su decisión y lentamente se dejó caer en el sillón que había ocupado Pedro. Estuvo ahí largo rato, tratando de pensar con frialdad. Se sorprendió al ver que empezaba a oscurecer. No, no saldría de su casa. Era más prudente quedarse muy quieto; abandonar su casa era hacerse culpable frente a aquellos personajes desconocidos que trataban de hundirlo. Esperaría un rato, luego se prepararía la cena y vería un rato la televisión. Era domingo y de costumbre daban buenas películas.

A las diez y media de la noche se encontró en su cuarto, cómodamente instalado frente a su aparato de televisión. Se preparaba a ver una gran película, que en sus días de estreno él se había perdido. Se llamaba *Shangri-la*. Todos sus compañeros de oficina le habían hablado de ella.

—¿Cómo, señor Yáñez, no vio usted esa película? Si alguna vez la dan no se la pierda, es magnífica.

Ahora vería el filme y podría comentarlo en su oficina. Sus compañeros tenían razón, pues desde las primeras imágenes Eugenio se sintió atrapado por la película. “Si se pudiera vivir en un lugar como ése”, se repitió durante toda la función. No quiso ver las noticias para no romper el estado beatífico que creó en su interior la historia que acababa de pasar ante sus ojos. Soñador, recostó la cabeza sobre el respaldo de su sillón y fumó un cigarrillo, tratando de revivir las imágenes y las frases de la película. Dormiría en paz; había olvidado los sobresaltos, las exaltaciones y luego la depresión producida por esos días agitados y locos que acababa de vivir. Trató de olvidar a Pedro ensangrentado como un Cristo: “Ahora,

ya deben haber llegado a su destino”, y regresó al mundo ideal del filme que acababa de ver. Un sueño dulce empezó a surgir del centro mismo de su ser y con calma se lavó los dientes, se puso la pijama, se aseguró de que su puerta estuviera bien cerrada, apagó la luz y se metió a la cama.

El timbre del teléfono llamó en esos momentos. “¿Quién puede ser a estas horas?”, se dijo mientras encendía la luz para alcanzar el aparato que llamaba con desesperación. “Deben ser los muchachos para tranquilizarme. Ya voy, ya voy”, dijo y descolgó el aparato.

—¿Yáñez? —preguntó la voz desconocida de un hombre.

—Sí, Yáñez. ¿Qué desea? —preguntó Eugenio sorprendido.

—Ya sabe que sigue muy enfermo, muy grave; sería cosa de que usted lo llevara al hospital —contestó la voz.

—¿Muy enfermo? ¿Quién?... —preguntó asustado Yáñez. La voz lo interrumpió:

—Se lo encargamos: cuídelo bien, camaradita —respondió la voz y cortó la comunicación.

Eugenio contempló el aparato que conservaba en la mano y un tumulto de pensamientos se le vinieron a la cabeza. ¿Cuál enfermo? ¿Por qué tenía que llevarlo al hospital? ¿En dónde se encontraba ese enfermo? Inquieto colgó el aparato. Pensó que tal vez el desconocido hablaba de Pedro. “¡Claro, se trata de él!” Ya le parecía que era imposible que el muchacho hiciera un viaje tan largo en el estado en que se hallaba. Pero, ¿dónde lo podía encontrar? Se le había espantado el sueño. Ya no podría dormir. La voz del desconocido sonaba muy extraña; ¿angustiada?, no, más bien temerosa o quizás temible, aunque hablaba cubriendo la bocina con un trapo, para disimular su voz. ¿Quién podía ser? Tal vez Matarazo. ¿Pero por qué no se identificó?

Nervioso, Eugenio se dirigió a la cocina a prepararse un café. Ya no dormiría. Debía salir a buscar a Pedro. Iría a la casita de la avenida Chabacano, aunque era muy improbable que diera con ella. Tal vez se encontraría con El Novillero. Se puso los pantalones sobre la pijama y los zapatos sin calcetines, se caló el abrigo y empezó a beber un café, cuando escuchó el timbre de la puerta de entrada de la calle. Le llamó la atención; recordó a Alberto. “¿Será posible?” Esperó unos minutos, nadie repitió la

llamada. Abrió su puerta con sigilo: en el descanso de la escalera no había nadie. Decidió bajar hasta la entrada y al llegar a la reja se encontró con un hombre puesto de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y un pequeño maletín de Aviación Mexicana colgando de uno de sus hombros. El hombre parecía desmayado, vencido, con la cabeza enorme vendada, se diría un títere roto. Reculó ante su vista. Después reaccionó y se acercó a él, le levantó la cabeza y se encontró con un rostro deforme y sanguinolento. Asustado, miró en derredor suyo; no había nadie. La calle estaba solitaria y las ventanas de la casa de las putas y de las casas vecinas, apagadas.

Ese hombre no había llegado solo. Se diría que estaba muerto o moribundo, colgado de su reja. Tembloroso, abrió las rejas, se inclinó ante él y trató de levantarlo metiendo sus manos debajo de las axilas del herido; éste no opuso ninguna resistencia. Tampoco ayudó en nada. Sudoroso por el esfuerzo, Eugenio se lo echó al hombro con rapidez, antes de que pasara algún viandante, y subió con su carga hasta su casa. En el descanso de la escalera, dejó unos momentos en el suelo al hombre herido, para recobrar aliento. No tuvo fuerzas para volver a levantarlo y lo arrastró al interior de su salita; cerró la puerta, encendió la luz y examinó la cara del herido. “¡Nunca lo he visto! ¿Quién es?”, se preguntó aterrado. El rostro que estaba frente a él parecía el de un monstruo: tenía la boca hinchada y partida en varios trozos sanguinolentos, y los ojos desaparecían entre una masa de carne roja. Sin embargo, el hombre abrió unas rendijas que dejaron ver dos pupilas negras angustiadas, que volvieron a cerrarse en unos segundos.

—¡Por favor! ¿Cómo se siente usted? Muy mal, ¿verdad? Sí, muy mal — repitió Eugenio, horrorizado ante aquella mirada de súplica muda y de dolor. El hombre no contestó nada; continuó tirado en el suelo, inmóvil. Eugenio, con gran cuidado, lo arrastró hasta el sofá y lo subió al mueble con grandes esfuerzos. Con terror vio que el herido había dejado huellas de sangre en toda la salita hasta llegar al sofá.

—Compañero, compañero, ¿cómo se siente? —preguntó asustado.

El hombre estiró un brazo, buscó algo en la bolsa de Aviación Mexicana y bruscamente se quedó quieto.

—Creo que ya murió... —se dijo Eugenio espantado frente a aquel cuerpo inmóvil.

El herido calzaba zapatos negros puntiagudos, unos pantalones de mezclilla y una chamarra vieja de color azul marino.

—¿Qué buscabas, compañero? —le preguntó Eugenio sintiendo que la angustia le rompía el pecho y la cabeza.

El hombre continuó inmóvil. Se acercó para oír su respiración. “Creo que todavía respira”, se dijo Eugenio, sudando copiosamente. Casi sin proponérselo, él también metió la mano en el bolso de Aviación Mexicana que ahora yacía en el suelo. El bolso estaba vacío, excepto por algo duro y frío que topó con la mano de Eugenio. Cogió el objeto y lo sacó.

—¡Una pistola! —dijo, admirado de su descubrimiento. Se sentó en el suelo, olió el cañón del arma y comprobó que acababa de ser disparada: un olor intenso a pólvora salía de la boca redonda y estrecha del cañón del arma.

—¡Disparó! —se dijo asustado y comprobó que en la pistola no quedaba ni una sola bala.

Eugenio se sintió perdido. “Abajo debe haber sangre. Tengo que borrar las huellas antes de que amanezca... También debe haber sangre en las escaleras y en la puerta. ¿Y qué hago con la pistola?...” Miró al hombre tendido en el sofá. Antes que nada, debía prestarle algún auxilio. Corrió al baño y volvió con el poco alcohol que había dejado Pedro y con algunos pedazos de algodón. Empapó un trozo y lo aplicó a las ventanillas rotas de lo que debía ser la nariz de aquel rostro deshecho. El herido no reaccionó. Eugenio corrió a buscar tequila, le metió el pico de la botella entre los labios enormes y virtió poco a poco la bebida. El hombre tragó con dificultad, entreabrió las rendijas sanguinolentas y sus pupilas negras volvieron a mirarlo con aquella angustia indecible.

—Compañero, aguante por favor. No se mueva, ahora tengo que limpiar la sangre para borrar sus huellas. ¿Me entiende? —preguntó ansioso.

El herido volvió a mirarlo y pareció aceptar su proposición; después volvió a la inmovilidad. Eugenio se echó la pistola en el bolsillo de su abrigo, corrió a la cocina, llenó un cubo de agua y un trapeador y salió con

sigilo de su casa. Le parecía que todo lo hacía con calma, pero en realidad temblaba y sus movimientos eran inconexos. Con el trapeador limpió toda la entrada: “Si me ve alguien, va a pensar que estoy loco”, se dijo mientras ejecutaba aquel menester. Después echó el balde de agua y la vio correr entre las rayas del cemento de la acera. Subió y bajó varias veces, para echar más agua y trapear las manchas de la escalera y de la entrada. El trapo se quedaba enseguida pegajoso y necesitaba volver al baño a enjuagarlo en la ducha. Durante sus viajes se acercaba al herido, que continuaba inmóvil.

—Compañero, aquí estoy, no se preocupe —le repetía en cada viaje.

Cuando terminó su trabajo estuvo seguro de que lo habían visto muchas gentes. “Los vecinos y alguien que debe de estar escondido por ahí”, se dijo con amargura. ¿Y el herido? ¿Qué iba a hacer con él? No podía llamar a ningún médico, Matarazo le había dicho que era muy peligroso. ¡Ah!, todavía se encontraba frente al problema de la pistola. “Este hombre acaba de disparar; si vienen a buscarlo, encontrarán el arma. Tengo que esconderla.” ¿Dónde? Ningún lugar le pareció seguro. Podía enterrarla en el prado que estaba frente a su casa. No quería esperar hasta el lunes para deshacerse de la pistola, podían llegar en cualquier instante y el arma era una prueba irrefutable de acusación. ¿A quién había matado el herido? Se acercó a mirarlo; se diría dormido aquel rostro deforme, cubierto de costras de sangre. Se inclinó sobre él para escuchar si respiraba. Sí, respiraba lo bastante para no estar muerto del todo. Las hendiduras cerradas de sus ojos estaban hinchadas y las pestañas resultaban fuera de lugar y absurdas. La pistola pesaba demasiado en su bolsillo. La escondió en el fondo del ropero. Al cabo de unos minutos decidió que era estúpido guardarla allí, ya que lo primero que harían sería revisar el ropero. La sacó, la miró con atención y se fue a la cocina; la depositó en el fondo del bote de la basura. No, seguramente lo vaciarían y darían con ella. Ensayó las ollas colocadas en fila en la alacena y se sintió más seguro. Corrió hacia el herido; no podía dejarlo en el sofá, estaba muy a la vista, podía llegar cualquiera y enfrentarse con aquel espectáculo terrible. Se inclinó para observarlo; el hombre parecía estar dormido o muerto.

—Compañero, lo voy a llevar a la cama, allí se encontrará mejor —le dijo en voz baja.

Fue a la ventana y levantó una de las tablitas de la persiana para mirar la calle: estaba sola y quieta. Todavía no se aproximaba a nadie, tenía tiempo, ¿tiempo para qué? ¡Ah, sí!, para llevar al hombre a su habitación. Debía proceder con cuidado, evitar los ruidos y no lastimar al herido. Quiso tomarlo en brazos. No pudo. Aquel cuerpo pesaba demasiado, o quizás el cansancio le había quitado fuerzas. Lo tomó por las axilas y con suavidad lo bajó al suelo; escuchó un quejido leve.

—Estará mejor, compañero, mucho mejor, espere, espere —le murmuró.

Lo cogió nuevamente por debajo de las axilas y empezó a arrastrarlo a su habitación de dormir. Vio los zapatos negros del desconocido, puntiagudos y gastados. Una vez en su cuarto, se sentó unos minutos en el borde de la cama; estaba sin aire, había perdido el resuello con el esfuerzo de llevar hasta allí al desconocido. “¿Y si se muere, a quién le doy parte? ¿Qué hago con el cuerpo? Me acusarán de asesinato.” Recordó a Matarazo; si al menos estuviera allí, podría darle algún consejo práctico: él parecía gozar de mucha experiencia. El hombre yacía a sus pies, inconsciente. “¿Quién fue el canalla que lo golpeó de esa manera? ¿Y quién lo trajo a mi casa?” Recordó que alguien le llamó por teléfono para avisarle de su llegada. “¿Y si no hubiera salido a la calle se hubiera muerto frente a mi puerta?” Era evidente que el hombre no había llegado solo; alguien lo había traído y colocado sobre la entrada. “Lo dejó de pie y a él se le doblaron las rodillas y lo encontré hincado.” Se lo llevaron *in extremis*, pues le habían dado los primeros auxilios y le vendaron la cabeza. “¿Por qué le dejaron la pistola?” No encontró las respuestas que buscaba y se sintió muy abatido. Debía ocuparse de aquel desdichado. Abrió bien la cama y empezó a subirlo con grandes trabajos. Luego le estiró las piernas, le colocó la almohada más suave bajo la cabeza vendada, lo cubrió y se quedó sentado en la orilla de la cama, observándolo bajo la luz difusa de la lamparilla de noche. La cara deforme continuaba deforme, no presentaba ninguna mejoría. Cuando lo estaba acomodando en la cama, notó sus brazos flacos, sus muñecas

delgadas y sus manos pequeñas de dedos afilados y uñas sucias, tal vez de sangre.

“No parece un obrero”, se dijo Eugenio convencido. Tampoco usaba zapatos de obrero; el herido llevaba unos pantalones de casimir color azul marino muy deshilachados, que al principio tomó por mezclilla. Lo observó con intensidad. ¿Quién podía ser el hombre que yacía inmóvil en su lecho? Por primera vez tuvo miedo. “Ya sé lo que produce el miedo, es lo desconocido”, se dijo para consolarse. Por eso con sus amigos Pedro y Tito actuó con tanta tranquilidad: los conocía, sabía quiénes eran, hablaban con él. “Debo estar loco. Nadie se mete en estos líos y menos a mi edad. Los otros son jóvenes”, se reprochó con amargura. Recordó el bolso de Aviación Mexicana y corrió a la salita. Allí estaba, desinflado, tirado en el suelo como un objeto inservible. Lo recogió, sin querer notar las manchas de sangre que habían quedado en el sofá y en el suelo; lo dobló con cuidado y lo metió en el fondo del ropero, entre los zapatos viejos y los objetos inútiles. Se sentó unos minutos.

El recuerdo de la pistola lo hizo levantarse de un salto: la olla de la cocina no era un buen escondite, la encontrarían enseguida. La sacó y la contempló largo rato, “Gastó todas las balas; debió conservar una para mí, puede que la necesite para defenderme”, se dijo disgustado. Fue a la ventana a contemplar la calle, que continuaba quieta y apacible. Tal vez nadie sabía que el herido se hallaba en su casa. Nadie, excepto los amigos que se lo llevaron y de los cuales no podía temer nada. Andarían huyendo... Pero, entonces, “cómo explicarse la presencia de Alberto? ¿Acaso no le ordenó que durmiera fuera de su casa? ¿Cómo entonces le iban a llevar al herido? ¿Quién es Alberto?”, se preguntó con desesperación. “¡Un policía!... ¡Un policía que vino a ver si estaba yo en mi casa! ¿Y por qué no me aprehendió?...”

Anonadado, se tumbó sobre el sofá. “Alberto no se identificó, dijo el primer nombre que se le vino a la cabeza.” Se dio cuenta de que llevaba la pistola en la mano y en un acceso de ira la lanzó contra el muro. Un disparo seco y tronador lo hizo ponerse de pie de un salto. “¡Me disparan!”, se dijo aterrado y se dejó caer al suelo, para buscar al autor de aquel tiro. Después del disparo la casa quedó más silenciosa y quieta que

antes. Poco a poco, pensó que era la pistola la que se había disparado con el golpe contra el muro. ¿Sería posible que no se diera cuenta de que le quedaba un cartucho? Tenía que buscar el casquillo, pero primero debía esperar unos minutos para ver si no se había alertado algún vecino... No, primero tenía que reanimar al hombre herido, no podía permitir que se muriera. Corrió a su lado, le abrió la boca rota y le echó unos tragos de tequila, no tenía otro remedio que ofrecerle. El hombre lanzó algunos quejidos débiles; parte del líquido resbaló entre sus labios deformes, pero consiguió hacerlo beber un poco.

—Calma, compañero, calma, todo va a salir bien —le dijo, sin esperanza de respuesta.

Volvió a la salita en busca de la pistola y del casquillo. Tuvo que encender la luz. La pistola, muda y pequeña, estaba tirada en el suelo al pie del muro. ¿Y el casquillo? Lo buscó a gatas durante largo rato, se diría que se lo había tragado la tierra. Lo delató un agujero pequeño en un costado del sillón verde manchado con la sangre de Pedro. La bala se había incrustado allí dando un rebote. Imposible sacarla. Trató de colocar el mueble de manera que el agujero no se viera a primera vista. El lunes, al volver del trabajo, cortaría un trozo de tela del interior del mueble y con buena luz le pondría un pequeño parche. Ahora tenía que esconder la pistola y descansar un rato, mientras vigilaba al herido. ¡Esconder la pistola! ¿Dónde? Una idea luminosa le vino a la cabeza: ¡en la televisión!

Buscó en su caja de herramientas un desarmador y con suma paciencia levantó la tapa posterior del aparato. En su interior encontró algunos huecos; con trabajo logró guardar en uno de ellos el arma que le quemaba las manos y luego, nervioso, puso la tapa y empezó a colocar uno a uno los tornillos que unos minutos antes había quitado casi sin esperanzas. Buscó un trapo, le untó un poco de aceite y frotó con vigor toda la superficie y los lugares de los tornillos, para borrar las huellas de la reciente maniobra. Enseguida encendió el aparato para ver si funcionaba. El ruido de la estática lo tranquilizó: al aparato no lo molestaba aquel cuerpo extraño que él acababa de colocar en su interior.

Se dejó caer en la orilla de la cama. Estaba exhausto. “¡Qué noche!”, murmuró agotado.

Volvió a la ventana, la calle era lo más importante en esos momentos. A través de las persianas la examinó con atención, ino había nadie! Empezaba a amanecer. Lo primero que haría cuando amaneciera sería buscar penicilina y vitaminas, para inyectarle al herido y evitar una infección. Luego tenía que presentarse en su trabajo. Si no iba, Gómez, su jefe, le enviaría al médico de la oficina para justificar su ausencia. Y no podía quitar al herido de su cama. Casi se rio al pensar en la cara que pondría el médico al encontrarse con un herido grave escondido en su casa. “¡Pobres gentes! No tienen caridad”, se dijo.

Necesitaba valor para enfrentarse a sus compañeros de trabajo. No podía llegar ante ellos con “la cara desafortada que tengo”, se dijo, echándose un vistazo en el espejo. Era necesario reposar, aunque sólo fuera un rato. No quiso echarse en el sofá, necesitaba estar pendiente del enfermo. Además, ya había manchado de sangre su traje, cuando se tendió allí desesperado, y debía deshacerse de él, tirarlo en alguna parte, no sin antes quitarle las etiquetas.

Con delicadeza, se tendió en el otro lado de la cama, se estiró y trató de descansar una hora. ¡Qué cansado estaba! Miró de reojo al moribundo; nunca pensó que algún día compartiría su lecho con aquel desconocido de aspecto tan desolador. Cerró los ojos y dormitó unos minutos. Lo despertó la luz cruda de la mañana.

—¡Demonios! ¿Qué hora es?

Había olvidado poner el despertador. Eran las siete en punto de la mañana. Su despertador interior funcionó con precisión. Se sorprendió al encontrarse junto a aquel hombre pesadillesco. Saltó de la cama, se inclinó a contemplarlo y el herido abrió las rendijas de sus ojos. Eugenio vio en el fondo de aquellas pupilas negras un pequeño brillo, que le pareció ser un signo de agradecimiento. Los labios trataron de moverse para decir algo.

—No se preocupe, compañero, le traeré un poco de café.

Preparó en la cocina la bebida caliente, sirvió una taza y cogió una cucharilla. Sentado junto al herido trató de introducirle algo de café en la boca. La bebida corrió por los labios heridos y el hombre intentó sacar una lengua amoratada y mordida para limpiarse el café que corría por su

boca.

“¡Carajo, a éste sí que lo golpearon hasta debajo de la lengua!”, se dijo Eugenio con ira.

—Compañero, ¿quiénes fueron esos animales?

El hombre no contestó, estaba otra vez inmóvil. Renunció a darle el café. Tomó una ducha rápida, se vistió y se acercó nuevamente a su huésped.

—Compañero, voy a la farmacia a comprar penicilina y vitaminas. ¡Por favor, no se mueva! Pase lo que pase, no se mueva —le suplicó. El hombre abrió los ojos y su mirada de dolor lo dejó anonadado—. Vuelvo enseguida, compañero.

Salió corriendo a la calle. Ni en la escalera ni en la entrada quedaban huellas de sangre, había hecho un buen trabajo. Recorrió varias farmacias. Algunas todavía estaban cerradas y en otras se negaron a venderle la penicilina sin receta médica. “Tal vez la pido con demasiada urgencia. Debo disimular; compraré varias medicinas inocuas y al final diré: ‘¡Ah!, se me olvidaba lo principal; también necesito penicilina’...” Así lo hizo.

—¿De cuántas unidades? —le preguntó el farmacéutico, con voz indiferente.

—La más fuerte —contestó Eugenio encendiendo un cigarrillo. El sólo fumaba en las situaciones límite. Al ver la docilidad del farmacéutico, exclamó con naturalidad—: Póngame tres dosis. Así me evita usted el viaje...

El farmacéutico lo miró unos instantes, se internó en las profundidades de su almacén y volvió con las otras dos cajas de penicilina.

—Son terribles los hijos, ¿no cree usted? Mi niña se lastimó una rodilla y se le ha infectado —dijo para sentirse seguro frente a aquel hombre tranquilo e impecablemente vestido de blanco, que en ese instante empaquetaba las medicinas. El farmacéutico suspendió su maniobra, lo miró y le preguntó:

—¿Qué edad tiene su niña?

—Diecinueve años, pero es terrible, adora el deporte —contestó, recordando a Delia, su sobrina, la hija de su hermano, a la que no veía

desde hacía tres años.

—Ah, está bien, esta dosis es muy fuerte —contestó el farmacéutico.

“Dios me iluminó”, se dijo mientras salía despacio de la farmacia.

La mañana llena de sol le volvió a lastimar los ojos. Debía apresurarse para llegar cerca de aquel herido lastimero, inyectarlo y precipitarse a su oficina, antes de que Gómez enviara a su médico.

Abrió la puerta de su casa. La salita presentaba un aire extraño y desolado. La sangre estaba seca, se había convertido en manchas negruzcas. Pero no era la sangre la que producía aquel ambiente desolador, aquella extrañeza, aquel profundo desorden, que no se debía a que los muebles estuvieran fuera de lugar, sino a algo más profundo e indecible. Era como si la fuerza imperiosa de algún poder invisible se hubiera apoderado de su casa. Miró a su alrededor con miedo; no, no había nadie. Entró en la habitación para encontrarse con el herido, que continuaba inmóvil. Buscó la jeringa, preparó la inyección y se acercó a él.

—Compañero, tengo que ponerle penicilina para evitarle una infección grave.

El hombre no se movió. Tal vez se había dormido.

Depositó la jeringa en la mesita de noche. Cogió un brazo del enfermo, le levantó la manga de la camisa sucia y vieja y en la parte superior buscó un poco de carne donde poder clavar la aguja. El herido se dejó hacer. Después cargó la jeringa con vitaminas e hizo lo mismo en el otro brazo del herido. Luego, le bajó las mangas, le colocó los brazos a lo largo del cuerpo, lo cubrió con las mantas y le dijo en voz, baja:

—Compañero, me voy al trabajo. Lo dejo aquí encerrado. No se mueva, por favor, ¿me entiende?

El hombre abrió los ojos y lo miró. Sí, entendía, no debía tener ningún cuidado.

—Gracias, compañero, gracias —le repitió Eugenio antes de marcharse. Atravesó la ciudad a toda velocidad. Iba a llegar muy tarde y Gómez le lanzaría una mirada de burla. Contaba con la pobre señorita Refugio. ¡Ah!, si pudiera confiarse en ella! No, era más prudente no confiar en nadie. Entró a la oficina tratando de que nadie notara su presencia.

Chávez le salió al paso.

—El señor Gómez acaba de preguntar por usted, señor Yáñez.

—¡Sí, hombre!, qué estupidez, me quedé dormido; traigo veinte minutos de retraso. En general siempre soy puntual como un clavo.

—Ya lo conoce, preguntó dos veces —dijo Chávez con aire de fastidio.

—Avísele que ya llegué, compañero —le pidió Yáñez, que no tenía la intención de enfrentarse con el jefe. Gómez permanecía encerrado en su despacho particular. Durante el día, salía de vez en vez para echar una ojeada sobre el personal.

Eugenio ocupó su escritorio y sacó sus papeles. Tenía que trabajar como si no le hubiera sucedido nada. “La pistola... por fin, ¿dónde la escondí?”, se preguntó alarmado. “¿Dónde?... ¿Dónde?...” Sintió que se le nublaban la vista al no recordar el escondite; de pronto exclamó en voz alta:

—¡La televisión!

—¿Qué dice usted de la televisión, señor Yáñez? —le preguntó Chávez mirándolo asombrado.

Eugenio se echó a reír, a reír, con una risa nerviosa.

—¿Dije algo? ¡Ah!, sí, la película de anoche en la tele, ¡qué magnífica!

En realidad, apenas si se acordaba del tema de *Shangri-la*. Se recordaba desatornillando la televisión y eso era lo que le producía la risa. “Debo estar loco para olvidar algo tan precioso y tan peligroso”, se dijo a sí mismo, y miró a sus compañeros para ver si no notaban en él algo anormal. No, todos habían vuelto a agacharse sobre sus papeles y trabajaban tranquilos. En cambio, él no podía hacer nada; necesitaba concentrarse frente a aquellos documentos imbéciles, pero el recuerdo del herido se interponía entre él y los papeles que yacían sobre su escritorio. “¡Qué salvajes! ¡Qué golpiza! Con tal de que no se muera el pobre...” El pensamiento de la muerte del herido lo dejó petrificado. Si le había costado tanto trabajo esconder la pistola, ¿qué haría con el cuerpo de aquel desconocido? Desde luego que no podía tirarlo en un basurero. “¡Un basurero! Estoy loco. Es un cristiano.” No, tendría que buscar a algún médico que le diera el permiso de inhumación. Se puso a revisar los nombres de sus amigos médicos. No, ninguno le daría el permiso, eran

todos unos cobardes...

—¡Qué barbaridad! Los comunistas han pasado al ataque en nuestro país —dijo Chávez sin levantar la vista de los papeles extendidos sobre su escritorio—. ¡Están desatados! Menos mal que por una vez el gobierno se ha fajado los pantalones.

—Al fin que no les cuesta, ipaga Moscú! —comentó Retes desde el fondo de la oficina.

—Bueno, eso de que paga Moscú, ¿es cierto? —preguntó la señorita Refugio.

—¡Cómo que si es cierto! Usted, Refugio, sale con cada cosa.... Eso es sabidísimo —le contestó Retes lanzando una risotada que contagió a todos.

—¿Usted cree que esa bola de gritones se iban a lanzar a armar semejante alboroto si no tuvieran las alforjas llenas? —preguntó Chávez con pedantería.

—Yo no sé...

—¿Usted qué opina, señor Yáñez? —le preguntó Retes.

—¿Yo?... como santo Tomás: hasta no ver, no creer —dijo Yáñez enrojeciendo.

—Bueno, ya tenemos a dos comunistas aquí, a los dos beatos: la señorita Refugio y el señor Yáñez —afirmó Chávez.

— ¡Ay!, por Dios, no hablen así —protestó la señorita Refugio.

Eugenio no escuchó más. Recordó de pronto a Alberto y a las listas de la Procuraduría. Ahora sí que no le cabía duda: Alberto era un policía. Ya había avisado en su oficina y todos lo sabían y ahora le estaban poniendo pruebas. ¿Y si durante su ausencia entraban a su casa? Olvidó a Tito y a Pedro, para recordar sólo al herido. Sintió que el suelo se hundía bajo su escritorio. Guardó silencio y pensó que se le había ido el color. Mientras, los demás continuaban la discusión.

—¿Y usted, señor Yáñez, qué opina? Lo encuentro muy calladito —insistió Chávez sin dejar de examinar sus papeles.

—¿Yo?... Yo no opino nada. Es decir, creo que el gobierno debería aumentar los sueldos para no verse obligado a llegar a estos excesos —afirmó con calma, pues ya se sentía perdido.

—¿Aumentar los sueldos a los obreros? ¿Y por qué no a nosotros? Ellos se sirven con la cuchara grande; sería justo que algo nos tocara a todos. Bueno, digo yo, ¡qué caray!: o todos hijos o todos entenados —dijo la señorita Refugio.

—¡Ande, Refugio, no me diga que se ha hecho usted una subversiva! —dijo riendo Chávez.

—¿Subversiva? ¡No! ¡Qué barbaridad! Yo digo que lo justo es lo justo. Apenas le alcanza a una para comer, de modo que un poco más de sueldo no nos caería nada mal. ¡Nada mal! ¿Verdad, señor Yáñez? —preguntó la señorita Refugio.

—Yo no me quejo, soy solo, pero ustedes que tienen familia, pues tienen derecho a decirlo. En realidad nos pagan una miseria —contestó Yáñez con la vista baja.

—¡Ah! ¡Usted quiere lanzarnos a la protesta y quedarse al margen! ¡Qué bonito! ¿Sabe lo que lograríamos? Que nos echaran a todos —dijo Chávez con violencia.

—México no es un país rico, no puede hacer despilfarros —agregó con reproche otro de los empleados, un joven que contaba con la confianza de Gómez.

—¡Un momento! Eso de que México es un país pobre son cuentos. Fíjese en la sangría que sufre cada seis años —contestó con vivacidad la señorita Refugio.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con los huelguistas? —preguntó el joven.

—Tanto como eso, no. Pero hasta cierto punto, sí —contestó la señorita Refugio con sinceridad.

—Así empiezan todos los comunistas —afirmó Chávez.

—¿Los comunistas? ¿Alguno de ustedes ha conocido a un comunista? —preguntó Yáñez con impaciencia y para terminar con aquella discusión que lo ponía nervioso.

—Bueno, comunista de verdad, no he conocido a ninguno. Pero todos conocemos a los revolucionarios que luchan por nuestra patria —afirmó el joven que gozaba de la confianza de Gómez.

—¿Los priistas? Pues por el lenguaje que usan parecen comunistas,

sólo que no hacen huelgas porque no las necesitan —exclamó con ira Yáñez.

Sus compañeros lo miraron con sorpresa y él se arrepintió de sus palabras. “No debí decir nada, iy menos en mi situación!”, se dijo Eugenio, volviendo a coger sus papeles y fingiendo interés en ellos.

—Yáñez tiene razón en algo: itodos somos de izquierda! —afirmó el joven.

—¡Oiga, no! Yo soy católica, como casi todos los mexicanos —afirmó la señorita Refugio.

Sus compañeros se echaron a reír.

—No todos, señorita, no todos —afirmó el joven.

Eugenio no agregó ni una palabra más. Trabajó en silencio, temeroso de haber cometido una imprudencia. A decir verdad, trabajó mal. Alberto, Tito, Pedro y el herido se le aparecían a cada instante. “No será difícil que al llegar a mi casa me estén esperando”, se repitió todo el día.



Al oscurecer llegó a su domicilio. Abrió la puerta con temor; la salita continuaba en el mismo estado, intacta, como la había dejado por la mañana. Desanimado, atravesó la casa para llegar a su habitación. Allí estaba el herido, cubierto con las mantas hasta la cabeza, que con los vendajes hacía un bulto enorme. Encendió la luz de la mesita de noche y examinó al hombre con cuidado. Continuaba igual y parecía dormir. Salió de puntillas y se refugió en la cocina, para escapar al olor extraño que invadía la casa. Se sirvió una copa de tequila y la bebió despacio. No tenía nada que hacer, salvo esperar. Se sintió terriblemente solo. Apenas había logrado descubrir amistades como las de Tito y Pedro, cuando volvió a quedarse solo. Solo no, sino con la compañía de aquel desdichado desconocido que ocupaba su cama.

“Dentro de un rato le pondré más penicilina.” Bebió otra copa de tequila. Si al menos el herido pudiera decir alguna palabra, identificarse, contarle lo que le había sucedido, se sentiría menos desamparado. Podrían platicar, consolarse mutuamente, pero tal como estaba era sólo un fardo doloroso, en inminente peligro y que sin quererlo lo arrastraba

también a él a un final desconocido.

Sumiso, limpió un poco la cocina. La víspera había dejado todo sin lavar, tenía prisa por instalarse ante el televisor para ver por fin la famosa película *Shangri-la*. ¿Quién iba a decirle que al terminar las pacíficas escenas del filme se le iba a presentar el horror del herido?

Lavó la sartén y los platos y tazas que habían quedado sucios desde el sábado. Los secó y volvió a sentarse en la silla blanca metálica de la cocina a esperar que llegara la hora de la segunda inyección. Los timbrazos del teléfono lo sobresaltaron. Vio el reloj: eran las siete de la noche. ¿Quién podía llamarle? Cogió el teléfono con desconfianza y con la seguridad de que eran los amigos del herido que necesitaban saber de su salud.

—Soy Matarazo, señor Yáñez. ¿No me recuerda?

—¿Matarazo?...

—Sí, Matarazo, el que fue a su casa el sábado... con los muchachos. ¿Me recuerda ahora?

—Sí, sí, claro que lo recuerdo, perdone...

— ¿Puedo verlo esta noche?

Eugenio aceptó sin entusiasmo la visita de aquel amigo de sus amigos. No sabía si podía confiarle la presencia del herido en su casa. Lo decidiría en el transcurso de la visita.

A los diez minutos Matarazo se presentó en su casa. Llegó tranquilo y no pareció notar el aire extraño que presentaba la casa de Eugenio, ni los rastros de sangre seca sobre el suelo y el sofá. Entró con timidez y miró a Eugenio con inquietud, como si temiera que su visita fuera inoportuna. Esto lo notó Eugenio, a pesar de la tranquilidad que aparentaba su visitante. Le ofreció asiento y Matarazo ocupó la silla de respaldo alto en la que se sentó la primera noche de su visita.

—Estoy con pendiente por los compañeros. No he recibido ninguna noticia suya —confió Matarazo con voz pausada.

—Tampoco yo tengo noticias —contestó Eugenio perplejo, ya que había olvidado la promesa de los muchachos de enviarle un telegrama apenas llegaran a Zacatecas.

—Quedaron en avisar, ¿se acuerda? ¿Usted no sabe nada? —preguntó

Matarazo bajando la voz.

—¡Nada! No me enviaron el telegrama —contestó Eugenio con prudencia.

No podía explicarse por qué la presencia de aquel hombre lo atemorizaba. Tal vez se debía a que en la ciudad se contaban demasiadas cosas extrañas. Él lo había escuchado en la oficina: “¡Ah!, no crea usted, señorita Refugio, el gobierno se protege bien. Han puesto orejas en todas partes. Todos los sospechosos están vigilados de muy cerca, cada uno tiene su oreja o una grabadora...” La señorita Refugio era prudente y tenía razón en todo! “Ya sé que hay que cuidarse de todos, hasta de usted, señor Chávez”, contestó con seriedad. Ella se enteraba de lo que ocurría únicamente a través de los periódicos; quizás él, Eugenio, debía hacer lo mismo, aunque según la propia señorita Refugio los periódicos no decían nada, ocultaban la verdad, y la verdad era que la policía estaba haciendo redadas silenciosas y enormes. Había “soplones” en cualquier parte y nadie se sentía seguro. Miró a Matarazo con atención; ¿no podría ser él una de aquellas siniestras “orejas”?

—Compañero, ¿y no tiene usted idea de quién puede darnos alguna noticia sobre los muchachos? —preguntó Matarazo en actitud contrita.

—No —respondió Eugenio lacónico.

—Me dejaron una llave de la casita de la calzada del Chabacano. Hoy fui y encontré un gran desorden. Me dijeron que antes de irse a Zacatecas iban allí a recoger unos papeles y alguna ropa. Hoy que fui me llamó la atención ver que sus camisitas estaban planchadas, puestas sobre una silla, como para meterlas en una maleta que estaba abierta... sus libros están tirados en el suelo, la casa está revuelta y llena de sangre...

—¿De sangre? —preguntó Eugenio sintiendo un escalofrío.

—Sí, sólo la silla con las camisas está de pie...

—¡Qué necedad haber ido allí! Me parece increíble en dos luchadores de experiencia... —exclamó Eugenio contrariado.

—A mí me parece lo mismo, pero en fin, son jóvenes, no creo que tengan tanta experiencia —aventuró Matarazo con timidez.

—Pues haga usted de cuenta que los cogió la policía —afirmó Eugenio.

—Es lo que temo...

Hubo un largo silencio. Eugenio trataba de pensar: ¿habría alguna conexión entre la casa de la calzada del Chabacano y el herido que yacía en su cama? Quiso consultarlo con Matarazo, confiarse en él, pero la actitud contrita de este último lo convenció de que debía guardar el secreto. No, no debía enterarse de la estancia del moribundo en su casa. Se fue a la cocina a buscar vasos y tequila. Al volver a la salita, lo asaltó el recuerdo del Novillero. ¿Lo habrán matado? Se volvió a Matarazo dispuesto a preguntarle por el niño:

—¡Compañero! ¿Y el niño?... ¿No lo vio usted?...

—¿Cuál niño? —preguntó Matarazo sobresaltado.

—¡El Novillero, el que cuidaba la casita del Chabacano! ¡Qué barbaridad! Hay que encontrar a esa criatura —dijo muy excitado. Sirvió las copas de tequila—. Un trago, compañero —ofreció Eugenio con alivio, al pensar que gozaba de una compañía para comentar los terribles sucesos que lo agobiaban.

Matarazo aceptó la bebida. Se movió un poco en la silla de respaldo alto que ocupaba. Tenía el aire sombrío.

—No sabía que hubiera un niño metido en este desgarrate. ¡Qué inconciencia! ¡Un niño! —comentó.

Eugenio se bebió la copa de un trago y enseguida relató con detalle la estancia del Novillero entre los revolucionarios. Les servía de centinela, de correo, era un pobre niño, “hijo de la calle”, podemos decir, terminó Eugenio.

—Habrá que buscarlo entre los papeleritos, en Bucareli —aconsejó Matarazo.

—Sí, sí, pero a la hora en que se reúnen yo trabajo —dijo Eugenio con disgusto.

—Es verdad, es a las doce cuando les reparten la *Extra*... Trate de darse una escapadita, compañero.

Eugenio no contestó. ¿Cómo iba a pedirle permiso a Gómez para salir de la oficina? Matarazo pareció avergonzarse de sus palabras y cambió el tema:

—¿Y aquéllos dónde estarán? No es justo que nos dejen en esta intranquilidad. Todo el día me he preguntado: “¿Dónde están?... ¿Qué les

sucedió?”

—¡Quién sabe! —respondió Eugenio. Él también estaba preocupado y a medida que pasaban las horas su desasosiego aumentaba. Ahora ya no se trataba de Pedro y de Tito, estaba el herido y para colmo El Novillero. Sintió que la cabeza le iba a estallar. Recordó a Ignacio: “¡No hay quien pueda con el gobierno, compañero!” Aquel hombre había dicho una gran verdad.

—¿Los habrán matado? —preguntó Matarazo.

—¿A quiénes? —gritó Eugenio.

—A los muchachos... —respondió Matarazo, asombrado ante las palabras de su amigo.

—Sí, son capaces de todo. Usted lo ha visto... bueno, lo hemos visto todos...

—Esta situación no puede continuar. Pero el bendito pueblo mexicano no reacciona —exclamó Matarazo con ira.

—Sí, así somos y seguiremos siendo —contestó resignado Eugenio.

Eugenio sirvió otras copas de tequila y ambos las bebieron en silencio. Eugenio no se decidía a compartir el secreto del herido con Matarazo. Lo miró con atención: ahora llevaba una camisa limpia y bien planchada. Tendría treinta y cinco años a lo sumo, era bajo de estatura y corpulento. Sus mancuernillas brillaban escandalosamente. Sin embargo, tenía algo tan familiar que si Eugenio lo encontraba en la calle era muy posible que no lo reconociera. En la Ciudad de México había cientos de hombres como él. Se sintió inquieto a su lado; ignoraba su vida, su domicilio, su ocupación, y era inútil preguntarle algo acerca de su vida, ya que el visitante parecía dispuesto a no hacerle ninguna confidencia. Lo observó unos minutos más sin lograr descubrir nada. Recordó al herido y su angustia de un rato antes y le agradeció su presencia. Era mejor hallarse con Matarazo que padecer la terrible soledad en la que se hallaba antes de su llegada. Se sintió reconfortado por aquel extraño. Se puso de pie, tenía que ir a inyectar al herido.

—Permítame unos instantes —le dijo, alejándose de puntillas rumbo a su cuarto. “A ver si no me sigue”, se dijo, y sintió un gran malestar. No debería dejarlo solo en la salita, tendría tiempo de ver la sangre seca en el

suelo y sobre el sofá. “Bueno, pensará que las dejó el otro, ese Pedro, que se ha vuelto mudo”, se aseguró para consolarse. Encontró al herido casi en la misma posición. Buscó la jeringa, la hirvió en su cajita metálica, la cargó y se inclinó sobre el enfermo al mismo tiempo que le murmuraba con energía:

—¡Compañero! ¡Compañero!... Su inyección de penicilina... —mientras le cogía el brazo, le subía la manga de la camisa y se preparaba a clavarle la aguja.

El hombre no se movió. Ni siquiera abrió los ojos. “¿Estará peor?”, se preguntó Eugenio angustiada, mientras lo inyectaba. Después vino el turno de la vitamina; dio vuelta a la cama y le preparó el otro brazo, mientras volvía a hervir la jeringa. “Debo darme prisa, aquél está solo, puede venir y sorprendernos...” Le puso la inyección de vitamina, lo cubrió con cuidado y salió de la habitación. Llevaba el alma en los pies. Aquel hombre se encontraba peor, tenía que llamar a un médico, pero, ¿a cuál? Entró confuso a la salita, para encontrar a su visitante en la misma posición en la que lo había abandonado unos minutos antes. Matarazo lo vio y quiso ponerse de pie. Eugenio extendió un brazo.

—¡No, no se moleste, así está bien! —le dijo con una voz casi desmayada. “¿Qué voy a hacer con el herido?”, se preguntó varias veces y miró con impotencia a su visitante. Éste parecía abstraído, pensando en algo distinto al problema del herido.

—Entonces, compañero Yáñez, ¿no se le ocurre nada que hacer en favor de los muchachos? —preguntó con aire patético.

—Por lo pronto nada... Déjeme pensar un rato —le contestó con la esperanza de retenerlo en su casa, pues no deseaba hallarse solo con el moribundo.

Lo invitó a cenar. En la cocina, mientras preparaba los huevos revueltos con tomate y chiles serranos, se preguntó una y otra vez: “¿Cómo hacer para que me consiga a un médico?... ¡No!, es absurdo, si no sé quién es... ¿Por qué es amigo de los muchachos?...”

Comieron en silencio y a la hora del café hablaron de las películas de moda. Fue Eugenio el que escogió el tema, para evitar un giro peligroso en la conversación. Matarazo declaró su predilección por Marilyn Monroe

y Eugenio por Audrey Hepburn. Al final, llegaron a la conclusión de que ambas actrices, a pesar de ser físicamente opuestas, representaban al mismo tipo de mujer: infantil, ingenuo y angelical. Volvieron a la salita, en donde Matarazo ocupó la misma silla de respaldo alto.

—Es usted un hombre de costumbres —le dijo Eugenio.

Su visitante sonrió; había entendido la alusión.

Eugenio se ausentó nuevamente, para echarle un vistazo al herido. Hubiera dado diez años de su vida para encontrarlo en una postura distinta, oírlo roncar, gritar. Todo era preferible al silencio terrible de aquel cuerpo de cabeza rota que yacía quieto en su dolor.

—¡Compañero!... ¡Compañero! ¿Le duele mucho? —le preguntó inclinándose sobre el lugar en el que debería estar su invisible oreja a causa de los vendajes.

El hombre no le dio ninguna señal. “Debe tener el cráneo roto, debe quedarse quieto...”, y acongojado volvió a la salita.

—¿Sabe, señor Yáñez? Me encuentro bien sentado en esta silla. Los sillones son demasiado blandos, se hunde uno, se sofoca —dijo Matarazo, contestando a su frase de unos minutos antes. Se hubiera dicho que durante la breve ausencia de Eugenio Matarazo se había preguntado el porqué de su predilección por aquella silla de respaldo alto, y que ahora encontraba las razones para su gusto en apariencia incómodo.

—Cuestión de gustos. Tal vez debió usted ser fraile —contestó Eugenio distraído.

—¿Fraile? A lo mejor le dio usted al clavo —dijo Matarazo sorprendido.

Fumaron en silencio. Eugenio echó varias ojeadas rápidas a su salita y notó que había olvidado regar sus dos macetones de helechos. También vio polvo acumulado sobre su pequeño librero en el que figuraban *María*, de Jorge Isaacs, el Código Civil, la Constitución mexicana, una biografía de Simón Bolívar, el *Ulises criollo*, de Vasconcelos, *La amada inmóvil*, de Amado Nervo, *Entre naranjos*, de Blasco Ibáñez, *La dama de las camelias* y una fila entera de novelas de detectives. Matarazo siguió su mirada repasando sus libros, se puso de pie y señaló el *Ulises criollo*.

—¡Lo felicito, compañero! Es la mejor lectura que podemos hacer los mexicanos. ¡Vasconcelos! Ese sí que es un hombre. ¡Y un hombre como se

debe! —exclamó Matarazo entusiasmado.

—Pues sí, y ya ve usted cómo le fue...

—Tuvo que irse al exilio. Pero ¿qué tal?, ¡les cantó las cuarenta! Y si no se va, lo matan. ¡Qué violencia hay en México! ¡Qué violencia!... Y a propósito, ¿cree usted que los habrán matado? —preguntó Matarazo con timidez.

—Pues no lo sé... francamente no lo sé...

—Pues los buscaremos.... Aunque ya los busqué, seguiremos en la brecha. Usted, trate de encontrar al Novillero, tal vez él pueda darnos alguna razón... ¿Qué le parece, compañero Yáñez?

—Que los buscaremos. No se puede permitir que la gente desaparezca como por arte de magia. Es anticonstitucional.

—La Constitución es un mono pintado en la pared —afirmó Matarazo.

—¡Muy bien! Pero está escrita, y lo escrito, escrito está.

—¡Cierto!...

A las dos de la mañana Matarazo se puso de pie.

—Me retiro, ya le puse a usted una desvelada. ¡Qué barbaridad! El tiempo pasa volando. Perdóneme...

—Ningún perdón, ha sido una noche muy... agradable —dijo Eugenio mientras acompañaba a su visitante hacia la puerta.

Se dieron las buenas noches con un gran apretón de manos.

Eugenio volvió a quedarse solo con su moribundo. Se sintió desamparado y corrió a la ventana para mirar a través de las rendijas de las persianas bajadas la calle por la que se iba su amigo. ¡Le hubiera gustado que no se fuera hasta que naciera el día! La noche era desapacible, llovía. Dos sujetos con sombrero calado estaban sentados en el interior de un automóvil negro. El auto se encontraba estacionado en la acera de enfrente de su casa. Yáñez trató de ver la salida de su amigo, pero las plantas de la ventana se lo impidieron. Oyó el motor de un coche. ¿Matarazo tenía coche? El automóvil arrancó, alcanzó a verlo por detrás. Era un modelo antiguo, pintado de verde claro. Los hombres del automóvil negro hicieron señales con una linterna sorda, pero no se movieron. ¿A quién le hacían esas señales? Eugenio se sintió oprimido, el corazón le latió con fuerza y notó que las palmas de las manos se le

ponían húmedas. No se movió de la ventana sino para apagar la luz y echarle un vistazo rápido al herido, que continuaba inconsciente. ¿Quiénes eran esos hombres?, se preguntaba, a pesar de que conocía la respuesta. Desde lo más profundo de sí mismo subía la respuesta amenazadora: “¡La policía secreta!...” Lo estaban esperando; cuando saliera a su trabajo le echarían el guante.

“Deben saber que tengo aquí al herido... Sí, lo deben saber.” Y la suerte de aquel miserable le ahogó la garganta. “¿Qué hará sin mí...? ¿Quién lo va a cuidar?... ¿Y adónde me van a llevar?”

Volvió varias veces a su habitación para ver si notaba alguna mejoría en el moribundo. ¡Ninguna! Quizás Matarazo podía habérselo llevado. No. Era imposible. Para transportarlo era necesaria una ambulancia e internarlo en un hospital. Pero, ¿qué decir? ¿Quién era? ¿Cómo se hallaba en esas condiciones?... ¿Y por qué habían esperado tanto tiempo para ponerlo en manos de médicos?...

“¡Juro que esto es para volverse loco! Sí. ¡Loco! Loco...”, se dijo, y tuvo ganas de pedir auxilio. ¿A quién? Ningún vecino acudiría y menos ante la presencia de aquel coche negro con sus ocupantes de sombrero puesto. “¡Los canallas!... ¡Los muy canallas!”, se dijo, y para desahogar su ira dio de puñetazos violentos sobre los cojines sucios de sangre del sofá. Pegó y pegó hasta que se quedó sin aliento. “Tengo que dormir un rato, no puedo faltar a la oficina...”, se dijo nervioso y decidió irse un rato a la cama.

Antes de acostarse aliado del herido, lo observó atentamente y con sumo cuidado le limpió la cara con un algodón empapado en alcohol. Logró quitarle algunas costras de sangre seca y notó que el herido respiraba apacible y débilmente. “A las ocho le pondré la última penicilina que me queda”, se dijo preocupado. Dormitó unos minutos, repitiéndose: “No puedo volver a llegar tarde, ya Gómez sospecha algo...” ¿Y si fuera Gómez el que lo hubiera denunciado? Un remolino de preguntas le impidió conciliar un sueño profundo, por breve que fuera. Se preparó un café, lo bebió de prisa y le llevó al enfermo un poco de la bebida caliente con la esperanza de que bebiera un poco.

—¡Compañero, un cafecito! —le suplicó varias veces.

Le abrió la boca y lo hizo tragar algunas cucharadas. El hombre lo

bebió con más facilidad que la víspera.

—Vaya, parece que va usted un poquito mejor —le dijo, animándose ante lo que le pareció un milagro.

Quizás al oscurecer lo podría llevar a algún hospital. Diría que se lo había encontrado tirado en la calle. Le arregló las almohadas, lo cubrió y salió para su oficina.

En la calle no había nadie. El coche negro había desaparecido. “Tal vez lo imaginé, estoy tan nervioso...”, se dijo, mientras corría a toda velocidad rumbo a su oficina. Era absurdo que el coche de color negro velara la noche entera y que al acercarse el día, a la hora justa de la salida de su casa para ir a la oficina, desapareciera en vez de arrestarlo. “Bueno, eso de arrestarme... es ifantástico! ¿Por qué demonios me van a arrestar a mí, que soy un ciudadano honesto?”



La señorita Refugio le encontró muy mala cara.

—¡Cuídense, señor Yáñez! Está usted muy pálido. ¿No durmió bien?

—¡La juerga, la juerga lo está devorando, señor Yáñez! ¡Ya no abuse! —dijo riendo el joven protegido de Gómez.

—Ya hemos comentado que desde hace días lleva usted una vida muy disipada —agregó Chávez sonriendo.

La seriedad del gesto de Yáñez hizo callar a los bromistas. ¿Y cómo podía saber él si eran bromistas o simplemente estaban encargados de espiar sus palabras? Con aire circunspecto ocupó su escritorio y empezó a revolver papeles que no significaban absolutamente nada. “Inútil, inútil, inútil”, se repetía mentalmente mientras pasaba un oficio tras otro. “¡Demonios! ¿Y en estas pendejadas se pierde tanto tiempo?”, se preguntó asustado ante la vaciedad de sus días.

Era martes y sólo podía pensar en Pedro y en Tito, que no habían dado señales de vida. La noche anterior, la cercanía del moribundo le impidió escuchar debidamente a Matarazo. Y era justamente ahora, en plena oficina, cuando se planteaba con angustia lo último que sabía de sus amigos: “Había mucha sangre en la casita de la calzada del Chabacano...”

“¡Ya los mataron! Y nunca lo sabremos... ¿Adónde los habrán ido a

tirar?”, se preguntó mirando con fijeza el rostro tranquilo de la señorita Refugio. Debió mirarla de una manera muy extraña, pues la señorita se dirigió a él, muy alarmada:

—¿Decía usted, señor Yáñez?

—No, no, no he dicho nada...

—¡Ah! Me pareció que me pedía usted algo o que no se sentía bien... — contestó ella ruborizándose.

—No, no, no... —aseguró el pobre Yáñez tratando de reír para quitarle importancia al gesto que debió tener unos segundos antes.

“¿Qué cara puse? ¿Qué dije? Menos mal que sólo la señorita Refugio se dio cuenta de que ando mal.” Y se inclinó sobre sus papeles. Lo peor era empezar a sentirse culpable. La culpa lo hacía desvariar, hacer cosas raras, tener miedo de sus compañeros y... odiar a Gómez. No sabía por qué había empezado a odiar a aquel hombre estúpido, con sus treinta y cinco años auestas y sus trajes de gabardina clara, que se permitió hacerle observaciones sobre su primer retraso en tantos años de trabajo. Gómez, con sus bigotes caídos, sus ojos redondos y sin ningún mérito, esclavizaba a todos sus empleados. “Estos nuevos son los peores... ¿De qué charco habrá salido este sapo?”, se preguntó lleno de ira.

Gómez no se sentía culpable de nada, se tomaba por un burócrata perfecto y a pesar de su magnífico sueldo pensaba que su trabajo valía mucho más y culpaba a sus superiores de injusticia. ¡Ah!, el culpable era Yáñez, que renegaba de él en secreto y, en secreto también, escondía heridos. “Si el gordo Gómez supiera lo que tengo en mi casa, me enviaría a lo más profundo de la cárcel”, se dijo casi con regocijo. No debía sentirse culpable; eso significaba reconocer que Gómez tenía la razón y que él, Yáñez, estaba cometiendo un delito. La culpa lo debilitaba frente a aquellos sinvergüenzas que se habían hecho del poder y habían logrado poner en cuatro patas a todos los ciudadanos. “No, no soy culpable de nada. ¡De nada!”, se afirmó a sí mismo. Y volvió a recordar a Pedro y Tito. ¿Qué había sido de ellos?

Abandonó su oficina casi sin despedirse de sus compañeros. La única que le salió al paso fue la señorita Refugio, para desearle mejor salud:

—¡Cuídese, señor Yáñez! A ver si duerme hoy y mañana nos llega con

mejor cara.

En el camino a su casa recordó al Novillero y se fue rumbo a Bucareli. Si tenía suerte, encontraría a aquel pobre mocoso. Le costó trabajo encontrar un lugar para estacionar su automóvil cerca del periódico, a cuyas puertas se amontonaban los vendedores para recibir sus paquetes y salir corriendo a venderlos. “*iExtra!... iExtra!... iExtra!*”, le llegaban los gritos de los niños vendiendo la edición última de la tarde. Caminó entre la gente, tratando de descubrir al Novillero sin éxito. Trató de detener a alguno de aquellos vendedores infantiles que se escurrían entre los coches ofreciendo su periódico con voces estridentes. “Alguno lo debe de conocer”, se dijo Eugenio, y dedicó sus esfuerzos a atrapar a cualquier chico. Cogió el primer periódico que le ofreció un muchachito y antes de pagarle le preguntó directamente:

—¿Has visto al Novillero?

—¿A cuál Novillero? —contestó el niño mirándolo con ojos asustados.

—¿Cómo que a cuál Novillero? Al único que vende la *Extra* aquí —contestó de mal humor.

Inmediatamente se vio rodeado de tres o cuatro vendedores más que lo miraban con rencor.

—¡Órale! Vámonos. ¿Qué tanto hablas con éste? —le preguntaron al muchachito que había negado conocer al Novillero.

El grupo de niños se echó a correr y, una vez que estuvo a buena distancia de Eugenio, se detuvo y todos se volvieron a verlo.

—¡Eres poli!... ¡Lárgate! —le gritaron, para luego perderse entre los coches y la gente.

Eugenio se quedó de pie, desconcertado, con el periódico que no había tenido tiempo de pagar, en la mano. “Me creyeron policía. Es evidente que ya alguno de esos canallas vino a buscar al Novillero.” Buscó su automóvil y volvió de prisa a su casa para ver al enfermo. La carita del Novillero la llevaba en la memoria. No quería pensar que le hubiera sucedido nada malo. “Son muy listos. Si fueron por él, de seguro se les escurrió de entre las manos”, se dijo para consolarse.

Entró a su casa desanimado. Tenía la impresión de que el mundo se desbarataba a grandes pasos y que sobre él caían peñascos superiores a

sus fuerzas. “Ojalá que lo encuentre mejorado”, se dijo mientras se dirigía a su habitación. Se acercó de puntillas al enfermo. Un hilo de baba sanguinolenta colgaba de sus labios hinchados. ¡Había olvidado comprar la penicilina! Salió corriendo en busca de una farmacia. Por fin consiguió que se la vendieran en una farmacia del centro y regresó de prisa para inyectar al enfermo. Cuando terminó su tarea, estaba rendido. Se dejó caer en una silla y se dedicó a contemplar al desconocido que yacía en su cama. Notó que le había bajado un poco la hinchazón de la boca. “Si se aliviara...”, suspiró descorazonado. Debía esperar y se haría el milagro. Recordó que su madre, en los casos graves, acudía siempre a la Villa de Guadalupe. “Tal vez deba ir...”, se dijo, y sintió que una llamita diminuta se encendía en su pecho para calmarle la angustia insoportable que lo oprimía. De repente, lo sobresaltaron los timbrazos del teléfono. Era Matarazo.

—Señor Yáñez, ¿puedo ir unos minutos? —preguntó con timidez.

—¡Sí, naturalmente!

—Estaré ahí en diez minutos...

Eugenio se dio cuenta de que su cocina estaba sucia, y en desorden. Los platos, los cubiertos, las tazas y las ollas de la víspera estaban sin lavar. Se apresuró a poner orden. Tenía todavía las manos llenas de jabón cuando Matarazo se presentó a su puerta.

—No aparecen —dijo Matarazo al entrar a su casa.

—¿Usted no tuvo ninguna noticia? —preguntó alarmado Eugenio.

—Ninguna... No es normal que nos dejen en esta espera —comentó Matarazo, mientras ocupaba su lugar en la silla de respaldo alto.

—Pues no es posible, pero así es. No nos dicen nada.

Eugenio fue a la cocina para volver con una botella de tequila sin abrir y dos vasos. Le sirvió uno a Matarazo y otro para él.

—¡Salud, compañero!

—¡Salud! —contestó Yáñez.

—Pudiera ser que no tuvieran dinero para enviar el telegrama. Es una hipótesis, pero no debemos descartarla —opinó Matarazo después de haber bebido el tequila.

—No. Eso sí que no es posible. Iban a refugiarse con compañeros,

alguno les pudo dar el dinero. Un telegrama no cuesta un capital. No hay más que dos explicaciones: o los mataron o simplemente no les da la gana decirnos que llegaron con bien —contestó Yáñez de mal humor.

—¡Eso sí que no! Lo prometieron muy formalmente; me inclino más a creer que les sucedió alguna desgracia.

—Mire, compañero, la gente es así; una vez que logra su objetivo se olvida de los que les sirvieron de escalera. La ingratitud es clásica en el hombre. Es muy posible que una vez en medio de sus compañeros nos hayan olvidado —dijo Eugenio con amargura.

—No soy tan pesimista como usted. Algo me dice en el corazón que a esos dos les ha ocurrido algo malo...

—O algo muy bueno... —insistió Yáñez, que en ese momento pensaba en el herido que yacía en su cama. Lo atormentaba la duda: ¿podía confiar en Matarazo? Volvió a examinarlo con atención; se había cambiado de camisa y de corbata, iba impecablemente limpio y su gesto patético no lo había abandonado. Pero, ¿qué escondía su impasibilidad? Aun en los momentos en que se diría que iba a exaltarse, cuando hablaba de la suerte de los muchachos, guardaba sus gestos impasibles y el tono correcto de voz. En verdad que no podía descifrarlo.

Lo invitó a cenar. No soportaba la soledad, ni la muerte que rondaba la cama del herido. En la cocina, mientras hacía los inevitables huevos revueltos con tomate y chiles serranos, se sintió apaciguado; Matarazo no podía ir a su habitación sin pasar delante de la puerta de la cocina, de manera que no iría a fisgar y él no corría el riesgo de ser descubierto. Además, estaba acompañado y el aire de la casa parecía más saludable. Pensó que era mejor que dudara frente a Matarazo de la lealtad de Pedro y de Tito; se hacía menos sospechoso en el caso de que su invitado fuera una “oreja” del gobierno, que entraba a su casa para luego informar a la policía. La palabra “policía” le recordó al Novillero y volvió a preguntarse si lo habrían detenido; “en ese caso debe estar en el Tribunal para Menores”, y volvió a caer en sus cavilaciones. Sí, le preguntaría a Matarazo algo sobre el pobre niño.

Entró a la salita comedor con la cena lista. Encontró a su visitante sentado en la silla de respaldo alto, inmóvil y preocupado. Durante la

cena insistió en la inocencia de los dos jóvenes. Yáñez lo escuchó complacido.

—¿Ha vuelto usted a la casita de la calzada del Chabacano? —le preguntó mirándolo hasta el fondo de los ojos.

—¿Yo?... ¡No! ¿Para qué voy a volver si ya le conté anoche el estado en que la encontré? Ésa debe de ser una ratonera. Cuando salí, estaba casi seguro de que me iban a caer encima. ¡Gracias a Dios no sucedió nada malo! —contestó Matarazo con sinceridad.

—Yo se lo preguntaba por el Novillero. Hoy estuve pensando que tal vez se vaya a refugiar allí —contestó Eugenio.

—¿El Novillero? ¡No lo creo! ¡Si viera usted cómo son de listos esos niños callejeros! Es algo increíble; como viven a la intemperie tienen un olfato muy especial para el peligro... No, no creo que ese niño vuelva allí. ¡Imposible! —aseguró Matarazo.

Eugenio lo escuchó con atención. ¡Qué seguro estaba de la sagacidad de esas criaturas! Decidió contarle su experiencia con ellos. Matarazo lo escuchó complacido.

—¿Ve usted? Lo creyeron un policía y se lo gritaron en su cara. Yo creo que todos esconden al Novillero. No debemos preocuparnos por él. Lo que es seguro es que la policía lo ha buscado. Sí, seguro; si no fuera así, ¿por qué iban a reaccionar de esa manera?

—Tiene usted razón, mucha razón —afirmó Eugenio al recordar la cara desconfiada del muchachito al que le compró el diario y la presteza de los otros para rodearlo y llevárselo.

—¡Ojalá que nosotros tuviéramos ese instinto!, ¿no le parece? Sería más difícil engañarnos —aseguró Matarazo sin inmutarse.

Yáñez estuvo de acuerdo. “Si yo fuera como ellos, sabría quién eres tú”, se dijo preocupado.

Volvieron a dar las dos de la mañana y Matarazo volvió a ponerse de pie.

—¡Otra vez he abusado de su hospitalidad! No sabe cómo le agradezco su compañía... y ahora debo irme —dijo Matarazo a manera de despedida.

—Soy yo quien le agradece que se acuerde de un viejo solitario como yo. Y a propósito, anoche había un coche negro estacionado frente a mi casa

y cuando usted se fue, empezó a hacer señales con una linterna sorda.

—¿De veras? Justamente yo tuve la preocupación de mirar y no vi nada. En estos casos hay que ser muy cauto, ya sabe usted que hombre prevenido vale por dos.

—¿En verdad no vio usted nada? Pero si estaba ahí, con dos hombres de sombrero puesto... —insistió Yáñez en la puerta y deseando detener a su visitante.

—¿De veras? Pues no los vi... —y Matarazo salió tranquilo.

Yáñez cerró la puerta con lentitud. Un rencor extraño le inundó el pecho.

—¡Traidor! —dijo en voz muy baja, mientras se apoyaba de espaldas contra la puerta cerrada.

Recordó al automóvil y corrió a la ventana: ahí estaba el coche de color negro con sus dos ocupantes con el sombrero puesto. Escuchó partir el auto de su visitante y desazonado se dirigió a su habitación. “Por qué lo llamé traidor?... Estoy muy nervioso. Bueno, esta vez ya está advertido, y habrá visto el maldito coche negro”, se dijo al entrar a su cuarto para ver cómo estaba el herido.

—Compañero... compañerito... ¿cómo se siente usted? —dijo en voz muy baja.

El hombre entreabrió un poco los ojos deformados por los golpes y Yáñez vio sus pupilas negras flotando en aquella masa de carne hinchada. Yáñez leyó en ellos un rayo de esperanza.

—¿Quiere un cafecito, compañero? Le caerá bien, tiene usted el estómago vacío...

El hombre cerró los ojos en señal de asentimiento y Yáñez corrió a la cocina a preparar un poco de café con leche. Le dio algunas cucharadas que rodaron sobre la barbilla del herido. Casi no podía abrir la boca; se diría que los labios los tenía anestesiados o paralizados, pues no lograba apoyarlos sobre la cucharilla.

—¡Malhaya sea! Mañana compraré unas pajuelas o popotes, tal vez le será más fácil beber —dijo disgustado consigo mismo por su torpeza y falta de previsión.

Sin embargo, continuó dándole cucharaditas de café con leche, pues

algo lograba tragar. De pronto el hombre no pudo tragar ni una gota más. Eugenio tuvo miedo de ahogarlo y cesó en su intento de alimentarlo. Le limpió la cara con un algodón empapado de alcohol, le movió las almohadas y luego se tendió a su lado tratando de ocupar el menor espacio posible.

Estaba tan cansado que hubiera podido dormir cuarenta y ocho horas seguidas, pero se sobresaltó al pensar si el herido había orinado. Levantó las mantas para ver el colchón y el pantalón del hombre. Se sintió aliviado al notar cierta humedad en la sábana. “Sí, ha orinado, pero muy poco, muy poco!... ¡Poquísimo! Debo buscar a un médico.” Y trató de dormir. “A lo mejor le rompieron los riñones”, pensó aterrado. Los bigotes caídos y los ojos redondos de Gómez lo hicieron pensar en que debía dormir aunque fuera unos minutos.

A las siete de la mañana saltó como un robot del lecho. Se duchó de prisa corrió a la cocina a preparar el café del enfermo. Éste apenas pudo tragar unas cuantas gotas; como tenía los ojos cerrados, Eugenio no sabía si seguía durmiendo.

—No se preocupe, compañero; hoy voy a comprar unos popotes y le será más fácil tomar su café. Le haré un jugo de frutas, tiene muchas vitaminas —le prometió, mientras le ponía las dos inyecciones. Después volvió a insistir: ¡Por favor, no se mueva! ¿Me oye, compañero? ¡No se mueva hasta que yo llegue!

En el trayecto a su oficina se detuvo en el mercadillo de costumbre. Compró de prisa plátanos, naranjas, tomates, huevos, leche, café, pan, tortillas y algunas latas de conservas. Al último, cuando ya iba de salida, se dijo: “¡Qué estúpido soy!”, y compró carne molida y yerbas de olor, para hacerle un consomé al herido. Dejó su bolsa de compras en el coche y subió optimista a su oficina.

“El consomé lo pondrá bien. ¡Es un levantamuertos!”, se dijo.



La señorita Refugio le sonrió con amabilidad al darle los buenos días. Yáñez la miró con agradecimiento. Era como si aquella mujer se hubiera dado cuenta de que algo malo le sucedía y quisiera darle algún consuelo.

Era increíble que “los dedos más veloces del Departamento”, como la llamaban en broma sus compañeros, tuviera aquella delicada intuición. Y, sin proponérselo, la comparó con los chiquillos que vendían los diarios y tenían la facultad de oler el peligro. ¿Y si se confiara en ella? No, la señorita Refugio era una pobre señorita que vivía en un apartamento de la colonia del Valle, en compañía de su padre, un anciano sin trabajo desde que perdió tres dedos en un accidente en la fábrica donde era jefe de sección.

—¿Sabe usted cuánto le pagaron por cada dedo? —le preguntó la señorita Refugio, acercándose a su escritorio con el pretexto de mostrarle unos oficios.

—No, no lo sé —contestó sorprendido Yáñez, a quien nunca se le había ocurrido hacerse esa pregunta absurda.

—Ciento ochenta pesos por el pulgar, ciento sesenta por el índice y ciento cincuenta por el cordial. ¡Y eso que eran de la mano derecha! ¿Qué le parece? ¿Qué le parece, señor Yáñez? —dijo ella con voz sofocada.

—Pues me parece escalofriante. No entiendo de precios a ese nivel; además, nunca oí hablar de semejante... cosa.

—Son los precios oficiales. Por las piernas creo que pagan novecientos pesos —dijo ella enrojeciendo.

—Sigo sin entender, señorita Refugio...

—Es lo que pagan los patrones en el caso de mutilación por el trabajo. ¿No lo sabía usted? ¡Y luego quieren que no haya huelgas! —comentó la señorita Refugio en voz aún más baja y revolviendo ruidosamente los papeles que llevaba en las manos.

—Es terrible, terrible, señorita Refugio... —dijo Yáñez en voz también muy baja.

La señorita Refugio volvió a su escritorio. Yáñez la contempló atontado. “Todos los días se aprende algo nuevo”, se dijo desagradablemente sorprendido. Lo que le había revelado la señorita lo volvía rencoroso. “¿Cuánto pagarán por una cabeza?”, se preguntó indignado. “Desde luego por ésa no pagaría yo ni cinco centavos”, se dijo al ver aparecer la cabeza de Gómez, que lanzaba una mirada de propietario sobre sus empleados.

—¿Un cafecito, señor Yáñez? —le ofreció la señorita Refugio con voz

calmada a las doce de la mañana. Y le sirvió de su termo un poco de café en un cono de papel encerado de los que tenían en la máquina de beber agua.

—Muchas gracias. ¡Bienvenido el café! —le contestó encantado Yáñez, que ahora sabía que gozaba de una cómplice en la oficina.

La palabra “cómplice” lo desconcertó y le quitó el aroma al café. ¿Por qué de repente la señorita Refugio le hacía aquellas confianzas evidentemente “políticas”? ¿Acaso sabía algo? ¿O era ella la encargada de espíarlo?... La euforia de unos minutos antes se convirtió en amargura. Sería más cauto, aun con la señorita Refugio, que ahora lo miraba con sus tristes ojos color canela, como si también ella se hubiera arrepentido de su arrebató de antes al ofrecerle el café. La tristeza que se desprendía de su mirada conmovió a Yáñez: “No, no, ella es diferente de éstos...”, y al decir “éstos” pensaba en sus demás compañeros.



Lo primero que hizo al llegar a su casa fue correr al lado del enfermo. Descorazonado vio que ni siquiera había cambiado de postura.

—Compañero, le voy a preparar un consomé y un juguito de naranja... ¡ah!, y un puré de plátano. Necesita alimentarse poco a poco, para recuperar fuerzas —le dijo exaltado.

El herido movió ligeramente una mano y Yáñez se dedicó con furor a preparar el menú. Ayudado por el popote, el enfermo logró tragar algunas gotas de consomé y un poquito de jugo de naranja. Yáñez se empeñó en darle algunas cucharaditas del puré de plátanos, pero se diría que el contacto del metal le producía dolor, pues por primera vez lanzó unos quejidos débiles. Yáñez arrojó al suelo la cucharilla y asustado contempló los labios rotos de su amigo. “¡Soy un salvaje!”, se dijo, furioso consigo mismo.

—¿Qué le duele, compañerito? —le preguntó ansioso.

El hombre hizo un gran esfuerzo y trató de mostrar la lengua amoratada y mordida. Al ver los dientes rotos de su amigo Yáñez retrocedió. “¡Carajo!, no sirvo para enfermero!”, y sintió que la cabeza le daba vueltas. El hombre se quedó quieto y él se dejó caer en una silla para

contemplarlo. Era evidente que había mejorado en algo, pero la hinchazón de la cara no disminuía gran cosa. Además, en los pedazos de cara en donde no había golpes la piel estaba intensamente pálida, como si fuera de cera. Se desesperó. Febril, trató de pensar en algún médico amigo, pero su memoria se ofuscaba a medida que hacía esfuerzos para encontrar un nombre. Ya casi era la hora de la penicilina. Hirvió la jeringa, le tomó al herido la manga de la camisa y la levantó; el hombre había adelgazado terriblemente. “Este hombre se puede morir y yo no hago nada”, se dijo con desesperación. Si llamaba a un médico lo descubriría y se descubriría él mismo, y si no lo llamaba, el herido podía morir y él iría a la cárcel por asesinato. Se quedó perplejo. Su situación no tenía salida. “¡Estoy atrapado!... Estamos atrapados”, corrigió, pensando en el herido. Permaneció inmóvil con la mente en blanco, a fuerza de querer hallar una solución. Cerca de las ocho de la noche habló Matarazo.

—En diez minutos estoy ahí —anunció como de costumbre.

“Le pediré auxilio, auxilio, auxilio...”, se repitió Yáñez mientras esperaba su llegada.

Matarazo se presentó con la tranquilidad acostumbrada. Eugenio, en cambio, tenía los nervios deshechos.

—¿Nada sobre los muchachos? —preguntó apenas se hubo sentado en la silla de respaldo alto.

—¡Nada de nada! —respondió Yáñez, temiendo que su amigo sintiera la desesperación que se apoderaba de él por segundos.

—Usted dirá lo que quiera, compañero, pero esto es alarmante. Si mañana no tenemos noticias, habrá que presentar una queja...

—¿Una queja...? ¿A quién...? ¡No sabe usted que no existe un lugar en el que se pueda presentar una queja? —gritó Eugenio enrojeciendo de ira.

—No se ponga así, compañero. Yo pensaba en alguna comisaría...

—¿Qué?... ¿En una comisaría? ¿Sabe usted cuánto pagan por el dedo pulgar? ¡Ciento ochenta pesos!... ¿Y por el dedo índice? ¿Lo sabe?

—No, compañero, no lo sé... —contestó sobresaltado Matarazo, mirando a su amigo como si éste hubiera perdido el juicio.

Eugenio se tomó la cabeza entre las manos y permaneció así largo rato. Sentía que era capaz de ponerse a dar alaridos. Su amigo respetó su

silencio. Ambos permanecieron quietos. La angustia como pesada plancha de plomo los obligó a callar. Se sentían aplastados y Eugenio supo en esos momentos que su situación era desesperada. “No, no tengo salida... Estoy perdido.” Cuando levantó el rostro, miró con ojos muy cansados a Matarazo. Se puso de pie para dirigirse a la cocina.

—Vamos a tomar una copa de tequila...

En la cocina sirvió los vasos y volvió con ellos y la botella a la salita. Los dos amigos bebieron en silencio.

—Perdone, compañero, que me haya exaltado. Una queja sólo se puede presentar en el nivel más alto... y aun así es peligroso —dijo Eugenio Yáñez en voz baja. Estaba sombrío y Matarazo hizo el gesto de querer retirarse—. ¡No, no, por favor! Vamos a cenar —pidió suplicante Yáñez. Preparó los huevos revueltos y el café, y abrió un frasco de cajeta de Celaya.

Los dos amigos cenaron cabizbajos y casi en silencio.

—Los muchachos nos debían haber dicho algo a través de alguno de sus amigos. Es lo mínimo, para no tenernos en esta zozobra —aseguró Yáñez.

—Es verdad... Una pequeña atención no cuesta —aceptó Matarazo.

A las dos de la mañana se despidieron. Eugenio no mencionó el automóvil de color negro, que estaba estacionado frente a su casa. No quiso preguntarle a Matarazo si lo había visto; a lo mejor pensaría que tenía miedo y que el miedo le producía alucinaciones. O tal vez corría el riesgo de alejarlo de su casa si se sentía vigilado por el hecho de visitarlo.

Miró por las rendijas de la persiana al coche negro y escuchó el motor del auto de Matarazo, que se alejaba de su casa. Abatido, se dejó caer en un sillón y después de un rato se dirigió a ver al enfermo. Éste parecía respirar más regularmente. Se extendió en la orilla de la cama y notó que de ella se desprendía un olor desconocido y repugnante. ¿Sería la enfermedad o sólo la falta de aseo del pobre hombre que yacía a su lado? “¡Caramba! ¡Sus compañeros deberían preocuparse por él! No han llamado ni una sola vez.” Yáñez trató de dormir un rato. Su situación se volvía insostenible; al final caería fulminado en la oficina... o los hombres del coche negro entrarían a tiros en su casa. ¿Qué esperaban para hacerlo? No lo entendía. El olor lo distrajo de ese pensamiento y recordó

que tenía que ver si el enfermo había orinado. Se levantó, movió las mantas y palpó las sábanas; estaban casi, casi secas. “Es malo que no orine”, se dijo, mientras hundía la cabeza en la almohada para olvidar todo lo que sucedía a su alrededor.

A las siete de la mañana limpió al herido con alcohol. Le aflojó el cinturón de cuero viejo que llevaba y quiso obligarlo a orinar, pero sólo logró que el hombre dejara correr algunas gotas medio rojizas. “Algo es algo”, se dijo para consolarse. Le dio un poco de café y de consomé que había sobrado de la víspera, le puso la inyección de penicilina y la de vitaminas y casi sin afeitarse salió volando a su trabajo.

La oficina le pareció paradisiaca. Se dejó caer en su sillón frente a su escritorio y lanzó un suspiro de alivio. Allí estaba con gente, había luz, nadie agonizaba a su lado en un cuarto con las persianas bajadas, un cuarto en sombras. El orden y la vista de la señorita Refugio, que lo saludó con amabilidad, lo reconfortaron de sus noches pesadillescas. ¡Nunca imaginó que una simple huelga pudiera traer tantas complicaciones sórdidas y criminales!

—¿Un cafecito, señor Yáñez? —le ofreció la señorita Refugio a las doce del día.

—Sí, gracias, en verdad lo necesito —contestó Eugenio con sinceridad.

La señorita Refugio no le hizo ninguna confidencia, pero si él lograba vencer la desconfianza, podía contar con ella. A lo mejor ella conocía a algún médico. Era cosa de preguntárselo. A Dios gracias, la señorita estaba de dictado en el despacho de Gómez y él tenía tiempo para reflexionar. “Es un albur...”, se repitió varias veces, pero debía hallar la solución; ese pobre hombre no podía morir así, sin cuidados, escondido en su cuarto, “clandestinamente...” A la salida se encontró con la señorita Refugio, que tenía siempre prisa en llegar a su casa para atender a su padre. “Ya será otro día.” Y también él abandonó la oficina de prisa, pues tenía que comprar las medicinas y la comida.

En su casa encontró al enfermo en una postura diferente. ¡Ya podía moverse! El hecho lo animó. Se acercó a la cama y el hombre abrió los ojos con dificultad; quiso decir algo pero sus labios y su lengua no le obedecieron.

—Paciencia, compañero; en unos días más se sentirá mejor. Ahora voy a preparar su consomé.

En la cocina se movió con rapidez; lavó los trastos de la víspera y preparó la comida del herido. Éste logró dar dos o tres sorbitos al consomé, ayudado por la pajueta. También bebió unas gotas de jugo de naranja y un poco de café.

Eugenio, entusiasmado, le puso las dos inyecciones y trató de no fijarse en la flacura extrema de los brazos.

—Verá, compañero: cuando esté bien, recordará esto como una pesadilla, pero que habrá terminado. ¿Se siente mejor? —preguntó solícito.

El hombre lo miró con los ojos vidriosos apenas entreabiertos hundidos en una carne que iba tomando colores violáceos y verdes pronunciados. Movié ligeramente una mano y quiso decir algo que no llegó a pronunciar. Resignado, cerró los ojos, y Eugenio se fue a la salita a esperar la llamada de Matarazo, que no tardó en producirse. Matarazo apareció a los pocos minutos.

Juntos bebieron su vaso de tequila y cenaron los huevos revueltos con tomate. Casi no necesitaban hablar. Eugenio puso chicharrones y tortillas y Matarazo sonrió satisfecho.

—Se ve que andamos más optimistas. ¿Alguna buena noticia? —preguntó mientras se preparaba un taco de chicharrones.

—Ninguna, pero estoy resignado a la espera... —no quiso confiarle que su optimismo se debía al ligero progreso en la salud del enfermo.

La velada transcurrió apacible. Ninguno de los dos se atrevió a profundizar en la conversación ni quiso prestarse a las confidencias. Los dos seguían tan desconocidos como el día de la primera visita. “Debía preguntarle dónde trabaja”, pensó Eugenio, pero temió ofenderlo. No podía prescindir de su amistad. ¿Qué haría sin sus visitas? “Tal vez me hubiera vuelto loco...”, se dijo repentinamente asustado. También podía suceder que si él lo interrogaba, el otro se sintiera con autoridad para interrogarlo a su vez, y en ese caso era muy probable que le soltara lo del herido. Era mejor que todo quedara así, hasta la reaparición de los muchachos. Ellos le dirían quién era Matarazo.

—¡Qué barbaridad! Ya es jueves y nosotros sin noticias —exclamó Matarazo antes de irse.

—¡Jueves!... ¡Qué semanita de pesadilla! —contestó Eugenio.

—¿Verdad?... ¿Verdad que es una pesadilla? Yo apenas puedo dormir... —confesó Matarazo.

—Yo tampoco duermo —respondió sombrío Yáñez, pues sabía que en cuanto cerrara la puerta tras de su amigo volvería al horror de su habitación.

Matarazo se fue, después de darle unas palmaditas en la espalda, Eugenio corrió a la ventana. Allí seguía el automóvil negro. ¿Por qué Matarazo no hacía ninguna alusión a él y a sus hombres que hacían señales con su linterna sorda? “Esto es infernal”, se dijo convencido. Se sentó en el sofá para fumar un cigarrillo y reflexionar. Pero estaba demasiado cansado y, arrastrando los pies, se dirigió a su habitación. Desde que entró, el olor extraño que se desprendía de su cama lo volvió a inquietar. Se sentó en la orilla de la cama y de pronto supo que unas lágrimas ardientes corrían por sus mejillas fatigadas. El llanto silencioso le produjo un bienestar. Se tendió junto al herido, aquel pobre náufrago que había venido a encallar en su cama, y pidió que le volviera la salud. Por primera vez logró dormir un rato sin sobresaltos.



El viernes encontró contentos a sus compañeros de trabajo. Siempre se animaban cuando se acercaba el sábado. Hacían planes para el domingo y bromeaban entre ellos con confianza.

—Mañana mi papacito y yo iremos al cine. Están dando unas películas magníficas —escuchó decir a la señorita Refugio.

¡El cine! Lo había olvidado. Decidió que esa noche no vería a Matarazo. Iría a su casa, cuidaría al enfermo y luego se iría a cenar al Sorrento y a ver alguna película. Volvería a su casa a las doce. El automóvil negro llegaba alrededor de la una de la madrugada. Necesitaba distraerse, no quería saber nada, ni de Tito, ni de Pedro, ni de Matarazo. Bastante pena tenía con el herido, temiendo a cada instante que muriera en su casa. Después de todo, sus nuevos amigos le eran desconocidos; él les había

hecho un pequeño servicio y ellos ni siquiera se habían preocupado en enviarle aquel telegrama. ¡No sabía quiénes eran! Necesitaba olvidar por algunos momentos la presencia de aquel automóvil negro, que se le había convertido en una obsesión. ¿Por qué Matarazo no lo veía? “No puedo estar loco”, se dijo con enfado. “Ese maldito automóvil llega a la una de la madrugada todos los días.”

En su casa encontró al enfermo tranquilo. Le preparó la cena y el café y lo obligó a dar unos sorbitos de consomé. El puré de plátano no pudo tragarlo. Se hacía ilusiones: el hombre no estaba tan bien como él lo deseaba. Se había acostumbrado, o más bien resignado, al olor que esparcía su cama, pero al arreglarla notó que el olor era más intenso. Lo inyectó y le aconsejó dormir un rato. Antes se cercioró de que el hombre no orinaba. Aquellas gotas rojizas no podían ser orines. “Tengo que hacer algo, algo, algo...”, se repitió con exasperación. Se ahogaba, necesitaba salir para refrescarse la cabeza; después pensaría mejor.

—Voy a salir por dos horas, compañero. No se intranquilece, trate de dormir mientras estoy ausente —le aconsejó acercándosele al oído.

Al decir esto, decidió abandonar su casa inmediatamente, pero el teléfono sonó imperioso: era Matarazo.

—Estoy muy intranquilo, señor Yáñez. También Ignacio ha desaparecido...

—¡No me diga! ¿En dónde está usted? Iré a buscarlo... —propuso Eugenio, que prefería verlo en la calle.

—Aquí con unas gentes...

—¿Dónde puedo ir a buscarlo? —insistió Eugenio.

—No sé, no sé... Bueno, que sea en el Tibet-Hamz —dijo desganada la voz de Matarazo.

—¡Ahí llego en diez o quince minutos...!

—No, no... Que sea a las diez... estoy en un bautizo.

—¡En un bautizo! —Eugenio tuvo la impresión de que Matarazo se burlaba de él.

“Lo dejaré plantado y me iré al cine”, se dijo, y salió a la calle. Dio varias vueltas en su automóvil, no se decidía a abandonar a Matarazo. “Es estúpido, me voy al cine.” Detuvo el coche en una calle cercana al cine

París y se colocó en la fila de espera para llegar a la taquilla. Pero no estaba tranquilo, había algo misterioso que lo empujaba a ver a aquel personaje, como antes lo había empujado a llevar cigarrillos a los huelguistas. Además, llovía a cántaros y no era justo que el pobre Matarazo lo esperara inútilmente bajo aquel diluvio. Abandonó la cola y, corriendo bajo la lluvia, buscó su automóvil. Dio nuevamente varias vueltas a la deriva, perdido en pensamientos contrarios. La lluvia golpeaba con furia el parabrisas y este hecho tan simple lo ponía de mal humor. ¿Por qué debía acudir a aquella cita disparatada a las diez de la noche, en vez de haber entrado al cine, comer una barra de chocolate y luego cenar en el Sorrento? El recuerdo del automóvil negro le dio ánimos para asistir a la cita. Tenía que descubrir qué deseaban aquellos individuos de mala catadura que vigilaban su puerta. Matarazo lo podía ayudar en esa empresa. Ese pensamiento lo convenció de que no podía abandonarlo en aquella aventura que parecía tan peligrosa. Si había entrado en el juego, era necesario llegar hasta el final.

La palabra “final” le produjo miedo. ¿Cuál podía ser el final de tantas pequeñas locuras como había cometido? Al decir “pequeñas” sonrió con amargura. ¿Acaso no tenía en su mismo lecho a un moribundo desconocido y en su aparato de televisión una pistola recién disparada? En cualquier momento aquel pobre hombre podía fallecer y, él, Eugenio, sería acusado de asesinato. “El hombre no debe pensar, se adelanta a los acontecimientos y puede provocarlos”, se dijo asustado. Pero, ¿cómo detener la máquina infernal del pensamiento que sólo anuncia desgracias? Antes, cuando era joven, no pensaba... ¡Qué estupidez! Claro que pensaba, pero con calma, y sus pensamientos eran sencillos, desprovistos del toque pesimista y trágico que se había ido apoderando de él a medida que envejecía. De niño, ¿qué pensaba? Le fue imposible reconstruir un solo pensamiento infantil. Recordó que contaba los días que faltaban para las fiestas y el temor de que su padre se enfadara con él cuando tenía algún fracaso en el colegio o algún tropiezo en la calle. ¿Y a eso se reducían sus pensamientos infantiles? No, poco a poco, y desde lo más profundo de su memoria, surgieron olas leves de melancolía que se apoderaban de su niñez al caer la noche, cuando su casa empezaba a

quedarse quieta, y él, Eugenio, emprendía el solitario camino de los sueños. Sí, siempre hubo en él un fondo melancólico, una tristeza agazapada en lo más profundo de su corazón, tristeza que con el tiempo se fue convirtiendo en un miedo ligero hacia los demás, y que lo fue aislando de sus compañeros de estudios primero, y más tarde de sus compañeros de trabajo, hasta dejarlo completamente solo en su modesto piso de divorciado. De alguna manera aquellos huelguistas habían roto la coraza que lo defendía de los otros seres humanos. Tal vez le contagiaron su entusiasmo juvenil... Sí, debía ir al encuentro de Matarazo, que también estaba sometido a la desconfianza. Varias veces leyó en sus ojos patéticos el miedo. También Matarazo hacía esfuerzos por romper su cáscara protectora, y él no podía fallarle.

Un poco antes de las diez de la noche enfiló su coche anticuado hacia la avenida Juárez. Al llegar a la altura del Tibet-Hamz descubrió a Matarazo esperándolo en la calle. Se veía muy desvalido resguardándose de la lluvia bajo una saliente del edificio. Se había levantado las solapas de la americana para cubrirse del agua y del viento que barrían la calle. Se detuvo, abrió la portezuela del coche y Matarazo se introdujo en el asiento delantero con aire alborozado. Apenas ocupó su lugar, volvió a su timidez habitual, que convertía el diálogo en algo casi imposible.

—¿Qué pasa? —preguntó Eugenio olvidando su enojo, ya que se sentía ahora tranquilo, al lado de su amigo.

—Los muchachos me dejaron la dirección de Ignacio. Hoy fui a buscarlo y me encontré a su mamá muy acongojada. Desde el domingo no sabe nada de su hijo.

Eugenio reflexionó unos instantes. Recordó la entrada de Ignacio en su casa, su exaltación, y su salida precipitada.

—Debe estar escondido —dijo Eugenio pensativo.

—¿En dónde? ¿Por qué no le da señales de vida a su familia? —preguntó ansioso Matarazo.

—No sé... Tal vez huyó el mismo sábado, después de ir a mi casa...

—No, no, dejó su maletita lista y le dijo a su mamá: “Ahora vuelvo”... y no volvió, ni habló, ni mandó ninguna señal. ¿Qué le parece?

—Pues que el asunto está raro... muy raro —contestó Eugenio con aire

preocupado.

—Compañero, ¿y si fuéramos a la jefatura de policía a preguntar por los tres muchachos desaparecidos? —preguntó Matarazo en voz baja.

Eugenio tuvo una sacudida. ¡La jefatura de policía! ¿Cómo podía ir allí si tenía al moribundo en su cama y a los hombres del automóvil negro enfrente de su casa? Se volvió a contemplar a Matarazo. Era increíble que le propusiera semejante disparate. Matarazo lo miró a los ojos con aire pasivo. Eugenio trató de controlarse.

—Sería correr un riesgo inútil. A lo mejor nos agarran también a nosotros y entonces, ¿qué podríamos hacer por ellos? —dijo volviéndose a mirar la calle con gesto fatigado.

—Es cierto, no pensé en eso... ¡Éstos son tan atrabiliarios!...

—El coche negro me da mala espina; si al menos no estuviera allí.... —murmuró Eugenio, casi para sí mismo.

—¿Usted no conoce a alguien de arriba que pudiera informarnos en privado, y a título amistoso? —aventuró Matarazo.

—Sí, conozco a muchos de arriba, pero no sirven para nada. Déjeme pensar... —dijo Eugenio con enojo.

Pensó con detenimiento, repasó los nombres de sus antiguos compañeros que ahora ocupaban puestos clave en la administración, pero ninguno le merecía confianza, a pesar de su amabilidad en sus encuentros ocasionales: “¡Hermano!... ¿Te acuerdas?...” No, ninguno lo recibiría y menos a esas horas de la noche. Sus criados los echarían a la calle y además se volverían sospechosos. De repente le vino a la cabeza el nombre de Manuel López Rubio, que trabajaba en la presidencia de la república y cuyas tendencias izquierdizantes lo habían llevado a tan alto puesto. López Rubio era un tipo simpático, moreno, alto, barrigón y cínico. Hacía gala de buen humor y trataba de inspirar confianza. De estudiante había organizado huelgas universitarias y ganado un concurso de oratoria. Trataba de aparentar una juventud que ya se le había escapado, supliéndola con gestos propios de los jóvenes, palabras vulgares, palmadas en la espalda y refranes populacheros. Su enorme boca se abría como la de un caníbal dispuesto a la risa y al chiste fácil. ¡Era cordial! ¡Muy cordial! Además, pretendía ser un idealista. Hacía

mucho tiempo que él y López Rubio habían dejado de frecuentarse; sin embargo, cuando de casualidad se encontraban en la calle o en alguna taquería, ya que Manuel padecía de un apetito insaciable de tacos enchilados, López Rubio se precipitaba a saludarlo con una efusividad conmovedora. El consejero de la presidencia vivía en una mansión de la colonia Juárez, mientras terminaban el palacete que se había mandado construir en las Lomas de Chapultepec. Eugenio dirigió su automóvil hacia allá.

—Vamos a tener suerte —le dijo a Matarazo.

Una sirvienta adormilada les hizo pasar a un salón enorme y de gusto dudoso, decorado por Teresa, la mujer de Manuel, que se consideraba una aristócrata venida a menos, debido a su matrimonio con Manuel. Espejos ahumados y sillones del siglo XIX de madera labrada negra y forrados de raso escarlata, daban una impresión equívoca a aquella habitación en la que los introdujo la criada.

—¡Eugenio, hermano! ¿Qué te trae por aquí? Hace años que no nos vemos —exclamó López Rubio, al mismo tiempo que le daba un gran abrazo a su visitante.

—Pues ya ves... Vine a pedirte un pequeño servicio; es muy urgente, por eso me atreví a despertarte...

—¡No, no! Eso de que me despertaste no es cierto. ¡No me acuesto como las gallinas! —y López Rubio soltó una risotada, abriendo la boca hasta mostrar la campanilla.

Eugenio aprovechó su buen humor y le expuso la causa de su inesperada visita: la desaparición de tres huelguistas: Tito, Pedro e Ignacio. Lo hizo con calma y en voz baja, para estudiar la reacción en el rostro grueso y sudoroso del consejero, que poco a poco pasó de la alegría al asombro y luego a lo sombrío.

—¡Eugenio, es increíble que me molestes a estas horas por esos agitadores! ¿Te das cuenta de quiénes estás hablando? —exclamó con voz severa el dueño de la casa.

—Manuel, no exageres, no se trata de agitadores; se trata de tres huelguistas jóvenes...

—¿No te das cuenta de que su conducta no corresponde a la realidad

económica ni política de México? El país está en pleno desarrollo y vienen esos sinvergüenzas a poner todo patas arriba... Estás fuera de la realidad, te lo repito.

—¿De la realidad?... Sí, sí me doy cuenta. Yo diría que corresponde por ejemplo a tus discursos y...

—¡Y nada! Tú has estado siempre en las nubes. No entiendes nada de política constructiva. Estamos trabajando muy duro, pero muy duro, para levantar este país, y me sales ahora con la historia de tres agitadores. Mira, en estos momentos no es tolerable una huelga...

—La huelga ya se deshizo, te hablo de tres muchachos...

—Tres delincuentes irresponsables que se han enfrentado a la ley no merecen nada. Tú no debes preocuparte por ellos, ni preocuparme...

Yáñez contempló distraído los retratos de novia diseminados sobre las consolas negras del salón. Se puso de pie y Matarazo, que no había abierto la boca, lo imitó. “El que vive fuera de la realidad eres tú”, se dijo viendo la enorme boca abierta de López Rubio, que había abandonado su aire severo y volvía a la risa casi maquinalmente.

—¿Qué? ¿Ya se van? ¿Tan pronto? —exclamó decepcionado.

—Ya es muy tarde. Perdona que haya venido a molestarte —contestó Eugenio sombrío.

—¡Que lástima! Me hubiera gustado comentar contigo un libro escrito por una vieja formidable: *El segundo sexo*.

—Otro día...

Salieron descorazonados de aquella casa inhóspita. El lenguaje empleado por Manuel López Rubio les había producido un sentimiento indefinible: no sabían si se trataba de un cínico, de un imbécil o simplemente de un oportunista. Además, los había hecho sentir no sólo inoportunos, sino imbéciles al dirigirse a él, un alto funcionario del mismo gobierno que había perseguido la huelga y a los huelguistas.

—No sé por qué se me ocurrió venir a pedirle ayuda a Manuel... Creía que era más comprensivo. ¡Cómo presume de cordial! Creo que subió muy de prisa. ¡Está eufórico! ¿No le dio la impresión de un caníbal alegre? Aunque hubo un momento en que me pareció amenazador — afirmó Eugenio con seriedad.

—No me pareció gente de fiar. Es muy capaz de llamar a la policía y decir que andamos investigando lo que ha hecho el gobierno. No se va uno tan arriba nada más porque sí. ¡Hay que hacer méritos, compañero! ¿No le parece? —preguntó Matarazo mirando a Eugenio con reproche.

—Tiene usted razón, compañero...

Corrieron por la ciudad resbaladiza por la lluvia. Ambos iban disgustados; Eugenio sentía una ira especial, provocada por la injusticia. No era tolerable que, en nombre de la revolución, Manuel hubiera acumulado tantas riquezas y tanto poder, y que se negara a ayudar a tres infelices.

—¡Lo peor es que se dice de izquierda! —dijo Eugenio como para sí mismo.

—Eso es justamente lo que yo no comprendo. Mire, compañero, me quiebro la cabeza pensándolo y sin entenderlo. La única razón que hallo es que es un oportunista de lo peor —y al decir esto Matarazo pareció hundirse en un humor sombrío. Se volvió hacia la calle para ver caer la lluvia torrencial.

—Vamos a buscar a Eulalio —exclamó Eugenio acordándose de aquel hombrecito amigo de Ignacio y a quien conoció en la casita de la avenida de Chabacano la noche en que Tito y Pedro le pidieron que los llevara allí.

Dirigió su automóvil hacia el rumbo de Ixtapalapa, en busca de aquella callecita de lodo en donde vivía aquel obrero minúsculo. Matarazo no dijo una palabra; parecía ignorar la existencia de Eulalio y observaba con atención el complicado camino que llevaba el automóvil. Encontraron el callejón con gran dificultad. Eugenio detuvo el auto, era imposible avanzar más en medio de la lluvia; las llantas patinaban en el lodo y se negaban a tomar la pequeña cuesta para alcanzar la casa de Eulalio. Después de una pequeña discusión, decidieron bajar del auto y enfrentarse a la tormenta. Batiéndose en lodo pegajoso, subieron andando la cuesta y se dirigieron hacia la casita más cercana. Golpearon con fuerza en las ventanas de la casucha, para hacerse oír. Por una rendija se asomó una vieja.

—¿Qué quieren a estas santas horas? —preguntó gritando para que la oyeran.

—¡La casa del joven Eulalio! ¿Cuál es? —gritó Yáñez.

—¡Es la casa blanca! ¿Por qué molestan a la gente de paz? —respondió la vieja con enojo.

—¡Gracias, gracias, señora!

La casa indicada quedaba casi al fondo del callejón. Tuvieron que volver al automóvil para encender los faros, pues el lugar estaba completamente a oscuras. Rehicieron el camino resbalando en el lodo. La lluvia les impedía ver con claridad. De repente, en el fondo del callejón se echó a andar un potente motor de coche y súbitamente vieron venir hacia ellos, reculando, y con la furia ciega de un animal asesino, un enorme camión de carga dispuesto a aplastarlos. Aterrados, apenas tuvieron tiempo de saltar una cerca para evitar el golpe mortal. Se encontraron dentro del corralito de la casa blanca. El camión se metió en el corral de la casa vecina con una fuerza homicida y se quedó quieto, con los faros apagados, después de derribar cuanto obstáculo halló a su paso.

—¿Qué hace este camión a estas horas y en estos lugares? —preguntó asustado Eugenio, contemplando la enorme mole que había quedado silenciosa y oscura al lado de ellos. El resplandor de los faros encendidos de su automóvil le daba reflejos monstruosos.

—¡Quién sabe!... ¡Quién sabe qué intenciones traiga! —contestó en voz muy baja Matarazo.

De las sombras surgió una manada de perros ladrando con furia.

—¡Chist!... Chist!... —les ordenó Matarazo, mientras Eugenio golpeaba nervioso en una ventana de la casita blanca.

Ambos estaban seguros de las intenciones asesinas del camión que permanecía quieto y agazapado, y ambos sentían la urgencia de abandonar aquel lugar siniestro. Los golpes de Eugenio en la ventana retumbaban en la oscuridad de la noche.

La voz cascada de un viejo salió por el hueco de la ventana ligeramente entreabierta y cubierta de un alambrado grueso y tupido.

—¿Qué quieren?

—¡El joven Eulalio! —gritó Eugenio.

—¿Eulalio?... ¿mi hijo?... —el viejo les echó encima la luz de una linterna sorda. Pareció aprobar su presencia, ya que enseguida agregó—:

Pues ya saben, señores, se fue a Acapulco...

—¿A Acapulco?... ¿Y con quién se fue? —preguntó Eugenio desconcertado ante tan inesperada respuesta.

—¡Pues con quién había de irse! ¡Con Ignacio!...

Los dos visitantes, deslumbrados por la luz de la linterna, no podían distinguir el rostro que emitía aquella voz desagradable y aquellas palabras temibles. El viejo continuó:

—Yo no tengo ningún informe que darles. El general quedó contento con los papeles. Eulalio no dejó nada aquí. ¡Todo lo entregó! ¡Toditito! —terminó con voz satisfecha.

—¿Todo? ¿Está seguro? —preguntó Eugenio automáticamente.

—¡Cómo no voy a estar seguro, si el mismo comandante estuvo aquí, en ésta su casa, y la de usted también, señor! —el viejo calló repentinamente, temeroso de haber hablado de más.

—¡Habrá que esperar a que regresen para los otros datos! —gritó Eugenio, tembloroso al recordar el empeño de Eulalio en guardar él los documentos relativos a la huelga.

—Sí, señor, habrá que esperar —respondió el viejo con voz respetuosa.

Era tiempo de retirarse. Eugenio pensó: “Estoy loco, loco, de haberme metido en este lío de traidores; a ver si ahora no nos aplasta el camión del general”. Se repuso y dijo con voz amable:

—Buenas noches. Perdone que lo hayamos molestado.

—¡No faltaba más! Yo, como mi hijo, estamos aquí para servirlos —contestó con servilismo la voz del viejo, que en ese momento desvió la luz de su linterna sorda de los rostros de Eugenio y de Matarazo.

El camión continuaba quieto, como una mole amenazadora. Atrás, el automóvil de Eugenio se veía muy extraño con las portezuelas abiertas y los faros encendidos. Sus chorros de luz se partían en una multitud de rayos brillantes y cegadores en medio de los torrentes de la lluvia.

—¿Y ese camión? —preguntó Eugenio sobrecogido de miedo.

—Es para matarnos —aseguró Matarazo en voz muy baja.

—Nos podrían matar ahora...

—Sí, cuando salgamos de este corralito...

Fingiendo indiferencia abandonaron el corral y empezaron a subir la

cuesta. “Tal vez los del camión pensaron que conocíamos al viejo”, se dijo Eugenio. En la cima se hallaba el automóvil con los faros encendidos. Subieron sin prisa, aunque Eugenio sentía la necesidad imperiosa de echar a correr, de huir de aquellos andurriales y de encontrarse en las calles céntricas de la ciudad. Matarazo imitaba su calma, sin decir una sola palabra.

Eugenio sintió un gran alivio cuando se encontró en la avenida de los Insurgentes. Se volvió a su amigo y sorprendió en él una mirada extraña. Tuvo la seguridad de que lo iba espiando, de que observaba sus reacciones con un propósito oculto. “En realidad no sé quién es este individuo...”, se dijo temeroso. ¿Acaso no era él quien había propuesto buscar a Ignacio? Eugenio sintió que la sangre se le iba a los pies y temió caer desfallecido sobre el volante. Matarazo lo miró y volvió la cabeza con rapidez hacia la calle, para ver caer la lluvia con aire severo. Eugenio prefirió callar ante el temor y la desconfianza que le inspiró su compañero. Recordó al herido, al que había dejado solo hasta tan tarde, y un sudor ligero y frío le cubrió la frente. “¡Ojalá y lo encuentre vivo todavía!”, se dijo a sí mismo con angustia.

La traición de Eulalio y de Ignacio lo había dejado petrificado de temor y veía surgir enemigos en cada bocacalle. Un miedo oscuro lo envolvía, cualquiera podía ser el traidor: ¡Matarazo! Sí, ¿por qué no? El herido, Tito, Pedro, ¡cualquiera! O todos juntos. Sí, todos habían decidido utilizarlo para sus fines traidores. “¡Eulalio e Ignacio en Acapulco, Pedro y Tito en cualquier lugar y yo con éste y con el herido!...”, pensó furioso.

—¡Compañero!, ¿no cree usted que somos un pueblo de vendidos? —le preguntó a Matarazo con brusquedad, mientras éste continuaba mirando la calle.

—Pues francamente, ¡sí!... Mire lo que han hecho esos dos —contestó el hombre convencido.

—¡Vendidos! ¡Vendidos! ¡Vendidos! —insistió Eugenio con furia.

¡Lo habían engañado! Tenían hasta el camión listo para aplastarlo. En adelante tomaría precauciones... ¿Precauciones?, y recordó al herido que dormía en su cama. “Es mejor no salir de noche y tener cuidado en la calle”, se dijo preocupado.

—¡Quién lo iba a decir! ¡Tan jóvenes y ya tan traidores! Tengo la impresión de que esto no puede suceder en otros países... —dijo Matarazo refiriéndose a Ignacio y a Eulalio.

Eugenio iba a contestar cuando vio que habían alcanzado la avenida Juárez. ¿Por qué se había ido hasta allí? Se volvió a su compañero para preguntarle:

—¿Dónde lo dejo?

—En el Tibet-Hamz.

¿Allí? Pero si el café estaba cerrado y la avenida a esas horas parecía abandonada bajo la lluvia. A Matarazo no pareció importarle la soledad ni la inclemencia del tiempo; decidido, bajó del automóvil.

—Los dos traicionaron —repitió antes de bajar del coche.

—¡Los dos! ¡Es increíble!... ¿Me llama mañana? A ver qué sucede —suplicó de pronto Eugenio, a quien la soledad en que volvía a caer sin su amigo Matarazo le resultaba insoportable. El herido se le apareció en todo el esplendor de su miseria y un terror secreto lo obligó a insistir:

—¡Por favor!, no deje usted de llamarme mañana...

—¿Mañana?... Es sábado... Sí, compañero, no faltaba más, lo llamo mañana a la misma hora —contestó Matarazo recibiendo las ráfagas de lluvia en pleno rostro.

Yáñez lo vio alejarse solo, en mitad de la lluvia, con las solapas de la americana levantadas para resguardarse del agua. “¿Por qué no le pregunté dónde vive?” El corazón se le oprimió; era como si la figura de su amigo se fuera para siempre de su vida. “No, estoy muy pesimista, lo veré mañana y le diré que me ayude a trasladar al herido a alguna otra parte, ¡a un hospital!” En realidad nunca le había preguntado nada a Matarazo, simplemente lo había aceptado. Tampoco Matarazo le hizo nunca ninguna pregunta, pero el solo hecho de entrar a su casa, de ver su intimidad, era ya una manera de saber quién era Yáñez. No, Matarazo no podía dudar de él. Quiso correr tras él, pero temió ofenderlo con sus preguntas y, apoyado en el volante, se resignó a contemplar cómo se alejaba su amigo desconocido. A medida que se alejaba Matarazo, la angustia crecía dentro de su pecho. “Soy un imbécil, de pronto puedo necesitarlo, debo saber quién es Matarazo y en dónde vive”, se dijo

enérgicamente. Pero todavía tardó mucho en decidirse a echar a andar el automóvil; le pareció que su amigo había dado vuelta en una esquina y cuando se decidió a alcanzarlo, se dio cuenta de que lo había perdido. “Siempre dudando, siempre temiendo ofender... ¡Así me ha ido en la vida!”, se dijo con amargura. “¿Por qué lo dejé ir?”, se dijo, pensando que había dejado escapar algo precioso. Estaba equivocado en todo, debía aprender a ser más firme, más seguro, más egoísta. ¿Aprender? “No, a mi edad ya no se aprende nada.” Recorrió varias calles con la esperanza de encontrar a su amigo. Sabía que la búsqueda era inútil, pero no se resignaba a volver a su casa con aquel amargo sentimiento de derrota. “Él ya debe de estar en su casa, calentándose, después del frío, de la lluvia. Mañana le diré la angustia que me provocó la separación de esta noche.”

Al llegar a su casa, el automóvil de color negro estaba estacionado en la acera de enfrente. Sintió un terror nuevo, casi de alivio: “¡Anden, agárrenme, bola de cabrones!”

Encerró su coche en el garage del edificio y subió con calma a su departamento. “¡Cabrones, ni siquiera se mueven! ¿Qué esperan?”, se dijo mientras metía el llavín en la cerradura de su puerta. Nadie contestó a sus pensamientos.

Corrió a ver el herido. Allí continuaba echado, inmóvil; había devuelto lo poco que él había logrado darle de comer, o más bien dicho beber.

—¡No se preocupe, compañerito! ¡Ahora lo limpio y lo dejo como nuevo!

Le quitó la camisa sucia que llevaba y le puso una suya, no sin antes limpiarle el pecho con una toalla y alcohol. Después de todo, aquel hombre era lo único con lo que contaba en su vida. Se intranquilizó; el herido estaba inerte, apenas si entreabrió un poco los ojos, en los que Yáñez leyó una desesperanza tan terrible que lo dejó paralizado unos minutos.

—No, no hay que desesperar. Lo arreglaremos todo, ya va usted a ver... Contamos con algunos amigos poderosos, ¡muy poderosos!, y mañana ellos traerán a un médico, ¡ya verá!, ¡ya verá!...

Era necesario que continuara hablando, así el herido se sentiría reconfortado. “¡Lástima que el pobre no crea en Dios, pues me pondría a

rezar por él y los rezos lo llenarían de esperanza y de consuelo! Pero los revolucionarios son ateos, de manera que es inútil.” Pensaría que era un viejo imbécil. ¿De qué hablarle? ¡De la revolución!

—Mire, compañero: cuando usted gane la batalla, podrá colgar de los faroles a tanto cabrón que padecemos. ¿Qué le parece? Se vería bonita la avenida Juárez con sus racimos de colgados, ¿no cree? No hay que desanimarse, todo llega, ¡todo!

Era inútil. El herido respiraba mal y parecía no escucharlo. Le dio a oler alcohol, y en silencio le pidió a la Virgen María que tuviera compasión de aquel desdichado.

—¡Caramba, compañero, qué madriza le dieron! —dijo Yáñez al ver la indiferencia del herido y su rostro deforme.

Esperó algunos minutos para ver si el hombre reaccionaba a sus palabras. Ante su silencio, dio un puñetazo sobre el respaldo de una silla.

—¡Carajo!, ¿con qué le pegaron? Compañero, dígame, ¿quién lo puso así?... Ya veo, ya veo que no puede contestarme; no importa, cuando se sienta mejor me contará todo. Ahora trate de dormir un poquito, nada más un poquito...

Descorazonado, se sentó en la orilla de la cama. Ya no le importaba el olor nauseabundo que salía de ella. “Es lo de menos. Lo peor es que no orine”, y se cogió la cabeza entre las manos para que no le explotara de dolor. “Mañana, pase lo que pase, Matarazo y yo lo llevaremos a un hospital o llamaremos a un médico. ¡Qué pecado tan grande estoy cometiendo! Dejar que sufra así un cristiano, un pobre cristiano... Y todo por miedo, ¡sí, por miedo! Dios me castigará. Con la vara que midas serás medido.”

Con ira, fue a mirar a través de las persianas: ahí seguía el coche negro. “¡Hijos de su putísima madre!”, se dijo desesperado y se apelotonó en el sofá, cubriéndose la cabeza con las manos. Sin saber cómo, de pronto se encontró llorando de impotencia: eran unas lágrimas escuálidas y saladas, muy saladas, que le quemaban el rostro. “¡Que amanezca!... ¡Que amanezca!... ¡Que amanezca!...” repitió muchas veces, hasta que se quedó dormido.

Despertó atontado y adolorido de todo el cuerpo. “¿Qué me pasa?”, se

preguntó sin saber por qué estaba en el sofá, con el sol entrando a mares por las rendijas de las persianas. Su traje estaba arrugado, le dolía la cabeza y apenas pudo ponerse en pie. Su salita le pareció irreal y el silencio que reinaba le produjo miedo. Se acordó del herido y corrió a verlo: ahí estaba, había vuelto a vomitar y de entre sus labios amoratados escurría una baba extraña. Lo limpió con esmero mientras le prodigaba palabras de aliento:

—Compañerito, no se me desavalorine, hoy arreglamos todo, ya verá... ¡Santísima Virgen de Guadalupe, madre de los pobres, madre de los desesperados, ayuda este compañero! ¡Ayúdalo! ¡Cúbrela con una esquinita de tu manto para que se alivie, Madre nuestra!...

Sus ojos cayeron sobre el reloj de la mesita de noche, “¿Qué?... ¡No es posible que sean ya las cinco de la tarde! Las cinco! Ya no puedo ir a la oficina... ¡No importa, el lunes daré una excusa! ¿Qué me pasó? ¿Cómo pude dormir tantas horas?” Miró a su amigo en la cama: “¡Ay, si pudiera quitarle ese casco de vendas y de yeso que trae, se sentiría mucho mejor! Pero no me atrevo... No, eso lo debe hacer un médico. ¿Verdad, compañero? ¿Verdad?”

El hombre no contestó. Continuó inmóvil; sólo su respiración entrecortada indicaba que estaba vivo. “Si Dios quiere, está mejor, no en balde le he puesto tanta penicilina.”

Dio varias vueltas por el cuarto. No podía pensar con claridad, la imagen de Matarazo se confundía con la del herido y luego ésta con la de Pedro y la de Tito: “También éstos deben estar malheridos o muertos...” Volvió a sentarse en la orilla de la cama para reflexionar: “Tengo que encontrar una salida, un remedio para esto. ¿Por qué sus amigos no llaman? Sería una gran ayuda comunicarme con ellos...” Pero, ¿quiénes eran esos amigos que se lo dejaron colgado en su puerta y luego desaparecieron como si la tierra se los hubiera tragado? ¡Si al menos volviera Alberto! A él le podría confiar la situación y entre los dos buscarían la solución para curar a aquel desdichado. “¡Que llamen, que llamen sus amigos, por favor, Dios mío!”, suplicó. No, nadie llamaba. Lo habían olvidado.

Se sintió sucio, desaliñado. Decidió bañarse y cambiarse de ropa para

estar listo para cualquier emergencia. ¿Por qué no iba a llamar algún amigo del herido? Después del baño decidió darle un pequeño trago de tequila para reanimarlo. Con trabajo logró introducir un gotero en la boca del herido y darle unas gotas de bebida. El hombre se movió un poco y volvió a caer en su sueño espeso, como si hubiese sido fulminado por el alcohol. Eugenio se tendió a su lado para que el pobre hombre no se sintiera tan solo ni tan abandonado. Espió su respiración: “Está vivo”, se dijo agradecido. Sin proponérselo se quedó dormido unos minutos. Despertó sobresaltado: “Tito y Pedro también han desaparecido...”, se dijo, y esta vez no se atrevió a preguntarse si estarían vivos.

Oscurecía rápidamente. Eugenio salió de su estupor al comprobar que la habitación estaba en tinieblas. “¡Qué bueno, pronto llamará Matarazo!”

Se puso de pie. Esta vez actuaría: estaba decidido a plantearle a Matarazo su verdadera situación. Encendió la lamparilla de la mesita de noche y contempló al herido; le pareció que seguía igual. Fue a la cocina, se echó un trago de tequila y luego fue a mirar a través de las rendijas de las persianas: ¡el coche negro no estaba allí! Sintió un gran alivio. Matarazo no tardaría en llamar, era mejor que fuera preparando el jitomate picado, la cebolla y los chiles serranos... Volvió a la salita a contemplar el teléfono, a conminarlo para que llamara pronto Matarazo. Fue inútil. Desasosegado, se refugió junto al herido. Ya era tarde, sí, ya eran más de las once de la noche.

—¡Compañero! Matarazo, nuestra esperanza, no ha llamado, pero no se preocupe, nos va a llamar. ¡Nos tiene que llamar!, ¿no le parece?...

Vio que el herido había cambiado de cara.

—¿Qué le pasa, compañero?... ¿Qué le pasa? —dijo exasperado, inclinándose sobre el hombre que ya no respiraba y cuyo rostro se había puesto terriblemente pálido—. ¡No!... No me puede dejar solo usted también. Si estamos esperando a Matarazo... ¡Compañero! —dijo rozando el rostro del difunto con la mano para darse cuenta de que estaba helado—. ¡También usted me deja!... ¿Qué voy a hacer?... ¿Qué voy a hacer?... Yo lo cuidé lo mejor que pude.... —y Eugenio se echó a llorar a los pies de aquel cuerpo flaco, pobre, moreno—. ¿Qué le hicieron, compañero? ¿Con qué lo golpearon?

El teléfono llamó con furia. Atontado, Yáñez se dirigió a contestarlo.

—¿Bueno?

—¡Cabrón! ¡Hijo de tu puta madre! —le contestaron.

Eugenio miró al aparato negro que vomitaba injurias y lo colgó. “La próxima llamada será la de Matarazo”, se dijo medio sonámbulo. En su cuarto, el herido estaba muerto; apenas si hacía bulto en la cama. Miró el reloj de la mesilla de noche: “Diez minutos para las doce y Matarazo no llamó...”, se dijo, asombrado de su desdicha. Fue a mirar por las rendijas de la persiana: allí lo vio. Allí estaba el automóvil negro con sus ocupantes de sombrero de alas amplias. “Estoy perdido...”, se dijo varias veces, “estoy perdido.” Cuando sonaron las doce campanadas de la media noche, todavía esperaba a su amigo: “Las doce de la noche y Matarazo no llamó...”

Volvió a mirar por las rendijas de las persianas. Sí, allí seguía el automóvil negro y Matarazo pretendía no haberlo visto. ¿Quería más pruebas de su traición? Buscó cigarrillos; se dio cuenta de que había cambiado de traje y fue al baño en busca de su traje arrugado, para recoger su cartera con su quincena y sus cigarros, y de pronto se le ocurrió recoger su chequera y echársela al bolsillo.

Volvió a la salita. Por las rendijas vio que los hombres del automóvil negro fumaban y también él encendió un cigarrillo y se mantuvo en su puesto de observación. De repente las portezuelas del coche negro se abrieron con violencia y varios hombres bajaron, asegurándose los pantalones con ambas manos, antes de echar a andar. Miraban a su ventana con aire amenazador. Fue lo último que vio de ellos, pues sin dudar un segundo corrió a la última habitación de su departamento, abrió la ventana y saltó. Cayó en el patio de una casa vecina. “No me maté”, se dijo, mientras se trepaba a una barda muy baja para llegar a un jardín raquítrico, de la casa que daba a la calle de atrás. Lo cruzó sin aliento; saltó nuevamente una reja muy baja y se encontró en la acera. Estaba desorientado por el terror. La ciudad desierta aumentó su pánico: “Ni un cristiano a quien pedirle auxilio”, se dijo mientras continuaba su carrera desenfrenada. Se dio cuenta de que corría por la avenida de los Insurgentes. Los anuncios de los pollos asados estaban apagados.

Aminoró la carrera cuando vio venir un taxi. Lo llamó con un gesto que le pareció normal. El taxi se detuvo y él montó con calma y cerró la portezuela. Cuando escuchó la pregunta del chofer —“¿A dónde?”— se dio cuenta de que no podía contestarle. Estaba sin aliento. Su respiración agitada obligó al chofer a volverse para mirarlo con curiosidad y repetir su pregunta:

—¿A dónde?

—Asma... muy asmático —dijo con dificultad, tratando de encontrar alguna dirección que dar al chofer, que parecía impacientarse. Recordó a Tito y a Pedro: “Se fueron al norte...”

—A Transportes del Norte...

El taxi cambió de rumbo. “¿Habrán entrado a mi casa?... ¡Virgen de Guadalupe!”, se dijo aterrado al recordar al... herido; prefería llamarlo así que “el muerto”. Iba huyendo sin saber adónde, ni por qué huía. Nervioso, se buscó la cartera.

—¿Se siente mejorcito, señor? —le preguntó el chofer con solicitud.

—Sí... Cuando se me pasa el ataque de asma descanso... Puedo respirar...

—No cabe duda que la salud es lo más grande que puede regalarnos Dios —contestó el chofer muy convencido de sus palabras.

El taxi se detuvo en la calle donde se amontonaban los camiones Transportes del Norte.

Desorientado, Eugenio entró en el hangar sucio que servía de estación y de sala de espera. No sabía a quién dirigirse, le daba miedo cometer alguna imprudencia que lo delatara. A esas horas apenas había público. La luz de neón volvía lívidos los rostros de los empleados que atendían al público detrás de las ventanillas o de un mostrador niquelado.

Se sentó en una banca a esperar. ¿Qué esperaba? Alguna idea que lo llevara al lugar debido. No podía actuar a lo loco. A su lado estaban sentados unos campesinos que aguardaban pacientes con sus bultos bien atados, puestos a sus pies. Le pareció que eran la imagen de la paciencia. “¿Adónde irán?”, se preguntó, y se dedicó a observarlos: inmóviles, tranquilos, se dejaban mirar con absoluta indiferencia. En cambio él se hallaba agitado. “¡Claro!, ellos no tienen a un difunto, que en paz

descanse, acostado en su cama...” Se inclinó hacia ellos, necesitaba hablar con alguien.

—¿También ustedes van al... norte? —preguntó.

—También, señor. Volvemos a Torreón. Perdimos el camión que salió temprano. Somos de por allá —contestó uno de los hombres con seriedad.

—¡Qué casualidad! También yo voy a Torreón...

—¿Ya compró usted su boleto? —le preguntó el hombre, que sin duda había observado su entrada intempestiva—. ¡Mejor cómprelo antes de que llegue la gente! —le recomendó.

Eugenio se precipitó a una de las ventanillas para regresar enseguida a su butaca. Humilde, le mostró su boleto al campesino, que lo examinó sonriente.

—Así está mejor. Luego vienen los empujones y los apretujones, señor, y si uno no sabe defenderse, pues no alcanza lugar en el autobús —el hombre se volvió a mirar el reloj y guardó silencio.

Eugenio se sintió ridículo. “¿Para qué voy a Torreón?”, se preguntó asombrado y recordó a los individuos amenazadores que bajaron del coche negro y dirigieron sus pasos hacia su casa. “Deben haber entrado.. De seguro forzaron la puerta... ¿Y el compañero?... ¿Quién le dará cristiana sepultura?...” Para no pensar en lo que él consideraba una cobardía, fumó un cigarrillo tras otro y miró con envidia a los campesinos que, sentados a su lado, esperaban inmóviles el autobús que debía llevarlos a Torreón. “Quisiera ser uno de ellos”, se dijo con tristeza; cuando menos no huían, volvían a su tierra, a sus labores. “No me voy a presentar en la oficina. ¿Qué dirá la señorita Refugio? A lo mejor mis compañeros se inquietan por mi ausencia... Con tal de que no den parte a la policía”, pensó sudoroso, y con precauciones examinó a los viajeros que esperaban en aquella estación destartalada. No, ninguno tenía tipo de pertenecer a la Secreta. Agachó la cabeza, deseaba volverse invisible; en cualquier momento podía aparecer alguno de aquellos hombres terribles... “Y Matarazo no llamó...”, se dijo con tristeza y convencido de su traición. De pronto sintió que su cabeza embotada se iluminaba con un rayo certero: “¡Él entregó a los muchachos, por eso nunca me enviaron el telegrama!... ¿Cómo es posible que yo sea tan estúpido..., tan crédulo?”

¿Cómo no lo adiviné antes?”

Lo había cegado el miedo, sí, el miedo. “Me pasa esto por miedo a estar solo...” Fumó nervioso un nuevo cigarrillo. “Con razón dicen que más vale estar solo que mal acompañado... ¡Claro que los matones entraron a mi casa! ¿Qué habrán hecho con el compañero?”, su recuerdo le produjo escalofríos. “¡Pobre compañero! Lo mataron a golpes. De hecho ya llegó muerto a mi casa”, se dijo; sintiendo que iba a llorar al acordarse de sus huesos delgados y frágiles y de su rostro deforme. “¡Nunca sabré quién fue!... ¡Nunca!”, se dijo desconsolado. El herido se había limitado a lanzarle miradas patéticas y desesperadas... Se hundió en su butaca para que nadie notara su desconsuelo.

—Señor, ya está formado el camión —le dijo el campesino, que ya se había puesto de pie y recogía con calma sus bultos amarrados con cuerdas.

Eugenio siguió al hombre y subió tras él al enorme autobús. Buscó su asiento y se sintió protegido cuando, después de un rato de espera, el camión decidió partir. Se recostó en el asiento de respaldo alto, cerró los ojos y trató de no pensar en nada. Pero la imagen de su oficina y de la señorita Refugio le venía una y otra vez a la memoria, mezclada con su casa, Matarazo y el herido. Ya el camión iba por la carretera cuando le pareció escuchar la voz de la señorita Refugio: “¡Qué raro que no haya llegado el señor Yáñez! Nunca ha faltado a la oficina”. Su compañero, el Güero Almeida, le contestó: “¿Cómo que nunca? ¿Y cuando tuvo la tifoidea?” La señorita Refugio lo miró con sus grandes ojos tristes: “Eso sucedió hace cinco años... Tal vez esté enfermo otra vez”. Almeida sonrió: “Es posible, en los últimos días andaba muy nervioso. ¿No lo notó usted?” Ella asintió con un gesto. “Es cierto, ¿también usted lo notó?”... Después, las imágenes de sus compañeros de trabajo se borraron en una niebla repentina y cayó dormido. Durante el sueño se movió agitado y lanzó quejidos. Sus compañeros de viaje se volvieron a verlo, mientras él corría por unos llanos enormes y desiertos, persiguiendo a un zopilote que volaba muy bajo. “No me alcanzarás”, le repetía el enorme pájaro negro. De pronto, él mismo era el pájaro negro y abajo en los llanos dos espantapájaros corrían tras él. “Si hubiera un campo de maíz no correrían

tan de prisa”, se decía Eugenio convertido en zopilote. Con terror, comprobó que perdía altura y que de sus alas se desprendían plumas que iban dejando huellas de su paso por los llanos. A medida que él perdía altura, los espantapájaros ganaban velocidad. Les veía los sombreros raídos de petate, y de pronto se desplomó. El golpe de su cuerpo sobre la tierra seca se escuchó a varias leguas a la redonda, como si alguien hubiera hecho estallar una potente bomba. “¡No!”, gritó, cuando los dos espantapájaros se inclinaron sobre él. Su vecino de asiento lo sacudió por un hombro.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

Atontado y sudoroso, se encontró con un rostro extraño que lo miraba con curiosidad.

—Estaba soñando... ¿dije algo?... —preguntó asustado.

—No, pero pegó usted tamaño grito que pensé que se sentía mal.

Eugenio se sintió observado por todos los pasajeros.

—Perdón, perdón... —murmuró asustado.



En adelante trató de no dormirse. En la primera parada del autobús se escabulló entre los pasajeros y se encontró en una plazoleta de piso de tierra sembrada de árboles copudos. Allí encontró varias mesitas atendidas por mujeres viejas que vendían café caliente, tacos y chalupas. Bebió varias tazas de café y trató de comer un taco.

“Menos mal que traigo mi chequera”, se dijo al buscarse en los bolsillos el dinero para pagar su desayuno. Se sintió asegurado al palparla. Podía resistir más tiempo del que se había imaginado mientras corría por la avenida de los Insurgentes.

En las siguientes paradas, Eugenio cobró confianza y comió una pierna de pollo acompañada de una cerveza.

A medida que se alejaba de la Ciudad de México el paisaje se volvía seco y polvoriento. Las fondas estaban llenas de moscas y la gente parecía achicharrada por el sol. Le parecía increíble que pudieran vivir dentro de aquella hornaza de luz blanca y vibrante.

Al oscurecer, el autobús se detuvo en Torreón. Él era el único pasajero

que no llevaba equipaje. Deambuló por unas calles animadas de gente, pasó frente a varias heladerías claras y niqueladas, estilo americano. Todo era nuevo para él: las casas bajas, el aire tibio... Algunas personas habían sacado sus sillas sobre las aceras estrechas y charlaban pacíficamente. Nadie parecía notar su presencia en aquella ciudad de provincia. “No sé por qué tenemos que vivir en la capital. Voy a establecerme aquí. Buscaré un trabajo”, se dijo al pasar frente a una gasolinera iluminada con gas neón. Se detuvo unos momentos a observar al muchacho que llenaba el tanque de un automóvil y admiró su presteza para limpiar el parabrisas del auto último modelo. “Podría buscarme una chamba así”, se dijo, al mismo tiempo que envidiaba la tranquilidad de los gestos y del rostro del muchacho que, metido en un overol blanco, parecía la imagen de la felicidad. “A él no lo persigue nadie, es un hombre feliz”, pensó al alejarse de la estación de gasolina.

De pronto comprendió que su vida había sido un error total. ¿Para que empeñarse en hacer una carrera que lo había llevado a un escritorio reseco de papeles en el que se marchitaban los años, las esperanzas y las ambiciones? “Por ambición. Sí, debo confesarlo, por pura ambición, y ahora de viejo me encuentro en esta situación estúpida. ¡Pobre de la señorita Refugio! Gastará sus años como los gasté yo, sentada frente a un escritorio, y cuando abra los ojos será tarde, ¡muy tarde!” Quiso hacer la cuenta del número de veces que había tomado autobuses para llegar a la oficina y le pareció que eran millares. Esperaba en la esquina de la avenida de los Insurgentes la llegada del autobús, que casi siempre venía repleto. Entonces, trataba de conseguir algún pesero. La espera lo ponía de mal humor y la avidez de los que esperaban obtener un lugar para llegar al centro de la ciudad se mostraba en carreras, empujones, codazos y muchas veces en riñas.

El recuerdo de la máquina checadora, situada a la entrada de su oficina, lo obligaba a veces a discutir con los que, como él, esperaban ansiosos el medio de transporte, que cada día se volvía más y más difícil. Hasta que decidió comprarse aquel automóvil de segunda mano, que lo obligó a hacer economías desmesuradas para poder pagar las letras que se vencían implacables todos los meses. Así empezaban sus días de

trabajo, un año y otro año y otro. Siempre con la esperanza de un ascenso, que no llegaba nunca para él, sino para el último recién llegado a la oficina, pero que traía recomendaciones de “arriba”.

“Bueno, gané algo con esta experiencia de los muchachos; ahora ya no espero nada. Se acabaron los ascensos. Empezaré una vida nueva, tranquila, pacífica”, se dijo al cruzarse con un grupo de hombres que charlaban y reían juntos por en medio de la calle, sin miedo a los automóviles, en el apacible silencio de la noche tibia.

Llegó a una plaza grande, con árboles oscuros; a un lado descubrió un letrero, “Hotel”. Se dirigió a aquel edificio grande, con el gran portón abierto. Detrás del mostrador se encontró con dos señoritas de gesto diligente y les pidió un cuarto. Se inscribió y una de las jóvenes le tendió una llave grande con una placa de metal colgando de ella.

—La 212; tiene un baño muy grande, señor. ¿No trae usted equipaje? — preguntó sorprendida.

—No... viene por carga... —contestó turbado.

La jovencita llamó a un muchacho, que esperaba cerca de la puerta del elevador, y le ordenó que condujera al huésped a su habitación.

Subieron al segundo piso y el muchacho lo hizo entrar a un cuarto enorme, provisto de una gran ventana que daba sobre la plaza. Encendió la luz, le mostró el baño y desapareció. Eugenio se dejó caer sobre la cama amplia y respiró profundamente. Estaba rendido, pero en medio de su fatiga lo invadió una gran felicidad desconocida. “¡Dios mío, esto es la dicha, la dicha! ¡Qué paz!,” se dijo con el pecho henchido de un placer modesto. En ese instante decidió quedarse para siempre en aquella habitación, cuyo precio era menor al que pagaba por su casa en la capital. “Comeré cualquier cosa y buscaré un trabajo. Aquí nadie me conoce, puedo ser obrero, vendedor, lo que sea...”

Ayudado por ese optimismo repentino, entró a la ducha con decisión. Lamentó no haber traído su navaja y brocha de afeitar. “Compraré lo necesario esta misma noche”, se dijo, al recordar que las tiendas estaban abiertas cuando él entró al hotel.

Se echó a la calle a buscar un lugar donde cenar, sin olvidar antes detenerse en una farmacia, mitad heladería, en donde compró lo

necesario para afeitarse en la mañana. Su angustia había terminado. Cenó en un restaurante pequeño de muros color de rosa pintados al óleo. Le sorprendió que no hubiera tortillas. La aventura era maravillosa, le gustaron las “gordas”, especie de tortillas gruesas hechas con harina de trigo. “Se dejan comer muy bien.” Y volvió a preguntarse por qué no había abandonado antes la capital. “Esa capital ruidosa... ¡Malvada!, poblada de gentes agresivas”, y miró en derredor suyo, para encontrarse con rostros apacibles sentados a las mesas de aquel lugar pequeño y reluciente, que lo acogía con benevolencia.

De regreso a su hotel pasó frente a otro hotel más moderno, que gozaba de un corredor lleno de plantas. El corredor era exterior y en él habían colocado mesitas al aire libre, ocupadas por familias y hombres solos que bebían refrescos y bebidas alcohólicas colmadas de trocitos de hielo. Le preguntó a un transeúnte el nombre y los precios de aquel hotel. El hombre le contestó con dejo norteño:

—Es nuevo, es para los políticos... No se crea, no es tan bueno como aparenta, hay otros de precio más cómodo y tan buenos como éste.

Le gustó la simplicidad y el consejo que le dio aquel pasante, y al llegar a su hotel se dispuso a dormir apaciblemente.

Despertó sobresaltado al encontrarse en aquel cuarto desconocido. Sintió que vivía en otra dimensión o que quizás soñaba, atrapado en una pesadilla inesperada, en la que se mezclaban el herido y los hombres de sombrero puesto que habían saltado del automóvil sin placas estacionado frente a su casa. Corrió a la ventana. Los árboles de la plaza oscura lo volvieron a la realidad: había huido, había abandonado al herido y ahora se ocultaba en un hotel del norte del país. “¿Qué voy a hacer?”, y la enormidad de su situación lo dejó aplastado. “Quizás hice mal en escaparme, quizás hubiera sido mejor abrirles la puerta... Pero, ¿y Matarazo por qué no llamó?” Se podía preguntar mil veces lo mismo y no acertaría con la respuesta. “Si al menos me hubiera dado su dirección, o su profesión... Pero no me dijo inada! ¿Y qué será de los muchachos? ¿Estarán vivos?” Recordó que se habían ido al norte y tuvo la insensata esperanza de encontrarlos. “¿Dónde andarán?”, se preguntó, dispuesto a salir en su busca. Su idea era absurda: el norte era mucho mayor que el

resto de la república. Recordó los paisajes desérticos que había atravesado en su huida, los pueblos calcinados y los habitantes agobiados por una miseria poblada de moscas. Junto a ellos pasaban zumbando automóviles de último modelo, de colores brillantes como caramelos...

Estaba solo, era ajeno al mundo. Sintió que siempre había estado a un lado, mirando pasar automóviles, personas, sucesos. Se preguntó qué hacían los otros para integrarse en grupos, fiestas y amistades, pensó que pesaba sobre él una maldición de la que no se libraría jamás. “Hice un intento...” Sí, había hecho un intento al comprar los cigarrillos para los huelguistas. ¡Qué felicidad le produjo llevarles aquellos cartones de cigarrillos de marcas variadas! Nunca pensó que ese hecho iba a sellar su destino. Sólo había sido un impulso generoso, un deseo irrefrenable de tomar parte en algo que ignoraba, pero que reunía a millares de personas, entre las cuales él podría confundirse y arrojar lejos de sí la terrible soledad que lo rodeaba. Esa noche, cuando les tendió el regalo, una felicidad desconocida se apoderó de él. ¡Por fin había roto el círculo de soledad y de silencio que lo aislaba del resto de sus semejantes! Compartía la suerte de muchos y, lo que era aún más importante, ellos lo habían recibido sin reservas. Lo llamaban “compañero Yáñez”. Después desaparecieron todos y sólo quedó frente a su casa aquel automóvil negro sin placas y, tendido en su cama, aquel herido de quien ni siquiera conocía el nombre. La violencia de los hombres que se dirigían a su puerta lo aterrorizó, y ahora se había cortado para siempre del mundo conocido y se hallaba en una habitación hueca, esperando. Esperando ¿qué? Al llegar a Torreón le pareció que debía quedarse allí, buscar trabajo y olvidar todo.

¡Olvidar todo! No tenía casi nada que olvidar. No era un hombre que tuviera un pasado, sino una serie de días solitarios, iguales los unos a los otros, y le era difícil distinguirlos.

Quizás sólo quedaban aislados, viviendo en una pequeña isla secreta, los días de su infancia, cuando los olores eran nuevos, las flores continentales perfumados que descubrir, los cielos paisajes turbulentos en anaranjados, violetas, azules y torbellinos de nubes blancas. Le fascinaban los atardeceres, cuando los cielos se incendiaban y le parecía

que el fin del mundo, anunciado por su madre y por su tía, se iba a producir de un momento a otro.

No se produjo el fin del mundo. Sólo murió su madre a las dos de la mañana de un jueves santo. A su padre lo veía poco y su hermano mayor cayó en un mutismo que lo dejó casi más solo que la propia muerte de su madre. Él iba a la preparatoria en aquellos días y no logró decirle a ninguno de sus compañeros ni de sus maestros el drama que había ocurrido en su casa. No encontró las palabras adecuadas. Además, tenía la certeza de que a nadie le importaba aquel misterio terrible que él había contemplado con sus propios ojos.

No pudo llorar. En cambio, a la mitad de una clase de historia o de latín, un torrente de lágrimas amenazaba subir hasta sus ojos y precipitadamente le pedía permiso al profesor para salir unos instantes del salón de clase y calmarse caminando de prisa por los amplios corredores de la escuela... “No debo llorar. y menos en público.” Ahora estaba solo en aquel cuarto, pero tampoco debía llorar. “Los hombres no lloran”, le repetía su padre. ¿Y por qué los hombres no podían llorar? Alguna vez debía romper las reglas impuestas y con decisión se lanzó sobre su cama y sollozó sobre la almohada de borra. La almohada parecía estar llena de piedrecillas duras y compactas. Toda su vida a partir de la muerte de su madre se había deslizado entre piedras grandes y pequeñas, pero todas inamovibles.

La desaparición de su madre significó desayunos silenciosos, comidas a deshora, tardes calladas durante las cuales él lavaba sus camisas para presentarse limpio en la escuela, y noches cargadas de misterio y de sombras impenetrables.

La vida empezó a parecerle absurda: lo obsesionó la idea de que todos, absolutamente todos, terminarían muriendo, y en el autobús que lo llevaba al centro de la ciudad escrutaba los rostros fatigados de los viajeros con curiosidad y la terrible certeza de que todos morirían el día menos pensado. “¿A qué tantos afanes?”, se preguntaba,

Poco a poco lo invadió una gran apatía. ¿Para qué correr, precipitarse en hacer una carrera, ganar puestos, dinero, si al final todo terminaba en aquel panteón de Dolores, silencioso, con sus caminitos por los que

circulaban los vivos que iban a enterrar a los muertos?

Aceptó el divorcio con pasividad, como aceptó también el matrimonio. En realidad, ni el uno ni el otro le dejaron huellas perdurables. Fue simplemente una etapa pasajera, gris, de la que casi no tenía memoria. No podía culpar de nada a su mujer. Casi había olvidado el color de sus cabellos y le era muy difícil reconstruir su rostro. Quizás estaba ya muy cansado cuando decidió casarse. Quizás el mundo ya había perdido sus colores y las personas habían tomado los rasgos de una multitud que corría a tomar el autobús o el tranvía, que se daba empujones y se injuriaba para tomar el primer lugar. ¡El primer lugar! ¿Y cuál era el primer lugar en Dolores? A raíz de la muerte de su madre acostumbraba visitar su tumba modesta y recorrer los caminos abiertos entre monumentos funerarios casi siempre olvidados durante todo el año. Monumentos que, se diría, esperaban el día de muertos para ser despojados de las hierbas raquílicas que crecían a sus costados. Ese día el cementerio se llenaba de deudos y de flores. Sentía pena ante las tumbas rotas y olvidadas. “Seguramente ya no existen sus familias...”, pensaba con horror al imaginar que alguna vez también la losa de su madre estaría rota, hundida, cubierta por el polvo y con su hermoso nombre apenas visible: “Lucía Espejo de Yáñez”...

Recordó que en el hotel se había inscrito con otro nombre, el de un antiguo compañero suyo de la escuela primaria: Roberto Palma. Había olvidado su segundo apellido y se puso Jiménez. El peligro era que no atendiera al llamado de “¡señor Palma!” Debía estar muy alerta. Desanimado, se dirigió a la ducha. El día ya se había levantado y era necesario continuar con aquella farsa que era su vida. Cuando el agua cayó sobre su cabeza, un dolor intenso le invadió el cráneo y el rostro, como si un arillo de hierro lo oprimiera. Iba a gritar y no pudo, un miedo invencible lo dejó quieto bajo la regadera potente. El dolor lo aterró; no supo si era él quien estaba bajo la ducha o si era el herido que estaba tendido sobre su cama. La confusión le duró unos instantes, como si hubiera sufrido una alucinación. ¡Era él, Eugenio! No le cupo duda cuando se vio reflejado en el espejo situado arriba del lavabo. ¿Y el otro? Ya habían pasado dos noches y un día entero desde que lo abandonó.

“¡Eso no se hace!... Es una falta grave de caridad abandonar a un pobre... muerto”, se dijo muy bajito y temeroso de haber cometido un acto infame. Pero ¿y los hombres que se dirigían a su puerta? No quiso contestarse. Se vistió con lentitud y bajó a desayunar.

En el gran comedor no encontró ninguna cara conocida. Ocupó su mesa y se pasó con cuidado la mano por la barbilla; quería estar seguro de que se había afeitado con esmero.

Todos los huéspedes bebían su café con leche mientras leían el periódico desplegado sobre sus mesas. él ya no leía los diarios; hacía mucho tiempo que había tomado esa decisión. Los huéspedes eran viajeros anodinos, llevaban trajes claros y pedían huevos rancheros y pan en abundancia. Las muchachas que atendían las mesas llevaban uniformes de color chabacano y mandiles y cofias blancas. Ninguna sonreía.

Eugenio dio una vuelta por la pequeña ciudad. Su impresión halagüeña de la noche anterior se desvaneció a la luz del sol. No encontró ni la cordialidad ni la facilidad para vivir allí que había imaginado la víspera. Todos los lugares estaban tomados y nunca encontraría un trabajo. Las gentes caminaban de prisa, ensimismadas en sus propios asuntos; nadie reparaba en su presencia, era como si no existiera.

“Como siempre, tampoco aquí hay un lugar para mí”, se dijo, observando con cuidado las tiendas, los transeúntes y las ventanas abiertas de las casas. “No puedo detener a nadie para solicitar un empleo, sería ¡absurdo!” No le quedaba sino caminar para observar cómo vivían aquellos nortños. Eran muy diferentes de los capitalinos hasta en la manera de caminar, a pasos largos y ladeándose como barcos. El calor arreciaba, y cansado de vagabundear buscó refugio en la plaza, en la que algunos árboles prodigaban su sombra. Optó por sentarse en una banca, necesitaba reflexionar sobre su situación nada buena. “¿Qué haré cuando se termine mi quincena?”, se preguntó, súbitamente aterrado. Se palpó la chequera. “Lo malo es que di un nombre falso en el hotel...” Fumó un cigarrillo. “Pero, ¡era indispensable! Estoy seguro de que me siguen los pasos”, se dijo, sudando copiosamente. Se tranquilizó al pensar que había actuado con una rapidez fantástica: “Deben creer que ando en la Ciudad

de México”; quiso reír, pero el recuerdo de la chequera lo volvió a preocupar. “¡Carajo!, trae mi nombre.... ¡Hablarán al banco y sabrán que ando por aquí! ¡Con razón siempre fui enemigo de las cuentas de banco! ¡Vivimos en un estado policiaco!... ¿Y qué carajos digo en el hotel? ¿Cómo justifico el cambio de nombre? Quieren que me vuelva loco, sí, iloco!”, afirmó lleno de ira. “No hay escapatoria...”

Se quedó quieto, hundido, mirando al vacío. Dos hombres ocuparon el otro extremo de la banca y se empeñaron en una conversación que parecía de suma importancia para ellos. Los miró desde el fondo de su desdicha: “¡Dichosos! Son libres...” Los hombres hablaban de pasarse “al otro lado”; era necesario tomar todas las precauciones, ya que los gringos vigilaban la frontera, especialmente los vados bajos del río.

—Hay que irse más allá de Juárez, allí la gente se ha amontonado desde hace años, esperando la chance de pasar —dijo uno de ellos ladeándose el sombrero.

Su compañero escupió, miró en torno suyo y exclamó muy seguro de lo que decía:

—Una vez allá, ivida regalada! La chance está en conseguir un patrón que te contrate luego luego, para la pizca de lo que sea.

—Ya ves, el tal Baldomero ya hasta se llevó a toda su familia para allá... Y para los amigos, inada! —dijo el hombre que había hablado primero y que se llevaba continuamente la mano al sombrero.

“Pasarse al otro lado, ésa es la solución. ¿Cómo no lo había pensado antes?”, se dijo sorprendido Yáñez. Pero, ¿cómo se hacía el paso? Necesitaba hablar con aquellos dos hombres. ¿Qué haría para inmiscuirse en su conversación? “Pueden creer que soy policía”, se dijo con amargura.

—Yo me paso a más tardar en tres días. Ahí verás si te conviene venir o quedarte —dijo el del sombrero ladeado, que no dejaba de acomodárselo en la cabeza, como si fuera un juego o le estorbara.

Su amigo volvió a escupir, estaba preocupado:

—¡Sale!, me jalo contigo —contestó decidido.

Fue lo último que escuchó Eugenio.



Por lo tarde se metió a un cine. Cenó en una fonda y volvió al hotel. Se hallaba desanimado, temía dormir y encontrarse con sus sueños cargados de amenazas. La habitación le resultó extraña, con sus muros altos y la cama de hierro pintada de azul. Por la ventana abierta le llegaban los ruidos de la noche, cada vez más espaciados. Se encontró muy solo, no podía conciliar el sueño.

“¿Qué habrá pasado en la oficina?... ¿Qué pensará la señorita Refugio?... ¿Y Gómez?” Dejó para lo último la pregunta que tanto temía hacerse: “¿Quién habrá sepultado al... herido?” No podía contestar a ninguna de sus preguntas y era inútil que se las formulara. Era más prudente tratar de dormir. ¿Dormir cuando la angustia le oprimía el pecho, le cerraba la garganta y apenas si podía respirar? Se puso de pie de un salto y se acodó sobre la ventana a contemplar la noche. La oscuridad profunda del cielo sin luna lo calmó. “¡Lástima que no supe su nombre!”, se repitió, pensando en el hombre que había muerto en su cama. En cierta forma su suerte era envidiable; había dejado de ser, ya no soportaría la presión inaguantable de la vida. “Dios lo debe tener en su Santa Gloria.” Rezó varios avemarias por el pobre difunto, que había muerto en silencio, en una cama ajena y sin ningún amigo o pariente que lo acompañara en aquel trance tan duro. “Yo hice lo posible, lo posible... aunque mi deber de cristiano era llamar a un médico... Pero el miedo, el miedo maldito me lo impidió...” No se explicaba cómo cometer un acto bueno podía producir ese terror.



Durante el día rondó por la ciudad. No tenía ganas de volver al hotel. No le había gustado la manera de mirarlo de la chica que le sirvió el desayuno. Ni tampoco las miradas hostiles de dos de los clientes que comían sus huevos rancheros y que interrumpieron su colación para mirarlo atentamente. “Se diría que nunca han visto a un fuereño”, se dijo con disgusto, mientras recorría las calles en busca de alguien que le inspirara confianza para solicitar un empleo. Se detuvo en seco a la entrada de un banco. “No. Me van a pedir referencias.”

En su paseo, observó a los transeúntes y no tuvo la impresión de

hallarse frente a ningún hombre sospechoso. “La policía ha perdido mis pasos”, se dijo aliviado. En la plaza, sentados en la misma banca descubrió a los dos hombres que trataban de cruzar la frontera y entabló con ellos una conversación sin importancia. Al cabo de media hora de charla, se llegó al tema de pasar al “otro lado”. Sonriendo, les pidió que lo incluyeran en el grupo. Los hombres lo miraron con asombro.

—Hace calor... —les dijo sonriendo.

—No tanto, más tarde es cuando aprieta —le contestó el del sombrero ladeado, que había notado que Eugenio no tenía el dejo norteño, y agregó, mirándolo a los ojos—: Usted no es de por acá, ¿verdad?

—No, soy de Toluca... —contestó Eugenio, pensando que allí se hablaba muy parecido a la Ciudad de México.

—¡Está duro! Por dondequiera brazos caídos —dijo el compañero del que le había hecho la pregunta.

—También está duro el paso. Créame, señor, que si abrieran la frontera todos los cristianos nos jalábamos para allá —afirmó el del sombrero.

Eugenio observó con atención a aquel hombre alto y fornido de mirada triste y ademanes sobrios, que parecía habitado por la desesperación.

—No sabía que hubiera tantos compatriotas que quisieran irse —dijo tímidamente.

—¿Tantos? ¡Cantidad, señor, cantidad! —aseguró el hombre.

—Todos los que queremos trabajar... —dijo su amigo, otro hombre alto y fornido.

—¿Y cómo se logra pasar? —preguntó Eugenio esperanzado.

—No hay más que dos formas: a lo legal o a lo bruto. A lo legal tiene usted que ir a Monterrey y dirigirse al cónsul americano. Desde allí él pide el permiso a las autoridades americanas. ¡Claro, usted le entrega su pasaporte!

—No tengo pasaporte —confesó Eugenio, confuso.

—Entonces tiene usted que pedirlo a México. Tiene usted que enviar su acta de nacimiento, su acta de matrimonio o de divorcio, su domicilio fijo, fotos, ¡bueno, una bola de carajadas! Si no tiene usted antecedentes penales le dan el pasaporte, y con el cónsul gringo puede usted lograr algo en tres meses... Ya le digo, es pura chingadera; por eso nosotros

preferimos pasarnos a lo bruto.

—Es lo más prudente —afirmó Eugenio.

Los tres guardaron silencio. El sol caía a plomo sobre la plaza. Algunos chiquillos corrían tirándose piedras. Los hombres la cruzaban a pasos lentos. Los automóviles relucientes se deslizaban casi en silencio. Adentro de ellos, jóvenes en mangas de camisa, sonrisa irónica y mirada indolente apenas reparaban en los tres hombres que discutían en la plaza, sentados en una banca pública. De uno de los automóviles salió un llamado:

—¡Eh, braceros!, ¿qué hora tienen?

Los tres hombres levantaron la vista para enfrentarse a un hombre joven, que esperaba la respuesta desde la ventanilla de su automóvil color cereza. Uno de los dos norteños levantó el brazo, señaló su muñeca y negó con la cabeza, como si dijera: “No tengo reloj”.

Eugenio se dio cuenta de que sus compañeros de banca lo tomaban por alguien que había venido del sur y que buscaba la manera de cruzar la frontera en busca de trabajo. Era eso justamente lo que él deseaba, irse! Olvidar su reciente pasado, perderse entre las multitudes ajenas a su desdicha, no volver a escuchar jamás: “¡Hermano, cuántos años!”, ni escuchar su nombre: Eugenio Yáñez. ¿Por qué debía llamarse así? Recordó a dos amigos de infancia y de adolescencia, tal vez los únicos a los que podía darles el título de amigos: Jorge Carrión y Tomás Córdoba, los dos médicos; pero les había perdido la pista. ¿Por qué no llamarse como alguno de ellos, una vez que hubiera pasado la frontera? O quizás combinar los dos nombres: Tomás Carrión, Jorge Córdoba. Debía pensarlo, aunque de antemano decidió: Tomás Carrión. Sonaba bien, así nunca nadie volvería a llamarlo Eugenio Yáñez... o Roberto Palma, como se había inscrito en el hotel. “Un momento de aturdimiento; el nombre no me gusta nada. Además, no sé qué fue de él, a lo mejor es policía”, se dijo temeroso. También podía usar los dos nombres, según la ciudad o pueblo en que se hallara.

Sintió que ya debía irse, que ya era tarde, ¿tarde para qué? No lo sabía, pero se puso de pie.

—¿Se va, compañero?

—Sí, voy a desentumir las piernas...

—A ver si de verdad lo vemos esta noche. No se olvide.

—A ver si de verdad lo vemos esta noche. Aquí nos juntamos entre las siete y las ocho. No más tarde, pues perderíamos el tren de carga que nos lleve hasta ¡El Paso!...

El hombre examinó a Eugenio de arriba a abajo y se rascó la cabeza; luego dijo:

—¿No tiene usted una ropita más vieja? Se ve usted muy elegante...

—¡Mejor! Así a lo mejor lo toman por un inspector y todo se nos facilita. No sé, pero creo que este compañero nos trajo la suerte —dijo el más callado de los dos.

—La ropa es lo de menos —contestó Eugenio agradecido.

—Ya para mañana a estas horas puede que nos andemos paseando por allá... O a lo mejor tenemos que hacer noche en la orilla y entonces será hasta pasado mañana.

—¡Dios lo oiga! —exclamó Eugenio con fervor.

Los tres se echaron a reír ante la dicha de vivir del “otro lado”.

—Entonces, ¡no hay pierde! Aquí, entre siete y ocho a más tardar.

—Aquí, ¿en la banca? —preguntó Eugenio, que quería estar absolutamente seguro.

—¿Y adónde vamos a estar? No hay nada más barato que la banca de la plaza —contestaron riendo.



“Tengo suerte, son buenas personas”, se dijo contento mientras se alejaba de sus dos nuevos amigos. Sí, iría al “otro lado” y empezaría una vida nueva. Recordó su chequera. “¿Cómo podré cambiar un cheque?” Sería duro llegar allá sin un centavo. “No, no puedo cambiar nada”, se dijo iracundo. “Tal vez cuando ya vayan a cerrar el banco”, pensó con alivio. Tenía que jugársela. Irritado por su mala suerte, se metió en una cantina. “No puedo emborracharme, hablaría de más”, se dijo, y pidió una cerveza.

Bebió unos tragos y se dio cuenta de que el cantinero lo miraba con una fijeza amenazadora. “¿Por qué me ve así?”, se preguntó, sintiendo que las piernas se le aflojaban. “¿Será policía?” Distrajo la vista y se empeñó en

dar otro trago a su tarro de cerveza. No, el hombre no le había quitado la vista de encima. Las orejas y la nariz se le pusieron muy frías y un sudor helado le cubrió el cuerpo. Se acercó el camarero:

—¿Se siente mal, señor?

—¿Mal?... no, no, ¿por qué?

—Se ha puesto usted muy pálido —le contestó el hombre mirándolo con atención.

—¿Pálido?... No, no.

Era mejor alejarse rápidamente de allí, aunque las piernas apenas lo sostenían. Trató de pagar su cuenta con calma y mientras se reponía de aquel malestar se dedicó a ver pasar a la gente que circulaba en la calle. Era en vano que se hiciera el disimulado, los ojos terribles del cantinero continuaban clavados en su espalda. Pero debía fingir indiferencia, cosa nada fácil, atrapado como estaba por aquellos ojos impíos.

Abandonó el bar y volvió a la calle lleno de intranquilidad. Era como si alguien lo estuviera señalando, alguien desde las sombras, alguien a quien él no podía distinguir. “¿Habrà pasado algo?”, se preguntó, sintiendo un golpe en el corazón. “Sí, algo sucede...”, se repitió buscando con la vista algún lugar donde esconderse. ¿Esconderse? ¿Por qué? ¿De quién? No lo sabía. A lo lejos divisó una iglesia pequeña. Apresuró el paso. “Me esconderé en la iglesia, gracias a Dios que existen.” La frescura de la pequeña nave lo tranquilizó. Un bálsamo muy dulce cayó en el centro de su corazón. Ocupó un lugar apartado, necesitaba reflexionar. ¡No! Lo que necesitaba era confesarse, quitarse de encima aquel peso enorme, escuchar una voz piadosa.

Mientras se dirigía al confesionario se dijo con alegría: “Diré todo, todo, todo”.

A través de la rejilla del confesionario le llegó la voz del sacerdote; quiso escrutar su rostro, pero la penumbra era casi completa. Olvidó todo, se quedó mudo unos minutos:

—Yo, pecador, me confieso a Dios Todopoderoso, a San Miguel Arcángel... a San Juan Bautista... —repitió varias veces, sin saber cómo iba a empezar aquella confesión terrible. No lograba coordinar sus ideas ni pronunciar una palabra—. ¡Padre! —exclamó con desesperación.

—Te escucho, hijo —le contestó el sacerdote en voz muy baja.

—¡Padre! —volvió casi a gritar Eugenio.

El sacerdote esperó, luego puso el rostro de perfil muy cerca de la rejilla y preguntó en voz aún más baja:

—¿Has matado a alguien?

Eugenio reaccionó con rapidez:

—¡Matado! ¡No, padre! Pero un hombre murió en mi cama...

—¿Quién era ese hombre? —preguntó el sacerdote con mucha calma.

—Un desconocido, padre... Un herido que llegó a mi casa... —murmuró Eugenio.

—¿Antes de morir recibió los auxilios espirituales? —preguntó el padre.

—No, no, no, padre, no recibió nada, no llamé a ningún sacerdote...

—¿Y por qué lo dejaste morir sin sus viáticos? Es una muy grave responsabilidad.

—Porque tenía miedo, padre, tenía mucho miedo, yo traté de curarlo, esperaba la llegada de un amigo, de Matarazo, ¿sabe, padre? Pero Matarazo no llamó y yo estaba aterrado... Sí, aterrado y huí...

Poco a poco el padre lo hizo contar su historia desde el principio, cómo les llevó cigarrillos a los huelguistas, la noche en que Pedro llegó herido a su casa, que fue la noche en que conoció a Matarazo, la huida de los jóvenes al norte, y luego la llegada del herido...

—¿Y Matarazo, qué te propuso para salvarlo? —preguntó el padre.

—¡Nada, padre, nada!, porque nunca le dije que estaba ahí el herido... Le tenía desconfianza, sobre todo después de lo que descubrimos...

Y le contó al padre la traición de Eulalio y de Ignacio. El sacerdote guardó silencio, parecía preocupado. Eugenio terminó su confesión con su fuga, su llegada a Torreón y la imposibilidad de usar su chequera. El padre lo escuchó con suma atención; a veces lo interrumpía para precisar fechas y horas.

—No, no cambies ningún cheque. Sería tu pérdida —le dijo con voz solemne.

Hubo un silencio. El sacerdote parecía reflexionar y Eugenio se sintió confundido.

—¿Tan grave es mi situación, padre?

—Sí, tan grave es... —contestó el sacerdote en voz apenas audible. Luego preguntó—: ¿Has hablado con alguien?

Eugenio recordó a sus amigos de la banca de la plaza.

—Sí, padre, con dos hombres en la plaza, parecen buenas personas, se van a pasar al “otro lado” y yo me pienso ir con ellos esta noche.

El sacerdote le pidió las señas físicas de los dos desconocidos, y cuando Eugenio terminó de dárselas le dijo:

—No hay cuidado. Son Julián y Andrés. ¡Pobres muchachos! Hace ya tres años que están tratando de pasarse y van cinco veces que los devuelven; pero ya sabes, la esperanza es lo último que pierde el hombre.

—Sí, padre —contestó Eugenio con mansedumbre.

—No se te ocurra irte con ellos. Desde la huelga, la policía anda muy alerta buscando a los agitadores; muchos se han venido al norte, te cogerían sin remedio —le explicó el sacerdote, que cada vez se ponía más sombrío.

Después de un silencio, el padre le dio la absolución.

—No te doy penitencia, ya es bastante con la que llevas, rezaré por ti... Espérame en la Sacristía —le dijo con voz rápida.

Eugenio se puso de pie y sin volver la cabeza buscó la entrada a la sacristía. Era muy pequeña y modesta. Se sentó a esperar en una silla de tule. Se sentía protegido y reconfortado. Esperó mucho rato. Oyó transcurrir la misa. Cuando apareció el padre ya casi iba a oscurecer. Eugenio se asombró, creía que el sacerdote era un hombre joven, y ante él se presentó un hombre pálido, doblado por algún peso invisible, que lo miró con atención y benevolencia.

—Vamos a ver, vamos a ver qué podemos hacer por ti —le dijo, mientras se despojaba de las ropas sacerdotales, para quedar en un pantalón viejo y raído, una camisa muy usada y unas maneras agobiadas.

Eugenio esperaba sin decir una palabra.

—Vamos a mi casa —dijo el sacerdote con decisión, al mismo tiempo que lo tomaba del brazo. Salieron a un corralito, lo cruzaron y se hallaron en una casa muy modesta. Dos habitaciones de piso de ladrillo, paredes encaladas, muebles de pino e imágenes con veladoras encendidas formaban un conjunto monacal y silencioso. A un lado, la cocina

pequeña, en donde el padre preparó café para los dos. Yáñez se sintió tranquilo: “¡Qué dichoso es el padre, lejos de las intrigas, de las mundanidades... Yo debería haber sido sacerdote”, se dijo mientras bebía el café caliente. Notó que el padre lo miraba con fijeza, como si tratara de descubrir en él algún secreto. “¿Por qué me mirará así?”, se preguntó asustado.

—Padre, si tiene usted alguna duda, pregúnteme —le dijo avergonzado.

—¿Duda? Ninguna. Estoy preocupado por tu situación. Mira, si la policía busca en el norte, lo prudente es ir hacia el sur —le dijo.

De pronto vio un periódico sobre una silla y lo arrojó fuera de su alcance, con una violencia que sorprendió a Eugenio.

—¡Esta basura! —exclamó iracundo.

—Hace ya mucho que no leo los periódicos, sólo dicen mentiras —afirmó Eugenio.

—¡Tienes razón!... Yo tampoco los leo, éste me lo trajo un parroquiano —dijo el padre con disgusto.

Terminaron el café en silencio, absortos en sus pensamientos. El padre continuaba preocupado; de pronto pareció decidirse.

—¡Mira, en Lerdo tenemos a unos hermanos! Hay que ir allá. El coche se lo pediremos a Alicia, una santa mujer; ella es de Michoacán y de jovencita fue una cristera heroica, de manera que nunca niega una ayuda. Te llevaré a Lerdo, porque Lerdo ya no es Coahuila, es Durango, de modo que si hay algo malo contra ti en Torreón, allá en Durango ya no te toca la orden y ganamos tiempo, mientras sacan allá la autorización... ¿Comprendes?

—Sí, padre, comprendo —dijo asustado Eugenio, que entendió que la orden que podía haber contra él era simplemente una orden de aprehensión. “Pero, ¿qué demonios he hecho?”, se preguntó desesperado.



A la hora en que los braceros esperaban a Eugenio en la plaza, éste, acompañado del sacerdote, llamaba a la casa de doña Alicia. La señora los recibió con alegría; ya era muy vieja, pero sus ojos claros brillaban llenos de luz. Su casa estaba llena de plantas y de jaulas de pájaros. La visita fue

muy breve, ya que la señora entregó las llaves de su coche sin ninguna reticencia, más bien se diría que con prisa.

Yáñez notó que la vieja señora lo miraba con demasiada atención y eso le preocupaba, pero siempre sonriendo. Ella misma abrió la vieja puerta del garage y él, escondido en el suelo del coche, y el padre al volante, salieron de la casa de la vieja cristera.

Era noche cerrada cuando el padre Joaquín y Eugenio tomaron la carretera rumbo a Lerdo, Durango. “Tal vez no me miraba tanto, tal vez me lo imagino... Creo que voy a acabar loco”, se iba diciendo Yáñez, que ahora iba al lado del sacerdote y que apenas si escuchaba sus explicaciones:

—Mira, en Lerdo estarás seguro. Bueno, mientras pasa el escándalo, es decir, mientras se aclara este lío. ¡Qué barbaridad! Los cristianos seguimos pagando nuestro tributo de sufrimiento y de sangre...

La última palabra del sacerdote lo estremeció. “¿De sangre?” Eugenio tuvo la impresión de que el padre hablaba para sí mismo.

—La casa de los hermanos es muy pobre, pero estarás tranquilo, ya verás —afirmó el sacerdote.

—Sí, padre, estaré tranquilo —repitió Eugenio con resignación, pues de pronto tuvo la seguridad de que su caso era muchísimo más grave de lo que él podía imaginar. Aceptó lo peor. ¿Qué era lo peor? “Lo peor sería que me mataran... ¿Lo peor? Quién sabe, tal vez es lo mejor”, se dijo convencido. Así terminaría de una vez el terror que la invadía en ese momento.

—Lo bueno es que esa casa no está declarada, de modo que es muy difícil que se les ocurra ir allí. Mira, en tres minutos cruzamos la frontera y entramos en Durango —exclamó triunfante el padre.

Eugenio vio en su derredor: el campo estaba cubierto por una oscuridad completa, no había ni un alma viviente en aquellos andurriales; realmente, el padre tomaba riesgos enormes por él. Iba a decírselo cuando de pronto unos faros potentísimos se encendieron en mitad de la carretera y deslumbraron a los dos hombres. El sacerdote aminoró la marcha:

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

Eugenio no contestó, tuvo la certeza de lo que sucedía, “¡Vienen por mí!”, se dijo. El coche que avanzaba hacia ellos, amenazador, se detuvo a corta distancia, se abrieron sus portezuelas y bajaron dos hombres de sombrero, que avanzaron hacia ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó el sacerdote con voz terrible.

—Es la Secreta, padre, la Secreta... —alcanzó a decir Eugenio.

Los desconocidos abrieron las portezuelas del coche de doña Alicia. Traían la pistola en la mano:

—¡Bájate, Yáñez! ¡Ándale!

—¡Esto es un asalto! ¡Un atropello! —gritó el sacerdote, agarrando a Eugenio por un brazo para impedir que lo bajaran.

—¡Usted no se meta! ¡La iglesia no puede inmiscuirse en los asuntos del Estado! —dijo uno de los hombres arrancando a Eugenio de su asiento, como si fuera un muñeco.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Levantaré un acta de este secuestro! —gritó el padre fuera de sí.

—¡Ándale, cura cabrón! ¡Levanta lo que te dé tu chingada gana! —le contestó el otro hombre con una violencia desmedida y asestándole un cañonazo en la cabeza, que hizo brotar la sangre con una rapidez increíble.

Eugenio vio cómo se derrumbaba el padre, sobre el volante del coche de doña Alicia.

—¡Estúpidos!... ¡Lo han matado!... ¡Lo han matado!... —dijo, mientras los dos atletas lo cogían como a un muñeco de trapo y, casi suspendido en el aire, lo llevaban a su automóvil y lo echaban en el suelo del coche. Se apoderó de él un miedo que nunca pudo imaginar que existiera.

—¡Órale, asesino, no se mueva! —ordenó uno de ellos.

—¿Asesino? —murmuró con sorpresa y sintiéndose aliviado, ya que él nunca había matado a nadie y podía probar su inocencia.

El hombre que iba al volante arrancó con furia, mientras sus dos amigos cacheaban a Eugenio buscándole armas.

—¡No viene armado este pendejo! —dijeron.

—¿Ni una navajita?

—Nada.

—¿Conque jugando al tumbagobiernos y asesinando sin armas? —dijo el que iba al volante.

—¿Al tumbagobiernos?... ¿Y asesinando sin armas? —preguntó Eugenio sorprendido.

Uno de los hombres lo agarró por las solapas, lo levantó del suelo donde iba echado y sin decir una palabra le asestó un golpe en pleno rostro. Debía llevar anillos de hierro, porque el golpe cayó preciso haciendo un ruido de piedras rotas, y un borbotón de sangre caliente le inundó la cara.

—¡No se haga el pendejo, cabrón asesino! ¡Cabrón traidor a la patria! —exclamó indignado el compañero del que lo había golpeado.

Eugenio apenas pudo oír su voz, ocupado como estaba en aguantar aquel dolor terrible e inesperado.

El hombre del volante le imprimió velocidad al auto. Parecía regocijarse de la energía de sus compañeros, uno de los cuales volvió a golpear a Eugenio en pleno rostro. Éste sintió que la sangre corría por el cuello de su camisa y, sin saber por qué, recordó que las portezuelas del coche de doña Alicia habían quedado abiertas: “Alguien dará parte”, pensó con dificultad.

—Agarra derecho hasta México —ordenó el hombre que lo golpeaba.

Eugenio sintió que el coche hacía un viraje y que luego tomaba una recta. Como en un sueño doloroso y oscuro recordó la cara hospitalaria del padre Joaquín: “Lo mataron”, se dijo. Un nuevo golpe lo hizo tragar bocanadas de sangre caliente.

—Este hijo de la chingada se creyó muy listo —dijo el que lo golpeaba.

Eugenio escuchó la voz irreal de aquel ser: “Es increíble que exista”, pensó trabajosamente. Los golpes siguientes lo separaron de su cuerpo. No sabía si le dolían a él o si los quejidos que escuchaba escapaban de otra persona: “Así... así... golpearon... al herido”, alcanzó a decirse y se escapó, pues dejó de existir, cayendo en una niebla espesa hasta desaparecer.



Detuvieron el automóvil. Le ordenaron algo que él empezó a oír viniendo

de muy lejos.

—¡Bájese! —era la orden que poco a poco empezó a tomar cuerpo.

A través de la sangre que casi le cerraba los ojos y por la portezuela abierta, Eugenio vio un amanecer de color rosa y una lluvia insistente. Se bajó tambaleante.

—¡Quítese los zapatos!

—¿Para qué? —preguntó con una lengua que sintió espesa y torpe.

—¿Quiere morirse con los zapatos puestos? —preguntó el que llevaba el volante.

Nunca había pensado en eso, pero le pareció mejor morir descalzo. Casi agradecido por la explicación del hombre, se sentó en el suelo mojado para quitarse los zapatos. Un golpe seco en la nuca lo hizo caer de bruces sobre el lodo. Le pareció increíble morir en ese universo extraño. Siempre pensó que moriría en su cama, con un sacerdote que lo asistiría. Cuando abrió los ojos se encontró tirado junto al automóvil. Estaba empapado por la lluvia y el horror de su situación lo dejó paralizado. Sentados en el asiento delantero, dos de los hombres fumaban. Eugenio los miró desde abajo, sin atreverse a hacer un movimiento.

—Le dije: “Mira, linda, te doy lo que quieras pero, por favor, déjame verte dormida” —decía el que lo había golpeado.

—¿Y se durmió? —preguntó su compañero.

Las voces de los hombres llegaban perezosas en la mañana de lluvia, perdidas en las cercanías de la Ciudad de México.

—Dormidas es cuando uno sabe si de veras te gustan.

—Sí, hermano, yo no aguanto que se pongan a hablar. Tampoco aguanto que duerman mal. Yo soy como tú, muy delicado.

—¿Y cómo duerme?

—Vieras que muy bonito. ¡No cae, hermano! ¡Flota! Y no se mueve.

Las palabras de los hombres le llegaron a Eugenio empapadas de nostalgia. Desde abajo los veía mover los labios, y los dientes, vistos al revés, resultaban feroces. Le pareció increíble que hablaran de mujeres. Parecían seres llegados de una nueva dimensión. ¿Cómo podían acercarse a los demás después de cometer actos parecidos al que habían cometido con el padre Joaquín, con el herido, con él? Sintió que podía ponerse a

llorar, pero los caminillos de las lágrimas se le habían roto con los golpes. Aquellos hombres se escapaban de su mundo terrible, comían tacos y dormían con mujeres apacibles. ¡Era extraordinario! El que se había declarado muy delicado, se volvió a él, lo miró con curiosidad y preguntó:

—¿Qué, ya reviviste?

Su compañero pareció interesarse:

—¡No digas! ¿Ya volvió?

—¡No! Ahí sigue tirado... ¡Caray con estos cabrones comunistas! No les gusta vivir bien ni gozar de la vida; mira nomás a este viejo pendejo, ¿para qué tenía que meterse en esta bola? Como ellos no la gozan, no quieren que la goce nadie. ¡Tan a gusto que podríamos vivir sin ellos! Mira, yo les aplicaría la ley fuga a todos y me dejaba de tanto trabajo, tantas vigiliadas espiándolos, y ¡tanta pendejada!

—Pero tú no mandas, mano. Tú eres mandado y a ti te mandan que pases las noches en vela, que sigas a estos cabroncitos, que los agarres, que les des su sopita y que te pases las noches metido en este coche haciendo bilis.

—Todavía cuando se trata de agarrar a los correos que vienen de donde sea con las maletas llenas de dólares, ¡vale la pena! ¿Te acuerdas cuando nos pasamos con el jefe toda la noche contando billetes? ¡Ese golpe estuvo padre!

—Aunque el jefe se quedó con la parte del león...

—¡Ora pues! ¡Es el león! El mero león. ¿Qué te ibas a quedar tú con toda esa lanaza?

—No, seguro que no. Yo sólo digo que agarrar a uno así vale la pena, ¡pero a este viejo infeliz! ¿Cuánto crees que traía? ¡Echa un cálculo! Ciento siete pesos y cuarenta centavos...

—¡Carajo!, y con eso iba a cambiar al mundo —y el hombre se echó a reír con ganas.

Después callaron. Con aire de fastidio se reclinaron en las portezuelas, fumaron otro cigarrillo y bostezaron. El hombre que golpeó a Eugenio se volvió al asiento de atrás:

—Oye, mano, ya te dormiste tus dos horitas, ¿no te parece que ahora es mi turno?

Del asiento de atrás surgieron unas palabrotas entrecortadas por el sueño:

—No jodas. Yo estuve en el volante toda la noche...

—Es que ya va siendo la hora de descargar el bulto —contestó su compañero.

—Queríamos que le explicaras al viejo que la revolución no se hace con cien pesos —dijo el que ahora estaba al volante, soltando una carcajada.

—Con cien pesos... Con eso no alcanza ni para chingar a su madre... —contestó malhumorado el que todavía estaba medio dormido.

Sus compañeros se echaron a reír. ¡Era verdad! ¿Qué eran cien pesos? Sólo un pendejo podía aventarse a tumbar al gobierno con esos tristes centavos. ¡Si siquiera hubieran sido dólares!

Eugenio sintió un frío desacostumbrado. Tiritaba dentro de su traje empapado y lleno de lodo. Se dio cuenta de que tenía rotos los dientes delanteros y que el cuerpo y la boca le dolían con un dolor nuevo, entumecido, como si nunca más pudiera recobrar el movimiento sin resquebrajarse todos los huesos, que ahora se habían vuelto frágiles e hinchados.

—¡Oye, tú! Ya estuvo bueno. A ver si te empiezas a despertar —le gritaron.

Eugenio se movió un poco y todo el cuerpo se le electrizó de dolor. Miró a los hombres con sus ojos lastimados. Ahora lo rodeaban los tres.

Eran tres gigantes todopoderosos.

—Bueno, ¿qué? ¿A cuántos has matado? ¡Suelta la sopa, cabrón! —le gritó uno de ellos dándole un puntapié en el costado.

—No sé nada... —contestó Eugenio sorprendido de tener voz en medio del quebranto que sentía.

—¡Hay que subirlo! —ordenó el hombre que llevaba el volante.

Los hombres lo levantaron como un bulto y lo echaron en el piso del auto. Una vez dentro le vendaron los ojos y le pusieron una mordaza. ¿Adónde lo llevaban? ¿A cuántos habrían llevado así? Sabía que uno de sus guardianes viajaba atrás con él, porque llevaba puestos los pies sobre su costado. Dolorosamente, recordó al padre Joaquín. “¿Lo habrán recogido?”, se preguntó, al tiempo que unas tinieblas lo invadían por

dentro y le borraban el rostro hospitalario del padre. Hubiera querido rezar, pero su cerebro funcionaba mal, sólo podía repetir: “Dios te salve... Dios te salve...”, y no podía repetir la salve, que había rezado millares de veces. De repente, supo que iban cruzando la Ciudad de México. Esa ciudad que ignoraba su suerte y se movía en todas direcciones, como si nada hubiera ocurrido. Todos ignoraban su suerte. Los periódicos no hablarían de su muerte, tal vez alguien descubriría su cadáver flotando en el canal del desagüe o en alguna barranca del camino a Cuernavaca. Recordó milagrosamente a la señorita Refugio; ella era la única que podía preocuparse por su ausencia, a lo mejor hasta iba a buscarlo a su casa y, al comprobar su desaparición, daría parte a la policía. ¿A la policía? Pero si era la policía la que lo llevaba en aquel automóvil, y sintió que iba a desfallecer de terror.

Los hombres que lo llevaban, ¿ignoraban que morir era un acto sagrado? A esas horas en el mundo, ¿cuántos hombres irían en el fondo de un automóvil para morir en manos de unos desconocidos? Como él, millares de inocentes en el mundo viajaban en coches oscuros, con los ojos vendados, tragando su propia sangre, hacia un destino inicuo. El destino de la víctima es siempre el mismo: ¡terrible! ¿Qué había hecho para ocupar ese lugar en el suelo de un auto? “Yo no soy nadie...”, se dijo sorprendido, y recordó el momento en que les regaló los cigarrillos a los huelguistas. Nunca imaginó que el final iba a ser el fondo de un coche negro. ¿Cómo se llamaban los hombres que lo sacaron del coche de doña Alicia? ¿Y cómo se llamaban los otros que habían sacado de sus casas a hombres iguales a él? El nombre no importaba. Aquellos hombres existían para que existiera el acto prodigioso del crimen, y nuestro tiempo era sólo eso: el crimen. Le subieron a los ojos unas lágrimas de fuego, que le abrasaban por dentro todo el rostro. Llorar le hacía daño, la cabeza parecía rompersele a medida que subían los sollozos.

—No llores. ¿Qué, no eres hombre?

El coche se detuvo. Lo bajaron y lo hicieron cruzar un patio. Supo que era un patio por el eco de los pasos sobre las baldosas y porque sus pies sintieron la aspereza de la piedra. Sus pies descalzos revivían al contacto de aquella piedra lisa y recién regada. Después lo hicieron bajar una

escalera y lo pusieron en presencia de alguien. Una puerta se cerró tras él. El aire de la habitación estaba enrarecido, como si guardara muchos gritos y el sudor de muchos cuerpos, que ahora misteriosamente se volvían el suyo.

—¡Eugenio Yáñez! —dijo uno de sus captores.

—El nombre de tu víctima —le pidió una voz débil.

Yáñez no entendió la pregunta.

—El nombre de tu víctima —le repitió la voz débil.

—No entiendo, señor... —murmuró Yáñez.

—¡Ah! ¿No entiendes que te pido el nombre del muchacho al que torturaste y mataste en tu casa? ¿No lo entiendes? ¡El nombre! ¡El nombre! —dijo la voz, impacientándose.

—¿El herido?... —preguntó Yáñez, sintiendo que entraba en la locura.

—¿El herido?... ¿Así lo llamas? ¡Tu cómplice no quiere ni siquiera nombrarlo así! ¡Yáñez, eres un cobarde! ¿A cuántos has matado? ¿A cuántos has matado? ¿A cuántos has matado? —repitió muchas veces la voz y en un tono cada vez más perentorio.

Eugenio sintió que vacilaba, no sabía qué pensar ni qué decir. ¿Por qué le preguntaban eso? Estaban confundidos, debían hablar de otro Eugenio Yáñez.

—Yo soy Eugenio Yáñez Espejo... —alcanzó a decir para deshacer el error que cometían sus verdugos.

—¿De veras, desgraciado? ¿De veras? Pues ya que confesaste tu nombre, ¡confiesa ahora el o los nombres de tus víctimas! —dijo la voz subiendo de tono.

Eugenio lo escuchó cada vez con más terror. “Tal vez nadie me pregunta nada y yo deliro.” ¡Le dolía tanto la cabeza!

—¡Es inútil! ¡No va a hablar! —dijo uno de sus captores.

—Ya hablará, no se preocupe —dijo la voz aguda.

Eugenio recibió un golpe terrible en la frente. El objeto que lo golpeó era blando, pero lo hizo caer de espaldas sobre el piso de cemento. Los cuerpos de los caídos antes que él no aminoraron el golpe ni la dureza impía del suelo.

—¡Es un necio cabrón! —comentó el hombre que tenía la mujer que

dormía bonito.

Lo pusieron de pie y le repitieron la pregunta. Su memoria se nublaba ante el terror que sufría delante de aquellos hombres invisibles. Sintió correr la sangre caliente por su cuello y su pecho. Desde muy lejos escuchó la pregunta:

—¿Quiénes son tus víctimas, cabrón?

Quiso recordar nombres, algunos nombres, los que fueran, pero su memoria se había agazapado en un callejón oscuro y ya no funcionaba.

—¡Llévenselo! —dijo el hombre de la voz débil.

Se lo llevaron a rastras.

—¡Ahora sí, cabrón, te vas a encontrar con quien no quieres! —le dijeron los hombres—. ¡Ya verás si tienes cómplices o no los tienes! ¡Te va a nombrar a tus víctimas, joto hijo de la chingada...!

El nombre de Matarazo se abrió paso en su memoria embotada. Le llegó enorme y difícil, como si no le cupiera en la cabeza. “Me denunció”, pensó con dificultad, aceptando su culpa. ¡Claro que era culpable de rebeldía!... Era culpable de no ser como sus verdugos, y el mundo estaba lleno de culpables. El nombre de la señorita Refugio se dibujó en su memoria. “¡Refugio!” Debió irse a su casa, su nombre lo indicaba, ella le había dicho que había muchos “soplones”, muchas “orejas”. No pudo llorar, las lágrimas no hallaron el camino, muchas piedras les impidieron el paso.



Abrieron una puerta, le quitaron la venda ensangrentada, le dieron un empellón y se encontró de bruces en el piso de cemento de un cuarto oscuro, de techo bajo y aire irrespirable. Cerraron la puerta con doble llave.

Eugenio se encontró en aquel lugar maloliente y cerrado como una tumba, a sabiendas de que todavía no estaba muerto. Se quedó quieto, incapaz de pensar en nada. Cuando menos, habían cesado de golpearlo. En el silencio sepulcral alguien respiraba con dificultad, muy cerca de él. Temió que fuera “el herido” y lo invadió un terror sobrenatural. Con gran temor extendió el brazo y tocó la tibieza de un cuerpo. El otro no se

movió. Eugenio hizo un movimiento para acercarse a él.

—¡Déjeme! —gimió una voz que le pareció conocida.

—¡Matarazo!... —dijo en voz muy baja.

—¡Yáñez! —respondió el otro.

—¡No me llamó usted!... —dijo Yáñez asustado.

Hubo un silencio, que a Yáñez le pareció eterno.

—Quieren que confiese a quién matamos en su casa... —dijo Matarazo con esfuerzo, como si tuviera los dientes rotos.

—¿A quién matamos?... —repitió Yáñez como un estúpido.

—¿Qué voy a confesar?... Ya les dije que yo no sé nada... Yo trabajo en una camisería cerca de la estación... El día de la bola vi a unos muchachos que corrían.. Uno iba herido, los recogí... Usted sabe quiénes son, ellos me llevaron a su casa... No sé nada más...

Hablaba con trabajo y Yáñez pensó que tenía la lengua destrozada.

—No me llamó usted... Quizás juntos hubiéramos podido sacar al difunto —insistió Yáñez.

—Entonces, ¿es cierto que usted lo mató?...

—No. Yo no maté a nadie... Yo no sé nada. Yo les llevé cigarrillos a los muchachos... Y cuando ya se habían ido me trajeron al herido... Lo dejaron de rodillas frente a mi casa... y lo recogí...

—¿Quiénes se lo llevaron?...

—No sé... Me dijeron por teléfono: “El compañero está muy enfermo, cuídalo, compañerito”...

—¿Y quién era?...

—No lo sé... Si yo no conocía a los muchachos... Los conocí cuando les llevé los cigarrillos...

Guardaron silencio: el horror era total. Habían andado a ciegas en un mundo para ellos desconocido, que gozaba de su propia mecánica y de sus propias reglas. ¡No conocían a nadie! Sí, Yáñez conocía a Ignacio, a Eulalio y al Novillero...

—Fuimos a buscarlos... y nos salió el camión... —dijo en voz muy baja.

Lo había olvidado. Matarazo se estremeció al recordar la oscuridad, la lluvia y la voz del viejo, y el camión...

—Nunca lo diga... ¡Nunca!... —suplicó aterrado. Y agregó—: Todo está

muy oscuro, muy oscuro...

—Sí. Muy oscuro. Andamos en tinieblas... Nos van a matar...

—Sí, nos van a matar... Ya ese camión nos lo dijo... —insistió Matarazo.

—Me agarraron en Lerdo y no han parado de golpearme... ¿Por qué no me mataron en la carretera?... —preguntó Yáñez, sin entender el proceso que provocaría su muerte.

—A mí me agarraron el viernes... al bajarme de su coche en la avenida Juárez... Hallaron a un muerto en su casa... Querían que yo lo identificara... —contestó Matarazo con rencor.

—¿Le enseñaron al herido?... —preguntó Yáñez aterrado.

—Estaba bien muerto... de una golpiza o de varias golpizas.... ¡Yo lo vi!...

Yáñez calló. ¿También Matarazo creía que él era el asesino? Ya le había dicho la verdad, pero volvió a insistir:

—Compañero, me lo trajeron a la casa... Me lo dejaron hincado frente a la reja... Yo lo recogí... Lo cuidé... Le puse penicilina... ¡Tengo testigos, los de las farmacias!... Y falleció el día que usted no me llamó...

—¿Se lo llevaron los muchachos?... —preguntó Matarazo.

—No, no lo creo... No sé quién lo llevó... Cuando salí estaba solo...

Guardaron silencio.

—¿Y quién era? —volvió a preguntar Matarazo.

—Nunca lo supe... No podía hablar... Creo que estaba en coma...

—Nos van a matar.. Debe ser alguien importante... —reflexionó Matarazo.

—Sí, nos van a matar... Un padre me socorrió en Torreón... Si está vivo hará algo...

—¿Un padre?... No, no hay respeto... Nadie vendrá por nosotros... sólo Dios —dijo Matarazo con trabajo.

—Sí. Sólo Dios... —y Yáñez quiso recordar la salve—: “Dios te salve, reina y madre de misericordia...”

—“Vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve...” —continuó Matarazo.

Volvieron a callar. Las palabras de la salve les dieron la resignación necesaria para morir. Notaron que a medida que el tiempo pasaba, el

dolor de los golpes aumentaba. ¡Si pudieran morir ahora! Ahora mismo, antes de volver a enfrentarse nuevamente con sus verdugos. Entre ese momento y el de su muerte había un espacio abierto y desconocido que los aterraba. Después de todo ya estaban muertos y sepultados en aquella celda hedionda por la que circulaban ratas. Sí, sólo les quedaba la misericordia de la madre de Dios. Se quedaron quietos, imaginando cómo los recibirían cuando cruzaran la frontera de los muertos.

—Habrà mucha luz... —dijo Matarazo.

—Sí... mucha luz... —convino Eugenio.

—Allí, más tarde, me reuniré con mis hijos... —añadió Matarazo.

Eugenio quiso preguntar por ellos, pero no se atrevió. Era la primera vez que su amigo los nombraba.

—Sí, allí los verá usted... —aceptó Yáñez con una gran tristeza.



La puerta se abrió con gran estrépito. La luz mortecina de un pasillo les lastimó los ojos heridos.

—¡A ver, cabroncitos! ¿Ya se pusieron de acuerdo? ¿Van a cantar? ¡Han provocado graves daños al país y a la moral pública! ¡Qué ejemplo para los jóvenes! ¿Qué me dicen? ¿No? ¿No van a hablar? ¡Pues hay relevos para ustedes!

Y entraron dos tipos fornidos que los miraron con una mezcla de odio y de tedio.



Torreón se conmocionó con la noticia. En todos los diarios aparecía a ocho columnas, anunciando los crímenes de los dos degenerados, con las palabras más impresionantes. La gente se arrebatava los diarios:

—¡Uno de ellos estuvo aquí!

—¿Aquí? ¿En Torreón?

—Sí, aquí en Torreón. Vino a esconderse.

—¡Qué horror, no hay seguridad en ninguna parte! —comentaban en los barrios alejados del centro de la ciudad.

Pero a las pocas horas, todos recordaban haberlo visto. ¡Era verdad! Iba detrás de los muchachitos. Todos lo habían visto. ¡Todos!

En las esquinas leían en voz alta los encabezados y los artículos escritos sobre el caso de los dos degenerados que torturaban y asesinaban a sus víctimas. Miraban con avidez las fotografías de Yáñez y de Matarazo.

—¡Claro que me acuerdo de él!, si llegó aquí muy sospechoso. Ni siquiera traía equipaje. Enseguida imaginé que había salido a uña de caballo. También supe que había dado un nombre falso —aseguró la señorita que atendía el mostrador del hotel en el que había parado Yáñez.

El cajero leyó en voz muy alta:

—“Les fue aplicada la ley fuga a los dos asesinos viciosos.”

—¡Quién iba a decirlo! Yo no sospeché nada. El tal Yáñez me pareció un pobre infeliz —comentó un huésped que recordaba a Eugenio como si lo estuviera viendo.

—¡Escuchen! Yáñez fue detenido en Torreón, cuando trataba de reunirse con su cómplice, que se hallaba oculto en Lerdo —leyó una de las señoritas que servían la mesa.



En la fonda donde Yáñez cenó la primera noche también había expectación. La dueña, una mujer gorda y colorada, parecía convencida de los crímenes que se le atribuían a su cliente fortuito:

—Eran feroces. Se quisieron escapar y en el camino agredieron a la policía y no quedó más remedio que aplicarles la ley fuga... Sí, eran terribles, que Dios los perdone... —comentó la mujer, mientras contemplaba la foto de Yáñez, sacada de su credencial de burócrata—. Estaba ya viejo... —añadió, viendo aquella cara gris que la miraba desde la página del diario. Se quedó meditabunda—. ¡Se me hace raro que fuera tan fiera! —dijo después de unos minutos.

Sus parroquianos la miraron con atención.

—Sí, el caso está rarito... Aunque quién sabe, le hallaron en su cama al muchacho torturado —dijo uno de los clientes, que bebía café caliente.

—Les diré que ¡hacen tantas trampas que quién sabe! ¡Quién sabe! —dijo una mujer del pueblo ocupada en masticar una tostada.

—¿Y el otro quién era? —preguntó una joven.

—¡Un hombre casado, con cuatro hijos! ¡Increíble! ¡Increíble!

—Sí, ¿quién va a sospechar de un casado y empleado de una buena camisería? ¡Nadie! Aunque, según los testigos, ¡andaba siempre muy prendidito! —comentó un joven comiendo un sándwich de jamón.



—¡Mire, doña Alicia: desde que se hincó en el confesionario supe que estaba perdido! Hacía un buen rato que uno de esos hombres había venido a prevenirme del caso. Me mostró la fotografía del pobre Yáñez y me advirtió que si se acercaba a la iglesia mi deber era dar parte inmediata a la policía... No sé, no sé, pero yo supe, desde antes de su confesión, que era inocente. ¡Y es inocente! ¡Un inocente, doña Alicia! — exclamó exaltándose el padre Joaquín, que con mano nerviosa se acomodó el vendaje que le cubría la cabeza.

—¡Pobrecito! Dios lo ha de tener en su Santa Gloria. Yo también había visto su foto en el periódico, pero no quise decírselo para no ponerlo más nervioso —dijo conmovida doña Alicia.

—El hombre estaba deshecho. Tampoco yo le mostré el diario, era mermarle fuerzas, que mucho necesitaba en esos momentos —añadió el padre.

—Lo peor es que lo han cubierto de lodo, y al otro pobre señor también...

—¡Yo voy a hablar con los periodistas! ¡Diré la verdad! Yáñez era un justo. No se puede permitir que enloden su memoria después del martirio que le hicieron pasar —dijo el padre, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Con los periodistas? —preguntó incrédula doña Alicia.

—¡Sí, con los periodistas! —afirmó el padre.

—Mejor hable con el diputado que lo sacó de la cárcel, por su complicidad con el pobre Yáñez. Él prometió intervenir en su favor...

—¡Prometió, prometió! De promesas está empedrado el infierno... Pero no pueden quedar como asesinos de jóvenes —insistió el padre.



En la oficina de Yáñez hacía ya varios días que los empleados guardaban silencio. La policía se había presentado desde la desaparición de Yáñez y había pedido hablar con el jefe. Entre los compañeros de Eugenio circulaban rumores fantásticos: “Parece que ha matado a once muchachos...” “¡Es increíble! Y si no le encuentran al último, muerto en su propia cama, hubiera seguido la serie...” “¡No es posible!” exclamó la señorita Refugio tapándose los oídos. Pero cuando el escándalo estalló en todo su esplendor, la señorita no volvió a nombrarlo. ¡Yáñez y su cómplice habían confesado todos sus crímenes! Y sus compañeros trataban de hablar de aquel “horror” a espaldas de ella.

—No cabe duda de que donde menos se piensa, ¡salta la liebre! Pero qué bien escondido tenía su homosexualismo —decía el más joven de la oficina.

—¡Y pensar que venía tan tranquilo y volvía a su casa para seguir torturando a ese infeliz!

—¡Qué estómago! ¡Nunca me gustó ese viejo hipócrita! —concluyó Gómez, el jefe, que en el fondo se hallaba satisfecho de haber tenido bajo sus órdenes a aquel “monstruo”. Su importancia aumentó el día en que el propio secretario lo mandó llamar para pedirle informes sobre “el individuo ése a quien me da asco nombrar”.

—¿Cómo no se dio usted cuenta de la clase de hombre que era? —preguntó con gesto adusto.

Enseguida pidió detalles sobre su conducta, y ambos pasaron una hora hablando del caso que tenía conmocionada a la ciudad. Se despidieron con cordialidad.



En Saltillo, Pedro y Tito leyeron la noticia en los diarios, y se miraron aterrados. Ambos estaban escondidos en la casa de una comadre del padre de Pedro.

—¡Cabrones, les dieron la ley fuga! —dijo Pedro enrojeciendo de ira.

—¡Carajo! Esos supieron algo... algo que no debían saber. Cuando pase la racha investigaremos y a ver a cómo nos toca —dijo Tito, que se había puesto muy pálido.

—¡Somos unos pendejos! Les debimos haber dejado la dirección y en vez de vagar por Torreón se hubieran venido acá directamente —contestó Pedro.

—Pero ¿cómo íbamos a imaginar esto? Desaparecidos nosotros, desaparecía el peligro para ellos... Ni siquiera estaban fichados. ¡Carajo! El imbécil de Alberto no le debe haber avisado nada —dijo Tito dando vueltas por el cuarto.

—Mira, el secreto está en el muerto. ¿Quién era?... Si es que hubo muerto, cosa que yo dudo —contestó Pedro, que trataba de encontrar el porqué de aquellos asesinatos.

—¡Claro que hubo muerto! Es uno de los Galán. ¡Estoy seguro! Acuérdate cómo se agarró con la policía... Ya lo verás cuando salgamos de aquí.

—Tienes razón, ¡fue un cuatro muy bien montado! ¡Muy bien montado! y el pobre de Yáñez cayó en la trampa. Pero, ¿cómo llegó allí?...

—Todo lo sabremos, con el tiempo y un ganchito.



Esa misma tarde, los diarios publicaron las declaraciones de dos huelguistas hechas a la prensa desde la clandestinidad. En los diarios no aparecían ni sus nombres ni sus fotografías. Y los periodistas guardaban el más absoluto secreto profesional. Uno de ellos, el más enérgico, declaró:

El peligro en los movimientos populares es la infiltración de elementos oscuros, pertenecientes a la clase burguesa, que se mezclan con el pueblo sano para desvirtuar los verdaderos objetivos de la lucha de clases que hemos emprendido. Estos cuerpos extraños corrompen a los revolucionarios y ensucian los ideales que los mueven: la libertad, la igualdad y los derechos de los trabajadores. Es a esos elementos oscuros, a esos cuerpos extraños, a los que hay que eliminar, si alguna vez queremos tener en México una lucha limpia, que guíe a los mexicanos por el camino de la justicia.

Su compañero, que hablaba también desde la clandestinidad, fue más breve:

Por desgracia contamos con muchos elementos nuevos en la lucha, elementos que se dejan

encandilar por la imposible simpatía que les muestran algunos burgueses, buscadores de placeres prohibidos. ¡Alerta! ¡Alerta, camaradas, si no quieren terminar asesinados en el corrupto lecho de un degenerado!



En Saltillo, Pedro y Tito leyeron en voz alta ambas declaraciones y se miraron convencidos de que habían descubierto algo de suma importancia, algo que los dejó sobrecogidos y de lo que no se atrevían a hablar. Se miraron a los ojos en medio de un silencio que los aterró. Fue Pedro el que se acercó mucho a Tito para preguntarle en voz baja:

—¿Qué te parece?...

—Que ya sabemos todo... o casi todo... fueron ellos...

—Sí, ellos fueron... ¡Vendidos! ¿No te acuerdas que Ignacio llegó a casa de Yáñez a buscar al “herido”? ¡El herido era Galán!...

—Debe de haber estado muy mal herido y lo agarró la policía... —respondió Tito, que se había puesto muy pálido.

—¡Claro que estaba mal herido!... Ignacio y Eulalio lo acabaron de chingar. Lo entregaron a la policía y le aconsejaron que lo llevara a la casa de Yáñez... —Pedro estaba rojo de ira.

—¡Ellos montaron la trampa!... Y ¿por qué escogieron a Yáñez?... No lo entiendo...

—No lo sé... ¡Eso es lo que tenemos que investigar! Aunque, mira, lo más fácil es lo más obvio: lo hicieron por dinero. ¡Así de simple! Escogieron a Yáñez porque lo vieron con nosotros y algo tenían que esconder... ¡Vendidos!... —repitió Pedro en voz baja.

—No les va a durar mucho el gusto. ¿Tú crees que la policía necesita de dos cabroncitos como ellos? —preguntó Tito.

Pedro se quedó callado largo rato; luego, muy despacio, le explicó a su amigo:

—Sí, los necesita. A los que no necesita es a dos idiotas como nosotros. Y estamos en sus manos...

—¿De quién?... —preguntó Tito alarmado.

—De Ignacio y de Eulalio. ¿No lo ves? Habrá que ir con pies de plomo si no queremos acabar como Yáñez y Matarazo...



Pedro tenía razón. Desde el norte se enteró de que los dos cómplices ocupaban puestos de confianza en la sección administrativa. Tito hacía ya meses que se había ido a Centroamérica como guerrillero y Pedro decidió reunirse con él.

De Galán corrió la voz de que andaba en el extranjero, pero nunca más nadie volvió a verlo, ni a tener noticias de su andar por este mundo. Se diría que se lo había tragado la tierra. Y así era, en un lugar no muy lejano del que ocupaban Yáñez y Matarazo...

París, 1960

BUSCA MI ESQUELA
(1996)

La jovencita corrió calle abajo sin importarle la lluvia ni la soledad de la noche. En su huida, olvidó cerrar las rejas de su casa. Sus zapatos sonaron sobre el asfalto golpeando la noche lluviosa. Dio vuelta a la esquina, aminoró la carrera, miró las copas de los árboles dobladas por el viento, se abotonó la gabardina y siguió andando. Iba derecha, como si llevara un rumbo preciso aunque en realidad no llevaba ninguno. No tenía miedo. Las calles, solitarias a esa hora, sólo ofrecían árboles graciosos mecidos por la lluvia y prados de crisantemos húmedos que iluminaban las sombras como minúsculos soles apagados. No había nadie, sólo ella andando de prisa en las aceras angostas y resbaladizas... Caminó largo rato absorta, haciendo esfuerzos para no llorar, era mejor mirar la lluvia que le bañaba el rostro y los cabellos. “El que ama la lluvia ama la poesía”, le había dicho una tarde un jardinero japonés; recordó sus cejas separadas y sus ojos dibujados como las alas de una golondrina, y porque estaba absolutamente prohibido, decidió robar de los prados y de los jardines un gran ramo de crisantemos; iba a hacerlo cuando vio debajo de un roble joven a un hombre en mangas de camisa que la observaba. Lo descubrió a unos cuantos pasos de distancia, vio sus ojos oscuros, brillantes, de indio, y supo que al pasar cerca de él, el hombre saltaría sobre ella. El miedo la hizo aparecer tranquila; siguió avanzando, pasó junto al árbol y miró al hombre en mangas de camisa que a su vez no le quitó la vista de encima. Había olvidado su deseo de robar crisantemos. Supo que cuando le diera la espalda, el desconocido se lanzaría en su persecución. Caminó erguida, consciente de la soledad de la calle y de la inutilidad de pedir auxilio. Las ventanas detrás de los jardines estaban apagadas. Apenas hubo avanzado unos cuantos pasos cuando sintió que

el hombre abandonaba su refugio y caminaba detrás de ella. Lo imaginó tranquilo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y siguiéndola con la seguridad de darle alcance en el momento que quisiera. Torció en la primera esquina con la esperanza de perderlo y apresuró la marcha. Su corazón hacía tal barullo que le impedía escuchar el rumbo que tomaría el desconocido. A los pocos instantes, los pasos del hombre doblaron la esquina. La joven al oírlos apresuró aún más su marcha y los pasos del hombre aceleraron su ritmo. La calle se llenó de pasos precipitados. La chica dobló por la calle siguiente y echó a correr con la boca abierta, ahogada por el viento y la lluvia. Su carrera partía la noche como una ametralladora. Detrás de ella la carrera del hombre aplastaba el asfalto. La muchacha desconoció la calle oscura, sembrada de faroles altos y separados que iluminaban las sombras con reflejos violetas: la calle era larga y ligeramente curva, de un lado había casas bajas, y del otro se diría que un pequeño bosque allí terminaba. Le pareció que había entrado a un lugar propicio para el crimen.

A lo lejos, un poco detrás de la curva de la calle, semiocultas por las copas de los árboles y los desniveles del terreno, se alzaban, como en los cuentos que leía de niña, las ventanas iluminadas de una casa pequeña defendida por unas rejas oscuras del siglo XIX. Corrió hacia ella, la detuvo un instante un súbito estrépito de luces y silbatazos, y vio que lentamente bajaban las barreras del paso del tren. Ella alcanzó a atravesarlas y sin dudarle cruzó las vías del tren que se aproximaba y se lanzó a las rejas de la casa.

—¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Abran!... ¡Abran!... —gritó asida a los barrotes de hierro negro. El tren apareció a sus espaldas, inocente en su estrépito de lo que sucedía. El hombre en mangas de camisa quedó detrás de la vía, los vagones de carga lo ocultaban, pero era cosa de minutos, la larga fila de vagones rojizos terminaría pronto y de la casa nadie acudía a sus gritos de auxilio.

Se volvió desesperada y se encontró junto a un automóvil que esperaba el paso del tren. Sin dudarle abandonó las rejas, llegó junto al automóvil, abrió la portezuela y entró al lado del chofer que la miró atónito.

—¡Auxilio! —gritó la muchacha abrazándose al cuello del hombre.

Miguel, asombrado, trató de librarse del abrazo.

—¿Qué pasa?

La joven escondió la cabeza en su hombro y se cogió de su brazo.

—Me quiere matar.

—¿Quién?...

La joven levantó la cabeza y se volvió a mirar al tren que en ese momento acababa de desaparecer. Detrás del último vagón apareció la calle silenciosa.

—¡Ése! —gritó la jovencita señalando un punto del otro lado de las vías.

En el lugar señalado por ella no había nadie. El hombre en mangas de camisa había desaparecido y la calle curva y abandonada estaba sola. Miguel miró aquella soledad batida sólo por la lluvia, luego se volvió a mirar la casa de ventanas encendidas y por último la miró a ella con desconfianza.

—¡No hay nadie! —dijo con calma.

—¡Está escondido, esperándome! —aseguró al darse cuenta de la desconfianza que despertaba en el desconocido.

—¡Entre a su casa! —dijo éste con calma.

—¡No quiero! ¡Lléveme lejos de aquí! Va a venir a matarnos por la espalda.

—¿Quién? —preguntó exasperado.

—¡Él!

—Escucha, pequeña. Cálmate —contestó Miguel haciendo el gesto de bajar del automóvil.

La joven se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—Por favor... vámonos —suplicó sin soltarlo.

Miguel la miró con curiosidad y la encontró bonita con sus cabellos rubios empapados por la lluvia. Se dio cuenta de que bajo la gabardina sólo llevaba un camisón de dormir muy corto. Tuvo la impresión de que estaba loca o quizás drogada.

—Vámonos... —lloró la chica.

Miguel obedeció la orden y echó a andar el automóvil. La joven se tranquilizó inmediatamente y se replegó en el asiento sin decir una sola palabra.

—¿Por qué te escapaste? —preguntó él conciliador y tratando de poner una mano sobre la rodilla desnuda de la muchacha.

La joven, al ver su actitud amistosa, se retiró aún más al fondo del asiento y replegó las piernas. ¿Por qué aquel desconocido se sentía autorizado a tocarle las rodillas? Miró atenta la noche lluviosa a través del parabrisas y no contestó. Miguel observó con recelo los ojos y la actitud hostil de la muchacha. “¿Qué se propone?... ¿Enredarme en un lío extraño?”, se dijo preocupado. Del fondo de la noche, surgió melancólica la figura de un gendarme que hacía la ronda de la zona.

—Vamos a la policía para que aclare este misterio —anunció Miguel con voz natural y observándola de reojo.

La joven pareció asustarse, pero optó por guardar silencio mientras él encaminaba el auto hacia el gendarme. La chica bajó los ojos rencorosa y Miguel detuvo el auto. El gendarme se acercó con cortesía, le gustaba que alguien le dirigiera la palabra en sus rondas solitarias. También él tenía miedo girando siempre en su bicicleta a la espera del asesino que podía caerle por la espalda.

—¿Pasa algo, señor? —preguntó.

Miguel miró los ojos amables del gendarme y echó una ojeada rápida sobre la joven que sumisa había bajado la cabeza; dudó unos instantes; su compañera inesperada le pareció muy indefensa.

—Andamos perdidos... —y preguntó por una calle cualquiera.

El gendarme se perdió en explicaciones que ni Miguel ni su acompañante escucharon, pero él continuaba hablando para prolongar la agradable compañía.

—Gracias, muchas gracias.

El policía siguió su marcha y ellos se alejaron de prisa abandonándolo en su ronda solitaria. Corrieron al azar sin dirigirse la palabra, cada uno sumido en sus propias reflexiones.

—Es usted muy bueno —dijo ella con humildad.

—No, no soy bueno.

El automóvil enfiló al Paseo de la Reforma, pasó junto a la Fuente de Petróleos y continuó hacia el centro de la ciudad.

—Aquí puedo bajarme, hay mucha luz...

Miguel la miró con disgusto: ahora él no quería que la muchacha se bajara del auto. Hizo como si no la hubiera escuchado, pero la muchacha insistió en bajarse, cerca de San Juan de Letrán.

—¿A dónde te llevo? —preguntó él decidido.

—No lo sé... es la primera vez que no sé a donde ir —contestó ella.

—¿Y tu casa? —preguntó él con aire severo.

La chica hizo chasquear los dedos, lo miró de frente y dijo con simpleza:

—¡Se esfumó!

Miguel detuvo el automóvil para observar a su compañera. Examinó sus piernas desnudas, sus pies metidos en unos mocasines viejos y sus manos gravemente cruzadas sobre su gabardina abotonada. Estaba decidida a no escucharlo. Adoptaba una actitud de dignidad y compostura obstinadas. Su perfil estaba cerrado a cualquier discusión y algunas mechas le caían sobre la frente. Había sucedido algo cuando la joven dormía, algo que la había despertado y la había hecho huir. Trató de leer en su rostro serio el origen de su huida y de su actitud seria. Optó por sonreír y le pasó una mano sobre los cabellos húmedos de lluvia.

—¿Un disgusto?

La joven movió la cabeza y con los dedos se limpió con ira unas lágrimas que corrieron por su rostro.

—Una muerte —contestó iracunda.

—¿Una muerte? —preguntó él alarmado, tomándole el rostro y obligándola a mirarle.

—Sí, la mía —dijo ella con voz segura.

Las palabras de la joven le parecieron terribles y no supo qué contestar. Permaneció pensativo y silencioso. ¿Acaso alguien había tratado de matarla?

—¿Le parece raro? —le preguntó ella con naturalidad.

—No...

¿Por qué mintió, si la verdad era que no sólo la joven sino la situación le parecían extrañas? Tal vez para provocar las confianzas de su extravagante compañera. La miró preocupado y, por hacer algo, sacó su pañuelo y enjugó el surco húmedo dejado por las lágrimas recientes de la

chica.

—¿Qué hago contigo? —le preguntó con sinceridad.

—Llévame a tomar un café. Tengo frío.

La chica, sin dudarle, subió las piernas sobre el asiento y recostó la cabeza sobre las piernas de Miguel.

—Así nadie me ve y en cambio yo veo viajar las copas de los árboles — dijo tranquila.

—Pero... —“No puedo manejar así” iba a decir Miguel, y bajó los ojos para encontrarse con la cara confiada de la desconocida. La oyó decir:

—Así no tengo miedo.

Miguel no protestó. Una emoción extraña se apoderó de su corazón y aminoró la velocidad del auto para volver a mirarla.

—Pareces una ahogada... muy bonita —le dijo en voz baja.

La chica cerró los ojos, luego los abrió y lo miró desde abajo.

—Es verdad.. ya no soy de este mundo. No valía la pena vivirlo... — contestó la joven observando el parabrisas azotado por la lluvia. En el cristal se abrían arroyuelos que se entrecruzaban formando un sistema de canales veloces que corrían vertiginosamente.

—Tampoco tú eres de este mundo, los dos estamos en el fondo de un río —agregó la chica levantando una mano para hacer un cariño en la de Miguel apoyada en el volante.

El hombre guardó silencio y prefirió no mirarla, recostada sobre sus piernas, con los ojos abiertos a la lluvia y a mundos ajenos a él que se abrían paso entre las ráfagas de agua que envolvían al automóvil.

—No sabía que iba a ahogarme con alguien tan bueno como tú —dijo la chica besándose la punta de los dedos y llevándolos a los de él para transmitir el beso.

Miguel se empeñó en guardar silencio, no llevaba prisa. ¿A dónde iba? Hechizado por la situación inesperada se dejaba llevar por cualquier calle; bajó los ojos y contempló a la joven que apoyaba su cabeza sobre sus piernas. Iba tranquila, como si siempre hubiera viajado apoyada en él, y Miguel tuvo un sobresalto. La chica le era tan familiar que le pareció increíble que hiciera apenas unos minutos que la había encontrado. Volvió a mirarla preocupado:

—¿Sabes? Yo te conozco...

Ella le devolvió una mirada tranquila.

—También yo.

Miguel detuvo el automóvil, se inclinó sobre el volante y permaneció en silencio buscando arduamente en su memoria en dónde había conocido a la chica. Se volvió con seriedad a la joven:

—¿Dónde nos vimos?

—Antes de venir al mundo, por eso lo dejamos ahora juntos.

Pensativo, jugó con los cabellos de la joven colocados en desorden sobre el casimir de su pantalón.

—¿Y en el mundo nunca nos vimos?

—¡Nunca! —contestó la muchacha cerrando los ojos convencida de lo que decía.

—Es muy triste.

Miguel le acarició los párpados, tiernos y jugosos como pétalos de camelia.

—¿Llevaste una vida triste? —preguntó ella dejándose acariciar.

—Nostálgica... te buscaba. Tuve todo, menos a ti. ¿Y tú?

—Yo tengo esta noche.

Miguel la enderezó y la apretó contra su pecho. Afuera la lluvia continuaba golpeando los cristales del automóvil.

—¡Estás helada!

Volvió a colocarla sobre sus piernas como antes y puso en marcha el auto en busca de un café. “Para mi hermosa ahogada” se dijo sin mirarla. Se detuvo frente a un café en las Lomas. Observó a la muchacha y tuvo la impresión de que el mundo se había vuelto irreal.

—Vamos a tomar ese café —ordenó con suavidad.

—No puedo bajar... me da miedo que alguien me vea... sería terrible —contestó ella.

La vio deslizarse de sus piernas y ocultarse en el fondo del coche, acurrucada en el suelo.

—Tráeme tú el café —le pidió ella en voz baja.

No le asombró su súplica. Sin proponérselo se iba acostumbrando a sus excentricidades; debía tener algún problema poderoso. Entró solo al

lugar y después de unos minutos volvió con la taza de café servida. La jovencita lo bebió a pequeños sorbos desde su escondite. Hubiera querido preguntarle por qué se ocultaba con tanto esmero, de qué tenía tanto miedo, pero ante la certeza de que la chica no le diría la verdad, prefirió no decir nada. Las luces de la calle apenas llegaban al rincón oscuro del auto en el que su amiga se escondía. Ella le devolvió la taza y él le acarició la cabeza.

—¿Cómo era tu otra vida? —le preguntó.

La joven hizo un mohín y calló.

—¿Prefieres ésta? —le dijo tímido.

La muchacha depositó un beso en la mano que le acariciaba los cabellos y permaneció quieta en el fondo del auto. Miguel entró en el café, pagó la cuenta y volvió junto a ella; quería irse de allí inmediatamente. Salió sin rumbo, estaba desconcertado. Entendía vagamente que aquella no era una aventura banal y miraba preocupado de cuando en cuando a su pareja que había vuelto a recostar su cabeza sobre sus piernas y tranquila miraba el cielo cruzado por ráfagas de lluvia.

Se encontró corriendo por los alrededores de Tacubaya. Detuvo el automóvil en una calle anodina: todos dormían a esa hora, nadie transitaba en la oscuridad, la noche se había vuelto solitaria y silenciosa.

—Ve, mi pequeña.

La tomó en brazos para besarla; a los pocos instantes una linterna sorda cayó sobre su brazo. La chica se apartó aterrada y se cubrió el rostro con las manos. Un policía introdujo la cabeza.

—¿Algún problema? —preguntó.

—No, agente...

—Circulen, circulen —ordenó el agente iluminando el interior del automóvil.

—Prohibido besarte en la calle —dijo Miguel riendo y echó a andar el automóvil.

—Prohibido amarme en este mundo —contestó la jovencita.

Dieron varias vueltas sin saber a dónde dirigirse; pasaron frente a moteles de paso anunciados por letreros pequeños. Miguel no se atrevió a proponerle entrar a uno de ellos: “sería ensuciar esta noche”, se dijo a sí

mismo disgustado por su vulgaridad. Decidido enfiló hacia la carretera de Cuernavaca, desde allí contemplarían la ciudad. A través de la lluvia y las sombras en el fondo mismo del firmamento, empezaba a producirse un resplandor como una ligera veta verde que trataba de abrirse paso entre la tempestad oscura; también las casas viejas adquirirían perfiles nuevos.

—A estas horas los fantasmas empiezan a desaparecer —anunció sombría la joven.

Su acompañante se sobresaltó. La chica inclinó la cabeza. Ahora ya no iba recostada sobre sus piernas, estaba otra vez sentada, con las manos cruzadas sobre la gabardina y el perfil digno. Por primera vez, Miguel se dio cuenta de la juventud de la muchacha: a lo sumo tendría veintidós años, era casi una adolescente y él se sintió viejo a su lado. Observó sus maneras correctas que anunciaban una educación disciplinada, y escuchó su silencio.

—No vas a desaparecer. Yo quiero amarte, amarte siempre —afirmó.

—Debo irme, sólo fue un sueño.

Se hallaban en el balcón de la carretera; misteriosamente la lluvia había cesado y el aire estaba fresco, recién nacido. A sus pies la ciudad se extendía tomando tonalidades pálidas. Unos cohetes rasgaron el cielo del amanecer. Acodados en la barandilla de piedra, contemplaron los cohetes que subían al cielo con una fuerza extraña para deshacerse en luces anaranjadas que caían como una nueva lluvia de fuego sobre la ciudad. Una vieja nostalgia, un dolor inexplicable se apoderó de él y recordó su infancia y el viejo balcón de su cuarto de niño.

—Vámonos —dijo la chica.

Volvieron a la ciudad. Se encontraron otra vez en Tacubaya.

—Voy a buscar un taxi —dijo la chica con suavidad.

La mano de Miguel la detuvo en seco.

—¿En dónde te veo? —preguntó casi sin verla.

—En el cielo, hoy, mañana, siempre...

Miguel la soltó para sacar apresurado una libreta de direcciones de la que arrancó una hoja para escribir su nombre y su teléfono.

—Lláname, te lo suplico —dijo tendiéndole el papel.

La chica guardó el papel en un bolsillo de su gabardina, miró a su

amigo con extrañeza y se echó a correr. Miguel la siguió, gritando:

—Yo te llevo...

—¡No!... es mejor que vaya sola...

Un taxi apareció en ese momento y ella corrió hacia él haciéndole señales con el brazo en alto. Miguel se detuvo en su carrera, estaba sorprendido, alcanzó a gritarle:

—¿Cómo te llamas?

—Irene... —contestó ella antes de subir al taxi.

—Si no me llamas iré a buscarte —le gritó él con decisión.

La vio abordar el vehículo y éste se alejó rápidamente. El lugar quedó vacío como quedan los lugares en donde suceden los milagros: esperando que el suceso inesperado se repita a sabiendas de que el prodigio no sucederá nunca más... Miguel, anonadado, subió a su automóvil y recostó la cabeza sobre el volante, con la vista fija en el cielo cruzado de cohetes, tratando en vano de reconstruir su pasado y recordar su presente. ¿Cuál era su presente? ¡Irene! Asoció el nombre con el mar y con los vehículos de la policía cuando cruzan la ciudad con las sirenas abiertas, señalando un grave peligro invisible para los transeúntes que se asustan a su paso. “Irene, Selene, Sirena” se dijo maquinalmente, y se supo en peligro. No le interesaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Un cafetín abrió sus puertas y recordó que debía volver a su casa. Con desgano puso su automóvil en marcha, subió a las Lomas y se detuvo frente a la casa vecina a las vías del tren, en donde por la noche había encontrado a Irene. “Ya debe haber llegado”, se dijo. Estacionó el auto frente a la casa, que debía datar de principios de siglo. Sus rejas pintadas de negro, el jardín poblado de árboles viejos, los macizos de rosas y el camino de grava que conducía a la pequeña escalinata que daba a la tenaza de entrada pertenecían a aquella época. En el lado izquierdo de la casa se erguía un pequeño torreón cuyas ventanas estaban cubiertas por visillos blancos. El aire que envolvía a la casa situada en el fondo del jardín era apacible y perfumado. La casa estaba en silencio, perdida en ese lugar inesperado y en desacuerdo con el paisaje que la circundaba; era como la propia Irene: misteriosa y poética. La quietud del lugar lo intimidó, no podía llamar a esa hora. Irene podía enfadarse por su indiscreción. Las cortinillas

blancas del torreón parecieron moverse ligeramente y decidió que alguien lo espiaba, tal vez la propia Irene. Echó a andar el automóvil y se alejó lentamente volviendo la cabeza varias veces.

Cuando llegó a su calle la mañana presidía a los árboles lavados por la lluvia; el reloj en el tablero de su coche marcaba las ocho de la mañana. Miguel aminoró la velocidad, no tenía ningún deseo de llegar a su hogar, antes quería poner en orden sus propios sentimientos. Sin darse cuenta se encontró frente a su casa, separada de la calle por una barda alta y una puerta enorme que se abría automáticamente al apagar cierto botón eléctrico. “Vivo en una prisión”, se dijo. Llamó con el cláxon y la puerta se abrió desde dentro.

—Buenos días, señor —le dijo un criado acercándosele solícito.

Cruzó el vestíbulo como un sonámbulo; debía enfrentarse a su mujer, se preguntó si soportaría sus reproches. Recordó el vaho que inundaba su enorme habitación cargada de perfumes, polvos y cosméticos. Tendría las cortinas echadas como de costumbre y seguramente se hallaba indispuesta. Enriqueta era quejumbrosa y ahora estaría indignada; no se sintió capaz de hacerle frente. “No puedo”, se dijo y pasó de largo frente a la puerta cerrada de la habitación de su mujer. ¿Por qué se había casado? Era víctima de un destino fatal. Lo supo desde que su madre se empeñó en obligarlo a aquel matrimonio de razón o conveniencia. “El matrimonio es una sociedad, el amor se acaba. ¿qué más puedes pedir? Enriqueta es una chica dulce, bonita y bien educada”, le había repetido una y otra vez. Su madre temía que cometiera alguna locura y se casara con una mujer fácil o de clase inferior a la suya...

La repentina aparición de sus dos hijos lo sorprendió. Los había olvidado. El pequeño Miguel de nueve años y su hermano Enrique de siete lo miraron con rencor.

—Mamá está enferma... —anunció el pequeño Miguel sin darle un beso.

La nana los tomó de la mano para llevarlos a la casa de su abuela y Miguel se sintió aliviado cuando los vio desaparecer acompañados de la mujer. Su matrimonio estaba hecho de pequeños disgustos y atropellos personales que él trataba de ignorar. Sus hijos lo compensaban en sus diarias desilusiones, pero ahora ni siquiera su presencia lo había aliviado

de aquella emoción dolorosa que se había apoderado de él. Escuchó la voz de Enriqueta:

—Pasa, Lupe...

Su mujer fingía haber confundido sus pasos con los de su sirviente personal, y Miguel no tuvo mas remedio que rehacerlos y entrar a la habitación de Enriqueta. La encontró envuelta en una bata de encajes, tendida sobre su cama, apoyada la cabeza en grandes almohadones. Vio sus párpados entrecerrados e hinchados por el llanto reciente y no supo qué decir. El vaho perfumado le produjo náuseas. Hubiera querido abrir los balcones para que entrara el aire fresco de la mañana lavada por la lluvia de la noche anterior. Aquella tormenta veraniega había obrado milagros y, en ese instante, esa tormenta nocturna era tan remota e irre recuperable como su propia infancia. Irene, empapada por la lluvia, se había disuelto con la luz de la mañana y sólo quedaba aquella habitación cerrada e infestada de perfumes. Se dejó caer en un sillón de seda azul y se vio reflejado en un espejo antiguo; ése era él: con gesto trágico y rostro tostado por el sol.

—Sucedió algo imprevisto... —exclamó con veracidad.

—Perdona, no me siento bien... amanecí con una gran jaqueca... — contestó Enriqueta tratando de evitar mirarlo. La irritaba Miguel. En ese momento odió su cuerpo atlético y sus manos de deportista, sanas y doradas. Creyó descubrir en sus ojos claros un fulgor desconocido. “No parece un hombre casado...”, se dijo con rencor. Miguel estaba frente a ella, pero se hallaba en otra parte, muy lejos de su habitación y de su casa. Se sintió profundamente humillada. “Alguna mujerzuela vulgar...”, pensó irritada. Ambos guardaron silencio; en realidad, en los diez años que llevaban casados ya se habían dicho todo. “Nunca me ha dicho que me ama”, pensó Enriqueta con ira. Miguel, por su parte, se preguntaba inquieto qué le habrían dicho a Irene en su casa acerca de su escapada nocturna. “No deberíamos haber vuelto, deberíamos haber tomado cualquier carretera y desaparecido”, pensó Miguel sintiéndose muy desdichado.

—¿Recuerdas esto? —preguntó Enriqueta con voz nerviosa.

Al hacer su pregunta enarboló una cartulina elegante con los sellos del

Palacio Presidencial de la República. Miguel se acercó y examinó la invitación con extrañeza. Recordó los cohetes que surcaban el cielo de México la víspera y sonrió con beatitud: era el 15 de septiembre.

—¡Ah!, el día de la libertad... —dijo en voz alta.

Su mujer contempló sus manos nervudas, sus espaldas amplias, y sintió renacer aquel odio furioso contra él. No cabía duda de que había pasado la noche haciendo el amor con alguna y ella tenía que esperar en su casa y admirar su apostura desde lejos, pues cada día Miguel se convertía en un personaje más y más lejano.

—Dormiré un rato... —lo escuchó decir.

Sin dar más explicaciones salió del cuarto de su mujer y se dirigió a su habitación situada en la parte más alejada de esa ala de la casa. En vano trató de dormir, la imagen de Irene envuelta en su gabardina mojada por la lluvia se le aparecía apenas cerraba los ojos. “Tiene que llamarme”, se repitió mil veces.

Por la noche, metido en un esmoquin, esperó paciente a su mujer que siempre tomaba demasiado tiempo en terminar su *toilette*. Fumó varios cigarrillos y contempló con indiferencia el vestíbulo elegante de su casa. Escuchó el timbre del teléfono y se precipitó a su despacho, pero alguien, seguramente ella, lo descolgó antes. Alcanzó a escuchar: “Soy la señora”. Iracundo se dejó caer en un sillón. Unos minutos más tarde apareció Enriqueta vestida de gala. Le disgustaron sus diamantes y su peinado alto. Ella esperó un elogio que no obtuvo. A Miguel, de pronto, todo se le había vuelto extraño: esa mujer que era la suya, esa casa de pronto inhóspita, los criados, su despacho.

—¿Nadie me ha llamado? —preguntó.

—¡Nadie! —afirmó triunfante su mujer.

Un criado les abrió la puerta. Los dos subieron al automóvil, iban hostiles. Miguel la miraba de vez en cuando sorprendido de que no fuera Irene la que ocupara ese lugar. Enriqueta también lo observaba de reojo, la lejanía de su marido la humillaba profundamente. Supo que había sucedido algo irremediable y decidió no dirigirle la palabra. Miguel no tomó el rumbo de la ciudad, sino que se dirigió hacia la casa de Irene.

—Tomaremos un poco de aire antes de encerrarnos en esa recepción.

Después de todo vamos adelantados —afirmó él con decisión.

Ella creyó adivinar su ansiedad y lo miró con profundo desagrado. Pasaron frente a la casa situada frente a la vía del tren; estaba como la noche anterior, con las luces encendidas, tranquila, alejada del mundo, ocupando su lugar poético. Miguel no cambió su aire indiferente y su mujer no pudo percatarse de nada, excepto que su marido parecía ansioso y desdichado.

Volvieron a entrar al Paseo de la Reforma iluminado con profusión. La fuente de la Diana flameaba de luces como una llamarada multicolor. Los paseantes reían excitados; llevaban banderitas tricolores en la mano y gorros de fantasía en las cabezas. A todo lo largo del Paseo una fila interminable de automóviles se dirigía como ellos hacia el Zócalo; las aceras estaban invadidas de público, de puestos de juguetes y de dulces, de máscaras, de “espantasuegras”, de pitazos y de risas. Miguel avanzaba con gran lentitud hacia el Palacio Nacional. Iba muy silencioso y Enriqueta lo contemplaba iracunda, se diría que buscaba a alguien. Al fin pareció decidirse a entrar en la fila de automóviles oficiales que avanzaba con lentitud y orden hacia el Palacio. En uno de ellos Miguel creyó descubrir el perfil serio de Irene y sus hombros ahora desnudos. Llevaba el gesto obstinado y supo que llevaba las manos cruzadas sobre los pliegues de la falda de seda. Se adelantó con una salida brusca de la fila para alcanzar el auto en el que iba la joven, pero un agente de tránsito lo detuvo en seco y se acercó a la portezuela para reconvenirlo. Disgustado tuvo que aguardar un claro en la fila que se movía con lentitud para reincorporarse al cortejo.

—¿Te has vuelto loco? —le preguntó furiosa Enriqueta.

—No lo dudes...

El Zócalo se hallaba atestado de una multitud oscura que se movía como un animal enorme. Cuando bajaron del coche, la gente se asomó para admirar a la pareja elegante invitada a la fiesta. Entraron protegidos por agentes y alcanzaron la escalera de piedra. Miguel deseaba ignorar a los lacayos solemnes y entrar de prisa para buscar a Irene, pero Enriqueta, consciente de los pliegues suntuosos de su traje, lo obligó a subir las gradas muy lentamente. Una vez dentro de los enormes salones,

Miguel buscó sin éxito a la joven. “Es absurdo, no era ella”, se repitió al recordar la casa cercana a las vías del tren. Se vio rodeado de personajes indiferentes a su angustia. Escrutaba los grupos con encarnizamiento, buscándola a ella y sin notar que algunos de sus personajes lo saludaban con inclinaciones de cabeza. Enriqueta lo detuvo ante un grupo de amigos que reían del azoro de Miguel.

—Perdón, perdón, estoy distraído... —dijo inquieto sin dejar de inspeccionar a los invitados en busca de la cabeza de Irene. De pronto creyó descubrirla en el fondo del salón, pero al instante otras cabezas la cubrieron.

—Vuelvo enseguida...

Decidido se dirigió hacia aquel lugar. Su mujer lo alcanzó indignada.

—¿Qué haces?...

Miguel la miró resignado. ¿Qué podía decirle? Nada. Se sintió impotente, mirado por sus amigos, ridículo en medio de aquel lujoso salón invadido por personajes elegantes y mujeres lujosas.

—Te dije esta mañana que me sentía mal... sería mejor retirarnos... —añadió Enriqueta.

Trató de disculparse, pero ella se obstinó en abandonar la fiesta inmediatamente. La oyó hablar mientras él se perdía en otros recuerdos relacionados con el 15 de septiembre, y volvió a sentir la misma nostalgia, el mismo anhelo de lágrimas de aquella noche perdida de su infancia. Su mujer interrumpió sus recuerdos para obligarlo a partir enseguida. Resignado se encontró abandonando el Palacio y luego en su automóvil de regreso a su casa. Ambos iban en silencio.

—Sería mejor que adelantaras las vacaciones. ¿Para qué esperar? —le preguntó él al llegar frente a su casa.

—No pienso cambiar de planes —cortó ella con brusquedad...

Miguel pasó una mala noche, fumando un cigarrillo tras otro. Irene lo había embrujado: ¿era ella realmente la que se le mostró unos instantes primero en el automóvil y luego en la recepción? “Iré mañana a su casa”, se dijo antes de caer dormido casi al amanecer.

El nuevo día lo encontró inquieto, pasó junto a la puerta de la habitación de su mujer y se precipitó a la calle. En su despacho trató de

ocuparse de los asuntos que apenas unas horas antes lo tenían absorto. Hacia el mediodía abordó su automóvil para dirigirse a las Lomas. Tranquilo, estacionó el auto frente a las rejas antiguas de la casa y examinó nuevamente el jardín, la terraza y el pequeño torreón de tejado de pizarra. La casa entera gozaba de un embrujo especial; sintió que nunca escaparía a su hechizo y decidido bajó del auto y sacudió la campanilla de la reja. Nadie acudió a su llamado. Miró sorprendido a su alrededor y volvió a sacudir la campanilla con fuerza. Su sonido pareció alertar a los pájaros que en bandada cambiaron de copa de árbol. Miguel vio que una mano corría lentamente uno de los visillos en los cristales de la puerta de entrada que daba a la terraza. El hecho le pareció alentador y volvió a sacudir la campanilla con firmeza. La puerta se entreabrió para dejar ver a una viejecita de peinado alto y cuello de punto. Miguel le hizo señas para que se acercara. La viejecita volvió a cerrar la puerta. “Fue a llamar a Irene”, se dijo y esperó unos minutos cogido de las rejas. Pero al ver que la casa entera volvía a su quietud habitual, sacudió la campanilla con una vehemencia que a él mismo le pareció impertinente. Su acción tuvo éxito, pues la puerta volvió a abrirse y la misma viejecita apareció en la terraza. Sonrió satisfecho y levantó una mano para hacerle un saludo. La viejecita avanzó por la terraza, bajó las gradas de piedra y a pasos menudos avanzó por el camino de grava que llevaba hasta las rejas. La vieja señora parecía sorprendida ante la insistencia de aquel joven elegante y bien parecido.

—¿Deseaba algo, señor? —preguntó con voz tenue.

—Sí. Perdone usted, pero necesito hablar un minuto con la señorita Irene...

Se interrumpió, pues tuvo la certeza de que desde el torreón alguien lo observaba. Miró con rapidez y vio caer el visillo almidonado de una de las ventanas ocultando una forma imprecisa que le pareció femenina.

—¿Con quién? —preguntó su interlocutora fingiendo que no había escuchado bien.

—Con la señorita Irene... —repitió.

La anciana lo miró alarmada, como si hubiera dicho algo impropio: “Tal vez debí decir señora”..., se dijo él preocupado. La viejecita abrió la

boca como para decir algo, pero prefirió callar. Lo examinó con atención y lanzó una mirada al automóvil estacionado frente a la casa.

—Un momento, voy a consultar —explicó con su misma voz próxima a apagarse.

Miguel la vio irse a pasitos, subir las gradas, cruzar la terraza y entrar cerrando la puerta tras ella. La sombra del torreón había desaparecido y Miguel decidió esperar cogido de las rejas.

Dentro de la casa la señorita Rosalía se reunió con su hermana menor, Clementina, que ya había bajado del torreón y esperaba las nuevas anhelante.

—Estoy segura, es el mismo automóvil que se detuvo antenoche durante el escándalo que armó esa muchacha y que volvió ayer por la mañana...

—¡Qué tiempo terrible! ¿Es él el que la secuestró? —preguntó aterrada Clementina.

—No lo sé... parece muy correcto. Tiene ojos color violeta, pero ahora todo ha cambiado...

—Ya no salgas. Este asunto es muy peligroso... ¿no será un policía?

—¡Un policía! No, no, es muy elegante...

—Entonces, puede ser un gánster, Rosalía. Hay que tener cuidado, no contradecirlo, acuérdate de la televisión.

—Sí, sí, tendré cuidado. ¡Dios mío!, la policía o los gánsters en nuestra casa —exclamó Rosalía aterrada.

Las dos hermanas guardaron silencio y de puntillas se retiraron al torreón para observar al desconocido. Desde allí escucharon sus campanillazos, lo vieron esperar cogido de las rejas, lanzando miradas anhelantes a la puerta de la terraza.

—Me preguntó por ella, se llama Irene... ¡Míralo, parece muy triste! —dijo Rosalía.

—Quiere saber si notamos algo... ¡Pobre! Algo le pasa... —cuchicheó Clementina en voz muy baja.

Al cabo de media hora lo vieron subir a su automóvil y desde allí vigilar la casa, inclinado sobre el volante con ojos afligidos.

—No podemos hacer nada por él —dijo Rosalía para consolarse de la

pena que le producía el desconocido.

—¡Nada! No debemos mezclarnos en este asunto tan tenebroso — afirmó su hermana compartiendo la piedad que les producía a ambas el joven del automóvil.

—¿Irene estará viva?

—¡Dios lo quiera! Estas jóvenes de ahora... —suspiró Clementina.

Miguel esperó en vano durante más de una hora y media. ¿Sería posible que Irene fuera casada? El sobresalto de la anciana no había sido fingido. Era absurdo sitiar la casa, pero era atroz alejarse de allí y volver a la rutina doméstica sin tener una palabra sobre Irene. Vencido por el silencio escribió un pequeño recado: “Por favor, llámame”, arrancó la hoja de su agenda, bajó del auto y lanzó el papel a través de las rejas. Después se alejó despacio para volver al lado de Enriqueta.

Apenas hubo desaparecido, Rosalía salió cautelosa a recoger el papel que amenazaba irse con el viento de la tarde, que anunciaba tormenta. Las dos hermanas leyeron muchas veces el recado.

—¿Quién quiere que lo maten? —preguntó Clementina preocupada.

—Irene, por eso vino a buscarla.

—¿No se la raptó?

—Tal vez ella volvió a escapar... se me ocurre algo, ¡está enamorado! — dijo Rosalía triunfante.

—¿De quién?... ¿y por qué la busca en nuestra casa? —preguntó asombrada Clementina.

—Desde luego todo es preferible a llamar a la policía, nos haremos las que no sabemos nada... —afirmó Rosalía.

Las dos hermanas lanzaron un suspiro y se quedaron quietas a la espera de los acontecimientos. Para Miguel la vida continuó su ritmo acostumbrado: cenaba con Enriqueta en restaurantes de moda acompañado de amigos ruidosos. No le interesaban las conversaciones, escrutaba las mesas vecinas en busca del rostro perdido de Irene. La buscaba también en las calles o en las colas de los cines, mientras se repetía: “Es mala, no me llama”. Prefería el silencio de su oficina, allí al menos podía reflexionar sobre lo que lo obsesionaba sin tener que disimular ante su mujer o sus amigos. Pasaba una y otra vez frente a la

casa del torreón con la esperanza de vislumbrar a la joven. A veces se detenía frente a sus rejas unos minutos, pero no logró ver a la muchacha ni a la amable viejecita que había salido a su encuentro.

—Ahí está otra vez... —anunciaba Clementina sobresaltada.

Rosalía corría a mirar a través de la muselina de los visillos; no era normal que aquel desconocido insistiera en rondar su casa por el simple gusto de hacerlo. Su presencia se debía a algo importante, algún hecho grave que las hermanas desconocían. Habían pasado siete días desde que aquella muchacha se había aferrado a sus rejas lanzando agudos gritos de auxilio; después había huido en ese automóvil último modelo que se estacionaba a cualquier hora del día o de la noche frente a su jardín.

—Se trata de algo que nunca entenderemos... —dijeron las hermanas al ver partir el automóvil.

“No entiendo mi obsesión... es una aventurera...”, se dijo Miguel en el momento de levantar su copa después del bautizo del hijo de su hermano, y buscó a Enriqueta que charlaba amigablemente con su cuñada. Su madre tenía razón: su mujer era dulce y sus maneras perfectas. Casi tuvo remordimientos, pero en ese momento se le acercó un criado para susurrarle casi al oído:

—Señor, lo llaman al teléfono.

Miguel se dirigió casi de puntillas al gabinete de trabajo de su hermano. ¿Quién podría llamarlo allí en ese momento?

—Miguel, estoy en una caseta de música en la Casa Wagner en Venustiano Carranza. Ven pronto —dijo la voz tranquila de Irene.

Aturdido oyó colgar el auricular, miró en derredor suyo temeroso de que alguien fuera testigo de aquella llamada clandestina. Hasta él llegó el rumor de la fiesta, las risas y los murmullos de las conversaciones. Salió del despacho, nadie había notado su ausencia, Enriqueta charlaba inocentemente con su cuñada. Sin dudar un segundo se escabulló a la calle y abordó su automóvil.

—Algo imprevisto —le dijo a un criado de su hermano.

Atravesó a toda velocidad la ciudad que le pareció gigantesca. Al acercarse, estacionó su vehículo y salió corriendo en busca de la joven. La Casa Wagner era el lugar más remoto del mundo, nunca se le hubiera

ocurrido buscar a su amiga en aquel sitio. Un empleado ceremonioso le salió al encuentro; apenas lo miró, buscaba con la mirada las casetas de música. Detrás de los vidrios de una de ellas descubrió a Irene sentada, con las manos cruzadas sobre las rodillas y el perfil serio, escuchando una música que él no oía. Abrió la puerta plegadiza y entró con violencia. Irene levantó la vista, un golpe de violines y de notas celestes lo transportaron a un mundo fuera del mundo cotidiano y grosero.

—Irene...

—Es Mozart, Miguel... —contestó ella con sencillez.

Permanecieron el uno frente al otro sin hablarse, mecidos por la música que decía lo que ellos eran incapaces de decirse. Irene llevaba la misma gabardina y los mismos mocasines viejos. Parecía un personaje mitológico de nuestro tiempo. A Miguel le pareció un ángel marino y tuvo la impresión de hallarse frente a un ser irreal, un habitante de la lluvia, una criatura escapada del mar o de la música. La miró fascinado y de pronto la música cesó. Irene se puso de pie. Salieron juntos a la calle; cuando él trató de tomarla por el talle ella lo esquivó con rapidez.

—Llévame adonde quieras, pero ve tú delante, yo te sigo —dijo la chica y retrocedió dos pasos.

Temeroso caminó delante de ella hasta llegar al automóvil. Le abrió la portezuela y ella entró con rapidez y se acurrucó en el fondo del coche. Partieron veloces. Sin decir una palabra, Irene recostó la cabeza sobre sus piernas y se dedicó a mirar los tejados de las casas, y más tarde, cuando salieron a una carretera, las copas de los árboles. Miguel, apaciguado, lanzaba miradas graves al rostro apacible de su amiga.

—Era Mozart..., nadie fue a su entierro, lo acompañó sólo su perrito... ¿tú irás al mío? —preguntó Irene y abrió los ojos para ver a su amigo con una mirada de adiós.

—Querida, ¿a dónde vas cuando yo no te veo? —le preguntó Miguel a su vez.

—Contigo..., te sigo por las aceras, subo a tu lado a tu despacho, entro a los cafés, llego a las fiestas, te espío y de pronto ya ves, te llamo en un bautizo... —dijo Irene tranquila.

Miguel detuvo el automóvil en una cuneta. Enderezó a la joven con

suavidad y la miró como si quisiera leer el rostro de la joven.

—¿Cómo supiste que estaría en casa de mi hermano?

—Ya te dije, te espío... —suspiró ella ofreciéndole la boca.

—¿Por qué te niegan en tu casa? —preguntó él mirándola tendida hacia él con los ojos cerrados.

—No lo sé... —dijo ella sin cambiar de actitud.

—¿Quiénes son las dos viejecitas que viven en tu casa? —preguntó Miguel mirando aquella cara joven que continuaba esperando el beso.

—Mis tías...

Miguel la besó en los párpados y la tomó en sus brazos. Sintió que ocurría algo más grave que la primera noche del encuentro; quiso decirle que la amaba, pero se limitó a acariciarle el pelo. Ella separó la mano que la acariciaba, luego, seria, se arrinconó en el asiento, cruzó las manos sobre las rodillas y sin mirarlo le preguntó:

—¿Yo soy tu amor?

—Imagínate que sí. Imagínate que eres mi amor, que no puedo vivir sin ti..., el mundo se convierte en cenizas cuando no te veo. Es más, ahora sé que siempre fue cenizas...

Irene se volvió a mirarlo, subió las piernas sobre el asiento, colocó los brazos en el respaldo y apoyó sobre ellos la cabeza. Permaneció pensativa unos instantes.

—Tú también eres mi amor... ¿qué vamos a hacer? —preguntó tranquila.

Miguel se abrazó al volante para observar el atardecer. También él guardó silencio, la pregunta de Irene lo hundió en una realidad que hubiera querido borrar.

—¿Cómo podemos abolir el pasado? —preguntó con angustia.

—El pasado es inamovible —dijo ella con voz apacible.

Miguel se volvió a ella, sus palabras le parecieron de mal agüero.

—En este momento podemos cambiar lo que está por hacerse..., pero los dos juntos, luego será tarde —dijo ella con la mirada profundamente triste.

—Dime, mi amor, ¿qué es lo que está por hacerse? —preguntó él angustiado.

Irene levantó la vista y se volvió a mirar a través del parabrisas al cielo que empezaba a cubrirse de tonos oscuros.

—Nada..., después de todo nuestro futuro está allí, en el cielo.

—¿En el cielo? Pero aquí, antes, en la tierra...

—¿Aquí? —Irene le lanzó una mirada triste.

—Sí, aquí —pidió él tomándola en sus brazos.

—Aquí tu pasado es inamovible —dijo ella retirando el rostro.

Miguel la guardó contra su pecho. Lo que Irene decía era verdad y, sin embargo, él quería proponerle que huyeran, era su única oportunidad de estar juntos. Este pensamiento lo ensombreció.

—Eres tan joven y no has tenido nada —le dijo sintiéndose culpable.

—¿Y qué se le da a una joven? —preguntó Irene.

—¿A una joven? ¡La vida! ¡La vida entera!

Se separó de ella y puso el automóvil en marcha. No sabía qué hacer ni a dónde llevar a la muchacha recostada en sus piernas. En realidad no necesitaba sino eso: correr juntos por una carretera oscura. Correr para olvidar lo que ninguno de los dos podía olvidar. Tal vez en la carrera encontrarían lo que ambos buscaban: quedarse juntos para siempre. Cruzaron varios pueblos perdidos. Miguel detuvo el auto en uno de ellos.

—Te voy a llevar a que comas algo.

Los habitantes del pueblo los vieron cruzar las callejuelas en busca de un restaurante. Encontraron una fonda bastante limpia; hasta allí había llegado el progreso y una sinfonola tocaba discos melancólicos. La dueña, una mujer vieja y afable, les preparó la cena.

—Sácame a bailar —pidió Irene.

—Baile, señor, baile con la señorita —ordenó la mujer orgullosa de tener en su restaurante a la hermosa pareja.

Los clientes silenciosos los vieron bailar escandalizados. El amor los unía estrechamente, se diría que ejecutaban un ritual amoroso. Después, sentados a su mesa comieron sin apetito, mirándose a los ojos y acariciándose las manos por encima de la mesa.

Salieron a caminar por el pueblo de tapias semidesnudas, polvo y ramas de bugambilias. Llegaron al campo, iban cogidos de la mano, abstraídos y silenciosos. Tomaron una vereda, sólo las estrellas

iluminaban su camino.

—¡Cuánto silencio! —dijo Irene sobrecogida.

—Sí, sólo tú aquí, golpeando en el centro de mi pecho —contestó Miguel.

No deseaban irse, el campo parecía ser su campo y el pueblo su pueblo. Caminaron abrazados, en paz, acogidos por un orden que les pertenecía. Muy tarde, en el camino de regreso a la ciudad, Irene se soltó a llorar.

—¿Por qué lloras, si yo no quiero separarme nunca de ti? —preguntó él deteniendo el automóvil para consolarla.

—¿Nunca?... mira la hora —dijo ella en medio de sus lágrimas.

Miguel vio en el tablero del automóvil el reloj luminoso que marcaba la una de la madrugada. Guardó silencio, las horas junto a Irene corrían a una velocidad aterradora. Acongojado se volvió a ella que erguida se cubría el rostro con las manos; para robar un poco más de tiempo junto a ella torció por un camino vecinal abierto en la soledad del campo. A lo lejos descubrieron un automóvil antiguo, estacionado y con las luces apagadas. A su lado un hombre viejo sostenía una barra de hierro en actitud amenazadora. Miguel aminoró la marcha e Irene le ordenó detenerse.

—¿Qué sucede? —preguntó Miguel asomándose por la ventanilla.

—¡Me falta gasolina! —gritó el viejo.

—¡Espere! ¡Iré a buscarle un bidón! —contestó Miguel a voces.

Giró el auto y partió a toda velocidad en busca de una estación de gasolina que habían visto en la carretera principal.

—Se quedó desolado. No creyó que íbamos a buscársela —comentó Irene conmovida por la soledad del viejo en aquel camino vecinal.

Compraron un bidón y regresaron al lugar en donde esperaba el desconocido. Lo descubrieron desde lejos, sentado sobre una piedra, resignado. Los faros del auto lo hicieron ponerse de pie de un salto. Miguel detuvo su automóvil a unos metros de distancia mientras el hombre permanecía inmóvil. Cuando Miguel bajó de su auto, a la luz de los faros pareció un gigante corpulento y el viejo hizo entonces algo inesperado: lanzó varios alaridos potentes.

—¡No!... ¡No!... —gritó aterrado y echó a correr a tropezones por el

camino.

Miguel sin pensarlo echó a correr tras él, luego se detuvo y volvió hacia Irene que también había bajado del auto y que contemplaba la escena con asombro.

—¡Señor, le traemos gasolina! —gritó Miguel con todos sus pulmones para detener la carrera del viejo que trataba de subirse por la ladera de la cuneta. El viejo se volvió.

Miguel abrió la cajuela de su coche y sacó el bidón de gasolina, luego avanzó con él hacia donde se hallaba estacionado el coche viejo. El hombre no se dejaba ver. Aterrado observaba desde lejos los movimientos de aquella pareja. Vio cuando Miguel, sin salirse de la luz de los faros, depositaba la lata en el suelo y luego regresaba a su automóvil.

—¡Aquí se la dejo! —le gritó.

El viejo apareció otra vez en la carretera, cauteloso, con el instrumento de hierro en la mano.

—¿Cuánto le debo? —gritó.

—¡Nada!

El hombre no se movió de su lugar ni cambió su actitud. Miguel se dispuso a entrar en su coche. El viejo entonces empezó a gesticular y a dar voces.

—¡Perdone! ¡Perdone!... Los jóvenes me dan miedo... Se han convertido en rebeldes... ¡Rebeldes peligrosos!... ¡Asesinos!

—¡Tiene usted razón! —gritó Miguel con todas sus fuerzas llevándose las manos a la boca para hacer una bocina y que su voz retumbara en todo el campo.

Subió a su automóvil y arrancó dejando el bidón en medio del camino vecinal. Después los dos se echaron a reír. Era terrible que los jóvenes produjeran ese terror. Miguel se sintió halagado: el viejo lo había tomado por un joven, a él, casado, con hijos y que acababa de cumplir treinta y dos años. El reloj luminoso marcaba ahora las dos y media de la madrugada. La hora avanzada los dejó súbitamente tristes. Irene adoptó su posición favorita: se tendió sobre las piernas de su amigo y guardó silencio. Él la observó acongojado, pensó que ignoraba todo de aquella chica y de pronto se identificó con el viejo del camino vecinal; también a

él Irene le producía miedo.

—Irene, no sé nada de ti, me escondes todo...

La joven abrió los ojos y se enderezó en el asiento.

—Pues eres el único que sabe todo de mí... —dijo echándole los brazos al cuello y escondiendo la cara sobre su hombro.

—Irene, ¿fuiste a la recepción del 16 de septiembre? —preguntó Miguel aprovechando su momento de debilidad.

—Sí, fui —contestó ella con sinceridad.

—¿Con quién?

—Contigo... ¿y tú?

—¿Yo?... solo.

Irene se separó enfadada del hombro de su amigo.

—Es tarde...

—¿Tarde para qué? —preguntó él sobresaltado.

—Tarde para todo. Llévame a la ciudad para que pueda irme.

—¿Te vas a volver a ir? —preguntó mirándola aterrado.

Irene no contestó, bajó la cabeza y cruzó las manos. Él vio su perfil cerrado y supo que era inútil el diálogo.

—No puedo volver a tu casa y hablar con tus tías, son muy raras, me ven como si fuera un asesino y te niegan. Tampoco puedo buscarte como loco por toda la ciudad... ¡por favor, dime dónde y cuándo nos podemos ver! —suplicó Miguel con los ojos bajos.

Irene se volvió a mirarlo.

—¿Y qué podemos hacer?... ¿Desaparecer juntos?

Miguel inclinó la cabeza y guardó silencio un rato, luego dijo abatido:

—No sé..., no sé qué vamos a hacer..., cualquier cosa menos perderte...

Aminoró la marcha del automóvil. La carretera parecía muy corta de regreso y quería prolongar el tiempo junto a Irene. Sabía que al llegar a la ciudad el peligro de perder a la joven se volvía inminente. Mientras corría por el campo buscaba con desesperación un motivo que la obligara a decirle dónde y cuándo podían verse; la miró recostada en sus piernas, era en verdad una criatura preciosa para él.

—Desde aquí veo la profundidad del cielo: está mucho más alto que las nubes —comentó Irene.

Miguel escrutó un claro abierto en el azul oscuro de la noche, allí un astro escondido debía filtrar una aureola de luz inesperada. Se volvió a Irene bañada por ese resplandor y pensó que ambos habían entrado en una nueva dimensión.

—Alguna vez seremos uno y entraremos por esa puerta abierta para nosotros en el cielo —dijo la joven.

Sus palabras lo irritaron; para ella era fácil consolarse con un encuentro imaginario en el cielo, en cambio él debía volver a su casa al lado de Enriqueta que sólo le producía tedio. “La veo y me parece que me entra arena en los ojos”, se dijo recordando a la madre de sus hijos. “¿Por qué me habré casado?” El rostro apacible de Irene le produjo ira, pensó que en un rato más ese mismo rostro estaría bajo unos ojos que él desconocía y la idea le resultó insoportable. Aceleró la marcha del automóvil.

—¿Y si tuviéramos un accidente mortal? —preguntó sombrío.

Irene no contestó. Se limitó a cerrar los ojos y dejarse mecer por la velocidad.

—Así tal vez entraríamos juntos en tu cielo —dijo Miguel con sorna.

Su tono de voz y su actitud no lograron impresionarla.

Con suavidad acarició una rodilla de su amigo y guardó silencio. Miguel detuvo el automóvil, quería decirle que sólo era una desconocida cualquiera, que se había introducido en su automóvil de mala fe para destruir el orden de su vida.

—¡Para ti yo no significo nada! ¿Cuántas veces has atrapado hombres a media noche para luego abandonarlos? Eres una aventurerita moderna... ¡Eres abominable!... ¡embustera!... ¡engañadora!...

Irene se irguió en el asiento y lo miró con una fijeza terrible.

—Esas palabras no son tuyas. No quiero oír las —gritó de pronto y abrió la portezuela, saltó a la carretera y echó a correr en la oscuridad de la noche.

El gesto intempestivo de Irene lo tomó por sorpresa, la vio alejarse de la luz de los faros y desaparecer. Asustado bajó del auto y echó a correr en la dirección que ella había tomado.

—¡Irene!... ¡Irene!...

Su voz se perdió entre los árboles y las rocas del campo. Se detuvo, la carrera de la joven sobre el asfalto había cesado. No veía nada en aquella oscuridad, la siguió llamando, se salió de la carretera para entrar bajo los árboles. La llamó con las palabras más tiernas, asustado de las que había proferido antes y la habían hecho huir. Deseaba que la dulzura de sus nuevas palabras borrarán el horror de las otras, pero Irene continuaba silenciosa y perdida en la noche. Volvió a su automóvil y lo echó a andar muy despacio, iluminando con los faros la carretera y sus orillas umbrosas. Recorrió varias veces el trayecto por el que había huido la muchacha, inútilmente. Abatido estacionó el coche y se cogió la cabeza entre las manos como si fuera a echarse a llorar. ¿Qué había hecho? Sólo deseaba que Irene apareciera en ese instante para empezar a vivir.

—Si fueras tan amable de llevarme a la ciudad, ya va a amanecer —dijo la voz de Irene a sus espaldas .

Sorprendido se volvió con rapidez para hallarla acurrucada en la parte trasera del coche. Se inclinó y la sacó de su escondite, la colocó junto a él y la recostó en el asiento para besarla, pero ella interrumpió sus besos.

—No se puede, Miguel, no se puede...

Su voz sonó solemne y él la enderezó para contemplar su rostro serio. La estrechó contra sí, abrumado por el peso del amor que sentía por aquella joven desconocida e inesperada. La separó de su pecho y la miró largo rato.

—¿No vas a decirme quién eres ni qué te pasa?...

Irene movió la cabeza negando.

—Yo te amo, Irene.

—Lo sé... Yo también te amo —contestó con simpleza.

Serios y apesadumbrados emprendieron el camino a la ciudad.

—Prométeme que nos vamos a ver hoy —le pidió él mirando las luces tenues del amanecer.

—Te lo prometo —contestó Irene con voz melancólica. Entraron a la ciudad con las primeras luces de la mañana.

—¿Dónde te encuentro y a qué hora? —preguntó Miguel.

—A las once... frente a mi casa... —contestó ella con voz insegura.

Miguel le acarició el cabello, se sentía tranquilizado.

Cruzaron las calles en las que empezaba el movimiento de todos los días. Pasaron frente a un pequeño mercado en el que descargaban fruta.

—Quiero fruta, tengo sed... —pidió Irene.

—Lo que digas, linda.

Detuvo el automóvil y bajó confiado. Eufórico se cargó de melocotones, de naranjas y de uvas. Le emocionaba el hecho de comer fruta en compañía de Irene. Con ella el menor gesto tomaba proporciones mágicas y conmovedoras. Al volver al automóvil no la vio. “Está escondida en el fondo del coche”, se dijo sonriendo ante el infantilismo de su amiga. Abrió la portezuela para sorprenderla con la frescura que traía en sus brazos y la alegría se convirtió en pánico: Irene había desaparecido. El coche estaba vacío. Dejó caer la fruta y se volvió a las gentes ocupadas en descargar bultos, indiferentes a su desolación. Un hombre sentado sobre una caja lo miró con piedad.

—No la busque, señor. Apenas se alejó usted, ella salió corriendo .

—¿Hacia dónde? —preguntó Miguel casi con lágrimas en la voz.

—Por ahí... No la busque, señor. Lo engañó.

Miguel salió corriendo en la dirección vaga que le señaló el vendedor. Su carrera fue inútil. No encontró ninguna huella de su amiga. Volvió a su automóvil y partió colmado de ira. Cruzó la ciudad y se dirigió a las Lomas. Se detuvo frente a la casa del torreón, bajó cerrando la portezuela de golpe, se acercó a las rejas y sacudió la campanilla con ferocidad. Nadie se movió dentro de la casa.

—¡Irene!... ¡Irene!... —gritó con todas sus fuerzas mientras continuaba sacudiendo la campanilla con ira.

Vio que entreabrían la puerta de la terraza y repitió su grito iracundo:

—¡Irene, te estoy viendo! —la puerta se cerró de golpe. Dentro de la casa las señoritas Clementina y Rosalía, en camisa de noche, se miraron aterradas. Atrancaron la puerta con varias sillas, mientras escuchaban los gritos que partían de la reja.

—Hoy está muy excitado —dijo Rosalía.

—No. Está loco —afirmó Clementina.

—Hay que calmarlo... pobre hombre...

Miguel continuó sacudiendo la campanilla, de pronto vio a la viejecita

asomarse a una ventana del torreón.

—Señor...

Miguel la miró con impaciencia. Rosalía estaba sonriente, con gesto conciliador.

—¡Dígale que si no sale ahora mismo, tiro la casa! —le gritó.

La viejecita lo miró aterrada.

—Está dormida... vuelva más tarde... —dijo para calmarlo y ganar tiempo.

—Yo sé que no está dormida —contestó con ira.

—Sí, señor. Irene está dormida... muy dormida... Más tarde le daré su recadito, es malo interrumpir el sueño de los jóvenes —afirmó la anciana con dulzura.

—¿A qué hora puedo volver? —preguntó Miguel vencido por la cortesía de la viejecita.

—Pues... como a las once... Digamos a las doce, ¿qué le parece?

Miguel dio las gracias, se subió a su coche, inclinó la cabeza sobre el volante, se diría que lloraba. Rosalía lo observó desde el torreón y se sintió invadida por una gran tristeza, ¿quién era aquel joven apuesto y desesperado? ¿Y quién era Irene? Al poco rato lo vio echar a andar su auto y alejarse despacio, muy despacio. Bajó a reunirse con su hermana que a su vez espiaba detrás de los visillos de la puerta de entrada.

—Lo vi todo. Aquí hay un gran misterio —afirmó Clementina, que había perdido la seguridad en sus juicios siempre acertados y que al igual que su hermana menor se hallaba desconcertada.

—¿Crees que es un maniático? —preguntó Rosalía con humildad.

—No..., las dos vimos cuando secuestró a esa infeliz muchachita... Después, ¿qué sucedió?

—Se enamoró de ella, le hizo confianza y la chica, ¡up!, se le escapó... —concluyó Rosalía.

—¡Muy bien pensado!... Pero, ¿por qué la busca aquí?... Para nosotras esto es muy comprometedor.

—Mucho, mucho... —suspiró Rosalía.

—Hay que llevarle la corriente, no excitarlo, tú misma escuchaste cuando quiso derribar la casa.

—Si no fuera por esas maneras de salvaje, sería un muchacho encantador —terminó Rosalía.

Al llegar a su casa Miguel se encerró en su habitación.

Se tumbó vestido sobre su cama, ignoró la ira compungida de Enriqueta y la sorpresa de los criados.

—¡No tengo ninguna explicación que dar! —había dicho cuando vio el gesto y los ojos suplicantes de su mujer.

La ira de Enriqueta le llegaba a través de las puertas cerradas de su cuarto, pero él se quedó inmóvil mirando el techo de su habitación y de cuando en cuando su reloj pulsera que no avanzaba. Fumó un cigarrillo tras otro hasta llegar a la hora convenida con la tía de Irene. Se puso de pie de un salto y sin decir una palabra salió a la calle y subió a su automóvil. A las once en punto se encontró nuevamente frente a la casa del torreón. Contempló las vías del tren con amor y luego tiró de la campanilla con suavidad. No se había afeitado y llevaba el mismo traje ya arrugado.

Rosalía abrió la puerta de la terraza; ella sí estaba engalanada como para recibir a un huésped de calidad. Bajó ceremoniosa las gradas de piedra y avanzó sonriente por el caminillo de grava. Su actitud cordial reconfortó a Miguel, se diría que ahora sí iba a recuperar a Irene.

—Buenos días, señor...

—Buenos días... Perdón por lo de antes... ¿Qué dijo?... ¿me va a recibir?...

Rosalía bajó los ojos contrita, se retorció ligeramente las manos, Miguel vio que le temblaban los labios y esperó angustiado.

—¿No se lo dijo ella?... —preguntó con los ojos bajos.

—No, no me dijo nada... ¿Qué sucede? —preguntó él ansioso.

—Señor... Irene tuvo que salir de viaje... Fue todo tan imprevisto...

No pudo continuar, los ojos aterrados de Miguel le cortaron el discurso que tenía preparado.

—¿Salir?... ¿A dónde?...

La viejecita no contestó. La había tomado de improviso.

—¿A dónde? —preguntó Miguel con voz asesina.

—A Washington..., así es la vida..., las cosas se presentan de pronto, sin

que uno lo desee..., y el mundo sigue girando... —hablaba sin parar, con la voz temblorosa.

Miguel se cogió la cabeza entre las manos y la vieja tuvo la impresión de que ella lo había asesinado.

—A Washington... ¿Cómo pudo hacerme esto? —sollozó.

—Señor... señor... no se ponga así... Irene vuelve en unos días... Yo le prometo que le avisaré su regreso...

—¿Usted me lo promete, señora?

—Se lo prometo. Yo misma le aviso, el mismo día de su regreso... si usted quiere...

Miguel sacó su agenda, le arrancó una hoja y apuntó su teléfono y su nombre mientras repetía incrédulo:

—A Washington..., a Washington...

Le tendió la hoja a la viejecita y ésta se precipitó a tomarla.

—Me promete que apenas llegue, ¿usted me avisa? —repitió desconsolado.

—Se lo prometo, señor.

Miguel dio las gracias repetidamente, se despidió, volvió a su coche y se alejó lentamente. Rosalía lo vio irse y regresó a su casa andando trabajosamente. Su hermana la esperaba detrás de los visillos.

—El amor es una enfermedad muy triste, Clementina, muy triste... —exclamó Rosalía.

Miguel deambuló por su casa y por la tarde se encerró en su despacho. No tenía ganas de vivir. El mundo se le había caído en trozos, tenía la impresión de que estaban todos muertos. Le ordenó a su secretaria que preguntara los horarios de los vuelos a Washington y los estudió con atención; después olvidó su proyecto de viaje y se dejó llevar por la desesperanza. “Sólo me queda esperar”. En su casa trataba de evitar a Enriqueta que no perdía ocasión para reprocharle el que le hubiera abandonado durante el bautizo de su sobrino. Por las noches, encerrado en su estudio contemplaba el enorme mundo vecino a su escritorio y lo hacía girar con indolencia. Su duelo secreto le impedía frecuentar a sus amigos y lo hacía evitar las últimas reuniones de la temporada de verano. Los timbrados del teléfono lo sobresaltaban, pero nunca era Irene, y la

viejecita también lo había olvidado. Los criados lo observaban piadosos, sólo ellos parecían compartir un poco la pena que lo embargaba.

—Señor, lo llaman por teléfono —le anunció el criado una noche.

Tembloroso, se precipitó al aparato.

—Señor, soy la señorita Rosalía... —dijo una vocecita temblona que reconoció enseguida.

—¡Ah! Sí, señorita, dígame...

—Tuvimos carta de Irene. Dice que se ha sentido muy, muy triste, que no tarda en volver...

—¿Cuándo?... —preguntó él ansioso.

—Cosa de unas semanas... parece... Esté tranquilo, no haga ninguna tontería... Adiós, señor.

—Muy bien, esperaré —dijo consolado.

Enriqueta pasó junto a él sin mirarlo. Miguel se echó escaleras abajo, quería salir a la calle, alejarse de ella, que lo hacía sentirse culpable. ¿Culpable de qué? Siempre había sido un buen marido. Enriqueta no ignoraba que su matrimonio era un matrimonio de “razón” convenido por su madre y los padres de ella. ¿Por qué ahora trataba de comportarse como una mujer traicionada en su amor? “En su amor propio”, se dijo mientras subía a su automóvil. Corrió hasta llegar frente a la casa de Irene, contempló esperanzado sus rejas, su jardín y su torreón. En ese lugar misterioso y escondido vivía aquella jovencita poética, tan semejante a su propia casa. Desde el torreón las hermanas lo vieron contemplar la casa. Necesitaban actuar, calmar a aquel desdichado...

El teléfono no volvió a sonar para él en tres días. Al oscurecer del cuarto día lo llamó la viejecita, que le anunció que pronto tendría una sorpresa.

—Tenga fe, señor, tenga fe —le repitió Rosalía.

Se repitió a sí mismo las palabras: “Ten fe, ten fe”. Se había levantado de la mesa para acudir al teléfono, pues ambos estaban cenando. Se sintió optimista y le concedió una sonrisa a su mujer. La sirvienta volvió a anunciar:

—Lo llaman al teléfono, señor.

Enriqueta la miró con reproche, la criada enmudeció y Miguel las miró

a las dos, soltó la servilleta y abandonó el comedor. Buscó el teléfono más alejado.

—Soy yo, Miguel... —dijo la voz temblorosa de Irene. Miguel permaneció mudo por la emoción.

—Te espero en la estación, en la sala de espera —dijo la voz infantil de Irene.

—¿Acabas de llegar?

—No, me voy... —y colgó el teléfono.

Miguel no pensó nada más, colgó también el aparato y salió decidido a la calle, subió a su automóvil y partió veloz. Al llegar a la estación la buscó con ojos ansiosos, la descubrió desde lejos: llevaba su misma gabardina, estaba de pie leyendo con atención una revista norteamericana. Llegó hasta ella y sin decirle una palabra la tomó en brazos y la besó repetidas veces, como si de sus labios dependiera su propia vida. Irene correspondió a su abrazo, luego sofocada le pidió:

—No, no, nos van a ver.

Miguel la arrastró fuera de la estación, la condujo a su automóvil, montaron en él y partieron veloces. Iban transidos, sin poder hablar. Irene se acostó sobre sus piernas y cerró los ojos, parecía que había entrado en paz.

—¿Por qué dijiste que te ibas? —preguntó él con reproche.

—Porque es verdad, me voy...—contestó ella en voz muy queda.

—¡No te vas a ninguna parte! O te vas conmigo... ¿No sabes que no puedo vivir sin ti?

—No vas a vivir..., vas a sobrevivir... —dijo ella.

Miguel buscó afanoso un lugar en dónde poder estar solos, pero la ciudad oscura parecía hostil y cerrada a ellos.

—¿Dónde puedo hablar contigo? —preguntó él, desesperado.

Se le ocurrió ir a un hotel elegante y que ella entrara primero y pidiera una habitación, luego entraría él, pediría otra y después se reunirían.

—No puedo..., es peligroso que me vean. Además, los hoteles están llenos de turistas —contestó ella muy seria.

Se fueron a las colonias populares, detuvieron el automóvil y se besaron. Pasó un policía y Miguel prefirió marcharse de allí. De pronto

enfiló hacia Toluca. En el camino buscó una desviación, entraron a un camino sombreado de árboles y se detuvieron en un motel elegante.

—Aquí nadie te ve —dijo Miguel en voz queda.

Irene aceptó. Se encontraron en un cuarto amplio, oloroso a árboles y se besaron como dos naufragos. Al amanecer los dos se miraron melancólicos. El campo perfumado empezaba a llenarse de rocío, de jugos frescos. La luz que bajaba del cielo les permitía distinguir las hojas tiernas.

—¿Sabes, Irene, que en un amanecer, cuando todavía era niño, descubrí en sueños la tristeza infinita de estar solo en el mundo y me desperté llorando...?

La joven lo miró con ojos graves, él se volvió para acariciarla.

—Entró mi madre y me encontró junto a la ventana llorando, mirando al cielo cruzado de cohetes. Su presencia no me consoló, al contrario, casi me hizo sentir más huérfano. “¿Por qué lloras?”, me preguntó asustada. “Por esos cohetes”, le dije sollozando. Mi madre me abrazó: “Es por el 15 de septiembre, no te asustes”, me explicó. Pero sus palabras no aliviaron mi pena profunda, extraña, que venía de muy lejos. Era el año en que murió mi padre y ella atribuyó mis lágrimas a eso. “No, no lloro por él”, le dije y era verdad...

Irene se alejó y se lanzó a la cama boca abajo, mientras él continuaba mirando el cielo perdido de sus recuerdos.

—No, no era la muerte de mi padre lo que me produjo esa pena aguda, ni mi madre pudo consolarme pues seguí igualmente triste... Era algo que no me abandona nunca... Sólo cuando estoy contigo me siento curado de esa pena. Cuando te me pierdes, toda la tristeza acumulada sobre mí durante años y descubierta esa noche, se me viene encima. Por eso no puedo vivir sin ti... ¿comprendes?... Desde esa madrugada me desperté llorando por ti...

Miguel se volvió a mirarla. La vio con la cabeza hundida en las almohadas, se acercó a ella, se tendió a su lado y la volvió boca arriba para encontrarse con sus ojos asustados.

—¿Qué pasa, mi vida?

—Nada..., coincidencias... Yo nací la noche del 15 de septiembre de

1940 —dijo ella asustada.

Miguel la soltó incrédulo, la miró unos instantes, sacó un cigarrillo y lo fumó mirándola con fijeza.

—En 1940 murió mi padre... Estaba escrito que te amara...

Fue ella la que se soltó a llorar sin consuelo.

—¡No permitas que me maten! —gritó trágica.

Miguel la guardó contra su pecho.

—¿Matarte a ti?... ¿Por qué? —dijo acurrucándola como si fuera un niño pequeño.

—Por dinero... —gimió Irene.

—No digas tonterías —le dijo él sonriendo de su infantilismo.

—Pasado mañana verás mi esquila en los periódicos... —sollozó ella escondida en su pecho.

—Niña, niña, voy a hablar con tu tía Rosalía para arreglar todo... ¡es tan buena!

—Sí... es muy buena —dijo Irene separándose bruscamente de Miguel.

Lo miró con fijeza y él se sintió incómodo.

—Mi tía Rosalía... —repitió como para sí misma.

—Nada es irremediable, el pasado no existe, los dos nacimos este 15 de septiembre... Le confesaré a tu tía que soy casado... —dijo acercándose a la ventana.

Irene se tapó la cara con las manos, el sol se levantaba con una velocidad aterradora. Se puso de pie nerviosa.

—¡Me voy, Miguel!... ¡Me voy!... —gritó con una voz extraña.

—¿Por qué tan de prisa? —preguntó sobresaltado.

—Por mi tío Pablo... mi tío Pablo... Si ve a qué hora llego... Él no sabe lo que he hecho estas noches contigo...

—¿Pablo?

—Sí... el marido de mi tía Antonieta..., una vieja muy mala...

—Vámonos. No quiero causarte disgustos —contestó él confiado.

Salieron juntos de prisa. Corrieron por la carretera a gran velocidad. Una vez en la ciudad Irene suplicó:

—Es mejor que me vaya sola... No quiero que me vean contigo a estas horas...

Miguel detuvo el automóvil y ambos bajaron en busca de un taxi. Irene esperaba la aparición del vehículo de alquiler con gesto extraño, como si no se resolviera a irse. Acariciaba con los ojos bajos los botones de la camisa de Miguel, la corbata, las manos de su amante; parecía ida, de pie frente a él.

—¿Qué pasa, amor mío? ¿No quieres irte? —le levantó la barbilla y le sonrió.

Irene no dijo una palabra.

—Ahora que nos amamos y que estaremos juntos para siempre, ¿no quieres irte? ¡No te vayas! —le dijo conmovido.

Irene se lanzó impetuosa y lo besó largamente, después cruzó la calle corriendo y subió a un taxi que se aproximaba. Asomada a la ventanilla lo vio confiado, mirándola partir.

—Si no me llamas hoy, haré un escándalo en la reja de tu casa —le gritó él súbitamente preocupado.

Irene le hizo señales de adiós.

—¡Busca mi esquila en los periódicos! —le gritó en los momentos en que arrancaba el taxi.

La escuchó perplejo, asustado; se sintió estúpido de pie en medio de la acera. Corrió a su automóvil y angustiado avanzó a toda velocidad hacia la casa de Irene. Quería llegar antes que su amante. Encontró la casa apacible como de costumbre. Bajó del coche y llamó. Esperó un rato hasta que asomó la señorita Rosalía que pareció asustarse ante lo intempestivo de la hora. La señorita dudó antes de bajar las gradas y se detuvo a mitad del caminillo.

—Perdón, señorita Rosalía... Creeré que estoy loco... y tal vez lo estoy... Necesito ver a Irene... —dijo mortificado y sin atreverse a confesar que acababa de dejarla en un taxi.

—Está dormida... —contestó trémula la viejecita.

—¿Tan pronto se durmió? —preguntó él dejándose llevar por su arrebató.

—Sí... está muy cansada... El viaje, las emociones... —dijo la anciana en voz muy baja.

—Es tonto lo que voy a pedirle, pero cuídela, por favor... La vi muy

nerviosa. Todo se va a arreglar —aseguró enrojeciendo, pues recordó su matrimonio y se sintió culpable delante de aquella ancianita tan dulce, tan cortés.

—No tenga cuidado. No tenga cuidado... —aseguró ella sin avanzar un paso más.

—Me voy. Si fuera usted tan amable de decirme qué hace..., más tarde...

—Sí, pierda cuidado, lo haré —prometió la viejecita.

Apojado en las rejas no se decidía a partir, miraba a la anciana con desesperación, hubiera querido confesarle que sin Irene se sentía perdido, pero las palabras no fluían de su boca y Rosalía lo contemplaba atónita. Por fin se alejó de las rejas, subió a su auto y partió con desgano. Entró cabizbajo a su casa, tomó un baño rápido y salió hosco rumbo a su oficina. Desde allí llamó a la casa de Irene. Le contestó Rosalía.

—Irene está bien. Ya desayunó. Ahora está oyendo la radio —le explicó la viejecita.

—¿La radio? —preguntó extrañado Miguel.

—No, no, quise decir la música. Por eso no la llamo...

—Llamaré más tarde, ahora sólo dígame que pregunté por ella y que pienso a cada instante en... Si quiere llamarme puede hacerlo a cualquier hora —dijo al final.

Miguel no estaba tranquilo, no se decidía a marcharse de su oficina, debía tomar una decisión, la actitud desesperada de Irene no era fingida. “Sólo es una jovencita y yo he sido su primer amor.” Luego: “¿Qué digo? Es ella la que ha sido mi primer amor, mi único amor. Desde antes de nacer estaba predestinada para mí”, y recordó la infinita tristeza de aquel amanecer que trajo al mundo a la pequeña Irene. Decidió hablar con Enriqueta.

Durante la comida observó a su mujer con tristeza, había vivido con ella casi diez años y a pesar de que le tenía afecto ahora veía con claridad que había compartido esos diez años con una extraña.

Enriqueta era bonita, inclinada sobre el plato se veía graciosa, a pesar de su gesto de disgusto. Decidió hablar con ella.

—Enriqueta, nunca pienses que eres fea, ni que estás perdida —dijo a manera de preámbulo.

Enriqueta lo miró con dureza.

—¿Por qué voy a pensar estupideces? —dijo con voz seca.

—No sé, de pronto la vida cambia, uno cambia, descubre que ha vivido engañado y engañando...

Enriqueta se levantó de la mesa con gran dignidad tratando de interrumpir aquella confidencia inoportuna.

—Por favor, no hagas discursos para decir que tienes una amante —dijo iracunda y abandonó el comedor con la cabeza en alto.

Miguel no terminó de comer. Todo le salía mal. Pasó la tarde intranquilo, los pensamientos más atroces lo invadían. Por la noche, angustiado, en vez de irse a la cama salió a la calle y se dirigió a la casa de Irene. No se explicaba por qué la amenaza de la joven, “¡Busca mi esquila en los periódicos!”, lo había llenado de terror. “Son chiquilladas, chiquilladas”, se repitió varias veces antes de llegar a la casa de su amante. Cuando se encontró frente a sus rejas llamó con insistencia a la campanilla. Le pareció verla como la primera noche, llorando para que le abrieran y luego precipitarse dentro de su automóvil. “Estaba en peligro y no le creí”, se dijo con amargura mientras continuaba tirando de la campanilla. Nadie acudía a su llamado; sin embargo, las luces de la casa se encendieron.

—Será menester decirle la verdad. Confesarle que aquí no vive Irene —suspiró la señorita Clementina.

—Yo no tengo valor. Sal tú a decírselo —exclamó Rosalía.

—No cuentes conmigo para eso —respondió Clementina que lucía ya su camisa de noche.

—Pues no sé qué vamos a hacer. Hemos llegado demasiado lejos en esta mentira piadosa —le contestó su hermana Rosalía.

—En estos momentos necesitaría un cigarrillo turco, de aquellos perfumados que fumaba papá —exclamó Clementina dando pasos largos.

La señorita Rosalía entreabrió la puerta de la terraza.

—Soy yo, señorita Rosalía... —dijo Miguel con la voz agónica.

—¿Qué le sucede, señor?

—A mí nada. ¿Y ella? Irene... ¿cómo está? Siento que me llama, que me busca, que llora...

—No, no, nada de eso. Está muy bien dormidita en su cuarto. Mañana lo llamará... Ya casi va a amanecer...

—Ayer estaba tan nerviosa... que tengo miedo...

La señorita Rosalía bajó las gradas y se acercó a las rejas. La cara extraviada de Miguel la asustó.

—¿Miedo de qué, señor? —preguntó asustada.

—No sé... las jóvenes son capaces de todo... hasta de suicidarse... ¡qué palabra atroz! Prométame que estará junto a ella todo el tiempo, señorita Rosalía.

La señorita Rosalía abrió la boca aterrada.

—¡Prométamelo! —suplicó Miguel cogido a las rejas.

—Se lo prometo... voy con ella —y Rosalía se volvió a su casa de prisa y cerró la puerta con precipitación.

—¿Qué pasa? Estás muy pálida —preguntó su hermana asustada.

—Que se va a suicidar...

—¡Detenlo! ¡Pobre hombre!

—¡No, él no! ¡Irene! —gritó Rosalía.

Las dos señoras se dejaron caer en un sillón.

—Hay que buscarla —exigió Clementina.

—¿En dónde? Si él no es capaz de saber dónde se esconde, ¿cómo lo vamos a saber nosotras, dos pobres viejas?

—¡Tú tendrás la culpa de esta tragedia! ¡Siempre fuiste una curiosa y una amante de las novelas! Ya sabía que esto terminaría mal, muy mal —acusó Clementina.

Miguel se levantó muy temprano. Estaba tranquilo y se sentía preso dentro de los muros de su casa.

—¡Los periódicos!... ¿Qué pasa con los periódicos? —gritó.

Un criado se los entregó en silencio. Miguel los revisó en orden: primero las esquelas mortuorias en las que no apareció el nombre de su amiga. Luego leyó las páginas de los crímenes. Tampoco halló nada. Después las de política, su lectura fue infructuosa. Estaba seguro de que el periódico tenía la clave de Irene aunque él no lograba encontrarla. Se topó con las páginas de sociedad. ¡Allí la descubrió! Estaba vestida de novia, tenía la cara muy seria, llevaba las manos juntas y entre ellas

sostenía un pequeño ramo de azahares. Pero, no era ella; la joven se llamaba Paulina y su boda con un industrial riquísimo se anunciaba como “la boda del año”. Paulina se había casado la víspera con ese imbécil llamado Pablo. Dejó caer el diario.

—Pablo... Pablo... —repitió incrédulo.

Volvió a examinar su rostro trágico, con la mirada baja. Cogió el diario y abandonó trastornado el comedor para salir rumbo a la casa de Irene. Al llegar allí, tiró con ira de la campanilla y esperó. Vio venir nuevamente a la tía Rosalía dando pasitos por el caminillo de grava. Al acercarse la señorita, le mostró los diarios.

—¡Mire! Se ha casado. Tiene otro nombre: Paulina. ¿Por qué no me lo dijo usted, señorita Rosalía? ¿Por qué me ha engañado?... Se casó ayer... ayer...

—¿De verdad?... Perdone usted, señor, pero no sé cómo se llama... No la conozco... Mi hermana y yo sólo quisimos consolarlo, parecía usted tan enamorado, tan desesperado..., y estas chicas modernas son tan terribles.

Miguel le enseñó las fotografías y se agarró de las rejas como un náufrago. La señorita Rosalía lo miró con ternura y luego examinó el diario.

—¡Ah!, pero si es la pequeña Paulina... Vive aquí muy cerca, en Montes Urales. Muy buena niña, muy buena. ¿Sabe usted, señor? Su familia es de mucha alcurnia, pero está arruinada... Si quiere usted yo iré esta tarde a charlar con una de sus nanas, ya sabe, ellas cuentan todo. Llámeme hoy por la tarde.

Miguel la escuchó atontado. De manera que aquella viejecita sí conocía a Irene, es decir, a Paulina.

—Sí, vendré por la tarde... Gracias...

No volvió a su casa. Se dedicó a dar vueltas en su automóvil haciendo planes locos: iría a buscar a Irene, la obligaría a anular su matrimonio, él se divorciaría, el escándalo sería mayúsculo. No importaba, él no podía vivir sin ella. Al oscurecer volvió a la casa de la señorita Rosalía y tiró sin esperanzas de la campanilla. La viejecita salió de prisa y llegó a las rejas con aire confidencial.

—¡Es una pena!... ¡Una tragedia!... La pequeña lloró mucho antes de

salir para la iglesia, pero su mamá y su hermana se mostraron inflexibles. ¡Inflexibles! Se fue con su marido a Venecia, volverán a México dentro de dos meses...

—Dos meses... lloraba mucho... —repitió Miguel. Se alejó de las rejas tambaleante, se alejó despacio, muy despacio, no llevaba rumbo...

De fama y reconocimiento ecuménicos y mayormente evocada por *Los recuerdos del porvenir*, Elena Garro es una autora polifacética y prolífica que cultivó diversos géneros: el teatro, el guión, el cuento y la novela, y que produjo una obra vasta y magnificente. Dentro de esta amplia gama de textos de notoria factura, *Novelas escogidas* —con prólogo y selección del crítico Geney Beltrán Félix— reúne y pone al alcance del lector actual algunas de las mejores novelas cortas que Garro produjo entre 1981 y 1998: *Reencuentro de personajes*, *Mi hermanita Magdalena*, *Testimonios sobre Mariana*, *La casa junto al río*, *Y Matarazo no llamó...* y *Busca mi esquila*.

En estos textos, de breve extensión pero de gran poder narrativo, personajes literarios como Scott Fitzgerald y Evelyn Waugh, sucesos históricos como la Guerra Fría, el movimiento madracista y el franquismo, y momentos autobiográficos de la propia autora se combinan y dan vida a un acto mágico en el que lo real se confunde con lo imaginario.

Conformado por tres novelas y tres *nouvelles*, este volumen se inscribe en la última etapa de escritura de la autora, entre las décadas de los ochenta y los noventa, período de gran producción literaria y prueba de su incesante imaginación. Además de ser un amplio recorrido por las diversas aristas de la novelística de Garro, desde lo testimonial hasta el suspenso, pasando por la política, estas páginas son un homenaje del FCE a una de las mejores escritoras de México en el centenario de su nacimiento.

“Elena Garro es inimitable, así como su manera de construir personajes y su variedad temática. Ella parte de sí misma para lograr lo universal.”

BEATRIZ ESPEJO

“Guionista, coreógrafa, articulista, cronista, poeta, novelista, cuentista y dramaturga, Garro fue una mujer con inquietudes diversas que la llevaron a abordar casi todos los géneros creativos, incluso algunos fuera de la literatura, y legó a las letras de nuestro país una obra abundante, versátil y desigual.”

EDUARDO ANTONIO PARRA